

TOM CLANCY

Operación Rainbow

Traducción de
TERESA ARIJÓN

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PARA ALEXANDRA MARIA

Lux mea mundi

“No hay pacto entre leones y hombres;
entre lobos y corderos no hay concordia.”

HOMERO

PRÓLOGO

MONTAJE

John Clark había pasado más tiempo en aviones que la mayoría de los pilotos profesionales y conocía las estadísticas tan bien como cualquiera de ellos, pero la idea de cruzar el océano en un avión comercial de dos motores seguía sin gustarle. Los aviones debían tener cuatro motores, pensaba, porque en ese caso la pérdida de uno equivalía a perder sólo el 25 por ciento del poder potencial del avión, mientras que en este United 777 equivalía a perder *la mitad*. Tal vez la presencia de su esposa, una de sus hijas y su yerno lo pusiera un poco más quisquilloso que de costumbre. No, no era eso. No era en absoluto quisquilloso, mucho menos cuando se trataba de volar. Era sólo una sensación... ¿de qué? se preguntó. A su lado, en el asiento de la ventana, Sandy estaba inmersa en la novela de misterio que había empezado el día anterior mientras él intentaba concentrarse en el último número de *The Economist* y se preguntaba a qué se debía esa sensación de escalofrío en la nuca. Empezó a mirar la cabina en busca de alguna señal de peligro, pero se reprimió abruptamente. Era imposible que viera algo ominoso y, por otra parte, no quería que la tripulación lo considerara un pasajero nervioso. Bebió un sorbo de vino blanco, enderezó los hombros y volvió al artículo que estaba leyendo. Curiosamente, refería a lo pacífico que era el nuevo mundo.

Claro. Sonrió con algo de cinismo. Bueno, sí, debía admitir que las cosas andaban muchísimo mejor que durante casi toda su vida. Nada de salir nadando de un submarino para una misión secreta en una playa rusa, nada de volar a Teherán para hacer algo que a los iraníes no les gustaría demasiado, nada de remontar las fétidas aguas de un río en Vietnam del Norte para rescatar a un aviador derribado. Algún día, tal vez, Bob Holtzman escribiría un libro sobre su carrera. Pero había un problema: ¿quién le creería? ¿Y acaso la CIA le permitiría contar sus hazañas, excepto en su lecho de muerte? No tenía ningún apuro por llegar allí, mucho menos con un nieto en camino. Maldición. Sonrió con tristeza, renuente a contemplar esa perspectiva. Patsy debía haberse descuidado la noche de bodas y Ding parecía más contento que ella. Miró en dirección a la *business class* —todavía no habían corrido las cortinas—; allí estaban, tomados de la mano mientras la azafata daba las instrucciones de seguridad. *Si el avión aterriza sobre el agua, busque el salvavidas debajo de su asiento e inflelo tirando de...* lo sabía de

memoria. Los salvavidas amarillo brillante ayudarían a detectar el lugar del accidente, nada más.

Volvió a mirar a su alrededor. Aún sentía el escalofrío en la nuca. ¿Por qué? Mientras el avión llegaba al extremo de la pista, la azafata pasó a su lado, retiró la copa de vino y se detuvo por última vez junto a Alistair, sobre el lado izquierdo de la cabina de primera clase. El británico lo miró con suspicacia y enderezó el respaldo de su asiento. ¿Él también? ¿Tanta agitación no querría decir algo? Ninguno de los dos había sido jamás víctima de los nervios.

Alistair Stanley había sido mayor en el Servicio Aéreo Especial (SAS) antes de consagrarse de lleno al Servicio Secreto de Inteligencia. Su posición era semejante a la de John: el tipo al que todos llamaban para que se hiciera cargo de la cosa cuando los caballeros de la división de campo se ponían un tanto caprichosos. Habían trabajado juntos en Rumania ocho años atrás y lo complacía volver a trabajar con él sobre una base más regular, aunque los dos ya fueran demasiado viejos para la parte divertida. Las tareas administrativas no eran precisamente la idea que John tenía de este trabajo, pero debía admitir que ya no tenía veinte años... ni treinta... ni siquiera cuarenta. Estaba demasiado viejo para correr por los callejones y saltar paredes... Ding se lo había dicho una semana antes en su oficina de Langley. Lo había tratado más respetuosamente que de costumbre; era obvio que deseaba anotarse un punto con el presuntuoso abuelo de su primer hijo. Qué diablos, pensó Clark, era una suerte seguir con vida para lamentarse por ser viejo... no, viejo no, mayor. Por no mencionar su respetable cargo de director de la nueva agencia. Director. Una manera cortés de definir a un REMF. Pero no se le decía que no al presidente, especialmente si era amigo de uno.

Aumentó el sonido de los motores. El avión empezó a moverse. Experimentó la sensación habitual —algo parecido a apretarse contra el asiento de un auto deportivo para pasar un semáforo en rojo—, pero con mayor autoridad. Sandy, que había viajado muy poco en su vida, apenas levantó la vista del libro. Debía ser muy bueno, pero John no se tomaba la molestia de leer novelas de misterio. Nunca podía descubrir las claves y eso lo hacía sentir estúpido, a pesar de que en su vida profesional había resuelto más de un misterio detectivesco. Una vocécita dijo *rotar* dentro de su cabeza y el suelo desapareció bajo sus pies. El cuerpo del avión siguió a la nariz al cielo, las ruedas ingresaron a sus compartimentos, y el vuelo se inició plácidamente. Inmediatamente, todos los que lo rodeaban reclinaron sus asientos para dormir un poco hasta llegar al aeropuerto londinense de Heathrow. John también reclinó el suyo, pero no tanto. Primero quería comer algo.

—Allá vamos, querido —dijo Sandy, distrayéndose un segundo de su lectura.

—Espero que te guste.

—Tengo tres libros de cocina para cuando termine éste.

John sonrió.

—¿Quién lo hizo?

—Todavía no estoy segura, pero creo que fue la esposa.

—Sí, los abogados divorcistas son muy caros.

Sandy sonrió y volvió a su novela. Las azafatas se levantaron de sus asientos para servir las bebidas. Clark terminó *The Economist* y empezó *Sports Illustrated*. Maldición, se perdería el final de la temporada de fútbol estadounidense. Siempre seguía los partidos, incluso cuando estaba en una misión. Los Bears estaban volviendo a la cima y él se había criado con Papá Bear George Halas y los Monstruos del Midway. Muchas veces se había preguntado si él mismo no habría podido ser un buen jugador profesional. En la escuela secundaria había jugado bastante bien y la Universidad de Indiana se había interesado por sus habilidades con el bate (también lo habían considerado como nadador). Pero luego decidió abandonar la universidad y unirse a la Armada siguiendo los pasos de su padre, aunque Clark había alcanzado la categoría de SEAL y jamás había sido un marinerito con un bote de lata como...

—¿Señor Clark? —La azafata le entregó el menú—. ¿Señora Clark?

Eso era lo bueno de viajar en primera. La tripulación fingía que uno tenía nombre. John había accedido automáticamente a ese privilegio: tenía millaje de sobra y desde hacía un tiempo volaba por British Airways, empresa que tenía un acuerdo muy propicio con el gobierno británico.

Comprobó que el menú era muy bueno, como solía serlo en todos los vuelos internacionales, lo mismo que la lista de vinos... pero decidió pedir agua mineral, gracias. Humm. Gruñó para sus adentros y se echó hacia atrás remangándose la camisa. Esos malditos vuelos siempre le parecían excesivamente calefaccionados.

Luego apareció el capitán, interrumpiendo todas las películas personales de las minipantallas. Habían puesto rumbo al sur para aprovechar la estela de los aviones. Eso les permitiría llegar a Heathrow cuarenta minutos antes, explicó el capitán Will Garnet. Pero no dijo que tendrían que soportar unos cuantos pozos de aire. Las aerolíneas trataban de ahorrar combustible y esos cuarenta minutos menos significarían una estrella de oro en su legajo... bueno, tal vez sólo una estrella de plata...

Lo de siempre. El avión se inclinó, más a la derecha que a la izquierda, para cruzar el océano en un vuelo de tres mil millas desde Sea Isle City en New Jersey hasta el próximo montón de tierra, en algún lugar sobre la costa de Irlanda, al que llegarían en aproximadamente cinco horas y media, pensó John. Intentaría dormir un poco. Por lo menos el capitán no los molestaba con discursos propios de un guía turístico: *nos encontramos a cuarenta mil pies de altura, es decir...* Comenzaron a servir la cena. Luego harían lo mismo en la clase turista, bloqueando los pasillos con los carros de comida y bebida.

La cosa empezó en el lado izquierdo del avión. El hombre estaba

bien vestido, tenía la chaqueta puesta... Eso le llamó la atención. La mayoría de la gente se quitaba la chaqueta antes de sentarse, pero...

...era una Browning automática cuya terminación chata y negra fue como un cartel luminoso de "fabricación militar" a ojos de Clark y, menos de un segundo después, a ojos de Alistair Stanley. Acto seguido, dos hombres aparecieron por el costado derecho y avanzaron hacia el asiento de Clark.

—Oh, mierda —dijo en voz tan baja que sólo Sandy pudo oírlo. Ella se dio vuelta para mirar, pero antes de que pudiera hacer o decir algo, su esposo le aferró la mano. Eso bastó para hacerla callar, pero no pudo evitar que la mujer sentada al otro lado del pasillo pegara un aullido... bueno, casi un aullido. La mujer que viajaba con ella le tapó la boca con la mano. La azafata miró a los dos hombres que se acercaban con incredulidad total. Hacía años que no pasaba algo así. ¿Cómo era posible que estuviera pasando ahora?

Clark se estaba haciendo la misma pregunta, seguida por otra: ¿por qué demonios había guardado su arma en el compartimento de equipaje? ¿Qué sentido tenía subir un arma al avión si uno, el muy idiota, no podía usarla? ¡Estúpido error! Sólo tuvo que mirar a su izquierda para ver la misma expresión en la cara de Alistair. Dos de los más experimentados profesionales en el tema, con sus armas a menos de un metro de distancia, aunque lo mismo hubiera dado que estuvieran en la bodega...

—John...

—Relájate, Sandy —intentó tranquilizarla. Pero sabía muy bien que era más fácil decirlo que hacerlo.

Se recostó en el asiento sin mover la cabeza, pero giró levemente el cuerpo hacia la cabina. Sus ojos registraron la escena. Eran tres. Uno de ellos, probablemente el líder, empujó a una azafata hacia la cabina de mando y la obligó a abrir la puerta. John los observó entrar y cerrar la puerta tras ellos. O.K., ahora el capitán William Garnet sabría lo que estaba pasando. Probablemente sería un profesional y estaría entrenado para decirle *sí, señor, no señor, tres compartimentos llenos, señor* a cualquiera que lo apuntara con un arma. En el mejor de los casos se habría entrenado en la Fuerza Aérea o la Armada y no cometería la estupidez de hacerse el maldito héroe. Su misión sería aterrizar a salvo en algún lugar, en cualquier lugar, porque era mucho más difícil matar a trescientas personas en un avión detenido en la pista con las ruedas trabadas.

Eran tres, y uno estaba en la cabina de control. Se quedaría allí para vigilar a los pilotos y utilizaría la radio para comunicar sus exigencias a quien fuera. Los otros dos en primera clase, de pie, para poder ver los dos pasillos del avión.

—Damas y caballeros, les habla el capitán. Ajusten sus cinturones de seguridad. Atravesaremos un pozo de aire. Por favor permanezcan en sus asientos. Volveré a hablar con ustedes dentro de unos minutos. Gracias.

Bien, pensó John, cruzando una rápida mirada con Alistair. El capitán parecía tranquilo y los muchachos malos no se hacían los locos... todavía. Los pasajeros de las otras clases probablemente no sabían que algo andaba mal... todavía. Mejor. Podrían entrar en pánico... bueno, no, no necesariamente, pero era mejor que nadie supiera que había sobradas razones para asustarse.

Tres. ¿Solamente tres? ¿Acaso habría un refuerzo haciéndose pasar por pasajero? En ese caso, ése sería el que controlaba la bomba, si es que había una bomba, y una bomba era lo peor que podía pasar. Una bala de pistola abriría un agujero en la pared del avión, obligando a un rápido descenso. Eso llenaría varias bolsas de vómito y echaría a perder varios calzoncillos, pero nadie había muerto jamás por vomitar o cagarse encima. Una bomba mataría a todos los que iban a bordo, probablemente... Mejor no apostar dinero en contra, pensó Clark, y además no había llegado a viejo arriesgándose cuando no había necesidad de hacerlo. Tal vez lo mejor fuera permitir que esos tres llevaran el avión a donde se les antojara e iniciar las negociaciones. Para ese momento, todos los pasajeros se habrían enterado de que había tres personajes muy especiales entre ellos. Ya se habría corrido la voz. Los chicos malos habrían ingresado a la frecuencia radial de la aerolínea y anunciado la peor noticia del día, y el director de Seguridad de United—Pete Fleming, ex subdirector del FBI, conocido de Clark—habría llamado a su ex agencia para informarlos y solicitar otros notificaciones a la CIA, el Departamento de Estado, el Comando de Rescate de Rehenes del FBI en Quantico, y la Fuerza Delta de Little Willie Byron en Fort Bragg. Pete también transmitiría la lista de pasajeros, tres de ellos señalados con un círculo rojo, y eso pondría un tanto nervioso a Willie, además de que los efectivos de Langley y Foggey Bottom sospecharían una filtración en el sistema de seguridad... pero no. En realidad se trataba de un evento azaroso que pondría los pelos de punta a los tipos de Operaciones en el viejo edificio de Langley. Probablemente.

Era hora de moverse un poco. Clark giró la cabeza lentamente en dirección a Domingo Chávez, sentado a pocos metros de distancia. Cuando sus ojos se cruzaron Clark se tocó la punta de la nariz, como si le picara. Chávez hizo otro tanto... No se había quitado la chaqueta. Estaba más acostumbrado al calor, pensó John, y probablemente sentía frío en el avión. Bueno, mucho mejor. Todavía tenía encima su Beretta 45, probablemente... Aunque Ding prefería usar sobaquera, y eso era demasiado incómodo para un tipo atrapado en una butaca de avión. No obstante, Chávez sabía lo que estaba pasando y había tenido el buen tino de no hacer nada al respecto... todavía. ¿Cómo reaccionaría Ding teniendo a su lado a su esposa embarazada? Era un hombre inteligente y frío en situaciones límite, pero seguía siendo latino, víctima de sus pasiones... e incluso John Clark, con toda su experiencia, veía como defectos en otras cosas que le parecían perfectamente naturales en él. Su esposa estaba a su lado, asustada, y se suponía que no debía asus-

tarse por cuestiones de seguridad... Su marido se había autoencomendado la tarea de velar por la seguridad...

Uno de los malos revisaba la lista de pasajeros. Bueno, por fin sabrían si se había filtrado información a través del sistema de seguridad. Si así fuera, no podría hacer nada. No todavía. No hasta saber qué demonios estaba pasando. A veces había que resignarse y esperar sentado hasta que...

El tipo que vigilaba el pasillo izquierdo empezó a moverse. Pocos segundos después, se dirigió a la mujer sentada en el asiento de la ventana junto a Alistair.

—¿Quién es usted? —preguntó en español.

La mujer dijo un apellido que John no alcanzó a comprender... Era un apellido español, pero no había podido identificarlo, principalmente porque la respuesta de la mujer había sido serena, cortés... culta, pensó John. ¿La esposa de un diplomático, tal vez? Alistair se había recostado en el asiento. Observaba con sus grandes ojos azules al tipo del arma e intentaba, un tanto ampulosamente, no parecer asustado.

Se oyó un grito en el fondo del avión.

—¡Un arma, tiene un arma! —gritó una voz masculina...

Mierda, pensó John. Ahora todos lo sabrán. El muchacho malo del pasillo de la derecha golpeó la puerta de la cabina de mando y asomó la cabeza para anunciar la buena nueva.

—Damas y caballeros... les habla el capitán Garnet... yo, eh, me han ordenado decirles que debemos desviar nuestro vuelo.... Eh, tenemos unas personas a bordo que me han ordenado viajar a Lajes, en las islas Azores. Dicen que no quieren lastimar a nadie, pero están armados, y el primer oficial Renford y yo haremos exactamente lo que nos digan. Por favor mantengan la calma, permanezcan en sus asientos y no pierdan el control. Volveré a hablarles más tarde.

Buenas noticias. Debía tener entrenamiento militar, su voz era tan fría como el humo del hielo seco. Bravo.

Lajes en las islas Azores, pensó Clark. Una ex base naval estadounidense... ¿todavía activa? Tal vez mantenida exclusivamente para vuelos de larga distancia sobre el agua... ¿posible escala y sitio de reabastecimiento para volar luego a otro lugar? Bien, el tipo de la izquierda hablaba español. Entonces, no eran muchachos malos de Oriente Medio. Hispanoparlantes... ¿vascos? Los vascos seguían pendiendo como una espada de Damocles sobre España. Y la mujer, ¿quién era? Clark volvió a mirarla. Todo el mundo la estaba mirando, de modo que no corría ningún riesgo. Cincuenta y pocos años, bien conservada. El embajador español en Washington era varón. ¿Podría ser su esposa?

El hombre de la izquierda cambió de interlocutor.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Alistair Stanley —fue la respuesta. No tenía sentido mentir. No viajaban en misión clandestina. Nadie conocía su agencia. A decir verdad, todavía no había empezado a funcionar. Carajo, pensó Clark.

—Soy británico —agregó con voz temblorosa—. Mi pasaporte está en la valija, en el...

Se estiró para alcanzarla, pero el muchacho malo le golpeó la mano con su arma.

Buena estrategia... aunque no haya funcionado, pensó John. Alistair podría haber bajado la valija, sacado el pasaporte y recuperado su arma. Mala suerte, el tipo le había creído sin necesidad de documentos. Ése era el problema con los acentos. Pero Alistair estaba alerta. Los tres lobos no sabían que había tres perros en el rebaño de ovejas. Grandes.

Willie ya habría hablado por teléfono. Delta tenía un equipo de avanzada permanentemente de guardia, que ya estaría preparándose para un posible despliegue. El coronel Byron estaría con ellos. Little Willie era esa clase de soldado. Mantendría un XO y un equipo siguiendo el curso de las cosas mientras comandaba el frente. El mecanismo se habría puesto en marcha. Todo lo que John y sus amigos debían hacer era esperar sentados... siempre que los chicos malos no perdieran la calma.

Más español del lado izquierdo.

—¿Dónde está su marido? —preguntó el tipo. Estaba muy nervioso. Era lógico, pensó John. Los embajadores son buenas presas. Pero sus esposas también. La mujer parecía demasiado distinguida para ser esposa de un simple diplomático y Washington era un destino exclusivo. Un hombre de alto rango, probablemente un aristócrata. España tenía esas cosas. Presa de perfil alto, excelente para presionar al gobierno español.

Misión fallida, pensó. Lo querían a él, no a ella, y estaban descontentos. *Error de inteligencia, chicos*, pensó Clark mirando sus rostros furibundos. *Incluso a mí me ocurre de vez en cuando*. Sí, pensó, casi la mitad del tiempo en un buen año. Los dos que alcanzaba a ver hablaban... en voz baja, pero sus cuerpos lo decían todo. Estaban furiosos. Por lo tanto, tenía tres (¿o más?) terroristas furibundos armados en un avión bimotor sobre el Atlántico Norte en plena noche. Podría haber sido peor, se dijo. En cierto sentido. Sí, podrían haber tenido chaquetas Semtex con bandas de Primacord.

No llegaban a los treinta años, pensó Clark. Lo bastante viejos para ser técnicamente competentes, pero lo suficientemente jóvenes para necesitar supervisión adulta. Poca experiencia en operaciones y falta de criterio. Pensaban saberlo todo, se creían muy inteligentes. Ése era el problema con la muerte. Los militares profesionales conocían la realidad de la muerte mucho mejor que los terroristas. Estos tres querían triunfar y no se detendrían a considerar esa temible alternativa. Tal vez fuera una misión espuria. Los separatistas vascos jamás se habían metido con ciudadanos extranjeros, ¿no? No con estadounidenses en todo caso, pero estaban en una aerolínea *estadounidense*, y tendrían que transgredir un importante límite para hacerlo. ¿Misión espuria? Muy probable. Malas noticias.

En situaciones como ésa uno necesitaba cierto grado de previsibilidad. Era casi una liturgia, había que dar determinados pasos para que sucediera algo realmente malo, y eso daba a los chicos buenos la invaluable oportunidad de hablar con los chicos malos. Conseguir un intermediario que se entendiera con ellos, negociar detalles menores desde el comienzo —*vamos, dejen ir a las madres con sus hijos, OK? No sirven para nada y los harán quedar mal por televisión, ¿no creen?* Lograr que empezaran a aflojar el puño. Después los viejos... ¿quién quiere maltratar al abuelito o la abuelita? Luego la comida, mezclarle un poco de Valium mientras el equipo de inteligencia activaba micrófonos y lentes en miniatura conectados a cámaras de televisión por cables de fibra óptica.

Idiotas, pensó Clark. La estrategia elegida no servía para nada. Era casi tan mala como raptar a un niño por dinero. La policía se especializaba en atrapar imbéciles de esa calaña e, indudablemente, en ese preciso instante Little Willie estaría abordando un vehículo USAF en la Base Pope de la Fuerza Aérea. Si efectivamente aterrizaban en Lajes el procedimiento comenzaría muy pronto y su única variable sería la cantidad de chicos buenos que morirían para eliminar a los malos. Clark había trabajado con las chicas y los muchachos del coronel Byron. Si entraban al avión, por lo menos tres personas perderían la vida. El problema era: ¿cuántas las acompañarían luego? Atacar un avión era como protagonizar un tiroteo en una escuela primaria, sólo que con más gente.

Seguían hablando junto a la cabina, sin prestar atención al resto del avión. En cierto sentido era lógico. La cabina de mando era el sector más importante, pero siempre convenía echarle un vistazo a lo demás. Uno nunca sabía quién podía estar a bordo. Los comisarios de a bordo pertenecían al pasado, pero los policías viajaban en avión y algunos portaban armas... bueno, quizá no en los vuelos internacionales, pero ningún idiota llegaba a jubilarse como terrorista. Aun siendo inteligente era difícil sobrevivir. *Amateurs*. Misión espuria. Mala inteligencia. Enojo y frustración. La cosa iba de mal en peor. Uno de ellos cerró el puño izquierdo y amenazó al mundo absolutamente adverso que habían encontrado a bordo.

Grandioso, pensó John. Se dio vuelta, cruzó una rápida mirada con Ding y movió apenas la cabeza de un lado a otro. Ding respondió enarcando una ceja: evidentemente hablaba un correcto inglés cuando tenía que hacerlo.

Parecía que el aire había cambiado, y no para mejor. Número 2 entró nuevamente a la cabina y permaneció allí varios minutos mientras John y Alistair vigilaban al de la izquierda, que a su vez observaba el pasillo. Tras dos minutos de atención frustrada se sacudió espasmódicamente y miró hacia la cola del avión, adelantando la cabeza para acortar la distancia mientras escrutaba el pasillo con expresión entre poderosa e impotente. Luego, con igual rapidez, volvió a su lugar, echando una mirada furiosa a la puerta de la cabina.

Sólo son tres, decidió John. Justo en ese momento Número 2 salió de la cabina. Número 3 estaba demasiado excitado. ¿Probablemente sólo tres?, titubeó Clark. Piénsalo bien, se dijo. Si así fuera, serían realmente *amateurs*. *The Gong Show* podría ser una posibilidad divertida en otro contexto, pero no a 500 nudos, 37.000 pies sobre el Atlántico Norte. Si mantenían la calma y permitían al piloto aterrizar la bestia bimotor, tal vez triunfaría el sentido común. Pero no parecían propensos a mantener la calma, ¿verdad?

En vez de volver a su puesto y cubrir el pasillo de la derecha, Número 2 se acercó a Número 3. Clark logró interpretar el contexto, aunque no el contenido, de sus murmullos crispados. Pero cuando Número 2 señaló la puerta de la cabina, las cosas realmente empeoraron.

Nadie está a cargo, decidió John. Eso sí que era bueno: tres agentes independientes armados en un maldito avión. Era hora de empezar a sentir miedo. Clark no era ajeno a esa sensación. Había estado en demasiados lugares difíciles para serlo, pero en todos los demás casos había tenido cierto control sobre la situación... o al menos sobre sus propias acciones, por ejemplo, escapar corriendo, posibilidad que ahora le parecía más reconfortante que nunca. Cerró los ojos y respiró hondo.

Número 2 fue hacia la cola y miró a la mujer sentada junto a Alistair. Se quedó parado unos segundos, mirándola. Luego miró a Alistair, quien a su vez miró hacia atrás con cansancio.

—¿Sí? —dijo finalmente con su acento más cultivado.

—¿Quién es usted? —preguntó Número 2.

—Ya se lo dije a su amigo, Alistair Stanley. Tengo el pasaporte en mi equipaje de mano... en caso de que quiera verlo —Su voz adquirió un leve temblor para simular la de un hombre aterrado que intentaba contenerse.

—¡Sí, quiero verlo!

—En seguida, señor —Con movimientos lentos y elegantes, el ex mayor del SAS desabrochó su cinturón de seguridad, se puso de pie, abrió el portaequipajes y extrajo su maleta negra— ¿Puedo? —preguntó. Número 2 asintió.

Alistair abrió el compartimento lateral, sacó su pasaporte, lo entregó y volvió a sentarse, aferrando su valija con manos temblorosas.

Número 2 miró el pasaporte y lo arrojó sobre las rodillas del británico bajo la atenta mirada de John. Luego le dijo algo en español a la mujer del 4A. Aparentemente volvió a preguntarle por su marido. La mujer respondió con el mismo tono culto de antes y Número 2 corrió a decirle algo a Número 3. Alistair lanzó un suspiro de alivio y echó un disimulado vistazo a su alrededor hasta toparse con los ojos de John. No movió la cara ni las manos, pero John sabía lo que estaba pensando. Al tampoco estaba contento con la situación, y con más razones todavía, ya que había mirado a los ojos a Número 2 y Número 3. John ingresó ese dato en sus procesos mentales. Alistair Stanley también estaba preocupado. El británico estiró una mano como para alisarse el cabello y golpeó dos veces con el dedo detrás de su oreja. Podía ser peor de lo que temía.

Clark adelantó la mano, lo suficiente para evitar que lo vieran los terroristas, y levantó tres dedos. Al asintió ligeramente y se dio vuelta unos segundos para que John pudiera procesar el mensaje. Coincidió en que eran sólo tres. John asintió apreciativamente.

Hubiera sido mejor que fueran terroristas inteligentes y experimentados, pero los inteligentes ya no se ocupaban de estas cosas. Los riesgos eran excesivos, tal como lo habían demostrado los israelíes en Uganda y los alemanes en Somalia. Uno se hallaba a salvo mientras el avión estaba en el aire, pero eso no duraba para siempre, y cuando por fin aterrizaban el mundo civilizado arremetía contra ellos con la velocidad del rayo y la potencia de un tornado de Kansas... y el problema era que no había tanta gente sinceramente dispuesta a morir antes de cumplir los treinta. Y los que sí lo estaban usaban bombas. Entonces, los inteligentes se dedicaban a otras cosas. Por ese motivo eran más peligrosos como adversarios, aunque también más predecibles. No mataban para divertirse y no se frustraban en seguida porque planeaban sus movimientos iniciales a la perfección.

Estos tres eran estúpidos. Actuaban sobre una mala base de inteligencia, no contaban con un equipo intel para el chequeo final de la misión, no les habían dicho que su objetivo primordial no había abordado el avión, y ahí estaban, comprometidos en una misión estúpida fallida desde el comienzo, contemplando la muerte o la cadena perpetua... y todo a cambio de nada. Lo único bueno, si es que había algo, era que serían encarcelados en EE.UU.

Seguramente no querían vivir en una jaula de acero ni tampoco morir en los próximos días... *pero* pronto empezarán a darse cuenta de que no había una tercera alternativa. Comprenderán que las armas que tenían en la mano eran su único poder, y tal vez decidirán usarlas a su manera...

...y para John Clark, la opción era esperar que eso sucediera o...

No. No podía quedarse sentado esperando que empezaran a matar gente.

O.K. Los observó durante un par de minutos —se miraban entre ellos mientras intentaban cubrir los pasillos— mientras ideaba un plan de acción. Con los tontos como con los astutos, los planes simples eran los mejores.

Pasaron cinco minutos hasta que Número 2 decidió hablar un poco más con Número 3. Cuando lo hizo, John se dio vuelta para mirar a Ding y deslizó un dedo sobre su labio superior, como acariciando un mostacho que jamás había tenido. Chávez inclinó la cabeza como preguntando *¿estás seguro?*, pero acató la señal. Desabrochó su cinturón de seguridad, se llevó la mano a la espalda y extrajo su pistola bajo la alarmada mirada de su esposa. Domingo le tocó la mano derecha para tranquilizarla, apoyó la Beretta en su regazo, la cubrió con una servilleta, adoptó una expresión neutra y esperó que su jefe iniciara el juego.

—¡Usted! —gritó Número 2 desde adelante.

—¿Sí? —replicó Clark con mirada inquisitiva.

—¡Quédese quieto! —Su inglés no era malo. Claro, las escuelas europeas tenían buenos cursos de idiomas.

—Eh, vea, yo... bebí unas cuantas copas y... bueno, usted sabe lo que pasa. Por favor —suplicó mansamente.

—¡No, quédese donde está!

—Eh, ¿qué piensa hacer, dispararle a un pobre tipo que necesita mear? No sé cuál es su problema, OK, pero tengo que ir al baño. ¿Por favor?

Número 2 y Número 3 intercambiaron una rápida mirada de desconcierto que confirmó su *status amateur* por última vez. Las dos azafatas, erguidas en sus asientos, parecían muy preocupadas pero no dijeron nada. John desabrochó su cinturón de seguridad y empezó a pararse.

Número 2 corrió hacia él apuntándolo con el revólver y se detuvo poco antes de clavárselo en el pecho. Sandy tenía los ojos muy abiertos. Jamás había visto hacer nada peligroso a su marido, pero sabía que ése no era el hombre con el que había dormido veinticinco años... y si no era ese hombre, entonces debía ser el otro Clark, aquel cuya existencia conocía pero a quien jamás había visto.

—Mire, voy al baño, orino y vuelvo en seguida, ¿de acuerdo? Diablos, ¿quiere mirarme orinar? —su voz apelaba ahora al medio vaso de vino que había bebido en la terminal—. Está bien, pero no me haga mear encima, ¿OK?

Lo que disparó la trampa fue el tamaño de Clark. Medía casi dos metros y sus antebrazos, visibles con la camisa remangada, eran poderosos. Número 3 era mucho más pequeño, pero tenía un arma, y los petizos suelen entusiasmarse obligando a los grandotes a cumplir órdenes. Número 2 aferró a John por el brazo izquierdo y lo empujó al lavatorio de la derecha. John se sometió y avanzó con las manos sobre la cabeza.

—Eh, gracias, amigo —dijo al abrir la puerta. Estúpido como siempre, Número 2 le permitió cerrarla. Por su parte, John hizo lo que había pedido permiso para hacer, se lavó las manos y se miró brevemente al espejo.

Eh, Snake, ¿todavía los tienes? se preguntó en voz muy baja.

Bueno, vamos a comprobarlo.

John quitó el cerrojo y abrió la puerta plegadiza con expresión agradecida y vacuna.

—Eh, gracias, ya sabe.

—Vuelva a su asiento.

—Espere, permítame ofrecerle una taza de café, claro, yo... —dijo John, avanzando hacia la cola del avión. Número 2 fue lo suficientemente estúpido para seguirlo, tomarlo del hombro y obligarlo a darse vuelta.

—Buenas noches —dijo Ding en voz muy baja, apuntando su pistola a la sien de Número 2. Los ojos del terrorista captaron el brillo azul

del acero. Esa pequeña distracción bastó. John levantó la mano derecha y golpeó con el puño la sien de Número 2. El puñetazo lo desmayó.

—¿Cómo la cargaste?

—Baja velocidad —susurró Ding—. Estamos en un avión, mano —le recordó a su director.

—Aflójate un poco —ordenó John. Ding asintió.

—¡Miguel! —gritó Número 3.

Clark se movió a la izquierda, deteniéndose en el camino para servir un pocillo de café con plato y cuchara incluidos. Luego reapareció por el pasillo izquierdo y avanzó.

—Dijo que le trajera esto. Gracias por permitirme usar el baño —dijo John con voz trémula y agradecida—. Aquí está su café, caballero.

—¡Miguel! —volvió a gritar Número 3.

—Se fue por allá. Tome su café. Creo que debo sentarme, ¿no? —avanzó unos pasos y se detuvo, esperando que el *amateur* siguiera actuando como tal.

Lo hizo. Fue hacia él. John retrocedió un poco, haciendo que la taza y el plato se sacudieran un poco. Cuando Número 3 llegó junto a él y escrutó el pasillo derecho buscando a su colega, Clark dejó caer pocillo y plato al piso y se agachó para recogerlos, aproximadamente a medio paso del asiento de Alistair. Número 3 se agachó automáticamente. Fue el último error que cometió esa noche.

John se apoderó de la pistola y clavó el caño en el vientre de su propietario. Podría haberlo reducido, pero Alistair estrelló su Browning contra la nuca del tipo, que se desmoronó como una muñeca de trapo.

—Muchacho impaciente —murmuró Stanley—. Pero estuviste grandioso —luego se dio vuelta, señaló a la azafata más próxima y chasqueó los dedos. La mujer se levantó de un salto y corrió hacia ellos—. ¡Sogas, cuerdas, cualquier cosa que sirva para atarlos, rápido!

John recuperó la pistola e inmediatamente retiró el cargador, luego giró el tambor para asegurarse de que no quedaran balas. En dos segundos descargó el arma y arrojó las balas a los pies de la compañera de asiento de Alistair, quien abrió sus asombrados ojos pardos.

—Comisarios de a bordo, señora —explicó Clark—. Tranquilícese, por favor.

Pocos segundos después, Ding hizo su aparición llevando a la rastra a Número 2. La azafata regresó con un carretel de hilo grueso.

—¡Ding, a la cabina! —ordenó John.

—Entendido, Mr. C. —Chávez avanzó, empuñando la Beretta con ambas manos, y se detuvo frente a la puerta. Clark ató a los terroristas en el piso. Sus manos recordaban los nudos marineros aprendidos treinta años atrás. Asombroso, pensó, atándolos lo más fuerte que podía. Tal vez se les ennegrecieran las manos. Bueno, mala suerte.

—Queda uno, John —susurró Stanley.

—¿Quieres vigilar a nuestros dos amigos?

—Será un placer. Ten cuidado, hay muchos aparatos electrónicos ahí adentro.

—No me digas.

John avanzó, desarmado. Su subalterno seguía en su puesto, la pistola apuntada con ambas manos, los ojos clavados en la puerta de la cabina.

—¿Cómo van las cosas, Domingo?

—Ah, estaba pensando en la ensalada y la carne de ciervo... y en que la lista de vinos no está nada mal. No es un buen lugar para iniciar un tiroteo, John. Invitémoslo más tarde.

Buena táctica. Número 1 estaría mirando la puerta y, si llegaba a disparar, la bala no dañaría el avión... aunque los pasajeros de la primera fila no estarían muy contentos. John recogió el pocillo y el plato.

—¡Usted! —llamó a la otra azafata—. Llame a la cabina de mando y dígale al piloto que le diga a nuestro amigo que Miguel lo necesita. Luego quédese ahí parada. Cuando se abra la puerta, si él le pregunta algo, señáleme. ¿Entendido?

Era bonita, cuarentona y serena. Hizo exactamente lo que le había pedido: levantó el teléfono y transmitió el mensaje.

Pocos segundos después se abrió la puerta y Número 1 miró a su alrededor. Lo primero que vio fue la azafata. Ella señaló a John.

—¿Café?

Confundido, Número 1 avanzó hacia el hombrón del pocillo con la pistola apuntada al piso.

—Hola —lo saludó Ding desde su izquierda, plantándole la pistola en la cabeza.

Otro momento de confusión. No estaba preparado para eso. Vaciló, sin atinar a moverse.

—¡Arroje el arma! —dijo Chávez.

—Será mejor que haga lo que le ordena —agregó John en perfecto español—. De otro modo, mi amigo lo matará.

Los ojos de Número 1 recorrieron automáticamente la cabina en busca de sus colegas, pero no llegó a verlos. Su confusión aumentó. John dio un paso hacia él, tomó la pistola y se la quitó sin encontrar resistencia. Luego la colocó en su cinturón y empujó al tipo al suelo para registrarlo mientras Ding seguía apuntándolo con su arma. Atrás, Stanley empezó a hacer lo mismo con los otros dos.

—Dos cargadores... nada más —John hizo señas a la primera azafata, que se acercó con el hilo grueso.

—Tontos —gruñó Ding en español. Luego miró a su jefe—. John, ¿crees que nos precipitamos un poco?

—No —se paró y entró en la cabina—. ¿Capitán?

—¿Quién diablos es usted? —Los tripulantes no habían visto ni escuchado nada de lo ocurrido.

—¿Cuál es el aeropuerto militar más próximo?

—Gander, de la RCAF —respondió inmediatamente el copiloto.

—Bien, vayamos allí. El avión vuelve a ser suyo, capitán. Logramos reducir a los tres terroristas.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar Will Garnet. Todavía no se había aflojado.

—Un tipo que quiso ayudar —replicó John con mirada vacua. El mensaje fue recibido. Garnet era ex piloto de la Fuerza Aérea—. ¿Puedo usar su radio, señor?

El capitán señaló el asiento plegable y le enseñó a usar el radio.

—Aquí Vuelo United Noventa-Dos-Cero —dijo Clark—. ¿Con quién estoy hablando? Cambio.

—Agente Especial Carney del FBI. ¿Quién es usted?

—Carney, llame al director y dígame que Rainbow Six está en línea. La situación está bajo control. Cero víctimas. Nos dirigimos a Gander y necesitamos a la Montada. Cambio.

—¿Rainbow?

—Tal como suena, agente Carney. Repito, la situación está bajo control. Los tres secuestradores están custodiados. Esperaré para hablar con su director.

—Sí, señor —replicó una voz muy sorprendida.

Clark bajó la vista y vio que sus manos temblaban un poco ahora que todo había terminado. Bueno, ya le había pasado una o dos veces. El avión se ladeó a la izquierda mientras el piloto hablaba por radio, supuestamente a Gander.

—Noventa-Dos-Cero, Noventa-Dos-Cero. Aquí agente Carney.

—Carney, aquí Rainbow —Clark hizo una pausa—. Capitán, ¿la radio es segura?

—Está encriptada, sí.

John casi se maldijo por violar la disciplina radial.

—Bueno, Carney, ¿qué pasa?

—El director quiere hablar con usted —Se oyó un clic y un breve crujido.

—¿John? —preguntó otra voz.

—Sí, Dan.

—¿Qué tienes ahí?

—Tres de ellos, hispanoparlantes, sin experiencia. Los llevamos abajo.

—¿Vivos?

—Afirmativo —confirmó Clark—. Le dije al piloto que se dirigiera a Gander. Llegaremos en...

—Noventa-cero minutos —dijo el copiloto.

—Una hora y media —prosiguió John—. Haz que la Montada venga a buscar a los chicos malos y llama a Andrés. Necesitamos transporte a Londres.

No tenía que explicar por qué. Lo que debía haber sido un simple vuelo oficial de tres agentes y dos esposas había dejado al descubierto sus identidades y no tenía sentido que siguieran a bordo para que los pasajeros les vieran las caras... La mayoría seguramente querrían invi-

tarlos a beber, pero no era buena idea. Todo el esfuerzo realizado para que Rainbow fuera eficaz y secreto se había echado a perder por culpa de tres imbéciles españoles... o lo que fueran. La Real Policía Montada de Canadá lo averiguaría antes de entregarlos al FBI estadounidense.

—Bueno, John, yo me encargo. Llamaré a René para que organice las cosas. ¿Necesitas algo más?

—Sí, envíame unas horas de sueño, ¿quieres?

—Lo que tú quieras, viejo —replicó el director del FBI y cortó la comunicación. Clark se quitó los auriculares y los colgó en su sitio.

—¿Quién demonios es usted? —volvió a preguntar el capitán. La explicación inicial no había resultado satisfactoria.

—Señor, mis amigos y yo somos comisarios de a bordo que por causalidad estábamos en el avión. ¿Le queda claro, señor?

—Supongo que sí —dijo Garnet—. Me alegro de que lo hayan hecho. El que estaba aquí era un poco flojo, si entiende a qué me refiero. Nos preocupamos mucho.

Clark asintió con una sonrisa de reconocimiento.

—Sí, yo también.

Lo venían haciendo desde hacía un tiempo. Las camionetas azules —eran cuatro— recorrían las calles de Nueva York recogiendo gente sin hogar, que luego enviaban a los centros de desintoxicación pagados por la corporación. Esta operación discreta y amable había sido televisada un año atrás, gracias a lo cual la corporación había recibido docenas de cartas amistosas. Pero luego todo se había evaporado en el horizonte, como solía suceder. Era casi medianoche. Ayudadas por las bajas temperaturas otoñales, las camionetas habían salido a recoger gente sin techo por Manhattan. No utilizaban los métodos empleados anteriormente por la policía. No obligaban a la gente a subir. Los voluntarios de la corporación les preguntaban cortésmente si querían pasar la noche en una cama limpia, gratis, y sin las complicaciones religiosas típicas de la mayoría de las tradicionalmente denominadas “misiones”. Los que declinaban el ofrecimiento recibían mantas usadas, donadas por empleados de la corporación que en ese momento estaban en sus casas durmiendo o mirando televisión —la participación en el programa también era voluntaria para el personal—, pero todavía abrigadas y a prueba de agua. Algunos “sin techo” preferían vivir a la intemperie, ya que veían en ello una suerte de libertad. La mayoría no. Hasta los borrachos empedernidos querían camas y duchas. En ese momento había diez en la camioneta, llena al máximo de su capacidad. Los habían ayudado a subir, a sentarse en sus lugares y a abrocharse los cinturones de seguridad.

Ninguno de ellos sabía que ésa era la *quinta* camioneta de las cuatro que operaban en el bajo Manhattan, aunque sospecharon que había algo ligeramente diferente en cuanto empezó a moverse. El asistente se dio vuelta en el asiento y les pasó algunas botellas de borgoña

Gallo, un tinto barato de California —aunque muy superior a los vinos que estaban acostumbrados a beber— al que le habían agregado alguna sustancia.

Cuando llegaron a destino, todos estaban dormidos o, en el peor de los casos, abotagados. Los que podían moverse fueron ayudados a pasar de una camioneta a la otra. Allí, atados en sus pequeñas camas, se hundieron en un sueño reparador. Los demás fueron trasladados y acomodados por dos pares de hombres. Una vez hecho eso, la primera camioneta fue a limpieza: usaban vapor para esterilizar y eliminar cualquier residuo que hubiera quedado allí. La segunda se dirigió a la autopista West Side, tomó la rampa que conducía al puente George Washington y cruzó el río Hudson. Desde allí se dirigió al norte por el extremo noreste de New Jersey y luego regresó al estado de Nueva York.

El coronel William Little Byron ya estaba en el aire a bordo de un KC-10 de la USAF. Seguía una ruta casi idéntica a la del United 777, con apenas una hora de diferencia. También alteró la ruta hacia el norte, rumbo a Gander. La ex base P-3 tendría que despertar a su personal para atender a ambos jumbos, pero ese era un detalle de menor importancia.

Los tres secuestradores frustrados, con los ojos vendados y fuertemente atados, estaban acostados en el suelo frente a la primera fila de asientos de primera clase, de los que John, Ding y Alistair se habían apropiado. Las azafatas sirvieron café y mantuvieron al resto de los pasajeros alejados de ese sector del avión.

—Admiro la actitud de los etíopes frente a situaciones como ésta —observó Stanley. A diferencia de los demás, bebía té.

—¿Cómo es eso? —preguntó Chávez con voz cansina.

—Hace unos años intentaron secuestrar un avión de bandera etíope. Por casualidad había gente de seguridad a bordo y lograron controlar la situación. Ataron a los secuestradores en asientos de primera clase, les envolvieron el cuello con toallas para no estropear el tapizado, y allí mismo les cortaron la garganta. Y sabes...

—Caramba —interrumpió Ding. Desde entonces, *nadie* había vuelto a meterse con esa aerolínea—. Simple, pero eficaz.

—Absolutamente —bajó la taza—. Espero que estas cosas no sucedan *demasiado* a menudo.

Los tres oficiales miraron por las ventanas y vieron las luces de la pista segundos antes de que el 777 aterrizara en Gander. Hubo aplausos y felicitaciones de los pasajeros. El avión disminuyó la marcha y luego carreteó hacia las instalaciones militares, donde se detuvo. La puerta de la derecha se abrió y un camión ascensor avanzó en dirección a ella.

John, Ding y Alistair aflojaron sus cinturones de seguridad y fueron hacia la puerta sin perder de vista a los secuestradores. El primero

en abordar el avión fue un oficial de la RCAF con cartuchera y banda blanca, seguido por tres hombres de civil que debían ser policías.

—¿Usted es el señor Clark? —preguntó el oficial.

—Sí —replicó John—. Aquí están sus tres... sospechosos, creo que es el término adecuado.

Sonrió con hastío ante sus propias palabras y los policías entraron a llevarse a los maleantes.

—El transporte alternativo llegará aproximadamente dentro de una hora —dijo el oficial canadiense.

—Gracias.

Los tres volvieron a buscar su equipaje de mano y, en dos de los casos, a sus esposas. Patsy estaba dormida y hubo que despertarla. Sandy había retomado su lectura. Dos minutos después, los cinco estaban en tierra, a bordo de un vehículo de la RCAF. Apenas arrancó, el 777 empezó a carretear hacia la terminal civil, donde los pasajeros estirarían un poco las piernas mientras lo reabastecían y revisaban.

—¿Cómo llegaremos a Inglaterra? —preguntó Ding, luego de acomodar a su esposa en la sala de espera.

—La USAF ha enviado un VC-20. Habrá gente en Heathrow para recoger sus equipajes. El coronel Byron vendrá a buscar a los tres prisioneros —explicó uno de los policías.

—Aquí están sus armas —Stanley le entregó las tres bolsas de papel que contenían las pistolas descargadas—. Brownings M-1935 de fabricación militar. Ninguna clase de explosivos. Son verdaderos *amateurs*. Vascos, creo. Aparentemente buscaban al embajador español en Washington. Su esposa viajaba a mi lado. Constanza de Monterosa: familia de bodegueros. Tienen los claretos y Madeiras más fabulosos del mundo. Creo que se trata de una operación no autorizada.

—¿Y usted quién es, exactamente? —preguntó el policía. Clark tomó cartas en el asunto.

—No podemos responderle. ¿Devolverán a los secuestradores?

—Ottawa nos dio instrucciones de hacerlo según el Tratado de Secuestros. Mire, tengo que decirle algo a la prensa.

—Dígale que tres agentes estadounidenses se encontraban a bordo por casualidad y ayudaron a reducir a esos idiotas —dijo John.

—Sí, eso se ajusta bastante a la verdad —coincidió Chávez con una sonrisa—. Es el primer arresto que hice en mi vida, John. Maldición, olvidé mencionarles sus derechos —agregó. Estaba lo bastante extenuado como para creer que era gracioso.

Superaban cualquier expectativa de suciedad, tal como lo comprobó el equipo receptor. No era para sorprenderse. Ni tampoco que apesantaran al punto de espantar a un zorrino. Pero eso tendría que esperar. Las literas fueron trasladadas de la camioneta al edificio, localizado diez millas al oeste de Binghamton, Nueva York, en la zona montañosa del estado. Una vez en la pulcra sala, los diez fueron asperjados con un

envase parecido al de los productos limpiavidrios. Después, a la mitad de ellos se les inyectó algo en el brazo. Fueron divididos en grupos de cinco, cada uno con un brazalete de acero numerado del 1 al 10. Los números impares fueron inyectados, los pares no. Una vez hecho esto, los diez *homeless* fueron trasladados a las barracas a dormir bajo los efectos del vino y las drogas. La camioneta que los había llevado ya había partido rumbo a sus obligaciones regulares en Illinois. El chofer no tenía la menor idea de lo que había hecho. Sólo sabía que había conducido su vehículo.

CAPÍTULO 1

MEMO

El vuelo VC-20B carecía en cierto modo de comodidades —la comida consistía en emparedados y un vino inidentificable— pero los asientos confortables y el viaje sin altibajos permitieron que todos durmieran hasta que las ruedas se posaron sobre Northholt, un aeropuerto de la RAF localizado al oeste de Londres. Mientras el G-IV de la USAF carreteaba hacia la rampa, John destacó la antigüedad de los edificios.

—Esta base data de la Batalla de Bretaña —explicó Stanley des-perezándose en su asiento—. También pueden utilizarla jets comercia-les privados.

—En ese caso, vamos a pasar muchas veces por aquí —replicó Ding, restregándose los ojos y anhelando un café—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las ocho, hora local... Hora zulú también, ¿no?

—Absolutamente —confirmó Stanley con un gruñido adormilado.

En ese momento empezó a llover y la lluvia fue una adecuada bienvenida al suelo británico. Caminaron cien yardas hasta la recep-ción, donde un oficial selló sus pasaportes y les dio oficialmente la bien-venida al país antes de volver a concentrarse en su desayuno y su dia-rio.

Afuera los esperaban tres coches —limusinas Daimler negras— que abandonaron la base en dirección oeste y luego sur, hacia Hereford. Eso demostraba que era un burócrata civil, pensó Clark en el primer coche. En otro caso hubieran utilizado helicópteros. Pero Gran Bretaña no carecía de las delicias de la civilización. En la ruta, pararon en un McDonald's para comer Egg McMuffins y beber café. Sandy protestó por el exceso de colesterol. Hacía meses que perseguía a John por ese tema. Luego recordó el episodio de la noche anterior.

—¿John?

—¿Sí, querida?

—¿Quiénes eran?

—¿Quiénes, los tipos del avión? —Sandy asintió—. No estoy segu-ro, probablemente separatistas vascos. aparentemente buscaban al embajador español, pero cometieron un error garrafal. No era él quien estaba a bordo, sino su esposa.

—¿Intentaron secuestrar el avión?

—Sí, claro.

—¿No es horrible?

John asintió reflexivamente.

—Sí, lo es. Bien, hubiera sido más horrible de haber sido ellos competentes, pero por suerte no lo eran —Sonrió para sus adentros. *¡Viejo, subieron al vuelo equivocado!* Pero no podía reír abiertamente, menos con su esposa sentada junto a él, en el lado equivocado del camino... hecho que lo irritaba bastante, a decir verdad. Le parecía mal ir sobre el lado izquierdo del camino, a una velocidad de... ¿ochenta millas por hora? *Maldición.* ¿Acaso no tenían límite de velocidad en ese país?

—¿Qué pasará con ellos? —insistió Sally.

—Hay un tratado internacional. Los canadienses los devolverán a EE.UU., donde serán juzgados por la Corte Federal. Serán juzgados, condenados y encerrados por piratería aérea. Pasarán muchos años entre rejas —Y no se atrevió a agregar que habían tenido suerte. Las leyes españolas probablemente no habrían sido tan benévolas.

—Hacia tiempo que no pasaba algo así.

—Sí —coincidió John Clark. Había que ser un verdadero imbécil para secuestrar un avión, pero evidentemente los imbéciles no eran una especie en peligro de extinción. Por ese motivo él era el Six de una organización llamada Rainbow.

Tenemos buenas y malas noticias, así comenzaba el memo que había escrito. Como de costumbre, no se había preocupado por cuestiones burocráticas: ése era un lenguaje que Clark jamás había logrado aprender a pesar de sus treinta años en la CIA.

Con la caída de la Unión Soviética y otros estados con posiciones políticas adversas a los intereses occidentales y estadounidenses, la probabilidad de una confrontación internacional importante es generalmente baja. Obviamente, ésta es la mejor de las buenas noticias.

Pero también debemos encarar el hecho de que todavía quedan muchos terroristas internacionales experimentados y entrenados en el mundo, y que algunos de ellos tienen contacto ocasional con agencias nacionales de inteligencia. Cabe agregar que algunos países, si bien no quieren una confrontación directa con EE.UU. u otras naciones occidentales, podrían utilizar a estos “agentes libres” del terrorismo para metas políticas menos ambiciosas.

En todo caso es probable que este problema vaya en aumento, ya que en la situación mundial previamente mencionada las naciones más influyentes impusieron límites firmes a la actividad terrorista, vigentes por el acceso controlado a armas, fondos, entrenamiento y salvoconductos.

Es probable que la actual situación global modifique el “entendimiento” previo entre las naciones más poderosas. El precio del apoyo, las armas, el entrenamiento y los salvoconductos podría convertirse en actividad terrorista propiamente dicha, sin la pureza ideológica anteriormente exigida por la naciones patrocinantes.

La solución más obvia a este —probablemente— creciente proble-

ma sería la organización de un nuevo equipo antiterrorista multinacional. Propongo el nombre clave Rainbow. Propongo además que la organización tenga su base en el Reino Unido. Las razones son simples:

- El RU posee y opera el Servicio Aéreo Especial (SAS), la mayor —es decir, la más experimentada— agencia de operaciones espaciales del mundo.

- Londres es la ciudad más accesible del mundo en términos de vuelos comerciales; cabe agregar que el SAS tiene una relación muy cordial con British Airways.

- El entorno legal es particularmente ventajoso debido a las restricciones a la prensa permitidas por las leyes británicas, no así por las estadounidenses.

- La prolongada “relación especial” entre agencias de los gobiernos estadounidense y británico.

Por todas estas razones, el equipo para operaciones especiales propuesto, integrado por personal de EE.UU., RU y agentes selectos de la OTAN, con pleno apoyo de los servicios nacionales de inteligencia, coordinado in situ...

Y lo había vendido, se dijo Clark con una sonrisa lavada. El respaldo brindado por Ed y Pat Foley, el general Mickey Moore y otros en la Oficina Oval había sido fundamental para lograrlo. La nueva agencia —Rainbow— era más negra que lo más negro: su financiamiento en EE.UU. era manejado por el Capitolio a través del Departamento del Interior, y luego a través de la Oficina de Proyectos Especiales del Pentágono, sin ninguna clase de conexión con la comunidad de inteligencia. Aproximadamente cien personas conocían en Washington la existencia de Rainbow. Ojalá hubieran sido menos, pero no se podía esperar demasiado al respecto.

La cadena de mando era un tanto barroca. No hubo manera de evitarlo. Sería difícil quitarse de encima la influencia británica: la mitad del personal de campo era británico, así como los expertos de inteligencia... pero Clark era el jefe. Sabía que ésa era una concesión mayor por parte de sus anfitriones. Alistair Stanley sería su funcionario ejecutivo y eso no le representaba ningún problema. Stanley era rudo y, mejor aun, uno de los agentes especiales más inteligentes que había conocido. Sabía cuándo retener el juego, cuándo mezclar y cuándo dar las cartas. La única mala noticia era que él, Clark, había pasado a ser un REMF... peor, un *trajeado*. Tendría una oficina y dos secretarías en lugar de salir a correr con los perros grandes. Bien, debía admitirlo, tenía que pasar tarde o temprano, ¿no?

Mierda. Ya que no podía correr con los perros, jugaría con ellos. *Tendría que hacerlo* para demostrarles a sus subordinados que merecía su puesto. Sería *coronel*, no general, se dijo Clark. Estaría con la tropa el mayor tiempo posible; correría, practicaría tiro, hablaría con ellos.

Soy capitán, pensaba Ding en el coche de atrás mientras contemplaba la campaña inglesa. Sólo había estado en Gran Bretaña para cam-

biar de vuelo en Heathrow o Gatwick y hasta ahora jamás había visto el paisaje, tan verde como una postal irlandesa. Lideraría uno de los comandos bajo las órdenes de John (Mr. C) y eso le otorgaba rango de capitán, el más alto rango que uno podía obtener en el ejército: lo bastante alto para que los NCO obedecieran sus órdenes y lo bastante bajo para poder mezclarse con las tropas. Vio a Patsy cabeceando junto a él. Su embarazo comenzaba a manifestarse de las maneras más insólitas. A veces bullía de actividad; otras, vegetaba. Bueno, llevaba en el vientre un pequeño Chávez y eso hacía que todo fuera bueno... más que bueno. Un milagro. Casi tan grande como el milagro de que él volviera a ser aquello para lo que se había preparado: un soldado. Mejor aún, una suerte de agente independiente. Lo malo era que debía responder a más de un gobierno —funcionarios que hablaban varios idiomas— pero eso era inevitable y él se había ofrecido como voluntario para seguir con Mr. C. Alguien tenía que cuidar al jefe.

El episodio del avión lo había sorprendido bastante. Mr. C no tenía su arma a mano... Qué diablos, pensó Ding, uno se molesta en conseguir un permiso para portar armas en aerolíneas civiles ¿y luego deja el arma donde no puede alcanzarla en caso de necesidad? *¡Santa María bendita!* Hasta John Clark estaba envejeciendo. Debió ser su primer error operativo en mucho tiempo... y luego intentó repararlo jugando al cowboy. Pero... lo había hecho bien. Sereno y frío. Aunque excesivamente rápido, pensó Ding, excesivamente rápido. Tomó la mano de Patsy. Últimamente estaba durmiendo mucho. El bebé minaba sus fuerzas. Se inclinó para besarla en la mejilla, muy suavemente... para no despertarla. Captó la mirada del chofer en el espejo retrovisor y lo miró con cara de poker. ¿Sería sólo un chofer o formaría parte del equipo? Pronto lo sabría.

La seguridad era más densa de lo que Ding había esperado. Por el momento, los cuarteles generales de Rainbow estaban en Hereford, base del Regimiento 22 del Servicio Aéreo Especial del ejército británico. De hecho, la seguridad era incluso más densa de lo que parecía, porque un hombre con un arma es siempre un hombre con un arma... y desde cierta distancia es imposible distinguir entre un policía alquilado y un experto entrenado. Mirándolos de cerca, Ding decidió que pertenecían a la segunda clase de hombres armados. Tenían otra mirada. El que registró su auto se ganó un gesto de reconocimiento, debidamente retribuido cuando les hizo señas de pasar. La base era igual a cualquier otra: los carteles eran diferentes, y también algunas siglas, pero los edificios tenían jardines prolijamente cortados y las cosas parecían más pulcras que en las áreas civiles. El automóvil se detuvo frente a una casa modesta pero prolija, con garage para un vehículo que Patsy y Ding todavía no poseían. Vio que el coche de John siguió un par de cuadras y frenó junto a una casa más grande... bueno, los coroneles vivían mejor que los capitanes, y además no había que pagar el alqui-

ler. Abrió la puerta, salió del auto y fue hacia el baúl para retirar su equipaje. Luego tuvo la primera gran sorpresa del día.

—¿Mayor Chávez? —preguntó una voz.

—Eh, ¿sí? —dijo Ding. ¿*Mayor?* se preguntó.

—Soy el cabo Weldon, su asistente —el cabo era mucho más alto y corpulento que Ding. Esquivó al estadounidense y retiró hábilmente las valijas del baúl. A Chávez no le quedó otra cosa que decir:

—Gracias, cabo.

—Sígame, señor —Ding y Patsy obedecieron.

A tres cuadras de distancia, John y Sandy estaban teniendo una experiencia similar, aunque sus asistentes eran un sargento y una cabo, esta última rubia y bonita al pálido estilo inglés. La primera impresión de Sandy respecto de la cocina fue que las heladeras inglesas eran diminutas y que para cocinar allí había que ser contorsionista. Por el momento no se había dado cuenta —debido al viaje en avión, seguramente— de que para tocar un solo implemento de esa cocina tendría que pasar sobre el cadáver de la cabo Anne Fairway. La casa no era tan grande como la que tenían en Virginia, pero estaba bien.

—¿Dónde está el hospital regional?

—A unos seis kilómetros de aquí, señora —Fairway aún no sabía que Sandy Clark era una enfermera ER capacitada que ocuparía un puesto en el hospital.

John echó un vistazo a su estudio. El mueble más impresionante era el gabinete de licores... bien abastecido, comprobó, de Scotch y gin. Tendría que encontrar algunos borgoñas decentes. La computadora estaba en su lugar, orientada de manera tal que nadie pudiera pararse a unos metros y leer lo que él estaba escribiendo. De eso estaba seguro. Claro que acercarse tanto sería una proeza. Los guardias del perímetro le habían parecido muy competentes. Mientras los asistentes desempacaban sus pertenencias, John se metió en la ducha. Lo esperaba un largo día de trabajo. Veinte minutos después, enfundado en un traje azul a rayas acompañado por camisa blanca y corbata a rayas, salió por la puerta principal. Un automóvil oficial lo estaba esperando para trasladarlo a los cuarteles centrales.

—Que te diviertas, querido —dijo Sandy, dándole un beso.

—No lo dudes.

—Buen día, señor —dijo el chofer. Clark le estrechó la mano y averiguó que se llamaba Ivor Rogers y era sargento. El bulto en su cadera izquierda probablemente indicaba que se trataba de un MP. Maldición, pensó John. Los británicos tomaban muy en serio las cuestiones de seguridad. Pero bueno, estaban en territorio del SAS, probablemente una de las unidades antiterroristas menos populares dentro y fuera del RU. Y los verdaderos profesionales, los verdaderamente peligrosos, eran gente cuidadosa, consciente. *Igual que yo*, pensó Clark.

—Debemos ser cuidadosos. Extremadamente cuidadosos con cada paso que demos.

No fue precisamente una sorpresa para los demás, ¿verdad? Lo bueno era que comprendían la necesidad de cautela y discreción. La mayoría eran científicos y muchos de ellos manejaban rutinariamente sustancias peligrosas, Nivel 3 y superiores, de modo que la cautela era parte de su manera de ver el mundo. Y eso era bueno, decidió. Como también era bueno que entendieran, que realmente comprendieran la importancia de lo que tenían entre manos. Todos pensaban —sabían— que la suya era una misión sagrada. Después de todo trataban con vida humana, aunque fuera para quitarla. Sabía que muchos jamás comprenderían el carácter de su misión. Bien, era de esperar, ya que precisamente a ellos les quitarían la vida. Eso no era bueno, pero sí inevitable.

La reunión concluyó más tarde de lo habitual y los concurrentes fueron caminando a la playa de estacionamiento, donde algunos —tontos, pensó— montaron sus bicicletas para ir a sus casas, dormir unas horas, y luego volver al trabajo en bicicleta. Al menos eran Verdaderos Creyentes, aunque no demasiado prácticos... y, demonios, los viajes largos los hacían en *avión*, ¿no? Bien, en el movimiento había lugar para distinta clase de gente. Lo importante era crear un movimiento abarcativo. Caminó hasta su vehículo, un práctico Hummer, la versión civil del HMMWV amado por los militares. Encendió la radio, escuchó *Pinos de Roma*, de Respighi, y comprendió que extrañaría el NPR y su devoción por la música clásica. Bien, algunas cosas eran inevitables.

Duchado, afeitado y enfundado en un traje Brooks Brothers con corbata Armani al tono (comprados dos días atrás), Clark salió de su residencia oficial rumbo a su automóvil oficial. El chofer lo estaba esperando con la puerta abierta. Los británicos tenían muy en cuenta los símbolos de *status* y John se preguntó cuánto tardaría en volverse adicto a ellos.

Su oficina resultó estar a menos de dos millas de la casa, en un edificio de ladrillo de dos pisos rodeado de obreros. En la puerta de entrada había un soldado con la pistola en una cartuchera de cuero blanco. Hizo la venia cuando Clark se acercó.

—¡Buen día, señor!

John devolvió el efusivo saludo como si estuviera revistando tropas en la cubierta de un barco.

—Buen día, soldado —replicó casi mansamente, pensando que tendría que aprender el nombre del chico. Abrió la puerta por las suyas y encontró a Stanley leyendo un documento, muy sonriente.

—Tardarán una semana en terminar el edificio, John. Estuvo varios años desocupado, temo que es bastante viejo, e iniciaron las obras hace apenas seis semanas. Ven, te llevaré a tu oficina.

Y nuevamente Clark siguió a alguien, un tanto ovejunamente,

primero a la derecha y luego por un pasillo hasta la oficina del fondo... que resultó, ella sí, terminada.

—El edificio data de 1947 —dijo Alistair al abrir la puerta. John vio dos secretarias, ambas casi cuarentonas, probablemente más informadas que él. Sus nombres eran Alice Foorgate y Helen Montgomery. Se pusieron de pie al verlo entrar y se presentaron con sonrisas cálidas y encantadoras. La oficina de Stanley era adyacente a la de Clark, amoblada con un enorme escritorio, un sillón cómodo y la misma clase de computadora que su oficina de la CIA: aquí también protegida para que nadie pudiera monitorearla electrónicamente. Incluso había un gabinete de bebidas en un rincón, indudablemente una costumbre británica.

John respiró hondo antes de probar el sillón giratorio y decidió quitarse el saco antes que nada. No disfrutaba estar sentado con el saco puesto. Eso hacían los “funcionarios trajeados”, y ser un funcionario trajeado no era precisamente su idea de la diversión. Indicó a Stanley que se sentara.

—¿En qué estamos?

—Tenemos dos equipos completos. Chávez se hará cargo de uno. El otro será comandado por Peter Covington... recientemente ascendido a mayor. El padre fue coronel del 22 hace unos años y se retiró como brigadier. Es un chico maravilloso. Diez hombres por comando, tal como acordamos. El personal técnico se entiende muy bien. Tenemos un israelí a cargo, David Peled... me sorprende que nos lo hayan dado. Es un genio de la electrónica y los sistemas de vigilancia...

—Y todos los días se reportará a Avi Ben Jakob.

Sonrisa.

—Naturalmente. —Nadie se hacía ilusiones respecto a la absoluta lealtad de las tropas asignadas a Rainbow. Pero si no eran absolutamente leales, ¿de qué servirían?— David trabajó intermitentemente con el SAS durante una década. Es un tipo asombroso, tiene contactos con todas las corporaciones electrónicas desde San José hasta Taiwan.

—¿Y los tiradores?

—Soberbios, John. Los mejores que he conocido. —Eso sí que era decir algo.

—¿Inteligencia?

—Excelentes, todos. El jefe del sector es Bill Tawney, Six durante treinta años, asistido por el Dr. Paul Bellow... era profesor en la Temple University de Filadelfia hasta que los del FBI lo reclutaron. Un tipo muy inteligente. Capaz de leer la mente, viajó por todo el mundo. Ustedes se lo prestaron a los italianos para el caso Moro, pero al año siguiente se negó a aceptar una misión en Argentina. También tiene principios, parece. Llegará mañana.

La señora Foorgate entró en la oficina con una bandeja con té para Stanley y café para Clark.

—La reunión con el equipo comenzará en diez minutos, señor —le recordó a John.

—Gracias, Alice —*Señor*, pensó. No estaba acostumbrado a ese trato. Otro indicio de que era un “funcionario trajeado”. Maldición. Esperó que la pesada puerta a prueba de sonido se cerrara para hacer la siguiente pregunta—. Al, ¿cuál es mi jerarquía?

—General... por lo menos brigadier, tal vez dos estrellas. Yo aparentemente soy coronel... jefe de equipo, ya ves —dijo Stanley, bebiendo su té—. John, sabes que el protocolo es necesario —prosiguió razonablemente.

—Al, ¿sabes qué soy yo realmente... quiero decir, qué fui?

—Según creo, fuiste marino y obtuviste la Cruz de la Armada y la Estrella de Plata, dos veces. Estrella de bronce con Combate V y tres más, y tres Corazones Púrpura. Todo eso antes de que la Agencia te reclutara y te otorgara no menos de cuatro Estrellas de Inteligencia —Stanley sabía todo de memoria—. Brigadier es lo menos que podemos darte, viejo. Rescatar a Koga y eliminar a Daryaei fueron trabajos brillantes, por si no lo sabes. Sabemos un poco de ti y de tu joven Chávez... el chico tiene un enorme potencial, si es tan bueno como dicen. Va a necesitarlo, por supuesto. Su comando está integrado por verdaderas estrellas.

—¡Soy yo, Ding! —llamó una voz familiar. Chávez miró a la izquierda, genuinamente sorprendido.

—¡Oso! ¡Hijo de puta! ¿Qué diablos haces aquí?

Se abrazaron.

—Los Rangers empezaban a aburrirme, así que fui a Bragg para una temporada con el Delta, y después apareció esto en la mira y me decidí. ¿Eres el jefe del Comando 2? —preguntó el sargento primero (E-8) Julio Vega.

—Digamos que sí —replicó Ding, estrechando la mano de su viejo amigo y camarada—. No perdiste un gramo de peso, viejo. Santo Dios, Oso, ¿comes bulones?

—Debo mantenerme en forma, señor —replicó el hombre para quien cien abdominales matutinos no producían una gota de sudor. La camisa de su uniforme ostentaba la placa de Infantería de Combate y el “cucurucho” plateado que identificaba a los paracaidistas expertos—. Te ves bien, hermano. Sigues corriendo, ¿no?

—Sí, bueno, quiero conservar la capacidad de salir corriendo. No sé si soy claro.

—Entendido —rió Vega—. Vamos, te presentaré al equipo. Tenemos buenos soldados, Ding.

El Comando 2, Rainbow, tenía su propio edificio: de ladrillo, un solo piso, grande, con un escritorio para cada hombre y una secretaria para todos llamada Katherine Moony, lo suficientemente joven y bella para atraer a cualquier soltero del equipo, pensó Ding. El Comando 2 estaba integrado exclusivamente por NCO, principalmente superiores, cuatro estadounidenses, cuatro británicos, un alemán y un francés. De

un solo vistazo comprobó que todos estaban entrenados en forma... lo suficiente para que empezara a preocuparse por su propia condición. Tenía que comandarlos, y para eso debía ser tan bueno o mejor que todos ellos en cualquier cosa que el comando tuviera que hacer.

El sargento Louis Loisselle era el que estaba más cerca. Bajo y de cabello oscuro, era un ex miembro de los paracaidistas franceses y unos años antes había sido destinado al DGSE. Loisselle era bueno para todo y especialista en nada. Como todos ellos experto en armas y, según su archivo, brillante tirador con pistola y rifle. Tenía una sonrisa fácil y relajada que denotaba confianza en sí mismo.

El siguiente era Feldwebel Dieter Weber, también paracaidista y graduado en el *Burger Führer* o Escuela de Mando Montañés del ejército alemán, una de las escuelas más exigentes físicamente de todos los ejércitos del mundo. Lo miró. Rubio de piel clara, podría haberse lucido en un afiche de reclutamiento de la SS sesenta años atrás. Ding comprobó en el acto que el inglés de Weber era mucho mejor que el suyo. Podría pasar por estadounidense... o inglés. Había llegado a Rainbow desde el GSG-9 alemán (parte de los ex Guardias de Frontera, el grupo antiterrorista de la República Federal).

—Mayor, escuchamos hablar mucho de usted —dijo Weber desde su metro noventa. Un poco alto, pensó Ding. Demasiado grandote, buen blanco. Daba la mano como alemán que era. Apretón rápido, no exento de calidez. Sus ojos azules eran interesantes, fríos como el hielo, inquisitivos desde un principio. Eran los ojos que uno solía encontrar detrás de un rifle. Weber era uno de los dos rifleros del equipo.

El otro era el SFC Homer Johnston. Montañés de Idaho, había cazado su primer ciervo a los nueve años. Competía amistosamente con Weber. Común en todos los aspectos, Johnston era claramente un corredor antes que un tirador. De poca estatura y liviano. Había empezado su carrera en Fort Campbell, Kentucky, y rápidamente se había abierto paso en el mundo del ejército.

—Mayor, encantado de conocerlo, señor —era un ex Boina Verde y miembro Delta, como el viejo amigo de Chávez, el Oso Vega.

Los tiradores —los tipos que entraban a los lugares a hacer negocios, según la óptica de Ding— eran estadounidenses y británicos. Steve Lincoln, Paddy Connolly, Scotty McTyler y Eddie Price eran del SAS. Todos habían hecho lo suyo en Irlanda del Norte y otros lugares. Mike Pierce, Hank Patterson y George Tomlinson no, porque la Fuerza Delta estadounidense no tenía la experiencia del SAS. También era cierto, recordó Ding, que Delta, SAS, GSG-9 y otros supercomandos internacionales se entrenaban y conocían al punto de que todos podrían haberse casado con las hermanas de sus compañeros. Todos eran más altos que el “mayor” Chávez. Todos eran recios. Todos eran inteligentes. Ding tuvo la aplastante sensación de que, a pesar de toda su experiencia en acción, tendría que ganarse el respeto de sus hombres, y rápido.

—¿Quién es el de más rango?

—Yo, señor —dijo Eddie Price. Era el más viejo del equipo, cua-

renta y un año, ex sargento del Regimiento 22 del Servicio Aéreo Especial ascendido a sargento mayor. Como el resto de los hombres, no vestía uniforme... aunque todos llevaban *exactamente* la misma ropa, sin marcas de rango.

—De acuerdo Price, ¿hicimos nuestro PT hoy?

—No, mayor, lo esperábamos a usted —replicó el sargento mayor con una sonrisa diez por ciento educada y noventa por ciento desafiante.

Chávez aceptó el reto, también sonriente.

—Sí, bien, estoy un poco entumecido por el vuelo, pero tal vez me ayude a aflojarme. ¿Dónde puedo cambiarme? —preguntó Ding, esperando que su entrenamiento de las últimas dos semanas bastara para enfrentar el desafío... Además, el vuelo lo había dejado ligeramente exhausto.

—Sígueme, señor.

—Mi nombre es Clark y supongo que soy el jefe aquí —dijo John desde la cabecera de la mesa de conferencias—. Todos ustedes conocen la misión y todos han sido convocados para formar parte de Rainbow. ¿Alguna pregunta?

Quedaron estupefactos. Bueno. Algunos no dejaron de mirarlo. La mayoría bajó la vista y comenzó a revisar sus anotadores.

—Bueno, para responder las preguntas obvias les diré que nuestra doctrina operativa no diferirá en mucho de la de las organizaciones que ustedes integraron. La estableceremos durante el entrenamiento, que comenzará mañana. Se supone que debemos estar listos para actuar desde ahora —les advirtió John—. Eso significa que el teléfono puede sonar en cualquier momento y nosotros debemos responder. ¿Estamos en condiciones de hacerlo?

—No —respondió Alistair en nombre de los demás—. Tu postura no es realista, John. Según mis estimaciones, necesitaremos tres semanas para estarlo.

—Entiendo esas razones... pero el mundo real no suele adaptarse a nuestros deseos. Lo que haya que hacer... habrá que hacerlo, y rápido. El próximo lunes comenzaré con los simulacros. Muchachos, no soy un tipo difícil para trabajar. Estuve en el campo y sé lo que pasa allá afuera. No espero perfección, pero sí espero que siempre la busquemos. Si fracasamos en una misión, eso significa la muerte de gente que merece vivir. Va a pasar más de una vez. Ustedes lo saben. Yo también lo sé. *Pero* evitaremos la mayor cantidad posible de errores y aprenderemos de cada error que cometamos. El mundo del antiterrorismo es un mundo darwiniano. Los tontos ya están muertos, pero los que quedan han aprendido muchas lecciones. Nosotros también y, tácticamente hablando, probablemente los aventajamos en el juego, pero tendremos que correr mucho para seguir donde estamos. Correremos.

—De todos modos —prosiguió—, ¿qué tenemos y qué no tenemos en materia de inteligencia?

Bill Tawney tenía la misma edad que John, tal vez uno o dos años más, cabello pardo y quebradizo y pipa permanentemente apagada en la boca. Era un Six: eso significaba que era un ex miembro del Servicio Secreto de Inteligencia británico, un agente encubierto que había entrado a las oficinas luego de pasar diez años patrullando calles detrás de la Cortina de Hierro.

—Nuestros sistemas de comunicaciones están instalados y funcionando. Tenemos relaciones personales con todos los servicios amistosos, aquí y en las demás capitales.

—¿Buenas?

—Buenas —concedió Tawney. John se preguntó cuánto “sobreenfrentado británico” habría tras su respuesta. Una de sus tareas más importantes, y más sutiles, sería decodificar lo que cada integrante de su equipo quería decir cuando hablaba, tarea obviamente dificultada por las diferencias lingüísticas y culturales. Tawney parecía un verdadero profesional de mirada serena y actitud decidida. Su archivo decía que había trabajado en relación directa con el SAS los últimos cinco años. Dado el récord del SAS en acción, era evidente que no los había perjudicado con mala inteligencia muy a menudo, por no decir jamás. Bueno.

—¿David? —preguntó John. David Peled, jefe israelí de la rama técnica, parecía muy católico, casi un personaje de una pintura de El Greco, un fraile dominico tal vez, del siglo XV, alto, enjuto, de pómulos hundidos y cabello oscuro (corto), con cierta intensidad en la mirada. Bien, había trabajado mucho tiempo para Avi Ben Jakob, a quien Clark conocía, si no bien, al menos lo suficiente. Peled estaba allí por dos razones: primero, para servir en el Rainbow y ganar aliados y prestigio para su servicio de inteligencia de origen (el Mossad israelí), y segundo, para aprender todo lo que pudiera y transmitirlo a su jefe.

—Estoy armando un buen equipo —dijo David, dejando su taza de té sobre la mesa—. Necesitaré entre tres y cinco semanas para ensamblar todo lo que necesito.

—Tendrá que ser más rápido —respondió Clark en el acto.

David negó con la cabeza.

—Imposible. Muchos ítem electrónicos pueden comprarse en una tienda, por así decirlo, pero otros deben ser fabricados especialmente. Ya hice todos los pedidos —le aseguró a su jefe— con *stickers* de prioridad urgente... y a los proveedores habituales. TRW, IDI, Marconi, ya sabe quiénes son. Pero no pueden hacer milagros, ni siquiera por nosotros. De tres a cinco semanas para piezas cruciales.

—El SAS está dispuesto a proporcionarnos lo que sea necesario —aseguró Stanley desde la otra punta de la mesa.

—¿Para propósitos de entrenamiento? —preguntó Clark, molesto por no haber adivinado la respuesta a su pregunta.

—Tal vez.

Ding interrumpió la carrera al llegar a las tres millas, cosa que habían hecho en veinte minutos. Buen tiempo, pensó, un tanto extenuado. Se dio vuelta y vio a sus diez hombres casi tan frescos como al comienzo. Uno o dos sonreían solapadamente a sus compañeros burlándose de la fragilidad del nuevo jefe.

Maldición.

La carrera había terminado frente al polígono de tiro. Las armas y los blancos ya estaban listos. Chávez había cambiado la selección de su equipo. Aficionado desde siempre a la Beretta, había decidido que sus hombres usaran la nueva Beretta .45 como arma de refuerzo personal además de la ametralladora Hechler & Koch MP-10 (nueva versión de la venerable MP-5 que utilizaba el cartucho 10mm Smith & Wesson desarrollado en la década del '80 por el FBI estadounidense). Sin decir palabra, Ding tomó su arma, se colocó los protectores auditivos y enfiló hacia las siluetas-blanco, colocadas a cinco metros de distancia. *Ahora sí, pensó, le abrí ocho agujeros en la cabeza.* Pero Dieter Weber, a su lado, había metido sus ocho balas en un mismo agujero desprolijo, y Paddy Connolly había abierto un agujero no tan desprolijo de menos de una pulgada entre los ojos del blanco, sin tocar los ojos. Como la mayoría de los tiradores estadounidenses, Chávez creía que los europeos no sabían nada de pistolas. Evidentemente, el entrenamiento había corregido ese defecto.

Acto seguido, sus hombres eligieron sus H&K, armas que podían ser disparadas casi por cualquiera gracias a sus soberbios visores. Ding recorrió la línea de fuego, observándolos perforar planchas de acero con forma y tamaño de cabeza humana. Sostenidas por aire comprimido, caían instantáneamente con un metálico *clang*. Se detuvo detrás del sargento primero Vega, quien terminó su cargador y se dio vuelta.

—Te dije que eran buenos, Ding.

—¿Hace cuánto que están aquí?

—Oh, casi una semana. Estamos acostumbrados a correr cinco millas, señor —agregó con una sonrisa—. ¿Recuerdas el campamento de verano al que íbamos en Colorado?

Lo más importante de todo, pensó Ding, era la firmeza de ánimo a pesar de la carrera (cuyo objetivo era estimular a la gente y provocar el estrés de una genuina situación de combate). Pero esos bastardos eran tan firmes como estatuas de bronce. Ex líder de escuadrón en la Séptima División de Infantería Liviana, él mismo había sido uno de los más rudos, mejor entrenados y más eficaces soldados que vistieron el uniforme de su país, y por esa razón John Clark lo había elegido para trabajar en la Agencia... y gracias a su capacidad había ejecutado algunas misiones tensas y sumamente rudas en el campo. Ciertamente hacía mucho tiempo que Domingo Chávez no se sentía apto para alguna cosa. Pero ahora, ciertas voces solapadas le susurraban al oído.

—¿Quién es el más rudo? —le preguntó a Vega.

—Weber. Escuché muchas historias de la escuela alemana de mon-

tañeses. Bien, son ciertas, manito. Dieter no es totalmente humano. Bueno en el cuerpo a cuerpo, buena pistola, condenadamente bueno con el rifle, y creo que podría correr y doblregar a un ciervo si quisiera, y luego destriparlo con sus propias manos.

Chávez se obligó a recordar que ser considerado “bueno” en habilidades de combate por un graduado de la escuela Ranger y las escuelas de operaciones especiales de Fort Bragg no era lo mismo que ser considerado “bueno” por un tipo cualquiera del bar de la esquina. Julio era un tipo recio y exigente, como todos ellos.

—¿Y el más inteligente?

—Connolly. Esos tipos del SAS son lo más. Los estadounidenses les vamos un poco en zaga. Pero aprenderemos —le aseguró Vega—. No te preocupes, Ding. Te pondrás a tono con nosotros en una semana o poco más. Igual que en Colorado.

Chávez no quería que le recordaran ese trabajo. Demasiados amigos perdidos en las montañas de Colombia haciendo un trabajo que su país jamás había reconocido. Ver a sus hombres concluir el entrenamiento le dijo mucho acerca de ellos. Si alguno había errado un disparo, él no se había dado cuenta. Cada uno disparó exactamente cien balas (era el régimen diario estándar para hombres que disparaban quinientas por semana de trabajo en los entrenamientos de rutina). Mañana comenzarían los ejercicios más específicos.

—Está bien —concluyó John—, todas las mañanas a las ocho quince tendremos una reunión de equipo para tratar asuntos de rutina, y todos los viernes por la tarde una más formal. Mi puerta está siempre abierta... y eso incluye la de mi casa. Muchachos, si me necesitan, tengo teléfono hasta en la ducha. Ahora quiero salir y ver a los tiradores. ¿Algo más? Bueno. Seguimos en contacto.

Todos se pusieron de pie y salieron en fila india. Stanley se quedó.

—Estuviste bien —observó, sirviéndose otra taza de té—. Especialmente tratándose de alguien no acostumbrado a la vida burocrática.

—¿Di un buen espectáculo? —preguntó Clark con una mueca triste.

—Uno es capaz de aprender cualquier cosa, John.

—Eso espero. ¿A qué hora empieza el PT de mañana?

—Oh, a las seis cuarenta y cinco. ¿Piensas correr y sudar la gota gorda con los chicos?

—Pienso intentarlo —respondió Clark.

—Estás demasiado viejo, John. Algunos de ellos corren maratones para divertirse y tú estás más cerca de los sesenta que de los cincuenta.

—Al, no puedo estar al mando de esa gente si no lo intento, y tú lo sabes.

—Claro —admitió Stanley.

Despertaron tarde, de uno en uno, durante un período de aproximadamente una hora. La mayoría se quedaron acostados en las camas y algunos fueron al baño. Allí encontraron Tylenol y aspirinas (para calmar la jaqueca que todos, sin excepción, padecían) y también duchas. La mitad de ellos decidió ducharse, la otra mitad prefirió pasarlo por alto. En la habitación de al lado había un desayuno que los sorprendió: bandejas llenas de huevos fritos, panqueques, salchichas y panceta. El personal de monitoreo comprobó que algunos incluso recordaban cómo usar la servilleta.

Conocieron a su captor después de tomar el desayuno. Les ofreció ropa limpia, siempre y cuando se higienizaran.

—¿Qué es este lugar? —preguntó uno de ellos, identificado por el equipo como Número 4. Obviamente no era una de esas misiones Bowery con las que estaba tan familiarizado.

—Mi compañía está realizando un estudio —dijo el anfitrión tras su ajustada mascarilla—. Y ustedes, caballeros, serán parte de ese estudio. Permanecerán con nosotros durante un tiempo. Tendrán camas limpias, ropas limpias, buena comida, buena atención médica, y —deslizó un panel en la pared— todo lo que quieran beber.

En un hueco de la pared (que, notablemente, los huéspedes aún no habían descubierto) había tres estantes repletos de toda clase de vinos, cervezas y bebidas espirituosas comprados en la licorería local. Además había vasos, aguas, mezcladores y hielo.

—¿Quiere decir que no podemos irnos? —preguntó Número 7.

—Preferiríamos que se quedaran —dijo el anfitrión un tanto evasivamente. Señaló la profusión de alcohol; sus ojos sonreían sobre la mascarilla—. ¿Alguno de ustedes necesita un trago para abrir los ojos?

Resultó que no era demasiado temprano para ninguno de ellos: los costosos bourbons y whiskys desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. La droga agregada al alcohol era absolutamente insípida y todos los huéspedes se dirigieron a sus camas. Cada cama tenía un televisor cerca. Otros dos decidieron utilizar las duchas. Tres de ellos se afeitaron y salieron del baño con aspecto de seres humanos. Por el momento.

En la sala de monitoreo, localizada a medio edificio de distancia, la Dra. Archer manipulaba las múltiples cámaras televisivas para obtener primeros planos de cada “huésped.”

—Todos entran en el perfil —observó—. Los análisis de sangre deben ser desastrosos.

—Oh, sí, Barb —coincidió el Dr. Killgore—. Número 3 se encuentra en muy malas condiciones. ¿Crees que podremos limpiarlo antes de que...?

—Creo que podemos intentarlo —dijo Barbara Archer, M.D.—. No podemos juzgar demasiado con el criterio del test, ¿no?

—Sí, y la moral caerá al piso si dejamos morir a uno de ellos demasiado pronto —prosiguió Killgore.

—“El hombre es una obra de arte” —citó Archer con un bostezo.

—No todos lo somos, Barb —sonrisita—. Me sorprende que no hayan encontrado una o dos mujeres para el grupo.

—A mí no —replicó la feminista Dra. Archer para solaz del cínico Killgore. Pero no valía la pena discutir. Apartó los ojos de la batería de pantallas televisivas y recogió el memo de los cuarteles generales de la corporación. Los huéspedes debían ser tratados como tales: había que higienizarlos, alimentarlos y ofrecerles toda la bebida que pudieran tolerar sin alterar la continuidad de sus funciones corporales. Al epidemiólogo lo preocupaba un poco que todos sus huéspedes-conejillos de Indias fueran alcohólicos callejeros seriamente perturbados. La ventaja residía, claro está, en que nadie iba a echarlos de menos, ni siquiera sus supuestos amigos. Muy pocos tenían familiares que supieran dónde buscarlos. Casi ninguno tenía a alguien que fuera a sorprenderse si no lo encontraban. Y ninguno, juzgó Killgore, tenía a nadie que fuera a notificar su desaparición a las autoridades pertinentes... y aunque milagrosamente eso sucediera ¿a la policía de Nueva York le importaría? Bastante improbable.

No, todos sus “huéspedes” habían sido borrados por su sociedad, menos agresivamente pero tan definitivamente como los judíos eliminados por Hitler, aunque con mayor sentido de justicia, pensaban Archer y Killgore. ¿El hombre era una obra de arte? Estos ejemplares de la especie que se autodefinía hecha a imagen y semejanza de Dios eran más inútiles que los animales de laboratorio a los que habían reemplazado. Y también menos atractivos para Archer, que tenía simpatía por los conejos y hasta por las ratas. A Killgore le parecía divertido. No le importaban ratas ni conejos, al menos como ejemplares individuales. Lo que verdaderamente importaba era la especie en su totalidad, ¿no? Y en lo que concernía a los “huéspedes”... bien, ni siquiera eran buenos especímenes de humanos, inferiores al estándar de los que la especie podía perfectamente prescindir. Killgore sí lo era. Archer también, a pesar de sus ramplonas opiniones político-sexuales. Una vez esclarecido al respecto, retomó sus anotaciones y luego revisó sus papeles. Mañana realizarían los exámenes físicos. Sería divertido, de eso sí estaba seguro.

CAPÍTULO 2

NUEVAS RESPONSABILIDADES

Las primeras dos semanas fueron bastante agradables. Chávez corría cinco millas diarias sin cansarse, realizaba la cantidad exigida de flexiones y abdominales con sus hombres, y disparaba mejor, tan bien como la mitad de ellos, pero nunca como Connolly y el estadounidense Hank Patterson. Esos dos debían haber nacido con pistolas en las cunas, decidió Ding luego de disparar trescientas balas por día con la intención de igualarlos. Tal vez un armero pudiera mejorar su arma. Corrían rumores de que los SAS tenían un armero que había entrenado con el mismísimo Sam Colt. Tal vez convendría alivianar y ablandar un poco el gatillo. Puro orgullo herido. Las pistolas eran armas secundarias. Con sus H&K MP-10, esos hombres podían plantar el contenido de tres cargadores en una cabeza ubicada a cincuenta metros de distancia a la misma velocidad que la mente de Ding concebía la idea de hacerlo. Eran asombrosos, los mejores soldados que había conocido en su vida... o incluso por mentas, admitió para sus adentros, sentado en su escritorio y ocupándose del odiado papeleo. Gruñó. ¿Acaso había alguien en el mundo que no odiara el papeleo?

Los miembros del equipo pasaron una sorprendente cantidad de tiempo sentados frente a sus escritorios y leyendo, principalmente material de inteligencia: dónde se pensaba que estaba cada terrorista, según algún servicio de inteligencia, departamento de policía o informante pago. De hecho, la información que estaban estudiando era prácticamente inútil, pero era lo mejor que tenían para quebrar la rutina diaria. También había fotos de los terroristas internacionales sobrevivientes. Carlos el Chacal, ya en sus cincuenta años y encerrado en una cárcel francesa de máxima seguridad, era el preferido de todos. Sus fotos, modificadas por computadora para simular su aspecto actual, fueron comparadas con fotos recientes enviadas por los franceses. Los miembros del equipo dedicaron bastante tiempo a memorizar todas las fotos de los terroristas porque, tal vez, en una noche oscura y en un lugar desconocido, un rayo de luz podría revelar una de esas caras... y sólo tendrían *unos segundos* para decidir si volarle o no la tapa de los sesos. Además, si uno tenía la oportunidad de liquidar a otro Carlos Ilich Ramírez Sánchez, querría aprovecharla, porque en ese caso, caviló Ding, uno sería luego tan famoso que ya no podría beber una cerveza tranquilo en ningún bar de policías o agentes especiales, en ningún lugar del

mundo. Lo malo era que esa pila de basura acumulada sobre su escritorio no era realmente basura después de todo. Si lograban atrapar al próximo Carlos, sería porque algún policía local de San Pablo, Brasil, o Bumfuck, Bosnia, o donde fuera habría obtenido datos de un informante, ido al lugar adecuado y echado un vistazo, y su cerebro habría hecho *click* recordando los innumerables folletos y volantes que llenaban las estaciones de policía del mundo entero, y luego su sabiduría callejera lo habría llevado a decidir si atrapaba al terrorista in situ... o bien, si la situación parecía demasiado densa, se reportaría a su teniente, y en ese caso, un equipo especial como el de Ding se desplegaría discretamente y atraparía al maldito, vivo o muerto, frente a su esposa y sus hijos, si los tenía, todos ellos ignorantes de la peligrosa carrera de papá... y luego entraría en acción la CNN con sus cámaras procaces...

Ése era el problema del trabajo de escritorio. Uno empezaba a soñar despierto. Chávez miró su reloj, se levantó, entró en la oficina de al lado y entregó su pila de basura a Miss Moony. Estuvo a punto de preguntar si todos estaban listos, pero debían estarlo, porque la única persona que quedaba ya estaba en la puerta. En el camino recogió su pistola y su cartuchera. El próximo paso era lo que los británicos llamaban “sala de batas”, excepto que no había batas sino ropa de fajina negro carbón y chalecos antibalas.

El Comando 2 ya estaba allí, la mayoría vestidos desde unos minutos antes para la práctica del día. Se los veía flojos, relajados, sonrientes. Algunos hacían bromas livianas. Una vez equipados fueron a retirar sus SMG a la sala de armas. Pasaron sobre sus cabezas el cabestrillo doble, verificaron que el cargador estuviera lleno, volvieron a colocarlo en la culata, pusieron el seguro, y revisaron el arma para garantizar su adaptación a las peculiaridades de cada tirador.

Las prácticas fueron interminables, o al menos las hicieron rendir lo más posible durante esas dos semanas. Había seis simulacros básicos que podían desarrollarse en diversos entornos. El que más odiaban sucedía en el interior de un avión comercial. Lo único bueno era el confinamiento forzoso de los chicos malos... obviamente no podían ir a ninguna parte. El resto era pésimo. Numerosos civiles en la línea de fuego, buenos escondites para los malos... y si uno de ellos realmente llevaba una bomba atada al cuerpo... casi siempre decían llevarla... bueno, en ese caso tendría que tener pelotas para detonarla tirando de la cuerda o tocando el interruptor, y entonces, si el miserable era medianamente competente, todos los que iban a bordo estarían perdidos. Afortunadamente, eran pocos los que elegían morir de esa manera. Pero Ding y su gente no podían pensar así. Los terroristas parecían temer más la captura que la muerte... de modo que el disparo debía ser rápido y perfecto, y el equipo debía ingresar al avión como un tornado de medianoche en Kansas, con los reflectores encendidos para reducir a los bastardos a imposibilidad de combate, de modo tal que las ametralladoras apuntaran a cabezas inmóviles, y rogar a Dios que los civiles que intentaba

rescatar no se pararan y bloquearan el polígono de tiro en que se había transformado repentinamente el Boeing o Airbus.

—Comando 2, ¿estamos listos? —preguntó Chávez.

—¡Sí, señor! —respondieron a coro.

Ding los guió afuera y los hizo correr media milla hasta el edificio de tiro. Fue una carrera dura, distinta al *jogging* veloz de la práctica diaria. Johnston y Weber ya estaban en el teatro de operaciones, en rincones opuestos de la estructura rectangular.

—Comando a Rifle Dos-Dos —dijo Ding por el micrófono incorporado a su casco—. ¿Alguna irregularidad?

—Negativo, Dos-Seis. Absolutamente nada —informó Weber.

—¿Rifle Dos-Uno?

—Seis —replicó Johnston—, vi moverse una cortina, pero nada más. Los instrumentos indican entre cuatro y seis voces adentro, angloparlantes. Nada más.

—Entendido —respondió Ding. El resto del equipo se había escondido detrás de un camión. Echó un último vistazo al plano del interior del edificio. El comando ya estaba al tanto. Los tiradores conocían el interior de la estructura lo suficientemente bien para andar con los ojos cerrados. Con eso en mente, les hizo señas de avanzar.

Paddy Connolly tomó la delantera y corrió hacia la puerta. Apenas llegó, soltó su H&K y sacó el Primacord de su chaleco. Adhirió el explosivo al marco de la puerta y empujó la capucha contra el extremo superior derecho. Un segundo después dio cinco pasos a la derecha llevando el detonador en la mano izquierda. Con la derecha aferró su SMG y la apuntó al cielo.

OK, pensó Ding. Es hora de moverse.

—¡Adelante! —gritó.

Cuando los primeros hombres dieron la vuelta al camión, Connolly pulsó el detonador. El marco se desintegró y la puerta voló hacia adentro. El primer tirador, Mike Pierce, la siguió un segundo después, desapareciendo en el agujero humeante seguido por Chávez.

Adentro estaba oscuro, la única luz provenía del vano de la puerta destrozada. Pierce escrutó la habitación, comprobó que estaba vacía, y pasó a la siguiente. Ding se le adelantó, al frente de su equipo...

... ahí estaban, cuatro blancos y cuatro rehenes...

Chávez empuñó su MP-10 y disparó dos cargas silenciadas a la cabeza del blanco más alejado. Le dio exactamente entre los ojos pintados de azul. Luego cruzó a la derecha y vio que Steve Lincoln había eliminado a su hombre tal como esta previsto. Menos de un segundo después se encendieron las luces generales. Todo había terminado, siete segundos después de la explosión del Primacord. Habían programado el simulacro en ocho segundos. Ding le puso el seguro a su arma.

—¡Carajo, John! —le dijo al comandante del Rainbow.

Clark se puso de pie sonriéndole al blanco de la izquierda, a menos de medio metro de distancia. Los dos agujeros del entrecejo significaban muerte segura e instantánea. No llevaba chaleco antibalas ni

protección de ninguna clase. Stanley, sentado en el otro extremo de la fila, tampoco. Mrs. Foorgate y Mrs. Montgomery sí. Ellas ocupaban los asientos centrales. La presencia de las mujeres sorprendió a Chávez, hasta que recordó que ellas también integraban el equipo y probablemente querían demostrar su valentía. Tuvo que admirar el espíritu de las féminas, aunque no su sentido común.

—Siete segundos. Bastante bien, supongo. Cinco sería mejor —observó John, aunque las dimensiones del edificio habían determinado la velocidad del equipo para cubrir distancias. Revisó todos los blancos. El de McTyler tenía un solo orificio, aunque su forma irregular probaba que había disparado los dos cargadores según los parámetros de la práctica. Cualquiera de ellos se habría ganado un lugar seguro en el tercer SOG y todos eran tan buenos como él mismo lo había sido, pensó para sus adentros. Bueno, los métodos de entrenamiento habían mejorado notablemente desde su temporada en Vietnam, ¿no? Ayudó a Helen Montgomery a levantarse. Parecía un poco perturbada. No era para asombrarse. Uno no le pagaba a su secretaria por colocarse en la mira de un rifle.

—¿Se encuentra bien? —preguntó John.

—Oh, muy bien, gracias. Fue más bien excitante. Fue mi primera vez, ¿sabe?

—Y mi tercera —dijo Alice Foorgate, levantándose—. Siempre es excitante —agregó con una sonrisa.

Para mí también, pensó Clark. Por mucha confianza que les tuviera a Ding y sus hombres, contemplar el caño de una ametralladora liviana y parpadear bajo los reflectores le congelaba un poco la sangre. Y la falta de protección antibalas no era tan graciosa, aunque él la justificaba diciéndose que debía ver mejor para detectar posibles errores. No obstante, no había detectado ninguno. Esos tipos eran condenadamente buenos.

—Excelente —dijo Stanley desde su puesto —Usted, eh... —prosiguió señalando a uno de ellos.

—Patterson, señor —dijo el sargento—. Ya sé, me retrasé un poco al entrar—. Se dio vuelta y vio que un fragmento del marco trababa la entrada. Había estado a punto de tropezar con él.

—Se recuperó muy bien, sargento Patterson. Su ánimo no se vio para nada afectado.

—No, señor —admitió Patterson, sin sonreír del todo.

El comandante del equipo se acercó a Clark.

—Conste que estamos en condiciones de enfrentar cualquier misión, Mr. C. —dijo Chávez con una sonrisa confiada—. Y dígame a los muchachos malos que se pongan en guardia. ¿Cómo anduvo el Comando 1?

—Dos décimas de segundo más rápido —replicó John, contento de ver desinflarse un poco al diminuto líder del 2—. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por no matar a tu suegro —John le palmeó el hombro y salió de la habitación.

—OK, muchachos —empezó Ding—, veremos la filmación y haremos críticas.

No menos de seis cámaras de TV habían grabado la misión. Stanley la analizaría cuadro por cuadro. El análisis sería festejado con unos tragos en el club del Regimiento 22. Ding ya se había dado cuenta de que los británicos tomaban muy en serio el tema de la cerveza... y Scotty McTyler podía arrojar dardos mientras Homer Johnston disparaba su rifle. Era una suerte de brecha en el protocolo que Ding, supuesto mayor, compartiera una cerveza con sus hombres, todos ellos sargentos. Lo explicó diciendo que había sido un humilde sargento líder de escuadrón hasta desaparecer en las fauces de la CIA y los entretuvo con historias de su vida con los ninjas... historias que sus subordinados escucharon con una mezcla de respeto y diversión. Por muy buena que fuera la 7ª División de Infantería, nunca sería *tan* buena como el C-2. Hasta Domingo tuvo que admitirlo tras varios vasos de John Courage.

—OK, Al, ¿qué opinas? —preguntó John. La licorera de su oficina estaba abierta: un Scotch para Stanley, un Wild Turkey para Clark.

—¿De los muchachos? —Se encogió de hombros—. Muy competentes técnicamente. Puntería casi perfecta, preparación física adecuada. Buena respuesta a los obstáculos y lo inesperado... y, bien, cabe destacar que no nos mataron en la oscuridad, ¿verdad?

—¿Pero? —preguntó Clark con mirada inquisitiva.

—Pero uno no sabe nada hasta que pasa algo de verdad. Oh, sí, son tan buenos como los SAS, pero los mejores *son* ex SAS...

Pesimismo viejo mundo, pensó John Clark. Ése era el problema con los europeos. Carecían de optimismo y solían fijarse en lo que podía andar mal en lugar de bien.

—¿Chávez?

—Un tipo soberbio —admitió Stanley—. Casi tan bueno como Peter Covington.

—Concedido —admitió Clark, sin importarle que fuera su yerno. Pero Covington había pasado siete años en Hereford. En un par de meses Ding alcanzaría ese nivel. Ya estaba bastante cerca. Se trataba de comparar la cantidad de horas que habían dormido y pronto se trataría de lo que había desayunado cada uno. En suma, pensó John, tenía la gente adecuada, entrenada al nivel adecuado. Lo único que debía hacer era mantenerlos en forma. Entrenar. Entrenar. Entrenar.

Ninguno de ellos sabía que la cosa ya había comenzado.

—Entonces, Dimitri —dijo el hombre.

—¿Sí? —replicó Dimitri Arkadeyevich Popov, haciendo girar el vodka en el vaso.

—¿Dónde y cómo empezamos?

Ambos creían haberse conocido por una afortunada casualidad, aunque por muy diferentes razones. Había ocurrido en París, en un café de la calle, las mesas estaban muy cerca unas de otras, uno de ellos había advertido que el otro era ruso y deseó hacer unas pocas preguntas acerca de Rusia. Popov, ex oficial de la KGB en busca de oportunidades para ingresar al mundo capitalista, había decidido rápidamente que ese estadounidense estaba lleno de dinero y que por lo tanto valía la pena conversar un poco con él. Respondió sus preguntas abierta y claramente, llevándolo a deducir rápidamente su anterior ocupación: sus habilidades lingüísticas (Popov hablaba fluidamente inglés, francés y checo) ayudaron mucho, al igual que su concimiento de Washington DC. Popov no era diplomático y el hecho de expresar sus opiniones de manera abierta y franca había limitado su promoción dentro de la ex KGB soviética al rango de coronel... y él todavía se consideraba digno de la jerarquía de un general. Como de costumbre, una cosa llevó a la otra, primero el intercambio de tarjetas, luego un viaje a EE.UU. en primera clase (Air France) como consultor de seguridad y una serie de reuniones que avanzaron sutilmente en una dirección que sorprendió más al ruso que al estadounidense. Popov lo impresionó con sus conocimientos sobre temas de seguridad en las calles de ciudades extranjeras y luego la conversación se orientó a otras áreas de experiencia y destreza.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó el estadounidense en su oficina de Nueva York.

La respuesta a su pregunta fue una ancha sonrisa, estimulada por tres vodkas dobles.

—Conozco a esta gente, por supuesto. Vamos, usted debe estar al tanto de lo que hice antes de abandonar mi país.

—¿Trabajó con terroristas? —preguntó sorprendido el estadounidense.

Popov tuvo que explicar sus actividades dentro del contexto ideológico apropiado:

—Seguramente recordará que para nosotros no eran terroristas. Eran camaradas creyentes en la paz mundial y el marxismo-leninismo, camaradas soldados en la lucha por la libertad humana... y, en honor a la verdad, idiotas útiles, demasiado dispuestos a sacrificar sus vidas a cambio de casi nada.

—¿En serio? —preguntó el estadounidense, nuevamente sorprendido—. Hubiera creído que los motivaba algo importante...

—Ah, claro que sí —aseguró Popov—, pero los idealistas son idiotas, ¿no le parece?

—Algunos lo son —admitió su anfitrión, indicándole que continuara.

—Se creen toda la retórica, todas las promesas. ¿No se da cuenta? Yo también fui miembro del Partido. Dije lo que debía decir, completé las respuestas, asistí a los mítines, pagué mis obligaciones con el Parti-

do. Hice todo lo que tuve que hacer, pero en realidad pertenecía a la KGB. Viajé al extranjero. Vi cómo se vivía en Occidente. Me gustaba mucho más viajar al extranjero por cuestiones de, ah, “negocios” que trabajar en el número dos de la avenida Dzerzhinsky. Mejor comida, mejores ropas, mejor todo. A diferencia de esos jovencitos imbéciles, yo sabía cuál era la verdad —concluyó, levantando su vaso a medio vaciar.

—Entonces, ¿a qué se dedican ahora?

—Se esconden —respondió Popov—. Casi todo el tiempo. Se esconden. Algunos trabajan... probablemente en tareas menores, supongo, a pesar de su educación universitaria.

—Me pregunto... —La mirada soñolienta indicaba que el estadounidense estaba un poco ebrio, aunque tan obviamente que Popov dudó de su autenticidad.

—¿Qué se pregunta?

—Si sería posible contactarlos...

—Casi seguro, si hubiera motivos para hacerlo. Mis contactos —se tocó la sien—, bueno, esas cosas no se evaporan. ¿A dónde quería llegar?

—Bien, Dimitri, usted sabe, hasta los perros de ataque tienen sus costumbres... y su utilidad, e incluso bastante a menudo, bien —sonrisa embarazosa—, usted me entiende...

En ese momento, Popov se preguntó si las películas decían la verdad. ¿Los ejecutivos estadounidenses *realmente* planeaban asesinar a sus rivales y cosas por el estilo? Parecía una locura... pero tal vez las películas no carecieran de base...

—Dígame —prosiguió el estadounidense— ¿usted trabajó con esa gente... quiero decir, planeó algunas de las misiones que ejecutaron?

—¿Planear? No —replicó el ruso, negando con la cabeza—. Les brindé ayuda, sí, bajo directivas de mi gobierno. Casi siempre actué como correo.

No había sido su misión favorita. Esencialmente se había dedicado a entregar mensajes especiales a esos niños perversos, pero el papel de cartero se adaptaba perfectamente a sus impecables habilidades de campo y a su capacidad de razonar casi con cualquiera sobre cualquier cosa, ya que los contactos eran muy difíciles de manejar una vez que decidían hacer algo. Popov había sido agente encubierto, para utilizar la expresión vernácula occidental, un oficial de inteligencia realmente soberbio que jamás, hasta donde él sabía, había sido identificado por ningún servicio occidental de contrainteligencia. De otro modo, su ingreso al Aeropuerto Internacional JFK no hubiera sido tan fácil.

—Entonces, ¿sabe cómo entrar en contacto con esa gente?

—Sí, sé cómo —aseguró Popov.

—Notable —El estadounidense se puso de pie—. Bueno, ¿qué le parece si vamos a cenar?

Al terminar la cena, Popov ganaba 100.000 dólares anuales como consultor especial. El ruso no podía dejar de preguntarse en qué terminaría su nuevo trabajo, pero tampoco le importaba demasiado. Cien mil

dólares no era una cifra despreciable para un hombre cuyos gustos sofisticados necesitaban atención.

Ya habían pasado diez meses de aquello y el vodka seguía siendo bueno.

—¿Dónde y cómo? —susurró Popov. Lo divertía ver a dónde había llegado, y lo que estaba haciendo. La vida era tan rara, y los caminos que uno tomaba, y sobre todo dónde lo llevaban esos caminos. Después de todo, sólo había estado esa tarde en París, matando el tiempo y esperando encontrarse con un ex “colega” del DGSE—. ¿Ya sabe cuándo?

—Sí, tiene la fecha, Dimitri.

—Sé a quién ver y a quién llamar para pautar la reunión.

—¿Debe hacerlo personalmente? —preguntó el estadounidense. Popov la consideró una pregunta estúpida.

—Sí, mi querido amigo —risita amable—, cara a cara. Esas cosas no se arreglan por fax.

—Es un riesgo.

—Muy pequeño. Nos encontraremos en un lugar seguro. Nadie me tomará fotografías. Además, sólo me reconocerán por contraseña y nombre clave. Ah, y por el dinero, por supuesto.

—¿Cuánto?

Popov se encogió de hombros.

—Oh, ¿digamos quinientos mil dólares? En efectivo, por supuesto. Dólares estadounidenses, marcos alemanes, francos suizos, eso dependerá de la preferencia de... nuestros amigos —agregó para aclarar el panorama.

El estadounidense garrapateó algo sobre un papel.

—Con esto podrá conseguir el dinero —dijo entregándole la hoja.

Y así empezaron las cosas. La moral siempre había sido una estructura variable, ya que dependía de la cultura, las experiencias y los principios de cada individuo. En el caso de Dimitri, su cultura de origen tenía pocas reglas rígidas o inamovibles, sus experiencias habían aprovechado esa carencia, y su principio fundamental era ganarse la vida...

—Usted sabe que esto conlleva cierto grado de peligro para mí y también sabe que mi salario...

—Su salario acaba de duplicarse, Dimitri.

Sonrisa franca.

—Excelente.

Buen comienzo. Ni siquiera la mafia rusa era tan rápida en sus avances.

Tres veces por semana practicaban paracaidismo desde una plataforma a sesenta pies del suelo. Una vez por semana lo hacían de verdad, lanzándose desde un helicóptero del ejército británico. A Chávez no le gustaba demasiado. La escuela aérea era una de las pocas cosas que había evitado durante su estadía en el ejército... lo cual era bastante extraño, pensó. Había hecho la escuela Ranger como E-4 pero, por

una u otra razón, Fort Benning no había entrado en su formación.

Pronto vendría lo mejor o lo peor. Sus pies descansaban sobre los patines. El helicóptero se acercaba al lugar de lanzamiento. Sus manos enguantadas aferraban la soga (de cien metros de largo, en caso de que el piloto se confundiera). Nadie confiaba demasiado en los pilotos, aunque la vida de todos solía depender de ellos. Éste parecía muy bueno. Un poquito *cowboy*, tal vez: en la última parte del simulacro atravesaron una brecha entre los árboles y las hojas de sus copas rozaron el uniforme de Ding, suavemente claro, pero en su posición cualquier contacto era decididamente mal recibido. La nariz ascendió debido a una poderosa maniobra de freno dinámico. Chávez endureció las piernas y, cuando la nariz bajó nuevamente, saltó. El truco era detener el descenso a pique a poca distancia del suelo... y llegar allí lo suficientemente rápido para no ofrecerse como blanco colgante. Hecho, sus pies tocaron la tierra. Soltó la soga, aferró su H&K con ambas manos y avanzó hacia el objetivo. Había sobrevivido a su salto número 14 en paracaídas, el tercero desde un helicóptero.

Su nuevo trabajo tenía un aspecto deliciosamente gozoso, pensó mientras corría. Era nuevamente un soldado de cuerpo entero, algo que había aprendido a amar y que sus obligaciones en la CIA le habían negado. A Chávez le gustaba transpirar, disfrutaba los ejercicios físicos del entrenamiento y, más que nada, amaba estar con otros hombres que compartieran sus gustos. Era duro. Era peligroso: ese mes, todos los miembros del equipo habían sufrido heridas menores —excepto Weber, que parecía estar hecho de hierro— y tarde o temprano, según las estadísticas, alguno de ellos sufriría una herida mayor, probablemente una pierna rota durante las sesiones de paracaidismo. Delta rara vez contaba con un equipo completo debido a los accidentes y heridas menores durante el entrenamiento. Pero el entrenamiento duro facilitaba el combate. Tal era el lema de todos los ejércitos competentes del mundo. Era una exageración, pero no tanto. Miró hacia atrás desde su puesto cubierto y vio a todos los integrantes del Comando-2 en tierra y en movimiento... Vega incluido. Notable. Chávez siempre temía por los tobillos del Oso debido a la enorme masa de su cuerpo. Weber y Johnston corrían como flechas hacia sus puestos portando sus rifles de mira telescópica especialmente fabricados. Los radios incorporados a los cascos funcionaban por un sistema encriptado digitalizado que sólo los miembros del Comando 2 podían descifrar... Ding se dio vuelta y comprobó que todos estaban en sus puestos, listos para la próxima orden y/o movimiento...

La Sala de Comunicaciones estaba en el segundo piso del edificio que acababan de remodelar. Poseía la cantidad acostumbrada de teletipos para los distintos servicios mundiales de noticias, además de televisores para CNN, Sky News y algunas otras emisoras. Todos los aparatos eran supervisados por individuos a quienes los británicos llamaban

“mentes”, a su vez supervisados por un oficial de inteligencia de carrera. El que estaba de turno en ese momento era un estadounidense de la Agencia de Seguridad Nacional, un mayor de la Fuerza Aérea que solía vestir ropas civiles que no lograban disimular su nacionalidad ni su profesión.

El mayor Sam Bennett se había aclimatado a su nuevo medio ambiente. Su esposa e hijo no apreciaban excesivamente la televisión local pero aprobaban el clima, y había varias canchas de golf decentes bastante cerca. Todas las mañanas corría tres millas para que los chismosos locales supieran que no era un inútil total, y planeaba salir a cazar pájaros dentro de unas semanas. Por lo demás, prestar servicio allí era muy fácil. El general Clark —eso pensaban todos de él— parecía bastante decente como jefe. Propugnaba un estilo limpio y rápido, y ésa era la especialidad de Bennett. Tampoco era un gritón. Bennett había trabajado para varios en sus doce años de servicio uniformado. Y Bill Tawney, jefe del equipo de inteligencia, era el mejor que había visto en su vida: sereno, reflexivo e inteligente. Había compartido varias cervezas con él en las últimas semanas, hablando de nada en el Club de Oficiales de Hereford.

Pero esta clase de servicio era aburrida la mayor parte del tiempo. Había trabajado en el subsuelo del Centro de Vigilancia de NSA, una sala enorme de techo bajo llena de minitelesores e impresoras que producían un zumbido constante, capaz de enloquecer a cualquiera en las largas noches de vigilancia sobre el maldito mundo. Por lo menos los británicos no tenían esa política de encierro contra las abejas obreras. Le resultaba fácil levantarse y caminar un poco. El personal era joven. Sólo Tawney superaba los cincuenta, y a Bennett también le gustaba eso.

—¡Mayor! —llamó una voz desde una de las nuevas impresoras—. Tenemos un caso de rehenes en Suiza.

—¿Servicio? —preguntó Bennett, acercándose.

—Agencia France-Press. Es un banco, un maldito banco —informó el cabo. Bennett se inclinó para leer el impreso... pero no pudo: no sabía francés. El cabo sí sabía y tradujo al vuelo. Bennett levantó el teléfono y tocó un botón.

—Señor Tawney, tenemos un incidente en Berna. Un grupo de criminales tomó la casa central del Banco Comercial. Hay algunos civiles atrapados adentro.

—¿Qué más, mayor?

—Por el momento nada más. La policía ya está allí, evidentemente.

—Muy bien. Gracias, mayor Bennett —Tawney cortó la comunicación y abrió un cajón de su escritorio, del que retiró un libro muy especial. Ah, sí, conocía a ese tipo. Llamó a la embajada británica en Ginebra—. Con el Sr. Gordon, por favor —le pidió a la operadora.

—Habla Gordon —dijo una voz pocos segundos después.

—Dennis, soy Bill Tawney.

—Bill, hacía tiempo que no tenía noticias tuyas. ¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Gordon con tono complacido.

—Banco Comercial de Berna, casa central. Aparentemente hay una situación de rehenes. Quiero que la evalúes y me informes.

—¿Cuáles son nuestros intereses, Bill?

—Tenemos un... un acuerdo tácito con el gobierno suizo. Si la policía local no puede manejar un caso, nosotros proveemos asistencia técnica parcial. ¿Quién tiene conexiones con la policía local en la embajada?

—Tony Armitage, ex Scotland Yard. Buen elemento para crímenes financieros y cosas por el estilo.

—Llévalo contigo —ordenó Tawney—. Infórmame en cuanto tengas algo —le dio su número.

—Muy bien —de todos modos, era una tarde bastante aburrida en Ginebra—. Me llevará unas horas.

Y probablemente no dará ningún resultado, ambos lo sabían.

—Estaré en este número. Gracias, Dennis.

Tawney cortó, salió de su oficina y fue arriba, a mirar TV.

Detrás del edificio donde funcionaban los Cuarteles Generales del Rainbow había cuatro antenas satelitales que recibían información de satélites de comunicación localizados sobre el Ecuador. Un simple chequeo les permitió averiguar cuál de ellos captaba las transmisiones satelitales de la TV suiza. Como en la mayoría de los países, también en Suiza era más fácil entrar y salir de un satélite que utilizar cables terrestres coaxiales. Pocos segundos después recibían noticias directas de la estación local. En ese momento sólo contaban con una cámara. La pantalla mostraba el exterior de un edificio institucional: los suizos tendían a diseñar sus bancos como si fueran castillos urbanos, aunque con un toque característicamente germánico que les otorgaba un aspecto poderoso y rechazante. El reportero estaba hablando a su estación, no al público. El intérprete se encargaba de traducir.

—”No, no tengo idea. La policía todavía no habló con nosotros” —prosiguió el intérprete con su aburrido tono monocorde. En ese momento apareció otra voz en la línea—. Camarógrafo —dijo el intérprete—. Parece un camarógrafo... hay algo...

La cámara se acercó y enfocó una forma, una figura humana que llevaba algo sobre la cabeza, una máscara...

—¿Qué clase de arma es ésa? —preguntó Bennett.

—Checa 58 —respondió Tawney en el acto—. Eso parece. El camarógrafo es muy bueno.

—“¿Qué dijo?” Ése fue el estudio al reportero —prosiguió el intérprete, casi sin mirar la pantalla—. “No sé, el ruido me impidió escuchar. Gritó algo, no escuché qué.” Oh, bueno: “¿Cuánta gente?” “No estoy seguro, el *Watchmeister* dijo que había más de veinte personas adentro entre empleados y clientes del banco. Afuera sólo estamos mi camarógrafo y yo, y aproximadamente quince policías.” “Vendrán más en camino, supongo”, respuesta de la estación.— La transmisión de audio

enmudeció. La cámara se apagó y el zumbido en el audio les indicó que el camarógrafo estaba cambiando de lugar, hecho que fue confirmado por la imagen tomada desde otro ángulo que apareció en pantalla pocos segundos después.

—¿Qué pasa, Bill? —Tawney y Bennett se dieron vuelta y vieron a John Clark a sus espaldas—. Vine a hablar contigo, pero tu secretaria dijo que teníamos una situación en ciernes.

—Es posible —replicó Tawney—. La estación Six de Ginebra acaba de enviar dos hombres para evaluarla. Tenemos ese acuerdo con el gobierno suizo, en caso de que decidan invocarlo. ¿Esto está saliendo por televisión comercial, Bennett?

El aludido negó con la cabeza.

—No, señor. Por ahora lo mantienen en secreto.

—Buenísimo —opinó Tawney—. ¿Quiénes están al frente del equipo, John?

—Comando 2, Chávez y Price. En este momento están terminando una práctica liviana. ¿Cuánto tardaremos en declarar el estado de alerta?

—Podríamos hacerlo ya mismo —respondió Bill, aunque probablemente se tratara sólo de un asalto fracasado a un banco. En Suiza también había ladrones, ¿no?

Clark sacó una mini-radio del bolsillo y la activó.

—Chávez, aquí Clark. Price y tú deben reportarse a comunicaciones ahora mismo.

—Vamos en camino, Six —respondió Ding.

—No sé qué está pasando —le comentó Ding a su sargento mayor. En las últimas tres semanas había aprendido que Eddie Price era el mejor soldado que hubiera podido encontrar: sereno, inteligente, reposado y con mucha experiencia de campo.

—Pronto lo sabremos, señor —respondió Price. Sabía que los oficiales necesitaban hablar de ciertas cosas. Y acababa de comprobarlo.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el ejército, Eddie?

—Casi treinta años, señor. Me enrolé muy joven... a los quince años. En el Regimiento de Paracaidismo —dijo, prosiguiendo para evitar la siguiente pregunta—. Me integré a SAS a los veinticuatro, y desde entonces estoy aquí.

—Bien, sargento mayor, me alegra tenerlo conmigo —dijo Chávez entrando en el auto para ir a los Cuarteles Generales.

—Gracias, señor —replicó Price. Este Chávez es un tipo decente, pensó, y tal vez un buen comandante... aunque eso está por verse. Él también tenía preguntas para hacer, pero no, eso no se acostumbraba ¿verdad? Bueno como era, Price todavía no sabía casi nada acerca de los militares estadounidenses.

Tendría que ser oficial, Eddie, pensó Ding, pero no lo dijo. En EE.UU. lo hubieran arrancado de su unidad —sin importarles que chi-

llara o patalleara—para enviarlo al OCS, probablemente con una graduación universitaria adquirida por el ejército en el camino. Otra cultura, otras reglas, pensó Chávez. Bien, gracias a eso contaba con un sargento endiabladamente bueno a sus espaldas. Diez minutos después estacionó en la playa del fondo y entró al edificio, donde siguió las indicaciones para llegar a Comunicaciones.

—Eh, Mr. C. ¿qué pasa?

—Es probable que tengamos trabajo para tu equipo, Domingo. Berna, Suiza. Asalto frustrado a un banco, situación de rehenes. Es todo lo que sabemos por ahora —Clark señaló las pantallas. Chávez y Price se hicieron de un par de sillas giratorias antes de acercarse.

Aunque más no fuera, serviría como práctica de alerta. Los mecanismos proyectados empezaban a funcionar. En el primer piso ya habían conseguido pasajes en no menos de cuatro vuelos desde Gatwick a Suiza, y dos helicópteros iban rumbo a Hereford para trasladar hombres y equipos al aeropuerto. British Airways ya sabía que debía aceptar carga sellada: inspeccionarla para el vuelo internacional sólo serviría para alterar a la gente. Si el alerta proseguía, los miembros del Comando 2 vestirían de civil: traje y corbata. A Clark le parecía un tanto excesivo. No era tan fácil lograr que los soldados parecieran banqueros, ¿verdad?

—En este momento no pasa nada —dijo Tawney—. Sam, ¿podrías pasar las filmaciones previas?

—Sí, señor —El mayor Bennett seleccionó una y la activó por control remoto.

—Checa 58 —dijo Price inmediatamente—. ¿Ninguna cara?

—No, eso es lo único que tenemos de los sujetos —replicó Bennett.

—Arma extraña para ladrones —comentó Price. Chávez giró la cabeza. Ésa era una de las cosas que le faltaban aprender sobre Europa. Bueno, allí los delincuentes no usaban rifles de asalto.

—Eso pensaba yo —dijo Tawney.

—¿Arma terrorista? —le preguntó Chávez a su XO.

—Sí, señor. Los checos entregaron muchas. Muy compacta, como puede ver. Sólo veinticinco pulgadas de longitud, fabricada por Uhersky. Cargador soviético Siete-punto-seis-dos/treinta-nueve. Totalmente automática, con selector. Es raro ver esa arma rara en manos de un bandido suizo —señaló Price una vez más.

—¿Por qué? —preguntó Clark.

—En Suiza fabrican armas mucho mejores que ésa, señor... para que los civiles soldados las guarden en el ropero, ya ve. No sería difícil robar unas cuantas.

El edificio se sacudió por el sonido de los helicópteros que acababan de aterrizar. Clark miró su reloj y asintió complacido.

—¿Qué sabemos del vecindario? —preguntó Chávez.

—Estamos trabajando en eso, muchacho —respondió Tawney—. Hasta el momento, sólo lo que transmite la TV.

La pantalla mostraba una calle común, en ese momento sin trán-

sito vehicular debido a que la policía local había desviado coches y autobuses. Por lo demás, edificios ordinarios de mampostería bordeando una común y silvestre calle de ciudad. Chávez miró a Price, que no apartaba los ojos de las imágenes que estaban viendo... Ya eran dos, porque otra emisora suiza había enviado sus cámaras y ambas señales estaban siendo pirateadas por el satélite. El traductor siguió traduciendo los comentarios de camarógrafos y reporteros a sus respectivas estaciones. Decían muy poco, y la mitad eran tonterías semejantes a las que se dicen de un escritorio a otro en una oficina. De vez en cuando, alguna de las cámaras captaba el movimiento de una cortina, pero eso era todo.

—Probablemente la policía está intentando comunicarse por teléfono con nuestros amigos. Querrán hablar con ellos, hacerlos entrar en razón, lo de siempre —dijo Price, comprendiendo que era el que más experiencia práctica tenía entre los presentes. Los demás conocían la teoría, pero la teoría no siempre alcanzaba—. En media hora sabremos si es o no una misión para nosotros.

—¿Los policías suizos son buenos? —preguntó Chávez.

—Buenísimos, señor, pero no tienen mucha experiencia con situaciones serias de rehenes...

—Por eso tenemos un acuerdo con ellos —acotó Tawney.

—Sí, señor —Price se respaldó en la silla, metió la mano en el bolsillo y sacó su pipa—. ¿Les molesta si fumo?

Clark negó con la cabeza.

—Aquí no practicamos el nazismo sanitario, sargento mayor —dijo—. ¿Qué es, a su entender, una situación de rehenes “seria”?

—Criminales comprometidos, terroristas —Price se encogió de hombros—. Tipos lo suficientemente estúpidos como para poner sus vidas sobre la mesa de juego. La clase de tipos capaces de matar a los rehenes para demostrar lo resueltos que son —*La clase de tipos a los que nosotros perseguimos y matamos*. Price no tuvo necesidad de agregar esto último.

Era un desperdicio tanto cerebro reunido para no hacer nada, pensó John Clark. Especialmente en el caso de Bill Tawney. Pero careciendo de información era difícil emitir pronunciamientos pontificios. Todos los ojos estaban fijos en las pantallas de televisión, que mostraban muy poco, y Clark se descubrió extrañando la charla inane que uno espera de los periodistas televisivos, siempre prestos a llenar el silencio con palabras vacías. Lo único interesante fue cuando dijeron que estaban intentando hablar con la policía local, pero que los policías no decían nada, salvo que estaban tratando de entrar en contacto con los malos de la película, hasta el momento sin éxito. Debía ser mentira, pero supuestamente la policía debía mentirles a los medios y al público en casos como éste... porque cualquier terrorista medianamente competente tendría un televisor consigo. Uno se enteraba de muchas cosas mirando la tele; de otro modo, Clark y sus subordinados jerárquicos no estarían paralizados frente a las pantallas, ¿no?

El protocolo era simple y complejo a la vez. Rainbow tenía un acuer-

do con el gobierno suizo. Si la policía local no podía controlar una situación acudiría al gobierno del cantón, que a su vez decidiría si acudir o no al gobierno nacional central, cuyos funcionarios ministeriales llamarían a Rainbow llegado el caso. El mecanismo completo había sido establecido meses atrás como parte del mandato de la agencia que ahora dirigía Clark. El “llamado de ayuda” se realizaría a través del Ministerio del Exterior británico en Whitehall, junto a las orillas del Támesis en Londres. A John le parecía un infierno burocrático, pero no había manera de evitarlo. Una vez hecho el llamado las cosas se simplificaban un poco, por lo menos en el aspecto administrativo. Pero los suizos no les dirían nada hasta que se efectuara el bendito llamado.

Luego de una hora de vigilia televisiva, Chávez se retiró a poner en Alerta al Comando 2. Los soldados se lo tomaron con calma y prepararon el equipo necesario, que no era demasiado. Cada uno de ellos comenzó a recibir las imágenes televisadas en su escritorio y Chávez volvió a Comunicaciones mientras los helicópteros reposaban ociosos sobre el helipuerto próximo al área del Comando 2. El Comando 1 también entró en alerta, por si los helicópteros que trasladaban al C-2 a Gatwick se estrellaban. Los procedimientos habían sido exhaustivamente planeados... salvo por los terroristas, pensó John.

En la pantalla, los policías iban de un lado a otro, expectantes. Buenos policías o no, no estaban preparados para una situación como ésa, y aunque habían considerado la posibilidad —todo el mundo civilizado lo había hecho—, la habían tomado tan en serio como los policías de —digamos— Boulder, Colorado. Jamás había pasado algo semejante en Berna, y hasta que no pasara no formaría parte de la cultura corporativa de la policía local. Eran puntos demasiado importantes para que Clark y sus hombres no los tuvieran en cuenta. La policía alemana —competente como pocas en el mundo— había impedido el rescate de los rehenes en Fürstfeldbrück, no porque fueran malos policías sino porque era su primera vez, y debido a eso algunos atletas israelíes no habían vuelto de las Olimpiadas de Munich en 1972. El mundo había aprendido la lección, ¿pero hasta qué punto? Clark y sus hombres no dejaban de preguntárselo todo el tiempo.

Las pantallas mostraron poco más que una calle de ciudad vacía durante la siguiente media hora, pero luego apareció un policía de alto rango con un teléfono celular. Al principio su lenguaje corporal era plácido, pero luego empezó a cambiar. Apretaba el teléfono contra su oreja, como queriendo meterse adentro. Hacía gestos imperiosos con la mano libre, como si hablara cara a cara con su interlocutor.

—Algo anda mal —observó el Dr. Paul Bellow. No fue una sorpresa para nadie, menos para Eddie Price, quien se irguió en su silla y chupó su pipa sin decir palabra. Negociar con tipos como los que controlaban el banco era una pequeña forma de arte, un arte que el superintendente de policía de la pantalla —cualquiera fuera su rango— todavía debía aprender. Malas noticias, pensó Price, para uno o más clientes del banco.

—”¿Eso fue un disparo?” —dijo el traductor, repitiendo las palabras de un reportero.

—Oh, carajo —comentó Chávez entre dientes. La situación había empeorado.

Menos de un minuto después, se abrió una de las puertas de vidrio del banco y un hombre vestido de civil arrastró un cadáver hasta la vereda. Aparentemente era un hombre, pero su cabeza —enfocada de cerca por ambas cámaras— se había transformado en una informe masa rojiza. El civil arrastró el cuerpo hasta la calle y se quedó un momento inmóvil.

Más a la derecha, a tu derecha, pensó Chávez para inducirlo. De algún modo lo logró, porque el desconocido de sobretodo gris se quedó quieto varios segundos mirando hacia abajo y luego —furtivamente— se dirigió a la derecha.

—“Se escuchan gritos en el interior del banco” —prosiguió el intérprete.

Pero, quienquiera que hubiera gritado, cometió un error. El civil giró a su derecha, alejándose de la puerta doble del banco, y se agachó junto a los enormes ventanales de vidrio polarizado. Era imposible verlo desde el interior del edificio.

—Buena movida, viejo —comentó Tawney serenamente—. Ahora, veamos si la policía puede hacerte salir.

Una de las cámaras enfocó al policía de mayor rango, parado en medio de la calle con su teléfono celular y haciendo señas frenéticas a los civiles para que se agacharan. Valiente o estúpido, imposible saberlo. Pero el policía regresó lentamente a la hilera de patrulleros... sin que nadie le disparara desde el banco. Las cámaras volvieron al civil escapado. Otros policías habían llegado al costado del edificio y le indicaron que siguiera agachado y se arrastrara hasta ellos. Los uniformados tenían ametralladoras. Su lenguaje corporal era tenso y frustrado. Uno de ellos contempló el cadáver tirado en la vereda y los de Hereford pudieron traducir fácilmente sus pensamientos.

—Señor Tawney, tiene un llamado por línea 4 —anunció el intercom. Tawney caminó hasta el teléfono y apretó el botón adecuado.

—Habla Tawney... ah, sí... Dennis...

—Sean quienes sean, acaban de asesinar a un tipo.

—Lo vimos por televisión pirata —Lo cual significaba que el viaje de Gordon a Berna era una pérdida de tiempo... pero no, no lo era, ¿verdad?— ¿Tienes contigo a Armitage?

—Sí, Bill, ahora mismo hablará con su policía.

—Excelente. Esperaré.

Como si le hubieran dado el pie, la cámara mostró a un hombre de civil acercándose al policía de mayor rango. Le mostró su identificación, habló brevemente con él y desapareció por la esquina.

—Aquí Tony Armitage. ¿Quién habla?

—Bill Tawney.

—Bueno, si conoce a Dennis, supongo que es un Six. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—¿Qué le dijo la policía? —Tawney activó el *speaker*.

—Fueron a consultar al cantón.

—¿Mr. C.? —dijo Chávez sin moverse de su silla.

—Avisa a los helicópteros que enciendan los motores, Ding. Irán a Gatwick. Allí esperarán instrucciones.

—Entendido, Mr. C. Comando 2, en marcha.

Chávez bajó las escaleras seguido por Price. Saltaron al auto y llegaron al edificio del C-2 en menos de tres minutos.

—Muchachos, si miraron la tele ya saben qué sucede. Ensillen, vamos en helicóptero a Gatwick.

No habían llegado a la puerta cuando un valiente policía suizo rescató al civil sano y salvo y lo llevó hasta un coche que salió disparado. Nuevamente, lo importante fue el lenguaje corporal. Los policías, hasta el momento casi informales, modificaron su actitud. La mayoría se agachó detrás de los patrulleros, arma en mano, tensos pero todavía inseguros respecto a sus próximos pasos.

—A partir de ahora saldrán por la red de televisión —anunció Bennett—. Sky News lo transmitirá en unos segundos.

—Supongo —dijo Clark—. ¿Dónde está Stanley?

—En Gatwick —dijo Tawney. Clark asintió. Stanley viajaría con el Comando 2 en carácter de comandante de campo. El Dr. Paul Bellow también iría con ellos. Viajaría en el mismo helicóptero que Chávez y Stanley y los asesoría sobre el aspecto psicológico de la situación táctica. Lo único que quedaba por hacer era pedir café y alimento sólido, cosa que hizo. Luego arrimó una silla y se sentó frente a los televisores.

CAPÍTULO 3

GNOMOS Y ARMAS

El viaje en helicóptero duró exactamente veinticinco minutos, y depositó al Comando 2 y sus pertrechos en el sector general de aviación del aeropuerto internacional. Dos camionetas los estaban esperando. Chávez observó a sus hombres cargar los equipos en una de ellas para trasladarlos a la terminal de British Airways. Allí los esperaban algunos policías, quienes supervisaron el ingreso de la camioneta en un container de carga... que sería el primero en salir del avión apenas arribaran a Berna.

Pero primero debían esperar la orden de comenzar la misión. Chávez sacó su celular, lo abrió y apretó el número 1 de discado rápido.

—Clark —dijo una voz, una vez atravesado el encriptado software.

—Habla Ding, John. ¿Ya llegó el llamado de Whitehall?

—Todavía estamos esperando, Domingo. No creo que tarden mucho. El cantón pateó el problema hacia arriba. Ahora lo están analizando en el Ministerio de Justicia.

—Bien, díles a esos importantes caballeros que este vuelo cierra sus puertas en dos-cero minutos y que el próximo saldrá recién dentro de noventa minutos, a menos que quieras que viajemos por Swissair. En ese caso, hay uno en cuarenta minutos y otro dentro de una hora quince.

—Te entiendo, Ding. Tenemos que esperar.

Chávez maldijo en español. Ya lo sabía. Pero no tenía porqué gustarle.

—Entendido, Six, el C-2 esperará en Gatwick.

—Entendido, C-2, Rainbow Six, fuera.

Chávez cerró el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo de su camisa.

—Bueno, gente —dijo sobre el rugir de los motores—, esperaremos aquí la orden de avanzar.

Los soldados asintieron. Estaban tan ansiosos como su jefe por empezar, pero igualmente impotentes frente a la situación. Los miembros británicos del equipo ya habían pasado antes por eso y lo tomaron mucho mejor que los estadounidenses y los demás.

—Bill, avisa a Whitehall que tenemos veinte minutos para sacarlos de aquí, o si no una hora de demora.

Tawney asintió y fue a llamar a su contacto en el Ministerio del Exterior desde el teléfono del rincón. Desde allí llamaron al embajador británico en Ginebra, quien fue informado de que el SAS había ofrecido una misión especial de asistencia técnica. Era extraño que el Ministerio del Exterior suizo supiera más que el hombre que había hecho el ofrecimiento. Pero, notablemente, la respuesta llegó en quince minutos: *Ja*.

—Han aprobado la misión, John —informó Tawney, bastante sorprendido.

—Perfecto —Clark abrió su celular y tocó el botón 2 de discado rápido.

—Chávez.

—Podemos iniciar la misión —dijo Clark—. Reconocimiento.

—Comando 2 copia inicio de misión. Comando 2 en marcha.

—Afirmativo. Buena suerte, Domingo.

—Gracias, Mr. C.

Chávez miró a sus hombres y levantó y bajó el brazo rápidamente, gesto conocido por todos los ejércitos del mundo. Todos entraron a la camioneta asignada para recorrer la rampa de Gatwick. El vehículo se detuvo frente a la puerta de carga del vuelo. Chávez le pidió a un policía que se acercara y permitió que Eddie Paz diera la orden de trasladar la carga especial al Boeing 757. Hecho esto, la camioneta avanzó unos metros hasta la escalera y el Comando 2 trepó al avión. Un oficial de policía sostenía abierta la puerta de la cabina de mando, desde donde abordaron normalmente el avión. Le entregaron sus pasajes a la azafata y ella los acompañó a sus asientos en primera clase.

El último en entrar fue Tim Noonan, el mago técnico del equipo. Para nada un envejecido *nerd*, Noonan había desempeñado un rol defensivo en Stanford antes de unirse al FBI y se entrenaba con armas para encajar en el equipo. Alto y pesado, era más corpulento que la mayoría de los tiradores de Ding aunque mucho menos rudo que cualquiera de ellos. Noonan habría sido el primero en admitirlo. No obstante, era un buen tirador con pistola y MP-10 y estaba aprendiendo el lenguaje. El Dr. Bellow ocupó su asiento junto a la ventana luego de sacar un libro de su equipaje de mano. Se trataba de un volumen de sociopatía escrito por un profesor de Harvard con quien había estudiado unos años atrás. El resto de los C-2 se recostaron en sus asientos, hojeando al descuido las revistas de a bordo. Chávez miró a su alrededor y comprobó que su equipo no parecía para nada tenso. Al mismo tiempo, lo sorprendía y avergonzaba estar tan nervioso. El capitán de la aerolínea hizo sus anuncios y el Boeing se alejó de la puerta y carreteó hacia la pista. Cinco minutos después despegó. El Comando 2 ya iba rumbo a su primera misión.

—En el aire —reportó Tawney—. La aerolínea espera un vuelo tranquilo y arribar a destino dentro de... una hora quince minutos.

—Grandioso —observó Clark. La cobertura televisiva había alcanzado su punto culminante. Las dos emisoras suizas transmitían constantemente imágenes matizadas por comentarios de periodistas in situ. Esto tenía aproximadamente la misma utilidad que un show de la NFL antes del partido, aunque los voceros de la policía habían empezado a hablar con la prensa. No, no sabían quiénes estaban adentro. Sí, habían hablado con ellos. Sí, las negociaciones estaban en marcha. No, no podían decir nada más al respecto. Sí, mantendrían a la prensa al tanto.

Al diablo, pensó John. Sky News transmitió la misma cobertura, y al poco rato las redes CNN y Fox emitieron breves reseñas al respecto, incluyendo por supuesto la primera víctima y la huída del que había arrastrado el cadáver a la calle.

—Negocio desagradable, John —dijo Tawney, bebiendo una taza de té.

Clark asintió.

—Supongo que siempre lo son, Bill.

—Claro.

En ese momento entró Peter Covington, arrastró una silla giratoria y se sentó junto a ellos. Su rostro permanecía neutro, aunque debía estar molesto porque su comando no había ido, pensó Clark. Pero la disponibilidad rotativa de los comandos estaba grabada en piedra allí como en todas partes, tal como debía ser.

—¿Ideas, Peter? —preguntó Clark.

—No particularmente brillantes. Mataron a ese pobre tipo a la tarde temprano, ¿verdad?

—Adelante —dijo John, recórdandoles que era nuevo en el negocio.

—Cuando uno mata a un rehén traspasa un límite grande y denso, señor. Una vez que lo traspasa, no puede retroceder fácilmente, ¿no?

—Entonces, ¿usted trataría de evitarlo?

—Trataría. Eso hace que para la otra parte sea muy difícil hacer concesiones, y uno necesita muchísimo esas concesiones si quiere salirse con la suya... a menos que usted sepa algo que sus oponentes desconocen. Bastante improbable en una situación como ésta.

—¿Pedirán un vehículo para escapar... un helicóptero?

—Probablemente —asintió Covington—. Irán a un aeropuerto, un avión comercial los estará esperando, tripulación internacional... ¿pero a qué destino? Libia tal vez. ¿Pero Libia los dejará entrar? ¿A dónde más podrían ir? ¿A Rusia? No creo. El valle de Bekka en Líbano es un lugar posible, pero los aviones comerciales no aterrizan allí. Lo único sensato que han hecho hasta el momento es no revelar sus identidades a la policía. ¿Se molestaría en averiguar si el rehén que escapó logró verles las caras? —Covington sacudió la cabeza.

—No son *amateurs* —objetó Clark—. Sus armas indican cierto grado de entrenamiento y profesionalismo.

Covington asintió satisfecho.

—Es cierto, señor, pero para nada brillante. No me sorprendería enterarme de que han robado dinero como rateros vulgares. Terroristas entrenados, puede ser... pero no buenos terroristas.

¿Y qué demonios es un "buen" terrorista? se preguntó John. Indudablemente, un término de arte que debería aprender.

El vuelo de British Airways aterrizó dos minutos antes de lo previsto y carreteó hasta la puerta de desembarco. Ding había hablado todo el viaje con el Dr. Bellow. La psicología del asunto era el agujero negro de su preparación y tendría que aprender a taparlo... pronto. Esto no era como ser soldado: la psicología de ese trabajo —imaginar qué pensaba hacer el enemigo con sus batallones— era manejada por los generales la mayor parte del tiempo. Esto era combate a nivel escuadrón pero con toda clase de elementos nuevos e interesantes, pensó Ding aflojando su cinturón de seguridad antes de que el avión dejara de moverse. Pero ambas cosas convergían en el último común denominador: acero contra el blanco.

Se desperezó y fue hacia la salida con expresión neutra. Salió entre dos civiles comunes que probablemente lo considerarían un hombre de negocios por el traje y la corbata que llevaba puestos. Tal vez debería comprar uno más elegante en Londres, pensó ociosamente, para encajar mejor en la identidad que sus hombres y él debían adoptar cuando viajaban. Una especie de chofer los estaba esperando con un cartel en alto. Chávez se acercó a él.

—¿Nos está esperando?

—Sí, señor. ¿Desean acompañarme?

El Comando 2 lo siguió por el anónimo pasillo e ingresó a lo que parecía una sala de conferencias con dos puertas. Junto a una de ellas había un policía uniformado... de alto rango, a juzgar por sus jinetas.

—Usted es... —empezó a decir.

—Chávez —Ding le tendió la mano—. Domingo Chávez.

—¿Español? —preguntó el policía, bastante sorprendido.

—Estadounidense. ¿Y usted, señor?

—Marius Roebing —replicó el otro cuando los miembros del comando terminaron de entrar y cerraron la puerta—. Acompañenme, por favor.

Roebing abrió la puerta del fondo, que daba a una escalera. Un minuto después estaban en un minibus rumbo a la autopista. Ding se dio vuelta y vio un camión que probablemente trasladaba sus equipos.

—Bueno, ¿qué puede decirme?

—Son cuatro, hablan alemán, aparentemente es su lengua materna por la pronunciación y otros detalles lingüísticos. Utilizan armas checas y no parecen reacios a dispararlas.

—Sí, señor. ¿Cuánto tardaremos en llegar? ¿Mis hombres podrán cambiarse de ropa?

Roebing asintió.

—Todo está arreglado, mayor Chávez.

—Gracias, señor.

—¿Puedo hablar con el hombre que escapó? —preguntó Bellow.

—Tengo órdenes de cooperar con ustedes en todo... dentro de límites razonables, por supuesto.

Chávez se preguntó qué significaría eso, pero decidió averiguarlo a su debido tiempo. No podía culparlo por lamentar que un comando de extranjeros tuviera que hacer respetar las leyes en su país. Pero eran los proverbiales pros de Dover, y así era la cosa... su propio gobierno lo había dicho. Ding pensó que la credibilidad de Rainbow estaba ahora sobre sus espaldas. Se dio vuelta para mirar a su gente. Sería espantoso avergonzarse a su suegro, a su comando y a su país. Eddie Price levantó los pulgares. ¿Acaso le habría leído el pensamiento? *Bueno*, pensó Chávez, *al menos uno de nosotros piensa que estamos en condiciones de hacerlo*. Años atrás había aprendido en las montañas de Colombia que era diferente en el campo. Cuanto uno más se acercaba a la línea de fuego, más diferente era. Allá afuera no había sistemas láser que informaran quién había muerto. La sangre derramada se encargaba de anunciarlo. Pero sus hombres eran entrenados y experimentados, especialmente el sargento mayor Edward Price.

Lo único que debía hacer era guiarlos en la batalla.

A una cuadra del banco había una escuela secundaria. El minibus y el camión estacionaron frente al edificio y el C-2 ingresó al área del gimnasio, protegida por diez policías uniformados. Los hombres se cambiaron de ropa en el vestuario y volvieron al gimnasio, donde Roebing los esperaba con una prenda adicional: pulóveres, negros como su vestimenta de asalto. Tenían impresa la palabra POLIZEI en letras doradas (no amarillas, como era costumbre) en la pechera y la espalda. ¿Sofisticación suiza? pensó Chávez, sin la sonrisa que supuestamente debía acompañar semejante observación.

—Gracias —le dijo Chávez. Era un subterfugio útil. Hecho esto, los hombres recién pertrechados volvieron a abordar el minibus para el resto del viaje. Se detuvieron a la vuelta de la esquina del banco, invisibles para los terroristas y los noticieros. Los rifleros Johnston y Weber fueron dejados en posiciones preestablecidas: uno dominaba la parte trasera del edificio, el otro se hallaba en diagonal al frente. Ambos desplegaron los trípodes de sus armas y comenzaron a vigilar el blanco.

Sus rifles eran tan singulares como ellos mismos. Weber tenía un Walther WA2000 adaptado para cargador Winchester Magnum .300. El de Johnston había sido fabricado especialmente, adaptado al cargador ligeramente más pequeño pero también más rápido Remington

Magnum de 7mm. En ambos casos, los tiradores determinaron antes que nada la distancia del blanco y la marcaban en sus miras telescópicas. Luego extendieron sus colchonetas. Su misión inmediata sería observar, reunir información, y reportarse.

El Dr. Bellow se sentía muy raro dentro de su uniforme negro, completo con chaleco antibalas y pulóver POLIZEI, pero serviría para evitar que fuera detectado por algún colega médico que viera el procedimiento por televisión. Noonan, similarmente vestido, encendió su computadora —una laptop Apple PowerBook— y comenzó a estudiar los planos del edificio para incluirlos en su sistema. Los policías locales fueron eficaces hasta la locura. En treinta minutos obtuvo un mapa electrónico completo del edificio-blanco. Todo... excepto la combinación de la bóveda, pensó con una sonrisa. Después desplegó una antena y transmitió las imágenes a las otras tres computadoras del equipo.

Chávez, Price y Bellow se acercaron al policía suizo de mayor rango. Saludos cordiales, apretones de manos. Price instaló su computadora e ingresó un CD-ROM con fotos de todos los terroristas conocidos —y fotografiados— del mundo.

El hombre que había arrastrado el cadáver a la vereda era Hans Richter, un alemán de Bonn que tenía negocios en Suiza.

—¿Pudo verles las caras? —preguntó Price.

—Sí —temblor de manos. Hasta el momento, Herr Richter había tenido un muy mal día. Price seleccionó conocidos terroristas alemanes y empezó a mostrarle las fotos.

—*Ja, ja*, ese. Él es el líder.

—¿Está completamente seguro?

—Sí, lo estoy.

—Ernst Model, anteriormente pertenecía a Baader-Meinhof, desapareció en 1989, paradero desconocido —siguió leyendo—. Sospechoso de cuatro operaciones hasta la fecha. Tres fracasadas. Estuvo a punto de ser capturado en Hamburgo en 1987, y mató a dos policías al escapar. De formación comunista, se sospecha que su último destino fue Líbano. Aparentemente muy delgado. Su especialidad era el secuestro. OK —Pasó otras fotos.

—Ese otro... probablemente.

—Erwin Guttenach, también Baader-Meinhof, visto por última vez en Colonia en 1992. Robó un banco, antecedentes de secuestro y asesinato... ah, sí, éste es el tipo que raptó y asesinó a un ejecutivo de la BMW en 1986. Se quedó con el rescate... cuatro millones de marcos alemanes. Un delincuente codicioso —agregó con sorna.

Bellow miró por encima de su hombro, tratando de pensar lo más rapido posible.

—¿Qué les dijo por teléfono?

—Tenemos la grabación —respondió el policía.

—¡Excelente! Pero necesitaré un intérprete.

—Doc, yo necesito un perfil de Ernst Model lo antes posible —intervino Chávez—. Noonan, ¿podremos tener cobertura del banco?

—No hay problema —replicó el tecnócrata.
—¿Roebing?
—¿Sí, mayor?
—¿Los de la TV cooperarán? Debemos asumir que esos sujetos tienen por lo menos un televisor.
—Cooperarán —replicó confiado el policía suizo.
—Bueno, gente, en marcha —ordenó Chávez. Noonan abrió su maleta de mago. Bellow dio la vuelta a la esquina con Herr Richter y un policía suizo que se encargaría de la traducción. Chávez y Price quedaron solos.
—¿Me olvido de algo, Eddie?
—No, mayor.
—OK. Número uno, mi nombre es Ding. Número dos, usted tiene más experiencia que yo en esto. Si tiene algo que decir, quiero escucharlo *ahora mismo*, ¿está claro? Esto no es una guardería. Necesito su cerebro, Eddie.
—Muy bien, señor... Ding —Price esbozó una sonrisa. Su comandante se estaba manejando muy bien—. Hasta el momento todo va bien. Tenemos contenidos a los sujetos, el perímetro es bueno. Necesitamos planos del edificio e información sobre lo que está ocurriendo adentro... eso es tarea de Noonan, y parece un tipo muy capaz. Y necesitamos tener idea de lo que piensa el enemigo... eso es tarea del Dr. Bellow, y él es excelente en lo suyo. ¿Cuál es el plan si el enemigo empieza a disparar repentinamente?
—Louis arrojará dos bengalas a la puerta principal, cuatro más adentro, e irrumpiremos como un tornado.
—Nuestros equipos protectores...
—No sirven para rechazar un siete-seis-dos ruso. Ya lo sé —admitió Chávez—. Nadie dijo jamás que fuera una misión segura, Eddie. Cuando sepamos un poco más podremos diseñar un plan de asalto eficaz —Chávez le palmeó el hombro—. Muévase, Eddie.
—Sí, señor —Price corrió a reunirse con el resto del comando.

Popov no sabía que la policía suiza tenía un escuadrón aterrorista tan bien entrenado. El comandante permaneció agachado cerca del frente del edificio mientras otro hombre, probablemente su segundo a cargo, guiaba al resto del comando hacia la esquina. Allí se pusieron a hablar con el rehén escapado... alguien lo llevó fuera de la vista. Sí, los policías suizos estaban bien entrenados y bien pertrechados. Armas H&K aparentemente. Lo habitual en ese tipo de casos. Por su parte, Dimitri Arkadeyevich Popov se mezcló con la multitud de mirones. Su primera impresión de Model y su equipito de tres había sido acertada. El coeficiente intelectual del alemán dejaba mucho que desear... ¡incluso había querido discutir sobre marxismo-leninismo con su visitante! El muy idiota. Y ni siquiera era joven. Model tenía más de cuarenta años y no podía poner a la exuberancia juvenil como excusa de su fijación ideoló-

gica. Pero no le faltaba práctica. Pidió ver el dinero: 600.000 dólares en marcos alemanes. Popov sonrió al recordar dónde lo habían guardado. Era bastante improbable que Model volviera a verlo. La de matar al rehén tan pronto había sido una maniobra estúpida pero no inesperada. Era la clase de tipo que alardeaba de su resolución y su pureza ideológica ¡como si eso le importara a alguien en el mundo actual! Popov gruñó para sus adentros, encendió un cigarro, y se apoyó contra el edificio de otro banco para relajarse y observar las maniobras. Se bajó un poco el sombrero y se levantó el cuello del sobretodo, ostensiblemente para protegerse del frío del atardecer, pero también para oscurecer su rostro. Las precauciones jamás eran excesivas... Eso era algo que se les había pasado por alto a Ernst Model y sus tres *Komraden*.

El Dr. Bellow terminó de revisar las grabaciones de las conversaciones telefónicas y los hechos conocidos acerca de Ernst Johannes Model. Se trataba de un sociópata con una característica tendencia a la violencia. Sospechoso de siete asesinatos cometidos personalmente y algunos más en compañía de otros terroristas. Guttenach era un individuo menos brillante de la misma cepa, y de los otros dos no se sabía nada. El rehén escapado les había dicho que Model mató a la primera víctima disparándole en la nuca desde cerca y luego le ordenó arrastrarla hasta la calle. Entonces, tanto el asesinato como la demostración de su realidad a la policía habían sido erróneamente evaluados... y todo encajaba perfectamente en el mismo, preocupante perfil. Bellow activó su radio.

—Bellow a Chávez.

—Sí, doc, aquí Ding.

—Tengo el perfil preliminar de los sujetos.

—Dispare... Muchachos, ¿están escuchando? —Se oyó una inmediata cacofonía de respuestas superpuestas: “Sí, Ding.” “Copiando, líder.” “*Ja*” y cosas por el estilo—. Adelante, doc, diga lo que sabe —ordenó Chávez.

—Primero, no es una operación bien planeada. Eso encaja en el perfil del supuesto líder, Ernst Model, alemán, cuarenta y un años, ex miembro de la organización Baader-Meinhof. Tiende a ser impetuoso, muy dispuesto a usar la violencia si se siente acorralado o frustrado. Si amenaza matar a alguien, debemos tener en cuenta que no está bromeando. Su condición mental corriente es muy, repito, *muy* peligrosa. Sabe que la operación fracasó. Sabe que tiene muy pocas posibilidades de éxito. Los rehenes son su única ventaja y los considerará ventajas pasibles de ser gastadas. No esperen un síndrome de Estocolmo en este caso, muchachos. Model es demasiado sociópata para eso. Tampoco confiaría demasiado en las negociaciones. Lo más probable, en mi opinión, será una resolución de asalto esta misma noche o mañana.

—¿Algo más? —preguntó Chávez.

—Por ahora no —replicó Bellow—. Estaré monitoreando los pasos siguientes con la policía local.

Noonan se había tomado su tiempo para seleccionar las herramientas adecuadas y ahora se arrastraba junto a la pared exterior del edificio, bajo el nivel de las ventanas. Al llegar a cada ventana alzaba lentamente la cabeza para comprobar si había una brecha en las cortinas que permitiera ver el interior. En la segunda había una pequeña brecha y Noonan adosó al vidrio un diminuto sistema de visión. Se trataba de una lente en forma de cabeza de cobra, de apenas unos milímetros de ancho, que se comunicaba por cable de fibra óptica con una cámara de TV colocada dentro de su maleta negra a la vuelta de la esquina. Noonan colocó otro sistema en el extremo inferior de la puerta vidriada del banco y retrocedió arrastrándose trabajosamente hasta un lugar donde pudiera pararse. Una vez de pie, dio la vuelta a la manzana para repetir el procedimiento desde el otro lado del edificio. Allí pudo colocar tres sistemas: uno en la puerta y los otros dos en ventanas cuyas cortinas eran ligeramente más cortas de lo que debían. También instaló micrófonos para captar todos los sonidos posibles. Las enormes ventanas de vidrio debían tener muy buena resonancia, pensó, aunque eso valía tanto para los sonidos externos como para aquellos originados en el interior del edificio.

Mientras tanto, la gente de los canales de TV hablaba con el policía de mayor rango in situ, quien pasó bastante tiempo diciendo que los terroristas eran serios... el Dr. Bellow le había sugerido que se refiriera a ellos con respeto. Probablemente estarían mirando la televisión y alimentar su autoestima sería útil a los propósitos del Comando-2. En cualquier caso, impediría a los terroristas averiguar lo que había hecho Tim Noonan afuera.

—OK —dijo el tecno desde una calle lateral. Todos los sistemas de video estaban funcionando. Mostraban muy poco. La medida de las lentes no producía buena imagen a pesar del programa de ampliación que había instalado en su computadora—. Allí hay un tirador... y allá otro —se encontraban a diez metros del frente del edificio. El resto de las personas visibles se hallaban sentadas sobre el piso de mármol blanco, en el centro del salón para facilitar la vigilancia—. El tipo dijo cuatro, ¿no?

—Sí —respondió Chávez—. Pero no dijo cuántos rehenes, ni siquiera aproximadamente.

—De acuerdo, el que está detrás de las ventanillas es uno de los malos, creo yo... hmm... parece que está revisando los cajones de las cajas... y tiene una bolsa, o una valija. ¿Cree que visitaron la bóveda?

—¿Eddie? —preguntó Chávez.

—Codicia —coincidió Price—. Bien, ¿por qué no? Después de todo, es un banco.

—OK —Noonan pidió algunos documentos en su computadora—. Tengo los planos del edificio y éste es el esquema.

—Cajas, bóveda, baños —Price apoyó el dedo sobre la pantalla—.

La puerta de atrás. Parece bastante simple. ¿Acceso a pisos superiores?

—Aquí —dijo Noonan—. En realidad están fuera del edificio propiamente dicho, pero se puede acceder desde el subsuelo, que a su vez tiene salida individual al callejón de atrás.

—¿De qué está hecho el techo? —preguntó Chávez.

—Losa de concreto, cuatro centímetros de espesor. Sólido como la piedra. Lo mismo que las paredes y el piso. Este edificio fue construido para durar. —Por lo tanto, no habría ingreso “forzado por explosivos” a través de las paredes, el piso o el techo.

—Entonces podemos entrar por la puerta principal o por la puerta de atrás, y eso es todo. El chico malo número cuatro debe estar, por lógica, en la puerta de atrás —Chávez activó su radio—. Chávez a Rifle Dos-Dos.

—*Ja*. Aquí Weber.

—Dieter, ¿hay ventanas en el fondo, algo en la puerta, un agujero para espiar o algo semejante?

—Negativo. Apparentemente es una pesada puerta de acero y no hay nada visible en ella —dijo el alemán, rastreando nuevamente el blanco con su mira telescópica, nuevamente sin encontrar nada excepto acero pintado.

—OK, Eddie, volaremos la puerta de atrás con Primacord. Quiero tres hombres allí. Un segundo después volaremos las puertas vidriadas del frente, arrojaremos bengalas y entraremos cuando estén mirando hacia otro lado. De dos en dos, por el frente. Usted y yo por la izquierda. Louis y George por la derecha.

—¿Llevan chaleco antibalas? —preguntó Price.

—*Herr* Richter no vio nada —respondió Noonan— y tampoco se ve nada desde aquí... pero de todos modos no tienen protección en la cabeza, ¿no? —Sólo se necesitaría un disparo de diez metros, distancia fácil para las H&K.

—Bien —Price asintió—. ¿Quién comandará a los que entren por el fondo?

—Scotty, creo. Paddy se ocupará de los explosivos —Connolly era el mejor del comando para eso, y ambos lo sabían. Chávez tomó nota mentalmente de la necesidad de establecer con mayor claridad los sub-comandos. Hasta el momento había metido a todos sus hombres en el mismo cajón. Eso tendría que cambiar en cuanto regresaran a Hereford.

—¿Vega?

—El Oso nos cubre, pero no creo que lo utilicemos mucho en esta misión —Julio Vega era el tirador de artillería pesada: tenía una ametralladora M-60 7.62 mm. con visión láser para trabajos realmente serios que no sería muy útil en esta oportunidad... a menos que todo se fuera absolutamente al diablo.

—Noonan, envíele esta imagen a Scotty.

—Entendido —movió el mouse y empezó a transmitir toda la información a las diversas computadoras del comando.

—Ahora sólo debemos resolver cuándo —Ding miró su reloj—. Volvamos con Bellow.

—Sí, señor.

Bellow había pasado todo ese tiempo con Herr Richter. Las tres inyecciones sedantes lo habían calmado bastante. Incluso su inglés había mejorado notablemente. Cuando Chávez y Price aparecieron, Bellow lo estaba interrogando por sexta vez.

—Sus ojos son azules, como de hielo. Como de hielo —repetía Richter—. No es un hombre como tantos otros. Debería estar enjaulado con los animales del *Tiergarten* —el empresario sufrió un temblor involuntario.

—¿Tiene acento? —preguntó Price.

—Mezclado. Un poco de Hamburgo, pero también algo de Bavaria. Los otros... todos tienen acento bávaro.

—Estos datos serán muy útiles para la Bundes Kriminal Amt, Ding —comentó Price. La BKA era el equivalente alemán del FBI estadounidense—. ¿Por qué no hacemos que la policía revise el área en busca de un vehículo con patente alemana... de Bavaria? Tal vez tengan un chofer.

—Buen tiro —Chávez corrió hacia los policías suizos; el jefe dio la orden inmediatamente por radio. Probablemente otro agujero negro, pensó Chávez. Pero era imposible saberlo hasta no haberlo explorado. Necesariamente tenían que haber llegado de alguna manera. Otra nota mental. Chequear ese detalle en todas las misiones.

Roebling se acercó blandiendo su teléfono celular.

—Ya es hora —dijo— de volver a hablar con ellos.

—Yo, Tim —dijo Chávez por radio—. Ven al punto de reunión.

Noonan estuvo allí en menos de un minuto. Chávez señaló el celular de Roebling. Noonan lo tomó, lo destapó y le adosó un pequeño circuito verde del que pendía un cable delgado. Luego sacó otro celular del bolsillo y se lo entregó a Chávez.

—Ahí tienes. Escucharás todo lo que digan.

—¿Qué está pasando adentro?

—Caminan de un lado a otro, tal vez están un poco agitados. Dos de ellos estuvieron hablando hace unos minutos. Sus gestos indicaban bastante insatisfacción.

—OK. ¿Todo el mundo listo para entrar?

—¿Y el audio?

El tecno negó con la cabeza.

—Demasiado ruido de fondo. El edificio tiene un sistema de calefacción muy ruidoso que va en contra de los micrófonos de las ventanas. No estamos sacando nada en limpio, Ding.

—OK, manténnos informados.

—Claro —Noonan volvió a su puesto.

—¿Eddie?

—Si tuviera que apostar, diría que debemos irrumpir en el edificio

antes del alba. Nuestro amigo pronto empezará a perder el control.

—¿Doc? —preguntó Ding.

—Es probable —asintió Bellow. Apreciaba la experiencia práctica de Price.

Chávez frunció el ceño. Por muy entrenado que estuviera, no estaba precisamente ansioso por entrar. Había visto las imágenes del interior. Debía haber veinte, quizás treinta personas adentro, rodeadas por tres individuos pertrechados con armas automáticas. Si uno de ellos dedidía *que todo se vaya a la mierda* y empezaba el *rock 'n' roll* con su ametralladora checa, muchas de esas personas jamás regresarían a su hogares. Eso se llamaba responsabilidad de comando, y aunque no era la primera vez que Chávez la experimentaba, la carga jamás se aligeraba... porque el precio del fracaso jamás se reducía.

—¡Chávez! —era el Dr. Bellow.

—Sí, doc —dijo Ding, yendo hacia él seguido por Price.

—Model se está poniendo agresivo. Dice que si no le conseguimos un auto que lo traslade a un helipuerto a pocas cuadras de aquí, y desde allí al aeropuerto, matará a otro rehén dentro de media hora. Luego, matará un rehén cada quince minutos. Dice que tiene suficientes rehenes para durar varias horas. Ahora está leyendo la lista de los más importantes. Un profesor de cirugía de la facultad de medicina local, un policía retirado, un reconocido abogado... bien, no está bromeando, Ding. Treinta minutos desde... OK, matará al primero a las ocho treinta.

—¿Qué le responden los policías?

—Lo que yo les dije que dijeran, que lleva tiempo conseguir todo lo que pide, que nos entregue uno o dos rehenes en prueba de su buena fe... pero eso disparó la amenaza de las ocho treinta. Ernst se está descontrolando.

—¿Habla en serio? —preguntó Chávez para asegurarse de haber entendido.

—Sí, muy en serio. Está perdiendo el control y se siente insatisfecho con el curso que tomaron las cosas. No se encuentra en estado racional. No bromea cuando dice que matará a alguien. Es como un niño mimado que no encuentra ningún regalo en el arbolito la mañana de Navidad, Ding. No hay influencia estabilizadora que pueda ayudarlo. Se siente muy solo.

—Súper —Ding activó su radio. Aunque no inesperadamente, la decisión había sido tomada por otro—. Comando, aquí Chávez. Preparados. Repito, preparados.

Sabía qué esperar. Una posibilidad era entregar el auto que pedían: sería demasiado pequeño para todos los rehenes y podrían eliminar a los muchachos malos con fuego cruzado de rifles. Pero sólo contaba con dos, cuyas balas, después de atravesar la cabeza de un terrorista, tendrían energía suficiente para matar a dos o tres personas más. Lo mismo podía decirse de las ametralladoras y las pistolas. Cuatro chicos malos eran demasiado para ese juego. No, debía entrar con su comando mientras los rehenes siguieran sentados en el piso, detrás de

la línea de fuego. Esos bastardos ni siquiera conservaban el raciocinio necesario para pedir comida que él podría condimentar con droga... o tal vez conocían la pizza con sabor a Valium.

Tomó varios minutos. Chávez y Price gatearon hasta la puerta desde la izquierda. Louis Loiselle y George Tomlinson hicieron lo mismo del otro lado. En la parte de atrás, Paddy Connolly adosó una carga doble de Primacord al marco de la puerta, insertó el detonador y se alejó, secundado por Scotty McTyler y Hank Patterson.

—Comando de retaguardia en su puesto, Líder —anunció Scotty por radio.

—Entendido. Comando de avanzada en su puesto —replicó Chávez en voz baja.

—OK, Ding —La voz de Noonan resonó en el circuito de comando—, TV Uno enfoca a un tipo que blande un rifle y se pasea entre los rehenes sentados en el piso. Si tuviera que apostar, diría que es nuestro amigo Ernst. Hay otro a sus espaldas, y un tercero a la derecha, cerca del segundo escritorio de madera. Espera, ahora habla por teléfono... OK, está hablando con los policías, les dice que está listo para escoger la próxima víctima. Primero nos dirá su nombre. Muy amable de su parte —concluyó Noonan.

—OK, muchachos, todo será como en las prácticas —les anunció Ding a sus tropas—. Quiten los seguros a las armas. Alerta —levantó la vista y vio a Loiselle y Tomlinson intercambiar una mirada y un gesto. Louis entraría primero, seguido por George. Por su parte, Price tomaría la delantera seguido por Chávez.

—Ding, acaba de agarrar a un tipo, lo obliga a pararse... otra vez habla por teléfono, dice que van a matar primero al médico, es el profesor Mario Donatello. OK, lo tengo todo en Cámara Dos. La víctima está de pie. Creo que es hora de empezar el show —concluyó Noonan.

—¿Estamos listos? Comando de retaguardia, verificar.

—Listos —replicó Connolly por radio. Chávez podía ver a Loiselle y Tomlinson. Ambos asintieron brevemente y apretaron con fuerza sus MP-10.

—Chávez a comando, estamos listos para empezar. Alerta. Alerta. ¡Paddy, detone! —ordenó Ding con un grito. Lo último que haría sería bajar la voz en vísperas de una explosión.

El segundo siguiente pareció durar una eternidad. Luego, la mole del edificio se sacudió. Aun así lo escucharon, un sonoro *clash* metálico que hizo temblar el mundo entero. Price y Loiselle habían colocado sus bengalas explosivas bajo el borde de bronce de la puerta y las activaron apenas oyeron la primera detonación. Las puertas vidriadas se desintegraron instantáneamente en millares de fragmentos que volaron hacia el *lobby* de mármol y granito del banco en medio de una luz cegadora y un ruido infernal. Price, ya en el umbral de la puerta, entró como una flecha seguido por Chávez. Ambos se volcaron a su izquierda.

Ernst Model estaba allí mismo, apretando el caño de su arma contra la cabeza del Dr. Donatello. Se dio vuelta para mirar hacia el fondo

del salón, donde había ocurrido la primera explosión, y, tal como estaba planeado, la segunda lo desorientó con su terrible ruido y su cegadora luz de magnesio. El médico cautivo también reaccionó y se alejó del terrorista con las manos sobre la cabeza, mirando a los intrusos con enorme gratitud. Price apuntó su MP-10 y destrozó la cara de Ernst Model.

A sus espaldas, Chávez detectó a otro terrorista. El tipo sacudía la cabeza como queriendo despejarse. Estaba mirando hacia otro lado, pero conservaba el arma, y las reglas eran las reglas. Chávez también le voló la cabeza. Volvió a apuntar su arma y vio al tercer terrorista caído sobre un charco de sangre.

—¡Despejado! —gritó Chávez.

—¡Despejado! ¡Despejado! ¡Despejado! —gritaron los demás. Loïselle corrió a la parte de atrás del edificio seguido por Tomlinson. Antes de que llegaran, las negras figuras de McTyler y Patterson emergieron con sus armas apuntadas al techo: ¡Despejado!

Chávez fue hacia las cajas y saltó sobre el mostrador en busca de refuerzos terroristas. Nadie.

—¡Despejado aquí! ¡Vigilen el área!

Uno de los rehenes empezó a levantarse y George Tomlinson lo derribó de un empujón. Uno por uno, fueron retirados del lugar por algunos integrantes del comando mientras otros los cubrían con armas cargadas: en ese momento no podían estar seguros de quiénes eran ovejas y quiénes lobos. Algunos policías suizos entraron al banco. Los rehenes fueron empujados en dirección a ellos: un montón de ciudadanos shockeados y perplejos, todavía desorientados respecto a lo ocurrido. A muchos les sangraban los oídos o las cabezas por las bengalas explosivas y los fragmentos de vidrio.

Loïselle y Tomlinson recogieron las armas de los terroristas, las vaciaron y se las colgaron del hombro. Recién entonces, y gradualmente, comenzaron a relajarse.

—¿Qué pasó atrás? —le preguntó Ding a Paddy Connolly.

—Venga a ver —sugirió el ex soldado SAS. Acompañó a su comandante al salón de atrás. Era un desastre. Probablemente el sujeto tenía la cabeza apoyada contra el marco de la puerta. Parecía una explicación lógica para la falta de cabeza y la presencia de un único hombro en el cadáver, arrojado hacia el interior con el rifle checo M-58 todavía aferrado en la mano que le quedaba. La carga doble de Primacord había sido demasiado contundente, tal vez... pero Ding no podía quejarse. La puerta de acero y el espesor del marco lo habían exigido así.

—OK, Paddy. Buen tiro.

—Gracias, señor —Sonrisa de profesional que ha hecho bien su trabajo.

Hubo aplausos en la calle cuando salieron los rehenes. Entonces, pensó Popov, los terroristas que había reclutado eran ahora unos imbéciles.

ciles muertos. No era para sorprenderse. El comando antiterrorista suizo había manejado bien la situación, tal como era de esperar tratándose de la policía suiza. Uno de ellos encendió su pipa apenas salió... ¡muy suizo, realmente! pensó Popov. Era probable que escalara montañas sólo para entretenerse. Tal vez fuera el comandante. Un rehén se acercó a él.

—*Danke schön, danke schön!* —le dijo el director del banco a Eddie Price.

—*Bite sehr, Herr Direktor* —respondió el británico, agotando en el acto sus conocimientos de alemán. Le indicó el lugar donde la policía de Berna había reunido a los demás rehenes. Probablemente necesitaran un trago, pensó.

—¿Cómo estuvimos, Eddie? —preguntó Chávez, recién salido del infierno.

—Bastante bien, diría yo —chupada de pipa—. Fue un trabajo fácil a decir verdad. Fueron unos auténticos obcecados al elegir este banco y actuar como lo hicieron —sacudió la cabeza y dio otra chupada a su pipa. El IRA era mucho mejor que esto. Estúpidos alemanes.

Ding no le preguntó por qué los consideraba obcecados, y mucho menos auténticos. En cambio, sacó su teléfono celular y tocó el discado rápido.

—Clark.

—Chávez. ¿Lo vio por TV, Mr. C.?

—Ahora van a repetirlo, Ding.

—Liquidamos a los cuatro. No hay rehenes heridos, excepto el que mataron hoy temprano. Sin bajas en el comando. Entonces, jefe, ¿qué hacemos ahora?

—Volar a casa para reportarse, muchacho. Six, fuera.

—Genial —dijo el mayor Peter Covington. La TV transmitió los preparativos del comando durante los treinta minutos siguientes, hasta que finalmente desaparecieron por la esquina—. Tu Chávez parece conocer el negocio... y es importante que la primera prueba haya sido fácil. Cosas como ésta alientan la confianza.

Observar la imagen computarizada que les había enviado Noonan por su sistema de teléfono celular. Covington había predicho como sería el rescate... y no se había equivocado.

—¿Hay alguna tradición que yo necesite conocer? —preguntó John relajándose un poco y aliviado al saber que no había habido víctimas innecesarias.

—Los invitaremos a beber unas cervezas en el club, por supuesto —Covington no pudo ocultar su sorpresa ante la supina ignorancia de Clark.

Popov, en su auto, intentaba atravesar las calles de Berna antes de que los patrulleros las bloquearan al regresar a sus estaciones. A la izquierda... dos semáforos, a la derecha, luego cruzar la plaza y... ¡allí! Excelente, incluso tenía lugar para estacionar. Dejó su Audi alquilado frente a la vivienda provisoria de Model. Violar la cerradura fue un juego de niños. Escaleras arriba, al fondo, cerradura igualmente fácil de violentar.

—*Wer sind Sie?* —preguntó una voz.

—Dimitri —replicó Popov honestamente, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta—. ¿Estuviste viendo televisión?

—Sí, ¿qué fue lo que falló? —preguntó la voz, siempre en alemán, seriamente contrariada.

—Eso no tiene importancia. Es hora de partir, mi joven amigo.

—Pero mis amigos...

—Están muertos y no puedes ayudarlos —Vio al muchacho en la oscuridad: apenas veinte años y amigo devoto del imbécil difunto, Ernst Model. ¿Una relación homosexual quizás? Si así fuera, todo sería más fácil para Popov, que no tenía la menor simpatía por los hombres de esa orientación sexual—. Vamos, recoge tus cosas. Debemos irnos, y pronto.

Allí, allí estaba la maleta de cuero negro llena de marcos alemanes. El muchacho... ¿cómo diablos se llamaba? ¿Fabián algo? le dio la espalda y fue a buscar su parca, que los alemanes llaman *Joppe*. No volvió a darse vuelta. Popov apuntó su pistola con silenciador y disparó una vez. Después otra, absolutamente innecesaria, desde tres metros de distancia. Una vez seguro de que el muchacho había muerto, abrió la maleta para verificar su contenido. Luego salió a la puerta, cruzó la calle y condujo hasta su hotel en el centro de Berna. Tenía un pasaje de regreso a Nueva York para el mediodía siguiente. Pero antes debía abrir una cuenta bancaria en una de las ciudades más aptas para hacerlo.

El grupo estuvo muy tranquilo durante el viaje de regreso. Habían pescado el último vuelo del día a Inglaterra... en este caso a Heathrow, no a Gatwick. Chávez se consiguió un vaso de vino blanco y fue a sentarse junto al Dr. Bellow, que hizo otro tanto.

—¿Y? ¿Cómo estuvimos, doc?

—¿Por qué no me lo dice usted, señor Chávez? —respondió Bellow.

—En cuanto a mí, el estrés está bajando. Sin temblequeos esta vez —replicó Ding, sorprendido por la firmeza de su pulso.

—Los “temblequeos” son perfectamente normales: liberan la energía estresante. El cuerpo tiene dificultades para soltarla y volver a la normalidad. Pero el entrenamiento atenúa esas dificultades. Igual que la bebida —observó el médico, bebiendo su propia “dosis” de buena cepa francesa.

—¿Podríamos haber hecho algo de otro modo?

—No creo. Tal vez, si hubiéramos llegado antes, podríamos haber evitado o al menos pospuesto el asesinato del primer rehén, pero esas

cosas nunca pueden controlarse —Bellow se encogió de hombros—. No, en este caso, lo que me extraña es la motivación de los terroristas.

—¿Por qué?

—Actuaron de manera ideológica, pero sus exigencias no fueron precisamente ideológicas. Entiendo que, de paso, robaron el banco.

—Correcto —Loiselle y Ding habían registrado un bolso de tela tirado en el piso del banco. Estaba repleto de billetes, como ocho kilos. Era una manera rara de contar dinero, pero no habría podido hacerlo de otro modo. La policía suiza se encargaría de contarlos. Después de la acción venía el trabajo de inteligencia, supervisado por Bill Tawney—. Entonces... ¿eran unos vulgares ladrones?

—No estoy seguro —Bellow terminó su copa y la levantó para que la azafata volviera a llenarla—. Por el momento no tiene mucho sentido, pero no sale de lo común en casos como éste. Model no era un gran terrorista. Mucho ruido... y pocas nueces. Mal planeado, mal ejecutado.

—Un miserable bastardo —comentó Chávez.

—Personalidad sociopática... más criminal que terrorista. Los otros —me refiero a los buenos— suelen ser más juiciosos.

—¿Qué diablos es un buen terrorista?

—Un hombre de negocios cuyo negocio es matar gente para sacar provecho político... casi como un publicista. Sirven a un propósito mayor, al menos eso piensan ellos. Creen en algo, pero no como niños en clase de catecismo sino como adultos que estudian razonadamente la Biblia. Es un ejemplo torpe, supongo, pero no se me ocurre otro. Ha sido un largo día, señor Chávez —concluyó Bellow mientras la azafata le llenaba el vaso.

Ding miró su reloj.

—Ni que lo diga, doc —y ahora les tocaba dormir. Chávez reclinó su asiento y perdió la conciencia en cuestión de segundos.

CAPÍTULO 4

AAR

Chávez y la mayoría del Comando 2 despertaron cuando el avión aterrizó en Heathrow. El recorrido hasta la puerta de salida pareció durar una eternidad. Una vez abajo fueron recibidos por la policía, que los escoltó hasta el helipuerto para el vuelo de regreso a Hereford. Camino a la terminal, Chávez espío el titular de un tabloide vespertino. Decía que la policía suiza había resuelto un incidente de robo y terrorismo en el Banco Comercial de Berna. Era un poco decepcionante que otros se llevaran los laureles de su exitosa misión, pero se obligó a recordar que precisamente ésa era la esencia de Rainbow. Probablemente recibirían una bonita carta de agradecimiento del gobierno suizo... que terminaría guardada en el archivo confidencial. Los dos helicópteros militares aterrizaron en Hereford y las tropas fueron trasladadas a su edificio en camionetas. Eran más de las once de la noche y todos estaban exhaustos luego de un día que había comenzado con el tradicional PT y concluido con el estrés de una misión real.

Pero todavía no era momento de descansar. Al entrar al edificio encontraron todas las sillas giratorias dispuestas en círculo, con una gran pantalla de TV a un costado. Clark, Stanley y Covington estaban allí. Había llegado el momento de la revisión post-acción o AAR.

—OK, muchachos —dijo Clark en cuanto se sentaron—. Buen trabajo. Todos los muchachos malos están muertos y no hubo bajas entre los buenos durante la operación. OK, ¿en qué nos equivocamos?

Paddy Connolly se puso de pie.

—Usé demasiado explosivo en la puerta de atrás. De haber habido un rehén cerca, lo habría matado —dijo honestamente—. Supuse que el marco de la puerta sería más resistente de lo que era en realidad —explicó. Luego se encogió de hombros—. Si hay una manera de corregir eso, yo no la conozco.

John se quedó pensando. Connolly estaba padeciendo un ataque de honestidad ultra escrupulosa, señal segura de que era un buen hombre. Asintió y lo dejó pasar.

—Yo tampoco. ¿Qué más?

Tomlinson fue el próximo en hablar, sin pararse.

—Señor, tenemos que trabajar mejor para acostumbrarnos a las bengalas explosivas. Estaba bastante atontado cuando crucé el umbral.

Fue una suerte que Louis entrara primero. No sé si yo podría haberlo hecho.

—¿Y una vez adentro?

—Funcionaron muy bien sobre los sujetos. El que vi yo —dijo Tomlinson— quedó fuera de combate.

—¿Podríamos haberlo atrapado con vida? —tuvo que preguntar Clark.

—No, *mon general* —dijo el sargento Louis Louiselle enfáticamente—. Tenía el rifle en la mano y apuntaba en dirección a los rehenes.

No se discutiría la posibilidad de volarle el arma a un terrorista. Se suponía que esos sujetos tenían más de un arma, y el refuerzo era generalmente una granada de fragmentación. La cabeza del terrorista atravesada por los disparos de Loiselle encajaba perfectamente con la política de Rainbow.

—De acuerdo. Louis, ¿cómo se manejó usted con las bengalas explosivas? Estaba más cerca que George.

—Tengo esposa —replicó el francés con una sonrisa—. Me grita todo el tiempo. En realidad —prosiguió cuando amainaron las bromas— tenía una mano sobre la oreja, la otra contra el hombro y los ojos cerrados. También controlé la detonación —agregó. A diferencia de Tomlinson y los demás, Loiselle había podido prever el ruido y el resplandor. Ventaja menor, pero decisiva.

—¿Algún otro problema al entrar? —preguntó John.

—Lo de siempre —dijo Price—. Montones de vidrios en el piso, ruido de pisadas... ¿tal vez deberíamos usar suelas más suaves? De ese modo nuestros pasos serían más silenciosos.

Clark asintió mientras Stanley tomaba nota.

—¿Problemas al disparar?

—No —respondió Chávez—. El interior estaba iluminado y no tuvimos que usar nuestros NGV. Los terroristas estaban de pie y ofrecían un buen blanco. Disparar fue fácil —Price y Loiselle asintieron.

—¿Los rifleros? —preguntó Clark.

—No veía nada desde mi puesto —se quejó Johnston.

—Yo tampoco —dijo Weber. Su inglés era asombrosamente perfecto.

—Ding, usted mandó a Price al frente. ¿Por qué? —preguntó Stanley.

—Eddie es mejor tirador y tiene más experiencia. Confío un poco más en él que en mí... por ahora —agregó Chávez—. La misión parecía simple. Todos teníamos el plano del interior y era sencillo. Dividí el objetivo en tres áreas de responsabilidad. Sólo podía ver dos. En la tercera había un solo sujeto... fue una suposición de mi parte, pero toda nuestra información la refrendaba. Tuvimos que entrar rápido porque el sujeto principal, Model, estaba a punto de matar a otro rehén. No había motivo para permitirle hacerlo —concluyó.

—¿Alguien tiene algo que decir respecto de esto último? —preguntó John al grupo.

—Habrán ocasiones en que deberán permitir que un terrorista mate a un rehén —dijo sobriamente el Dr. Bellow—. No será agradable, pero ocasionalmente será necesario.

—OK, doc. ¿Sugerencias?

—John, necesitamos seguir la investigación policial de estos sujetos. ¿Eran terroristas o ladrones? No lo sabemos. Creo que necesitamos averiguarlo. No pudimos negociar con ellos. En este caso probablemente no importó, pero en el futuro sí importará. Necesitaremos más intérpretes. Mis habilidades lingüísticas no alcanzan el nivel requerido y necesito traductores que hablen mi idioma y conozcan mi especialidad —Clark vio que Stanley tomaba nota de eso. Luego miró su reloj.

—Bueno. Mañana por la mañana analizaremos los videos. Por ahora, los felicito por su trabajo de hoy. Hasta luego.

El Comando 2 salió a una noche que empezaba a tornarse neblinosa. Algunos miraron hacia el Club NCO, pero ninguno se dirigió allí. Chávez fue caminando a su casa. Al abrir la puerta encontró a su esposa sentada frente al televisor.

—Hola, querida —saludó.

—¿Estás bien?

Chávez esbozó una sonrisa, levantando las manos y dándose vuelta para que lo viera.

—No hay agujeros ni arañazos por ninguna parte.

—El que salió por la tele eras tú... en Suiza, ¿no es cierto?

—Sabes que no puedo hablar de esos temas.

—Ding, a los doce años supe lo que hacía mi padre —acotó la Dra. Patricia Chávez, M.D.—. Ya sabes, agente secreto, igual que tú.

No tenía sentido seguir ocultándolo, ¿verdad?

—Bueno, Patsy, sí, éramos mis hombres y yo.

—¿Quiénes eran los otros... los malos?

—Tal vez terroristas, tal vez ladrones de bancos. No estoy seguro —respondió Chávez, quitándose la camisa y yendo al dormitorio.

Patsy lo siguió.

—La TV dijo que los habían matado a todos.

—Sí —Se quitó los pantalones y los colgó en el placard—. No hubo opción. Estaban a punto de matar a un rehén cuando entramos. Así que... tuvimos que evitarlo.

—No estoy segura de que me guste eso.

Ding miró a su esposa.

—Yo sí estoy seguro. No me gusta. ¿Recuerdas a ese chico al que le amputaron la pierna cuando ibas a la facultad de medicina? No te gustó asistir en la cirugía, ¿no?

—No, para nada —había sido un accidente automovilístico. La pierna estaba demasiado estropeada y fue imposible salvarla.

—Así es la vida, Patsy. Nunca te gustan todas las cosas que debes hacer —dicho eso, Chávez se sentó en la cama y arrojó sus medias en el canasto de ropa sucia. *Agente secreto*, pensó. *Supuestamente debería servirme un martini con vodka y estar conmovido pero no exhausto.*

Pero, el héroe de las películas nunca tiene necesidad de dormir, ¿no? ¿Y quién quiere acostarse luego de haber matado a alguien? Eso merecía un suspiro irónico. Se dejó caer sobre el cubrecama. *Bond. James Bond. Seguro.* Apenas cerró los ojos vio la imagen del banco y revivió el momento. Volvió a levantar su MP-10 y a apuntar la mira hacia quien diablos fuera... se llamaba Guttenach, ¿no? No lo había averiguado. Ver la cabeza del sujeto en la mira y sencillamente disparar... tal como uno se levanta el cierre del pantalón luego de haber meado. *Puf puf puf.* Rápidamente, en silencio, y *zap*, quienquiera que fuese el sujeto... estaba tan muerto como el pescado de ayer. Model y sus tres amigos no habían tenido mucha opción. De hecho, no habían tenido ninguna opción.

Pero el tipo al que habían asesinado tampoco había tenido ninguna opción, recordó Chávez. Un pobre desafortunado que había ido al banco a hacer un depósito, o a pedir un préstamo, o quizás a conseguir cambio para cortarse el pelo. *Ahorra tu simpatía para ése*, pensó. Y el médico que Model iba a asesinar probablemente estaría ahora en su casa, con su esposa y sus hijos, tal vez medio borracho, o sedado, probablemente temblando como una hoja, probablemente pensando en hablar con un amigo psicólogo para superar el estrés. Probablemente sintiéndose espantosamente mal. Pero era necesario estar vivo para sentir algo, y si hubiera muerto, su esposa e hijos estarían sentados en ese mismo living de su casa, en las afueras de Berna, secándose las lágrimas y preguntando por qué papá no volvería jamás a estar con ellos.

Sí. Había eliminado una vida y salvado otra. Con eso en mente, recordó la primera ronda de disparos que atravesó la cabeza del miserable. En ese mismo momento supo que estaba muerto, aun antes de disparar la segunda y tercera ronda en un círculo de menos de dos pulgadas de ancho, volándole los sesos a varios metros de distancia, su cuerpo desplomándose como una bolsa de porotos. La manera en que el arma del tipo golpeó el piso, en ángulo. Gracias a Dios no se había disparado y herido a alguien, y por suerte los disparos en la cabeza no le habían provocado espasmos en los dedos haciéndolo apretar el gatillo desde la tumba... eso sí que era un peligro, lo había aprendido en el entrenamiento. Pero igual se sentía insatisfecho. Hubiera sido mejor atraparlos con vida y arrancarles todo lo que sabían. Y preguntarles por qué actuaban como lo hacían. De esa manera habrían obtenido información útil para la próxima vez, o podrían haber encontrado al bastardo que daba las órdenes y haberle llenado el culo de balas de diez milímetros.

Chávez tuvo que admitir para sus adentros que la misión no había sido perfecta. Pero había recibido la orden de salvar una vida, y la había salvado. Y eso tendría que bastarle por ahora. Un momento después sintió que la cama se movía: su esposa acababa de acostarse a su lado. Se estiró para darle la mano, y Patsy la apoyó sobre su vientre. El pequeño Chávez volvía a pegar patadas. Eso bien valía un beso, pensó Ding, y giró para dárselo.

Popov también estaba metido en la cama. Se había bajado cuatro vodkas mirando los noticieros de la TV suiza, seguidos por un panegírico a la eficiencia de la policía local. Hasta el momento se desconocía la identidad de los ladrones... Popov se desilusionó un poco al escuchar definir así a los criminales, aunque no sabía por qué. Había demostrado su *bona fides* a su empleador... y embolsado una considerable suma de dinero gracias a ese negocio. Unos cuantos más como ése y podría vivir a cuerpo de rey en Rusia... o como un príncipe en otros países. Disfrutaría en carne propia el confort que tantas veces había visto y envidiado mientras trabajaba como oficial de inteligencia de la desaparecida KGB. En aquel entonces se preguntaba cómo diablos haría su país para derrotar a esas naciones que gastaban billones en diversión, a los que había que sumar billones más en *hardware* militar muy superior al que producía su país... ¿por qué, si no, le habrían encomendado tantas veces descubrir los secretos técnicos del enemigo? A eso se había dedicado durante los últimos años de la Guerra Fría, y ya entonces sabía quién ganaría y quién perdería.

Pero la desertión nunca había sido una opción para él. ¿Qué sentido tenía vender a su país por un estipendio mínimo y un trabajo ordinario en Occidente? ¿Libertad? Apenas una palabra que Occidente aún fingía respetar. ¿Qué tenía de bueno ir de un lado a otro en libertad si uno no tenía el automóvil apropiado para hecerlo? ¿O un buen hotel donde dormir cuando uno llegaba a destino? ¿O dinero para comprar la comida y la bebida que uno necesitaba para disfrutar de la vida? No, su primer viaje a Occidente como oficial de campo “ilegal” sin cobertura diplomática había sido a Londres, donde había pasado mucho tiempo contando los autos caros y los eficientes taxis negros que tomaba cuando no tenía ganas de caminar... Los traslados importantes los hacía en subte porque era conveniente, anónimo y barato. Pero “barato” era una ventaja por la que sentía escaso aprecio. No, el capitalismo tenía la peculiar virtud de recompensar a la gente que elegía los padres apropiados o tenía suerte en los negocios. Los recompensaba con lujos, conveniencias y comodidades que los propios zares no habían soñado jamás. Y era eso lo que Popov había codiciado instantáneamente. E incluso entonces se había preguntado cómo conseguirlo. Un lindo auto caro —siempre le habían gustado los Mercedes— y un piso amplio y luminoso cerca de buenos restaurantes, y dinero para viajar a lugares de arena caliente y cielo azul diáfano. Eso atraía a las mujeres. Estaba seguro de que ése había sido el secreto del seductor Henry Ford. ¿Qué sentido tenía ostentar esa clase de poder si uno no estaba dispuesto a usarlo?

Bien, se dijo Popov, estaba más cerca que nunca de hacer realidad sus sueños. Todo lo que debía hacer eran unos trabajitos similares al de Berna. Si su empleador estaba dispuesto a pagar tanto dinero por unos tontos... Bien, “el tonto y su dinero se separan pronto”: ese aforismo occidental siempre le había gustado. Y él no era ningún tonto. Satisfe-

cho con la sola idea, levantó el control remoto y apagó el televisor. Mañana despertaría, desayunaría, haría un depósito en el banco y tomaría un taxi hasta el aeropuerto para tomar el vuelo de Swissair con destino a Nueva York. Primera clase. Por supuesto.

—¿Y bien, Al? —preguntó Clark bebiendo un vaso de cerveza negra británica. Estaban sentados en el reservado del fondo.

—Tu Chávez es tal como dicen los informes. Fue muy inteligente de su parte permitir que Price tomara la delantera. No deja que el orgullo se interponga en su camino. Me gusta eso en los oficiales jóvenes. El *timing* fue correcto. La división de la planta también, y los disparos fueron inmejorables. Funcionará. El grupo también. Fue una suerte que la primera misión fuera tan fácil. Ese tipo Model no era un científico atómico, como dicen ustedes.

—Miserable bastardo.

Stanley asintió.

—Absolutamente. Los terroristas alemanes solían serlo. Deberíamos recibir una linda carte del BKA acerca de éste.

—¿Lecciones aprendidas?

—La del Dr. Bellow fue la mejor. Necesitamos más y mejores intérpretes si queremos hacer negociaciones. Mañana me ocuparé de eso. En Century House debe haber gente útil para nosotros. Ah, sí, ese muchacho Noonan...

—Agregado de último momento. Era tecnócrata del FBI. Lo usaban en el Comando de Rescate de Rehenes para apoyo técnico. Es agente, sabe disparar y tiene experiencia en investigación —explicó Clark—. Es una especie de comodín y creo que es bueno tenerlo con nosotros.

—Hizo un buen trabajo colocando el video de vigilancia. Ya vi las filmaciones. No son malas. En síntesis, John, debo felicitar al C-2 —Stanley alzó su jarra de John Courage.

—Es agradable ver que las cosas funcionan, Al.

—Hasta la próxima.

Largo suspiro.

—Sí.

Clark sabía que la mayor parte del éxito pertenecía a los británicos. Él había utilizado sus sistemas de apoyo y dos tercios de los hombres que lideraron el operativo eran británicos. Louis Loiselle era tan bueno como habían jurado los franceses. El pequeño bastardo disparaba como Davy Crockett, pero con actitud, y era tan impasible como una piedra. Bueno, los franceses tenían experiencia con terroristas, y en cierta oportunidad Clark había colaborado con ellos. Entonces, la de hoy sería registrada como una misión exitosa. Rainbow había pasado la prueba de fuego. Y él también.

La Sociedad de Cincinnatus era propietaria de una enorme casa

en Massachussets Avenue frecuentemente utilizada para cenas semi-oficiales vitales para la escena social de Washington, ya que permitían a los poderosos cruzar armas y convalidar su *status* entre tragos y charlas superficiales. El nuevo presidente dificultaba un poco las cosas, por supuesto, con su... estilo excéntrico de gobierno, pero nadie podía cambiar de raíz a la ciudad y la nueva cosecha del Congreso debía aprender “cómo funcionaba Washington en realidad.” No era muy diferente de otros lugares de EE.UU., claro, y para muchos esas reuniones en la antigua residencia de alguien rico e importante eran simplemente una nueva versión de las cenas del *country* donde habían aprendido las reglas de la sociedad cortés y poderosa.

Carol Brightling era una de las nuevas personas importantes. Divorciada hacía más de diez años, jamás se había vuelto a casar, tenía no menos de tres doctorados —Harvard, CalTech y Universidad de Illinois, cubriendo de ese modo ambas costas y tres estados importantes—, lo cual era un logro relevante en Washington. Todas estas virtudes le garantizaron la atención inmediata, sino el afecto automático, de seis senadores y varios congresales, todos ellos dueños de votos y comités.

—Qué tal las noticias —le preguntó un joven senador por Illinois levantando su copa de vino blanco.

—¿Cuáles noticias?

—Suiza. Atentado terrorista o asalto al banco. Buen trabajo de los policías suizos.

—Los muchachos y sus armas —comentó despectivamente Brightling.

—Fue un buen programa de TV.

—El fútbol también lo es —susurró Brightling con una sonrisa amable y acaso maliciosa.

—Es cierto. ¿Por qué el presidente no la apoya en la cuestión del Calentamiento Global? —preguntó el senador, decidido a superar su desventaja inicial.

—Bien, no es que *no* me apoye. El presidente opina que necesitamos mayor respaldo científico al respecto.

—¿Y usted no?

—Sinceramente, no, creo que tenemos el respaldo científico necesario. La información está muy clara. Pero el presidente no está convencido y no se siente a gusto tomando medidas que afecten la economía sin estar personalmente seguro —*Tendré que trabajarle un poco más la cabeza*, pensó pero no agregó Brightling.

—¿Y usted está satisfecha con eso?

—Comprendo su visión —replicó la Asesora de Ciencia, sorprendiendo al senador de la tierra de Lincoln. Entonces, pensó el joven, todos los que trabajan en la Casa Blanca estaban en sintonía con el presidente. Por muy respetada que fuera dentro de la comunidad científica por sus preocupaciones ecológicas, el nombramiento de Carol Brightling había sido una verdadera sorpresa... ya que su política difería completamente de la del presidente. Había sido una hábil maniobra

política —probablemente orquestada por el director de Staff Arnold van Damm, indudablemente el mejor operador político en esa ciudad de comodines— que había asegurado al presidente el apoyo del movimiento ecologista, que últimamente se había transformado en una fuerza política de magnitud nada desdeñable en Washington.

—¿Le molesta que el presidente esté en Dakota del Sur masacrando gansos? —preguntó el senador con una sonrisa mientras el camarero le servía otra copa.

—El *Homo Sapiens* es predador por naturaleza —replicó Brightling, buscando otras personas con quienes conversar.

—¿Sólo los hombres?

Sonrisa.

—Sí, las mujeres somos mucho más pacíficas.

—Oh, ése que está allá es su ex marido, ¿verdad? —preguntó el senador, sorprendido por el cambio repentino en el rostro de la asesora.

—Sí —respondió ella con voz neutra y desapasionada, mirando hacia otro lado. Ya lo había visto, no necesitaba nada más. Ambos conocían las reglas. No acercarse demasiado, no mirarse demasiado, y ciertamente no dirigirse la palabra.

—Hace dos años tuve ocasión de poner dinero en la Horizon Corporation. Desde entonces me maldije más de una vez.

—Sí, John hizo muchísimo dinero.

Y eso fue después del divorcio, así que ella no sacó ni un centavo. Probablemente no era un buen tema de conversación, pensó el senador. Era nuevo en el ambiente y no se destacaba por su conversación política.

—Sí, le fue muy bien desvirtuando la ciencia como lo ha hecho.

—¿No aprueba sus experimentos?

—Reestructurar el ADN en plantas y animales... no. La naturaleza ha evolucionado sin nuestra ayuda durante por lo menos dos mil millones de años. Dudo que nos necesite para salir adelante.

—“¿Hay ciertas cosas que el hombre no está destinado a conocer?” —preguntó el senador con una mueca. Era contratista profesional: se dedicaba a abrir agujeros en el suelo y erigir cosas que la naturaleza no quería allí, pero su sensibilidad sobre temas ecológicos se había transformado en amor a Washington y deseo de conservar un puesto de poder, pensó la Dra. Brightling. Otro caso de Fiebre Potomac, enfermedad de fácil contagio y difícil curación.

—El problema, senador Hawking, es que la naturaleza es al mismo tiempo compleja y sutil. Cuando modificamos las cosas no podemos predecir fácilmente las ramificaciones de los cambios que producimos. Eso se llama Ley de Consecuencias No Queridas, algo con lo que el Congreso está muy familiarizado, ¿no cree?

—Usted está diciendo...

—Estoy diciendo que tenemos una ley federal sobre impacto medioambiental porque es mucho más fácil estropear las cosas que arreglarlas. En el caso de reestructuración del ADN, es más fácil modificar

el código genético que evaluar los efectos de esos cambios a largo plazo, dentro de un siglo. Esa clase de poder debería utilizarse con el mayor de los cuidados posibles. No todo el mundo parece comprender un hecho tan simple.

Ése era un punto imposible de discutir y el senador tuvo que depone-
ner las armas. Dentro de una semana Brightling expondría el caso ante
su comité. ¿Eso habría acabado con el matrimonio de John y Carol
Brightling? Muy triste. El senador se excusó y fue a reunirse con su
esposa.

—No hay nada nuevo en ese punto de vista —John Brightling se
había doctorado en biología molecular en la Universidad de Virginia—.
Se originó hace unos siglos con un tipo llamado Ned Ludd. Él temía que
la Revolución Industrial acabara con la economía granja-industria en
Inglaterra. Y tenía razón. Ese modelo económico no servía más. Pero
fue reemplazado por algo mejor para el consumidor ¡y por eso lo llama-
mos *progreso*! —No era para sorprenderse que Brightling, billonario en
camino al trillón, estuviera rodeado por una pequeña corte de admira-
dores.

—Pero la complejidad... —empezó a objetar alguien del público.

—Sucedecada día... cada segundo, a decir verdad. Lo mismo que
las cosas que intentamos dominar. El cáncer, por ejemplo. No, señora,
¿acaso está dispuesta a poner fin a nuestro trabajo si eso significa que
no habrá cura para el cáncer de mama? Esa enfermedad afecta al cinco
por ciento de la población humana mundial. El cáncer es una enferme-
dad *genética*. La clave de su curación está en el genoma humano. ¡Y mi
compañía va a encontrar esa clave! Con el envejecimiento pasa lo mis-
mo. El equipo de Salk en La Jolla descubrió el gen “mátame” hace más
de quince años. Si encontramos la manera de desactivarlo, la inmorta-
lidad humana será un hecho. Señora, ¿la idea de vivir eternamente en
un cuerpo de veinticinco años le resulta atractiva?

—¿Y la superpoblación? —La segunda objeción de la congresista
fue menos ruidosa que la primera. Era una idea demasiado vasta, de-
masiado bien expuesta, como para incitar a la objeción inmediata.

—Una cosa por vez. La invención del DDT mató enormes cantida-
des de insectos transmisores de enfermedades y *eso* provocó un aumen-
to de la población mundial, ¿verdad? OK, ahora estamos superpoblados,
¿pero quién quiere de vuelta al mosquito anófeles? ¿La malaria les pa-
rece un buen método de control de población? Nadie quiere que haya
guerras, ¿no? También las utilizamos para controlar la población. Pero
ya superamos esa etapa, ¿no les parece? Diablos, controlar la población
no es tan difícil. Se llama control de la natalidad y los países desarrol-
lados ya han aprendido a hacerlo. Y los países atrasados también pueden
aprender, *si* tienen una buena razón para hacerlo. Podría llevarles una
o dos generaciones —bromeó John Brightling—, ¿pero acaso hay al-
guien aquí que no desearía volver a tener veinticinco años... *con* todo lo

que ha aprendido en el camino, por supuesto? ¡A mí me encantaría! —prosiguió con una cálida sonrisa. Con salarios por las nubes y promesas de compartir los avances, su compañía había convocado un increíble grupo de talentos para buscar ese gen particular. Las ganancias que devendrían de su control eran imposibles de estimar ¡y la patente estadounidense tenía diecisiete años de validez! La inmortalidad humana, el nuevo Santo Grial de la comunidad médica... Por primera vez se le estaba investigando seriamente y ya no era un tema de ciencia ficción.

—¿Cree que podremos lograrlo? —preguntó otra congresal, esta vez de San Francisco. Mujeres de todo tipo se sentían atraídas por ese hombre. Dinero, poder, buen aspecto y buenos modales: inevitable miel para los labios de las damas.

John Brightling sonrió abiertamente.

—Pregúnteme lo mismo dentro de cinco años. Conocemos el gen. Debemos aprender a desactivarlo. Tenemos que descubrir muchas cuestiones básicas y en el interín esperamos aprender muchas cosas útiles. Es como zarpar con Magallanes. No sabemos qué vamos a encontrar, pero sí sabemos que será interesante —nadie recordó que Magallanes no había vuelto de su viaje.

—¿Y lucrativo? —preguntó un nuevo senador por Wyoming.

—Así funciona nuestra sociedad, ¿no? Le pagamos a la gente por hacer trabajos útiles. ¿Esto le parece lo suficientemente útil?

—Si consigue lo que se propone, supongo que sí —el senador era un médico de familia que conocía los rudimentos de la profesión pero ignoraba las complejidades científicas. El concepto, el objetivo de la Horizon Corporation iba mucho más allá de eso, pero no quería discutirlo con ellos. Les había ido muy bien con las drogas contra el cáncer y los antibióticos sintéticos, y eran la compañía privada líder en el Proyecto Genoma Humano, un esfuerzo global destinado a decodificar los fundamentos de la vida humana. Siendo un genio, a John Brightling le resultaba fácil atraer a otros individuos de su misma condición. Era más carismático que cien políticos juntos y —a diferencia de estos últimos, tuvo que admitir el senador en su fuero íntimo— realmente tenía con qué respaldar su show personal. Con su porte de estrella cinematográfica, su sonrisa fácil, su soberbia capacidad de escuchar y su asombrosa mente analítica, el Dr. John Brightling tenía eso que vulgarmente se denominaba *knack*. Lograba que cualquiera que se acercara a él se sintiera interesante... y el hijo de puta podía *enseñar*, podía transmitir sus lecciones a quienes lo rodeaban. Simples para los legos y altamente sofisticadas para los especialistas en su campo, del que él era único soberano. Oh, tenía algunos pares. Pat Reily en el Harvard-Mass General. Aaron Bernstein en el Johns Hopkins. Jacques Elisé en el Pasteur. Tal vez Paul Ging en la U.C. Berkeley. Pero eso era todo. El senador pensó que Brightling hubiera sido un clínico excepcional, pero no, era demasiado bueno para desperdiciarlo con gente afectada por la última versión de gripe.

Sólo había fallado en su matrimonio. Bien, Carol Brightling tam-

bién era muy inteligente, pero más política que científica, y tal vez su ego se había visto afectado por los dones intelectuales superiores de su marido. Aquí sólo hay lugar para uno de los dos, pensó el médico de Wyoming sonriendo para sus adentros. Pasaba muy a menudo en la vida real, no sólo en las películas viejas. Y Brightling, John parecía manejarse mejor al respecto que Brightling, Carol. El primero tenía una bella pelirroja colgada del brazo que bebía cada una de sus palabras como si fuera un néctar. La segunda, en cambio, había llegado sola y regresaría sola a su departamento de Georgetown. Bueno, pensó el senador, así es la vida.

Inmortalidad. Maldición, conseguiría muchos antílopes, pensó el médico de Cody yendo a reunirse con su esposa. La cena estaba por empezar. Había concluido el proceso de vulcanización del pollo.

El Valium ayudó. Killgore sabía que no era exactamente Valium. Esa droga se había convertido en una suerte de nombre genérico para los sedantes suaves, y el que habían aplicado era fabricado por Smith Kline con otro nombre comercial y el beneficio adicional de combinar bien con el alcohol. Por tratarse de personajes callejeros —generalmente tan pendencieros y territoriales como jaurías desatadas—, ese grupo de diez estaba notablemente tranquilo. La buena bebida había ayudado. El trago más popular era evidentemente el bourbon, servido en vasos baratos y con hielo, o con mezclas diversas para aquellos que preferían no beberlo solo. La mayoría no lo prefería así, para gran sorpresa de Killgore.

La cuestión física iba sobre rieles. Todos eran individuos saludablemente enfermos: exteriormente vigorosos pero interiormente con toda clase de problemas físicos que iban desde la diabetes a las fallas hepáticas. Uno de ellos padecía cáncer de próstata, pero eso no tendría importancia para esta prueba en particular, ¿no? Otro era HIV positivo, asintomático por el momento, cosa que tampoco tenía importancia. Probablemente se había contagiado por uso de drogas, aunque extrañamente sólo necesitaba alcohol para mantenerse en forma. Interesante.

Killgore no debía estar allí —el hecho de observarlos tanto le traía problemas de conciencia—, pero eran *sus* ratas de laboratorio y se suponía que debía vigilarlas. Eso estaba haciendo, precisamente, detrás del espejo, mientras terminaba el papeleo y escuchaba a Bach en su CD player portátil. Tres de ellos eran —decían ser— veteranos de Vietnam. De modo que habrían matado su cupo de asiáticos —en la entrevista los denominaban “gooks”— antes de quebrarse y terminar como vagabundos borrachos. Bueno, la sociedad había acuñado para ellos el término “gente sin techo” o “los sin techo”. Era un poco más digno que *vagos*, término que, recordó vagamente Killgore, solía utilizar su madre. No eran precisamente grandes ejemplares humanos. Pero el Proyecto había logrado cambiarlos un poco. Ahora todos se bañaban regularmente, vestían ropa limpia y miraban televisión. Algunos incluso

leían libros de vez en cuando... Killgore había pensado que una biblioteca, por barata que fuera, sería una flagrantemente estúpida pérdida de tiempo y dinero. Pero siempre bebían, y la bebida reducía su capacidad de conciencia absoluta a seis horas por día. Y el Valium los sedaba, limitando los posibles altercados que habrían causado problemas al personal de seguridad. Había dos guardias permanentes en la habitación de al lado, cuya sola tarea era vigilar al grupo. Los micrófonos ocultos en el cielorraso les permitían escuchar sus conversaciones. Uno de los diez era una especie de autoridad en béisbol y hablaba todo el tiempo de Mantle y Maris a quien quisiera escucharlo. La mayoría hablaba de sexo, tanto que Killgore se preguntó si no debía reclutar algunas “sin techo” de sexo femenino para el experimento... Tendría que consultarlo con Barb Archer. Después de todo, necesitaban saber si el género tenía o no efecto sobre el experimento. Ella tendría que aceptarlo, ¿no? Y no habría nadie de solidaridad femenina con ellas. No podía haberlo, ni siquiera una de las feminazis que colaboraban con él en ese experimento. La ideología de Archer era demasiado pura para tolerar eso. Killgore se dio vuelta al escuchar que golpeaban la puerta.

—Hola, doc —Era Benny, uno de los muchachos de seguridad.

—Hola. ¿Cómo va eso?

—Se están durmiendo —replicó Benjamin Farmer—. Los chicos se están portando muy bien.

—Sí, claro que sí —era *tan* fácil. A la mayoría había que persuadirlos a salir de la habitación al patio para caminar una hora todas las tardes. Pero debían mantenerse en forma... es decir, reproducir la cantidad de ejercicio que realizaban en un día normal en Manhattan yendo de una esquina a otra.

—Maldita sea, doc, ¡nunca conocí a nadie que pudiera tragar tanto alcohol como estos tipos! Hoy traje una caja entera de Grand-Dad y sólo quedan dos botellas.

—¿Ese es su favorito? —preguntó Killgore. No había prestado mucha atención a eso.

—Aparentemente sí. Yo soy hombre de Jack Daniel's... pero en mi caso, puedo beber dos por noche, a lo sumo, mientras miro el partido los lunes, y sólo si juegan bien. Ni siquiera soy capaz de beber *agua* en la proporción en que estos muchachos beben bebidas blancas —Sonrisa del ex *marine* que comandaba el turno noche de seguridad. Era un buen tipo ese Farmer. Cuidaba animales heridos en el refugio rural de la compañía. A él se le había ocurrido llamar *chicos* a los sujetos del experimento. El mote había pasado al resto del personal de seguridad y luego a todos los demás. Killgore hizo una mueca. De alguna manera había que llamarlos, y la expresión “ratas de laboratorio” no sonaba demasiado respetuosa. Después de todo, eran seres humanos, y muy valiosos por el lugar que ocupaban en el experimento. Se dio vuelta para mirar a uno de ellos: Número 6 se sirvió otro trago, volvió a la cama y se acostó a mirar TV antes de dormirse como un tronco. Se preguntó qué soñaría el pobre tipo. Algunos soñaban y hablaban en voz

alta durante el sueño. Tal vez podría interesarle a un psiquiatra o a alguien especializado en estudios oníricos. *Todos* roncaban, al punto tal que cuando dormían producían un sonido semejante al de una vieja locomotora a vapor.

Chuf, chuf, pensó Killgore relejendo la última hoja del papeleo. Diez minutos más y podría volver a su casa. Demasiado tarde para acostar a sus hijos. Demasiado mal. Bien, a su debido tiempo despertarían a un nuevo día y un nuevo mundo. Ése era el mejor regalo que podía ofrecerles, por muy desagradable y pesado que fuera el precio que debía pagar por ello. Humm, pensó, yo también podría beberme un whisky.

—El futuro nunca fue tan brillante como ahora —anunció John Brightling a su público. Su carisma había aumentado luego de dos copas de selecto Chardonnay californiano—. Las ciencias biológicas están derribando fronteras que ni siquiera sabíamos que existían hace quince años. Cien años de investigaciones fundamentales están floreciendo ahora mismo, mientras hablamos. Estamos construyendo sobre la obra de Pasteur, Ehrlich, Salk, Sabin y muchos otros. Si hoy alcanzamos a ver tan lejos es porque estamos parados sobre los hombros de aquellos gigantes.

—Bien —prosiguió Brightling—, ha sido un largo ascenso, pero la cima de la montaña está a la vista, y llegaremos a ella dentro de pocos años.

—Es hábil —le comentó Liz Murray a su esposo.

—Muy —murmuró Dan Murray, director del FBI—. También inteligente. Jimmy Hicks dice que es el mejor del mundo.

—¿Qué es lo que busca?

—Por lo que dijo antes, evidentemente quiere ser Dios.

—Tendrá que dejarse crecer la barba.

Murray estuvo a punto de soltar la carcajada, pero lo salvó la vibración de su teléfono celular. Discretamente abandonó su asiento y se dirigió al foyer de mármol del edificio. Abrió el aparato y el sistema de encriptado tardó quince segundos en sincronizar con la estación base donde se originaba la llamada: los cuarteles generales del FBI.

—Murray.

—Director, soy Gordon Sinclair del Centro de Vigilancia. Los suizos terminaron su parte en la identificación de los otros dos. Las huellas van camino al BKA para que les echen un vistazo —Pero si no habían tocado algo antes tendrían un nuevo agujero negro y les llevaría mucho tiempo identificar a los dos compañeros de Model.

—¿No hubo víctimas adicionales?

—No, señor, sólo murieron los cuatro malos. Todos los rehenes están a salvo y fueron evacuados. En este momento deben estar en sus respectivos hogares. Ah, Tim Noonan participó en la operación, es el genio electrónico del equipo.

—Entonces... Rainbow funciona, ¿verdad?

—En esta oportunidad funcionó, director —opinó Sinclair.

—Asegúrese de que nos envíen el informe de la operación por escrito.

—Sí, señor. Ya se lo pedí por correo electrónico —menos de treinta funcionarios del FBI conocían la existencia de Rainbow, aunque muchos la sospechaban. Especialmente los miembros HRT que habían advertido la desaparición de Tim Noonan, agente de tercera generación, de la faz de la Tierra—. ¿Cómo va la cena?

—Prefiero Wendy's. Lo de siempre. ¿Algo más, señor?

—El caso OC en New Orleans está a punto de cerrarse, según Billy Betz. Quedan tres o cuatro días. Aparte de eso, no ha ocurrido nada importante.

—Gracias, Gordy —Murray apretó el botón END y guardó su celular. Luego regresó al salón, saludando en el camino a dos de sus custodios. Treinta segundos después, cuando volvió a sentarse, su Smith & Wesson automática hizo un ruido sordo contra la madera.

—¿Algo importante? —preguntó Liz.

Gesto negativo.

—Rutina.

El *affaire* concluyó cuarenta minutos más tarde, cuando Brightling terminó su discurso y recibió su plaqueta. No obstante siguió rodeado de su corte, ahora formada por un pequeño grupo de fans que lo acompañaron hasta la puerta. Allí lo esperaba su lujoso automóvil. Tardó sólo cinco minutos en llegar al Hotel Hay-Adams, sobre Lafayette Park. Tenía la suite de la esquina en el último piso y el personal del hotel había dejado una botella de blanco de la casa en un balde con hielo junto a la cama para él y su acompañante. Es muy triste, pensó el doctor Brightling mientras descorchaba la botella. Iba a extrañar esa clase de cosas, de verdad iba a extrañarlas. Pero hacía mucho tiempo que había tomado su decisión... y en aquel entonces no sabía cómo marcharían las cosas. Ahora sabía que funcionaban, y las cosas que extrañaría eran en definitiva mucho menos importantes que las que obtendría. Y por el momento, pensó, mirando la piel clara y la impactante figura de Jessica, obtendría algo verdaderamente hermoso.

Las cosas eran muy diferentes para Carol Brightling. A pesar de su trabajo en la Casa Blanca, condujo su automóvil sin la presencia de un solo custodio hasta su departamento de Wisconsin Avenue, Georgetown. Su única compañía allí era un gato llamado Jiggs, que al menos salió a recibirla a la puerta, restregando su peludo cuerpo contra sus piernas y ronroneando para demostrar su placer de verla. Jiggs la siguió al baño y la observó cambiarse de ropa, interesado y distante al mismo tiempo como buen gato que era, y sabiendo lo que vendría después. Vestida con una bata corta, Carol Brightling entró en la cocina, abrió la alacena, sacó una bolsa de alimento balanceado y le dio de co-

mer a Jiggs en la mano. Luego se sirvió un vaso de agua helada con dos aspirinas. Había sido idea suya. Lo sabía perfectamente bien. Pero, después de tantos años, seguía siendo tan duro como al principio. Había dejado tantas cosas. También había conseguido el trabajo que anhelaba... para su sorpresa, pero tenía su oficina en el lugar correcto y participaba en las decisiones políticas concernientes a los temas que tanto le importaban. ¿Pero valía la pena?

¡Sí! Tenía que creer que sí, y sinceramente lo creía así, pero el precio que había debido pagar era muchas veces difícil de soportar. Se agachó para alzar a Jiggs, lo acunó como al bebé que jamás había tenido y volvió al dormitorio. Nuevamente, el gato sería su única compañía. Bueno, los gatos eran mucho más fieles que los hombres. Había aprendido esa lección con los años. Unos segundos después la bata estaba sobre la silla, junto a la cama, y Carol descansaba bajo las cobijas con Jiggs entre las piernas. Esperaba poder dormirse más rápido que otras noches. Pero sabía que no sería así, porque su mente no dejaría de pensar en lo que estaba ocurriendo en otra cama, a menos de tres millas de distancia.

CAPÍTULO 5

RAMIFICACIONES

El PT diario comenzaba a las 06:30 y concluía con una carrera de cinco millas que duraba exactamente cuarenta minutos. Esa mañana duró apenas treinta y ocho y Chávez se preguntó si el C-2 estaría festejando el éxito de la misión. Si así fuera, ¿era bueno o malo? Supuestamente, uno no debía sentirse bien después de matar seres humanos, ¿no? Era un pensamiento demasiado profundo para una neblinosa mañana inglesa.

Al final de la carrera, las duchas calientes eliminaron el sudor de los hombres. Por extraño que pareciera, la higiene era un poco más complicada para ese comando que para los soldados uniformados. Casi todos llevaban el cabello más largo de lo permitido por sus respectivas fuerzas con el fin de parecer hombres de negocios —aunque un tanto rústicos— cuando, vestidos con traje y corbata, abordaban, siempre en primera clase, los aviones comerciales que los llevarían a destino. Ding era quien tenía el cabello más corto, porque desde que estaba en la CIA se había esmerado en no diferenciarse de su época de sargento Ninja. Tendría que dejarlo crecer por lo menos un mes. Gruñó de solo pensarlo y entró a la ducha. Como comandante del C-2 tenía su propio compartimento privado, y gracias a eso tuvo el tiempo y la intimidad necesarios para admirar su cuerpo, siempre objeto de orgullo para Domingo Chávez. Sí, los ejercicios duros de la primera semana habían dado fruto. Estaba casi tan bien como en Fort Bening... y en aquel entonces, ¿cuántos años tenía? Veintiuno. Era un E-4 y uno de los hombres más pequeños de su clase. Le molestaba un poco que Patsy, alta y esbelta como su madre, le llevara diez centímetros. Pero ella sólo usaba tacos bajos para no acentuar la diferencia y, por otra parte, nadie se metía con él. Como su jefe, Ding tenía el aspecto de un hombre con quien no se jugaba. Especialmente esa mañana, pensó mientras se secaba. La noche anterior había liquidado a un tipo con un movimiento casi tan rápido y automático como el de cerrarse la bragueta. Mierda pura, Herr Guttenach.

Cuando volvió a casa, Patsy ya se había puesto su uniforme verde. Estaba en un turno rotativo OB/GYN, programada para realizar —bueno, para asistir— una cesárea esa mañana en el hospital local donde estaba terminando lo que en EE.UU. hubiera sido su año de residencia. Luego le tocaría el turno rotativo pediátrico, muy apropiado a juicio de ambos. Ya le había servido su tocino y sus huevos... que en Inglaterra

parecían tener yemas más amarillas. Ding se preguntó si los ingleses alimentarían a sus pollos de otra manera.

—Me gustaría que comieras más sano —observó Patsy por enésima vez.

Domingo lanzó una carcajada y abrió el diario de la mañana, el *Morning Telegraph*.

—Querida, mi colesterol es uno-tres-cero, mi latido cardíaco en reposo es cincuenta-seis. ¡Soy una máquina de combate flexible y saludable, doctora!

—¿Pero qué pasará dentro de diez años? —Preguntó Patricia Chávez, M.D.

—Me habrán hecho diez revisiones médicas integrales y habré adecuado mi estilo de vida a los resultados —respondió Domingo Chávez, Master de Ciencia (Relaciones Internacionales), untando con manteca su tostada. El pan inglés era fabuloso. ¿Por qué se hablaba tan mal de la comida británica?— Diablos, Patsy, mira a tu padre. Ese viejo miserable sigue en gran forma —pero esa mañana no había corrido... y en sus mejores momentos apenas podía sostener el ritmo impuesto por el C-2. Bueno, tenía más de cincuenta años. No obstante, su capacidad de tiro no había menguado en lo más mínimo. John se había ocupado de dejarlo muy en claro a los miembros del comando. Era uno de los mejores pistoleros que Chávez había visto en su vida, y mejor aun con el rifle. Era mortal, como Johnston y Weber, a los 400 metros. A pesar del traje que usaba para trabajar, Rainbow Six encabezaba la lista de hombres con los que no había que meterse.

En la primera página había un informe sobre los acontecimientos del día anterior en Berna. Ding lo leyó por encima y le pareció bastante correcto. Notable. El corresponsal del *Telegraph* debía tener buenos contactos con los policías... y les daba el crédito de la información. Bueno, todo bien. Se suponía que Rainbow debía permanecer en negro. Ningún comentario del Ministerio de Defensa sobre si el SAS había apoyado o no a la policía suiza. Eso le resultaba un tanto débil. Un “no” liso y llano hubiera sido mejor... pero de utilizar el monosílabo, la próxima vez que dijeran “sin comentarios” los periodistas lo tomarían como un “sí.” Entonces, sí, probablemente tenía sentido. Todavía no había adquirido el don de la política, al menos a nivel instintivo. Tratar con los medios lo asustaba más que enfrentar armas cargadas... estaba entrenado para esto último, pero no para aquello otro. Sonrió al darse cuenta de que mientras la CIA tenía una oficina de relaciones públicas, Rainbow seguramente carecía de algo semejante. Bien, probablemente no les pagaban para publicitarse. Mientras Ding cavilaba sobre estas cosas, Patsy se había puesto el abrigo y enfilaba hacia la puerta. Corrió tras ella para darle un beso de despedida y la miró caminar hasta el coche familiar, esperando que se adaptara mejor que él a conducir del lado izquierdo del camino. Eso lo ponía un poco loco y exigía concentración constante. Lo más enloquecedor era la palanca de cambios en el medio, pero por suerte los pedales estaban en el mismo lugar que en los autos

estadounidenses. Chávez se sentía un poco esquizofrénico manejando con la mano izquierda y el pie derecho. Lo peor de todo eran los giros. Ding se pasaba el tiempo deseando doblar a la derecha y no a la izquierda. Sería una manera estúpida de morir. Diez minutos después, enfundado en su uniforme de día, caminó hasta el edificio del C-2 para la segunda AAR.

Popov guardó su chequera en el bolsillo del saco. El banquero suizo ni siquiera había parpadeado al ver la maleta llena de dinero. Una máquina notablemente eficaz había contado los billetes y verificado simultáneamente sus denominaciones. La operación había tardado cuarenta y cinco minutos en total. El número de la cuenta era su viejo número de servicio en la KGB. Dentro de la chequera estaba la tarjeta comercial del banquero y su dirección en Internet para transferencias... el código había sido previamente acordado y escrito en su archivo bancario. El tema del fracaso de Model no había surgido. Popov supuso que leería la noticia en el *International Herald Tribune* que conseguiría en el aeropuerto.

Tenía pasaporte estadounidense. La compañía le había conseguido un *status* de residente extranjero e iba camino a obtener la ciudadanía, cosa que le resultaba bastante divertida ya que todavía conservaba su pasaporte de la Federación Rusa, más otros dos de su anterior carrera —con otros nombres pero con la misma foto— que aún podía usar en caso de necesidad. Esos tres estaban guardados en su maletín de viaje, en un pequeño compartimento que sólo podría descubrir un empleado de aduanas muy avezado, y sólo si se le advertía que había algo raro en el pasajero recién llegado.

Dos horas antes de la partida de su avión, Popov devolvió el auto que había alquilado, tomó el ómnibus hasta la terminal, atravesó el habitual zarandeo de pasaportes y equipajes, y enfiló hacia la sala de espera de primera clase para beber un café y comer una medialuna.

Bill Henriksen era un adicto a las noticias de primer orden. Al despertar, temprano como de costumbre, inmediatamente sintonizó la CNN, y luego cambió a Fox News con el control remoto mientras hacía sus ejercicios matinales de rutina. También tenía un diario sobre el tablero de la cinta. La primera página del *New York Times* cubría el evento de Berna, igual que Fox News... extrañamente, la CNN hablaba del caso pero no mostraba demasiado. Fox sí, retransmitía las imágenes de la TV suiza. Así pudo ver lo que había que ver del rescate. Pura vainilla, pensó Henriksen. Bengalas explosivas en las puertas principales —que hicieron saltar y desenfocarse un poco al camarógrafo, como siempre cuando alguien estaba demasiado cerca— y posterior ingreso de tiradores. No se escucharon disparos... por obra de los silenciadores. En cinco segundos todo había terminado. Entonces, los suizos tenían

un comando SWAT bien entrenado. No era para asombrarse, aunque nadie conocía su existencia. Pocos minutos después, un tipo salió del banco y encendió su pipa. Quienqueira que fuese, probablemente el comandante del equipo, tenía cierto estilo, pensó Henriksen chequeando el millaje de la cinta. El equipo vestía el uniforme habitual: fajinas gris carbón con protector corporal Kevlar. Los policías uniformados entraron a rescatar a los rehenes luego de unos minutos. Sí, lo habían hecho muy bien... o, dicho de otro modo, los criminales/terroristas —el noticiero no aclaraba si eran ladrones o delincuentes políticos— no eran inteligentes. Bueno, ¿acaso estaba escrito que debían serlo? La próxima vez tendrían que elegir gente más capacitada si querían que la cosa funcionara. El teléfono sonaría dentro de unos minutos, estaba seguro, para invitarlo a hablar brevemente por televisión. Una molestia necesaria.

Sonó cuando estaba en la ducha. Hacía tiempo había hecho instalar un aparato junto a la puerta.

—Sí.

—¿Señor Henriksen?

—Sí. ¿Quién habla? —la voz no era familiar.

—Bob Smith de Fox News New York. ¿Ha visto la cobertura del atentado en Suiza?

—Sí, a decir verdad estuve viendo su noticiero.

—¿Existe la posibilidad de que venga a hacer un comentario?

—¿A qué hora? —preguntó Henriksen, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Minutos después de las ocho, si fuera posible.

Hasta chequeó su reloj con un gesto automático y desperdiciado que nadie vería.

—Sí, está bien. ¿Cuánto tiempo me darán esta vez?

—Probablemente cuatro minutos.

—OK, estaré allí en una hora.

—Gracias, señor. Avisaré al guardia de su llegada.

—OK, nos vemos en una hora.

El chico debe ser nuevo, penso Henriksen. Por eso no sabía que él era un comentarista regular del noticiero —¿por qué, si no, su nombre estaría incluido en el rolodex de Fox?— y que todos los guardias de seguridad lo conocían de vista. Una rápida taza de café y un bagel lo impulsaron hasta la puerta, y desde allí a su Porsche 911 rumbo al puente George Washington.

La Dra. Carol Brightling despertó, palmeó a Jiggs en la cabeza y saltó a la ducha. Diez minutos después, con una toalla enroscada en la cabeza, abrió la puerta y recogió los diarios de la mañana. La cafetera ya había hecho sus dos tazas de Mountain-Grown Folger's y el recipiente plástico lleno de rodajas de melón la esperaba en la heladera. Encendió la radio para escuchar la edición matutina de All Things Considered, iniciando así su agenda de noticias... que continuaría durante toda la

jornada. Su trabajo en la Casa Blanca consistía principalmente en leer... y hoy debía reunirse con ese energúmeno del Departamento de Energía que todavía consideraba importante construir bombas de hidrógeno. Estaba decidida a aconsejar al presidente lo contrario, por supuesto, consejo que probablemente declinaría sin darle explicaciones.

¿Para qué demonios la habría contratado esa administración? se preguntó Carol. La respuesta era simple y obvia: política. El presidente había intentado valientemente evitar los enredos políticos en el año y medio que llevaba en el mandato. Además, ella era mujer y casi todos los allegados al presidente eran varones, cosa que había originado comentarios negativos en la prensa y otros organismos, haciendo que el presidente se ofuscara en su inocencia política. Pero la prensa se había burlado un poco más y sacado provecho de la situación. Y por eso le habían ofrecido el nombramiento y la habían tomado, dándole una oficina en el Old Executive Office Building y no en la Casa Blanca, con secretaria, asistente y estacionamiento en el West Executive Drive para su Honda de seis años... el *único* automóvil de fabricación japonesa de esa cuadra, acerca del que nadie había dicho una palabra, por supuesto, porque ella era mujer y había olvidado más cosas acerca de la política de Washington de las que el presidente lograría aprender jamás. Eso no dejaba de asombrarla, aunque se obligó a recordar que el presidente aprendía notablemente rápido. Pero no sabía escuchar, al menos en lo que a ella concernía.

Los medios lo dejaron salirse con la suya... porque los medios no eran amigos de nadie. Al carecer de convicciones propias publicaban lo que decía la gente, y por eso ella debía hablar oficialmente, extraoficialmente o casualmente con diversos periodistas. Algunos de ellos, los que cubrían regularmente Medio Ambiente, por lo menos entendían el lenguaje y por lo tanto se podía confiar en que escribieran adecuadamente sus artículos. Pero siempre incluían el costado “basura” de la ciencia: *sí, tal vez su posición tenga mérito, pero la ciencia aún no es lo suficientemente firme y los modelos de computadora no son lo suficientemente específicos para justificar esta clase de acción*, decía el otro costado. A resultados de esto, la opinión pública —tan mesurada en las encuestas— se había estancado, o incluso revertido un poco. El presidente no tenía precisamente un perfil ecológico, pero el muy hijo de puta se estaba saliendo con la suya... utilizando al mismo tiempo a Carol Brightling como camuflaje político ¡o incluso como *cubierta* política! Eso la dejaba perpleja... o la hubiera dejado perpleja en otras circunstancias. Pero allí estaba, abrochándose la falda antes de ponerse la chaqueta, convertida en asesora jerárquica del presidente de Estados Unidos. *Eso* significaba que lo veía un par de veces por semana. Significaba que él *leía* sus informes y recomendaciones políticas. Significaba que ella tenía *acceso* a la gente del primer cajón de los medios y era libre para continuar con su propia agenda... dentro de lo razonable.

Pero era ella la que pagaba el precio. Siempre era ella, pensó Carol, agachándose para tirarle de las orejas a Jiggs antes de salir. El gato

pasaría el día haciendo lo que fuera que hacía, principalmente durmiendo en el antepecho de la ventana, probablemente esperando que su ama regresara y le ofreciera su ración de Frisky. Pensó, no por primera vez, en comprarle un ratón vivo para que jugara y después se lo comiera. Era un proceso fascinante de observar, predador y presa, cada uno en su papel... tal como supuestamente era el mundo. Tal como había sido por incontables siglos hasta los últimos dos. Hasta que el Hombre había empezado a cambiarlo todo, pensó mientras encendía el motor. Miró los adoquines de la calle —los de ese barrio tradicional de Georgetown eran adoquines auténticos, recorridos por vías de tranvía— y los edificios de ladrillo que habían cubierto lo que probablemente había sido un bosque de robles menos de dos siglos atrás. Del otro lado del río era peor todavía, sólo Theodore Roosevelt Island se conservaba en estado prístino... aunque interferida por el rugido de los motores a retropropulsión. Un minuto después llegó a M Street y giró hacia Pennsylvania Avenue. Como de costumbre, se había adelantado a la hora pico. Atravesó tranquilamente la amplia avenida, dobló a la derecha y buscó su estacionamiento —no estaban reservados pero cada uno tenía el suyo, y el de ella estaba a unos metros de la Entrada Oeste. Como era empleada regular, no debió someterse al olfato de los perros. El Servicio Secreto usaba malinois belgas —parecidos a los pastores alemanes, pero marrones; de olfato agudo y cerebro rápido— para detectar explosivos en los automóviles. Su pase de la Casa Blanca le permitió ingresar al complejo, subir las escaleras que llevaban al OEOB y llegar finalmente a su oficina. Más que oficina era un cubículo, aunque mucho más grande que el de su secretaria y su asistente. Sobre su escritorio reposaban el *Early Bird* —selección de artículos de diversos periódicos nacionales considerados importantes por las personas que trabajaban en el edificio—, un ejemplar de *Science Weekly*, otro de *Scientific American* y varias publicaciones médicas. Las publicaciones medioambientalistas llegarían dos días después. Todavía no había alcanzado a sentarse cuando su secretaria Margot Evans hizo su aparición con la carpeta codificada sobre política de armas nucleares, documento que tendría que revisar antes de ofrecer al presidente un consejo que rechazaría. Lo más molesto era, por supuesto, que tendría que pensar para producir el informe que el presidente no vacilaría en rechazar. Pero no podía darle motivos para aceptar, con gran renuencia pública, su renuncia... rara vez alguien de ese nivel renunciaba por las suyas, aunque los medios hacían oídos sordos al asunto. ¿Por qué no dar un paso más allá de lo habitual y recomendar el cierre del reactor de Hanford, Washington? El único reactor estadounidense con el mismo diseño que Chernobyl, creado para producir plutonio (Pu 239) para armas nucleares, el peor artilugio inventado por la mente de los *hombres* guerreros. Había nuevos problemas en Hanford, habían descubierto nuevas filtraciones en los tanques de almacenamiento antes de que contaminaran el agua, pero la filtración seguía siendo una amenaza contra el medio ambiente y era muy costoso repararla. La mezcla química pre-

sente en esos tanques era horriblemente corrosiva y letalmente tóxica y radiactiva... y el presidente tampoco le prestaría atención en esto.

El aspecto científico de sus objeciones a Hanford era real, y hasta Red Lowell se preocupaba por eso... ¡pero igualmente *quería* construir un *nuevo* Hanford! ¡Ni siquiera este presidente podría tolerarlo!

Convencida de esto, la Dra. Brightling se sirvió una taza de café y empezó a leer el *Early Bird* mientras cavilaba acerca de su próxima y desahuciada recomendación al presidente.

—Entonces, Sr. Henriksen, ¿quiénes eran? —preguntó el comentarista de la mañana.

—Sólo conocemos el nombre del supuesto líder, Ernst Model. Model formó parte de la banda Baader-Meinhof, notorio grupo terrorista alemán de las décadas de 1970 y 1980. Salió de la escena pública hace aproximadamente diez años. Sería interesante averiguar dónde estuvo escondido.

—¿Usted tenía un archivo sobre Model cuando trabajaba con el Comando de Rescate de Rehenes del FBI?

Leve sonrisa para acompañar la definida respuesta.

—Oh, sí. Conozco su cara, pero el señor Model pasará a engrosar los archivos de inactivos.

—¿Fue un atentado terrorista o sólo un robo a un banco?

—Es imposible decirlo a partir de los informes de prensa, pero no desdeñaría la motivación del robo. Una de las cosas que la gente suele olvidar acerca de los terroristas es que ellos también necesitan comer... y para eso hay que tener dinero. Hay incontables precedentes de criminales supuestamente políticos que violaron la ley para mantenerse. Aquí, en Estados Unidos, los AEB —la Alianza, la Espada y el Brazo del Señor, como les gustaba autodenominarse— robaban bancos para mantenerse. En Alemania, los Baader-Meinhof raptaban personas para extorsionar a las familias y socios de las víctimas.

—Entonces, ¿en su opinión son vulgares criminales?

Asentimiento. Expresión seria y reconcentrada.

—El terrorismo es un crimen. Ése es el dogma del FBI, de donde yo provengo. Y los cuatro que murieron ayer en Suiza eran criminales. Desafortunadamente para ellos, la policía suiza ha reunido y entrenado un excelente equipo profesional para operaciones especiales.

—¿Cómo calificaría a la operación?

—Muy buena. La cobertura televisiva no mostró ningún error. Todos los rehenes fueron rescatados, y todos los criminales fueron eliminados. Eso no es excepcional en atentados de esta clase. En abstracto, uno preferiría atrapar a los criminales con vida de ser posible, pero no siempre es posible... y la vida de los rehenes tiene absoluta prioridad en casos como éste.

—Pero los terroristas también tienen derechos...

—Por cuestiones de principios, sí, los tienen, tienen los mismos

derechos que los demás criminales. También enseñamos eso en el FBI, y lo mejor que uno puede hacer como agente de la ley en un caso como éste es arrestarlos, ponerlos frente a un juez y un jurado y condenarlos, *pero* recuerde que los rehenes son víctimas inocentes cuyas vidas corren peligro *debido a* las acciones de los criminales. Por consiguiente, uno intenta darles la oportunidad de rendirse... realmente, uno intenta desarmarlos si puede. Pero casi nunca puede darse el lujo de hacerlo —prosiguió Henriksen—. Basándome en lo que vi por televisión, el comando suizo actuó tal como nos enseñaron a hacerlo en Quantico. Uno utiliza la fuerza mortífera sólo cuando es necesario... pero, cuando es necesario, la utiliza.

—¿Y quién decide cuándo es necesario?

—El comandante toma esa decisión basándose en su entrenamiento, su experiencia y su destreza. —*Y luego*, pensó Henriksen para sus adentros, *los tipos suspicaces como usted hacen especulaciones malintencionadas durante un par de semanas.*

—Su compañía entrena a la policía local en tácticas SWAT, ¿verdad?

—Sí, así es. Tenemos numerosos veteranos del CRR del FBI, la Fuerza Delta y otras organizaciones “especiales”, y podríamos utilizar esta operación suiza como ejemplo a seguir —dijo Henriksen... porque la suya era una corporación internacional que también entrenaba fuerzas policiales extranjeras, y el hecho de ser amable con los suizos no afectaría en nada su buen nombre.

—Bien, señor Henriksen, gracias por compartir sus opiniones con nosotros. William Henriksen, experto en terrorismo internacional, CEO de Global Security Inc., firma consultora internacional. Son las ocho veinticuatro minutos.

En el estudio, Henriksen mantuvo una expresión serena y profesional hasta cinco segundos después de que se apagara la cámara más próxima. En los cuarteles generales de su empresa habrían grabado la entrevista para agregarla a la vasta video-biblioteca sobre el tema. La GSI era conocida en el mundo entero y el video de presentación incluía fragmentos de entrevistas. El director del piso lo acompañó a la sala de maquillaje. Una vez liberado del polvo facial, caminó tranquilamente hasta su auto.

Había resultado bien, pensó, revisando su lista mental. Tendría que averiguar quién había entrenado a los suizos. Uno de sus contactos debería ocuparse de eso. Si se trataba de una compañía privada, sería competencia seria, pero era probable que fuera el mismo ejército suizo —tal vez integrantes de una formación militar disfrazados de policías— con asistencia técnica del GSG-9 alemán. Un par de llamadas telefónicas lo ayudarían a ponerse al tanto.

El Airbus A-340 de Popov aterrizó puntualmente en el aeropuerto internacional JFK. Uno siempre podía confiar en la puntualidad suiza.

El comando policial seguramente tenía un plan preestablecido para las acciones de la noche anterior, pensó astutamente. Su asiento de primera clase estaba cerca de la puerta y fue el tercer pasajero en abandonar el avión, retirar su equipaje y pasar por la aduana. Sabía por experiencia que EE.UU. era el país más difícil para ingresar como extranjero... aunque con un mínimo equipaje y nada que declarar el proceso fue levemente más fácil esa vez. Los empleados de aduana fueron amables y le indicaron el camino a la parada de taxis donde, por la acostumbrada tarifa exorbitante, contrató a un chofer paquistaní para que lo llevara a la ciudad. Como de costumbre, no pudo evitar preguntarse si los taxistas tendrían un arreglo con el personal de la aduana. Pero el costo del taxi pasaría a su lista de gastos —lo cual significaba que necesitaría un recibo— y, además, llegaría el día en que no tendría que preocuparse por esas nimiedades, ¿verdad? Sonrió al contemplar la jungla urbana, cada vez más densa a medida que se acercaban a Manhattan.

El taxi lo dejó frente a su edificio. El piso era pagado por su empleador. Para él era un gasto deducible de sus impuestos (Popov empezaba a comprender las leyes impositivas estadounidenses). Pasó unos minutos arrojando ropa sucia en el canasto y colgando trajes. Luego bajó las escaleras y le pidió al portero que le consiguiera un taxi. Tardó otros quince minutos en llegar a la oficina.

—Entonces, ¿cómo anduvo la cosa? —preguntó el jefe. Había un zumbido extraño en la oficina, destinado a interferir posibles espionajes auditivos de empresas rivales. El espionaje entre corporaciones era un factor importante en la vida de la compañía de su patrón, y sus defensas eran tan eficaces como las de la desaparecida KGB. Y Popov había creído alguna vez que los gobiernos tenían los mejores equipos. Ciertamente, ese concepto era falso en EE.UU.

—Fue casi como esperaba. Eran tontos... en realidad un poco *amateurs*, a pesar de todo el entrenamiento que les dimos en la década del 80. Les dije que robaran el banco para encubrir su verdadera misión...

—¿Que era cuál?

—Hacer que los mataran —replicó en el acto Dimitri Arkadeyevich—. Al menos, creí que esas eran sus intenciones, señor —sus palabras provocaron una clase de sonrisa a la que Popov no estaba acostumbrado. Decidió chequear las acciones del banco. ¿Acaso el propósito de la “misión” había sido afectar el posicionamiento del banco? No parecía probable, pero aunque no *necesitaba* saber por qué hacía lo que hacía, su curiosidad natural acababa de despertarse. Ese hombre lo estaba tratando como a un mercenario, y aunque Popov sabía que se había transformado en eso al dejar de servir a su país, el concepto de mercenario ofendía de manera vaga y distante su sentido de profesionalismo—. ¿Necesitará mis servicios?

—¿Qué pasó con el dinero? —quiso saber el jefe.

Respuesta tímida:

—Estoy seguro de que los suizos le encontrarán utilidad —no le

cabían dudas acerca de las habilidades de su banquero—. ¿Seguramente no esperaba que lo recuperara?

Gesto negativo del jefe.

—No, en realidad no. De todos modos, era una suma ínfima.

Popov asintió comprensivamente. ¿*Suma ínfima*? Ningún agente soviético había ganado tanto de una sola vez —la KGB siempre había sido tacaña en sus pagos, sin tener en cuenta la importancia de la información obtenida— ni la KGB había tratado con tanta negligencia su efectivo. Había que dar cuenta de cada rublo, ¿de otro modo los contadores de porotos de Dzerzhinsky 2 arrojarían el rayo del demonio contra el oficial de campo que se hubiera mostrado tan laxo en sus operaciones! Popov se preguntó cómo lavaría el dinero su empleador. Si uno depositaba o retiraba diez mil dólares en efectivo en EE.UU., el banco estaba obligado a consignarlo por escrito. Supuestamente esto iba en contra de los narcotraficantes, pero ellos se las ingeniaban para seguir con lo suyo. ¿Otros países tendrían regulaciones similares? Popov no lo sabía. Suiza no, estaba seguro, pero esa cantidad de billetes no se materializaba en la bóveda del banco, ¿no? Su jefe lo había manejado de algún modo, y muy bien. Ernst Model tal vez fuera un *amateur*, pero ese hombre no. Debería tenerlo en cuenta, pensó el ex espía en grandes letras rojas mentales.

Hubo unos segundos de silencio. Y luego:

—Sí, necesitareé otra operación.

—¿Exactamente qué? —preguntó Popov, y obtuvo una respuesta inmediata—. Ah.

Asintió. Incluso había usado la palabra correcta: *operación*. Muy extraño. Dimitri se preguntó si debería informarse mejor acerca de su empleador. Después de todo, su propia vida estaba en sus manos... y la del empleador en las suyas, por supuesto, pero la vida del otro no lo preocupaba en lo más mínimo. ¿Sería muy difícil? Para alguien que tenía computadora y módem ya no era difícil... siempre y cuando tuviera tiempo. Por ahora, pasaría sólo una noche en su piso antes de volver a cruzar el océano. Bien, era una buena manera de curar el malestar provocado por los viajes en avión.

Parecían robots, pensó Chávez, observando la imagen generada por computadora. Los rehenes también, pero en ese caso los rehenes eran criaturas generadas por computadora, niñas con vestidos o jumpers a rayas rojas y blancas... Ding jamás reconocería la diferencia entre un vestido y un jumper. Se trataba claramente de un efecto psicológico programado en el sistema por la persona que había establecido los parámetros del programa llamado SWAT 6.3.2. Una empresa de California lo había producido por primera vez para la Fuerza Delta por contrato DOD supervisado por la Corporación RAND.

Era costoso de usar, principalmente por el traje electrónico que llevaba puesto. Pesaba lo mismo que el habitual traje negro de las mi-

siones y estaba lleno hasta los guantes de cables y sensores de cobre que informaban a la computadora —una vieja Cray YMP— todo lo que hacía su cuerpo, y a su vez proyectaban imágenes generadas por computadora en sus lentes especiales. El Dr. Bellow leía los textos, desempeñando el rol de líder de los malos y asesor de los buenos en el juego. Ding giró la cabeza y vio a Eddie Price a sus espaldas. Hank Patterson y Steve Lincoln estaban en la otra esquina virtual... las figuras robóticas con números le permitían saber quién era quién.

Chávez levantó y bajó tres veces el brazo derecho para pedir bengalas explosivas y observó una vez más la esquina...

... Desde su silla, Clark vio aparecer una línea negra en el rincón blanco y apretó la tecla 7 en el teclado de su computadora...

... El malo n° 4 apuntó su arma hacia el grupo de niñas...

—¡Steve! ¡Ahora! —ordenó Chávez.

Lincoln detonó la bengala explosiva. Era un simulador de granada con la suficiente carga explosiva para producir ruido y la suficiente cantidad de polvo de magnesio para provocar un resplandor cegador destinado a cegar y desorientar por el ruido de la explosión, lo suficientemente alto como para afectar el mecanismo de equilibrio del oído interno. El sonido se escuchó a través de los auriculares, aunque no tan fuerte, y el fulgor blanquecino penetró los lentes VR. El efecto conjunto los hizo saltar.

El eco no había desaparecido aún cuando Chávez entró en la habitación con el arma apuntada contra el terrorista n° 1, supuesto líder enemigo, y disparó. Chávez pensó que había una falla en el sistema computarizado. Los miembros europeos de su equipo no disparaban como los estadounidenses. De hecho, extendían sus H&K hacia adelante antes de apretar el gatillo. Chávez y el resto de los estadounidenses tendían a acercarlas al hombro. Ding disparó la primera ronda antes de caer al suelo, pero el sistema no registró esa ventaja... cosa que le molestó muchísimo. No había errado jamás, tal como comprobó un tipo llamado Guttenach al encontrarse frente a San Pedro sin demasiados prolegómenos. Al tocar el suelo, Chávez rodó, repitió los disparos y apuntó su MP-10 contra otro blanco. Sus auriculares reprodujeron el ruido de los disparos (por alguna razón, el programa SWAT 6.3.2 no aceptaba armas con silenciador). A su derecha, Steve Lincoln y Hank Patterson disparaban contra los seis terroristas. Las ráfagas cortas y controladas retumbaron en sus oídos. Las cabezas enemigas volaron gloriosamente en pedazos en sus lentes VR...

... pero el muchacho malo n° 5 apretó el gatillo, no contra el equipo de rescate sino contra los rehenes, que empezaron a caer hasta que tres Rainbow lo abatieron conjuntamente...

—¡Despejado! —gritó Chávez, parándose de un salto y avanzando hacia las imágenes de los chicos malos. Según la computadora, uno de ellos estaba vivo todavía, aunque desangrándose por la cabeza. Ding apuntó contra él, pero en ese instante la silueta del n° 4 dejó de moverse.

—¡Despejado! ¡Despejado! —anunció Chávez a su equipo.

—Ejercicio concluido —anunció la voz de Clark. Ding y sus hombres se quitaron los lentes de Realidad Virtual y comprobaron que la habitación duplicaba el tamaño de una cancha de basketball y estaba totalmente vacía, como un gimnasio a medianoche. Les costó un poco acostumbrarse. El simulacro había recreado un atentado terrorista contra una escuela... de niñas evidentemente, para lograr un mayor impacto psicológico.

—¿Cuántas perdimos? —le preguntó Chávez al techo.

—Seis muertas y tres heridas, según la computadora —dijo Clark, entrando a la enorme habitación.

—¿Qué hicimos mal? —preguntó Ding, sospechando la respuesta.

—Te vi espiando por la esquina, nene —respondió Rainbow Six—. Eso alertó a los malos de la película.

—Carajo —respondió Chávez—. Eso es culpa del programa. En la vida real hubiera usado un espejo o me hubiera quitado este sombrero de Kevlar, pero el programa no lo permite. Y las bengalas explosivas hubieran funcionado mejor.

—Tal vez —admitió John—. Pero tu puntaje en este caso es B-minus.

—Bravo, gracias, Mr. C. —se burló el comandante del C-2—. ¿La próxima vez dirá que fallamos al disparar?

—Según la máquina, tú fallaste.

—¡Maldita sea, John! Al programa le importan un bleo los tiradores, y no estoy dispuesto a entrenar a mi gente para que dispare como le gusta a una máquina en vez de acertarle al blanco!

—Tranquilízate, Domingo. Sé que tus hombres saben disparar. OK, sígueme. Veamos el *replay*.

—¿Por qué entró de esa manera, Chávez? —preguntó Stanley cuando todos se hubieron sentado.

—Esta puerta es más ancha y proporciona mejor línea de fuego...

—Para *ambos* bandos —observó Stanley.

—Así son los campos de batalla —contraatacó Ding—. Pero si uno cuenta con la sorpresa y la velocidad, eso es una ventaja. Puse el equipo de refuerzo en la puerta trasera, pero la configuración del edificio no les permitió participar en el operativo. Noonan llenó el edificio de cámaras y sensores. Tuvimos buena cobertura de los terroristas y organicé el asalto para atraparlos a todos en el gimnasio...

—Con las seis armas apuntadas a los rehenes.

—Era mejor eso que tener que buscarlos por todas partes. Tal vez uno de ellos podría arrojar una granada desde la esquina y matar a un montón de muñequitas Barbie. No, señor, pensé entrar por el fondo, o hacer un asalto a dos ejes, pero los factores distancia y tiempo no me parecieron propicios. ¿Está diciendo que me equivoqué, señor?

—En este caso, sí.

Mentira, pensó Chávez.

—OK, muéstreme lo que piensa.

Era tanto una cuestión de estilo personal como de acierto y error, y Ding sabía que Alistair Stanley había estado allí y lo había hecho millones de veces. De modo que observó y escuchó. Y vio que Clark hacía lo mismo.

—No me gusta —dijo Noonan cuando Stanley concluyó su presentación del caso—. Es demasiado fácil colocar una petardo de estruendo en el picaporte. Esas porquerías cuestan menos de diez dólares. Se pueden comprar en cualquier tienda de regalos del aeropuerto... la gente suele colocarlas en las puertas de los hoteles para disuadir a las visitas inoportunas. Tuvimos un caso en el FBI: un sujeto utilizó una y casi nos obligó a abortar la misión, pero por suerte la bengala explosiva de la ventana externa tapó el ruido.

—¿Y si tus sensores no hubieran transmitido la posición de todos los sujetos?

—Pero la transmitieron, señor —contraatacó Noonan—. Tuvimos tiempo de rastrearlos —de hecho, el ejercicio de entrenamiento había comprimido el tiempo por un factor de diez, pero eso era normal en los simulacros computarizados—. Estos simulacros son grandiosos para planear las misiones, pero en otras cosas se quedan cortos. Creo que lo hicimos muy bien —La última frase indicaba que Noonan quería ser un miembro más del Comando 2, no sólo su mago de la técnica, pensó Ding. Tim estaba pasando muchas horas en el polígono de tiro e igualaba en habilidades a cualquier miembro del comando. Bueno, había trabajado en el CRR del FBI bajo las órdenes de Gus Werner. Tenía credenciales para unirse al conjunto. Werner había sido considerado para el puesto de Six en Rainbow. Pero Stanley también.

—OK —dijo Clark—, veamos la filmación.

Fue una sorpresa verdaderamente desagradable. Según la computadora, el dedo del terrorista nº 2 había seguido apretando el gatillo de su AK-74 cuando le volaron la cabeza, y una de sus ráfagas había atravesado prolijamente la cabeza de Chávez. La computadora Cray decía que Ding estaba muerto: la bala teórica había pasado por debajo de la visera de su casco Kevlar y transitado hasta su cerebro. Chávez quedó absolutamente perplejo. Aunque se trataba de un hecho azaroso generado por computadora también era real, porque la vida real incluía hechos azarosos. Habían hablado de utilizar visores Lexan en los cascos —que podían o no detener las balas— pero desistieron de hacerlo por la distorsión visual que producían.... Tal vez debamos reconsiderar el tema, pensó Ding. La opinión de la computadora era simple: si era posible, *podía suceder*, y si podía suceder, tarde o temprano *sucedería*, y alguien del equipo tendría que ir a la casa de un compañero y decirle a su esposa que acababa de convertirse en viuda. Por obra del azar: mala suerte. ¿Cómo decirle eso a alguien que acababa de perder a su marido? Causa de muerte: mala suerte. Chávez sintió un escalofrío al pensarlo. ¿Cómo lo tomaría Patsy? Apartó el pensamiento de su cabeza. El nivel de probabilidad era muy bajo, matemáticamente idéntico al de ser fulminado por un rayo en un campo de golf o fallecer en un accidente aéreo, y la

vida *era* riesgo puro, y la única manera de evitar los riesgos era estando muerto. O algo parecido. Giró la cabeza y miró a Eddie Price.

—Errores imperdonables, jefe —observó el sargento mayor con una amarga sonrisa—. Pero yo liquidé al tipo que lo mató, Ding.

—Gracias, Eddie. Me hace sentir muchísimo mejor. ¿La próxima vez disparará más rápido?

—Indudablemente, señor —prometió Price.

—Alégrese, Ding —comentó Price, notando el tono de la conversación—. Pudo haber sido peor. Todavía no he visto a nadie herido de gravedad por un electrón.

Y se supone que uno debe aprender en los ejercicios de entrenamiento, murmuró Ding para sus adentros. ¿Pero qué se podía aprender de esto? ¿Que la mierda existe? Tendría que reflexionar al respecto, supuso, y en cualquier caso, el Comando-2 quedaba ahora en compás de espera, ya que el C-1 de Peter Covington se haría cargo de la próxima misión. Mañana continuarían las prácticas de tiro e intentarían disparar un poco más rápido, tal vez. El problema era que no había muchas posibilidades de mejorar y si se esforzaban demasiado podían perjudicar los logros obtenidos. Se sentía como el entrenador de un equipo de fútbol particularmente bueno. Todos los jugadores eran excelentes y trabajadores... aunque no perfectos. ¿Pero acaso la falta de perfección podía corregirse con entrenamiento? ¿Y hasta qué punto meramente reflejaba el hecho de que el equipo contrario también jugaba? La primera misión había sido demasiado fácil. Model y su grupo pedían a gritos que los mataran. No siempre sería así.

CAPÍTULO 6

VERDADEROS CREYENTES

El problema era la tolerancia al medio ambiente. Sabían que el organismo base era todo lo eficaz que necesitaban que fuera. Pero era muy delicado. Moría fácilmente al ser expuesto al aire. No sabían exactamente por qué. Podía deberse a la temperatura o la humedad, o al exceso de oxígeno —ese elemento tan esencial para la vida era un gran asesino de vida a nivel molecular—. La incertidumbre había sido una gran molestia hasta que un miembro del equipo propuso una solución. Utilizaron tecnología de ingeniería genética para injertar genes cancerígenos en el organismo. Más específicamente, usaron material genético de cáncer de colon, una de las cepas más robustas, obteniendo resultados sorprendentes. El nuevo organismo era apenas un tercio de micrón más grande y mucho más fuerte que el primero. La prueba estaba en la pantalla microscópica. Las diminutas cepas habían sido expuestas durante diez horas al aire y la luz en un ambiente cerrado antes de ser reingresadas al recipiente de cultivo, y la técnica ya estaba viendo que eran sumamente activas. Utilizaban su ARN para multiplicarse después de comer, creando millones de réplicas diminutas con un solo objetivo: devorar tejidos. En este caso tejido renal, aunque el hígado era igualmente vulnerable. La técnica —graduada en medicina en la Universidad de Yale— anotó la información necesaria y luego, ya que era su proyecto, procedió a dar nombre al nuevo organismo. Se alegró de haber tomado un curso sobre religiones comparadas veinte años atrás. No se lo podía llamar de cualquier manera, ¿verdad?

Shiva, pensó. Sí, el más complejo e interesante de los dioses hindúes, alternativamente Destructor y Restaurador, deidad que controlaba el veneno que podía destruir a la humanidad, una de cuyas esposas era Kali, la diosa de la muerte. Shiva. *Perfecto*. Concluyó sus anotaciones, incluyendo el nombre que recomendaba para el organismo. Habría una prueba más, un último obstáculo tecnológico que saltar antes de que todo estuviera listo para la ejecución. Ejecución, pensó, era una palabra verdaderamente apropiada para el proyecto. Y a gran escala.

Para el próximo paso tomó una muestra de Shiva y la guardó en un recipiente sellado de acero inoxidable. Luego salió de su laboratorio, caminó unos metros por el pasillo y entró a otro laboratorio similar.

—Hola, Maggie —la saludó el jefe de ese laboratorio—. ¿Tienes algo para mí?

—Hola, Steve —lo saludó, entregándole el recipiente—. Aquí está.
—¿Cómo vamos a llamarlo? —Steve tomó el recipiente y lo apoyó sobre una mesada.

—Shiva, creo.

—Suena ominoso —comentó Steve con una sonrisa.

—Oh, lo es —prometió Maggie. Steve, otro M.D. y Ph.D. de la Duke University, era el mejor especialista en vacunas de la compañía. Para este proyecto lo habían separado de una investigación sobre SIDA que empezaba a progresar ostensiblemente.

—Y bien, ¿los genes de cáncer de colon funcionan como previste?

—Muestra buena tolerancia a los UV luego de diez horas de exposición. No obstante, no sé qué pasará con luz solar directa.

—Dos horas es todo lo que necesitamos —le recordó Steve. Y a decir verdad bastaba con una hora, y ambos lo sabían—. ¿Qué pasó con el sistema de atomización?

—Todavía tenemos que probarlo —admitió Maggie—, pero no será un problema.

Ambos sabían que era cierto. El organismo toleraría fácilmente el pasaje a través de los asperjadores para el sistema de exposición... lo cual sería verificado en una de las grandes cámaras medioambientales. Hacerlo al aire libre sería mucho mejor, por supuesto, pero si Shiva era tan robusto como creía Maggie... sería prudente no correr el riesgo.

—OK, entonces. Gracias, Maggie.

Steve volvió a su mesa e insertó el recipiente en una de las cajas-guante, a fin de abrirlo y comenzar a trabajar sobre la vacuna. La mayor parte del trabajo ya estaba hecho. El agente básico era bastante conocido y el año anterior el gobierno había otorgado fondos a su compañía para investigar la vacuna. Por otra parte, Steve era mundialmente famoso por generar, capturar y replicar anticuerpos capaces de estimular el sistema inmunológico humano. Lamentaba vagamente la suspensión de sus investigaciones sobre el SIDA. Pensaba que podría haber descubierto un método para generar anticuerpos de amplio espectro capaces de combatir al ágil virus... tal vez un 20 por ciento de modificación, evaluó, más el beneficio agregado de abrir un nuevo sendero científico, ésas eran las cosas que hacían famoso a un hombre... y tal vez le hubieran hecho ganar un pasaje a Estocolmo dentro de diez años. Pero, dentro de diez años ya no tendría importancia, ¿no? Claro que no, pensó el científico. Se dio vuelta para mirar la triple ventana de su laboratorio. Una bella puesta de sol. Pronto saldrían las criaturas de la noche. Los murciélagos cazarían insectos. Las lechuzas atraparían lauchas y ratones. Los gatos abandonarían sus casas para merodear y saciar su hambre. Solía utilizar sus lentes de visión nocturna para observar a las criaturas de la naturaleza afanándose en tareas no muy distintas de la suya. Pero volvió a su mesa de trabajo, sacó el teclado de su computadora e hizo algunas anotaciones sobre el nuevo proyecto. Muchos utilizaban anotadores manuales, pero el proyecto sólo permitía almacenar los registros —previamente encriptados— por computado-

ra. Si ese sistema era bueno para Bill Gates, también era bueno para él. Lo más simple no siempre era lo mejor. Eso explicaba por qué estaba él allí, formando parte del recientemente bautizado Proyecto Shiva, ¿no?

Necesitaban tipos con armas, pero eran difíciles de encontrar —al menos era difícil encontrar los tipos adecuados, con la actitud adecuada—, y la tarea se veía dificultada todavía más por las actividades gubernamentales con objetivos similares aunque divergentes. No obstante, eso los ayudaba a evitar a los chiflados más obvios.

—Carajo, es lindo allá afuera —comentó Mark.

Su anfitrón bostezó ruidosamente.

—Hay una casa nueva al otro lado de la colina. Si el día no es ventoso, puedo ver el humo de la chimenea.

Mark tuvo que reírse.

—Bonito vecindario. Tú y Daniel Boone, ¿eh?

Foster adoptó una expresión ovejuna.

—Sí, bueno, son más de cinco millas.

—Pero, ¿sabes una cosa? Tienes razón. Imagínate lo que era esto antes de la llegada del hombre blanco. Nada de caminos, salvo la orilla de los ríos y las sendas de los venados. Las cacerías debían ser espectaculares.

—Supongo que lo mejor de todo era no tener que trabajar para comer —Foster señaló el antepecho de la estufa a leña de su cabaña de troncos. Estaba repleto de trofeos de caza. No todos eran legales, pero en las Montañas Bitterroot de Montana no había muchos policías, y Foster era un tipo reservado.

—Es nuestro derecho de nacimiento.

—Supuestamente —concedió Foster—. En todo caso, es algo por lo que vale la pena pelear.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Mark, admirando los trofeos. La alfombra de oso gris era particularmente impresionante... y probablemente ilegal como el infierno.

Foster sirvió un vaso de bourbon para su huésped.

—No sé cómo será en el Este, pero aquí, si peleas... peleas. Hasta el final, muchacho. Apuntas a tu adversario y lo pones a dormir eternamente con un disparo certero.

—Pero luego tienes que hacer desaparecer el cadáver —acotó Mark, bebiendo su bourbon. Foster sólo compraba whisky barato. Bueno, probablemente no podía darse el lujo de pagar el bueno.

Carcajada.

—¿Alguna vez oíste hablar de máquinas excavadoras? ¿Qué te parece un buen fuego?

En ese sector del estado muchos creían que Foster había matado a un policía. A resultas de eso, evitaba a la policía local... y los patrulleros de la autopista no permitían que se acercara a una milla del límite. Pero aunque habían encontrado el auto —incendiado, a cuarenta mi-

llas de distancia— el cadáver del policía desaparecido jamás fue hallado... y eso era todo. No había muchos posibles testigos en esa parte del estado, ni siquiera con una casa nueva a cinco millas. Mark bebió otro trago de bourbon y se respaldó en la silla de cuero.

—Es lindo ser parte de la naturaleza, ¿no?

—Sí, señor. Claro que sí. A veces pienso que entiendo a los indios, ¿sabes?

—¿Comoces a alguno?

—Oh, claro. Charlie Grayson es un Nez Percé, guía de cazadores. Él me consiguió mi caballo. Yo también lo hago a veces para conseguir un poco de dinero. Traigo caballos de las altas planicies y los vendo. Y también hay muchos renos.

—¿Y los osos?

—Hay suficientes —replicó Foster—. Principalmente negros, y algunos grizzlies.

—¿Qué usas? ¿Arco?

Gesto negativo bonachón con la cabeza.

—No. Admiro a los indios, pero no soy indio. Depende de lo que esté cazando y en qué país lo esté haciendo. Principalmente Winchester Mag .300 de acción rápida, pero en cotos cerrados me basta con un rifle semiautomático.

—¿Carga manual?

—Por supuesto. Es mucho más personal de ese modo. Hay que mostrar respeto por el juego, sabes, para tener contentos a los dioses de la montaña.

Foster sonrió al decir eso. Mark evaluó su sonrisa apropiada, ensoñada. En todo hombre civilizado había un pagano en potencia que realmente creía en los dioses de la montaña y en el apaciguamiento de los espíritus del juego mortal. Y él también creía en todo eso, a pesar de su educación técnica.

—¿Y tú qué haces, Mark?

—Me gradué en bioquímica molecular.

—¿Y eso qué significa?

—Oh, descubrir cómo sucede la vida. Por ejemplo, cómo hace el oso para tener tan buen olfato —prosiguió, mintiendo—. Puede resultar interesante, pero mi verdadera vida empieza cuando vengo a lugares como éste, y salgo de cacería, y conozco hombres que entienden el juego mejor que yo. Tipos como tú —concluyó Mark, alzando su vaso en homenaje—. ¿Y tú?

—Ah, bueno, estoy retirado. Yo también hice lo mío. ¿Me creerías si te digo que fui geólogo de una empresa petrolera?

—¿Dónde trabajabas?

—En todo el mundo. Tenía buen olfato y las petroleras me pagaban muy bien por descubrir yacimientos, ¿sabes? Pero tuve que dejar. Llegué al límite en que... bueno, tú vuelas seguido, ¿no?

—Bastante —confirmó Mark.

—El hollín pardusco —dijo Foster.

—¿Eh?

—Vamos, se ve en todo el mundo. Superando los treinta mil pies de altura ves el hollín pardusco. Hidrocarbónos complejos, principalmente producidos por los aviones de pasajeros. Un día, volviendo de París... había hecho conexión desde Brunei, venía en sentido contrario porque quería bajar en Europa para encontrarme con un amigo. Bueno, como fuera, ahí estaba yo, en un maldito 747, en el medio del maldito océano Atlántico, a unas cuatro horas de la primera franja de tierra, ¿sabes? Asiento de primera clase, bebiendo un trago, mirando por la ventana... y ahí estaba, el hollín... esa maldita mierda marrón. Comprendí que estaba colaborando en la producción de esa porquería, ensuciando la jodida atmósfera. Como fuera —prosiguió Foster—, ése fue el momento de mi... conversión. Supongo que podemos llamarla así. Envié mi renuncia la semana siguiente, cambié mis acciones a la mitad de su valor y compré este lugar. Y ahora me dedico a la caza y la pesca, trabajo como guía en el otoño, leo muchísimo, escribí un librito acerca de los efectos de los productos petroleros sobre el medio ambiente, y eso es todo.

El libro le llamó la atención a Mark, por supuesto. La historia del hollín pardusco figuraba en el pobremente escrito prefacio. Foster era un creyente, pero no un estúpido. Su casa tenía electricidad y teléfono. Mark había visto una computadora Gateway sobre el piso, junto al escritorio. Incluso tenía TV satelital, además de la usual camioneta Chevy con armero en la ventana trasera... y excavadora diesel. Entonces, tal vez fuera un creyente, pero no estaba demasiado loco. Eso era bueno, pensó Mark. Sólo había que ser un poco loco. Foster lo era. El hecho de que hubiera matado al policía era la prueba.

Foster devolvió su mirada amistosa. Había conocido tipos como él en Exxon. Académico, sí, pero inteligente, de esos a los que no les importa ensuciarse las manos. Bioquímica molecular. No tenían esa carrera en la Colorado School of Mines, pero Foster estaba suscripto a la *Science News* y sabía de qué se trataba. Era uno de los que interferían con la vida... pero, extrañamente, entendía de ciervos y renos. Bueno, el mundo era un lugar complicado. En ese mismo momento, su huésped vio el bloque de Lucite sobre la mesa ratona.

—¿Qué es esto? —preguntó Mark, levantándolo.

Foster sonrió con suspicacia.

—¿Qué parece?

—Bueno, podría ser marcasita o...

—No es hierro. Conozco mis rocas, señor.

—¿Oro? ¿De dónde?

—Lo encontré en mi arroyo, a unas trescientas yardas de aquí —señaló Foster.

—Es una pepita de buen tamaño.

—Cinco onzas y media. Aproximadamente dos mil dólares. Sabes, la gente (de raza blanca) estuvo viviendo en este mismo lugar más de cien años, pero nadie vio lo que había en el arroyo. Algún día tendré que

rastrearlo y ver si hay una buena veta. Debería haberla, porque en la base de la grande hay cuarzo. Las minas de cuarzo y oro tienden a ser muy ricas, por la manera en que emerge el mineral del centro de la tierra. Esta región es predominantemente volcánica, está llena de géiseres y cosas por el estilo —le recordó a su huésped—. De vez en cuando sufrimos temblores de tierra.

—Entonces, ¿podrías ser dueño de una mina de oro?

Risotada.

—Sí. Qué ironía, ¿no? Pagué la tarifa normal por tierra de pastoreo... ni siquiera lo normal, por las montañas. El último tipo que tuvo rancho aquí se quejaba de que sus animales perdían peso trepando en busca de pastos más tiernos.

—¿Es grande?

Gesto displicente.

—No puedo saberlo, pero si se la mostrara a algunos tipos que fueron a la escuela conmigo, bien, supongo que muchos invertirían diez o veinte millones para averiguarlo. Como dije, es un yacimiento de cuarzo. La gente apuesta fuerte en esos casos. El precio del oro está bajo, pero si sale de la tierra en estado puro... bueno, es mucho más valioso que el carbón, ¿sabes?

—Entonces, ¿por qué no...?

—Porque no lo necesito y es un proceso horrible de contemplar. Incluso peor que las excavaciones petroleras. Ésas se pueden controlar un poco. Pero una mina... imposible. Nunca desaparece. Los desechos no desaparecen. El arsénico se filtra en el agua terrestre y se queda allí para siempre. De todos modos, tengo un par de piedras en la bolsa, y si alguna vez necesito dinero, bueno, ya sé qué hacer.

—¿Con qué frecuencia revisa el arroyo?

—Cuando pescó... truchas, ¿ves? —Señaló una muy grande que colgaba de la pared de troncos—. Cada tercera o cuarta vez que voy a pescar, encuentro otra pepita. En realidad, supongo que el depósito debe haber quedado al descubierto recientemente. De otro modo, los lugareños lo hubieran detectado hace tiempo. Diablos, tal vez debería rastrearlo y ver dónde empieza, pero temo caer en la tentación. ¿Para qué? —concluyó Foster—. Podría tener un momento de debilidad e ir contra mis principios. De todos modos, no creo que vaya a moverse, ¿verdad?

Mark gruñó.

—Supongo que no. ¿Tienes más de éstas?

—Claro —Foster se levantó, abrió el cajón de su escritorio y le arrojó una alforja de cuero. Mark la atajó en el aire, sorprendido por el peso, casi diez libras. Tiró del cordel y extrajo una pepita. Tenía el tamaño de medio dólar, mitad oro, mitad cuarzo, mucho más bella por esa imperfección.

—¿Estás casado? —preguntó Foster.

—Sí. Tengo esposa y dos hijos.

—Quédate con eso, entonces. Manda hacer unos pendientes y regálaselos para su cumpleaños o lo que sea.

—No puedo hacer eso. Esto vale más de dos mil dólares.

Foster hizo un gesto desdenoso.

—Carajo, sólo sirven para ocupar lugar en mi escritorio. ¿Por qué no hacer feliz a alguien con ellas? Además, tú entiendes, Mark. Creo que de verdad entiendes.

Sí, pensó Mark. Foster lo estaba reclutando.

—¿Y si te dijera que existe una manera de hacer desaparecer ese hollín pardusco...?

Mirada inquisitiva.

—¿Estás hablando de algún organismo que lo devore o algo por el estilo?

Mark levantó la vista.

—No, no exactamente...

¿Cuánto más podría decirle? Debía ser muy cauteloso. Acababan de conocerse.

—Conseguir el avión es cosa tuya. En cuanto al destino del vuelo, en eso sí podremos ayudarte —le aseguró Popov a su anfitrión.

—¿Cuál sería el destino? —preguntó el anfitrión.

—La clave está en salirse del radar de control de tráfico aéreo y alejarse lo suficiente para que no te rastreen los aviones de combate, como bien sabes. Luego, si puedes aterrizar en un lugar amigo y encargarte de la tripulación antes de llegar a destino, volver a pintar el avión no será difícil. Luego podríamos destruirlo, incluso desmantelarlo para vender las partes principales, motores y cosas por el estilo. Podrían evaporarse fácilmente en el mercado negro internacional cambiando algunas placas identificatorias —explicó Popov—. Ya pasó más de una vez, como bien sabes. Los servicios de inteligencia y agencias políticas occidentales no publicitan esa clase de hechos, por supuesto.

—El mundo está plagado de sistemas de radar —objetó el anfitrión.

—Es cierto —concedió Popov—, pero los radares de tráfico aéreo no ven los aviones propiamente dichos. Ven las señales de retorno de los radares de los aviones. Solamente los radares militares ven los aviones, ¿y qué país africano posee una red adecuada de defensa aérea? Además, agregando un simple transmisor de interferencias a los sistemas de radio del avión, podrías reducir notablemente las posibilidades de rastrearte. Tu huida no será un problema, *siempre y cuando* logres llegar a un aeropuerto internacional, amigo mío. Eso —le recordó— es lo más difícil. Una vez que desaparezcas sobre África... bueno, entonces todo quedará a tu criterio. Podrás elegir tu país de destino por razones de pureza ideológica o cambio monetario. Tú decides. Recomiendo la primera opción, pero la última también es posible —concluyó Popov. África no se había convertido aún en caldo de cultivo de la ley y la integridad internacionales, pero tenía cientos de aeropuertos en condiciones de recibir aviones comerciales.

—Lamento lo de Ernst —dijo en voz baja su anfitrión.

—¡Ernst era un imbécil! —contraatacó su amiguita con gesto furibundo—. Tendría que haber robado un banco más chico. Pero se metió en el medio de Berna. Quiso hacer una declaración de principios —masculló Petra Dortmund. Hasta ese momento, Popov sólo la conocía por reputación. Probablemente había sido bonita, incluso bella, pero su cabello otrora rubio estaba teñido de marrón y su rostro delgado era severo, con los pómulos hundidos y flojos y los ojos enmarcados por enormes ojeras oscuras. Era prácticamente irreconocible, de allí que la policía europea todavía no la hubiera atrapado junto a su amante de siempre, Hans Fürchtner.

Fürchtner había recorrido el camino inverso. Tenía por lo menos treinta kilos de sobrepeso, y su tupido cabello oscuro y su barba habían desaparecido. Parecía un banquero, gordo y feliz. Ya no era el comunista serio, impulsivo y comprometido de las décadas del '70 y el '80... o por lo menos no estaba a la vista. Hans y Petra vivían en una casa decente en las montañas, al sur de Munich. Sus vecinos creían que eran artistas... ambos tenían el hobby de pintar, desconocido por la policía de su país. Incluso vendían sus obras a pequeñas galerías de vez en cuando. Ganaban lo suficiente para alimentarse, pero no para mantener el tren de vida al que estaban acostumbrados.

Debían extrañar las casas seguras en la antigua Checoslovaquia, pensó Dimitri. Bajar del avión y ser trasladados en auto a lugares cómodos, sino lujosos, comprar en las tiendas “especiales” mantenidas por la elite local del Partido, recibir visitas frecuentes de oficiales de inteligencia que les proporcionaban la información necesaria para planear la próxima operación. Fürchtner y Dortmund habían realizado varias operaciones decentes. La mejor de todas fue el secuestro e interrogatorio del sargento estadounidense que trabajaba con proyectiles de artillería nuclear... misión que les fue asignada por el GRU soviético. Todos habían aprendido mucho gracias a esa misión, y la mayoría de los conocimientos todavía eran útiles, pues el sargento era experto en los sistemas de seguridad estadounidenses PAL (eslabón permisible de acción). Su cadáver fue hallado mucho después en las montañas nevadas del sur de Bavaria; se dijo que había muerto en un horrible accidente de tránsito. O eso pensó el GRU basándose en los informes de sus agentes en el alto mando de la OTAN.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres averiguar? —preguntó Dortmund.

—Los códigos de acceso electrónico al sistema de comercio internacional.

—¿Tú también te has convertido en un vulgar ladrón? —preguntó Hans, adelantándose al reproche de Petra.

—Mi *sponsor* es un ladrón bastante excepcional. Si queremos recuperar una alternativa socialista y *progresista* al capitalismo, necesitaremos fondos y además tendremos que instigar cierta falta de confianza en el sistema nervioso capitalista, ¿no les parece? —Popov hizo

una pausa breve—. Ustedes saben quién soy. Saben dónde trabajé. ¿Creen que he olvidado mi tierra natal? ¿Acaso creen que he traicionado mis creencias? Mi padre peleó en Stalingrado y Kursk. Supo lo que es verse obligado a retroceder, sufrir la derrota... Pero no se rindió ¡jamás! —prosiguió acaloradamente—. ¿Por qué creen que arriesgo mi vida estando aquí? Los contrarrevolucionarios de Moscú no verían con buenos ojos mi misión... ¡pero no son la única fuerza política en la Madre Rusia!

—Ahhh —observó Petra Dortmund, poniéndose repentinamente seria—. Entonces, ¿crees que no todo está perdido?

—¿Alguna vez pensaste que la marcha incontenible de la humanidad no sufriría reveses? Es cierto que perdimos el rumbo. Lo vi con mis propios ojos en la KGB, vi la corrupción en los puestos más altos. Eso fue lo que nos venció... ¡no Occidente! Lo vi con mis propios ojos cuando era capitán, la hija de Brezhnev... usó el Palacio de Invierno para su fiesta de casamiento. ¡Como si fuera la Gran Duquesa Anastasia en persona! Mi función en la KGB era aprender de Occidente, conocer sus planes y sus secretos... pero nuestra *nomenklatura* sólo incorporó la corrupción occidental. Bien, hemos aprendido esa lección. Y de muchas maneras, amigos míos. Uno es comunista o no lo es. Cree o no cree. Actúa de acuerdo con sus creencias o no.

—Nos pides demasiado —señaló Hans.

—Serán adecuadamente recompensados. Mi *sponsor*...

—¿Quién es? —preguntó Petra.

—No pueden saberlo —replicó tranquilamente Popov—. ¿Acaso creen ser los únicos que corren riesgos en esto? ¿Y yo? En cuanto a mi *sponsor*, no, no pueden conocer su identidad. La seguridad de la operación es primordial. Suponía que sabían estas cosas —les recordó. No lo tomaron a mal, tal como esperaba Popov. Esos dos imbéciles eran verdaderos creyentes, como Ernst Model, sólo que un poco más brillantes y mucho más viciosos. Ese infortunado sargento estadounidense seguramente lo habría comprobado mirando incrédulo los todavía adorables ojos azules de Petra Dortmund mientras ella aplicaba el martillo sobre las distintas partes de su cuerpo.

—Entonces, Iosef Andréyevich —dijo Hans (conocían a Popov por uno de sus tantos nombres secretos, en este caso I. A. Serov)—, ¿cuándo quieres que actuemos?

—Lo más rápido posible. Los llamaré dentro de una semana para ver si siguen dispuestos a realizar esta misión y...

—Estamos dispuestos —le aseguró Petra—. Tenemos que planearla.

—En ese caso, los llamaré dentro de una semana para conocer el organigrama. Necesitaré cuatro días para activar mi parte de la operación. Un dato adicional: la misión depende del emplazamiento del portaviones estadounidense en el Mediterráneo. Si se encuentra en el Mediterráneo occidental no podrán iniciar la misión, porque en ese caso los aviones de combate podrían rastrear el vuelo de ustedes. Deseamos

que esta misión sea un éxito, amigos míos —luego negociaron el precio. No resultó difícil. Hans y Petra conocían a Popov de los viejos tiempos y prefirieron que fuera él mismo quien les pagara.

Diez minutos después, Popov les estrechó la mano y partió, esta vez en un BMW alquilado rumbo a la frontera austríaca. La ruta estaba despejada, el paisaje era bello y Dimitri Arkadeyevich volvió a pensar en sus anfitriones con curiosidad. La única verdad que les había dicho era que su padre había peleado en las campañas de Stalingrado y Kursk y le había contado muchas cosas sobre su vida como comandante de tanque en la Gran Guerra Patriótica. Los alemanes tenían algo raro, lo había aprendido por experiencia propia trabajando para el Comité de Seguridad Estatal. Si les daban un hombre montado a caballo, eran capaces de seguirlo hasta la muerte. Parecía que anhelaban tener algo o alguien a quien seguir. Qué raro. Pero esa rareza servía a sus propósitos, y a los de su empleador, y si estos alemanes querían seguir a un caballo rojo —un caballo rojo *muerto*, recordó Popov con una sonrisa y un gruñido—, bien, mala suerte para ellos. Los únicos inocentes implicados eran los banqueros a quienes intentarían raptar. Pero al menos no los torturarían como a aquel pobre sargento negro estadounidense. No creía que Hans y Petra llegaran tan lejos esta vez, aunque las capacidades de la policía y los militares austríacos eran un misterio para él. Misterio que seguramente descubriría, de una u otra manera.

Era extraño cómo funcionaba. El Comando 1 era ahora el Comando de Avanzada, listo para salir de Hereford en cualquier momento mientras el Comando 2 de Chávez esperaba su próxima oportunidad. Pero era este último el que hacía los ejercicios más complejos; el primero sólo hacía su PT matutino y entrenamiento de rutina en el polígono de tiro. Técnicamente los preocupaba que un miembro del comando resultara herido e incluso mutilado por un accidente en la práctica, provocando el desmembramiento del grupo en un momento delicado.

El maestro jefe de maquinarias Miguel Chin pertenecía al equipo de Peter Covington. Anteriormente SEAL de la Armada de EE.UU., fue separado del Comando Six con base en Norfolk para unirse a Rainbow. Hijo de madre latina y padre chino, se había criado en Los Angeles este, igual que Chávez. Ding lo vio fumando un cigarro frente al edificio del C-1 y se acercó a charlar con él.

—Hola, jefe —saludó.

—Maestro jefe —lo corrigió Chin—. Equivale al CSM del ejército, señor.

—Mi nombre es Ding, mano.

—Mike —Chin le tendió la mano. Su cara le permitía pasar por cualquier cosa. Era corpulento como el Oso Vega y tenía el aire de quien estaba de vuelta de todas las cosas. Experto en toda clase de armas, su apretón de manos delató otra capacidad: la de arrancarle la cabeza a cualquiera que se metiera con él.

—Los cigarros son malos para la salud —acotó Ding.

—Así es la vida, Ding. ¿De qué parte de L.A.?

Ding le dijo dónde se había criado.

—¿Estás bromeando? Diablos, yo me crié a media milla de allí. Tú eras uno de los *Banditos*.

—No me digas...

Chin asintió.

—*Piscadores*, hasta que me harté. Un juez sugirió que me alistara o acabaría en la cárcel, así que fui con los *marines*... pero no me quisieron. Los muy mariquitas —comentó Chin, escupiendo un poco de tabaco de su cigarro—. Así que crucé los Grandes Lagos y me hice maquinista... pero luego escuché hablar de los SEAL y, bien, no es una mala vida, ¿sabes? Oí decir que eras de la CIA.

—Empecé como Once-Bravo. Hice un viajecito a Sudamérica que fue un fracaso total, pero conocí a nuestro Six en el trabajo y él me reclutó. Jamás me arrepentí.

—¿La CIA te mandó a la universidad?

—A George Manson, acabo de obtener el master. Relaciones internacionales —replicó Chávez con un guiño—. ¿Y tú?

—Sí, encaja bien, supongo que sí. Psicología, sólo me gradué, Old Dominion University. El Doc del equipo, Bellow. Es inteligente el muy hijo de puta. Sabe leer la mente. Tengo tres libros suyos en la mesa de luz.

—¿Cómo es Covington para trabajar?

—Bueno. Tiene experiencia. Sabe escuchar. Es un tipo reflexivo y considerado. Tenemos un buen equipo, pero como de costumbre no hay mucho que hacer. Como tu misión en el banco, Chávez. Limpia y rápida —Chin lanzó una bocanada de humo al cielo.

—Bueno, gracias, maestro jefe.

—¡Chávez! —gritó Peter Covington. Acababa de salir del edificio—. ¿Intentas robarme a mi número uno?

—Acabamos de descubrir que nos criamos a pocas cuadras de distancia, Peter.

—¿En serio? Notable —dijo el comandante del C-1.

—El tobillo de Harry se agravó un poco esta mañana. No tiene importancia, ya se tragó varias aspirinas —le informó Chin a su jefe—. Se disparó sin querer durante el entrenamiento —le explicó a Ding.

Malditos accidentes de práctica, pensaron los tres. Ése era el problema con esta clase de trabajo. Los integrantes de Rainbow habían sido elegidos por muchas razones, y su naturaleza brutalmente competitiva no era la menos importante. Todos competían con todos y cada uno se llevaba al límite en cada cosa que emprendía. Eso provocaba inevitablemente heridas y accidentes de entrenamiento... era un milagro que no tuvieran un comando entero en el hospital de la base. Pronto lo tendrían. Los Rainbow no podían modificar ese aspecto de sus personalidades así como no podían dejar de respirar. Eran más exigentes que los atletas de las Olimpiadas. A su juicio, uno era el mejor... o no

era nada. Y por eso todos eran capaces de correr una milla a treinta o cuarenta segundos del récord mundial, usando botas en lugar de zapatillas. Tenía sentido en abstracto. Medio segundo podía ser la diferencia entre la vida y la muerte en situación de combate... e incluso peor, no la propia muerte o la de uno del equipo, sino la de un inocente, un rehén, la persona que habían jurado proteger y rescatar. Pero lo irónico era que el Comando de Avanzada tenía prohibido realizar entrenamiento pesado por temor a los accidentes, y de ese modo sus capacidades se degradaban ligeramente con el tiempo... en este caso, ya habían pasado dos semanas. Al comando de Covington le quedaban tres días más, y luego nuevamente le tocaría el turno a Chávez.

—Escuché decir que no te gusta el programa SWAT —dijo Chin.

—No mucho. Sirve para planear movimientos y tácticas, pero no es bueno para los rescates.

—Hace años que lo utilizamos —dijo Covington—. Mejoró mucho con el tiempo.

—Preferiría blancos vivos y equipo MILES —insistió Chávez, aludiendo al sistema de entrenamiento utilizado por el ejército de EE.UU., en el que cada soldado portaba receptores láser en el cuerpo.

—No es tan bueno a corta distancia —le informó Peter.

—Oh, nunca lo usé a corta distancia —confesó Ding—. Pero en la práctica, cuando nos acercamos, ya está todo cocinado. Nuestra gente no falla casi nunca.

—Es cierto —admitió Covington. Se oyó el *crack* de un rifle. Los rifleros de Rainbow estaban practicando en el polígono de mil yardas, compitiendo para ver quién lograba derribar al grupo más pequeño. El mejor era Homer Johnston, Rifle Dos-Uno de Ding, seguido de cerca por Sam Houston, riflero de Covington, un tipo capaz de plantar diez disparos consecutivos en un círculo de dos pulgadas a quinientas yardas de distancia. Los rifleros eran tiradores excepcionales, pero el problema era que su misión no era disparar sino acercarse lo más posible... más aún, debían tomar la decisión de entrar y atrapar a los sujetos, para lo cual dependían del doctor Bellow. El tiro, que practicaban diariamente, era la parte más tensa, indudablemente, pero también la más fácil técnica y operativamente. Ese era un aspecto un tanto perverso de la cosa, pero la de ellos era una actividad perversa.

—¿Algo a nivel amenaza? —preguntó Covington.

—Iba a ver, pero lo dudo, Peter —Si los chicos malos que seguían pensando en portarse mal en Europa habían visto la cobertura televisiva del atentado en Berna... indudablemente se habrían calmado un poco.

—Muy bien, Ding. Tengo que revisar unos papeles —dijo Covington, volviendo a su edificio. Al escuchar eso, Chin arrojó su cigarro en el recipiente para fumadores y siguió a su jefe.

Chávez fue caminando hasta los cuarteles generales y le devolvió el saludo al guardia al entrar. Los británicos eran graciosos para saludar, pensó. Una vez adentro, encontró al mayor Bennett en su escritorio.

—Hola, Sam.

—Buen día, Ding. ¿Café?

—No, gracias. ¿Pasó algo en algún lugar?

Gesto negativo con la cabeza.

—Fue un día tranquilo. Ni siquiera hubo muchos crímenes.

Las fuentes de información sobre actividad criminal normal eran los teleprinters de varios servicios de noticias europeos. La experiencia indicaba que los servicios notificaban a los interesados en actividades ilegales más rápidamente que los canales oficiales, que generalmente enviaban la información por fax (vía segura) desde las embajadas estadounidenses y británicas en Europa. A falta de noticias inquietantes, Bennett estaba trabajando en su lista computarizada de terroristas conocidos, revisando las fotos y resúmenes escritos de lo que se sabía (generalmente muy poco) y lo que se sospechaba (no mucho más) de esa gente.

—¿Qué es esto? ¿Quién es ésa? —preguntó Ding, señalando la computadora.

—Un juguete nuevo. Lo trajimos del FBI. Envejece las fotos de los sujetos. Ésta es Petra Dortmund. Sólo tenemos dos fotos de ella, ambas de hace casi quince años. Así que la estoy envejeciendo quince años. También le cambio un poco el color del cabello. Lo bueno de las mujeres... es que no tienen barba —comentó Bennett con una mueca burlona—. Y generalmente son demasiado vanidosas para engordar como cerdos, como hizo nuestro amigo Carlos. Ésta es, mira esos ojos.

—No es la clase de chica que intentaría levantarme en el bar —observó Ding.

—Probablemente tampoco sería buena en la cama, Domingo —dijo Clark a sus espaldas—. Impresionante, Sam.

—Sí, señor. Lo instalamos esta mañana. Noonan lo pidió para mí en la División de Servicios Técnicos del FBI. Lo inventaron para identificar víctimas de secuestros años después de su desaparición. Resultó muy útil para eso. Luego alguien pensó que si servía para niños secuestrados en crecimiento, valía la pena probarlo en delincuentes adultos. Los ayudó a encontrar a un gran ladrón de bancos a principios de este año. De todos modos, éste sería el aspecto actual de Fräulein Dortmund.

—¿Cómo se llama su media naranja?

—Hans Fürchtner —Bennett movió el mouse de su computadora y amplió la foto del tipo—. Dios mío, ésta debe ser su foto de fin de año en la secundaria —Leyó el epígrafe—. OK, le gusta beber cerveza... de modo que, aumentémosle unos cuantos kilitos —En segundos, la foto cambió—. Bigote... barba... —De una foto ya habían salido cuatro.

—Estos dos deben llevarse muy bien —comentó Chávez, recordando su archivo sobre la pareja—. Suponiendo que sigan juntos —pensando en eso, llegó a la oficina de Bellow.

—Hola, doc.

Bellow levantó la vista de su computadora.

—Buen día, Ding. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Recién estuvimos mirando fotos de dos muchachos malos: Petra Dortmund y Hans Fürchtner. Tengo una pregunta para usted.

—Adelante.

—¿Es posible que estas dos personas sigan juntas?

Bellow parpadeó un poco y se respaldó contra su silla.

—Muy buena pregunta. Esos dos... hice la evaluación para los archivos de activos... Probablemente siguen juntos. La ideología política puede ser un factor de unión, una parte importante de su compromiso mutuo. En primer lugar, fue su sistema de creencias lo que los llevó a unirse, y desde el punto de vista psicológico contrajeron matrimonio cuando lo pusieron en práctica... con los atentados terroristas. Según recuerdo, se sospecha que raptaron y asesinaron a un militar entre otras cosas. Y no olvide que una actividad como ésa crea un fuerte vínculo interpersonal.

—Pero la mayoría de ellos son sociópatas, según usted —objetó Ding—. Y los sociópatas no...

—¿Estuvo leyendo mis libros? —preguntó Bellow con una sonrisa—. ¿Alguna vez escuchó decir que cuando dos personas se casan se transforman en una?

—Sí. ¿Y?

—En casos como el que nos ocupa, ese dicho se hace realidad. *Son* sociópatas, pero la ideología le otorga un ethos a su enfermedad... y eso es lo importante. Por eso, al compartir la ideología se transforman en una sola persona y sus tendencias sociopáticas se funden. En cuanto a esos dos, sospecho que tienen un matrimonio estable. De hecho, no me sorprendería enterarme de que se casaron legalmente, aunque probablemente no lo hayan hecho por iglesia —agregó con una sonrisa.

—¿Un matrimonio estable... con hijos?

Bellow asintió.

—Es posible. El aborto es ilegal en Alemania...en el sector Occidental, creo. ¿Elegirían tener hijos?... Buena pregunta. Necesito pensarlo.

—Y yo necesito saber más acerca de esa gente. Cómo piensan, cómo ven el mundo, esa clase de cosas.

Bellow volvió a sonreír, se levantó de su silla y fue a la biblioteca. Sacó uno de sus libros y se lo arrojó a Chávez.

—Pruebe con ése para empezar. Es un texto de la academia del FBI y fue la base de una conferencia que di hace unos años en el SAS. Supongo que gracias a eso estoy aquí.

—Gracias, doc —Chávez sopesó el libro y enfiló hacia la puerta. *La visión del odio: dentro de la mente del terrorista*. Ése era el título. No le haría mal entenderlos un poco más, aunque suponía que lo mejor que podía haber dentro de la mente de un terrorista era una bala de 10 mm y punta hueca entrando a toda velocidad.

Popov no había podido darles un número telefónico para ubicarlo.

Hubiera sido muy poco profesional. Incluso un teléfono celular de propietario desconocido habría proporcionado a la policía una temible pista electrónica que rastrear. Por consiguiente, los llamó pocos días después a su casa. Ellos no sabían cómo manejaba el tema de los llamados, aunque había maneras de interferir o fraguar una llamada de larga distancia a través de instrumentos múltiples.

—Tengo el dinero. ¿Están preparados?

—Hans está allí en este momento, verificando los últimos detalles —replicó Petra—. Espero que estaremos listos dentro de cuarenta y ocho horas. ¿Y lo tuyo?

—Todo está en orden. Los llamaré dentro de dos días —dijo, cortando la comunicación. Salió de la cabina telefónica en el Aeropuerto Internacional Charles De Gaulle y se dirigió a la parada de taxis. Su *attaché* estaba repleto de marcos alemanes. Lo impacientaba cambiar dinero en Europa. La cantidad equivalente de euros sería mucho más fácil de conseguir que las diversas monedas europeas.

CAPÍTULO 7

FINANZAS

Era poco común que un europeo trabajara en su casa, pero Ostermann lo hacía. Era un enorme *schloss* (la traducción literal sería “castillo”, aunque en este caso la palabra “palacio” resultaba más adecuada) anteriormente propiedad de un barón, a treinta kilómetros de Viena. A Erwin Ostermann le gustaba su *schloss*; estaba totalmente a tono con su jerarquía en la comunidad financiera. Era una vivienda de seis mil metros cuadrados divididos en tres pisos, sobre una superficie de mil hectáreas... en su mayoría laderas de montañas que le permitían practicar su pasión por el esquí. En verano dejaba que los granjeros vecinos llevaran a pastorear allí a sus ovejas y sus vacas... como solían hacerlo en el pasado los campesinos feudales para mantener el pasto a una altura razonable. Bien, ahora era más democrático, ¿verdad? Incluso lo ayudaba a aliviar los complejos gravámenes impuestos por el gobierno izquierdista de su país. Y además, quedaba bien.

Sus vehículos personales eran un Mercedes —dos, en realidad— y un Porsche. Este último se correspondía con su espíritu aventurero, cuando decidía bajar a la aldea vecina a beber y comer algo en el impactante *Gasthaus*. Ostermann era un hombre alto (un metro ochenta y seis centímetros), de regio cabello gris y figura esbelta, que lucía muy bien sobre la grupa de uno de sus caballos árabes... imposible vivir en una casa como ésa sin caballos, por supuesto. O cuando asistía a una reunión de negocios enfundado en un traje hecho en Italia o en la Savile Row de Londres. Su oficina del segundo piso había sido la espaciosa biblioteca del propietario original y sus ocho descendientes, pero ahora estaba abarrotada de resplandecientes pantallas de computadoras conectadas con los mercados financieros mundiales.

Luego de un desayuno liviano subió a su oficina, donde tres empleados (dos mujeres y un varón) lo abastecieron con café, masitas e información. La habitación era lo suficientemente amplia para veinte personas. Las paredes revestidas de cedro estaban cubiertas de estantes atestados de libros adquiridos con el *schloss*, cuyos títulos Ostermann jamás se había tomado el trabajo de examinar. Prefería leer periódicos financieros en vez de literatura, y en su tiempo libre veía películas en su cine privado del subsuelo... ex bodega de vinos convenientemente transformada. En conjunto, era un hombre que vivía una vida cómoda y privada en el más cómodo y privado de los ambientes. Sobre su escri-

torio reposaba la lista de las personas que lo visitarían ese día. Tres banqueros y dos hombres de negocios como él, los primeros para discutir las condiciones de unos préstamos que había pedido para iniciar un nuevo emprendimiento, y los segundos para pedirle consejo sobre las tendencias del mercado. El de por sí voluminoso ego de Ostermann se alimentaba de esos pequeños detalles, y siempre daba la bienvenida a toda clase de huéspedes.

Popov bajó del avión solo y avanzó hacia la salida como un empresario cualquiera, llevando su portafolios con combinación de seguridad y sin nada de metal adentro para evitar que el operador del magnetómetro le ordenara abrirlo y descubriera que estaba repleto de billetes... Verdaderamente, los terroristas le habían arruinado los viajes aéreos a todo el mundo, rumió para sus adentros el ex funcionario de la KGB. Si a alguien se le ocurría mejorar el sistema de escaneo de equipajes —por ejemplo, haciendo que las máquinas contaran la cantidad de dinero que había en el equipaje de mano—, los negocios de mucha gente se verían perjudicados, incluidos los de Popov. Y viajar en tren era *tan* aburrido.

El intercambio fue bueno. Hans estaba donde habían convenido, sentado, leyendo su *Der Spiegel*. Vestía la prevista campera de cuero marrón. Inmediatamente detectó a Dimitri Arkadeyevich —con el portafolios negro en la mano izquierda— cruzando el salón con los demás empresarios. Terminó su café y siguió a Popov a unos veinte metros de distancia, girando hacia la izquierda para salir por otra puerta y entrar a la playa de estacionamiento por distinto lugar. Popov giró la cabeza a derecha e izquierda para observar furtivamente los movimientos de Hans. Debía estar tenso. Los tipos como Fürchtner solían caer por una traición, y aunque evidentemente conocía y confiaba en Dimitri, uno *sólo* podía ser traicionado por alguien de su confianza, hecho reconocido por todos los agentes secretos del mundo. Y aunque Petra y Hans conocían de vista y por reputación a Popov, no podían leer su mente... lo cual, por supuesto, beneficiaba al ruso en este caso. Se permitió sonreír suavemente al entrar al estacionamiento. Dobló a la izquierda, se detuvo fingiendo estar desorientado, y luego miró abiertamente a su alrededor para ver si lo seguían. El coche de Fürchtner, un Volkswagen Golf azul, estaba en una esquina del primer nivel.

—*Grüss Gott* —dijo, sentándose en el asiento delantero.

—Buen día, Herr Serov —contestó Fürchtner en inglés. Su inglés era estilo estadounidense y sin acento. Debe haber mirado mucha televisión, pensó el ruso.

Marcó la combinación del portafolio, abrió la tapa y lo colocó sobre las rodillas de su secuz.

—Todo está en orden —aseguró.

—Abultado —comentó el otro.

—Es una suma considerable —admitió Popov.

Recién en ese momento los ojos de Fürchtner se entrecerraron suspicaces. El ruso se sorprendió un poco... hasta que lo pensó mejor. La KGB nunca había sido pródiga en los pagos a sus agentes, y en ese portafolios había dinero suficiente para que dos personas vivieran cómodamente durante varios años en varios países africanos. Comprobó que Hans empezaba a darse cuenta de eso, y que mientras una parte de su ser se sentía feliz de ganar tanto dinero, la otra, más inteligente, se preguntaba de dónde habían salido los billetes. Era mejor no esperar la inevitable pregunta, juzgó Dimitri.

—Ah, sí —dijo tranquilamente—. Como bien sabrás, muchos de mis colegas se han vuelto capitalistas para poder sobrevivir en el nuevo entorno político de mi país. Pero seguimos siendo el Escudo y la Espada del Partido, mi joven amigo. Eso no ha cambiado. Es una ironía que ahora podamos compensar más generosamente a nuestros amigos por los servicios prestados. Resultó ser menos costoso que mantener las casas seguras que conociste y disfrutaste en un pasado no tan lejano. Personalmente, me parece divertido. Como sea, aquí está tu paga, en efectivo y por adelantado, tal como pediste.

—*Danke* —comentó Fürchtner, contemplando azorado los diez centímetros de profundidad del attaché. Luego lo levantó—. Es pesado.

—Es cierto —coincidió Popov—. Pero podría ser peor. Podría haberte pagado en oro —bromeó para aligerar un poco el momento. Luego decidió abrir el juego—. ¿Te parece demasiado pesado para llevarlo en misión?

—*Es una complicación, Iosef Andréyevich.*

—Bien, puedo guardártelo y entregártelo cuando concluya la misión. Queda a tu criterio, pero no te lo recomiendo.

—¿Por qué?

—Sinceramente, me pone nervioso viajar con tanto dinero encima. Occidente, bien, ¿qué pasa si me roban? Este dinero es responsabilidad *mía* —replicó teatralmente.

Fürchtner soltó una carcajada.

—¿Temes que te asalten aquí, en Österreich? Amigo mío, estas ovejas capitalistas son vigiladas de cerca.

—Además, ni siquiera sé a dónde piensan ir después, y francamente no quiero saberlo.

—La República Centroafricana será nuestro último destino. Tenemos un amigo allí, que se graduó en la Universidad Patrice Lumumba en los años sesenta. Vende armas a células progresistas. Nos alojará por un tiempo, hasta que Petra y yo encontremos una casa adecuada.

Debían ser muy valientes o muy imbéciles para haberse decidido por ese país, pensó Popov. No hace mucho lo llamaban Imperio Centroafricano y era gobernado por el “emperador Bokassa I,” ex coronel del ejército colonialista francés que en el pasado había esquilado a esa pobre y pequeña nación. Bokassa había matado para llegar al poder, como tantos jefes de estado africanos, y luego había muerto de muerte natural. Eso decían los diarios, pero uno nunca podía estar se-

guro, ¿no? Había dejado al país —un pequeño productor de diamantes— en mejores condiciones económicas que el resto del continente negro, aunque no era para tanto. Pero, caramba, ¿quién iba a decir que Hans y Petra terminarían allí un día?

—Bueno, amigo mío, si es lo que deseas... —dijo Popov, palmeando el portafolios todavía abierto sobre las rodillas del alemán.

Hans reflexionó unos minutos en silencio.

—He visto el dinero —concluyó, para manifiesto deleite del ruso. Tomó un fajo de billetes de mil y deslizó el pulgar por el borde como si se tratara de un mazo de naipes antes de ponerlo de vuelta en su lugar. Luego garrapateó una nota y la tiró dentro del portafolios—. Ése es el nombre del tipo. Estaremos con él a partir de... mañana, supongo. ¿Lo tuyo está todo en orden?

—El portaviones estadounidense se encuentra en el Mediterráneo oriental. Libia permitirá que tu avión pase sin interferencias, pero no permitirá el paso a ningún avión de la OTAN que pretenda seguirte. Al contrario, la fuerza aérea libia te seguirá y te perderá por condiciones meteorológicas adversas. Te aconsejo no usar más violencia de la necesaria. La prensa y las presiones diplomáticas tienen en la actualidad mucha más fuerza que en el pasado.

—Ya lo habíamos pensado —le aseguró Hans.

Popov reflexionó brevemente al respecto. Lo asombraría que llegaran a abordar el avión, mucho más que lo llevaran a África. El problema de las “misiones” como ésa era que, aunque cada una de las partes se considerara muy cuidadosamente, la cadena no era más fuerte que el más débil de sus eslabones, y la fortaleza de *ese* eslabón solía ser determinada por otros o, peor aún, por la casualidad. Hans y Petra creían en su filosofía política y, como todos aquellos que creen en su fe religiosa al punto de cometer absurdas locuras, fingían planear la “misión” a través de sus limitados recursos —pensándolo bien, su único recurso era su voluntad de aplicar violencia sobre el mundo; recurso con el que además contaba muchísima gente—, sustituyendo las expectativas por la esperanza y el conocimiento por la fe. Aceptaban las casualidades del azar —uno de sus enemigos más mortíferos— como elementos neutrales, cuando un verdadero profesional intentaría eliminarlas de raíz.

Y por eso su estructura de creencias era en realidad una venda sobre los ojos, o acaso un estallido de fuegos artificiales que les negaba la posibilidad de observar objetivamente un mundo que les había pasado al lado y al que no estaban dispuestos a adaptarse. Pero para Popov lo más significativo era que le permitieran quedarse con el dinero. Él, en cambio, se había adaptado hacía tiempo a las nuevas circunstancias globales.

—¿Estás seguro, mi joven amigo?

—*Ja*, estoy seguro —Fürchtner cerró el portafolios, modificó la combinación y lo dejó sobre las rodillas de Popov. El ruso aceptó la responsabilidad con la gravedad del caso.

—Lo conservaré con sumo cuidado —*Hasta llegar a mi banco en Berna*. Le tendió la mano—. Buena suerte, y por favor, cuídense mucho.

—*Danke*. Conseguiremos la información que necesitan.

—Mi *sponsor* la necesita muchísimo, Hans. Dependemos de ustedes —Popov bajó del coche y enfiló hacia la terminal, donde tomaría un taxi hasta su hotel. Se preguntó cuándo darían el golpe los alemanes. ¿Tal vez hoy? ¿*Tan* precipitados eran? No, pensó, ellos dirían que eran *muy profesionales*. Tontos.

El sargento primero Homer Johnston extrajo el cañón de su rifle para examinar el diámetro. Los diez disparos lo habían ensuciado un poco, pero no mucho, y no había daños erosivos en la garganta de la cámara. Supuestamente no debía haberlos hasta haber disparado más de mil ráfagas, y hasta el momento sumaban apenas quinientas cuarenta. No obstante, dentro de una semana empezaría a usar un instrumento de fibra óptica para chequearlo, porque los cartuchos Remington Magnum 7mm levantaban alta temperatura al ser disparados y el calor excesivo quemaba el cañón más rápido de lo que hubiera preferido. Dentro de unos meses tendría que reemplazar el cañón, ejercicio tedioso y notablemente difícil incluso para un artillero experimentado como él. La dificultad radicaba en encajar perfectamente el cañón con el receptor. Además, después era imprescindible disparar cincuenta ráfagas a distancia fija para asegurarse de que los disparos fueran tan certeros como se esperaba. Pero eso sería en el futuro. Johnston asperjó una cantidad moderada de Break-Free en el paño limpiador y lo pasó suavemente por el interior del cañón, de atrás hacia adelante. El paño salió sucio. Johnston lo cambió por otro y repitió la operación seis veces, hasta que el último paño salió totalmente limpio. Con un último paño secó el diámetro del cañón Hart , aunque el solvente limpiador Break-Free había dejado una delgada (de un espesor menor al de una molécula) capa de silicona sobre el acero que lo protegería contra la corrosión sin alterar la tolerancia microscópica del cañón. Una vez terminada satisfactoriamente la tarea, reemplazó el cargador y lo cerró sobre la cámara vacía pulsando el gatillo.

Johnston amaba a su rifle, aunque sorprendentemente no lo había bautizado. Construido por los mismos técnicos que fabricaban rifles periscopicos para el Servicio Secreto de Estados Unidos, era un Remington Magnum calibre 7 mm, con receptor Remington de calidad superior, cañón selectivo Hart y visor telescópico Leupold Gold Ring, todo unido a un espantoso equipo Kevlar... De madera habría sido más bonito, pero la madera se estropeaba con el tiempo, en tanto que el Kevlar era químicamente inerte e inmune a la humedad y al paso del tiempo. Johnston había probado, una vez más, que su rifle podía disparar a un cuarto de minuto de puntería angular, lo cual significaba que podía disparar tres ráfagas consecutivas dentro del diámetro de un ní-

quel a cien yardas de distancia. Algún día, alguien diseñaría un arma láser, pensó Johnston, y tal vez superaría la puntería de su rifle hecho a mano. Pero por lo demás era imbatible. A un alcance de trescientas yardas podía meter tres ráfagas consecutivas en un círculo de cuatro pulgadas... y eso requería algo más que un rifle. Requería medir la velocidad y la dirección del viento para compensar la deflexión del disparo. También implicaba controlar la respiración y la manera de tocar el gatillo doble de dos libras y medio de peso. Una vez terminada la limpieza, Johnston levantó el rifle y lo llevó a su lugar en el armero meteorológicamente controlado. El blanco contra el que había disparado estaba sobre su escritorio.

Homer Johnston lo levantó. Había disparado tres ráfagas a 400 metros, tres a 500, dos a 700 y las últimas dos a 900. Las diez habían acertado en el interior de la cabeza del blanco, lo cual significaba que hubieran sido instantáneamente fatales para un blanco humano. Johnston sólo disparaba cartuchos que él mismo hubiera cargado: la mejor combinación para su rifle eran proyectiles no humosos IMR 4350 grano 63,5 precedidos por balas Sierra grano 175 de punta hueca. La mortífera combinación tardaba 1,7 segundos en darle al blanco a una distancia de 1.000 yardas. Era muchísimo tiempo, especialmente si el blanco se movía, pensó el sargento Johnston, pero no había manera de evitarlo. Alguien la apoyó la mano en el hombro.

—Homer —dijo una voz familiar.

—Sí, Dieter —dijo Johnston, sin levantar la vista del blanco. Estaba todo el tiempo “en zona”. Qué pena que no fuera temporada de caza.

—Hoy estuviste mejor que yo. El viento te ayudó —era la excusa favorita de Weber. Por ser europeo, conocía muy bien los rifles, pero los rifles eran cosa de estadounidenses... y eso era todo, pensó Homer.

—Sigo pensando que el sistema semiautomático no sirve —las dos ráfagas de Weber a 900 metros eran marginales. Hubieran baldado al blanco sin matarlo, aunque se las consideraba válidas. Johnston era el mejor rifle del Rainbow, incluso mejor que Houston... aunque sólo por la mitad de un pelo de concha en un día bueno, tuvo que admitir Homer para sus adentros.

—Me gusta disparar la segunda ráfaga más rápido que tú —señaló Weber. Punto final de la discusión. Los soldados eran tan leales a sus armas como a sus religiones. El alemán era mucho mejor con su rifle periscópico Walther, pero ese arma no tenía la definición inherente a las de acción rápida y además utilizaba cartuchos menos veloces. Los dos rifleros habían debatido al respecto entre cerveza y cerveza, pero ninguno había modificado un ápice su opinión.

Weber palmeó su cartuchera.

—¿Un poco de pistola, Homer?

—Sí —Johnston se puso de pie—. ¿Por qué no?

Las armas de mano no eran aptas para trabajos serios, pero eran divertidas y no había que pagar las balas. Weber lo aventajaba en armas de mano en aproximadamente un uno por ciento. Camino al poli-

gono se cruzaron con Chávez, Price y los demás, que acababan de salir con sus MP-10 y bromeaban entre ellos. Evidentemente, todos habían tenido un buen día.

—*Ach* —bostezó Weber—, ¡cualquiera puede disparar a cinco metros!

—Buen día, Dave —Homer saludó al encargado del polígono—. ¿Puedes prepararnos unos cuantos Q?

—Claro, sargento Johnston —replicó Dave Woods, escogiendo dos blancos estilo estadounidense, llamados “blancos Q” porque llevaban una letra Q en el medio, en el lugar del corazón. Luego eligió un tercero para él. Woods, un sargento de colorido bigote perteneciente al regimiento de policía militar del Ejército Británico, era prácticamente imbatible con la Browning 9 mm. Los blancos fueron trasladados a la línea de diez metros y girados mientras los tres sargentos se colocaban los protectores auditivos. Técnicamente Woods era instructor de pistola, pero la calidad de los hombres de Hereford no requería de sus servicios... así que, para entretenerse un poco y perfeccionar sus capacidades, disparaba aproximadamente mil cargadores por semana. Solía practicar con los miembros del Rainbow y desafiarlos a competencias amistosas. Woods era tradicionalista y sostenía la pistola con una sola mano, igual que Weber. Johnston, en cambio, prefería hacerlo con las dos manos. Los blancos se dieron vuelta sin previo aviso y las tres pistolas dispararon contra ellos.

Hans Fürchtner pensó por enésima vez que la casa de Erwin Ostermann era magnífica, perfecta para un arrogante enemigo de clase. La investigación no había revelado linaje aristocrático en el caso del actual propietario de ese *schloss*, pero indudablemente él se sentía noble aunque no lo fuera. Por ahora, pensó Hans, entrando al camino de grava de dos kilómetros y pasando junto a los jardines y arbustos recortados y dispuestos con precisión geométrica por trabajadores en ese momento invisibles. Detuvo su Mercedes alquilado cerca del palacio y giró a la derecha, como si buscara dónde estacionar. Al llegar a la parte trasera de la mansión vio el helicóptero Sikorsky S-76B que utilizarían más tarde, apoyado sobre la habitual pista de asfalto con un círculo amarillo pintado en el centro. Bien. Dio la vuelta completa al *schloss* y estacionó a cincuenta metros de la puerta principal.

—¿Estás lista, Petra?

—*Ja* —Respuesta tensa y definida. Habían pasado varios años desde la última operación y la realidad inmediata era diferente de los planes que habían fraguado durante una semana, estudiando planos y diagramas. Había cosas que no sabían con certeza, como la cantidad exacta de sirvientes de la mansión. Iban caminando hacia la puerta principal cuando llegó un camión de reparto. Las puertas del camión se abrieron intempestivamente y de su interior salieron dos hombres cargados con enormes cajas. Uno de ellos les indicó que subieran los esca-

lones, cosa que hicieron. Hans tocó el timbre. Un segundo después, la puerta se abrió.

—*Gutten Tag* —dijo Hans—. Tenemos una cita con Herr Ostermann.

—¿Su nombre?

—Bauer. Hans Bauer.

—De la florería —dijo uno de los dos hombres.

—Pasen, por favor. Le avisaré a Herr Ostermann —dijo el mayordomo... o lo que fuera.

—*Danke* —replicó Fürchtner, indicándole a Petra que lo precediera. Los tipos del reparto entraron en último lugar. El mayordomo cerró la puerta, fue hacia el teléfono y levantó el tubo. Estaba a punto de apretar un botón, pero se detuvo en seco.

—¿Por qué no nos lleva arriba? —preguntó Petra. Le estaba apuntando a la cara con una pistola.

—¿Qué es esto?

—Esto —replicó Petra Dortmund con una afable sonrisa— es mi cita —era una pistola automática Walther P-38.

El mayordomo tragó con dificultad al ver que los tipos del reparto abrían sus cajas, extraían varias ametralladoras livianas y las cargaban frente a él. Uno de ellos abrió la puerta principal e hizo señas. En segundos, entraron otros dos jóvenes armados.

Fürchtner ignoró a los recién llegados y dio unos pasos por el vestíbulo. Las altas paredes —cuatro metros— estaban cubiertas de obras de arte. Renacimiento tardío, pensó, artistas importantes pero no verdaderos maestros. Pinturas inmensas de escenas domésticas con marcos dorados a la hoja, más imponentes que las pinturas mismas. El piso era de mármol blanco con diamantes negros en las juntas, los muebles dorados, de estilo francés. Más específicamente, no había otros siervos a la vista, aunque se escuchaba el zumbido distante de una aspiradora. Fürchtner indicó a los recién llegados que subieran al primer piso, ala oeste. Allí estaba la cocina, donde seguramente habría empleados que controlar.

—¿Dónde está Herr Ostermann? —preguntó Petra.

—No está aquí, él...

La respuesta del mayordomo la obligó a meterle el cañón de la pistola en la boca.

—Su helicóptero y sus automóviles están aquí. Ahora, díganos dónde está.

—Arriba, en la biblioteca.

—*Gut*. Llévenos allí —ordenó. El mayordomo la miró a los ojos por primera vez y descubrió que eran más intimidantes que el arma que llevaba en la mano. Asintió y enfiló hacia la escalera principal.

La escalera también era dorada, cubierta por una suntuosa alfombra roja bordeada de varillas de bronce. Ostermann era un hombre muy rico, un poderoso capitalista que había hecho su fortuna comprando y vendiendo acciones de diversas corporaciones industriales, sin adquirir

jamás ninguna de éstas. Un titiritero, pensó Petra Dortmund, una *Spinne*, una araña... y éste era el centro de su tela, y ellos lo habían invadido por decisión propia, y la araña tendría que aprender unas cuantas cosas sobre telas y trampas.

Había más pinturas en la escalera, más grandes que las otras, retratos de hombres, probablemente de los hombres que habían construido y vivido en ese portentoso edificio, ese monumento a la codicia y la explotación humana... Ya odiaba a su propietario por vivir tan bien, con tanta opulencia, proclamando públicamente que era mejor que nadie mientras edificaba su riqueza y explotaba a los pobres trabajadores. En la punta de la escalera había un enorme retrato al óleo del emperador Francisco José, el último de su despreciable linaje, quien había muerto pocos años antes que los aún más odiados Romanov. El mayordomo, ese esclavo del mal, dobló a la derecha y los llevó a un gran salón sin ventanas. Allí había tres personas —un hombre y dos mujeres, mejor vestidos que el mayordomo— frente a sendas computadoras.

—Este es Herr Bauer —dijo el mayordomo con voz temblorosa—. Desea ver a Herr Ostermann.

—¿Tiene una cita? —preguntó la secretaria más vieja.

—Usted nos hará entrar *ahora mismo* —anunció Petra, blandiendo su pistola. Los tres empleados quedaron inmóviles y miraron a los intrusos, pálidos y boquiabiertos.

La casa de Ostermann tenía varios siglos de antigüedad, pero no era precisamente una antigüalla. El secretario —en EE.UU. hubiera sido “asistente ejecutivo”— se llamaba Gerhardt Dengler. Bajo la tapa de su escritorio había un botón de alarma. Lo apretó con fuerza sin dejar de mirar a los intrusos. La señal llegó al panel central del *schloss* y desde allí a la empresa de seguridad. A veinte kilómetros de allí, los empleados de la estación central respondieron a la señal llamando inmediatamente a la *Staatspolizei*. Luego, la secretaria llamó al *schloss* para confirmar el pedido de ayuda.

—¿Puedo contestar? —le preguntó Gerhardt a Petra, ya que ella parecía estar al mando. Petra asintió y el secretario levantó el tubo.

—Oficina de Herr Ostermann.

—*Hier ist Traudl* —dijo la secretaria de la empresa de seguridad.

—*Gutten Tag, Traudl* —dijo Gerhardt—. ¿Llama por el caballo? —Era la frase clave para problemas graves, denominada código compulsivo.

—Sí, ¿cuándo nacerá el potrillo? —preguntó la mujer, siguiendo el tren de la conversación para proteger al secretario en caso de que la línea estuviera interferida.

—Faltan unas semanas todavía. Le avisaremos cuando llegue el momento —dijo bruscamente, mirando a Petra y su pistola.

—*Danke, Gerhardt. Wiederseh'n* —Traudl colgó y llamó al supervisor de vigilancia.

—Es por los caballos —le explicó a Petra—. Tenemos una yegua preñada y...

—Silencio —murmuró Petra, indicándole a Hans que se acercara a las puertas dobles de la oficina de Ostermann. Muy bien, pensó. Incluso podrían divertirse un poco. Ostermann estaba detrás de la puerta doble, trabajando como si no pasara nada. Error. Bien, había llegado el momento de que se enterara. Señaló al secretario—. ¿Su nombre es...?

—Dengler —respondió el hombre—. Gerhardt Dengler.

—Háganos pasar, Herr Dengler —sugirió Petra con voz extrañamente infantil.

Gerhardt se levantó de su escritorio y caminó lentamente hacia la puerta doble con la cabeza gacha y movimientos duros, como si tuviera rodillas artificiales. Dortmund y Fürchtner sabían que ése era el efecto de las armas sobre la gente. El secretario giró el picaporte y empujó la puerta, revelando la oficina de Ostermann.

El escritorio inmenso, dorado como el resto del edificio, reposaba sobre una suntuosa alfombra de lana roja. Erwin Ostermann estaba de espaldas a ellos, examinando la pantalla de su computadora.

—¿Herr Ostermann? —dijo Dengler.

—¿Si, Gerhardt? —Respuesta automática del magnate. Al no obtener contestación, hizo girar su sillón de respaldo alto y...

...—¿Qué es esto? —preguntó, abriendo muy grandes sus ojos azules al ver a los intrusos, y todavía más grandes al ver las armas—. ¿Quiénes...?

—Somos comandos de la Facción Obrera Roja —le informó Fürchtner—. Y usted es nuestro prisionero.

—Pero... ¿qué significa esto?

—Usted saldrá de viaje con nosotros. Si se porta bien no le haremos daño. De lo contrario, usted y los demás serán hombres muertos. ¿Está claro? —preguntó Petra. Para asegurarse, clavó el cañón de su pistola en la sien de Dengler.

Lo que sucedió después podría haber sido el guión de una película. Ostermann giró la cabeza a derecha e izquierda, como buscando algo, probablemente ayuda. Luego volvió a mirar a Hans y Petra y su rostro se contrajo en una mueca de incredulidad y sorpresa. *Eso* no podía estar pasándole a él. No *allí*, no en su *propia oficina*. Después negó furiosamente los hechos que tenía ante los ojos... y luego, finalmente, llegó el miedo. El proceso duró cinco o seis segundos. Siempre era igual. Petra ya lo había visto antes... pero había olvidado el placer que producía. Ostermann apretó los puños sobre la tapa de cuero de su escritorio y luego se relajó. Su cuerpo acababa de comprender que estaba indefenso. Pronto empezaría a temblar, según cuánto coraje tuviera. Probablemente poco. Parecía alto, incluso sentado, delgado... incluso noble con su camisa de seda blanca y su corbata a rayas. El traje era obviamente caro, probablemente de seda italiana, hecho a medida. Bajo el escrito-

rio habría un par de zapatos también hechos a medida, lustrados por un sirviente. A sus espaldas, las líneas de información accionaria ascendían en la pantalla de la computadora. Allí estaba Ostermann, en el centro de su red, y apenas un minuto antes se sentía cómodo, invencible, amo de su destino, moviendo dinero en todo el mundo, aumentando su fortuna. Bueno, dejaría de disfrutar de esos placeres por un tiempo... probablemente para siempre, aunque Petra no tenía la intención de decírselo hasta el último segundo... para poder contemplar hasta saciarse el *shock* y el espanto de su noble rostro antes de que sus ojos quedaran vacíos.

Había olvidado la alegría salvaje del poder que tenía entre manos. ¿Cómo había hecho para pasar tanto tiempo sin disfrutarla?

El primer patrullero en llegar a la escena estaba a sólo cinco kilómetros cuando recibió la llamada. Cambiar de dirección y volar al *schloss* le había demandado apenas tres minutos. Ahora estaba estacionado detrás de un árbol, casi totalmente invisible desde la casa.

—Veo un auto y un camión de reparto —le informó a su capitán en la estación de policía—. No hay movimiento. Por el momento nada más.

—Muy bien —replicó el capitán—. No haga nada e infórmeme en seguida ante cualquier novedad. Estaré allí en unos minutos.

—Entendido. *Ende*.

El capitán recolocó el micrófono. Se dirigía al teatro de operaciones en su Audi, completamente solo. Había visto a Ostermann una vez, en una función oficial en Viena. Sólo habían intercambiado un apretón de manos y unas palabras casuales, pero recordaba su aspecto y conocía su reputación de individuo rico y con conciencia cívica, fiel devoto y patrono monetario de la ópera... y del hospital de niños... ¿no? Sí, por eso habían orgnizado una recepción en el ayuntamiento. Ostermann era viudo, su primera esposa había muerto de cáncer ovárico cinco años atrás. Corrían rumores de que su nuevo interés en la vida se llamaba Ursel von Prinze, una adorable morena de familia linajuda. Eso era lo raro de Ostermann. Vivía como un miembro de la nobleza pero tenía raíces humildes. Su padre había sido... ingeniero, en el ferrocarril estatal, ¿no? Sí, así era. Y por eso algunas familias nobles lo miraban con desdén y, para evitarlo, compraba respetabilidad social con sus obras de caridad y asistiendo a funciones de ópera. A pesar del esplendor de su hogar, vivía modestamente. No tenía diversiones lujosas. Era un hombre sereno y modesto... y muy inteligente, según decían. Pero ahora, según la empresa de seguridad, había intrusos en su casa. Eso pensaba el capitán Willi Altmark al girar por última vez y contemplar el *schloss* de Ostermann en toda su grandeza. Repasó los detalles esenciales. Estructura grande... tal vez cuatrocientos metros de pasto raso entre la casa y los árboles más próximos. Malo, malo. Sería muy difícil acercarse al edificio sin ser visto. Estacionó su Audi junto al patrullero y bajó con un par de binoculares.

—Capitán —dijo el primer oficial a modo de saludo.

—¿Pudo ver algo?

—No hay movimiento. Ni siquiera una cortina.

Altmark escaneó el edificio con sus binoculares y avisó por radio a todas las unidades en camino que se acercaran lenta y silenciosamente para no alertar a los criminales. Luego recibió un radiollamado de su superior, quien le pidió una evaluación de la situación.

—Probablemente sea un trabajo para los militares —respondió Altmark—. Por el momento no sabemos nada. Puedo ver un automóvil y un camión. Nada más. Ni siquiera un jardinero. Nada. Pero sólo alcanzo a ver dos paredes, y nada detrás de la casa principal. En cuanto lleguen las unidades de refuerzo conoceremos las condiciones del perímetro.

—*Ja*. Asegúrese de que no nos vean —le ordenó el comisionado al capitán, sin necesidad.

—Sí, por supuesto.

Adentro, Ostermann seguía clavado a su silla. Se tomó un momento para cerrar los ojos, agradeciendo a Dios que Ursel estuviera en Londres en ese momento. Había volado en su jet privado para hacer compras y visitar amigos. Esperaba reunirse con ella al día siguiente... y ahora se preguntaba si volvería a ver a su novia. Dos veces lo habían abordado consultores de seguridad: un austríaco y un británico. Ambos lo habían desasnado sobre los peligros implícitos de ser públicamente rico y le habían dicho que por una modesta suma, menos de 500.000 libras anuales, podrían mejorar notablemente su seguridad personal. El británico le había explicado que todos sus hombres eran veteranos del SAS; el austríaco sólo empleaba alemanes, ex integrantes del GSG-9. Pero no había creído necesario contratar comandos armados que lo acompañaran a todas partes como si fuera un jefe de estado, ocupando el espacio y apoltronándose en los sillones como... como guardaespaldas, pensó Ostermann. Como financista que era había perdido muchas oportunidades interesantes, pero ésta...

—¿Qué quieren de mí?

—Queremos sus códigos personales de acceso a la red financiera internacional —dijo Fürchtner, un tanto sorprendido por la expresión confusa de Ostermann.

—¿A qué se refiere?

—A los códigos de acceso a computadoras que le informan lo que está pasando.

—Pero esos códigos son públicos. Cualquiera puede acceder a ellos —objetó Ostermann.

—Sí, claro que lo son. Por eso todos tienen casas como ésta —siseó burlonamente Petra.

—Herr Ostermann —dijo Hans pacientemente—. Sabemos que existe una red especial para gente como usted. Esa red le permite sacar

ventaja de ciertas condiciones del mercado y redonda en beneficios para usted. ¿Cree que somos idiotas?

El miedo que transformó el rostro del financista hizo reír a los delincuentes. Sí, sabían lo que supuestamente no debían saber, y sabían que podían obligarlo a entregar la información. El rostro de Ostermann expresaba fielmente sus pensamientos. Miserable.

Oh, Dios mío, creen que tengo acceso a algo que no existe, y jamás podré convencerlos de lo contrario.

—Sabemos cómo opera la gente como usted —le aseguró Petra, confirmando en el acto sus temores—. Ustedes, los capitalistas, comparten información y manipulan sus “libres” mercados para satisfacer su insaciable codicia. Bueno, tendrá que compartir el secreto con nosotros... o morirá, junto con sus esbirros —Blandió la pistola en dirección a la oficina de al lado.

—Ya veo —La cara de Ostermann estaba tan pálida como su blanca camisa Turnbull & Asser. Miró la recepción. Gerhardt Dengler estaba allí, con las manos encima del escritorio. ¿Acaso no tenía un sistema de alarma? No podía recordarlo, su mente corría a toda velocidad a través de la avalancha de datos que había interrumpido tan brutalmente su día.

La primera orden policial fue verificar los números de patente de los vehículos estacionados cerca de la casa. El automóvil era alquilado. Las chapas del camión habían sido robadas dos días antes. Un equipo de detectives iría inmediatamente a la agencia de automóviles para hacer averiguaciones. Acto seguido, llamaron a uno de los socios comerciales de Herr Ostermann. La policía necesitaba saber cuántos empleados domésticos y administrativos había en el edificio. El capitán Altmark supuso que demorarían una hora en conseguir todos los datos. Ahora tenía tres patrulleros adicionales bajo sus órdenes. Uno de ellos dio la vuelta a la propiedad para que los dos oficiales a bordo pudieran estacionar y entrar a pie por la parte de atrás. Veinte minutos después de llegar a la escena, tenía el perímetro. Lo primero que supo fue que Ostermann era dueño de un helicóptero estacionado detrás de la casa. Se trataba de un Sikorsky S-76B de fabricación estadounidense, con capacidad para dos tripulantes y un máximo de trece pasajeros... esa información le permitió conocer la cantidad de posibles rehenes y criminales a trasladar. El helipuerto estaba a doscientos metros de la casa. Altmark lo tuvo muy en cuenta. Era casi seguro que los criminales querían utilizar el helicóptero para huir. Desafortunadamente el helipuerto estaba a trescientos metros de la hilera de árboles. Eso significaba que necesitarían rifleros excepcionales, pero su equipo contaba con ellos.

Poco después de recibir la información sobre el helicóptero, uno de sus hombres contactó a los tripulantes. Uno de ellos estaba en su casa, y el otro en el Aeropuerto Internacional Schwechat revisando papeles con el representante de la fábrica para hacer modificaciones en la nave.

Buenísimo, pensó Willi Altmark, por el momento el helicóptero no iría a ninguna parte. Pero para entonces la noticia del ataque contra la mansión de Erwin Ostermann había llegado a los niveles superiores del gobierno, y Altmark recibió un sorprendente radiollamado del jefe de la *Staatspolizei*.

El vuelo no se demoró por culpa de ellos. Cuando el 737 comenzó a moverse, Chávez ajustó su cinturón de seguridad y se dedicó a estudiar los informes preliminares con Eddie Price. Apenas alcanzaron la altura necesaria, Price conectó su computadora portátil con el sistema telefónico del avión. Inmediatamente apareció un diagrama en la pantalla, titulado *Schloss Ostermann*.

—¿Y? ¿Quién es este tipo? —preguntó Chávez.

—En seguida lo sabremos, señor —replicó Price—. Un prestamista, aparentemente, bastante rico, amigo del primer ministro de su país. Supongo que eso explica nuestra participación en el caso.

—Sí —coincidió Chávez. Pero pensó *Dos al hilo para el Comando 2*. Tardarían poco más de una hora en llegar a Viena, pensó luego, mirando su reloj. Un atentado terrorista ya era bastante excepcional, pero dos seguidos... era demasiado. No era que hubiera reglas al respecto, claro, y si las hubiera, esos miserables ya las habrían violado. Pero... pero no era momento de pensar en esas cosas. Chávez estudió la información que iba apareciendo en la pantalla de Price y empezó a preguntarse cómo moverse en la nueva situación. Sus hombres habían ocupado un bloque de asientos económicos y se dedicaban a leer libros de bolsillo. Apenas hablaban del trabajo que los esperaba... porque, a decir verdad, sólo conocían el destino del vuelo.

—Es un perímetro demasiado grande para nosotros —observó Price luego de unos minutos.

—¿Sabemos algo sobre la oposición? —preguntó Ding, maravillándose por la rapidez con que había adoptado el léxico británico. *¿Oposición?* Tendría que haber dicho *muchachos malos*.

—Nada —replicó Eddie—. Cero identificación. Tampoco sabemos cuántos son.

—Grandioso —comentó Chávez, sin apartar los ojos de la pantalla.

Habían intervenido los teléfonos. Altmark lo había comprobado temprano. Las llamadas desde afuera recibían señal de ocupado y las llamadas hacia afuera serían grabadas en la central telefónica... pero no habían hecho ninguna, lo cual indicaba que todos los criminales estaban adentro, dado que no buscaban ayuda externa. También podían estar usando teléfonos celulares, por supuesto, y no tenía el equipo adecuado para interceptarlos, aunque sí había intervenido las tres cuentas celulares de Ostermann.

La *Staatspolizei* tenía ahora treinta oficiales en el teatro de operaciones y un perímetro cubierto y puntuado por un acorazado de cuatro ruedas oculto entre los árboles. Habían impedido el ingreso de un camión del correo, pero ningún otro vehículo había intentado ingresar a la propiedad. Por tratarse de un hombre tan rico, Ostermann llevaba una vida tranquila y poco ostentosa, pensó el capitán. Él esperaba un desfile constante de vehículos.

—¿Hans?

—¿Sí, Petra?

—Los teléfonos no están sonando. Hace tiempo que estamos aquí y los teléfonos no han sonado.

—Hago la mayor parte de mi trabajo por computadora —dijo Ostermann. Él también lo había notado. ¿Gerhardt habría pulsado la alarma? Si lo había hecho, ¿era conveniente? No tenía manera de saberlo. Ostermann había bromeado muchas veces sobre lo riesgoso de su profesión, sobre el peligro de cada paso que daba, porque otros intentarían robarle hasta los huesos si tenían la ocasión... pero jamás habían amenazado su vida ni apuntado un arma contra él o un miembro de su equipo. Utilizó lo que le quedaba de objetividad para comprender que ése era un nuevo y peligroso aspecto del mundo que jamás había considerado, del que sabía muy poco, y contra el que no podía defenderse. Por el momento, su único talento útil era su habilidad para leer los rostros y las mentes. Y aunque jamás había conocido a nadie vagamente parecido al hombre o a la mujer que tenía frente a él, vio lo suficiente como para sentir más miedo que nunca en toda su vida. El hombre, y la mujer más aún, estaban dispuestos a matarlo sin el menor remordimiento de conciencia y con la misma emoción que el propio Ostermann demostraba cuando se alzaba con un millón de dólares estadounidenses. ¿Acaso no sabían que su vida tenía valor? ¿Acaso no sabían que...

...No, comprendió Erwin Ostermann, no lo sabían. No lo sabían y no les importaba. Peor aún, lo que creían saber no era cierto, y él no tendría manera de convencerlos de lo contrario.

Luego, finalmente, sonó el teléfono. La mujer le indicó que atendiera.

—*Hier ist Ostermann* —dijo levantando el receptor. Fürchtner hizo lo mismo en otro aparato.

—Herr Ostermann, soy el capitán Wilhelm Altmark de la *Staatspolizei*. Entiendo que tiene invitados.

—Sí, capitán —respondió el magnate.

—¿Podría hablar con ellos, por favor? —Ostermann se limitó a mirar a Fürchtner.

—Te tomaste tu tiempo, Altmark —dijo Hans—. Dime, ¿cómo nos descubriste?

—Yo no te preguntaré sobre tus secretos y tú no me preguntarás

sobre los míos —replicó fríamente el capitán—. Me gustaría saber quién eres y qué buscas.

—Soy el comandante Wolfgang de la Facción Obrera Roja.

—¿Y qué quieres?

—Queremos la excarcelación de nuestros amigos presos en distintas cárceles y transporte hasta Schwechat. Exigimos un avión con capacidad superior a los cinco mil kilómetros y una tripulación internacional para llegar a un destino que daremos a conocer cuando aborremos el avión. Si no tenemos lo que pedimos antes de medianoche, empezaremos a matar a algunos de nuestros... nuestros huéspedes, aquí en *Schloss Ostermann*.

—Ya veo. ¿Tienes la lista de los prisioneros cuya liberación exigen?

Hans tapó la bocina con una mano y extendió la otra.

—Petra, la lista —La mujer se la entregó. Ninguno esperaba cooperación seria en este tema, pero era parte del juego y había que respetar las reglas. En el camino habían decidido matar un rehén, quizá dos, antes de salir rumbo al aeropuerto. El primero en morir sería Gerhardt Dengler, pensó Hans. Luego, una de las secretarias. Ni él ni Petra querían matar miembros del personal doméstico ya que eran trabajadores auténticos y no lacayos del capitalismo como los empleados administrativos—. Sí, aquí tengo la lista, capitán Altmark...

—OK —dijo Price—, tenemos una lista de gente que supuestamente debemos liberar —giró la computadora para que Chávez pudiera verla.

—Los sospechosos de siempre. ¿Eso nos dice algo, Eddie?

Price negó con la cabeza.

—Probablemente no. Esos nombres se pueden sacar del diario.

—¿Entonces por qué lo hacen?

—El Dr. Bellow le explicará que tienen que hacerlo para mostrar solidaridad hacia sus compatriotas, cuando en realidad son sociópatas que no ven más allá de su propio ombligo —Price se encogió de hombros—. El cricket tiene sus reglas. El terrorismo también y... —El capitán de la aerolínea interrumpió la revelación para anunciar el aterizaje.

—El show está por comenzar, Eddie.

—Así parece, Ding.

—Entonces, ¿esto es una pura mentira solidaria? —preguntó Ding, palmeando la pantalla.

—Probablemente sí.

Price desconectó la computadora de la línea telefónica, salvó sus archivos y cerró la laptop. Doce filas de asientos atrás, Tim Noonan hizo lo propio. Todos los miembros del Comando 2 pusieron su mejor cara de póker mientras el 737 de British Airways iniciaba el descenso en Viena. Alguien había llamado a alguien para avisarle. El avión carreteó rápidamente hasta la puerta asignada y Chávez vio por la ven-

tana un vehículo portaequipajes rodeado de policías esperándolos en la terminal.

No fue un acontecimiento invisible. El control de la torre advirtió la llegada: pocos minutos antes un Sabena que debía aterrizar antes que el avión de British recibió la orden de esperar, y un funcionario jerárquico se hizo presente en la torre para interesarse por el vuelo británico. Además, había un segundo y absolutamente innecesario vehículo portaequipaje con dos patrulleros cerca de la puerta A-4. ¿A qué se debería tanto alboroto? se preguntó el control. Averiguarlo no le exigiría mucho esfuerzo. Incluso tenía un par de binoculares Zeiss.

La azafata no había recibido orden de facilitar el rápido descenso de los miembros del Comando 2, pero sospechaba que había algo extraño en torno a ellos. No figuraban en su lista computarizada y eran más corteses que el viajero de negocios promedio. Su aspecto no tenía nada de particular, excepto que todos estaban en excelente estado físico y habían llegado en grupo y ocupado sus asientos de manera singularmente ordenada. Al abrir la puerta del avión vio un policía uniformado esperando, que no sonrió ni habló mientras salían los pasajeros. Tres pasajeros de primera clase se detuvieron al salir del avión, hablaron con el policía y se dirigieron a la escalera de servicio. Siendo fanática de las novelas de suspenso y misterio, la azafata pensó que valía la pena seguir mirando para averiguar si alguien más los seguía. Eran trece en total, todos los pasajeros que habían llegado a último momento. Los miró a la cara, y la mayoría le sonrieron al pasar junto a ella. Casi todos eran atractivos... más que eso, viriles. Sus expresiones irradiaban confianza, y algo más, algo conservador y secreto.

—*Au revoir*, señora —dijo el último en salir, mirándola de arriba abajo y dedicándole una encantadora sonrisa gala.

—Por Dios, Louis —se quejó una voz estadounidense desde la puerta—. No puedes parar ni un segundo, ¿no?

—¿Acaso es un crimen mirar mujeres hermosas, George? —preguntó Loïselle guiñando el ojo.

—Supongo que no. Tal vez volvamos a verla —concedió el sargento Tomlinson. Era bella, pero Tomlinson estaba casado y tenía cuatro hijos. Louis Loïselle era incansable con las mujeres. Tal vez porque era francés, pensó el estadounidense. El resto del comando los estaba esperando. Noonan y Steve Lincoln supervisaban el traslado del equipaje.

Tres minutos después, el Comando 2 estaba a bordo de un par de camionetas con escolta policial. El control de la torre, cuyo hermano era periodista de policiales en un diario local, advirtió este nuevo movimiento. El policía que había subido a la torre salió luego de murmurar un escueto *danke* a los controles.

Veinte minutos después, las camionetas se detuvieron frente a la entrada principal del *Schloss Ostermann*. Chávez se acercó al oficial de mayor rango.

—Hola, soy el mayor Chávez. Ellos son el Dr. Bellow y el sargento mayor Price —dijo, sorprendido al recibir el saludo del...

—Capitán Wilhelm Altmark.

—¿Qué sabemos?

—Sabemos que hay dos criminales adentro, probablemente más, pero desconocemos la cantidad. ¿Conoce sus exigencias?

—Traslado en avión con destino desconocido. ¿Último plazo medianoche?

—Correcto, sin cambios desde hace una hora.

—Una cosa más. ¿Cómo los trasladaremos al aeropuerto?

—Herr Ostermann tiene un helicóptero privado con helipuerto a doscientos metros de la casa.

—¿Tripulación?

—Allá están —señaló Altmark—. Nuestros amigos todavía no pidieron el vuelo, pero nos parece el mejor método de traslado.

—¿Quién habló con ellos? —preguntó Bellow.

—Yo —respondió Altmark.

—OK. Tenemos que hablar, capitán.

Chávez fue a la camioneta para cambiarse junto al resto del comando. Para esta misión nocturna —el Sol se estaba poniendo— no usarían uniformes negros sino verdes moteados sobre el equipo protector. Las armas estaban listas y cargadas, con los selectores en posición SAFE. Diez minutos después, todos los miembros del C-2 se hallaban junto a la hilera de árboles, escaneando el edificio con sus binoculares.

—Supongo que deben estar por la derecha —observó Homer Johnston—. Hay demasiadas ventanas, Dieter.

—*Ja* —murmuró el riflero alemán.

—¿Dónde nos quiere, jefe? —le preguntó Homer a Chávez.

—Lejos, a ambos lados, fuego cruzado sobre el helipuerto. Vayan ya mismo, muchachos, y cuando estén en sus puestos avísenme por radio. Conocen el paño.

—Apenas veamos algo le avisaremos, *Herr mayor* —confirmó Weber. Los dos rifleros recogieron sus armas y avanzaron hacia los patrulleros.

—¿Tenemos un plano de la casa? —le preguntó Chávez a Altmark.

—¿Plano? —preguntó el policía austríaco.

—Diagrama, mapa, lo que sea —explicó Ding.

—*Ach*, sí, por aquí —Altmark lo llevó a su auto. El capot estaba cubierto de planos—. Aquí está. Cuarenta y seis habitaciones, sin contar los subsuelos.

—Carajo —reaccionó Chávez—. ¿Hay más de un subsuelo?

—Tres. Dos bajo el ala oeste: bodega y freezer. El del ala este no se

usa. Las puertas podrían estar clausuradas. Bajo el sector central no hay subsuelo. El *schloss* fue construido a fines del siglo XVIII. Las paredes exteriores y algunas paredes interiores son de piedra.

—Carajo, es un castillo de verdad —observó Chávez.

—Ése es el significado de la palabra *schloss*, *Herr mayor* —le informó Altmark.

—¿Doc?

Bellow se acercó en seguida.

—Por lo que me dice el capitán Altmark, hasta el momento se han comportado como verdaderos hombres de negocios. Nada de amenazas históricas. Dieron un ultimátum —antes de medianoche— para su traslado al aeropuerto. De lo contrario, empezarán a matar rehenes. Hablan alemán, con acento alemán, ¿no, capitán?

Altmark asintió.

—*Ja*. Son alemanes, no austríacos. Sólo tenemos un nombre: Herr Wolfgang... generalmente es un nombre cristiano y no un apellido en nuestro idioma, y no conocemos ningún terrorista con ese nombre o seudónimo. También dijo pertenecer a la Facción Obrera Roja, pero no conocemos ninguna organización terrorista llamada así.

Rainbow tampoco la conocía.

—Entonces, ¿sabemos poco y nada? —le preguntó Chávez a Bellow.

—Muy poco, Ding. OK —prosiguió el psiquiatra—. Veamos qué significa eso. Significa que planean sobrevivir al atentado. Significa que son negociantes serios. Si amenazan hacer algo, intentarán cumplir su palabra por todos los medios. Todavía no mataron a nadie, eso significa que son muy inteligentes. Hasta el momento no plantearon nuevas exigencias, pero pronto lo harán...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Altmark. La falta de exigencias lo sorprendía particularmente.

—Cuando oscurezca volverán a hablar con nosotros. ¿Ve que no han encendido ninguna luz en el interior del edificio?

—Sí, ¿y eso por qué?

—Porque piensan que la oscuridad es su mejor amiga. Eso significa que intentarán valerse de ella. Además, está el ultimátum de medianoche. Cuando oscurezca, estaremos más cerca del límite.

—Esta noche hay luna llena —observó Price—. Y casi no se ven nubes.

—Sí —comentó Ding, mirando el cielo con el ceño fruncido—. Capitán, ¿puede prestarnos reflectores?

—El departamento de incendios debe tener —dijo Altmark.

—¿Podría ordenarles que los traigan inmediatamente?

—*Ja... Herr Doktor?*

—¿Sí?

—Dijeron que si no les dábamos lo que pedían empezarían a matar rehenes a partir de la medianoche. ¿Usted cree que...?

—Sí, capitán, debemos tomar en serio esa amenaza. Como dije,

estos individuos actúan seriamente. Están bien entrenados y tienen disciplina. Podemos sacar ventaja de eso.

—¿Cómo? —preguntó Altmark. Ding respondió.

—Les daremos lo que piden, los dejaremos creer que tienen el control de la situación... hasta que llegue el momento de tomar nosotros el control. Alimentaremos el orgullo y el ego de esos bastardos mientras tengamos que hacerlo, y luego, más tarde, dejaremos de hacerlo cuando nos convenga.

El personal doméstico de la mansión Ostermann estaba alimentando los cuerpos y los egos de los terroristas. Los emparedados preparados bajo la supervisión del equipo de Fürchtner fueron servidos por un grupo de sirvientes muertos de miedo. Como era de prever, los empleados de Ostermann habían perdido el apetito. No así sus invitados.

Hans y Petra pensaban que las cosas marchaban bien hasta el momento. Tenían al rehén principal y sus lacayos bajo control en el mismo cuarto, con fácil acceso al baño privado de Ostermann. Los rehenes necesitaban vaciar sus intestinos y vejigas de vez en cuando, y no tenía sentido negarles tan merecido alivio. De otro modo, perderían la dignidad y comenzarían a desesperarse. No era prudente llegar a ese extremo. La gente desesperada hacía tonterías, y lo que Hans y Petra necesitaban era controlar cada acción de sus rehenes.

Gerhardt Dengler estaba sentado en una silla frente al escritorio de su empleador. Sabía que había llamado a la policía e, igual que su jefe, empezaba a preguntarse si sería o no contraproducente. Dentro de un par de años estaría en condiciones de iniciar su propio negocio, probablemente con la bendición de Ostermann. Había aprendido mucho de su jefe, tal como suele aprender la mano derecha de un general del ejército. Aunque él podría establecerse por su cuenta mucho más rápido y con mayor seguridad que un joven militar... ¿Qué le debía a ese hombre? ¿Qué se requería de él? Dengler estaba tan poco preparado para esa situación como Herr Ostermann, pero era más joven, tenía mejor estado físico...

Una de las secretarías lloraba en silencio: lágrimas de miedo y furia bañaban sus mejillas. Le resultaba intolerable ver su cómoda vida perturbada tan cruelmente. ¿Qué les pasaba a esos dos, que creían poder invadir la existencia de personas comunes y amenazarlas de muerte? ¿Y qué podía hacer ella para defenderse? La respuesta era... nada. Estaba preparada para atender emergencias, procesar voluminosos archivos de información, rastrear el dinero de Herr Ostermann con tal habilidad que probablemente era la secretaria mejor paga del país. Porque Herr Ostermann era un patrón generoso y siempre tenía una palabra amable para sus empleados. Los había ayudado —a ella y a su marido, maestro mayor de obras— con sus inversiones, a tal punto que pronto serían millonarios por derecho propio. Estaba con él desde mucho antes que su primera esposa muriera de cáncer, lo había visto su-

frir a causa de eso sin poder hacer nada para aliviar el espantoso dolor, y luego se había alegrado con la aparición de Ursel von Prinze, la mujer que le había devuelto la sonrisa a Herr Ostermann...

Quiénes eran esos dos que los miraban como si fueran objetos, armados hasta los dientes como en las películas... excepto que ella, Gerhardt y los demás tenían papeles secundarios. No podían ir a la cocina a buscar cerveza y pretzels. Sólo podían vivir el drama hasta el final. Por eso lloraba en silencio, indefensa, bajo la mirada despectiva de Petra Dortmund.

Homer Johnston vestía su traje de guía, un complejo atuendo tipo overol hecho de andrajos cosidos sobre una matriz de malla, cuyo propósito era hacerlo parecer un arbusto o una pila de hojas o un montón de tierra.. cualquier cosa menos un hombre con un rifle. El rifle estaba instalado en su trípode, con las alas de los lentes anterior y posterior de la mira telescópica levantadas. Había elegido un buen lugar al este del helipuerto, que le permitiría cubrir la distancia completa entre el helicóptero y la casa. Su medidor de alcance láser indicaba que se encontraba a 216 metros de una puerta situada en la parte de atrás de la casa y a 147 metros de la portezuela izquierda delantera del helicóptero. Estaba acostado boca abajo en un sector seco del bello jardín, bajo las sombras prolongadas de los árboles cercanos. El aire estaba impregnado de olor a caballos y le recordaba su infancia en el noroeste estadounidense. OK. Activó el micrófono de su radio.

—Guía, Rifle Dos-Uno.

—Rifle Dos-Uno, Guía.

—Posicionado y preparado. No veo movimiento en la casa por ahora.

—Rifle Dos-Dos, posicionado y preparado, tampoco veo movimiento —reportó el sargento Weber desde su puesto, a doscientos cincuenta y seis metros de Johnston. Homer giró para ver la posición de Dieter. Su equivalente alemán había elegido un buen lugar.

—*Achtung* —llamó una voz a sus espaldas. Johnston se dio vuelta y vio que se acercaba un policía austríaco, casi gateando sobre la hierba—. *Hier* —dijo, entregándole unas fotos y retirándose rápidamente. Johnston les echó un vistazo. Buenísimo, fotos de los rehenes... pero ninguna de los muchachos malos. Bien, al menos sabía a quién no dispararle. Dejó el rifle a un costado, alzó sus binoculares pintados de verde y comenzó a escanear la casa lenta y regularmente, de izquierda a derecha y viceversa.

—¿Dieter? —dijo por radio directo.

—¿Sí, Homer?

—¿Te llevaron las fotos?

—Sí, aquí las tengo.

—No hay luz adentro...

—*Ja*, nuestros amigos se conducen con inteligencia.

—Supongo que dentro de media hora tendremos que usar los NGV.

—Estoy de acuerdo contigo, Homer.

Johnston gruñó y revisó el bolso que había llevado junto con la caja del rifle y el rifle de 10.000 dólares. Luego volvió a escanear el edificio, pacientemente, como un rastreador de ciervos de montaña en busca de un ejemplar sin cuernos... una idea feliz tratándose de un cazador de toda la vida... el sabor de la carne, especialmente cocida en una enorme fogata a cielo abierto... un poco de café en un jarro azul esmaltado... y la charla posterior a toda cacería exitosa... *Bueno, en este caso no podrás comerte tus presas*, Homer, dijo para sus adentros, y retomó su paciente rutina. Metió la mano en el bolsillo: quería masticar un poco de charqui.

Eddie Price encendió su pipa en el rincón más apartado de la finca. No era tan grande como el palacio de Kensington, pero sí más bella. La sola idea lo perturbó. Habían hablado mucho de eso durante su época en SAS. Qué pasaría si los terroristas —generalmente pensaban en el PIRA o el INLA irlandeses— atacaban una de las residencias reales... o el mismísimo palacio de Westminster. El SAS había recorrido de arriba abajo y más de una vez los edificios en cuestión para tener una idea más concreta de la disposición, los sistemas de seguridad y los posibles problemas... especialmente luego de que un lunático había entrado al palacio de Buckingham en la década del '80 y llegado al dormitorio de la reina. ¡Todavía le daba escalofríos pensarlo!

La breve ensoñación se evaporó. Ahora debía ocuparse del *Schloss Ostermann*, recordó Price. Volvió a estudiar los planos.

—El interior es de pesadilla, Ding —dijo finalmente.

—Es verdad. Todos los pisos son de madera, probablemente crujirán como leños, y está lleno de escondites para los muchachos malos. Vamos a necesitar un helicóptero si queremos salir bien parados —pero no tenían un helicóptero. Tendría que hablar con Clark al respecto. El Rainbow no estaba del todo bien pensado. Muchas cosas se habían resuelto demasiado rápido. Necesitaban un helicóptero y tripulantes entrenados en más de un tipo de aeronave, porque no tenían manera de saber qué máquinas utilizarían en cada nación implicada—. ¿Doc? —preguntó, dándose vuelta.

Bellow se acercó a ellos.

—¿Sí, Ding?

—Estoy empezando a pensar en dejarlos salir, hacerlos caminar hasta el helicóptero detrás de la casa, y atraparlos allí en lugar de irrum-pir.

—Es un poco pronto para eso, ¿no le parece?

Chávez asintió.

—Sí, lo es, pero no queremos perder rehenes, y según usted, a partir de la medianoche debemos tomar en serio la amenaza de esos miserables.

—Tal vez podamos demorarlo un poco. Yo podría intentarlo, por teléfono.

—Entiendo, pero si nos movemos, quiero que sea en la oscuridad. Eso quiere decir esta misma noche. No puedo planear sobre la base de que usted los convenza de rendirse, a menos que usted piense otra cosa...

—Es posible, pero improbable —tuvo que admitir Bellow. Ni siquiera estaba seguro de poder postergar el ultimátum de medianoche.

—Ahora quisiera saber si podemos pinchar el edificio.

—Aquí estoy —dijo Noonan—. A tus órdenes, viejo.

—¿Puedes hacerlo?

—Probablemente pueda acercarme sin ser visto, pero hay más de cien ventanas. ¿Y cómo diablos hago para llegar a las del segundo y el tercer piso? A menos que me cuelgue de un helicóptero y baje en el techo...

Eso equivaldría a que la TV local —que seguramente haría su aparición próximamente, tal como los buitres merodean sobre la vaca agonizante— apagara sus cámaras, corriendo el riesgo de alertar a los terroristas cuando los periodistas dejaran de transmitir desde la mansión. ¿Y acaso no advertirían que un helicóptero sobrevolaba el techo del edificio? ¿Y acaso no podría haber un terrorista allí mismo, montando guardia?

—Esto se está complicando —observó Chávez en voz baja.

—Ya está lo suficientemente oscuro y frío para que comiencen a trabajar los visores térmicos —anunció Noonan para animarlo.

—Sí —Chávez levantó el micrófono de su radio—. Comando, Líder, visores térmicos. Repito, utilicen visores térmicos —Se dio vuelta—. ¿Y los teléfonos celulares?

Noonan sólo pudo encogerse de hombros. Ya se habían juntado aproximadamente trescientos civiles, lejos de la finca Ostermann y controlados por la policía local, pero la mayoría podían ver la casa y sus alrededores, y si uno de ellos tenía un celular y alguien de la casa también, cualquier desconocido podía llamar a sus compañeros e informarles lo que estaba pasando afuera. Los milagros de la comunicación moderna tenían dos caras. Había más de quinientas frecuencias celulares y el Rainbow no contaba con un equipo capaz de cubrirlas todas. Hasta el momento, ninguna operación terrorista o criminal había usado esa técnica, pero todos no podían ser mudos y quedarse mudos, ¿verdad? Chávez miró el *schloss* y volvió a pensar que tendrían que hacer salir a los delincuentes si querían hacer bien su trabajo. El problema era que no sabía cuántos eran los malos, y no tenía manera de averiguarlo sin “pinchar” el edificio para obtener información adicional... emprendimiento éste bastante dudoso por todas las razones que acababa de considerar.

—Tim, cuando volvamos debemos reconsiderar el tema de los celulares y las radios fuera del objetivo. ¡Capitán Altmark!

—¿Sí, mayor Chávez?

—¿Llegaron los reflectores?

—Acaban de llegar, *ja*, tenemos tres equipos —señaló Altmark. Price y Chávez fueron a mirar. Vieron tres camiones con aparatos semejantes a las luces de las canchas de fútbol universitario. Diseñados para participar en grandes incendios, se controlaban desde el camión que los transportaba. Chávez le dijo a Altmark dónde los quería y volvió al punto de reunión.

Los visores térmicos dependían de una diferencia de temperatura para formar la imagen. La noche se estaba poniendo fría rápidamente, y con ella las paredes de piedra de la casa. Las ventanas resplandecían más que las paredes porque la casa estaba calefaccionada, y los antiguos cristales de las numerosas puertas del edificio estaban pobremente aislados a pesar de las enormes cortinas que pendían de ellos. Dieter Weber fue el primero en detectar algo.

—Líder, Rifle Dos-Dos, tengo un blanco térmico en el primer piso, cuarta ventana desde el oeste, mirando detrás de las cortinas hacia afuera.

—¡OK! Está en la cocina —Era la voz de Hank Patterson, inclinado sobre los planos—. ¡Es el número uno! ¿Algo más, Dieter?

—Negativo, sólo una silueta —replicó el alemán—. No, espere... es alto, probablemente masculino.

—Aquí Pierce, tengo uno, primer piso, ala este, segunda ventana desde la pared este.

—¿Capitán Altmark?

—¿*Ja*?

—¿Podría llamar a la oficina de Ostermann, por favor? Queremos saber si está allí —porque si estaba, habría uno o dos terroristas con él.

—Oficina Ostermann —contestó una voz de mujer.

—Habla el capitán Altmark. ¿Con quién estoy hablando?

—Comandante Gertrude de la Facción Obrera Roja.

—Perdón, esperaba hablar con el comandante Wolfgang.

—Espere.

—*Hier ist Wolfgang.*

—*Hier ist Altmark.* Hace rato que no sabemos nada de ustedes.

—¿Qué novedades tiene para nosotros?

—No tengo novedades, pero tengo un pedido, Herr comandante.

—Sí, ¿cuál?

—En señal de buena fe —dijo Altman mientras el Dr. Bellow escuchaba por una extensión— les pedimos que liberen a dos rehenes, tal vez del personal doméstico.

—*Wafir*? ¿Para que los ayuden a identificarnos?

—Líder, aquí Lincoln, tengo un blanco, ventana de la esquina noroeste, alto, probablemente masculino.

—Son tres más dos —comentó Chávez. Patterson colocó un adhesivo amarillo sobre ese sector de los planos.

La mujer que había atendido la llamada seguía en línea.

—Tienen tres horas hasta que les enviemos el primer rehén, *totd* —enfaticó—. ¿Algún otro pedido? Exigimos un piloto para el helicóptero de Herr Ostermann antes de medianoche, y un avión comercial en el aeropuerto. De lo contrario mataremos a un rehén para demostrar la seriedad de nuestras intenciones. Luego seguiremos matando rehenes a intervalos regulares. ¿Entiende lo que le digo?

—Por favor, respetamos la seriedad de sus intenciones —le aseguró Altmark—. Estamos buscando a los tripulantes y ya hemos hablado con Austrian Airlines por la aerolínea. Estas cosas llevan tiempo, como bien saben.

—Ustedes siempre dicen lo mismo, me refiero a los tipos como usted. Ya le dijimos lo que queremos. Si no satisface nuestras exigencias, la sangre de los rehenes manchará sus manos. *Ende* —dijo la voz. La línea quedó muerta.

El capitán Altmark quedó sorprendido y descontento por la frialdad manifestada por sus interlocutores y por la abrupta conclusión del llamado. Miró a Paul Bellow y colgó el tubo.

—¿*Herr Doktor*?

—La mujer es la más peligrosa. Los dos son inteligentes. Lo han pensado muy bien y *matarán* a un rehén para afirmarse, no le quepa duda.

—Dupla hombre-mujer —decía Price por teléfono—. Alemanes, edades... al borde de los cuarenta, cuarenta y pocos años. Tal vez más. Serios —agregó para Bill Tawney.

—Gracias, Eddie, quédate en línea —fue la respuesta. Price escuchaba el golpeteo de los dedos sobre el teclado.

—OK, muchacho, tengo tres duplas posibles para ti. Ya mismo te las envío.

—Gracias, señor —Price volvió a abrir su laptop—. ¿Ding?

—¿Sí?

—Viene inteligencia.

—Tenemos por lo menos cinco terroristas, jefe —dijo Patterson, deslizándolo sobre los planos—. Es demasiado rápido para que se muevan. Aquí, aquí, aquí, y dos aquí arriba. La ubicación tiene sentido.

Es probable que tengan radios portátiles. La casa es demasiado grande para comunicarse a los gritos.

Noonan escuchó eso y activó su equipo para interceptar radios. Si sus amigos utilizaban radios manuales conocería inmediatamente la frecuencia —de hecho determinada por tratado internacional—, y probablemente no tendrían los mismos equipos que los militares, probablemente tampoco estarían encriptados. En segundos activó su escaner computarizado con múltiples antenas que le permitirían triangular las fuentes en el interior del edificio. Éstas serían acopladas a su computadora laptop, que ya tenía cargado un diagrama del *schloss*. Con tres portalanzas alcanzaría, pensó Noonan. Dos era demasiado poco. Tres era la cantidad casi perfecta, aunque el camión ubicado frente al edificio podía cargar más sin dificultad. ¿Dos más tres, dos más cuatro, dos más cinco? Pero todos querrían escapar... y el helicóptero no era tan grande. Eso equivalía a una cantidad de cinco a siete terroristas. Era una suposición, y no podían guiarse por suposiciones —bien, preferían no hacerlo—, pero también era un punto de partida. Demasiadas incógnitas. ¿Y si no usaban radios portátiles? ¿Y si usaban teléfonos celulares? ¿Y si un montón de cosas más? pensó Noonan. Había que empezar por algún lado, reunir toda la información posible, y luego actuar en consecuencia. El problema con esa clase de gente era que siempre decidían sobre la marcha. A pesar de su estupidez y sus intenciones criminales —debilidades a los ojos de Noonan—, ellos controlaban la marcha de los acontecimientos, decidían cuándo pasaban las cosas. El comando podía alterarla un poco mediante adulaciones y lisonjas —ésa era la tarea del Dr. Bellow— pero cuando llegaba el momento, bueno, los muchachos malos eran los únicos dispuestos a asesinar, y ése era un naípe que hacía mucho ruido al caer sobre la mesa de juego. Había diez rehenes en el edificio: Ostermann, sus tres empleados administrativos y seis personas del servicio doméstico. Todos ellos tenían vida, familia y expectativas de conservar ambos bienes. La tarea del Comando 2 era garantizar que los conservaran. Pero los chicos malos controlaban demasiadas cosas todavía, y a este agente del FBI no le gustaba para nada que fuera así. Deseó, y no por primera vez en su vida, ser uno de los tiradores y poder, en su debido momento, ingresar y ejecutar el rescate. Pero, por muy bueno que fuera con las armas y las actividades físicas, estaba mejor preparado para los aspectos técnicos de la misión. Ésa era su área de destreza profesional y serviría mejor a la misión manejando correctamente sus instrumentos. Sin embargo, no tenía por qué gustarle.

—Entonces, ¿cómo está el marcador, Ding?

—No muy bien, Mr. C. —Chávez se dio vuelta para vigilar el edificio—. Es muy difícil acercarse por la enorme cantidad de espacio abierto, y por lo tanto es difícil pincharlo para conseguir inteligencia táctica. Tenemos dos sujetos primarios y probablemente tres secundarios que

parecen profesionales y serios. Estoy pensando en dejarlos llegar al helicóptero y atraparlos allí. Rifleros en sus puestos. Pero teniendo en cuenta la cantidad de sujetos, la cosa no será tan fácil, John.

Clark observó el despliegue en su centro de comando. Tenía comunicación continua con el C-2, incluidos los despliegues por computadora. Como siempre, Peter Covington estaba a su lado para evaluar la situación.

—Podría haber sido un castillo con foso —había dicho el oficial británico. Él también había advertido la necesidad de incluir pilotos de helicóptero como miembros permanentes del comando.

—Otra cosa —dijo Chávez—. Noonan dice que necesitamos equipos especiales para los locos de los teléfonos celulares. Tenemos trescientos civiles en los alrededores y cualquiera de ellos podría avisarle a nuestros amigos lo que estamos haciendo aquí afuera. No tenemos manera de impedirlo sin ese equipo especial. Téngalo en cuenta, Mr. C.

—Entendido, Domingo —replicó Clark mirando a David Peled, su jefe técnico.

—Podré solucionarlo en pocos días —dijo Peled. La Mossad tenía el equipo adecuado. Muchas agencias estadounidenses también... probablemente. Pronto lo averiguaría. Noonan era muy bueno para ser un ex policía, pensó Peled.

—OK, Ding, tienes libertad para ejecutar a tu criterio. Buena suerte, mi muchacho.

—Caramba, gracias, papá —fue la irónica respuesta—. Comando 2, fuera —Chávez apagó el radio y arrojó el micrófono en la caja—. ¡Price! —llamó.

—Sí, señor —el sargento mayor se materializó a su lado.

—Tenemos libertad para actuar a discreción —anunció el líder a su XO.

—Maravilloso, mayor Chávez. ¿Qué propone, señor?

La situación debía ser desfavorable si Price pedía propuestas en vez de darlas, pensó Ding.

—Bien, veamos con qué ventajas contamos, Eddie.

Klaus Rosenthal era el jardinero principal de Ostermann y, a sus setenta y un años, el miembro más viejo del personal doméstico. Su esposa estaba en casa, seguro, acostada en la cama, acompañada por una enfermera que se ocupaba de medicarla, y preocupada por él, seguramente, preocupación que podía ser peligrosa para ella. Hilda Rosenthal padecía una afección cardíaca progresiva que la había dejado impedida tres años atrás. El sistema médico estatal había provisto la atención necesaria, y Herr Ostermann también los había ayudado enviando a una amiga suya, la profesora Allgemeine Krankenhaus de Viena, a supervisar el caso. Por otra parte, la nueva terapia con drogas había me-

jurado un poco la condición de Hilda, pero el miedo que estaría sintiendo ahora por él seguramente no la beneficiaría. La sola idea lo estaba volviendo loco. El anciano jardinero estaba en la cocina con el resto del personal doméstico. Había entrado a buscar un vaso de agua cuando llegaron... de haber estado afuera habría podido escapar y activar la alarma y ayudar a su empleador, siempre tan considerado con todos ellos ¡y con la pobre Hilda! Pero la suerte le dio vuelta la cara cuando esos cerdos irrumpieron en la cocina blandiendo sus armas. Eran jóvenes, menores de treinta años. El que estaba más cerca, cuyo nombre Rosenthal desconocía, debía ser berlinés o de Prusia oriental a juzgar por el acento, y últimamente había sido “cabeza rapada”, o al menos eso parecía con su cráneo afeitado como en la milicia. Producto de la RDA, la desaparecida Alemania Oriental. Uno de los nuevos nazis criados en la difunta nación comunista. Rosenthal había conocido a los antiguos nazis en el campo de concentración de Belzec, cuando era niño, y aunque había logrado sobrevivir a aquella experiencia, el regreso del terror de sentir la propia vida a merced de un loco de cruel mirada porcina... cerró los ojos. Todavía tenía pesadillas que acompañaban fielmente al número de cinco dígitos tatuado en su antebrazo. Una vez por mes despertaba entre sábanas húmedas de sudor luego de revivir la espantosa marcha de la gente rumbo a un edificio del que nadie salía vivo... y siempre, en la pesadilla, un joven SS de rostro cruel lo obligaba a seguirlos, porque también él necesitaba una ducha. *Oh, no, protestaba en sueños, Hauptsturmführer Brandt me necesita en la herrería. Hoy no, judío,* decía el joven SS con su sonrisa fantasmal, *Komm jetzt zu dem Braüserbad.* Y cada vez que avanzaba hacia el mortífero edificio, porque qué otra cosa podía hacer, y llegaba a la puerta... despertaba, empapado en transpiración y seguro de que, de no haber despertado no despertaría jamás, como todos los que había visto marchar hacia las cámaras...

Hay muchas clases de miedo, y Klaus Rosenthal padecía la peor de todas. Tenía la certeza de que moriría a manos de uno de ellos, los malos alemanes, los que simplemente no reconocían ni daban importancia a la humanidad ajena. Esa certeza lo sumía en el desconsuelo.

Y no habían desaparecido, todavía no habían muerto del todo. Uno de ellos estaba ahora frente a él, mirándolo, con una ametralladora en la mano, observándolos como si fueran objetos. *Objekte.* Los otros miembros del personal, cristianos todos, jamás habían experimentado eso, pero Klaus Rosenthal sí, y por eso sabía qué esperar... y sabía que era una certeza. Su pesadilla era real, había vuelto del pasado para cumplir su destino, y también para matar a Hilda, porque su débil corazón no sobreviviría... ¿y qué podía hacer él para impedirlo? Antes, la primera vez, había sido un huérfano aprendiz de joyero y su habilidad con los metales preciosos le había salvado la vida... habilidad que jamás había practicado luego, tan horribles eran los recuerdos asociados a ella. En cambio, había encontrado cierta paz trabajando la tierra, ayudando a las cosas vivas a crecer bellas y saludables. Tenía ese don: Ostermann

lo había reconocido y le había dicho que tendría trabajo de por vida en su *schloss*. Pero su don le importaba un bledo a ese nazi de cabeza calva armado hasta los dientes.

Ding supervisó la colocación de los reflectores. El capitán Altmark lo acompañó a cada camión y ambos les indicaron a los conductores exactamente dónde ubicarse. Cuando los camiones reflectores estuvieron en sus puestos e izaron sus mástiles lumínicos, Chávez regresó con sus hombres y diseñó el plan. Eran más de las once de la noche. El tiempo corría más rápido cuando uno más lo necesitaba.

Los tripulantes del helicóptero ya habían llegado. La mayoría estaban sentados, bebiendo café como buenos aviadores, preguntándose cómo diablos terminaría todo. El copiloto era ligeramente parecido a Eddie Price, y Ding decidió utilizar esa ventaja extra como último recurso de su plan.

A las 23:20 ordenó encender los reflectores. El frente y los laterales del *schloss* fueron bañados por una luz blanco amarillenta, pero la parte de atrás no, para que proyectara una sombra triangular hasta el helicóptero y la hilera de árboles.

—Oso —dijo Chávez—, ve con Dieter y quédate cerca.

—Entendido, mano —Vega se calzó su M-60 al hombro y enfiló hacia la arboleda.

A Louis Loiselle y George Tomlinson les tocó la parte más difícil. Vestían uniformes verdes nocturnos. Los overoles que cubrían sus “trajes ninja” negros eran a cuadros verde claro y verde oscuro azarosamente distribuidos. La idea databa de los bombardeos nocturnos de la Luftwaffe en la Segunda Guerra Mundial: los diseñadores pensaban que la noche era lo suficientemente oscura y que los aviones de combate pintados de negro eran más fáciles de detectar porque eran más oscuros que la noche misma. Estos overoles habían funcionado en teoría y en los entrenamientos. Ahora comprobarían si también funcionaban en el mundo real. Las luces cegadoras ayudarían bastante: apuntadas hacia el *schloss*, crearían una fuente artificial de oscuridad en la que los trajes verdes se volverían invisibles. Lo habían probado muchas veces en Hereford, pero nunca con riesgo de perder la vida. No obstante, Tomlinson y Loiselle avanzaron desde distintas direcciones, siempre dentro de la sombra triangular. Tardaron veinte minutos en llegar gateando a sus puestos.

—Entonces, Altmark —dijo Hans Fürchtner a las 23:45—, ¿ya están hechos los arreglos... o debemos matar a uno de nuestros rehenes en pocos minutos?

—Por favor no lo haga, Herr Wolfgang. La tripulación del helicóptero está en camino y estamos trabajando para que la aerolínea nos entregue un avión listo para volar. Esto es mucho más difícil de lo que usted cree.

—Dentro de quince minutos veremos lo difícil que es, Herr Altmark
—Línea muerta.

Bellow no necesitó traducción. Bastaba con el tono de la voz.

—Lo hará —dijo el psiquiatra—. El ultimátum es real.

—Traigan a la tripulación —ordenó Ding en el acto. Tres minutos después, un patrullero cubierto se acercó al helicóptero. Dos hombres salieron y subieron al Sikorsky mientras el patrullero se alejaba. Dos minutos después, el rotor empezó a girar. Chávez activó su micrófono de mando.

—Comando, aquí Líder. Atentos. Repito, atentos.

—Excelente —dijo Fürchtner. Apenas podía ver el rotor en movimiento, pero las luces de vuelo bastaban—. Empecemos. Herr Ostermann, ¡arriba!

Petra Dortmund precedió a los rehenes importantes en la escalera. Frunció el ceño, preguntándose si debería sentirse decepcionada por no haber liquidado a ese Dengler para mostrar su resolución. Tal vez lo mataran más adelante, cuando comenzaran el interrogatorio serio a bordo del avión... y tal vez Dengler supiera tanto como Ostermann. Si así fuera, matarlo sería un error táctico. Activó el radio y llamó al resto de su gente. Estaban reunidos en el vestíbulo cuando ella bajó la escalera principal junto con los seis rehenes de la cocina. No, decidió al llegar a la puerta, sería mejor matar a un rehén de sexo femenino. Eso causaría mayor impacto sobre las fuerzas policiales apostadas afuera, mucho más si la mataba otra mujer...

—¿Están listos? —preguntó Petra. Sus cuatro secuaces asintieron—. Todo se hará tal como planeamos —les dijo. Esos tipos eran una verdadera desilusión ideológica, a pesar de haber crecido y sido educados en un país socialista... tres de ellos incluso tenían entrenamiento militar, que por supuesto incluía adoctrinamiento político. Pero sabían hacer su trabajo y habían llegado hasta ese punto. No podía pedir más. El personal doméstico empezó a abandonar la zona de la cocina.

Una de las cocineras tenía problemas para caminar, y Rosenthal vio que el puerco de cabeza calva se ponía molesto. Se lo estaban llevando, sabía que lo llevaban a morir ¡y en su pesadilla era incapaz de hacer *nada!* Al comprender su indefensión sintió un dolor terrible en la cabeza. Giró el cuerpo hacia la izquierda, y vio la mesa... y sobre la mesa un pequeño trinchete. Adelantó la cabeza y vio que los terroristas miraban los titubeos de María, la cocinera. Fue un instante de decisión: aferró el trinchete y lo escondió bajo su manga derecha. Tal vez el destino le diera una oportunidad. Si así fuera, esta vez la aprovecharía, se prometió Klaus Rosenthal.

—Equipo 2, aquí Líder —dijo Chávez por radio—. Dentro de poco comenzarán a salir. Todos deben reportarse —Primero escuchó los dos dobles *clicks* de Loiselle y Tomlinson, y luego los nombres.

—Rifle Dos-Uno —dijo Homer Johnston. Había conectado el sistema de visión nocturna a la mira telescópica de su rifle y apuntado a la puerta trasera principal del edificio. En ese momento comenzaba a adaptar su respiración a un ritmo regular.

—Rifle Dos-Dos —dijo Weber un segundo después.

—Oso —reportó Vega, pasándose la lengua por los labios al calzarse el arma sobre el hombro. Tenía la cara camuflada con pintura.

—Connolly.

—Lincoln.

—McTyler.

—Patterson.

—Pierce —todos se reportaron desde sus puestos en el césped.

—Price —el sargento mayor se reportó desde el asiento izquierdo del helicóptero.

—OK, comando, tenemos libertad para emplear las armas. Seguiremos las reglas normales de combate. Estén alertas, muchachos —agregó Chávez innecesariamente. Era difícil dejar de hablar en casos como ese. Su posición estaba a ochenta yardas del helicóptero, con alcance marginal para su MP-10 y los NVG enfocados en el edificio.

—Se abre la puerta —reportó Weber una fracción de segundo antes que Johnston.

—Tengo movimiento —confirmó Rifle Dos-Uno.

—Capitán Altmark, aquí Chávez. Corte la transmisión televisiva —ordenó Ding por el radio secundario.

—*Ja*, entendido —replicó el austríaco. Se dio vuelta y gritó la orden al director de TV. Las cámaras permanecerían donde estaban pero sin transmitir y las grabaciones a partir de ese momento se considerarían información calificada.

—Puerta abierta —dijo Johnston desde su puesto—. Veo un rehén, parece un cocinero, y un sujeto, femenino, cabello oscuro, con una pistola en la mano —El sargento Johnston se auto ordenó relajarse y aflojar el dedo que presionaba el doble gatillo de su rifle. No podía disparar sin orden directa de Ding, y dada la situación, la orden no llegaría—. Segundo rehén a la vista, es Hombrecito —informó, aludiendo a Dengler. Ostermann era Gran Hombre y sus secretarías Morena y Rubia (así llamadas por el color de sus cabellos). No tenían fotos del personal doméstico, de allí que no los hubieran bautizado. Los muchachos malos eran simplemente “sujetos.”

Johnston los vio vacilar en la puerta. Debía ser un momento aterrador para ellos, aunque no sabían hasta qué punto. Mierda, pensó, centrando la retícula en el rostro de Dortmund a más de doscientas yardas de distancia.

—Vamos, preciosa —murmuró—. Tenemos algo verdaderamente especial para ti y tus amiguitos. ¿Dieter? —preguntó por radio.

—Sobre el blanco, Homer —replicó Rifle Dos-Dos—. Conozco esa cara, creo... No puedo recordar su nombre. Líder, Rifle Dos-Dos...

—Rifle Dos, Líder.

—El sujeto femenino, últimamente vimos su cara. Ahora es más vieja, pero conozco esa cara. Baader-Meinhof, Facción Ejército Rojo, creo, sí, trabaja con un hombre. Marxista, terrorista experimentada, asesina... mató a un militar estadounidense, creo —No eran noticias excepcionales, claro, pero una cara conocida era una cara conocida.

—Petra Dortmund, ¿tal vez? —intervino Price, recordando el programa de metamorfosis computarizada que habían visto esa mañana.

—*Ja!* ¡Es ella! Y su socio es Hans Fürchtner —replicó Weber—. *Komm'raus, Petra* —prosiguió en su lengua materna—. *Komm mir, Liebschen.*

Algo la molestaba. Le resultaba difícil salir del *schloss* al espacio abierto, aunque podía ver el helicóptero con sus luces parpadeantes y su rotor en movimiento. Dio un paso, o más bien empezó a darlo. Su pie no quería avanzar sobre los escalones de granito. Entrecerró sus ojos azules: los árboles al este y el oeste del *schloss* estaban iluminados por las luces de la casa y la sombra que proyectaban se prolongaba hacia el helicóptero como un dedo negro. Tal vez fuera esa imagen ominosa, como de muerte, lo que la perturbaba. Sacudió la cabeza, eliminando el pensamiento como si de una indigna superstición se tratara. Empujó a sus dos rehenes y bajó los seis escalones que la separaban del césped. Luego enfiló hacia el helicóptero.

—¿Está seguro de la identidad, Dieter? —preguntó Chávez.

—Sí, estoy seguro, señor. Petra Dortmund.

El Dr. Bellow ingresó el nombre en su laptop.

—Edad cuarenta y cuatro, ex Baader-Meinhof, muy ideológica, cruel y despiadada. La información es de hace diez años. Aparentemente no ha cambiado mucho. Su pareja era un tal Hans Fürchtner. Podrían estar casados, enamorados, lo que sea, tienen personalidades muy compatibles. Son asesinos, Ding.

—Por ahora —respondió Chávez, observando las tres siluetas que cruzaban el césped.

—La mujer tiene una granada en la mano, parece de fragmentación —anunció Homer Johnston—. Mano izquierda, repito, mano izquierda.

—Confirmado —intervino Weber—. Veo la granada de mano. El pasador está puesto. Repito, pasador puesto.

—¡Grandioso! —bramó Eddie Price por radio. *Fürstenfeldbrück al carajo otra vez* —pensó, sentado en el helicóptero que transportaría la

granada y a la idiota que podía arrancarle el pasador—. Aquí Price. ¿Una sola granada?

—Veo solamente una —replicó Johnston—. No tiene bultos en los bolsillos ni en ninguna otra parte, Eddie. Pistola en mano derecha, granada en izquierda.

—Coincido —dijo Weber.

—Es diestra —les informó Bellow luego de chequear los datos de Petra Dortmund—. Sujeto Dortmund es diestro.

Lo cual explica por qué lleva la pistola en la derecha y la granada en la izquierda, pensó Price. También significaba que si quería arrojar la granada adecuadamente tendría que cambiarla de mano. Buenas noticias, pensó. Tal vez hiciera tiempo que no jugaba con uno de esos malditos juguetes. Tal vez tuviera miedo de las cosas que hacían *bang*, pensó esperanzado. Alguna gente llevaba granadas sólo para efecto visual. Ya podía verla. Avanzaba con paso constante hacia el helicóptero.

—Sujeto masculino a la vista... Fürchtner —dijo Johnston por radio—. Tiene a Gran Hombre... y también a Morena, creo.

—Confirmado —dijo Weber, mirando a través de su poderoso visor—. Sujeto Fürchtner, Gran Hombre y Morena a la vista. Fürchtner aparentemente sólo tiene una pistola. Empiezan a bajar la escalera. Hay otro sujeto en la puerta, con ametralladora y dos rehenes.

—Son inteligentes —observó Chávez—. Salen por grupos. Nuestro amigo empieza a bajar cuando su chica está a mitad de camino... veremos si los demás hacen lo mismo.... —OK, pensó Ding. Cuatro, quizás cinco grupos cruzando el espacio abierto. Bastardos inteligentes, pero no lo bastante... tal vez.

Cuando Petra y sus rehenes estaban cerca del helicóptero, Price bajó y abrió ambas puertas. Había escondido su pistola en el compartimento de mapas de la puerta del copiloto. Miró al piloto.

—Actúe normalmente. La situación está bajo control.

—Si usted lo dice, inglesito —respondió el piloto con tono áspero y tenso.

—El helicóptero no despegará bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido? —lo habían convenido antes, pero repetir las instrucciones era una manera de sobrevivir en situaciones como esa.

—Sí. Si me obligan, me arrojaré al suelo y diré que no funciona.

Muy decente de tu parte, pensó Price. Vestía una camisa azul con alas sobre el bolsillo del pecho y una placa que lo identificaba como Tony. Un audífono inalámbrico lo mantenía comunicado con el resto del comando, junto con un chip micrófono adherido al cuello de su camisa.

—Sesenta metros de distancia. No es precisamente atractiva, ¿verdad? —preguntó a sus compañeros de equipo.

—Alítese el cabello si me está escuchando —ordenó Chávez desde su puesto. Un momento después, Price se apartó nerviosamente el cabello de los ojos—. OK, Eddie. Tranquilo, hombre.

—Sujeto armado en la puerta con tres rehenes —anunció We-

ber—. No, no, dos sujetos armados con tres rehenes. Tienen a la rehén Rubia. Anciano y mujer madura, vestidos como sirvientes.

—Por lo menos un delincuente más —suspiró Ding, y por lo menos tres rehenes más—. El helicóptero no tiene capacidad para todos... —¿Qué planeaban hacer con los extras? se preguntó. ¿Asesinarlos?

—Veo otros dos sujetos armados y tres rehenes detrás de la puerta trasera —informó Johnston.

—Ya tenemos a todos los rehenes —dijo Noonan—. Seis sujetos en total. ¿Qué armas tienen, Rifle Uno?

—Ametralladoras, Uzi o la imitación checa. Se apoyan contra la puerta.

—OK, los tengo —dijo Chávez, levantando sus binoculares—. Rifleros, apunten a sujeto Dortmund.

—Blanco —dijo Weber. Johnston apuntó una fracción de segundo después y quedó congelado.

De noche, el ojo humano es particularmente sensible al movimiento. Cuando Johnston se movió en el sentido de las agujas del reloj para ajustar la puntería de su rifle, Petra Dortmund creyó haber visto algo. Se detuvo en seco, sin saber por qué. Miró directamente a Johnston, pero el traje de guía parecía un montón de algo: pasto, hojas o tierra, no sabía muy bien qué en la semioscuridad bañada apenas por la luz verde que reflejaban los pinos. No tenía forma humana, y el contorno del rifle se desdibujaba en el montón a más de cien metros de ella. Aun así, siguió mirando, sin mover la mano del arma. Su rostro manifestaba curiosidad, no alarma. A través de la mira de su rifle, el ojo izquierdo de Johnston veía los reflejos rojizos de las luces intermitentes del helicóptero a su alrededor. Su ojo derecho controlaba la retícula centrada sobre y entre los ojos de Petra Dortmund. Tenía el dedo apenas apoyado sobre el sensible mecanismo del gatillo, lo necesario para sentirlo sin disparar. El momento se prolongó varios segundos y Johnston concentró su visión periférica sobre la mano del arma. Si se movía demasiado, entonces...

Pero no se movió. Para alivio de Johnston, Dortmund siguió avanzando hacia el helicóptero, sin saber que tenía dos rifles periscópicos apuntados a la cabeza. La próxima etapa comenzaría cuando llegara al helicóptero. Si decidía subir por la derecha, Johnston la perdería y el rifle de Weber quedaría a cargo de vigilarla. Si se dirigía a la izquierda, Dieter la perdería de vista. Aparentemente prefería... sí, Dortmund enfiló hacia el lado izquierdo del helicóptero.

—Rifle Dos-Dos blanco perdido —informó Weber al instante—. No tengo posibilidad de dispararle.

—En el blanco, Rifle Dos-Uno en el blanco —aseguró Johnston. *Hmm, deja que Hombrecito suba primero, nena*, pensó para sus adentros.

Petra Dortmund hizo exactamente lo que Homer deseaba: empujó a Dengler hacia la puerta del lado izquierdo, probablemente pensando sentarse en el medio para ser menos vulnerable a los disparos desde el

exterior. Buen postulado teórico, pensó Johnston, pero errado en este caso. *Mala suerte, puta.*

Gerhard Dengler no disfrutaba del ambiente familiar del helicóptero. Se colocó el cinturón de seguridad mientras Petra lo apuntaba con su arma, instigándose íntimamente a relajarse y ser valiente... como supuestamente eran los hombres en casos como ése. Miró al frente y sintió el primer rayo de esperanza. El piloto era el hombre de siempre, pero el copiloto no. Movía los instrumentos como el copiloto, pero no era él, aunque la forma de la cabeza y el color del cabello eran bastante parecidos y ambos usaban las camisas blancas con charreteras azules que los pilotos privados tendían a adoptar como uniforme. Cruzaron una rápida mirada y Dengler bajó los ojos, temiendo que su expresión lo delatara.

Buen tipo, pensó Eddie Price. Su pistola estaba en el compartimento de mapas de la puerta izquierda, oculta bajo una pila de mapas de vuelo pero fácil de alcanzar con la mano izquierda. La tomaría, se volvería rápidamente, apuntaría y dispararía si era necesario. El receptor oculto en su oreja izquierda —que parecía un audífono a simple vista— lo mantenía informado, aunque era bastante difícil escuchar algo sobre el ruido de los motores y el rotor del Sikorsky. Petra apuntaba alternativamente su pistola contra él y contra el piloto.

—Rifleros, ¿tienen sus blancos? —preguntó Chávez.

—Rifle Dos-Uno, afirmativo, blanco a la vista.

—Rifle Dos-Dos, negativo, tengo un obstáculo en el camino. Recomendando apuntar a sujeto Fürchtner.

—De acuerdo. Rifle Dos-Dos, apunte a Fürchtner. Rifle Dos-Uno, Dortmund es toda suya.

—Entendido, Líder —confirmó Johnston—. Rifle Dos-Uno tiene a sujeto Dortmund bajo la mira —Modificó el alcance con su láser. Ciento cuarenta y cuatro metros. A esa distancia, la bala caería a menos de una pulgada de la boca; además, la “vista-de-batalla” de doscientos cincuenta metros era un poco elevada. Alteró la retícula y la colocó justo debajo del ojo izquierdo del blanco. La física haría el resto. Su rifle tenía gatillo doble tipo-blanco. Al pulsar el gatillo posterior se reducía el impacto del anterior. El helicóptero no despegaría. Antes que nada, debían impedir que los sujetos cerraran la puerta izquierda. Su bala 7 mm probablemente penetraría la ventana de policarbonato de la puerta, pero el pasaje modificaría impredeciblemente su curso, errándole al blanco o tal vez causando la muerte de un rehén. No podía permitir que pasara eso.

Chávez estaba fuera de la acción; comandaba en vez de liderar, algo que había practicado pero que a decir verdad no le gustaba. Era más fácil estar allí afuera con un arma en la mano que quedarse atrás y darles órdenes a sus hombres por control remoto. Pero no tenía opción. OK, pensó, tenemos a Número Uno en el helicóptero con un fusil apuntado a la cabeza. Número Dos está a cielo abierto, a dos tercios del helicóptero, también apuntado por un arma. Otros dos sujetos se aproxima-

man a la mitad del camino con Mike Pierce y Steve Lincoln a cuarenta metros, y los dos restantes siguen en la casa, con Louis Loiselle y George Tomlinson entre los arbustos a derecha e izquierda de ellos. A menos que hayan dejado vigilancia en la casa, uno o dos sujetos adicionales que salgan cuando todos los demás hayan llegado al helicóptero... pero es muy improbable, decidió Chávez, y en cualquier caso todos los rehenes ya estaban afuera o pronto lo estarían... La misión era rescatarlos, sin necesariamente matar a los chicos malos. No era un juego ni un deporte, y su plan, anteriormente transmitido a los integrantes del C-2, estaba funcionando. La clave estaba en el último grupo de sujetos.

Rosenthal vio a los rifleros. Era de esperar, aunque no se le había ocurrido a nadie. Él era el jefe de jardineros. La tierra era suya y esos extraños montones a derecha e izquierda del helicóptero no formaban parte de ella. Imposible no darse cuenta. Había visto películas y programas de TV. Ése era un atentado terrorista y la policía debía responder de alguna manera. Allí afuera había hombres armados y dos cosas que no estaban por la mañana en su jardín. Fijó la vista en la posición de Weber. Allí estaba su salvación o su muerte. No había manera de saberlo. Su estómago se contrajo en una bola rígida y cargada de ácido.

—Aquí vienen —anunció George Tomlinson al ver dos piernas saliendo de la casa... piernas de mujer, seguidas por piernas de hombre, luego dos pares más de mujer... y por último otro hombre—. Un sujeto y dos rehenes afuera. Dos rehenes más...

Fürchtner estaba a punto de llegar. Para consuelo de Dieter Weber, enfiló hacia el lado derecho del helicóptero. Pero luego se detuvo. Miró por la puerta abierta, vio dónde estaba sentado Dengler, y decidió entrar por el otro costado.

—OK, Comando, alerta —ordenó Chávez. Escaneó el campo de acción con sus binoculares, tratando de mantener simultáneamente bajo control a los cuatro grupos. En cuanto el último saliera a espacio abierto...

—Usted, entre, de cara al fondo —Fürchtner empujó a Morena hacia el helicóptero.

—Fuera de blanco, Rifle Dos-Dos fuera de blanco —anunció Weber en voz demasiado alta.

—Modifique blanco sobre próximo grupo —ordenó Chávez.

—Hecho —dijo Weber—. Estoy sobre sujeto líder, grupo tres.

—¡Rifle Dos-Uno, repórtese!

—Rifle Dos-Uno sobre sujeto Dortmund —replicó Homer Johnston en el acto.

—¡Aquí listos! —reportó Loiselle desde los arbustos del fondo de la casa—. Tenemos al grupo cuatro.

Chávez respiró hondo. Todos los malos estaban en espacio abierto y había llegado el momento de actuar:

—OK, Líder a comando, *¡ejecuten, ejecuten, ejecuten!*

Loiselle y Tomlinson se pararon al instante, a siete metros de sus blancos, que miraban hacia otro lado y jamás supieron lo que pasaba a sus espaldas. Ambos soldados apuntaron sus visores iluminados a tritio sobre los blancos. Ambos blancos empujaban rehenes femeninos y eran más altos que los rehenes. Eso facilitaba las cosas. Ambas ametralladoras MP-10 fueron programadas para triple ráfaga, y ambos sargentos dispararon al mismo tiempo. No hubo sonido inmediato. El diseño de ambas armas integraba cañón y silenciador y los blancos estaban demasiado cerca para fallar. Dos cabezas fueron voladas por múltiples impactos de balas grandes de punta hueca, y dos cuerpos cayeron sobre el exuberante césped verde casi tan rápido como los porta-cartuchos arrojados por las armas que los había matado.

—Aquí George. ¡Dos sujetos muertos! —anunció Tomlinson por radio, corriendo hacia los rehenes que seguían caminando hacia el helicóptero.

Homer Johnston empezaba a retroceder cuando una silueta ingresó en su campo de visión. Aparentemente se trataba de un cuerpo femenino por la blusa de seda clara. Con la retícula apuntada debajo del ojo izquierdo de Petra Dortmund, Johnston pulsó suavemente el gatillo con el índice derecho. El rifle rugió, dejando una estela luminosa de un metro en el sereno aire nocturno...

... Petra alcanzó a ver dos luces pálidas cerca de la casa, pero no tuvo tiempo de reaccionar. La bala le atravesó la órbita del ojo izquierdo, en el sector más duro del cráneo. Recorrió varios centímetros más y luego se fragmentó en más de un centenar de minúsculos pedazos, reduciendo su tejido cerebral a una masa blanda y espesa, que posteriormente explotó y salió por su nuca en una nube expansiva color rojo que salpicó la cara de Gerhardt Dengler...

...Johnston apuntó su rifle a otro blanco. Sabía que su bala había despachado al primero.

Eddie Price vio el resplandor. Sus manos habían empezado a moverse desde la orden de *ejecutar* recibida medio segundo antes. Sacó su

pistola del compartimento de mapas y apuntó hacia la cabeza de Hans Fürchtner. Disparó una sola bala bajo el ojo izquierdo del sujeto, que se expandió y salió por la coronilla. Luego disparó por segunda vez. Había apuntado mal, pero Fürchtner ya estaba muerto. Cayó al suelo, aferrando todavía el brazo de Erwin Ostermann y arrastrándolo un poco hacia él hasta que sus dedos se aflojaron.

Quedaban dos. Arrodillado, Steve Lincoln apuntó cuidadosamente... pero se detuvo porque su blanco pasó detrás de la cabeza de un anciano.

—Mierda —masculló el militar.

Weber se encargó del otro, cuya cabeza explotó como un melón por el impacto de la bala.

Rosenthal vio abrirse la cabeza en dos como en una película de horror... pero la otra cabeza, grande y calva, seguía junto a él, sus ojos repentinamente muy abiertos, con una ametralladora en la mano... Nadie disparaba contra éste. Entonces, los ojos de Cabeza Rapada se cruzaron con los suyos, y se produjo una secuencia de miedo/odio/impacto, y el estómago de Rosenthal se congeló, y el tiempo se detuvo para él. Sacó el trinchete de la manga y, blandiéndolo salvajemente, lo clavó en el dorso de la mano izquierda de Cabeza Rapada. El terrorista abrió todavía más los ojos. El anciano saltó a un costado y el sujeto acercó la mano sana a la culata de su arma.

Steve Lincoln disparó una segunda ráfaga de tres, que dio en el blanco simultáneamente con una segunda bala de rifle disparada por el semiautomático de Weber. La cabeza del Rapado pareció evaporarse en el aire.

—¡Despejado! —anunció Price—. ¡Helicóptero despejado!

—¡Casa despejada! —avisó Tomlinson.

—¡Trayecto despejado! —dijo, por último, Lincoln.

En la casa, Loiselle y Tomlinson corrieron hacia el grupo de rehenes y los arrastraron en dirección este, lejos de la casa, por temor a los disparos de un posible terrorista sobreviviente.

Mike Pierce hizo otro tanto, cubierto y asistido por Steve Lincoln.

Fue más fácil para Eddie Price. Antes que nada, pateó el arma de la mano muerta de Fürchtner y revisó rápidamente la cabeza destrozada de su blanco. Luego saltó al helicóptero para comprobar la eficacia del primer disparo de Johnston. Con sólo ver la enorme mancha roja en la cabeza destrozada supo que Petra Dortmund estaba en el paraíso de los terroristas, si es que existía algo semejante. Retiró cuidadosamente la granada de su rígida mano derecha, la revisó y se la guardó en el

bolsillo. Por último, retiró la pistola de la mano derecha, le puso el seguro y la arrojó a un lado.

—*Mein Herr Gott!* —jadeó el piloto, mirando atrás.

Gerhardt Dengler parecía muerto. El costado izquierdo de su rostro estaba cubierto por una máscara roja y chorreante y tenía los ojos como huevos fritos. Price se asustó al principio, hasta que lo vio parpadear. Pero tenía la boca abierta de par en par y no respiraba. Le aflojó el cinturón de seguridad y permitió que Johnston lo sacara de la nave. Hombrecito dio un paso y cayó de rodillas. Johnston vertió el contenido de su cantimplora sobre la cara de Dengler para limpiar la sangre. Luego dejó su rifle en el suelo.

—Buen trabajo, Eddie —le dijo a Price.

—Y fue un gran disparo, Homer.

Johnston se encogió de hombros.

—Temía que la chica se interpusiera. Un par de segundos más y no habría podido hacer nada. De todos modos, Eddie, fue un buen trabajo salir del helicóptero y cargarme al tipo antes de eliminar al número dos.

—¿Le disparaste? —preguntó Price, asegurando y guardando su pistola.

—Fue una pérdida de tiempo. Tú ya le habías volado la tapa de los sesos.

Habían empezado a ingresar los policías, más una flota de ambulancias con luces azules intermitentes. El capitán Altmark llegó al helicóptero acompañado por Chávez. Aunque era un policía experimentado, el desastre del Sikorsky lo hizo retroceder en silencio.

—Nunca es lindo —comentó Homer Johnston. También había echado un vistazo. El rifle y la bala habían funcionado tal como estaba programado. Más allá de todo, era la cuarta persona que mataba con el periscopio, y si esos tipos querían violar la ley y lastimar inocentes era problema de ellos, no suyo. Otro trofeo que no podría colgar de la pared junto a las cabezas de renos y alces que había coleccionado con el correr del tiempo.

Price fue hacia el grupo del medio. Buscó en el bolsillo su pipa curva y la encendió con un fósforo de cocina. Jamás modificaba su ritual luego de concluida la misión.

Mike Pierce atendía a los rehenes. Por el momento seguían todos sentados. Steve Lincoln estaba de pie junto a ellos, con su MP-10 lista para otro posible blanco. Pero en ese momento, un grupo de policías austríacos irrumpió por la puerta trasera y le anunció que no quedaban terroristas en el interior del edificio. Lincoln puso el seguro a su arma y se la colgó del hombro. Luego se acercó al anciano Rosenthal.

—Bien hecho, señor — dijo.

—¿Qué?

—Clavarle el cuchillo en la mano. Bien hecho.

—Ah, sí —dijo Pierce, observando el cadáver sobre el pasto. Tenía un corte profundo en el dorso de la mano izquierda—. ¿Usted hizo eso, señor?

—*Ja* —fue todo lo que Rosenthal pudo decir. Estaba muy agitado.

—Bueno, señor, bravo por usted —Pierce se agachó para estrecharle la mano. En realidad no tenía mucha importancia, pero la resistencia era algo bastante raro de ver en los rehenes, y evidentemente el anciano había debido tomar coraje para hacerlo.

—*Amerikaner?*

—Shhh —El sargento Pierce se llevó un dedo a los labios—. Por favor no se lo diga a nadie, señor.

En ese instante llegó Price, chupando su pipa. Entre el rifle de Weber y la ráfaga de una MP-10, la cabeza del sujeto había prácticamente desaparecido.

—Sangriento y eficaz —comentó el sargento mayor.

—Fue el pájaro de Steve —informó Price—. Esta vez no tuve blanco despejado. Muy bueno, Steve —agregó.

—Gracias, Mike —replicó el sargento Lincoln, supervisando el área—. ¿Seis en total?

—Correcto —respondió Eddie, yendo hacia la casa—. Quédense aquí.

—Blanco fácil, los dos —dijo Tomlinson, rodeado de policías austríacos.

—Demasiado altos para esconderse —confirmó Loiselle. Tenía ganas de fumar, aunque había abandonado el vicio dos años atrás. Sus rehenes se estaban retirando, dejando a los dos terroristas sobre el estupendo césped verde, que su sangre fertilizaría seguramente. La sangre era un buen fertilizante, ¿no? Linda casa. Qué lástima que no hubieran tenido ocasión de recorrerla.

Veinte minutos después, el Comando 2 se encontraba en el punto de reunión, quitándose sus ropas tácticas y guardando sus armas y equipos para el viaje de regreso al aeropuerto. Habían vuelto a encender las cámaras y reflectores de televisión, pero estaban bastante lejos. Los muchachos empezaban a relajarse, el estrés se desvanecía lentamente luego de haber completado con éxito la misión. Price dio una última chupada a su pipa, la vació contra el taco de su bota y subió a la camioneta.

CAPÍTULO 8

COBERTURA

La cobertura televisiva fue emitida antes de que el Comando 2 llegara a Heathrow. Afortunadamente, la filmación del acontecimiento se vio dificultada por las enormes dimensiones del *schloss* y el hecho de que la *Staatspolizei* mantuvo las cámaras apartadas de los hechos y en el lado opuesto del edificio. La única toma decente fue la de un integrante del comando fumando su pipa, seguida por un resumen de lo ocurrido suministrado a la prensa por el capitán Wilhelm Altmark. Según Altmark, un comando secreto especial y heterodoxo de la policía federal de su país había resuelto satisfactoriamente el atentado contra el *Schloss Ostermann*, rescatando a todos los rehenes... no, desafortunadamente no habían podido arrestar a ningún criminal. Todo fue filmado —para ser posteriormente utilizado por Bill Tawney— por la Televisión Estatal Austríaca, Sky News, y el resto de los noticieros europeos. Aunque el British Sky News se las había arreglado para enviar una cámara a Viena, la única diferencia entre su cobertura y la de las emisoras locales era el ángulo de visión. Incluso los comentarios eruditos eran similares: unidad policial especialmente entrenada y equipada; probablemente con miembros del ejército austriaco; acción decisiva para resolver el incidente sin perjuicio para las víctimas inocentes; un punto más para los muchachos buenos (aunque nadie lo dijo). La identidad de los terroristas no fue revelada en las primeras transmisiones. La policía se encargaría de confirmarla y enviaría los resultados al sector de inteligencia de Tawney, junto con las declaraciones de las víctimas.

Había sido un largo día para los miembros del C-2. Todos se fueron a sus casas a dormir apenas llegaron a Hereford, luego de que Chávez les notificara que a la mañana siguiente no habría PT. Ni siquiera tuvieron tiempo para unas cervezas celebratorias en el club NCO local... que por otra parte ya había cerrado cuando llegaron.

En el vuelo de regreso, Chávez le comunicó al Dr. Bellow que a pesar de la preparación de sus hombres el factor fatiga era sumamente alto... mucho más que en sus ocasionales prácticas nocturnas. Bellow replicó que el estrés era el mayor generador de fatiga, y que los miembros de su equipo no eran inmunes a él por muy bien preparados y entrenados que estuvieran. Eso evidentemente lo incluía, ya que des-

pués de haberlo dicho se dio vuelta y cayó en un profundo sueño. Chávez quedó solo con su vaso de vino tinto español.

Fue la noticia del día en Austria, por supuesto. Popov vio la primera parte en vivo en un *Gasthaus*; luego siguió los acontecimientos en su habitación de hotel. Se dedicó a beber refresco de naranja mientras aplicaba su hábil ojo profesional a la pantalla. Esos comandos antiterroristas eran muy parecidos entre sí, pero era de esperar, ya que todos se entrenaban para lo mismo y utilizaban el mismo manual internacional... promulgado en primer lugar por los ingleses con su Servicio Aéreo Especial (comandos SAS), seguido luego por el GSG-9 alemán, luego por el resto de Europa, y finalmente por los estadounidenses. Si hasta vestían el mismo atuendo negro, demasiado teatral para Popov, pero bueno, algo tenían que ponerse encima, y el negro parecía más adecuado que el blanco, ¿no? Lo más interesante era el portafolios de cuero repleto de marcos alemanes que al día siguiente llevaría a Berna y depositaría en su cuenta antes de volar a Nueva York. Era notable, pensó apagando el televisor y retirando las cobijas de la cama. Con sólo dos trabajitos sencillos ya era dueño de más de un millón de dólares estadounidenses, a salvo en una cuenta numerada y anónima. Los pedidos de su empleador eran obviamente bien recompensados, y el gasto no parecía preocuparlo en lo más mínimo. Tanto mejor si el dinero iba a parar a una buena causa, pensó el ruso.

—Gracias a Dios —dijo George Winston—. Diablos, conozco a ese tipo. Erwin es buena gente —dijo el Secretario del Tesoro saliendo de la Casa Blanca luego de una prolongada reunión de gabinete.

—¿Quién se encargó del rescate?

—Bien... —La pregunta lo tomó por sorpresa. Supuestamente no debía decirlo, y supuestamente tampoco debía saberlo—. ¿Qué dicen los noticieros?

—Policías locales, un comando SWAT vienés, supongo.

—Bien, supongo que han aprendido a hacerlo —opinó Winston, enfilando hacia su coche custodiado por el Servicio Secreto.

—¿Los *austríacos*? ¿Y de quién aprendieron?

—De alguien que sabe, creo yo —replicó Winston entrando al auto.

—Entonces, ¿a qué se debe tanto alboroto? —le preguntó Carol Brightling a la Secretaria del Interior. Para ella era simplemente otro caso de “los muchachos y sus juguetes.”

—A nada, en realidad —replicó la secretaria, acompañada por sus custodios hasta la puerta de su automóvil oficial—. Es lo que mostraron por televisión, fue un buen trabajo rescatar a todos esos rehenes. Estuve en Austria un par de veces y los policías no me parecieron gran cosa. Tal vez me equivoque. Pero George actúa como si supiera más de lo que dice.

—Ah, tienes razón, Jean, él pertenece al “gabinete interno” —ob-

servó la Dra. Brightling. Eso era algo que no les gustaba a los del “gabinete externo.” Por supuesto que Carol Brightling no formaba técnicamente parte del gabinete. Tenía un asiento contra la pared (no alrededor de la mesa) y sólo participaba si los temas a tratar requerían una opinión científica... cosa que no había pasado ese día. Buenas noticias y malas noticias. Debía escuchar y tomar nota de todo lo que sucedía en el salón ornado y sobrecargado que dominaba el Rosedal mientras el presidente controlaba la agenda y el ritmo... malamente en el día hoy, pensó. La política impositiva había llevado más de una hora y no habían llegado a la utilización de bosques nacionales, tema manejado por el Ministerio del Interior, lamentablemente pospuesto para la próxima reunión dentro de una semana.

Tampoco tenía custodia personal, y ni siquiera una oficina en la Casa Blanca. Los anteriores Asesores Científicos de la presidencia habían trabajado en el Ala Oeste, pero a ella la habían trasladado al OEOB. Era una oficina más grande y más cómoda con ventana, cosa de la que hubiera carecido su hipotética oficina en el subsuelo de la Casa Blanca, pero aunque el OEOB era considerado parte de la Casa Blanca para propósitos administrativos y de seguridad, no tenía el mismo prestigio, y el prestigio era lo único importante si uno era parte del *staff* de la Casa Blanca. Incluso bajo este presidente, que se esforzaba en tratar a todos igual y no comía la mentira del *status*.... Pero era inevitable a ese nivel de gobierno. Y así pensando, Carol Brightling dobló a la derecha para ir a almorzar con los peces gordos de la administración, lamentando tener que recurrir al feo de *staff* y la secretaria ejecutiva para ocupar unos minutos del valioso tiempo del presidente. Como si alguna vez se lo hubiera hecho perder ...

Un agente del Servicio Secreto le abrió la puerta esbozando una sonrisa respetuosa y Carol ingresó al horrible edificio del OEOB. Giró a la derecha para ir a su oficina, que por lo menos miraba a la Casa Blanca. Entregó sus notas a su secretario (varón, por supuesto) para que las transcribiera y se sentó frente a su escritorio, donde encontró una nueva pila de papeles para leer y estudiar. Abrió el cajón del escritorio y buscó una pastilla de menta para superar el mal momento. Luego, por acto reflejo, levantó el control remoto del televisor y sintonizó la CNN para ver qué estaba pasando en el mundo. La noticia del día era, por supuesto, el incidente en Viena.

Dios santo, qué casita, fue lo primero que pensó. Como el palacio de un rey, un desperdicio de recursos para uso exclusivo de un hombre, o incluso de una familia grande, como residencia privada. ¿Qué había dicho Winston del propietario? ¿Buena gente? Claro. Todas las buenas personas vivían como holgazanes libertinos, desperdiciando los preciosos recursos del planeta. Otro maldito plutócrata, accionista, especulador monetario, como quiera que ganara el dinero necesario para comprar un lugar como ése... y luego los terroristas habían invadido su privacidad. Bueno, no es para asombrarse que lo hayan elegido. No tenía sentido atacar a un pastor de rebaños o a un camionero. Los terro-

ristas buscaban gente rica, o supuestamente importante, porque capturar tipos ordinarios no tenía sentido político y, después de todo, éstos eran actos políticos. Pero no habían tenido un desempeño demasiado brillante. El que los había elegido... ¿los habría elegido para que fracasaran? ¿Acaso era posible? Supuso que sí. Después de todo era un acto *político* y esas cosas podían tener toda clase de propósitos reales. Sonrió para sus adentros. El periodista estaba describiendo el ataque del comando SWAT de la policía local —desafortunadamente no podían mostrarlo porque la policía había prohibido la presencia de las cámaras— y luego la liberación de los rehenes —filmada de cerca para que el público pudiera compartir la experiencia. Habían estado tan cerca de la muerte sólo para ser liberados, salvados por la policía local, que en realidad sólo los había devuelto a la hora programada de su muerte, porque todo moría, tarde o temprano. Ése era el plan de la naturaleza y uno no podía combatirla... aunque sí podía ayudarla, ¿verdad? El periodista decía que era el segundo atentado terrorista en Europa en los últimos dos meses, y que ambos habían fracasado gracias a la acción policial. Carol recordó el intento de robo en Berna, otro fracaso estrepitoso... ¿o el plan de una mente creativa? Tal vez tendría que averiguarlo, aunque en este caso un fracaso era tan útil como... no, *más* útil que el éxito para la gente que estaba planeando las cosas. Otra sonrisa. Sí. Era más útil que el éxito, ¿verdad? Miró un fax de Amigos de la Tierra, organización que tenía su teléfono directo y le enviaba frecuentemente información que consideraba importante.

Se recostó en su cómodo sillón de respaldo alto para leerlo por segunda vez. Buena gente con ideas justas, aunque casi nadie los escuchaba.

—¿Dra. Brightling? —su secretario asomó la cabeza por la puerta.

—¿Sí, Roy?

—¿Todavía quiere que le traiga esos fax... como el que está leyendo, quiero decir? —preguntó Roy Gibbons.

—Oh, sí.

—Pero esos tipos sólo sirven para hacer problemas.

—En realidad no. Me gustan algunas cosas que hacen —replicó Carol, arrojando el fax al cesto de papeles. Utilizaría la idea para información futura.

—Con eso basta, doc —la cabeza de Gibbons desapareció en el vano de la puerta.

El siguiente papel de la pila era sumamente importante, un informe sobre procedimientos para clausurar reactores nucleares y la subsiguiente seguridad de los sistemas de clausura: cuánto demorarían los factores medioambientales en atacar y corroer los elementos internos, y cuál sería el daño estimado sobre el medio ambiente. Sí, era muy importante, y afortunadamente el índice anexado contenía información sobre reactores nucleares en todo el país. Se metió otra pastilla en la boca e, inclinándose hacia adelante, acomodó los papeles sobre el escritorio para poder leerlos mejor.

—Esto funciona, aparentemente —dijo Steve en voz baja.

—¿Cuántas cepas caben adentro? —preguntó Maggie.

—Entre tres y diez.

—¿Y cuál es el tamaño completo?

—Seis micrones. ¿Puedes creerlo? La cobertura o envoltorio es blanco, de modo que refleja muy bien la luz, particularmente los rayos UV, y en un ambiente acuoso es prácticamente invisible —Las cápsulas individuales eran imposibles de ver a simple vista, y apenas visibles con ayuda de un microscopio óptico. Mejor aún, su peso les permitiría flotar en el aire como partículas de polvo perfectamente respirables. Una vez dentro del cuerpo la cobertura se disolvería y liberaría las cepas de Shiva en los pulmones o el intestino delgado, donde empezarían a trabajar inmediatamente.

—¿Es soluble en agua? —preguntó Maggie.

—Lentamente, pero el proceso podría acelerarse si hubiera algún elemento biológicamente activo en el agua, como la huella de ácido hidroclorehídrico en la saliva. Caramba, podríamos sacarles muchísimo dinero a los iraquíes con este... o a cualquiera que tenga ganas de jugar a la guerra biológica en el mundo real.

La compañía había inventado la tecnología sobre la base de una beca NIH destinada a desarrollar una manera más fácil que la aguja para aplicar vacunas. Aguja y jeringas requerían una utilización parcialmente experta. La nueva técnica utilizaba electroforesis para aplicar cantidades ínfimas de gel protector en torno a cantidades aún más ínfimas de agentes aéreos bioactivos. Esto permitiría a la gente ingerir las vacunas de un trago, reemplazando el método de inoculación. Si llegaban a descubrir una vacuna eficaz contra el SIDA ése sería el método elegido para administrarla en África, cuyos países carecían de la infraestructura necesaria para otra cosa. Steve acababa de probar que la misma tecnología podía utilizarse para inocular virus activos con el mismo grado de seguridad y confiabilidad. O casi.

—¿Cómo vamos a probarla? —preguntó Maggie.

—En monos. ¿Cuántos monos tenemos en el laboratorio?

—Cualquier cantidad —aseguró ella. Estaban a punto de dar un paso importantísimo. Se la darían a unos pocos monos y verían cómo se propagaba en la población del laboratorio. Usarían monos rhesus. Su sangre era similar a la de los humanos.

El Sujeto Cuatro fue el primero, tal como esperaban. Tenía cincuenta y tres años y su funcionamiento hepático era tan endeble que hubiera encabezado la lista de trasplantes en la Universidad de Pittsburgh. Su piel presentaba una tonalidad amarillenta en el mejor de los casos, pero eso no le impedía arremeter contra la botella con mayor ahínco que cualquiera de los demás. Su nombre era Chester algo,

recordó el Dr. Killgore. El funcionamiento cerebral de Chester era también el más bajo del grupo. Miraba mucha televisión, casi no hablaba con nadie, ni siquiera leía revistas de historietas, muy populares entre los demás, igual que los dibujos animados... uno de los pasatiempos preferidos del grupo era ver el Cartoon Chanel.

Todos estaban en el paraíso de los cerdos, advirtió John Killgore. Tenían toda la comida rápida, bebida y calor que deseaban, y la mayoría estaba empezando a usar la ducha regularmente. De vez en cuando alguno preguntaba para qué estaban allí, pero el interrogatorio jamás superaba la respuesta formal que les daban los médicos y el personal de seguridad.

Pero, en el caso de Chester, tendrían que actuar inmediatamente. Killgore entró a la habitación y lo llamó por su nombre. El Sujeto Cuatro se levantó de su cama y caminó hacia él. Evidentemente se sentía muy mal.

—¿No se siente bien, Chester? —preguntó Killgore detrás del barbijito.

—El estómago, no puedo retener lo que como, me siento flojo —replicó Cuatro.

—Bien, venga conmigo y veremos qué podemos hacer por usted, ¿le parece bien?

—Como usted diga, doc —replicó Chester, indicando su aprobación con un sonoro eructo.

Al traspasar el umbral lo sentaron en una silla de ruedas. Debían recorrer unos metros hasta el sector clínico de la instalación. Dos asistentes acostaron al Número Cuatro en una cama y lo sujetaron con amarras de Velcro. Luego tomaron una muestra de sangre. Diez minutos después Killgore practicó el análisis de anticuerpos Shiva y la sangre se volvió azul, tal como esperaba. A Chester, Sujeto Número Cuatro, le quedaba menos de una semana de vida... un poco menos de los seis a doce meses que le hubiera permitido su alcoholismo, aunque la reducción no era tan importante, ¿verdad? Killgore volvió a la habitación, le inyectó suero intravenoso y, para tranquilizarlo, una dosis de morfina que pronto lo sumió en la inconciencia y dibujó en sus labios una sonrisa beatífica. Bien. Número Cuatro moriría pronto, aunque con cierta paz. Ante todo, el Dr. Killgore quería mantener el orden del proceso.

Miró el reloj al volver a su oficina/sala de observación. Las horas se le hacían largas. Era casi como volver a ser médico. No practicaba la medicina clínica desde sus años de residencia, pero leía todas las publicaciones y conocía las técnicas, y por otra parte su cosecha habitual de pacientes/víctimas jamás reconocería la diferencia. Mala suerte, Chester, pero el mundo es cruel, pensó volviendo sobre sus anotaciones. La primera respuesta de Chester al virus había sido un poco perturbadora —apenas la mitad del tiempo programado—, evidentemente provocada por su endeble función hepática. Imposible evitarlo. Algunas personas se infectarían más rápido que otras debido a sus peculiares vulnerabili-

dades físicas. Por lo tanto, la epidemia estallaría sorpresivamente. Eso no tendría importancia a nivel de efectos eventuales, pero alertaría a la gente antes de lo esperado. Habría una gran demanda de las vacunas desarrolladas por Steve Berg y su grupo. La “A” sería ampliamente distribuida una vez manufacturada. La “B” se mantendría en reserva, suponiendo que lograrán prepararla. La “A” sería para todos, la “B” sólo para aquellas personas destinadas a sobrevivir, los que entendían de qué se trataba, o los que fueran capaces de aceptar su supervivencia y seguir avanzando con el resto de la tripulación.

Killgore negó con la cabeza. Todavía quedaba mucho por hacer y, como de costumbre, faltaba tiempo.

Clark y Stanley analizaron el operativo ni bien llegaron a los cuarteles generales. Los acompañaba Peter Covington, todavía sudoroso por su entrenamiento matutino con el Comando 1. Chávez y sus hombres recién estarían despertando luego del largo día en el continente europeo.

—Fue una situación táctica espantosa. Y Chávez tiene razón —prosiguió el mayor Covington—. Necesitamos nuestra propia tripulación de helicóptero. La misión de ayer la pedía a gritos, pero no teníamos lo que necesitábamos. Por eso tuvo que ejecutar un plan mediocre y depender de la suerte para llevarlo a buen término.

—Podría haber pedido ayuda al ejército —señaló Stanley.

—Señor, ambos sabemos que uno no confía un movimiento táctico importante a una tripulación desconocida con la que jamás ha trabajado —comentó Covington—. Tenemos que considerar inmediatamente este tema.

—Es verdad —coincidió Stanley. Miró a Clark.

—No es parte del TO y E, pero lo tendré en cuenta —aceptó Rainbow Six. ¿Cómo demonios se les había pasado por alto esa necesidad?—. OK, primero consideremos todas las clases de helicópteros que nos interesan y luego veamos si podemos conseguir pilotos duchos en esos modelos.

—Lo ideal sería un Night Stalker... pero tendríamos que llevarlo a todas partes, y para eso necesitaríamos... ¿qué? ¿Un transportador C-5 o C-17 asignado permanentemente a nosotros? —observó Stanley.

Clark asintió. La versión Night Stalker del McDonnell-Douglas AH-6 Loach había sido inventada para la Fuerza de Tareas 160, ahora denominada Regimiento Especial 160 de Operaciones Aéreas —SOAR—, con base en Fort Campbell, Kentucky. Probablemente eran los aviadores más salvajes y más locos del mundo entero, y trabajaban con hermanos aviadores de otros países selectos: los representantes de Gran Bretaña e Israel solían ser admitidos en las barracas del 160 en Campbell. En realidad, conseguir helicópteros y tripulantes asignados a Rainbow sería lo más fácil. Lo difícil sería conseguir el transporte necesario para trasladar el helicóptero. Sería casi tan difícil como es-

conder un elefante en el patio de una escuela. El Night Stalker les proporcionaría toda clase de equipos de vigilancia, un rotor silencioso especial... y *Papá Noel en su jodido trineo con sus ocho renos flacos*, pensó Clark. Jamás lo tendrían, por mucha influencia que tuviera él en Washington y Londres.

—OK, llamaré a Washington para que me autoricen a incorporar aviadores al comando. ¿Hay problema en traer algunos aviones para que jueguen un poco?

—No debería haberlo —replicó Stanley.

John miró el reloj. Tendría que esperar hasta las 9:00 hora de Washington —14:00 hora de Inglaterra— para hacer el pedido vía el director de la CIA, agencia encargada de los fondos estadounidenses destinados al Rainbow. Se preguntó cómo reaccionaría Ed Foley... a decir verdad, necesitaba que Ed les brindara su apoyo entusiasta. Bueno, no sería difícil lograrlo. Ed conocía por experiencia las operaciones de campo y era leal a la gente que arriesgaba su vida. Mejor aún, Clark haría el pedido luego de haber obtenido un resonante éxito en la misión. Generalmente era mucho mejor que hacerlo luego de un avasallante fracaso.

—OK, seguiremos con el informe del comando —Clark se levantó y fue a su oficina. Helen Montgomery había colocado la acostumbrada pila de papeles sobre su escritorio, un poco más alta que otras veces ya que incluía los esperados telegramas de agradecimiento de los austriacos. El del ministro de Justicia era particularmente elogioso.

—Gracias, señor —suspiró John, dejándolo aparte.

Lo más sorprendente de ese trabajo era la cuestión administrativa. Como comandante del Rainbow, Clark debía saber cuándo y cómo ingresaba y se gastaba el dinero, y justificar cosas tales como la cantidad de balas que disparaban sus hombres por semana. Hacía todo lo posible para delegar estas tareas sobre los hombros de Alistair Stanley y la señora Montgomery, pero siempre le quedaba una buena cantidad sobre su escritorio. Clark tenía una larga experiencia como empleado de gobierno. Y durante su época en la CIA había debido informar interminables detalles y minucias sobre las operaciones de campo para tener contentos a los funcionarios de escritorio. Pero esto superaba todo aquello y justificaba el tiempo que pasaba en el polígono de tiro. Disparar era para él una buena manera de aliviar el estrés, especialmente si imaginaba a sus torturadores burócratas en el centro de los blancos Q que perforaba con sus balas calibre .45. Justificar un presupuesto era algo nuevo y extraño para él. Si la cosa no era importante, ¿para qué otorgarle fondos? Y si era importante, ¿por qué discutir por unos miles de dólares gastados en balas? Todo era culpa de la mentalidad burocrática, por supuesto, de esa gente que se sentaba frente a un escritorio y sentía que el mundo estaba a punto de derrumbarse si no tenían todos sus papeles firmados, inicialados, estampillados y adecuadamente completos. Y si eso le causaba molestias a otros... mala suerte. Y por eso él, John Terrence Clark, agente secreto de la CIA durante más de treinta

años, leyenda viva de su agencia, estaba clavado a ese escritorio caro, tras una puerta cerrada, trabajando sobre unos papeles que cualquier contador que se preciara hubiera rechazado. Sin olvidar que, además, debía supervisar y dar su opinión sobre hechos reales, cosa a la vez más interesante y adecuada a su temperamento.

Y, para colmo, ese presupuesto no era para preocupar a nadie. Menos de cincuenta personas en total, apenas tres millones de dólares en gastos ya que cada uno recibía su sueldo militar. Por otra parte, Rainbow pagaba la vivienda de sus integrantes de sus fondos multigubernamentales. No era equitativo que los soldados estadounidenses estuvieran mejor pagados que los europeos. Eso le molestaba un poco, pero no podía hacer nada al respecto y, dado que no debían pagar gastos de vivienda —el alojamiento en Hereford no era lujoso, aunque sí muy cómodo—, nadie tenía problemas de supervivencia. La moral de las tropas era excelente. Tal como esperaba. Eran soldados de elite y eso garantizaba, invariablemente, una buena actitud... especialmente porque se entrenaban todos los días y a los soldados les gustaba tanto entrenar todos los días como las cosas para las que se entrenaban.

Habría una ligera discordia. El Comando 2 de Chávez había llevado a cabo las dos misiones y los muchachos se jactarían un poco provocando los celos del C-1 de Peter Covington, que los aventajaba un poco en la competencia comando/comando de PT y tiro. La diferencia era más pequeña que un bigote de gato, pero los hombres como ellos, más competitivos que cualquier atleta, trabajaban arduamente por ese ínfimo porcentaje, y la diferencia se constreñía en esos casos a lo que había desayunado cada uno o lo que había soñado la noche anterior. Bien, ese grado de competencia era saludable para el equipo en conjunto. Y decididamente poco saludable para aquellos que se enfrentaban a su gente.

Bill Tawney también estaba en su escritorio, analizando la información suministrada sobre los terroristas de la noche anterior. Los austríacos habían iniciado las averiguaciones con la policía federal alemana —la Bundes Kriminal Amt— antes del rescate. Las identidades de Hans Fürchtner y Petra Dortmund fueron confirmadas por huellas digitales y los investigadores de la BKA arremeterían sobre el caso a partir de esa mañana. Para comenzar, rastrearían la identidad de los que habían alquilado el auto que los había llevado a la finca Ostermann, y buscarían la casa donde vivían en Alemania —probablemente en Alemania, recordó Tawney. Los otros cuatro serían más difíciles de rastrear. Ya les habían tomado las huellas digitales y las estaban comparando en los sistemas computarizados. Tawney coincidía con la suposición inicial de los austríacos, quienes pensaban que los cuatro portalanzas eran oriundos de la ex Alemania Oriental, que aparentemente producía toda clase de aberraciones políticas: comunistas conversos que comenzaban a descubrir las alegrías del nazismo, verdade-

ros creyentes en el anterior modelo político-económico, y vulgares delincuentes que provocaban verdaderas molestias a la policía alemana.

Pero esto debía tener índole política. Fürchtner y Dortmund eran —habían sido, se corrigió Bill— verdaderos creyentes comunistas durante toda su vida. Se habían criado en la ex Alemania Occidental, en familias de clase media (como toda una generación de terroristas), y habían dedicado toda su vida activa a la perfección socialista o algo por el estilo. Y por eso habían atacado el hogar de un poderoso capitalista... ¿buscando qué?

Tawney recibió una serie de faxes recién llegados de Viena. Durante un interrogatorio de tres horas, Erwin Ostermann le había dicho a la policía que los terroristas buscaban sus “códigos especiales internos” para ingresar al mercado accionario internacional. ¿Existían esas cosas? Probablemente no, pensó Tawney... pero, ¿por qué no verificarlo? Levantó el teléfono y marcó el número de un viejo amigo, Martin Cooper, un ex Six que ahora trabajaba en el espantoso edificio de Lloyd’s en el distrito financiero de Londres.

—Cooper —dijo una voz.

—Martin, habla Bill Tawney. ¿Cómo te sientes en esta mañana lluviosa?

—Muy bien, Bill, y tú... ¿qué estás haciendo?

—Todavía sigo trabajando para la reina, viejo. Nuevo empleo, muy secreto, lamentablemente.

—¿En qué puedo ayudarte, viejo?

—En realidad, tengo una pregunta bastante estúpida. ¿Hay códigos internos en el mercado accionario internacional? ¿Códigos especiales y esas cosas?

—Ojalá los hubiera, Bill. Nos facilitarían muchísimo el trabajo —replicó el ex jefe de estación de ciudad de México y otros puestos menores del Servicio Secreto de Inteligencia británico—. ¿A qué te refieres exactamente?

—No estoy seguro, pero surgió el tema.

—Bueno, a cierto nivel la gente tiene relaciones personales y con frecuencia intercambia información importante, pero entiendo que te refieres a algo más estructurado. ¿Una especie de red interna de mercado o algo por el estilo?

—Sí, esa es la idea.

—Si existiera, la han mantenido en secreto para todos nosotros, viejo. ¿Conspiración internacional? —bromeó Cooper—. Y, ya sabes, este es un mundillo chismoso. Todo el mundo se mete en los negocios ajenos.

—¿Entonces no existe nada semejante?

—No que yo sepa, Bill. Los desinformados creen que sí, por supuesto, pero en realidad no existe, a menos que hayan sido ellos quienes asesinaron a John Kennedy —agregó Cooper de mala gana.

—Eso mismo pensaba yo, Martin, pero necesitaba verificarlo. Gracias, amigo.

—Bill, ¿tienes alguna idea de quiénes atacaron a Ostermann en Viena?

—Por el momento no. ¿Lo conoces?

—Mi jefe lo conoce. Yo lo vi una vez. Parece un tipo decente... y muy inteligente además.

—Lo único que sé es lo que vi esta mañana por la tele —no era del todo mentira y, en cualquier caso, Martin comprendería.

—Bien, me saco el sombrero ante los que llevaron a cabo el rescate. Me huelen a SAS.

—¿En serio? Bien, no sería para asombrarse, ¿no?

—Supongo que no. Me alegra que hayas llamado, Bill. ¿Qué te parece si vamos a cenar juntos una de estas noches?

—Me encantaría. Te llamaré la próxima vez que vaya a Londres.

—Excelente. Felicitaciones.

Tawney colgó. Aparentemente, Martin se había colocado bien luego de ser despedido de su puesto Six debido a la reducción de personal provocada por el fin de la Guerra Fría. Bueno, era de esperar. *Los desinformados creen que sí*, pensó Tawney. Sí, tenía sentido. Fürchtner y Dortmund eran comunistas y no podían confiar ni creer en el libre mercado. En su universo, la gente sólo podía enriquecerse engañando, explotando y conspirando con otros de su clase. ¿Y qué significaba eso...?

¿Por qué habían atacado la casa de Erwin Ostermann? Era imposible robarle. No guardaba su dinero en efectivo o en lingotes de oro. El suyo era dinero electrónico, teórico, que existía en la memoria de las computadoras y viajaba por las líneas telefónicas. Y eso era imposible de robar, ¿verdad?

No, lo que tenía un hombre como Ostermann era *información*, la fuente última del poder, por etérea que fuese. ¿Dortmund y Fürchtner estaban dispuestos a matar para conseguirla? Aparentemente sí, ¿pero eran acaso la clase de gente que podía utilizar esa información? No, imposible, pues de haberlo sido hubieran sabido que aquello que buscaban no existía.

Alguien los contrató, pensó Tawney. Alguien los envió a cumplir esa misión. ¿Pero quién?

¿Y con qué propósito? Esa pregunta era más acertada, y tal vez le proporcionara la respuesta a la primera.

Un momento, se dijo. Si alguien los había contratado para el trabajo, ¿quién era? Obviamente alguien vinculado con la vieja red terrorista, alguien que sabía dónde estaban y a quien ellos conocían y en quien hasta cierto punto confiaban, al menos lo suficiente para arriesgar sus vidas. Pero Fürchtner y Dortmund habían sido comunistas ideológicamente puros. Sus relaciones debían pertenecer al mismo palo, y ciertamente no habrían confiado ni recibido órdenes de alguien de diferente matiz político. ¿Y cómo, si no, hubiera podido esta hipotética persona saber dónde estaban y contactarlos, ganar su confianza y encomendarles una misión fatal en busca de algo que en realidad no existía...?

¿Un funcionario superior?, se preguntó Tawney, exprimiendo su mente para obtener mayor información de la que tenía. Alguien con las mismas inclinaciones o creencias políticas, capaz de darles órdenes, o al menos de motivarlos a hacer algo peligroso.

Necesitaba más información, y utilizaría sus contactos SAS y policiales para conocer todos los avances de la investigación austriaco/alemana. Para empezar, llamó a Whitehall para conseguir la traducción completa de las entrevistas de todos los rehenes. Tawney había sido oficial de inteligencia durante mucho tiempo y empezaba a picarle la nariz.

—No me gustó tu plan de rescate, Ding —dijo Clark en el gran salón de conferencias.

—A mí tampoco, Mr. C., pero sin helicóptero no tuve mucha opción, ¿no le parece? —replicó Chávez con cierto aire de legitimidad—. Pero eso no es lo que más me preocupa.

—¿Y qué es, entonces? —preguntó John.

—Noonan me lo hizo notar. Cada vez que vamos a un lugar, hay muchísima gente en los alrededores... público, periodistas, camarógrafos, curiosos, etc. ¿Qué pasaría si uno de ellos tuviera un teléfono celular y llamara a los chicos malos para decirles lo que está pasando afuera? Muy simple y muy posible, ¿no cree? Estaríamos perdidos... y algunos rehenes también.

—Tendríamos que poder resolverlo de algún modo —dijo Tim Noonan—. Es la manera de funcionar del celular. Emite una señal para informarle a la central que está allí y encendido, de modo tal que los sistemas de computación puedan enviarle las llamadas. OK, podemos conseguir instrumentos para leer esa señal y tal vez para bloquearla... tal vez incluso clonar el celular de los chicos malos, rastrear la llamada y atrapar a los bastardos de afuera, ¿no? Pero necesito ese *software*, y lo necesito ya.

—¿David? —Clark miró fijamente a David Peled, el genio tecnológico israelí.

—Puede hacerse. Espero que ese tipo de tecnología ya exista en la NSA o en otra parte.

—¿Y en Israel? —preguntó Noonan, no sin suspicacia.

—Bueno... sí, tenemos esa clase de cosas.

—Consígalas —ordenó Clark—. ¿Quiere que llame personalmente a Avi?

—Eso ayudaría bastante.

—De acuerdo, necesito el nombre y las especificaciones del equipo. ¿Es muy difícil entrenar a los operadores?

—No mucho —admitió Peled—. Tim podría hacerlo fácilmente.

Gracias por el voto de confianza, pensó Noonan. La observación del israelí evidentemente no le causaba gracia.

—Volvamos al operativo —ordenó Clark—. ¿En qué estabas pensando, Ding?

Chávez se irguió en la silla. No sólo se estaba defendiendo: también estaba defendiendo a su gente.

—Principalmente en que no quería perder ningún rehén, John. Bellow nos dijo que debíamos tomar a esos dos muy en serio y se acerca-ba el plazo del ultimátum. OK, la misión es, a mi modesto entender, *no* perder rehenes. Entonces, cuando nos hicieron saber que querían escapar en helicóptero, todo fue cuestión de darles lo que pedían, con un pequeño extra. Dieter y Homer hicieron su trabajo a la perfección. Lo mismo que Eddie y el resto de los tiradores. Lo más difícil fue el acercamiento de Louis y George a la casa para eliminar al último grupo. Hicieron un buen trabajo ninja y llegaron sin que nadie los viera —prosi-guió Chávez, señalando a Loiselle y Tomlinson—. Ésa fue la parte más peligrosa de la misión. Los pusimos en un sector iluminado y el camuflaje funcionó. Si los chicos malos hubieran usado NGV, bueno, en ese caso habríamos tenido problemas, pero la iluminación adicional de los árboles (me refiero a los reflectores de la policía local) hubiera funcionado como interferencia. Los NGV fallan bastante si uno les pone luz en el camino. Fue una apuesta —admitió Ding—, pero me pareció mucho mejor eso que ver cómo le volaban la cabeza a un rehén mientras nosotros conversábamos acerca de una posible estrategia en el punto de reunión. Ésa es la misión, Mr. C., y yo fui el comandante in situ. Hice lo que creí más conveniente —No añadió que lo más conveniente había funcionado.

—Ya veo. Bien, todos dispararon muy bien, y Loiselle y Tomlinson hicieron muy bien su parte sin ser detectados —dijo Alistair Stanley desde su silla, ubicada frente a la de Clark—. No obstante...

—No obstante, necesitamos helicópteros para casos como éste. ¿Cómo diablos se nos pasó por alto esa necesidad? —protestó Chávez.

—Es culpa mía, Domingo —admitió Clark—. Hoy mismo voy a ocuparme de eso.

—No obstante, logramos salir adelante —Ding se despezó en su silla—. Mis tropas sacaron adelante la misión, John. Con muy mala base, pero logramos hacerlo. La próxima vez, sería mejor que las cosas fueran menos violentas —admitió—. Pero si el doc me dice que los mu-chachos malos están realmente decididos a matar a alguien, la sola posibilidad pide a gritos una acción decisiva, ¿no les parece?

—Depende de la situación, sí —respondió Stanley.

—¿Qué significa eso, Al? —preguntó Chávez de mal modo—. Necesitamos mejores lineamientos de misión. Necesito que me lo digas con todas las letras. ¿Cuándo debo permitir que maten a un rehén? ¿La edad o el sexo del rehén entran en la ecuación? ¿Y si alguien ataca un jardín de infantes o la maternidad de un hospital? No pretendan que ignoremos factores humanos como estos. OK, entiendo que no pueden hacer planes para cada posibilidad y que, como comandantes de campo, Peter y yo debemos juzgar lo más conveniente en cada caso. Pero mi

inalienable posición es impedir la muerte de un rehén si puedo hacerlo. Si eso implica correr riesgos... bueno, es una probabilidad contra una certeza, ¿verdad? En casos como éstos uno corre el riesgo, ¿no?

—Dr. Bellow —preguntó Clark—, ¿hasta qué punto confía en su evaluación del estado mental de los terroristas?

—Mucho. Eran experimentados. Habían pensado muy bien la misión y, en mi opinión, estaban decididos a matar rehenes para mostrar su resolución —replicó el psiquiatra.

—¿Entonces o ahora?

—Ahora y entonces —dijo Bellow con seguridad—. Eran dos sociópatas políticos. La vida humana no significa mucho para esa clase de personalidades. Son sólo fichas de poker para apostar sobre la mesa.

—OK, ¿pero qué hubiera pasado si detectaban a Tomlinson y Loïselle acercándose?

—Probablemente habrían matado un rehén, congelando la situación durante unos minutos.

—Y, en ese caso, mi plan era atacar la casa desde el ala este y eliminarlos lo más pronto posible —intervino Chávez—. La mejor estrategia es descender en hilera desde los helicópteros y arrasarlo el lugar como un tornado de Kansas. Eso también es peligroso —admitió—. Pero no estamos tratando con los tipos más razonables del mundo, ¿no les parece?

A los miembros jerárquicos del Rainbow no les gustaba esa clase de discusión porque les recordaba que, por muy buenos que fueran sus soldados, no eran dioses ni superhombres. Hasta el momento habían enfrentado dos atentados, ambos resueltos sin víctimas civiles. Eso había producido cierta complacencia mental en el comando, posteriormente exacerbada por el hecho de que el Comando 2 había realizado un operativo perfecto en circunstancias tácticas adversas. Entrenaban a sus hombres para ser superhombres, especímenes de perfección olímpica, soberbiamente expertos en el uso de armas y explosivos y, más que nada, mentalmente preparados para la destrucción rápida de vida humana.

Los integrantes del C-2 sentados en torno a la mesa miraban a Clark con expresión neutra y tomaban sus comentarios con notable ecuanimidad porque la noche anterior, aun sabiendo que el plan era osado y peligroso lo habían ejecutado, y estaban comprensiblemente orgullosos de sí mismos por haber hecho algo tan difícil y salvado a los rehenes. Pero Clark estaba cuestionando la capacidad del líder del comando y eso tampoco les gustaba. Para los ex miembros del SAS, la respuesta era tan simple como el antiguo lema de su regimiento: “el que se atreve, gana.” Ellos se habían atrevido y habían ganado. Y el marcador indicaba Cristianos diez, Leones cero. El único insatisfecho era el sargento primero Julio Vega. El “Oso” llevaba la ametralladora, arma que no había entrado en juego. Los rifleros estaban muy contentos consigo mismos, igual que los chicos de las armas livianas. Él había estado a pocos metros de Weber, listo para cubrirlo si uno de los malos tenía

suerte y lograba escapar. En ese caso, lo hubiera partido en dos con su M-60... ya que Vega era uno de los mejores tiradores de la base. Los demás habían matado y él no había podido jugar. Su conciencia religiosa le remordía un poco por pensar de esa manera, obligándolo a gruñir y suspirar cuando estaba solo.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —preguntó Chávez—. ¿Cuáles son nuestros lineamientos estratégicos en caso de que los terroristas estén a punto de matar a un rehén?

—La misión sigue siendo salvar a los rehenes, en cuanto sea posible —replicó Clark luego de pensarlo unos segundos.

—¿Y el líder del comando decide qué es posible y qué no?

—Correcto —confirmó Rainbow Six.

—Entonces estamos de vuelta donde empezamos, John —señaló Ding—. Y eso significa que Peter y yo tenemos toda la responsabilidad... y recibimos todas las críticas si a alguien no le gusta lo que hacemos —hizo una pausa—. Entiendo la responsabilidad que implica ser el comandante en acción, pero sería bueno contar con un respaldo más firme, ¿sabe? Tarde o temprano cometeremos errores allá afuera. Lo sabemos. No nos gusta, pero lo sabemos. De todos modos, quiero decirle aquí y ahora, John, que a mi entender la misión es preservar vidas inocentes, y estoy decidido a cumplirla hasta las últimas consecuencias.

—Estoy de acuerdo con Chávez —dijo Peter Covington—. Ésa debe ser nuestra posición definitiva.

—Jamás dije que no lo fuera —dijo Chávez, repentinamente furioso. El problema era que podían presentarse situaciones en las que no fuera posible salvar una vida... pero entrenarse para esas situaciones era difícil, sino directamente imposible, porque todos los atentados terroristas que deberían resolver serían tan diferentes como los terroristas mismos y los lugares escogidos por ellos. Por lo tanto, *tenía que confiar* en Chávez y Covington. Más allá de eso, podía preparar simulacros que los obligaran a pensar y actuar, con la esperanza de que les sirvieran en la práctica. Era mucho más fácil trabajar para la CIA, pensó Clark. Allí era él quien tomaba la iniciativa y casi siempre elegía el tiempo y el lugar adecuados para actuar. Sin embargo, el Rainbow era un comando reactivo que respondía a la iniciativa ajena. Ese simple hecho lo forzaba a entrenar duramente a sus hombres, de modo tal que la destreza adquirida compensara la desigualdad táctica. Y el método ya había funcionado dos veces. ¿Pero seguiría funcionando?

Para empezar decidió que, de allí en más, un miembro jerárquico de Rainbow acompañara a los comandos para respaldar —o contradecir— in situ las decisiones de los comandantes. Por supuesto que no les gustaría tener un vigilante a sus espaldas, pero no había manera de evitarlo. Dio por terminada la reunión y llamó a Al Stanley a su oficina para exponerle su idea.

—Me parece bien, John. ¿Pero quiénes van a acompañarlos?

—Por el momento, tú y yo.

—Muy bien. Tiene lógica... después de todo tenemos mucho entrenamiento físico y práctica de tiro. Sin embargo, Domingo y Peter podrían sentirse un poco invadidos.

—Los dos saben cumplir órdenes... y acudirán a pedirnos consejo sólo cuando sea necesario. Todo el mundo lo hace. Yo también lo hice cuando tuve la oportunidad —lo cual no había sucedido muy a menudo, aunque John recordaba haber deseado fervientemente que sucediera.

—Estoy de acuerdo con tu propuesta, John —dijo Stanley—. ¿Cuándo escribiremos el pedido?

—Hoy mismo —asintió Clark.

CAPÍTULO 9

CAZADORES OCULTOS

—Puedo hacerlo, John —dijo el director de la CIA—. No obstante, tendré que hablar con el Pentágono.

—Hoy mismo si fuera posible, Ed. Realmente lo necesitamos. Me equivoqué al no considerarlo antes. Fue una omisión grave —agregó Clark humildemente.

—A veces pasa —observó Foley—. De acuerdo, déjame hacer unas llamadas y volvamos a hablar más tarde —cortó la comunicación y pensó unos segundos. Luego escaneó su rolodex y encontró el número de CINC-SNAKE, como lo llamaban en broma. El comandante en jefe del Comando de Operaciones Especiales de la Base MacDill de la Fuerza Aérea en las afueras de Tampa, Florida, era el jefe de todos los “comevíboras”: comando para operaciones especiales del que Rainbow había extraído sus miembros estadounidenses. El general Sam Wilson dirigía todo desde su escritorio, lugar en el que no se hallaba particularmente a gusto. Se había iniciado como conscripto y había optado por el entrenamiento aéreo; luego había pasado a las Fuerzas Especiales (abandonándolas para graduarse en Historia en la Universidad de Carolina del Norte), y finalmente había regresado al ejército como teniente segundo, ascendiendo rápidamente de rango. Muy juvenil para sus cincuenta y tres años, ostentaba cuatro estrellas relucientes sobre los hombros y estaba a cargo de un comando unificado multiservicial que incluía miembros de todos los servicios armados... todos ellos expertos en cocinar víboras a fuego lento.

—Hola, Ed —dijo el general, atendiendo la llamada por línea segura—. ¿Qué anda pasando en Langley? —La comunidad de operaciones especiales estaba muy próxima a la CIA y con frecuencia le proveía inteligencia y/o fuerza bruta para las operaciones más difíciles.

—tengo un pedido del Rainbow —dijo Foley.

—¿Otro más? Ya arrasaron mis unidades, ¿sabías?

—Todo sea para bien. Ayer estuvieron en Austria.

—Se vio muy bien por TV —admitió Wilson—. ¿Tendré información adicional? —Se refería a información sobre la identidad de los terroristas.

—Te enviaré todo el paquete en cuanto esté disponible, Sam —prometió Foley.

—OK. ¿Y qué anda necesitando nuestro muchachito?

—Aviadores, tripulación de helicóptero.

—¿Sabes cuánto tiempo lleva entrenar a esa gente, Ed? Dios santo, también es muy caro mantenerlos.

—Ya lo sé, Sam —aseguró Foley—. Los británicos también tendrán que ponerse. Conoces a Clark. No los pediría si no los necesitara.

Wilson tuvo que admitir que, sí, conocía a John Clark. En cierta oportunidad —mucho tiempo y varios presidentes atrás— había evitado el fracaso de una misión y salvado a un grupo de soldados en el proceso. Ex SEAL de la Armada, según la Agencia, con una sólida colección de medallas e importantes logros a su favor. Y el Rainbow ya tenía dos ases en la manga.

—OK, Ed. ¿Cuántos?

—Por ahora uno, pero que sea bueno de verdad.

El “por ahora” preocupó un poco a Wilson, pero...

—OK, te llamaré más tarde.

—Gracias, Sam.

Una de las mejores cosas de Wilson, pensó Foley, era que no jugaba con el tiempo. Cuando decía “ahora mismo” cumplía su palabra aunque se le viniera el techo encima.

Chester duraría menos de lo que había pensado Killgore. Los análisis de funcionamiento hepático caían en picada a toda velocidad, más rápido de lo que había visto nunca... o leído en los libros de medicina. Su piel estaba amarilla (como un limón claro) y floja sobre la musculatura flácida. La respiración también era bastante preocupante, en parte debido a la importante dosis de morfina que le estaba administrando para mantenerlo inconsciente o al menos atontado. Killgore y Barbara Archer querían tratarlo lo más agresivamente posible para ver si existía alguna modalidad de tratamiento contra Shiva, pero el estado de Chester era tan grave que ningún tratamiento podría superar sus problemas físicos preexistentes y el Shiva.

—Dos días —dijo Killgore—. Tal vez menos.

—Lamentablemente tienes razón —coincidió la Dra. Archer. Tenía toda clase de ideas para manejar la situación, desde los convencionales (y casi con seguridad inútiles) antibióticos hasta el Interleukin-2, que algunos pensaban que podía tener aplicación clínica en casos como éste. Por supuesto que la medicina moderna todavía debía vencer numerosas enfermedades virales, pero muchos pensaban que apoyar el sistema inmunológico del cuerpo desde una dirección podía tener el efecto de ayudarlo en otra, y actualmente el mercado estaba colmado de nuevos y poderosos antibióticos sintéticos. Tarde o temprano, alguien descubriría la bala mágica contra las enfermedades virales. Pero todavía no—. ¿Potasio? —preguntó luego de considerar las perspectivas del paciente y el escaso sentido de brindarle cualquier clase de tratamiento. Killgore se encogió de hombros.

—Supongo. Prueba si quieres —respondió, señalando el gabinete de medicinas del rincón.

La Dra. Archer se acercó, sacó una jeringa descartable de 40 cc de su envase plástico, insertó la aguja en un recipiente de vidrio que contenía una solución de potasio y agua, y llenó la jeringa. Luego volvió a la cama e insertó la aguja en el goteo, empujando con fuerza el émbolo para que el paciente recibiera de inmediato el químico letal. Le llevó unos segundos, más de lo que hubiera tardado inyectando directamente una vena importante, pero Archer no quería tocar al paciente más de lo necesario, ni siquiera con guantes. No tenía importancia. La respiración de Chester dentro de la máscara transparente de oxígeno pareció vacilar. Luego recomenzó, se detuvo apenas, adoptó un ritmo irregular durante unos segundos, y finalmente se detuvo. El pecho del enfermo bajó y no volvió a subir. Tenía los ojos semiabiertos, como los de un hombre adormecido o shockeado, dirigidos hacia ella pero sin mirarla. Los cerró por última vez. La Dra. Archer tomó su estetoscopio y lo apoyó sobre el pecho del alcohólico. Cero sonido. Archer se levantó, se quitó el estetoscopio y lo guardó en el bolsillo.

Hasta nunca, Chester, pensó Killgore.

—OK —dijo ella, como si nada hubiera pasado—. ¿Los demás presentan síntomas?

—Todavía no. Sin embargo, los análisis de anticuerpos dieron positivo —replicó Killgore—. Dentro de una semana a más tardar veremos síntomas claros, espero.

—Necesitamos un grupo de sujetos sanos —dijo Barbara Archer—. Esta gente está demasiado... demasiado enferma para ser punto de referencia de Shiva.

—Eso conllevaría ciertos riesgos.

—Lo sé —aseguró Archer—. Y tú sabes que necesitamos mejores sujetos experimentales.

—Sí, pero los riesgos son graves —observó Killgore.

—Ya lo sé —replicó Archer.

—OK, Barb, adelante. No voy a oponerme. ¿Quieres ocuparte de Chester? Tengo que ver a Steve.

—Bueno —Fue hasta la pared, levantó el teléfono y marcó tres dígitos para llamar a los ordenanzas.

Por su parte, Killgore fue al vestuario. Primero se detuvo en la cámara de descontaminación, pulsó el enorme botón cuadrado rojo y esperó que la maquinaria lo asperjara desde todas direcciones con la solución antiséptica inmediata y absolutamente letal para el virus Shiva. Luego entró al vestuario propiamente dicho, se quitó el traje plástico azul, lo arrojó en el cesto para su posterior y más exhaustiva descontaminación —en realidad innecesaria, pero la gente del laboratorio se sentía más cómoda si lo hacía—, y vistió un uniforme verde de cirujano. Antes de salir, se puso un guardapolvo blanco de laboratorio. El próximo paso sería la oficina de Steve Berg. Ni Barb ni él lo habían dicho en

voz alta todavía, pero todos se sentirían mucho mejor si descubrieran una vacuna eficaz contra Shiva.

—Hola, John —dijo Berg al ver entrar a su colega.

—Buen día, Steve —respondió Killgore—. ¿Cómo andan las vacunas?

—Bueno, ya tenemos la “A” y la “B” en marcha —Berg señaló las jaulas de los monos al otro lado del vidrio—. La tanda “A” tiene etiqueta amarilla. La de la “B” es azul, y la del grupo de control roja.

Killgore echó un vistazo. Había veinte de cada una, sesenta monos rhesus en total. Preciosos diablillos.

—Me parece lamentable utilizar animales —comentó.

—A mí tampoco me gusta, pero así son las cosas, amigo mío —ninguno de los dos era el feliz dueño de un abrigo de piel.

—¿Cuándo esperas tener resultados?

—Oh, entre cinco y siete días para el grupo “A”. De nueve a catorce para el grupo de control. Y en cuanto al grupo “B”... bueno, tenemos esperanzas, por supuesto. ¿Cómo va lo tuyo?

—Hoy perdimos uno.

—¿Tan rápido? —preguntó Berg, un tanto perturbado por la noticia.

—Tenía el hígado a la miseria. Eso es algo que no hemos considerado del todo. Allá afuera habrá muchísima gente sumamente vulnerable a nuestro amiguito.

—Podrían ser canarios, viejo —se lamentó Berg, pensando en los pájaros cantores que prevenían a los mineros contra la rareza del aire—. Y aprendimos a tratar con eso hace dos años, ¿recuerdas?

—Ya sé —en realidad, de allí había salido la idea. Pero ellos lo harían mucho mejor que los extranjeros—. ¿Cuál es la diferencia en tiempo entre los humanos y nuestros amiguitos peludos?

—Bueno, no olvides que no utilicé aerosol con ninguno de estos. Estamos probando una vacuna, no una infección.

—De acuerdo, creo que convendría hacer una prueba de aerosol. Entiendo que has mejorado el método de envasado.

—Maggie quiere que lo haga. OK. Tenemos monos de sobra. Puedo resolverlo en dos días: un test completo del sistema inmunitario.

—¿Con y sin vacunas?

—Puedo hacerlo —asintió Berg. *Ya tendrías que haberlo hecho, idiota*, pensó Killgore. Berg era inteligente pero no veía más allá de los límites de sus microscopios. Bueno, nadie era perfecto, ni siquiera allí—. No me gusta andar por ahí matando animales, John —le aclaró Berg a su colega médico.

—Comprendo, Steve, pero por cada uno que matemos con el experimento Shiva salvaremos miles en estado salvaje, ¿recuerdas? Y los cuidas muy bien mientras están aquí —agregó. Los animales de prueba llevaban una vida idílica en jaulas cómodas o incluso en grandes áreas comunales donde la comida era abundante y el agua transparente. Los monos tenían mucho lugar, con símiles de árboles para treparse, tem-

peratura ambiente semejante a la de su nativa África y sin predadores amenazantes. Igual que en las cárceles humanas, los condenados recibían comidas saludables de acuerdo con sus derechos constitucionales. Pero a los tipos como Steve Berg seguía sin gustarles, por muy importante e indispensable que fuera para el objetivo final. Killgore se preguntó si su amigo lloraría de noche por las bellas criaturas de ojos pardos. Ciertamente, Chester no le interesaba en lo más mínimo... excepto porque podía representar un canario, por supuesto. A decir verdad, esa posibilidad podría arruinar cualquier cosa... y precisamente por eso estaban desarrollando la vacuna "A".

—Sí —admitió Berg—. No obstante, me sigo sintiendo una mierda.

—Tendrías que visitar mi sector —comentó Killgore.

—Tal vez —respondió Berg sin mucha convicción.

El vuelo nocturno había salido del aeropuerto internacional Raleigh-Durham en Carolina del Norte, a una hora de Fort Bragg. El Boeing 757 aterrizó bajo la llovizna para iniciar un carreteo casi tan largo como el vuelo mismo... o al menos así les pareció a los pasajeros que finalmente llegaron a la puerta de US Airways en la Terminal 3 de Heathrow.

Chávez y Clark habían ido a esperarlo. Estaban vestidos de civil y Domingo llevaba un cartel con la palabra "MALLOY". El cuarto pasajero en descender (vestía uniforme color oliva con alas doradas) clavó sus ojos azul grisáceo en el cartel y avanzó hacia ellos arrastrando su valija de tela.

—Encantado —los saludó el teniente coronel Daniel Malloy—.

¿Quiénes son ustedes?

—John Clark.

—Domingo Chávez —Apretones de manos—. ¿Tiene más valijas?

—preguntó Ding.

—Sólo tuve tiempo para empacar esto. Adelante, muchachos —replicó Malloy.

—¿Necesita una mano? —le preguntó Chávez a un hombre treinta centímetros más alto y veinte kilos más pesado que él.

—No hay problema —le aseguró el *marine*—. ¿A dónde vamos?

—El helicóptero nos está esperando. El coche está por aquí —Clark salió por una puerta lateral y bajó la escalera hasta el vehículo. El chofer guardó la valija de Malloy en el baúl e inició el viaje de media milla hasta el helicóptero Puma del ejército británico.

Malloy miró a su alrededor. Era un día feo para volar: las nubes estaban bajas y la llovizna había aumentado un poco. Pero nadie diría de él que era un aviador temeroso. Entraron a la parte de atrás del helicóptero. Observó los movimientos de la tripulación, el encendido de los motores, la lectura del itinerario. Cuando el rotor empezó a girar, pidieron señal de despegue. Tardó varios minutos en llegar. Había demasiada actividad en Heathrow, montones de vuelos internacionales

llegaban cargados de empresarios y hombres de negocios en plan de trabajo. Finalmente el Puma despegó, ganó altura y voló en dirección indeterminada. En ese momento, Malloy decidió hablar por el intercom.

—¿Alguien me haría el favor de decirme qué diablos está pasando aquí?

—¿Qué le dijeron ellos?

—Empaque suficientes calzoncillos para una semana —replicó Malloy con un guiño cómplice.

—Hay una tienda bastante buena cerca de la base.

—¿Hereford?

—Buena puntería —respondió Chávez—. ¿Ya estuvo allí?

—Muchísimas veces. Reconocí esas encrucijadas de allá abajo por otros vuelos. OK, ¿de qué se trata?

—Probablemente trabajará con nosotros —dijo Clark.

—¿Quiénes son “nosotros”, señor?

—Nos llamamos Rainbow, y no existimos.

—¿Viena? —preguntó Malloy por el intercom. La manera de parpadear de ambos bastó para responderle—. Claro, aquello parecía demasiado jugado para la policía. ¿Quiénes forman el comando?

—Gente de la OTAN, estadounidenses y británicos principalmente, pero también de otras nacionalidades, más un israelí —le informó John.

—¿Y empezaron a trabajar sin helicópteros?

—OK, maldita sea, lo pasé por alto, ¿está claro? —observó Clark—. Soy nuevo en esto.

—¿Qué es eso que tiene en el antebrazo, Clark? Oh, ¿cuál es su rango?

John se remangó el saco y le enseñó el tatuaje rojo.

—Soy un dos estrellas ficticio. Y Ding es un mayor ficticio.

El *marine* examinó brevemente el tatuaje.

—Escuché hablar de éstos, pero jamás había visto uno. Tercer Grupo de Operaciones Especiales, ¿no? Conocí a un tipo que trabajó con ellos.

—¿Quién?

—Dutch Voort, retirado hace cinco o seis años con todos los honores.

—¡Dutch Voort! Carajo, hacía tiempo que no escuchaba ese nombre —replicó Clark en el acto—. Una vez nos derribaron.

—A usted y a muchos otros. Era un gran aviador, pero tenía mala suerte.

—¿Y a usted cómo lo trata la suerte, coronel? —preguntó Chávez.

—Muy bien, hijito, muy bien —le aseguró Malloy—. Y puedes llamarme Oso.

El apodo le quedaba a medida. Tenía la misma estatura que Clark y era robusto, como si reventara barriles a puñetazos para divertirse y luego bebiera enormes cantidades de cerveza. Chávez pensó en su amigo Julio Vega, otro amante del peso pesado. Clark estudió sus meda-

llas. La DFC tenía dos racimos, igual que la Estrella de Plata. La condecoración de hierro también proclamaba que Malloy era un experto tirador. A los *marines* les gustaba disparar para divertirse y demostrar que eran hábiles con los rifles. En el caso de Malloy, la condecoración indicaba que había llegado al nivel más alto. Pero no tenía medallas de Vietnam, observó Clark. Bueno, tal vez fuera demasiado joven... (otra manera de comprobar que él estaba envejeciendo). Vio que Malloy tenía edad suficiente para tener mayor rango. Uno de los problemas de las operaciones especiales era que los soldados no obtenían las promociones que merecían... lo que no era un inconveniente para los militares pero sí para los oficiales comisionados.

—Empecé en búsqueda y rescate, luego me uní a los *marines* de reconocimiento, ya saben: adentro, afuera, adentro, afuera. Hay que tener mano para eso. Supongo que yo tengo.

—¿Y qué vuela actualmente?

—H-60, Hueys, por supuesto, y H-53. Apuesto a que no tienen nada de eso, ¿me equivoco?

—Lamentablemente no —respondió Chávez, inmediata y obviamente desilusionado.

—El Escuadrón 24 de Operaciones Especiales de la Fuerza Aérea en Mildenhall tiene el MH-60K y el MH-53. Si los consiguen, en seguida me pondré a tono con ellos. Forman parte del Ala Primera de Operaciones Especiales y, la última vez que chequeé, tenían base aquí y en Alemania.

—¿Está bromeando? —preguntó Clark.

—No estoy bromeando, general ficticio, señor. Conozco al comandante del ala, Stanislas Dubrovnik, Stan el Man. Gran piloto de helicóptero. Es el mejor de los amigos cuando uno está en apuros.

—Lo tendré presente. ¿Qué otra cosa sabe volar?

—El Night Stalker, por supuesto, pero no hay muchos por aquí. Ninguno que yo sepa —El Puma giró en círculo e inició el descenso sobre el helipuerto de Hereford. Malloy observó el trabajo del piloto y decidió que era competente, al menos para situaciones simples—. No estoy técnicamente al tanto del MH-47 Chinook —sólo podemos especializarnos oficialmente en tres clases de pájaros— y, si es por eso, tampoco estoy técnicamente al tanto del Huey... pero yo nací en un Huey, general, no sé si me entiende. Y puedo manejar el MH-47 si tengo que hacerlo.

—Mi nombre es John, Mr. Oso —dijo Clark con una sonrisa. Siempre había sido capaz de reconocer a un profesional con sólo verlo.

—Yo soy Ding. Alguna vez fui 11-Bravo, pero la CIA me raptó. Por culpa de él —dijo Chávez—. Hace tiempo que trabajamos juntos.

—Supongo que podrán ponerme al tanto de todo, entonces. Me sorprende que no nos hayamos conocido antes, muchachos. De vez en cuando tuve que trasladar agentes encubiertos, no sé si me entienden.

—¿Trajo su paquete? —preguntó Clark, aludiendo a su archivo personal.

Malloy palmeó la valija.

—Sí, señor, y está escrito de manera muy creativa, si me permite decirlo.

El helicóptero tocó tierra. El jefe de la tripulación saltó y abrió las puertas deslizantes. Malloy agarró su valija, bajó de un salto y enfiló hacia el Rover estacionado al borde del helipuerto. El chofer (un cabo) recibió la valija de Malloy y la arrojó en la parte de atrás. Malloy comprobó que la hospitalidad británica no había cambiado demasiado. Devolvió el saludo y entró al Rover. La lluvia iba en aumento. El clima británico tampoco había cambiado, pensó. Era un pésimo lugar para volar en helicóptero, aunque no tan malo si uno quería acercarse sin ser visto, y después de todo eso no era tan espantoso, ¿verdad? El jeep los llevó a un edificio que parecía más un cuartel general que una casa de huéspedes. Fuera lo que fuese, evidentemente estaban en un apuro.

—Linda oficina, John —dijo Malloy—. Supongo que realmente es un dos estrellas ficticio.

—Soy el jefe —admitió Clark— y con eso basta. Siéntese. ¿Café?

—Siempre —confirmó Malloy, bebiendo la primera taza—. Gracias.

—¿Cuántas horas? —preguntó Clark.

—¿En total? Sesenta-siete-cuarenta-dos la última vez que sumé. El treinta y uno por ciento son operaciones especiales. Y, ah, aproximadamente quinientas horas de combate.

—¿Tantas?

—Grenada, Líbano, Somalia, un par de lugares más... y la Guerra del Golfo. Pesqué cuatro grupos y los rescaté con vida durante esa pequeña riña de gallos. Uno de ellos fue bastante excitante —concedió Malloy— pero tuve un poco de ayuda de arriba. Ya saben, el trabajo se vuelve aburrido si uno lo hace bien.

—Tendré que pagarle una cerveza, Mr. Oso —dijo Clark—. Siempre me gustó ser amable con los chicos SAR.

—Y yo jamás rechacé una cerveza gratis. Los británicos del comando, ¿son ex SAS?

—En su mayoría. ¿Ya trabajó con ellos?

—Sólo en prácticas, aquí y en Bragg. Son muy buenos, están a la altura de la Fuerza de Reconocimiento y de mis compañeros en Bragg —Clark sabía que era un comentario generoso, aunque los británicos tomarían a mal cualquier tipo de comparación—. Como sea, supongo que necesitan un chico que haga el reparto, ¿no?

—Algo así. Ding, me gustaría informar a Mr. Oso sobre las últimas operaciones.

—Entendido, Mr. C. —Chávez desplegó una enorme foto del *Schloss Ostermann* sobre la mesa de conferencias de Clark e inició su informe. Unos minutos después, Stanley y Covington se unieron al grupo.

—Sí —dijo Malloy cuando concluyó la explicación—. Realmente necesitaban un tipo como yo para eso, muchachos —Hizo una pausa—.

Lo mejor hubiera sido un despliegue con soga y dejar tres o cuatro en el techo... exactamente... aquí —señaló un punto en la foto—. El techo plano habría facilitado las cosas.

—Eso mismo pensaba yo. No tan fácil como un descenso en hilera, pero probablemente más seguro —coincidió Chávez.

—Sí, es fácil si uno sabe lo que hace. Sus muchachos tendrán que aprender a aterrizar suavemente, claro, pero será bueno tener cuatro o cinco personas dentro del castillo cuando las necesite. Por lo bien que resultó el operativo, imagino que sus hombres disparan como dioses.

—Son excelentes —admitió Covington con voz neutra.

Mientras Chávez presentaba su exitosa misión, Clark echó un vistazo al archivo personal de Malloy. Casado con Frances Hutchins, dos hijas de diez y ocho años. La esposa era enfermera civil y trabajaba para la Armada. Bien, eso sería fácil de resolver. Sandy podría conseguirle un puesto en su hospital. El teniente coronel Dan Malloy, USMC, se quedaría con ellos. Definitivamente.

Por su parte, Malloy estaba bastante intrigado. Fueran quienes fuesen esos tipos, indudablemente tenían muchos caballos de fuerza. La orden de volar a Inglaterra había llegado directamente de la oficina del mismísimo CINC-SNAKE, “Big Sam” Wilson, y la gente que acababa de conocer parecía muy, pero muy seria. El más enjuto, Chávez, era muy competente, y, a juzgar por la fotografía tomada desde el aire, sus hombres también debían ser muy buenos, especialmente los dos que se habían arrastrado hasta la casa para atrapar a la última camada de muchachos malos. La invisibilidad era una estrategia excelente si salía bien, pero un desastre absoluto si fallaba. Lo bueno, reflexionó, era que los delincuentes nunca eran tan eficaces. No estaban entrenados como los *marines*. Esa deficiencia sola bastaba para eliminarlos... aunque no del todo. Como la mayoría de los uniformados, Malloy despreciaba a los terroristas por considerarlos animales cobardes e infrahumanos que sólo merecían una muerte violenta e inmediata.

Acto seguido, Chávez lo llevó al edificio de su comando. Allí Malloy conoció a sus hombres, estrechó manos y evaluó lo que se presentaba ante sus ojos. Sí, eran tipos serios, como los del C-1 de Covington que ocupaban el edificio de al lado. Algunos tenían ese estilo de relajada intensidad que impele a evaluar a todo el que se cruza en el camino y decidir inmediatamente si el “evaluado” es (o no) una amenaza. No porque les gustara matar y mutilar, pero así era su trabajo... y su trabajo impregnaba la visión que tenían del mundo. Malloy fue evaluado como amigo potencial, digno de confianza y respeto... cosa que le agradó profundamente. Él los trasladaría rápidamente y a salvo a donde necesitaran... y luego los traería de regreso con la misma celeridad. El posterior recorrido por la base de entrenamiento fue pura cháchara para un verdadero conocedor del tema. Los edificios de siempre, interiores de avión simulados, tres vagones de pasajeros auténticos y otras cosas que simulaban atacar; el polígono de tiro con sus blancos (Malloy sabía que tendría que pasar por allí para demostrar fehacientemente que era digno

de integrar el comando, dado que todo oficial de operaciones especiales era y debía ser buen tirador, así como todo *marine* era diestro en el manejo del rifle). Al mediodía estaban de regreso en el edificio de Clark.

—Y bien, Mr. Oso, ¿qué opina? —preguntó Rainbow Six.

Malloy sonrió y se dejó caer sobre la silla.

—Opino que el vuelo me dejó exhausto. Y opino que tiene un muy buen equipo aquí. Entonces, ¿me quiere con ustedes?

Clark asintió.

—Sí, creo que lo queremos aquí. ¿Empezamos mañana por la mañana? —preguntó.

—¿Con qué pájaro?

—Llamé a esos tipos de la Fuerza Aérea que usted recomendó. Van a prestarnos un MH-60 para que juegue un poco.

—Muy amable de su parte —Eso significaba que tendría que demostrar que era buen piloto. La perspectiva no lo preocupaba demasiado—. ¿Y mi familia? ¿Esto sería TAD o qué?

—No, será su destino permanente. Vendrán con el acostumbrado paquete gubernamental.

—Me parece bien. ¿Se trabaja mucho aquí?

—Hasta el momento tuvimos dos operaciones: Berna y Viena. No sabemos cuántas más nos esperan, pero creo que el régimen de entrenamiento lo mantendrá bastante ocupado.

—Eso me gusta, John.

—¿Quiere trabajar con nosotros?

La pregunta sorprendió a Malloy.

—¿Es una decisión voluntaria?

—Para todos nosotros —asintió Clark.

—Bueno, qué les parece eso. OK —dijo Malloy—. Puede contratarme.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió Popov en Nueva York.

—Por supuesto —respondió el jefe, viéndola venir.

—¿Cuál es el propósito de todo esto?

—Por el momento no necesita conocerlo —fue la esperable respuesta a la pregunta obvia.

Popov asintió en señal de sumisión/acuerdo.

—Como usted diga, señor —prosiguió—, pero está tirando enormes cantidades de dinero a la basura —sacó deliberadamente el tema del dinero para observar la reacción de su empleador.

La reacción fue aburrimento genuino:

—El dinero no tiene importancia.

Y aunque la respuesta no fue inesperada, no obstante le resultó sorprendente. Durante toda su vida profesional en la KGB soviética había pagado mezquinas sumas de dinero a personas que arriesgaban su vida y su libertad para ganarlas. Frecuentemente, esas personas esperaban más de lo que obtenían, porque casi siempre el material y la

información conseguidos *valían* mucho más de lo que se les pagaba. Pero ese hombre ya había pagado muchísimo más de lo que Popov había distribuido en más de quince años de operaciones... Y todo por nada, por dos fracasos estrepitosos. No obstante, no parecía decepcionado. ¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Qué fue lo que falló en esta ocasión? —preguntó el jefe.

Popov se encogió de hombros.

—Sabían lo que hacían, pero cometieron el error de subestimar la capacidad de respuesta policial. Ciertamente, la policía estuvo fantástica —le aseguró a su empleador—. Más de lo que yo esperaba, aunque no es para asombrar a nadie. Muchas agencias policiales tienen grupos antiterroristas soberbiamente entrenados.

—¿Fue la policía austríaca...?

—Eso dijeron los noticieros. Yo no seguí investigando. ¿tendría que haberlo hecho?

Gesto negativo con la cabeza.

—No, pura curiosidad de mi parte.

Entonces, a usted le importa un bledo si estas operaciones son un éxito o un fracaso, pensó Popov. *Entonces, ¿por qué diablos las paga?* No tenía lógica. En absoluto. La falta de lógica tendría que haber preocupado a Popov, pero no. Se estaba haciendo rico con los fracasos. Sabía quién pagaba las operaciones y tenía toda la evidencia —el efectivo— que necesitaba para probarlo. Ese hombre no podría traicionarlo jamás, ni darle la espalda. En el mejor de los casos debía tenerle miedo a su empleado, ¿no? Popov tenía contactos en la comunidad terrorista y podía azuzarlos contra el hombre que proporcionaba el dinero, ¿verdad? Sería natural que le tuviera miedo, reflexionó el ruso con cierta satisfacción.

¿O acaso temía otra cosa? Estaba subvencionando asesinatos... bien, intentos de asesinato en el último caso. Era un hombre inmensamente rico y poderoso, y esa clase de hombres temían perder su riqueza y su poder más que la muerte misma. Todas las incógnitas convergían en el mismo punto, pensó el ex oficial de la KGB: ¿qué diablos era todo eso? ¿Por qué planeaba la muerte de personas y le pedía a Popov que... acaso estaría haciendo todo eso para eliminar a los pocos terroristas que quedaban en el mundo? ¿Eso tenía sentido? ¿Utilizaba a Popov como *agent provocateur* para hacerlos salir a la luz y luego eliminarlos con ayuda de los comandos antiterroristas de diversos países? Decidió investigar un poco a su empleador. No sería muy difícil, y la Biblioteca Pública de Nueva York estaba a pocas cuadras de la Quinta Avenida.

—¿Qué clase de personas eran?

—¿Quiénes? —preguntó Popov.

—Dortmund y Fürchtner —aclaró el jefe.

—Tontos. Seguían creyendo en el marxismo-leninismo. Astutos a su manera, inteligentes en sentido técnico, pero nulos en el aspecto político. No fueron capaces de cambiar cuando el mundo cambió. Eso es peligroso. No supieron evolucionar, y por eso están muertos —como

epitafio era bastante pobre, pensó Popov. Los dos alemanes habían crecido estudiando las obras de Karl Marx, Friedrich Engels y todo el resto... la misma gente cuyas palabras había mamado Popov en su juventud. Pero ya desde niño Popov conocía mejor el paño, y sus viajes internacionales como agente de la KGB habían fortalecido su desconfianza hacia los discursos de esos académicos decimonónicos. Las conversaciones mantenidas con otros pasajeros durante su primer vuelo en un avión de fabricación estadounidense le habían enseñado mucho. Pero Hans y Petra... bueno, ellos se habían criado en el sistema capitalista y conocido todas sus ventajas y beneficios... y no obstante habían decidido que ese sistema carecía de algo que ellos necesitaban. Tal vez, en cierto modo, habrían sentido lo mismo que él, pensó Popov: insatisfacción, ganas de ser parte de algo mejor... Pero no, él siempre había querido algo mejor para sí mismo, y ellos siempre habían querido llevar a los demás al Paraíso, liderar y gobernar como buenos comunistas. Y para alcanzar esa visión utópica habían atravesado voluntariamente un mar de sangre inocente. Tontos. Locos. Popov vio que su empleador había aceptado la versión abreviada de sus vidas y estaba ansioso por despedirlo.

—Quédese unos días en la ciudad. Lo llamaré cuando lo necesite.

—Como usted diga, señor —Popov se puso de pie, salió de la oficina y tomó el ascensor hasta la planta baja. Una vez en la calle, decidió ir caminando hasta la biblioteca con leones en la entrada. El ejercicio le refrescaría la cabeza, y todavía tenía bastante que pensar. “Cuando lo necesite” podía ser el preámbulo de otra misión, y muy pronto.

—¿Erwin? Habla George. ¿Cómo estás, amigo mío?

—Ha sido una semana muy movidita —admitió Ostermann. Su médico personal lo mantenía a base de tranquilizantes que, a su juicio, no le hacían bien. Su mente aún recordaba el miedo. Afortunadamente Ursel había regresado a casa antes de la misión de rescate, y esa misma noche... él se había acostado a las cuatro de la mañana, y ella lo había abrazado, y en sus brazos había temblado y llorado por todo el terror que había logrado controlar hasta que ese hombre Fürchtner había muerto a menos de un metro de él. Tenía sangre y partículas de tejido en la ropa. Habría que mandarla a limpiar. Dengler era el que peor la había pasado y no se reintegraría a sus labores hasta dentro de una semana, por lo menos, por orden de los médicos. Por su parte, llamaría al británico que le había ofrecido un sistema integral de seguridad, especialmente luego de haber sido aconsejado por sus salvadores.

—Bueno, no necesito decirte que me alegra que hayas salido bien parado de aquello, Erwin.

—Gracias, George —le respondió Ostermann al Secretario del Tesoro de Estados Unidos—. ¿Hoy valoras más a tus custodios que la semana pasada?

—No lo dudes. Espero que aumenten las oportunidades laborales en el ramo.

—¿Una buena oportunidad para invertir? —se mofó Ostermann.

—No me refería a *eso* —replicó Winston, al borde de la carcajada. Era bueno reírse de esas cosas, ¿verdad?

—¿George?

—¿Sí?

—No eran austríacos, no fue como dijeron la televisión y los diarios... y me pidieron que no lo revelara, pero creo que tú puedes saberlo. Eran estadounidenses y británicos.

—Lo sé, Erwin, sé quiénes son, pero es todo lo que puedo decir al respecto.

—Les debo la vida. ¿Cómo podría pagarles esa deuda?

—Les pagan para hacerlo, amigo mío. Es su trabajo.

—*Vielleicht*, pero fue *mi* vida la que salvaron, y la de mis empleados. Tengo una deuda personal con ellos. ¿Hay alguna manera en que pueda ayudarlos?

—No lo sé —admitió Winston.

—¿Podrías averiguarlo? Ya que “los conoces”, ¿me harías el favor de averiguarlo? Tienen hijos, ¿no? Podría pagarles la educación, destinar fondos, ¿no te parece?

—Probablemente no, Erwin, pero lo averiguaré —dijo el Secretario del Tesoro, y anotó algo en sus papeles. Sería un verdadero incordio para algunos hombres de seguridad, pero tal vez encontrarán la manera, probablemente a través de algún estudio jurídico en Washington. Le agradaba que Erwin quisiera recompensar a los muchachos. *Nobleza obliga* no había muerto del todo todavía—. Entonces, ¿estás seguro de que te encuentras bien, viejo?

—Sí; gracias a ellos, George.

—Grandioso. Gracias. Me alegra escuchar tu voz, amigo. Pasaré a verte la próxima vez que viaje a Europa.

—Te espero, George. Que tengas un buen día.

—Tú también. Adiós —Winston apretó un botón del teléfono. Tal vez pudiera resolverlo ahora mismo—. Mary, comuníqueme por favor con Ed Foley de la CIA.

CAPÍTULO 10

TOPOS

Hacía años que Popov no investigaba, pero todavía recordaba cómo hacerlo. Había más cosas escritas acerca de su empleador que de muchos políticos —lo cual era justo, en opinión del ruso, ya que ese hombre hacía cosas más importantes e interesantes para su país y el mundo—, pero los artículos en cuestión hablaban de negocios y sólo le sirvieron para verificar la riqueza e influencia del susodicho. Había muy poco sobre su vida personal, excepto que estaba divorciado. Una verdadera lástima. Su ex esposa parecía atractiva e inteligente a juzgar por las fotos y la información adicional acerca de ella. Tal vez fuera difícil estar juntos para dos individuos tan inteligentes. Si así había sido, peor para la mujer, pensó Popov. Tal vez a los estadounidenses no les gustara tener competencia intelectual bajo su mismo techo. El desafío intelectual les resultaba demasiado intimidante a los débiles... y sólo un hombre débil podía preocuparse por esas cosas, pensó Popov.

Pero no había nada que lo vinculara con terroristas o terrorismo. Según el *New York Times* jamás habían atentado contra él, ni siquiera un simple asalto callejero. Aunque esas cosas no siempre eran noticia, claro. Tal vez un atentado que jamás había visto la luz del día. Pero si había sido tan importante como para alterar el curso de su vida... tendría que haberse sabido, ¿no?

Probablemente. Casi con seguridad, pensó. Pero la palabra *casi* era un obstáculo problemático para todo agente de inteligencia. Éste era un hombre de negocios. Un genio en su campo científico y en el manejo de una corporación importante. Aparentemente, esas eran sus dos pasiones. Había muchas fotos con mujeres, casi nunca con la misma, en reuniones de caridad o eventos sociales... todas bellas, claro, como trofeos de caza destinados a llenar un espacio vacío en la pared, uno tras otro. Entonces, ¿para qué clase de hombre estaba trabajando?

Popov tuvo que admitir que en realidad no lo sabía, admisión por demás perturbadora. Su vida estaba en manos de un hombre cuyas motivaciones no comprendía. En su desconocimiento, no podía evaluar los peligros operativos que podrían afectarlo. Si alguien descubriera los propósitos de su empleador y lo arrestara, él, Popov, correría el riesgo de ser arrestado también por ofensas graves. Bueno, pensó el ex funcionario de la KGB devolviendo los últimos periódicos al bibliotecario, había manera de solucionarlo. Siempre tenía una valija preparada y dos

identidades falsas a mano. A la primera señal de problemas, se trasladaría a un aeropuerto internacional y regresaría a Europa lo antes posible. Una vez allí, desaparecería y haría uso del dinero que tenía en el banco. Ya tenía suficiente para asegurarse una vida digna durante varios años, tal vez más si encontraba un buen asesor financiero. Desaparecer de la faz de la Tierra no era tan difícil para un tipo entrenado como él, pensaba Popov, caminando tranquilamente por la Quinta Avenida. Lo único que se necesitaba eran quince o veinte minutos de ventaja... Pero, ¿acaso estaba seguro de poder contar con ellos...?

La policía federal alemana seguía siendo tan eficiente como siempre, comprobó Bill Tawney. Los seis terroristas fueron identificados en menos de cuarenta y ocho horas, y aunque todavía estaban realizando entrevistas exhaustivas a sus vecinos, amigos y familiares, la policía ya había enviado todo lo que sabía a los austríacos. Desde allí, la información había pasado a la embajada británica en Viena, y desde allí a Hereford. El paquete incluía la foto y los planos de la casa de Fürchtner y Dortmund. Uno de ellos había sido un pintor de talento considerable, observó Tawney. El informe decía que vendían sus pinturas en una galería local, firmadas con seudónimo, por supuesto. Tal vez aumentara su valor a partir de ahora, pensó burlonamente el Six, dando vuelta la página. También tenían una computadora, pero los documentos no eran de utilidad. Uno de ellos (probablemente Fürchtner, pensaban los investigadores alemanes), había escrito largas diatribas políticas, incluidas pero no traducidas todavía (el Dr. Bellow probablemente querría leerlas, pensó Tawney). Por lo demás, nada notable. Libros, la mayoría de índole política, la mayoría publicados y adquiridos en la ex RDA. Buen equipo de televisión y estéreo y muchos discos y CDs de música clásica. Un automóvil decente de clase media, adecuadamente mantenido y asegurado por una compañía local bajo sus nombres falsos: Siegfried y Hanna Kolb. No tenían amigos en el vecindario, eran bastante recoletos, y todos los aspectos públicos de sus vidas estaban *in Ordnung*, por lo que no habían provocado ninguna clase de comentarios. Y no obstante, pensó Tawney, estaban allí agazapados como bestias de presa... ¿esperando qué?

¿Qué los había disparado? La policía alemana no encontraba explicaciones para eso. Un vecino informó que unas semanas atrás había visto un automóvil frente a la casa... pero nadie sabía quién los había visitado ni con qué propósito. Nadie había reparado en la patente del vehículo, ni tampoco en la marca, pero la entrevista transcrita decía que se trataba de un auto de fabricación alemana, probablemente blanco o al menos de color claro. Tawney no podía evaluar la importancia de ese dato. Podría tratarse de un potencial comprador de arte, un agente de seguros... o la persona que los había sacado de su escondite para devolverlos a su antigua vida de terroristas radicales de extrema izquierda.

Para Tawney no era inusual llegar a la conclusión de que no podía sacar conclusiones a partir de la información con la que contaba. Le pidió a su secretaria que enviara los escritos de Fürchtner a un traductor para posteriormente analizarlos con el Dr. Bellow... y fue prácticamente lo único que pudo hacer. Algo había despertado a los dos terroristas alemanes de su sueño profesional, pero no sabía qué. La policía federal alemana podría, tal vez, tropezar con la respuesta a esa pregunta... pero Tawney lo dudaba. Fürchtner y Dortmund se las habían ingeniado para vivir sin complicaciones en una nación cuya policía se especializaba en encontrar gente. Alguien en quien confiaban, y a quien conocían, los había contactado y convencido de llevar a cabo una misión. Esa persona sabía cómo contactarlos, lo cual significaba que todavía existía una especie de red terrorista internacional. Los alemanes lo habían tenido en cuenta y en su informe preliminar recomendaban mayores investigaciones a través de informantes pagos... estrategia que podía, o no, funcionar. Tawney había dedicado unos cuantos años de su vida a filtrarse en los grupos terroristas irlandeses, obteniendo sólo éxitos menores, magnificados en aquella época por su rareza. Pero desde entonces el mundo terrorista había padecido un proceso darwiniano de selección natural. Los estúpidos habían muerto y sólo los inteligentes habían logrado sobrevivir. Por eso, después de casi treinta años de persecuciones por agencias policiales cada vez mejor preparadas, los pocos terroristas que quedaban eran sin lugar a dudas muy inteligentes... y los mejores de todos habían sido entrenados en Moscú por oficiales de la KGB. ¿Valdría la pena investigar por ahí? se preguntó Tawney. Los nuevos rusos habían cooperado un poco... aunque no tanto en el área terrorismo, tal vez porque sentían vergüenza de su antiguo vínculo con esa clase de gente... o tal vez porque habían destruido los registros, cosa que los rusos sostenían incansablemente y Tawney no terminaba de creer. Esa gente no destruía nada. Los soviéticos habían creado la burocracia más avanzada del mundo, y los burócratas sencillamente *no podían* destruir registros. En cualquier caso, solicitar la cooperación de los rusos no competía a su nivel de autoridad, aunque podía redactar un pedido que saltara uno o dos niveles de la cadena hasta llegar a manos de un funcionario jerárquico civil de la Oficina del Exterior. Decidió intentarlo. Así tendría algo que hacer y la gente de Century House, a pocas cuadras del Támesis desde el palacio de Westminster, se enteraría de que seguía con vida y trabajando.

Guardó todos los papeles en el sobre de manila (sus notas incluidas) y comenzó a redactar el pedido. Su única conclusión era que todavía existía una red terrorista y que alguien conocido por sus integrantes tenía las llaves de ese espantoso reino efímero. Bueno, tal vez los alemanes averiguaran más cosas, y tal vez la información llegara a su escritorio. Si sus sospechas se confirmaban, ¿John Clark y Alistair Stanley estarían en condiciones de enviar un comando contra ellos? No, probablemente la tarea quedaría en manos de la policía del país o la ciudad involucrados... y probablemente alcanzaría con eso. No se nece-

sitaba ser muy inteligente para acabar con ellos. Después de todo, los franceses le habían echado el guante a Carlos.

Illich Ramírez Sánchez no era un hombre feliz, pero su celda en la prisión de La Sante no estaba pensada para hacerlo feliz. El (otrora) terrorista más temido del mundo había matado muchos hombres por mano propia... con la misma facilidad y ligereza con que subía el cierre de su bragueta. En el pasado lo habían perseguido todas las policías y servicios de inteligencia del mundo, y él se había burlado de todos desde la seguridad de su vivienda en la ex Europa Oriental. Refugiado y a salvo, leía las especulaciones de la prensa acerca de su verdadera identidad y la organización para la que trabajaba, junto con documentos de la KGB sobre las acciones de los servicios extranjeros para atraparlo... hasta que Europa Oriental colapsó, y con ella el apoyo estatal a sus actos revolucionarios. Y así había terminado en Sudán, donde empezó a tomar en serio su situación. Decidió someterse a una cirugía estética, acudió a un cirujano de confianza, recibió anestesia general...

...y despertó a bordo de un avión comercial francés, atado a la camilla, donde un francés le dijo *Bonjour, Monsieur Chacal* con la radiante sonrisa del cazador que acaba de capturar al más peligroso de los tigres con una trampa de lazo. Finalmente juzgado por el asesinato de un informante cobarde y dos oficiales de contrainteligencia franceses en 1975, se defendió con brío... aunque más no fuera para reconfortar su propio y muy capaz ego. Se autoproclamó “revolucionario profesional” frente a un país que había padecido su propia revolución doscientos años atrás y no veía la necesidad de padecer otra.

Pero lo peor de todo fue haber sido juzgado como un vulgar... criminal, como si su trabajo no hubiera tenido consecuencias políticas. Él intentó pasarlo por alto, pero el fiscal no soltó la presa e hizo su última presentación con voz cargada de desprecio... Sánchez conservó la dignidad intacta durante todo el proceso, pero internamente sentía el dolor de un animal atrapado y tuvo que recurrir a todo su coraje para no perder los estribos. Y el resultado final no había sorprendido a nadie.

La prisión ya tenía cien años de antigüedad el día de su nacimiento, y había sido construida sobre los cimientos de una mazmorra medieval. Su minúscula celda tenía una sola ventana, demasiado alta para su escasa estatura. No obstante, los guardias tenían una cámara y lo vigilaban las veinticuatro horas del día... como a un animal muy especial en una jaula muy especial. Estaba solo, absolutamente solo, tenía prohibido el contacto con los demás prisioneros y sólo salía de su jaula una vez por día para hacer una hora de “ejercicios” en un patio vacío. Carlos sabía que no podría esperar nada mejor durante el resto de su vida, y su coraje flaqueaba ante la certeza. Lo peor de todo era el aburrimiento. Tenía libros para leer, pero estaba constreñido a los dos metros cuadrados de su celda... y lo más terrible era que el mundo entero sabía que el Chacal estaba encerrado para siempre y empezaría a olvidarlo.

¿Olvidarlo? El mundo entero había temblado al escuchar su nombre. Eso era lo más doloroso.

Tendría que hablar con su abogado. Esas conversaciones seguían siendo privilegiadas y privadas, y su abogado sabía a quién llamar.

—Allá vamos—dijo Malloy. Los dos motores turbo cobraron vida y el rotor de cuatro hojas comenzó a girar.

—Mal día —comentó el teniente Harrison por el intercom.

—¿Hace mucho que estás aquí? —preguntó Malloy.

—Unas semanas, señor.

—Bueno, hijito, ahora sabrás por qué los británicos ganaron la Batalla de Bretaña. Son los únicos capaces de volar en esta mierda —Miró a su alrededor. Todo estaba bajo: las nubes y la lluvia incesante. Verificó el tablero de dificultades por segunda vez. Todos los sistemas de la nave estaban en verde.

—Entendido, coronel. ¿Cuántas horas en el Night Hawk, señor?

—Oh, setecientas aproximadamente. Me agradan más las posibilidades del Pave Low, pero a éste le gusta volar. Llegó el momento de comprobarlo, jovencito —Malloy accionó la palanca y el Night Hawk despegó, un tanto inestable debido a los vientos de treinta nudos—. ¿Todo bien allá atrás?

—Tengo mi bolsa para vómito —replicó Clark, y Ding soltó una carcajada—. ¿Conoce a un tipo llamado Paul Johns?

—¿El coronel de la Fuerza Aérea destacado en Eglin? Se retiró hace aproximadamente cinco años.

—Ése es el tipo. ¿Qué opina de él? —preguntó Clark con la intención de medir a Malloy.

—Nadie lo supera arriba de un helicóptero, especialmente si hablamos de un Pave Low. Se limita a hablarle a la nave... y ella le responde con dulzura. ¿Tú lo conoces, Harrison?

—Sólo por reputación, señor —replicó el copiloto desde el asiento izquierdo.

—Es un tipo menudo, buen golfista también. Ahora es consultor y trabaja para Sikorsky. Solemos verlo periódicamente en Bragg. OK, nena, veamos qué tienes ahí —Malloy hizo girar el helicóptero en curva cerrada hacia la izquierda—. Ja, no hay nada mejor que un -60. Maldita sea, adoro estas cosas. OK, Clark, ¿cuál es la misión?

—El edificio de allá, simulacro de despliegue en hilera.

—¿Encubierto o asalto?

—Asalto.

—Es fácil. ¿Algún lugar en particular?

—Esquina sudeste, si puede.

—OK, allá vamos —Malloy giró el control a la izquierda y adelante, haciendo descender al helicóptero como un ascensor en picada, apuntando hacia el edificio como un halcón hacia su presa... y como un halcón descendió rápidamente sobre el lugar indicado, con una transición

tan suave que el copiloto miró hacia atrás, atónito ante la maniobra—. ¿Qué tal estuvo eso, Clark?

—Bastante bien —admitió Rainbow Six.

Acto seguido, Malloy aceleró para salir a toda velocidad de Dodge City... casi, pero no del todo, como si jamás hubiera aterrizado sobre el edificio.

—Podré mejorar mi actuación cuando conozca a su gente y sepa a qué velocidad se lanzan, pero el despliegue en línea es mucho mejor, ¿no le parece?

—Siempre que usted no tenga una percepción equivocada de la profundidad y no nos estampe contra la maldita pared —observó Chávez. El comentario provocó una mirada cómplice y una expresión de pánico.

—Muchachito, siempre tratamos de evitar esas cosas. Nadie me supera en la maniobra mecedora, señores.

—Es difícil de enderezar —comentó Clark.

—Sí, lo es —admitió Malloy—, pero también sé tocar el piano.

Ese hombre derrochaba confianza. Hasta el copiloto pensó que se excedía un poco, pero lo tomó a bien, especialmente cuando Malloy realizó una nueva maniobra arriesgada para aterrizar. Veinte minutos después estaban nuevamente en tierra.

—Y así hago yo las cosas, muchachos —proclamó Malloy cuando el rotor dejó de girar—. Ahora bien, ¿cuándo empieza el entrenamiento en serio?

—¿Le parece bien mañana? —preguntó Clark.

—Perfecto, general, señor. Otra pregunta, ¿practicamos con el Night Hawk o tengo que acostumbrarme a otro pájaro?

—Todavía no lo hemos decidido —admitió John.

—Bueno, es importante que lo decidan pronto. Cada helicóptero da una sensación diferente y eso pesa muchísimo sobre mis maniobras —señaló Malloy—. Me manejo mejor en uno de estos. Soy casi imbatible con un Huey, pero son muy ruidosos al acercarse y no sirven para misiones secretas. En cuanto al resto, bueno, tendré que acostumbrarme. Me llevará unas cuantas horas sentirme del todo cómodo —Por no mencionar el hecho de aprender dónde estaban los controles, ya que no había dos helicópteros en el mundo que tuvieran todos los diales, perillas y controles en el mismo lugar, cosa que ocasionaba dificultades a los aviadores desde la época de los Hermanos Wright—. Si nos desplegamos estaré arriesgando vidas, la mía y las de los demás, cada vez que despegue. Preferiría reducir los riesgos al mínimo. Soy un tipo prudente, ¿sabe?

—Hoy mismo me ocuparé de eso —prometió Clark.

—Mejor así —Malloy asintió y fue a cambiarse.

Popov cenó en un restaurante italiano a media cuadra de su edificio, donde pudo disfrutar el clima fresco de la ciudad y dar varias pitadas a un cigarro Montecristo antes de volver a su departamento. Le

quedaban muchas cosas por hacer. Había conseguido los videos de la cobertura periodística de los dos atentados terroristas y quería estudiarlos. En ambos casos los periodistas hablaban alemán (primero suizo, después austríaco), idioma que Popov dominaba a la perfección (como un nativo de Alemania). Apoltronado en un sillón, control remoto en mano, de vez en cuando retrocedía para volver a ver algo de interés pasajero, estudiando las filmaciones al dedillo y memorizando cada detalle. Lo más interesante, por supuesto, eran los dos comandos de asalto que habían resuelto los atentados mediante una acción decisiva. Las imágenes eran de baja calidad. La televisión simplemente no servía para obtener buenas imágenes, especialmente con poca luz y doscientos metros de distancia. En el caso del primer video (el de Berna), había apenas noventa segundos de preparativos del comando de asalto... y esa parte no había sido emitida durante el ataque sino después. Los hombres se movían profesionalmente, de una manera que le recordaba en algo los ballets rusos, tan extrañamente delicados y estilizados eran los movimientos de esos hombres vestidos de negro que se acercaban a derecha e izquierda... y luego, intempestivamente, la acción rápida y cegadora puntuada por los saltos de la cámara (debidos a la acción de los explosivos). No se escucharon disparos. Entonces tenían armas silenciadas. Eso se hacía para que las víctimas no identificaran la proveniencia de los disparos... pero en este caso no había tenido la menor importancia, ya que los terroristas/criminales habían muerto aun antes de poder aprovechar la información. Pero así se hacían las cosas. Este negocio se programaba de la misma manera que cualquier deporte profesional y tenía sus propias, letales reglas de juego. La misión concluyó en segundos, el comando de asalto abandonó el lugar y la policía de Berna ingresó a limpiar el desastre. Los tipos de negro actuaban discretamente, como soldados disciplinados en un campo de batalla. Nada de apretones de manos u otras demostraciones. No, estaban demasiado bien entrenados para permitirse esa clase de efusiones. Ni siquiera habían encendido un cigarrillo... ah, uno de ellos había encendido su pipa... Luego llegó el inevitable comentario descerebrado de los periodistas locales: hablaban regocijados de su unidad policial de elite y de cómo había salvado las vidas de todos los que estaban en el banco, *undo so weiter*, pensó Popov, levantándose para cambiar el video.

La cobertura televisiva de la misión de Viena era todavía más pobre debido a las condiciones físicas de la casa del magnate. Linda casita, a decir verdad. Sólo los Romanov podrían haber tenido una casa de campo igual a esa. La policía austríaca había controlado deliberadamente la transmisión televisiva, lo cual era perfectamente sensato en opinión de Popov, aunque no le sirviera de mucho. La filmación mostraba el frente de la casa con soporífera regularidad, imagen puntuada por el discurso monótono del periodista que repetía hasta el cansancio las mismas cosas e informaba a los televidentes que no podía hablar mucho debido a la proximidad de la policía. Había movimiento de vehículos y en un momento se vio la llegada de lo que debía ser el comando de

asalto austríaco. Interesante. Llegaron vestidos de civil y se cambiaron rápidamente... el uniforme parecía verde... no, tenían overoles verdes sobre el uniforme negro. ¿A qué se debería? Los austríacos tenían dos hombres armados con rifles de mira telescópica que desaparecieron rápidamente en el interior de un auto... que probablemente los trasladaría a la parte de atrás del *schloss*. El líder del comando de asalto, un hombrecito bastante menudo, parecido al que lideraba el comando de Berna, estudiaba una cantidad de papeles... los mapas/diagramas/planos de la casa y sus alrededores, sin duda. Luego, poco antes de medianoche, desaparecieron todos... y Popov se quedó mirando la imagen de la mansión iluminada por reflectores, imagen acompañada por las estúpidas especulaciones de un reportero mal informado... y luego, poco después de medianoche, se escuchó el lejano *pop* de un rifle, seguido por otros dos *pops*, silencio, y frenética actividad de la policía uniformada obstruyendo el campo de visión de la cámara. Veinte policías corrieron hacia la puerta con ametralladoras livianas. El periodista habló de un súbito estallido de actividad, cosa que el más torpe de los espectadores podía ver con sus propios ojos. Sus sabias palabras fueron seguidas por comentarios ininteligibles, hasta que finalmente anunció que todos los rehenes estaban vivos y todos los criminales muertos. Otro pasaje de tiempo, y nueva aparición del comando de asalto verdinegro. Como en el caso de Berna, no hubo demostraciones francas de autocomplacencia. Uno de ellos parecía estar chupando una pipa mientras otro conversaba brevemente con un policía vestido de civil, probablemente el capitán Altmark, comandante de campo del atentado. Los dos tipos debían conocerse, ya que hablaron muy poco antes de que el comando policial paramilitar abandonara la escena, tal como había pasado en Berna. Sí, ambas unidades antiterroristas seguían al pie de la letra las instrucciones del mismo libro, pensó Popov.

La prensa habló luego de la capacidad de la unidad policial especializada. Lo mismo había pasado en Berna, pero no era para sorprenderse... ya que los periodistas manejaban el mismo código estúpido e insensato, fuera cual fuese su idioma o su nacionalidad. Las palabras de ambas declaraciones policiales eran casi idénticas. Bueno, alguien habría entrenado a los dos comandos, probablemente la misma agencia. Tal vez el grupo GSG-9 alemán (que, con ayuda británica, había resuelto el atentado de Mogadishu veinte años atrás) se dedicaba a entrenar fuerzas de países que hablaban su mismo idioma. Ciertamente, la eficacia del entrenamiento y la frialdad de acción de ambos comandos le parecieron muy germanas a Popov. Habían actuado como máquinas antes y después de los asaltos, llegando y partiendo como fantasmas, sin dejar otra estela que los cadáveres de los terroristas. Un pueblo eficiente, el alemán, y también los policías germánicos que entrenaban. Popov, ruso por nacimiento y por cultura, sentía poco aprecio por la nación que otrora había matado a tantos compatriotas suyos, aunque respetaba a los alemanes y su capacidad de trabajo. Además, los terroristas que habían liquidado no significaban una gran pérdida para el

mundo. Incluso cuando colaboró para entrenarlos como oficial activo de la KGB soviética no se preocupó mucho por ellos, al igual que el resto de la agencia. Los consideraban (si bien no precisamente los idiotas útiles de los que había hablado Lenin) perros de ataque para ser desatados cuando fuera necesario, indignos de la confianza de aquellos que apenas los controlaban. Y tampoco eran tan eficientes a decir verdad. Lo único que habían conseguido era la instalación obligatoria de detectores de metales en los aeropuertos, para desazón y molestia de los viajeros internacionales. Ciertamente les habían complicado la vida a los israelíes, ¿pero qué importancia tenía ese minúsculo país en la escena mundial? Y aun así, ¿qué había pasado? Si uno obligaba a un país a adaptarse a circunstancias adversas, se adaptaba rápidamente. Por eso El Al, la aerolínea israelí, era la más segura del mundo, y los policías de todo el mundo sabían a quién vigilar y registrar exhaustivamente... y si todo lo demás fallaba, la policía contaba con unidades especiales antiterroristas como las de Berna y Viena. Entrenadas por alemanes para matar como alemanes. A partir de ahora, todos los terroristas que enviara a hacer maldades tendrían que enfrentarse a esas malditas unidades. Mala suerte, pensó Popov, sintonizando un canal de cable mientras rebobinaba la cinta. No había sacado nada en limpio de los videos, pero era oficial de inteligencia y por lo tanto tenaz. Se sirvió un vodka Absolut puro —extrañaba el Starka ruso, muy superior— y dejó vagar su mente en libertad mientras miraba una película por televisión.

—Sí, general, ya lo sé —dijo Clark por teléfono a las 13:05 de la tarde siguiente, maldiciendo en silencio las diferencias horarias.

—Eso también saldría de *mi* presupuesto —señaló el general Wilson. Primero le habían pedido un hombre, después equipos, y *ahora* le pedían fondos...

—Puedo intentar resolverlo con Ed Foley, señor, pero necesitamos las máquinas para entrenarnos. Usted nos mandó un excelente aviador —agregó Clark, con la secreta esperanza de morigerar el célebre temperamento de Wilson.

No sirvió de mucho.

—Sí, sé que es bueno. Por esa razón estaba trabajando para mí en primerísimo lugar.

La vejez lo está volviendo ecuménico, pensó John. *Ahora se dedica a elogiar marines...* algo bastante inusual para un comevíboras del *Ejército* y ex comandante del Cuerpo XVIII.

—General... señor, usted sabe que ya cumplimos un par de misiones y que, con toda modestia, mis hombres se manejaron muy bien. Tengo que pelear por mi gente, ¿no le parece?

Eso tranquilizó a Wilson. Ambos eran comandantes, ambos tenían un trabajo que hacer y gente que comandar... y defender.

—Comprendo su posición, Clark. De verdad. Pero no puedo entrenar a mis hombres en máquinas que usted se ha llevado.

—¿Y si practicáramos tiempo compartido? —Clark ofreció su última rama de olivo.

—De todos modos necesitaría un buen Night Hawk.

—Pero le sería muy útil. Cuando termine esto, tendría una excelente tripulación de helicóptero para trabajar con su gente en Fort Bragg... y los costos se reducirían a cero, señor —Buena jugada, pensó Clark.

En la Base MacDill de la Fuerza Aérea, Wilson pensó para sus adentros que era una proposición perdedora. Rainbow era una operación a prueba de balas, y todo el mundo lo sabía. Ese tipo Clark se la había vendido primero a la CIA y luego al mismísimo presidente... Y sí, realizaron dos despliegues, y los dos resultaron bien, aunque el segundo fue bastante azaroso. Pero Clark, por muy inteligente que fuera y por muy buen comandante que pareciera ser, no había aprendido aún a dirigir una unidad en el mundo militar moderno, donde era imprescindible pasar la mitad del tiempo consiguiendo dinero como un contador pusilánime en lugar de estar al frente y entrenar con las tropas. Eso sacaba de quicio a Sam Wilson, demasiado joven para sus cuatro estrellas, *soldado* profesional que quería ser *soldado*, deseo que el alto mando le impedía cumplir muchas veces a pesar de su preparación y voluntad. Lo más molesto de todo era que esa unidad Rainbow iba a robarle parte del negocio. El Comando de Operaciones Especiales tenía compromisos en todo el mundo, pero la naturaleza internacional del Rainbow implicaba su presencia constante en la misma línea de trabajo, a la vez que su naturaleza políticamente neutral lo hacía más digerible a los países que pudieran requerir sus servicios especiales. Clark podía barrerlo del mapa, y no en sentido figurado, y a Wilson no le gustaba para nada esa posibilidad.

Pero, a decir verdad, no tenía opción.

—OK, Clark, puede utilizar el helicóptero *siempre y cuando* la unidad madre pueda partir con él, y *siempre y cuando* su uso no interfiera con el entrenamiento y la disponibilidad de esa unidad madre. ¿Está claro?

—Sí, señor, está claro —respondió Clark.

—Me gustaría echarle un vistazo a su pequeño circo —dijo Wilson.

—Encantado, general.

—Ya veremos —gruñó Wilson, y cortó la comunicación.

—El hijo de puta es más duro que una piedra —suspiró John.

—Absolutamente —coincidió Stanley—. Después de todo, estamos pisando su terreno.

—Ahora es nuestro terreno, Al.

—Sí, lo es, pero no esperes que a él le guste.

—¿Y es más joven y más duro que yo?

—Unos años más joven, y en lo personal no me gustaría cruzar armas con el caballero —Stanley sonrió—. Aparentemente la guerra terminó, John, y aparentemente saliste victorioso.

Clark esbozó una sonrisa satisfecha.

—Sí, Al, pero es más fácil entrar en acción y matar gente.

—Absolutamente.

—¿Qué está haciendo el comando de Peter?

—Práctica de descenso en línea.

—Vamos a echar un vistazo —dijo John, contento de tener una excusa para levantarse del escritorio.

—Quiero salir de este lugar —le dijo a su abogado.

—Entiendo, amigo mío —replicó el legista, mirando de soslayo a su alrededor. En Francia (como en EE.UU.), las conversaciones entre los abogados y sus clientes tenían un *status* privilegiado y no podían ser grabadas ni utilizadas de ninguna manera por el estado, pero ninguno de los dos confiaba en que los franceses respetaran la ley, especialmente desde que el DGSE —el servicio de inteligencia francés— había hecho lo imposible por llevar a Illich ante la justicia. El DGSE tenía fama de no regirse por las reglas de conducta civilizada internacional, tal como lo habían comprobado para su desgracia individuos tan diferentes entre sí como los terroristas internacionales y los activistas de Greenpeace.

Bueno, había más gente hablando en el mismo lugar y no se veían micrófonos. Además, ambos habían rechazado las sillas ofrecidas por los guardiacárceles y optado por una mesa cerca de la ventana porque, según habían dicho, preferían la luz natural. Por supuesto que podía haber micrófonos ocultos en todos los gabinetes.

—Debo decirle que las circunstancias de su condena no se prestan fácilmente a ninguna clase de apelación —le recordó el abogado. Eso no era ninguna novedad para su cliente.

—Lo sé perfectamente. Necesito que haga un llamado telefónico.

—¿A quién?

El Chacal le dio un nombre y un número.

—Dígale que deseo ser liberado.

—No puedo participar en una acción criminal.

—Lo tuve en cuenta —observó Sánchez con frialdad de lagarto—. Dígale también que la recompensa será grande.

Se sospechaba, aunque no se sabía con certeza, que Illich Ramírez Sánchez había almacenado una importante cantidad de dinero resultante de sus operaciones cuando estaba en libertad. El dinero provenía principalmente del atentado contra los ministros de la OPEC en Austria casi veinte años atrás, lo cual explicaba que Carlos y su grupo no hubieran matado a nadie verdaderamente importante a pesar del escándalo que hubieran provocado si lo hacían (cabe recordar que les convenía obtener simultáneamente prensa y aplausos). Pero negocios eran negocios, incluso para esa clase de gente. Y *alguien* había pagado sus propios honorarios, pensó el abogado.

—¿Qué más quiere que le diga?

—Eso es todo. Si responde en el acto, transmítame su decisión —dijo el Chacal. Sus ojos aún conservaban cierta intensidad, algo frío y distante... incluso allí, mirando profundamente a su interlocutor y diciéndole cómo debían ser las cosas.

Por su parte, el abogado volvió a preguntarse por qué había aceptado trabajar para ese cliente. Tenía una larga historia como defensor de causas radicales, que le había otorgado notoriedad y una amplia y lucrativa carrera como criminalista. Debía tener en cuenta el atractivo del peligro, por supuesto. Ultimamente había defendido tres casos gordos de narcotráfico y los había perdido. A sus clientes no les había gustado la idea de pasar veinte años o más en prisión y se lo habían hecho saber. ¿Acaso lo mandarían matar? Había pasado algunas veces en EE.UU. y también en otros países. En ese caso la posibilidad era más lejana, ya que no les había prometido nada a esos clientes... excepto hacer lo mejor por ellos. Lo mismo valía para Carlos el Chacal. Después de su condena, el abogado había tomado el caso, apelado... y perdido (predeciblemente). Los altos tribunales franceses no tuvieron clemencia por un hombre que había cometido asesinatos en suelo francés y, por si eso fuera poco, se jactaba de ello. Ahora ese mismo hombre había cambiado de idea y decidido (petulantemente) que no le sentaba la vida en prisión. El abogado sabía que transmitiría el mensaje, que tenía que hacerlo... ¿pero eso lo haría partícipe acaso de un acto delictivo?

Decidió que no. Decirle a un conocido de un cliente que este último deseaba ser liberado... bueno, ¿quién no desearía ser liberado en esas circunstancias? Y además el mensaje era equívoco, podía tener múltiples interpretaciones. Podía ser un pedido de ayuda para una nueva apelación, la revelación de nueva evidencia exculpatoria, cualquier cosa. Y además, todo lo que Sánchez le pedía que hiciera era información privilegiada, ¿no?

—Transmitiré su mensaje —prometió a su cliente.

—*Merci.*

Era algo hermoso de ver, incluso en la oscuridad. El helicóptero MH-60K Night Hawk ingresó a aproximadamente treinta millas por hora, a casi doscientos pies del suelo, y se aproximó al edificio de simulacros desde el sur, en la misma dirección que el viento. Volaba suavemente, como si no se tratara de una maniobra táctica de despliegue. Pero del helicóptero pendía una soga de nylon oscuro de aproximadamente ciento cincuenta pies de largo y apenas visible con el mejor equipo de NGV, y en el extremo de la soga se encontraban Peter Covington, Mike Chin y otro integrante del Comando 1 colgando del Sikorsky negro en sus trajes ninja negros. El helicóptero continuó su marcha suave y constante hasta que la nariz estuvo cerca de la pared del edificio. En ese instante levantó la nariz y disminuyó rápidamente la velocidad. Los hombres que pendían de la soga empujaron hacia adelante, como niños en una hamaca, y luego, al llegar al límite del arco, nuevamente

empujaron hacia atrás. El impulso hacia atrás los congeló en el aire, haciendo que su velocidad coincidiera con la del movimiento remanente del helicóptero, e inmediatamente aterrizaron en el techo, casi como si hubieran bajado de un objeto inmóvil. Covington y sus hombres se desengancharon en el acto de la soga. La ínfima diferencia de velocidad entre sus pies y el techo inmóvil no produjo ningún ruido. Apenas hubieron descendido, el helicóptero apuntó la nariz hacia abajo y retomó su ritmo normal de vuelo. Cualquier observador en tierra habría pensado que sólo se había limitado a sobrevolar el edificio a baja velocidad. Y de noche era prácticamente invisible, incluso con lentes de visión nocturna.

—Genial —suspiró Stanley—. Ni un sonido.

—Es tan bueno como proclama —comentó Clark.

Como si hubiera escuchado los comentarios, Malloy acercó el helicóptero y levantó los pulgares en dirección a ellos antes de orbitar el área para proseguir el simulacro. En una situación real, ese procedimiento sería útil en caso de evacuaciones de emergencia... y también para que la gente se acostumbrara a la presencia de helicóptero y empezara a considerarlo parte del paisaje, como los árboles. De ese modo desaparecería en la noche y su ruido se confundiría con el canto de los ruiseñores, a pesar del peligro inherente indicado por su presencia. A todos los sorprendía un poco ese peculiar “mimetismo”, pero era el resultado de la simple aplicación de la naturaleza humana al mundo de las operaciones especiales. Si se estacionaba un tanque en el garaje, dos o tres días después se convertiría en un auto más. El trío de tiradores de Covington circuló por el techo durante unos minutos, desapareció por las escalerillas que llevaban al interior del edificio, y emergió pocos segundos después por la puerta principal.

—OK, Mr. Oso, aquí Six. Práctica concluida. Regrese a la pajarera, coronel, cambio.

—Entendido, Six. Cambio —fue la breve respuesta. El Night Hawk salió de órbita y se dirigió al helipuerto.

—¿Qué opinas? —le preguntó Stanley al mayor Covington.

—Es excelente. Como bajar de un tren detenido. Malloy sabe lo que hace. ¿Mike?

—Póngalo en la lista, señor —confirmó Chin—. Con ese tipo sí que se puede trabajar.

—El helicóptero está muy bien mantenido —dijo Malloy veinte minutos más tarde, ya en el club. Vestía su traje de Nomex verde y llevaba una bufanda amarilla en el cuello como todo buen aviador. No obstante, a Clark le pareció bastante raro el atuendo.

—¿Y esa bufanda?

—Ah ¿esto? Es la bufanda del A-10. Me la regaló uno de los muchachos que rescaté en Kuwait. Creo que trae buena suerte y siempre me gustaron los Warthog. Así que la uso en todas mis misiones.

—¿Es muy difícil hacer la maniobra de transición? —preguntó Covington.

—El *timing* tiene que ser muy bueno y hay que adivinar el viento. ¿Sabe qué me ayuda a estar en forma?

—Dígame —dijo Clark.

—Tocar el piano —Malloy bebió un trago de cerveza y sonrió—. No me pregunte por qué, pero siempre vuelo mejor después de tocar un poco el piano. Tal vez me ayude a relajar los dedos. Como sea, ese helicóptero que nos prestaron está muy bien. Los cables de control tienen la tensión correcta y las válvulas funcionan. En cuanto a la tripulación de tierra de la Fuerza Aérea... bueno, tendré que invitarlos a una cerveza. Realmente saben cómo preparar un helicóptero. Gran equipo de mecánicos.

—Lo son —intervino el teniente primero Harrison. Pertenecía al Ala Primera de Operaciones Especiales y, por consiguiente, era técnicamente responsable del helicóptero, aunque le agradaba poder contar con un maestro tan bueno como Malloy.

—Ésa es la mitad del secreto de los helicópteros: tenerlos a punto —prosiguió Malloy—. ¿Ven ese que está ahí? Sólo le falta hablar.

—Como un buen rifle —acotó Chin.

—Como un buen rifle —dijo Malloy, levantando su vaso de cerveza—. Y bien muchachos, ¿qué pueden decirme de sus dos primeras misiones?

—Cristianos 10, Leones 1 —replicó Stanley.

—¿A quién perdieron?

—Fue en Berna. Mataron a un rehén antes de que entraríamos en escena.

—¿Topos hiperkinéticos?

—Algo así —asintió Clark—. No demostraron mucha inteligencia al traspasar los límites de esa manera. Incluso pensé que eran vulgares y silvestres ladrones de banco, pero las investigaciones posteriores descubrieron una conexión terrorista. Tal vez sólo necesitaran dinero, por supuesto. El Dr. Bellow no logró discernir qué buscaban.

—Se mire como se mire, son delincuentes, asesinos, como quiera llamarlos —dijo Malloy—. Entrené pilotos de helicóptero para el FBI y pasé unas semanas en Quantico con el Comando de Rescate de Rehenes. Me adoctrinaron sobre el costado psicológico de la cuestión. Me pareció bastante interesante. ¿Ese Dr. Bellow es Paul Bellow, el tipo que escribió tres libros?

—El mismo.

—Es muy inteligente.

—Ésa es la idea, coronel Malloy —dijo Stanley, ordenando otra ronda de cerveza.

—Pero, ¿saben qué? Nosotros necesitamos saber sólo una cosa acerca de ellos —dijo Malloy, retomando su identidad de coronel del Cuerpo de Marines de EE.UU.

—Cómo eliminarlos —Mike Chin completó la frase.

El Turtle Bar Inn & Lounge era una suerte de “destino obligado” sobre Columbus Avenue, entre la 68 y la 69, conocido y preferido por locales y turistas. La música era ruidosa (pero no demasiado) y el área iluminada (aunque no muy bien). La bebida era un poco más cara que en otros sitios, pero el costo extra se debía a la atmósfera (que el propietario habría definido como inapreciable).

—Entonces —dijo el hombre, bebiendo un sorbo de ron y Coca-Cola—. ¿Vives por aquí?

—Me estoy mudando —respondió ella, bebiendo un poco—. Busco trabajo.

—¿Qué sabes hacer?

—Secretaria de estudio jurídico.

Risotada.

—Encontrarás trabajo a montones. Aquí tenemos más abogados que taxistas. ¿De dónde dijiste que eras?

—Des Moines, Iowa. ¿Estuviste allí alguna vez?

—No, soy local —replicó el hombre. Mentía. Había nacido en Los Angeles hacía treinta años—. Trabajo como contador para Peat Marwick —eso también era mentira.

Pero los bares para solteros eran lugares aptos para mentir, y todo el mundo lo sabía. La chica: veintitrés años aproximadamente, recién salida del secretariado, cabello y ojos pardos, necesitaba perder un par de kilos, pero estaba bastante bien si a uno le gustaban petizas. Ya había consumido tres tragos para demostrar que era digna de la sofisticación y el encanto de la Gran Manzana.

—¿Ya habías estado aquí antes? —preguntó él.

—No, es la primera vez que vengo. ¿Y tú?

—Hace unos meses que vengo, es un lindo lugar para conocer gente —otra mentira, pero las mentiras fluían espontáneamente en lugares como ése.

—La música está un poco fuerte —dijo ella.

—Bueno, en otros sitios es mucho peor. ¿Vives cerca?

—A tres cuadras. Subalquilo un pequeño estudio en un edificio. Mis cosas llegarán dentro de una semana.

—Entonces, ¿todavía no te mudaste del todo?

—No.

—Bueno. Bienvenida a Nueva York...

—Anne Pretloe.

—Kirk Maclean —Se dieron la mano y él la retuvo más tiempo del necesario para hacerle sentir su piel, condición previa y necesaria para el afecto casual que necesitaba provocar en ella. Pocos minutos después estaban bailando (es decir, tropezando y sacudiéndose con otra gente en la oscuridad de la pista). Él había comenzado a desplegar su plumaje y ella sonreía embobada. En otras circunstancias habrían podido llegar a algo, pensó Kirk. Pero esa noche no.

El bar cerró a las dos de la mañana y él la acompañó hasta la puerta. Los siete tragos consecutivos apenas diluidos por maníes y pretzels la habían sumido en la más completa borrachera. Él había bebido sólo tres, cuidadosamente digeridos con toneladas de maníes.

—Bueno —dijo cuando llegaron a la calle—, permíteme acompañarte a tu casa.

—Sólo son tres cuadras.

—Annie, es tarde, y estamos en Nueva York, ¿OK? Tienes que aprender dónde puedes ir y dónde no. Vamos —concluyó, tomándola de la mano y arrastrándola suavemente hasta la esquina. Había estacionado su BMW a media cuadra de Broadway. Galantemente abrió la puerta para ella, luego la cerró, y dio la vuelta para entrar al auto.

—Te debe ir muy bien —comentó Anne Pretloe, mirando apreciativamente el BMW.

—Sí, bueno, a mucha gente le gusta evadir impuestos, ¿sabes? —arrancó y tomó por una calle lateral, en dirección contraria a la casa de la chica, pero ella estaba demasiado ebria para darse cuenta. Giró a la izquierda sobre Broadway y detectó la camioneta azul, estacionada en un lugar tranquilo. A media cuadra de distancia hizo señas con las luces, detuvo el auto y apretó el botón para abrir las ventanillas del conductor y el acompañante.

—Eh —dijo—, conozco a ese tipo.

—¿Eh? —respondió Pretloe, sin saber dónde estaban ni adónde estaban yendo. De todos modos, ya era demasiado tarde para ella.

—Hola, Kirk —dijo el hombre del overol, apoyándose sobre la ventanilla del acompañante.

—Hola, viejo —replicó Maclean levantando los pulgares.

El otro se agachó y sacó un pequeño aerosol de la manga. Apretó el botón de plástico rojo y roció con éter la cara de Anne Pretloe. Ella abrió mucho los ojos durante un segundo, sorprendida y asustada. Se dio vuelta para mirar a Kirk durante lo que pareció una eternidad y luego se desvaneció.

—Cuidado con las drogas, viejo, esta chica tiene litros de alcohol en el cuerpo.

—No te preocupes —Golpeó el costado de la camioneta e inmediatamente apareció otro hombre. El recién llegado escrutó la calle, abrió la puerta del auto, alzó a Anne Pretloe y llevó su silueta desmayada a la puerta trasera de la camioneta, donde la dejó en compañía de otra jovencita engatusada por otro empleado de la compañía esa misma noche. Maclean se alejó por la derecha, contento de que el aire que entraba por la ventanilla abierta eliminara el olor del éter. Subió a la autopista del West Side y se dirigió al norte, hacia el puente George Washington. OK, él ya había conseguido dos, y los otros habrían conseguido seis más. Faltaban apenas otras tres para concluir la parte más peligrosa de la operación.

CAPÍTULO 11

INFRAESTRUCTURA

El abogado hizo la llamada. Como era de esperar, tuvo que reunirse a almorzar con un hombre de cuarenta y tantos años que le hizo un par de preguntas y se retiró antes de que les sirvieran el postre. Así dio por concluida su participación en los hechos. Pagó la cuenta en efectivo y volvió caminando a su estudio acosado por una irresoluble pregunta: ¿qué había hecho, a qué habría dado inicio? Imposible conocer la respuesta. Era el equivalente intelectual de una ducha luego de varios días de trabajo sudoroso, y aunque no tan satisfactoria, él era abogado y estaba acostumbrado a las vicisitudes de la vida.

Su interlocutor salió del restaurante y tomó el metro. Cambió tres veces de tren antes de subir al que pasaba cerca de su casa, próxima a un parque célebre por su oferta de prostitutas. Si había algo que denunciar del sistema capitalista, pensó, era ese lugar, aunque la tradición iba más allá de los embates del actual sistema económico. Esas mujeres eran un apetitoso bocado para los asesinos seriales, ofreciéndose con la menor cantidad de ropa posible para acelerar el trámite. Dobló la esquina y entró a su edificio donde, con un poco de suerte, otros lo estarían esperando. Comprobó que la suerte lo acompañaba. Uno de sus invitados había preparado café.

—Esto tiene que terminar aquí —dijo Carol Brightling, a sabiendas de que no sería así.

—Claro, doc —dijo su visitante, bebiendo un sorbo de café OEOB—. ¿Pero cómo diablos piensas convencerlo a *él*?

El mapa estaba desplegado sobre la mesa ratona de su oficina: Bahía Prudhoe, en el este de Alaska, era una zona de tundra de más de mil millas cuadradas y los geólogos de British Petroleum y Atlantic Richfield —las dos compañías que habían explotado la Ladera Norte de Alaska, construido el oleoducto y, por consiguiente, contribuido al desastre del *Exxon Valdez*— se habían pronunciado públicamente. Ese yacimiento petrolífero, llamado AARM, duplicaba en tamaño a la Ladera Norte. El informe, todavía parcialmente clasificado como relativo a la industria, había llegado a la Casa Blanca una semana atrás con la confirmación adjunta de Investigación Geológica de Estados Unidos (agencia federal dedicada a la misma clase de trabajo) y la opinión de

los geólogos que consideraban que el yacimiento se extendía aun más en dirección este, atravesando la frontera con Canadá. Por otra parte, sólo podían trabajar sobre suposiciones, ya que los canadienses todavía no habían iniciado su investigación. La conclusión del resumen ejecutivo planteaba la posibilidad de que el yacimiento (en su totalidad) rivalizara con el de Arabia Saudita, aunque era mucho más difícil transportar el petróleo desde allí... *excepto por el hecho*, proseguía el informe, de que ya se había construido el oleoducto Trans-Alaska y los nuevos yacimientos requerirían solamente una extensión de pocas millas del oleoducto preexistente, el cual, concluía arrogantemente el informe, no había producido impacto ecológico negativo.

—Salvo por el maldito episodio del barco tanque —observó la Dra. Brightling bebiendo el primer café de esa mañana. Que había matado millares de inocentes aves salvajes y centenares de nutrias marinas. Sin olvidar que había estropeado kilómetros de costa prístina.

—Será una catástrofe si el Congreso permite que esto siga adelante. Dios mío, Carol, el caribú, los pájaros, todos los predadores. Hay osos polares, y pardos, e incluso osos grizzly... y el medio ambiente es tan delicado como un bebé recién nacido. ¡No *podemos* permitir que las petroleras entren allí!

—Ya lo sé, Kevin —respondió la asesora científica de la presidencia con gesto enfático...

—El daño no se repararía *jamás*. La capa de hielo permanente... no existe *nada* más delicado en la faz de la Tierra —dijo el presidente del Sierra Club con mayor énfasis aun—. Nos lo debemos, se lo debemos a nuestros hijos... ¡se lo debemos al *planeta*! ¡Este documento debe ser *eliminado*! No me importa lo que cueste ¡tiene que *desaparecer*! *Debes* convencer al presidente de retirar cualquier *asomo* de apoyo a ese maldito proyecto. No podemos permitir que suceda esta *violación* ecológica.

—Kevin, tendremos que actuar con inteligencia. El presidente lo ve como una cuestión de equilibrio de gastos. Si tuviéramos petróleo propio no tendríamos que gastar dinero comprando petróleo a otros países. Peor aún, les cree a las empresas petroleras cuando dicen que extraen y transportan el petróleo sin mayores perjuicios para el medio ambiente y que pueden reparar los daños que producen *accidentalmente*.

—Eso es pura bosta de caballo, Carol, y tú lo sabes muy bien —Kevin Mayflower escupió todo el odio que sentía por las petroleras. El maldito oleoducto era una herida sangrante en el rostro de Alaska, una espantosa cicatriz de acero que cruzaba el territorio más bello del planeta, una afrenta a la naturaleza misma... ¿y todo para qué? Para que la gente pudiera andar en automóviles que contaminaban el planeta... sólo porque los perezosos no querían caminar, ni andar en bicicleta, ni montar a caballo. (Evidentemente, Mayflower no estaba en condiciones de pensar que había volado a Washington para hacer su justo reclamo en vez de cruzar el país en uno de sus caballos Appaloosa, ni

tampoco que su automóvil alquilado estaba estacionado en ese momento sobre West Executive Drive.) Las empresas petroleras arruinaban todo lo que tocaban, pensó. Lo ensuciaban. Estropeaban la Tierra arrancando de sus entrañas todo lo que consideraban valioso, fuera petróleo o carbón, y a veces derramaban su tesoro líquido porque no conocían y no les importaba la sacralidad de ese bendito planeta que pertenecía a la humanidad en pleno y necesitaba sus propios campeones de la fe. Los campeones de la fe necesitaban ser guiados, por supuesto, y ésa era la magna tarea del Sierra Club y otros grupos similares: decirle a la gente lo importante que era la Tierra, e indicarles cómo *debían* respetarla y tratarla. Lo bueno era que la asesora científica presidencial *comprendía*, y *trabajaba* en la Casa Blanca, y tenía *acceso* al presidente.

—Carol, quiero que cruces esa calle, entres en la Oficina Oval y le *digas* lo que hay que hacer.

—No es tan fácil, Kevin.

—¿Por qué diablos no lo es? El tipo no es tan *imbécil*, ¿no?

—Ocasionalmente nuestros puntos de vista difieren. Además, las compañías petroleras se están manejando con mucha inteligencia. Relee la propuesta —dijo, señalando el informe—. Prometen indemnizar toda la operación, establecer un seguro de *mil millones de dólares* en caso de que algo salga mal... por el amor de Dios, Kevin, ¡si hasta ofrecieron que el Sierra Club integrara el consejo para supervisar sus programas de protección del medio ambiente!

—¡Para que nos superen en número y nos cierren la boca! ¡Que ni sueñen con corrompernos de ese modo! —chilló Mayflower—. No permitiré que nadie de mi organización participe en esta violación. Punto final.

—Y si lo dices en voz muy alta las petroleras te acusarán de extremista y marginarán a todo el movimiento ecologista... ¡y no puedes darte el lujo de hacer eso, Kevin!

—No puedo *las pelotas*. Hay que pelear por lo que se cree, Carol. Y es *aquí* donde debemos pelear. Permitimos que esos miserables encontraran petróleo en Bahía Prudhoe, ¡pero eso es todo!

—¿Qué dirá el resto de tu comisión directiva al respecto?

—¡Dirán exactamente lo que *yo* les diga que digan!

—No, Kevin, no lo harán —Carol se recostó en la silla, restregándose los ojos. La noche anterior había leído el informe completo y la triste verdad era que las empresas petroleras estaban actuando con inteligencia frente a los temas ecológicos. Puro negocio. El *Exxon Valdez* les había costado una *tonelada* de dinero, además de las pésimas relaciones públicas. Por eso habían dedicado tres páginas del informe a las modificaciones en los procedimientos de seguridad de los barcos tanque. Ahora, los barcos que zarpaban de la inmensa terminal petrolera de Valdez, Alaska, eran escoltados por remolcadores hasta llegar al océano. Había una flota permanente de veinte embarcaciones para control de polución, y aun más en reserva. Los sistemas de navegación de los barcos tanque superaban en precisión a los de los submarinos nuclea-

res; los oficiales a bordo debían demostrar sus capacidades en simulacros semestrales. Todo era muy costoso, aunque mucho menos que otro derrame grave. Una serie de publicidades proclamaba todos estos hechos por televisión... Lo peor de todo era que canales satelitales de corte intelectual como History, Learning, Discovery y A&E (que últimamente emitían programas sobre vida salvaje patrocinados por las nuevas petroleras en el Ártico) no tocaban a las compañías pero mostraban imágenes de caribúes y otros animales pasando tranquilamente bajo los sectores elevados del oleoducto. Ciertamente eran muy hábiles para transmitir su mensaje, incluso a los miembros del comité directivo del Sierra Club, pensó Carol Brightling.

Lo que no decía, y lo que ella y Mayflower sabían, era que una vez que el petróleo fuera extraído sin riesgos de la Tierra, transportado sin riesgos a través del monstruoso oleoducto, y trasladado sin riesgos por el mar en los nuevos barcos tanque de casco doble reforzado, *inevitablemente* se transformaría en más contaminación aérea al salir de los caños de escape de automóviles y camiones y de las chimeneas de las fábricas. De modo que, realmente, todo era un mal chiste... incluido el escozor de Kevin por el daño a la capa de hielo permanente. ¿Cuántos kilómetros resultarían perjudicados en el peor de los casos? Pocos, probablemente, y las petroleras filmarían más comerciales para mostrar cómo habían limpiado *eso*, ¡como si la polución final ocasionada por el uso del petróleo estuviera fuera de cuestión!

Porque para el ignorante Juan de los Palotes, apoltronado frente al televisor devorando galletitas y partidos de fútbol, realmente estaba *fuera de cuestión*, ¿verdad? En Estados Unidos había más de cien millones de automotores, y muchos más en todo el mundo, y *todos* contaminaban el aire, y *ése* era el tema que nadie quería tratar. ¿Cómo se hacía para detener el envenamiento progresivo del planeta?

Bueno, había maneras de hacerlo, ¿no?, reflexionó.

—Haré todo lo posible, Kevin —prometió—. Le aconsejaré al presidente no apoyar esta ley.

La ley era la S-1768, remitida y patrocinada por los dos senadores por Alaska (comprados por las petroleras hacía tiempo), y autorizaría al Ministerio del Interior a licitar los derechos de explotación petrolífera en el área AAMP. Habría mucho dinero en juego, tanto para el gobierno federal como para el estado de Alaska. Hasta las tribus nativas harían la vista gorda. Utilizarían el dinero del petróleo para comprar vehículos para nieve destinados a la persecución y caza del caribú, y botes a motor para pescar y matar ballenas (ambas cosas podían disculparse por ser parte de su herencia racial y cultural). Los vehículos para nieve no eran necesarios en la moderna era del “bife seleccionado de Iowa” envasado al vacío, pero los nativos estadounidenses se aferraban al resultado final de sus tradiciones, si bien no a los métodos tradicionales. Era deprimente comprobar que incluso ellos habían olvidado su historia y sus dioses en homenaje a la nueva era de veneración mecánica del petróleo y sus derivados. Los dos senadores por Alaska llevarían

ancianos nativos para testificar a favor de la S-1768, testimonio que sería escuchado porque ¿quién mejor que un nativo estadounidense para saber lo que era vivir en armonía con la naturaleza? Sólo que actualmente utilizaban vehículos para nieve Ski-Do, motores fuera de borda Johnson y rifles de caza Winchester... Suspiró. Todo era una locura.

—¿Te escuchará? —preguntó Mayflower, volviendo al tema que los ocupaba. Hasta los ecologistas tenían que vivir en la realidad política.

—¿Sinceramente? Creo que no —admitió Carol Brightling.

—¿Sabes? —comentó Kevin en voz baja—. A veces comprendo a John Wilkes Booth.

—Kevin, no escuché lo que dijiste y, además, no lo dijiste. No aquí. No en este edificio.

—Maldita sea, Carol, sabes lo que pienso. Y sabes que tengo razón. ¿Cómo demonios vamos a proteger el planeta si a los idiotas que gobiernan el mundo les importa un *carajo* el mundo en que vivimos?

—¿Qué vas a decirme? ¿Que el *homo sapiens* es una especie parásita que perjudica la Tierra y el ecosistema? ¿Que éste no es nuestro lugar?

—Para muchos no lo es, y eso es un hecho.

—Tal vez lo sea, ¿pero qué haces tú al respecto?

—No lo sé —tuvo que admitir Mayflower.

Algunos lo sabemos, pensó Carol Brightling mirando los ojos tristes de su interlocutor. ¿Pero estás preparado para eso, Kevin? Consideró que sí, pero la etapa del reclutamiento era siempre la más conflictiva, incluso en el caso de verdaderos creyentes como Kevin Mayflower....

La construcción estaba casi terminada. Había veinte secciones completas en el predio, veintiun millas cuadradas de terreno principalmente llano y una carretera de cuatro carriles que conducía a la Interestatal 70, todavía cargada de camiones que entraban y salían. Las últimas dos millas de la autopista no tenían divisoria... como si la hubieran pensado para aterrizar aviones, había pensado más de una vez el superintendente de la obra, incluso aviones grandes. La carretera llevaba también a una enorme y contundente playa de estacionamiento. Pero no le había dado importancia a este recurso y ni siquiera lo había mencionado al pasar en el country de Salina.

Los edificios eran absolutamente pedestres, excepto por los sistemas de control del medio ambiente, tan avanzados en la materia que la Armada podría haberlos utilizado en sus submarinos nucleares. Todo formaba parte de la posición pionera de la compañía respecto de los sistemas, le había dicho el director durante su última visita. Tenían la tradición de adelantarse en el tiempo y, además, la naturaleza de su trabajo exigía atención minuciosa a los detalles supuestamente irrelevantes. No se fabricaban vacunas al aire libre. Pero hasta las viviendas de los empleados y las oficinas tenían los mismos sistemas, pensó el

superintendente, y eso sí que era extraño, por decir lo más leve. Todos los edificios tenían subsuelo... La construcción de los subsuelos era prueba de sensatez en el “corredor de los tornados”, pero pocos lo tenían en cuenta, en parte por pereza y en parte porque el suelo no era tan fácil de excavar allí. La famosa capa rocosa de Kansas que los agricultores raspaban para cultivar trigo. Eso también era curioso. Seguían cultivando la mayor parte de la región. El trigo ya había madurado y el centro de operaciones agrícolas estaba a dos millas de distancia, pertrechado con los mejores equipos de última generación que había visto en su vida, incluso tratándose de un área donde cultivar trigo era esencialmente una forma de arte.

Habían invertido tres millones de dólares en total en ese proyecto. Los edificios eran grandes... podrían transformarse en viviendas para cinco o seis mil personas, pensó el superintendente. El edificio de oficinas contaba con aulas para proseguir el proceso educativo. El predio tenía central de energía propia y depósito de tanques de combustible. Los tanques estaban semienterrados en deferencia a las condiciones meteorológicas locales, y conectados por su propio oleoducto a una boca de abastecimiento localizada al borde de la Interestatal 70 en Kanopolis. A pesar del lago local, habían cavado más de diez pozos artesianos en —y *más allá de*— el acueducto cherokee que los agricultores locales utilizaban para regar sus campos. Diablos, había agua suficiente para abastecer a una ciudad pequeña. Pero la compañía pagaba las cuentas y él ganaría el porcentaje usual del costo total del trabajo por terminarlo a tiempo, con una recompensa sustancial en caso de terminarlo antes, suma extra que estaba dispuesto a ganar. Hasta el momento habían pasado veinticinco meses, y todavía faltaban otros dos. Lo lograría, conseguiría la recompensa, llevaría a la familia a Disneylandia y disfrutarían dos semanas de Ratón Mickey y maravillosas canchas de golf, cosa que necesitaba para recuperar su juego luego de dos años de semanas laborales de siete días.

Pero la recompensa le permitiría dejar de trabajar durante dos años. El superintendente se especializaba en trabajos largos. Había levantado dos rascacielos en Nueva York, una refinería de petróleo en Delaware, un parque de diversiones en Ohio, y dos enormes condominios en otros lugares, ganándose la reputación de terminar las obras a tiempo y por debajo del presupuesto... Bueno, no eran malas referencias para el negocio. Estacionó su jeep Cherokee y revisó las anotaciones de lo que debía hacer esa tarde. Sí, había que probar el aislamiento de las ventanas en el Edificio 1. Hizo un llamado por celular y entró a la pista de aterrizaje (así le gustaba llamarla), donde se juntaban las rutas de acceso. Recordó sus épocas de ingeniero en la Fuerza Aérea. Dos millas de largo y casi una yarda de ancho, sí, en ese camino podía aterrizar un 747 si quería. Bueno, la compañía tenía su propia flota de jets Gulfstream, ¿y por qué no aterrizarlos allí en vez de utilizar el insignificante aeropuerto de Ellsworth? Y si alguna vez se les ocurría comprar un Jumbo, bromeó, también habría lugar para esa mole. Tres minutos

después estacionó frente al Edificio 1. Lo habían terminado tres semanas antes, y sólo faltaban los cheques de orden ecológico. Bueno. Entró por la puerta vaivén (inusualmente pesada y gruesa), que fue inmediatamente cerrada.

—OK, ¿estamos listos, Gil?

—Sí, señor Hollister.

—Adelante, entonces —ordenó Charlie Hollister.

Gil Trains era el supervisor de todos los sistemas ecológicos del proyecto. Ex marino (y loco por los sistemas), él mismo accionó los controles empotrados en la pared. La presurización no produjo ruido —los sistemas estaban demasiado lejos— pero el efecto fue casi inmediato. Hollister lo sintió en los oídos al acercarse a Gil: era como conducir por un camino de montaña, los oídos *cliqueaban* y uno tenía que mover la mandíbula para ecualizar la presión, anunciada por otro *clíc*.

—¿Cómo va eso?

—Por el momento bien —respondió Trains—. Sobrepresurización cero-punto-siete-cinco, ritmo constante —Tenía los ojos clavados como dardos en la estación de control—. ¿Sabes a qué se parece esto, Charlie?

—No —admitió el superintendente.

—A las pruebas de impermeabilidad de los submarinos. Es el mismo método: sobrepresurizar un compartimiento.

—¿En serio? A mí me recuerda cosas que hice en Europa, en bases de aviones caza.

—¿Y eso?

—Sobrepresurizar los cuarteles de los pilotos para que no entrara el gas.

—¿Ah sí? Bueno, supongo que funciona en ambos sentidos. La presión se mantiene constante.

Como para no mantenerse, pensó Hollister, con todo lo que hicimos para asegurarnos de que cada maldita ventana quedara sellada con relleno de vinilo. No era que hubiera tantas ventanas. Eso también le parecía raro. La vista era espléndida. ¿Por qué no aprovecharla?

El edificio podía tolerar 1,3 libras de sobrepresurización. Le habían dicho que eso lo protegería de los tornados, y tenía lógica, junto con la creciente eficacia de los sistemas HVAC. Pero también podría contribuir al síndrome de “edificio enfermo”. Los edificios con aislamiento medioambiental excesivamente bueno eran un excelente caldo de cultivo para los gérmenes de la gripe y ayudaban a propagar los resfríos como incendios forestales. Bueno, eso también formaría parte de la idea general, ¿no? La compañía trabajaba con drogas y vacunas, y eso significaba que ese lugar era una suerte de fábrica de gérmenes de guerra, ¿no? Entonces, tenía lógica mantener algunas cosas adentro... y otras afuera. Diez minutos después estaban seguros. Los instrumentos instalados en todo el edificio confirmaron que los sistemas de sobrepresurización funcionaban perfectamente... en la primera prueba. Los muchachos que habían hecho las puertas y las ventanas recibirían un dinero extra en recompensa.

—Parece muy bueno. Tengo que ir al centro de comunicaciones, Gil —el complejo también contaba con una lujosa colección de sistemas de comunicación satelital.

—Utilice el compresor de aire —le aconsejó Trains.

—Nos vemos luego —dijo Hollister.

—No lo dudes, Charlie.

No era agradable. Ahora tenían once personas, sanas, ocho mujeres y tres hombres —segregados por género, por supuesto—, una más de lo que habían planeado... pero era difícil devolver a alguien luego de haberlo raptado. Les habían quitado la ropa —en algunos casos mientras aún estaban inconscientes— y la habían reemplazado por chaquetas y pantalones semejantes a uniformes de presidiarios, aunque hechos con mejores materiales. No se permitía el uso de ropa interior: más de una vez las presidiarias habían utilizado sus sostenes para ahorrarse, y ellos no podían darse el lujo de perder a una de sus chicas. Usaban pantuflas por todo calzado y su comida estaba fuertemente condimentada con Valium, droga que ayudaba a calmarlos un poco, pero no del todo. No tenía sentido drogarlos excesivamente porque la depresión de todos sus sistemas corporales podría perjudicar la prueba... y tampoco podían permitirse ese lujo.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó una de ellas a la Dra. Archer.

—Una investigación médica —respondió Barbara, completando un formulario—. Usted se ofreció voluntariamente, ¿recuerda? Le estamos pagando por hacerlo y cuando termine podrá volver a su casa.

—¿Cuándo me ofrecí?

—La semana pasada —replicó la Dra. Archer.

—No me acuerdo.

—Bueno, pero se ofreció. Tenemos su firma en el formulario de consentimiento. Y la estamos cuidando muy bien, ¿no cree?

—Me siento drogada todo el tiempo.

—Es normal —aseguró Archer—. No tiene por qué preocuparse.

Ella —Sujeto F4— era secretaria de estudio jurídico. Tres de los sujetos femeninos tenían esa misma profesión, lo cual preocupaba ligeramente a la Dra. Archer. ¿Y si los abogados para quienes trabajaban llamaban a la policía? Habían enviado telegramas de renuncia, claro, con firmas falsificadas por expertos e incluido en el telegrama explicaciones plausibles de la renuncia. Tal vez funcionara. En todo caso, los secuestros habían sido perfectos y, entre ellos, nadie hablaría con nadie del tema, ¿verdad?

La Sujeto F4 estaba desnuda, sentada sobre una cómoda silla cubierta por una tela. Bastante atractiva, observó Archer, aunque debería rebajar cinco kilos por lo menos. El examen físico no había revelado nada inusual. La presión sanguínea era normal. Los análisis indicaban que tenía el colesterol un poco alto, pero no era preocupante. Parecía ser una hembra normal y sana de veintiséis años. La entrevista para la

historia clínica tampoco fue notable. No era virgen, por supuesto, y había tenido doce amantes en sus nueve años de sexualidad activa. Un aborto a los veinte años realizado por su ginecólogo, y sexo seguro a partir de ese momento. Tenía un amante fijo, pero estaría fuera de la ciudad durante unas semanas por cuestiones de negocios, y de todos modos sospechaba que había otra mujer en su vida.

—OK, eso es todo, Mary —Archer se levantó y le sonrió—. Gracias por su cooperación.

—¿Puedo vestirme?

—Primero queremos que haga algo. Pase a través de la puerta verde, por favor. Adentro hay un sistema de desinfección. Le resultará agradable y refrescante. Sus ropas están del otro lado. Podrá vestirse allí.

—Está bien —La Sujeto F4 se levantó e hizo lo que le ordenaban. Dentro del cuarto sellado había... nada, absolutamente nada. Se quedó allí parada, confusa, durante unos segundos. Hacía mucho calor, más de cuarenta grados, pero los asperjadores invisibles empotrados en las paredes emitieron una lluvia... una niebla que la refrescó agradablemente durante diez segundos. La niebla se interrumpió y se abrió la puerta del fondo. Encontró un vestidor, tal como le había prometido la doctora. Se enfundó el uniforme verde y salió al pasillo, donde un guardia de seguridad le indicó una puerta (sin acercarse jamás a ella) que la llevó de regreso al dormitorio. Un suculento almuerzo la estaba esperando. La comida era muy buena y, después de comer, siempre dormía una breve siesta.

—¿Te sientes mal, Pete? —preguntó el Dr. Killgore en otro sector del edificio.

—Debe ser gripe o algo por el estilo. Me siento como si me hubieran dado una paliza y no puedo retener nada en el estómago —ni siquiera la bebida, hecho especialmente desconcertante para un alcohólico como él. La bebida era lo único que siempre había podido retener.

—OK, vamos a echar un vistazo —Killgore se levantó y se colocó un barbijo y guantes de látex para examinarlo—. Voy a extraerte una muestra de sangre, ¿sí?

—Claro, doc.

Killgore lo hizo con sumo cuidado: clavó la aguja en la cara interna del codo, como de costumbre, y llenó cuatro tubos de ensayo de cinco centímetros cúbicos. Luego le revisó los ojos, la boca y el resto del cuerpo. El sujeto reaccionó cuando llegó a la zona del hígado.

—¡Ay! Duele, doc.

—¿Eh? No noto nada distinto al tacto, Pete. ¿Cómo es el dolor? —preguntó palpando el hígado que, como en la mayoría de los alcohólicos, tenía la consistencia de un ladrillo.

—Como si me estuviera clavando un cuchillo, doc. Duele mucho.

—Lo siento, Pete. ¿Y aquí? —preguntó el médico, palpando más abajo con las dos manos.

—No es un dolor tan agudo, pero igual duele un poco. ¿Será algo que comí?

—Podría ser. Yo no me preocuparía demasiado al respecto —replió Killgore. OK, el sujeto presentaba síntomas unos días antes de lo esperado, pero no había que descartar irregularidades menores. Pete era uno de los sujetos más saludables, pero los alcohólicos no podían considerarse bajo ningún concepto un prodigio de salud. Evidentemente sería el Número 2. *Mala suerte, Pete*, pensó Killgore—. Te daré algo para aliviar el dolor.

Killgore dio media vuelta y abrió uno de los cajones del gabinete de la pared. Cinco miligramos, pensó, llenando la jeringa descartable. Volvió a la camilla y clavó la aguja en una vena del dorso de la mano.

—¡Oooh! —exclamó Pete unos segundos después—. Aahh... qué bueno. Mucho mejor, doc. Gracias —Abrió los ojos como platos y luego se relajó.

La heroína era un magnífico analgésico. Su mayor ventaja era la exaltación que provocaba en el receptor durante los primeros segundos y el sopor en que lo sumía durante las horas siguientes. Bueno, Pete se sentiría bien por un rato. Killgore lo ayudó a levantarse y lo envió de regreso a la habitación. Acto seguido, analizó las muestras de sangre. Treinta minutos después estaba seguro. Los análisis de anticuerpos seguían dando positivo y el examen microscópico demostraba que los anticuerpos luchaban contra... y perdían.

Apenas dos años antes, alguien había intentado infectar a la población de Estados Unidos con la versión natural de ese virus (algunos lo llamaban “cayado de pastor”). Lo habían modificado ligeramente en el laboratorio de ingeniería genética agregándole ADN cancerígeno para robustecer la cepa negativa de ARN del virus, pero había sido como ponerle un impermeable. Lo más notable de todo era que la ingeniería genética había triplicado el período de latencia. Antes se creía que era de cuatro a diez días, ahora duraba casi un mes. Maggie sabía lo que hacía, e incluso le había puesto un nombre apropiado. Shiva era un asqueroso hijo de puta. Había matado a Chester —bueno, sí, el potasio lo había matado en realidad, pero el pobre tipo ya estaba condenado— y estaba empezando a matar a Pete. Con este último no tendrían piedad. Viviría hasta que la enfermedad lo matara. Su estado físico era casi normal y les permitiría comprobar métodos de alivio contra los efectos letales de Ébola-Shiva. Probablemente no lograrían nada, pero debían comprobarlo. Quedaban nueve sujetos de prueba, y once más en otro sector del edificio... Esos once serían la prueba de fuego. Todos eran sanos, o al menos eso creía la compañía. Probarían en ellos el método original de contagio y la viabilidad de Shiva como agente de plaga, además de la utilidad de las vacunas aisladas por Steve Berg la semana anterior.

Con esas reflexiones concluyó el trabajo diario de Killgore. Salió

del edificio. El aire de la noche era frío, limpio y puro... bueno, todo lo puro que podía ser en esa región del mundo. Había cien millones de automóviles en el país y todos escupían sus complejos hidrocarburos en la atmósfera. Se preguntó si podría apreciar la diferencia dentro de dos o tres años, cuando todo hubiera acabado. Vio aletear a los murciélagos bajo el resplandor de la luz. Bueno, pensó, casi nunca se veían murciélagos por allí. Debían estar cazando insectos. Deseó que sus oídos pudieran escuchar los sonidos ultrasónicos que proyectaban los animales para localizar los insectos e interceptarlos.

También debía haber aves allá arriba. Lechuzas especialmente, magníficos predadores nocturnos. Admiraba su vuelo silencioso, sus plumas suaves, su manera de meterse en los establos, atrapar ratones, comerlos, digerirlos y luego regurgitar los huesos de sus presas en pequeñas cápsulas compactas. Sentía más simpatía por los predadores salvajes que por las presas. Pero era de esperar, ¿verdad? Tenía *afinidad* con los predadores, esas bestias salvajes y magníficas que mataban sin conciencia, porque la Madre Naturaleza no tenía conciencia. En absoluto. Con una mano daba la vida y con la otra la quitaba. El eterno proceso de la vida había convertido a la Tierra en lo que era. Los hombres habían intentado modificarlo desde un principio, pero ahora otros hombres revertirían nuevamente el proceso de manera rápida y contundente. Y él estaría allí para verlo. No llegaría a ver la desaparición de todas las cicatrices, y eso ya era bastante malo, pero viviría lo suficiente para ser testigo de los cambios más importantes. La polución desaparecería por completo. Los animales no volverían a ser comercializados ni envenenados. El cielo se aclararía y la Tierra volvería a cubrirse de vida, obedeciendo al plan de la naturaleza. Sus colegas y él contemplarían la magnificencia de la transformación. Y si el precio era elevado... valía la pena pagarlo. La Tierra pertenecía a aquellos que la apreciaban y comprendían. Incluso estaba utilizando uno de los métodos de la naturaleza para tomar posesión de ella... aunque con un poquito de colaboración humana. Bueno, si los humanos eran capaces de usar sus artes y sus ciencias para dañar al mundo, bien podían otros humanos utilizarlos para reparar el daño. Chester y Pete seguramente no lo hubieran comprendido pero, a decir verdad, nunca habían comprendido nada, ¿no?

—Habrán miles de franceses allí —dijo Juan—. Y la mitad serán niños. Si queremos liberar a nuestros colegas debemos producir un fuerte impacto. Esto sería lo suficientemente fuerte, creo yo.

—¿A dónde iríamos después? —preguntó René.

—El Valle del Bekaa sigue disponible, y desde allí a donde se nos antoje. Todavía tengo buenos contactos en Siria y siempre hay otras opciones.

—Es un vuelo de cuatro horas y hay un portaviones estadounidense apostado permanentemente en el Mediterráneo.

—No atacarán un avión lleno de niños —señaló Esteban—. Incluso podrían escoltarnos —agregó con una sonrisa burlona.

—Está a apenas doce kilómetros del aeropuerto —les recordó André— y hay una linda autopista de múltiples carriles.

—Bueno, entonces debemos planear la misión hasta el último detalle. Esteban, tú te conseguirás un trabajo allí. Y tú también, André. Debemos elegir los lugares y luego seleccionar el día y la hora.

—Necesitaremos más hombres. Por los menos diez más.

—Eso es un problema. ¿Dónde podemos conseguir hombres de confianza? —preguntó Juan.

—Podemos contratar sicarios. Sólo tendríamos que ofrecerles una buena cantidad de dinero —dijo Esteban.

—Tienen que ser hombres fieles —insistió René.

—Serán fieles —les aseguró el vasco—. Sé dónde ir a buscarlos.

Todos tenían barba. Era el disfraz más fácil de adoptar, y aunque la policía nacional de sus respectivos países tenía fotos de todos ellos, estas los mostraban como hombres jóvenes prolijamente afeitados. Cualquiera transeúnte los habría tomado por artistas debido a su aspecto y su manera de apoyarse sobre la mesa para hablar en susurros intensos. Todos estaban moderadamente bien vestidos, aunque no con ropa cara. Tal vez estuvieran discutiendo temas políticos, pensó el mozo desde su puesto a diez metros de distancia, o negocios confidenciales. No sabía que tenía razón en ambos casos. Pocos minutos después los vio estrecharse las manos y partir en distintas direcciones. Habían dejado unos billetes sobre la mesa... y una propina miserable. Artistas, decidió el mozo. Con un cocodrilo en el bolsillo, como siempre.

—¡Pero esto es un desastre ecológico en potencia! —insistió Carol Brightling.

—Carol —replicó el jefe de *staff*—. Se trata de nuestro equilibrio de gastos. Le ahorraría a Estados Unidos aproximadamente cincuenta mil millones de dólares, y necesitamos eso. En cuanto al aspecto ecológico, conozco tus preocupaciones, pero el presidente de la Atlantic Richfield me ha prometido personalmente que será una operación limpia. Han aprendido mucho en los últimos veinte años tanto en cuestiones de ingeniería como de relaciones públicas, ¿no te parece?

—¿Alguna vez estuviste allí? —preguntó la asesora presidencial.

—No. Sobrevolé Alaska, pero nada más.

—Pensarías de otro modo si hubieras visto el lugar, créeme.

—Hay minas de carbón en Ohio. Las he visto. Y los he visto tapanla y plantar pasto, arbustos y árboles. Diablos, una de esas minas... ¡dentro de dos años organizarán el campeonato de golf de la PGA en la cancha que inauguraron allí! El lugar *está limpio*, Carol. Ahora saben hacerlo, y saben que tiene sentido hacerlo, tanto en lo político como en lo económico. De modo que... no, Carol, el presidente *no* retirará su apoyo al proyecto de las petroleras. Tiene lógica económica para el país

—¿Y a quién carajo le importa una franja de tierra que sólo han visto un centenar de personas?, omitió agregar.

—Tengo que hablar personalmente con él sobre esto —insistió Brightling.

—No —el jefe de *staff* negó enfáticamente con la cabeza—. Eso no va a suceder. No respecto de este tema. Lo único que conseguirías es debilitar su posición, y eso no sería muy prudente, Carol.

—¡Pero *prometí* hacerlo!

—¿A quién?

—Al Sierra Club.

—Carol, el Sierra Club no es parte de la administración. Y ya recibimos sus cartas. Las he leído. Se están transformando en una organización extremista respecto a estos temas. Cualquiera puede decir “no hagan nada” y eso es lo único que dicen desde que ese Mayflower asumió la presidencia.

—Kevin es un buen hombre, y muy inteligente.

—No creo que puedas demostrármelo, Carol —bostezó el jefe de *staff*—. Es un fanático.

—Maldita sea, Arnie, no todo el que disiente contigo es un extremista, ¿sabes?

—Mayflower sí lo es. El Sierra Club va camino a la autodestrucción si ese tipo sigue al mando del timón. Como sea —Arnie revisó su agenda—. Tengo trabajo que hacer. Tu posición en este tema, Dra. Brightling, es apoyar a la administración. Eso significa que deberás *respaldar personalmente* la ley para la explotación petrolífera de AAMP. Sólo existe una posición en este edificio: la que ordena el presidente. Ése es el precio que pagas por ser asesora presidencial, Carol. Puedes influir sobre la política, pero una vez que la política es promulgada debes respaldarla, creas en ella o no. Dirás públicamente que consideras que explotar el petróleo de Alaska es bueno para Estados Unidos y para el medio ambiente. ¿Entendido?

—¡No, Arnie, no lo haré! —insistió Brightling.

—Sí, Carol, lo harás. Y de manera convincente, para que los grupos ecologistas más moderados vean la lógica de la situación. Eso siempre que te guste trabajar aquí, claro.

—¿Me estás amenazando?

—No, Carol, no te estoy amenazando. Te estoy explicando cómo funcionan las reglas. Porque debes respetar las reglas, igual que yo, e igual que todos los demás. Si trabajas aquí debes ser leal al presidente. Si no eres leal, no puedes trabajar aquí. Conocías las reglas cuando subiste a bordo y sabías que tendrías que atenerte a ellas. OK, ahora debes probarlo. ¿Acatarás las reglas o no, Carol?

La cara de la Dra. Brightling enrojeció bajo el maquillaje. Arnie vio que no había aprendido a ocultar su enojo. Malo, malo. Uno no podía permitirse perder los estribos por estupideces menores, no a ese nivel de gobierno. Y ésa era una estupidez menor. Cuando uno encontraba algo tan valioso como varios miles de millones de barriles de petróleo en

un lugar que le pertenecía, uno perforaba la tierra para extraerlo. Tan simple como eso... y era más simple todavía si las compañías petroleras prometían no perjudicar el medio ambiente. Y seguiría siendo simple mientras los votantes siguieran manejando automóviles.

—¿Y bien, Carol? —preguntó.

—Sí, Arnie, conozco las reglas y me atenderé a ellas —confirmó por fin.

—Bueno. Quiero que prepares una declaración esta misma tarde para ser emitida la semana próxima. Quiero verla hoy sobre mi escritorio. Lo de siempre, el aspecto científico, la seguridad de los sistemas de ingeniería, esa clase de cosas. Gracias por venir, Carol —dijo Arnie, dando por terminada la reunión.

La Dra. Brightling se levantó y fue hacia la puerta. Vaciló un momento, sentía ganas de darse vuelta y decirle a Arnie donde podía meterse su declaración... pero siguió caminando por el corredor del Ala Oeste, dobló al norte y bajó a la calle. Dos agentes del Servicio Secreto observaron la expresión de su rostro y se preguntaron qué le habría llovido encima esa mañana... tal vez una tormenta de granizo. Cruzó la calle con paso rígido y subió las escaleras del OEOB. Una vez en su oficina, encendió la computadora Gateway y abrió el procesador de palabras... pero en realidad deseaba romper la pantalla a puñetazos en vez de golpear pacientemente el teclado para redactar una declaración que no la representaba.

¡Recibir órdenes de ese *hombre!* Que no sabía *nada* de ciencia... y a quien le *importaba un bledo* el medio ambiente. ¡Lo único que le importaba a Arnie era la política, y la política era lo más artificial del mundo!

Finalmente se calmó, respiró hondo y comenzó a redactar su defensa de algo que, después de todo, jamás sucedería, ¿verdad?

No, se dijo con firmeza. Jamás sucedería.

CAPÍTULO 12

CARTAS BRAVAS

El parque temático había aprendido la lección de su modelo más famoso. Sus dueños tuvieron el cuidado de contratar una docena de ejecutivos jerárquicos (cuyos suntuosos salarios eran pagados por los *sponsors* financieros del Golfo Pérsico, quienes ya habían excedido sus expectativas fiscales y esperaban recuperar el total de la inversión en menos de seis años en vez de los programados ocho y medio).

Las inversiones fueron considerables, dado que no sólo deseaban emular a la corporación estadounidense sino superarla en todos los aspectos. El castillo de *su* parque era de piedra verdadera, no de fibra de vidrio. La calle principal tenía tres vías principales, cada una dedicada a tres diferentes temas nacionales. El ferrocarril circular era de tamaño estándar y utilizaba dos locomotoras a vapor auténticas. Además, se hablaba de extender la línea ferroviaria hasta el aeropuerto internacional que las autoridades españolas habían tenido la amabilidad de modernizar para apoyar el proyecto del parque temático (y tenían sobradas razones para hacerlo: el parque proporcionaba veintiocho mil puestos de trabajo de tiempo completo y otros diez mil de medio tiempo o temporada). Las atracciones eran espectaculares, la mayoría diseñadas especialmente y construidas en Suiza, y algunas lo suficientemente arriesgadas como para hacer empalidecer a un piloto de guerra. Por si eso fuera poco, tenía un sector de Ciencia Universal, con una caminata lunar que había impresionado a la propia NASA, un recorrido subacuático a través de un mega-acuario, y pabellones de todas las grandes industrias europeas... el de Airbus Industrie era particularmente impactante, ya que permitía a los niños (y también a los adultos) pilotear simulacros de vuelo.

Había personajes diversos: gnomos, tragos y toda suerte de criaturas míticas de la historia europea, además de legionarios romanos dispuestos a luchar contra los bárbaros... y, por supuesto, las infaltables áreas comerciales donde los visitantes podían adquirir réplicas de todo lo que el parque tenía para ofrecer.

Una de las jugadas más astutas de los inversores fue construir el parque temático en España, no en Francia. El clima español, aunque más caluroso, era soleado y seco la mayor parte del año, lo que les permitía trabajar a pleno el año entero. Los visitantes llegaban de toda Europa (por avión, tren u ómnibus) y se alojaban en los grandes y cómo-

dos hoteles diseñados para tres niveles diferentes de presupuesto y grandeza, desde el que podría haber sido decorado por César Ritz a varios otros con comodidades más básicas. Todos los visitantes compartían el mismo entorno físico, cálido y seco, y podían bañarse en las numerosas piscinas rodeadas por playas de fina arena blanca, o bien jugar al golf en una de las dos canchas habilitadas (estaban construyendo otras tres, y una de ellas pronto formaría parte del Campeonato Profesional Europeo). También había un concurrido casino, atracción que ningún otro parque temático había ofrecido hasta el momento. En conjunto, el Worldpark o Parque Mundial había sido un éxito inmediato y sensacional: rara vez tenía menos de diez mil visitantes, y casi siempre más de cincuenta mil.

La instalación —definitivamente moderna— era controlada por un centro de comando central y seis centros regionales. Todas las atracciones, juegos y despachos de alimentos y bebidas eran monitoreados por computadoras y cámaras de televisión.

Mike Dennis era el director de operaciones. Lo habían contratado en Orlando, y aunque extrañaba la atmósfera amistosa imperante en aquel plantel directivo, la construcción y posterior dirección del Parque Mundial era el desafío que había esperado toda su vida. Tenía tres hijos, pero el parque era *su bebé*, solía decirse Dennis contemplando las almenas de la torre. Su oficina y centro de comando estaban en el alcázar del castillo, la torre más alta de la última fortaleza del siglo XX. Tal vez el duque de Aquitania hubiera disfrutado de un lugar como ése, pero él sólo sabía manejar lanzas y espadas, no computadoras y helicópteros, y por muy poderosa que fuera su alteza en el siglo XII, jamás había manejado semejantes sumas de dinero: el Parque Mundial obtenía diez *millones* de dólares diarios en efectivo solamente, sin contar las tarjetas. Un camión de caudales con fuerte custodia policial salía todos los días del parque rumbo al banco más cercano.

Como su modelo de Florida, el Parque Mundial poseía una estructura de varios pisos. Debajo de las instalaciones principales había una ciudad subterránea: allí operaban los servicios de apoyo, los integrantes del elenco se cambiaban y almorzaban, y Dennis podía trasladar personas y objetos de un lugar a otro rápidamente y sin ser vistos por los visitantes. Dirigir el sector subterráneo equivalía a ser alcalde de una ciudad no tan pequeña... en realidad, era más difícil porque debía asegurarse de que todo funcionara todo el tiempo y el costo de las operaciones fuera siempre inferior al presupuesto asignado. El hecho de hacer bien su trabajo (en honor a la verdad, un 2,1 por ciento mejor que sus propias proyecciones pre-inaugurales) le significaba un salario considerable y una bonificación extraordinaria de 1.000.000 de dólares recibida cinco semanas atrás. Bueno, si sus hijos se adaptaran de una buena vez a las escuelas locales...

Incluso como objeto de odio, cortaba la respiración. *Era* una ciudad cuya construcción había costado miles de millones. André había

sido adoctrinado en la “Universidad del Parque Mundial” local, captado el absurdo *ethos* del lugar, aprendido a sonreírle a todo y a todos. Casualmente lo habían destinado al departamento de seguridad, la policía imaginaria del Parque Mundial, lo cual significaba que debía vestir una camisa azul liviana y pantalones azul oscuro con una franja vertical también azul, llevar un silbato y un radio portátil, y pasar la mayor parte del tiempo diciéndole a la gente dónde estaban los baños... porque si el Parque Mundial necesitaba policías, los barcos necesitaban ruedas. André consiguió el puesto porque hablaba fluidamente tres idiomas (francés, español e inglés) y podía por lo tanto ser útil a la mayoría de los visitantes —eufemísticos “huéspedes”— de la nueva ciudad española, que obviamente tenían necesidad de orinar de vez en cuando y, en la mayoría de los casos, carecían de la astucia suficiente para advertir los centenares de carteles (gráficos antes que escritos) que les indicaban a dónde dirigirse cuando la necesidad física se tornaba imperiosa.

Vio a Esteban en el lugar de siempre, vendiendo globos de gas. Pan y circo, pensaban ambos. La cantidad de dinero gastado para construir ese lugar... ¿y todo para qué? ¿Para darles a los hijos de los pobres y las clases trabajadoras unas breves horas de alegría antes de regresar a sus tristes y monótonos hogares? ¿Para inducir a sus padres a gastar su dinero en meras diversiones? En realidad, el objetivo del parque era enriquecer todavía más a los inversores árabes que habían gastado buena parte de sus petrodólares en la construcción de esa ciudad de fantasía. Asombrosa, sí, y no obstante objeto de desprecio. Ícono de lo irreal, opio de las masas trabajadoras que no tenían la sensatez de verla tal como era en realidad. Bueno, ésa era la tarea de la elite revolucionaria.

André comenzó a caminar de un lado a otro, aparentemente sin propósito determinado, pero en realidad de acuerdo con los planes (los suyos y los del parque). Le pagaban para vigilar y hacer arreglos mientras sonreía e indicaba a los padres dónde podían aliviar sus vejigas sus adorables retoños.

—Esto servirá —dijo Noonan, integrándose a la reunión matutina.

—¿Qué es “esto”? —preguntó Clark.

Noonan les mostró un disquete de computadora.

—Son apenas cien líneas de código, sin contar la instalación. Todos los teléfonos celulares utilizan el mismo programa de computadora para funcionar. Cuando lleguemos a cada lugar, insertaré este disquete en los sistemas y cargaré el *software*. A menos que uno disque el prefijo correcto para hacer un llamado —7-7-7, para ser preciso—, el celular contestará que el número está ocupado. De este modo podremos bloquear las llamadas por celular a nuestros sujetos, y también las de ellos hacia afuera.

—¿Cuántas copias tienes? —preguntó Stanley.

—Treinta —respondió Noonan—. Podemos pedirle a la policía lo-

cal que las instale. Tengo las instrucciones impresas en seis idiomas —*No está mal, ¿eh?* hubiera querido agregar Noonan. Lo había conseguido a través de uno de sus contactos en la Agencia Nacional de Seguridad en Fort Meade, Maryland. Bastante buen resultado luego de una semana de esfuerzos—. Se llama Cellcop y funciona en cualquier lugar del mundo.

—Buen tiro, Tim —Clark anotó algo—. OK, ¿cómo están los comandos?

—Sam Houston está en cama con la rodilla estropeada —dijo Peter Covington—. Se lastimó bajando del helicóptero. Puede desplegar, pero no podrá correr hasta dentro de unos días.

—El Comando 2 se encuentra al máximo de sus capacidades —anunció Chávez—. George Tomlinson está un poco más lento por el tendón de Aquiles, pero no tiene importancia.

Clark gruñó y asintió mientras anotaba algo. El entrenamiento a que se sometían sus hombres era tan duro que las heridas ocasionales eran inevitables... y John recordaba bien el aforismo que reza que los entrenamientos deben ser combates sin sangre, y los combates, entrenamientos sangrientos. Fundamentalmente era positivo que sus tropas trabajaran tan arduamente en las prácticas como en la vida real... eso hablaba muy bien de su moral y de su profesionalismo, e indicaba que tomaban seriamente todos y cada uno de los aspectos de la vida en el Rainbow. Dado que Sam Houston era riflero, realmente estaba en el setenta por ciento de su capacidad, y George Tomlinson, con el tendón lastimado y todo, estaba realizando su carrera matinal como buen soldado de elite que era.

—¿Inteligencia? —John miro a Bill Tawney.

—Nada especial que reportar —replicó Tawney—. Sabemos que todavía hay terroristas vivos y las distintas fuerzas policiales están investigando para encontrarlos, pero no es tarea fácil y por el momento no hay nada prometedor en vista, aunque... —ciertas cosas eran imposibles de predecir. Todos en la mesa lo sabían. Esa misma noche, podrían detener a alguien como Carlos por pasar un semáforo en rojo, y algún policía avisado podría reconocerlo y arrestarlo, pero ellos no podían contar con el azar. Todavía quedaban más de cien terroristas vivos, escondidos probablemente en algún lugar de Europa como Ernst Model y Hans Fürchtner, pero habían aprendido la sencilla lección de mantener un perfil bajo y no meterse en problemas. Tendrían que cometer algún error (grande o pequeño) para ser detectados... y los que cometían errores estaban muertos o en la cárcel desde hacía tiempo.

—¿Cómo marcha la cooperación con las policías locales? —preguntó Stanley.

—Seguimos en contacto con ellos y las misiones de Berna y Viena fueron muy buena prensa para nosotros. Es probable que nos convoquen en el acto cuando ocurra algo de ese tenor.

—¿Movilidad? —preguntó John.

—Ése soy yo, supongo —respondió el teniente coronel Malloy—.

Funciono particularmente bien con el Ala Primera de Operaciones Especiales. Por el momento me permitirán conservar el Night Hawk y tengo muchas de horas de vuelo en el Puma británico, así que estoy acostumbrado a él. Si tenemos que salir, estoy listo. Podría requerir un abastecedor MC-130 si fuera necesario en el caso de un despliegue prolongado, pero en la práctica puedo llegar a cualquier punto de Europa en mi Sikorsky en un máximo de ocho horas, con o sin reabastecimiento de combustible. En cuanto al lado operativo, me siento cómodo. Los soldados son los mejores que vi en mi vida y trabajamos bien juntos. Lo único que me preocupa es la falta de un equipo médico.

—Lo hemos pensado. El Dr. Bellow es nuestro médico, particularmente eficaz para tratar heridas, ¿verdad, doc? —Preguntó Clark.

—Me arreglo bastante bien, pero no soy cirujano. Además, las fuerzas policiales y de bomberos presentes en los despliegues podrían facilitarnos personal paramédico.

—Era mejor en Fort Bragg —observó Malloy—. Sé que todos los hombres están entrenados en primeros auxilios, pero sería agradable contar con uno o dos médicos diplomados. El Dr. Bellow sólo tiene dos manos —advirtió el piloto—. Y sólo puede estar en un lugar por vez.

—Cuando iniciamos una misión —explicó Stanley— hacemos un llamado de rutina al hospital de emergencias más próximo. Hasta el momento han cooperado con nosotros.

—OK, muchachos, pero soy yo el que tiene que transportar a los heridos. Hace tiempo que lo vengo haciendo y creo que podríamos mejorar el sistema. Recomiendo un entrenamiento especial. Deberíamos practicar regularmente.

No era mala idea, pensó Clark.

—Lo tendremos en cuenta, Malloy. Al, empezaremos próximamente.

—De acuerdo —asintió Stanley.

—Lo más difícil es simular heridas —les dijo el Dr. Bellow—. No hay sustituto para la cosa real y no podemos meter a nuestra gente en la sala de emergencias de cualquier hospital. Perderíamos demasiado tiempo y no verían la clase de heridas que necesitan ver.

—Hace años que tenemos el mismo problema —intervino Covington—. Uno puede enseñar los procedimientos, pero la experiencia práctica es difícil de lograr...

—Sí, a menos que nos traslademos a Detroit —bromeó Chávez—. Miren, muchachos, todos nosotros somos expertos en primeros auxilios y el Doctor Bellow es médico. No nos sobra el tiempo y el entrenamiento para la misión es primordial, ¿no les parece? Si llegamos al punto de conflicto y hacemos bien nuestro trabajo minimizaremos la cantidad de heridas, ¿verdad? —excepto las de los malos, omitió agregar. Pero ésos no le importaban a nadie—. Me gusta la idea de entrenarnos para evacuar heridos. Genial, podemos hacerlo, y también practicar primeros auxilios... pero, seamos realistas, no podemos hacer mucho más. O al menos yo no veo cómo.

—¿Sugerencias? —preguntó Clark. Él tampoco veía cómo.

—Chávez tiene razón... pero uno nunca está absolutamente preparado ni absolutamente entrenado —señaló Malloy—. No importa cuánto trabajemos, los chicos malos siempre encuentran una nueva manera de perjudicarnos. De todos modos, en Delta nos desplegamos con un equipo médico completo, son hombres entrenados... expertos, acostumbrados a las heridas. Tal vez no podamos hacerlo aquí, pero eso es lo que hacíamos en Fort Bragg.

—Dependeríamos del presupuesto local para eso —dijo Clark, cerrando el tema—. Este lugar no puede crecer tanto. No tengo presupuesto.

Y esa es la palabra mágica en este negocio, omitió agregar Malloy. La reunión concluyó unos minutos más tarde, y con ella el día laboral. Dan Malloy se había acostumbrado a la tradición local de terminar el día en el club, donde la cerveza era buena y la compañía cordial. Diez minutos después, compartía una jarra con Chávez. Ese grasiento enjueto sí que sabía salirse con la suya, pensó Malloy.

—Lo que hiciste en Viena fue muy bueno, Ding.

—Gracias, Dan —Chávez bebió un sorbo de cerveza helada—. De todos modos, no tenía mucha opción. A veces hay que hacer lo que hay que hacer y nada más.

—Sí, es un hecho —admitió el *marine*.

—Piensas que la cuestión médica es nuestro lado flaco... y yo también, pero hasta el momento no ha sido un problema.

—Hasta el momento han tenido suerte, muchacho.

—Sí, lo sé. Todavía no nos topamos con ningún loco verdadero.

—Pero están allá afuera. Sociópatas de pura cepa, a quienes no les importa nada de nada. Bueno, a decir verdad sólo los he visto por televisión. Siempre vuelvo al episodio de Ma'alot en Israel, hace veinte años. Esos miserables asesinaron niños para demostrar su bravura... y no olvide lo que pasó hace poco con la hijita del presidente. Tuvo la inmensa suerte de que un tipo del FBI estuviera allí. No me molestaría pagarle una cerveza a ese hombre.

—Excelente tirador —coincidió Chávez—. Lo mejor de todo fue el *timing*. Leí cómo manejó el asunto... les habló y todo eso, tuvo paciencia, esperó el momento justo... y ganó la partida.

—Dio una conferencia en Bragg, pero justo tuve que volar ese día. Vi el video. Los muchachos me dijeron que disparaba tan bien como cualquiera del equipo... pero mejor todavía, porque era astuto.

—La astucia cuenta —admitió Chávez, terminando su cerveza—. Tengo que ir a preparar la cena.

—¿Repítelo, por favor?

—Mi esposa es médica, llegará a casa dentro de una hora y hoy me toca preparar la cena.

Enarcamiento de cejas:

—Es lindo verte tan bien entrenado, Chávez.

—Estoy seguro de mi masculinidad —le aseguró Domingo al aviador, encaminándose hacia la puerta.

André trabajó hasta tarde esa noche. El Parque Mundial permanecía abierto hasta las 23:00 horas y las tiendas todavía más, porque ni siquiera un lugar tan grande como ése podía permitirse desperdiciar la oportunidad de quitarle unas monedas extra a las masas a cambio de chucherías baratas que luego serían arrojadas a las manos codiciosas de los niñitos, a menudo casi dormidos en brazos de sus exhaustos padres. André observaba el proceso, impasible. La gente esperó hasta la última vuelta de los juegos mecánicos, y sólo entonces, con las cadenas puestas en su sitio y el saludo de despedida de los operadores, se dirigió con paso cansino a las puertas, aprovechando cada oportunidad de detenerse y entrar en las tiendas, donde los vendedores esbozaron su sempiterna sonrisa cansada y les ofrecieron sus servicios, tal como habían aprendido a hacerlo en la Universidad del Parque Mundial. Y finalmente, cuando todos se hubieron marchado, cerraron las tiendas, vaciaron las cajas registradoras y, bajo la vigilante mirada de André y su personal, el dinero fue trasladado a la sala de recuento. Estrictamente hablando, eso no era parte de sus funciones, pero de todos modos siguió a los tres empleados de la tienda Matador hasta la calle principal, luego a través de un pasadizo, varias puertas lisas de madera y una escalera que llevaba al subsuelo. Los pasillos de concreto, atestados de carritos eléctricos y empleados durante el día, estaban ahora vacíos excepto por los empleados que corrían a cambiarse de ropa para salir a la calle. La sala de recuento estaba en el centro del complejo, casi debajo del castillo. El dinero fue entregado, cada bolsa con una etiqueta que indicaba su punto de origen. Las monedas fueron arrojadas dentro de un recipiente, donde fueron separadas por nacionalidad y denominación y posteriormente contadas, envueltas y etiquetadas para ser trasladadas al banco. Los billetes, ya clasificados por valor y denominación fueron... pesados. André se sorprendió la primera vez que vio el proceso, pero lo pesaban en balanzas sumamente delicadas... Allí, por ejemplo, había un punto cero-seis-uno-cinco kilos de billetes de cien marcos alemanes. Dos punto seis-tres-siete-cero kilos de billetes de cinco libras británicas. La suma correspondiente era emitida por la pantalla electrónica y los billetes pasaban a ser envueltos. Los oficiales de seguridad portaban armas, pistolas Astra, porque la recaudación total del día era 11.567.309,35 libras... todo dinero usado, del mejor, y de todas las denominaciones. Los paquetes fueron colocados en seis enormes bolsos de tela y cargados en un carro eléctrico de cuatro ruedas para ser transportados hasta la parte de atrás del subsuelo, y una vez allí al camión blindado con escolta policial que los trasladaría a la casa central del banco local, todavía abierta a esa hora del día... dada la magnitud del depósito. Once millones de libras británicas en efectivo... ese lugar sa-

caba miles de millones por año en *efectivo*, pensó André con renovado cansancio.

—Perdón —le dijo a su supervisor de seguridad—. ¿He violado alguna regla al venir aquí?

Sonrisa cómplice:

—No, tarde o temprano todo el mundo baja a ver. Para eso están las ventanas.

—¿No es peligroso?

—Creo que no. Las ventanas son gruesas, como ve, y la seguridad dentro del salón de recuento es muy estricta.

—*Mon Dieu*, todo ese dinero... ¿qué pasaría si alguien intentara robarlo?

—El camión está blindado y tiene escolta policial: dos patrulleros con cuatro hombres cada uno, todos armados hasta los dientes —esos serían los únicos vigilantes obvios, pensó André. Habría otros, no tan cerca, y no tan obvios, pero igualmente armados hasta los dientes—. Al principio nos preocupaba que los terroristas vascos intentaran robar el dinero —semejante cantidad de efectivo les permitiría financiar sus operaciones durante años—, pero la amenaza no se planteó y, además, ¿sabe cuál es el destino de este dinero?

—¿Por qué no lo llevan al banco en helicóptero? —preguntó André.

El supervisor de seguridad bostezó.

—Demasiado caro.

—Entonces, ¿cuál es el destino del dinero?

—La mayor parte vuelve a nosotros, por supuesto.

—Ah —André se quedó pensando—. Sí, así debe ser, ¿no?

El Parque Mundial era esencialmente un negocio en efectivo, porque mucha gente seguía prefiriendo pagar de esa manera a pesar del advenimiento de las tarjetas de crédito (que el parque recibía encantado) y a pesar de la posibilidad de cargar todos los gastos en la cuenta del hotel (las instrucciones para hacerlo estaban impresas en todas las tarjetas magnéticas en el idioma de cada visitante).

—Apuesto a que usamos quince veces seguidas el mismo billete de cinco libras hasta que se gasta y debemos enviarlo a Londres para ser destruido y reemplazado.

—Ya veo —dijo André con una leve inclinación de cabeza—. Entonces, depositamos el dinero y luego lo retiramos de nuestra cuenta para ofrecer cambio a nuestros visitantes. ¿De cuánto efectivo disponemos, entonces?

—¿Para cuestiones de cambio? —Encogimiento de hombros—. Oh, dos o tres millones como mínimo... en libras británicas. Tenemos esas computadoras para rastrearlo —señaló.

—Es un lugar asombroso —observó André sinceramente. Asintió y fue a buscar su tarjeta horaria y cambio. Había sido un buen día. Los vagabundos habían confirmado sus observaciones previas del parque. Ahora sabía cómo planear la misión, y cómo cumplirla. El próximo paso

sería reunirse con sus colegas y mostrarles el plan, y luego tendrían que ejecutarlo. Cuarenta minutos después estaba en su departamento, bebiendo borgoña y cavilando. Hacía más de una década que era director de los planes y operaciones de Action Directe: había planeado y ejecutado once asesinatos en total. Sin embargo, esta misión sería la más grandiosa de todas, tal vez la culminación de su carrera, y debía pensarla hasta el último detalle. Había pegado un mapa del Parque Mundial sobre la pared de su departamento. Lo recorrió con la vista de un extremo a otro, varias veces. Entradas, salidas. Posibles rutas de acceso policial. Maneras de contrarrestarlos. Dónde colocar su propio personal de seguridad. Dónde llevar a los rehenes. Dónde meterlos. Cómo hacer salir a todo el mundo. André lo pensó una y otra vez, tratando de localizar debilidades, de encontrar errores. La Guardia Civil española respondería a esta misión. Había que respetarlos a pesar de sus cómicos tricornos. Habían peleado contra los vascos durante una generación, y habían aprendido. Indudablemente tenían un acuerdo con el Parque Mundial, porque era un blanco demasiado obvio para los terr... para los elementos progresistas, se autocorrigió André. No convenía tomar a la ligera a la policía. Habían estado a punto de matarlo o arrestarlo dos veces en Francia, pero en ambas ocasiones había cometido errores flagrantes, de los que afortunadamente había aprendido. No, esta vez no. Esta vez los mantendría a raya con la elección de los rehenes y su voluntad manifiesta de utilizarlos para sus fines políticos. Y por muy rudos que fueran los guardias civiles, retrocederían ante su resolución manifiesta, porque aunque eran en verdad muy rudos, también eran vulnerables al sentimentalismo brugués, igual que todos ellos. La pureza de su propósito marcaba la diferencia, y se atendería a ella, y alcanzaría su objetivo... o habría muchos muertos, y ni el gobierno de España ni el de Francia podrían tolerarlo. El plan estaba casi listo. Levantó el teléfono e hizo una llamada internacional.

Pete volvió a la mañana temprano. Estaba pálido, e incluso más perdido, aunque también más incómodo a juzgar por sus lastimosos movimientos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó alegremente el Dr. Killgore.

—Tengo el estómago muy mal, doc, justo aquí —dijo Pete, señalando el lugar con el dedo.

—Te sigue molestando, ¿eh? Bueno, acuéstate en la camilla para que pueda revisarte —dijo el médico, poniéndose el barbijo y los guantes. El examen físico fue rutinario... y absolutamente innecesario. Al igual que Chester, Pete se estaba muriendo, aunque aún no lo sabía. La heroína le había aliviado el dolor, reemplazándolo por una suerte de nirvana químico. Killgore tomó cuidadosamente otra muestra de sangre para examinarla luego bajo el microscopio.

—Bueno, socio, ahora tenemos que esperar. Pero voy a darte otra inyección para calmar el dolor, ¿OK?

—Claro, doc. La última me alivió muchísimo.

Killgore llenó otra jeringa descartable e inyectó heroína en la misma vena que antes. Observó los ojos de Pete: muy abiertos al principio, luego relajados por el alivio del dolor, y finalmente sumidos en un letargo tan profundo que podría haberle practicado una cirugía mayor allí mismo sin que el pobre bastardo se diera cuenta.

—¿Cómo andan los demás muchachos, Pete?

—Bien, pero Charlie se está quejando del estómago. Será algo que comió, supongo.

—¿Ah, sí? Tal vez tenga que revisarlo entonces —dijo Killgore. *El número tres probablemente ingresaría mañana.* El *timing* era casi perfecto. Con excepción de la rápida sintomatología de Chester, el resto del grupo se atenía a la línea de tiempo prevista. Bravo.

Se hicieron más llamados telefónicos y, a la mañana temprano, varios individuos alquilaron automóviles con documentos falsos, viajaron en parejas o solos de Francia a España y cruzaron tranquilamente los puestos aduaneros de frontera, generalmente acompañados por una sonrisa amistosa. Varios agentes de viajes hicieron las reservas necesarias en los hoteles de turno, todos de nivel medio y comunicados con el parque por monorriel o tren (las estaciones estaban en los *lobbies* atestados de tiendas de los hoteles para que los visitantes no tuvieran oportunidad de perderse).

Las autopistas que conducían al parque eran anchas y cómodas para manejar, y sus señales fáciles de seguir incluso para aquellos que no hablaban español. El único peligro eran los enormes ómnibus cargados de turistas que avanzaban a más de 150 kilómetros por hora como transatlánticos terrestres con las ventanillas llenas de gente, la mayoría niños que se divertían saludando a los conductores de los autos que pasaban. Los conductores devolvían el saludo, sonrientes, y dejaban pasar a los ómnibus que excedían el límite de velocidad como si tuvieran derecho de hacerlo, riesgo que los conductores privados no deseaban correr. Tenían tiempo de sobra. Habían planeado muy bien la misión.

Tomlinson se tomó la pierna izquierda haciendo una mueca. Chávez abandonó la carrera matinal para ver cómo se encontraba.

—¿Duele todavía?

—Como un hijo de puta —confirmó el sargento.

—Entonces no lo fuerces, retardado. El tendón de Aquiles es un lugar difícil.

—Acabo de descubrirlo, Ding —Tomlinson redujo la velocidad de la marcha, sin dejar de exigir a su pierna izquierda luego de haber co-

rrido dos millas. Respiraba con mayor dificultad que de costumbre, pero el dolor era enemigo de las pruebas de resistencia.

—¿Viste al Dr. Bellow?

—Sí, pero dice que no puede hacer nada, que debo esperar que se cure solo.

—Entonces espera. Es una orden, George. No vuelvas a correr hasta que haya dejado de dolerte. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo el sargento Tomlinson—. Pero puedo desplegar-me si me necesita.

—Lo sé, George. Nos vemos en el polígono de tiro.

—De acuerdo.

Chávez aumentó la velocidad para reunirse con el resto del Comando 2. Tomlinson tenía el orgullo herido por no estar a la altura de los demás. Jamás había permitido que una herida perjudicara su rendimiento: en la Fuerza Delta había seguido entrenando con dos costillas rotas sin decirle nada a los médicos por temor a que sus compañeros lo creyeran débil y pusilánime. Pero un par de costillas averiadas eran más fáciles de ocultar que un tendón estropeado. En este último caso el dolor era tan fuerte que impedía el normal funcionamiento de la pierna, e incluso dificultaba la posición erguida. Maldición, pensó el soldado, no puedo permitirlo. Jamás había ocupado el segundo puesto en toda su vida, ni siquiera en la Pequeña Liga de béisbol. Pero ahora, en lugar de correr con los demás tenía que caminar, tratando de mantener la marcha militar de ciento veinte pasos por minuto, e incluso *eso* dolía, aunque no lo suficiente para obligarlo a detenerse. Los miembros del Comando 1 pasaron corriendo y lo dejaron atrás, incluso Sam Houston con su rodilla averiada. Evidentemente, el orgullo era fundamental en la unidad. Tomlinson era soldado de operaciones especiales desde hacía seis años. Ex Boina Verde captado por Delta, estaba a punto de graduarse en psicología (campo que los muchachos de operaciones especiales tendían a adoptar por razones diversas) y deseaba hallar la manera de terminar sus estudios en Inglaterra (allí las universidades funcionaban de otro modo y era bastante inusual que los militares concurrieran a clase). Pero en Delta solían sentarse a conversar acerca de los terroristas que supuestamente tendrían que enfrentar, y eso los fortalecía mucho, porque el hecho de entenderlos conllevaba la capacidad de predecir sus actos y sus debilidades... facilitando su posterior eliminación. Después de todo, ése era el fin último ¿verdad? Curiosamente, Tomlinson no había participado en ninguna misión hasta llegar a Hereford y, más curiosamente aún, la experiencia no se diferenciaba mucho de las prácticas. Uno ejecuta lo que practicó, recordó el sargento, tal como le habían enseñado en Fort Knox once años atrás. Maldición, el talón seguía ardiendo, pero menos que cuando corría. Bueno, el médico le había dicho por lo menos una semana, probablemente dos, para estar en condiciones... y todo por haber pisado mal el bordillo, sin mirar, como un maldito imbécil. Por lo menos Houston tenía una excusa para su rodilla. El descenso del helicóptero podía ser riesgoso y todo el mundo res-

balaba alguna vez (en su caso al descender sobre una roca, y eso debía doler como el demonio...). Pero Sam tampoco era ningún flojo, se dijo Tomlinson, enfilando hacia el polígono de tiro.

—Bueno, haremos una práctica de tiro en vivo —les anunció Chávez—. Escenario: cinco muchachos malos, ocho rehenes. Los malos están armados con pistolas de mano y SMG. Dos de los rehenes son niñas, siete y nueve años de edad. Todos los otros rehenes son mujeres, madres. Los malos atacaron un jardín de infantes y llegó el momento de iniciar el rescate. Noonan predijo la ubicación de los delincuentes del siguiente modo —Chávez señaló el pizarrón—. Tim, ¿los datos son buenos?

—En un setenta por ciento, no más. Se están moviendo. Pero todos los rehenes están en este rincón —Golpeó el pizarrón con el puntero.

—OK. Paddy, tú llevas los explosivos. En parejas, como de costumbre. Louis y George entran primero y cubren el lado izquierdo. Eddie y yo entramos inmediatamente después por el centro. Scotty y Oso entran últimos y cubren el sector derecho. ¿Preguntas?

Nadie preguntó nada. Todos estudiaron el diagrama del pizarrón.

—Adelante, entonces —dijo Chávez. El comando salió en fila india, visitando sus trajes ninja.

—¿Cómo anda esa pierna, George? —le preguntó Loiselle a Tomlinson.

—Habría que ver, supongo. Pero mis manos están diez puntos —dijo el sargento, levantando su MP-10.

—Bravo —lo animó Loiselle. Trabajaban juntos casi permanentemente y conformaban un buen mini-equipo, al punto tal de poder leerse el pensamiento. Además, ambos tenían el don de moverse sin ser vistos. Era un arte difícil de enseñar: los cazadores instintivos lo conocían naturalmente, y los buenos lo ponían en práctica sin cesar.

Dos minutos después estaban en el polígono de tiro. Connolly colocó el Primacord en la puerta. (Chávez recordó que ese aspecto del entrenamiento mantenía sumamente atareados a los carpinteros de la base.) Treinta segundos después Connolly retrocedió y levantó los pulgares para indicar que había conectado los cables al detonador.

—Comando 2, aquí Líder —la voz de Ding resonó en todos los auriculares—. Preparados y alertas. Paddy, tres... dos... uno... ¡Ya!

Como de costumbre, Clark saltó con la explosión. Ex experto en demoliciones, sabía que Connolly lo superaba ampliamente (tenía un toque casi mágico para el Primacord), pero también sabía que ningún experto del mundo escatimaba la cantidad de explosivos. La puerta atravesó la habitación como una bala y se estrelló contra la pared del fondo, lo suficientemente rápido como para lastimar a cualquiera que se cruzara en su camino, aunque probablemente sin consecuencias fatales. John se tapó los oídos y cerró los ojos. El próximo paso serían las bengalas explosivas, poderosas y cegadoras como un sol furibundo. Evidentemente conocía el *timing* a la perfección, ya que abrió los ojos justo a tiempo para ver entrar a los tiradores.

Tomlinson ignoró las protestas de su pierna y siguió a Loïselle con el arma en alto. Primera sorpresa para los tiradores: la práctica sería artera. No había rehenes ni muchachos malos a la izquierda. Ambos corrieron a la pared del fondo y giraron a la derecha para cubrir ese sector.

Chávez y Price ya habían entrado y escaneado su área de responsabilidad. Tampoco habían visto nada. Vega y McTyler tuvieron una experiencia similar en el lado derecho de la habitación. La misión no sería como pensaban. A veces pasaba.

Chávez comprobó que no había muchachos malos ni rehenes a la vista. Sólo una puerta, abierta, que conducía a otra habitación.

—¡Paddy, bengalas explosivas, ya! —ordenó por radio. Clark observaba desde el rincón, vestido con camisa blanca de observador y chaleco antibalas. Connolly se ubicó detrás de Vega y McTyler con una bengala explosiva en cada mano. Las arrojó por el vano de la puerta, primero una, luego la otra, y el edificio volvió a sacudirse. Esta vez, Chávez y Price tomaron la delantera. Alistair Stanley estaba en la otra habitación (también vestido con el típico atuendo blanco “no me disparen”). Desde su puesto original, Clark escuchó las ráfagas silenciadas de las armas, seguidas por gritos de “¡Despejado!” “¡Despejado!” “¡Despejado!”

Entró en la segunda habitación y vio las cabezas perforadas de todos los blancos. Ding y Eddie estaban con los rehenes, cubriéndolos con sus cuerpos acorazados y apuntando a los blancos de cartón que, en la vida real, estarían en el suelo sangrando copiosamente por sus letales heridas.

—Excelente —proclamó Stanley—. Buena improvisación. Usted, Tomlinson, estuvo un poco lento, pero su disparo fue perfecto. El suyo también, Vega.

—OK, muchachos, vayamos a la oficina a ver el video —dijo John, sacudiendo la cabeza para eliminar la reverberación de las bengalas explosivas. Tendría que conseguirse protectores auditivos y lentes si pensaba seguir haciendo esto, de lo contrario perdería progresivamente la audición. No obstante, sentía que era su deber experimentar la “cosa real” para poder apreciar el funcionamiento general del comando. Interceptó a Stanley en el camino.

—¿Suficientemente rápido, Al?

—Sí —asintió Stanley—. Las bengalas explosivas nos dan, eh, de tres a cinco segundos de incapacitación, y otros quince de actuación subnormal. Chávez se adaptó bien. Todos los rehenes habrían sobrevivido, probablemente. Nuestros muchachos están en la cresta de la ola, John. No pueden mejorar. A pesar de tener la pierna estropeada, Tomlinson tuvo una desventaja inferior a medio paso... y eso que nuestro francesito es más veloz que una mangosta. Incluso Vega, corpulento como es, no tiene un pelo de idiota. Estos chicos son el mejor comando que vi en mi vida, John.

—Estoy de acuerdo, pero...

—Pero todavía hay muchas cosas en manos de nuestros adversarios. Sí, lo sé, pero que Dios se apiade de ellos si llegan a cruzarse con nosotros.

CAPÍTULO 13

DIVERSIÓN

Popov seguía intentando averiguar más acerca de su empleador, sin encontrar por el momento nada que lo esclareciera. La combinación de Biblioteca Pública de Nueva York e Internet había producido ríos de información, sin proporcionarle la más ligera clave de por qué había empleado a un ex funcionario de la KGB para contratar terroristas y arrojarlos contra el mundo. Como si un niño conspirara para asesinar a su amante padre. Pero no era el aspecto moral el que lo preocupaba. La moral tenía poco lugar en las operaciones de inteligencia. Jamás se había tratado el tema cuando se entrenaba en la academia de la KGB en las afueras de Moscú, excepto para dejar en claro que el Estado *Jamás Se Equivocaba*. “Ocasionalmente les ordenarán hacer cosas que pueden resultarles perturbadoras personalmente —les había dicho el coronel Romanov—. No obstante tendrán que hacerlas porque las razones, ya las conozcan o no, serán siempre correctas. *Tienen* derecho a cuestionar aspectos tácticos... pero, como oficiales de campo, será cuestión de ustedes *cómo* ejecutar la misión. No obstante, rechazar una misión es inaceptable.” Punto final. Ni Popov ni sus compañeros habían tomado notas sobre el tema. Ordenes eran órdenes. Y así, una vez aceptado el empleo, Popov había llevado a cabo las tareas que le fueron asignadas...

... pero como servidor de la Unión Soviética siempre había conocido la misión fundamental: conseguir información vital para su país, porque su país necesitaba la información para sí mismo o para ayudar a otros cuyas acciones beneficiarían a su país. Incluso tratar con Illich Ramírez Sánchez había servido a una causa especial, pensó Popov en su momento. Pero ya no era tan ingenuo, por supuesto. Los terroristas eran como perros salvajes o lobos rabiosos que uno arrojaba al jardín trasero de alguien para crear conmoción. Y sí, tal vez fuera una maniobra estratégicamente útil... o al menos eso habían creído sus maestros, al servicio de un Estado hoy muerto y desaparecido. Pero no, las misiones no habían sido tan útiles, ¿verdad? Y por muy buena que hubiera sido la KGB en el pasado —todavía pensaba que era la mejor agencia de espionaje del mundo— últimamente había sido un rotundo fracaso. El Partido del que el Comité de Seguridad Estatal había sido Escudo y Espada ya no existía. La Espada no había matado a los enemigos del Partido, y el Escudo no lo había protegido contra las diversas armas de

Occidente. Entonces, ¿sus superiores sabían verdaderamente lo que hacían o debían hacer?

Probablemente no, admitió Popov a regañadientes. Por eso tal vez *todas* las misiones que le habían asignado habían sido, en menor o mayor escala, fabulaciones de un loco. Amarga toma de conciencia, sí, de no ser porque su entrenamiento y experiencia le permitían ganar un suculento salario, por no mencionar las dos valijas llenas de marcos que había robado... ¿pero por hacer *qué*? ¿Por hacer que las fuerzas policiales europeas mataran terroristas? Hubiera sido más fácil, sino más lucrativo, entregarlos a la policía y hacer que los arrestaran, juzgaran y encarcelaran como la basura criminal que eran. Y mucho más satisfactorio además. Un tigre enjaulado, yendo de un extremo a otro de las rejas y esperando sus cinco kilos diarios de carne de caballo congelada era mucho más divertido de ver que su momia embalsamada en el museo... e igualmente inofensivo. Popov se sentía una especie de Judas carnero, ¿pero a qué carnicero servía?

El dinero era bueno. Varias misiones como las dos primeras y podría tomar su dinero y sus documentos falsos y evaporarse de la faz de la Tierra. Tomaría sol en la playa, saboreando bebidas gustosas y mirando chicas bonitas en minúsculos trajes de baño o... ¿qué? No sabía exactamente qué clase de retiro podría tolerar, pero estaba seguro de que encontraría algo. Tal vez utilizaría sus talentos para comprar y vender acciones y bonos como un verdadero capitalista, empleando su tiempo en enriquecerse todavía más. Tal vez sí, imaginó, bebiendo el primer café de la mañana y mirando por la ventana las torres de Wall Street. Pero aún no estaba listo para esa clase de vida, y hasta que lo estuviera, el hecho de desconocer la naturaleza de sus misiones lo perturbaba. Al no saber, no podía evaluar el peligro que él mismo corría. Pero a pesar de toda su experiencia, habilidad y entrenamiento profesional no tenía la menor idea de por qué su empleador quería abrir las jaulas de los tigres y empujarlos a la selva donde los esperaban los cazadores. Era una verdadera lástima no poder preguntárselo, pensó Popov. La respuesta podría incluso ser divertida.

Registrarse en el hotel fue un hecho de precisión mecánica. El mostrador de recepción era grande y estaba repleto de computadoras que identificaban electrónicamente a los huéspedes lo más rápido posible (para que fueran a gastar su dinero en el parque cuanto antes, por supuesto). Juan recibió su tarjeta magnética y agradeció a la bonita recepcionista con una leve inclinación de cabeza. Luego levantó sus valijas y se dirigió a su cuarto, agradecido por la ausencia de detectores de metales. El trayecto era corto y los ascensores inusualmente grandes (para trasladar gente en silla de ruedas, supuso). Cinco minutos después estaba desempacando en su habitación. Casi había terminado cuando golpearon la puerta.

—*Bonjour* —era René. El francés entró y se sentó en la cama, des-
perezándose—. ¿Estás listo, amigo? —preguntó.

—Sí —replicó el vasco. No parecía español. Tenía cabello rubio
rojizo, rasgos agradables y barba bien cortada. La policía de su país
jamás lo había arrestado. Era brillante, cauto y absolutamente eficaz:
tenía dos atentados con autobombas y un asesinato sobre las espaldas.
René sabía que ésta sería la misión más temeraria de Juan, pero pare-
cía estar listo, tenso, un poco crispado tal vez, pero enroscado como un
resorte a punto de saltar. René también había hecho esa clase de cosas
con anterioridad, casi siempre asesinatos en calles atestadas. Iba direc-
tamente hacia el blanco, disparaba con silenciador y seguía caminando
normalmente; era la mejor manera de hacerlo, ya que casi nunca lo
identificaban (la gente jamás veía la pistola y rara vez prestaba aten-
ción a alguien que caminaba por Champs-Élysées). Luego se cambiaba
de ropa y encendía el televisor para ver la noticia del atentado. Action
Directe había sido parcialmente desmantelada por la policía francesa,
pero no del todo. Los miembros capturados fueron leales con sus cama-
radas en libertad y no los entregaron ni traicionaron a pesar de las
presiones y promesas de sus compatriotas uniformados... y tal vez po-
drían liberar a algunos de ellos durante la misión, aunque el objetivo
principal era la liberación del camarada Carlos. No sería fácil sacarlo
de La Sante, pensó René, levantándose para mirar por la ventana la
estación ferroviaria que los visitantes utilizaban para ir al parque. Pero
—la estación estaba llena de niños esperando que saliera el tren— ha-
bía cosas que ningún gobierno, por muy brutal que fuera, podía ignorar.

Dos edificios más allá, Jean-Paul observaba la misma escena y
cavilaba sobre el mismo pensamiento. Jamás se había casado y rara vez
había disfrutado una buena relación amorosa. Recién ahora sabía, a los
cuarenta y tres años, que esa falta había abierto un agujero negro en su
vida y su carácter, anormalidad que intentaba llenar con ideología polí-
tica, con creencias y principios y la visión de un radiante futuro socia-
lista para su país, para Europa y eventualmente para el mundo entero.
Pero la parte más meticulosa de su carácter le decía que sus sueños
eran meras ilusiones y que la realidad estaba frente a él, tres pisos más
abajo y cien metros al oeste, en los rostros lejanos de los niños que
esperaban abordar el tren a vapor rumbo al parque y... pero no, esos
pensamientos eran aberrantes. Jean-Paul y sus amigos *sabían* que su
causa y sus creencias eran justas. Las habían discutido largamente con
el correr de los años, llegando a la conclusión de que habían elegido el
camino correcto. Habían compartido la frustración de que muy pocos
comprendieran... pero algún día *comprenderían*, algún día *verían* el
sendero de justicia que el socialismo ofrecía al mundo, *comprenderían*
que el camino al radiante futuro debía ser allanado por la elite revolucio-
naria que entendía el significado y la fuerza de la historia... y ellos
no cometerían los errores que habían cometido los rusos, esos campesinos
retrógrados inmersos en un país sobredimensionado y abstruso.

Así pensando, miró a la gente que se encimaba en la plataforma al escuchar el silbido de la locomotora y vio... cosas. Ni siquiera los niños eran personas, sino objetivos políticos en manos de hombres como él... hombres preclaros que comprendían cómo funcionaba el mundo, o cómo debía funcionar. Funcionará, se prometió. Algún día.

Mike Dennis siempre almorzaba afuera, hábito que había adquirido en Florida. Lo que le gustaba del Parque Mundial era que se podía beber, en su caso un buen tinto español mientras miraba circular a la gente, alerta a posibles errores de cualquier clase. No había. Los senderos habían sido planeados cuidadosamente por simulacro computarizado.

Los juegos eran lo que más atraía a la gente y los senderos habían sido pensados para conducirla directamente a los más espectaculares. Los más caros *eran* innegablemente fabulosos. A sus propios hijos les encantaban, especialmente el Bombardero —una montaña rusa capaz de hacer vomitar al aviador más avezado— y la Máquina del Tiempo —un juego de realidad virtual del que participaban noventa y seis personas por cada ciclo de siete minutos (las pruebas habían demostrado que más tiempo podía ser desastroso). Al salir era momento de tomar un helado o beber algo, y había suficientes concesionarios para satisfacer distintos anhelos. A varios metros estaba Pepe's, un excelente restaurante especializado en cocina catalana. Los restaurantes no debían estar demasiado cerca de los juegos, ya que no eran atracciones complementarias (no podía decirse que contemplar los devenires del Bombardero abriera el apetito, mucho menos dar una vuelta en el caso de los adultos). Instalar y operar parques temáticos como ése era una ciencia y un arte, y Mike Dennis era uno de los pocos en el mundo que sabían cómo hacerlo (lo cual explicaba su enorme salario y la sonrisa complacida que acompañaba cada sorbo de vino mientras observaba a *sus* invitados disfrutar del lugar. Si eso era trabajar, entonces trabajar era lo mejor del mundo. Ni siquiera los astronautas de la lanzadera espacial sentirían tanta satisfacción. Él podía jugar todos los días con su juguete. Ellos tenían suerte si volaban dos veces por año.

El lugar de reunión había sido establecido con anterioridad. El Bombardero tenía como símbolo la Ju-87 alemana y la insignia de la Cruz de Hierro en las alas y el fuselaje, aunque la esvástica de la cola había sido escrupulosamente borrada. La presencia de ese juego debía ofender gravemente la sensibilidad de los españoles, pensó André. ¿Acaso nadie recordaba Guernica, la primera manifestación de *Schrecklichkeit* nazi, donde fueron masacrados miles de ciudadanos españoles? ¿Acaso fallaba la apreciación histórica? Evidentemente sí. Los niños y adultos de la fila frecuentemente se acercaban a tocar la réplica del avión nazi que había anunciado el exterminio de soldados y civiles con su sirena "Trompeta de Jericó." La sirena formaba parte del juego, aunque los

gritos de los pasajeros solían ahogarla en la primera colina de ciento cincuenta metros, seguida por la explosión de aire comprimido y la fuente de agua que los vehículos atravesaban antes de subir a la segunda colina, luego de haber arrojado una bomba sobre un barco simulado. ¿Acaso era el único en Europa que encontraba horrible y bestial esa simbología?

Evidentemente sí. La gente salía del juego y volvía a hacer cola para entrar, salvo aquellos que tardaban en recuperar el equilibrio, sudando y (ya lo había visto dos veces) vomitando. Un ordenanza armado con balde y lampazo se encargaba de limpiar el vómito... (no era el mejor trabajo que uno podía conseguir en el Parque Mundial). La guardia médica estaba a pocos metros de distancia para aquellos que la necesitaban. André sacudió la cabeza. Esos miserables merecían sentirse mal por haber querido subir a ese odiado símbolo del fascismo.

Jean-Paul, René y Juan llegaron casi simultáneamente a la entrada de la Máquina del Tiempo, todos con una gaseosa en la mano. Ellos y los otros cinco se reconocerían por los sombreros que habían comprado en el kiosko de la entrada. André les hizo un gesto afirmativo, tocándose la nariz como estaba planeado. René se acercó a él.

—¿Dónde está el baño de hombres? —preguntó.

—Siga los carteles —respondió André—. Salgo a las dieciocho. ¿Cenaremos donde dijimos?

—Sí.

—¿Todos están listos?

—Completamente listos, amigo mío.

—Los veré en la cena, entonces —André asintió y retomó su patrullaje (le pagaban por hacerlo). Sus camaradas se fueron caminando tranquilamente. Algunos se darían el lujo de disfrutar de los juegos, pensó André. En la reunión matutina les habían informado que el parque estaría más atestado aun en el día de mañana. Más de nueve mil personas llegarían a los hoteles esa misma noche o mañana por la mañana debido al feriado bancario en esa región de Europa. El parque estaba preparado para recibir multitudes y sus compañeros de seguridad le habían contado toda clase de historias divertidas al respecto. Cuatro meses atrás una mujer había parido mellizos en la guardia médica veinte minutos después de subir al Bombardero, para sorpresa de su marido y deleite del Dr. Weiler. Los bebés fueron nombrados en el acto socios vitalicios del Parque Mundial, hecho que conmovió a la televisión local (gracias al genio de sus organizadores para las relaciones públicas). Tal vez le pusieran Trasgo al niño, se burló André, detectando uno al frente. Los trasgos eran personajes de piernas cortas y cabeza enorme interpretados por chicas menudas (se notaba por la delgadez de las piernas metidas en los gigantescos zapatos). El disfraz tenía incluso una reserva de agua que humedecía los monstruosos labios... Más lejos, un legionario romano se batía cómicamente a duelo con un bárbaro germano. Uno de los dos escapaba corriendo del otro, y viceversa, cosechando aplausos entre los espectadores. Comenzó a caminar en di-

rección al *Strabe* alemán y fue recibido por la fanfarria de una banda de música... ¿Por qué diablos no tocaban el *Horst Wessel Lied*? se preguntó André. Hubiera quedado bien con el maldito Stuka verde. ¿Y por qué no vestían a la banda con las camisas negras de la SS y obligaban a ducharse a algunos visitantes? ¿Acaso eso no era parte de la historia europea? ¡*Maldito sea este lugar!* pensó André. La simbología había sido diseñada para despertar la ira de cualquier individuo con un mínimo de conciencia política. Pero no, las masas no tenían memoria, y tampoco entendían nada de política e historia económica. Lo alegraba haber elegido ese lugar para hacer su declaración política. Tal vez eso haría pensar a los idiotas (un poco al menos) en la forma del mundo. En la deformidad más bien, se corrigió André, permitiéndose contrariar las reglas del Parque Mundial mirando ceñudo a las multitudes sonrientes y el día soleado.

Allí, se dijo. *Ése* era el lugar. A los niños les encantaba. Ahora mismo había una multitud arrastrando a sus padres de la mano, vestidos con *shorts* y zapatillas, muchos con sombreros y globos de gas atados a sus frágiles muñecas. Incluso detectó a alguien muy especial, una niñita en silla de ruedas con el distintivo Cumple tu Deseo. El distintivo indicaba a los operadores que debían permitirle pasar a todas partes sin hacer cola. Una niña enferma, holandesa a juzgar por la vestimenta de sus padres, pensó André, probablemente muriendo de cáncer y enviada allí por alguna organización de caridad copiada de la American Make-A-Wish Foundation, que pagaba para que los padres llevaran a su desahuciado retoño a ver a los trasgos y otros personajes de dibujos animados por primera y última vez (el Parque Mundial tenía los derechos de venta y toda otra clase de explotación). Vio que sus ojitos enfermos resplandecían en rápido camino hacia la tumba, y vio que el *staff* era muy solícito con ella, como si *eso* le importara a alguien, con ese repugnante sentimentalismo burgués que vibraba en los cimientos mismos del parque. Ellos se ocuparían de eso, ¿verdad? Si había un lugar para hacer un manifiesto político que obligara a Europa y al mundo a prestar atención a lo que realmente importaba, era ése.

Ding terminó su primer vaso de cerveza. Sólo bebería uno más. Era una regla que nadie había escrito ni tampoco impuesto, pero de común acuerdo ningún miembro del comando bebía más de dos vasos cuando estaban en funciones, y casi siempre lo estaban... y además, dos vasos de cerveza británica eran mucho, a decir verdad. Como fuera, todos los miembros del C-2 estaban en sus casas cenando con sus familias. En ese sentido, Rainbow era una unidad peculiar. *Todos* los soldados estaban casados y tenían por lo menos un hijo. Los matrimonios parecían estables. John no sabía si era una característica de los soldados de operaciones especiales, pero los tigres de dos piernas que trabajaban para él eran gatitos mimosos en sus hogares, dicotomía que le resultaba asombrosa y divertida a la vez.

Sandy sirvió el plato principal, una excelente carne asada. John se levantó para cumplir su deber: cortar la carne. Patsy miró el enorme bloque de carne muerta y pensó brevemente en el mal de la vaca loca, pero decidió que su madre la habría cocinado bien. Además, le gustaba la buena carne, con colesterol y todo, y su madre era la mejor cocinera del mundo.

—¿Cómo van las cosas en el hospital? —le preguntó Sandy.

—Obstetricia es pura rutina. Hace dos semanas que no tenemos ningún caso difícil. Esperaba encontrarme con una placenta previa, incluso una placenta abrupta, para practicar una cesárea, pero...

—Ni lo menciones, Patsy. He visto muchos casos en la sala de emergencias. Pánico total... y Obstetricia debe ser muy eficiente para evitar que todo se transforme en un infierno. Madre muerta e hijo muerto.

—¿Alguna vez te pasó, mami?

—No, pero estuvimos cerca dos veces en Williamsburg. ¿Recuerdas al Dr. O'Connor?

—¿Un muchacho alto y delgado?

—Sí —asintió Sandy—. Gracias a Dios estaba de guardia en el segundo caso. El residente no sabía que hacer, pero Jimmy se hizo cargo. Yo estaba segura de que los perderíamos.

—Bueno, si uno sabe lo que hace...

—Si uno sabe lo que hace... tampoco es tan fácil. La rutina me sienta mejor. Trabajé muchos años en la sala de emergencias —prosiguió Sandy Clark—. Adoro las noches tranquilas, cuando puedo leer mi novela favorita.

—Habla la voz de la experiencia —comentó Clark, sirviendo la carne.

—Para mí tiene lógica —acotó Domingo Chávez, acariciando el brazo de su esposa—. ¿Cómo anda el chiquito?

—En este momento, pateo como loco —replicó Patsy, llevándose la mano de su marido al vientre. Jamás fallaba. Los ojos de Ding cambiaban cuando lo sentía. Cálido y apasionado, estaba a punto de derretirse cuando sentía los movimientos del bebé en la panza de su esposa.

—Bebé —musitó.

—Sí —sonrió Patsy.

—Bueno, cuando llegue el momento no quiero sorpresas desagradables, ¿OK? —dijo Chávez—. Quiero que todo sea absolutamente rutinario. Esto solo ya es bastante excitante. No quiero desmayarme ni nada por el estilo.

—¡Claro! —rió Patsy—. ¿Tú? ¿Desmayarte? ¿Mi comando?

—Nunca se sabe, querida —observó su padre volviendo a sentarse—. He visto quebrarse a los más recios.

—No a mí, Mr. C. —advirtió Domingo levantando una ceja.

—Son como bomberos —dijo Sandy—. Andan merodeando hasta que sucede algo.

—Es cierto —admitió Ding—. Y si el incendio no se desata, mejor para nosotros.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Patsy.

—Sí, amor —respondió su marido—. Las misiones no son divertidas. Hasta ahora tuvimos suerte. No perdimos ni un rehén.

—Pero no siempre será así —le advirtió Rainbow Six a su subordinado.

—Siempre será así en lo que a mí respecta, John.

—Ding —dijo Patsy, levantando la vista del plato—. ¿Alguna vez has... quiero decir... eh... alguna vez has...?

La mirada respondió la pregunta, pero las palabras fueron:

—Prefiero no hablar de eso.

—No tallamos muescas en las armas, Pats —le dijo John a su hija—. No estamos en forma, ya ves.

—Hoy vino Noonan —Chávez cambió hábilmente de tema—. Dice que tiene un nuevo juguete para mostrarnos.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Clark en primerísimo lugar.

—No mucho, dice, muy poco en realidad. La Delta está empezando a usarlo.

—¿Y para qué sirve?

—Para encontrar gente.

—¿Eh? ¿Está clasificado?

—Es un producto comercial y, no, no está clasificado. Pero sirve para encontrar gente.

—¿Cómo?

—Rastrea los latidos del corazón humano a quinientos metros de distancia.

—¿Qué? —preguntó Patsy—. ¿Y cómo lo hace?

—No estoy seguro, pero Noonan dice que los muchachos de Fort Bragg se están volviendo locos... quiero decir, están *realmente* entusiasmados con el juguete. Se llama “Salvavidas” o algo así. De todos modos, les pidió que nos enviaran un equipo de muestra.

—Ya veremos —dijo John, untando manteca en el pan—. Fabuloso pan, Sandy.

—Es de la panadería pequeña de Millstone Road. ¿No les parece que el pan inglés es exquisito?

—Y pensar que en todo el mundo hablan pestes de la comida británica —coincidió John—. Los muy idiotas. Yo me crié con esta dieta.

—Pura carne roja —se preocupó Patsy en voz alta.

—Mi colesterol está por debajo de uno-setenta, amor —le recordó Ding—. Más bajo que el tuyo. Supongo que se debe al ejercicio físico.

—Espera a que envejezcas —se mofó John. Por primera vez en su vida había aumentado considerablemente de peso, con ejercicio y todo.

—No tengo apuro —retrucó Ding—. Sandy, sigues siendo una de las mejores cocineras que conozco.

—Gracias, Ding.

—Siempre que no se me pudra el cerebro por comer vacas inglesas —Mueca burlona de pura cepa hispana—. Bueno, esto es más seguro

que colgar del Night Hawk. A George y Sam todavía les duele. Tal vez deberíamos cambiar de guantes.

—Son los mismos que usa el SAS. Lo verifiqué.

—Sí, lo sé. Antes de ayer lo hablé con Eddie. Dice que habrá más accidentes en las prácticas y Homer dice que la Delta pierde un soldado por año, muerto, en accidentes de práctica.

—¿Qué? —Alarma de Patsy.

—Y Noonan dice que el FBI perdió un hombre durante un descenso de un Huey. Se le resbalaron las manos. Uh —Ding se encogió de hombros.

—La única seguridad para eso es aumentar el entrenamiento —dijo John.

—Bueno, mis muchachos llegaron al tope. Ahora tendré que encontrar la manera de que sigan allí.

—Eso es lo más difícil, Domingo.

—Supongo —Chávez terminó su plato.

—¿Qué significa que llegaron al tope? —preguntó Patsy.

—Querida, significa que el Comando 2 está en forma. Siempre lo estuvimos, pero no veo cómo podríamos superarnos a partir de ahora. Lo mismo pasa con los muchachos de Peter. Excepto por los dos heridos, no veo cómo podríamos mejorar... especialmente con Malloy en el grupo. Maldita sea, ese tipo sí que sabe manejar helicópteros.

—¿Están preparados para matar gente? —preguntó Patsy dubitativamente. Era difícil para ella ser médica y dedicarse a salvar vidas estando casada con un hombre cuyo objetivo parecía ser quitarlas... y Ding *había matado* a alguien, de lo contrario no hubiera evadido la pregunta. ¿Cómo era posible que hiciera esa clase de cosas y no obstante se derritiera al sentir al bebé que ella llevaba en el vientre? Le resultaba muy difícil entenderlo, por mucho que amara a su diminuto consorte de piel olivácea y sonrisa radiante.

—No, querida, estamos preparados para rescatar gente —la corrigió Ding—. Ése es nuestro trabajo.

—¿Pero hasta qué punto podemos estar seguros de que los dejarán salir? —preguntó Esteban.

—¿Acaso tienen otra opción? —replicó Jean-Paul. Vació la botella de vino en los vasos.

—Estoy de acuerdo —dijo André—. ¿Qué otra opción tendrían? Podemos deshonrarlos ante el mundo entero. Y son cobardes, ¿no les parece?, burgueses sentimentaloides. No tienen fuerza, nosotros sí.

—Otros han cometido el error de creer eso —dijo Esteban. No pretendía jugar al abogado del diablo sino dar voz a las preocupaciones que, hasta cierto punto, todos compartían. Y Esteban siempre había sido un hombre preocupado.

—Nunca hubo una situación como ésta. La Guardia Civil es eficaz, pero no está preparada para esta clase de incidentes. Son vulgares

policías —se mofó André—. Eso es todo. No creo que puedan arrestarnos, ¿no? —La observación provocó una serie de bromas. Era cierto. Eran *vulgares y silvestres* policías acostumbrados a tratar con astutos ladronzuelos, no con militantes políticos, hombres con el entrenamiento y la dedicación apropiados—. ¿Cambiaste de opinión?

Esteban se encrespó.

—Por supuesto que no, camarada. Simplemente aconsejo objetividad para evaluar la misión. Un soldado de la revolución no debe dejarse llevar por el entusiasmo —buena manera de disfrazar sus temores, pensaron los otros. Todos los tenían, y la mejor prueba de ello era que los negaban.

—Liberaremos a Illich —anunció René—. A menos que París esté dispuesta a sepultar a un centenar de niños. No lo harán. Y algunos niños volarán ida y vuelta a Líbano. En eso estamos de acuerdo, ¿no? —miró a sus interlocutores, que asintieron—. Bien. Los únicos que se cagarán encima a raíz de esto son los niños, amigos míos. Nosotros no —el comentario provocó sonrisas y dos carcajadas discretas. René pidió más vino. La selección era buena, mejor de lo que podía esperarse en cualquier país islámico en los próximos años (allí esperaba escabullirse de los oficiales de inteligencia del DGSE... con más éxito que Carlos). Bueno, jamás conocerían sus identidades. Carlos le había dado una importante lección al mundo terrorista: la publicidad no servía para nada. Se rascó la barba. Picaba, pero la picazón sería su salvaguarda personal para el futuro—. Y bien André, ¿quién vendrá mañana?

—Thompson CSF enviará seiscientos empleados con sus familias, una especie de salida familiar multitudinaria para uno de sus departamentos. No podría ser mejor —les informó André. Thompson era una importante fábrica de armas francesa. Algunos de sus empleados, y los hijos de éstos, serían conocidos y por lo tanto importantes para el gobierno francés. Franceses, y políticamente importantes... no, no podía ser mejor—. Se moverán en grupo. Tengo el itinerario. Vendrán al castillo al mediodía para almorzar y ver un espectáculo. Ése será nuestro momento, amigos míos —más un pequeño extra que había decidido esa mañana temprano. Siempre andaban rondando por alguna parte, especialmente en los shows.

—*D'accord?* —les preguntó René. Nuevamente, todos asintieron. Sus ojos mostraban mayor fortaleza ahora. Olvidarían las dudas. La misión los esperaba. La decisión había sido tomada mucho tiempo atrás. El mozo les llevó otras dos botellas de vino, que sirvieron generosamente. Los diez hombres saborearon la espirituosa bebida, sabiendo que tal vez sería la última por mucho tiempo, y en el alcohol encontraron resolución y coraje.

—¿No le parece fabuloso? —preguntó Chávez—. Esto sólo pasa en Hollywood. Agarran las armas como si fueran cuchillos y luego le vue-

lan la oreja izquierda a una ardilla a veinte yardas de distancia. Maldita sea, ojalá pudiera hacer eso.

—Práctica, Domingo —sugirió John con una sonrisa. En la pantalla del televisor, el muchacho malo voló cuatro yardas hacia atrás, como si le hubieran disparado con un cohete antitanque y no con una simple pistola 9 mm. — Me pregunto dónde las compran.

—¡No nos alcanza el presupuesto, oh gran experto contador!

John estuvo a punto de volcar la poca cerveza que le quedaba. La película terminó unos minutos más tarde. El héroe se quedó con la chica. Todos los malos murieron. El héroe dejó su agencia, disgustado por la corrupción y la estupidez imperantes, y salió caminando rumbo al ocaso, feliz y desempleado. Sí, pensó Clark, sólo en Hollywood pasaban esas cosas. Y así pensando, la noche compartida llegó a su fin. Patsy y Ding se fueron a dormir a su casa, y John y Sandy subieron a su dormitorio.

Como si fuera un enorme estudio de cine, pensó André al entrar al parque (una hora antes de que abriera sus puertas a los visitantes que ya habían comenzado a amontonarse en la puerta principal). Todo muy estadounidense, a pesar de los esfuerzos realizados para darle un toque europeo. La idea que lo sustentaba era estadounidense, por supuesto, ese idiota de Walt Disney con su ratón parlanchín y sus cuentos infantiles que tanto dinero le habían robado a las masas. La religión ya no era el opio de los pueblos. No, ahora era el escapismo, huir de la aburrida realidad cotidiana que todos vivían y detestaban... aunque no podían verla tal cual era, los muy estúpidos burgueses. ¿Quién los mandaba ir a ese parque? Sus hijos gimoteantes, que exigían ver a los tragos y otros personajes de dibujos animados japoneses o subir al despreciable Stuka nazi. ¡Hasta los rusos (los que habían esquilado dinero suficiente a su devastada economía para gastarlo aquí), hasta los rusos subían al Stuka! André sacudió la cabeza, anonadado. Tal vez los niños no tenían la educación o la memoria necesarias para apreciar la obscenidad, ¡pero sus *padres* sí! No obstante, acudían masivamente a ese parque inmundos.

—¿André?

Se dio vuelta y vio a Mike Dennis, director ejecutivo del Parque Mundial.

—¿Sí, *Monsieur* Dennis?

—Me llamo Mike, ¿recuerda? —el ejecutivo palmeó su chapa de identificación. Y sí, una de las reglas del parque era llamar a todo el mundo por su nombre de pila... otra estupidez indudablemente aprendida de los estadounidenses.

—Sí, Mike, perdóneme.

—¿Se siente bien, André? Parecía preocupado por algo.

—¿Sí? No... Mike, no, estoy bien. Fue una noche larga.

—OK —Dennis le palmeó el hombro—. Tendremos un día agitado. ¿Hace cuánto trabaja con nosotros?

—Dos semanas.

—¿Le gusta?

—Es un lugar único para trabajar.

—Ésa es la idea, André. Que tenga un buen día.

—Sí, Mike —observó alejarse a su jefe estadounidense. Avanzaba con paso rápido hacia el castillo y su oficina. *Malditos estadounidenses*, esperaban que todo el mundo estuviera feliz todo el tiempo, de lo contrario algo andaba mal, y si algo andaba mal había que componerlo. Bueno, se dijo André, *algo* andaba mal y sería *compuesto* esa misma tarde. Pero a Mike no le agradaría mucho, ¿verdad?

A un kilómetro de distancia, Jean-Paul trasladó sus armas de la valija a la mochila. Había pedido que le llevaran a la habitación un suculento desayuno estadounidense: probablemente tendría que mantenerlo en pie todo el día, e incluso parte del día siguiente. Los demás estaban haciendo lo mismo, en ese hotel y en otros del mismo complejo. Su ametralladora Uzi tenía un total de diez cartuchos cargados, a lo que había que agregar otros seis para su pistola de 9 mm, tres granadas de fragmentación y un radio. La mochila pesaba, pero no tendría que cargarla todo el día. Chequeó su reloj y echó un último vistazo a la habitación. Todos los artefactos eran nuevos. Los había limpiado con un paño húmedo para borrar las huellas digitales, lo mismo que a la mesa, el escritorio, la porcelana y los utensilios de plata utilizados durante el desayuno. No sabía si la policía francesa tenía o no sus huellas digitales, pero en caso de que las tuviera no quería regalarle otro juego... y si no las tenía, ¿por qué facilitarles la confección de un nuevo archivo? Vestía pantalones largos color caqui y camisa de manga corta, más el estúpido sombrero blanco que había comprado el día anterior. Eso lo distinguiría como un visitante más, totalmente inofensivo, de ese lugar absurdo. Jean-Paul recogió su mochila y salió, no sin antes limpiar el picaporte de ambos lados. Una vez en el ascensor, apretó el botón de descenso con el nudillo, y pocos segundos después salió por la puerta del hotel y caminó casualmente hacia la estación ferroviaria, donde su tarjeta magnética obró como pasaporte al Sistema de Transporte del Parque Mundial. Se quitó la mochila para poder sentarse y se vio obligado a compartir el viaje con un alemán (que también llevaba una mochila al hombro), su esposa y sus dos hijos. La mochila golpeó contra el piso cuando el hombre se sentó junto a él.

—Es la Minicam —le explicó en inglés el alemán. Curioso.

—Yo también tengo una. Son bastante pesadas para andarlas llevando por ahí, ¿no le parece?

—Ah, sí, pero gracias a ella podremos recordar el día que pasamos en el parque.

—Sí, lo recordarán —dijo Jean-Paul por toda respuesta. Sonó el silbato y el tren inició la marcha. El francés buscó su entrada en el

bolsillo. De hecho, tenía tres días más de ingreso pago al parque temático. No porque fuera a necesitarlos. De hecho, nadie los necesitaría.

—¿Qué demonios es esto? —farfulló John, leyendo el primer fax de la pila—. ¿Becas de estudio? —¿Y quién había violado la seguridad? ¿George Winston, secretario del Tesoro? ¿Qué diablos?— ¿Alice? —llamó.

—Sí, señor Clark —dijo la señora Foorgate entrando a su oficina—. Sabía que ese fax le causaría cierto escozor. Aparentemente, el señor Ostermann cree necesario recompensar al comando por haberlo rescatado.

—¿Qué dice la ley al respecto? —preguntó John.

—No tengo idea, señor.

—¿Cómo podemos averiguarlo?

—A través de un abogado, supongo.

—¿Tenemos algún abogado a mano?

—No que yo sepa. Y probablemente necesitará dos, uno británico y otro estadounidense.

—Grandioso —comentó Rainbow Six—. ¿Podría pedirle a Stanley que venga a verme?

—Sí, señor.

CAPÍTULO 14

LA ESPADA DE LA LEGIÓN

El paseo compartido de Thompson CSF había sido planeado con varios meses de anticipación. Los seiscientos niños habían estudiado horas extra para adelantar sus tareas escolares, y el acontecimiento también tenía implicancias comerciales. Thompson estaba instalando sistemas computarizados de control en el parque (era parte de la transición de la empresa: de fábrica de productos militares a firma de ingeniería electrónica), basándose en su experiencia militar. Los nuevos sistemas de control —con los que la gerencia del Parque Mundial podría monitorear las actividades de todo el establecimiento— eran una variedad lineal de los sistemas de transferencia de información creados para las fuerzas terrestres de la OTAN. Eran aparatos plurilingües y fáciles de usar que transmitían la información a través de éter espacial (en lugar de hacerlo por línea terrestre de cobre), lo que permitía ahorrar varios millones de francos. Por otra parte, Thompson había adquirido los sistemas a tiempo y en precio (destreza que todos los contratistas de defensa del planeta estaban empezando a aprender).

En reconocimiento al exitoso cumplimiento del contrato con un cliente comercial de perfil sumamente alto, los directivos de Thompson habían cooperado con el Parque Mundial en la preparación del picnic organizado para la empresa. Todos los integrantes del grupo, niños incluidos, vestían remeras rojas con el logo de la empresa y por el momento permanecían juntos. Avanzaban en grupo rumbo al centro del parque, escoltados por seis trasgos que danzaban camino al castillo con sus pies descalzos y absurdamente gigantescos y sus cabezas enormes y peludas. También los escoltaban legionarios, encabezados por los dos portaestandartes vestidos con piel de lobo y el portador del águila dorada —sagrado emblema de la VI Legio Victrix, cuya antecesora databa del emperador Tiberio (año 20 d. C.), ahora acuartelada en el Parque Mundial, España— ataviado con una piel de león. Los empleados del parque que formaban parte de la legión habían adquirido su espíritu y marchaban voluntariosos, blandiendo sus espadas de fabricación española y portando gallardamente sus escudos en la mano izquierda. Se movían en grupo, tal como sus ideales ancestros victoriosos lo habían hecho veinte siglos atrás: sus predecesores habían sido la primera y única línea de defensa de la colonia romana que fuera en el pasado esa región de España.

Lo único que el grupo de Thompson CFS no tenía era una avanzada de gente que los guiara portando enormes banderas. De todos modos, era una de las tantas afectaciones japonesas. Luego del primer día de ceremonias, la gente de Thompson podría moverse por su cuenta y disfrutar sus cuatro días en el parque como turistas normales.

Mike Dennis observaba la procesión por los monitores de TV de su oficina mientras reunía sus notas. Los soldados romanos eran una de las atracciones más populares del parque temático, lo suficiente para haber aumentado su cantidad de cincuenta a más de cien y haber establecido un trío de centuriones para que los comandara. Los centuriones se distinguían por las plumas laterales de sus yelmos, en tanto los legionarios vulgares usaban yelmos con una pluma adelante y otra atrás. Los actores que los interpretaban practicaban esgrima regularmente e incluso se rumoreaba que algunas espadas tenían filo, cosa que Dennis no se había tomado la molestia de verificar y que tendría que prohibir en caso de hacerlo. Pero todo lo que era bueno para la moral de los empleados era bueno para el parque, y él tenía por norma permitir que cada departamento se autogobernara, con interferencia mínima de su centro de comando en el castillo. Amplió la imagen de la multitud con el mouse de su computadora. Faltaban veinte minutos para abrir las puertas y ese era... oh, sí, era Francisco de la Cruz al frente del desfile. Francisco era un sargento retirado de las fuerzas paramilitares españolas que se dedicaba a encabezar desfiles, ¿no? Era un tipo de aspecto recio, más de cincuenta años, brazos musculosos y barba tan gruesa —el Parque Mundial permitía usar bigotes a sus empleados, pero no barbas— que debía afeitarse dos veces por día. Al principio les resultaba un tanto intimidante a los niños, pero su estilo de papá oso los conquistaba inmediatamente... más que nada, les gustaba jugar con la pluma roja de su yelmo. Dennis pensó que debía invitarlo a almorzar uno de esos días. Dirigía bien su pequeño departamento y merecía ciertas deferencias de la cúpula.

Abrió un sobre de papel manila. Tendría que darles un discurso de bienvenida a los empleados de Thompson, seguido por un desfile de trasgos acompañados por banda de música itinerante y una cena en el restaurante del castillo. Miró el reloj, se levantó y fue hacia el pasillo que conducía al patio del castillo a través de un pasaje disimulado por una puerta “secreta”. Los arquitectos que construyeron el parque recibieron un cheque en blanco y utilizaron muy bien los petrodólares del Golfo, aunque el castillo no era del todo auténtico. Tenía salidas de incendio, asperjadores y estructura de acero, no era una masa de ladrillos apilados.

—¿Mike? —llamó una voz.

—¿Sí, Pete?

—Teléfono, llama al director.

El ejecutivo volvió corriendo a su oficina, todavía aferrando su discurso de bienvenida.

Francisco —Pancho para sus amigos— de la Cruz no era un hom-

bre alto, pero sí ancho de hombros, y sus piernas como pilares hacían temblar la tierra cuando marchaba, rígido y resuelto, tal como le había dicho un historiador que acostumbraban hacerlo los legionarios. El casco de hierro era pesado y podía sentir los vaivenes de la pluma que lo coronaba. Con el brazo izquierdo sostenía el enorme y pesado *scutum* (el escudo de los legionarios que llegaba desde el cuello a los tobillos) hecho de madera laminada con un pesado bloque de hierro en el centro con la imagen de Medusa y bordes de metal. Los romanos debían haber sido soldados recios para marchar a la batalla con semejante uniforme... casi treinta kilos de peso, incluyendo accesorios y vianda. El parque había hecho réplicas de todo, aunque la calidad del metal seguramente superaba la de los herreros del imperio romano. Seis niños se habían formado tras él, emulando su marcha fuerte y decidida. Eso le gustaba. Sus propios hijos estaban ahora en el ejército español, siguiendo los pasos de su padre... tal como esos niñitos franceses. Para de la Cruz, el mundo era perfecto.

A pocos metros de distancia, el mundo empezaba a ser perfecto para Jean-Paul, René y Esteban (este último con una nube de globos aferrados a la muñeca; de vez en cuando vendía uno). Los demás, visitando sus sombreros blancos, se habían mezclado con la multitud. Ninguno de los terroristas usaba las remeras rojas de Thompson, aunque no hubiera sido difícil conseguirlas. En cambio, vestían camisas negras del Parque Mundial que combinaban con los sombreros y todos, excepto Esteban y André, llevaban mochilas... como la mayoría de los visitantes del Parque Mundial.

Los trasgos acomodaron a la gente en sus lugares unos minutos antes. Los adultos bromeaban entre ellos y los niños señalaban cosas y reían (la alegría que iluminaba sus rostros pronto se transformaría en otra cosa), algunos corrían entre los adultos y jugaban a las escondidas en medio de la multitud... y había dos en silla de ruedas... No, no eran parte del grupo Thompson. Esteban vio que llevaban los distintivos de acceso privilegiado pero no las remeras rojas.

André también los vio. Una era la niña moribunda holandesa del día anterior y el otro... inglés, a juzgar por el aspecto de su padre, que empujaba la silla de ruedas a través de la multitud rumbo al castillo. Sí, los quería a ambos. Mucho mejor que no fueran franceses, ¿verdad?

Dennis se había sentado en su escritorio. La llamada requería cierta información detallada que debía buscar en su computadora. Sí, las ganancias quincenales del parque superaban las proyecciones en un 4,1 por ciento... Sí, la temporada baja había resultado un poco menos baja de lo que esperaban. El clima inusualmente favorable era la explicación, explicó Dennis, y no se podía contar con eso, pero las cosas marchaban muy bien, salvo por problemas en las computadoras de dos juegos. Sí, en ese momento había dos ingenieros de *software* tratando de solucionarlos... Sí, los gastos serían cubiertos por la garantía del fabri-

cante, y sus representantes se habían mostrado dispuestos a cooperar... bueno, como para no estarlo. Sí, estaban licitando dos diseños de megajuegos que dejarían boquiabierto al mundo entero. El director todavía no había visto la propuesta, pero la consideraría en su próximo viaje a España dentro de tres semanas. Harían programas televisivos sobre el concepto y el diseño de los dos megajuegos, prometió Dennis al director, especialmente para el mercado estadounidense de televisión por cable. No sería extraño que atrajeran clientes estadounidenses... robándoselos al imperio Disney que había inventado el parque temático. El director saudita, que en un principio había invertido en el Parque Mundial porque a sus hijos les encantaba subirse a juegos que él ni siquiera podía mirar, manifestó entusiasmo por las nuevas atracciones sin preguntar demasiado, dispuesto a dejarse sorprender por Dennis cuando llegara el momento.

—¿Qué diablos...? —dijo Dennis, tapando la bocina del teléfono y levantando la vista.

Todos saltaron por el ruido cuando el quebradizo *staccato* de la ametralladora de Jean-Paul disparó una larga ráfaga al aire. En el patio del castillo la gente retrocedió instintivamente al ver al hombre barbado apuntar su arma hacia arriba y disparar una breve lluvia de carcazas de bronce en el aire. Como buenos civiles que eran, durante los primeros segundos se limitaron a mirar, impactados, sin sentir miedo todavía...

...y luego vieron al tirador entre ellos... y retrocedieron para apartarse de él en lugar de atraparlo o detenerlo... y los demás sacaron sus armas de las mochilas, pero no dispararon... como si estuvieran esperando una señal o algo...

Francisco de la Cruz estaba parado detrás de uno de ellos y vio emerger el arma antes de que el primero disparara. Su cerebro reconoció la agresiva pero familiar forma de una ametralladora Uzi israelí de 9 mm. Con los ojos clavados en ella, verificó dirección y distancia y comprendió que no pertenecía al parque. El impacto del momento pasó como un relámpago, sus veintitantos años de servicio uniformado afluyeron a su conciencia, y de la Cruz empezó a moverse a dos metros de distancia del criminal barbado.

Los ojos de Claude captaron el movimiento y se dio vuelta para mirar... ¿qué era eso? Un hombre con armadura romana y el casco más extraño que había visto en su vida avanzaba hacia él. Giró para enfrentar la amenaza y...

... el centurión de la Cruz actuó en base a un instinto militar que se transformó en el tiempo y el espacio. Blandiendo la espada con la mano derecha, levantó el escudo para interceptar la boca de la Uzi con el medallón de hierro. Un primo lejano de Toledo le había hecho la espada para el disfraz. Era de acero laminado, como la del Cid, y tenía el filo de una navaja de afeitar... y de la Cruz era nuevamente un soldado y, por primera vez en toda su carrera, tenía a un enemigo armado fren-

te a él y un arma en la mano, y ahora la distancia era inferior a dos metros, y ametralladora o no, él iba a...

... Claude disparó una ráfaga rápida (tal como le habían enseñado a hacerlo) en el centro masivo del blanco amenazante, que casualmente estaba formado por tres centímetros de hierro. Las balas rebotaron, fragmentándose...

... de la Cruz sintió el impacto de los fragmentos en el brazo izquierdo, pero dolía menos que una picadura de insecto. Siguió avanzando, blandiendo la espada a derecha e izquierda. El borde filoso hizo el resto: abrió en dos el antebrazo del cabrón, justo debajo de la manga. Por primera vez en su vida, el centurión Francisco de la Cruz derramó sangre enemiga...

... Claude sintió el dolor. Movi6 el brazo derecho y apretó el gatillo. La ráfaga prolongada atravesó el escudo, abajo y a la derecha del medallón de hierro. Tres balas se incrustaron en la pierna izquierda del centurión, una de ellas le rompió la tibia y lo hizo gritar de dolor mientras daba su segundo golpe letal... y le erraba a la garganta del miserable por un bigote de gato. Su cerebro ordenó actuar a sus piernas, pero sólo le funcionaba una, y la otra tambaleó vergonzosamente haciéndolo caer a la izquierda y al frente...

Mike Dennis corrió a la ventana en lugar de usar los monitores de TV. Otros los estaban mirando y las tomas de las distintas cámaras serían registradas automáticamente en el banco de VCR del parque. Su cerebro no podía dar crédito a sus ojos, pero estaba pasando, y por imposible que fuera, tenía que ser real. Varios hombres armados rodeaban el área de las remeras rojas y las azuzaban como perros pastores rumbo al patio del castillo. Se dio vuelta.

—¡Cierre de seguridad, cierre de seguridad *ya!* —le ordenó al operador del tablero de control maestro. Las puertas del castillo se cerraron con un simple *clik* del mouse.

—¡Llame a la policía! —ordenó Dennis. Eso también estaba programado. El sistema de alarma emitió una señal a la barraca policial más próxima. Era la alarma antirrobo, pero por el momento bastaría. Levantó el teléfono y marcó el número de la policía. La única contingencia de emergencia que habían planeado era el robo a la caja, y dado que sería necesariamente un crimen mayor cometido por un número de delincuentes armados, la respuesta interna del parque a la señal de alarma también estaba programada. Todos los juegos y atracciones se detendrían en el acto y la gente recibiría instrucciones de regresar inmediatamente a sus hoteles o a la playa de estacionamiento, debido a una emergencia inesperada en el parque... Dennis pensó que el ruido de las ametralladoras habría llegado lejos y que los visitantes del parque comprenderían la urgencia del momento.

Eso era lo divertido, pensó André. Le pidió un sombrero sobrante a uno de sus camaradas y tomó el arma que Jean-Paul había llevado

para él. A pocos metros de distancia, Esteban dejó escapar los globos, que se perdieron en el aire mientras él también sacaba su arma.

Los niños no estaban tan manifiestamente asustados como sus padres, tal vez porque pensaban que se trataba de otra atracción mágica del parque, aunque el ruido les había lastimado los oídos y los había hecho saltar. Pero el miedo es contagioso, y los niños pronto comprendieron la emoción que expresaban los ojos de sus padres, y uno por uno se aferraron a las manos y piernas de sus mayores, mirando a los adultos que corrían en torno a la multitud de remeras rojas, llevando cosas que parecían... armas. Los niños las reconocieron: se parecían a sus juguetes, aunque obviamente no lo eran.

René estaba al mando. Avanzó hacia la entrada del castillo mientras los demás vigilaban los movimientos de la multitud. Miró a su alrededor, observando a los que estaban fuera del perímetro de su grupo. Muchos se habían arrodillado para ocultarse. Otros tomaban fotos, o filmaban. Algunos captarían su cara de cerca, pero no podía hacer nada para impedirlo.

—¡Dos! —gritó—. ¡Selección de rehenes!

—Dos —respondió Jean-Paul. Se acercó violentamente a un grupo de personas y aferró por el brazo a una niña francesa de cuatro años.

—¡No! —gritó la madre. Jean-Paul la apuntó con el arma. La mujer se crispó pero se mantuvo firme, aferrando los hombros de su hija.

—Muy bien —dijo “Dos”, bajando el cañón del arma—. Entonces la mataré a ella —En menos de un segundo, la boca de su Uzi se restregaba contra el cabello cobrizo de la pequeña. La madre gritó con más fuerza, pero apartó las manos de su hija.

—Ve hacia allá —le ordenó Jean-Paul a la niña, señalando a Juan. La chica hizo lo que le ordenaba, mirando boquiabierta a su madre desolada mientras el hombre armado elegía más niños.

André estaba haciendo lo mismo en otro sector de la multitud. Antes que nada, fue a buscar a la pequeña holandesa. Anna, se leía en su tarjeta de acceso privilegiado. Sin decir palabra, apartó al padre de la niña de la silla de ruedas y la empujó hacia el castillo.

—Mi hija está enferma —protestó el padre en inglés.

—Sí, me doy cuenta —replicó André en el mismo idioma y fue a seleccionar otro niño enfermo. Serían rehenes de excepción.

—¡Maldito miserable! —le espetó la madre de su nueva víctima. La Uzi de André le partió la nariz y un río de sangre le bañó la cara. Así aprendería a no hablar de más.

—¡Mamá! —gritó el niño, mientras André empujaba su silla hacia el castillo con una sola mano. El niño se dio vuelta y vio caer a su madre. Un empleado del parque, un barrendero, corrió a socorrerla, pero ella siguió gritando el nombre de su hijo: ¡Tommy!

A sus gritos se sumaron los de cuarenta parejas de padres, todos ellos enfundados en las remeras rojas de la empresa Thompson. La pequeña multitud entró al castillo y los demás permanecieron inmóviles

varios segundos. Luego, lentamente, comenzaron a avanzar hacia la calle España.

—Carajo, vienen hacia aquí —vio Mike Dennis. Todavía estaba hablando por teléfono con el capitán de las barracas locales de la Guardia Civil.

—Hágase humo —le dijo el capitán inmediatamente—. Si tiene alguna manera de abandonar el área, júselo ahora mismo! Necesitamos su ayuda y la de su gente. ¡Salga ya mismo de allí!

—Pero, maldita sea, esa gente es responsabilidad mía.

—Sí, lo es, y puede hacerse cargo de su responsabilidad desde afuera. ¡Ya! —le ordenó el capitán—. ¡Salga!

Dennis colgó el teléfono y miró a las quince personas que integraban el centro de comando.

—Sígueme, señores. Vamos al centro de comando de emergencia. Ya mismo —enfaticó.

Por muy real que pareciera, el castillo no era real. Había sido construido con ciertas comodidades modernas, como ascensores y escaleras de incendios. Dennis pensó que los ascensores estarían probablemente vigilados, pero recordó que una de las escaleras de incendio conducía directamente al subsuelo. Caminó hasta la puerta indicada, la abrió e hizo señas a sus empleados para que salieran. Todos obedecieron, en su mayoría contentos de escapar de ese lugar repentinamente peligroso. El último le arrojó un manajo de llaves y Dennis cerró la puerta tras él y bajó corriendo los cuatro pisos de escalera de caracol. Un minuto después estaba en el subsuelo, atestado de empleados y visitantes rescatados del sector de peligro por trasgos, legionarios y otros empleados uniformados del parque. También había un grupo de personal de seguridad, pero ninguno portaba un arma más ofensiva que su radio. Había armas de fuego en el salón de recuento, pero guardadas bajo llave. Además, sólo unos pocos empleados del parque estaban preparados y autorizados a utilizarlas y Dennis no quería disparos. El puesto de comando de emergencia del Parque Mundial estaba fuera del perímetro del parque, justo al final del subsuelo. Dennis corrió detrás de sus empleados hacia la salida que conducía a la playa de estacionamiento para el personal. Tardaron aproximadamente cinco minutos. Cuando llegaron, vio su escritorio vacío y el teléfono conectado directamente con la Guardia Civil.

—¿Está a salvo? —preguntó el capitán.

—Por ahora, sí —respondió Dennis, mirando su oficina del castillo por el monitor.

—Por aquí —les dijo André. Pero, la puerta estaba cerrada. Retrocedió y disparó contra el picaporte... que se sacudió por el impacto pero permaneció cerrado, al contrario de lo que pasa en las películas. René probó con la Uzi, que destrozó esa parte de la puerta y le permitió abrirla. Guió a sus rehenes escaleras arriba y pateó la puerta del centro de

comando... vacío. Desgranó una sarta de insultos y maldiciones al descubrirlo.

—¡Los estoy viendo! —dijo Dennis por teléfono—. Un hombre... dos... seis hombres armados... ¡Dios mío, tienen niños! —Uno de ellos avanzó hacia una cámara de vigilancia, apuntó su pistola e hizo desaparecer la imagen.

—¿Cuántos hombres armados? —preguntó el capitán.

—Por lo menos seis, tal vez diez, tal vez más. Tomaron niños como rehenes. ¿Se da cuenta? Tienen niños.

—Comprendo, señor Dennis. Ahora debo dejarlo y coordinar nuestra respuesta. Por favor, espere.

—Sí —Dennis activó los otros controles para ver qué sucedía en el parque—. Carajo —masculló. La furia estaba reemplazando al primer impacto. Luego llamó al director para informarlo, preguntándose qué diablos diría cuando el príncipe saudita preguntara qué estaba pasando... ¿un atentado terrorista contra un *parque de diversiones*?

En su oficina, el capitán Darío Gassman llamó a Madrid para reportar el incidente. Tenía un plan de crisis para sus barracas, que en ese momento estaba siendo implementado por sus hombres. Diez patrulleros y dieciseis policías atravesaban a toda velocidad la autopista desde distintas direcciones y zonas de patrullaje. Lo único que sabían era que debían implementar el Plan W. La primera misión era establecer un perímetro, con órdenes de impedir toda entrada y/o salida... esto último pronto demostraría ser evidentemente imposible. Otras cosas sucedían en Madrid mientras el capitán Gassman corría a su auto para dirigirse al Parque Mundial. Tardaría treinta minutos en llegar (incluso con luces y sirena). Ese tiempo le daría la ocasión de pensar en relativa paz, a pesar del ruido de la calle. Tenía dieciséis hombres allí o en camino, pero si había diez criminales armados en el Parque Mundial no serían suficientes, ni siquiera para establecer un perímetro externo e interno. ¿Cuántos hombres más necesitaría? ¿Tendría que llamar al comando de emergencia nacional creado hacía pocos años por la Guardia Civil? Probablemente sí. ¿Qué clase de criminales atacaban el Parque Mundial a esa hora del día? El mejor momento para robar era la hora de cierre, y para eso se habían entrenado él y sus hombres... porque sólo entonces el dinero estaba preparado, clasificado y colocado en bolsas de tela para ser trasladado al banco, y protegido por personal del parque y a veces por policías... ése era el momento de mayor vulnerabilidad. Pero no, estos delincuentes habían elegido el día y tomado rehenes... niños, recordó Gassman. Entonces ¿eran ladrones u otra cosa? ¿Qué clase de criminales eran? ¿Y si eran terroristas...: habían tomado rehenes... niños... terroristas vascos? Maldición, ¿qué eran entonces?

Pero las cosas ya se estaban escapando de las manos de Gassman. El ejecutivo más importante de Thompson estaba hablando por celular con los cuarteles generales de su compañía. La llamada fue rápidamente transmitida a su director, atrapado en medio de un agradable almuerzo... obviamente abortado en el acto. El director llamó al ministro de Defensa y las cosas se pusieron rápidamente en marcha. El informe del gerente de Thompson presente en la escena había sido conciso e inequívoco. El ministro de Defensa lo llamó personalmente e hizo que su secretario anotara todo lo necesario. Las notas fueron tipeadas y faxeadas al primer ministro y al ministro del Exterior, y éste último llamó a su colega español para pedirle confirmación urgente. Ya era una práctica política, y se hizo otra llamada en el ministerio de Defensa.

—Sí, habla John Clark —dijo Rainbow Six por teléfono—. Sí, señor. ¿Dónde es exactamente...? Ya veo... ¿cuántos? OK. Por favor, envíenos toda la información adicional que reciba... No, señor, no podemos movernos hasta que el gobierno nacional haga el pedido. Gracias, señor ministro —Clark apretó otro botón—. Ven inmediatamente, Al. Tenemos trabajo en puerta —Luego hizo el mismo pedido a Bill Tawney, Bellow, Chávez y Covington.

El ejecutivo de Thompson, todavía en el Parque Mundial, reunió a los suyos en un puesto de comida y los contó. Ex oficial del ejército francés, trabajó dura y rápidamente para poner orden en el caos. Apartó a los empleados que habían conservado a sus hijos. Contó a los demás y determinó que faltaban treinta y tres niños, más uno o dos en silla de ruedas. Los padres estaban predeciblemente frenéticos pero él logró controlarlos al tiempo que intentaba dominar sus propias emociones y agradecía a Dios que sus hijos fueran demasiado grandes para haber hecho el viaje. Una vez hecho eso alejó a su gente del castillo, ubicó a un empleado del parque, y le preguntó dónde podía encontrar teléfonos y máquinas de fax. El grupo fue escoltado a través de una puerta vaivén de madera a un disimulado edificio de servicios y luego al subsuelo. Desde allí fueron al puesto de comando de emergencia, donde encontraron a Mike Dennis, todavía aferrado a la carpeta que contenía el discurso de bienvenida para el grupo Thompson mientras intentaba encontrarle alguna lógica a lo que estaba pasando.

Gassman llegó en ese momento, a tiempo para ver la transmisión por fax de la lista de rehenes conocidos a París. El ministro de Defensa francés llamó menos de un minuto después. Resultó conocer al ejecutivo de Thompson, el coronel Robert Gamelin, quien había dirigido el

equipo de producción del sistema de control de incendios de segunda generación para barcos tanque pocos años atrás.

—¿Cuántos?

—Treinta y tres de nuestro grupo, tal vez más, pero los terroristas parecen haber elegido especialmente a nuestros niños, señor ministro. Éste es un trabajo para la Legión —dijo el coronel Gamelin, aludiendo al comando de operaciones especiales de la Legión Extranjera.

—Veremos, coronel —fin de la comunicación.

—Soy el capitán Gassman —le dijo a Gamelin el tipo del sombrero extravagante.

—Maldición, el año pasado llevé a mi familia allí —dijo Peter Covington—. Se necesitaría un batallón completo para recuperar el lugar. Es una pesadilla: montones de edificios, montones de espacio, muchos pisos. Creo que incluso tiene un área de servicios subterránea.

—¿Mapas, diagramas? —le preguntó Clark a la señora Foorgate.

—Voy a ver —replicó ella, abandonando la sala de conferencias.

—¿Qué sabemos? —preguntó Chávez.

—No mucho, pero los franceses están preocupados y exigen que los españoles nos dejen entrar y...

—Acaba de llegar esto —dijo Alice Foorgate, entregándole un fax y volviendo a salir.

—Lista de rehenes... Dios santo, son todos niños, de cuatro a once años de edad... treinta y tres en total... carajo —resopló Clark. Volvió a mirar la lista y se la pasó a Stanley.

—Ambos comandos, en caso de que nos despleguemos —dijo el escocés en el acto.

—Sí —Clark asintió—. Así parece.

Sonó el teléfono.

—Llamada para el señor Tawney —anunció una voz femenina por el *speaker*.

—Habla Tawney —dijo el jefe de inteligencia levantando el receptor—. Sí, Roger... sí, lo sabemos, recibimos un llamado de... ah, ya veo. Muy bien. Permíteme arreglar unas cosas antes, Roger. Gracias —colgó—. El gobierno español requirió a través de la embajada británica en Madrid que acudamos de inmediato.

—OK, gente —dijo John poniéndose de pie—. Ensillen los caballos. Carajo, esta vez nos llamaron rápido.

Chávez y Covington salieron corriendo hacia los edificios de sus respectivos comandos. El teléfono de Clark volvió a sonar.

—¿Hola? —Escuchó durante varios minutos—. OK, para mí está bien. Gracias, señor.

—¿Quién era, John?

—EL MOD acaba de pedir un MC-130 al Ala Primera de Operaciones Especiales. Nos lo están enviando, junto con el helicóptero de Malloy. Evidentemente hay una pista aérea militar a veinte kilómetros

de donde vamos y Whitehall intenta despejarnos el camino —lo mejor de todo, omitió agregar, era que el Hércules los sacaría directamente de Hereford—. ¿Cuándo podemos empezar a movernos?

—En menos de una hora —replicó Stanley luego de pensarlo un segundo.

—Bueno, porque ese pájaro Hércules llegará en aproximadamente cuarenta minutos o menos. La tripulación ya lo está abordando.

—Escuchen, muchachos —estaba diciendo Chávez a medio kilómetro de distancia—. Tenemos una misión. Botas y monturas, mis valientes. A la carga.

Empezaban a moverse hacia el guardaenseres cuando el sargento Patterson hizo la obvia objeción:

—Le toca el turno al Comando 1, Ding. ¿Qué nos importa?

—Parece que nos necesitan a ambos, Hank. Hoy salimos todos.

—Carajo —masculló Patterson yendo hacia el guardarropas.

Los equipos ya estaban empacados, siempre listos por cuestiones de rutina. Los contenedores de plástico llegaron a la puerta antes que el camión que debía transportarlos.

El coronel Gamelin se enteró antes que el capitán Gassman. El ministro de Defensa francés lo llamó personalmente para anunciarle que un comando de operaciones especiales iba camino allí por expreso pedido del gobierno español y llegaría en menos de tres horas. Gamelin transmitió la información a su gente, provocando cierto inevitable malestar en el oficial de policía español, quien a su vez llamó a su ministro en Madrid para informarle lo que estaba ocurriendo. Por su parte, el ministro acababa de enterarse por el Ministerio del Exterior español. Habían enviado más fuerzas policiales con la orden de no actuar más allá de los límites del perímetro establecido. Gassman se desconcertó ante el cambio de mandos, pero tenía sus órdenes. Contando con treinta policías en escena o en camino, ordenó que un tercio de ellos ingresaran al perímetro, lenta y cuidadosamente, y se dirigieran al castillo... mientras los otros dos tercios ingresaban por el subsuelo, con las armas enfundadas o con el seguro puesto, y con órdenes de no disparar bajo ninguna circunstancia, instrucción esta última más fácil de dar que de recibir.

Las cosas marchaban bien hasta el momento, pensó René, y el centro de comando del parque era mucho mejor de lo que esperaba. Estaba aprendiendo a usar el sistema de computadoras para seleccionar las cámaras de TV que aparentemente cubrían todo el predio, desde las playas de estacionamiento hasta los sectores de espera para los diversos juegos y atracciones. Las imágenes eran en blanco y negro, y una vez seleccionada una se podía ampliar o panear la cámara para

buscar algo. Había veinte monitores empotrados en las paredes de la oficina, cada uno conectado por terminal de computadora a por lo menos cinco cámaras. Nadie podía acercarse al castillo sin ser visto por el sistema. Excelente.

En la oficina de los secretarios, puerta de por medio, André había hecho sentar a los niños en el suelo, muy juntos, salvo los dos inválidos colocados contra la pared. Todos los niños tenían los ojos muy abiertos y asustados (obviamente) y por el momento estaban tranquilos (lo cual le resultaba particularmente agradable). Se había colgado la ametralladora del hombro. Por el momento no era necesaria, ¿verdad?

—Quédense quietos —les dijo en francés, y entró al centro de comando—. Uno —llamó.

—Sí, Nueve —respondió René.

—Todo bajo control aquí. ¿Llegó el momento de llamar?

—Sí —dijo Uno. Se sentó, levantó el teléfono, examinó los botones y apretó el que parecía más apropiado.

—¿Hola?

—¿Quién habla?

—Soy Mike Dennis. Director general del parque.

—*Bien*, soy Uno, y ahora estoy al mando de su Parque Mundial.

—Está bien, señor Uno. ¿Qué desea?

—¿La policía está con usted?

—Sí, están aquí conmigo.

—Bueno. Quiero hablar con el comandante.

—¿Capitán? —Dennis le hizo señas. Gassman dio tres pasos hacia su escritorio.

—Soy el capitán Darío Gassman de la Guardia Civil.

—Yo soy Uno. Estoy al mando. Usted sabe que tenemos más de treinta rehenes ¿no?

—Sí, soy conciente de eso —replicó el capitán, manteniendo la calma dentro de lo posible. Había leído muchos libros y recibido entrenamiento para hablar con terroristas que habían tomado rehenes, pero ahora deseaba haber prestado mayor atención—. ¿Tiene algo que pedirme?

—Yo no pido. Yo doy órdenes que deberán ser cumplidas en el acto. Y usted tendrá que transmitir las a los demás. ¿Entendido?

—Sí, comprendo.

—Todos nuestros rehenes son franceses. Usted establecerá una línea de comunicación con la embajada de Francia en Madrid. Mis órdenes están dirigidas a ellos. Por favor, tenga presente que ninguno de nuestros rehenes es ciudadano de su país. Esto es entre nosotros y los franceses. ¿Comprende?

—Señor Uno, la seguridad de esos niños es mi responsabilidad. Están en suelo español.

—Como guste —replicó Uno—. De todos modos, me pondrá en contacto con la embajada francesa inmediatamente. Avíseme cuando lo haya hecho.

—Primero debo transmitir su pedido a mis superiores. Volveré a hablar con usted cuando conozca sus órdenes.

—Que sea rápido —dijo René antes de cortar.

Había ruido en el fondo. Los cuatro motores Allison rugieron cuando el MC-130 aceleró rumbo a la pista y rotó abruptamente, ascendiendo al cielo para su primer vuelo a España. Clark y Stanley estaban en el compartimento de comunicaciones, escuchando lo mejor que podían (con sus auriculares fuertemente aislados) la información que iba llegando, inconexa y fragmentada como de costumbre. La voz les prometió mapas y planos cuando llegaran a destino, pero no proporcionó información adicional sobre la cantidad o la identidad de los terroristas... estaban trabajando en eso, precisamente. Justo en ese momento llegó un fax de París a través de los cuarteles generales del Ala Primera de Operaciones Especiales de Estados Unidos, que tenía equipos de comunicación por línea segura constantemente conectados con Hereford. Era otra lista de rehenes. Esta vez, Clark se tomó tiempo para leer los nombres y una parte de su mente intentó conjurar los rostros que los acompañaban, sabiendo que se equivocaría irremediablemente, pero no obstante intentándolo. Treinta y tres niños sentados en el castillo de un parque de diversiones, rodeados por hombres armados, por lo menos seis, tal vez diez, tal vez más. Todavía no lo sabían a ciencia cierta. Carajo, pensó Clark. Sabía que era imposible apurar ciertas cosas, pero nada iba lo suficientemente rápido en ese negocio... ni siquiera cuando uno manejaba todos los hilos.

Los hombres aflojaron sus cinturones de seguridad y empezaron a ponerse sus trajes negros de Nomex sin decir palabra y los dos líderes de los comandos fueron a buscar información. Volvieron diez minutos después y empezaron a vestirse; la expresión de sus rostros y la posición de sus cabezas indicaba que habían recibido malas noticias. Chávez y Covington informaron a sus hombres lo poco que sabían, y los tiradores adoptaron la misma expresión que sus líderes instantáneamente. Rehene niños. Probablemente más de treinta, tal vez más, retenidos por una cantidad desconocida de terroristas, cuya nacionalidad y motivaciones eran una incógnita hasta el momento. No sabían para qué los usarían. Sólo sabían que tendrían que hacer algo de lo que se enterarían cuando llegaran allí. Los hombres regresaron a sus asientos y ajustaron sus cinturones de seguridad sin decir palabra. La mayoría cerró los ojos y fingió dormir. Pero ninguno de ellos concilió el sueño. Simplemente permanecieron con los ojos cerrados, buscando y a veces encontrando una hora de paz entre el rugir de los motores a turbopropulsión.

—Exijo su número de fax —le espetó Uno al embajador francés, hablando en su idioma nativo.

—Muy bien —fue la respuesta, seguida inmediatamente por el número.

—Le enviaremos una lista de prisioneros políticos cuya liberación exigimos. Serán liberados inmediatamente y traídos aquí por un avión de Air France. Mi gente, nuestros invitados y yo abordaremos el avión rumbo a un destino que el piloto conocerá en su debido momento. Le aconsejo satisfacer rápidamente nuestras demandas. Tenemos poca paciencia, y si no satisfacen nuestras exigencias nos veremos obligados a matar algunos rehenes.

—Transmitiré su pedido a París —dijo el embajador.

—Bueno, y no olvide recordarles que tenemos muy poca paciencia.

—*Oui*, no lo olvidaré —prometió el diplomático. La línea quedó muerta. Miró a los miembros de su *staff*: el subjefe de misión, su agregado militar y el jefe de la DGSE. El embajador era un empresario al que le habían asignado esa embajada como favor político, ya que la proximidad entre París y Madrid no requería un diplomático experimentado para el puesto—. ¿Y bien?

—Estudiaremos la lista —respondió el hombre de la DGSE. Pocos segundos después, la lista emergió por la máquina de fax. El oficial de inteligencia la recibió, la leyó por encima y la pasó a los demás—. Nada bueno —anunció con voz sombría.

—¿El Chacal? —dijo el embajador—. Pero jamás...

—“Jamás” es mucho tiempo, amigo mío —le espetó el agente secreto—. Espero que estos comandos sepan lo que hacen.

—¿Qué sabe de ellos?

—Nada, ni una sola cosa.

—¿Cuánto? —preguntó Esteban.

—Llevará tiempo —replicó René—. En parte real, y en parte inventado. No olvides que su estrategia es estirar el proceso lo más posible, cansarnos, agotarnos, debilitar nuestra resolución. Contra esto tenemos el recurso de acelerar las cosas matando a un rehén. Pero ese paso no debe darse a la ligera. Hemos elegido a nuestros rehenes por su impacto psicológico y debemos considerar escrupulosamente la manera de usarlos. Pero sobre todo debemos controlar la marcha de los acontecimientos. Por ahora, les permitiremos que se tomen su tiempo mientras consolidamos nuestra posición —René fue a ver cómo estaba Claude. Ese estúpido soldado romano le había abierto una fea herida en el brazo... y eso era lo único que había salido mal. Claude estaba sentado en el suelo, apretando un vendaje contra la herida que no dejaba de sangrar. Tendrían que darle unos puntos. Mala suerte, pero no era grave, excepto para Claude que debía soportar el dolor.

Héctor Weiler era el médico del parque, un cirujano general reci-

bido en la Universidad de Barcelona que pasaba la mayor parte del tiempo poniendo Band-Aids en rodillas y codos despellejados, aunque de la pared de su consultorio colgaba la foto de los dos mellizos que había ayudado a nacer cuando una mujer embarazada cometió la locura de subir al Bombardero... A partir de entonces, habían colocado un simpático cartel de precaución en la entrada. Por lo demás, era un médico joven y experto que había trabajado duramente en la sala de emergencia de su facultad, y por lo tanto éste no era su primer herido por arma de fuego. Francisco era un hombre de suerte. Le habían disparado por lo menos seis ráfagas de ametralladora, y aunque las primeras tres sólo le habían dejado pequeñas marcas en el brazo izquierdo, una de las segundas ráfagas lo había herido de gravedad en la pierna. La tibia rota tardaría tiempo en soldarse por su edad, pero al menos se había roto en la parte superior. De haberlo hecho más abajo habría tardado por lo menos seis meses en soldarse... si es que alguna vez se soldaba.

—Podría haberlo matado —masculló el centurión bajo los efectos de la anestesia—. ¡Pude haberle cortado la cabeza, pero fallé!

—No con el primero —observó Weiler viendo la costra roja que coronaba su escudo, apoyado en el rincón del consultorio.

—Hábleme de él —ordenó el capitán Gassman.

—Cuarentón, cuarenta y pocos años —dijo de la Cruz—. Alto como yo, más diez o doce centímetros, de compleción liviana. Cabello marrón, barba marrón con vetas grises. Ojos oscuros. Ametralladora Uzi. Sombrero blanco —reportó el ex sargento, mordiendo cada palabra. La anestesia no alcanzaba a calmarle el dolor pero era su obligación decir todo lo que sabía y aceptó la incomodidad de hacerlo mientras el médico seguía trabajando sobre su pierna herida—. Había otros. Vi otros cuatro, probablemente más.

—Pensamos que pueden ser diez, aproximadamente —dijo Gassman—. ¿Dijo algo?

De la Cruz negó con la cabeza.

—No escuché nada.

—¿Quiénes son? —preguntó el cirujano sin levantar la vista de su tarea.

—Pensamos que son franceses, pero no estamos seguros —respondió el capitán de la Guardia Civil.

Lo más difícil le tocó al coronel Malloy. Cruzar el Canal de la Mancha y dirigirse al sur-sudeste a una velocidad crucero de 150 nudos. Pararía en una base aérea militar francesa en las afueras de Bordeaux para recargar combustible, ya que carecía de los tanques externos que permitían al Night Hawk atravesar grandes distancias sin escalas. Como casi todos los helicópteros, el Night Hawk no tenía piloto automático, lo que obligaba a Malloy y el teniente Harrison a conducir la nave manualmente durante todo el trayecto. Era bastante arduo y cansador,

dado que el helicóptero no era la mejor nave del mundo para estar sentado, pero ambos estaban acostumbrados... y acostumbraban gruñir cuando alternaban los controles cada veinte minutos. Tardarían tres horas en llegar a destino. Atrás viajaba el jefe de tripulación, sargento Jack Nance, que en ese momento miraba por las ventanas plásticas la costa francesa. Estaban sobrevolando a dos mil pies un puerto pesquero atestado de barcos.

—Evidentemente, esto se decidió a las apuradas —comentó Harrison por el intercom.

—Sí, bueno, supongo que Rainbow vive contra reloj.

—¿Tiene idea de lo que está pasando?

—En lo más mínimo, hijo —Malloy sacudió la cabeza de derecha a izquierda—. Sabes, no regresé a España desde *Tarawa*, allá por... 1985, creo. Recuerdo un gran restaurante en Cádiz, aunque... me pregunto si todavía existirá... —Luego de esa tenaz observación la tripulación quedó en silencio. La nariz del helicóptero apuntó hacia abajo y puso rumbo al sur bajo el rotor de cuatro hojas mientras Malloy chequeaba el monitor de navegación digital cada cinco segundos.

—Nada nuevo bajo el sol —observó Clark, revisando el último fax. No incluía nada nuevo, sólo la misma información de antes rediseñada por algún oficial de inteligencia particularmente servicial. Le entregó el fax a Stanley y fue atrás.

Allí estaban, los integrantes del comando Rainbow; casi todos parecían dormidos, pero probablemente fingían dormir, como él mismo había hecho con el Tercer SOG más de una generación atrás. Mantenían los ojos cerrados e intentaban tranquilizar sus cuerpos y sus mentes, porque no tenía sentido preocuparse por algo que desconocían y la tensión vampirizaba la fuerza aunque los músculos no estuvieran funcionando. En esos casos, la única defensa era desenchufarse. Sus hombres eran suficientemente astutos y profesionales para saber que el estrés llegaría a su debido, inevitable, tiempo y que no tenía sentido apresurarlo. John Clark, otrora SEAL de la Armada de EE.UU., sintió un profundo orgullo por tener el honor de comandar a hombres de esa talla. Lo conmovió verlos allí, sin hacer nada... porque eso era lo que hacían los mejores hombres en momentos como ése, porque comprendían el sentido de la misión, porque sabían cómo llevarla a cabo, paso por paso. Iban a enfrentar una tarea de la que nada sabían, salvo que debía tratarse de algo muy grave... porque los Comandos 1 y 2 jamás habían salido juntos. Y no obstante se comportaban como si de una vulgar misión de rutina se tratara. No existían hombres mejores que ésos, y sus dos líderes, Chávez y Covington, los habían entrenado hasta el borde de la perfección.

Y, en algún lugar, los terroristas habían tomado rehenes infantiles. Bien, la misión no sería fácil, y era demasiado pronto para especular sobre posibles estrategias, pero John sabía que era mucho mejor

estar volando en ese ruidoso Pájaro Herky que en ese maldito parque temático que ominosamente los esperaba. Miró a sus hombres y vio a la Muerte. John Clark supo que, aquí y ahora, la Muerte estaba a sus órdenes.

Tim Noonan estaba sentado en el extremo delantero del sector de carga jugando con su computadora. David Peled viajaba a su lado. Clark se acercó a preguntarles qué estaban haciendo.

—La noticia no se difundió todavía —le dijo Noonan—. Me pregunto por qué.

—Pronto se propagará como una peste —predijo Clark.

—En diez minutos, o menos —dijo el israelí—. ¿Quiénes van a recibirnos?

—El ejército y la policía españoles, según me han dicho. Estamos autorizados a aterrizar dentro de... veinticinco minutos —les informó luego de mirar el reloj.

—Ahí está... France Press acaba de transmitir una síntesis —dijo Noonan, leyéndola para verificar la información—. Treinta niños franceses tomados como rehenes por terroristas no identificados... nada excepto el lugar del hecho. No va a ser divertido, John —observó el ex agente del FBI—. Más de treinta rehenes en un entorno atestado de gente. Cuando estaba con el Comando de Rescate le huíamos a esta clase de escenario. ¿Diez chicos malos? —preguntó.

—Eso suponen, pero todavía no está confirmado.

—Maldita sea, jefe —Noonan sacudió la cabeza con preocupación. Estaba vestido como los tiradores (Nómex negro y protector antibalas) y portaba su Beretta sobre la cadera derecha porque prefería considerarse un tirador antes que un mago de la tecnología. Además, disparaba como el mejor (no en vano practicaba diariamente con el resto del comando en Hereford)... y había niños en peligro, pensó Clark, y el hecho de que hubiera niños en peligro era tal vez la más poderosa motivación humana, por lo demás fortalecida por la etapa de Noonan en el FBI, donde los crímenes cometidos contra niños eran considerados lo más bajo de lo bajo. David Peled se mantenía más distante. Vestido de civil, observaba la pantalla de la computadora como un contador que analizara el ejercicio anual de un cliente.

—¡John! —llamó Stanley, acercándose con un fax en la mano—. Tengo lo que piden.

—¿Algún conocido nuestro?

—Illich Ramírez Sánchez encabeza la lista.

—¿Carlos? —Peled levantó la vista—. ¿Alguien quiere liberar a ese cerdo miserable?

—Todo el mundo tiene amigos —El Dr. Bellow se sentó a leer el fax y luego se lo pasó a Clark.

—OK, doc, ¿qué sabemos?

—Nuevamente estamos tratando con terroristas ideológicos, como los de Viena, pero éstos tienen un objetivo definido, y estos presos “po-

líticos”... conozco a dos de Action Directe, pero los demás son sólo nombres para mí...

—Lo tengo —dijo Noonan. Estaba cotejando su parrilla de terroristas conocidos con los nombres del fax—. OK, seis Action Directe, ocho vascos, un PFLP en Francia. No es muy larga la lista.

—Pero sí definida —observó Bellow—. Saben lo que quieren, y el hecho de que hayan tomado niños como rehenes indica que van en serio. La elección de los rehenes está orientada a aumentar la presión política sobre el gobierno francés —la suya no era precisamente una opinión sorprendente, y lo sabía—. La pregunta del millón es ¿el gobierno francés estará dispuesto a negociar?

—En el pasado negociaban discretamente, detrás de cámara —les dijo Peled—. Nuestros amigos pueden saberlo.

—Niños —resopló Clark.

—Un teatro de operaciones de pesadilla —dijo Noonan, asintiendo—. ¿Pero quién tiene huevos para matar a un niño?

—Tendremos que hablar con ellos para saberlo —respondió Bellow. Miró el reloj y gruñó—. La próxima vez quiero un avión más veloz.

—Tranquilo, doc —le dijo Clark, sabiendo que Paul Bellow tendría el trabajo más difícil desde el momento en que aterrizaran y llegarán al objetivo. Tendría que leer las mentes de los terroristas, evaluar su decisión y, lo peor de todo, predecir sus acciones... y Bellow, como el resto del comando Rainbow, no tenía hasta el momento ningún dato relevante. Como los demás, era un corredor a punto de arrancar, en posición de salida... que debía esperar el disparo del revólver. Pero, a diferencia de los demás, no era un tirador. No podía esperar el alivio emocional que estos experimentaban en acción. Debido a eso, envidiaba en silencio a los soldados. *Niños*, pensó Paul Bellow. Tendría que encontrar una manera de razonar con gente que no conocía para proteger las vidas de esos niños. ¿Cuánta sogá le darían los gobiernos español y francés? Sabía que necesitaría mucha sogá para llegar a algo, aunque la cantidad exacta dependía del estado mental de los terroristas. Habían elegido deliberadamente niños, niños franceses, para maximizar la presión sobre el gobierno en París... y esa decisión cuidadosamente planeada... lo obligaba a pensar que estarían dispuestos a matar niños a pesar de todos los tabúes asociados a ese acto en la mente humana normal. Paul Bellow había escrito y dado conferencias en todo el mundo acerca de esa clase de gente, pero en algún rincón de su mente se preguntaba si en verdad comprendía la mentalidad del terrorista, tan divorciada de su propia visión extremadamente racional de la realidad. Podía simular el pensamiento terrorista, pero ¿podría comprenderlo? No era una pregunta para hacerse en ese momento, con los oídos tapados para proteger su audición y su equilibrio del perturbador ruido de los motores del MC-130. Así, volvió a sentarse, cerró los ojos y neutralizó su mente, dando respiro al estrés que seguramente lo abatiría en menos de una hora.

Clark vio lo que hizo Bellow, y comprendió sus razones, pero los

Rainbows Six no tenían esa opción, porque ellos encabezaban la cadena de mando... y lo único que tenía en ese momento frente a los ojos eran los rostros que había imaginado para los nombres del fax que tenía en la mano. ¿Quiénes vivirían? ¿Quiénes no? La responsabilidad caía sobre sus hombros, que no eran ni la mitad de fuertes de lo que parecían.

Niños.

—Todavía no me contestaron —dijo el capitán Gassman por teléfono. Él había iniciado la llamada.

—Todavía no le dimos el ultimátum —replicó Uno—. Me gustaría creer que París valora nuestra buena voluntad. Si no fuera el caso, pronto aprenderán a respetar nuestra resolución. Haga que les quede claro —concluyó René, cortando la comunicación.

Y gracias por haber llamado para iniciar las conversaciones, se dijo Gassman. Ésa era una de las cosas que supuestamente debía hacer, según decía en los libros de texto. Establecer una suerte de diálogo y relación con los criminales, incluso cierto grado de confianza que luego podría explotar en beneficio propio, logrando la liberación de algunos rehenes a cambio de comida u otras consideraciones, y erosionando la determinación de los terroristas con el objetivo final de resolver el crimen sin pérdidas de vidas inocentes... ni criminales muertos. El verdadero triunfo sería, en su opinión, llevarlos al tribunal de justicia, donde un juez de toga los declararía culpables y los condenaría a pudrirse en prisión como la basura que eran... Pero el primer paso era conseguir que dialogaran con él, paso que ese tipo Uno no parecía sentir necesidad de dar. El miserable se sentía cómodo al mando de la situación... y tenía con qué, pensó el capitán de policía. Un grupo de niños sentados frente a sus armas. En ese momento sonó otro teléfono.

—Aterrizaron y están descargando.

—¿Cuánto tardarán?

—Treinta minutos.

—Media hora —le dijo el coronel Tomás Nuncio a John Clark apenas arrancó el auto. Nuncio había llegado en helicóptero desde Madrid. A sus espaldas, tres camiones del ejército español cargaban los equipos y pronto seguirían el mismo camino con el Rainbow a bordo.

—¿Qué sabemos?

—Treinta y cinco rehenes. Treinta y tres son niños franceses y...

—Ya vi la lista. ¿Quiénes son los otros dos?

Nuncio apartó la vista con disgusto.

—Aparentemente el parque tiene un programa especial para niños enfermos, importado de Estados Unidos... ¿cómo lo llaman ustedes?

—¿Make-A-Wish? —preguntó John.

—Sí, ése es. Una niña holandesa y un niño inglés, ambos en sillas de ruedas, ambos gravemente enfermos. El hecho de que no sean fran-

ceses como los demás me resulta bastante raro. El resto de los niños son hijos de empleados de Thompson, la fábrica de equipos de defensa. El líder de ese grupo llamó por su cuenta a los cuarteles generales de la empresa y desde allí la noticia llegó a la cúpula del gobierno francés, lo cual explica la rapidez de la respuesta. Tengo órdenes de ofrecerle toda la ayuda que pueda prestar mi gente.

—Gracias, coronel Nuncio. ¿Cuánta gente tiene ahora en el teatro de operaciones?

—Treinta y ocho, y hay más en camino. Establecimos un perímetro interno y control de tránsito.

—¿Qué pasa con los periodistas?

—Los detenemos en la puerta principal del parque. No les daré la menor oportunidad de informar al público a esos cerdos —prometió el coronel Nuncio. Era lo que John esperaba de la Guardia Civil. El sombrero era de otra época, pero los ojos azules del policía, duros y fríos, clavados en la autopista, estaban listos para atacar. Pasaron junto a un cartel indicaba que el Parque Mundial estaba a quince kilómetros de distancia. El español apretó a fondo el acelerador.

Julio Vega arrojó la última caja del Comando 2 en el camión de cinco toneladas y saltó a bordo. Todos sus compañeros estaban en el fondo y Ding Chávez ocupaba el asiento del acompañante junto al conductor, tal como era costumbre entre los comandantes. Todos los ojos estaban muy abiertos y las cabezas erguidas; los hombres escrutaban el terreno aunque sabían que no era relevante para la misión. Hasta los comandos se comportaban como turistas.

—Coronel, ¿contra qué clase de sistemas de vigilancia peleamos?

—¿A qué se refiere? —Preguntó Nuncio por toda respuesta.

—El parque ¿tiene cámaras de televisión dispersas? Si las tiene —dijo Clark— quiero que podamos evitarlas.

—Llamaré para averiguarlo.

—¿Bien? —le preguntó Mike Dennis a su jefe técnico.

—Por la entrada de atrás no hay cámaras hasta llegar a la playa de estacionamiento para empleados. Desde aquí puedo apagarla.

—Hágalo —Dennis transmitió sus directivas por radio a los vehículos que se aproximaban. Mientras lo hacía, miró su reloj. Los primeros disparos habían ocurrido hacía tres horas y media. Parecía una eternidad. Fue a la cafetera, la encontró vacía... y no pudo reprimir un insulto.

El coronel Nuncio tomó la salida anterior a la del parque e ingre-

só, disminuyendo la velocidad, en un camino de doble mano. Allí encontraron un patrullero cuyo ocupante les hizo señas para que pasaran. Dos minutos después estacionaban frente a lo que parecía ser un túnel con una puerta de acero abierta a medias. Nuncio abrió su puerta, Clark hizo otro tanto, y ambos avanzaron rápidamente hacia la entrada.

—Su español es muy bueno, señor Clark. Pero no logro identificar su acento.

—Indianápolis —replicó John. Probablemente sería el último momento “liviano” del día—. ¿Cómo le hablan los muchachos malos?

—¿En qué idioma, quiere decir? Hasta el momento, en inglés.

Ésa fue la primera noticia alentadora del día. A pesar de toda su sabiduría, las habilidades lingüísticas del Dr. Bellow eran bastante pobres, y tendría que ocupar su puesto apenas llegara su auto, aproximadamente dentro de cinco minutos.

El centro de comando de emergencia del parque estaba a veinte metros, en el interior del túnel. Otro Guardia Civil les abrió la puerta e hizo la venia al coronel Nuncio.

—Coronel —Otro policía, comprobó John.

—Señor Clark, éste es el capitán Gassman —consabidos apretones de manos.

—Encantado. Soy John Clark. Mis hombres están por llegar. Por favor, ¿podría ponerme al tanto de lo que está ocurriendo?

Gassman lo invitó a sentarse a la mesa de conferencias. Todas las paredes del salón estaban cubiertas por monitores de televisión y otros equipos electrónicos de naturaleza desconocida. Gassman desplegó un enorme mapa/diagrama del parque.

—Los criminales están todos aquí —informó, señalando el castillo ubicado en el centro del parque—. Creemos que son diez, y treinta y cinco rehenes, todos niños. Hablé con ellos varias veces. Mi contacto es un hombre, probablemente francés, que se hace llamar Uno. Las conversaciones no llegaron a nada, pero tenemos una copia de sus exigencias... una docena de terroristas convictos, principalmente bajo custodia francesa, aunque hay varios en cárceles españolas.

Clark asintió. Ya lo sabía, pero el diagrama del parque era toda una novedad. En primer lugar examinó las líneas de visión: qué se veía y qué no.

—¿Tiene planos del lugar donde están? —pidió.

—Aquí —dijo un ingeniero del parque, desplegando sobre la mesa los planos del castillo—. Hay ventanas aquí, aquí, aquí y aquí. Las escaleras y ascensores están indicados —Clark los cotejó con el mapa—. Tienen acceso al techo por escalera, y el techo está a cuarenta metros sobre el nivel de la calle. La línea de visión es buena en todas direcciones, hacia todas las calles.

—Si yo quisiera vigilar la totalidad de la cosa, ¿cuál sería el mejor lugar para hacerlo?

—Es muy fácil. El Bombardero, en la cima de la primera colina. Tiene casi ciento cincuenta metros de alto.

—Casi quinientos pies —dijo Clark, demostrando cierta incredulidad.

—Es la montaña rusa más grande del mundo, señor —confirmó el ingeniero—. Viene gente de todo el mundo a visitarla. El juego está asentado sobre una pequeña depresión, de aproximadamente diez metros, pero el resto es muy alto. Si quiere colocar un vigía, ése es el mejor lugar.

—Bueno. ¿Es posible llegar allí sin ser visto?

—Únicamente por el subsuelo, pero hay cámaras de televisión...

—Marcó un recorrido con la mano—. Aquí, aquí, aquí y otra más aquí. Es mejor que caminar por la superficie, pero no será fácil evitar todas las cámaras.

—¿No puede apagarlas?

—Podemos desconectar el centro primario de comando desde aquí, sí... diablos, si fuera necesario, puedo enviar gente a arrancar los cables.

—Pero si hacemos eso, nuestros amigos del castillo se pondrán nerviosos —advirtió John—. OK, tenemos que pensarlo un poco antes de decidir una estrategia. Por el momento, quiero que ignoren quiénes están aquí y qué estamos haciendo. No les daremos nada gratis, ¿entendido?

Nuncio y Gassman asintieron y John vio en sus ojos una suerte de respeto desesperado. Orgullosos y profesionales como eran, debían sentirse aliviados por la presencia del Rainbow... ya que el comando se haría cargo de la situación y de toda la responsabilidad que devengara. Por su parte, ellos obtendrían un merecido crédito por apoyar una exitosa operación de rescate, y también podrían dar un paso al costado y declarar que los errores cometidos no eran culpa suya. La mente burocrática era parte y parcela de todo empleado de gobierno del mundo.

—Eh, John.

Clark se dio vuelta. Era Chávez, con Covington a sus espaldas. Los dos comandantes entraron a grandes zancadas, vestidos con sus trajes de asalto color negro, y mirando a los demás como ángeles exterminadores. Se acercaron a la mesa de conferencias y comenzaron a estudiar el diagrama.

—Domingo, te presento al coronel Nuncio y al capitán Gassman.

—Buen día —dijo Ding en su español de Los Angeles, estrechándoles la mano. Covington hizo lo mismo, pero en su propio idioma.

—¿Un riflero aquí? —preguntó Ding, señalando el Bombardero—. Lo vi desde la playa de estacionamiento. Es una especie de montaña rusa. ¿Homer podría llegar allí sin ser visto?

—Estamos trabajando en eso.

Noonan entró en la sala con una mochila repleta de equipos electrónicos.

—OK, esto parece muy bueno para nuestros propósitos —observó, chequeando todas las cámaras de TV.

—Nuestros amigos tienen una instalación similar aquí.

—Oh —dijo Noonan—. OK, primero quiero cerrar todos los nodos de teléfonos celulares.

—¿Qué? —preguntó Nuncio—. ¿Por qué?

—En caso de que nuestros amigos tengan un compañero afuera que pueda informarles por celular lo que estamos haciendo, señor —respondió Clark.

—Ah. ¿Puedo ayudarlos?

Noonan respondió.

—Ordene a sus hombres encontrar cada nodo y haga que los técnicos inserten estos disquetes en sus computadoras. Todos tienen instrucciones impresas.

—¡Felipe! —Nuncio dio media vuelta y chasqueó los dedos. Un momento después, su hombre recibió los disquetes y las órdenes y salió raudamente de la sala.

—¿A qué profundidad estamos? —preguntó Noonan.

—A menos de cinco metros.

—¿Planchas de concreto?

—Planchas de concreto —respondió el ingeniero del parque.

—Bueno, John, nuestros radios portátiles funcionarán a la perfección.

Los Comandos 1 y 2 entraron al centro de comando del parque y se amontonaron en torno a la mesa de conferencias.

—Los muchachos malos y los rehenes están aquí —les informó Clark.

—¿Cuántos? —preguntó Eddie Price.

—Treinta y cinco rehenes, todos niños, dos en sillas de ruedas.

Esos dos son los únicos que no son franceses.

—¿Quién habló con ellos? —preguntó Bellow.

—Yo —respondió el capitán Gassman. Bellow lo tomó del brazo y lo llevó a un rincón para poder hablar tranquilos.

—Antes que nada, vigilancia extrema —dijo Chávez—. Necesitamos que Homer llegue a la punta de ese juego... sin ser visto... ¿Cómo lo haremos?

—Veo circular gente por las pantallas de TV —dijo Johnston—. ¿Quiénes son?

—Empleados del parque —dijo Mike Dennis—. Los tenemos circulando para asegurarnos de que salgan todos los visitantes —Era el procedimiento rutinario de cierre, aunque a destiempo.

—Necesito camuflaje... pero todavía tengo que preparar mi rifle.

¿Tiene mecánicos aquí?

—Aproximadamente mil —replicó el director del parque.

—OK, me vestiré de mecánico, con caja de herramientas y todo.

¿Los juegos están funcionando?

—No, todos están cerrados.

—Cuantas más cosas se muevan, más cosas tendrán que vigilar —le dijo el sargento Johnston a su jefe.

—Me gusta —coincidió Chávez, mirando a Clark.

—A mí también. Por favor, señor Dennis, ponga en funcionamiento todos los juegos del parque.

—Se activan individualmente. Podemos apagarlos desde aquí cortando la energía, pero no encenderlos.

—Entonces envíe a alguien que lo haga. El sargento Johnston acompañará su hombre hasta la montaña rusa. Homer, usted se instalará allí. Su misión es reunir información y transmitírnosla. Tome su rifle y desaparezca.

—¿A qué altura estaré?

—A ciento cuarenta metros sobre el nivel del suelo.

El riflero buscó una calculadora en su bolsillo y la encendió para asegurarse de que funcionaba.

—Bastante bien. ¿Dónde puedo cambiarme?

—Por aquí —el ingeniero lo acompañó al vestuario de los empleados.

—¿Hay un buen punto de vigilancia del otro lado? —preguntó Covington.

—Aquí estaría bien —respondió Dennis—. En el edificio de realidad virtual. No es tan alto como el otro, pero tiene vista directa al castillo.

—Pondré a Houston allí —dijo Covington—. La pierna le sigue molestando.

—De acuerdo, dos rifleros periscópicos y las cámaras de TV nos proporcionarán una buena cobertura visual del castillo —dijo Clark.

—Necesito hacer un reconocimiento rápido para decidir el resto —dijo Chávez—. Necesito un diagrama con las posiciones de las cámaras marcadas. Y otro para Peter.

—¿Cuándo llega Malloy? —preguntó Covington.

—Dentro de una hora aproximadamente. Tendrá que cargar combustible al aterrizar. A partir de ese momento, la disponibilidad del helicóptero será de cuatro horas, treinta minutos.

—¿Hasta qué distancia pueden ver las cámaras, señor Dennis?

—Cubren la playa de estacionamiento desde este lado, pero no desde el otro. La gente del castillo tiene mejor campo visual.

—¿Cómo están equipados?

—Sabemos que tienen ametralladoras. Los tenemos filmados.

—Quiero verlos —intervino Nooann—. Ahora mismo, si fuera posible.

La cosa se puso en movimiento. Chávez y Covington recibieron sus mapas del parque, los mismos que vendían a los visitantes, con las posiciones de las cámaras marcadas con puntos adhesivos negros. Un carro eléctrico —más específicamente, un carro de golf— les salió al encuentro en el pasillo y los trasladó afuera. Luego regresaron al par-

que por un camino de superficie. Covington daba instrucciones siguiendo el mapa, evitando las cámaras durante el recorrido.

Noonan vio los tres videos que mostraban el operativo terrorista.

—Diez en total, todos varones, la mayoría barbados, todos con sombreros blancos en el momento de la ejecución. Dos de ellos parecen empleados del parque. ¿Tenemos alguna información al respecto?

—Estamos trabajando en eso —replicó Dennis.

—¿Les toman impresiones digitales? —preguntó Noonan, y obtuvo un gesto negativo por toda respuesta—. ¿Y fotos?

—Sí, todos tenemos pases con foto —Dennis le mostró el suyo.

—Bueno, algo es algo. Se los enviaremos al PDQ de la policía francesa.

—¡Mark! —Dennis le hizo señas a su asistente personal.

—Tendríamos que tener uniformes —dijo Covington.

—Sí, la prisa no es buena compañera, ¿no te parece, Peter?

—Chávez observó una esquina y aspiró el olor del puesto de comida. Sintió una punzada de hambre—. Será divertido entrar ahí, viejo.

—Absolutamente —dijo Covington.

El castillo parecía real: ocupaba una superficie de más de cincuenta metros de lado y tenía aproximadamente la misma altura. La mayor parte era espacio vacío según los planos, pero había escalera y ascensor para llegar al techo, plano, y tarde o temprano los chicos malos pondrían a alguien allí si les quedaba un resto de cerebro. Bueno, los rifleros se ocuparían de eso. Homer Johnston y Sam Houston tendrían acceso directo: cuatrocientos metros desde un lado y apenas ciento sesenta desde el otro.

—¿Las ventanas te parecen grandes?

—Lo suficiente, Ding.

—Sí, yo pienso lo mismo —Ya se estaba formando un plan en las dos cabezas—. Espero que Malloy haya descansado bien.

El sargento Homer Johnston (vistiendo ahora el uniforme del parque sobre su traje ninja) apareció a cincuenta metros del Bombardero. Visto de tan cerca, el juego parecía aun más intimidante. Caminó en dirección a él, escoltado por un empleado del parque que era, además, el operador de esa atracción.

—Puedo llevar el carro a la cima y detenerlo allí.

—Grandioso —Era demasiado alto para treparse, aunque había una escalerilla todo a lo largo de la estructura. Pasaron bajo la entrada abovedada y Johnston ocupó el primer asiento de la derecha, dejando la caja del arma en el asiento de al lado—. Adelante —le dijo al operador. El ascenso de la primera colina fue lento (maniobra deliberada para asustar a los espectadores) y Johnston tuvo ocasión de reflexionar una vez más sobre la mentalidad terrorista. El carro de diez asientos triples se detuvo en la cima. Johnston salió, llevando consigo la caja del rifle. La apoyó sobre un borde, la abrió y extrajo una colchoneta de goma y una manta camuflada para cubrirse. Por último, sacó el rifle y los binoculares. Se tomó el tiempo necesario para acomodar la colchoneta (la

superficie era de acero perforado y pronto se tornaría incómoda). Desplegó la manta sobre la estructura. Se trataba de una red de pesca liviana cubierta de hojas de plástico verde con propósitos de camuflaje. Luego colocó el rifle en el bípode y enfocó sus binoculares revestidos de plástico verde. Su micrófono personal de radio pendía frente a sus labios.

—Rifle Dos-Uno a comando.

—Aquí Six —respondió Clark.

—Rifle Dos-Uno en posición, Six. Tengo un buen lugar. Puedo ver todo el techo del castillo y las puertas del ascensor y la escalera. También tengo buena línea de visión al fondo. No es un mal lugar, señor.

—Bien. Manténganos informados.

—Entendido, jefe. Fuera —El sargento Johnston se apoyó sobre los codos y observó el área con sus binoculares 7x50. Hacía calor al sol. Tendría que acostumbrarse. Lo pensó un momento, y luego buscó su cantimplora. En ese preciso instante, el carro que lo había subido rodó hacia adelante y desapareció de la vista. Escuchó el sonido de las ruedas de acero y se preguntó cómo sería el descenso. Probablemente parecido a esquiar, algo que él sabía hacer bien aunque no le agradaba demasiado. Era más agradable tener los malditos pies sobre la maldita tierra, y no se podía disparar un rifle cayendo por el aire a una velocidad de ciento treinta nudos, ¿no? Apuntó los binoculares hacia una ventana... Tenían la base plana pero terminaban en punta, como las de los castillos verdaderos, y estaban hechas de segmentos de vidrio transparente unidos por juntas de metal. Tal vez serían difíciles de atravesar con un disparo, pensó, aunque no sería tan fácil dispararles desde ese ángulo... No, en caso de disparar, tendría que ser contra alguien que saliera del castillo. Eso sí sería fácil. Se colocó detrás de la mira del rifle y apretó el botón del buscador láser, seleccionando el centro del patio como centro del objetivo. Luego marcó varios números en la calculadora para conocer la caída vertical y ajustó el punto de mira. La línea directa de visión era de trescientos ochenta y nueve metros. Casi perfecto.

—Sí, ministro —dijo el Dr. Bellow. Estaba sentado en un cómodo sillón (el de Mike Dennis) y miraba la pared con obstinación. Allí había ahora un par de fotos... todavía sin identificar porque Tim Noonan no los tenía en su computadora y ni la policía española ni la francesa conocían sus nombres o sus historias. Ambos tenían departamentos a poca distancia de allí (que en ese momento estaban siendo escrupulosamente revisados, lo mismo que sus cuentas telefónicas).

—Quieren sacar de la cárcel a ese Chacal, ¿no es cierto? —preguntó el ministro de Justicia francés.

—Junto con varios otros, pero el Chacal parece ser el objetivo primordial, sí.

—¡Mi gobierno *no* negociará con esos delincuentes! —insistió el ministro.

—Sí, señor, entiendo perfectamente su posición. Liberar presos no es por lo general una opción aceptable, pero cada situación es diferente, y necesito saber cuáles son sus directivas en caso de iniciar una negociación, si es que las hay. Podríamos sacar a Sánchez de la cárcel y traerlo aquí como... bien, como anzuelo para los criminales que tenemos rodeados.

—¿Usted recomienda eso? —preguntó el ministro.

—Todavía no estoy seguro. No he hablado con ellos, y hasta no hacerlo no sabré exactamente a qué atenerme. Por el momento, debo suponer que estamos tratando con individuos serios y dedicados dispuestos a matar rehenes.

—¿Niños?

—Sí, ministro, debemos considerar seriamente esa posibilidad —dijo Bellow. Su afirmación produjo un silencio que duró diez segundos, según el reloj de pared que el psiquiatra no dejaba de mirar.

—Debo considerar la situación. Lo llamaré más tarde.

—Gracias, señor —Bellow colgó el teléfono y miró a Clark.

—¿Y?

—Y... no saben qué hacer. Yo tampoco todavía. Mire, John, nos enfrentamos a numerosas incógnitas. No sabemos casi nada de los terroristas. Cero motivación religiosa, no son fundamentalistas islámicos. Por lo tanto no puedo usar la religión, la ética o al propio Dios contra ellos. Si son ideólogos marxistas, serán bastardos despiadados. Hasta el momento no han sido muy comunicativos. Si no puedo hablar con ellos, será difícil dar con la clave.

—OK, entonces ¿cuál es nuestro juego?

—Dejarlos a oscuras, para empezar.

Clark se dio vuelta:

—¿Sr. Dennis?

—¿Sí?

—¿Podemos cortar la electricidad del castillo?

—Sí —respondió el ingeniero del parque en nombre de su jefe.

—¿Lo hacemos, doc? —preguntó John, Bellow asintió—. OK, arranque el enchufe entonces.

—De acuerdo —el ingeniero se sentó frente a una terminal de computadora y seleccionó el programa de energía. En pocos segundos aisló el castillo y cortó el suministro de electricidad.

—Veamos cuánto tardan —dijo Bellow serenamente.

Tardaron cinco segundos. Sonó el teléfono de Dennis.

—¿Sí? —respondió por el *speaker*.

—¿Por qué hizo eso?

—¿A qué se refiere?

—Sabe muy bien a qué me refiero. Las luces se apagaron.

El Dr. Bellow se inclinó sobre el *speaker*.

—Soy el Dr. Bellow. ¿Con quién estoy hablando?

—Yo soy Uno. Controlo el Parque Mundial. ¿Usted quién es?

—Mi nombre es Paul Bellow y me pidieron que hablara con usted.

—Ah, usted es el intermediario, entonces. Excelente. Encienda las luces inmediatamente.

—Antes de hacerlo —dijo Bellow sin perder la calma— me gustaría saber quién es usted. Usted conoce mi nombre. Yo desconozco el suyo.

—Ya le dije. Soy Uno. Usted me llamará Sr. Uno —replicó la voz con tono despreocupado, sin rastros de excitación o enojo.

—De acuerdo, señor Uno, si insiste... Puede llamarme Paul.

—Haga funcionar las luces, Paul.

—¿Y qué hará usted a cambio, señor Uno?

—A cambio me abstendré de matar a un niño... por el momento —agregó la voz fríamente.

—Usted no parece ser un bárbaro, señor Uno, y quitarle la vida a un niño es un acto de barbarie... acto que también dificultaría su posición en vez de facilitarla.

—Paul, ya le dije lo que quiero. Y lo quiero ya —Línea muerta.

—Mierda —resopló Bellow—. Conoce las reglas del juego.

—¿Y eso es malo?

Bellow asintió.

—Muy malo. Sabe qué intentaremos hacer. Es decir, qué intentaré hacer yo.

—André —gritó René desde el escritorio—. Elige un niño.

Ya lo había hecho. Señaló a la niña holandesa, Anna, sentada en su silla de ruedas con el distintivo de acceso privilegiado. René asintió. Entonces, los del otro bando habían mandado a un médico a hablar con él. El nombre Paul Bellow no le decía nada, pero sería un psiquiatra español, probablemente experimentado o al menos entrenado para intermediar. La tarea de Bellow sería debilitar su resolución, obligarlos a rendirse y a autocondenarse a una vida en prisión. Bueno, jamás lo lograría. Miró su reloj y decidió esperar diez minutos.

Malloy aflojó los controles y se preparó para descender cerca del camión abastecedor de combustible. Había cinco soldados, uno de ellos agitaba varas de plástico anaranjado. En pocos segundos el Night Hawk tocó tierra. Malloy apagó los motores y observó detenerse el rotor mientras el sargento Nance abría la puerta lateral y bajaba de un salto.

—¿Hay tiempo para descansar? —preguntó el sargento Harrison por el intercom.

—Sí —dijo Malloy, abriendo su puerta para bajar. Caminó hasta lo que parecía ser un oficial y le estrechó la mano. Tenía que hacerle un pedido muy importante.

—El truco será acercarnos lo más posible —dijo Covington.

—Sí —Chávez asintió. En ese momento circulaban por el otro lado del castillo. Escucharon el ruido del Bombardero a sus espaldas. El castillo estaba rodeado por cuarenta metros de espacio abierto, indudablemente pensados por el arquitecto para darle a la estructura un lugar de privilegio dentro del parque. Y así era, aunque no les servía de mucho a Pete y Ding. Ambos se tomaron su tiempo para examinar todo, desde los arroyuelos artificiales hasta los puentes que los cruzaban. Vieron las ventanas del centro de comando donde se encontraban los terroristas. La línea de visión era excepcional, y eso sin considerar el ingreso a toda velocidad por las escaleras internas... que seguramente estarían cubiertas por hombres armados.

—No nos lo están haciendo fácil, ¿verdad? —comentó Covington.

—Bueno, no les pagan para eso, creo yo.

—¿Cómo marcha el reconocimiento? —preguntó Clark por circuito radial encriptado.

—Muy bien, Mr. C. —replicó Chávez—. ¿Malloy ya llegó?

—Acaba de aterrizar.

—Genial, porque vamos a necesitarlo para entrar.

—Dos grupos, arriba y abajo —agregó Chávez—. Pero necesitamos información sobre el centro de comando.

El oficial español, un mayor del ejército, asintió en el acto e hizo señas a algunas personas del hangar. Los convocados se acercaron tratando, recibieron sus órdenes y se alejaron de la misma manera. Una vez hecho eso, Malloy se dirigió al hangar. Necesitaba ir al baño. Vio que el sargento Nance volvía al helicóptero con dos termos. Qué buen tipo, pensó Malloy, sabe lo importante que es un buen café en momentos como éste.

—La cámara está muerta. Le dispararon —dijo Dennis—. Tenemos el video.

—Quiero verlo —ordenó Noonan.

La disposición del lugar era similar al del comando de emergencia. Tim Noonan pudo comprobarlo en los cincuenta segundos de filmación. Los niños estaban amontonados en el rincón opuesto a la cámara. Tal vez todavía estuvieran allí. No era mucho, pero era algo.

—¿Algo más? —preguntó—. ¿Hay sistemas de audio, micrófonos o algo por el estilo?

—No —replicó Dennis—. Usamos el teléfono.

—Sí —El agente del FBI asintió resignado—. Tendré que encontrar una manera de interceptarlos, entonces —sonó el teléfono.

—Sí, habla Paul —dijo Bellow.

—Hola, Paul, habla Uno. Las luces siguen apagadas. Le dije que

conectara el sistema. No lo hizo. Por última vez, hágalo. Inmediatamente.

—Estamos trabajando en eso, pero la policía no sabe cómo hacerlo.

—¿Y no hay nadie del parque que pueda ayudarlos? No soy tonto, Paul. Lo diré por última vez, conecte la electricidad inmediatamente.

—Sr. Uno, estamos trabajando en eso. Por favor tenga un poco de paciencia, ¿de acuerdo? —Bellow estaba transpirando. Había empezado de golpe, y aunque sabía por qué, esperaba equivocarse.

—André —dijo René, antes de cortar la comunicación.

El ex guardia de seguridad del parque caminó hacia el rincón.

—Hola, Anna, creo que es hora de que vuelvas con tu mamá.

—¿Ah? —preguntó la niña. Tenía ojos azules y cabello marrón claro, casi rubio en realidad, pero su piel tenía el aspecto pálido y delicado de los convalecientes. Era muy triste. André empujó la silla hacia la puerta.

—Salgamos, *mon petit chou* —murmuró.

El ascensor tenía generador propio y podía funcionar sin electricidad. André empujó la silla, anuló el botón rojo de emergencia y apretó el botón 1. Las puertas se cerraron lentamente y el ascensor inició el descenso. Un minuto después, volvieron a abrirse. El castillo poseía un ancho corredor para transitar de un extremo a otro del Parque Mundial, cuyas paredes combas estaban revestidas de mosaicos. La brisa era agradable y refrescante y el francés empujó la silla de Anna con decisión.

—¿Qué es esto? —preguntó Noonan, mirando uno de los monitores—. John, alguien acaba de salir.

—Comando, aquí Rifle Dos-Uno, veo a un tipo empujando una silla de ruedas con una niña encima, saliendo del lado oeste del castillo —Johnston bajó los binoculares y apuntó el rifle, centrando la mira en la sien del sujeto y apoyando el dedo sobre el gatillo—. Rifle Dos-Uno sobre el objetivo, repito, sobre el objetivo.

—Armas quietas —replicó Clark—. Repito, armas quietas. Reconocimiento.

—Entendido, Six, armas quietas —el sargento Johnston retiró el dedo del gatillo. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Maldito —susurró Covington. Estaban a sólo cuarenta metros de distancia. Chávez y él tenían línea de visión directa. La niñita parecía enferma además de asustada. Se había inclinado hacia la izquierda en su silla de ruedas para poder ver al hombre que la empujaba. Tendría unos cuarenta años, bigote pero no barba, altura, peso y complejión normales, ojos oscuros e inexpresivos. El parque estaba tan silencioso

ahora, tan vacío, que podían escuchar el susurro de las ruedas de goma sobre el patio de piedra.

—¿Dónde está mamá? —Preguntó Anna, valiéndose del escaso inglés que había aprendido en la escuela.

—En seguida la verás —prometió Nueve. Empujó la silla hasta la entrada del castillo. Dio la vuelta a una estatua, giró hacia arriba en el sentido de las agujas del reloj y bajó al patio. Detuvo la silla en la mitad del camino, de aproximadamente cinco metros de ancho y pavimentado.

André miró a su alrededor. Tenía que haber policías allá afuera, pero no veía ningún movimiento, salvo por los carros del Bombardero, que no tenía necesidad de mirar para ver. Bastaba con el ruido, tan familiar. Repentinamente, todo le pareció ominoso. Bajó la mano al cinturón, sacó su pistola y...

—...pistola, ¡sacó una pistola! —informó en el acto Homer Johnston—. Oh, carajo, va a...

... La pistola disparó contra la espalda de Anna, directo al pequeño corazón. El pecho chato de la niña se manchó de sangre y su cabeza cayó hacia adelante. El hombre empujó la silla de ruedas, que rodó por el sendero, carcomiendo la pared de piedra hasta llegar al patio, donde finalmente se detuvo.

Covington sacó su Beretta y apuntó. No sería fácil, pero tenía nueve balas en la pistola y eso bastaría, pero...

—¡Armas quietas! —tronó el radio—. ¡Armas quietas! No disparen —ordenó Clark.

—¡Mierda! —farfulló Chávez a pocos pasos de Covington.

—Sí —coincidió el inglés—. Absolutamente —Enfundó su pistola y observó al terrorista, que se dio vuelta y volvió caminando a su refugio en el castillo de piedra.

—Estoy sobre el blanco, ¡Rifle Dos-Uno sobre el blanco! —anunció Johnston.

—No disparen. ¡Aquí Six, armas quietas, maldita sea, carajo!

—¡Mierda! —farfulló Clark en el centro de comando. Estrelló el puño contra la mesa—. ¡Mierda, mierda!

Sonó el teléfono.

—¿Sí? —dijo Bellow, sentado junto al comandante del Rainbow.

—Se lo advertí. Encienda las luces o mataremos a otro —dijo Uno.

CAPÍTULO 15

SOMBREROS BLANCOS

—No podíamos hacer nada, John. Absolutamente nada —dijo Bellow, pronunciando las palabras que los otros no tenían el coraje de decir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clark.

—Ahora supongo que debemos encender la luz.

Por los monitores de TV vieron tres hombres corriendo hacia la niña. Dos usaban el tricornio de la Guardia Civil. El tercero era el Dr. Héctor Weiler.

Chávez y Covington vieron la misma escena, pero desde una perspectiva más próxima. Weiler vestía guardapolvo blanco, el uniforme universal de los médicos, y su carrera desesperada terminó abruptamente cuando tocó el cuerpo todavía caliente pero rígido de la infortunada niña. El abatimiento de sus hombros fue por demás expresivo, incluso a cincuenta metros de distancia. La bala le había atravesado el corazón. El médico les dijo algo a los policías, y uno de ellos retiró la silla de ruedas del patio.

—Un momento, doc —gritó Chávez, y se acercó a mirar. En ese instante recordó que su propia esposa llevaba una nueva vida en el vientre, y que probablemente estaría moviéndose y pateando mientras Patsy estaba sentada en el living de la casa, mirando la tele o leyendo un libro. La cara de la niña tenía una expresión apacible, como si estuviera dormida, y Chávez no pudo reprimir el impulso de acariciar su suavísimo cabello—. ¿Qué pasó, doc?

—Estaba muy enferma, probablemente desahuciada. Debo tener su archivo en mi consultorio. Cuando estos niños nos visitan lleno un formulario por si se presenta una emergencia —el médico se mordió los labios y miró al cielo—. Probablemente estaba moribunda, pero todavía no había muerto, todavía no había perdido toda esperanza —Weiler era hijo de madre española y padre alemán emigrado a España luego de la Segunda Guerra Mundial. Había estudiado duro para ser médico y cirujano y ese acto, ese asesinato infame, era la negación de todos sus esfuerzos. Alguien había decidido que toda su preparación y sus estudios no valían nada. Hasta ese momento no había conocido la ira, por muy silenciosa y triste que fuera—. ¿Los matarán?

Chávez levantó la vista. No había lágrimas en sus ojos. Tal vez asomaría más tarde, pensó, acariciando aún la cabecita de la niña. Tenía el cabello bastante corto, y él no sabía que le había vuelto a crecer luego de su última sesión de quimioterapia. Sólo sabía que debía estar viva y que, al contemplar su muerte, había fracasado en aquella misión a la que había consagrado nada menos que su propia vida.

—Sí —respondió—. Los mataremos. ¿Peter?

Le hizo señas a su colega, y juntos acompañaron a los demás al consultorio del médico. Caminaban lentamente. Ya no había motivo para apurarse.

—Perfecto —pensó Malloy, revisando la pintura todavía húmeda sobre el costado del Night Hawk. POLICIA, rezaba el cartel—. ¿Listo, Harrison?

—Sí, señor. Sargento Nance, es hora de moverse.

—Sí, señor —el jefe de tripulación entró de un salto, ajustó su cinturón de seguridad y observó los movimientos del piloto—. Todo despejado atrás —dijo por intercom—. Rotor de cola despejado, coronel.

—Entonces, supongo que ha llegado el momento de volar —Malloy apretó el acelerador y el Night Hawk ascendió al cielo. Luego activó su radio táctico—. Rainbow, aquí Mr. Oso, cambio.

—Mr. Oso, aquí Rainbow Six, lo leo cinco a cinco, cambio.

—Mr. Oso está en el aire, señor, llegará en siete minutos.

—Entendido, por favor orbite el área hasta recibir nuevas órdenes.

—Entendido, señor. Notificaré cuando comience a orbitar. Fuera —no había prisa. Malloy hundió la nariz y avanzó hacia la creciente oscuridad. El sol casi se había puesto y, a lo lejos, vio encenderse las luces del parque.

—¿Quién es usted? —preguntó Chávez.

—Francisco de la Cruz —respondió el hombre. Tenía la pierna vendada y parecía sufrir bastante.

—Ah, sí, lo vimos en el video —dijo Covington. Vio la espada y el escudo en el rincón y miró con respeto al centurión aggiornato. Levantó la espada y la blandió en el aire. A corta distancia debía ser formidable, bajo ningún concepto comparable con su MP-10, pero probablemente un arma muy satisfactoria.

—¿Un niño? ¿Mataron a un niño? —preguntó de la Cruz.

El Dr. Weiler consultó su archivo de datos.

—Anna Groot, diez años y medio —dijo, leyendo los documentos de la niña—. Osteosarcoma metastásico, etapa terminal... Le quedaban seis semanas de vida, según su médico. El osteosarcoma es terrible —contra la pared, los dos policías retiraron el cuerpo de la silla y lo apoyaron suavemente sobre la camilla. Luego lo cubrieron con una sá-

vana. Uno parecía a punto de llorar, pero la ira fría que le hacía temblar las manos impedía la salida del llanto.

—John debe sentirse como la misma mierda —dijo Chávez.

—Tuvo que hacerlo, Ding. No era momento adecuado para actuar...

—¡Ya lo sé, Peter! ¿Pero cómo carajo se lo hacemos entender a *ella*? —Pausa—. ¿Tiene un poco de café, doc?

—Allá —señaló Weiler.

Chávez fue hasta la cafetera y sirvió un poco de café en un pocillo plástico.

—Arriba y abajo, ¿los hacemos sandwich?

Covington asintió.

—Sí, creo que sí.

Chávez vació el pocillo y lo arrojó al cesto.

—OK, en marcha entonces.

Abandonaron el consultorio sin decir palabra y caminaron entre las sombras hasta el subsuelo, y desde allí hasta el centro de comando de emergencia.

—Rifle Dos-Uno, ¿algún movimiento? —estaba preguntando Clark cuando llegaron.

—Negativo, Six, nada excepto sombras en las ventanas. Todavía no pusieron a nadie en el techo. Es un poco raro.

—Confían mucho en la cobertura televisiva —opinó Noonan. Tenía frente a él los planos del castillo—. OK, suponemos que nuestros amigos están allí, todos... pero hay más de una docena de salones en los otros tres niveles.

—Aquí Mr. Oso —anunció una voz por el *speaker*—. Acabo de entrar en órbita. ¿Qué necesito saber, cambio?

—Mr. Oso, aquí Six —respondió Clark—. Todos los sujetos están en el castillo. Hay un centro de comando y control en el segundo piso. Suponemos que todos están allí. Además, tenga en cuenta que los sujetos mataron un rehén... una niña —agregó John.

Malloy no se movió al escuchar la terrible noticia.

—Entendido, OK, Six, orbitaremos y observaremos. Tenga en cuenta que tenemos todo el equipo de despliegue a bordo, cambio.

—Entendido, fuera —Clark retiró la mano del botón de transmisión.

Los hombres estaban tranquilos, pero sus miradas denotaban intensidad. Eran demasiado profesionales para manifestar abiertamente sus emociones —ninguno estaba jugando con su arma al mejor estilo Hollywood ni nada de eso—, pero sus rostros parecían de piedra, y sólo los ojos se movían escrutando los diagramas y los monitores de TV. Debió haber sido muy duro para Homer Johnston, pensó Ding. Él estaba cerca cuando mataron a la niña. Homer tenía hijos y pudo haber mandado al sujeto a la próxima dimensión en un abrir y cerrar de ojos... Pero no, eso no hubiera sido inteligente de su parte, y les pagaban por ser inteligentes. Los hombres no estaban preparados todavía para un ataque improvisado, y la improvisación sólo hubiera servido para que

murieran más niños. Y tampoco era ésa la misión. Sonó el teléfono. Bellow atendió y activó el *speaker*.

—¿Sí? —dijo con voz cansada.

—Lamentamos el incidente con la niña, pero de todos modos iba a morir pronto. Ahora bien, ¿cuándo serán liberados nuestros amigos?

—París todavía no se comunicó con nosotros —replicó Bellow.

—En ese caso, lamento decirle que habrá otro incidente en breve.

—Mire, señor Uno, no puedo obligar a París a hacer nada. Estamos hablando, negociando con funcionarios de gobierno, y ellos se toman su tiempo para las decisiones. Los gobiernos nunca actúan rápido, ¿no le parece?

—En ese caso, voy a ayudarlos. Dígale a los de París que si el avión que trae a nuestros amigos liberados no viene a buscarnos dentro de una hora, mataremos a un rehén, y luego seguiremos matando uno cada hora hasta que satisfagan nuestras exigencias dijo la voz, sin el menor énfasis emocional.

—Eso no tiene sentido. Escúcheme: aunque los sacaran ahora mismo de la cárcel, tardarían por lo menos dos horas en llegar aquí. Sus deseos no pueden hacer que los aviones vuelen más rápido, ¿verdad?

Pausa reflexiva.

—Sí, es cierto. Muy bien, comenzaremos a matar rehenes dentro de tres horas, a partir de ahora... No, iniciaré la cuenta regresiva justo cuando dé la hora, lo cual les otorga doce minutos adicionales. Seré generoso. ¿Comprende?

—Sí, usted dice que matará a otro niño a las veintidós horas, y luego seguirá matando uno cada hora.

—Correcto. Asegúrese de que París comprenda también —Línea muerta.

—¿Y bien? —preguntó Clark.

—John, usted no me necesita aquí para esto. Está claro que lo harán. Mataron al primer rehén para demostrar quién manda. Planean triunfar, sin importar lo que cueste. La concesión que acaba de hacernos bien puede haber sido la última.

—¿Qué es eso? —preguntó Esteban. Se acercó a la ventana para ver—. ¡Un helicóptero!

—¿Cómo? —René se acercó también. Las ventanas eran tan pequeñas que tuvo que empujar al vasco—. Sí, es de la policía. Bastante grande —agregó encogiéndose de hombros—. No me sorprende —pero...—. José, sube al techo con un radio y manténnos informados.

Uno de los vascos asintió y corrió a la escalera de incendios. El ascensor funciona pero no quería verse obstruido por otro corte de energía eléctrica.

—Comando, Rifle Dos-Uno —llamó Johnston un minuto después.
—Rifle Dos-Uno, aquí Six.
—Tengo un sujeto en el techo del castillo, un hombre, armado con una Uzi aparentemente. También tiene un ladrillo. Es uno solo, no hay nadie más por el momento.
—Entendido, Rifle Dos-Uno.
—No es el mismo que asesinó a la nena —agregó el sargento.
—OK, bueno, gracias.
—Rifle Tres también lo tiene... acaba de dirigirse a mi sector. Está circulando... sí, mira hacia abajo.
—¿John? —preguntó el mayor Covington.
—¿Sí, Peter?
—No les estamos mostrando suficiente.
—¿A qué se refiere?
—A darles cosas para que se entretengan mirando. Policías, un perímetro interno. Si no ven algo, dentro de poco van a preguntarse qué se están perdiendo.
—Buena idea —dijo Noonan.
A Clark también le gustó.
—¿Coronel?
—Sí —replicó Nuncio, inclinándose sobre la mesa—. Propongo dos hombres aquí, otros dos aquí... aquí... aquí.
—Sí, señor, y que sea pronto.

—René —gritó André desde un monitor. Señaló algo—. Mira.
Dos Guardias Civiles avanzaban lentamente hacia la calle España, a un lugar situado a cincuenta metros del castillo. René asintió y levantó su radio.
—¡Tres! —gritó.
—Sí, Uno.
—La policía se aproxima al castillo. Vigíalos.
—Entendido, Uno —prometió Esteban.

—OK, están usando radios —dijo Noonan, chequeando el escáner—. *Walkie-talkies* comunes y silvestres, de venta libre, sintonizados en el canal dieciseis. Pura parada.
—¿No usan nombres, sólo números? —preguntó Chávez.
—Hasta el momento... Nuestro contacto se hace llamar Uno, y el del techo es Tres. OK, ¿eso nos dice algo?
—Juegos de radio —dijo Bellow—. Sacados de los libros. Tratan de ocultarnos sus identidades, pero eso también está en los libros —las dos fotos enviadas a Francia para su identificación no habían dado ningún resultado.
—OK. ¿Los franceses negociarán?
Gesto negativo.

—No creo. Cuando le dije al ministro lo de la niña holandesa, se limitó a gruñir y dijo que Carlos se quedaría donde estaba sin importar las consecuencias... y que esperaba que resolviéramos la situación exitosamente, y que si no podíamos, su país tenía un comando en condiciones de actuar.

—En ese caso, debemos idear un plan y estar listos para llevarlo a cabo... antes de las veintidós.

—A menos que quieran verlos matar a otro rehén, sí —dijo Bellow—. Me están negando toda posibilidad de guiar su conducta. Conocen las reglas del juego.

—¿Profesionales?

Bellow se encogió de hombros.

—Podría ser. Saben lo que voy a intentar, y al saberlo anticipadamente pueden diseñar sus propias estrategias.

—¿No hay manera de mitigar sus actos? —preguntó Clark. *Al pan pan, y al vino vino*, pensó.

—Puedo intentarlo, pero probablemente no. Los ideólogos, los que saben lo que quieren... bueno, es muy difícil hacerlos entrar en razón. No tienen base ética, ni moral en el sentido vulgar del término, nada que pueda usar contra ellos. No tienen conciencia.

—Sí, ya nos dimos cuenta, supongo. OK —John se irguió y miró a los dos líderes del comando—. Tienen dos horas para planearlo, y una más para ponerlo a punto. Atacaremos a las veintidós.

—Necesitamos saber un poco más sobre lo que está pasando allá adentro —dijo Covington.

—¿Qué puede hacer al respecto, Noonan? —preguntó Clark.

El agente del FBI miró los planos y luego clavó la vista en los monitores de TV.

—Necesito cambiarme —dijo. Fue a la caja donde guardaba sus equipos y sacó el conjunto verde/verde. La mejor noticia hasta el momento era que las ventanas del castillo tenían dos puntos ciegos. Mejor aún, podían controlar las luces que exudan energía en ambas. Se acercó al ingeniero del parque—. ¿Podría apagar esta hilera de luces?

—Seguro. ¿Cuándo?

—Cuando el tipo que está en el techo mire para otro lado. Y necesito que alguien me cubra —agregó Noonan.

—Yo me encargo —dijo Vega, dando un paso adelante.

Los niños estaban gimiendo. Habían empezado dos horas atrás y la cosa iba de mal en peor. Querían comer... algo que a los adultos probablemente no se les hubiera pasado por la cabeza, porque habrían estado demasiado asustados para tener hambre, pero los niños eran diferentes. También necesitaban usar frecuentemente los baños (por fortuna había dos adyacentes a la sala de control) y los hombres de René no les impedían hacerlo (los baños no tenían ventanas, teléfonos ni nada que posibilitara la huida o algún tipo de comunicación con el exterior, y

no valía la pena agravar la situación obligando a los pequeños rehenes a mojar sus pantalones). Los niños no hablaban directamente con ninguno de los terroristas, pero el gimoteo y las quejas eran muy reales e iban en aumento. Por suerte eran bien educados, de lo contrario hubiera sido intolerable, pensó René con una sonrisa irónica. Miró el reloj de la pared.

—Tres, aquí Uno.

—Sí, Uno.

—¿Qué ves?

—Ocho policías, cuatro parejas. Nos están vigilando, pero nada más.

—Bueno —Apagó el radio.

—Atención —dijo Noonan. Miró el reloj de la pared. Habían pasado aproximadamente quince minutos desde la última comunicación radial. Llevaba puesto su uniforme nocturno de dos tonalidades de verde, el mismo que habían usado en Viena. Llevaba colgada su Beretta .45 automática de un hombro, y una mochila del otro—. ¿Está listo para dar un paseo, Vega?

—Claro —replicó Oso, feliz de poder por fin hacer *algo*. Por mucho que le gustara ser responsable de la artillería pesada del comando, todavía no se había acostumbrado... y probablemente jamás se acostumbraría. Era el más corpulento de los Rainbow, tenía el *hobby* de machacar hierro, y su pecho alcanzaba las dimensiones de medio barril de cerveza. Siguió a Noonan a la puerta, y luego afuera.

—¿Escalera? —preguntó Vega.

—Hay una ferretería y punturería a cincuenta yardas de donde vamos. Ya averigüé. Tienen todo lo que necesitamos.

—Espléndido —replicó el Oso.

Fue una caminata rápida. Cruzaron algunas zonas abiertas visibles a las cámaras fijas. La tienda a la que se dirigían no tenía cartel. Noonan empujó la puerta y entró. Curiosamente, ninguna puerta estaba cerrada. Vega tomó una escalera extensible de treinta pies.

—Esto nos servirá.

—Sí —salieron. A partir de ahora deberían cuidar más sus movimientos—. Noonan a comando.

—Aquí Six.

—Empiecen con las cámaras, John.

En el centro de comando, Clark le hizo una seña al ingeniero del parque. Corrían peligro, pero no mucho... al menos eso esperaban. El centro de comando del castillo sólo tenía ocho monitores de TV conectados a más de cuarenta cámaras. Se podían manejar conjuntamente por secuencia automática de paneo, o bien elegir algunas para uso especial. Bastaba un *click* del mouse para desactivarlas. Si los terroristas estaban usando la secuencia automática (tal parecía ser el caso), probablemente no advertirían la falta de esa cámara durante el paneo. Tendrían que

atenerse a la cobertura visual de las otras dos, y el ingeniero estaba dispuesto a apagarlas y encenderlas cuantas veces fuera necesario. Cuando apareció una mano en el campo visual de la cámara veintitrés, el ingeniero la anuló.

—OK, veintitrés anulada, Noonan.

—Nos estamos moviendo —dijo Noonan. La primera caminata fue de veinte metros. Se detuvieron detrás de un puesto concesionario—. OK, estamos en la tienda de palomitas de maíz.

El ingeniero activó la veintitrés y apagó la veintiuno.

—Veintiuno anulada —informó Clark—. Rifle Dos-Uno, ¿dónde está el sujeto del techo?

—Sector oeste, acaba de encender un cigarrillo, ya no mira hacia abajo. Por el momento, inmóvil —reportó Homer Johnston.

—Puede avanzar, Noonan.

—Avanzando —Vega y Noonan duplicaron el tiempo, sus botas con suelas de goma se deslizaban silenciosamente sobre la superficie de piedra. Al costado del castillo había una franja de tierra de aproximadamente dos metros de ancho y unas cajas grandes de madera. Con sumo cuidado, Noonan y Vega levantaron la escalera de mano y la apoyaron detrás de un arbusto. Vega tiró de la soga para extender el extremo superior, deteniéndose al llegar al borde de la ventana. Luego se colocó entre la escalera y el edificio y tiró de las cuerdas. La escalera quedó prácticamente pegada a los ásperos ladrillos de piedra.

—Ten cuidado, Tim —murmuró el Oso.

—Siempre —Noonan subió velozmente los primeros diez escalones, y luego inició una suerte de gateo vertical. *Paciencia*, se dijo. *Tengo tiempo de sobra*. Los hombres suelen decirse esa clase de mentiras piadosas.

—OK —oyó Clark—. Está subiendo la escalera. El sujeto del techo sigue en el sector opuesto. Gordo, sordo y feliz.

—Mr. Oso, aquí Six, cambio —dijo John. Se le había ocurrido otra idea.

—Mr. Oso copia, Six.

—Dé unas vueltas sobre el sector oeste para llamar la atención, cambio.

—Entendido.

Malloy interrumpió su interminable vuelo en círculo, salió de órbita y se dirigió al castillo. El Night Hawk era bastante silencioso por tratarse de un helicóptero, pero el coronel vio (ayudado por sus anteojos de visión nocturna) que el sujeto del techo se daba vuelta para mirar. Malloy se detuvo a doscientos metros del techo. Quería llamarles la atención, no vigilarlos. El cigarrillo del centinela se reflejaba en

los lentes. Se lo llevó a la boca, lo retiró, y finalmente lo sostuvo entre los labios.

—Dime hola, bombón —dijo Malloy por el intercom—. Dios santo, si tuviera un Night Stalker, mandarí a tu culo somnoliento a la próxima dimensión.

—¿Voló el Stalker? ¿Cómo es?

—Si esa nave supiera cocinar, me casaría con ella. Es el helicóptero más amoroso del mundo —dijo Malloy—. Six, Mr. Oso, el miserable empieza a interesarse en mí.

—Noonan, Six, congelamos al vigía del techo. Está en el sector opuesto.

Bravo, pensó Noonan. Se quitó el casco Kevlar y acercó la cara a la ventana. Estaba hecha de segmentos irregulares unidos por juntas de metal, como en los castillos de antaño. El vidrio era bastante transparente. OK. Sacó de su mochila un cable de fibra óptica con la misma cabeza de cobra que había utilizado en Berna.

—Noonan a Comando, ¿me tienen?

—Afirmativo —respondió la voz de David Peled. La imagen se veía distorsionada, pero era fácil acostumbrarse. Mostraba cuatro adultos y una multitud de niños sentados en el suelo, en el rincón, cerca de dos puertas con sendos carteles... Los baños, comprendió Peled. Muy bien. Muy, muy bien—. Se ve bien, Timothy. Se ve muy bien.

—OK —Noonan pegó el minúsculo elemento en su lugar y comenzó a bajar la escalera. Su corazón latía a mayor velocidad que cuando corría sus tres millas matinales. Cuando llegó abajo, Vega y él abrazaron la pared.

El cigarrillo cayó hacia abajo y el centinela se cansó de mirar el helicóptero.

—Nuestro amigo avanza en dirección este sobre el techo del castillo —reportó Johnston—. Atención, Noonan, se acerca a ustedes.

Malloy pensó en maniobrar para volver a captar la atención del centinela, pero era una jugada demasiado riesgosa. Continuó volando en círculo, acercándose cada vez más al castillo, con los ojos clavados en el techo. No podía hacer nada más... excepto sacar la pistola y disparar, pero a esa distancia sería difícil dar en el blanco. Y su trabajo no era matar... desafortunadamente, reflexionó Malloy. A veces, la idea de matar le resultaba sumamente atractiva.

—El helicóptero me molesta —dijo Uno por teléfono.

—Qué lástima —replicó Bellow, preguntándose qué respuesta obtendría su osadía—. Pero la policía hace lo que sabe.

—¿Noticias de París?

—Lamentablemente no todavía, pero esperamos tenerlas pronto. Aún queda tiempo —Bellow adoptó cierta intensidad tranquila que, esperaba, el terrorista confundiría con desesperación.

—El tiempo y la marea no esperan a nadie —dijo Uno, y cortó.

—¿Qué quiso decir? —preguntó John.

—Está jugando según las reglas. Tampoco se quejó de los policías que ve por el monitor. Sabe que debe tolerar ciertas cosas —Bellow bebió un sorbo de café—. Se tiene mucha confianza. Supone que está en un lugar seguro, y retiene sus naipes. Y si tiene que matar a otro niño, bueno, está bien, porque así conseguirá lo que quiere.

—Matando niños —Clark sacudió la cabeza—. Nunca pensé que... diablos, se supone que debo tener en cuenta estas cosas, ¿no?

—Es un tabú muy fuerte, tal vez el más fuerte de todos —dijo Bellow—. La manera en que mataron a la niña... sin vacilar, como si fuera un blanco de papel. Es ideológico —prosiguió el psiquiatra—. Subordinan todo a su sistema de creencias. Sólo dentro de ese sistema son racionales. Nuestro amigo Uno ha elegido su objetivo, y no claudicará.

El ingeniero del parque comprobó que el sistema de TV era fabuloso. El objetivo apuntado a la ventana del castillo medía menos de dos milímetros en la parte más ancha, y aunque alguien lo notara, pasaría fácilmente por una gota de pintura o una falla en el vidrio. La calidad de la imagen no era muy buena, pero les permitía ver dónde estaba la gente, y cuanto más se la miraba, mejor se descifraban sus contornos. Contó seis adultos. Con el séptimo en el techo del castillo, faltaban tres... ¿Y estarían viendo a todos los niños? Era más difícil con ellos. Todos vestían remeras del mismo color, y el rojo se traducía en un gris muy neutro en la imagen blanco y negro. Había uno en silla de ruedas, pero los demás eran difíciles de identificar o contar. Y eso preocupaba a los comandos.

—Vuelve al sector oeste —reportó Johnston—. OK, ya está en el sector oeste.

—Vamos —le dijo Noonan a Vega.

—¿La escalera? —La habían escondido detrás de los arbustos laterales.

—Déjala —Noonan salió corriendo en cuclillas y llegó a la concesionaria en pocos segundos—. Noonan a Comando, vuelvan a interceptar las cámaras.

—Está apagada —dijo el ingeniero a Clark.

—Cámara veintiuno apagada. En marcha, Tim.

Noonan tocó el hombro de Vega y corrió otros treinta metros.

—OK, anulen la veintitrés —dijo.

—Hecho —dijo el ingeniero.

—Muévanse —ordenó Clark.

Quince segundos más tarde estaban a salvo. Noonan se apoyó contra la pared de un edificio y respiró hondo.

—Gracias, Julio.

—Cuenta conmigo, viejo —replicó Vega—. Mientras el truco de la cámara funcione...

—Funcionará —prometió el agente del FBI.

Tras haber sellado el pacto, volvieron juntos al puesto de comando subterráneo.

—¿Volar las ventanas? ¿Podemos hacerlo, Paddy? —estaba preguntando Chávez cuando llegaron.

Connolly se moría por fumar un cigarrillo. Había dejado el vicio años atrás —de otro modo, no hubiera podido correr las tres millas diarias— pero en momentos como ese, las volutas del humo lo ayudaban a concentrarse.

—Seis ventanas... tres o cuatro minutos cada una... no, no creo, señor. Podríamos volar dos... si tenemos tiempo.

—¿Las ventanas son muy resistentes, Dennis? —preguntó Clark.

—Los marcos metálicos están empotrados en la piedra —respondió el interpelado, encogiéndose de hombros.

—Espere —el ingeniero revisó los planos del castillo y leyó lo que había escrito sobre el lado derecho—. Aquí están las especificaciones... Sólo utilizaron lechada. Creo que podría arrancarlas de una patada.

El “creo” no fue todo lo reafirmante que Ding hubiera querido, ¿pero hasta qué punto podía una ventana resistir el peso de un hombre de cien kilos precedido por sus botas?

—¿Y las bengalas explosivas, Paddy?

—Podemos hacerlo —respondió Connolly—. Los marcos quedarán hechos polvo, señor.

—OK —Chávez se inclinó sobre los planos—. Tendrás tiempo para volar dos ventanas... ésta y ésta —Las señaló—. En las otras cuatro usaremos bengalas explosivas, un segundo después. Eddie aquí, yo aquí, Louis aquí, George... ¿cómo anda esa pierna?

—Más o menos —respondió el sargento Tomlinson con dolosa honestidad. Tendría que patear una ventana, entrar por el hueco, caer sobre el piso de concreto, y levantarse disparando... y las vidas de muchos niños corrían peligro. No, no podía correr el riesgo—. Será mejor que elijas a otro, Ding.

—Oso, ¿estás en condiciones de hacerlo? —preguntó Chávez.

—Oh, sí —replicó Vega, tratando de reprimir una sonrisa—. No lo dudes, Ding.

—OK, Scotty aquí, y Mike en estas dos. ¿Cuál es la distancia exacta desde el techo?

Figuraba en los planos.

—Dieciséis metros exactamente desde el nivel del techo. Hay que agregar otros setenta centímetros de molduras.

—Con las sogas alcanzará —decidió Eddie Price. El plan tomaba forma. Ding y Price tendrían la misión primordial de interponerse entre los niños y los muchachos malos, siempre disparando. Vega, Loiselle, McTyler y Pierce tendrían la misión de matar a todos los sujetos presentes en la sala de comando del castillo, aunque eso se decidiría sobre la marcha. El Comando 1 de Covington subiría por la escalera desde el subsuelo para interceptar la salida de los sujetos y apoyar al Comando 2 si algo fallaba.

Price y Chávez volvieron a mirar los planos. Midieron las distancias que debían cubrir y el tiempo con que contaban para hacerlo. Parecía posible, incluso probable, que ganaran la partida. Ding miró a sus compañeros.

—¿Sugerencias?

Noonan analizó la imagen transmitida por el equipo de fibra óptica que había instalado.

—Aparentemente están en los paneles de control. Dos sujetos vigilan a los niños, pero parecen tranquilos... y con razón, ya que son niños, no adultos capaces de oponer resistencia... pero... si a uno de esos miserables se le da la gana, podría acabar con ellos en un segundo, viejo.

—Sí —Ding asintió. No tenía sentido negar o evitar el hecho—. Bueno, tendremos que disparar rápido, muchachos. ¿Hay alguna posibilidad de hacerlos salir?

Bellow lo pensó unos segundos.

—Si les digo que el avión viene en camino... corremos un riesgo. Si creen que les mentimos, bueno, pueden empezar a matar rehenes, pero si creen que llegó la hora de ir al aeropuerto, probablemente el Sr. Uno mandará un par de hombres al subsuelo... ese sería el mejor camino para abandonar el área, creo yo. En ese caso, si podemos jugar un poco más con las cámaras de vigilancia y acercarnos más...

—Sí, les volamos la tapa de los sesos —dijo Clark—. ¿Peter?

—A veinte metros de distancia podríamos hacerlos polvo. Además, apagaremos todas las luces antes de atacar para desorientar a esos bastardos —agregó Covington.

—Hay luces de emergencia en las escaleras —dijo Mike Dennis—. Se enciende cuando se corta la energía... carajo, también hay dos en el centro de comando.

—¿Dónde? —preguntó Chávez.

—A la izquierda... es decir, en los rincones noreste y sudoeste. Dos luces comunes, como faroles de auto, funcionan a batería.

—OK, no usaremos NGV para entrar, supongo, pero igualmente cortaremos la luz para distraerlos. ¿Algo más? ¿Peter? —preguntó Ding. Covington asintió.

—Debería funcionar.

Clark observaba y escuchaba. Estaba obligado a permitir que sus

subordinados principales diseñaran el plan y lo discutieran, dejándole la posibilidad de señalar errores... que hasta el momento no habían cometido. Más que nada, deseaba levantar una MP-10 y acompañar a los tiradores, pero no podía hacerlo. Maldijo para sus adentros. Comandar no era tan satisfactorio como liderar.

—Necesitaremos médicos cerca, en caso de que los malos tengan buena suerte —le dijo al coronel Nuncio.

—Ahora mismo tenemos paramédicos fuera del parque...

—El Dr. Weiler es muy bueno —dijo Mike Dennis—. Tiene entrenamiento de emergencia. Insistimos en eso por precaución.

—OK, lo llamaremos cuando llegue el momento. Dr. Bellow, dígame al señor Uno que los franceses cedieron y que sus amigos llegarán a las... ¿Qué le parece?

—A las diez y veinte. Si aceptan, estarían haciendo otra concesión. Pero creo que eso los tranquilizaría... o debería tranquilizarlos, mejor dicho.

—Haga la llamada, doc —ordenó John Clark.

—¿Sí? —dijo René.

—Sánchez será excarcelado de La Sante dentro de veinte minutos. Seis de los otros también, pero hay un problema con los tres últimos. No sé qué pasa. Los llevarán al Aeropuerto Internacional De Gaulle y llegarán aquí en un Airbus 340 de Air France. Creemos que llegarán a las veintidós cuarenta aproximadamente. ¿Le parece aceptable? ¿Cómo los trasladaremos al avión? —preguntó Bellow.

—En ómnibus, supongo. Mandarán un ómnibus al castillo. Nos llevaremos diez niños y dejaremos aquí al resto como muestra de buena fe. Dígame a la policía que sabemos cómo mover a los niños sin que hagan ninguna tontería... y que cualquier movimiento traicionero tendrá funestas consecuencias.

—No queremos más niños lastimados —le aseguró Bellow.

—Si hacen lo que les decimos no será necesario, pero entiéndame bien —prosiguió René con firmeza—, si cometen una estupidez, el patio del castillo se convertirá en un reguero de sangre. ¿Entendido?

—Sí, Uno, entiendo.

René colgó el teléfono y se levantó.

—Amigos míos, Illich viene hacia aquí. Los franceses han satisfecho nuestras demandas.

—Tiene aspecto de campesino feliz —dijo Noonan, con los ojos clavados en la imagen blanco y negro. El señor Uno se había parado y avanzaba hacia otro de los sujetos. Aparentemente se estaban dando la mano.

—No van a acostarse a dormir la siesta —advirtió Bellow—. En todo caso, estarán mucho más alertas.

—Sí, ya lo sé —afirmó Chávez. *Pero si nosotros hacemos bien nuestro trabajo, poco importará cómo estén ellos.*

Malloy volvió a la base aérea para recargar combustible, proceso que tardó media hora. Mientras esperaba, escuchó lo que iba a ocurrir dentro de una hora. En la parte de atrás del Night Hawk, el sargento Nance ordenó las sogas (de cincuenta pies de largo) y las enganchó en el piso del helicóptero. Como los pilotos, Nance tenía una pistola colgada del hombro izquierdo. No esperaba usarla (era un tirador mediocre), pero el solo hecho de portarla lo hacía sentirse parte del equipo, y eso era muy importante para él. Supervisó el reabastecimiento, cerró el tanque e informó al coronel Malloy que el pájaro estaba listo para volar.

Malloy encendió los motores y el Night Hawk ascendió al cielo, rumbo al Parque Mundial. De allí en adelante modificaron la rutina de vuelo. Al llegar al parque, el Night Hawk no voló en círculo. En cambio, comenzó a sobrevolar el castillo cada cinco minutos, alejándose a intervalos regulares e iluminando el resto del parque con sus reflectores antichoque, aparentemente de manera azarosa, como si se hubiera aburrido de la órbita anterior.

—OK, muchachos, en marcha —dijo Chávez. Los que estaban directamente involucrados en la operación de rescate se dirigieron al pasillo del subsuelo y al salir encontraron un camión del ejército español. Lo abordaron inmediatamente, y el vehículo se alejó a toda velocidad rumbo a la playa de estacionamiento.

Dieter Weber seleccionó un puesto vigía opuesto al del sargento Johnston, sobre el techo plano de un cine donde pasaban dibujos animados, a sólo ciento veinte metros del flanco este del castillo. Una vez allí desenrolló la colchoneta camuflada, colocó el rifle en el bípode y comenzó a apuntar la mira hacia las ventanas del castillo.

—Rifle Dos-Dos en su puesto —se reportó a Clark.

—Muy bien. ¿Alguna información, Al? —preguntó Clark levantando la vista.

Stanley tenía un aspecto sombrío.

—Un montón de armas, y un montón de niños.

—Sí, ya sé. ¿Se te ocurre otra opción?

Stanley negó con la cabeza.

—El plan es bueno. Si probáramos afuera, les daríamos demasiado espacio para maniobrar. Además, se sentirán más seguros en el castillo. No, Peter y Ding tienen un buen plan... pero la perfección no es cosa de este mundo.

—Sí —dijo John—. Quisiera estar allí, con ellos. El hecho de comandar te hace perder la acción, lo más importante.

—Absolutamente —gruñó Alistair Stanley.

Las luces del estacionamiento se apagaron de golpe. El camión, también con las luces apagadas, se detuvo junto a un poste de luz. Chávez y sus hombres bajaron de un salto. Diez segundos después llegó el Night Hawk, y tocó tierra con el rotor en movimiento. Se abrieron las puertas laterales y los tiradores subieron a bordo y se sentaron en el suelo. El sargento Nance cerró las dos puertas.

—Todos a bordo, coronel.

Sin decir palabra, Malloy volvió al cielo, conciente de los postes de luz que podrían desbaratar la misión. Tardó sólo cuatro segundos en esquivarlos. Acto seguido, ladeó el helicóptero para regresar al parque.

—A/C luces apagadas —le dijo al teniente Harrison.

—Luces apagadas —confirmó el copiloto.

—¿Estamos listos? —les preguntó Ding a sus hombres.

—Estamos listos, señor —respondió Mike Pierce. *Malditos asesinos*, omitió agregar. Pero todos lo estaban pensando. Apretaban las armas contra el pecho y llevaban puestos sus guantes antideslizantes. Tres de ellos aferraban sus ametralladoras, hecho que denotaba cierta tensión de su parte. Todos tenían una expresión dura y sombría.

—¿Dónde está el avión? —preguntó Uno.

—A una hora diez minutos de aquí —replicó Bellow—. ¿Cuándo quiere el ómnibus?

—Exactamente cuarenta minutos antes de que aterrice el avión. Recargará combustible cuando lo abordemos.

—¿A dónde piensan ir? —preguntó Bellow.

—Se lo diremos al piloto cuando estemos a bordo.

—OK, ya tenemos el ómnibus. Llegará dentro de quince minutos. ¿Dónde quiere que los espere?

—Que vaya directo al castillo, pasando el Bombardero.

—OK, se los diré —prometió Bellow.

—*Merci* —Línea muerta.

—Muy astuto —observó Noonan—. Colocarán dos cámaras de vigilancia sobre el ómnibus, de modo que no podremos utilizarlo como pantalla para un comando de rescate. Y probablemente planean usar la técnica del montañista para hacer subir a los rehenes —*Pura mierda*, omitió agregar.

—Mr. Oso, aquí Six —llamó Clark por radio.

—Oso copia, Six, cambio.

—Ejecutamos dentro de cinco minutos.

—Entendido, fiesta en cinco.

Malloy se enderezó en su asiento. Chávez, que había escuchado la llamada, asintió y levantó una mano con los dedos abiertos.

—Rainbow, aquí Six. Alerta, repito, alerta. Comenzamos la operación en cinco minutos.

En el subsuelo, Peter Covington guió a tres de sus hombres en dirección este, hacia las escaleras del castillo, mientras el ingeniero del parque apagaba secuencialmente las cámaras de vigilancia. El experto en explosivos colocó una pequeña carga en la puerta de incendios y asintió.

—Comando-1 está listo.

—Rifle Dos-Uno listo y sobre el blanco —dijo Johnston.

—Rifle Dos-Dos listo, sin blanco —dijo Weber.

—Tres, aquí Uno —anunció el escáner en la sala de comando.

—Sí, Uno —replicó el sujeto del techo.

—¿Pasa algo?

—No, Uno, la policía sigue en el mismo lugar. Y el helicóptero está dando vueltas, pero sin hacer nada.

—El ómnibus debe llegar en quince minutos. Mantente alerta.

—Claro —prometió Tres.

—OK —dijo Noonan—. Ya captamos un ritmo temporal. Uno llama a Tres cada quince minutos aproximadamente. Nunca pasa de los dieciocho ni de los doce. Entonces...

—Sí —Clark asintió—. ¿Nos movemos?

—¿Por qué no? —dijo Stanley.

—Rainbow, aquí Six. Entren y ejecuten. Repito, *¡ejecuten ya!*

A bordo del Night Hawk, el sargento Nance se movió a izquierda y derecha para abrir las dos puertas laterales. Levantó los pulgares en dirección a los tiradores, que retribuyeron el gesto mientras engancharon la soga de descenso en los anillos de sus cinturones. Luego se dieron vuelta hacia adentro apoyándose en las plantas de los pies, de modo tal que sus espaldas sobresalieran del helicóptero.

—Sargento Nance, mandaré una señal luminosa cuando sobrevolemos el lugar.

—Entendido, señor —replicó el jefe de tripulación, acuclillándose en la mitad de la ahora vacía área de pasajeros y extendiendo los brazos hacia sus hombros.

—André, vé abajo y vigila el patio —ordenó René. Su hombre obedeció enseguida, aferrando la Uzi con ambas manos.

—Alguien acaba de salir —dijo Noonan.

—Rainbow, aquí Six, un sujeto abandonó el centro de comando.

Ocho, pensó Chávez. *Ocho sujetos que abatir*. De los otros dos se encargarían los rifleros.

Los últimos doscientos metros eran los más difíciles, pensó Malloy. Apoyó ambas manos sobre la palanca de control cíclico. Aunque lo había hecho muchas veces, en ese momento no estaban ensayando. OK. Bajó la nariz y se dirigió al castillo. Sin luces antichoque el helicóptero sería apenas una sombra, ligeramente más oscura que la noche... mejor aún, el rotor de cuatro hojas producía un sonido adireccional. Aunque lo escucharan, les sería difícil determinar la fuente... y Malloy sólo necesitaba unos segundos de desconcierto enemigo.

—Rifle Dos-Uno, alerta.

—Rifle Dos-Uno sobre el blanco, Six —se reportó Johnston. Regularizó su respiración y movió apenas los codos, de modo tal que sólo los huesos (y no los músculos) estuvieran en contacto con la colchoneta. El mero recorrido de la sangre por las arterias podría desviar su puntería. Se concentró en la oreja del centinela—. Sobre blanco —repitió.

—Dispare —la orden resonó en su invisible auricular.

Buenas noches, idiota, murmuró una vocecita en su mente. Apretó suavemente el gatillo, que restalló limpiamente dejando escapar una llamarada blanquecina por la boca del rifle. El resplandor empañó por un instante el visor, que se despejó justo a tiempo para que Homer viera el impacto de la bala. Una especie de vapor grisáceo brotó de la cabeza del sujeto y su cuerpo cayó al suelo pesadamente, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Ninguno de los que estaban adentro escucharon el disparo. (Las ventanas de vidrio grueso, las paredes de piedra y los trescientos metros de distancia fueron un plus a favor de Rainbow.)

—Rifle Dos-Uno. Blanco eliminado. Blanco eliminado. Disparo en el centro de la cabeza —se reportó Johnston.

—Eso es matar —resopló el teniente Harrison por el intercom. Desde la perspectiva del helicóptero, la destrucción de la cabeza del centinela se había visto espectacular. Era la primera muerte que veía en su vida, y le parecía algo de película, no real. El blanco no era un hombre para él y jamás lo sería.

—Sí —coincidió Malloy, sobrevolando el área—. Sargento Nance... ¡ahora!

Nance saltó del helicóptero, mientras Malloy realizaba la maniobra mecedora para facilitar el descenso.

Chávez pegó un salto y se deslizó por la soga. Dejó pasar menos de dos segundos de caída “no tan libre” antes de aplicar tensión sobre la soga para lentificar el descenso, hasta que sus botas negras con suela de goma aterrizaron suavemente sobre el techo plano. Inmediatamente aflojó la soga y se dio vuelta. Sus hombres estaban haciendo lo mismo. Eddie Price corrió hacia el cadáver del centinela, le pateó la cabeza y volvió, levantando los pulgares en dirección a su jefe.

—Six, aquí Líder de Comando 2. Estamos en el techo. El centinela está muerto —dijo por micrófono—. Vamos a proceder —Chávez miró a sus hombres y señaló la periferia del techo. El Night Hawk había desaparecido en la oscuridad, como si jamás se hubiera detenido para dejar su corrosiva carga.

El techo del castillo estaba flanqueado por las almenas asociadas con esa clase de construcciones: rectángulos de piedra verticales detrás de los cuales se refugiaban los arqueros para arrojar flechas a los atacantes. Cada hombre tenía asignada una. Esa noche, las envolvieron con sus sogas y saltaron por las brechas. Cuando llegaban a destino, levantaban las manos. Chávez hizo lo propio y luego deslizó la soga un metro a la derecha de una ventana, afirmándose con los pies contra la pared. Paddy Connolly hizo lo mismo del otro lado, e inmediatamente se estiró para aplicar Primacord en los bordes e insertar un radiodetonador en uno de ellos. Luego se movió hacia su izquierda, balanceando la soga como si fuera una liana, y repitió el procedimiento en otra ventana. Otros miembros del comando portaban granadas de alto impacto.

—Líder-Dos a Six, ¡luces!

En el centro de comando, el ingeniero volvió a aislar la energía eléctrica del castillo y la anuló.

Desde afuera, el Comando 2 vio oscurecerse las ventanas. Uno o dos segundos después se encendieron las luces de emergencia, como faroles en miniatura... pero no alcanzaban a iluminar adecuadamente la sala. Los monitores de TV también se apagaron.

—Merde —dijo René, levantando el teléfono. Si querían jugar otro rato, les demostraría... Creyó ver movimiento del lado de afuera de la ventana y se acercó a mirar...

—Comando 2, aquí Líder. Cinco segundos... cinco... cuatro... tres... —A la cuenta de “tres”, los hombres de las bengalas explosivas tiraron del seguro y las colocaron cerca de las ventanas—. ...dos... uno... ¡fuego!

El sargento Connolly apretó un botón y dos ventanas fueron arrancadas de la pared por la fuerza de los explosivos. Una fracción de segundo después, otras tres ventanas se desintegraron en medio de un estruendo luminoso. Atravesaron la sala de comando como un aluvión de fragmentos de vidrio y metal... errándole a los niños amontonados en el rincón por tres metros.

El sargento Price arrojó otra bengala explosiva, que estalló apenas tocó el piso. Chávez salió de la pared y se lanzó desde la ventana con su MP-10 apuntada hacia arriba y lista para disparar. Pisó mal y

cayó hacia adelante sin poder controlar el equilibrio... y en ese instante sintió aterrizar los pies de Price sobre su brazo izquierdo. Chávez rotó sobre su eje y se levantó de un salto, y avanzó en dirección a los niños... que gritaban como condenados, intentando protegerse la cara y los oídos del estruendo de la explosión. Pero por el momento no podía ocuparse de ellos.

Price aterrizó mejor y se movió a la derecha, dándose vuelta para escanear la sala. Allí. Un sujeto barbudo con una Uzi. Price apuntó su MP-10 y le disparó tres ráfagas seguidas a tres metros de distancia. La fuerza de impacto de las balas desmintió al silenciador.

El Oso Vega había reventado la ventana con las piernas y aterrizado encima de un sujeto... para sorpresa de ambos. Pero Vega estaba preparado para las sorpresas y el terrorista no. La mano izquierda del Oso se estrelló contra la cara del sujeto, seguida por tres ráfagas de proyectiles de 10 mm.

René estaba sentado en el escritorio, teléfono en mano, con la pistola frente a él. Pierce le agujereó el costado derecho de la cabeza a un metro de distancia... justo cuando estaba a punto de agarrarla.

En el otro extremo de la sala, Chávez y Price se interpusieron como escudos vivientes entre los terroristas y sus rehenes. Ding se arrojó y apuntó el arma. Sus ojos escrutaron el espacio en busca de blancos mientras escuchaba el silenciado rumor de las armas de sus hombres. La semioscuridad estaba plagada de sombras en movimiento. Loiseau se encontró debajo de un sujeto, lo suficientemente cerca como para acariciarlo con el cañón de su ametralladora. Eso hizo. Fue un disparo demasiado fácil... pero roció el lugar con sangre y sesos de terrorista.

El autodenominado Sr. Uno levantó su Uzi y apretó el gatillo en dirección a los niños. Chávez y Price lo ametrallaron, luego se les unió McTyler... y el terrorista cayó al suelo convertido en una masa informe.

Otro sujeto abrió una puerta y huyó, perseguido por las ráfagas de un tirador mal ubicado para hacer puntería. El terrorista salió corriendo escaleras abajo, dio vuelta a un rellano, luego a otro... e intentó detenerse al ver una silueta negra recortada en la escalera.

Era Peter Covington, al frente de sus hombres. Covington había escuchado los pasos y disparó contra el rostro asombrado del terrorista. Luego siguió subiendo, seguido por cuatro hombres.

Quedaban tres sujetos en la sala. Dos escondidos detrás de los escritorios, y el restante disparando su Uzi a ciegas. Mike Pierce saltó sobre el escritorio, girando en el aire al hacerlo, y le disparó tres veces. Luego aterrizó Price, se dio vuelta y le vació un cargador en la cabeza. Uno de los que se habían escondido fue abatido por un certero disparo de Paddy Connolly. El otro emergió blandiendo su arma y fue ametrallado por no menos de cuatro comandos Rainbow.

En ese momento se abrió la puerta y entró Covington. Vega circulaba entre los cadáveres, pateando lejos las armas.

—¡Despejado! —gritó cinco segundos después.

—¡Despejado! —bramó Price.

André estaba afuera, a cielo abierto y solo. Se dio vuelta y miró hacia el castillo.

—¡Dieter! —llamó Homer Johnston.

—¡Sí!

—¿Puedes arrancarle el arma?

El alemán le había leído la mente al estadounidense. Su respuesta fue un exquisito disparo que partió en dos la ametralladora de André, justo debajo del seguro del gatillo. La bala Winchester Magnum calibre .300 atravesó el poderoso metal con la fuerza de un rayo. Desde su puesto a cuatrocientos metros de distancia, Johnston apuntó cuidadosamente y disparó una segunda ráfaga. Pésimo disparo. Medio segundo después, la bala de 7mm. atravesó al sujeto a la altura del esternón.

André la sintió como un puñetazo asesino. La bala se fragmentó, desgarrándole el hígado y el páncreas antes de terminar su recorrido y salir por el riñón izquierdo. Luego, tras el *shock* del impacto inicial, llegó la primera ola de dolor. Un instante después, su grito de agonía cruzó los cien acres del Parque Mundial.

—Miren esto —dijo Chávez en el centro de comando. Su protector antibalas tenía dos agujeros en el torso. Aunque no hubieran sido fatales, habrían dolido mucho—. Gracias a Dios que existe DuPont, ¿eh?

—¡Hora de Miller! —dijo Vega con una ancha sonrisa.

—Comando, aquí Chávez. Misión cumplida. Los niños... oh, ah, uno de ellos está lastimado, parece un rasguño en el brazo, los demás están bien. Todos los sujetos muertos, Mr. C. Puede encender las luces.

El Oso Vega se agachó y alzó a una niñita.

—Hola, querida —le dijo—. Vamos a buscar a tu mamita, ¿sí?

—¡Rainbow! —festejó Mike Pierce—. ¡Díganles que ya tiene comisario el pueblo!

—¡Tienes razón, Mike! —Eddie Price metió la mano en el bolsillo y extrajo su pipa y una bolsa de buen tabaco Cavendish.

Todavía quedaban cosas por hacer. Vega, Pierce y Loiselle recogieron las armas y las colocaron sobre uno de los escritorios. McTyler y Connolly revisaron los baños y otras puertas adyacentes, sin encontrar terroristas “adicionales”. Scotty fue hacia la puerta.

—OK, hagamos salir a los niños —ordenó Ding—. ¡Peter, guíanos a la salida!

Covington y sus hombres abrieron la puerta de incendio y se apostaron en los rellanos de la escalera. Vega tomó la delantera, llevando a la niñita de cinco años con la mano izquierda mientras con la derecha sostenía su MP-10. Un minuto después estaban afuera.

Chávez se quedó atrás, mirando la pared con Eddie Price. Había

siete agujeros en el rincón donde habían estado los niños, pero todos superaban los paneles.

—Suerte —comentó Chávez.

—Un poco —dijo Price—. Ése es el que liquidamos juntos, Ding. Disparaba sin apuntar... tal vez a nosotros, no a ellos, creo yo.

—Buen trabajo, Eddie.

—Por cierto —celebró Price. Salieron juntos, dejando atrás un reguero de cadáveres que la policía debería recoger.

—Comando, aquí Mr. Oso, qué está pasando, cambio.

—Misión cumplida, no hay heridos. Bien hecho, Mr. Oso —dijo Clark.

—Entendido y gracias, señor. Mr. Oso se despide. Fuera. Tengo que mear —le dijo Malloy a su copiloto, dirigiendo el Night Hawk hacia la base aérea.

Homer Johnston bajó corriendo la escalerilla del Bombardero, muchas veces deslizándose varios metros con el rifle colgado del hombro. Una vez en tierra corrió varios metros hasta llegar al castillo. Allí se encontró con un médico vestido de blanco que miraba perplejo al hombre que Johnston había abatido.

—¿Cómo está? —preguntó el sargento. No hacía falta. El sujeto se apretaba el vientre con ambas manos, cubiertas de una sangre extrañamente negruzca bajo las luces del patio.

—No sobrevivirá —dijo el doctor Weiler. Tal vez, si estuviera en la sala de operaciones de un hospital tendría una mínima chance, pero se estaba desangrando por el páncreas lacerado y probablemente tenía el hígado destruido... Y no, no, sin un trasplante de hígado no tendría la menor posibilidad, y lo único que podía hacer Weiler era inyectarle morfina para aliviar el dolor. Buscó una jeringa en su maletín.

—Ése es el que mató a la niña —le dijo Johnston—. Supongo que apunté un poco bajo —prosiguió, contemplando los ojos abiertos y la cara macilenta que dejaba escapar gemidos de tanto en tanto. De haber sido un ciervo o un alce, Johnston lo hubiera acabado con un disparo en la cabeza o en el cuello. Pero ése no era método para blancos humanos. *Muérete de a poco, lentamente, maldito miserable*, farfulló para sus adentros. Lo desilusionó que el médico le aplicara una inyección contra el dolor... pero los médicos debían cumplir su juramento, tal como él mismo debía cumplir el suyo.

—Muy bajo —dijo Chávez, acercándose al último terrorista con vida.

—Supongo que apreté el gatillo con demasiada fuerza —respondió el riflero.

Chávez lo miró directo a los ojos.

—Sí, claro. Ve a buscar tu equipo.

—En seguida —Los ojos del sujeto se ablandaron cuando la droga ingresó a su torrente sanguíneo, pero siguió aferrándose la herida con las manos, acostado sobre un charco cada vez más grande de sangre negra y espesa. Finalmente, miró por última vez a Johnston.

—Buenas noches, miserable —dijo el riflero en voz muy baja. Diez segundos después dio media vuelta y regresó al Bombardero para recuperar el resto de su equipo.

Había un montón de calzoncillos y bombachas mojados en el consultorio, y un montón de niños con los ojos muy abiertos. Acababan de vivir una pesadilla que recordarían dolorosamente en el futuro. Los Rainbow intentaban darles ánimo. Uno de ellos vendó al único herido, un niño.

El centurión de la Cruz todavía estaba allí, ya que se había negado a que lo evacuaran. Cuando los soldados se quitaron los protectores corporales y los apoyaron contra la pared, el español vio sus insignias militares. Estadounidenses, británicos, alemanes... todos satisfechos por la labor cumplida.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en español.

—Lo siento, no puedo decirlo —replicó Chávez—. Pero vi lo que hizo en el video. Lo felicito, sargento.

—Y yo a usted, eh...

—Chávez. Domingo Chávez.

—¿Estadounidense?

—Sí.

—¿Hay niños heridos?

—Sólo el que está allá.

—¿Y los... criminales?

—Ya no violarán más leyes, amigo. Nunca más —dijo entre dientes el Líder del Comando 2.

—Bueno —de la Cruz se acercó a estrecharle la mano—. ¿Fue duro?

—Siempre es duro, pero nos entrenamos para cosas duras, y mis hombres son...

—Tienen todo el aspecto —acotó de la Cruz.

—Usted también —retrucó Chávez—. Eh, muchachos, éste es el hombre que los enfrentó con la espada.

—¿Ah, sí? —Mike Pierce se acercó—. Yo terminé lo que usted empezó, señor. Muy cojonudo de su parte, viejo —Pierce le estrechó la mano. El resto de los soldados hicieron lo mismo.

—Debo... debo... —de la Cruz se levantó y salió por la puerta. Regresó cinco minutos después, acompañado por John Clark y cargando...

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Chávez.

—El águila de la legión, la VI Legio Victrix —les dijo el centurión, levantándola con una sola mano—. La legión victoriosa. ¿Me permite, señor Dennis?

—Sí, Francisco —replicó el director del parque con expresión circunspecta.

—Con el respeto de mi legión, señor Chávez. Colóquela en un sitio de honor.

Ding la recibió. La maldita cosa debía pesar treinta kilos, bañada en oro como estaba. Sería un trofeo fabuloso para el club en Hereford.

—Así lo haremos, amigo mío —le prometió al ex sargento, mirando fijamente a John Clark.

El estrés empezaba a manifestarse, acompañado por la habitual sensación de júbilo y fatiga. Los soldados miraron a los niños que habían salvado quienes, aunque todavía amilanados y asustados por la noche, pronto se reunirían con sus padres. Escucharon el motor de un ómnibus. Steve Lincoln abrió la puerta y miró bajar a un grupo de adultos. El consultorio médico se llenó de gritos alborozados.

—Es hora de partir —dijo John. Antes de hacerlo, se acercó a estrechar la mano del centurión apócrifo.

Una vez afuera, Eddie Price cumplió su ritual. Llenó su pipa de tabaco, sacó un fósforo de cocina del bolsillo y lo frotó contra la pared de piedra del consultorio. Encendió su pipa curva y dio una larga y victoriosa chupada mientras los padres entraban y salían con sus hijos, muchos de ellos llorando al recuperarlos.

El coronel Gamelin se acercó.

—¿Están en la Legión? —preguntó.

Loiselle se encargó de responderle.

—En cierto sentido, *monsieur* —dijo en francés. Levantó la vista y observó una cámara de vigilancia apuntada directamente a la puerta, probablemente para registrar el acontecimiento... los padres saliendo con sus hijos, algunos deteniéndose a felicitar a los miembros del Rainbow. Luego Clark los acompañó de regreso al castillo, y desde allí al subsuelo. En el camino, los Guardias Civiles y los comandos especiales se saludaron con mutuo respeto.

CAPÍTULO 16

DESCUBRIMIENTO

La exitosa conclusión de la operación Parque Mundial resultó problemática para algunos, entre ellos el coronel Tomás Nuncio, comandante de la Guardia Civil presente en la escena. Considerado oficial a cargo de la operación por la prensa local, fue acosado inmediatamente por enjambres de periodistas decididos a sonsacarle detalles de la misión. Por otra parte, Nuncio había protegido tan eficazmente el parque temático del acoso periodístico que sus superiores en Madrid no tenían la menor idea de lo que había pasado, factor que también pesó en su decisión. El coronel decidió dar a conocer la cobertura filmada por el Parque Mundial, dado que le parecía el medio más inocuo. La parte más dramática era el descenso del comando de asalto desde el helicóptero al techo del castillo, y desde allí a las ventanas del centro de control... pero, en opinión de Nuncio, era pura vainilla y duraba apenas cuatro minutos, el tiempo necesario para que Paddy Connolly colocara sus cargas explosivas en los marcos de las ventanas y se pusiera a salvo para detonarlas. No habían filmado el tiroteo porque los propios terroristas habían destruido las cámaras de vigilancia. La eliminación del centinela del techo sí había sido registrada, pero no sería transmitida debido a la horripilante herida de su cabeza. Lo mismo sucedía con el último terrorista eliminado, un tal André, que había matado a la niña holandesa... escena también registrada, y retirada por razones obvias. El resto se podía ver. La distancia entre las cámaras y el teatro de operaciones impedía el reconocimiento, e incluso la visión de las caras de los comandos de rescate. Sólo se veían siluetas, algunas de ellas llevando a los niños rescatados... y eso no podía perjudicar ni ofender a nadie, mucho menos al comando de operaciones especiales de Inglaterra que ahora tenía un tricornio de su fuerza para acompañar el águila de la Legión Victoriosa como recuerdo de la exitosa misión.

Y así, el video blanco y negro fue entregado a CNN, Sky News y otras agencias de noticias interesadas para ser transmitido a todo el mundo y sustentar los comentarios de los periodistas apostados frente a la puerta principal del Parque Mundial, siempre dispuestos a expresar opiniones erróneas y grandilocuentes sobre la destreza del comando especial de la Guardia Civil que Madrid había enviado para resolver ese detestable episodio en uno de los parques temáticos más grandes del mundo.

Eran las ocho en punto de la noche cuando Dimitri Arkadeyevich Popov vio la transmisión en su departamento de Nueva York, fumando un cigarrillo y bebiendo vodka puro. La fase de asalto fue experta y esperable bajo todo aspecto. Las bengalas explosivas eran espectaculares y singularmente inútiles como factores reveladores, y el desfile de los comandos de rescate tan predecible como el alba... el paso decidido, las armas colgadas del hombro, los brazos llenos de niños. Bueno, naturalmente se sentirían exultantes por la exitosa conclusión de su misión, mientras marchaban rumbo a un edificio donde debía haber un médico que se haría cargo del único niño herido (no de gravedad) durante el operativo... tal como decían los periodistas. Después, los comandos salieron del edificio y uno de ellos extendió el brazo hacia la pared de piedra y encendió un fósforo, que utilizó para...

... encender una pipa...

Para encender una pipa, pensó Popov. Su propia reacción lo sorprendió. Parpadeó con fuerza y se adelantó en su silla. La cámara no se acercó, pero el soldado/policía en cuestión estaba fumando una pipa curva, y exhalaba el humo cada tres segundos mientras hablaba con sus camaradas... No hacían nada extraordinario, sólo hablaban tranquilamente... como solían hacerlo esos hombres luego de una misión exitosa. Indudablemente discutirían quién había hecho qué cosa, qué había funcionado según el plan y qué no. La misma escena podría haber tenido lugar en un club o en un bar, porque los profesionales siempre hablaban de la misma manera en esas circunstancias, ya fueran soldados, médicos o futbolistas, cuando el estrés terminaba y comenzaba la fase de lecciones aprendidas. Ésa era la marca de los profesionales, y Popov lo sabía. En ese momento cambió la imagen. La cámara enfocó a un periodista estadounidense que especuló estúpidamente hasta el siguiente comercial... seguido por noticias políticas de Washington. Popov rebobinó la cinta, la eyectó y buscó otra... que insertó en la VCR y retrocedió hasta el incidente de Berna, desde el asalto hasta la conclusión donde... sí, un hombre había encendido una pipa. Recordaba haberlo visto desde la vereda de enfrente, ¿verdad?

Luego buscó el video del incidente de Viena y... sí, al final, un hombre había encendido una pipa. En todos los casos se trataba de un individuo de aproximadamente un metro ochenta de estatura, que hacía el mismo gesto con el fósforo, sostenía la pipa de la misma manera, y gesticulaba con ella de la misma manera, como todos los fumadores de pipa...

—... ah, *nichevo* —dijo para sus adentros el oficial de inteligencia. Pasó otra media hora estudiando los videos. La ropa era la misma en todos los casos. El hombre tenía el mismo tamaño, los mismos gestos, el mismo lenguaje corporal, las mismas armas colgadas de la misma manera, el mismo *todo*, comprobó el ex oficial de la KGB. Y eso significaba que el mismo hombre había estado... en tres países diferentes.

Pero ese hombre no era suizo, ni austríaco, ni español. Popov abandonó el razonamiento deductivo para concentrarse en datos discernibles

a partir de la información visual con que contaba. Se veían más personas en todos los videos. El fumador de pipa solía estar acompañado por otro hombre, más bajo que él, a quien parecía dirigirse con cierto grado de deferencia amistosa. También había otro, grandote y musculoso, que en dos de los videos llevaba una ametralladora pesada, pero en el tercero no. Entonces... tenía dos (tal vez tres) hombres en los videos de Berna, Viena y España. En todos los casos, los periodistas habían responsabilizado del rescate a la policía local, pero no, no era cierto, ¿verdad? Entonces... ¿quiénes eran esos hombres que llegaban con la velocidad y la decisión del rayo... a tres países diferentes... dos veces para concluir operaciones que ellos mismos habían iniciado, y otra para finalizar una iniciada por otros? ¿Y quiénes eran esos otros? No lo sabía y le importaba poco. Los periodistas decían que habían exigido la liberación de su viejo amigo, el Chacal. Qué imbéciles. Los franceses estaban tan dispuestos a arrojar el cadáver de Napoleón de Les Invalides como a liberar a ese asesino. Illich Ramírez Sánchez, bautizado con el patronímico de Lenin por su padre comunista. Popov dejó de pensar en eso. Acababa de descubrir algo de suma importancia. En algún lugar de Europa había un comando de operaciones especiales que traspasaba fronteras con la misma facilidad de un empresario que volara en un avión comercial, que tenía libertad para operar en distintos países, que desplazaba a la policía local y hacía su trabajo... y lo hacía bien, como un verdadero experto... y esta operación no lo perjudicaría, ¿verdad? Su prestigio y aceptación internacional sólo podrían aumentar a consecuencia del rescate de los niños en el Parque Mundial...

—*Nichevo* —murmuró para sus adentros. Esa noche había descubierto algo muy importante y, para celebrarlo, se sirvió otro vodka. Ahora tendría que seguir el rastro. ¿Cómo? Lo pensaría luego, mientras dormía. Confiaba en que su cerebro profesional diera con la clave.

Ya casi estaban en casa. El MC-130 había recogido al ahora relajado comando Rainbow para llevarlo de regreso a Hereford. Algunos hombres se habían retraído. Otros les explicaban lo que habían hecho a los miembros del equipo que no habían podido participar directamente. Clark observó que Mike Pierce conversaba animadamente con su vecino. Por el momento se había convertido en el líder matador del Rainbow. Por su parte, Homer Johnston estaba charlando con Weber... habían llegado a una especie de trato, un arreglo entre ellos. Weber había disparado bellamente (aunque fuera de reglamento) para anular la Uzi del terrorista, permitiendo así que Johnston... por supuesto, pensó John, Homer no sólo quiso matar al bastardo que asesinó a la infortunada niña. Quiso *lastimar* al marrano, mandarlo al infierno con un especialísimo mensaje personal. Tendría que hablar con el sargento Johnston al respecto. Su accionar no condecía con la política del Rainbow. No era profesional. Bastaba con matar a esos miserables. Uno siempre podía confiar en Dios para la venganza. Pero... bueno, John podía com-

prenderlo, ¿no? Recordó a un miserable llamado Billy a quien había interrogado muy especialmente en una cámara de recompresión, y aunque recordaba el hecho con una mezcla de dolor y vergüenza, al mismo tiempo se sentía justificado... y además, había obtenido a tiempo la información que necesitaba, ¿no? No obstante, tendría que hablar con Homer y aconsejarle que no volviera a hacer algo semejante. Y Homer lo escucharía. Había exorcizado los demonios una vez, y con una vez bastaba. Debió haber sido duro para él quedarse sentado mirando el asesinato de una niña, teniendo el poder de vengarla en sus manos, y sin poder hacer nada. *¿Tú lo habrías tolerado, John?* se preguntó Clark. Naturalmente, desconocía la respuesta. Sintió el rebote de las ruedas contra la pista de Hereford.

Bueno, pensó, su idea, su concepto del Rainbow funcionaba bastante bien, ¿no? Tres despliegues, tres misiones limpias. Dos rehenes muertos, uno antes de que el comando llegara a Berna, la otra poco después de que sus hombres ingresaran al parque, ninguno de los dos resultado de negligencia o error por parte de sus hombres. Las actuaciones del comando habían sido casi perfectas. Ni siquiera sus compañeros del Tercer SOG en Vietnam eran tan buenos... y *eso* era algo que *jamás* había esperado tener que decir, y ni siquiera pensar. El pensamiento llegó de golpe, casi tan inesperadamente como la necesidad de llorar: era un honor comandar guerreros como éstos, enviarlos a la batalla y recuperarlos tal como los veía ahora... sonrientes, cargando sus equipos sobre los hombros y caminando hacia la puerta trasera del Pájaro Herky, donde los esperaban los camiones. Sus hombres.

—¡El bar está abierto! —les gritó.

—Es un poco tarde, John —protestó Alistair.

—Si la puerta está cerrada, haremos que Paddy la vuele —insistió Clark, esbozando una sonrisa maliciosa.

Stanley reflexionó un instante y asintió.

—De acuerdo, los muchachos se han ganado un par de cervezas cada uno.

Entraron al club vistiendo todavía sus uniformes ninja y encontraron al barman esperando. Había otros hombres en el lugar, principalmente SAS bebiendo el último trago de la noche. Algunos los aplaudieron al entrar y el ambiente se calentó. John fue a la barra y ordenó cerveza para todos.

—Me encanta esto —dijo Mike Pierce un minuto después, levantando su Guinness y bebiendo a través de la delgada capa de espuma.

—¿Dos, Mike? —preguntó Clark.

—Sí —asintió Pierce—. El del escritorio, estaba hablando por teléfono. Ratatatá —dijo, llevándose dos dedos al costado de la cabeza—. El otro disparaba a ciegas desde atrás de un escritorio. Salté encima y le disparé tres al vuelo. Aterricé, roté, y le metí tres más en la nuca. Hasta nunca, Charlie. Y hubo otro, lo liquidamos con Ding y Eddie. Se supone que esa parte del trabajo no debe gustarme. Lo sé... pero, Dios santo, me sentí bien haciendo polvo a esos miserables. Matar chicos,

viejo. No está bien. Bueno, ya no volverán a hacerlo, señor. No mientras tenga comisario el pueblo.

—Bueno, a su salud, comisario... y felicitaciones —replicó John, levantando su copa. Éste no tendría pesadillas, pensó, bebiendo su cerveza negra. Johnston y Weber estaban hablando en un rincón. Homer le había apoyado una mano en el hombro a su compañero, seguramente para agradecerle el disparo bienhechor con que había anulado la Uzi del terrorista. Clark se paró junto a los dos sargentos.

—Ya sé, jefe —dijo Homer sin necesidad de que le dijera nada—. Nunca más, pero maldita sea, me sentí en la gloria.

—Como bien dijo usted mismo, nunca más, Homer.

—Sí, señor. Apreté el gatillo con demasiada fuerza —dijo Johnston, para protegerse en el aspecto oficial.

—Al diablo con eso —le espetó Rainbow Six—. Lo acepto... sólo por esta vez. Y en cuanto a usted, Dieter, excelente disparo, pero...

—*Nie wieder. Herr General.* Ya lo sé, señor —el alemán asintió sumisamente—. Homer, *junge*, la cara del miserable cuando le disparaste. *Ach*, fue digna de verse, amigo mío. Te felicito también por el tipo del techo.

—Fue fácil —dijo Johnston con desdén—. Estaba inmóvil. Zap. Más fácil que jugar a los dardos, compañero.

Clark los palmeó en el hombro y fue a reunirse con Chávez y Price.

—¿Era imprescindible que aterrizaras sobre mi hombro? —se quejaba Chávez, medio en broma medio en serio.

—La próxima vez, entra derechito por la ventana, y no en ángulo —se burló Eddie.

—De acuerdo —Chávez bebió un largo trago de Guinness.

—¿Cómo anduvo eso? —les preguntó John.

—Aparte de que me dieron dos veces, bastante bien —replicó Chávez—. Pero... tendré que renovar mi uniforme —una vez rotos, los uniformes eran desechados. El de Ding volvería al fabricante para analizar su performance—. ¿Quién te parece que fue, Eddie?

—El último, creo, el que se paró y disparó contra los niños.

—Bueno, ése era el plan, interponernos entre ellos y los rehenes. No obstante, tú, Mike, el Oso y yo lo hicimos picadillo —el policía encargado de recoger sus restos habría tenido mucho trabajo.

—Sí, señor, eso hicimos —festejó Price, viendo acercarse a Vega.

—¡Eh, ésa sí que fue buena, muchachos! —dijo el Oso, feliz de haber participado por fin en una operación de rescate.

—¿Desde cuándo boxeamos a los sujetos? —preguntó Chávez.

Vega pareció avergonzarse un poco.

—Fue instintivo, estaba tan cerca... Sabes, probablemente podría haberlo atrapado vivo, pero... bueno, nadie me pidió que lo hiciera, ¿no?

—Todo bien, Oso. Eso no era parte de la misión, mucho menos con una habitación atestada de niños.

Vega asintió.

—Me lo imaginé, y el disparo también fue automático, como cuando practicamos, hermano. De todos modos me encantó liquidarlo, jefe.

—¿Algún problema con la ventana? —quiso saber Price.

Vega negó con la cabeza.

—No, le pegué un patadón y voló por el aire. Me golpeé el hombro contra el marco al entrar, pero no importa. Estaba muy contento. Pero creo que yo tendría que haber cubierto a los niños. Soy más corpulento, hubiera interceptado más balas.

Chávez no mencionó que había desconfiado de la agilidad de Vega... equivocadamente, como era obvio. Había aprendido una importante lección. Voluminoso como era, el Oso se movía como una gacela sobre sus patas, mucho más de lo que Ding esperaba. Evidentemente era un buen bailarín, aunque con sus ciento veinte kilos era un poco grande para el tutú.

—Excelente operación —dijo Bill Tawney, uniéndose al grupo.

—¿Alguna novedad?

—Tenemos una posible identidad de uno de ellos, el que mató a la nena. Los franceses hicieron circular la foto entre informantes de la policía, y ellos piensan que puede tratarse de André Herr, parisino de nacimiento, militante de Action Directe durante un tiempo, pero nada definido. Creen que pronto conseguirán más información. El conjunto de fotos y huellas digitales de España va camino a París para seguimiento e investigación. No todas las fotos serán útiles, según me han dicho.

—Sí, bueno, varias ráfagas de ametralladora le echan a perder la cara a cualquiera, hombre —observó Chávez con una sonrisa pícar—. Lo que hay no nos sirve de mucho.

—Entonces, ¿quién inició el operativo? —preguntó Clark.

Tawney se encogió de hombros.

—Por el momento lo ignoramos. La policía francesa tendrá que investigar.

—Sería bueno saberlo. Hemos tenido tres atentados desde que llegamos aquí. ¿No les parece un exceso? —preguntó Chávez, repentinamente muy serio.

—Lo es —admitió el oficial de inteligencia—. No lo hubiera sido diez o quince años atrás, pero últimamente el ambiente se tranquilizó bastante —Nuevo encogimiento de hombros—. Podría ser mera coincidencia, o tal vez imitaciones, pero...

—¿Imitaciones? ¿Crimen contagioso? No creo, señor —acotó Eddie Price—. No podría decirse que hayamos estimulado a ningún terrorista en ciernes, y la operación de hoy tendría que funcionar como disuasivo.

—Para mí tiene lógica —intervino Ding—. Como bien dijo Mike Pierce, ya tiene comisario el pueblo, y en la calle correrá el rumor de que no conviene jugar con él, aunque la gente crea que los comandos de rescate pertenecían a las policías locales. Dé un paso al frente, Mr. C.

—¿Hacerlo público? —Clark sacudió la cabeza—. Eso jamás fue parte del plan, Domingo.

—Bueno, si la misión es eliminar a los bastardos en acción, tiene sentido. Pero si la misión es hacer que esos bastardos piensen dos veces antes de hacer un atentado... o directamente evitar nuevos atentados terroristas... eso ya es otra cosa. La idea del nuevo comisario tendría que desanimarlos y empujarlos nuevamente a lavar autos... o lo que sea que hagan cuando no se portan mal. Entre las naciones, eso se denomina disuasión. ¿Pero funcionará con la mentalidad terrorista? Tendremos que consultar al Dr. Bellow, John —concluyó Chávez.

Nuevamente, Chávez lo había sorprendido. Tres triunfos sucesivos (ampliamente cubiertos por los noticieros mundiales) bien podrían impactar a los terroristas con ambiciones fluctuantes, en Europa o donde fuera, ¿no? Sí, tendría que hablar de eso con Bellow. Pero era demasiado pronto para ser tan optimistas... probablemente, se dijo John, bebiendo un buen trago de cerveza negra. La reunión empezaba a disolverse. Había sido un largo día para los hombres del Rainbow. Uno por uno dejaron sus vasos sobre el mostrador (que debía haber cerrado horas antes) y enfilaron hacia la puerta para volver caminando a sus casas. Otro día y otra misión habían terminado. Pero también había comenzado un nuevo día, y en pocas horas los despertarían para correr e iniciar las prácticas de rutina.

—¿Planeabas abandonarnos? —le preguntó el carcelero al recluso Sánchez con voz cargada de ironía.

—¿Cómo? —respondió Carlos.

—Tus colegas anduvieron haciendo lío —respondió el guardia, arrojándole un ejemplar de *Le Figaro* entre las rejas—. Pero no volverán a intentarlo.

La foto de primera plana (tomada del video del Parque Mundial) era de pésima calidad. No obstante, el Chacal identificó a un soldado vestido de negro llevando una niña en brazos. El primer párrafo ofrecía un resumen ajustado de los hechos. Carlos se sentó en el catre para leer detalladamente el artículo, que le produjo una sensación de desesperación oscura y profunda que jamás había conocido. Alguien había escuchado su pedido... y todo para nada. La vida seguiría en esa jaula de piedra. Miró el único rayo de sol que se filtraba por el ventanuco de la celda. La vida. Sería larga, probablemente saludable, y ciertamente vacía. Estrujó el diario. Maldijo a la policía española. Maldijo al mundo.

—Sí, lo vi anoche en el noticiero —dijo por teléfono mientras se afeitaba.

—Necesito verlo. Tengo que enseñarle algo, señor —dijo Popov. Eran las siete de la mañana.

El hombre lo pensó. Popov era un bastardo inteligentísimo que había hecho su trabajo sin permitirse demasiadas preguntas... Por otra parte, había pocas evidencias documentadas de sus negociaciones, cier-

tamente nada que sus abogados no pudieran manejar llegado el caso... cosa que jamás sucedería. Había otras maneras de entenderse con Popov si fuera necesario.

—Está bien, venga a las ocho quince.

—Sí, señor —dijo el ruso, y colgó.

Killgore ya no tenía dudas: Pete estaba agonizando. Era hora de trasladarlo. Inmediatamente dio la orden. Dos paramédicos vestidos con trajes protectores colocaron al enfermo sobre una camilla para trasladarlo al sector clínico. Killgore los acompañó. En lo esencial, el sector clínico era una réplica de la sala donde los vagabundos descansaban y bebían copiosamente, esperando (sin saberlo) la aparición de los síntomas. Pete los tenía todos, al punto tal de que la bebida y las dosis moderadas de morfina ya no le calmaban el dolor. Los paramédicos lo acostaron en una cama, muy cerca de un dispensario médico operado electrónicamente (“Arbolito de Navidad” en la jerga interna). Killgore activó el control para inyectar suero intravenoso en la vena de Pete. Luego marcó una clave en la caja electrónica, y unos segundos después el paciente comenzó a relajarse debido al bombardeo de medicación. Sus ojos se tornaron somnolientos y su cuerpo se aflojó mientras Shiva continuaba comiéndoselo vivo desde adentro hacia afuera. Tendría que inyectarle otra sonda de suero intravenoso con nutrientes (era fundamental mantenerlo con vida) y drogas diversas (para comprobar inesperados efectos benéficos sobre el virus letal). Tenían una sala repleta de esa clase de drogas, desde antibióticos (supuestamente inútiles contra esta infección viral) hasta Interleukin-2 y el recientemente desarrollado Interleukin-3a (que podía servir de algo, según decían algunos), más anticuerpos Shiva tomados de animales de experimentación. No esperaban que ninguno de esos antídotos funcionara, pero debían testearlos para comprobarlo... y evitar sorpresas desagradables cuando se propagara la epidemia. Sí esperaban que la vacuna B funcionara. La estaban testeando en el nuevo grupo de control —formado por individuos raptados de los bares de Manhattan—, junto con la ideal vacuna A (cuyo propósito difería del de la B). Las nanocápsulas desarrolladas en el otro sector del edificio serían muy útiles, ciertamente.

Tal como lo estaba demostrando el cuerpo agonizante de Pete mientras Killgore pensaba. Por otra parte, la Sujeto F4, Mary Bannister, se sentía descompuesta del estómago, con un poco de flojera, pero no le dio importancia. Esas cosas solían pasar, y aparte no se sentía tan mal, probablemente le haría bien tomar un antiácido. Buscó uno en el botiquín abundantemente equipado con medicamentos de toda clase. Por lo demás, se sentía espléndida. Sonrió al mirarse al espejo. Le gustaba lo que veía: una mujer joven y atractiva con pijama de seda rosa. Salió de su habitación muy oronda, conciente del brillo de su pelo y la agilidad

de su paso. Chip estaba en la sala, leyendo una revista en el sofá. Mary fue a sentarse con él.

—Hola, Chip —le sonrió.

—Hola, Mary —el hombre le devolvió la sonrisa, acariciándole la mano.

—Le aumenté la dosis de Valium en el desayuno —dijo Barbara Archer en la sala de control—. Y lo otro también —lo otro era un desinhibidor.

—Estás muy linda —le dijo Chip. Sus palabras fueron imperfectamente capturadas por el micrófono oculto.

—Gracias —otra sonrisa.

—Parece bastante excitada.

—Tendría que estarlo —comentó Barbara con frialdad—. Tiene suficiente droga adentro como para enardecer a la monja más devota.

—¿Y él?

—Ah, sí... no le di esteroides —La Dra. Archer hizo una mueca.

Como si quisiera demostrarlo, Chip besó a Mary en los labios. Estaban solos en la sala.

—¿Qué dicen los análisis de sangre, Barb?

—Está cargada de anticuerpos y empieza a presentar plaquetas pequeñas. Dentro de unos días tendrían que empezar los síntomas.

—Comed, bebed y sed felices, muchachos, porque moriréis la semana próxima —le susurró el otro médico a la pantalla de TV.

—Triste, triste —comentó la Dra. Archer, con la misma clase de emoción que manifestaría al ver un perro muerto en la banquina.

—Bonita figura —dijo el hombre cuando cayó la parte superior del pijama—. Hace tiempo que no veo una película porno, Barb —Lo estaban grabando, por supuesto. El protocolo de los experimentos era inalienable. Todo debía ser registrado para que el equipo pudiera monitorear el programa completo. *Lindas tetas*, pensó al mismo tiempo que Chip, quien comenzó a acariciarlas y besarlas frente a cámara.

—Era muy inhibida cuando llegó. Los tranquilizantes funcionan bien como depresores de inhibiciones —otra observación clínica. A partir de ese momento, las cosas progresaron rápidamente. Ambos médicos contemplaban la pantalla bebiendo lentos sorbos de café. Tranquilizantes o no, los instintos humanos más básicos arremetieron, y cinco minutos después Chip y Mary saltaban locamente y emitían los sonidos pertinentes... aunque, afortunadamente, la imagen no era excesivamente clara. Pocos minutos después yacían acostados, muy juntos, besándose, cansados y contentos. Él le apretaba los pechos. Tenía los ojos cerrados y respiraba profunda y regularmente.

—Bueno, Barb, por lo menos tenemos un buen escape romántico para las parejas —comentó el médico con una sonrisita maliciosa—. ¿Cuánto crees que tardará él?

—Presentar anticuerpos dentro de tres o cuatro días probablemente —Chip no había sido expuesto a la ducha como Mary.

—¿Y las pruebas de vacunas?

—Cinco con A. Dejamos tres sin contaminar para probar la B.

—¿Ah, sí? ¿A quiénes les perdonamos la vida?

—M2, M3 y F9 —replicó la Dra. Archer—. Aparentemente tienen actitudes apropiadas. Uno es miembro del Sierra Club, ¿puedes creerlo? A los otros les gusta la vida al aire libre y estarían de acuerdo con lo que hacemos.

—Criterio político para experimentos científicos... ¿a dónde iremos a parar? —preguntó el médico.

—Bueno, si van a vivir, conviene que nos llevemos bien con ellos —comentó Archer.

—Es verdad —Gesto afirmativo—. ¿Confías en la B?

—Mucho. Espero que sea un noventa y siete por ciento eficaz, tal vez un poco más —agregó con precaución.

—¿Pero no el cien por ciento?

—No, Shiva es demasiado artero —admitió Archer—. Las pruebas en animales son un poco crueles, lo admito, pero los resultados siguen el modelo de la computadora casi al pie de la letra, siempre dentro del criterio prueba-error. Steve es muy bueno en lo suyo.

—Berg es un tipo inteligente —coincidió el otro médico—. ¿Sabes, Barb? Lo que hacemos aquí no es exactamente...

—Ya lo sé —aseguró Archer—. Pero todos lo sabíamos antes de entrar.

—Cierto —Asintió sumiso, molesto consigo mismo por sus pruritos de ciencia. Bueno, su familia sobreviviría, y todos ellos compartirían el amor por el mundo y la diversidad de especies que lo habitaban. No obstante, los dos que había visto fornicar en pantalla también eran *humanos*, iguales a él... y él los había espiado como un perverso cualquiera. Ah, sí, habían intimado porque estaban cargados de drogas (suministradas en la comida o en forma de píldoras), pero ambos estaban condenados a muerte y...

—Relájate, ¿sí? —dijo Archer. Parecía haber leído sus pensamientos—. Por lo menos están disfrutando del amor, ¿no crees? Eso es mucho más de lo que tendrá el resto del mundo...

—Pero yo no tendré que *observarlos* —La idea de ser *voyeur* no le parecía divertida, y más de una vez se había dicho que no tendría por qué mirar lo que había contribuido a iniciar.

—No, pero igual nos enteraremos. Saldrá en todos los noticieros, ¿no? Pero para entonces será demasiado tarde, y si nos descubren, su último acto conciente será venir a buscarnos. Ésa es la parte que me preocupa.

—El enclave del Proyecto en Kansas es un lugar seguro, Barb —le aseguró su colega—. Y el de Brasil todavía más —Allí pensaba ir él con su familia. La selva tropical siempre lo había fascinado.

—Podría ser mejor —opinó Barbara Archer.

—El mundo no es un laboratorio, doctora, ¿o acaso lo ha olvidado? —¿Acaso el proyecto Shiva no se trataba precisamente de *eso*, por el amor de Dios? ¿Dios? se preguntó. Bueno, otra idea que habría que

eliminar. No era lo bastante cínico para invocar el nombre de Dios para lo que estaban haciendo. Naturaleza, tal vez, lo cual no era exactamente lo mismo.

—Buen día, Dimitri —dijo, entrando temprano a su oficina.

—Buen día, señor —dijo Popov, poniéndose de pie para saludar a su empleador. Era una costumbre europea (presentar respetos a la realeza) que misteriosamente se había filtrado en el estado marxista que había nutrido y profesionalizado al ruso residente en Nueva York.

—¿Qué tiene para mí? —preguntó el jefe, cerrando con llave la oficina.

—Algo muy interesante —dijo Popov—. No estoy seguro de su importancia. Usted podrá juzgar mejor que yo.

—Bueno, veamos de qué se trata —Se sentó e hizo girar su sillón para poder servirse un café.

Popov fue hacia la pared y retiró el panel que cubría los equipos electrónicos empotrados en la *boissérie*. Encendió la TV y la VCR con el control remoto. Luego insertó un videocasete.

—Éstas son las noticias de Berna —dijo. Dejó correr la cinta treinta segundos, la detuvo, eyectó el cassette, e insertó otro—. Viena —dijo, apretando el PLAY. Otro segmento de menos de un minuto de duración. También lo eyectó—. Anoche, en el parque temático español —este segmento duró apenas medio minuto.

—¿Y bien? —dijo su empleador cuando todo hubo terminado.

—¿Qué vio, señor?

—Unos tipos fumando... el mismo tipo, ¿eso me quiere decir?

—Correcto. El mismo hombre estuvo presente en los tres atentados.

—Prosiga.

—El mismo comando de operaciones especiales respondió y solucionó los tres incidentes. Es muy interesante.

—¿Por qué?

Popov respiró hondo. Su empleador podía ser un genio en algunas áreas, pero en otras era un bebé.

—Señor, el mismo comando respondió a distintos atentados en *tres* países diferentes, con *tres* fuerzas policiales nacionales diferentes, y en los *tres* casos, ese comando especial ocupó el lugar de las agencias policiales de esas *tres* naciones y resolvió la situación. En otras palabras, existe un comando de operaciones especiales acreditado para operar a nivel internacional que actualmente se desempeña en Europa. Supongo que son militares, no policías. La existencia del grupo no fue revelada a la prensa. De lo cual colijo que es un grupo ultrasecreto que opera "en negro". Podría tratarse de un grupo de la OTAN, pero son puras especulaciones. Ahora —prosiguió Popov—, tengo algunas preguntas que hacerle.

—OK —el jefe asintió.

—¿Conocía a este comando? ¿Sabía que existía?

Gesto negativo de la cabeza.

—No —Giró para servirse una taza de café.

—¿Sería posible que averiguara algunas cosas acerca de ellos?

Encogimiento de hombros.

—Podría ser. ¿Por qué es importante?

—Eso depende de otra pregunta... ¿por qué me paga para incitar a los terroristas a cometer atentados?

—Usted no tiene necesidad de saberlo, Dimitri.

—Sí, señor, tengo necesidad. No se pueden planear operaciones contra fuerzas opositoras sofisticadas sin tener idea del objetivo supremo. Simplemente no puede hacerse, señor. Más aún, usted invirtió sumas considerables en esas operaciones. Tiene que haber una razón. Y yo necesito conocerla —Lo que no dijo fue que *quería* saber, y que a su debido tiempo *sabría*, se lo dijeran o no.

A su empleador se le ocurrió pensar que su propia existencia estaba, en cierto modo, en manos de ese ex agente secreto ruso. Podía negar todo lo que dijera en un foro público, e incluso tenía el poder de hacerlo desaparecer (opción menos atractiva en la realidad que en el cine, ya que Popov podía haber hablado con otros de su calaña, o incluso haber dejado un registro escrito de sus negociaciones).

Las cuentas bancarias de las que Popov había extraído los fondos para financiar las operaciones estaban perfectamente “lavadas”, por supuesto, pero un investigador astuto y minucioso podría rastrear sus dudosos orígenes y ocasionarle preocupaciones menores. El problema de la banca electrónica era que siempre dejaba un rastro de electrones... y los registros bancarios eran específicos en cuanto a fechas y cifras, lo suficiente para revelar incómodas conexiones. Eso podría redundar en problemas mayores o menores. Peor aún, perjudicaría notablemente la misión suprema que estaba llevando a cabo en lugares tan diversos como Nueva York, Kansas y Brasil. Y Australia, por supuesto, que era el centro del meollo.

—¿Me permite pensarlo, Dimitri?

—Sí, señor. Por supuesto. Simplemente digo que, si quiere que haga eficazmente mi trabajo, necesito saber más. Seguramente tiene personas de su confianza. Muéstreles esas grabaciones y pregúnteles su opinión —Popov se puso de pie—. Llámeme cuando me necesite, señor.

—Gracias por la información —Esperó que se cerrara la puerta y marcó un número de memoria. El teléfono sonó cuatro veces antes de ser atendido:

—Hola —dijo el contestador automático—. Se ha comunicado con la casa de Bill Henriksen. Lamentablemente no puedo atenderlo. Intente en mi oficina.

—Maldición —dijo el ejecutivo. Tuvo una idea. Levantó el control remoto y encendió la TV. CBS, no, NBC, no...

—Pero asesinar a una niña enferma —decía el invitado en *Good Morning, America* por la red ABC.

—Charlie, hace mucho tiempo un ruso llamado Lenin dijo que el propósito del terrorismo era aterrorizar. Eso son, y eso hacen. El mundo sigue siendo peligroso, incluso más que cuando las naciones respaldaban a los terroristas. En aquellos tiempos, les imponían restricciones de conducta. Esas restricciones han desaparecido en el mundo actual —dijo Henriksen—. Este grupo quería la excarcelación de su amigo Carlos el Chacal. Bueno, no pudo ser, pero vale la pena considerar que les importaba lo suficiente para organizar un atentado terrorista clásico. Afortunadamente la misión fracasó, gracias a la policía española.

—¿Cómo evaluarías el desempeño de la policía?

—Muy bueno. Todos se entrenan de acuerdo a las mismas reglas, por supuesto, y los mejores pasan temporadas en Fort Bragg, o en Hereford, Inglaterra, y también en otros lugares, como Alemania e Israel.

—Pero un rehén fue asesinado.

—Es imposible controlarlo todo, Charlie —dijo el experto con tristeza—. Uno puede estar a diez metros con el arma cargada y no poder actuar, porque de hacerlo ocasionaría la muerte de más de un rehén. Ese asesinato me repugna tanto como a ti, amigo mío, pero quienes lo cometieron ya están muertos.

—Bien, gracias por venir. Bill Henriksen, presidente de Seguridad Global y consultor de ABC sobre terrorismo. Son las ocho cuarenta y seis.

Corte comercial.

Tenía el número del beeper de Bill en su escritorio. Llamó por línea privada. Cuatro minutos después sonó el teléfono.

—Sí, John, ¿qué pasa? —Se escuchaba ruido de calle. Henriksen ya debía haber salido de la ABC. Estaría caminando por la vereda de Central Park West, probablemente hacia su auto.

—Bill, necesito verte en mi oficina ASAP. ¿Puedes venir ahora mismo?

—Seguro. Dame veinte minutos.

Henriksen tenía una clave para entrar al garaje del edificio y acceso a uno de los espacios privados. Entró en la oficina dieciocho minutos después de haber sido llamado.

—¿Qué pasa?

—Te vi esta mañana por televisión.

—Siempre me llaman por estas cosas —dijo Henriksen—. El comando de rescate hizo un gran trabajo, al menos eso pareció por TV. Pronto tendré acceso a la filmación completa.

—¿Ah, sí?

—Sí, tengo contactos. El video que transmitieron fue editado. Mi gente conseguirá todos los videos (sin clasificar) para analizarlos.

—Mira esto —dijo John, pasando la filmación del Parque Mun-

dial. Luego se levantó e insertó el video de Viena. Luego de treinta segundos, el de Berna—. ¿Qué te parece?

—¿El mismo comando en los tres? —caviló Henriksen en voz alta—.

Eso parece... ¿pero quién demonios son esos tipos?

—Sabes quién es Popov, ¿verdad?

Bill asintió.

—Sí, el tipo de la KGB que conociste. ¿Él descubrió todo esto?

—Sí—Asentimiento—. Me trajo los videos hace menos de una hora.

Está preocupado. ¿Y tú?

El ex agente del FBI esbozó una sonrisa.

—No sé. Primero querría saber más sobre ellos.

—¿Puedes averiguar?

Esta vez se encogió de hombros.

—Puedo hablar con algunos contactos, agitar unos cuantos avisperos. La cosa es que, si realmente hay un equipo de operaciones especiales “en negro”, yo tendría que haberme enterado antes. Quiero decir, tengo contactos en el negocio. Arriba y abajo. ¿Y tú?

—Podría probar un par de cosas, con calma. Probablemente fingiendo que pregunto por pura curiosidad.

—OK, veré qué pasa. ¿Qué más te dijo Popov?

—Quiere saber por qué lo hago hacer esas cosas.

—Ése es el problema con los agentes secretos. Les gusta saber. Quiero decir, seguramente está pensando ¿qué pasa si empiezo una misión y atrapan vivo a uno de los sujetos? Casi siempre cantan como jodidos canarios apenas pisan el calabozo, John. Si alguno lo delatara, quedaría hundido en la mierda. Bastante improbable, lo admito, pero posible. Y los agentes secretos son profesionales de la cautela.

—¿Y si lo sacamos del medio?

Otra sonrisa.

—Habría que tener mucho cuidado, por si le dejé un paquetito a un amigo en algún lugar. Es imposible saberlo, pero debemos suponer que sí. Como dije, son profesionales de la cautela. Esta operación no está exenta de peligros, John. Lo sabíamos antes de empezar. ¿Estamos cerca de obtener...

—Muy cerca. El programa de testeos avanza bien. Dentro de un mes sabremos todo lo que necesitamos saber.

—Bueno, lo único que debo hacer entonces es conseguir el contrato de Sydney. Mañana voy para allá. Estos incidentes no afectarán las negociaciones.

—¿Con quién trabajarás?

—Los australianos tienen su propio SAS. Supuestamente pequeño... muy profesional, pero le faltan armas y tecnología de última generación. Ése será mi anzuelo. Tengo lo que necesitan, al costo —declamó Henriksen—. Vuelve a poner el video, el de España —dijo.

John se levantó de su escritorio, insertó el video y lo rebobinó hasta el principio de la cobertura televisiva. Vieron el descenso del equipo de asalto desde el helicóptero.

—¡Carajo, me lo perdí! —admitió el experto.

—¿Qué cosa?

—Tenemos que ampliar la imagen, pero eso no es un helicóptero policial. Es un Sikorsky H-60.

—¿Y?

—Y el H-60 jamás tuvo uso civil. ¿Ves ese cartel de POLICÍA pintado en el costado? Ésa es una aplicación civil. No es un helicóptero policial, John. Es militar... y si tiene equipo de reabastecimiento de combustible, entonces es un pájaro para operaciones especiales. Eso equivale a decir Fuerza Aérea de Estados Unidos, viejo. También nos indica dónde tienen su base...

—¿Dónde?

—Inglaterra. La USAF tiene un ala de operaciones especiales con base en Europa, parte en Alemania, parte en Inglaterra... El MH-60K, creo que esa es la designación del helicóptero, se fabrica especialmente para operaciones de búsqueda y rescate en combate y traslado de comandos especiales. Eh, nuestro amigo Popov tiene razón. Hay un equipo especial de gente que se encarga de estas cosas, y tienen apoyo de EE.UU., tal vez de otros países. La incógnita es: ¿quiénes son?

—¿Es importante?

—Potencialmente, sí. ¿Y si los australianos los llaman para que los ayuden en lo que estoy planeando, John? Eso echaría a perder todo.

—Agita tu avispero. Yo agitaré el mío.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 17

AVISPEROS

Pete tenía ahora seis amigos en el centro de tratamiento. Sólo dos de los sujetos se sentían lo suficientemente bien para permanecer en el dormitorio común con el whisky y los cartones de cigarrillos, pero Killgore suponía que se reunirían con los demás hacia el fin de la semana (tenían la sangre plagada de anticuerpos Shiva). Era extraño que la enfermedad atacara a diferentes personas de diferentes maneras, pero después de todo, los sistemas inmunológicos diferían según los individuos. Por eso algunas personas enfermaban de cáncer y otras no, a pesar de consumir tabaco y practicar consuetudinariamente otros modos de abuso.

Aparte de eso, todo era más fácil de lo que había esperado. Supuso que se debía a las altas dosis de morfina que les administraba. La medicina había descubierto hacía relativamente poco tiempo que no había un dosaje máximo para los inhibidores del dolor. Si el paciente seguía sufriendo, el médico podía inyectarle calmantes hasta que el dolor pasara. Los enfermos terminales resistían perfectamente dosis capaces de provocar accidentes respiratorios en personas sanas, y eso le facilitaba el trabajo. Cada dispensario de droga tenía un botón que los sujetos apretaban en caso de necesidad. De ese modo, se automedicaban automáticamente para entregarse al apacible olvido. Este procedimiento beneficiaba también al personal, ya que no debían aplicar tantas inyecciones (con los más que visibles riesgos que eso conllevaba). De sus respectivos “arbolitos de Navidad” pendían recipientes plásticos con nutrientes y suero intravenoso, que los enfermeros chequeaban sin tocar a los sujetos. Más tarde les inyectarían la vacuna B, supuestamente para inmunizarlos contra Shiva (en un 98 a 99%, según Steve Berg). Pero todos sabían que eso no equivalía al cien por ciento, y por lo tanto debían continuar con las medidas precautorias.

Obviamente, casi todos sentían escasa simpatía por los sujetos. Recoger vagabundos callejeros había sido una idea genial. El próximo grupo de sujetos despertaría mayor simpatía, pero todos los integrantes del equipo habían sido previa y convenientemente aleccionados. Harían muchas cosas desagradables, pero necesarias.

—¿Sabes? A veces pienso que la gente de Earth First tiene razón —decía Kevin Mayflower en el restaurante Palm.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —le preguntó Carol Brightling.

El presidente del Sierra Club miró su copa de vino.

—Destruimos todo lo que tocamos. Las costas, las selvas, el mar... mira lo que les ha hecho la “civilización.” Ah, sí, preservamos algunas áreas... ¿y qué? ¿Cuánto suman? ¿Un tres por ciento, tal vez? Bravo. Grandioso. Estamos envenenándolo todo, incluso a nosotros mismos. El problema del ozono va de mal en peor según el nuevo estudio de la NASA.

—Sí, ¿pero escuchaste hablar del parche? —preguntó la asesora presidencial.

—¿Parche? ¿Cómo?

Carol sonrió afectadamente.

—Bueno, juntas un montón de jumbos, los llenas de ozono, los envías a Australia y liberas el ozono a determinada altitud para emparchar la capa averiada. Tengo esa propuesta encima del escritorio.

—¿Y?

—Y es como practicar abortos en una cancha de fútbol, con transmisión en vivo y comentarios coloridos. Es imposible que funcione. Debemos permitir que el planeta se cure solo... pero no lo haremos, por supuesto.

—¿Alguna otra noticia alentadora?

—Ah, sí. El tema del CO₂. Un tipo de Harvard dice que si arrojamus limadura de hierro al océano Índico estimularemos el crecimiento del fitoplancton, y que de ese modo resolveremos el problema del CO₂ en un abrir y cerrar de ojos. Los cálculos matemáticos lucen muy bien. Todos esos genios que dicen poder arreglar el planeta, como si necesitara que ellos lo arreglen... cuando lo único que necesita la Tierra es que la dejen en paz.

—¿Y qué dice el presidente? —preguntó Mayflower.

—Me pide que le diga si puede funcionar o no, y en caso de que funcione que lo pruebe para estar seguros, y que luego lo ponga en práctica. No sabe nada y no quiere aprender —no agregé que ella debía cumplir sus órdenes, le gustara o no.

—Bueno, tal vez nuestros amigos de Earth First tengan razón, Carol. Tal vez seamos una especie parásita en la faz de la Tierra, y tal vez destruyamos el planeta íntegro antes de desaparecer.

—Rachel Carson vuelve a la vida, ¿eh?

—Mira, conoces la ciencia tanto como yo... acaso mejor. Estamos haciendo cosas como... como la que hizo desaparecer a los dinosaurios, sólo que voluntariamente. ¿Cuánto tardó el planeta en recuperarse?

—El planeta *no* se recuperó, Kevin —señaló Carol Brightling—. Produjo mamíferos... *nosotros*, ¿recuerdas? El orden ecológico preexistente no volvió jamás. Apareció algo nuevo, que tardó dos millones de años en estabilizarse —Valdría la pena haberlo visto, pensó. Observar un proceso como ése habría sido una bendición científica y personal...

pero probablemente en aquel entonces no había nadie para apreciarlo. A diferencia de hoy.

—Bueno, dentro de pocos años veremos la primera parte del derrumbe, ¿no? ¿Cuántas especies más aniquilaremos este año? Y si la situación del ozono sigue empeorando... Dios mío, Carol, ¿cómo es posible que la gente no se dé cuenta? ¿Acaso no *ven* lo que está pasando? ¿No les *importa*?

—No, Kevin, no lo ven, y no les importa. Mira a tu alrededor —El restaurante estaba lleno de individuos importantes, que lucían ropas importantes, e indudablemente discutían temas importantes, mientras devoraban sus manjares importantes... sin mencionar, ni por casualidad, la crisis planetaria que literalmente pendía sobre sus cabezas. Si la capa de ozono efectivamente se evaporaba, tal como podía suceder, bueno, empezarían a usar filtro solar para salir a la calle, y tal vez sobrevivirían... ¿pero qué pasaría con las especies naturales, los pájaros, los lagartos, todas las criaturas del planeta que no tenían esa opción? Los estudios indicaban que la radiación ultravioleta les escamaría los ojos y luego los mataría, provocando la rápida destrucción del ecosistema global—. ¿Crees que alguno de ellos sabe lo que pasa... o que, si lo sabe, le importa?

—Supongo que no —Kevin bebió un trago de vino blanco—. Bueno, nosotros lo advertimos constantemente, ¿no es así?

—Es gracioso —prosiguió Carol—. No hace mucho hacíamos la guerra, y gracias a ello la población del planeta no aumentaba y eso disminuía nuestras posibilidades de perjudicarlo... pero ahora la paz lo está echando todo a perder, eso sin contar los adelantos industriales. Es decir que la paz nos destruye con mayor eficacia que la guerra. Qué ironía.

—Y la medicina moderna. El mosquito anófeles sí que sabía impedir el crecimiento de la población... ¿Sabías que Washington era un pantano productor de malaria y que los diplomáticos la consideraban un destino peligroso? Pero... inventamos el DDT. Muy bueno para controlar mosquitos, pero letal para el halcón peregrino. Nunca hacemos las cosas bien. Jamás —concluyó Mayflower.

—¿Y si...? —preguntó Carol tentativamente.

—¿Y si qué, Carol?

—¿Y si la naturaleza produjera algo que eliminara a la mayoría de la raza humana?

—¿La hipótesis Gaia? —no pudo disimular una sonrisa. La idea era que la Tierra era un organismo pensante y auto-correctivo capaz de regular las numerosas especies vivientes que la poblaban—. Aunque fuera válida (y realmente espero que lo sea), me temo que los humanos nos movemos demasiado rápido para que Gaia pueda controlarnos. No, Carol, hemos creado un pacto suicida y vamos a arrastrarlo todo en nuestra caída. Y dentro de miles de años, cuando la población mundial se haya reducido a un millón de personas, sabrán cuál fue el error y leerán los libros y mirarán las filmaciones del paraíso que tuvimos al-

guna vez, y nos maldecirán en voz alta... Y tal vez, si tienen suerte, aprenderán de nuestras equivocaciones y empezarán de nuevo. Tal vez. Lo dudo. Aunque trataran de aprender, se preocuparían más por construir reactores nucleares para poder usar sus cepillos de dientes eléctricos. Rachel tenía razón. Algún día habrá una Primavera Silenciosa, pero entonces será demasiado tarde —picó un poco de ensalada, preguntándose qué sustancias químicas contendrían la lechuga y el tomate. Varias, estaba seguro. En esa época del año la lechuga venía de México (donde, era sabido, los horticultores hacían cualquier cosa para ganar dinero), y tal vez el personal de cocina la había lavado, pero tal vez no... Y allí estaba él, comiendo en un restaurante caro y envenenándose al ritmo del planeta. La serena desesperación de su mirada lo decía todo.

Estaba a punto para ser reclutado, pensó Carol Brightling. Era hora. Y arrastraría a varios con él. Perfecto, tenían lugar para todos en Kansas y Brasil. Media hora después abandonó el restaurante y se dirigió a la Casa Blanca para asistir a la reunión semanal de gabinete.

—Eh, Bill —dijo Gus desde su oficina en el Hoover Building—. ¿Qué está pasando?

—¿Viste el noticiero esta mañana? —preguntó Henriksen.

—¿Te refieres a lo que pasó en España? —preguntó Werner.

—Sí.

—Claro. También te vi en el micro.

—Es mi acto magistral —Se rió—. Bueno, es útil para los negocios, ¿sabes?

—Sí, supongo que sí. De todos modos, ¿qué te preocupa?

—No fue la policía española, Gus. Sé cómo los entrenan. No es su estilo, viejo. ¿Entonces quién fue? ¿Delta, SAS, CRR?

Gus Werner entrecerró los ojos. El actual subdirector del FBI había sido otrora agente especial a cargo del Comando de Rescate de Rehenes, cuerpo de elite del FBI. Una vez promovido, se había desempeñado como agente especial a cargo de la división de campo de Atlanta, y ahora estaba a cargo de la nueva División Terrorismo. Bill Henriksen había trabajado para él antes de abandonar el FBI para iniciar su propia empresa consultora. Pero el bichito del FBI no dejaba en paz a nadie y evidentemente Bill andaba a la pesca de información.

—Realmente no puedo decirte mucho al respecto, compañero.

—¿Oh?

—¿Oh? Sí. No puedo hablar —dijo Werner sin inmutarse.

—¿Temas clasificados?

—Algo así —concedió Werner.

Risita.

—Bueno, algo es algo, ¿eh?

—No, Bill. Algo es nada. Eh, viejo, no puedo violar las reglas, y tú lo sabes muy bien.

—Siempre fuiste un hombre decente —admitió Henriksen—. Bueno, quienesquiera que sean, me alegra que estén de nuestro lado. El operativo se vio fabuloso por TV.

—Sí —Werner tenía la colección completa de videos, transmitida vía satélite encriptado desde la embajada de EE.UU. en Madrid a la Agencia Nacional de Seguridad, y desde allí a los cuarteles centrales del FBI. La había visto completa y esperaba recibir más información esa misma tarde.

—No obstante, me gustaría que les digas algo si tienes ocasión.

—¿Qué cosa, Bill?

—Si quieren parecer policías locales no deben usar helicópteros de la USAF. No soy estúpido, Gus. Los periodistas no se dan cuenta, pero es más que obvio para cualquiera que tenga un gramo de cerebro, ¿no te parece?

Caramba, pensó Werner. A él se le había pasado, pero Bill era cualquier cosa menos tonto. Se preguntó cómo era posible que los medios no hubieran reparado en tan flagrante detalle.

—¿Y?

—No me vendas gato por liebre, Gus. Era un Sikorsky Modelo 60. Jugábamos con ellos cuando íbamos a Fort Bragg, ¿recuerdas? Nos gustaban más que los Hueys, pero no son de uso civil y por eso no pudimos comprar uno —le recordó a su ex jefe.

—Transmitiré el mensaje —prometió Werner—. ¿Alguien más se dio cuenta?

—No que yo sepa, y tampoco dije nada esta mañana en el noticiero, ¿verdad?

—No, no lo hiciste. Gracias.

—Entonces, ¿vas a decirme algo sobre estos tipos?

—Lo lamento, viejo, pero no. Es un asunto codificado y lo cierto es que no sé demasiado al respecto —mintió Werner. *Mentira*, casi oyó decir a su ex subordinado. Y muy débil. Si había un comando especial antiterrorista, y si Estados Unidos estaba involucrado, indudablemente el experto del FBI en ese campo sabría de qué se trataba. Henriksen se dio cuenta sin que se lo dijera. Pero, maldita sea, reglas eran reglas, y no había manera de que un consultor privado entrara en el compartimiento clasificado llamado Rainbow. Por lo demás, Bill también conocía las reglas.

—Sí, Gus, claro —fue la respuesta burlona—. De todos modos, son muy buenos. Pero el español no es su idioma materno y tienen acceso a aeronaves estadounidenses. Díles que tengan más cuidado.

—Lo haré —prometió Werner, y anotó algo.

—Proyecto en negro —se dijo Henriksen después de colgar—. Me pregunto de dónde sacan los fondos....

Fueran quienes fuesen, tenían conexiones con el FBI, además de con SOD. ¿Qué otra cosa podía averiguar? ¿Dónde tenían la base?... Para saberlo... sí, era posible, ¿por qué no? Necesitaría establecer la hora de inicio de los tres incidentes, luego determinar cuándo apare-

cían los cowboys, y finalmente rastrear el punto de origen. Las aerolíneas viajaban a aproximadamente quinientos nudos, y eso implicaba una distancia de viaje...

...*Inglaterra, tenía que ser en Inglaterra*, decidió Henriksen. Era la única ubicación lógica. Los británicos tenían toda la infraestructura in situ y la seguridad era excelente en Hereford... Henriksen se había entrenado con el SAS cuando era parte del CRR del FBI. OK, lo confirmaría con los registros escritos sobre los atentados de Viena y Berna. Su equipo cubría normalmente todas las operaciones antiterroristas... y podía llamar a sus contactos en Suiza y Austria para averiguar más detalles. No sería difícil. Miró el reloj. Le convenía llamar inmediatamente, dada la diferencia horaria. Buscó en su rolodex e hizo un llamado por línea privada.

¿Así que “proyecto en negro”, eh? pensamos. Veremos.

La reunión de gabinete terminó temprano. La agenda del presidente estaba en orden, lo cual facilitaba las cosas para todos. Habían obtenido sólo dos votos... En realidad, puras fantasías de los miembros del gabinete, ya que el presidente tenía el único voto, tal como lo había hecho notar varias veces, recordó Carol. La reunión se disolvió y los funcionarios comenzaron a salir del edificio.

—Hola, George —la Dra. Brightling saludó al secretario del Tesoro.

—Hola, Carol, ¿sigue abrazando árboles? —preguntó con una sonrisa.

—Siempre —rió Carol por toda respuesta a ese plutócrata ignorante—. ¿Vio el noticiero de la mañana?

—¿Qué parte?

—Lo de España...

—Ah, sí, el Parque Mundial. ¿Qué pasa con eso?

—¿Quiénes eran esos hombres enmascarados?

—Carol, si tiene que preguntarlo es que no debe saberlo.

—No quiero su número telefónico, George —replicó Brightling, permitiendo que el hombre le abriera la puerta—. Y estoy al tanto de casi todo lo que pasa, ¿recuerda?

El secretario del Tesoro tuvo que admitir que era cierto. La asesora científica de Presidencia estaba al tanto de todos los programas clasificados —incluyendo armas, nucleares y de las otras— y supervisaba las comunicaciones secretas de seguridad como parte de sus deberes de rutina. Realmente tenía derecho a enterarse si preguntaba. Ojalá no lo hubiera hecho. Ya eran demasiados los que conocían la existencia del Rainbow. Suspiró.

—Lo organizamos hace unos meses. Es en negro, ¿entendido? Un grupo de operaciones especiales, multinacional, con base en Inglaterra, principalmente británicos y estadounidenses, pero también otras nacionalidades. La idea se le ocurrió a un tipo de la CIA que cuenta con la

simpatía del presidente... Y hasta el momento no se ha equivocado, ¿no le parece?

—Bueno, el rescate de esos niños fue algo especial. Espero que reciban una palmadita en la cabeza por haberlo hecho.

Sonrisa.

—Depende. El presidente les envió un mensaje esta mañana.

—¿Cómo se llama?

—¿Está segura de querer saberlo? —preguntó George.

—¿Qué tiene de peculiar el nombre?

—Nada —asintió George—. Se llama Rainbow. Por su carácter multinacional.

—Bueno, quienesquiera que sean, anoche se ganaron varios puntos. ¿Sabe? Realmente tendrían que informarme sobre estos temas. Puedo ayudar —señaló.

—Bueno, dígaselo al Jefe.

—Estoy en su lista de excluidos, ¿recuerda?

—Sí, entonces concéntrese en sus cuestiones medioambientales, ¿sí? Diablos, todos somos como la verde hierba y el canario Tweety. Pero no podemos permitir que el canario Tweety nos diga cómo gobernar el país, ¿no le parece?

—George, yo me ocupo de temas científicos verdaderamente importantes —señaló Carol Brightling.

—Eso dice usted, doc. Pero si cambiara la retórica se interesaría más gente. Un pequeño cambio de estilo —sugirió el secretario del Tesoro, abriendo la puerta de su auto para recorrer cómodamente las dos cuadras que lo separaban de su departamento.

—Gracias, George, lo pensaré —prometió. George la saludó justo cuando el chofer puso marcha atrás.

—Rainbow —murmuró Carol, cruzando el West Executive Drive. ¿Valía la pena dar otro paso? Lo entretenido de trabajar con temas clasificados era que si una estaba adentro, estaba adentro... Al llegar a su oficina insertó la llave plástica en su STU-4 y llamó al director de la CIA por línea privada.

—Hola —respondió una voz masculina.

—Ed, habla Carol Brightling.

—Hola. ¿Cómo anduvo la reunión de gabinete?

—Liviana, como siempre. Quiero hacerle una pregunta.

—¿Cuál, Carol?

—Sobre Rainbow. Sobre la operación de anoche en España.

—¿Usted está al tanto? —preguntó Ed.

—Si no, ¿cómo sabría el nombre del comando, Ed? Sé que lo organizó uno de sus hombres. No recuerdo su nombre, es un tipo que le agrada mucho al presidente.

—Sí, John Clark. Hace tiempo fue mi oficial de entrenamiento. Es un ciudadano sólido. Estuvo metido hasta los dientes e hizo mucho más de lo que hicimos Mary Pat y yo. Como sea, ¿por qué le interesa?

—Por los nuevos sistemas encriptados de radio táctico que está probando la ASN. ¿Ya los tienen?

—No sé —admitió Foley—. ¿Ya están en condiciones de ser usados?

—Dentro de un mes lo estarán. E-Systems será el fabricante y pensé que Rainbow debía tenerlos. Quiero decir, a ellos les toca lo más difícil. Deberían ser los primeros en recibirlos.

En el otro extremo de la línea, el director de la CIA se obligó a recordar que debía prestar mayor atención al trabajo de la Agencia Nacional de Seguridad. Además, se había permitido olvidar que Brightling tenía la “tarjeta negra” que la hacía parte integrante del santuario de Fort Meade.

—No es mala idea. ¿Con quién tengo que hablar?

—Con el almirante McConnell, supongo. Es su jurisdicción. En todo caso, sólo quise hacerle una sugerencia amistosa. Si el comando Rainbow es tan bravo, debería tener los mejores juguetes.

—OK, me ocuparé de eso. Gracias, Carol.

—De nada, Ed. Y algún día me gustaría conocer el programa completo, ¿eh?

—Claro, yo puedo hacérselo conocer. Puedo enviar a un muchacho con toda la información que necesite.

—De acuerdo, cuando lo crea conveniente. Nos vemos.

—Adiós, Carol.

Brightling le sonrió al teléfono. Ed jamás le preguntaría nada, ¿verdad? Conocía el nombre del comando, había hablado bien de los muchachos, y había ofrecido ayuda... como una burócrata leal. Y había averiguado el nombre del líder. John Clark. Alguna vez entrenador del mismísimo Ed Foley. Era tan fácil conseguir información si una hablaba el idioma adecuado. Bueno, por eso había querido ese puesto, con frustraciones y todo.

Uno de sus empleados hizo los cálculos y estimó los tiempos de viaje... y el resultado fue Inglaterra, tal como sospechaba. El triángulo de tiempo aplicable a Berna y Viena tenía su vértice en Londres, o muy cerca de allí. Tenía lógica, pensó Henriksen. British Airways volaba a todas partes y siempre había mantenido relaciones cordiales con el gobierno británico. Entonces, el grupo debía tener base en... Hereford, casi seguro. Probablemente era multinacional... característica que lo haría más aceptable para otros países. Sí, estaría integrado por británicos y estadounidenses, y tal vez soldados de otras nacionalidades... y tenía acceso a facilidades estadounidenses como ese helicóptero Sikorsky. Gus Werner estaba al tanto de todo... ¿habría gente del FBI en el equipo? Probablemente. EL CRR era esencialmente una organización policial, pero como su misión era el antiterrorismo, practicaba y compartía con otras organizaciones semejantes en el mundo, incluso con aquellas esencialmente militares. La misión era la misma y, por lo tanto, los

comandos eran fácilmente intercambiables... y los miembros del CRR del FBI eran los mejores del planeta. Probablemente habría alguien del CRR, tal vez algún conocido suyo. Sería útil saber quién, pero por el momento ese conocimiento estaba fuera de su alcance.

Lo más importante de todo era que ese grupo antiterrorista era un peligro potencial. ¿Y si se despleaban en Melbourne? ¿Perjudicarían sus intereses? Seguramente no los beneficiarían, especialmente si había un agente del FBI en el equipo. Henriksen había pasado quince años en el FBI y no se hacía ilusiones. Los agentes tenían ojos para ver y cerebros para pensar y se metían en todo. Y de ese modo, su estrategia para concientizar al mundo sobre la amenaza terrorista (echando de paso agua para su molino en el asunto Melbourne) podría estársele escapando de las manos. Maldición. Pero la Ley de Consecuencias No Intencionales podía afectar a cualquiera, ¿no? Por eso estaba en la cima, porque su trabajo era manejar cosas no intencionales. Y ahí estaba, con ánimo de oficial de inteligencia. Necesitaba saber más. Lo peor de todo era que debía viajar a Australia en pocas horas, lo cual le impediría proseguir sus averiguaciones. Bien. Esa noche cenaría con su jefe y le transmitiría todo lo que sabía hasta el momento. Tal vez ese tipo de la KGB lo desasnara un poco. Hasta el momento se había manejado muy bien. Un fumador de pipa. Nunca dejaría de sorprenderlo que cosas tan pequeñas pudieran ser tan reveladoras. Sólo había que mantener la cabeza y los ojos abiertos.

—El Interleukin no surte efecto —dijo John Killgore, apartando la vista del monitor. La pantalla del microscopio electrónico era clara. Las cepas de Shiva se reproducían alegremente, devorando en el proceso todo el tejido sano.

—¿Y? —preguntó la Dra. Archer.

—Y ésa era la única opción de tratamiento que me preocupaba. El Interleukin-3a es un descubrimiento excitante, pero Shiva se ríe de él y sigue adelante. Este virus es un aterrador hijo de puta, Barb.

—¿Y los sujetos?

—Recién estuve allí. Pete se nos va, igual que el resto. El Shiva los está devorando. Todos tienen hemorragias internas y no hay nada que detenga la destrucción de los tejidos. Probé todo lo que proponen los libros. Esos pobres tipos no podrían recibir mejor tratamiento en Hopkins, Harvard o la Clínica Mayo. Pero van a morir. Todos. Ahora —admitió—, habrá casos cuyos sistemas inmunológicos puedan resistir al virus, aunque muy raros.

—¿Hasta qué punto raros? —Le preguntó al epidemiólogo.

—Menos de uno en un millar, probablemente, tal vez uno cada diez mil afectados. Ni siquiera la variedad neumónica de la plaga mata a todo el mundo —le recordó. Era la enfermedad más letal del planeta y permitía sobrevivir a un individuo de cada diez mil. Archer sabía que algunos sistemas inmunológicos mataban todo lo que les era ajeno. Ésos

eran los que vivían cien años o más. No tenía nada que ver con fumar, no fumar, beber alcohol por la mañana o cualquiera de esas basuras que publicaban en las revistas para revelar el (supuesto) secreto de la vida eterna. Estaba en los genes. Algunos eran mejores que otros. Así de simple.

—Bueno, no es para preocuparse ¿no?

—La población mundial está entre los cinco y los seis mil millones de personas. Si hacemos el cálculo, serían unos pocos millares que no nos tendrían mucha estima.

—Dispersos por el mundo entero —dijo Barbara—. Desorganizados, sin líderes ni conocimiento científico que los ayuden a sobrevivir. ¿Cómo harían para comunicarse? ¿Aunque más no sea los ochocientos sobrevivientes de Nueva York? ¿Y las enfermedades que traerá la muerte de tantas personas? El mejor sistema inmunológico del mundo no podría protegerse contra eso.

—Muy cierto —admitió Killgore. Luego sonrió—. ¿Estamos mejorando la raza, no?

La Dra. Archer captó el rasgo de humor negro implícito en la afirmación de su colega.

—Sí, John, estamos mejorando la raza. Entonces, ¿la vacuna B está lista?

Killgore asintió.

—Sí, recibí mi inyección hace una hora. ¿Estás lista para la tuya?

—¿Y la A?

—En el *freezer*, lista para su fabricación masiva en cuanto la gente empiece a necesitarla. Podremos producir miles de litros por semana cuando llegue el momento. Suficiente para cubrir el planeta —le dijo—. Steve Berg y yo lo decidimos ayer.

—¿Alguien más podría...

—Imposible. Ni siquiera Merck puede moverse tan rápido... y si lo hicieran, tendrían que utilizar nuestra fórmula, ¿no?

Ése era el aliciente definitivo, el último recurso. Si el plan de pagar el Shiva por todo el orbe no funcionaba tan bien como esperaban, el mundo entero recibiría la vacuna A, en la que casualmente habían estado trabajando los científicos de Laboratorios Antigen (una división de The Horizon Corp.) como parte del esfuerzo conjunto de ayuda al Tercer Mundo, cuna y hogar de todas las fiebres hemorrágicas. Una casualidad afortunada, aunque ya vista en la literatura médica. John Killgore y Steve Berg habían publicado informes y estudios sobre esas enfermedades, muy bien considerados por la comunidad científica internacional. Debido a eso, el mundo médico sabía que Horizon/Antigen estaba trabajando en el área y no se sorprendería al conocer la existencia de la vacuna. Incluso probarían la vacuna en los laboratorios y descubrirían que poseía una amplia variedad de anticuerpos. Pero no serían los anticuerpos correctos y la vacuna con el virus vivo sería una sentencia de muerte para todo el que le permitiera ingresar en su torrente sanguíneo. El período entre la aplicación de la vacuna y la apari-

ción de síntomas francos sería de cuatro a seis semanas, y, nuevamente, los únicos sobrevivientes serían las almas afortunadas que moraban en lo más profundo del océano genético. Sobrevivirían cien personas de cada millón. Tal vez menos. Ébola-Shiva era un virus maléfico que habían tardado sólo tres años en diseñar. Bueno, pensó Killgore, ése es el sentido de la ciencia. La manipulación genética era un campo nuevo y ciertas cosas resultaban impredecibles. Lo triste era que los mismos individuos, en el mismo laboratorio, estaban emprendiendo un camino nuevo e inesperado —la longevidad humana— y obteniendo verdaderos progresos. Bueno, tanto mejor. Una vida larga para apreciar un nuevo mundo, producto directo de Shiva.

Y los adelantos no cesarían. Muchos de los elegidos para recibir la vacuna B eran científicos. A algunos no les agradaría la noticia, pero tendrían poca opción y, siendo científicos, pronto retomarían su trabajo.

No todos los del proyecto aprobaban la decisión. Los más radicales decían que preservar vidas de médicos iba contra la naturaleza misma de la misión... porque la medicina impedía a la naturaleza seguir su curso. Seguro, pensó Killgore. Bien, dejarían que esos ideólogos de la estupidez parieran en medio del campo luego de una jornada de caza y recolección de frutos, y muy pronto desaparecerían. Él planeaba disfrutar y estudiar la naturaleza, pero con el calzado y el abrigo adecuados. Planeaba seguir siendo un hombre educado y no tenía la menor intención de transformarse en un mono desnudo. Dejó vagar el pensamiento... Tendrían que implementar la división del trabajo, por supuesto. Los agricultores cultivarían las verduras y carnearían los animales que ellos comerían... y los cazadores matarían búfalos (bestias de carne más sana, más baja en colesterol). El búfalo se reproduciría rápidamente, pensó. El trigo seguiría abundando en las Grandes Llanuras y los búfalos salvajes se criarían gordos y saludables, especialmente gracias a la eliminación brutal de sus predadores. El ganado doméstico también prosperaría, pero finalmente sería desplazado por el búfalo, animal más resistente y propenso a la vida en libertad. Killgore quería ser testigo, quería contemplar las enormes manadas que otrora habitaban el oeste norteamericano. También quería ver África.

Eso implicaría la existencia de aviones y pilotos en el proyecto. Horizon ya tenía su propia colección de aviones comerciales G-V, de modo que necesitarían pequeños grupos de gente para manejo y mantenimiento de algunos aeropuertos. Zambia, por ejemplo. Quería ver África libre y salvaje. El continente negro tardaría aproximadamente diez años en recuperarse, estimó. El SIDA estaba eliminando a sus pobladores a paso agigantado y Shiva aceleraría el proceso. El hombre desaparecería de África y él podría contemplar la naturaleza en toda su gloria... ¿y tal vez matar un león para tener una bonita alfombra en su casa de Kansas? Algunos miembros del proyecto pondrían el grito en el cielo si se enteraran, ¿pero qué importancia tenía un león más o menos? El proyecto salvaría centenares de miles, tal vez millones, que vagarían y

cazarían en orgullosa libertad. Qué bello sería el Nuevo Mundo una vez eliminada la especie parásita empeñada en destruirlo.

Sonó un *beeper*. Killgore miró el panel de control.

—Es Ernie, M5... parece un ataque cardíaco —dijo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Barbara Archer.

Killgore se levantó.

—Asegurarme de que esté muerto —Se inclinó para seleccionar una cámara para el monitor de su escritorio—. Así podrás ver.

Dos minutos después apareció en pantalla. Ya había llegado un paramédico, que se limitaba a observar. Killgore chequeó el pulso y los ojos del enfermo. A pesar de haberse inoculado la vacuna B, Killgore usaba guantes y barbijo. Bueno, tenía sus razones. Retrocedió y apagó el equipo de monitoreo. El paramédico desconectó los sueros y cubrió el cadáver con una sábana. Killgore señaló la puerta y el paramédico salió, empujando la camilla rumbo al incinerador. Killgore revisó a los demás sujetos e incluso habló brevemente con uno antes de salir de pantalla.

—Lo había previsto —dijo al regresar al salón de control, ya sin su equipo aislante—. El corazón de Ernie no estaba en buenas condiciones y Shiva lo atacó con saña. Wendell será el próximo. Tal vez mañana por la mañana. El hígado dejó de funcionar y tiene fuertes hemorragias en el intestino grueso.

—¿Y el grupo de control?

—Mary, F4, presentará síntomas francos dentro de dos días.

—Entonces, ¿el sistema de contagio funciona?

—Como un reloj —asintió Killgore, sirviéndose una taza de café antes de sentarse—. Todo funciona de primera, Barb, y las proyecciones de la computadora superan nuestros parámetros de necesidades. Seis meses después de iniciada la epidemia, el mundo será un lugar muy diferente —le prometió.

—Pero esos seis meses me siguen preocupando, John. Si alguien descubre lo que pasó... su último acto consciente será matarnos a todos.

—Para eso tenemos armas, Barb.

—Se llama Rainbow —les dijo. Había obtenido la mejor información del día—. Tiene base en Inglaterra. Fue diseñado por un tipo de la CIA llamado John Clark, que evidentemente comanda el equipo.

—Tiene lógica —dijo Henriksen—. Multinacional, ¿verdad?

—Eso creo —confirmó John Brightling.

—Sí —dijo Dimitri Popov, picando un poco de ensalada César—. Todo encaja, ¿podría ser una unidad de la OTAN con base en Hereford?

—Correcto —dijo Henriksen—. A propósito, lo felicito por averiguarlo.

Popov se encogió de hombros.

—Fue muy simple en realidad. Tendría que haberlo adivinado antes. Ahora quiero saber qué quieren que haga al respecto.

—Creo que necesitaremos más tiempo para averiguar datos —dijo Henriksen, mirando de soslayo a su jefe—. Mucho más.

—¿Cómo piensan hacerlo? —preguntó Brightling.

—No es difícil —aseguró Popov—. Cuando uno sabe dónde buscar... ya ganó la mitad de la batalla. Una vez que sabe eso, va y busca. Y ya tengo un nombre, ¿no?

—¿Quiere hacerse cargo? —le preguntó John.

—Ciertamente —*si me paga por hacerlo*—. Hay peligros evidentes, pero...

—¿Qué clase de peligros?

—Una vez trabajé en Inglaterra. Existe la posibilidad de que tengan mi foto, bajo otro nombre. Pero no creo.

—¿Puede imitar el acento? —preguntó Henriksen.

—Seguro, viejo —replicó Popov con una mueca burlona—. ¿Usted perteneció al FBI?

Gesto afirmativo.

—Sí.

—Entonces sabe cómo se hace. Una semana, creo.

—De acuerdo —dijo Brightling—. Viaje mañana mismo.

—¿Pasaporte? —preguntó Henriksen.

—Tengo varios, todos vigentes, todos perfectos —le aseguró Popov. Era bueno tener un profesional en el grupo, pensó Henriksen.

—Bueno, tengo que volar mañana temprano y todavía no hice las valijas. Nos vemos la semana próxima, cuando esté de vuelta.

—Cuidado con el estrés de los aviones, Bill —aconsejó John.

El ex agente del FBI lanzó una carcajada.

—¿Tienes una droga que lo evite?

CAPÍTULO 18

ASPECTOS

Popov abordó el primer vuelo del Concorde. Nunca había volado en ese avión y el interior le pareció estrecho. Se apoltronó en el asiento 4-C. Mientras tanto, en otra terminal, Bill Henriksen ocupaba un asiento de primera clase en un American DC-10 con destino a Los Ángeles.

William Henriksen, pensó Dimitri Arkadeyevich Popov. Ex miembro del Comando de Rescate de Rehenes del FBI, experto en antiterrorismo, presidente de una empresa consultora de seguridad internacional, ahora rumbo a Australia para conseguir un contrato para las próximas Olimpíadas... ¿Cómo jugaba ese factor en la Horizon Corporation de John Brightling? ¿Qué hacía exactamente Henriksen? O, más precisamente ¿a qué idea servía? ¿Cuál era su trabajo? Indudablemente le pagaban bien... ni siquiera había sacado el tema del dinero durante la cena proque seguramente le pagaban lo que pedía. Popov pensaba pedir 250.000 dólares sólo por ese trabajo, aunque conllevaba varios peligros (aparte de conducir un automóvil por las rutas y calles británicas). ¿250.000? Tal vez más, se dijo el ruso. Después de todo, la misión parecía ser muy importante para ellos.

¿Cómo era posible que un experto en terrorismo y un experto en antiterrorismo participaran del mismo plan? ¿Por qué habían dado por válido su descubrimiento de una nueva organización antiterrorista internacional? Era importante para ellos, pero, ¿por qué? ¿Qué diablos pretendían? Sacudió la cabeza. Se consideraba muy astuto y no tenía el menor indicio. Y quería saber, ahora más que nunca.

Nuevamente, no saber era lo que más lo preocupaba. ¿Estaba preocupado? Sí, estaba preocupado. La KGB jamás había estimulado la curiosidad en sus acólitos, pero incluso ellos sabían que era necesario informar a las personas inteligentes, y por eso, las órdenes solían ir acompañadas de alguna clase de explicación... y por lo menos, en aquellos tiempos, sabía que estaba sirviendo a los intereses de su país. Toda información que conseguía, todo extranjero que reclutaba, era con el propósito de volver más segura, más eficiente y más poderosa a su nación. Que todo hubiera fracasado no era culpa suya. La KGB nunca le había fallado al Estado. Pero el Estado le había fallado a la KGB. Él había formado parte del mejor servicio de inteligencia del mundo y se sentía orgulloso. De su agencia y de sí mismo.

Pero ahora no sabía qué estaba haciendo. Supuestamente debía

conseguir información, cosa muy fácil para él, pero no sabía por qué. Las cosas que había escuchado en la cena la noche anterior habían abierto la puerta a un nuevo misterio. Parecía una película de conspiradores (siempre Hollywood) o una novela de detectives cuyo final no podía discernir. Cobraría el dinero y haría el trabajo, pero por primera vez se sentía incómodo. Mientras Popov seguía inmerso en sensaciones desagradables, su avión abandonó la pista y puso rumbo al sol naciente, hacia el aeropuerto londinense de Heathrow.

—¿Algún progreso, Bill?

Tawney se respaldó en su silla.

—No mucho. Los españoles identificaron a dos de los terroristas: separatistas vascos. Y los franceses creen que otro ciudadano francés trabajaba en el parque, pero eso es todo. Supongo que podríamos pedirle información a Carlos, pero dudo que esté dispuesto a cooperar... ¿y quién dice que los conocía, en primer lugar?

—Cierto —Clark tomó asiento—. ¿Sabes una cosa? Ding tiene razón. Un atentado era esperable, pero tres consecutivos es demasiado. ¿Es posible que una misma persona los esté organizando, Bill?

—Supongo que es posible, ¿pero quién lo haría... y por qué?

—Un momento. Primero vayamos al “quién”. ¿Quién puede hacerlo?

—Alguien que haya tenido acceso a los terroristas en las décadas de 1970 y 1980... es decir alguien que haya estado metido en el movimiento, o que los controlara e “influyera” desde afuera. Es decir, un sujeto de la KGB. Idealmente el sujeto los conocería, tendría manera de contactarlos y, por consiguiente, capacidad de activarlos.

—Los tres grupos manifestaron una ideología fuerte...

—Por eso el contacto tendría que ser un ex —¿o tal vez activo?— miembro de la KGB. Tendría que ser alguien en quien confiaran... más que eso, una persona cuya autoridad reconocieran y respetaran —Tawney bebió un sorbo de té—. Es decir un oficial de inteligencia, tal vez jerárquico, con el que hubieran trabajado en los viejos tiempos. Entrenados y pagados por el viejo Bloque Oriental.

—¿Alemán, checo, ruso?

—Ruso —dijo Tawney—. No olvides que la KGB permitía que los otros países del Bloque los apoyaran pura y exclusivamente bajo su dirección... y la naturaleza de esos convenios siempre fue quebradiza como el cristal, John. Era más conveniente para ellos que para los demás. “Elementos progresistas” y toda esa basura. Generalmente los entrenaban fuera de Moscú y luego los acuartelaban en viviendas seguras ubicadas en Europa Oriental, principalmente en Alemania del Este. Conseguimos mucho material de la vieja Stasi alemana cuando la RDA colapsó. En este mismo momento varios colegas lo están revisando en Century House. Tomará tiempo. Desafortunadamente, la información

no se pasó a computadora ni tiene referencias. Problemas de presupuesto —explicó Tawney.

—¿Por qué no vamos directo a la KGB? Demonios, conozco a Golovko.

Tawney no lo sabía.

—Es una broma.

—¿Cómo crees que Ding y yo entramos tan rápido a Irán con identidad rusa? ¿Crees que la CIA puede hacer tan rápido una operación de esa índole? Ojalá, Bill. No, Golovko la organizó y Ding y yo pasamos por su oficina antes de volar.

—Está bien, entonces. ¿Por qué no lo intentas?

—Tendría que conseguir la autorización de Langley?

—¿Crees que Sergey cooperará?

—No estoy seguro —admitió John—. Tal vez por dinero. Pero antes de intentarlo, necesito saber qué quiero exactamente. No es una expedición de pesca. Debo ser preciso y contundente.

—Tal vez podríamos conseguir el nombre de algún oficial de inteligencia que haya trabajado con terroristas... El problema es que no sería su verdadero nombre, ¿no?

Clark asintió.

—Probablemente no. ¿Sabes? Tendremos que esmerarnos para encontrar vivo a uno de esos tipos. Sería más que difícil interrogar a un cadáver.

—La ocasión todavía no se ha presentado —señaló Tawney.

—Puede ser —opinó Clark. Y aunque encontraran a uno vivo, ¿qué garantía tenían de que sabría lo que ellos necesitaban? Pero había que empezar por algo.

—Lo de Berna fue un robo a un banco. Lo de Viena fue un intento de secuestro y, según Herr Ostermann, los sujetos buscaban algo que no existe: códigos de acceso privados a la bolsa internacional. El último atentado parece salido de los años setenta.

—OK, dos de tres fueron por dinero —coincidió Clark—. Pero en ambos casos los terroristas estaban sustentados por la ideología, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Por qué tendrían interés en el dinero? En el primer caso, OK, tal vez haya sido un simple robo. Pero el segundo fue más sofisticado... bueno, sofisticado y torpe a la vez porque buscaban algo que no existe, pero como operadores ideológicos no tenían por qué saberlo. Bill, *alguien* les dijo que consiguieran ese dato inexistente. No se les ocurrió a ellos, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo, tu hipótesis es probable —dijo Tawney—. Muy probable, diría yo.

—En ese caso tendríamos dos operadores ideológicos, técnicamente competentes, que buscan algo que en realidad no existe. La combinación de inteligencia operativa y estupidez objetiva nos hace señas a los gritos, ¿no crees?

—¿Pero el Parque Mundial?

Clark se encogió de hombros.

—Tal vez Carlos sabe algo que necesitan. Tal vez tiene un arsenal escondido en alguna parte, o información, o contactos, o incluso dinero... imposible saberlo, ¿no?

—Y me parece improbable convencerlo de cooperar con nosotros.

Clark gruñó.

—Imposible —farfulló luego.

—Lo que puedo hacer es hablar con los muchachos del Five. Quizás esta sombra rusa trabajó con el PIRA. Déjame husmear un poco, John.

—OK, Bill. Yo hablaré a Langley.

Clark se levantó y salió de la oficina. Su objetivo primordial era encontrar la idea que necesitaba para poder hacer algo útil.

Estaba empezando con el pie izquierdo. Popov se rió al pensarlo. Al llegar a su coche alquilado abrió la puerta equivocada, pero enseguida se repuso y desplegó el mapa que había comprado en la terminal. Salió de la Terminal Cuatro de Heathrow rumbo a la autopista que lo llevaría a Hereford.

—Entonces, ¿cómo funciona esta cosa, Tim?

Noonan alejó la mano, pero la aguja seguía señalando a Chávez.

—Maldita sea, es resbaladiza. Supuestamente rastrea el campo electromagnético generado por el corazón humano. Es una señal única de baja frecuencia... que ni siquiera se confunde con la de los gorilas y los animales...

El aparato —de antena angosta y empuñadura de pistola— parecía una pistola de rayos salida de una película de ciencia ficción de los años 30. Noonan se alejó de Chávez y Covington y apuntó a la pared. Había una secretaria sentada exactamente... allí. El aparato la registró. Noonan empezó a caminar y la aguja siguió apuntando hacia ella, a través de la pared.

—Es como una horqueta para buscar agua —comentó Peter, maravillado.

—Se parece bastante, ¿no? Maldición, no me asombra que el ejército quiera tenerla. Olvídense de las emboscadas. Esta cosa encuentra gente bajo la tierra, atrás de los árboles, en la lluvia... estén donde estén, este aparato los encontrará.

Chávez lo pensó un poco. Más específicamente, recordó una operación en Colombia muchos años atrás, caminando entre las malezas, intentando localizar posibles enemigos. Ahora, ese aparato reemplazaba todo lo que había aprendido en el Séptimo Liviano. Como herramienta defensiva podía borrar del mapa a los ninjas. Como herramienta ofensiva podía advertir dónde estaban los chicos malos antes de que

uno pudiera verlos u oírlos, dándole la posibilidad de acercarse lo suficiente para...

—¿Para qué sir... qué dice el fabricante?

—Búsqueda y rescate de bomberos en un edificio en llamas, víctimas de avalanchas, un montón de cosas, Ding. Como herramienta anti-intrusos, esta cachorrita será difícil de igualar. Están jugando con ella desde hace dos semanas en Fort Bragg. Los muchachos de la Delta se enamoraron apasionadamente. Todavía es un poco difícil de usar, y no tiene gran alcance, pero creo que bastará con modificar la antena, conectar dos de los detectores con GPS, y triangular... Todavía no sabemos cuál será su mayor alcance. Dicen que podrá encontrar personas a quinientos metros de distancia.

—Demonios —observó Covington. Pero el instrumento le seguía pareciendo un juguete caro para niños.

—¿Y para qué nos servirá a nosotros? No puede distinguir a un rehén de un terrorista —señaló Chávez.

—Uno nunca sabe, Ding. Con seguridad podrá decirte dónde *no* están los muchachos malos —advirtió Noonan. Había estado jugando todo el día con el aparatito para aprender a usarlo con eficacia. Hacía tiempo que no se sentía un niño con un juguete nuevo, pero ese aparato era tan nuevo e inesperado que bien podría haber llegado con el árbol de Navidad.

Brown Stallion. Así se llamaba el pub del motel. Estaba a medio kilómetro de la entrada principal de Hereford y parecía un buen lugar para empezar... y mejor aún para beber cerveza. Popov ordenó una pinta de Guinness, que bebió lentamente mientras escrutaba el salón. El televisor estaba prendido. Transmitía un partido de fútbol —no sabía si en directo o no— entre el Manchester United y los Rangers, que atraía la atención de los clientes y del barman. Popov también se quedó mirando, mientras bebía cerveza y escuchaba las conversaciones de los parroquianos. Estaba entrenado para ser paciente y sabía por experiencia propia que la paciencia solía ser recompensada en cuestiones de inteligencia, mucho más en esa cultura anglosajona en la que la gente iba todas las noches al mismo pub a charlar con sus amigos... y Popov tenía un oído extraordinario.

El partido terminó 1 a 1 y Popov pidió otra cerveza.

—Empate, mierdoso empate —comentó un parroquiano sentado junto a Popov en la barra.

—Así entienden ustedes el deporte, Tommy. Por lo menos los chicos de la otra cuadra nunca empatan... ni mucho menos pierden, carajo.

—¿Cómo andan esos yanquis, Frank?

—Son muy buenos, muy corteses. Hoy tuve que arreglar el lavabo de una casa. La esposa es muy agradable, quiso darme propina. Son una gente asombrosa estos yanquis. Creen que deben pagarte por todo —El plomero terminó su pinta de lager y ordenó otra.

—¿Trabajas en la base? —le preguntó Popov.

—Sí, desde hace doce años. Hago plomería, esa clase de cosas.

—Los SAS son unos tipos fabulosos. Me gusta cómo hacen salir de sus madrigueras a las cucarachas del IRA —dijo el ruso con su mejor acento “blue-collar” británico.

—Vaya si lo hacen —acotó el plomero.

—Así que hay varios yanquis en la base, ¿eh?

—Sí, aproximadamente diez, con sus familias —Se rió—. Una de las mujeres casi me atropelló con el auto la semana pasada. Venía por la mano contraria. Hay que tener cuidado con ellos, especialmente si uno anda en auto.

—Tal vez conozca a uno, un tipo llamado Clark, creo —tanteó Popov.

—¿En serio? Es el jefe. La esposa es enfermera en el hospital local. No lo conozco, pero dicen que es un tipo muy serio... y debe serlo para estar al frente de esa horda. Esos tipos meten miedo, no me gustaría encontrármelos en un callejón oscuro... Son muy amables, por supuesto, pero basta una mirada para darse cuenta. Son peligrosos. Se pasan el día corriendo, entrenándose, disparando armas. Son peligrosos como leones salvajes.

—¿Estuvieron involucrados en lo que pasó en España la semana pasada?

—Bueno, ellos nunca hablan de esas cosas, pero —sonrió— vi despegar un Hercules de la pista ese mismo día, y Andy me dijo que pasaron muy tarde por el club esa misma noche, y que parecían muy satisfechos consigo mismos. Son buenos muchachos, liquidaron a esos miserables.

—Oh, sí. ¿Qué clase de puerco es capaz de matar a un niño? Bastardos —masculló Popov.

—Sí, claro. Ojalá los hubiera visto. George Wilton, el carpintero que trabaja conmigo, los ve practicar tiro de vez en cuando. George dice que parecen salidos de una película, que son mágicos.

—¿Fuiste soldado?

—Hace mucho tiempo, en el Regimiento de la Reina, llegué a cabo. Por eso conseguí este trabajo —Bebió un trago de cerveza. En la pantalla había comenzado un partido de cricket, juego que Popov no comprendía en absoluto—. ¿Y tú?

Popov negó con la cabeza.

—No, jamás. Lo pensé, pero decidí no alistarme.

—No es una mala vida, pero sólo por unos años —dijo el plomero, devorando un puñado de manías.

Popov vació su vaso y pagó la cuenta. Había sido una noche excelente para él y no quería abusar de la suerte. Así que la esposa de John Clark era enfermera en el hospital local, ¿eh? Tendría que verificar el dato.

—Sí, Patsy, lo hice —le dijo Ding a su esposa unas horas más tar-

de, mientras leían el diario de la mañana. La noticia del Parque Mundial seguía en primera plana, aunque ya no ocupaba el centro de la página. Afortunadamente, comprobó, los periodistas todavía no sabían nada del Rainbow. Se habían tragado la mentira del grupo de operaciones especiales de la Guardia Civil española.

—Ding, yo... bueno, ya sabes, yo...

—Sí, nena, ya sé. Eres médica y tu trabajo es salvar vidas. El mío también, ¿recuerdas? Tenían treinta y cinco niños ahí dentro, y asesinaron a una... No te lo había dicho. Yo estaba a menos de cien metros cuando la mataron. Vi morir a esa nenita, Pats. Es lo peor que vi en mi vida... y no pude hacer nada para impedirlo —dijo sombríamente. Sabía que las pesadillas lo torturarían varias semanas.

—¿No? —preguntó Patsy—. ¿Por qué?

—Porque no hicimos nada... porque no podíamos, porque había un montón de niños adentro y acabábamos de llegar y no estábamos preparados para atacar a esos miserables y ellos querían demostrarnos lo serios y dedicados que eran... y porque así les gusta mostrar su resolución a esos cerdos, supongo. Mataron a una rehén para que viéramos lo recios que eran —Ding bajó el diario y se quedó pensando. Se había criado respetando un particular código de honor, mucho antes de que el ejército de Estados Unidos le enseñara el Código de las Armas: uno nunca, *jamás* lastimaba a un inocente. Hacerlo equivalía a desaparecer de la sociedad humana y militar y soportar la irredimible maldición del asesino, indigno de llevar un uniforme o recibir un saludo. Pero esos malditos terroristas parecían alimentarse de sangre inocente. ¿Qué diablos andaba mal en ellos? Había leído todos los libros de Paul Bellow, pero evidentemente el mensaje se le escurría. Brillante como era, su mente no podía dar ese salto intelectual. Bueno, tal vez lo único que necesitaba saber de esos tipos era cómo llenarlos de plomo. Esa estrategia siempre funcionaba, ¿no?

—¿Qué les pasa?

—Demonios, nena, no lo sé. El Dr. Bellow dice que creen tanto en sus ideas que pueden olvidar su humanidad, pero yo... no entiendo. No puedo verme a mí mismo haciendo eso. OK, seguro, le clavé el hacha a muchos... pero no por joder, y jamás por ideas abstractas. Tiene que haber una buena razón para hacerlo, algo que mi sociedad considere importante, o alguien que violó las leyes que todos debemos respetar. No es agradable, no es divertido, pero es importante y por eso lo hacemos. Tu padre es igual.

—Realmente te gusta papá —comentó Patsy.

—Es un buen hombre. Hizo mucho por mí y pasamos momentos interesantes en acción. Es inteligente, mucho más de lo que creen los tipos de la CIA... bueno, tal vez Mary Pat se da cuenta. Ella capta las cosas como son, aunque es una especie de vaquera.

—¿Quién? ¿Mary qué?

—Mary Patricia Foley. DO, jefe de los agentes secretos de la CIA. Es una gran chica que andará por los cuarenta y cinco años y realmente

sabe lo que hace. Y una buena abeja reina que se preocupa por nosotros, las abejas obreras.

—¿Todavía estás en la CIA, Ding? —preguntó su esposa.

—Técnicamente, sí —asintió Chávez—. No sé cómo funciona la cadena administrativa, pero mientras sigan llegando los cheques —sonrió— no pienso preocuparme. ¿Y? ¿Cómo van las cosas en el hospital?

—Bien, a mamá le va muy bien. Ahora es enfermera jefe de la sala de guardia y voy a trabajar con ella la semana próxima.

—¿Trajiste muchos niños al mundo?

—Este año tú traerás uno, Ding —replicó Patsy, acariciándose el vientre—. Las clases empezarán pronto, suponiendo que estés.

—Estaré, querida —le aseguró—. No vas a tener al niño sin mi ayuda.

—Papá jamás estuvo presente. No creo que estuviera permitido. En aquellos tiempos no estaba de moda preparar los partos.

—¿Quién quiere leer revistas en un momento como ese? —Chávez sacudió la cabeza—. Bueno, supongo que los tiempos cambian, ¿no? Nena, estaré presente... a menos que un pajero terrorista nos obligue a salir de la ciudad, y en ese caso será mejor que se encomiende a la Virgen, porque voy a enfurecerme como nunca si eso sucede.

—Sé que puedo confiar en ti —Se sentó junto a él, que como de costumbre le tomó la mano y la besó—. ¿Varón o mujer?

—No hicimos la ecografía, ¿recuerdas? Si es varón... será agente secreto, como su padre y su abuelo —afirmó Ding con un guiño—. Aprenderá idiomas desde muy pequeño.

—¿Y si quiere ser otra cosa?

—No querrá —aseguró Domingo Chávez—. Verá lo inteligentes que son sus ancestros y querrá emularlos. Seguir los honorables pasos del propio padre es algo típicamente latino, nena —la besó, sonriente. No se atrevió a agregar que él no lo había hecho. Su padre había muerto demasiado pronto para marcar en él su impronta. Mejor. El padre de Domingo, Esteban Chávez, era camionero. Demasiado aburrido, en opinión del hijo.

—¿Y los irlandeses? Pensé que el respeto por el linaje era típicamente irlandés también.

—Claro —sonrió Chávez—. Por eso hay tantos en el FBI.

—¿Te acuerdas de Bill Henriksen? —le preguntó Augustus Werner a Dan Murray.

—¿El que trabajaba para ti en el CRR y era un poco loquito?

—El mismo. Bien. Estaba metido en el tema del medioambiente y se dedicaba a abrazar árboles y toda esa mierda, pero conocía el trabajo de Quantico. Me pasó un buen dato para el Rainbow.

—¿Eh? —El director del FBI levantó la vista ante la sola mención del nombre codificado.

—En España usaron un helicóptero de la Fuerza Aérea. Los me-

dios no se dieron cuenta, pero hay videos. Bill dijo que no había sido muy brillante. Creo que dio en el clavo.

—Tal vez —admitió Murray—. Pero desde el punto de vista práctico...

—Ya sé, Dan, existen consideraciones de orden práctico, pero es un problema *real*.

—Sí. Bueno, Clark está pensando en darle un carácter más público al Rainbow. Por sugerencia de uno de sus hombres. Según él, si queremos disuadir a los terroristas convendría hacerles saber que ya tiene comisario el pueblo. De todos modos, todavía no tomó la decisión de recomendarlo oficialmente a la CIA, pero evidentemente lo está evaluando.

—Interesante —dijo Gus Werner—. Tiene lógica, especialmente después de tres operaciones exitosas. Diablos, si yo fuera uno de esos idiotas lo pensaría dos veces antes de atraer la Ira de Dios. Pero ellos no piensan como individuos normales, ¿no?

—No exactamente, pero disuasión es disuasión, y John me ha dejado pensando. Podríamos filtrar la información a varios niveles, correr la voz de que hay un nuevo comando antiterrorista, multinacional y ultrasecreto —Hizo una pausa—. No pasarlos del negro al blanco, sino del negro al gris.

—¿Qué dirá la CIA? —preguntó Werner.

—Probablemente no, entre signos de admiración —admitió Murray—. Pero como dije, John me dejó pensando.

—Entiendo lo que busca, Dan. Si el mundo se entera, probablemente los terroristas lo pensarán dos veces. Pero la gente empezará a hacer preguntas, y los periodistas asomarán como ratas por todos los rincones... y muy pronto las caras de esos muchachos aparecerán en la primera plana de *Usa Today* junto con sesudos artículos sobre sus misiones escritos por individuos que no saben poner una bala en el cargador.

—La prensa inglesa podría ser censurada —le recordó Murray—. Al menos no aparecerían en los periódicos locales.

—Bravo, pero sí aparecerían en el *Washington Post*, un diario que no lee *nadie*, ¿verdad? —se burló Werner. Recordaba muy bien los problemas que había tenido el CRR del FBI a raíz de Waco y Ruby Bridge cuando era comandante de la unidad. Los medios habían trastocado los eventos en ambos casos... como de costumbre, pensó. Pero bueno, así eran los medios—. ¿Cuántas personas están al tanto de Rainbow?

—Cien aproximadamente... demasiadas para una organización en negro. Quiero decir, hasta el momento no falló la seguridad, que yo sepa, pero...

—Pero como bien dijo Bill Henriksen, cualquiera que conozca la diferencia entre un Huey y un Black Hawk sabe que hubo algo raro en la operación del Parque Mundial. Es difícil guardar secretos, ¿no?

—Ni que lo digas, Gus. De todos modos, piénsalo un poco, ¿quieres?

—Prometido. ¿Algo más?

—Sí, también vía Clark... ¿Alguien piensa que tres atentados terroristas desde la aparición del Rainbow son demasiados? ¿Que tal vez alguien esté activando células terroristas y lanzándolas al ruedo? Si así fuera, ¿quién y por qué?

—Carajo, Dan, *ellos* nos proporcionan inteligencia europea, ¿recuerdas? ¿Quién se ocupa de los agentes secretos?

—Bill Tawney es su experto analista. Es un Six, muy bueno a decir verdad... Lo conozco de cuando era agregado legal en Londres hace unos años. Él tampoco sabe qué pensar. Se preguntan si algún viejo agente de la KGB andará rondando, despertando a los vampiros dormidos para que vayan a chupar unos litros de sangre.

Werner consideró la hipótesis durante medio segundo antes de hablar.

—Si así fuera, no obtuvo un éxito aplastante. Los atentados tuvieron marcas de profesionalismo, pero no las suficientes como para preocuparse. Diablos, Dan, conoces el juego. Si los malos permanecen en el mismo lugar más de una hora, caemos sobre ellos y los aplastamos apenas asoman la cabeza. Terroristas profesionales o no, no están bien entrenados, no tienen nada semejante a nuestros recursos, y tarde o temprano nos dejan la iniciativa. Lo único que necesitamos nosotros es saber dónde están, ¿recuerdas? Una vez sabido, el rayo divino reposa en nuestras manos.

—Sí, y tú has detectado a unos cuantos, Gus. Por esa razón necesitamos mejor inteligencia, para detectarlos antes de que se pongan en la mira por propia voluntad.

—Bueno, si algo que no puedo ofrecerles es inteligencia. Ellos están más cerca de las fuentes que nosotros —dijo Werner— y no nos envían todo lo que tienen, además.

—No pueden. Es demasiado.

—OK, sí, tres atentados graves son muchos, pero no podremos saber si es pura coincidencia o parte de un plan a menos que tengamos a quién preguntarle. Por ejemplo, un terrorista vivo. Los muchachos de Clark no dejaron vivo a ninguno, ¿verdad?

—No —admitió Murray—. Eso no es parte de su misión.

—Entonces díles que si quieren inteligencia importante tendrán que dejar a alguien con el cerebro sano y la boca completa cuando termine el tiroteo.

Pero Werner sabía que eso no era tan fácil, ni siquiera en la mejor de las circunstancias. Tal como era más difícil atrapar tigres vivos que matarlos, era difícil capturar individuos que portaban ametralladoras decididos a usarlas. Ni siquiera los tiradores del CRR (especialmente entrenados para atraparlos vivos y llevarlos al tribunal para ser juzgados, sentenciados y encerrados en Marion, Illinois) se habían destacado en esa área. Y Rainbow estaba integrado por soldados que ignoraban las sutilezas de la ley. La Convención de La Haya establecía reglas de guerra bastante más laxas que la Constitución de Estados Unidos. Uno

no podía matar prisioneros, pero para que *fuera* prisioneros había que capturarlos vivos, procedimiento que los ejércitos no estimulaban.

—¿Nuestro amigo Clark necesita algo más de nosotros? —preguntó Werner.

—Epa. Él está de nuestro lado, ¿recuerdas?

—Es un buen tipo, sí. Diablos, Dan, me encontré con él cuando estaban organizando el Rainbow y le entregué a Timmy Noonan, uno de mis mejores hombres. Sé que está haciendo un gran trabajo. Tres al hilo. Pero no es uno de los nuestros, Dan. No piensa como un policía. Pero, si quiere mejorar la inteligencia, ya sabe lo que tiene que hacer. Díselo, ¿sí?

—Prometido, Gus —dijo Murray. Luego pasaron a otras cosas.

—¿Entonces qué tenemos que hacer? —preguntó Stanley—. ¿Arrancarles las malditas armas de las manos? Eso sólo pasa en el cine, John.

—Weber hizo exactamente eso, ¿recuerdas?

—Sí, contra nuestra política. Y sabes que no podemos estimular esa clase de actos —replicó Alistair.

—Vamos, Al, si queremos mejorar la inteligencia tendremos que capturar a alguno con vida ¿no te parece?

—De acuerdo. Sólo *si es posible*, y rara vez lo será, John. Muy rara vez.

—Lo sé —admitió Rainbow Six—. ¿Pero por lo menos podemos inducir a los muchachos a pensarlo?

—Es probable, pero tomar esa clase de decisión al vuelo es sumamente difícil.

—Necesitamos la inteligencia, Al —insistió Clark.

—Cierto, pero no al precio de la muerte de uno de los nuestros.

—Todas las cosas en la vida implican riesgos y compromisos —observó Clark—. ¿Te gustaría conseguir inteligencia de excepción sobre esos miserables?

—Por supuesto, pero...

—“Pero” las pelotas. Si la necesitamos, veamos la mejor manera de conseguirla —le espetó Clark.

—No somos alguaciles de policía, John. Eso no es parte de nuestra misión.

—Entonces vamos a cambiar la misión. Si es *posible* atrapar a un sujeto con vida, lo intentaremos. Si la cosa se pone difícil, siempre podemos meterle un balazo en la cabeza. El tipo que Homer liquidó de a poco. *Podríamos* haberlo atrapado vivo, Al. No suponía una amenaza directa para nadie. OK, se lo merecía, y estaba parado a cielo abierto con un arma, y nuestro entrenamiento dice *matar*, y no te quepa duda que Johnston le disparó como quiso, porque quiso... Pero hubiera podido volarle la rótula, en cuyo caso ahora tendríamos a quién interrogar,

y tal vez habría cantado como la mayoría de esos cerdos, y *entonces* sabríamos algo que seguramente nos *gustaría* saber ahora, ¿o no?

—Absolutamente, John —admitió Stanley. Discutir con Clark no era fácil. Había llegado al Rainbow con reputación de violento, pero el británico sabía que no lo era.

—No sabemos lo suficiente y no me agrada no saber lo suficiente sobre mi entorno. Creo que Ding tiene razón. Alguien puso en movimiento a esos bastardos. Si averiguamos un poco, probablemente podremos localizar al responsable y hacer que la policía local le ponga una mano encima, esté donde esté. Y entonces, tal vez tendremos una charla amistosa con el sujeto cuyo resultado final será una manifiesta disminución en la cantidad de atentados —Después de todo, el objetivo final del Rainbow era bizarro: entrenar para misiones que raramente se llevaban a cabo, ser bomberos en una ciudad sin incendios.

—Muy bien, John. Antes que nada tendríamos que hablar con Peter y Domingo, creo yo.

—Mañana por la mañana, entonces —Clark se puso de pie—. ¿Qué te parece una cerveza en el club?

—Dimitri Arkadeyevich, hace tiempo que no te veía —dijo el hombre.

—Cuatro años —confirmó Popov. Estaban en Londres, en un pub a tres cuadras de la embajada rusa. Había ido allí por la remota posibilidad de ver aparecer a uno de sus antiguos colegas... y uno de ellos había cumplido, ignorándolo, su deseo: Ivan Petrovich Kirilenko. Ivan Petrovich había sido una estrella en ascenso, unos años más joven que Popov, nombrado coronel a los treinta y ocho años. Ahora, probablemente era...

—¿Eres el actual *resident* de la Estación Londres?

—No tengo permitido hablar de esas cosas, Dimitri —sonrió Kirilenko, asintiendo. Había llegado muy lejos (y muy rápido) en una agencia reducida del gobierno ruso, e indudablemente seguía reuniendo inteligencia política y de la otra, o más bien contaba con un buen equipo de gente que lo hacía por él. Rusia estaba preocupada por la expansión de la OTAN: la alianza otrora tan amenazante para la Unión Soviética avanzaba ahora en dirección este, hacia la frontera de su país, y a algunos en Moscú les preocupaba que estuvieran preparando un ataque contra la Madre Patria. Kirilenko (igual que Popov) sabía que esos temores eran pura basura, pero no obstante le pagaban para verificarlos, y el nuevo *resident* hacía exactamente lo que se esperaba de él—. Entonces ¿a qué te dedicas ahora?

—No tengo permitido decirlo —respuesta obvia. Podía significar cualquier cosa, pero en el contexto de la ex KGB significaba que Popov seguía en el juego. ¿De qué manera? Kirilenko lo ignoraba, aunque había oído decir que Dimitri había sido expulsado de la organización. Eso

fue una sorpresa para él. Popov todavía tenía una excelente reputación de servicio como agente secreto—. Ahora vivo entre dos mundos, Vania. Trabajo para una empresa comercial, pero también hago otras cosas —admitió. La verdad solía ser una herramienta muy útil al servicio de la mentira.

—No viniste por casualidad —señaló Kirilenko.

—Es cierto. Esperaba encontrar a algún colega —el pub estaba muy cerca de la embajada (Palace Green, Kensington) para cosas serias, pero era un lugar cómodo para encuentros casuales. Además, Kirilenko creía que su *status* de *resident* era secreto. Mostrarse en lugares como ese ayudaba a mantener el secreto—. Necesito una ayudita.

—¿Qué clase de ayudita? —preguntó Kirilenko, bebiendo un trago de bitter.

—Información sobre un oficial de la CIA que probablemente conocemos.

—¿Su nombre?

—John Clark.

—¿Por qué?

—Creo que es el líder de una operación en negro con base en Inglaterra. Me gustaría ofrecerte toda la información que tengo al respecto a cambio de toda la que tú puedas tener. Tal vez pueda agregarle un par de cosas a tu *dossier*. Creo que mi información te interesará —concluyó Popov serenamente. Dado el contexto, era una promesa importante.

—John Clark —repitió Kirilenko—. Veré qué puedo hacer por ti. ¿Tienes mi número?

Sin que lo vieran, Popov deslizó un pedazo de papel sobre la barra.

—Aquí está el mío —dijo—. No. ¿Tienes tarjeta?

—Claro —Kirilenko guardó el pedazo de papel, sacó su billetera y le entregó su tarjeta. I. P. Kirilenko, decía, Tercer Secretario, Embajada de Rusia, Londres. 0181-567-9008 (fax número 9009). Popov guardó la tarjeta en el bolsillo—. Bueno, debo regresar. Encantado de verte, Dimitri.

El *resident* dejó su vaso sobre la barra y salió a la calle.

—¿Te das cuenta? —le dijo un Five a otro camino a la puerta, aproximadamente cuarenta segundos detrás de su blanco de vigilancia.

—Bueno, no es lo suficientemente bueno para la National Portrait Gallery, pero...

El problema de las cámaras ocultas era que tenían lentes demasiado pequeñas para tomar buenas fotos. Sin embargo, generalmente servían para propósitos de identificación... y él había conseguido once tomas que una vez ampliadas por computadora serían completamente adecuadas. Sabían que Kirilenko se creía a salvo. No sabía (y no podía saber) que el Five (otro llamado MI-5 y actualmente llamado Servicio de Seguridad) tenía recursos propios dentro de la embajada rusa. El Gran Partido se seguía jugando en Londres y en todas partes, nuevo

orden mundial o no. Todavía no habían pescado a Kirilenko en una acción comprometedora... pero después de todo era el *resident*, y los *resident* no tendían a ensuciarse las manos. No obstante había que seguirles el rastro, porque uno sabía quiénes eran, y tarde o temprano conseguía algo sobre ellos... o de ellos. Como el tipo con el que había compartido una cerveza. No era habitué del pub (ellos conocían perfectamente a los habitués). No tenían su nombre. Sólo algunas fotos que serían comparadas con las del archivo en el nuevo edificio del Five, Thames House, cerca de Lambeth Bridge.

Popov salió del pub, dobló a la izquierda y pasó frente a Kensington Palace para tomar un taxi hasta la estación ferroviaria. Bien, si Kirilenko pudiera conseguirle algo útil... Tendría que poder. Le había ofrecido algo muy jugoso a cambio.

CAPÍTULO 19

BÚSQUEDA

Ese mismo día murieron tres vagabundos, todos a raíz de hemorragias internas en el intestino grueso. Killgore bajó a revisarlos. Dos habían muerto dentro de la misma hora, y el tercero cinco horas más tarde. La morfina los había ayudado a expirar en un estado de inconsciencia o bien de sereno y piadoso estupor. Quedaban cinco de los diez primeros y ninguno llegaría al final de la semana. Shiva era tan mortífero como esperaban y, evidentemente, tan contagioso como Maggie había prometido. Finalmente, el sistema funcionaba. Tal como lo probaba Mary Bannister, Sujeto F4, que acababa de ser trasladada al centro de tratamiento con la aparición de los primeros síntomas. El Proyecto Shiva era, hasta el momento, un éxito rotundo. Todo se correspondía con los parámetros de prueba y las predicciones experimentales.

—¿Duele mucho? —le preguntó a su paciente desahuciada.

—Muchísimo —replicó—. Como si fuera gripe, pero peor.

—Bueno, tiene un poco de fiebre. ¿Tiene idea de cómo se contagió? Quiero decir, hay una nueva variedad de gripe de Hong Kong y usted tiene todos los síntomas.

—Tal vez en el trabajo... antes de venir aquí. No me acuerdo. Voy a mejorarme, ¿verdad? —La preocupación había atravesado la comida impregnada en Valium que recibía cada día.

—Creo que sí —Killgore sonrió bajo el barbijo quirúrgico—. Puede ser peligrosa, pero sólo para los bebés y los ancianos... y no creo que usted entre en ninguna de esas categorías, ¿verdad?

—Supongo que no —La joven sonrió. La palabra de un médico siempre era reconfortante.

—OK, lo que vamos a hacer es ponerle suero intravenoso para mantenerla hidratada. Y aliviaremos el dolor con un goteo de morfina, ¿de acuerdo?

—Usted es el médico —replicó la Sujeto F4.

—Bueno, deje el brazo quieto. Tengo que inyectarla y dolerá un poquito... ahí está —dijo—. ¿Dolió mucho?

—No mucho.

—OK —Killgore activó el “arbolito de Navidad”. El goteo de morfina comenzó inmediatamente. Diez segundos después, la droga ingresaba en el torrente sanguíneo de la paciente.

—Ohhhh, oh sí —dijo la muchacha, cerrando los ojos ante el impacto inicial de la droga. Killgore jamás la había probado, pero imaginaba que debía producir una sensación casi sexual. La tensión muscular desapareció en seguida. Observó el proceso de relajación del cuerpo. La boca fue lo que más cambió: pasó de la tensión extrema a la laxitud del sueño. Era una desgracia, realmente. F4 no era exactamente hermosa, pero sí bonita a su manera, y a juzgar por lo que había visto en el monitor de la sala de control, una bomba sexual para sus parejas (aunque su desinhibición se debiera en ese caso a los tranquilizantes). Pero, buena en la cama o no, moriría dentro de cinco a siete días, a pesar de los esfuerzos de sus médicos. Del arbolito pendía una pequeña botella de Interleukin-3a, recientemente desarrollado por el excelente equipo de científicos de SmithKline para el tratamiento del cáncer (también esperaban que pudiera contrarrestar algunos virus, lo cual lo convertía en un caso único en el mundo de la medicina). Estimulaba el sistema inmunológico del cuerpo a través de un mecanismo todavía no identificado. Sería el tratamiento más probable para las víctimas de Shiva cuando la enfermedad se propagara, y Killgore debía confirmar su ineficacia. Ya la había comprobado con los vagabundos, pero necesitaba testearla en pacientes sanos, masculinos y femeninos, para estar seguro. Mala suerte para ella, pensó, ya que tenía una cara y un nombre además del número. Mala suerte para millones de personas ... miles de millones a decir verdad. Pero con ellos sería más fácil. Los vería por televisión, y la televisión no era real, ¿no? Apenas puntos en una pantalla de fósforo.

La idea era simple. Una rata era un cerdo era un perro era un niño... una mujer en este caso. Todos tenían el mismo derecho a la vida. Habían experimentado el Shiva en monos (resultó absolutamente letal para ellos) y él había observado todos los experimentos compartiendo el dolor de los animales... tan real como el que sentía F4, aunque en el caso de los monos la morfina no había tomado parte. Y él había *odiado* eso... odiado infligir dolor a criaturas inocentes con las que no podía hablar y a las que no podía explicarles nada. Y aunque podía justificarlo si pensaba en el objetivo final —salvarían millones, miles de millones de animales de la depredación humana—, ver sufrir a un animal era insoportable para Killgore y sus colegas, porque todos sentían empatía por todas las criaturas, grandes y pequeñas. Y más por las pequeñas, las inofensivas y las inocentes que por el insensible bípedo implume de Platón. Probablemente a F4 los animales le importaban un bledo, aunque no se lo habían preguntado. ¿Y para qué confundir las cosas después de todo? Volvió a mirarla. Había caído en estupor gracias a la morfina. Al menos no sentía dolor, a diferencia de esos pobres monos. Muy piadoso de su parte, ¿verdad?

—¿De qué operación en negro me habla? —preguntó el oficial por línea telefónica segura.

—No tengo idea, pero es un hombre serio, ¿recuerda? Coronel de la *Innostrannoje Upravleniye*, División Cuatro, Directorado S.

—Ah, sí. Lo conozco. Pasó mucho tiempo en Fensterwalde y Karlovy Vary. ¿Qué está haciendo ahora?

—No lo sé, pero nos ofrece información sobre ese Clark a cambio de la información que podamos proporcionarle. Recomiendo hacer el trato, Vasily Borissovich.

—Clark es un nombre familiar para nosotros. Se encontró personalmente con Sergey Nikolayevich —dijo el oficial—. Es un oficial de campo jerárquico, principalmente de tipo paramilitar, pero también instructor de la Academia de la CIA en Virginia. Se sabe que está muy próximo a Mary Patricia Foleyeva y su esposo. También se dice que el presidente estadounidense lo escucha. Sí, creo que sus actividades actuales podrían interesarnos.

El teléfono que estaban utilizando era la versión rusa del STU-3 estadounidense (cuya tecnología había sido robada tres años atrás por un comando que trabajaba para el Directorado T del Primer Directorado). Los microchips internos captaban las señales a través de un sistema encriptado de 128 bits cuya clave cambiaba cada hora, y que además cambiaba en el caso de los individuos cuyos códigos personales integraban las llaves plásticas insertables que utilizaban para llamar. El sistema STU había vencido todos los esfuerzos de los rusos por interceptarlo (contando incluso con el conocimiento preciso del funcionamiento interno del *hardware*), y por lo tanto suponían que los estadounidenses tendrían el mismo problema... Después de todo, Rusia había producido los mejores matemáticos del mundo durante siglos, y los mejores entre los mejores no habían logrado dar con el modelo teórico capaz de filtrarse en el STU.

Pero, gracias a la revolucionaria aplicación de la teoría cuántica a la seguridad de las comunicaciones, los estadounidenses tenían un sistema de descifrado tan complejo que sólo un grupo escogido del “Directorado Z” de la Agencia de Seguridad Nacional comprendía. Pero no tenían necesidad de hacerlo, ya que contaban con las supercomputadoras más poderosas del mundo. Estaban ubicadas en el subsuelo del edificio principal de la ASN, un área estilo mazmorra cuyo techo estaba sostenido por columnas de acero sin revestir ya que había sido excavada con ese propósito. La máquina estrella —Super-Connector— había sido fabricada por una empresa que luego quebró: la Thinking Machines, Inc. de Cambridge, Massachusetts. La máquina, especialmente fabricada para la ASN, había pasado seis años ociosa porque nadie descubría la manera de programarla. Pero el advenimiento de la teoría cuántica también solucionó esa dificultad, y la computadora monstruo comenzó a funcionar alegremente mientras sus operadores se preguntaban a quién podrían encargarle la fabricación de su próxima, complejísima generación.

A Fort Meade llegaban toda clase de señales de distintos lugares del mundo. Una de sus fuentes era el GHCQ (Centro General de Comu-

nicaciones Británico localizado en Cheltenham), hermano mellizo de la ASN en Inglaterra. Los británicos sabían a quién pertenecía cada teléfono en la embajada rusa —no habían cambiado los números, ni siquiera luego del desmembramiento de la URSS— y el que estaba sonando se hallaba sobre el escritorio del *resident*. La calidad del sonido no era lo suficientemente buena para identificar la voz (dado que la versión rusa del sistema STU digitalizaba las señales con menos precisión que la versión estadounidense), pero una vez superado el encriptado las palabras eran fácilmente reconocibles. La señal descriptada fue transmitida a otra computadora, que tradujo al inglés la conversación en ruso con un considerable grado de confiabilidad. Como la señal había partido del *resident* en Londres con destino a Moscú, fue colocada al tope de la pila electrónica, descifrada, traducida e impresa menos de una hora después de haber sido emitida. Una vez hecho esto, fue transmitida inmediatamente a Cheltenham y desde allí a Fort Meade, a un oficial de señales cuya tarea era enviar mensajes interceptados a los interesados en sus contenidos. En este caso, la conversación fue enviada directamente al director de la CIA y, ya que concernía a la identidad de un agente secreto estadounidense, a la subdirectora (de Operaciones), de quien dependían todos los agentes encubiertos. El primero solía estar más ocupado que la segunda, pero no tenía importancia... ya que la segunda estaba casada con el primero.

—¿Ed? —dijo la voz de su esposa.

—¿Sí, querida? —replicó Foley.

—Alguien está tratando de identificar a John Clark en el Reino Unido.

Ed Foley abrió los ojos como platos al escuchar la noticia.

—¿En serio? ¿Quién?

—El *resident* de Londres habló con su oficial en Moscú y nosotros interceptamos la conversación. El mensaje debería estar en tu pila IN, Eddie.

—OK —Foley hojeó la pila de papeles—. Aquí está. Hmmm —murmuró—. El tipo que pide la información, Dimitri Arkadeyevich Popov, ex coronel en... ¿un muchacho vinculado al terrorismo, no? Pensé que los habían exonerado a todos... Bueno, así fue, al menos en el caso de Popov.

—Sí, Eddie, un muchacho vinculado al terrorismo interesado en Rainbow Six. ¿No te parece raro?

—Diría que sí. ¿Le avisamos a John?

—Obviamente.

—¿Sabes algo más sobre Popov?

—Ingresé su nombre en la computadora —respondió su esposa—. Abriré un archivo nuevo para él. Tal vez los británicos sepan algo.

—¿Quieres que llame a Basil? —preguntó Foley.

—Primero veamos qué consigo. Le enviaré el fax a John ahora mismo.

—Esta noche, hockey —los Washington Capitals contra los Flyers en un partido definitorio.

—Jamás olvido esas cosas. Hasta luego, amorcito.

—Bill —dijo John cuarenta minutos más tarde—. ¿Puedes venir a mi oficina?

—En seguida, John —dos minutos después cruzaba el umbral—. ¿Qué hay de nuevo?

—Échale un vistazo a esto, compañero —Le entregó las cuatro páginas transcritas.

—Carajo —exclamó el oficial de inteligencia al llegar a la página dos—. Popov, Dimitri Arkadeyevich. No me dice nada... ah, ya veo, tampoco lo conocen en Langley. Bueno, es imposible conocerlos a todos. ¿Llamo a Century House para averiguar?

—Creo que nuestros archivos son complementarios, pero verificarlo no le hará mal a nadie. Aparentemente, Ding tenía razón. ¿Cuánto apuestas a que hemos encontrado a nuestro muchachito? ¿Quién es tu mejor amigo en el Servicio de Seguridad?

—Cyril Holt —respondió Tawney en el acto—. Subdirector. Lo conocí en Rugby. Ingresó al año siguiente que yo. Es un tipo notable —no tenía que explicarle a Clark que los antiguos vínculos escolares seguían siendo parte esencial de la cultura británica.

—¿Quieres meterlo en esto?

—Claro que sí, John.

—OK, llámalo entonces. Si decidimos tomar estado público quiero que la decisión parta de nosotros y no de esos malditos rusos.

—¿Entonces saben tu nombre?

—Más que eso. Conocí a Golovko. Él nos hizo entrar en Teherán el año pasado. Participé en un par de operaciones cooperativas con ellos, Bill. Saben todo de mí, hasta el tamaño de mi pene.

Tawney no reaccionó. Estaba aprendiendo cómo hablaban los estadounidenses y le resultaba entretenido.

—¿Sabes, John? No deberíamos alterarnos demasiado por esta información.

—Bill, estuviste en acción tanto como yo, tal vez un poco más. Si esto no te hace picar la nariz tendrías que hacerte limpiar los conductos, ¿no crees? —Hizo una pausa—. Tenemos a alguien que me conoce de nombre y alardea con poder decirles a los rusos lo que estoy haciendo ahora. Debe saberlo, viejo. Escogió al *resident* de Londres, no al de Caracas. Es un tipo vinculado al terrorismo, que probablemente conoce nombres y números telefónicos. Desde que llegamos tuvimos tres atentados, y ambos coincidimos en que son muchos para tan poco tiempo... y ahora aparece este tipo en la mira preguntando por mí. Bill, creo que llegó el momento de alterarnos un *poco*, ¿no crees?

—Absolutamente, John. Llamaré a Cyril —Tawney salió de la oficina.

—Carajo —resopló John apenas se cerró la puerta. Ése era el problema de las operaciones en negro. Tarde o temprano algún imbécil prendía la luz, y generalmente se trataba de alguien que uno no podía ver ni en figuritas. ¿Cómo diablos se había filtrado la información? Su rostro se ensombreció repentinamente, adquiriendo una expresión que quienes lo conocían consideraban sumamente peligrosa.

—Mierda —dijo el director Murray desde su escritorio en los cuarteles centrales del FBI.

—Sí, Dan, mierda —admitió Ed Foley desde su oficina del séptimo piso en Langley—. ¿Cómo carajo se filtró esto?

—Qué sé yo, viejo. ¿Sabes algo sobre este Popov que yo no sepa?

—Puedo chequear con las divisiones de Inteligencia y Terrorismo, pero nuestros archivos son complementarios. ¿Y los británicos?

—Si conozco un poco a John, ya habrá hablado con Five y Six. Su asesor de inteligencia es Bill Tawney, y Bill siempre está al tanto de todo. ¿Lo conoces?

—El nombre me suena, pero no recuerdo su cara. ¿Qué opina Basil de él?

—Dice que es uno de sus mejores analistas y fue agente encubierto hasta hace unos años. Tiene olfato —dijo Foley.

—¿La amenaza es grande?

—Todavía no lo sé. Los rusos conocen perfectamente bien a John desde Tokio y Teherán. Golovko lo conoce personalmente... me llamó para elogiar el trabajo de Clark y Chávez en Teherán. Supongo que le tienen respeto, pero negocios son negocios, ¿no?

—Ya veo, Don Corleone. Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Bueno, hay una brecha en alguna parte. No tengo la menor idea de dónde. A los únicos que escuché hablar de Rainbow fue a los que están al tanto. Se supone que saben mantener la boca cerrada.

—Claro —bostezó Murray. Los únicos que podían filtrar información eran aquellos en quienes uno confiaba, tipos que habían pasado los rigurosos exámenes e investigaciones de los agentes especiales del FBI. Sólo una persona investigada y de absoluta confianza podía traicionar a su país... y desafortunadamente el FBI todavía no sabía escrutarse el cerebro y el corazón humanos. ¿Y si la información se había filtrado inadvertidamente? Uno podía hablar con la persona que lo había hecho... pero ni siquiera ella sabría lo que había pasado. Seguridad y contraespionaje eran dos de las tareas más difíciles del mundo conocido. Agradeció a Dios por los obsesivos de la ASN, desde siempre el más confiable y productivo servicio de inteligencia de su país.

—Bill, tenemos un par de hombres siguiendo a Kirilenko casi continuamente. Lo fotografiaron anoche, tomando una cerveza con un tipo en el pub de siempre —le informó Cyril Holt a su colega Six.

—Tal vez sea nuestro hombre —dijo Tawney.

—Es posible. Necesito ver la transcripción. ¿Puedes enviármela?

—Sí, cuando quieras.

—Bueno. Dame dos horas, viejo. Todavía me quedan unas cosas que atender.

—Excelente.

Lo bueno era que sabían que ese teléfono era seguro de dos maneras diferentes. El sistema de encriptado STU-4 podía ser superado, pero sólo por tecnología exclusivamente en manos estadounidenses... o al menos eso creían. Mejor aún, las líneas telefónicas que utilizaban eran generadas por computadora. Una de las ventajas de que el sistema telefónico británico fuera propiedad del gobierno era que las computadoras que controlaban los sistemas podían confundir la ruta de las llamadas e impedir que un intruso pinchara las líneas (a menos que lo hiciera en el punto de origen o de recepción). Para la seguridad del servicio confiaban en un grupo de técnicos que revisaban las líneas mensualmente... Aunque siempre cabía la posibilidad de que uno de ellos trabajara para el enemigo, pensó Tawney. Era imposible preverlo todo y, si bien el silencio telefónico negaba el acceso a la información a los potenciales enemigos, también tenía la contradictoria cualidad de impedir la transmisión de información dentro del gobierno mismo... haciendo que la honorable institución interrumpiera en el acto sus honorables funciones.

—Vamos, dílo de una vez —le espetó Clark a Chávez.

—Fue fácil, Mr. C. Lo grandioso hubiera sido predecir el resultado de la próxima World Series. Pero esto era más que obvio.

—Tal vez, Domingo, pero tú fuiste el primero en advertirlo.

Chávez asintió.

—El problema es: ¿qué carajo hacemos ahora? John, si conoce su nombre es porque ya conoce o puede averiguar fácilmente nuestra ubicación geográfica... es decir que ya nos tiene. Diablos, todo lo que necesita es un cómplice en la telefónica para ubicarnos. Probablemente tiene una foto o una descripción suya. El próximo paso es averiguar la patente de su auto y empezar a seguirlo.

—Tendríamos suerte. Conozco bastante de contravigilancia. Me *encantaría* que alguien intentara seguirme. En ese caso, tú y un par de muchachos saldrían a la palestra y atraparían al miserable... y luego podríamos mantener una charla amistosa con él —Sonrisa cómplice. John Clark sabía cómo sacarle información a la gente, aunque sus técnicas no seguían el manual promedio del departamento de policía.

—Supongo que sí, John. Pero por ahora no podemos hacer nada, excepto mantener los ojos abiertos y esperar que alguien nos brinde más información.

—Nunca fui el blanco de nadie. No de esta manera al menos. Y no me gusta.

—Entiendo, John, pero vivimos en un mundo imperfecto. ¿Qué dice Bill Tawney?

—Más tarde entrevistaremos a un Five.

—Bueno, son los profesionales de Dover. Déjelos hacer —le aconsejó Ding. Sabía que era un buen consejo (a decir verdad, el único consejo posible) y sabía que John lo sabía, pero también sabía que John no lo aceptaría de buena gana. A su jefe le gustaba hacer las cosas a su manera, sin esperar nada de los demás. Si Mr. C. tenía una debilidad... era ésa. Podía ser paciente trabajando, pero no esperando cosas que escapaban a su control. Bueno, nadie era perfecto.

—Sí, ya sé —fue la esperable respuesta—. ¿Cómo andan tus soldados?

—Siguen en la cresta de la ola, señor, justo sobre la curva y mirando hacia abajo. Jamás vi moral tan encomiable, John. La misión del Parque Mundial los iluminó a todos. Creo que podemos conquistar el mundo si los chicos malos nos enfrentan.

—El águila se luce muy bien en el club, ¿no te parece?

—Veo que la envidia lo carcome, Mr. C. Ya no tengo pesadillas... bueno, salvo por la nenita. Eso no fue agradable de ver, aunque estuviera desahuciada, ¿sabe? Pero eliminamos a esos miserables y Mr. Carlos sigue guardadito en su jaula. No creo que nadie más intente dejar en libertad su lamentable culo.

—Y él lo sabe, según dicen los franceses.

Chávez se puso de pie.

—Mejor. Tengo que regresar. Manténgame informado, ¿sí?

—Claro, Domingo —prometió Rainbow Six.

—Entonces, ¿qué clase de trabajo haces? —preguntó el plomero.

—Vendo artículos de plomería —dijo Popov—. Pinzas, llaves y esas cosas, venta mayorista a distribuidores y minoristas.

—Claro. ¿Tienes algo que pueda servirme?

—Llaves rígidas, marca estadounidense. Son las mejores del mundo y tienen garantía de por vida. Si una se rompe, la reemplazamos gratis, incluso dentro de veinte años. También tengo otras cosas, pero las llaves rígidas son mi mejor producto.

—¿En serio? Escuché hablar de ellas, pero nunca las probé.

—El mecanismo de ajuste es un poco más firme que el de la Stilson inglesa. Fuera de eso, la única ventaja real es la política de reemplazo. Hace... ¿cuánto? Sí, hace catorce años que las vendo. De las miles que vendí sólo se rompió una.

—Mmm. El año pasado se me rompió una llave —recordó el plomero.

—¿Trabajar en la base sale de lo común?

—No. La plomería es plomería en todas partes. Algunas instalaciones son bastante viejas... por ejemplo, los filtros de agua. Conseguir repuestos es bastante problemático y no se deciden a comprar filtros

nuevos. Malditos burócratas. Deben gastar millones en balas para sus malditas ametralladoras, ¿pero comprar filtros de agua para uso diario? ¡Eso jamás! —Lanzó una carcajada y bebió un sorbo de lager.

—¿Qué clase de gente son?

—¿Los del SAS? Buenos tipos, muy amables. No nos traen problemas.

—¿Y los yanquis? —preguntó Popov—. Nunca conocí a uno, pero dicen que les gusta hacer las cosas a su manera y...

—No es mi experiencia. Bueno, hace poco que los tenemos en la base, pero los dos o tres que conocía son buenos tipos, iguales a los nuestros... ¡y no olvides que quieren dar propina todo el tiempo! ¡Yanquis boludos! Pero buenos tipos. La mayoría tiene hijos, y los chicos son adorables. Recién ahora están aprendiendo a jugar al fútbol como se debe. Y tú, ¿qué andas haciendo por aquí?

—Me reúno con los ferreteros locales para convencerlos de que incluyan mis mercaderías en sus catálogos, y también con los distribuidores zonales.

—¿Lee y Dopkin? —El plomero sacudió la cabeza—. Son dos viejos cascarrabias, no creo que vayan a cambiar. Te irá mejor con los comercios pequeños que con ellos.

—Bueno, ¿y qué me dices de tu negocio? ¿Podré venderte algunas herramientas?

—No tengo mucho presupuesto... pero, sí, me gustaría echarle un vistazo a tus llaves.

—¿Cuándo puedo venir?

—La seguridad es bastante rígida. Dudo que te permitan entrar a la base... pero bueno, entrarás conmigo directamente. ¿Qué te parece mañana a la tarde?

—Genial. ¿Cuándo?

—¿Mañana a la tarde? Pasaré a buscarte por aquí.

—Sí —dijo Popov—. Me parece bien.

—Excelente. Podemos almorzar y después ir a la base.

—Nos vemos mañana al mediodía —prometió Popov—. Con mis herramientas.

Cyril Holt tenía más de cincuenta años y el aspecto cansado de un funcionario civil británico. Elegantemente vestido con un traje a medida y una corbata cara —Clark sabía que la ropa inglesa era excelente, aunque no barata—, repartió apretones de manos y tomó asiento en la oficina de John.

—Bien —dijo Holt—. Veo que tenemos un problema.

—¿Leyó la transcripción?

—Sí. Buen trabajo de la ASN —omitió agregar que sus muchachos también habían hecho un excelente trabajo al identificar la línea del *resident*.

—Háblenos un poco de Kirilenko —dijo John.

—Es un hombre competente. Tiene un equipo de once oficiales de campo, y tal vez varios colaboradores *off the record*. Todos “legales” y con cobertura diplomática. También tiene informantes ilegales, por supuesto. Conocemos a dos, ambos empresarios, que hacen negocios además de espionaje. Hace tiempo que lo venimos investigando. En todo caso, Vania es un tipo capaz y competente. Ocupa el puesto de tercer secretario en la embajada, realiza su tarea diplomática como un auténtico diplomático, y está muy bien considerado por la gente que está en contacto con él. Brillante, ingenioso, buen compañero para salir de copas. Curiosamente, le gusta más la cerveza que el vodka. Aparentemente le agrada Londres. Casado, dos hijos, sin malas costumbres. La esposa no trabaja, pero no hemos visto nada raro en torno a ella. Hasta donde pudimos ver, es una simple ama de casa. Muy bien considerada dentro de la comunidad diplomática —Holt les pasó fotografías de ambos—. Pero —prosiguió— ayer nuestro amigo tomó una cerveza en su pub favorito. Está a pocas cuadras de la embajada, en Kensington, cerca del palacio; la embajada data de la época de los zares, como la que ustedes tienen en Washington. Ésta es la foto ampliada del tipo que compartió una cerveza con él —les pasó otra foto.

La cara era absolutamente vulgar. Tenía cabello y ojos pardos, rasgos regulares, y era tan extraordinario como un tacho de basura de acero en un callejón. En la foto vestía traje y corbata. La expresión de la cara no decía nada. Podrían estar hablando de fútbol, del tiempo, o de cómo eliminar a alguien que no les gustaba... Imposible saberlo.

—¿Suele sentarse siempre en el mismo lugar? —preguntó Tawney.

—No, generalmente se sienta en la barra, pero a veces elige un reservado. Y rara vez se sienta dos veces seguidas en el mismo lugar. Pensamos en instalar un micrófono oculto —les dijo Holt— pero técnicamente es muy difícil. El dueño del pub tendría que enterarse por fuerza y, además, no creo que pudiéramos sacar nada en limpio. A propósito, su inglés es soberbio. El barman cree que es británico.

—¿Sabe que lo están siguiendo? —preguntó Tawney, adelantándose a Clark.

Holt negó con la cabeza.

—Es difícil saberlo, pero creemos que no. Las parejas de vigilancia cambian constantemente y están integradas por mis mejores hombres. Van al pub regularmente, incluso cuando él no está... por si tiene allí un agente de contravigilancia. Los edificios del área nos permiten rastrearlo fácilmente con cámaras. Detectamos un par de situaciones confusas, pero ustedes saben cómo es eso. Todos tropezamos con alguien cuando caminamos por una calle atestada, ¿no?

Clark y Tawney asintieron. La técnica del tropezón era probablemente tan antigua como la existencia misma de los espías. Uno iba caminando por la calle y fingía tropezar con alguien. En el ínterin, el otro le deslizaba algo en la mano o le metía algo en el bolsillo. Con un mínimo de práctica, el proceso era invisible incluso para los que estaban mirando. Una de las partes debía tener algo distintivo: un clavel en

el ojal, el color de la corbata, la manera de llevar el diario, anteojos de sol o cualquier otra cosa, conocida exclusivamente por los participantes de la mini-operación. Era la más simple de las técnicas de campo, la más fácil de usar y, por esa razón, la más odiada por las agencias de contraespionaje.

Pero si Kirilenko le había entregado algo a ese tipo Popov, por lo menos tenían la foto del miserable. Tal vez, se obligó a recordar. No había ninguna garantía de que el tipo con el que había compartido una cerveza el día anterior fuera el que ellos estaban buscando. Tal vez Kirilenko era lo suficientemente astuto como para beber con cualquiera en el pub y así despistar a los Five, obligándolos a investigar al individuo equivocado. Hacerlo exigía tiempo y personal, atributos que el Servicio de Seguridad no poseía en cantidad infinita. Espionaje/Contraespionaje seguía siendo el partido más difícil... y ni siquiera los jugadores sabían quién iba ganando.

—¿Entonces aumentarán el seguimiento de Kirilenko? —preguntó Bill Tawney.

—Sí —afirmó Holt—. Pero recuerden que nos enfrentamos a un jugador experto. No hay garantías.

—Lo sé, señor Holt. Estuve allá afuera y el Segundo Directorado no logró ponerme una mano encima —dijo Clark—. ¿Sabemos algo de Popov?

Holt sacudió la cabeza.

—Ese nombre no figura en nuestros archivos. Es posible que lo tengamos bajo otro nombre. Tal vez estuvo en contacto con nuestros amigos del IRA... Es bastante probable, tratándose de un especialista en terrorismo. Tenían muchos contactos. Tenemos informantes dentro del IRA y pienso mostrarles la foto a varios. Pero debemos movernos con cuidado. Algunos de nuestros informantes juegan a dos puntas. Nuestros amigos irlandeses tienen sus propias operaciones de contraespionaje.

—Nunca trabajé directamente contra ellos —dijo John—. ¿Son buenos?

—Muy buenos —le aseguró Holt. Bill Tawney corroboró su opinión con un gesto afirmativo—. Son muy dedicados y están excelentemente organizados, pero ahora la organización se está fragmentado. Obviamente, algunos no quieren que se firme la paz. Nuestro buen amigo Gerry Adams es republicano de profesión, y si el Conflicto termina y no resulta electo para la función pública, cosa que espera, el futuro le deparará menos prestigio que el que ha gozado hasta el presente... No obstante, la mayoría parece dispuesta a concluir sus operaciones, declarar la victoria y darle una oportunidad a la paz. Eso nos ayudó a conseguir informantes, pero hay elementos del IRA que son hoy más militantes que diez años atrás. Es preocupante —les dijo Holt.

—Lo mismo pasa en el valle del Bekaa —acotó Clark. ¿Qué se hacía cuando Satán acudía a Jesús? Algunos no querrían dejar de combatir el pecado, y si eso equivalía a pecar también ellos ... bueno, era

el precio que había que pagar, ¿no? —. Algunos no quieren soltar la presa.

—Es un problema. Y no necesito decirle que uno de los objetivos principales de esos muchachos es éste. No podríamos decir que el IRA ame al SAS.

No era ninguna novedad. Los comandos del SAS británico tenían la costumbre de “eliminar” a los miembros del IRA que cometían dos graves errores: violar la ley y darse a conocer. A John le parecía errado utilizar soldados para una función esencialmente policial... pero debía admitir que el Rainbow estaba haciendo lo mismo. No obstante, el SAS había hecho cosas que en determinado contexto podían considerarse asesinato premeditado. Por mucho que se pareciera a Estados Unidos, Gran Bretaña era otro país con otras leyes y reglas muy diferentes. Por eso la seguridad era tan estricta en Hereford, porque algún día se podían presentar diez muchachos malos armados hasta los dientes con sus AK-47 y los soldados del SAS tenían familia, como todo el mundo, y los terroristas no siempre respetaban los derechos de los no combatientes, ¿verdad? Ni por casualidad.

La decisión fue inusualmente rápida. El *courier* enviado por el Número 2 de Plaza Dzerzhinsky estaba en camino. Kirilenko se sorprendió al recibir el mensaje codificado. El *courier* volaba en Aeroflot rumbo a Heathrow con valija diplomática, inviolable mientras el *courier* la tuviera en su poder. Se sabía que muchos países las robaban por sus contenidos, generalmente no codificados, pero los *couriers* estaban avisados y jugaban de acuerdo a un estricto compendio de reglas: si tenían necesidad de ir al baño, la valija diplomática iba con ellos. Y así, con sus pasaportes diplomáticos, pasaban de largo por los controles aduaneros y subían a los automóviles que siempre los estaban esperando, portando las habituales valijas de tela a menudo llenas de valiosos secretos ante los ojos de individuos que entregarían la virginidad de sus hijas por echarles un vistazo.

Lo mismo pasó en Londres. El *courier* llegó en el vuelo nocturno del aeropuerto internacional Sheremetyevo de Moscú, pasó de largo por los controles, y saltó al automóvil que lo estaba esperando, conducido por un empleado de la embajada. Tardó cuarenta minutos en llegar a Kensington, y dos más hasta la oficina de Kirilenko. El sobre de manila estaba lacrado para evitar sorpresas desagradables. El *resident* agradeció al *courier* por ése y los otros dos paquetes que había recibido y puso manos a la obra. Era tarde. Esa noche tendría que olvidarse de su cervecita. Se sintió molesto. Disfrutaba sinceramente la atmósfera de su pub favorito. No había nada semejante en Moscú ni en los otros países donde había trabajado. Bueno. Ya tenía en las manos el *dossier* completo de Clark, John T., oficial jerárquico de la CIA. Veinte páginas a un espacio y tres fotografías. Lo leyó atentamente. Impresionante. Según el informe, en su primer y único encuentro con el director de la

KGB Golovko, Clark admitió haber sacado a la esposa y la hija del ex director de la KGB Gerasimov... ¿vía *submarino*? Entonces, ¿la historia que había leído en los diarios estadounidenses era cierta? Parecía salida de Hollywood. Posteriormente operó en Rumania, en la época de la caída de Nicolae Ceaucescu, y luego, en cooperación con la Estación Tokio, rescató al primer ministro japonés. Y finalmente, con ayuda de los rusos ¿eliminó a Mamoud Haji Daryaei? “El presidente de su país lo escucha con atención”, proseguía el informe. ¡Como para no escucharlo! pensó Kirilenko. El propio Sergey Nikolayevich Golovko había agregado su parecer al archivo. Oficial de campo sumamente competente, pensador independiente, célebre por tomar la iniciativa en sus operaciones y por no haberse equivocado jamás... Entrenador de oficiales en la Academia de la CIA en Yorktown, Virginia; supuestamente entrenó a Edward y Mary Patricia Foley, director de la CIA y subdirectora de Operaciones respectivamente. Qué tipo formidable, pensó Kirilenko. Había impresionado al mismísimo Golovko, cosa que muy pocos rusos habían logrado.

Bueno, ahora estaba en Inglaterra haciendo algo encubierto y su agencia madre quería averiguar de qué se trataba, porque Clark era un hombre digno de seguirle el rastro. El *resident* sacó un pedazo de papel de su billetera. Parecía el número de un teléfono celular. Tenía varios en el cajón de su escritorio, todos clonados, porque mantenían ocupada a la gente de señales, no le costaban nada a la embajada y eran muy seguros. Era difícil interceptar un teléfono celular y, ausentes los códigos electrónicos, se convertía en una señal más en una ciudad plagada de ellas.

Dimitri Arkadeyevich se valía del mismo truco. En todas las ciudades del mundo había gente que clonaba teléfonos y los vendía ilegalmente en la calle. Londres no era la excepción.

—¿Sí? —respondió una voz lejana.

—Dimitri, soy Vania.

—¿Sí?

—Tengo lo que me pediste. Exijo que me pagues según los términos acordados.

—Así se hará —prometió Popov—. ¿Dónde podemos intercambiar nuestros bienes?

Muy fácil. Kirilenko propuso hora, lugar y método.

—De acuerdo —La comunicación concluyó. Había durado apenas setenta segundos. Tal vez habían exonerado a Popov, pero todavía se atenía a la disciplina de comunicaciones.

CAPÍTULO 20

CONTACTOS

Sabía que estaba enferma. No sabía hasta qué punto, pero Mary Bannister sabía que no estaba bien. Y, a pesar de las drogas, una parte de su ser temía que fuera grave. Nunca había estado en un hospital, excepto una vez en la sala de guardia (su padre la había llevado temiendo que se hubiera fracturado el tobillo), y ahora estaba en una cama de hospital, con suero intravenoso. La sola visión de la cánula plástica la horrorizaba a pesar de las drogas que intentaban anularla. Se preguntó qué le estarían inoculando. El Dr. Killgore había dicho que líquidos para mantenerla hidratada y calmantes, ¿no? Sacudió la cabeza. Bueno, ¿por qué no averiguarlo? Giró las piernas a la derecha y se levantó, temblorosa y febril. Luego se inclinó para averiguar qué eran todos esos recipientes que pendían del “arbolito de Navidad”. No podía enfocar bien y se inclinó más, pero las indicaciones de las etiquetas estaban incomprensiblemente codificadas. La Sujeto F4 se irguió e intentó fruncir el entrecejo, frustrada, pero no pudo. Miró a su alrededor. Había otra cama en el extremo opuesto, desocupada. Había un televisor, apagado. El piso era de mosaicos y le enfriaba los pies. La puerta era de madera y no tenía picaporte... Una típica puerta de hospital, pero Mary no lo sabía. No había teléfono. ¿No ponían teléfonos en las habitaciones de los hospitales? ¿Acaso estaba en un hospital? Parecía un hospital, pero sabía que su cerebro andaba más lento que de costumbre, aunque no sabía cómo lo sabía. Era como si hubiera bebido demasiado. Además de sentirse mal, se sentía vulnerable y con poco control de su persona. Era hora de hacer *algo*, aunque no sabía qué. Se quedó pensando un momento, luego levantó el “árbol” con la mano derecha y enfiló hacia la puerta. Afortunadamente, la unidad de control electrónico del “árbol” funcionaba a pila y no necesitaba enchufarse. Rodaba fácilmente sobre sus ruedas de goma.

La puerta no estaba cerrada con llave. Mary la abrió, asomó la cabeza y miró el pasillo. Vacío. Salió, arrastrando el árbol del suero tras ella. No vio ninguna enfermería, pero eso no le llamó particularmente la atención. Se dirigió a la derecha, empujando el árbol del suero, en busca de... algo, no sabía qué. Frunció el ceño y empujó otras puertas que, al abrirse, sólo revelaron habitaciones a oscuras, la mayoría con olor a desinfectante. Finalmente llegó al fondo del pasillo. La puerta T-9 ocultaba algo diferente. No había camas, sino un escritorio con una

computadora con el monitor encendido. Eso significaba que la computadora estaba funcionando. Entró y se apoyó sobre el escritorio. Era compatible con IBM. Sabía cómo manejarla. Incluso tenía modem. Bueno, entonces, ¿qué podía hacer?

Tardó un par de minutos en decidirse. Sí. Le enviaría un mensaje a su padre.

A cincuenta pies y un piso de distancia, Ben Farmer se servía una taza de café y volvía a su silla giratoria luego de una brevísima excursión al baño. Levantó el ejemplar de *Bio-Watch* que estaba leyendo. Eran las tres de la mañana y reinaba la tranquilidad en ese sector del edificio.

PAPA, NO SE DONDE ESTOY. DICEN QUE FIRME UN FORMULARIO AUTORIZÁNDOLOS A REALIZAR EXPERIMENTOS MÉDICOS CONMIGO, ALGO SOBRE UNA NUEVA DROGA, PERO ME SIENTO MUY MAL Y NO SEP POR QUE. MEPUSIERON MEDICAIÓN EN ELBRAZO PERO ME SIENTOMUY MAL Y YO NO...

Farmer terminó el artículo sobre calentamiento global y chequeó la pantalla. Todos los enfermitos estaban en sus camas...

... excepto uno. ¿Eh? pensó. Esperó que las cámaras repitieran el recorrido, ya que no había llegado a ver el código de la cama vacía. El proceso demoró un minuto. Oh, carajo, había desaparecido T-4. Era la chica, ¿no? Sujeto F4, Mary algo. Oh, carajo, ¿dónde mierda se habría metido? Activó los controles directos y revisó el pasillo. Nadie. Nadie había tocado ninguna puerta en el resto del complejo. Todas estaban cerradas con llave y tenían alarma. ¿Dónde carajo estaban los médicos? La que estaba de guardia, Lani algo, no le caía bien a nadie del equipo. Era una puta arrogante y odiosa. Evidentemente a Killgore tampoco le gustaba, porque siempre tenía la guardia nocturna. Palachek, ése era su apellido. Farmer se preguntó vagamente por sus orígenes mientras levantaba el micrófono del sistema PA.

—Dra. Palachek, Dra. Palachek, por favor comuníquese con seguridad —pidió Farmer. Su teléfono sonó tres minutos después.

—Habla la Dra. Palachek. ¿Qué ocurre?

—La Sujeto F4 salió a dar un paseo. Las cámaras de vigilancia no la detectan.

—Voy para allá. Llame al Dr. Killgore.

—Sí, doctora —Farmer sabía el número de memoria.

—¿Hola? —respondió una voz familiar.

—Soy Ben Farmer, señor. F4 desapareció de su habitación. La estamos buscando.

—OK, llámeme cuando la encuentren —Colgó. Killgore no se preocupó demasiado. Era posible dar un paseo por ahí, pero imposible abandonar el edificio sin ser visto.

Era la hora pico en Londres. Ivan Petrovich Kirilenko tenía un departamento cerca de la embajada, ya que le gustaba ir caminando a trabajar. Las aceras estaban atestadas de gente que corría a sus trabajos —los británicos eran un pueblo cortés, pero los londinenses siempre estaban apurados—. Llegó a la esquina acordada exactamente a las 8.20 hs. Llevaba un ejemplar del *Daily Telegraph* (matutino conservador) en la mano izquierda. Se detuvo justo en la esquina y esperó que cambiara el semáforo.

El intercambio fue absolutamente profesional. Ni una sola palabra, apenas dos golpecitos en el codo para aflojar el brazo y cambiar un *Telegraph* por otro. Todo por debajo de la cintura, para evitar posibles cámaras ocultas en los techos. El *resident* reprimió una sonrisa. La práctica siempre le producía placer. A pesar de su alto rango disfrutaba las minucias del espionaje diario, tal vez para demostrarse que podía desempeñarse tan bien como los jóvenes que comandaba. Pocos segundos después el semáforo cambió y un hombre con chaqueta de pana se le adelantó. Caminaba a paso rápido, con su matutino bajo el brazo. Faltaban dos cuadras para la embajada. Cruzó la puerta de hierro, entró al edificio, pasó la seguridad y subió a su oficina del segundo piso. Una vez allí, colgó la chaqueta en el perchero, se sentó a su escritorio y abrió el sobre.

Bueno, Dimitri había cumplido su palabra. Dos hojas de papel blanco sin renglones liberalmente cubiertas de comentarios manuscritos. El oficial de la CIA John Clark estaba actualmente en Hereford, Inglaterra, y era el comandante de un nuevo grupo antiterrorista multinacional llamado “Rainbow”, integrado por entre diez y veinte hombres de nacionalidad inglesa, estadounidense y probablemente otras. Se trataba de una operación en negro, cuya existencia era conocida sólo por los más jerárquicos. Su esposa era enfermera y trabajaba en el hospital público local. El comando era bien visto por los civiles locales que trabajaban en la base del SAS. Rainbow había cumplido tres misiones: Berna, Viena y Parque Mundial. En todos los casos había anulado a los terroristas —Kirilenko advirtió que Popov había evitado usar el término de antaño: “elementos progresistas”) con eficiencia y celeridad, bajo la cobertura de la policía local. El comando Rainbow tenía acceso al *hardware* estadounidense y lo había utilizado en España. Popov recomendaba a la embajada ver el video de la operación de rescate. La mejor manera de conseguirlo sería a través del agregado de Defensa, sugería Popov.

Un informe útil, preciso y conciso, pensó el *resident*. El trato había sido justo.

—Y bien, ¿vieron algo nuevo esta mañana? —le preguntó Cyril Holt al jefe del grupo de seguimiento.

—No —replicó el otro Five—. Llevaba el matutino de siempre en la mano de siempre, pero la calle estaba atestada de gente. Pudo pasar cualquier cosa, pero si pasó, no la vimos. Y estamos tratando con un profesional, señor —le recordó su subordinado.

Popov estaba sentado en el tren de regreso a Hereford con su sombrero marrón de ala ancha sobre las rodillas. Fingía leer el diario, pero en realidad hojeaba las fotocopias a un espacio enviadas por Moscú. Kirilenko era fiel a su palabra, comprobó con deleite. Como debía serlo todo *rezident*. Y allí estaba él, solo en el vagón de primera clase del tren interurbano recién salido de Paddington, leyendo más cosas sobre ese tipo John Clark... y genuinamente impactado por lo que leía. La KGB le había prestado muchísima atención. Había tres fotos, una de ellas tan buena que parecía haber sido tomada en la oficina del director en Moscú. Incluso se habían tomado el trabajo de indagar sobre su familia. Dos hijas, una de ellas todavía en la universidad en Estados Unidos, la otra médica y casada con un tal Domingo Chávez... ¡otro oficial de la CIA!, de treinta y cinco años. Domingo Estebanovich, quien también había conocido a Golovko, evidentemente actuaba conjuntamente con Clark. Ambos eran oficiales paramilitares... Ese Chávez bien podía estar en Inglaterra, ¿no? Una médica, fácil de comprobar. Clark y su enjuto socio eran descritos oficialmente como oficiales de inteligencia de campo formidables y experimentados, ambos hablaban ruso de manera literaria y cultivada... graduados en la escuela militar de idiomas de Monterrey, California, sin duda. Chávez tenía un master en Relaciones Internacionales de la George Manson University en las afueras de Washington, indudablemente pagado por la CIA. Entonces, ni él ni Clark eran refuerzos. Los dos tenían educación. Y el más joven estaba casado con una médica.

Sus operaciones de campo conocidas y confirmadas... *nichevo!* pensó Popov. Dos de ellas realmente impactantes, llevadas a cabo con ayuda rusa, *más* la extradición de la esposa y la hija de Gerasimov diez años atrás, junto con varias otras misiones no confirmadas... “Formidable”, ésa era la palabra que mejor los definía. Como oficial de inteligencia de campo durante más de veinte años, sabía por qué impresionarse. Clark debía ser la estrella de Langley, y Chávez, su protegido, seguía al pie de la letra los pasos anchos y profundos de su... *suegro*... Interesante, ¿verdad?

La encontraron a las tres cuarenta, todavía tipiando su mensaje en la computadora. Ben Farmer abrió la puerta y vio... primero el árbol del suero y luego la espalda de la bata de hospital.

—Bueno, hola —dijo con amabilidad—. Salimos a pasear un rato, ¿eh?

—Quería avisarle a papá dónde estaba —replicó Mary Bannister.

—Ah, claro. ¿Por correo electrónico?

—Claro —respondió complaciente.

—Bueno, ahora la llevaremos de regreso a su cuarto. ¿De acuerdo?

—Supongo —admitió con cansancio. Farmer la ayudó a levantarse y la guió al pasillo, suavemente, apoyándole una mano en la cintura. El trayecto era corto. Abrió la puerta de Tratamiento 4, la acostó en su cama y acomodó las cobijas. Bajó las luces antes de salir y encontró a la Dra. Palachek en el pasillo.

—Tal vez tengamos un problema, doc.

A Lani Palachek no le gustaba que la llamaran “doc”, pero no era momento de entrar en controversias.

—¿Qué problema?

—La encontré en T-9, en la computadora. Dice que le mandó un e-mail a su padre.

—¿Qué? —La doctora quedó boquiabierta.

—Eso dijo.

¡Oh, carajo! pensó Palachek.

—¿Qué sabe la paciente? —preguntó.

—Probablemente no mucho. Ninguno de ellos sabe dónde está —Y ni siquiera lo sabrían mirando por las ventanas, que daban a un paisaje arbolado donde ni siquiera había una playa de estacionamiento. Esa parte de la operación había sido cuidadosamente planeada.

—¿Podemos recuperar el mensaje que envió?

—Tal vez, si conseguimos su contraseña y el servidor que utilizó —replicó Farmer. Sabía mucho de computadoras. Igual que todos en la compañía—. Puedo intentarlo cuando la despertemos... digamos, ¿dentro de cuatro horas?

—¿Existe la posibilidad de anular el envío?

Farmer negó con la cabeza.

—Lo dudo. Casi ninguno funciona de esa manera. No tenemos *software* AOL en los sistemas, sólo Eudora, y si uno ejecuta el comando ENVÍO-INMEDIATO, el mensaje es emitido en el acto, doc. Va directo a la Red y una vez allí...oh, bueno.

—A Killgore le dará un ataque.

—Sí, señora —dijo el ex *marine*—. Tal vez debemos codificar el acceso a las computadoras —no agregó que se había alejado un momento de los monitores y que todo era culpa suya. Bueno, nadie lo había prevenido respecto a esa contingencia, y además, ¿por qué demonios no cerraban con llave si querían impedir la entrada de la gente? ¿O por qué no encerraban a los sujetos en sus cuartos? Los vagabundos del primer grupo experimental los habían acostumbrado mal. Ninguno de ellos tenía la capacidad de manejar una computadora, ni el deseo de hacer nada en particular... y a nadie se le había ocurrido que el nuevo grupo de animales experimentales tal vez fuera más inquieto. Epa. Bueno, había visto errores más graves que éste. Sin embargo, lo bueno era que no podían saber dónde estaban ni conseguir información acerca de la compañía propietaria de las instalaciones. Sin esos datos, ¿qué

podría haberle dicho F4 a su papá? Nada importante, estaba seguro. Pero Palachek tenía razón en una cosa, pensó. El Dr. John Killgore iba a enojarse mucho.

El almuerzo obrero inglés era una institución nacional. Pan, queso, lechuga, tomatitos bebé, chutney, un poco de carne —pavo en este caso— y la consabida cerveza, por supuesto. Popov lo había encontrado de su gusto desde su primer viaje a Gran Bretaña. Se había tomado el trabajo de quitarse la corbata y elegir ropas más casuales para parecer un miembro más de la clase trabajadora.

—Bueno, hola —dijo el plomero, sentándose. Su nombre era Edward Miles. Era un hombre alto y corpulento con el brazo tatuado (una afectación típicamente británica, especialmente entre los uniformados)—. Veo que empezó sin mí.

—¿Cómo anduvo la mañana?

—Como siempre. Arreglé la caldera de una de las casas. La de un francés, parte del nuevo comando. Su esposa es una bomba de tiempo —informó Miles, relamiéndose—. Sólo vi una foto de él. Aparentemente es un sargento del ejército francés.

—¿En serio? —Popov le dio un buen mordisco a su sandwich.

—Sí, esta tarde tengo que volver a terminar. Después tengo que arreglar el filtro de agua del edificio central. Son una mierda esas cosas, deben tener más de cincuenta años. Tal vez tenga que fabricar yo mismo la parte que necesito para arreglarlo. Es imposible conseguir repuestos. El fabricante desapareció hace mil años —Miles atacó su almuerzo, separando con pericia los diversos ingredientes y apilándolos luego sobre el pan recién horneado.

—Las instituciones del gobierno son todas iguales —se quejó Popov.

—¡Es un hecho! —acotó Miles—. Y mi ayudante llamó para decir que estaba enfermo. Enfermo las pelotas —dijo el plomero—. Que se vaya a la mierda.

—Bueno, tal vez mis herramientas te sean útiles —ofreció Popov. Siguieron hablando de deportes hasta terminar el almuerzo. Luego se levantaron y fueron hasta la camioneta de Miles, pequeña y azul, con patente del gobierno. El ruso arrojó sus herramientas en la parte de atrás. El plomero arrancó, salió a la ruta y enfiló hacia la puerta principal de la base Hereford. El guardia de seguridad les permitió entrar sin mirar demasiado.

—Ves, sólo necesitas conocer al tipo adecuado para entrar —rió Miles. Acababa de burlar la seguridad de la base que, según indicaban los carteles, tenía *status* NEGRO, el estado más bajo de alerta—. Supongo que los muchachos del IRA se tranquilizaron un poco. Además, venir aquí no sería buena idea... enfrentar a estos tipos equivaldría a meterse en la boca del león... mala idea, digo yo —prosiguió.

—Supongo que sí. Lo único que sé del SAS es lo que veo por la tele. Parecen tipos peliseros.

—Y lo son —confirmó Miles—. Basta con mirarlos, cómo caminan y eso. Saben que son leones. Y los nuevos son exactamente iguales, incluso mejores según dicen algunos. Hicieron tres trabajitos, creo. Los pasaron por la tele. Lo del Parque Mundial fue fabuloso, ¿no te parece?

El edificio de mantenimiento de la base era tan típico de su tipo que no se diferenciaba de sus hermanos de la ex Unión Soviética. La pintura estaba resquebrajada y el pavimento de la playa de estacionamiento ostentaba enormes rajaduras. Los cerrojos de las puertas dobles podían ser violados por el alfiler de un niño, pensó Popov. El arma más peligrosa con que contaban debía ser un destornillador. Miles Parks estacionó su camioneta y le indicó a Popov que lo siguiera. Adentro vio lo que esperaba: un escritorio barato para el plomero, una silla giratoria a punto de fenecer con los resortes a la vista, y un tablero repleto de herramientas, la mayoría viejas a juzgar por el desgaste de los mangos.

—¿Te permiten comprar herramientas nuevas? —preguntó Popov para mantener su personaje.

—Tengo que hacer un pedido justificando la compra dirigido al jefe de departamento. Por lo general es muy considerado y yo no tengo por norma pedir lo que no necesito —Miles levantó un pedido del escritorio—. Quieren que arregle hoy mismo ese filtro. ¿Por qué no toman Coca-Cola y se dejan de joder? —se preguntó en voz alta—. Bueno, ¿quieren venir?

—¿Por qué no? —Popov se levantó y siguió a su camarada obrero. Cinco minutos después, lo lamentó. En la entrada a los cuarteles generales había un soldado armado... y Popov se dio cuenta de que eran los cuarteles de Rainbow. Adentro estaría Clark, Ivan Timofeyevich en persona.

Miles estacionó su camioneta, salió, fue a la puerta de atrás, la abrió, y sacó su caja de herramientas.

—Voy a necesitar una llave pequeña —le dijo a Popov. El ruso abrió el bolso de tela que había llevado y extrajo una llave Rigid nueva de doce pulgadas.

—¿Te servirá?

—Perfecto —Miles le indicó que lo siguiera—. Buenas tardes, cabo —saludó al soldado, que asintió cortésmente sin decir palabra.

Por su parte, Popov estaba más que sorprendido. En Rusia, la seguridad hubiera sido mucho más estricta. Pero estaban en Inglaterra y el guardia conocía al plomero, indudablemente. Una vez adentro, trató de no demostrar excesiva curiosidad y se controló para no manifestar ninguna clase de nerviosismo. Miles se puso a trabajar inmediatamente: desatornilló la tapa, la apoyó a un costado y espío las entrañas del filtro. Extendió la mano y pidió la llave pequeña, que Popov le entregó presuroso.

—Tiene buen ajuste... pero es nueva. Tiene que tenerlo... —Ajustó un caño haciendo girar la llave—. Vamos, ahora... ahí está —Sacó un conducto y lo inspeccionó a la luz—. Ah, bueno, lo puedo arreglar. Milagro —agregó. Se arrodilló y rebuscó en su caja de herramientas—. El

conducto está un poco obstruido. Mira, este sedimento debe tener treinta años —Le pasó el conducto.

Popov miró el interior de la pieza pero no vio nada. Estaba llena de... sedimento, como decía Miles. El plomero recuperó la pieza, le insertó un destornillador pequeño, y lo hizo girar en ambos sentidos.

—¿Y? ¿Vamos a tener agua limpia para el café? —preguntó una voz.

—Eso espero, señor —replicó Miles.

Popov levantó la vista y sintió que se le detenía el corazón. Era Clark, Ivan Timofeyevich, tal como lo identificaba la KGB. Alto, cincuenta y cinco años, sonriéndole a los dos obreros, vestido con traje y corbata, un poco incómodo en ese atuendo. Popov inclinó la cabeza cortésmente y clavó la vista en sus herramientas. En su mente latía un único pensamiento: ¡*Váyase!*

—Ya está, creo que no traerá más problemas —dijo Miles volviendo a colocar la pieza con la llave de Popov. Se levantó y giró la manilla de plástico. El agua salía sucia—. Tendremos que dejarla abierta cinco minutos, señor, para que el conducto se limpie solo.

—Muy bien. Gracias —dijo el estadounidense y salió.

—Fue un placer, señor —respondió Miles—. Era el jefe, el señor Clark.

—¿En serio? Muy amable.

—Sí, es un tipo decente —Miles se paró y volvió a girar la canilla. El agua salió sucia al principio, pero después de unos minutos se volvió prístina—. Bueno, misión cumplida. La llave es muy buena —dijo, y se la devolvió—. ¿Cuánto cuesta?

—Es tuya.

—Bueno, gracias, amigo —Miles sonrió y enfiló hacia la puerta.

Luego dieron una vuelta por la base. Popov preguntó dónde vivía Clark y Miles, agradecido por la llave, dobló a la izquierda y pasó frente a la casa del estadounidense.

—Nada mal, ¿no te parece?

—Parece bastante cómoda —Era de ladrillo marrón con techo de pizarra y jardín al fondo.

—Yo instalé la plomería —le dijo Miles— cuando reciclaron la casa. Ah, esa debe ser la esposa.

Una mujer vestida de enfermera salió de la casa, fue hasta el auto y subió. Popov la observó atentamente y registró la imagen.

—Tienen una hija que es médica en el mismo hospital donde trabaja la madre —le dijo Miles—. Le llenaron la cocina de humo. Creo que está casada con uno de los soldados estadounidenses. Se parece a la madre, alta, rubia y bonita... un bombazo, verdaderamente.

—¿Dónde vive?

—Oh, por aquel lado, creo —replicó Miles señalando al oeste—. En una vivienda para oficiales, igual a ésta, pero más chica.

—Entonces, ¿qué tiene para ofrecernos? —preguntó el superintendente de policía.

A Bill Henriksen le agradaban los australianos. Iban directo al grano. Estaba en Canberra, capital de Australia, con el funcionario policial más importante del país y otras personas uniformadas.

—Bueno, en primer lugar, usted conoce mis antecedentes —Se había ocupado de hacer pública su experiencia en el FBI y la reputación de su empresa—. Sabe que trabajo con el FBI y a veces con la Fuerza Delta en Fort Bragg. Por consiguiente tengo contactos, buenos contactos, tal vez mejores que los suyos en cierto sentido —dijo, haciendo un poco de alarde.

—Nuestro SAS es excelente —le recordó el superintendente.

—Lo sé —respondió Bill, esbozando una sonrisa complaciente—. Trabajamos juntos varias veces cuando estaba en el Comando de Rescate de Rehenes. Dos veces en Perth, una vez en Quantico y una vez en Fort Bragg cuando el brigadier Philip Stocker estaba al mando. A propósito, ¿a qué se dedica ahora?

—Se retiró hace tres años.

—Bien, Philip me conoce. Es un buen hombre, uno de los mejores que conocí en mi vida —declaró Henriksen—. En todo caso, ¿qué puedo traer a la fiesta? Trabajo con todos los abastecedores de *hardware*. Puedo conectarlos con H&K para conseguir la nueva MP-10, la preferida de nuestros muchachos... fue diseñada a pedido del FBI porque la de 9 mm no nos parecía lo suficientemente poderosa. Sin embargo, el nuevo cartucho Smith & Wesson de diez milímetros es... es un nuevo mundo para la H&K. Pero bueno, cualquiera puede conseguirles armas. También hago negocios con E-Systems, Collins, Fredericks-Anders, Micro-Systems, Hallyday Inc. y todas las demás empresas electrónicas. Conozco las últimas novedades en comunicaciones y equipos de vigilancia. Según mis contactos, su SAS es débil en ese aspecto. Puedo ayudarlos a solucionarlo y conseguirles buenos precios para los equipos que necesiten. Además, mi gente podría entrenarlos en el uso de los nuevos equipos. Tengo un equipo formado por ex Deltas y CRR. En su mayoría son NCO, incluyendo al sargento mayor del Centro de Entrenamiento para Operaciones Especiales de Bragg, Dick Voss. Es el mejor del mundo, y ahora trabaja para mí.

—Lo conozco —acotó el australiano—. Si, es muy bueno, por cierto.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo por ustedes? —preguntó Henriksen—. Bueno, obviamente están al tanto del resurgimiento de la actividad terrorista en Europa... amenaza que deben considerar seriamente para las Olimpiadas. El SAS no necesita mis consejos ni los de nadie en cuanto a tácticas, pero mi compañía puede ofrecerles tecnología de punta en vigilancia y comunicaciones. Conozco a todos los fabricantes de los equipos que usan nuestros muchachos, y creo que eso es precisamente lo que quieren ustedes. Lo sé... tienen que quererlo. Bueno, puedo ayudarlos a conseguir exactamente lo que necesitan y

entrenarlos para el uso. No existe otra compañía en el mundo como la nuestra.

El silencio fue la única respuesta. No obstante, Henriksen podía leerles el pensamiento. Los atentados terroristas que habían visto por televisión les habían llenado la cabeza. Necesariamente. Policías y militares tenían la costumbre de detectar incesantes amenazas, reales e imaginarias. Los Juegos Olímpicos otorgarían un enorme prestigio a su nación... pero también la convertirían en el blanco terrorista más prestigioso del planeta (algo que la policía alemana había aprendido duramente en Munich en 1972). El ataque palestino fue, en muchos sentidos, el puntapié inicial del campeonato terrorista mundial. A consecuencia de aquello, el equipo israelí *siempre* estaba un poco mejor vigilado que cualquier otro conjunto nacional de atletas e invariablemente iba acompañado por sus propios comandos militares encubiertos, generalmente con la anuencia de los funcionarios de seguridad de la nación organizadora. *Nadie* quería otro Munich.

Los recientes atentados terroristas en Europa preocupaban al mundo entero, pero a ningún país tanto como a Australia, una nación particularmente sensible al crimen. No hacía mucho, un demente había matado a un grupo de personas inocentes, niños incluidos, generando la prohibición legal de las armas en todo el territorio nacional.

—¿Qué sabe sobre los atentados en Europa? —le preguntó el oficial australiano.

Henriksen puso su mirada más sensible.

—La mayor parte de lo que sé es... bien, no es de estado público. No sé si me entiende.

—Todos tenemos acceso libre a seguridad —le informó el policía.

—OK, pero verá, el problema es que yo *no* tengo acceso libre a estos temas, precisamente, y... Oh, diablos. El comando encargado de los rescates se llama "Rainbow". Es una operación en negro integrada principalmente por estadounidenses y británicos, pero también hay otras nacionalidades de la OTAN. Tienen su base en el Reino Unido, en Hereford. Su comandante es un tipo de la CIA estadounidense, de nombre John Clark. Es un tipo serio, muchachos, y su misión también lo es. Sus tres operativos conocidos fueron tan suaves como el culo de un bebé. Tienen acceso a equipos estadounidenses (helicópteros y esas cosas) y evidentemente tienen acuerdos diplomáticos que les permiten operar en toda Europa cuando los países en problemas los invitan a hacerlo. ¿Su gobierno habló con alguien sobre ellos?

—Conocíamos su existencia —replicó el superintendente—. Lo que dijo es correcto. Honestamente, desconocía el nombre del comandante. ¿Puede decirnos algo más acerca de él?

—Nunca lo vi personalmente. Sólo lo conozco por reputación. Es un oficial de campo de alto rango, muy próximo al DCI, y creo que nuestro presidente lo conoce. Por lo tanto, es de esperar que cuente con un buen equipo de inteligencia y... bueno, sus hombres han demostrado lo que son capaces de hacer, ¿no creen?

—Indudablemente —observó el mayor—. El rescate del Parque Mundial fue una de las mejores operaciones que vi en mi vida, incluso mejor que el de la embajada de Irán en Londres, lo que es mucho decir.

—Ustedes también podrían haberlo hecho —acotó Henriksen generosamente. Y de verdad lo pensaba. El Servicio Aéreo Especial australiano estaba basado en el modelo británico, y aunque no tenía mucho trabajo, el tiempo que se había entrenado con ellos durante su carrera en el FBI no le permitía dudar de sus capacidades—. ¿Cuál es su escuadrón, mayor?

—Primero Sables —replicó el joven oficial.

—Recuerdo al mayor Bob Fremont y...

—Es nuestro coronel —le informó el mayor.

—¿En serio? Tendré que actualizar mis registros. Ése sí que es un oficial. Se llevaba muy bien con Gus Werner —hizo una pausa—. Como sea, eso es lo que puedo aportar a la fiesta, muchachos. Mi gente y yo hablamos el mismo idioma. Tenemos todos los contactos necesarios en lo operativo y lo industrial. Tenemos acceso al *hardware* de última generación. Y podemos venir a ayudarlos en lo que sea tres o cuatro días después de que nos llamen.

No hubo preguntas adicionales. El superintendente parecía impresionado... aunque no tanto como el mayor del SAS.

—Gracias por haber venido —dijo el policía, poniéndose de pie. No era difícil gustar de los australianos... y su país se conservaba en estado casi prístino. En su mayor parte un inexorable desierto recorrido por camellos, animales que sólo podían vivir bien allí y en Arabia. Había leído que Jefferson Davis, nada menos, intentó criarlos en el sudoeste estadounidense, pero la cosa no funcionó, probablemente porque la población inicial era demasiado escasa para garantizar la supervivencia. Henriksen no sabía si atribuir el fracaso a la buena o la mala suerte. Los camellos no eran originarios de su país y siempre era nocivo interferir con el plan de la naturaleza. Y aunque caballos y burros tampoco eran oriundos de Estados Unidos, a él le gustaba la idea de las grandes planicies atravesadas por caballos salvajes (siempre y cuando fueran apropiadamente controlados por los predadores).

No, se corrigió, Australia no era realmente prístina, ¿verdad? Los dingos, temibles perros salvajes del Outback, no eran originarios de ese continente y habían exterminado o expulsado a los marsupiales nativos. La sola idea lo entristeció vagamente. Australia tenía relativamente pocos habitantes, pero los pocos que había se las ingeniaban no obstante para modificar la ecoestructura. Tal vez fuera una señal (otra más) de que no se podía confiar en el hombre. Ni siquiera en esa masa continental alejada de la civilización. Por consiguiente, también era necesario implementar allí el proyecto.

Era una lástima que no tuviera más tiempo. Quería ver los Grandes Arrecifes. Ávido buceador, todavía desconocía ese magnífico ejemplo de belleza natural. Bien, tal vez algún día, dentro de pocos años, sería más fácil, pensó Bill. Miró a sus anfitriones al otro lado de la mesa.

No podía considerarlos seres humanos, ¿verdad? Eran competidores, rivales por la propiedad del planeta. Pero, a diferencia de él, eran pobres esbirros. No todos, quizás. Tal vez algunos amaran la naturaleza tanto como él, pero, desafortunadamente, no había tiempo para reconocerlos e identificarlos. Había que meterlos en la bolsa de los enemigos y obligarlos a pagar el precio. Una verdadera lástima.

Skip Bannister estaba preocupado desde hacía tiempo. En primer lugar, nunca había querido que su hija fuera a Nueva York. Estaba muy lejos de Gary, Indiana. Claro, los diarios decían que el crimen había disminuido en esa temible ciudad a orillas del Hudson, pero seguía siendo demasiado grande y demasiado anónima para que en ella viviera gente real... especialmente jovencitas solteras. Mary siempre sería una niña para él. Siempre la recordaría como un bultito rosado, húmedo y ruidoso entre sus brazos, parido por una madre que falleció seis años después. Su hijita, que adoraba las casas de muñecas y las bicicletas, que había necesitado ropa y una buena educación. Y luego, finalmente, para su eterno disgusto, la palomita había abierto las alas y volado del nido... rumbo a la ciudad de Nueva York, un lugar odioso y superpoblado lleno de gente perversa y detestable. Pero se había avenido a la decisión de su hija (como cuando salía con chicos que a él no le gustaban), porque Mary era testaruda y obcecada como todas las chicas de su edad. Se había ido a probar fortuna, a encontrar su Príncipe Azul, o lo que fuera.

Pero había desaparecido, y Skip Bannister no sabía qué hacer. Todo comenzó cuando pasó cinco días sin llamarlo. Extrañado, marcó su número en Nueva York y dejó sonar el teléfono unos minutos. Tal vez tenía una cita ese día, o debía trabajar hasta tarde. La habría llamado al trabajo, pero la muy cabezadura no le había dado el número. Skip la había consentido toda su vida —tal vez fuera un error, pensaba ahora, tal vez no—, como tendían a hacer los padres viudos.

Pero su niñita había desaparecido. Siguió llamando al único número que tenía a toda hora del día y de la noche... pero nadie atendió jamás el teléfono y pasada una semana empezó a preocuparse. Pasaron unos días más y, llevado al límite por la preocupación, llamó a la policía para informar la desaparición de su hija. Fue un momento muy desagradable. El oficial que lo atendió le hizo toda clase de preguntas sobre la conducta previa de su hija y, tras veinte minutos de interrogatorio obscuro, le explicó pacientemente que, usted sabe, las chicas jóvenes hacen esta clase de cosas todo el tiempo, y casi siempre aparecen sanas y salvas en algún sitio, eh, usted sabe, probar que pueden valerse por sí solas es parte del proceso de crecimiento. Y así, en algún lugar de Nueva York había un registro de archivo o una entrada de computadora a nombre de Bannister, Mary Eileen, sexo femenino, desaparecida, a quien el NYPD no consideraba importante ni siquiera para enviar un oficial a su departamento en el Upper West Side. Skip Bannister lo hizo por las

suyas, pero el encargado del edificio le preguntó si había ido a llevarse las cosas de su hija porque hacía semanas que no la veía y pronto vendería el alquiler...

Skip —James Thomas— Bannister entró en pánico y fue a la estación de policía local para hacer personalmente el reclamo y exigir acción inmediata... sólo para enterarse de que, nuevamente, había acudido al lugar equivocado, pero que igualmente, sí, allí también podían tomarle los datos de la persona desaparecida. Y también tuvo que escuchar la misma, insensata explicación que le habían dado por teléfono... esta vez a cargo de un detective cincuentón.

—Mire, pasaron pocas semanas. No apareció el cadáver de ninguna chica que responda a la descripción de su hija... Así que probablemente está sana y salva en algún lugar. Tenga en cuenta que el noventa y nueve por ciento de estos casos son chicas que anhelan abrir las alas y volar del nido. No sé si me entiende.

—Mi Mary no —contestó James T. “Skip” Bannister al perezoso y distraído policía.

—Señor, todos dicen lo mismo, y en el noventa por ciento de los casos... no, en realidad el porcentaje es más alto... bueno, como sea, las chicas siempre aparecen. Lo lamento, pero no tenemos hombres suficientes para investigar todos estos casos. Lo siento, pero así se hacen las cosas. Dígame, ¿por qué no vuelve a su casa y espera que suene el teléfono?

Bannister siguió su consejo. Regresó a Gary mordido por una furia nacida del pánico, y encontró seis mensajes en el contestador automático. Los hizo pasar rápidamente, esperando encontrar uno de su hija... pero no. No.

Como la mayoría de los estadounidenses, James Thomas Bannister tenía una computadora personal que no usaba demasiado. No obstante, ese día (como todos los días) la encendió y entró a la Red para chequear el correo electrónico. Y, por fin, esa mañana encontró una carta de su hija. Clicó el ícono de la carta, que se abrió a la vida en el monitor de su RGB y...

... ahora sí estaba aterrado.

¿No sabía dónde estaba? ¿Experimentos médicos? Lo más espeluznante de todo era que la carta estaba mal escrita. Mary siempre había tenido buenas notas en la escuela. Su escritura manuscrita era clara y fácil de leer. Sus cartas eran como noticias de matutino, amorosas, por supuesto, pero también claras, concisas y fáciles de leer. Lo que tenía en la pantalla podía haber sido escrito por un niño de tres años, pensó Skip. Ni siquiera el tipeado era correcto... y su hija sabía tipear (Había sacado “A” en esa materia).

¿Qué hacer? Su chiquita había desaparecido... y sus entrañas le decían que estaba en peligro. El estómago se le hizo un nudo debajo del esternón. El corazón se le disparó. Su cara estaba bañada por un sudor espeso. Cerró los ojos y trató de pensar. Luego tomó la guía telefónica.

En la primera página figuraban los números de emergencia. Eligió uno y discó.

—FBI —respondió una voz femenina—. ¿En qué puedo servirlo?

CAPÍTULO 21

ETAPAS

El último vagabundo había superado todas las predicciones... sólo para prolongar lo inevitable. Se llamaba Henry. Negro, de cuarenta y seis años, aparentaba veinte más. Se presentaba como veterano de guerra a todo el que quisiera escucharlo y tenía una sed extrema, que, milagrosamente, no le había destruido el hígado. Y su sistema inmunitario había luchado vigorosamente contra Shiva. Probablemente pertenecía al extremo privilegiado del espectro genético, pensó el Dr. Killgore, aunque de poco le había servido. Hubiera sido útil tener su historia clínica, saber cuánto habían vivido sus padres, pero cuando se dieron cuenta ya era demasiado tarde. Henry estaba ido. Y sus análisis indicaban, sin lugar a dudas, que moriría pronto. Su hígado había sucumbido finalmente a las cepas de Shiva. En cierto modo, era una lástima. El médico que aún latía en Killgore quería que sus pacientes sobrevivieran. Tal vez sólo por espíritu deportivo, pensaba, rumbo a la habitación del enfermo.

—¿Cómo se siente, Henry? —le preguntó.

—Como la mierda, doc, como la misma mierda. Siento como si el vientre se me estuviera desgarrando.

—¿Puede sentirlo? —preguntó Killgore. Era toda una sorpresa. Le estaban inoculando doce miligramos de morfina diarios... Aunque era una dosis letal para un hombre sano, los muy enfermos la toleraban.

—Un poco —replicó Henry, sonriendo entre dientes.

—Bueno, vamos a solucionarlo, ¿sí? —extrajo de su bolsillo una jeringa de 55 cc y una ampolla de Dilaudid. La dosis normal era de dos a cuatro miligramos. Decidió aplicar cuarenta para estar seguro. Llenó la jeringa, expulsó la potencial burbuja de aire, y luego la inyectó en la sonda de suero intravenoso.

—Ah —alcanzó a decir Henry antes de sumirse en el sopor. Inmediatamente, su rostro se ablandó y abrió muchos los ojos, las pupilas dilatadas por el último placer que conocería en este mundo. Diez segundos después le tocó la carótida derecha. No pasaba nada, y la respiración se había interrumpido en el acto. Para estar completamente seguro, Killgore sacó el estetoscopio del bolsillo y lo apoyó sobre el pecho de Henry. Seguro, el corazón se había detenido.

—Buen combate, socio —le dijo al cadáver. Luego retiró la sonda

de suero intravenoso, apagó el sistema electrónico de medicamentos y le cubrió la cara con la sábana. Y bien, los vagabundos se habían terminado. La mayoría habían durado poco, excepto Henry. El bastardo había luchado hasta el fin, desafiando todas las predicciones. Killgore se preguntó si deberían haberle inoculado alguna de las vacunas. La “B” lo habría salvado, ciertamente, pero en ese caso se hubieran quedado con un vagabundo saludable, y el proyecto no apuntaba a salvar a esa clase de gente. ¿A quién le servía un tipo como Henry? Tal vez al dueño del bar. Salió de la habitación y le hizo señas a un paramédico. En quince minutos, las cenizas de Henry flotarían en el aire y, al caer, sus químicos servirían para fertilizar árboles y pasto... la mejor contribución al planeta a la que un individuo como él podía aspirar.

Era hora de visitar a Mary, F4, en su habitación.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—Bien —respondió soñolienta. Todos sus malestares eran controlados por el goteo de morfina.

—¿Anoche salió a dar un paseo? —insistió Killgore, tomándole el pulso. 92, todavía fuerte y regular. Bueno, aún no manifestaba síntomas graves, aunque era imposible que resistiera tanto como Henry.

—Quería decirle a papá que estaba bien —explicó la chica.

—¿Teme que esté preocupado?

—No hablo con él desde que estoy aquí, y pensé —se adormeció.

—Sí, claro, pensaste —le espetó Killgore a la masa inconsciente—, pero nos aseguraremos de que no vuelva a ocurrir —Cambió la programación del monitor de suero, aumentando el goteo de morfina en un 50 por ciento. Eso le impediría levantarse de la cama.

Diez minutos después salía del edificio y caminaba en dirección norte hacia... ahí estaba. Vio la camioneta de Ben Farmer estacionada en el lugar de siempre. El interior del edificio olía a pájaros, aunque más parecía un establo. Las rejas de las puertas estaban muy juntas: imposible deslizar el brazo entre ellas, imposible que se escapara un pájaro. Cruzó la hilera de puertas y encontró a Farmer con uno de sus favoritos.

—¿Haciendo horas extra? —le preguntó.

—Un poco —admitió el guardia de seguridad—. Vamos, Festus —dijo luego. La lechuza de campanario agitó las alas, enfurecida, y voló hasta el brazo enguantado de Farmer—. Creo que ya estás bien, amiguito.

—No parece muy amigable —observó el médico.

—No siempre es fácil trabajar con lechuzas, y Festus es un poco artero —le dijo el ex *marine*, dejando a la lechuza en su percha. Luego salió del compartimento—. Tampoco son los cazadores más astutos. Muy difíciles de entrenar. Con Festus ni siquiera voy a intentarlo.

—¿Piensa liberarlo?

—Sí. Al final de la semana, creo —Farmer asintió—. Tardó dos meses, pero creo que el ala está curada. Espero que se consiga un establo lleno de ratones.

—¿Es el que atropelló el auto?

—No, ése es Niccolo, el búho cornudo. No, Festus probablemente chocó con un cable de alta tensión. Supongo que estaría mirando hacia otro lado. Tiene ambos ojos en perfectas condiciones. Pero los pájaros también meten la pata, como las personas. Como sea, le arreglé el ala... hice un excelente trabajo, si me permite decirlo —se ufanó con una sonrisa satisfecha—. Pero el viejo Festus no parece estar muy agradecido.

—Ben, tendría que ser médico ya que es tan bueno para estas cosas. ¿Fue médico con los *marines*?

—Mero aprendiz. Los *marines* tienen médicos de la Armada, doc —Farmer se quitó el guante de cuero grueso y flexionó un poco los dedos antes de volver a ponérselo—. ¿Vino por lo de Mary?

—¿Qué pasó?

—¿La verdad? Fui a orinar, volví, me senté a leer mi revista y, cuando levanté la vista, ya no estaba. Supongo que anduvo suelta... digamos diez minutos hasta que dí la alarma. Metí la pata, doc, es un hecho —admitió.

—Creo que no pasó nada grave, de todos modos.

—Sí. Bueno, ¿qué le parece si guardamos la computadora en un cuarto con llave? —Fue al extremo de la habitación y abrió otra puerta—. Hola, Baron —dijo. Un segundo después, el halcón Harris saltó al brazo que le ofrecía—. Sí, ése es mi amigo. Tú también estás listo para volver a la naturaleza, ¿no? ¿Tal vez quieres conseguirte unos sabrosos conejitos?

Killgore pensó que esas aves poseían una nobleza regia. Sus ojos eran claros y agudos, sus movimientos poderosos y cargados de decisión, y aunque esa decisión podía resultar cruel para su presa, era obra de la naturaleza, ¿verdad? Esas rapaces mantenían el equilibrio del planeta eliminando a los lentos, los tullidos y los estúpidos... Más que eso, los pájaros de presa eran nobles porque volaban a grandes alturas y desde allí contemplaban el mundo que yacía a sus garras y decidían quién debía vivir y quién morir. Muy parecido a lo que estaban haciendo Killgore y sus compañeros. Aunque los ojos humanos no tenían la dureza de un ojo de halcón. Le sonrió a Baron, que pronto sería devuelto a la naturaleza, liberado para emprender su vuelo solitario sobre las planicies de Kansas...

—¿Podré seguir haciendo esto cuando el proyecto esté en pleno? —preguntó Farmer, dejando a Baron sobre su percha de madera.

—¿A qué se refiere, Ben?

—Bueno, doc, algunos dicen que no podré tener más pájaros cuando salgamos al mundo... porque interfiere. Eso dicen. Diablos, cuido muy bien a mis pájaros. Usted sabe, las rapaces cautivas viven dos o tres veces más que las salvajes, y sí, sé que eso va un poco contra las reglas del proyecto, pero, maldita sea...

—Ben, no vale la pena preocuparse. Entiendo su relación con los halcones. A mí también me agradan.

—Son la bomba inteligente de la naturaleza, doc. Me encanta verlos trabajar. Y cuando se lastiman sé cómo curarlos.

—Usted es muy bueno en eso. Todos sus pájaros se ven saludables.

—Deberían estarlo. Los alimento bien. Atrapo ratones vivos para ellos. Les gusta la comida caliente ¿sabe? —fue hasta su mesa de trabajo, se quitó el guante y lo colgó de un clavo—. Bueno, terminé mi trabajo de la mañana.

—Bueno, vaya a su casa entonces. Me ocuparé de que cierren la sala de la computadora. No permitiremos que ningún otro sujeto salga a dar un paseito por las instalaciones.

—Sí, señor. ¿Cómo está Henry? —preguntó Farmer, buscando las llaves de la camioneta en el bolsillo.

—Murió.

—Suponía que le quedaba poco tiempo. Entonces, ya no quedan vagabundos, ¿verdad? —Killgore negó con la cabeza—. Bueno, que se joda. Era un tipo resistente, ¿no?

—Más duro que la piedra, Ben, pero así son las cosas.

—Ya sé, doc. Es una lástima que no podamos enterrar el cuerpo para los gusanos. Ellos también tienen que comer, pero es un poco feo ver cómo lo hacen —Abrió la puerta—. Nos vemos esta noche, doc.

Killgore apagó las luces y salió. No, no podrían negarle a Ben el derecho a conservar sus pájaros. La halconería era un deporte de reyes y gracias a él se podían aprender muchas cosas de esos pájaros, cómo cazaban, cómo vivían. Entrarían en el Gran Plan de la Naturaleza. El problema era que había algunos personajes sumamente radicales en el proyecto, como los que objetaban la presencia de los médicos porque consideraban que interferían con la naturaleza: curar las enfermedades de la *gente* equivalía a permitir que ésta se reprodujera demasiado rápido y volviera a desequilibrar el ecosistema. Sí, claro. Dentro de cien años (probablemente doscientos) habrían repoblado el estado de Kansas... aunque no todos se quedarían en Kansas, ¿verdad? No, se dispersarían para estudiar las montañas, los pantanos, las selvas, la sabana africana... y luego regresarían a Kansas para transmitir lo que habían aprendido y mostrar sus filmaciones de la naturaleza en acción. Killgore anhelaba ese futuro. Como la mayoría de los miembros del proyecto, devoraba la programación del Discovery Channel. Había *tanto* que aprender, *tanto* que entender... porque, como tantos otros, Killgore quería comprender la naturaleza en su totalidad. Era una ambición suprema, por supuesto, tal vez poco realista... Pero si él no lo lograba, sus hijos lo harían. O los hijos de sus hijos, que serían criados y educados para apreciar la naturaleza en toda su gloria. Viajarían mucho, todos serían científicos de campo. Se preguntó qué pensarían cuando llegaran a las ciudades muertas... Probablemente sería buena idea hacerlos ir, para que comprendieran los errores garrafales cometidos por el hombre y aprendieran a no repetirlos. Tal vez él mismo sería guía de esos viajes. Nueva York sería la más importante de todas, la gran lec-

ción de “no vuelvas a hacer esto”. Pasarían mil años, tal vez más, hasta que los edificios se derrumbaran por el oxidamiento de las estructuras de acero y la falta de mantenimiento... Las partes de piedra jamás desaparecerían... pero los ciervos regresarían relativamente pronto (dentro de unos diez años) al Central Park.

Los buitres lo pasarían bien durante un tiempo. Tendrían carradas de cadáveres para comer... o tal vez no. Al principio los cuerpos serían enterrados de manera civilizada, pero a las pocas semanas los sistemas no darían abasto y la gente moriría, probablemente en su cama, y entonces llegarían... las ratas, por supuesto. El año próximo sería glorioso para las ratas. Pero, las ratas dependían de la gente para comer. Vivían de la basura y los desechos de la civilización (verdaderos parásitos especializados) y el año próximo el mundo sería un banquete en el que comerían hasta hartarse... ¿y después qué? ¿Qué pasaría con la población de ratas? Los gatos y los perros se alimentarían de ellas, probablemente, hasta alcanzar gradualmente cierto equilibrio... Pero a falta de los millones de personas productoras de desechos (o alimento fino para el roedor), la cantidad de ratas disminuiría en los próximos cinco o diez años. Sería una investigación interesante para los científicos de campo. ¿A qué velocidad disminuiría la población de ratas, y hasta qué punto?

Demasiados en el proyecto se preocupaban por los animales grandes. Todos amaban a los lobos y ocelotes, animales bellos y nobles horriblemente masacrados por el hombre por su actitud depredadora hacia los animales domésticos. Se recuperarían apenas desaparecieran las trampas y el veneno. Pero, ¿y los predadores menores? ¿Y las ratas? Aparentemente no le importaban a nadie, pero ellas también eran parte del ecosistema, ¿no? No era justo aplicar la estética al estudio de la naturaleza, ¿verdad? En caso de hacerlo, ¿cómo justificar la muerte de Mary Bannister, Sujeto F4? Después de todo, era una mujer atractiva, brillante, agradable... no como Chester, Pete o Henry, no ofensiva a la vista como habían sido ellos... Pero, como ellos, era una persona que no comprendía la naturaleza, incapaz de apreciar su belleza, incapaz de ver su propio lugar en el gran sistema de la vida... y por consiguiente indigna de participar. Lástima por ella. Lástima por todos los sujetos del experimento, pero el planeta estaba muriendo y había que salvarlo... Y sólo había una manera de hacerlo, porque eran demasiados los que no comprendían el ecosistema (como organismos menores). Sólo el hombre podía alimentar la esperanza de comprender el equilibrio supremo. Sólo el hombre tenía la responsabilidad de mantener ese equilibrio, y si eso conllevaba la reducción de su propia especie, bueno, todo tenía su precio. La mayor y más exquisita ironía era que requería un enorme sacrificio, y que el sacrificio venía de los propios adelantos científicos del hombre. Sin los instrumentos que amenazaban la vida del planeta, la capacidad de salvarlo no hubiera existido. Bueno, la realidad estaba hecha de ironías, pensó el epidemiólogo.

El proyecto salvaría a la naturaleza misma, y el proyecto estaba integrado por relativamente pocas personas: menos de mil, más los se-

leccionados para sobrevivir y continuar el esfuerzo humano, los desconocidos que jamás conocerían los crímenes cometidos en nombre de ellos. La mayoría no comprendería la causa de su supervivencia: ser esposos, hijos o parientes cercanos de un miembro del proyecto o tener habilidades que el proyecto necesitaba (aviadores, agricultores, mecánicos, especialistas en comunicaciones, etc.). Algún día se enterarían... Era inevitable, por supuesto. En la sociedad humana, algunos hablaban y otros escuchaban. Cuando estos últimos se enteraran de lo ocurrido probablemente sentirían horror, pero sería demasiado tarde para actuar. Todo estaba teñido por una maravillosa inevitabilidad. Oh, sí, extrañaría algunas cosas. El teatro, los buenos restaurantes de Nueva York, pero seguramente habría buenos cocineros en el proyecto... y tendrían la mejor materia prima para su labor. En la dependencia de Kansas se cultivaría todo el cereal necesario, y también habría ganado... hasta que el búfalo se propagara.

El proyecto se sostendría a través de la caza. Era innecesario decir que varios miembros objetaban esa posibilidad... en realidad, objetaban matar cualquier cosa viviente, pero las cabezas más frías y más sabias habían prevalecido en ese tema. El hombre era predador y fabricante de herramientas, de modo que también tendrían armas. Era la manera más piadosa de cazar, y el hombre también tenía que comer. Y así, en pocos años los hombres ensillarían sus caballos y saldrían a cazar búfalos... para luego carnearlos y llevar a sus hogares la saludable carne baja en grasas. Y ciervos, y antílopes, y venados.

Los agricultores cultivarían granos y verduras. Todos comerían bien y vivirían en armonía con la naturaleza —después de todo, las armas de fuego eran primas hermanas del arco y la flecha, ¿no?—, y ellos podrían estudiar el mundo natural en relativa paz.

Era un hermoso futuro en potencia, aunque los cuatro a ocho meses iniciales serían espantosos. Lo que aparecería en los medios —mientras existieran— sería terrible, pero, nuevamente, todo tenía su precio. La humanidad debía morir como fuerza dominante del planeta y ser reemplazada por la naturaleza misma, y sólo debían quedar unos pocos elegidos para observar y apreciar lo que la naturaleza era y hacía.

—La Dra. Chávez, por favor —le dijo Popov a la telefonista del hospital.

—Un momento, por favor —Pasaron setenta segundos.

—Habla la Dra. Chávez —dijo una voz.

—Oh, perdón, número equivocado —dijo Popov, y colgó. Excelente, las esposas de Clark y Chávez trabajaban en el hospital tal como le habían dicho. Ese dato confirmaba que Domingo Chávez también estaba en Hereford. Bueno, ya conocía al jefe del comando Rainbow y a uno de sus integrantes de mayor rango. ¿Chávez sería el jefe de inteligencia del grupo? No, pensó Popov, era demasiado joven para eso. Tenía que ser un británico, un tipo de MI-6, alguien conocido por los servicios

continentales. Evidentemente Chávez era un oficial paramilitar, igual que su mentor. Eso significaba que era un soldado, ¿tal vez líder de campo? Pura suposición de su parte, pero buena. Un oficial joven, físicamente inigualable según los informes. Pero demasiado joven para otra clase de puesto. Sí, tenía lógica.

Popov le había robado a Miles el mapa de la base y había marcado la casa de Clark. A partir de allí pudo deducir fácilmente el trayecto que seguía su esposa hasta el hospital local... y averiguar sus horarios tampoco sería difícil. La semana había sido generosa con él y era tiempo de partir. Empacó sus ropas y fue hasta su automóvil alquilado, y desde allí al *lobby* del motel. En Heathrow lo esperaba un pasaje de regreso a Nueva York. Como le sobraba tiempo, descansó en el salón de primera clase de British Airways: un lugar siempre acogedor, lleno de botellas de vino, o incluso de champagne. Se dio un gusto etílico y luego fue a sentarse a uno de los cómodos sillones. Tomó uno de los diarios del día, pero en lugar de leer se puso a repasar lo que había averiguado, preguntándose qué uso le daría su empleador a la succulenta información. Imposible saberlo por el momento, pero su instinto lo hizo recordar ciertos números telefónicos de Irlanda.

—Sí, habla Henriksen.

—Soy Bob Auckland —Bill recordó al superintendente de policía—. Tengo buenas noticias para usted.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles, señor?

—Me llamo Bob, viejo. Hablamos con el ministro y está de acuerdo en otorgar a Global Security el contrato de las Olimpiadas.

—Gracias, señor.

—¿Podría venir mañana a resolver los detalles conmigo?

—Claro, está bien. ¿A qué hora puedo visitar la dependencia?

—Yo mismo lo llevaré mañana por la tarde.

—Excelente, Bob. Gracias por haberme escuchado. ¿Y los muchachos del SAS?

—También estarán en el estadio.

—Grandioso. Me muero de ganas de trabajar con ellos —aseguró Henriksen.

—Y ellos quieren ver ese nuevo equipo de comunicaciones del que les habló.

—E-Systems ha empezado a fabricarlos para nuestros Delta. Seis onzas por unidad, tiempo real de encriptado 128 bits, frecuencia banda X, banda lateral, transmisión interrumpida. Casi imposible de interceptar y altamente confiable.

—¿Por qué merecemos este honor, Ed? —preguntó Clark.

—Tienen un hada madrina en la Casa Blanca. Los primeros trein-

ta les corresponden. Deberían llegar dentro de dos días —dijo Foley.

—¿Quién?

—Carol Brightling, asesora científica presidencial. Sabe mucho de estas cosas y después del Parque Mundial me llamó para sugerirme que les consiguiera estos radios.

—Ella desconoce nuestra existencia, Ed —recordó Clark—. Por lo menos, no recuerdo haber visto su nombre en la lista.

—Bueno, entonces alguien se lo habrá dicho, John. Cuando llamó conocía la contraseña y *tiene acceso* a casi todo, no lo olvides. Armas nucleares y compañía.

—Al presidente no le gusta, eso escuché decir...

—Sí, es una “abrazadora de árboles” radical. Ya sé. Pero también es muy inteligente y conseguirte estos equipos fue una buena señal de su parte. Hablé con Sam Wilson y me dijo que sus muchachos los recibieron con entusiasmo. A prueba de choques, encriptado, claridad digital y liviano como una pluma —Claro que debía ser bueno a siete mil dólares por equipo, pero eso incluía los costos de R&D, recordó Foley. Se preguntó si sus oficiales de campo podrían utilizarlo en operaciones encubiertas.

—OK. ¿Dijiste dos días?

—Sí. Encomienda de Dover a Mildenhall, y desde allí en camión, supongo. Ah, otra cosa.

—¿Qué?

—Dile a Noonan que su carta sobre ese aparato “busca gente” dio resultado. La empresa acaba de enviarle una nueva unidad para que juegue... cuatro, a decir verdad. Mejoraron la antena y el localizador GPS. ¿Qué carajo es eso?

—Lo vi una sola vez. Aparentemente, rastrea a los individuos por los latidos del corazón.

—Ah, ¿y cómo hace?

—Ojalá lo supiera, Ed, pero puedo decirte que lo vi detectar personas a través de una pared. Noonan está enloquecido. Pero, según él necesita mejoras.

—Bueno, DKL —la empresa— le prestó atención. Los cuatro equipos nuevos incluyen un pedido de evaluación.

—OK, se lo pasaré a Tim.

—¿Se sabe algo de los terroristas de España?

—Hoy recibimos un fax. Ya identificaron a seis. Principalmente sospechosos vascos. Los franceses les van en zaga, sólo tienen dos probables... bueno, uno es seguro. Y todavía no saben quién los está azuzando contra nosotros.

—Los rusos —dijo Foley—. Un KGB exonerado, estoy seguro.

—No me atrevería a negarlo, viendo cómo se apareció en Londres... pero los muchachos del Five todavía no tienen nada más.

—¿Quién se ocupa del caso?

—Holt, Cyril Holt —respondió Clark.

—Ah, bueno, conozco a Cyril. Buen tipo. Puedes creer todo lo que te diga.

—Bueno, pero en este mismo momento le creo que no tiene una mierda. Estuve jugando con la idea de llamar personalmente a Sergey Nikolayevich para pedirle ayuda.

—No me parece, John. Esas cosas pasan por mí, ¿recuerdas? También me gusta Sergey, pero no para esto. Demasiado obvio.

—Eso nos deja con las manos atadas, Ed. No me gusta que haya un rusito rondando por ahí que conoce mi nombre y lo que hago.

Foley tuvo que asentir. A ningún agente secreto le agradaba que lo conocieran y Clark tenía vastas razones para preocuparse, ya que compartía su base de operaciones con toda su familia. Jamás había utilizado a Sandy para encubrir su identidad, como otros agentes secretos. Y si bien ninguno había perdido a su esposa de esa manera, más de una se había llevado un susto y la CIA había prohibido la práctica. Más aún, John había vivido toda su vida profesional como un fantasma que muy pocos veían, nadie reconocía, y sólo reconocían los que estaban de su lado. Tenía tantas ganas de modificar su invisibilidad como de cambiar de sexo... pero alguien se había metido en su anonimato y eso lo perturbaba. Bueno, los rusos lo conocían y sabían cosas de él debido a sus acciones en Japón e Irán... En aquel momento debió haber pensado que sus actos tendrían consecuencias.

—Te conocen, John. Demonios, Golovko te conoce personalmente, y es obvio que despiertas su interés, ¿no?

—Ya lo sé, Ed, pero... ¡carajo!

—John, comprendo... pero ahora tienes perfil alto y no hay manera de evadir ese hecho. Así que siéntate en tu silla, haz tu trabajo y déjanos agitar el avispero para ver qué ocurre, ¿te parece bien?

—Supongo que sí, Ed —respondió resignado.

—Si me entero de algo, te avisaré por teléfono en el acto.

—A sus órdenes, señor —replicó Clark, utilizando la fórmula naval que fuera parte de su vida muchos años atrás. Ahora la reservaba para todo lo que no le gustaba.

El agente especial al mando de la oficina del FBI en Gary, Indiana, era un negro serio y muy profesional llamado Chuck Ussery. Cuarenta y cuatro años, recién llegado a la oficina, hacía diecisiete años que integraba el FBI. Antes había sido oficial de policía en Chicago. El llamado de Skip Bannister fue rápidamente desviado a su escritorio y, luego de una breve conversación, le pidió que fuera a verlo personalmente. Veinticinco minutos después, Bannister entraba en su oficina. Era un hombre corpulento, cincuentón y profundamente asustado. Cuando consiguió hacerlo sentar le ofreció un café, que Bannister rechazó. Luego comenzaron las preguntas, al principio pura rutina. Después, directo al punto.

—Señor Bannister, ¿trajo el e-mail del que me habló?

Sin decir palabra, James Bannister sacó la hoja de papel de su bolsillo y se la entregó.

Tres párrafos, comprobó Ussery, agramaticales y confusos. Su primera impresión fue...

—Señor Bannister, ¿tiene razones para sospechar que su hija consumiera alguna clase de droga?

—¡Mi Mary no! —fue la respuesta inmediata—. Imposible. OK, le gusta beber vino y cerveza, pero drogas no... ¡mi hijita no, jamás!

Ussery levantó las manos.

—Por favor, entiendo cómo se siente. He visto raptos varias veces y...

—¿Piensa que la raptaron? —preguntó Skip Bannister, enfrentándose a la confirmación de su temor más grande. Eso era mucho peor que la insinuación de que su hijita podía ser drogadicta.

—Basándome en esta carta, sí, creo que es una posibilidad y que deberíamos caratular el caso como rapto —Ussery levantó el teléfono—. Mándeme a Pat O'Connor, por favor —le pidió a su secretario.

El agente especial Pat O'Connor era uno de los supervisores del escuadrón de Gary. Treinta y ocho años, pelirrojo, de piel clara y muy musculoso, O'Connor entró en la oficina de Ussery.

—¿Sí, Chuck?

—Te presento al señor James Bannister. Tiene una hija desaparecida, veintitún años, desapareció en Nueva York hace un mes aproximadamente. Ayer recibió esto por e-mail —Ussery le pasó el papel.

O'Connor lo leyó y asintió.

—OK, Chuck.

—El caso es tuyo, Pat. Acelerador a fondo.

—Claro, Chuck. ¿Me haría el favor de acompañarme, señor Bannister?

—Pat se encarga de estos casos —explicó Ussery—. Él tomará el caso y se reportará conmigo todos los días. Señor Bannister, el FBI considera que el rapto es un crimen mayúsculo. Será un caso prioritario hasta que lo resolvamos. ¿Diez hombres, Pat?

—Sí, para empezar. Pero necesito más en Nueva York. Señor —miró a Bannister—, todos nosotros tenemos hijos. Sabemos cómo se siente. Si hay alguna manera de encontrar a su hija, la encontraremos. Ahora necesito hacerle unas cuantas preguntas para iniciar la investigación. ¿De acuerdo?

—Sí.

Bannister siguió a O'Connor a su oficina. Pasó las siguientes tres horas contándoles a los agentes todo lo que sabía de su hija y de su vida en Nueva York. En primer lugar les entregó una foto reciente, bastante buena. O'Connor la observó atentamente. La guardaría en el archivo del caso. Hacía varios años que no tenían un caso de secuestro. El FBI había extinguido ese crimen en Estados Unidos... En todo caso, sólo había secuestros por dinero. No había porcentaje. El FBI *siempre* los resolvía, y caía sobre los miserables como la Ira de Dios. Generalmente

secuestraban niños. Casi siempre eran pervertidos sexuales que los usaban para gratificarse y luego los asesinaban. Aunque no necesariamente. Esa clase de crimen despertaba la ira institucional del FBI. El Caso Bannister (así estaba caratulado) tendría prioridad suprema en cuanto a hombres y recursos. Los casos pendientes de la mafia quedarían postergados. Era parte de la filosofía institucional del FBI.

Cuatro horas después de la visita de Skip Bannister a la oficina de Gary, dos agentes de la división Nueva York (Jacob Javits Building) golpearon la puerta del encargado del edificio donde vivía Mary Bannister. El hombre les dio la llave y los acompañó hasta el departamento. Los agentes entraron e iniciaron la búsqueda. En primer lugar recogieron anotaciones, fotos, correspondencia. Todo lo que pudiera servirles. Hacía una hora que estaban allí cuando se presentó un detective del NYPD. Había 30.000 policías en la ciudad y todos debían colaborar en las investigaciones de secuestros.

—¿Tienen la foto? —preguntó el detective.

—Aquí está —El agente le entregó la foto enviada por fax desde Gary.

—¿Saben? Hace unas semanas recibí un llamado de Des Moines, el apellido de la chica era... Pretloe, creo. Sí, Anne Pretloe, veinticinco años, secretaria jurídica. Vivía a pocas cuadras de aquí. Desapareció de golpe. No fue más a trabajar... se evaporó, literalmente. La misma edad, el mismo sexo... —señaló el detective—. ¿Podrían estar conectados?

—¿Chequearon posibles Jane Does? —preguntó el agente más joven. Pensamiento obvio de los tres: ¿había un asesino serial en Nueva York? Esos criminales casi siempre atacaban mujeres entre dieciocho y treinta años de edad. Eran tan selectivos como cualquier predador de la naturaleza.

—Sí, pero nada que encaje con la descripción de la chica Pretloe... ni tampoco con Bannister —Les devolvió la foto—. Este caso es un rompecabezas. ¿Encontraron algo?

—Todavía no —replicó el agente más viejo—. Un diario íntimo, pero no tiene nada útil. No hay fotos de hombres. Sólo ropa, cosméticos, lo habitual en una chica de esta edad.

—¿Huellas digitales?

Gesto afirmativo.

—Es el próximo paso. Nuestro experto viene en camino —Pero los tres sabían que no serviría de mucho, ya que el departamento estaba vacío desde hacía un mes. Los aceites que formaban las huellas digitales se evaporaban con el tiempo, aunque tal vez quedara una esperanza... dado que el departamento había permanecido cerrado.

—No será fácil —comentó el detective.

—Nunca es fácil —replicó uno de los agentes del FBI.

—¿Y si hay más de dos? —preguntó el otro.

—Cada día desaparecen cientos de personas en esta ciudad —dijo el detective—. Pero veremos qué nos dicen las computadoras.

La Sujeto F5 tenía una figura espléndida, comprobó Killgore. Y también le gustaba Chip Smitton. Mala suerte para él, que no había sido expuesto a Shiva por inoculación, vacuna o aspersión. No, sólo había sido expuesto al virus por contacto sexual y su sangre ya empezaba a mostrar anticuerpos. Entonces, ese medio de transmisión también funcionaba y, mejor aún, funcionaba de mujer a hombre y no sólo de hombre a mujer. Shiva era todo lo que esperaban de él... y mucho más.

Era desagradable ver a un par de humanos hacer el amor. No lo excitaba en lo más mínimo... y eso que le gustaba mirar. Anne Pretloe, F5, estaba a dos días de la aparición de los síntomas a juzgar por sus análisis, su apetito, su sed y su desparpajo sexual. Bueno, los tranquilizantes desinhibían a los sujetos y no había manera de saber cómo era Pretloe en la vida real... aunque ciertamente conocía muy bien las técnicas.

Curiosamente, Killgore nunca le había prestado atención al coito entre animales. Suponía que las ratas entraban en celo y fornicaban alegremente, pero, por alguna razón, jamás las había visto. Las respetaba como formas de vida, pero sus escarceos amorosos le interesaban muy poco... Pero no podía decir lo mismo de lo que veía en la pantalla. Bueno, Pretloe, Sujeto F5, era la más bonita de todas, y de haberla conocido en un bar la habría invitado a beber algo, charlado un poco con ella y... dejado que las cosas siguieran su curso. Pero también estaba condenada, tan condenada como las ratas blancas de laboratorio especialmente criadas con ese propósito. Esas graciosas criaturitas de ojos rojos se utilizaban en todo el mundo porque eran genéticamente idénticas. Probablemente carecían de recursos para vivir en estado salvaje, era una lástima. Pero su color blanco conspiraría contra ellas... perros y gatos las detectarían fácilmente y eso no era aconsejable, ¿verdad? De todos modos constituían una especie artificial: no eran parte del plan de la naturaleza sino obra del hombre, y por lo tanto indignas de perpetuarse. Qué lástima que fueran tan lindas... Pero ésa era una observación subjetiva, no objetiva, y Killgore había aprendido hacía tiempo la diferencia entre ambas. Después de todo, Pretloe F5 también era linda... y la pena que sentía por ella era un residuo atávico, indigno de un miembro del Proyecto. Pero se quedó pensando... mientras veía cómo Chip Smitton penetraba rabiosamente a Anne Pretloe. Eso podría haber hecho Hitler con los judíos: salvar a unos pocos como ratas de laboratorio humanas... Y bien, ¿eso lo convertía en un nazi? Estaban utilizando a F5 y M7 como ratas blancas... sí, pero no, ellos no discriminaban por raza, religión ni género, ¿verdad? La política no tenía nada que ver en esto... bueno, tal vez, según cómo se definiera el término. Como lo definía él, *no*. Lo de ellos era ciencia. La totalidad del proyecto era ciencia y amor por la naturaleza. Los miembros del proyecto eran de

todas las razas y clases sociales y orientaciones sexuales. No podía decirse lo mismo de la religión, a menos que el amor a la naturaleza fuera una religión. Y en cierto sentido lo era. Sí, claro que lo era.

Lo que estaban haciendo en la pantalla de TV era natural, o casi —el coito había sido instigado por los depresores del sistema nervioso—, pero la mecánica sí lo era. Lo mismo que los instintos: él quería arrojar su semilla lo más lejos posible y ella quería recibirla. Mientras tanto, *su propio instinto* de predador lo impulsaba a decidir cuáles miembros de la especie vivirían y cuáles no, pensó Killgore.

Esos dos no vivirían, por muy atractivos que fueran... como las ratas de laboratorio con su bonito pelaje blanco y sus preciosos ojitos rojos y sus bigotes puntiagudos. Bueno, ninguno de ellos seguiría aquí por mucho tiempo, ¿verdad? La opción, aunque estéticamente conflictiva, era válida con vistas al futuro que todos anhelaban.

CAPÍTULO 22

MEDIDAS

—Entonces, ¿no sabemos nada de nuestro amigo ruso? —preguntó Bill Tawney.

—Nada —confirmó Cyril Holt—. En los videos Kirilenko va caminando a trabajar como todos los días, por el mismo camino y a la misma hora, cuando las calles están atestadas, para en su pub a beber una cerveza cuatro de cada cinco noches, y tropieza con toda clase de gente. Pero en esas condiciones no sería difícil confundirnos, a menos que realmente estrechemos la vigilancia, en cuyo caso sería muy probable que Ivan Petrovich se diera cuenta y aumentara sus precauciones. No queremos correr ese riesgo.

—Claro que no —admitió Tawney, desilusionado—. ¿No tenemos nada de otras fuentes?

“Otras fuentes” aludía a cualquiera que trabajara para el Servicio de Seguridad dentro de la embajada rusa. Casi siempre tenían a alguien, pero Holt no discutiría el tema por teléfono (encriptado o no) porque si había algo que era imprescindible proteger en ese negocio era la identidad de las fuentes. La falta de protección podía significarles la muerte.

—No, Bill, nada. Vania no habló por teléfono a Moscú sobre el tema. Tampoco utilizó su línea segura de fax. Por el momento no tenemos ninguna cara, salvo la del tipo del pub, que bien podría ser un fiasco. Hace tres meses hice que uno de mis hombres entablara una conversación con él en la barra. Hablaron de fútbol... es un fanático consuetudinario, conoce muy bien el juego y en ningún momento reveló su nacionalidad. Su acento es perfecto. Por lo tanto, el tipo de la foto podría ser cualquiera, una mera coincidencia. Kirilenko es un profesional, Bill. No comete muchos errores. Cualquier información surgida de ese encuentro fue indudablemente escrita y enviada por mensajero.

—Entonces, probablemente tenemos un ex KGB merodeando por Londres, probablemente con toda la información de Moscú sobre nuestro Clark... y no sabemos qué está haciendo ni qué se propone.

—Correcto, Bill —admitió Holt—. No te diré que me gusta, pero así están las cosas.

—¿Conseguiste algo sobre contactos KGB-PIRA?

—Tenemos algunas cosas. Una foto de otro tipo en Dublín hace ocho años e informes orales de otros contactos, descripciones físicas in-

cluidas. Alguno que otro podría ser el tipo de la foto, pero las descripciones abarcan a un tercio de la humanidad de sexo masculino y todavía no queremos hacer circular las fotos.

Tawney no necesitó que le dijera por qué. Cabía la posibilidad de que algunos informantes de Holt jugaran a dos puntas, y en ese caso, enseñarles las fotos del pub sólo serviría para alertar al blanco de la investigación. El sujeto se volvería más cauteloso, quizás cambiaría de aspecto, y las cosas empeorarían en vez de mejorar. El suyo era el más complejo de los juegos, recordó Tawney. ¿Y si todo el asunto no era más que pura curiosidad de los rusos? ¿Ganas de seguirle el rastro a un oficial de inteligencia del otro bando? Diablos, *todo el mundo* lo hacía. Era parte normal del oficio.

El resultado final era que sabían lo que no sabían... No, pensó Tawney. Ni siquiera eso. Sabían que no sabían algo, pero no sabían qué querían descubrir. ¿Qué significaba esa señal detectable de información que había aparecido en la mira?

—¿Para qué es esto? —preguntó Henriksen inocentemente.

—Es un sistema de refrigeración a base de niebla. Ustedes nos lo pasaron —dijo Auckland.

—¿Eh? No comprendo —replicó el estadounidense.

—Uno de nuestros ingenieros lo vio en... Arizona, creo. Asperja una niebla muy fina. Las minúsculas gotas absorben la energía del calor y se evaporan en la atmósfera. Tiene el mismo efecto que un acondicionador de aire, pero gasta muy poca energía.

—Aaah —dijo Henriksen, esforzándose por demostrar sorpresa—. ¿Y el sistema está distribuido?

—Sólo en los túneles y los campos de juego. El arquitecto quiso instalarlo en todo el estadio pero la gente se quejó. Dijeron que interferiría con las cámaras y esas cosas —respondió Auckland—. Se parece mucho a la niebla auténtica.

—OK, me gustaría echarle un vistazo.

—¿Por qué?

—Bien, señor, es una excelente manera de asperjar agentes químicos, ¿no le parece? —La pregunta tomó al policía por sorpresa.

—Bueno... sí, supongo que sí.

—Bien. Uno de mis hombres en la empresa, ex oficial del Regimiento Químico del Ejército de EE.UU., es experto en esta clase de cosas. Se graduó en la MIT. Haré que revise los sistemas.

—Sí, buena idea, Bill. Gracias —dijo Auckland, maldiciéndose por no haberlo pensado antes. Bueno, para eso había contratado a un experto, ¿no? Y ese yanqui parecía un verdadero experto.

—¿Hace mucho calor aquí?

—Oh, sí, mucho. Esperamos temperaturas del orden de los noventa grados... Fahrenheit. Se supone que debemos pensar en Celsius, pero todavía no aprendí.

—Sí, yo tampoco —acotó Henriksen.

—De todos modos, el arquitecto dijo que era una manera barata de refrescar a los espectadores y bastante fácil de instalar. Se alimenta del sistema de bocas de incendio. Ni siquiera utiliza mucha agua. Hace un año que lo instalaron. Lo probamos periódicamente. Una compañía estadounidense se encarga de hacerlo, en este momento no recuerdo el nombre.

Cool-Spay de Phoenix, Arizona, pensó Henriksen. Tenía el diseño del sistema en el archivo de su oficina. Jugaría un papel crucial en los planes del proyecto y había sido considerado un regalo de Dios desde el primer momento. Ya tenían el lugar. Pronto llegaría la hora.

—¿Tuvo noticias de los británicos?

—Les preguntamos, pero todavía no tuvimos respuesta —respondió Aukland—. Es un proyecto muy secreto, evidentemente.

Henriksen asintió.

—La política siempre se interpone —y, con un poco de suerte, seguiría siendo así.

—Absolutamente —dijo Aukland, asintiendo.

El detective teniente Mario d'Allesandro encendió su computadora y accedió al archivo central del NYPD. Seguro, Mary Bannister estaba allí, y Anne Pretloe también. Luego eligió un menú de búsqueda: género, MUJER; edades, dieciocho a treinta. El sistema generó cuarenta y seis nombres, que el detective salvó en un archivo especial creado con ese propósito. El sistema no incluía fotos. Tendría que ir a buscarlas personalmente. Por el momento retiró de la selección los nombres de diez chicas de Queens y Richmond; quería dedicarse exclusivamente a las desaparecidas de Manhattan. El número se redujo a veintiuno. Luego retiró de la selección a las afroestadounidenses, porque, si se trataba de un asesino serial, esos criminales generalmente escogían víctimas "clonadas": el más famoso de todos, Theodore Bundy, elegía casi exclusivamente chicas que se peinaban con raya al medio, por ejemplo. Bannister y Pretloe eran blancas, solteras, razonablemente atractivas, edades veintiuno y veinticuatro, de cabello oscuro. Pensó que el abanico de edades escogido previamente sería adecuado para empezar. Por último, retiró de la selección todos los nombres que no encajaban en el modelo.

Luego abrió el archivo Jane Doe del departamento para ver los cadáveres recuperados de víctimas que aún no habían sido identificadas. Conocía la mayoría de los casos. Dos de ellas encajaban en los parámetros, pero no eran Bannister ni Pretloe. Por lo tanto, estaban frente a un agujero negro. Eso era bueno y malo a la vez. Las dos mujeres desaparecidas no estaban comprobadamente muertas... eso era lo bueno. Pero el asesino podría haberse deshecho hábilmente de sus cuerpos... los pantanos de Jersey estaban cerca (famoso vaciadero de cadáveres desde principios de siglo).

Imprimió su lista de mujeres desaparecidas. Quería examinar to-

dos los archivos en papel, fotos incluidas, con los dos agentes del FBI. Pretloe y Bannister tenían ambas cabello cobrizo, casi del mismo largo. Ese rasgo podía bastarle a un asesino serial... pero no, Bannister todavía seguía con vida a juzgar por el e-mail... a menos que el asesino serial sumara a su maldad intrínseca la perversión de martirizar a las familias de sus víctimas. D'Alessandro nunca se había cruzado con uno de esos, pero los asesinos seriales eran unos bastardos seriamente enfermos y era imposible predecir lo que eran capaces de hacer para divertirse un poco. Si uno de esos miserables estaba suelto en Nueva York, no sólo el FBI querría echarle la zarpa. Qué bueno que el estado de Nueva York tuviera finalmente pena de muerte...

—Sí, lo he visto —le dijo Popov a su jefe.

—¿En serio? —preguntó John Brightling—. ¿A qué distancia?

—Casi tan cerca como estamos ahora, señor —replicó el ruso—.

No fue intencional, pero sucedió. Es un hombre macizo y poderoso. Su esposa es enfermera en el hospital comunitario local, y tienen una hija médica, casada con un integrante del comando, que trabaja en el mismo hospital. La Dra. Patricia Chávez. Su marido es Domingo Chávez, también oficial de campo de la CIA, actualmente destinado al comando Rainbow. Probablemente sea el líder. Clark y Chávez son oficiales de la CIA. Clark estuvo involucrado en el rescate de la esposa y la hija del ex director de la KGB hace unos años... Imagino que recordará la noticia. Bueno, Clark fue quien las ayudó a escapar del territorio soviético. También participó en el conflicto con Japón y fue responsable de la muerte de Mamoud Haji Daryaei en Irán. Chávez y Clark tienen mucha experiencia y son dos oficiales de inteligencia muy capaces. Sería peligroso subestimarlos —concluyó Popov.

—OK, ¿qué nos dice todo esto?

—Nos dice que Rainbow es lo que parece: un grupo antiterrorista multinacional activo en toda Europa. España es miembro de la OTAN, pero Austria y Suiza no lo son. ¿Podrían entonces expandir sus operaciones a otros países? Ciertamente, sí. Son una seria amenaza para cualquier operativo terrorista. No se trata precisamente —prosiguió Popov— de una organización a la que me gustaría enfrentarme. Hemos visto por televisión su destreza en operaciones “de combate”. Además, cuentan con apoyo técnico y de inteligencia de primerísima calidad. Ambos aspectos logísticos son inseparables.

—OK. Ya sabemos quiénes son. ¿Hay alguna posibilidad de que ellos conozcan nuestra existencia? —preguntó el Dr. Brightling.

—Es posible, aunque improbable —opinó Popov—. Si ése fuera el caso, los agentes del FBI vendrían a arrestarlo, y a mí también, por conspiración criminal. Por el momento, nadie me rastrea ni me sigue. Bueno, al menos eso creo. Sé qué buscar y hasta el momento no he visto nada alarmante, pero también debo admitir que un experto podría se-

guirme sin que lo advirtiera. Es difícil, ya que soy un profesional de la contravigilancia, pero teóricamente posible.

Brightling quedó perplejo. Popov acababa de admitir que no era perfecto. Sus ex supervisores de la KGB lo habrían sabido de antemano y aceptado como un riesgo propio del negocio de inteligencia... pero debía recordar que tampoco corrían peligro de ser arrestados y perder los billones de dólares que cimentaban su poder personal.

—¿Qué riesgos corremos?

—¿Se refiere a los métodos que podrían usar contra usted...?

—gesto afirmativo—. Bueno, podrían pinchar sus teléfonos, grabar las conversaciones y...

—Mis teléfonos están encriptados. Se supone que el sistema es a prueba de intrusos. Mis consultores dicen que...

Popov levantó la mano para interrumpirlo.

—Señor, ¿realmente cree que su gobierno permite la fabricación de sistemas de encriptado que él no pueda violar? —preguntó, como si le estuviera explicando algo a un niño—. La Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade tiene algunos de los matemáticos más brillantes del mundo, y las computadoras más poderosas del mundo... y si le caben dudas de cuán arduamente trabajan, sólo tiene que echarle un vistazo a la playa de estacionamiento.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

—Si a las siete de la tarde el estacionamiento está lleno, quiere decir que están trabajando mucho en algo. Todos tienen auto en su país, y los estacionamientos son generalmente demasiado grandes para pasar desapercibidos. Es la manera más fácil de controlar el grado de actividad de las agencias de su gobierno —y si uno estaba *realmente* interesado, averiguaba unos cuantos nombres y direcciones para conocer la marca de los autos y las patentes. Fiel a ese método sencillo, la KGB le había seguido los pasos al jefe del grupo "Z" de la ASN (grupo consagrado a violar y crear sistemas y códigos de encriptado) durante más de una década (e indudablemente la renacida RVS estaría haciendo lo mismo en la actualidad). Popov sacudió la cabeza—. No, yo no confiaría en un sistema de codificación comercial. Tengo mis dudas sobre los sistemas que utiliza el gobierno ruso. Los estadounidenses son muy hábiles para interceptar sistemas cifrados. Siempre lo han sido, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, y además están aliados con los británicos, que también tienen una tradición de excelencia en ese rubro. ¿Nadie se lo dijo jamás? —preguntó sorprendido.

—Bien... no. Me dijeron que el sistema que tengo aquí no puede ser violado porque tiene 128 bit...

—Ah, sí, el STU-3 estándar. Su gobierno lo utilizó durante veinte años aproximadamente. Ahora lo cambiaron por el STU-4. ¿Acaso cree que lo cambiaron porque tenían ganas de gastar dinero, Dr. Brightling? ¿No le parece que deber haber otra razón? Cuando trabajaba para la KGB tenía un sistema de encriptado que se usaba una sola vez, compuesto por trasposiciones azarosas. Es inviolable, pero tedioso de usar.

Enviar un solo mensaje puede llevar horas. Desafortunadamente es muy difícil de usar para comunicaciones verbales. Su gobierno tiene un sistema llamado TAP-DANCE, cuyo concepto es similar al del nuestro, pero jamás logramos copiarlo.

—Entonces, ¿me está diciendo que alguien podría estar escuchando todas mis llamadas telefónicas?

Popov asintió.

—Por supuesto. ¿Por qué cree que insistí en que nos viéramos personalmente para todas nuestras conversaciones sustanciales? —Ahora sí estaba shockeado, comprobó Dimitri. El genio *era* un bebé con los pañales mojados—. Ahora bien, ¿no le parece que ya es hora de decirme por qué ejecuté esas misiones para usted?

—Sí, ministro... excelente... gracias —decía Bob Aukland por su teléfono celular. Pulsó el botón END, guardó el aparato en el bolsillo y miró a Bill Henriksen—. Buenas noticias. Ese comando Rainbow también vendrá a revisar nuestros sistemas de seguridad.

—¿Ah, sí? —comentó Henriksen—. Bueno, supongo que no le hará mal a nadie.

—¿Le parece intrusivo?

—No, en realidad no —mintió el estadounidense—. Probablemente conozco a algunos de ellos, y ellos a mí.

—Y mantendremos el trato con usted, Bill —dijo el australiano. Fueron a su coche, y luego a un pub, para beber unas cervezas antes de llevar al estadounidense al aeropuerto.

Carajo, pensó Henriksen. La Ley de Consecuencias No Intencionales nuevamente se erguía para morderle el culo. Su mente se disparó, pero pronto se autopersuadió de que la presencia del Rainbow no tenía la menor importancia... siempre y cuando él hiciera bien su trabajo. Incluso podría serle útil, pensó, casi creyéndolo.

No podía decirselo a Popov, estaba seguro. Confiaba en él —diblos, lo que sabía ese ruso podía llevarlo a la cárcel, incluso a la pena de muerte—, ¿pero decirle la verdad desnuda? No, no podía correr ese riesgo. No conocía la opinión de Popov sobre el medioambiente y la naturaleza. No podía predecir su reacción al proyecto. Popov le resultaba peligroso de muchas maneras, como un halcón entrenado pero con voluntad propia, avenido a matar un ratón o un conejo, tal vez, pero nunca completamente suyo, siempre dispuesto a volar lejos y retomar la vida salvaje... Y si era libre para hacer eso, también era libre para dar información a otros. No por primera vez, Brightling pensó en dejar que Bill Henriksen se hiciera cargo de su potencial problema. Él sabría cómo. Seguro, el ex investigador del FBI sabía cómo investigar un asesinato...

y por lo tanto cómo desorientar a los investigadores y hacer desaparecer ese pequeño problema de aspecto ruso.

Ventajas, pensó Brightling inmediatamente. ¿Qué más podía hacer para mejorar la seguridad de su posición y su proyecto? Si el Rainbow era un problema, ¿no convendría atacarlo directamente? ¿Destruirlo en el mejor de los casos, o, en el peor, distraerlo, obligarlo a mirar hacia otra parte?

—Primero tengo que pensarlo, Dimitri —dijo por fin.

Popov asintió discretamente, preguntándose qué pensamientos habrían cruzado la mente de su empleador durante los quince segundos que se había dado para considerar la pregunta. Le llegó el turno de preocuparse. Acababa de informarle a John Brightling los peligros operativos de utilizarlo a él, Popov, para preparar los atentados, y sobre todo la deficiencia de seguridad en sus comunicaciones. Esto último lo había asustado. Tal vez tendría que habérselo advertido antes, pero el tema nunca había surgido y... Dimitri comprendió que había cometido un gravísimo error. Bueno, tal vez no fuera tan grave. La seguridad operativa no era tan mala. Sólo dos personas sabían lo que pasaba... bueno, probablemente Henriksen también. Pero era un ex agente del FBI y, de haber sido informante, ya estarían todos en la cárcel. El FBI contaría con toda la evidencia necesaria para investigarlos y juzgarlos, y no permitiría que las cosas siguieran avanzando... a menos que esperara descubrir una conspiración criminal de mayor envergadura...

¿Pero qué podía tener mayor envergadura que conspirar para cometer asesinatos? No, la seguridad era buena. Y aunque el gobierno estadounidense poseía la capacidad técnica de decodificar las líneas telefónicas supuestamente seguras de Brightling, para poder grabarlas necesitaba una orden judicial, y para eso necesitaba evidencia, y la evidencia sola bastaría para condenar a muerte a varias personas. Yo mismo incluido, recordó Popov.

¿*Qué está pasando aquí?* se preguntó el ruso. Lo que estaba haciendo su empleador, fuera lo que fuese, era más *grande* que un asesinato masivo. ¿Qué *diablos* podía ser? Lo más preocupante de todo era que había aceptado las misiones con la esperanza —realizada, sin duda— de sacar una buena tajada de dinero. Ya tenía más de un millón de dólares en su cuenta bancaria en Berna. Lo suficiente para regresar a la Madre Rusia y vivir muy bien... pero no lo suficiente para lo que de verdad quería. Era extraño descubrir que un “millón” (palabra mágica que describía un número mágico), cuando uno por fin lo tenía, no era tan mágico. Era sólo una cantidad a la que había que restarle todo lo que uno quería comprar. Un millón de dólares estadounidenses no le alcanzaban para comprar la casa que quería, el coche que quería, la comida que quería... ni tampoco para mantener el estilo de vida que anhelaba para el resto de sus días... salvo en Rusia (probablemente), donde (desafortunadamente) no deseaba vivir. Visitarla, sí; quedarse, no. Y así, Dimitri también estaba atrapado.

¿Atrapado en qué? No lo sabía. Allí estaba, sentado frente a al-

guien que, como él, intentaba llegar a una conclusión... sin lograrlo. Uno de ellos sabía lo que estaba pasando y el otro no... pero el otro sabía cómo *hacer* que pasaran las cosas, y el uno no. Era un *impasse* interesante y hasta cierto punto, elegante.

Y así pasaron más de un minuto, mirándose el uno al otro, sin saber qué decir... y renuentes a correr el riesgo de decir lo que querían. Finalmente, Brightling rompió el silencio.

—Realmente necesito pensarlo. ¿Me concederá uno o dos días para hacerlo?

—Ciertamente.

Popov se levantó, le estrechó la mano y salió de la oficina. Jugador avezado durante más de la mitad de su vida del más interesante y fascinante de los juegos, acababa de comprender que estaba jugando a otra cosa, según nuevos parámetros. Había embolsado una gran suma de dinero... suma trivial para su empleador, por otra parte. Estaba involucrado en una operación cuya importancia superaba la de un asesinato masivo. De todos modos, no era tanta novedad para él, reflexionó Popov. Había servido a una nación acosada por el enemigo y finalmente victorioso Imperio del Mal... y *aquella* guerra fría había superado ampliamente los alcances de un asesinato masivo. Pero Brightling no era una nación, y por muy grandes que fueran sus recursos, eran minúsculos comparados con los de cualquier país desarrollado. La gran pregunta permanecía sin respuesta: ¿qué diablos quería lograr ese hombre? ¿Y por qué necesitaba los servicios de Dimitri Arkadeyevich Popov para lograrlo?

Henriksen tomó el vuelo de Qantas con destino a Los Angeles. Pasaría la mayor parte del día en su asiento de primera clase. Tenía tiempo de sobra para considerar lo que sabía.

El plan de las Olimpiadas estaba prácticamente en marcha. El sistema de refrigeración por niebla ya estaba instalado, lo cual era simplemente perfecto para los propósitos del proyecto. Uno de sus hombres revisaría el sistema y el último día ocuparía su puesto para el último paso (la aspersión del virus). Así de simple. El contrato lo habilitaba para lograr sus objetivos. Pero ahora esos tipos de Rainbow meterían la nariz en el asunto. ¿Hasta qué punto serían intrusivos? Maldición, imposible saberlo. En el peor de los casos, era posible que una pequeñez desbaratara por completo el plan. Casi siempre ocurría así. Lo sabía de su época en el FBI. Un patrullero o un policía que pasaban por casualidad podían abortar un robo planeado hasta el último detalle. O, ya en la fase de investigación, la memoria inesperadamente aguda de un transeúnte o un comentario casual hecho por el sujeto a un amigo podían llegar a oídos del investigador adecuado y resolver un caso. Buum, así de simple... había ocurrido un millón de veces. Y el alud siempre debía aplastar al otro bando, ¿no?

Por consiguiente, desde su perspectiva, debía eliminar la inter-

vención del azar. Había estado muy cerca de hacerlo. El concepto operativo era brillante... y le pertenecía de raíz. John Brightling sólo había aportado los fondos. Los atentados terroristas en Europa habían despertado la conciencia internacional y *eso* le había permitido conseguir el contrato de supervisión de los sistemas de seguridad para las Olimpiadas. Pero luego ese maldito Rainbow había resuelto tres atentados importantes... —¿y quién era el imbécil que había instigado el tercero?— y los australianos les habían pedido que fueran a echar un vistazo. Si lo hacían, probablemente estarían presentes durante los Juegos... y si pensaban en armas químicas, encontrarían el sistema perfecto para utilizarlas y...

Demasiadas incógnitas, pensó Henriksen. Demasiadas. Demasiadas cosas debían andar mal para abortar el proyecto. Ese pensamiento lo consoló. Tal vez le convendría reunirse con los tipos del Rainbow y alejarlos persuasivamente de la amenaza. Después de todo, tenía un experto en armas químicas y ellos no (probablemente), y eso le daba ventaja, ¿no? Con un poco de inteligencia, su experto podría hacer su trabajo frente a las narices del Rainbow... sin ser visto. Para eso estaban los planes, ¿no?

Relájate, se dijo. La azafata le ofreció un trago y pidió otra copa de vino. *Relájate*. Pero no, no podía relajarse. Tenía demasiada experiencia como investigador para aceptar la mera posibilidad de intervención del azar sin medir las posibles consecuencias. Si detenían a su hombre, incluso por error, el proyecto correría peligro. Y *eso* implicaría más que un fracaso. En el mejor de los casos, prisión de por vida... algo que no estaba preparado para aceptar. No, estaba consagrado al proyecto por más de una razón. En primer lugar, su misión era salvar el mundo... y en segundo lugar, quería estar allí para gozar lo que había ayudado a salvar.

Por eso, los riesgos de toda clase y/o magnitud eran inaceptables. Tenía que encontrar la mejor manera de eliminarlos. La clave era el ruso, Popov. Se preguntó qué habría averiguado en su viaje a Inglaterra. Contando con la información correcta podría diseñar un plan para obstruir al Rainbow. Interesante, ¿verdad? Reclinó el asiento y eligió una película para disimular. Sí, decidió diez minutos después, con la información correcta y las ventajas correctas... el plan funcionaría.

Popov estaba cenando solo en un restaurante de segunda al sur de Manhattan. La comida era buena, aunque el lugar parecía contar con los servicios de limpieza nocturnos de una pandilla de ratas. Pero el vodka era excelente y, como de costumbre, un par de tragos lo ayudaron a pensar mejor.

¿Qué sabía de John Brightling? Bueno, era un genio científico y un hábil negociante. Había estado casado con una mujer igualmente brillante, actualmente asesora científica de la presidencia, pero el matrimonio terminó mal... y ahora su empleador saltaba de cama en cama

y era uno de los solteros más codiciados de EE.UU. (tenía la fortuna imprescindible y su foto aparecía con frecuencia en las páginas sociales, cosa que seguramente incomodaría a su ex esposa).

Tenía buenas conexiones entre la gente con acceso a asuntos clasificados. El grupo Rainbow estaba evidentemente “en negro”, pero él había conseguido su nombre y el de su comandante en un día. En un solo día. Impresionante. Asombroso. ¿Cómo carajo lo había logrado?

Y estaba en una operación cuyas implicancias eran más graves que las de un asesinato masivo. Una vez más se le obstruyó la mente. Era como caminar por una calle atestada y toparse con una pared desnuda. ¿Qué podía hacer un empresario que fuera más grave que *eso*? ¿Más importante que arriesgar su libertad y su vida? Si era más grave que un asesinato masivo, ¿acaso el plan contemplaría un asesinato mayor? ¿Pero con qué propósito? Iniciar una guerra, tal vez, pero no era jefe de Estado y, por consiguiente, no podía declarar la guerra. ¿Brightling era un espía que conseguía información clasificada de seguridad para un gobierno extranjero...? ¿Pero a cambio de *qué*? ¿Y cómo se hacía, gobierno o no gobierno, para sobornar a un billonario? No, el dinero estaba fuera de cuestión. ¿Qué le quedaba entonces?

Había un clásico acróstico inglés que revelaba los posibles motivos de traición contra la tierra natal: MICE (RATONES). Dinero (*Money*), Ideología, Conciencia y Ego. El dinero estaba fuera de cuestión. Brightling tenía demasiado. La ideología solía ser la mejor motivación de los traidores/espías... Era más fácil que alguien se jugara la vida por sus creencias que por lucro, ¿pero qué ideología podía tener Brightling? Popov no lo sabía. Conciencia. ¿Pero conciencia de *qué*? ¿Qué mal estaba tratando de corregir? Difícil de encontrar, ¿no? Quedaba el ego. Bueno, Brightling tenía un ego poderoso, pero el ego justificaba la venganza contra alguna persona o institución más poderosa que lo hubiera maltratado. ¿Quién podría herir al billonario John Brightling, y tanto que su éxito material no fuera medicina suficiente para restañar la herida? Pidió otro vodka. Esa noche volvería en taxi a su departamento.

No, el dinero estaba fuera de cuestión. El ego también. Quedaban la ideología y la conciencia. ¿Qué creencias, qué males podían motivar a un hombre a cometer asesinatos en gran escala? Brightling no era un fanático religioso ni estaba abiertamente insatisfecho con su país. El dinero y el ego estaban indudablemente fuera de cuestión y, si bien la ideología y la conciencia eran igualmente improbables, Popov no las eliminaba porque... ¿por qué? Porque sólo tenía cuatro motivos posibles, a menos que Brightling estuviera completamente loco. Y no era el caso, ¿verdad?

No, se dijo Popov. Su empleador no estaba desequilibrado mentalmente. Pensaba exhaustivamente todos sus actos, y aunque su perspectiva —particularmente en cuestiones de dinero— difería en mucho de la suya... Bueno, la diferencia era comprensible. Todo era cuestión de perspectiva... un millón de dólares era para John Brightling lo que cincuenta centavos de dólar para Dimitri Arkadevich Popov. Enton-

ces ¿podría ser una especie de loco que...? Como un jefe de Estado, un nuevo Saddam Hussein o Adolf Hitler o Josef Vissarionovich Stalin... Pero no, no era jefe de Estado y no tenía aspiración de serlo, y sólo esos hombres cultivaban esa clase de locura.

Popov había visto toda clase de curiosidades durante su carrera en la KGB. Había competido con adversarios de primera clase y jamás lo habían atrapado, jamás había fracasado en una misión. Por lo tanto, se consideraba un tipo inteligente. Pero eso sólo servía para aumentar su frustración. Tenía más de un millón de dólares en un banco de Berna. Tenía el propósito de conseguir más dinero a su debido tiempo. Había planeado dos misiones terroristas que cumplieron sus objetivos... ¿o no? Su empleador evidentemente pensaba que sí, a pesar del abyecto fracaso táctico de ambas. Cada vez sabía menos. Cuanto más cavilaba, menos sabía. Y cuanto menos sabía, más descontento se sentía. Más de una vez le había preguntado a su empleador el motivo de sus actividades, pero Brightling se negaba a revelarlo. Tenía que ser algo muy grande... ¿pero qué carajo era?

Empezaron a practicar los ejercicios respiratorios. A Ding le parecían entretenidos, pero también sabía que eran necesarios. Aunque Patsy era alta y flexible, no era una atleta como él y necesitaba ejercitar la respiración para facilitar la salida del bebé. Se sentaron en el piso de su casa con las piernas abiertas y comenzaron a inhalar y exhalar como si quisieran destruir la morada de un cerdo mitológico... y Ding tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse.

—Respira profundo, Pats —dijo Domingo luego de tomar el tiempo de la contracción imaginaria. Le tomó la mano y se inclinó para besarla—. ¿Cómo va eso, nena?

—Estoy lista, Ding. Sólo quiero que pase y termine.

—¿Estás preocupada?

—Bueno —respondió ella—, sé que me va a doler un poco y me gustaría que ya hubiera pasado, ¿sabes?

—Sí —Ding asintió. La anticipación de un hecho desagradable generalmente era peor que el hecho mismo, al menos en el aspecto físico. Él lo sabía por experiencia, pero ella no. Todavía. Tal vez por eso el segundo parto solía ser más fácil que el primero. Uno sabía qué esperar, sabía que aunque era difícil lo superaría... y que al final de todo tendría un bebé en los brazos. Ésa era la clave de todo para Domingo. ¡Ser *padre*! Tener un hijo, iniciar la más grande de todas las aventuras, criar una nueva vida, hacer lo mejor posible, cometer algunos errores pero aprender de ellos, y ofrecer a la sociedad un nuevo ciudadano responsable. Eso era ser hombre, estaba seguro. Ah, claro, portar un arma y hacer su trabajo también era importante... dado que era un guardián de la sociedad, un corregidor de males, un protector de inocentes, una de las fuerzas del orden que sostenía la civilización... Pero ésta era su oportunidad de involucrarse personalmente en la civilización: criar hi-

jos moralmente sanos y educarlos y guiarlos para hacer Lo Correcto, incluso a las tres de la madrugada y medio dormido. Tal vez el niño fuera agente secreto/militar como él, tal vez, mejor aún, médico como Pats, parte importante y buena de la sociedad, consagrado al servicio de los demás. Pero eso sólo pasaría si Pats y él hacían bien su trabajo, y ésa era la responsabilidad más grande que podía asumir un ser humano. Domingo no veía la hora, anhelaba tener a su bebé en brazos, besarlo y mimarlo, cambiarle los pañales y limpiarle la colita. Ya le había construido una cuna, decorado las paredes de su cuarto con conejitos rosados y celestes y comprado montones de juguetes para distraer a la bestezuela... Y aunque todas esas cosas parecían incongruentes con su vida habitual, él y sus compañeros del Rainbow sabían que no era así, porque todos tenían hijos y comprendían el compromiso moral y afectivo que implicaba. Eddie Price tenía un chico de catorce años, un poco rebelde y decididamente testarudo (probablemente muy parecido a su padre a su misma edad), pero también brillante, cuestionador y decidido a buscar sus propias respuestas (que encontraría a su debido tiempo, igual que su padre). El chico tenía la palabra "soldado" escrita en el cuerpo, pensó Ding... pero, con un poco de suerte, primero iría a la escuela y se haría oficial (cosa que Price tendría que haber hecho, y seguramente hubiera hecho en Estados Unidos). Pero allí el sistema era diferente y Price se había convertido en un excelente sargento mayor, mano derecha de Ding, siempre listo para ofrecer opciones y dispuesto a ejecutar sus órdenes a la perfección. Sí, había mucho que hacer y mucho que esperar, se dijo Ding, todavía con la mano de Patsy entre las suyas.

—¿Tienes miedo?

—Miedo no, estoy un poco nerviosa —admitió ella.

—Querida, si fuera tan difícil, no habría tanta gente en el mundo.

—Eso dicen los hombres —protestó Patsy—. Para ustedes es fácil hablar. No tienen que hacerlo.

—Estaré allí para ayudarte —prometió su esposo.

—¡Más te vale!

CAPÍTULO 23

VIGILANCIA ESTRICTA

Cuando Henriksen llegó al aeropuerto internacional JFK apenas sentía el cuerpo, como si lo hubieran apaleado, clavado y mutilado antes de arrojarlo al tacho de basura... Era de esperar. Había cruzado literalmente medio planeta en un día y su reloj interno estaba confundido, furioso y vengativo. Durante toda la semana se sentiría alerta y adormilado a horas bizarras, pero era inevitable. Un par de píldoras y unos tragos lo ayudarían a descansar cuando fuera necesario. El empleado que lo estaba esperando recogió su equipaje de mano sin decir palabra y se dirigió al sector de reclamo de equipaje donde, gracias al cielo, su valija fue la quinta del carrusel. Inmediatamente abandonaron la terminal y tomaron la autopista rumbo a Nueva York.

—¿Qué tal el viaje?

—Conseguimos el contrato —le contó Henriksen. El empleado no era parte del proyecto.

—Qué bueno —dijo el empleado, sin saber lo bueno que era... y lo malo que sería para él.

Henriksen aflojó su cinturón de seguridad y se recostó para descansar un poco durante el trayecto, poniendo fin a la conversación.

—Entonces, ¿qué tenemos? —preguntó el agente del FBI.

—Hasta el momento, nada —replicó D'Alessandro—. Tengo otra chica probablemente desaparecida, vive en el mismo sector de la ciudad, aspecto y edad similares, etcétera. Desapareció en la misma época que Bannister. Se llama Anne Pretloe, es secretaria jurídica, y desapareció de la faz de la Tierra.

—¿Jane Does? —preguntó el federal.

—Todo concuerda. Muchachos, debemos considerar la posibilidad de tener un asesino serial suelto en el área...

—¿Pero cómo se explica el e-mail?

—¿Concuerda con los otros e-mail que la señorita Bannister le envió a su padre? —preguntó el detective.

—No mucho —admitió el agente del FBI—. El que llevó a la oficina de Gary parece... bueno, a mí me huele a drogas, ¿saben?

—Pienso lo mismo —dijo D'Alessandro—. ¿Tiene algún otro?

—Aquí —El agente le entregó seis copias enviadas por fax a la oficina de Nueva York. El detective las leyó. Eran perfectamente gra-

maticales y organizadas, no les faltaban letras ni tenían errores de ortografía.

—¿Y si no lo hubiera enviado ella? ¿Si lo hubiera enviado otra persona?

—¿El asesino serial? —preguntó el agente más joven. Lo pensó un poco, y su cara reflejó instantáneamente sus pensamientos—. Tendría que estar muy enfermo, Mario.

—Sí, claro. Pero los asesinos seriales no son boy scouts, ¿recuerdan?

—¿Atormentar a las familias? ¿Saben de alguno que lo haya hecho? —preguntó el más viejo.

—No que yo sepa, Tom, pero, el hombre propone...

—Mierda —lo interrumpió el más viejo, Tom Sullivan.

—¿Llamo a Ciencias del Comportamiento? —preguntó el más joven, Frank Chatham.

Sullivan asintió.

—Sí, por algo hay que empezar. Llamaré a Pat O'Connor. Próximo paso: imprimir volantes con la foto de Mary Bannister y hacerlos correr por el West Side. Mario, ¿puedes conseguirnos la cooperación de tu gente?

—Claro. Si esto es lo que parece, quiero atraparlo antes de que bata ningún récord. No en mi ciudad, muchachos —concluyó el detective.

—¿Vas a probar nuevamente con el Interleukin-3a? —preguntó Barbara Archer.

—Sí —Killgore asintió—. Se supone que el Interleukin-3a amplía el sistema inmunológico, pero no saben cómo. Yo tampoco, pero debemos averiguar si tiene algún efecto.

—¿Y las complicaciones pulmonares? —Uno de los problemas del Interleukin era que atacaba el tejido pulmonar, también por razones desconocidas, y podía ser peligroso para fumadores y personas con problemas respiratorios.

Gesto afirmativo.

—Sí, ya sé, como el Interleukin-2, pero F4 no es fumadora y quiero asegurarme de que Interleukin-3a no comprometa a Shiva. No podemos correr el riesgo, Barb.

—De acuerdo —observó Archer. Como Killgore, no creía que esa nueva versión de Interleukin sirviera para nada, pero todas las suposiciones debían confirmarse—. ¿Y el Interferon?

—Los franceses vienen probándolo con la fiebre hemorrágica desde hace cinco años, sin resultados. También podemos probarlo, pero no pasará nada, Barb.

—De todos modos, probémoslo en F4 —sugirió.

—Bueno —Killgore anotó algo en la planilla y salió. Un minuto después apareció en el monitor.

—Hola, Mary. ¿Cómo se siente esta mañana? ¿Mejor?

—No —la chica sacudió la cabeza—. El estómago me sigue doliendo mucho.

—¿Oh, en serio? Veamos qué podemos hacer —el caso avanzaba rápidamente. Killgore se preguntó si la muchacha tendría alguna anomalía genética en el aparato digestivo, ¿tal vez cierta propensión a la úlcera péptica? De ser así, Shiva la devoraría en segundos. Aumentó el dosaje de morfina—. OK, ahora vamos a aplicarle dos medicamentos nuevos. Dentro de dos o tres días estará bien, ¿de acuerdo?

—¿Son los que autoricé que me aplicaran? —preguntó débilmente F4.

—Sí, así es —replicó Killgore, colgando los recipientes de Interferon e Interleukin-3a en el soporte—. Esto la hará sentirse muchísimo mejor —prometió con una sonrisa. Era tan extraño hablarles a las ratas de laboratorio. Bueno, como decía muchas veces, una rata era un cerdo, era un perro, era una... chica, en este caso. Realmente no había mucha diferencia, ¿verdad? *No*, concluyó. El cuerpo de la joven se relajó por la morfina y sus ojos perdieron focalización. Bueno, *ésa* era una diferencia. A las ratas no les daban sedantes ni narcóticos para calmarles el dolor. No porque no quisieran, simplemente no había manera de aliviarlas. Nunca le había gustado ver perder su brillo a esos ojitos rojos... y mucho menos verlos reflejar el dolor. Bueno, en este caso, el sopor reflejaba el momentáneo alivio del dolor.

La información era muy interesante, pensó Henriksen, y el ruso sabía lo que hacía. Hubiera sido un buen agente en la División de Contrainteligencia Extranjera... pero bueno, en cierto modo lo había sido, sólo que para el otro bando, por supuesto. Recordó lo que había pensado en el vuelo de Qantas.

—Dimitri —le preguntó—, ¿tiene contactos en Irlanda?

Popov asintió.

—Sí, unos cuantos.

Henriksen miró al Dr. Brightling, quien asintió sin decir palabra.

—¿Les gustaría meterse con el SAS?

—La posibilidad se discutió muchas veces, pero no es practicable. Es como mandar a un ladrón de bancos a un banco vigilado... no, no es eso. Es como enviar al ladrón a la agencia gubernamental que imprime los billetes. Hay demasiadas ventajas defensivas que garantizan el fracaso de la misión.

—Pero no tendrían por qué ir a Hereford, ¿no le parece? Podríamos hacerlos salir de su guarida y prepararles una pequeña sorpresa... —explicó Henriksen.

Era una idea muy interesante en opinión de Popov. Pero:

—Sigue siendo una misión muy peligrosa.

—Muy bien. ¿Cuál es el estado actual del IRA?

Popov se respaldó en su silla.

—Están muy dispersos. Hay varias facciones. Unos quieren la paz. Otros quieren que continúen los desórdenes. Ambos tienen razones de orden ideológico y personal. Principalmente de orden ideológico, porque creen sinceramente en el objetivo político de derrocar al gobierno británico de Irlanda del Norte y el gobierno republicano de Dublín y establecer un gobierno “progresista socialista.” Como objetivo es demasiado ambicioso para un mundo práctico, no obstante creen en él y a él se atienen. Son marxistas comprometidos... a decir verdad, más maoístas que marxistas, pero eso no tiene importancia en este momento.

—¿Y el aspecto personal? —preguntó Brightling.

—Cuando uno es revolucionario, no sólo es cosa de fe sino también de percepción popular. Para mucha gente, un revolucionario es un personaje romántico, alguien que cree en determinada idea del futuro y está dispuesto a dar su vida por ella. De allí su *status* social. Quienes los conocen, generalmente los respetan. Por lo tanto, la pérdida de ese *status* perjudica al revolucionario. Debe empezar a trabajar para ganarse la vida, conduciendo camiones o lo que sea capaz de hacer y...

—Tal como le pasó a usted cuando fue exonerado de la KGB, en otras palabras —acotó Henriksen.

Popov tuvo que asentir sumisamente.

—En cierto sentido, sí. Como oficial de campo de Seguridad Estatal tenía un *status* y una importancia que muy pocos compartían en la Unión Soviética, y perderlos fue más doloroso para mí que la pérdida de mi modesto salario. Supongo que estos marxistas irlandeses sentirán lo mismo. Y por lo tanto tienen dos motivos para querer que continúen los desórdenes: su ideología política y su necesidad de reconocimiento personal, de ser más que vulgares y silvestres trabajadores.

—¿Conoce a algunos de ellos? —preguntó Henriksen.

—Sí, probablemente pueda identificar a varios. Conocí a muchos en el Valle del Bekaa, en Líbano, donde se entrenaban con otros “elementos progresistas.” Y en una ocasión viajé a Irlanda para entregar mensajes y dinero para respaldar sus actividades. Las operaciones del IRA involucraban grandes segmentos del ejército británico y, por lo tanto, la URSS estaba encantada de distraer a uno de sus mayores enemigos de la OTAN —Popov concluyó su discursos y miró a sus dos interlocutores—. ¿Qué querrían que hicieran?

—No importa tanto qué, sino cómo —le contestó Bill—. Sabe, cuando estaba en el FBI solíamos decir que el IRA tenía los mejores terroristas del mundo. Dedicados, inteligentes y manifiestamente perversos.

—Estoy de acuerdo con esa valoración. Estaban muy bien organizados, eran ideológicamente fuertes, y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que tuviera impacto político.

—¿Qué opinarían de esta misión?

—¿Cuál misión? —preguntó Popov, y Bill le explicó el concepto básico. El ruso escuchó cortés y sesudamente antes de responder:— Les gustaría, pero el alcance y los peligros son muy grandes.

—¿Qué pedirían para cooperar?

—Dinero, armas, explosivos, todo lo que necesitan para llevar a cabo una operación. La pelea entre facciones probablemente habrá perjudicado su organización logística. Indudablemente la facción pacifista intenta controlar a la facción violenta restringiéndole el acceso a las armas. Sin armas, no pueden realizar acciones concretas y eso va en desmedro de su ya maltrecho prestigio. Por lo tanto, si les ofrecen los medios para llevar a cabo operaciones, escucharán su plan con mucha atención.

—¿Dinero?

—El dinero sirve para comprar cosas. Las facciones con las que vamos a tratar deben carecer de fondos regulares.

—¿Aportados por? —preguntó Brightling.

—Por lo que ustedes llaman “enrejado de protección”, creo.

—Correcto —confirmó Henriksen—. Así consiguen el dinero y las fuentes están probablemente controladas por las facciones pacifistas.

—Entonces, ¿cuánto dinero será necesario, Dimitri? —preguntó Brightling.

—Varios millones de dólares, diría yo. Por lo menos.

—Tendrá que estar muy bien lavado —le advirtió Bill a su jefe—. Yo puedo ayudar.

—¿Digamos cinco millones...?

—Creo que alcanzará —dijo Popov luego de pensarlo un momento—, más el atractivo psicológico de mesarle las barbas al león tan cerca de su guarida. Pero no puedo prometerles nada. Los irlandeses toman sus propias decisiones, por motivos que me son ajenos.

—¿Cuándo podría encontrarse con ellos?

—Dos o tres días después de llegar a Irlanda —respondió Popov.

—Compre ya mismo el pasaje —le ordenó John Brightling.

—Uno de ellos habló antes de desplegarse —dijo Tawney—. Se llamaba René. Antes de viajar a España habló con una novia que tenía. A ella le remordía la conciencia y se presentó sola. Los franceses la entrevistaron ayer.

—¿Y? —preguntó Clark.

—Y el propósito de la misión era liberar a Carlos, pero André no dijo en ningún momento que alguien se las hubiera asignado. De hecho dijo muy poco, aunque en la entrevista apareció el nombre de otro integrante de la misión. Eso piensan los franceses. Ahora están investigando el nombre. La mujer en cuestión... bueno, André y ella fueron amigos, amantes durante un tiempo, y evidentemente confiaba en ella. Bueno, se presentó a la policía por el asesinato de la niña holandesa. Los diarios de París le dedicaron muchas páginas al crimen y evidentemente la chica empezó a tener problemas de conciencia. Según le dijo a la policía, intentó hacerlo desistir de la misión —no sé si creerle— y él le prometió pensarlo. Evidentemente no le hizo caso, pero los franceses se preguntan si habría tenido la posibilidad de abandonar. Están inte-

rrogando a los sospechosos de siempre. Tal vez consigan algo —concluyó Tawney, esperanzado.

—¿Eso es todo? —preguntó Clark.

—Y es mucho, realmente —comentó Peter Covington—. Es mucho más de lo que teníamos ayer y permite que nuestros amigos franceses sigan otras pistas.

—Tal vez —admitió Chávez—. ¿Pero *por qué* salieron? ¿Quién está soltando a esta banda de cucarachas?

—¿Algo más sobre los otros dos atentados? —preguntó Clark.

—Nada de nada —replicó Tawney—. Los alemanes agitaron todos los avisperos. Vieron entrar y salir autos diversos de la finca Fürchtner/Dortmund, pero ella era pintora y podían ser clientes. En cualquier caso, no hay descripciones de los vehículos, ni mucho menos números de patente. El caso está muerto, a menos que alguien se presente ante la policía y haga una declaración.

—¿Socios conocidos? —preguntó Covington.

—Todos entrevistados por el BKA, sin resultado. Hans y Petra no eran famosos por su elocuencia. Lo mismo puede decirse de Model y Guttenach —Tawney agitó las manos en señal de frustración.

—Está ahí afuera, John —dijo Chávez—. Puedo olerlo.

—Coincido —dijo Covington—. Pero la cosa es ponerle la mano encima.

Clark frunció el ceño... pero conocía el paño por sus épocas de agente secreto. Uno quería información, pero con sólo quererla no alcanzaba. Las cosas aparecían cuando se les antojaba, en el momento menos pensado. Así de simple, y de enloquecedor, especialmente cuando uno sabía que estaba allí y sabía que la necesitaba. Con un poquito de información, Rainbow podría soltar a las fuerzas policiales de algún país, que atraparían a los miserables y los asarían a fuego lento hasta obtener lo que necesitaban. Lo mejor sería contar con los alemanes o los franceses (no tenían las restricciones legales impuestas por estadounidenses y británicos a sus fuerzas policiales). Pero no era una buena manera de pensar, y los del FBI generalmente conseguían que más de uno vomitara todo lo que sabía... aunque trataban a todos los criminales con guantes de seda. Hasta los terroristas cantaban como pajaritos... bueno, los irlandeses no, recordó John. Algunos de esos bastardos eran incapaces de decir "búuu" y hasta de pronunciar su propio nombre. Bueno, había maneras de manejar semejante obstinación recalcitrante. Era cuestión de sacarlos del discurso político e inocularles miedo a Dios... y al dolor. Generalmente funcionaba... *siempre* en el caso de John Clark. Pero, primero, había que tener con quién hablar. Eso era lo más difícil.

Como oficial de la CIA había realizado misiones en lugares lejanos e incómodos, y muchas veces las misiones fueron abortadas —o, lo que es peor, pospuestas— por falta o pérdida de información. Había visto morir a tres hombres y una mujer por ese motivo, en cuatro lugares diferentes, todos detrás de la Cortina de Hierro. Cuatro personas cuyos rostros conocía, perdidas, judicialmente asesinadas por sus países de

origen. Su lucha contra la tiranía había prosperado finalmente, pero ellos no habían vivido para verlo ni para disfrutar los frutos de su coraje. Clark los recordaba siempre, uno por uno, y odiaba a la gente que teniendo la información necesaria no la entregó a tiempo. Lo mismo estaba pasando ahora. Ding tenía razón. *Alguien* estaba sacando a esos animales de sus cuevas, y Clark quería a ese alguien. Encontrarlo equivaldría a obtener cantidades de nombres, números telefónicos y direcciones que la policía europea metería en una gran bolsa... acabando así con buena parte del terrorismo que pendía como una daga sobre el viejo continente. Y *eso* sería mucho mejor que enviar a sus hombres al campo con las armas cargadas.

Popov hizo las valijas. Ya era todo un experto del equipaje, pensó. Había aprendido a doblar las camisas de modo tal que no salieran arrugadas de la valija, cosa que jamás había logrado cuando era oficial de la KGB. Bueno, estas camisas eran más caras y le gustaba cuidarlas. No obstante, las valijas reflejaban su ocupación anterior e incluían varios bolsillos y compartimientos para guardar pasaportes “alternativos”. Siempre los llevaba con él. Si el proyecto se derrumbaba por su propio peso, querría desaparecer sin dejar rastro y sus tres juegos de pasaportes sin usar le resultarían muy útiles. En el último de los casos accedería a su cuenta bancaria en Berna y volvería a Rusia, aunque tenía otros planes para el futuro...

... pero temía que la codicia le estuviera obnubilando la mente. Cinco millones de dólares. Si lograba quedarse con ellos, tendría los recursos necesarios para vivir cómodamente hasta el fin de sus días en cualquier lugar de su elección, especialmente si invertía con astucia. ¿Pero cómo haría para defraudar al IRA? Bueno, ya se le ocurriría cómo. Cerró los ojos y pensó en la codicia. ¿Realmente estaba obnubilando su criterio operativo? ¿Estaba corriendo un riesgo innecesario, arrastrado por el deseo de apoderarse del dinero? Era difícil ser objetivo respecto a las propias motivaciones. Y también era difícil ser un hombre libre, no uno de tantos oficiales del Comité de Seguridad Estatal condenado a justificar cada dólar, libra o rublo gastado ante los contadores de Dzerzhinsky, los personajes con menos sentido del humor de una agencia singularmente malhumorada y agria.

Codicia, pensó Popov, preocupado. Tendría que olvidarse del tema. Debía seguir adelante como el profesional que siempre había sido, cuidadoso y circunspecto a cada paso, a menos que deseara ser atrapado por los servicios enemigos de contrainteligencia o incluso por la gente que iba a ver. El Ala Provisional del Ejército Republicano Irlandés (PIRA) era ruda y despiadada como todas las organizaciones terroristas del mundo. Aunque sus miembros podían compartir alegremente una cerveza con cualquiera —en eso se parecían increíblemente a los rusos—, mataban a sus enemigos, dentro y fuera de la organización, con tantos remordimientos como el médico que mata a sus ratas de laboratorio.

Pero, eran leales hasta la locura. En eso eran predecibles, mucho mejor para Popov. Y además, sabía cómo tratar con ellos. Lo había hecho con frecuencia en el pasado, tanto en Irlanda como en el Valle del Bekaa. Simplemente, debía impedir que percibieran que quería quedarse con su dinero, ¿no?

Llevó las valijas al ascensor y bajó a la planta baja, donde el portero del edificio llamó al taxi que lo llevaría al aeropuerto de La Guardia. Allí abordaría un vuelo al aeropuerto internacional Logan (Boston), donde tomaría el vuelo de Aer Lingus con destino a Dublín. Desde que trabajaba para Brightling había acumulado una interesante cantidad de millas, aunque la diversidad de aerolíneas no lo favorecía. Pero siempre volaba en primera clase (algo imposible con la KGB). Dimitri Arkadeyevich Popov sonrió complacido y se respaldó en el asiento del taxi. Lo único que debía hacer era tratar honestamente con la PIRA. Si se presentaba la ocasión de robarles, lo haría. Pero de algo estaba seguro: saltarían como perros hambrientos sobre la operación que iba a proponerles. Estaba contento. Aunque más no fuera, la PIRA tenía *élan*.

El agente especial Patrick O'Connor leyó la información enviada por Nueva York. El problema de las investigaciones de secuestros era el tiempo. Ninguna investigación marchaba lo suficientemente rápido, pero en el caso de los secuestros era peor, porque uno sabía que en algún lugar había una persona de carne y hueso cuya vida dependía de la habilidad del investigador para conseguir información y actuar antes de que el secuestrador decidiera poner fin a su jueguito repugnante, matar a su víctima y salir a buscar otra. ¿Buscar otra? Sí, probablemente, porque no había pedidos de rescate, y eso significaba que quien había raptado a Mary Bannister no estaba dispuesto a devolverla. No, la estaría usando como un juguete, casi seguro para satisfacerse sexualmente. Y cuando se cansara de ella, casi seguro la mataría. Y así, O'Connor sentía que estaba corriendo una carrera sobre una pista que no podía ver y contra un cronómetro oculto en la mano de otro. Tenía la lista de los amigos y compañeros locales de Mary Bannister y había enviado a sus hombres a hablar con ellos con la esperanza de conseguir un nombre o un número telefónico que los guiara al próximo paso de la investigación... pero probablemente no serviría de nada, pensó. No, el caso pertenecía exclusivamente a Nueva York. La jovencita había ido a probar fortuna en la ciudad luminosa, como tantas otras. Y muchas de ellas encontraban lo que estaban buscando, y por eso iban, pero esta chiquilina de los suburbios de Gary, Indiana, había viajado a Nueva York sin saber lo que era estar en una gran ciudad, y carecía de los niveles de autoprotección necesarios en una ciudad de ocho millones...

... y probablemente ya estaba muerta, admitió O'Connor para sus adentros, asesinada por el monstruo que la había raptado en la calle. Y él no podía hacer nada al respecto, excepto identificar, arrestar y encerrar al miserable, hecho que salvaría a otras víctimas potenciales pero

le importaría un bledo a la muchacha cuyo nombre encabezaba la carpeta que tenía sobre el escritorio. Bueno, ése era uno de los problemas de ser policía. Uno no podía salvarlas a todas. Pero intentaba vengarlas y eso ya era algo, pensó el policía, levantándose para volver a su casa.

Chávez bebió un trago de Guinness y observó el club. El Águila de la Legión pendía de la pared opuesta a la barra y la gente iba a tocarla con respeto. Tres de sus muchachos estaban en una mesa, bebiendo y charlando con dos soldados de Peter Covington. El televisor estaba encendido... ¿campeonatos de *snooker*? ¿Eso era un acontecimiento nacional? Sintonzó las noticias y el servicio meteorológico.

Más información sobre El Niño, pensó con un bostezo. Antes se llamaba simplemente *el tiempo*, pero un maldito oceanógrafo había descubierto que la mezcla de agua cálida y fría en las costas de Sudamérica cambiaba cada pocos años, y que cuando eso sucedía el clima mundial se modificaba un poco en algunas regiones. Y los medios se habían arrojado sobre el nuevo fenómeno, deleitados, al parecer, de tener una nueva etiqueta para colocar a las cosas cuya precaria educación les impedía entender. Ahora decían que la última manifestación de El Niño era un clima inusualmente caluroso en Australia.

—MR. C., usted es lo bastante viejo para recordar. ¿Qué decían antes de esta basura?

—Hablaban de clima extraordinariamente caluroso, frío o templado, intentaban predecir si haría calor, frío, sol o lluvia al día siguiente, y luego especulaban sobre los resultados del béisbol —con menor precisión en cuanto al clima, omitió agregar Clark—. ¿Cómo está Patsy?

—Faltan un par de semanas, John. Lo lleva muy bien, pero está furiosa por el tamaño de su panza —Miró el reloj—. Tendría que llegar a casa dentro de treinta minutos. Tiene el mismo turno que Sandy.

—¿Duerme bien? —insistió John.

—Sí, se inquieta un poco cuando el hombrecito se da vuelta, pero tiene todo lo que necesita. Tranquilo, John. La estoy cuidando bien. ¿Tiene ganas de ser abuelo?

Clark bebió su tercera pinta de la noche.

—Una piedra más en el camino a la muerte, supongo —luego sonrió—. Sí, Domingo, tengo muchas ganas —*de malcriar al pequeño truhán y devolverlo apenas se ponga a llorar*—. ¿Estás listo para ser padre?

—Creo que sí, John. ¿Es difícil? Usted lo sabe por experiencia.

Clark ignoró el desafío implícito.

—Dentro de unas semanas enviaremos un grupo a Australia.

—¿Para qué?

—Los australianos están un poco preocupados por las Olimpiadas y las tres misiones que realizamos nos hacen muy sexys. Entonces, quieren que vayamos a ver cómo están las cosas junto con el SAS.

—¿Son buenos?

Clark asintió.

—Eso me han dicho, pero no nos hará mal echar un vistazo, creo yo.

—¿Quiénes irán?

—Todavía no lo decidí. Ya tienen una compañía consultora. Global Security Ltd., dirigida por un ex FBI. Noonan lo conoce. Henriksen, creo que se llama así.

—¿Alguna vez tuvieron un atentado terrorista?

—Nada importante que yo recuerde, pero bueno, tú no te acuerdas de Munich 1972, ¿verdad?

Chávez sacudió la cabeza.

—Sólo lo que leí al respecto. Los policías alemanes se comieron una muy difícil.

—Sí, supongo. Nadie les había dicho que tendrían que enfrentarse a gente como ésa. Bueno, ahora todos estamos al tanto, ¿no? Así empezó el GSG-9, y son muy buenos.

—Como el *Titanic*, ¿no? Desde entonces los barcos empezaron a tener suficientes botes salvavidas.

John asintió.

—Así son las cosas. La letra con sangre entra, hijo —John dejó su vaso vacío sobre la barra.

—OK, ¿entonces cómo es posible que los chicos malos nunca aprendan? —preguntó Chávez terminando su segunda cerveza de la noche—. Les dimos unas cuantas lecciones sangrientas, ¿no? ¿Pero acaso cree que podemos levantar las carpas? Ni por casualidad, Mr. C. Todavía están allá afuera, John, y no piensan retirarse. No aprendieron una mierda.

—Bueno, yo sí hubiera aprendido. Tal vez sean más burros que nosotros. Pregúntale a Bellow —sugirió Clark.

—Tal vez lo haga.

Popov estaba a punto de sucumbir al sueño. El océano bajo el Aer Lingus 747 se había convertido en una masa oscura y el ruso buceaba en su mente intentando recordar rostros y voces del pasado, preguntándose si su contacto se habría vuelto informante del Servicio de Seguridad británico, hecho que inevitablemente llevaría a su identificación y posible arresto. Probablemente no. Parecían estar absolutamente consagrados a su causa... pero era imposible estar seguro. La gente traicionaba por diversos motivos. Popov lo sabía muy bien. Había ayudado a muchos a cambiar de lealtad y traicionar a sus países, a menudo por ínfimas sumas de dinero. ¿Acaso no era más fácil traicionar a un ateo extranjero que les había conseguido fondos equívocos? ¿Y si sus contactos habían visto por fin la futilidad de su causa? Por mucho que lo desearan, Irlanda jamás sería un estado marxista. La lista de naciones marxistas era cada vez más corta, aunque los académicos de todo el mundo seguían declamando las palabras e ideas de Marx y Engels, y

hasta las de Lenin. Tontos. Estaban incluso los que decían que el comunismo se había impuesto en el país equivocado, que Rusia sufría un atraso demasiado profundo para que esas maravillosas ideas funcionaran.

De sólo pensarlo, una sonrisa irónica asomó a sus labios. Sacudió la cabeza. Otrora había formado parte de la organización llamada Espada y Escudo del Partido. Había cursado la academia, asistido a todas las clases de política, aprendido todas las respuestas a las inevitables preguntas de examen, y sido lo bastante inteligente como para escribir exactamente lo que sus instructores deseaban leer. De ese modo se había asegurado notas altas y el respeto de sus mentores... A decir verdad, eran pocos los que creían las mentiras del Estado comunista pero ninguno había tenido el coraje de decir lo que pensaba. Era sorprendente lo mucho que habían durado esas mentiras, y Popov todavía recordaba su asombro al ver bajar la bandera roja de su mástil en la puerta del Kremlin. Nada duraba más que una idea perversa, evidentemente.

CAPÍTULO 24

ADUANAS

Una de las diferencias entre Europa y Estados Unidos era que los países europeos recibían con beneplácito a los extranjeros en tanto que Estados Unidos, a pesar de su carácter hospitalario, dificultaba la entrada al país. Ciertamente, los irlandeses no ponían trabas. Apenas le sellaron el pasaporte, Popov recogió su equipaje (cuya inspección fue tan “rutinaria” que, probablemente, el empleado de aduana jamás supo si el dueño de las valijas era hombre o mujer). Salió del edificio y tomó un taxi hasta su hotel. Al llegar a su suite, que daba a una ancha avenida, se desvistió inmediatamente para dormir unas horas antes de efectuar el primer llamado. Su último deseo antes de cerrar los ojos a la mañana soleada fue que su contacto no hubiera cambiado de número telefónico ni estuviera en una situación comprometida. En el último de los casos, tendría que darle explicaciones a la policía local... pero tenía una historia convincente a mano (por si era necesario). Aunque no era perfecta, siempre sería bueno proteger a una persona que no había cometido crímenes en la República de Irlanda.

—Aerotransporte, aerotransporte, ¿escuchan? —dijo Vega cuando entraron en la última milla— ¡Vamos a saltar del culo del pajarraco!

A Chávez lo sorprendía que la osamenta del voluminoso sargento primero Julio Vega no sufriera durante las carreras diarias. Pesaba veinte kilos más que el resto de sus hombres. Si llegaba a aumentarle el contorno del pecho tendrían que mandarle hacer las camisas a medida, pero, a pesar de su corpachón, las piernas y la respiración no le fallaban. Y así, esa mañana lideraba la carrera... Dentro de cuatros minutos verían la línea de llegada (bienvenida por todos, aunque ninguno estaba dispuesto a admitirlo).

—Buen tiempo... ¡*march!* —gritó Vega al cruzar la línea amarilla. Todos aminoraron la marcha a los habituales ciento veinte pasos por minuto—. ¡Izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda! —Medio minuto más y—: Compañía... ¡*alto!*

Todos se detuvieron. Hubo un par de toses (ocasionadas por una o dos cervezas de más la noche anterior), pero nada más.

Chávez avanzó a la posición de mando frente a las dos hileras de soldados.

—Dispersarse —ordenó. El Comando 2 volvió a su edificio a tomar una ducha luego de haber estirado y ejercitado los músculos. Más tarde volverían a correr hasta el polígono de tiro para iniciar la práctica... que en sí misma sería bastante aburrida, ya que habían probado todas las variantes posibles de rehenes y chicos malos. La puntería del comando era casi perfecta. Su estado físico *era* perfecto, y su moral tan alta que parecían aburridos. Confiaban ciegamente en sus capacidades y las habían demostrado en acción, disparando balas de verdad contra blancos reales. Ni siquiera en la época de la 7ª División de Infantería había confiado tanto en su gente. Las cosas habían llegado a tal punto que los soldados del SAS británico —dueños de una larga y enorgullecida historia, y que inicialmente habían mirado a los hombres del Rainbow con velado o franco escepticismo— los invitaban a beber y admitían que podían aprender de ellos. Y *eso* era todo un logro, porque el SAS era reconocido mundialmente como el maestro de los grupos de operaciones especiales.

Pocos minutos después, duchado y vestido, Chávez se dirigió al edificio del comando. Sus hombres estudiaban la información de inteligencia enviada por Bill Tawney y su grupo y chequeaban fotos, muchas de ellas retocadas por los sistemas de computación ya que habían sido tomadas años atrás. Los sistemas parecían mejorar día a día gracias a la evolución del *software*. Una foto tomada desde determinado ángulo era transformada por la computadora en un retrato frontal del sospechoso. Sus hombres las estudiaban con el mismo cuidado con que podrían examinar una foto de sus hijos, y les sumaban toda la información que tenían. A Chávez le parecía una pérdida de tiempo, pero uno no podía pasar el día corriendo y disparando... y después de todo, eso de las fotos tenía cierta utilidad. Gracias a ellas habían identificado a Fürchtner y Dortmund cuando se dirigían a Viena, ¿no?

El sargento mayor Price estaba estudiando cuestiones de presupuesto. Cuando terminara, dejaría la pila de papeles sobre el escritorio de Ding, quien tendría que justificar los gastos y pedir más fondos para probar nuevas ideas. Tim Noonan se entretenía con sus nuevos juguetes electrónicos y Clark pasaba su tiempo peleando presupuestos con la CIA y otras agencias norteamericanas. Eso sí que era un desperdicio de energía, en opinión de Chávez. Desde el principio, Rainbow era a prueba de balas —el respaldo presidencial no le hacía mal a nadie—, y, por si fuera poco, sus misiones no habían afectado en nada la credibilidad del comando. Dentro de dos horas irían al polígono para gastar su cuota diaria de balas de pistola y municiones SMG. Otro día de rutina. “Rutina” era sinónimo de “aburrimiento” para Ding, pero no podía evitarse, y dentro de todo era mucho menos aburrido que ciertas misiones de la CIA, que consistían en pasar horas sentado esperando una reunión y/o llenar formularios describiendo las operaciones para los burócratas de Langley, que exigían documentación completa sobre lo ocurrido en acción porque... porque así lo exigían las reglas. Reglas en el mejor de los casos impuestas por individuos que habían hecho lo mismo

una generación antes y creían que aún sabían hacerlo, y en el peor de los casos por individuos que no tenían la menor idea y eran mucho más exigentes por esa misma razón. Pero el gobierno, que diariamente desperdiciaba billones de dólares, se mostraba mezquino cuando se trataba de unos pocos miles. Y Chávez jamás podría hacer nada para modificar lo arbitrario de esa situación.

Desde que le habían otorgado el rango de comandante de división del Rainbow, el coronel Malloy tenía oficina propia en el edificio central. Como oficial del Cuerpo de Marines de Estados Unidos estaba acostumbrado a las insensateces, y pensó en colgar un tablero de dardos en la pared para entretenerse cuando no trabajaba. Para él, trabajar era pilotear su helicóptero... Resignado, recordó que no tenía nada que hacer porque el que le habían asignado estaba, en ese preciso instante, en la división de mantenimiento. Reemplazarían una pieza por otra, nueva y mejorada, que aumentaría su capacidad de hacer algo que todavía no le habían informado, pero que sería importante, estaba seguro, especialmente para el contratista civil que había concebido, diseñado y manufacturado la pieza nueva y mejorada.

Podía haber sido peor. A su esposa y sus hijos les gustaba vivir allí, y a él también. El suyo era un puesto de habilidad, no de peligro. Ser piloto de helicóptero en operaciones especiales no era particularmente arriesgado. Lo único que lo preocupaba era chocar con postes de energía eléctrica, dado que las operaciones del Rainbow solían tener lugar en áreas edificadas y en los últimos veinte años se habían perdido más helicópteros por esa clase de accidente que por todas las armas antiaéreas del mundo. Su MH-60K no tenía cortadoras de cables, y Malloy le había enviado un rajante memo al respecto al comandante del Escuadrón Vigésimocuarto de Operaciones Especiales, quien le envió a manera de contrita respuesta seis fotocopias de otros tantos memos que él mismo había enviado al comandante de la base respecto al mismo tema. Posteriormente le había explicado que un experto del Pentágono estaba considerando la modificación de las aeronaves en existencia... lo cual, pensó Malloy, equivaldría a un contrato con una firma consultora por 300.000 dólares aproximadamente, y todo para que un individuo cualquiera les dijera que *sí, es una buena idea* en cuatrocientas páginas de aborrecible prosa burocrática... que nadie leería jamás pero serían entronizadas en un archivo para la eternidad. La modificación en sí misma costaría tres mil dólares en repuestos y mano de obra. La mano de obra sería proporcionada por un sargento que trabajara tiempo completo para la Fuerza Aérea (ya efectivamente trabajara o pasara sus horas leyendo *Playboy* repantigado en el escritorio)... pero las reglas eran las reglas, desafortunadamente. Y, quién sabe, tal vez dentro de un año los Night Hawks tendrían cortadoras de cables.

Malloy sonrió pensando en sus dardos. No tenía necesidad de ver la información de inteligencia. Las caras de los terroristas no le ser-

vían. Nunca se acercaba demasiado a ellos. Ése era el trabajo de los tiradores y, comandante de división o no, él era simplemente un chofer. Bueno, podría haber sido peor. Por lo menos podía vestir su mameluco de aviador aunque no volara, casi como si estuviera en una organización de aviadores. Volaba cuatro días de cada siete, lo cual no estaba tan mal, y después de este destino tal vez podría comandar un VMH-1 e incluso transportar al presidente. Sería aburrido, pero útil para su carrera. Seguramente no había perjudicado a su viejo amigo, el coronel Hank Goodman, que acababa de aparecer en la lista de estrellas (logro por demás bizarro para un piloto de helicóptero, ya que la aviación naval estaba despiadadamente dominada por los bombarderos). Bueno, tenían echarpes más lindos. Para entretenerse un poco antes de almorzar, sacó su manual del MH-60K y empezó a memorizar información adicional sobre desempeño de motores (tarea usualmente a cargo de un oficial ingeniero o tal vez de su jefe de tripulación, el sargento Jack Nance).

El primer encuentro tuvo lugar en un parque público. Popov había revisado la guía telefónica y llamado a un tal Patrick X. Murphy poco antes del mediodía.

—Hola, habla Joseph Andréws. Estoy buscando al señor Yates —dijo.

Sus palabras fueron seguidas por un breve silencio. En el otro extremo de la línea, su interlocutor intentaba recordar la frase codificada. Era vieja, pero la recordó en menos de diez segundos.

—Ah, sí, señor Andréws. Hace tiempo que no sabemos nada de usted.

—Acabo de llegar a Dublín esta mañana y me gustaría verlo. ¿Cuándo podríamos encontrarnos?

—¿Qué le parece esta tarde a la una? —Luego vinieron las instrucciones.

Y allí estaba ahora, con su impermeable, su sombrero de ala ancha y un ejemplar del *Irish Times* en la mano derecha, sentado en un banco cerca de un viejo roble. Aprovechó para echarle un vistazo al diario y averiguar qué estaba pasando en el mundo... No difería mucho de lo que había visto por la CNN en Nueva York el día anterior... Las noticias internacionales eran tan aburridas desde la desaparición de la Unión Soviética que Popov no dejaba de preguntarse cómo se las arreglaban los editores de los diarios más importantes. Bueno, en Ruanda y Burundi los negros se seguían masacrando unos a otros con obsceno deleite... y los irlandeses se preguntaban en voz alta si debían enviar sus soldados (de ambos bandos) para mantener la paz. Qué raro, pensó Popov. Habían demostrado ser peculiarmente incapaces de mantener la paz en su propio país y ahora querían hacer la prueba en otro lugar.

—¡Joe! —gritó una voz jubilosa. Popov levantó la vista y vio acercarse a un cuarentón de sonrisa radiante.

—¡Patrick! —respondió el ruso, parándose para estrecharle la mano—. Pasó tanto tiempo... —En realidad jamás se habían visto antes, pero se saludaron como dos viejos amigos. Luego se dirigieron a la calle O'Connell, donde los esperaba un auto. Se sentaron atrás y el conductor arrancó en el acto. Conducía despacio y miraba constantemente por el espejo retrovisor. Por su parte, "Patrick" tenía la vista clavada en el cielo para detectar helicópteros. Bueno, pensó Dimitri, estos soldados del PIRA no llegaron a los cuarenta por falta de cautela. Se respaldó en el asiento y empezó a relajarse. Podría haber cerrado los ojos, pero esa actitud les hubiera parecido despectiva a sus anfitriones. Miró al frente. No era la primera vez que estaba en Dublín pero, excepto por algunos hitos obvios, recordaba pocas cosas de la ciudad. Sus compañeros de viaje no le habrían creído, ya que se suponía que los oficiales de inteligencia tenían memoria fotográfica profesional... y era cierto, pero sólo hasta cierto punto. Pasearon cuarenta minutos por la ciudad hasta llegar a un edificio comercial y girar sobre un callejón. El auto se detuvo y ellos bajaron y entraron por una puerta en una pared de ladrillo a la vista.

—Iosef Andréyevich —dijo una voz en la oscuridad. Luego apareció una cara.

—Sean, cuánto tiempo... —Popov se adelantó con la mano extendida.

—Once años y seis meses, para ser precisos —dijo Sean Grady, estrechándole la mano con entusiasmo.

—Su estrategia sigue siendo excelente —sonrió Popov—. No tengo la menor idea de dónde estamos.

—Bueno, hay que ser cauteloso, Iosef —Grady hizo una seña—. Venga por aquí, por favor.

Lo guió a una habitación pequeña con una mesa y pocas sillas. Había té caliente. Los irlandeses no habían perdido el sentido de la hospitalidad, comprobó Popov. Se quitó el impermeable y lo arrojó sobre un sillón. Luego procedió a sentarse.

—¿Qué podemos hacer por usted? —preguntó Grady. Frisaba los cincuenta, pero sus ojos conservaban su juventud y su mirada dedicada, estrecha, exteriormente desapasionada pero intensa como siempre.

—Antes de ir al grano me gustaría saber cómo van sus cosas, Sean.

—Podrían ir mejor —admitió Grady—. Algunos ex colegas del Ulster se han consagrado a rendirse a la corona británica. Desafortunadamente son muchos los que comparten su flojera, pero estamos persuadiendo a los demás a adoptar un punto de vista más realista.

—Gracias —le dijo Popov al que acababa de servirle una taza de té. Bebió un sorbo antes de hablar—. Sean, desde que nos conocimos en Líbano sabe que respeto la lealtad de ustedes hacia sus ideales. Me sorprende que sean tantos los que cedieron.

—Fue una guerra larga, Iosef, y supongo que no todo el mundo puede mantenerse firme. Es una lástima, amigo mío —nuevamente, su voz carecía de toda emoción. Su rostro no era cruel sino vacuo. Hubiera

podido ser un soberbio oficial de inteligencia, pensó Popov. No revelaba nada, ni siquiera la satisfacción ocasional por la misión cumplida. Probablemente habría mostrado el mismo desapasionamiento al torturar y asesinar a dos comandos SAS que cometieron el error de bajar la guardia. Esas cosas no sucedían a menudo, pero Sean Grady había alcanzado dos veces el objetivo más difícil... a costa, la verdad sea dicha, de una sangrienta *vendetta* de la unidad de elite del ejército británico contra su propia célula del PIRA. El SAS había matado a por lo menos ocho de sus compañeros más próximos y en otra ocasión, siete años atrás, Grady se salvó de seguirlos a la tumba porque se le rompió el auto camino a un mitín... mitín interrumpido por el SAS, que en esa ocasión aniquiló a tres miembros jerárquicos del PIRA. Sean Grady era un hombre marcado y Popov estaba seguro de que el Servicio de Seguridad británico había gastado miles de libras en rastrearlo infructuosamente. Al igual que las operaciones de inteligencia, éste era un juego muy peligroso para todos los jugadores, pero más que nada para los revolucionarios. Y ahora, los propios líderes se vendían al enemigo. Grady jamás haría la paz con los británicos. Creía demasiado obstinadamente en su visión del mundo, por retorcida que fuera. Iosef Vissarionovich Stalin tenía una cara semejante, y la misma voluntad férrea, y la misma incapacidad absoluta de comprometerse en temas estratégicos.

—Hay un nuevo comando antiterrorista en Inglaterra —le dijo Popov.

—¿Ah, sí? —Grady no lo sabía, y la revelación lo sorprendió.

—Sí. Se llama Rainbow. Está integrado por británicos y estadounidenses. Ellos resolvieron los atentados del Parque Mundial, Berna y Viena. Todavía no han pensado en ustedes, pero a mi entender sólo es cuestión de tiempo.

—¿Qué sabe de ellos?

—Muchas cosas —Le pasó un resumen impreso.

—Hereford —murmuró Gary—. Fuimos a dar un vistazo, pero no es un lugar que se pueda atacar fácilmente.

—Sí, ya lo sé, Sean, pero siempre hay puntos vulnerables adicionales y, con el planeamiento adecuado, creemos que es posible dar un golpe rotundo contra ese comando Rainbow. Verá, la esposa y la hija del comandante, un estadounidense llamado John Clark, trabajan en el hospital comunal local. Ése sería el cebo de la misión...

—¿Cebo? —preguntó Grady.

—Sí, Sean —acto seguido, Popov describió el concepto de la misión. Como de costumbre, Grady no reaccionó, pero dos de sus hombres sí: se revolvieron en las sillas e intercambiaron rápidas miradas mientras esperaban la palabra de su comandante.

—Coronel Serov —dijo finalmente Grady, con un dejo de formalidad mentirosa—, nos propone correr un grave riesgo.

Dimitri asintió.

—Sí, es cierto, y a ustedes les corresponde decidir si la recompensa vale la pena —no tenía que recordarle que los había ayudado en el

pasado (mínimamente, por supuesto, pero esa gente no olvidaba a sus benefactores) ni tampoco que, de resultar exitosa, la misión catapultaría a Grady al frente de los comandantes del IRA, y tal vez podría envenenar el proceso de paz entre el gobierno británico y la facción “oficialista” del PIRA. Si derrotaba al SAS y a otros comandos especiales en su propio terreno sería el revolucionario irlandés más prestigioso desde la década del veinte. Ésa era la debilidad de estos tipos, y Popov lo sabía. Su consagración a la ideología los hacía esclavos de sus egos, de sus ideas, y no sólo de sus objetivos políticos sino de sí mismos.

—Desafortunadamente, Iosef Andréievich, no tenemos los recursos necesarios para considerar una misión de esta envergadura.

—Comprendo. ¿Qué recursos serían esos, Sean?

—Más de lo que usted puede ofrecer —Por experiencia propia, y por haber hablado con otros terroristas de la comunidad mundial, Grady sabía que la KGB era particularmente mezquina con el dinero. Pero tuvo que tragarse otra sorpresa.

—Cinco millones de dólares, en una cuenta numerada y controlada por código secreto en Suiza —dijo Popov al pasar. Esta vez sí que vio emoción en los ojos del irlandés. Parpadeó. Abrió un poco la boca, como para formular una objeción, pero inmediatamente se controló.

—Seis —dijo Grady, probando el paño.

A Popov le vino como anillo al dedo.

—Muy bien, supongo que puedo ofrecerles hasta seis millones. ¿Cuándo los necesitarán?

—¿Cuándo podríamos tenerlos?

—Dentro de una semana, supongo. ¿Cuánto tiempo necesita para planear la operación?

Grady lo pensó unos segundos.

—Dos semanas —Conocía el área aledaña a Hereford. El hecho de no haber podido atacar la base en los viejos tiempos no le había impedido pensar, *soñar* con hacerlo ni reunir la inteligencia necesaria. También había intentado conseguir información sobre las operaciones del SAS, pero, para su desdicha, los del SAS no hablaban demasiado, ni siquiera después de las misiones, excepto dentro de su comunidad. Había conseguido unas pocas fotos, inútiles. No, lo que necesitaban y no habían tenido hasta el momento era la combinación de gente dispuesta a correr un gran riesgo y recursos suficientes.

—Otra cosa —dijo Grady.

—¿Sí?

—¿Tiene buenos contactos con narcotraficantes?

Popov quedó perplejo, aunque no lo demostró. ¿Grady quería vender drogas? ¡Cómo había cambiado el ethos del PIRA! En los viejos tiempos, asesinaban o baldaban a los narcotraficantes para mostrarse dignos del apoyo de la comunidad. ¿Eso también habría cambiado?

—Tengo algunos contactos indirectos, supongo. ¿Qué necesitaría, exactamente?

—Cocaína, en grandes cantidades, preferentemente pura.

—¿Para venderla aquí?

—Sí. El dinero es el dinero, Josef —señaló Grady—. Y necesitamos ingresos continuos para mantener nuestras operaciones.

—No le prometo nada, pero veré qué puedo hacer.

—Muy bien. Téngame al tanto sobre el dinero. Cuando esté disponible, le haré saber si es posible llevar a cabo la misión y si estamos en condiciones de hacerlo.

—¿Armas?

—No hacen falta.

—Necesito un número telefónico para llamarlo.

Grady asintió, tomó un anotador y garrapateó el número. Teléfono celular, obviamente. El ruso guardó el papel en el bolsillo.

—Servirá durante unas semanas. ¿Alcanza a cubrir sus necesidades?

—Sí —Popov se puso de pie. No había nada más que decir. Lo llevaron de regreso al auto. La reunión había sido un éxito, pensó Dimitri camino al hotel.

—¡Es una misión suicida, Sean! —le advirtió Roddy Sands en el depósito.

—No si controlamos la situación, Roddy —replicó Grady—. Y podemos hacerlo si contamos con los recursos necesarios. Tendremos que ser cautelosos, y muy rápidos, pero podemos hacerlo —y cuando lo hayamos hecho, pensó ansiosamente, *el movimiento comprobará quiénes son los verdaderos representantes del pueblo de Irlanda*—. Necesitaremos quince hombres. Podemos conseguirlos, Roddy.

Se levantó y salió por otra puerta. Subió a su auto y se dirigió a su casa segura. Lo esperaba mucho trabajo, la clase de trabajo que solía hacer solo.

Henriksen estaba armando su equipo. Diez hombres en total, todos experimentados, y todos al tanto del proyecto. El más destacado sería el teniente coronel Wilson Gearing, ex oficial del Cuerpo Químico del ejército de EE.UU. Un verdadero experto en armas químicas. Él sería el encargado de propagar el virus. El resto del equipo trabajaría con las fuerzas de seguridad locales y les diría lo que ya sabían (cumpliendo y reafirmando la regla internacional que indica que el Experto Siempre Es Alguien De Otro Lugar). Los SAS australianos escucharían cortésmente todo lo que les dijeran, y tal vez aprenderían un par de cosas, especialmente cuando les enseñaran el nuevo equipo de radio de E-Systems y Dick Voss los entrenara para utilizarlo. Las nuevas radios para tropas de operaciones especiales y policías SWAT eran una belleza. Una vez hecho eso, merodearían por los alrededores con una identificación especial que les permitiría pasar todos los controles de seguridad e incluso entrar a todos los sectores del enorme estadio. Podrían

ver las Olimpiadas de cerca, lo cual sería muy interesante para algunos de ellos, verdaderos fanáticos del deporte que disfrutarían viendo los últimos Juegos Olímpicos de la historia.

Seleccionó a sus mejores hombres y le pidió al agente de viajes de la corporación que se ocupara de los pasajes y hoteles... La policía australiana ya les había reservado un conjunto de suites cerca del estadio. Henriksen se preguntó si despertarían la atención de los medios. En otra ocasión hubiera insistido en eso, sólo por publicidad, pero esta vez no. Ya no tenía sentido publicitar su empresa, ¿verdad?

Entonces, el proyecto estaba terminado. Rodeado por la gran llanura de Kansas, Hollister contempló los edificios, los caminos, las playas de estacionamiento, y la pista aérea cuya construcción había supervisado. La parte final había sido el habitual farrago de pequeños detalles descuidados, pero todos los subcontratistas habían respondido bien a sus exigencias... particularmente porque los contratos tenían cláusulas de incentivo.

Un automóvil de la compañía frenó junto a su cuatro por cuatro y Hollister quedó pasmado. El hombre que bajó del auto era el gran jefe, John Brightling en persona. Jamás lo había visto antes, pero conocía su nombre y lo había visto por televisión un par de veces. Debía haber llegado esa misma mañana en uno de los jets de la corporación.

—Usted es el señor Hollister, supongo.

—Sí, señor —Le estrechó la mano—. Ya hemos terminado, señor.

—Se adelantó dos semanas y media al plazo establecido —observó Brightling.

—Bueno, el clima nos ayudó bastante. No puedo jactarme de eso.

Brightling rió complacido.

—Yo me jactaría —bromeó.

—Lo más difícil fueron los sistemas medioambientales. Tenían la lista de especificaciones más exigente que vi en mi vida. ¿Cuál es el secreto, Dr. Brughtling?

—Bien, trabajamos con algunos materiales que exigen aislamiento absoluto... Nivel Cuatro, así los llamamos en jerga científica. Debemos manejarlos con sumo cuidado, como podrá imaginar. Debemos respetar las reglas federales.

—¿Pero en todo el edificio? —preguntó Hollister. Había sido como construir un barco o un avión. Rara vez se diseñaban estructuras grandes completamente a prueba de aire. Pero ésta lo era, y Hollister había tenido que realizar pruebas de presión de aire al terminar cada módulo (cosa que había enloquecido a los contratistas de las ventanas).

—Bueno, quisimos hacerlo a nuestro modo.

—El edificio es suyo, doc —admitió Hollister. Esa especificación había sumado cinco millones al costo laboral del proyecto... que habían ido a manos del contratista de ventanas, cuyos obreros detestaban el trabajo detallista pero no la paga extra que recibían por realizarlo. La

vieja planta de Boeing en Wichita no podía jactarse de una obra semejante—. Eligieron un bonito emplazamiento.

—Así es.

Todo alrededor, la tierra estaba cubierta por una oscilante alfombra de trigo. Se veían algunas máquinas destinadas a fertilizar y desmalezar la cosecha. Tal vez no fuera bello como un campo de golf, pero sí más práctico. El complejo tenía su propia panadería institucional para amasar su propio pan, ¿con la harina del trigo cosechado en sus propios campos? se preguntó Hollister. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Las granjas compradas con el terreno incluían comederos y pasturas para ganado y sectores para almacenamiento. El complejo podía autoabastecerse si fuera necesario. Bueno, tal vez sólo querían que armonizara con la región. Esa parte de Kansas era tierra de cultivo, y, si bien los edificios de acero y vidrio del complejo no parecían establos ni depósitos, el paisaje que los rodeaba morigeraba en cierto modo su carácter invasivo. Y además, apenas se los podía ver desde la autopista interestatal al norte, y sólo desde algunos caminos. Estaban protegidos contra tornados y ni siquiera un granjero solitario con una calibre .50 podría dañarlos.

—Bueno, se ha ganado la bonificación. El dinero será depositado mañana mismo en su cuenta —prometió John Brightling.

—De acuerdo, señor —Hollister buscó la llave maestra en su bolsillo, la única que abría todas las puertas del complejo. Siempre realizaba esa pequeña ceremonia cuando terminaba un proyecto. Se la entregó al jefe—. Bueno, señor, el complejo es todo suyo a partir de ahora.

Brightling miró la llave electrónica y sonrió. Había sido el emprendimiento más ambicioso del proyecto. Alojaría a casi toda su gente. Dos meses atrás habían terminado en Brasil una estructura similar pero mucho más pequeña, con comodidades para cien personas. Este complejo podría alojar tres mil —un poco apretadas, pero cómodas— durante unos meses. Con eso bastaba. Luego de los dos primeros meses podría continuar sus investigaciones con los mejores científicos (la mayoría *desconocían* los alcances del proyecto, pero no obstante merecían vivir). En los últimos días, los experimentos habían tomado direcciones inesperadamente prometedoras. Tan prometedoras que empezaba a preguntarse cuánto tiempo viviría allí. ¿Cincuenta años? ¿Cien? ¿Acaso mil? ¿Cómo saberlo?

Lo llamaría *Olimpo*, decidió Brightling. La morada de los dioses, porque eso sería. Desde allí podría observar el mundo, estudiarlo, disfrutarlo, *apreciarlo*. Adoptaría la señal de llamada OLIMPO-1 para su radio portátil. Desde allí podría volar a todo el mundo con compañeros escogidos para observar y aprender el funcionamiento de la ecología. Durante veinte años aproximadamente podrían utilizar satélites de comunicaciones... imposible saber cuánto tiempo durarían, y luego se comunicarían por radio. Ése sería un inconveniente en el futuro, pero lanzar sus propios satélites de reemplazo era demasiado difícil en términos de mano de obra y recursos, y además, las lanzaderas de satéli-

tes eran los mayores agentes contaminantes que había inventado la humanidad.

Se preguntó cuánto tiempo querría vivir allí su gente. Algunos se irían enseguida, probablemente a distintas regiones del país donde establecerían sus propios enclaves y, en un principio, se reportarían vía satélite. Otros irían a África... probablemente el destino más popular. Otros a Brasil y a la selva tropical. Tal vez algunas tribus primitivas de la región escaparían a Shiva y sus científicos podrían estudiar al Hombre Primitivo viviendo en un medio ambiente prístino, en plena armonía con la naturaleza. Los estudiarían como lo que eran, una especie única digna de protección... y demasiado atrasada para significar un peligro para el medio ambiente. ¿Tal vez sobrevivirían algunas tribus africanas? Improbable. Los países africanos permitirían que sus primitivos se relacionaran con la gente de las ciudades, y las ciudades operarían como centros distribuidores de muerte en todos los países de la tierra... especialmente cuando se repartiera la vacuna A. Producirían miles de litros, los repartirían por todo el mundo, ostensiblemente para proteger la vida humana, pero en realidad para destruirla... lentamente, por supuesto.

Todo progresaba según lo esperado. En los cuarteles generales de la corporación ya estaban preparando la documentación ficticia de la vacuna A. Supuestamente la habían probado en mil monos posteriormente expuestos al virus Shiva y sólo dos de ellos habían manifestado síntomas, y sólo uno de los dos había muerto en los diecinueve meses de experimentación que sólo existían en los papeles y en la memoria de las computadoras. Todavía no se habían acercado al FDA para probar la vacuna en seres humanos porque no era necesario... pero cuando Shiva comenzara a asomar su ominosa cabeza en todo el mundo, Horizon Corporation anunciaría que había estado trabajando silenciosamente en vacunas contra la fiebre hemorrágica desde el atentado iraní contra Estados Unidos. Enfrentado a una emergencia global y contando con una modalidad de tratamiento completamente documentada, el FDA no tendría más opción que aprobar su inoculación en humanos, bendiciendo así oficialmente la meta suprema del proyecto: el exterminio de la raza humana. No tanto el exterminio, reflexionó John Brightling, sino el aplacamiento de la especie más peligrosa del planeta, hecho que permitiría la recuperación de la Madre Naturaleza, con un ejército de servidores humanos dedicados a observar, estudiar y apreciar el proceso. Dentro de mil años habría un millón de humanos, pero era una cantidad pequeña dentro del gran esquema, y además serían educados para comprender y respetar a la naturaleza. No para destruirla. El objetivo del proyecto no era aniquilar el mundo. Era construir un nuevo mundo, de acuerdo con el plan de la naturaleza. Su nombre brillaría por toda la eternidad. John Brightling, el hombre que salvó al planeta.

Miró la llave que tenía en la mano y volvió a su auto. El chofer lo llevó hasta la entrada principal, donde utilizó por primera vez la llave, sorprendido y molesto al encontrar la puerta abierta. Bueno, todavía

quedaba gente entrando y saliendo. Tomó el ascensor hasta su oficina-vivienda en el último piso del edificio principal. Esa puerta sí estaba cerrada como debía. La abrió en una suerte de ceremonia personal y se sentó en el trono del dios supremo del Olimpo. No, no estaba bien. Si había un dios, era la naturaleza. Desde las ventanas de su oficina contempló la llanura de Kansas, el cimbreante trigo joven... era tan bello. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Naturaleza. Podía ser cruel con los individuos, pero los individuos no importaban. A pesar de todas las advertencias, la humanidad no había aprendido nada.

Bien, ahora aprendería, tal como la naturaleza enseñaba todas sus lecciones. Con sangre.

Pat O'Connor llevó su informe diario a la ASAC al atardecer. Sin chaqueta, se dejó caer en la silla opuesta al escritorio de Ussery con una carpeta en la mano. Ya estaba bastante gorda.

—Caso Bannister —dijo Chuck Ussery—. ¿Algún cabito suelto, Pat?

—Nada —replicó O'Connor—. Entrevistamos a catorce amigos de la chica en Gary. Ninguno tenía la menor idea de lo que hacía en Nueva York. Sólo seis de ellos sabían que estaba allí, y jamás les había hablado de novios ni de trabajo. Por lo tanto, cero al as.

—¿Nueva York?

—Hay dos agentes en el caso, Tom Sullivan y Frank Chatham. Se conectaron con un detective del NYPD apellidado D'Allessandro. Los forenses registraron su departamento... nada. Todas las huellas digitales le pertenecen, ni siquiera hay huellas de una sirvienta. Los vecinos del edificio sólo la conocían de vista. Los de Nueva York quieren imprimir volantes y hacerlos circular vía el NYPD. El detective local teme que haya un asesino serial suelto. Tiene otra mujer desaparecida, de la misma edad, aspecto semejante y misma área de residencia, evaporada del mundo en la misma época.

—¿Ciencias del Comportamiento? —preguntó Ussery en el acto. O'Connor asintió.

—Analizaron los hechos que tenemos hasta la fecha. Se preguntan si el e-mail fue enviado por la víctima o por un asesino serial que pretende martirizar a su familia. Hay diferencias de estilo en el mensaje que presentó el señor Bannister... bueno, ambos vimos que parecía escrito por otra persona o bajo el efecto de las drogas, pero la chica no era drogadicta. Y no podemos rastrear el e-mail. Hay un sistema que protege al generador de correo electrónico, supongo que por cuestiones pornográficas. Hablé con Eddie Morales en Baltimore. Es el mago técnico de Imágenes Inocentes (proyecto del FBI destinado a rastrear, arrestar y encarcelar a los cultores de la pornografía infantil) y dice que están jugando con recursos fijos. Ellos tienen un *hacker* que cree poder violar la red de anonimato, pero todavía no lo logró y el procurador de Nueva York no está seguro de que sea legal hacerlo.

—Carajo —opinó Ussery sobre la opinión legalista. La pornografía infantil era uno de los odios señeros del FBI e Imágenes Inocentes se había convertido en prioridad de investigación a nivel nacional.

O'Connor asintió.

—Eso mismo dijo Bert, Chuck.

—¿Entonces estamos con las manos vacías?

—Por el momento. Nos quedan algunos amigos de Mary por entrevistar... cinco de ellos mañana mismo. Pero si hay algún cabo suelto, apuesto a que está en Nueva York. Alguien que conocía. Alguien que la invitó a salir. Pero no aquí, Chuck. Mary Bannister se fue de Gary sin mirar atrás.

Ussery frunció el ceño, pero los procedimientos de investigación de O'Connor eran inobjectables y tenían doce agentes trabajando en el caso Bannister. Esos casos corrían y se detenían a su propio ritmo. Cuando James Bannister llamara (lo hacía todos los días) tendría que decirle que el FBI seguía trabajando y preguntarle si no había olvidado incluir a nadie en la lista de amigos de Mary.

CAPÍTULO 25

AMANECER

—No se quedó mucho tiempo, señor —comentó el inspector de migraciones al ver el pasaporte de Popov.

—Reuniones de negocios —dijo el ruso con su mejor acento estadounidense—. Volveré pronto —sonrió.

—Bueno, apúrese, señor —Otra estampilla en el pasaporte ajado y Popov enfiló hacia el salón de primera clase.

Grady lo haría. Estaba seguro. El desafío era demasiado grande para que su ego lo rechazara. Lo mismo podía decirse de la recompensa. Seis millones de dólares era más de lo que el IRA había visto en toda su existencia, ni siquiera cuando Muammar Qaddafi de Libia los había respaldado a principios de los ochenta. Aportar fondos a organizaciones terroristas siempre había sido un problema práctico. Históricamente los rusos les habían dado armas, lugares para entrenar e inteligencia operativa contra los servicios de seguridad británicos, pero nunca mucho dinero. La URSS jamás había tenido grandes cantidades de moneda extranjera, que usaba principalmente para comprar tecnología de aplicación militar. Además, ¡habían descubierto que la pareja de ancianos que utilizaban como *couriers* en Occidente (entregaban efectivo a los agentes soviéticos residentes en Estados Unidos y Canadá) había sido vigilada por el FBI todo el tiempo! Popov tuvo que sacudir la cabeza. Por muy excelente que fuera la KGB, el FBI no le iba en zaga. Los estadounidenses tenían el buen criterio de no quemar las operaciones que iban descubriendo, y en cambio las utilizaban para obtener un cuadro sistemático de las acciones de la KGB —blancos y objetivos— y así averiguar dónde *no* habían penetrado los rusos.

Volvió a sacudir la cabeza camino a la puerta. Todavía estaba a oscuras, ¿no? Las preguntas seguían sin respuesta: ¿Exactamente *qué* estaba haciendo? ¿*Qué* quería Brightling? ¿*Por qué* atacaba al grupo Rainbow?

Chávez decidió dejar a un lado su ametralladora MP-10 y concentrarse en su Beretta .45. Hacía semanas que no erraba un disparo con el arma Heckler & Koch (en ese contexto, “errar” equivalía a hacer blanco a más de una pulgada de la ubicación ideal de la bala: entre y ligeramente sobre los ojos de la silueta de práctica.) La mira dióptrica de la

H&K estaba tan perfectamente diseñada que si uno veía el blanco, le acertaba. Así de simple.

Pero con las pistolas no era tan simple y él necesitaba practicar. Sacó el arma de su funda de Gore-Tex y apuntó en el acto, uniendo ambas manos sobre la culata mientras retrocedía medio paso con el pie derecho y giraba el cuerpo, adoptando la postura Weaver que le habían enseñado años atrás en Virginia. Levantó la pistola al nivel de los ojos y simultáneamente apretó el gatillo con el índice derecho...

... no con la suficiente suavidad. El disparo le habría volado la mandíbula al blanco, y tal vez destrozado alguna arteria importante, pero no hubiera sido instantáneamente fatal. El segundo disparo, realizado medio segundo después, sí lo hubiera sido. Ding gruñó, molesto consigo mismo. Guardó la pistola luego de ponerle el seguro. *Otra vez.* Apartó la vista del blanco. Volvió a mirar. Ahí estaba, un terrorista con el arma apuntada a la cabeza de una niña. Con la velocidad del rayo, la Beretta salió de su funda y Chávez accionó el gatillo. Mejor. Ese le habría atravesado el ojo izquierdo, y el segundo, nuevamente disparado un segundo después, abrió un bonito agujero entre los ojos de la silueta número ocho.

—Excelente doble disparo, señor Chávez.

Ding se dio vuelta y vio a Dave Woods, el maestro del polígono.

—Sí, el primero fue abierto y bajo —admitió. Volarle media cara al bastardo no le parecía suficientemente bueno.

—Menos muñeca, más dedo —le aconsejó Woods—. Y permítame volver a ver la posición de sus manos —Ding empuñó el arma—. Ah, sí, ya veo —le corrigió un poco la mano izquierda—. Es mejor así, señor.

Mierda, pensó Chávez. ¿Así de simple? Al mover dos dedos menos de un cuarto de pulgada la pistola se deslizó a una posición perfecta, como si hubieran hecho la culata a medida para él. La probó varias veces, volvió a enfundarla y ejecutó su versión de disparo rápido. Esta vez, el primer disparo fue mortífero (entre los ojos del blanco a siete metros de distancia) y el segundo no lo desmereció.

—Excelente —dijo Woods.

—¿Hace cuánto que enseña, sargento mayor?

—Bastante, señor. Hace nueve años que estoy en Hereford.

—¿Por qué no forma parte del SAS?

—Tengo mal una rodilla. Me lastimé en 1986, saltando de un Warrior. No puedo correr más de dos millas sin que se ponga rígida, ya ve —Tenía un mostacho pelirrojo que terminaba en dos magníficas puntas y chispeantes ojos grises. Chávez se dio cuenta de que el muy hijo de puta podría enseñarle a disparar al mismísimo Doc Holliday—. Adelante, señor —El maestro se alejó suspirando.

—Bueno, carajo —resopló Chávez. Ejecutó cuatro disparos rápidos. *Más dedo, menos muñeca, bajar apenas la mano izquierda... bingo...* Tres minutos después había un agujero de dos pulgadas en el medio del sector “incapacitamiento instantáneo” del blanco. Tendría que recordar esa pequeña lección.

Tim Noonan estaba en la línea de al lado con su Beretta. Disparaba más lento que Chávez, y más espaciado, pero *todas* sus balas iban directo al cerebro. Finalmente, ambos se quedaron sin municiones. Chávez se quitó los protectores auditivos y le palmeó el hombro.

—Hoy estuve un poco lento —se quejó el experto técnico.

—Sí. Bueno, igual eliminaste al maldito bribón. ¿Fuiste CRR, no?

—Sí, pero no tirador. También me encargaba de la técnica. Bueno, sí, disparaba con ellos regularmente, pero no era ningún genio. Nunca llegué a ser tan rápido como quisiera. Tal vez soy lento de reflejos —Noonan sonrió mientras limpiaba su pistola.

—¿Y qué tal funciona ese buscador de gente?

—Es mágico, Ding. Dame otra semana y será perfecto. La antena tiene un accesorio parabólico, parece salida de *Star Trek* supongo, pero carajo, ¡encuentra a la gente! —Separó las partes y las roció con Break-Free para limpiarlas y lubricarlas—. Ese Woods es un excelente entrenador, ¿no crees?

—Sí, bueno, acaba de resolverme un problemita —dijo Ding, tomando el rociador para limpiar su automática.

—El de la Academia del FBI también hizo milagros conmigo. Supongo que todo se reduce a cómo encajan tus manos en la culata. Y a un dedo suave —Noonan pasó un paño sobre el cañón y volvió a armar la pistola—. Sabes, lo mejor de estar aquí es que somos casi los únicos que portamos armas.

—Entiendo que los civiles no tienen permitido portar armas, ¿no?

—Sí, hace unos años cambiaron la ley. Estoy seguro de que ayudará a reducir el crimen —comentó Noonan—. Votaron la primera ley de control de armas allá por 1920, para controlar al IRA. Obró por arte de magia, ¿no crees? —Lanzó una carcajada—. Oh, bueno, ellos jamás redactaron una Constitución como nosotros.

—¿La llevas siempre encima?

—¡Diablos, sí! —Noonan levantó la vista—. Eh, Ding, soy policía, ¿recuerdas? Me siento desnudo sin un amigo en la cintura. Incluso cuando trabajaba en la División Laboratorio, con estacionamiento reservado y todo, viejo, *jamás* caminé por Washington DC sin mi pistola.

—¿Alguna vez tuviste que usarla?

Tim negó con la cabeza.

—No, muy pocos la usan, pero es parte de la mística, ¿sabes? —miró a su blanco—. A uno le gusta tener ciertas habilidades, viejo.

—Sí, a nosotros nos pasa lo mismo —la ley británica había autorizado a los integrantes del Rainbow a portar armas dondequiera que fuesen basándose en el argumento de que, como comando antiterrorista, siempre estaban de servicio. Era un derecho que Chávez no había ejercido hasta el momento, pero Noonan tenía razón. El genio tecnológico metió un cargador lleno en la pistola limpia y recién armada, colocó el seguro y la guardó en su funda, junto con dos cargadores de reserva. Bueno, ese ritual era parte de ser policía, ¿no?

—Hasta luego, Tim.

—Nos vemos, Ding.

Muchos no podían, pero otros simplemente recordaban las caras de la gente (habilidad particularmente útil para los mozos de bar, porque a todo el mundo le agrada que el mozo lo reconozca y recuerde su trago favorito). Ése era el caso en el Turtle Inn Bar & Lounge de Nueva York, sobre Columbus Avenue. El policía entró apenas abrió el bar, al mediodía, y saludó:

—Hola, Bob.

—Hola, Jeff. ¿Café?

—Sí —dijo el joven policía, observando los movimientos del mozo. Extrañamente, ese bar servía buen café (infusión preferida por los *yuppies* en esa parte de la ciudad). Una de azúcar y un toque de crema.

Hacía dos años que Jeff tenía la misma parada, lo suficiente para conocer a la mayoría de los comerciantes, quienes a su vez lo conocían y sabían de memoria sus hábitos. Era un policía honesto... pero jamás rechazaba un plato o una bebida gratis, mucho menos un buen *donut* (alimento favorito del oficial de policía estadounidense).

—¿Y, qué anda pasando? —preguntó Bob.

—Busco a una chica desaparecida —replicó Jeff—. ¿Te dice algo esta cara? —Le pasó un volante.

—Sí, Annie algo, le gusta el Kendall Jackson Reserve Chardonnay. Solía venir siempre. Pero hace tiempo que no la veo.

—¿Y esta otra? —Le pasó el segundo volante. Bob se quedó mirando unos segundos.

—Mary... Mary Bannister. La recuerdo muy bien, es una chica que se destaca, ¿sabes? Hace tiempo que no la veo, tampoco.

El policía apenas podía creer su buena suerte.

—¿Qué sabes de ellas?

—Espera un momento, dices que desaparecieron. ¿Las raptaron o algo así?

—Algo así, viejo —Jeff bebió un sorbo de café—. El FBI anda detrás de esta —Señaló la foto de Bannister—. La otra es nuestra.

—Bueno, maldita sea. No sé casi nada de ellas. Solían venir por aquí un par de veces por semana, a bailar y esas cosas, ya sabes, como todas las chicas solteras, buscaban muchachos.

—OK, te diré algo, vendrán a preguntarte por ellas. Intenta recordar, ¿quieres? —debía considerar la posibilidad de que el propio Bob las hubiera hecho desaparecer, pero toda investigación exigía que uno tomara partido y esa posibilidad parecía demasiado vaga. Como tantos mozos de Nueva York, ese tipo quería ser actor, lo cual probablemente explicaba su memoria para los detalles.

—Sí, claro, Jeff. Maldita sea, ¿raptadas, eh? Hacía tiempo que no escuchaba algo así. Carajo —concluyó.

—Hay ocho millones de historias de historias en la Ciudad Desnuda, viejo. Hasta luego —dijo el policía, enfilando hacia la puerta. Sentía que ha-

bía hecho la mayor parte de su trabajo diario y, ni bien salió a la calle, transmitió por radio la información que acababa de conseguir.

La cara de Grady era famosa en el Reino Unido, pero el terrorista esperaba que la barba roja y los anteojos modificaran su aspecto lo suficiente para no ser detectado por ningún conspicuo alguacil de policía. En todo caso, la presencia policial no era tan densa allí como en Londres. La puerta de la base en Hereford era tal como la recordaba, y no estaba lejos del hospital comunal. Estudió los caminos, accesos y zonas de estacionamiento y los encontró de su agrado. Tomó seis rollos de fotos con su Nikon. El plan que empezaba a gestarse en su mente era simple, como todos los buenos planes. Los caminos parecían estar de su lado, igual que los espacios abiertos. Como de costumbre, el efecto sorpresa sería su arma primordial. Iba a necesitarla, pues la operación se desarrollaría demasiado cerca de la organización militar más eficiente y peligrosa del Reino Unido. Las distancias marcarían el factor tiempo. Probablemente cuarenta minutos afuera y treinta adentro. Quince hombres, los mejores. Los demás recursos se podían conseguir con dinero, pensó Grady, aparcado en el estacionamiento del hospital. Sí, el plan funcionaría. Sólo faltaba definir si lo harían de día o de noche. Casi siempre se elegían las horas nocturnas, pero Grady había aprendido con sangre que los comandos antiterroristas amaban la noche, porque sus equipos de visión nocturna igualaban todas las horas del día en sentido táctico... y los terroristas no estaban bien preparados para operar en la oscuridad. Ésa había sido la gran ventaja de la policía en Berna, Viena y el Parque Mundial. Entonces, ¿por qué no intentarlo a plena luz del día? se preguntó. Tendría que discutirlo con sus amigos. Encendió el motor para regresar a Gatwick.

—Sí, lo vengo pensando desde que Jeff me mostró las fotos —dijo el mozo del bar. Se llamaba Bob Johnson. Vestía su uniforme nocturno: camisa blanca, pantalón negro y corbata de lazo.

—¿Conoce a esta mujer?

—Sí —asintió—. Mary Bannister. La otra es Anne Pretloe. Eran clientas regulares. Parecían agradables. Bailaban y coqueteaban con los hombres. Este lugar se pone muy movido por la noche, especialmente los fines de semana. Solían venir a eso de las ocho e irse a las once, once treinta.

—¿Solos?

—¿Cuando se iban? La mayoría de las veces, pero no siempre. A Annie le gustaba un tipo. Se llama Hank, no sé el apellido. Blanco, cabello cobrizo, ojos pardos, aproximadamente mi estatura, un poquito panzón, pero no excedido de peso. Creo que es abogado. Probablemente venga esta noche. Viene siempre. También había otro tipo... tal vez la

última vez que la vi por aquí... ¿cómo carajo se llamaba? —Johnson clavó la vista en la barra—. Kurt, Kirk, algo por el estilo. Ahora que lo pienso, también la vi a Mary bailando con él, una o dos veces. Un tipo blanco, alto, bien parecido, hace tiempo que no lo veo, le gustaba el Jim Beam, dejaba buenas propinas —Los mozos de los bares siempre recuerdan el monto de las propinas—. Era cazador.

—¿Cómo? —preguntó el agente Sullivan.

—Cazador de chicas, viejo. Para eso vienen los tipos a lugares como éste, ¿acaso no lo sabían?

Ese muchacho era un regalo de Dios, pensaron al unísono Sullivan y Chatham.

—¿Pero hace tiempo que no lo ve?

—¿A Kurt? No, un par de semanas por lo menos, tal vez más.

—¿Existe alguna posibilidad de que nos ayude a formarnos una imagen más certera?

—¿Un identikit, como los que salen en los diarios? —les preguntó Johnson.

—Precisamente —confirmó Chatham.

—Supongo que puedo intentarlo. Algunas de las chicas que vienen regularmente también podrían conocerlo. Creo que Marissa lo conoció. Es habitué, viene casi todas las noches, se aparece a eso de las siete, siete treinta.

—Supongo que vamos a quedarnos un rato —pensó Sullivan en voz alta, mirando su reloj.

Era medianoche en Mildenhall. Malloy abandonó la rampa en su Night Hawk y puso rumbo a Hereford. Sentía los controles tan ajustados y sensibles como siempre, y la nueva pieza funcionaba. Había resultado ser un calibrador de combustible digital que indicaba con números (en reemplazo de la tradicional aguja) la cantidad de combustible en existencia. No era mala idea en opinión de Malloy. La noche era relativamente clara, algo bastante inusual en esa parte del mundo, pero sin luna. Por eso llevaba puestos sus anteojos de visión nocturna. Estos transformaban la oscuridad en un crepúsculo verdoso y, aunque reducían la agudeza visual de 20/20 a aproximadamente 20/40, eso era mucho mejor que andar a ciegas en la oscuridad. Mantuvo el helicóptero a trescientos pies de altura para evitar los postes de energía eléctrica (terror de todos los pilotos experimentados). No llevaba pasajeros, sólo al sargento Nance, quien todavía portaba su pistola para fortalecer su ánimo guerrero... los soldados de operaciones especiales estaban autorizados a portar armas, incluso aquellos que tenían pocas probabilidades de usarlas. Malloy guardaba su Beretta M9 en su uniforme de vuelo (la pistolera colgada del hombro le parecía melodramática, especialmente para un *marine* como él).

—Helicóptero en la pista del hospital —dijo el teniente Harrison,

viéndolo apenas giraron hacia la base—. Rotor encendido y luces parpadeantes.

—Lo tengo —confirmó Malloy. No se chocarían, ni aunque el piloto despegara en ese preciso momento—. Nada más a nuestro nivel —agregó, chequeando posibles luces de aviones a punto de despegar y/o aterrizar en Heathrow y Luton. Uno jamás dejaba de verificar esas cosas si tenía intenciones de seguir vivo. Si llegaba a comandar el VHM-1 en la Estación Aérea Naval de Anacostia, el tráfico del Aeropuerto Nacional Reagan lo obligaría a volar rutinariamente a través de un espacio aéreo superpoblado... y aunque respetaba a los pilotos de aerolíneas comerciales, confiaba menos en ellos que en su propia capacidad. Para ganarse la vida como piloto uno debía creerse el mejor, aunque en el caso de Malloy era cierto. Y ese chico Harrison era toda una promesa... siempre que conservara el uniforme. Finalmente, la pista de aterrizaje de Hereford apareció ante sus ojos. Dentro de cinco minutos tocaría tierra, y veinte minutos después, aterrizaría en su cama.

—Sí, lo hará —dijo Popov. Estaban en la mesa del rincón y la estridente música de fondo les permitía hablar con libertad—. Todavía no lo confirmé, pero lo hará.

—¿Quién es? —preguntó Henriksen.

—Sean Grady. ¿Le suena el nombre?

—PIRA... trabajó principalmente en Londonderry, ¿no?

—Sí. Capturó a tres hombres del SAS y... los eliminó. Dos atentados distintos. El SAS lo tuvo como blanco en tres misiones. En una de esas ocasiones estuvieron a punto de atraparlo y mataron a diez de sus compañeros más cercanos. A raíz de eso, Grady limpió a varios sospechosos de informantes dentro de su unidad. Es absolutamente despiadado —concluyó Popov.

—Es cierto —le aseguró Henriksen a Brightling—. Recuerdo haber leído lo que le hizo al tipo del SAS. No fue nada lindo. Grady es un perverso rufián. ¿Cuenta con la gente necesaria para encarar este operativo?

—Creo que sí —replicó Popov—. Y nos apretó con el dinero. Le ofrecí cinco y exigió seis, más drogas.

—¿Drogas? —se sorprendió Henriksen.

—Un momento, yo creía que el IRA no aprobaba el narcotráfico —objetó Brightling.

—Vivimos en un mundo práctico. El IRA luchó durante años para eliminar a los traficantes de drogas del territorio irlandés... principalmente voladuras de rótula para que la acción tomara estado público permanente. Fue una movida psicológica y política de su parte. Tal vez ahora necesita una fuente de ingresos permanente para proseguir con sus operaciones —les explicó Dimitri. La moral del tema no parecía importarle a nadie.

—Sí, bueno, supongo que podemos satisfacer ese pedido —dijo

Brightling con cierto grado de disgusto—. ¿Voladura de rótula? ¿Qué significa eso?

—Tomas una pistola —explicó Bill—, colocas el caño detrás de la rodilla y disparas. El disparo hace volar la rótula en pedazos. Es muy doloroso y te deja inválido para siempre. Eso les hacían a los informantes y a otros individuos que no les agradaban. Los terroristas protestantes preferían utilizar un taladro Black and Decker para el mismo propósito. De ese modo, todo el mundo se entera de que no conviene jugar contigo —concluyó Henriksen.

—Caramba —comentó el médico que había en Brightling.

—Por eso se los llama terroristas —señaló Henriksen—. Ahora, directamente los matan. Grady tiene fama de despiadado, ¿no es cierto?

—Sí, la tiene —confirmó Popov—. No tengo dudas de que aceptará esta misión. Le gustan el concepto y sus posibles resultados, Bill. Tampoco olvidemos su ego, que es bien grande —Bebió un sorbo de vino—. Quiere liderar políticamente al IRA, y para eso necesita hacer algo espectacular.

—Irlanda... tierra de amores desdichados y guerras dichosas.

—¿Tendrá éxito? —preguntó Brightling.

—El concepto es bueno. Pero recuerde que, para Grady, tener éxito implica la eliminación de los blancos primarios —las dos mujeres— y de algunos soldados. Una vez logrado eso se retirará del área e intentará regresar a Irlanda y a la seguridad. El mero hecho de sobrevivir a una operación de esta índole es éxito suficiente para sus propósitos políticos. Pelear hasta el fin sería una locura, y Grady no está loco —dijo Dimitri, dudando de sus propias palabras. ¿Acaso todos los revolucionarios no estaban locos? Era difícil entender a unos tipos que dejaban que sus ideas controlaran sus vidas. Los que triunfaban —Lenin, Mao y Gandhi en este siglo— eran los que usaban eficazmente sus ideas, por supuesto. Pero aun así, ¿cuál de los tres había triunfado en realidad? La Unión Soviética había desaparecido, la República Popular China sucumbiría eventualmente a la misma realidad político-económica que había destruido a la URSS, e India seguía siendo un desastre económico que de alguna manera se las ingeniaba para sobrevivir en su estancamiento. De acuerdo a ese modelo, Irlanda estaría más sojuzgada por un eventual triunfo del IRA que por su matrimonio económico con Gran Bretaña. Cuba, por lo menos, tenía el sol del trópico para calentarse. Para sobrevivir sin recursos naturales, Irlanda necesitaba un fuerte vínculo económico con otro país, y el Reino Unido era el que estaba más cerca. Pero esa disquisición excedía el tema que los había reunido allí.

—Entonces, usted espera que Grady “toque y se vaya” —insinuó Bill.

Dimitri asintió.

—Es la única táctica lógica. Espera vivir lo suficiente para poder utilizar el dinero que le ofrecimos. Suponiendo que ustedes aprueben el aumento requerido.

—¿Qué importa un millón más o menos? —preguntó Henriksen con una sonrisita velada.

Entonces, para ambos es una suma trivial, comprobó Popov, enfrentándose una vez más a la evidencia de que estaban planeando algo monstruoso... ¿pero qué?

—¿Cómo lo quieren? ¿En efectivo? —preguntó Brightling.

—No, les dije que lo depositaríamos en una cuenta numerada en Suiza. Yo puedo ocuparme.

—Ya tengo suficiente dinero lavado —le dijo Bill a su empleador—. Podríamos depositarlo mañana mismo si le parece.

—Eso significa que debo volver a Suiza —se quejó Popov.

—¿Está cansado de volar?

—He viajado mucho, Dr. Brightling —Popov suspiró sin disimulo. Estaba agotado de tantos vuelos y por una vez se permitió demostrarlo.

—John.

—John —asintió Popov, viendo por primera vez un rasgo de afecto en su jefe.

—Comprendo, Dimitri —dijo Henriksen—. El viaje a Australia fue una patada en el estómago para mí.

—¿Cómo fue crecer en Rusia? —preguntó Brightling.

—Más duro que en Estados Unidos. Había más violencia en las escuelas. Crímenes graves no —explicó Popov—, pero sí terribles peleas entre los niños. Peleas por el poder. Las autoridades solían hacer la vista gorda.

—¿Dónde se educó usted?

—En Moscú. Mi padre también era oficial de Seguridad Estatal. Yo estudié en la Universidad Estatal de Moscú.

—¿Qué carrera?

—Idiomas y economía —La primera le había sido sumamente útil. La segunda, perfectamente inútil, ya que la idea marxista de la economía no resultó eficaz.

—¿Alguna vez salió de la ciudad? Ya sabe, como los boy scouts...

Popov sonrió, preguntándose en qué terminaría el interrogatorio y por qué lo estaban haciendo. Pero les siguió el juego.

—Es uno de los recuerdos más felices de mi infancia. Yo estaba con los Jóvenes Pioneros. Fuimos a una granja estatal y trabajamos allí durante un mes, ayudando con la cosecha, viviendo con la naturaleza, como dicen ustedes los estadounidenses —y luego, a los catorce años, había conocido a su primer amor, Yelena Ivanovna. Se preguntó dónde estaría ahora. Sucumbió a un breve ataque de nostalgia al recordar su piel en la oscuridad, su primera conquista...

Brightling notó la sonrisa distante y la tomó por lo que era.

—Le gustaba, ¿no?

Evidentemente no querían escuchar esa historia.

—Oh, sí. Muchas veces me he preguntado cómo sería vivir en un lugar como ése, con el sol en la espalda todo el tiempo, labrando la tierra. Mi padre y yo salíamos a caminar por el bosque, buscábamos

hongos... ése era el pasatiempo de muchos ciudadanos soviéticos en los sesenta: pasear por el bosque —a diferencia de la mayoría de los rusos, ellos llegaban en el automóvil oficial de su padre, pero al niño Popov le gustaba el bosque como lugar de aventura y romanticismo, como a todos los niños, y también disfrutaba la compañía de su padre.

—¿Juegan a algo en el bosque? —preguntó Henriksen.

—Observamos pájaros, por supuesto, los hay de muchas clases, y ocasionalmente renos... pero hay muy pocos. Los cazadores del estado los matan permanentemente. Los lobos son su blanco principal. Los cazan desde los helicópteros. A los rusos no nos gustan los lobos como a ustedes en Estados Unidos. Hay demasiados cuentos populares de lobos rabiosos asesinos, saben. En su mayor parte ficticios, espero.

Brightling asintió.

—Eso creo yo. Los lobos son sólo perros salvajes, si uno quiere puede entrenarlos como mascotas. Alguna gente lo hace.

—Me gustan los lobos —agregó Bill. Más de una vez había pensado en tener uno como mascota, pero para eso se necesitaba mucho terreno. Tal vez cuando el proyecto llegara a su fin.

¿Qué diablos era todo eso? se preguntó Dimitri, siguiendo el juego sin vacilar.

—Siempre quise ver un oso, pero ya no quedan en el área de Moscú. Sólo pude verlos en el zoológico. Yo adoraba a los osos —agregó, mintiendo. Siempre le habían dado miedo. En Rusia se contaban terribles historias de osos, aunque no tan antinaturales como las de lobos. ¿Perros grandes? Los lobos *mataban* gente en las estepas. Granjeros y campesinos los detestaban y aprobaban a los cazadores estatales con sus ametralladoras y sus helicópteros. Era la mejor manera de acabar con ellos.

—Bueno, John y yo somos amantes de la naturaleza —explicó Bill, pidiéndole otra botella de vino al mozo—. Siempre lo hemos sido. Desde nuestras épocas de boy-scouts... como sus Jóvenes Pioneros, imagino.

—El Estado soviético no era amable con la naturaleza. Mucho peor que los problemas que han tenido ustedes en Estados Unidos. Los estadounidenses vinieron a Rusia a comprobar el daño y sugerir soluciones al problema de la polución y otros similares —especialmente en el Mar Caspio, donde la contaminación había matado la mayor parte de los esturiones, y con ellos los huevos de pez mundialmente conocidos como caviar: uno de los grandes medios de conseguir moneda extranjera en la Unión Soviética.

—Sí, ése fue un acto criminal —dijo sobriamente Brightling—. Pero es un problema global. La gente no respeta a la naturaleza como debiera —Brightling siguió hablando unos minutos y Popov escuchó cortésmente su pequeña conferencia “en lata.”

—El movimiento ecologista tiene gran injerencia política en Estados Unidos, ¿no?

—No tanta como muchos quisieran —observó Bill—. Pero es importante para algunos de nosotros.

—Un movimiento así sería muy útil en Rusia. Es una verdadera lástima que se haya destruido tanto sin propósito alguno —respondió Popov. Y en cierto sentido lo creía así. El Estado debía conservar sus recursos para explotarlos apropiadamente, y no simplemente destruirlos porque los imbéciles políticos de turno no sabían darles uso. Pero la URSS había sido tan horriblemente ineficaz en todo lo que hacía... bueno, excepto en cuestiones de espionaje, se corrigió Popov. Estados Unidos la había hecho bien. Sus ciudades eran mucho más limpias que las rusas, incluso la mismísima Nueva York, y uno podía encontrar campos verdes y granjas prolijamente productivas a una hora en auto de cualquier ciudad estadounidense. Pero la gran pregunta era: ¿por qué una conversación iniciada con la discusión de un atentado terrorista había derivado en eso? ¿Él había hecho algo para provocarlo? No, su empleador había virado abruptamente el timón en esa dirección. Y no por casualidad. Eso significaba que lo estaban sondeando... ¿pero sobre qué? ¿Sobre la naturaleza? Bebió un sorbo de vino y observó a sus compañeros de mesa—. Saben, jamás tuve ocasión de conocer Estados Unidos. Me gustaría mucho ver los parques nacionales. ¿Cómo se llama el de los géiseres? ¿Goldstone o algo así?

—Yellowstone, en Wyoming. Probablemente el lugar más bello de Estados Unidos —dijo Henriksen.

—No, Yosemite —contraatacó Brightling—. En California. Es el valle más hermoso del mundo entero. Actualmente plagado de turistas, por supuesto. Pero ya cambiarán las cosas.

—Lo mismo pasa en Yellowstone, John, y sí, ya cambiarán las cosas. Algún día —concluyó Bill Henriksen.

Parecían estar seguros de que las cosas cambiarían. Pero los parques nacionales de Estados Unidos eran jurisdicción del gobierno y estaban abiertos a todos los ciudadanos, ¿verdad? Así debía ser, porque se sostenían con los impuestos. Nada de acceso limitado a una elite. Igualdad para todos... tal como le habían enseñado en las escuelas soviéticas, salvo que aquí la ponían en práctica. Otra razón más, pensó Dimitri, para comprender la caída de un país y el fortalecimiento del otro.

—¿Cómo que “ya cambiarán las cosas”? —preguntó Popov.

—Oh, la idea es disminuir el impacto humano en esas áreas. Es una buena idea, pero primero tienen que pasar otras cosas —replicó Brightling.

—Sí, John, tan sólo un par de cosas —acotó Henriksen con una sonrisa. Luego decidió que el proceso indagatorio se había prolongado demasiado—. Y bien, Dimitri, ¿cómo nos enteraremos cuando Grady decida actuar?

—Yo lo llamaré. Me dejó un número de teléfono celular que puedo usar a ciertas horas del día.

—Es un alma confiada y crédula.

—En lo que a mí respecta, sí. Somos amigos desde la década del '80, cuando él estuvo en el Valle del Bekaa. Y además es un teléfono celular probablemente comprado con una tarjeta de crédito falsa por

alguna otra persona. Esos aparatitos les son muy útiles a los agentes de inteligencia. Son difíciles de rastrear, a menos que uno tenga un equipo muy sofisticado. Estados Unidos los tiene, e Inglaterra también, pero los demás países no.

—Bueno, llámelo en cuanto le parezca apropiado hacerlo. Queremos que esto corra rápido, ¿no es cierto, John?

—Sí —afirmó el Dr. Brightling—. Bill, prepara el dinero para la transferencia mañana mismo. Dimitri, abra la cuenta bancaria en Suiza.

—Sí, John —replicó Popov cuando el postre se acercaba a la mesa.

Grady estaba entusiasmado con la misión. Eran casi las dos de la mañana en Dublín. Un amigo del movimiento había revelado las fotos (se habían velado sólo seis). Las más grandes colgaban de la pared. Las más pequeñas estaban colocadas en lugares específicos sobre un mapa desplegado encima de la mesa de trabajo.

—Llegarán por aquí, por este camino. Sólo tienen un lugar donde estacionar sus vehículos, ¿verdad?

—Así es —dijo Rodney Sands, verificando los ángulos.

—OK, Roddy, entonces haremos esto... —Grady delineó el plan.

—¿Cómo nos comunicamos?

—Por teléfono celular. Cada grupo tendrá uno y seleccionaremos programas de discado veloz para intercambiar información rápida y eficazmente.

—¿Armas? —preguntó Danny McCorley.

—Tenemos a montones, nene. Ellos responderán con cinco hombres, tal vez con diez, pero no más. Jamás desplegaron más de diez u once hombres en una misión, ni siquiera en España. Los contamos en los videos de TV, ¿no? Quince de nosotros, diez de ellos, y el efecto sorpresa a favor nuestro en ambas fases.

Los mellizos Barry, Peter y Sam, se mostraron escépticos en un principio, pero si se movían rápido... y según lo planeado... sí, era posible.

—¿Y las mujeres? —preguntó Timothy O'Neil.

—¿Qué pasa con ellas? —saltó Grady—. Son nuestros blancos primarios.

—Una mujer embarazada, Sean... no quedará bien políticamente.

—Son estadounidenses, y sus maridos son nuestros enemigos, y ellas son el cebo que los sacaré de sus guaridas. No las mataremos en el acto, y si las circunstancias lo permiten podríamos dejarlas vivas para que lloren a sus hombres muertos, nene —agregó Grady, sólo para aliviar la conciencia del joven. Timmy no era cobarde, pero padecía de sentimentalismo burgués.

O'Neil asintió, sumiso. No convenía enojar a Grady, y además era el jefe.

—¿Yo lidero el grupo del hospital entonces?

Grady asintió.

—Sí. Roddy y yo nos quedaremos afuera con el grupo de refuerzo.

—Muy bien, Sean —murmuró Timmy, comprometiéndose con la misión desde ahora y para siempre.

CAPÍTULO 26

CONCLUSIONES

Uno de los problemas de esa clase de investigación era que se corría el riesgo de alertar al sujeto, cosa que no siempre podía evitarse. Los agentes Sullivan y Chatham circularon por el bar hasta la medianoche y encontraron a dos mujeres que conocían a Mary Bannister y a una que conocía a Anne Pretloe. En el primer caso, les dieron el nombre de un tipo con el que habían visto bailar a Bannister... un habitué del bar que esa noche no había ido, pero cuya dirección obtendrían rápidamente a partir de su número telefónico (conocido, evidentemente, por casi todas las mujeres presentes). Pasada la medianoche decidieron marcharse, un poco molestos por haber estado tanto tiempo en un bar tan movido bebiendo Coca-Cola, pero con nuevas pistas para seguir. Hasta el momento era un caso típico. El agente especial Sullivan decidió que lo era mientras recorría el supermercado en busca de algo para comer. Siempre elegía los productos al azar, sin saber cómo resultarían una vez cocinados.

—Buen día, nena —dijo Ding antes de levantarse de la cama, iniciando (como de costumbre) su día con un beso.

—Hola, Ding —Patsy intentó darse vuelta, pero era difícil, casi tan difícil como dormir boca arriba. Apenas podía moverse con su vientre enorme. No veía el momento de que naciera, a pesar de los dolores del parto. Sintió la mano de Ding sobre la piel estirada de lo que otrora había sido un abdomen chato y musculoso.

—¿Cómo anda mi muchachito?

—Despertándose, parece —respondió Patsy con una sonrisa lejana, preguntándose qué aspecto tendría su hijo. O hija. Ding estaba convencido de que sería varón. Aparentemente no estaba dispuesto a aceptar otra posibilidad. Tal vez fuera un rasgo latino. Como médica, ella pensaba otra cosa. Fuera lo que fuese, sería sano. No había dejado de moverse desde que sintió el primer “blup” (así lo llamaba ella) a los tres meses de embarazo—. Ahí lo tienes —informó cuando el bebé se dio vuelta en el mar de líquido amniótico.

Domingo Chávez lo sintió en la palma de la mano, sonrió, y se inclinó para besar nuevamente a su esposa antes de ir a ducharse.

—Te amo, Pats —dijo, camino al baño. Como de costumbre, el

mundo era tal como debía ser. Echó un vistazo al cuarto de su hijo, con las paredes cubiertas de conejitos y la cuna lista para ser ocupada. Pronto, se dijo. En cualquier momento, había dicho la obstetra (acotando, sin embargo, que los primogénitos solían retrasarse un poco). Quince minutos después caminaba hacia la puerta, luego de haber tomado un café solo, ya que no le gustaba desayunar antes de las prácticas. Como de costumbre, fue en auto hasta el edificio del Comando 2. Los demás estaban llegando.

—Hola, Eddie —saludó Chávez.

—Buen día, mayor —respondió Price. Cinco minutos más tarde, el comando se hallaba al aire libre. Esa mañana, la rutina fue liderada por el sargento Mike Pierce: quince minutos de ejercicios de estiramiento y endurecimiento y luego a correr.

—Los que saltan de un avión —empezó Price, y el resto del equipo coreó:

—¡Tienen cerebros de cartón!

El cantito tradicional tenía una lógica perfecta en opinión de Chávez, quien había estado en la Escuela de Pilotos de Fort Benning, pero no en la Escuela de Salto. Era mucho mejor pelear la batalla desde el helicóptero que ser una mancha en el suelo, un blanco perfecto para los delincuentes, imposibilitado de disparar para defenderse. La sola idea lo aterraba. Pero era el único integrante del Comando 2 que jamás había saltado. Era extraño que jamás hubiera escuchado a sus hombres bromear al respecto, pensó al pasar el mojón de la primera milla. Pierce era un corredor dotado y estaba imponiendo un ritmo velocísimo, tal vez con la esperanza de que alguno abandonara. Pero nadie lo haría, eso lo sabían todos. En casa, pensó Ding, Patsy se estaría preparando para ir a trabajar a la sala de emergencias del hospital. Por el momento parecía querer especializarse en emergencias, para lo cual necesitaría un certificado quirúrgico habilitante. Era gracioso que todavía no hubiera elegido su especialidad. Ciertamente tenía cerebro para hacer casi cualquier cosa, y perfectas manos de cirujana. Le gustaba demostrar su destreza manual levantando complicados castillos de naipes, y en los últimos meses se había vuelto una experta en trucos de magia. Ella le enseñaba lo que hacía y cómo lo hacía, pero ni siquiera estando cerca lograba ver cuándo lo hacía, cosa que lo asombraba y enojaba un poco. Sus nervios de control motriz deben ser increíbles, pensó Ding orgulloso, entrando en la tercera milla de la carrera. Ahí empezaba uno a sentirlo, porque en la tercera milla las piernas ya estaban convencidas de haber cumplido con creces su deber y pretendían aminorar la marcha. Por lo menos eso le pasaba a Ding. Dos miembros del comando corrían maratones —Loiselle y Weber, el más bajo y el más alto del equipo respectivamente— y, hasta donde él sabía, *jamás* se cansaban. Especialmente el alemán, graduado en la escuela montañesa de guerra Bundeswehr y poseedor de la placa Bergermeister, era el hijo de puta más recio que había conocido en su vida. Y Loiselle era como un maldito conejo enano, se movía con gracia e invisible poder.

Diez minutos más, pensó Chávez. Sus piernas empezaban a quejarse pero, decidido a no demostrarlo, su rostro adoptó una expresión calma y determinada, casi de aburrimiento. El Comando 1 también estaba corriendo en el andarivel opuesto de la senda. Afortunadamente, no se les daba por jugar carreras. Registraban los tiempos, por supuesto, pero la competencia directa los hubiera forzado a un régimen destructivo y productor de lesiones... y ya era bastante con las del entrenamiento de rutina, aunque por el momento el Comando 2 estaba en perfectas condiciones de emprender cualquier misión.

—¡Compañía... tiempo, march! —gritó finalmente Price. Los soldados se detuvieron cincuenta metros más allá.

—Bueno, muchachos, buen día. Espero que hayan disfrutado despertar a otro día de proteger al mundo contra los muchachos malos —les dijo Price, con el rostro sonriente cubierto de sudor—. Mayor Chávez —dijo luego, regresando a su puesto habitual en la hilera.

—OK, caballeros, fue un buen entrenamiento. Gracias por liderar la carrera esta mañana, sargento Pierce. Duchas y desayuno, soldados. Dispérsense —Obedeciendo la orden, las cuatro hileras de cinco se desintegraron y los hombres enfilaron hacia el edificio para ducharse. Algunos trabajaron un poco más las piernas y los brazos. Las endorfinas tenían mucho que ver en eso: producían el llamado “high” del corredor, un exceso de energía que posteriormente se traducía en una deliciosa sensación de bienestar que les duraría el resto de la mañana. Otros ya se habían puesto a conversar sobre cosas diversas, profesionales y de las otras.

El desayuno inglés se parecía mucho al estadounidense: tocino, huevos, tostadas, café —té inglés para algunos—, combustible para el día que los esperaba. Algunos comían poco y otros mucho, según el metabolismo de cada uno. Ya se habían puesto el uniforme y estaban listos para ir a sus escritorios. Tim Noonan les daría una conferencia sobre seguridad en las comunicaciones. Las nuevas radios de E-Systems no necesitaban presentación, pero Noonan quería que supieran lo más posible sobre ellas, incluyendo el funcionamiento de los sistemas de encriptado. Gracias a esos aparatos los miembros del comando podrían comunicarse libremente y todo el que intentara interferirlos sólo escucharía el siseo de la estática. Eso no era nada nuevo, en realidad, pero las nuevas radios portátiles (con sus auriculares y sus minúsculos micrófonos directos a la boca) implicaban un gran adelanto técnico, según Noonan. Luego Bill Tawney les informaría las novedades de inteligencia e investigación sobre sus tres misiones cumplidas. Después irían al polígono de tiro para afinar la puntería, pero ese día no habría ejercicios con blancos. En cambio practicarían despliegues con soga larga desde el helicóptero de Malloy.

Prometía ser un día pleno, aunque rutinario, para el comando Rainbow. Chávez estuvo a punto de sumar el calificativo “aburrido” a la descripción, pero sabía que John se esforzaba por variar la rutina diaria y que, además, había que practicar los básicos porque, bueno, eran

básicos para hacer bien el trabajo, y eran las cosas a las que uno apela-
ba cuando la situación táctica se venía abajo y no había tiempo para
pensar qué hacer. Llegado este momento, cada miembro del Comando 2
sabía cómo pensaban los demás y, debido a esto, cuando el teatro de
operaciones difería de la inteligencia táctica recibida sus hombres se
adaptaban perfectamente, a veces sin decir palabra, como si se comuni-
caran por telepatía. Ésa era la recompensa del entrenamiento intensi-
vo e intelectualmente aburrido. Los Comandos 1 y 2 se habían transfor-
mado en organismos vivos y pensantes cuyas partes actuaban apropia-
damente... y de manera automática. Si lo pensaba, le parecía notable...
pero mientras se entrenaban era tan natural como respirar. Como Mike
Pierce saltando sobre el escritorio en el Parque Mundial. Eso no era
parte del régimen de entrenamiento pero igual lo hizo, y a la perfec-
ción, y el único error fue que su primer disparo no dio en la cabeza del
sujeto sino en la espalda (produciendo, no obstante, heridas fatales),
seguido por un segundo disparo que sí le voló la cabeza. Buum. Y los
otros miembros del comando confiaron en que Price cubriera su sector y
luego los ayudara. Como los dedos de una mano, pensó Chávez, capaces
de cerrarse en un puño mortífero, pero también capaces de moverse por
separado, porque cada dedo tenía cerebro propio. Y eran sus hombres.
Y eso era lo mejor de todo.

Conseguir armas era lo más fácil. A los extraños les parecía cómi-
co: los irlandeses hacían con las armas lo que las ardillas con las nue-
ces, siempre las estaban almacenando y muchas veces olvidaban para
qué. Durante una generación, la gente había enviado armas al IRA y el
IRA las había aceptado, enterrándolas para el glorioso momento en que
la nación irlandesa en pleno se decidiera a enfrentar a los ingleses in-
vasores y los expulsara para siempre del sagrado suelo de Irlanda... o
algo por el estilo, pensó Grady. Él mismo había enterrado más de tres
mil armas, en su mayor parte rifles de asalto AKMS de fabricación rusa,
como los que tenía en la granja familiar de Tipperary. Había enterrado
las armas cuarenta metros al oeste de un inmenso roble, sobre la colina
próxima a la casa, y a dos metros de profundidad (el pozo era lo sufi-
cientemente profundo para que los tractores no las estropearan o de-
senterraran accidentalmente, y lo suficientemente superficial para que
ellos pudieran rescatarlas en una hora con sus palas). Eran cien rifles,
entregados en 1984 por un alma servicial que había conocido en Líba-
no, y veinte cargadores plásticos pre-cargados por rifle. Los habían co-
locado en cajas, envolviendo armas y municiones en papel engrasado
(como hacían los rusos) para protegerlas de la humedad. Grady com-
probó que la mayoría de los envoltorios estaban intactos. Seleccionó
veinte armas: les arrancó el papel para verificar posibles efectos de óxi-
do o corrosión y probó los mecanismos. En todos los casos la grasa esta-
ba intacta, tal como cuando habían salido de la fábrica en Kazan. Los
AKMS eran la versión actualizada de los AK-47, y éstos eran además

plegables y mucho más fáciles de ocultar. Y, por si fuera poco, sus hombres se habían entrenado con esa arma en Líbano. Era fácil de usar, confiable y ocultable. Estas características la volvían perfecta para la misión en ciernes. Cargó las quince que había elegido, junto con trescientos cartuchos de treinta, en la caja del camión. Ya era hora de rellenar el pozo. Tres horas después, el camión iba camino a otra granja, esta vez en la costa de Cork, donde vivía un granjero que tenía un singular pacto con Sean Grady.

Sullivan y Chatham llegaron a la oficina antes de las siete de la mañana, luego de haber superado los embotellamientos y encontrado un lugar decente para estacionar. La primera orden del día era utilizar una grilla computarizada para rastrear nombres y direcciones a partir de los números telefónicos. Fue un proceso rápido. Luego tendrían que encontrar a los tres hombres que supuestamente conocían a Mary Bannister y Anne Pretloe y entrevistarlos. Era posible que uno de ellos fuera asesino serial o secuestrador. En el primer caso, probablemente sería un criminal muy inteligente y circunspecto. Un asesino serial era un cazador de seres humanos. Los más astutos actuaban con la disciplina de un soldado: seguían a sus víctimas, discernían sus hábitos y debilidades, y luego las atrapaban para entretenerse un rato... hasta que se acababa la diversión y llegaba el momento de matarlas. Los aspectos homicidas de las actividades de un asesino serial no entraban, estrictamente hablando, en la jurisdicción del FBI. Pero el rapto sí, siempre que el asesino trasladara a su víctima de un estado a otro, y dado que había un límite interestatal a poca distancia de Manhattan, los agentes estaban autorizados a proceder. Tendrían que formular sus preguntas con extrema cautela y recordar que el asesino serial casi siempre tenía un disfraz elegante para ganar la confianza de sus víctimas. Solía ser un hombre amable, incluso apuesto, amistoso y absolutamente inofensivo... hasta que era demasiado tarde y la víctima estaba condenada. Ambos agentes sabían que se enfrentaban al más peligroso de los criminales.

La Sujeto F4 progresaba rápidamente. Ni el Interferon ni el Interleukin-3a habían afectado las cepas de Shiva, que se reproducían con gusto y atacaban su hígado con feroz rapacidad. Lo mismo ocurría con su páncreas, cuya desintegración progresiva había provocado una grave hemorragia interna. Raro, pensó el Dr. Killgore. Shiva había tardado en afirmarse, pero una vez desatado comenzó a devorar el cuerpo de la joven con la gula de un glotón de fiesta. A Mary Bannister le quedaban cinco días de vida como mucho, decidió.

M7, Chip Smitton, estaba un poco mejor. Su sistema inmunitario se defendía a brazo partido, pero Shiva era demasiado maligno para él

y, aunque trabajaba más lentamente que en F4, el destino de Smitton era igualmente inexorable.

F5, Anne Pretloe, pertenecía al extremo privilegiado del espectro genético. Killgore se había tomado la molestia de rescatar la historia clínica de todos los sujetos. Bannister tenía antecedentes de cáncer familiar: su madre y su abuela habían fallecido de cáncer de mama y Shiva la estaba devorando rápidamente. ¿Tal vez habría cierta correlación entre la vulnerabilidad al cáncer y las enfermedades infecciosas? ¿Eso indicaría que el cáncer era fundamentalmente una enfermedad del sistema inmunológico, como sospechaban muchos médicos y científicos? Si trataba el tema en un artículo para el *New England Journal of Medicine* probablemente obtendría mayor reconocimiento dentro de su comunidad... pero no tenía tiempo y, además, cuando por fin lo publicarían quedarían muy pocos para leerlo. Bueno, podrían hablarlo en Kansas... porque allí seguirían practicando la medicina y trabajando en el Proyecto Inmortalidad. La mayoría de los mejores investigadores médicos de Horizon no formaban parte del proyecto, pero *no podían* matarlos, ¿verdad? Y así, como tantos otros, se verían beneficiados por la generosidad del proyecto. Dejarían vivir a más gente de la necesaria... ah, claro, necesitaban diversidad genética, ¿y por qué no elegir personas inteligentes que eventualmente comprenderían los alcances del proyecto? Y aunque no los comprendieran, ¿qué otra opción tendrían... salvo vivir? Todos estaban destinados a recibir la vacuna B que Steve Berg había desarrollado a la par de la letal variante A. En cualquier caso, su especulación tenía valor científico... aunque fuera particularmente inútil para los sujetos de experimentación que llenaban todos los cuartos disponibles del área de tratamiento. Killgore recogió sus notas e inició el recorrido habitual.

Sólo la tremenda dosis de morfina hacía tolerable la vida para Mary Bannister (dosis que bastaría para matar a una persona sana y hubiera hecho las delicias del drogadicto intravenoso más avezado).

—¿Cómo se siente esta mañana? —le preguntó alegremente.

—Cansada... débil... dolorida —replicó la paciente.

—¿Cómo anda el dolor, Mary?

—Sigue ahí, pero no tan fuerte... principalmente en el estómago —Su rostro estaba mortalmente pálido por la hemorragia interna y las petequias sobresalían lo suficiente para prohibirle el uso del espejo... a menos que uno quisiera matarla del susto. Todos querían que los sujetos murieran cómodamente. De ese modo sería menos complicado para todos... Sin embargo, no se trataba con tanta amabilidad a otros sujetos experimentales, pensó Killgore. Era injusto, pero práctico. Los animales inferiores que habían usado en sus experimentos no tenía la capacidad de crear problemas, y tampoco contaban con información fehaciente para medicarlos contra el dolor. Tal vez se ocuparía de eso en Kansas. Sería la manera más digna de usar sus conocimientos, pensó, aumentando apenas el dosaje de morfina de F4... lo suficiente para... sí, para que perdiera la conciencia. Killgore mostraba por ella una piedad que

hubiera preferido dedicar a los monos rhesus. ¿Harían experimentos con animales en Kansas? Eso traería dificultades prácticas. Trasladar los animales a los laboratorios sería muy difícil sin servicios internacionales de cargamento aéreo. Y, además, estaba la cuestión estética. Varios miembros del proyecto no lo aprobarían, y tendrían razón. Pero, maldita sea, era *difícil* desarrollar drogas y modalidades de tratamiento sin *algunos* experimentos con animales. Sí, pensó Killgore, saliendo de la habitación, aunque fuera duro para la conciencia, el progreso científico tenía su precio... y ellos *estaban salvando* literalmente a millones de animales, ¿verdad? Se habían necesitado miles para crear a Shiva y nadie puso objeciones. Otro tema para discutir con el equipo, pensó tranquilamente. Entró al cuarto de M7.

—¿Cómo nos sentimos hoy, Chip? —preguntó.

Agradecieron colectivamente a la providencia por la falta de Garda en esa parte de County Cork. Después de todo, casi no había crímenes. La policía nacional irlandesa era tan eficaz como su colega británica, y su departamento de inteligencia lamentablemente cooperaba con la gente del Five en Londres. No obstante, ninguno de los dos servicios había logrado encontrar a Sean Grady... mucho menos después de que identificara y eliminara a los informantes metidos en su propia célula. Ambos se habían evaporado de la faz de la Tierra y alimentado a los salmones... o a cualquier pez que encontrara sabrosa la carne de informante. Grady recordaba las expresiones de sus caras y sus protestas de inocencia hasta el momento mismo en que los arrojaron al mar, a quince millas de la costa, con pesas de hierro atadas a las piernas. ¿Protestas de inocencia? ¿Entonces por qué el SAS no había vuelto a meterse con su célula luego de tres intentos serios para eliminarla? Al diablo con la inocencia.

Los terroristas llenaron el encantador pub provinciano The Foggy Dew (bautizado así en homenaje a una canción rebelde) luego de varias horas de práctica armada en la aislada granja costera, demasiado alejada de la civilización para que alguien escuchara el distintivo sonido de las automáticas. Sus hombres habían gastado varios cartuchos hasta ponerse a tono con los rifles de asalto AKMS, pero las armas de hombro eran fáciles de manejar, y ésa más que ninguna otra. Ahora hablaban de bueyes perdidos, como un grupo de amigos que se juntan a tomar cerveza. La mayoría miraba un partido de fútbol por TV. Grady también, pero mantenía su cerebro en posición neutra y de vez en cuando le permitía deslizarse a la próxima misión, y analizaba por enésima vez el teatro de operaciones preguntándose cuánto tardarían en llegar los británicos o el nuevo comando Rainbow. La dirección era obvia. Lo tenía todo planeado, y cuanto más repensaba su concepto operativo, más le gustaba. Tal vez perdería algunos hombres, pero ése era el precio que debía pagar todo revolucionario, y además sabía que ellos aceptaban los riesgos con tanta presteza como él.

Miró su reloj, restó cuatro horas y encendió el teléfono celular que tenía en el bolsillo. Lo hacía tres veces por día, y jamás lo dejaba encendido más de diez minutos por vez como medida de seguridad. Debía moverse con cautela. Eso —y un poco de suerte, admitió para sus adentros— le había permitido prolongar la guerra hasta este punto. Dos minutos después sonó el teléfono. Grady se levantó de su silla y salió para atender el llamado.

—Hola.

—Sean, habla Joe.

—Hola, Joe —dijo complacido—. ¿Cómo van las cosas en Suiza?

—A decir verdad, en este momento estoy en Nueva York. Sólo quería decirle que el financiamiento es un hecho —dijo Popov.

—Excelente. ¿Y el otro asunto, Joe?

—Lo llevaré personalmente. Llegaré dentro de dos días. Volaré a Shannon en mi jet comercial. Supongo que arribaré a las seis treinta de la mañana.

—Iré a buscarlo —prometió Grady.

—De acuerdo, amigo. Nos vemos allí.

—Adiós, Joe.

—Adiós, Sean —Línea muerta. Grady apagó el celular y lo guardó en el bolsillo. Si alguien los había escuchado (no era probable, dado que abarcaba todo el camino hasta el horizonte y no había vehículos estacionados a la vista... y además, si alguien supiera dónde estaba irían a buscarlo, a él y a sus hombres, con un pelotón de soldados y/o policías), sólo habría escuchado una charla de negocios, breve, críptica y directa al grano. Volvió al pub.

—¿Quién era, Sean? —preguntó Roddy Sands.

—Joe —replicó Grady—. Hizo lo que le pedimos. Así que supongo que debemos movilizarnos.

—Claro —Roddy elevó su copa en un brindis silencioso.

El Servicio de Seguridad, otrora llamado MI (Inteligencia Militar) 5, había pasado más de una generación con dos misiones de perfil alto. Una era rastrear agentes de penetración soviética dentro del gobierno británico: misión lamentablemente laboriosa, ya que la KGB y sus antecesoras habían penetrado más de una vez la seguridad británica. En determinado momento estuvieron a punto de colocar a su agente encubierto Kim Philby al frente del Five. En caso de haberlo logrado, los soviéticos hubieran controlado el servicio de contrainteligencia británico, error que todavía producía escalofríos colectivos a los Five. La segunda misión era la penetración del IRA y otros grupos terroristas irlandeses, más que nada para identificar y eliminar a sus líderes, porque esta guerra se peleaba a la antigua. A veces la policía arrestaba a los terroristas, pero otras veces los comandos SAS resolvían las cosas de manera más directa y contundente. Las diferencias de técnica eran producto de la incapacidad del gobierno de Su Majestad para decidir si

el “Problema Irlandés” era un asunto criminal o de seguridad nacional... y el resultado de esa indecisión había sido, en opinión del FBI, la prolongación de “Los Problemas” durante por lo menos una década.

Pero los empleados del Five no tenían posibilidad de hacer política. De eso se encargaban los funcionarios electos, quienes la mayoría de las veces no escuchaban a los expertos profesionales que se habían pasado la vida manejando esos asuntos. Sin la posibilidad de hacer política o afectarla, seguían reuniendo y conservando voluminosos archivos de operativos conocidos y sospechosos del IRA que eventualmente serían utilizados por otras agencias del gobierno.

La tarea principal era el reclutamiento de informantes. Delatar a los propios camaradas era otra antigua tradición irlandesa que los británicos habían explotado profusamente. Los miembros del Five solían especular sobre sus orígenes. En parte tenía que ver con la religión. El IRA se consideraba a sí mismo protector de los *católicos* irlandeses, y esa identificación tenía un precio: las reglas y normas éticas del catolicismo a menudo se derramaban en los corazones y las mentes de personas que mataban en nombre de su filiación religiosa. Una de las cosas que se derramaban era la culpa. Por una parte, la culpa era el inevitable resultado de su actividad revolucionaria, y por otra, era lo único que no podían darse el lujo de cultivar en sus conciencias.

El Five tenía un grueso archivo sobre Sean Grady, entre tantos otros. No obstante, el de Grady era especial, ya que habían tenido un informante particularmente bien ubicado en su unidad que, desafortunadamente, había desaparecido... indudablemente asesinado por el propio Grady. Sabían que había reemplazado muy pronto la voladura de rótula por el asesinato como medio de resolver las fallas de seguridad dentro de su unidad. El Five tenía veintitrés informantes en distintas unidades del PIRA. Cuatro eran mujeres de moral más liviana que lo habitual en Irlanda. Los otros diecinueve eran hombres reclutados por distintos medios... aunque tres de ellos no sabían que estaban compartiendo sus secretos con agentes británicos. El Servicio de Seguridad hacía lo imposible por protegerlos, y una vez extinguida su utilidad, los trasladaba a Inglaterra y luego a Canadá para permitirles comenzar una nueva vida. Pero el Five prefería tratarlos como vacas a ordeñar durante el mayor tiempo posible, porque en su mayoría eran personas que habían matado o ayudado a otros a matar, y eso los convertía en criminales y traidores que despertaban escasa simpatía entre los oficiales que “trabajaban” con ellos.

Según la información del archivo, Grady se había evaporado de la faz de la Tierra. Algunos suponían que podía haberlo matado un rival... aunque probablemente no, porque en ese caso la noticia se habría filtrado a través del liderazgo del PIRA. Grady era respetado (incluso por sus enemigos de facción dentro del Movimiento) como verdadero creyente en la causa y eficaz operador que había matado una buena cantidad de policías y soldados en Londonderry. Y el Servicio de Seguridad todavía quería atraparlo por los tres miembros del SAS que había cap-

turado, torturado y asesinado. Los cadáveres habían sido recuperados y la ira colectiva del SAS no se había desvanecido... porque el Regimiento Vigésimosegundo del Servicio Aéreo Especial jamás perdonaba ni olvidaba esa clase de cosas. Asesinato, tal vez; tortura, jamás.

Cyril Holt, director del Servicio de Seguridad, estaba realizando su revisión quincenal de archivos importantes. Se detuvo al llegar al de Grady. El miserable había desaparecido por completo del mapa. Si hubiera muerto, Holt se habría enterado. También era posible que hubiera abandonado la lucha, pues su organización madre parecía finalmente dispuesta a negociar alguna clase de paz con los ingleses. Pero Holt y su gente no se tragaban esa píldora. El perfil psicológico elaborado por el jefe de psiquiatría del Guy's Hospital en Londres decía que Grady sería uno de los últimos en bajar las armas y buscar una ocupación pacífica.

La tercera posibilidad era que siguiera merodeando por ahí, tal vez en el Ulster, tal vez en la República... más probablemente en esta última porque el Five tenía la mayoría de sus informantes en el norte. Miró las fotos de Grady y su veintitantos "soldados" del PIRA (de quienes también tenía archivos). Ninguna era demasiado buena a pesar de haber sido ampliadas por computadora. Tuvo que asumir que aún seguía en actividad, liderando su facción militante del PIRA, planeando operaciones que podían o no resultar, y manteniendo un perfil bajo gracias a las identidades encubiertas que debía haber generado. Lo único que él podía hacer era seguir vigilando. Anotó algo en un papel, cerró el archivo, lo colocó en la pila OUT y seleccionó otro. Al día siguiente, las anotaciones serían ingresadas en la computadora del Five (que a paso lento pero seguro iba reemplazando a los archivos en papel, para disgusto de Holt). Prefería poder tener los archivos en la mano.

—¿Tan rápido? —preguntó Popov.

—¿Por qué no? —respondió Brightling.

—Como usted diga, señor. ¿Y la cocaína? —agregó con disgusto.

—La valija está llena. Diez libras en estado puro, de nuestros propios laboratorios. La dejaremos en el avión.

La idea de transportar drogas disgustaba por completo a Popov. No por un repentino ataque de moralidad sino por los funcionarios de aduana y sus perros de fino olfato. Brightling lo vio preocupado y sonrió.

—Relájese, Dimitri. Si se presenta algún problema, usted está transportando la droga a nuestra subsidiaria en Dublín. Tendrá los documentos necesarios para probarlo. Pero asegúrese de no tener que usarlos. Podría ser embarazoso.

—Como usted diga —respondió Popov, manifiestamente aliviado. Esta vez volaría en un jet Gulfstream V privado, porque era demasiado peligroso pasar las drogas en un aeropuerto o un vuelo internacional. Los países europeos tendían a ser laxos con los estadounidenses que llegaban decididos a gastar sus dólares sin causar problemas, pero aho-

ra todos tenían perros (porque todos los países del mundo estaban preocupados por el tráfico de narcóticos).

—¿Esta noche?

Brightling asintió y miró su reloj.

—El avión llegará a Teterboro. Está allí a las seis.

Popov salió y tomó un taxi de regreso a su departamento. Empacar no era difícil, pensar sí. Brightling estaba violando las consideraciones más rudimentarias de seguridad. El hecho de alquilar un avión privado vinculaba por primera vez a Popov con su corporación, al igual que la documentación que justificaba el transporte de cocaína. Aparentemente no quería desvincularse de él. Tal vez se debiera a que Brightling no confiaba en su lealtad ni en que mantuviera la boca cerrada si lo arrestaban... pero no, pensó Dimitri Arkadeyevich. Si no confiara en él no le habría encargado la misión. Popov siempre había sido el nexo entre Brightling y los terroristas.

Entonces, pensó el ruso, *él confía en mí*. Pero también estaba violando la seguridad y... y eso sólo podía significar que, en opinión de Brightling, la seguridad no tenía importancia. ¿Por qué... cómo podía no tener importancia? ¿Acaso Brightling pensaba eliminarlo? Era una posibilidad, pero no. Brightling era despiadado pero no lo bastante inteligente... al contrario, demasiado inteligente. Habría considerado la posibilidad de que Popov hubiera dejado un registro escrito en algún lugar y que su muerte revelara su participación directa en asesinatos masivos. Descontado, pensó.

¿Entonces qué?

El ex oficial de inteligencia se miró al espejo y vio una cara que todavía no sabía lo que necesitaba saber. Desde el principio se había dejado seducir por el dinero. Se había convertido en un agente mercenario motivado por el lucro personal, pero estaba trabajando para alguien que no otorgaba la menor importancia al dinero. Hasta la CIA, rica como siempre había sido, controlaba el dinero que entregaba a sus agentes. El servicio de inteligencia estadounidense pagaba cien veces mejor que su equivalente ruso, pero incluso *eso* debía ser justificado porque la CIA tenía contadores que controlaban a los agentes secretos tal como los burócratas del zar habían controlado a las pequeñas aldeas. Popov sabía (gracias a sus prolijas investigaciones) que Horizon Corporation tenía muchísimo dinero, pero nadie se hacía rico por disoluto. En una sociedad capitalista, uno se hacía rico por su inteligencia, tal vez por su crueldad... pero no por su estupidez, y tirar el dinero con la prodigalidad de una agencia gubernamental era un acto estúpido.

Entonces, ¿qué es esto? se preguntó por enésima vez Dimitri, apartándose del espejo para empezar a empacar.

Sea lo que fuere lo que está planeando, cualquiera sea el motivo de estos atentados terroristas... ¿está a mano?

No tenía lógica. Uno ocultaba mientras tenía necesidad de hacerlo, pero cuando ya no tenía esa necesidad no desperdiciaba sus energías. Obviamente, se trataba de un *amateur*. Y un *amateur*, incluso uno

talentoso como Brightling, no sabía, no había aprendido por amarga experiencia institucional que la seguridad *jamás* se violaba, ni siquiera *después* de concluida una operación exitosa, porque incluso entonces el enemigo podría descubrir cosas que luego utilizaría contra uno en la próxima...

¿A menos que no hubiera una próxima? pensó Dimitri, eligiendo varios calzoncillos. *¿Esta será la última operación?* No, se corrigió, *¿será la última operación a mi cargo?*

Volvió a pensarlo. Las operaciones habían crecido en magnitud, ¡y ahora estaba transportando *cocaína* para dejar contento a un terrorista *luego* de haberle transferido *seis millones* de dólares! Para facilitar el contrabando de droga llevaría documentación justificando el envío de una filial de la corporación a otra, documentación que los vincularía (a él y a la cocaína) con la compañía de Brightling. Tal vez su pasaporte falso pasaría por bueno si la policía se interesaba en él... Bueno, seguramente pasaría por bueno, a menos que la Garda tuviera línea directa con el MI-5, cosa bastante improbable. Tampoco era probable que el Servicio de Seguridad Británico tuviera su nombre falso, ni siquiera una foto, buena o mala... y además había cambiado de corte de pelo hacía años.

No, decidió Popov mientras cerraba la valija, lo único que tenía lógica era que ésta sería la última operación. Brightling cerraría el negocio. Eso significaba que era su última oportunidad de obtener dinero. Esperaba que Grady y sus secuaces fueran tan imbéciles como los terroristas de Berna y Viena... y los de España, aunque no había tenido nada que ver con ese golpe. Tenía el número y el código de control de la nueva cuenta suiza, en la que había dinero suficiente para vivir cómodamente el resto de su vida. Lo único que necesitaba era que el comando Rainbow los liquidara a todos... Entonces, él desaparecería para siempre. Con esa esperanza en mente, salió de su edificio y tomó un taxi rumbo a Teterboro.

Lo pensaría mejor cuando estuviera cruzando el Atlántico.

AGENTES TRANSMISORES

—Es una verdadera pérdida de tiempo —dijo Barbara Archer en la sala de conferencias—. F4 está muerta aunque su corazón siga latiendo. Lo hemos intentado todo. Nada detiene a Shiva. Absolutamente nada.

—Excepto los anticuerpos de la vacuna B —acotó Killgore.

—Excepto eso —admitió Archer—. Pero nada más.

Todos coincidieron con su apreciación. Habían probado literalmente todas las modalidades de tratamiento conocidas por la medicina, incluyendo algunas meramente especuladas en el CDC, el USAMRIID y el Instituto Pasteur de París. Incluso habían probado todo el arsenal de antibióticos, desde penicilina a Keflex y dos nuevos productos sintéticos todavía bajo experimentación en Merck y Horizon. Dado que no servían para infecciones virales, la aplicación de antibióticos fue de carácter exclusivamente preventivo: en momentos de desesperación la gente tomaba medidas desesperadas y tal vez podría ocurrir algo nuevo e inesperado...

... pero no con Shiva. Esta nueva versión mejorada de la fiebre hemorrágica Ébola, genéticamente modificada para superar a la versión natural que todavía asolaba el valle del río Congo, era casi 100 por ciento fatal y 100 por ciento resistente a todos los tratamientos conocidos por la ciencia médica... y a menos que hubiera un avance sensacional en el tratamiento de enfermedades infecciosas, nada ayudaría a las víctimas del virus. Muchos se contagiarían durante la liberación inicial, y el resto mediante la vacuna A desarrollada por Steve Berg. A través de ambas modalidades, Shiva barrería el mundo como una tormenta ominosa y lenta. Dentro de un período de seis meses, los que quedaran vivos se dividirían en tres categorías. Primero, los no expuestos al virus. Serían pocos, dado que todos los países del mundo comprarían cantidades de vacuna-A para inocular a sus ciudadanos (ya que las primeras víctimas de Shiva horrorizarían a cualquier humano con acceso a la red televisiva). El segundo grupo estaría integrado por aquellos (excepcionales) individuos protegidos por sus sistemas inmunitarios. El laboratorio todavía no había encontrado ninguno, pero inevitablemente los habría... (Felizmente, la mayoría moriría por el colapso de los servicios sociales en todas las ciudades y pueblos del mundo, principal-

mente de hambre, pánico generado por la plaga o enfermedades bacterianas originadas por las montañas de muertos sin enterrar.)

El tercer grupo serían los pocos miles destinados a Kansas. El Bote Salvavidas del Proyecto, así lo llamaban. Este grupo estaría formado por miembros activos del proyecto —poco más de cien— y sus familias, y otros científicos seleccionados (todos ellos protegidos por la vacuna B de Berg). El complejo de Kansas era grande, aislado, y estaba protegido por grandes cantidades de armas (en caso de que se acercaran visitas inesperadas).

Seis meses, pensaron. Veintisiete semanas. Eso decían las proyecciones de las computadoras. Algunas áreas caerían más rápido que otras. Los modelos sugerían que África sería la última... porque serían los últimos en obtener la vacuna A, y también debido a su deficiente infraestructura de distribución de servicios vitales. Europa sería la primera en caer, gracias a sus sistemas médicos sociales y sus obedientes ciudadanos que irían a vacunarse en cuanto los llamaran... Después Estados Unidos, y luego, a su debido tiempo, el resto del mundo.

—El mundo entero, así de simple —comentó Killgore, mirando por la ventana la frontera entre los estados de New Jersey y Nueva York con sus suaves pendientes y frondosas arboledas. Los enormes campos de cultivo desde Canadá a Texas por fin descansarían, aunque algunos darían trigo salvaje durante muchos siglos por venir. El bison te se propagaría rápidamente desde sus enclaves en Yellowstone y en cotos de caza privados, y con él los lobos y el desterrado oso gris, y los pájaros, los coyotes y los perros de la pradera. La naturaleza recuperaría rápidamente su equilibrio, según las computadoras; en menos de cinco años, toda la Tierra se habría transformado.

—Sí, John —coincidió Barbara Archer—. Pero todavía falta para eso. ¿Qué hacemos con los sujetos del experimento?

Killgore sabía lo que estaba insinuando. Archer odiaba la medicina clínica.

—¿Primero F4? —preguntó.

—Mantenerla respirando es desperdiciar el aire, y todos lo sabemos. Todos sufren y nosotros no estamos aprendiendo nada, salvo que Shiva es letal... cosa que ya sabíamos. Además, dentro de unas semanas nos trasladaremos al oeste. ¿Para qué mantenerlos con vida tanto tiempo? Porque no vamos a llevarlos con nosotros, ¿no?

—Bueno, claro que no —admitió otro médico.

—OK, estoy cansada de perder el tiempo atendiendo gente muerta. Propongo que hagamos lo que debemos hacer y terminemos con esto.

—Comparto —dijo otro científico.

—¿A favor? —preguntó Killgore. Contó las manos levantadas—. ¿En contra? —Sólo dos—. Respuesta afirmativa. OK. Barbara y yo nos haremos cargo... ¿hoy mismo, Barb?

—¿Para qué esperar, John? —preguntó Archer con hastío.

—¿Kirk Maclean? —preguntó el agente Sullivan.

—Soy yo —dijo el hombre sin abrir la puerta.

—FBI —Sullivan acercó su identificación a la mirilla—. ¿Podemos hablar con usted?

—¿Sobre qué? —La alarma de siempre.

—¿Es imprescindible que hablemos con la puerta cerrada? —preguntó razonablemente Sullivan.

—Oh, claro, seguro, entren —Maclean abrió la puerta y los hizo pasar al living. El televisor estaba encendido. Una película por cable. Kung Fu y armas aparentemente.

—Soy Tom Sullivan, y él es Frank Chatham. Estamos investigando la desaparición de dos mujeres —dijo Sullivan después de sentarse—. Esperamos que pueda ayudarnos.

—Claro... ¿quiere decir que fueron raptadas o algo así?

—Es una posibilidad. Sus nombres son Anne Pretloe y Mary Bannister. Algunas personas nos dijeron que usted podía conocer a una de ellas o a ambas —dijo Chatham.

Maclean cerró los ojos, y luego miró por la ventana unos segundos.

—¿Del Turtle Inn, tal vez?

—¿Ahí fue donde las conoció?

—Eh, muchachos, conozco muchísimas chicas, ¿saben? Es un buen lugar para eso, con la música y todo lo demás. ¿Tienen fotos?

—Sí —Chatham se las entregó.

—OK, sí, recuerdo a Annie... nunca supe su apellido —explicó—. Secretaria jurídica, ¿no?

—Correcto —confirmó Sullivan—. ¿La conocía bien?

—Bailamos un poco, hablamos, tomamos unos tragos, pero nunca salí con ella.

—¿Nunca salió del bar con ella ni fueron a caminar?

—Creo que una vez la acompañé a su casa. Su departamento estaba a pocas cuerdas, ¿no?... Sí —recordó después de unos segundos—. A media cuadra de Columbus Avenue. La acompañé hasta su casa... pero, caramba, no entré... quiero decir que nunca... en fin, yo no, bueno... saben, nunca tuve sexo con ella —parecía avergonzado.

—¿Sabe si tenía otros amigos? —preguntó Chatham, tomando nota.

—Sí, había un tipo que le interesaba, Jim algo. Contador, creo. No sé qué relación tenían, pero cuando se encontraban en el bar bebían juntos. En cuanto a la otra, recuerdo la cara, pero no el nombre. Tal vez hayamos hablado, pero no recuerdo. Eh, saben... es un bar de solteros y se conoce un montón de gente, y a veces uno conecta con alguien, pero generalmente no.

—¿Números telefónicos?

—No. Tengo los de otras dos chicas que conocí allí. ¿Los quieren?

—Preguntó Maclean.

—¿Conocían a Mary Bannister o Anne Pretloe? —preguntó Sullivan.

—Tal vez. Las mujeres se conectan mejor que los hombres, saben,

se entienden a su manera, nos evalúan... tal como hacemos los hombres, pero ellas están mejor organizadas, creo yo.

Hubo más preguntas durante aproximadamente media hora, algunas repetidas a intervalos... cosa que a Maclean no pareció importarle. Finalmente le preguntaron si podían echarle un vistazo al departamento. No tenían derecho legal a hacerlo pero, curiosamente, hasta los criminales lo permitían (más de uno fue atrapado por tener evidencia incriminatoria a la vista). En este caso, los agentes buscarían revistas con fotos de prácticas sexuales desviadas o incluso fotos personales del mismo tenor. Pero cuando Maclean los hizo pasar a su cuarto, lo único que vieron fueron fotos de animales, revistas de naturaleza y conservación (algunas publicadas por grupos considerados extremistas por el FBI), y toda clase de equipos para actividades al aire libre.

—¿Senderista? —preguntó Chatham.

—Me encanta el campo —confirmó Maclean—. Necesito una chica a la que también le guste, pero no hay muchas en la ciudad.

—Supongo que no —Sullivan le dio su tarjeta—. Llámeme en seguida si se le ocurre algo. El número de mi casa está en el dorso. Gracias por su colaboración.

—No sé si les fui útil —comentó Maclean.

—Todo sirve, como dicen por ahí. Hasta pronto —dijo Sullivan, estrechándole la mano.

Maclean cerró la puerta y resopló. ¿Cómo *carajo* habían conseguido su nombre y su dirección? Las preguntas habían sido tal como esperaba, y había pensado retiradamente las respuestas... pero mucho tiempo atrás, pensó. ¿Por qué ahora? ¿Los policías eran idiotas, lentos o qué?

—Un montón de nada —dijo Chatham apenas subieron al auto.

—Bueno, tal vez las mujeres puedan decirnos algo.

—Lo dudo. Anoche hablé con una de ellas en el bar.

—Habla otra vez. Pregúntale qué piensa de Maclean —sugirió Sullivan.

—OK, Tom. Puedo hacerlo. ¿El tipo te mandó alguna vibración? A mí no —dijo Chatham.

Sullivan negó con la cabeza.

—No, pero todavía no aprendí a leer la mente.

—Claro —asintió Chatham.

Era hora, y demorararlo no tenía sentido. Barbara Archer abrió el gabinete de medicamentos, extrajo diez ampollas de solución salina de potasio, y se las guardó en el bolsillo. Antes de entrar a la habitación de F4 llenó una jeringa de 50 cc. Luego abrió la puerta.

—Hola —gruñó la paciente. Yacía inmóvil en la cama, mirando sin ver un televisor empotrado en la pared.

—Hola, Mary. ¿Cómo nos sentimos hoy? —Archer se preguntó por

qué los médicos preguntaban cómo *nos* sentíamos. Curiosa licencia lingüística, pensó, probablemente aprendida en la facultad de medicina, tal vez destinada a crear cierta solidaridad con el paciente... inexistente en este caso. Uno de sus primeros trabajos de verano en la universidad había sido en una perrera. Los animales tenían un plazo de siete días y, si nadie iba a reclamarlos, les practicaban eutanasia... los *asesinaban*, en opinión de Archer, casi siempre con grandes dosis de fenobarbital. La inyección se aplicaba en la pata delantera izquierda y los perros tardaban cinco segundos en quedarse dormidos. Siempre lloraba después... Lo hacían todos los martes, justo antes de almorzar. Pero ella no podía almorzar y, a veces, ni siquiera cenar cuando la obligaban a exterminar a un perro particularmente bonito. Los colocaban en fila sobre mesadas de acero inoxidable y un empleado los sostenía para facilitar el asesinato. Ella les hablaba suavemente, para tranquilizarlos y aliviarles el miedo y darles una muerte más sosegada. Archer se mordió los labios, sintiéndose como Adolf Eichmann se habría sentido... o más bien como debería haberse sentido.

—Horrible —respondió Mary Bannister.

—Bueno, esto ayudará —prometió Archer, sacando la jeringa del bolsillo y quitando el protector plástico de la aguja. Caminó tres pasos hasta el costado izquierdo de la cama, tomó el brazo de F4, lo estiró y clavó la aguja en la vena del codo. Luego miró a los ojos a su víctima y liberó el contenido de la jeringa.

Mary abrió mucho los ojos. La solución de potasio le quemaba las venas a medida que las atravesaba. Se llevó la mano derecha al brazo izquierdo y luego, un segundo después, al pecho. La sensación quemante avanzaba rápidamente hacia su corazón. El potasio hizo que dejara de latir en el acto. La línea del monitor saltó hacia arriba y luego se puso absolutamente recta, disparando la alarma. Los ojos de Mary seguían abiertos (porque el cerebro tiene oxígeno suficiente para seguir activo durante más de un minuto luego del paro cardíaco masivo). Parecía asombrada. No podía hablar, no podía quejarse, porque su respiración se había detenido junto con el corazón, pero miró a Archer directo a los ojos... tal como hacían los perros, pensó la doctora, sólo que los ojos de los perros no parecían acusarla como los de esa joven. Le sostuvo la mirada sin emoción (a diferencia de su época en la perrera). Luego, en menos de un minuto, F4 cerró los ojos. Estaba muerta. Una menos. Todavía le quedaban nueve antes de poder irse a su casa. Esperaba que la VCR funcionara bien. Quería grabar el programa del Discovery Channel sobre los lobos de Yellowstone, pero esa maldita videocasetera la volvía loca.

Treinta minutos después los cadáveres fueron colocados en bolsas plásticas y trasladados al incinerador. Era un modelo especial diseñado para aplicaciones médicas (destrucción de material biológico descartable, como fetos o miembros amputados). Alimentado a gas natural, alcanzaba una temperatura extremadamente alta (destruía incluso las emplomaduras de las ruedas) y transformaba todo en una ceniza muy

fin a que el viento llevaba a la estratosfera, y desde allí al mar. Las salas de tratamiento serían desinfectadas para eliminar todo vestigio de Shiva, y, por primera vez en meses, no habría cepas del virus buscando víctimas en el complejo. Los miembros del proyecto estarían encantados, pensó Archer camino a su casa. Shiva era una herramienta útil para el objetivo supremo, pero también lo suficientemente peligrosa para que todos anhelaran su desaparición.

Popov se las ingenió para dormir cinco horas durante el viaje y recién despertó cuando la azafata le tocó el hombro a veinte minutos de Shannon. La ex facilidad donde aterrizaban los Boeings de Pan American antes de seguir vuelo a Southampton —y donde la aerolínea inventó el café irlandés para despertar a los pasajeros— se encontraba sobre la costa oeste de Irlanda, rodeada de granjas y verdes marjales que brillaban a la luz del alba. Popov se lavó la cara y volvió a su asiento para el aterrizaje. El avión carreteó hasta la terminal general, donde había otros jets comerciales similares al G-V que Horizon Corporation había alquilado para él. Apenas se detuvo, un hombre saltó de un sucio automóvil oficial y subió las escaleras. El piloto le indicó que pasara a la cabina.

—Bienvenido a Shannon, señor —dijo el oficial de migraciones—. ¿Me permite su pasaporte, por favor?

—Aquí tiene —Popov se lo entregó.

El burócrata lo hojeó lentamente.

—Ah, estuvo aquí hace poco. ¿Cuál es el propósito de su viaje, señor?

—Negocios. Farmacéuticos —agregó el ruso, por si al funcionario se le ocurría abrir sus valijas.

—Ajá —respondió con desinterés. Selló el pasaporte y se lo devolvió—. ¿Algo que declarar?

—No.

—Muy bien. Que tenga un buen día, señor —La sonrisa fue tan mecánica como todos sus movimientos. Luego bajó del avión y se alejó en su auto destartado.

Popov no suspiró de alivio... más bien gruñó con disgusto por haberse tensionado en vano. Después de todo, ¿quién alquilaría semejante avión por 100.000 dólares para traficar drogas? Otra cosa más que aprender del capitalismo. Si uno tenía suficiente dinero para viajar como un príncipe, uno *no podía* estar fuera de la ley. Asombroso, pensó. Se puso el piloto y salió del avión. Un Jaguar negro lo estaba esperando. Sus valijas ya estaban dentro del baúl.

—¿Señor Serov? —preguntó el chofer, abriéndole la puerta. Había tanto ruido que nadie podría escucharlos.

—Sí. ¿Vamos a ver a Sean?

—Sí, señor.

Popov asintió y subió al auto. Un minuto después salían del aero-

puerto. Los caminos eran parecidos a los de Inglaterra, más angostos que los de EE.UU. y el volante seguía estando a la derecha. Qué raro, pensó. Si a los irlandeses no les gustaban los ingleses, ¿por qué emulaban sus normas de tránsito?

El viaje duró media hora y concluyó en una granja, bastante apartada de los caminos principales. Vio dos autos y una camioneta, y un hombre montando guardia. Popov lo reconoció en el acto. Era Roddy Sands, el cauto de la unidad.

Bajó del Jaguar y lo miró, pero no se acercó a darle la mano. Sacó la valija llena de droga del baúl y entró en la casa.

—Buen día, Iosef —Grady le dio la bienvenida—. ¿Qué tal el vuelo?

—CÓmodo —Popov le entregó la valija—. Ahí tiene lo que pidió, Sean.

El tono de su voz fue por demás expresivo. Grady lo miró fijo a los ojos, un poco avergonzado.

—A mí tampoco me gusta, pero hay que tener dinero para financiar las operaciones y ésta es una manera de conseguirlo —El valor de las diez libras de cocaína era variable. Le habían costado apenas 25.000 dólares a Horizon Corporation (las había comprado en el mercado exclusivo de los laboratorios). Una vez diluida, en la calle, costaría quinientas veces más. Otro aspecto del capitalismo, pensó Popov despectivamente. Luego le entregó a Grady una hoja de papel.

—Número y código de activación de la cuenta segura en Suiza —explicó—. Sólo pueden hacer extracciones los lunes y los miércoles por razones de seguridad. Hay seis millones de dólares estadounidenses depositados en la cuenta, suma que puede ser chequeada en todo momento.

—Como siempre, es un placer hacer negocios con usted, Joe —dijo Sean, permitiéndose una sonrisa. Jamás había tenido tanto dinero en su poder en sus veintipico de años de revolucionario profesional. Bueno, pensó Dimitri, tampoco eran empresarios, ¿verdad?

—¿Cuándo darán el golpe?

—Muy pronto. Hemos chequeado el objetivo y nuestro plan es una belleza, amigo mío. Les clavaremos el aguijón, Iosef Andréyevich —prometió Grady—. Los golpearemos donde más les duele.

—Necesito saber cuándo, exactamente. También tengo que hacer algunas cosas —dijo Popov.

Eso no le gustó al irlandés. Por cuestiones de seguridad operativa, obviamente. Uno de afuera quería saber cosas que sólo los de adentro podían conocer. Se miraron fijo durante unos segundos. Pero el irlandés aflojó. Apenas comprobó que el dinero estaba en la cuenta, su confianza en el ruso se reafirmó. Por otra parte, las diez libras de cocaína eran prueba fehaciente de su buena voluntad... suponiendo que la Garda no lo arrestara esa misma tarde. Pero Popov no era esa clase de tipo, ¿verdad?

—Pasado mañana. La operación comenzará a la una de la tarde.

—¿Tan pronto?

A Grady le agradó que el ruso lo hubiera subestimado.

—¿Para qué demorarse? Tenemos todo lo que necesitamos, ahora que el dinero está en su lugar.

—Como usted diga, Sean. ¿Necesita algo más de mí?

—No.

—Entonces voy a retirarme, con su permiso.

Esta vez se dieron la mano.

—Daniel lo llevará... ¿a Dublín?

—Sí, al aeropuerto.

—Dígaselo, él lo llevará.

—Gracias, Sean... y buena suerte. Tal vez nos veamos después —agregó Dimitri.

—Me agradaría.

Popov lo miró por última vez... Estaba seguro de que sería la última, a pesar de lo que acababa de decir. Los ojos de Grady habían adquirido renovado brillo al pensar en la demostración revolucionaria que coronaría su carrera. Tenían una crueldad que Popov no había notado antes. Como Fürchtner y Dortmund, Grady era un animal predador antes que un ser humano, y, por mucha experiencia que tuviera con esa clase de gente, no dejaba de perturbarlo. Supuestamente era un lector profesional de mentes, pero en ésta sólo veía vacío, ausencia de sentimientos humanos, reemplazados por la ideología que lo guiaba hacia... ¿dónde? ¿Acaso Grady lo sabía? Probablemente no. Creía estar hollando el sendero que conducía a un Futuro Radiante —expresión favorita del Partido Comunista de la Unión Soviética—, pero la luz que lo guiaba estaba más lejos de lo que creía y su resplandor ocultaba los profundos y amenazantes pozos del sendero que empezaba a recorrer. Y ciertamente, si llegaba a conseguir lo que anhelaba sería un líder desastroso, como aquellos que intentaba emular —Stalin, Mao, etcétera—, tan divorciado del parecer del hombre común como un extraterrestre para quien la vida y la muerte fueran meras herramientas de su visión, completamente ajenas a la humanidad. Su visión del futuro fue lo peor que Karl Marx legó al mundo. Sean Grady había reemplazado su humanidad y sus emociones por un modelo geoméricamente preciso de lo que el mundo debería ser... y estaba demasiado embebido en esa visión como para advertir que había fracasado en todos los lugares donde había sido implementada. Perseguía una quimera, una criatura irreal y siempre inasible que lo arrastraba a su propia destrucción... y también a la de todos los que pudiera matar en el camino. Y en sus ojos ardía el entusiasmo feroz de la cacería. Su ceguera ideológica le impedía ver el mundo tal cual era... tal como lo veían los propios rusos luego de setenta años de infructuosa persecución de la misma quimera. Ojos radiantes al servicio de un amo ciego. Qué extraño, pensó el ruso antes de marcharse.

—OK, Peter, estás de turno —le dijo Chávez al líder del Comando 1.

—Como tú digas, Ding —replicó Covington—. Pero aparentemente no pasa nada en ninguna parte.

La inteligencia que habían recibido de las diversas agencias nacionales era bastante alentadora. Los informantes en contacto con terroristas conocidos o supuestos —principalmente con estos últimos, dado que los más activos hubieran sido arrestados— decían que el atentado al Parque Mundial había enfriado considerablemente la atmósfera, especialmente desde que los franceses habían publicado los nombres y las fotos de los terroristas muertos en España, y uno de ellos había resultado ser un respetado y venerado ex miembro de Action Directe con seis asesinatos sobre sus espaldas y reputación de operador experto. Su eliminación pública se había propagado como un reguero de pólvora a través de la comunidad terrorista, junto con un respeto creciente por la policía española... que medraba institucionalmente gracias al comando Rainbow para gran disgusto de los vascos, quienes, según fuentes españolas, también se habían visto afectados por la pérdida de varios de sus miembros más respetados.

Si eso era cierto, el informe de Bill Tawney sugería que Rainbow estaba teniendo el efecto esperado. Tal vez tendrían que entrar en acción y matar gente con frecuencia para probar su valor.

Pero todavía nada indicaba un posible motivo para los tres atentados sucesivos, ni tampoco quién los había instigado. Los analistas del Servicio Secreto de Inteligencia británico lo atribuían al azar, señalando que Suiza, Alemania y España eran tres países distintos y que, por lo tanto, era improbable que una misma persona tuviera contactos con grupos terroristas en los tres. En dos, tal vez; en los tres, imposible. También sugería entablar contacto con los servicios de inteligencia del ex Boque Oriental para averiguar a qué se dedicaban ciertos miembros retirados. Incluso valía la pena comprarles información al precio de plaza, mucho más alto ahora, ya que los ex agentes de inteligencia debían ganarse la vida en el mundo real... pero no tan alto como un nuevo atentado con costo de vidas humanas. Tawney hizo hincapié en esto último cuando le pasó su informe a John Clark, y éste volvió a discutir el tema en Langley... sólo para ser rechazado una vez más, cosa que lo hizo bufar una semana seguida contra los REMF de la CIA. Tawney pensó en sugerírselo por su cuenta a los “Six” de Londres, pero sin el apoyo de la CIA hubiera sido un esfuerzo vano.

Por otra parte, Rainbow *funcionaba*. Hasta el propio Clark lo admitía, descontento con su rol de “trajeado” que mandaba a los jóvenes a realizar misiones excitantes mientras él se quedaba detrás del escritorio. Durante toda su carrera como oficial de inteligencia se había quejado de la supervisión de “los de arriba”. Ahora que él mismo supervisaba, tal vez empezara a entender un poco mejor las cosas. Estar al mando podía ser estimulante pero jamás divertido para alguien que se había pasado la vida esquivando y repartiendo balas en el ojo del huracán.

La idea de que sabía cómo hacerlo y que, por consiguiente, podía transmitir su saber a sus subordinados seguía resultándole tan difícil de aceptar como cinco años atrás. La vida era una trampa, se dijo, y la única manera de escapar tampoco era divertida. Por eso, cada mañana se ponía el traje y lamentaba las consecuencias de los años sobre su vida (como todos los hombres de su edad a lo largo y a lo ancho del planeta). ¿Dónde había ido a parar su juventud? ¿Cómo la había perdido?

Popov llegó al aeropuerto de Dublín antes de almorzar y compró un pasaje directo a Gatwick. Extrañaba el G-V alquilado. Era una manera muy conveniente de trabajar, libre del tumulto de los aeropuertos. El G-V era tan bueno como el Jumbo... pero jamás tendría tanto dinero como para permitirse ese placer. Apartó la idea de su mente. Tendría que conformarse con viajar en primera clase, farfulló el ruso para sus adentros, bebiendo un sorbo de vino mientras el 737 alcanzaba su altitud crucero. Nuevamente, tenía mucho que pensar, y descubrió que el viaje solitario en primera clase era un ámbito propicio para ejercitar la mente.

¿Quería que Grady tuviera éxito en su misión? Más precisamente, ¿su empleador quería que Grady triunfara? No había sido el caso en Berna y Viena, ¿pero acaso ahora sería diferente? Tal vez Henriksen lo creyera así. Le había dado esa impresión en las conversaciones. ¿Había una diferencia? Y si la había, ¿cuál era?

Henriksen era un ex agente del FBI. Tal vez eso lo explicara todo. Como Popov, no toleraba el fracaso en nada. ¿O realmente quería baldar a ese comando Rainbow hasta tal punto que no pudiera... que no pudiera qué? ¿Interferir con alguna operación?

Nuevamente la pared de ladrillos, nuevamente se daba de cabeza contra ella. Había iniciado dos operaciones terroristas cuyo único propósito discernible hasta el momento era despertar la conciencia internacional sobre la amenaza del terrorismo. Henriksen tenía una empresa consultora en ese área y quería concientizar al mundo para obtener más contratos... pero superficialmente parecía una manera costosa e ineficaz de hacerlo, reflexionó Popov. Ciertamente, las sumas que ganaría con los contratos serían menores que las que ya había gastado (o embolsado) Popov. Por enésima vez recordó que el dinero había sido aportado por John Brightling y su Horizon Corporation —tal vez sólo por Brightling— y *no* por la Global Security Inc. de Henriksen. Entonces, ambas compañías estaban vinculadas en cuanto a sus objetivos pero no en cuestiones financieras.

Por lo tanto, pensó Popov bebiendo su Chablis francés, la operación es cosa de Brightling y Henriksen se limita a respaldarlo con su pericia y sus consejos...

...pero, uno de los objetivos era que Henriksen obtuviera el contrato para las Olimpiadas de Sydney que comenzarían dentro de pocas semanas. Eso había sido muy importante para Brightling y Henriksen

por igual. Por consiguiente, Henriksen estaba haciendo algo muy importante para Brightling, indudablemente en beneficio de sus objetivos.

¿Pero a qué se dedicaban Brightling y su compañía? La Horizon Corporation y sus numerosas subsidiarias internacionales estaban en el negocio de la investigación médica. La compañía fabricaba medicamentos y cada año gastaba enormes sumas de dinero en inventar nuevos productos. Era líder mundial en el campo de la investigación médica. En sus laboratorios trabajaban ganadores del Premio Nobel y, según la Internet, estaban investigando importantes áreas de potenciales avances médicos. Popov volvió a sacudir la cabeza. ¿Qué tenían que ver la ingeniería genética y la fabricación farmacéutica con el terrorismo?

La luz que se apagó sobre el mar de Irlanda le recordó que hacía pocos meses Estados Unidos había padecido un ataque con armas biológicas... que habían provocado la muerte de cinco mil personas y la ira letal de EE.UU. y su presidente. El *dossier* recibido por Popov en aquel momento consignaba que el jefe del comando Rainbow, Clark, y su yerno Chávez habían desempeñado un papel secreto pero fundamental en la resolución del conflicto.

Guerra biológica, pensó Popov. Su sola mención bastaba para hacer temblar al mundo. En los hechos había resultado ineficaz como arma estatal... especialmente porque Estados Unidos había reaccionado con su acostumbrada rapidez y furiosa eficiencia en los campos de batalla de Arabia Saudita. Gracias a eso, ningún estado se atrevía a planear un ataque de esas características contra los estadounidenses. Las fuerzas armadas de EE.UU. recorrían el mundo como un *sheriff* de frontera en un western, respetadas y sobre todo temidas por sus capacidades letales.

Popov terminó su vino y acarició el vaso vacío mientras contemplaba las verdes costas de Inglaterra. Guerra biológica. El mundo entero había temblado de miedo y disgusto. Horizon Corporation era pionera en investigaciones médicas. Entonces, seguramente, Brightling podría estar involucrado en investigaciones de armas biológicas... ¿pero con qué fin? Además, era una simple *corporación*, no un Estado. No tenía política exterior. No tenía nada que ganar en una guerra. Las corporaciones no hacían la guerra, excepto tal vez a otras corporaciones. Intentaban robar secretos importantes, ¿pero derramar sangre? Por supuesto que no. Nuevamente la pared de ladrillo para estrellarse de cabeza.

—OK —les dijo el sargento mayor Dick Voss—. En primer lugar, la calidad de sonido de estas radios digitales es tan buena que permite reconocer las voces como si uno estuviera conversando en el living de su casa. En segundo lugar, están codificadas de modo tal que si hay dos comandos diferentes en acción, un comando entra por el oído izquierdo y el otro por el oído derecho. Eso evita que el comandante se confunda excesivamente —bromeó—. Este aparato otorga mayor control positivo

de las operaciones y mantiene a todo el mundo informado sobre lo que está sucediendo. Cuanto más sepan, más eficaces serán en acción. El volumen se gradúa con este dial...

—¿Qué alcance tiene? —preguntó uno de los NCO australianos.

—Más de quince mil metros. Un poco más si ven la línea del horizonte. Después empieza a fallar. Las baterías son recargables y cada aparato viene con dos repuestos. Duran aproximadamente seis meses, pero les recomendamos recargarlas todas las semanas. No es difícil, cada aparato trae su cargador y el enchufe es universal. Tendrán que jugar un poco con el aparatito hasta acostumbrarse... —hizo la demostración. La mayoría de los presentes se quedaron mirando los suyos durante unos segundos—. OK, muchachos, adelante. Vamos a probarlos. El dispositivo de encendido y apagado está aquí...

—¿Quince kilómetros, eh? —preguntó Malloy.

—Así es —dijo Noonan—. De esta manera podrá escuchar lo que estamos haciendo en tierra, sin tener que esperar que se lo digamos. Entra perfectamente en su casco de vuelo y no interferirá demasiado con el intercom. El botón de control baja por la manga hasta la mano, de modo que pueda encenderlo y apagarlo sin dificultad. También tiene la modalidad “escuchar solamente.” Es la tercera posición, aquí.

—De primera —comentó el sargento Nance—. Será bueno saber qué está pasando en tierra.

—Claro que sí. Si los de abajo necesitan ser evacuados, estaré a mitad de camino cuando me llamen. Me gusta —acotó el coronel Malloy—. Supongo que nos quedaremos con él, Tim.

—Todavía estamos en la etapa experimental. E-Systems dice que puede tener algunos virus, pero nadie los encontró aún. El sistema de encriptado es de 128 bits continuos, sincronizado con el aparato maestro, pero jerarquizado de modo tal que si un aparato se estropea otro lo cubre inmediatamente. Los chicos de Fort Meade probablemente podrían interferirlo, pero sólo doce horas después de haberlo usado.

—¿Y dentro del helicóptero... podría interferir con alguno de los sistemas a bordo? —preguntó el teniente Harrison.

—No que yo sepa. Fue probado en Night Hawks y Stalkers en Fort Bragg y no descubrieron ningún problema.

—Vamos a probar éste —dijo Malloy en el acto. Había aprendido a no confiar en la electrónica... y además era una buena excusa para volar el Night Hawk—. Sargento Nance, al pájaro.

—Sí, mi coronel —Se levantó y fue hacia la puerta.

—Usted quédese aquí, Tim. Lo probaremos adentro y afuera y también chequearemos el alcance.

Treinta minutos después el Night Hawk sobrevolaba Hereford.

—¿Cómo va eso, Noonan?

—Fuerte y claro, Mr. Oso.

—OK, bueno, estamos bastante lejos. Estas radios digitales funcionan como los dioses, ¿no?

—Sí —Noonan subió a su auto y confirmó la inocuidad del revestimiento metálico. Comprobaron que las radios seguían trabajando a más de dieciocho kilómetros, lo cual no estaba nada mal para un aparato de batería pequeña y antena más corta que un escarbadiantes—. Este aparatito mejorará los despliegues con sogas largas, Mr. Oso.

—¿De qué manera, Noonan?

—Bueno, los muchachos en el extremo de la soga podrán decirle si está volando demasiado alto o demasiado bajo.

—Noonan, ¿para qué cree que existe la percepción de profundidad? —Fue la respuesta airada.

—Entendido, Mr. Oso —rió el agente del FBI.

CAPÍTULO 28

A PLENA LUZ DEL DÍA

El dinero facilitaba las cosas. En vez de robar camiones, los habían comprado con cheques de una cuenta abierta con documentos falsos... utilizando también papeles falsos para la transacción. Los camiones eran Volvos de fabricación sueca cuyas cubiertas de lona proclamaban los nombres de empresas inexistentes.

Habían cruzado en ferry el Mar de Irlanda con destino a Liverpool cargados con cajas de cartón para heladeras y atravesado la aduana británica sin mayores dificultades. A partir de allí, todo fue cuestión de conducir dentro de los límites legales. Los camiones recorrieron en fila india el oeste del país y llegaron a las cercanías de Hereford antes del atardecer. Una vez allí, estacionaron en un lugar predeterminado y los chóferes fueron a beber a un pub.

Sean Grady y Roddy Sands llegaron ese mismo día. Pasaron los controles de aduana e inmigración en Gatwick con papeles falsos (utilizados con éxito en ocasiones anteriores), comprobando con no poca satisfacción que los oficiales de migración británicos eran ciegos además de sordos y mudos. Ambos alquilaron sendos automóviles con tarjetas de crédito falsas y se dirigieron a Hereford, también por rutas previamente acordadas. Llegaron al mismo pub poco antes que los camiones.

—¿Algún problema? —les preguntó Grady a los mellizos Barry.

—Ninguno —replicó Sam, y Peter lo confirmó con un gesto. Como de costumbre, los miembros de su unidad demostraban una alarmante sangre fría (a pesar de los nervios anteriores a la misión que todos debían padecer). Al poco rato llegaron los últimos que faltaban, y los dos grupos (uno de siete y otro de ocho) se sentaron a beber sus Guinness y charlar silenciosamente, sin llamar la atención de los habitués del pub.

—Funcionan muy bien —le dijo Malloy a Noonan mientras bebían una cerveza en el club—. ¿E-Systems, no?

—Son excelentes. Usábamos muchas cosas fabricadas por ellos en el ERR.

El *marine* asintió.

—Sí, lo mismo pasaba en el Comando de Operaciones Especiales. Pero sigo prefiriendo los aparatos con alambres y cables.

—Bueno, sí, coronel, señor... pero es un poco difícil lanzarse de un helicóptero con dos tazas de papel, ¿no le parece?

—No soy tan retrógado, Tim —Igualmente esbozó una sonrisa—. Y jamás necesité ayuda para un despliegue con soga larga.

—Usted es experto en eso —Noonan bebió un sorbo de cerveza—. ¿Hace cuánto que pilotea helicópteros?

—Veinte años... veintiuno en octubre próximo. Sabe, es la última aeronave de verdad que queda en el mundo. Los nuevos aviones de alta velocidad, diablos... las computadoras deciden si les gusta o no lo que uno está haciendo... y después lo hacen ellas. Me gusta jugar con la computadora, el e-mail y todas esas cosas, pero maldita sea mi suerte si alguna vez les permito volar por mí —Era un alarde vacío, o casi, pensó Noonan. Tarde o temprano esa forma del progreso afectaría también a los helicópteros, y los pilotos se enfurecerían... pero luego lo aceptarían (no les quedaría más remedio), y probablemente los vuelos serían más eficaces y seguros después de eso—. Estoy esperando la respuesta de mi destacamento —agregó el coronel.

—¿Ah, sí? ¿Respecto a qué?

—Estoy propuesto para CO del VMH-1.

—¿Piloto del presidente?

Malloy asintió.

—Hank Goodman tiene el puesto, pero le dieron una estrella y van a ascenderlo a otra cosa. Y supongo que alguien escuchó decir que soy bastante bueno con los controles.

—No parece muy excitante —comentó Noonan.

—Bastante aburrido, a decir verdad, directo y nivelado todo el tiempo, cero diversión —admitió el *marine*, dando muestras de falso disgusto. Volar el VMH-1 era un honor para todo capitán, y por sobre todo indicaba que el Cuerpo confiaba en sus capacidades—. Tendría que enterarme dentro de dos semanas. Me gustaría volver a ver los partidos de los Redskins en persona.

—¿Qué nos espera mañana?

—Antes de almorzar, práctica de inserción a nivel bajo. Por la tarde, papeleo. Tengo que hacer una tonelada para la Fuerza Aérea. Bueno, son los dueños del maldito helicóptero y tienen la amabilidad de mantenerlo y darme una buena tripulación. Pero, apuesto a que los pilotos de aerolínea no tienen que hacer estas cosas —esos afortunados bastardos sólo tenían que volar, aunque sus vuelos eran tan excitantes como una maratón de cultivo de césped.

Chávez todavía no se había acostumbrado al humor británico y, debido a eso, los programas de la televisión local lo aburrían soberanamente. No obstante, podía ver por cable The History Channel... obviamente su favorito, aunque no el de Patsy.

—Sólo una, Ding —le dijo. Ahora que se acercaba el parto quería

que su marido estuviera sobrio todo el tiempo... y eso equivalía a una sola cerveza por noche.

—Sí, querida —A las mujeres les resultaba tan fácil manejar a los hombres, pensó Domingo, mirando el vaso casi vacío y sintiéndose solo. Era grandioso beber cerveza en el club, discutir asuntos militares en un ambiente cómodo e informal, y estrechar vínculos con los compañeros... pero últimamente no se apartaba más de cincuenta pies de su esposa, excepto cuando debía hacerlo, y para esos casos ella tenía su número de beeper. El bebé había bajado, fuera lo que fuese lo que eso significaba... bueno, sabía que el parto era inminente, pero no lo que significaba “bajar”. Bueno, para él significaba que sólo podía beber una cerveza por noche, aunque bebiendo tres... incluso cuatro conservaba la sobriedad de una piedra.

Estaban sentados muy juntos, cada uno en su sillón. Ding trataba de mirar la tele y leer documentos de inteligencia. Aparentemente tenía la capacidad de hacerlo, para molesta sorpresa de su esposa, que leía una revista médica y automáticamente escribía notas al margen.

El panorama no era muy diferente en lo de los Clark... salvo porque miraban una película alquilada.

—¿Alguna novedad en la oficina? —preguntó Sandy.

En la oficina, pensó John. Jamás le había hecho esa pregunta cuando regresaba de sus misiones. No, en aquellos tiempos preguntaba “¿Estás bien?” Siempre con un dejo de preocupación, porque, aunque nunca —bueno, casi nunca— le contaba lo que hacía, Sandy sabía que difería bastante de estar sentado frente a un escritorio. Bueno, acababa de confirmar (una vez más, por si fuera necesario) que era un REMF. *Gracias, querida*, pensó.

—No, en realidad no —contestó—. ¿Y cómo van las cosas en el hospital?

—Tuvimos un accidente automovilístico antes del almuerzo. Nada grave.

—¿Cómo anda Patsy?

—Será una excelente médica cuando aprenda a relajarse un poco más. Pero bueno, hace más de veinte años que estoy en Sala de Emergencias, ¿no? Ella sabe más que yo en el aspecto teórico pero necesita conocer mejor el lado práctico. Pero, sabes, se está adaptando muy bien.

—¿Alguna vez pensaste que podías haber sido médica? —preguntó su marido.

—Supongo que pude haberlo sido, pero... era otra época, ¿no?

—¿Y el bebé?

Sandy sonrió de oreja a oreja.

—Patsy está como estaba yo, impaciente. Cuando llegas a ese punto quieres que nazca de una vez por todas.

—¿Algo te preocupa?

—No, el Dr. Reynolds es muy bueno y Patsy está muy bien. Sólo

que no sé si estoy preparada para ser abuela —agregó con una carcajada.

—Te entiendo perfectamente, nena. Llegará en cualquier momento, ¿no?

—Bajó ayer. Eso significa que el muchachito está listo.

—¿"El muchachito"? —preguntó John con sorna.

—Eso piensan todos, pero recién lo sabremos cuando nazca.

John gruñó. Domingo había insistido desde un comienzo en que *tenía que ser un varón*, apuesto como su padre y... bilingüe, jefe, solía agregar con su sinuosa sonrisita latina. Bueno, podría haber tenido un yerno peor. Ding era inteligente, el tipo más rápido con quien se había cruzado en toda su vida, y había ascendido de joven sargento del regimiento 11 Bravo de infantería liviana a respetado oficial de inteligencia de la CIA, con un master de la George Manson University... y últimamente barajaba la posibilidad de estudiar otros dos años para obtener el Ph.D. Probablemente en Oxford, había especulado esa semana, si conseguía tener tiempo libre. Eso sí que sería una patada en el estómago... ¡un chicano de Los Angeles vistiendo la túnica de Oxford! Algún día llegaría a DCI, y *entonces sí* que se pondría insoportable. Volvió a gruñir, bebió un sorbo de Guinness y se concentró en la película.

Popov decidió que debía estar alerta. De vuelta en Londres, se alojó en un hotel de mediana categoría (es decir, un grupo de casas colindantes comunicadas por pasillos y recicladas). No podía distraerse. Sería una operación terrorista de primera. Tenían un plan real... aunque sugerido por Bill Henriksen, pero Grady se había apoderado de la idea, que realmente era todo un acierto táctico... siempre y cuando supieran cuándo darlo por concluido y escapar. En cualquier caso, Dimitri quería verlo, más que nada para saber si podía llamar al banco y transferir el dinero a su propia cuenta, y luego... desaparecer de la faz de la tierra en cuanto tuviera ganas. A Grady no se le había pasado por la cabeza que por lo menos *dos* personas tenían acceso a los fondos transferidos. Tal vez fuera un alma confiada, pensó Popov, por extraño que pareciera. Había aceptado rápidamente el contacto con su ex amigo de la KGB y, aunque impuso dos condiciones mayores (el dinero y la cocaína), en cuanto tuvo lo que quería puso manos a la obra. Era una actitud notable, ahora que Popov se permitía pensarlo. Pero igualmente iría a vigilar el terreno en su Jaguar alquilado. No sería difícil ni peligroso si lo hacía bien. Satisfecho, bebió su último Stolichnaya de la noche y apagó la luz.

Esa mañana se despertaron a la misma hora. Domingo y Patricia en una casa, John y Sandra en otra, todos abrieron los ojos a las 5:30 cuando sonaron los despertadores iniciando la rutina diaria. Las mujeres debían presentarse en el hospital local a las 6:45 para comenzar el

turno de las 7:00 a las 15:00 en la sala de emergencia. Por eso, en ambas casas fueron las primeras en ocupar el baño mientras los hombres iban a preparar café en la cocina, recogían los diarios de la puerta y encendían las radios para escuchar las noticias de la mañana. Veinte minutos después intercambiaron diarios y cuartos de baño, y quince minutos después, ambas parejas se sentaron a desayunar... aunque en el caso de Domingo sólo una segunda taza de café, ya que acostumbraba desayunar con sus hombres después del entrenamiento matutino. En lo de los Clark, Sandy se esmeró con los tomates fritos, delicadeza local que había aprendido a preparar pero que su marido se negó a probar aduciendo sus principios de ciudadano estadounidense. A las 6:20 ambas mujeres y ambos hombres se pusieron sus respectivos uniformes y los cuatro salieron de sus casas rumbo a sus actividades diarias.

Clark no entrenaba con los comandos. Finalmente había tenido que admitir (para sus adentros, claro) que era demasiado viejo para seguirles el ritmo. No obstante, acudía a los mismos lugares y practicaba los mismos ejercicios diarios. No era muy diferente de sus épocas de SEAL, aunque faltaba la natación... en Hereford tenían una pileta demasiado chica para su gusto. En cambio, corría tres millas diarias. Los comandos corrían cinco... y a mayor velocidad, tuvo que admitir avergonzado. John Clark sabía que, dada su edad, mantenía un estado físico excepcional... pero mantenerlo le resultaba cada día más duro y el próximo mojón en su camino hacia la muerte tenía el número sesenta grabado con sangre. Le parecía raro no ser ya el joven temperamental que se había casado con Sandy.... Era como si le hubieran robado algo sin que se diera cuenta. Simplemente, un día se había visto diferente de lo que creía ser. No fue una sorpresa grata, pensó al concluir las tres millas. Tenía las piernas doloridas y empapadas de sudor y necesitaba su segunda ducha del día.

Camino a los cuarteles generales vio a Alistair Stanley preparándose para sus ejercicios diarios. Al era cinco años menor que él y probablemente aún mantenía la ilusión de juventud. Se habían hecho amigos. Stanley tenía instinto, especialmente para información de inteligencia, y era un operador de campo eficiente en su bizarro y anticuado estilo británico. Como una serpiente, parecía inofensivo hasta que uno lo miraba a los ojos, y aun así uno debía saber qué buscar en ellos. Bien parecido, garboso, todavía rubio y de sonrisa radiante, había matado en acción (como John) y (como John) no tenía pesadillas por haberlo hecho. A decir verdad, tenía más instinto de comandante que Clark (cosa que este último sólo admitía para sus adentros). Ambos seguían siendo tan competitivos como a sus veinte años y ninguno se prodigaba en elogios gratuitos.

Recién duchado, Clark fue a su oficina, se sentó detrás del escritorio y estudió el consabido papeleo (maldiciendo en silencio el tiempo que llevaba y la energía que debía desperdiciar en estupideces tales

como cuestiones de presupuesto.) Su Beretta .45 estaba en el primer cajón de su escritorio, prueba fehaciente de que no era un funcionario civil más. Pero hoy no tendría tiempo de practicar en el polígono las destrezas marciales que lo habían convertido en comandante del Rainbow... posición que irónicamente le negaba la posibilidad de demostrar que era uno de ellos. La señora Foorgate llegó poco después de las ocho, asomó la cabeza y vio el ceño fruncido que acompañaba siempre a sus tareas administrativas. Encendió la máquina de café, recibió el habitual gruñido matinal a manera de saludo, volvió a su escritorio y chequeó la máquina de fax. Nada nuevo bajo el sol. Acababa de empezar un nuevo día en Hereford.

Grady y sus hombres también estaban despiertos. Habían tomado su rutinario desayuno de té, huevos, tocino y tostadas (el desayuno irlandés típico no difería en mucho del británico). De hecho, ambos países no diferían en ninguna de sus costumbres fundamentales (rasgo que Grady y su gente no habían considerado jamás). Ambas sociedades eran corteses y extremadamente hospitalarias con los visitantes. Los ciudadanos de ambos países sonreían, trabajaban duro, miraban los mismos programas de TV, leían las mismas páginas deportivas, y practicaban casi los mismos deportes, que en ambos países eran pasión nacional... y bebían similares cantidades de cervezas similares en pubs fácilmente intercambiables de una nación a otra (a juzgar por los carteles y nombres que los identificaban).

Pero iban a distintas iglesias y tenían distintos acentos (aunque aparentemente idénticos para los extraños) que sonaban muy diferentes para cada uno de ellos. Tener oído para esas cosas era parte importante de la vida cotidiana, pero la televisión global estaba cambiando lentamente el mundo. Un visitante de cincuenta años atrás habría notado la cantidad de americanismos que impregnaban el habla, pero el proceso había sido tan gradual que los afectados no se habían dado cuenta. Era una situación común a todos los países con movimientos revolucionarios. Las diferencias eran ínfimas para los observadores de afuera pero quienes abogaban por el cambio las magnificaban al extremo, al punto tal que Grady y los suyos consideraban la semejanza con Inglaterra como un mero camuflaje conveniente para sus operaciones, y no como un rasgo en común que pudiera acercar a ambas naciones. Individuos con quienes podrían haber compartido una cerveza y charlado de fútbol eran para ellos tan extraños como marcianos... y por lo tanto fáciles de matar. Eran cosas, no “compañeros”, y por raro que esto fuera para un tercero observador y objetivo, ellos le prestaban tanta atención como al aire de esa mañana clara y despejada mientras se preparaban para la misión del día.

A las 10:30, Chávez y su grupo ingresaron al polígono de tiro. Dave

Woods había colocado las cajas de municiones en los lugares adecuados. Como el día anterior, Chávez decidió practicar con la pistola y no con la MP-10 (tan fácil de usar que cualquiera con un par de ojos y un dedo sano podía dispararla). Devolvió las municiones de 10 mm y tomó dos cajas de .45 ACP de fabricación estadounidense, con una punta hueca tan ancha que uno podía preparar cocktails en ella... o al menos esa impresión daba al mirarla.

El teniente coronel Malloy y sus tripulantes —el teniente Harrison y el sargento Nance— entraron al polígono cuando el Comando 2 empezaba a disparar. Los tres iban armados con la Beretta M9 estándar de las fuerzas armadas estadounidenses y disparaban balas de 9 mm, tal como lo requería la Convención de La Haya (EE.UU. no había firmado el tratado internacional que indicaba qué se podía hacer y qué no en el campo de batalla, pero EE.UU. respetaba las reglas por sobre todas las cosas). Los hombres del Rainbow usaban municiones más eficaces basándose en el principio de que no estaban en el campo de batalla sino, por el contrario, persiguiendo *criminales* que no merecían la amabilidad acordada a enemigos mejor organizados y uniformados. Cualquiera que lo pensara un poco diría que era una locura, pero ellos sabían que no había manera de hacer entrar en razón al mundo y disparaban las balas que debían disparar. En el caso de los comandos Rainbow, no menos de cien por día. Malloy y sus hombres tal vez llegaban a disparar cincuenta por semana, pero supuestamente no eran tiradores y su presencia allí era una simple cuestión de cortesía. Malloy era un excelente tirador, sin embargo, aunque disparaba con una sola mano (como los viejos militares estadounidenses). Harrison y Nance practicaban la moderna postura Weaver, con ambas manos sobre el arma. Malloy también extrañaba la .45 de su juventud, pero los servicios armados estadounidenses habían adoptado municiones de menor diámetro para complacer a los países de la OTAN... aunque abrían agujeros mucho más pequeños en las personas que uno supuestamente debía eliminar.

La niña se llamaba Fiona. Estaba a punto de cumplir cinco años y se había caído de la hamaca en el jardín de infantes. Las astillas de la madera le habían raspado un poco la piel, pero temían que se le hubiera quebrado el radio del antebrazo izquierdo. Cuando Sandy Clark le tomó el brazo, la niña se echó a llorar desconsoladamente. Lo manipuló lenta y cuidadosamente, sin modificar en nada la intensidad del llanto infantil. No estaba roto... bueno, probablemente tendría una fractura menor, pero casi seguro que no.

—Vamos a tomar una radiografía —le dijo Patsy, y le ofreció un caramelo de uva. El truco funcionó en Inglaterra tal como en Estados Unidos. Las lágrimas cesaron y la pequeña Fiona usó la mano derecha y los dientes para desgarrar el envoltorio plástico. Luego se metió el caramelo en su bonita boquita. Sandy le limpió el brazo con una gasa húmeda. No habría que darle puntos, eran sólo unos raspones desagra-

dables que pintaría con antiséptico y cubriría con dos bandas adhesivas grandes.

Esa Sala de Emergencias no era tan agitada como sus equivalentes estadounidenses. En primer lugar, estaba en el campo y había menos ocasiones de sufrir heridas graves... la semana pasada habían atendido a un granjero que casi se había arrancado el brazo con un implemento de agricultura, pero Sandy y Patsy no estaban de turno. Había menos accidentes automovilísticos que en áreas similares de EE.UU., porque los británicos, a pesar de las rutas angostas y la laxitud de los límites de velocidad, conducían mejor que los estadounidenses (hecho que no dejaba de sorprender a las Clark). En conjunto, el servicio era más civilizado en Inglaterra. El hospital tenía demasiado personal para los parámetros estadounidenses, de modo que nadie estaba casi nunca sobrecargado de trabajo (para asombro de las Clark). Diez minutos después, Patsy observó a contraluz la radiografía y comprobó que los huesos del antebrazo de Fiona estaban en perfectas condiciones. Treinta minutos después la envió de regreso al jardín de infantes. Ya era hora de almorzar. Patsy se sentó en su escritorio y retomó la lectura del último número de *The Lancet*. Su madre volvió al mostrador y se puso a charlar con un colega. Ambas deseaban perversamente tener más trabajo que hacer (aunque eso significara dolor para un desconocido). Sandy Clark le hizo notar a su colega inglés que desde que estaba en Inglaterra no había visto un solo herido por arma de fuego. En su hospital de Williamsburg, Virginia, tenían casi un caso por día, hecho que horrorizaba a sus colegas pero era parte del paisaje de la enfermera de emergencias estadounidense.

Hereford no era exactamente una comunidad soñolienta, pero el tránsito vehicular tampoco la convertía en una metrópolis agitada. Grady manejaba su auto alquilado, siguiendo a los camiones rumbo al objetivo. Iban más lento que de costumbre porque había previsto mayor cantidad de autos y, por lo tanto, un viaje más largo en duración. Podría haber apretado el acelerador e iniciado la misión más temprano, pero era un tipo metódico y cuando decidía un plan se atenía a él como un esclavo. De esa manera todos sabían qué debía ocurrir y cuándo, lo cual tenía una innegable lógica operativa. Para situaciones inesperadas cada miembro del equipo tenía un teléfono celular con esquemas de discado rápido para comunicarse con los otros miembros. En opinión de Sean, eran casi tan buenos como los radios tácticos de los militares.

Ahí estaba el hospital. En la base de una pendiente suave. La playa de estacionamiento parecía bastante despejada. Tal vez no hubiera muchos pacientes internados, o tal vez las visitas habían salido a almorzar para luego regresar junto a sus seres queridos.

Dimitri estacionó su auto alquilado al costado del camino princi-

pal. Estaba a medio kilómetro del hospital y, desde la cima de la colina, podía ver las entradas principal y lateral de la sala de emergencias. Apagó el motor luego de bajar las ventanillas automáticas y esperó. En el asiento de atrás tenía un par de binoculares baratos comprados en el aeropuerto. Decidió usarlos. En el asiento de al lado reposaba su teléfono celular, en caso de que fuera necesario. Vio detenerse tres camiones pesados cerca del hospital. Estaban más cerca que él, pero igualmente cubrían los accesos a la sala de emergencia.

Le vino un pensamiento bizarro a la cabeza. ¿Y si llamaba a Clark a Hereford y le advertía lo que estaba por ocurrir? *Él*, Popov, no quería que esos irlandeses sobrevivieran, ¿no? Si morían, tendría más de cinco millones de dólares y podría desaparecer de la faz de la tierra. Las islas del Caribe lo atraían, había estado mirando folletos de agencias de viajes. Tenían ciertas ventajas británicas —policías honestos, pubs, gente cordial— sumadas a una vida tranquila y despreocupada... y estaban lo suficientemente cerca de Estados Unidos para poder manejar sus inversiones sin dificultad...

Pero... no. Existía la posibilidad de que Grady escapara con vida y él no quería correr el riesgo de ser perseguido por ese irlandés intenso y vicioso. No, era mejor dejarlo jugar sin interferir. Así, se quedó sentado con los binoculares en las rodillas, escuchando música clásica por una de las estaciones de la BBC.

Grady estacionó su Jaguar. Abrió el baúl, retiró su paquete y guardó las llaves en el bolsillo. Timothy O'Neil bajó de su vehículo —había elegido una camioneta pequeña— y se quedó inmóvil, esperando que llegaran los otros cinco. Apenas llegaron abrió el teléfono celular y tocó el discado rápido número uno. A cien yardas de distancia, el celular de Grady empezó a sonar.

—¿Sí?

—Estamos listos, Sean.

—Adelante, entonces. También estamos listos. Buena suerte, muchacho.

—Muy bien, vamos a entrar.

O'Neil vestía el mameluco marrón típico de los repartidores. Caminó hacia la entrada lateral del hospital con una enorme caja de cartón seguido por cuatro hombres de civil con cajas de tamaño similar, aunque no del mismo color.

Molesto, Popov miró por el espejo retrovisor. Un patrullero acababa de entrar en el camino y, pocos segundos después, un agente de policía se acercó a su auto.

—¿Algún problema, señor? —le preguntó.

—Oh, no, en realidad no... es decir, llamé a la empresa de alquiler y, según ellos, viene alguien en camino. Ya ve.

—¿Qué pasó?

—No estoy seguro. El motor empezó a andar mal y me pareció buena idea frenar y apagarlo. De todos modos —repitió el ruso— llamé a la empresa y ya enviaron a alguien a solucionarlo.

—Ah, muy bien, entonces —El policía se desperezó. Aparentemente tenía más ganas de estirar las piernas que de ayudar a un automovilista en problemas. El *timing* podría haber sido mejor, pensó Popov.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el recepcionista.

—Tengo una entrega para la Dra. Chávez y la enfermera —miró la etiqueta de la caja en un alarde actoral— Clark. ¿Están de turno? —preguntó Timmy O'Neil.

—Ya mismo iré a buscarlas —dijo el recepcionista yendo a la sala de emergencia.

La mano del soldado del IRA se deslizó por el borde interno de la caja, lista para abrirla. Se dio vuelta y miró a los otros cuatro, que esperaban cortésmente en fila a sus espaldas. O'Neil se rascó la nariz y uno de ellos —llamado Jimmy Carr— salió del hospital. Había un patrullero afuera, un Range Rover, blanco con una banda naranja lateral. El policía estaba comiendo un sandwich, matando el tiempo tal como hacían sus equivalentes estadounidenses. Vio al hombre parado en la entrada con algo que parecía una caja de flores. Varios otros habían entrado con cajas similares, pero era un hospital y la gente solía llevarles flores a los enfermos... No obstante... el hombre de la caja blanca estaba mirando el patrullero, como solía hacer todo el mundo. El policía lo miró por pura curiosidad, pero sintió que su instinto policial empezaba a despertarse.

—Soy la Dra. Chávez —dijo Patsy. O'Neil vio que era casi tan alta como él y que su vientre enorme empujaba el guardapolvo blanco—. ¿Trajo algo para mí?

—Sí, doctora —En ese momento se acercó otra mujer. El parecido era sorprendente. Tenían que ser madre e hija... había llegado la hora.

Arrancó la tapa de la caja y extrajo en el acto su rifle AKMS. Por mirarlo, se perdió la expresión azorada de las dos mujeres. Tomó un cargador con la mano derecha y lo metió en el arma. Luego cambió de mano y apuntó. El ejercicio duró menos de dos segundos.

Patsy y Sandy estaban petrificadas, como suele sucederles a las personas confrontadas con armas. Tenían los ojos muy abiertos y las caras rígidas. Alguien gritó a la izquierda. Detrás del repartidor había otros tres con idénticas armas apuntando a todos los presentes. El día rutinario en la Sala de Emergencias se había transformado en algo muy diferente.

Afuera, Carr abrió su caja y sonrió al apuntarle al patrullero.

El motor estaba en marcha y el primer impulso del policía fue salir del lugar y reportarse. Puso marcha atrás con la mano izquierda y apretó el acelerador.

La respuesta de Carr fue automática. Levantó el arma, apuntó, apretó el gatillo... y disparó quince balas contra el parabrisas. El resultado fue inmediato. El Rover estaba retrocediendo en línea recta, pero apenas entraron las balas giró a la derecha y se estrelló contra la pared de ladrillo del hospital. Carr pegó un salto y miró dentro del patrullero. Acababa de comprobar que había un policía menos en el mundo... y eso no era una gran pérdida para él.

—¿Qué fue eso? —Fue el policía servicial y no Popov quien formuló la pregunta retórica. Era retórica porque el disparo de un arma automática es inconfundible. Volvió la cabeza y vio a un patrullero —idéntico al suyo— retroceder y luego estrellarse. Y después vio acercarse a un hombre, mirar y alejarse—. ¡Maldición!

Dimitri Arkadeyevich se quedó quieto, observando al policía que le había ofrecido una ayuda innecesaria. El tipo corrió a su vehículo y sacó un micrófono. Popov no pudo escuchar lo que decía... pero no había que ser mago para adivinarlo.

—Las tenemos, Sean —anunció O'Neil. Grady recibió la información, tocó el botón END y llamó al celular de Peter Barry.

—¿Sí?

—Timothy las tiene. La situación parece estar bajo control.

—OK.

Luego llamó a otro número.

—Hola, habla Patrick Casey. Hemos tomado el hospital comunal de Hereford. Tomamos como rehenes a la Dra. Chávez y la enfermera Clark, entre otros. Liberaremos a los rehenes si satisfacen nuestras exigencias. Si no lo hacen, los iremos matando uno a uno hasta que ustedes rectifiquen su error. Exigimos la liberación de todos los presos políticos de las cárceles de Albany y Parkhurst en la Isla de Wight. Cuando sean liberados y veamos su liberación por televisión abandonaremos el área. ¿Comprendido?

—Sí, comprendo —replicó el sargento. En realidad no comprendía nada, pero tenía la grabación de esa llamada y se la enviaría inmediatamente a alguien capaz de comprenderla.

Carr cubrió la entrada de camillas; los mellizos Barry ingresaron al interior del edificio por la entrada principal. Las cosas eran un poco caóticas. No habían escuchado el fusilamiento inicial de Carr y seguían con sus actividades normales. El guardia de seguridad del hospital, un

cincuentón vestido con algo parecido a un uniforme policial, iba caminando hacia la puerta cuando vio acercarse a los mellizos armados.

—¿Qué ocurre aquí? —alcanzó a decir el policía retirado (tradicionales palabras de todo policía británico) antes de que el cañón del fusil lo convenciera de levantar las manos y cerrar la boca. Sam lo agarró del cuello y lo arrastró al lobby principal. Allí, la gente vio las armas. Algunos gritaron. Otros corrieron hacia las puertas y lograron salir sin que les dispararan. Los mellizos Barry todavía tenían mucho que hacer.

El aviso radial del policía generó una respuesta muy superior al llamado telefónico de Grady, especialmente por la noticia de que un oficial de policía había sido baleado y probablemente muerto en su patrullero. La primera reacción del superintendente fue enviar todas sus unidades móviles al área del hospital. Sólo la mitad de ellas tenían armas de fuego, principalmente revólveres Smith & Wesson (absolutamente ineficaces para responder a un ataque con ametralladoras). La muerte del policía quedó comprobada cuando dejó de reportarse a pesar de las numerosas llamadas por radio.

Todas las estaciones de policía del mundo tienen respuestas preparadas para diversas emergencias. Ésta tenía un archivo titulado "Terrorismo". El superintendente lo releyó para asegurarse de no haber olvidado nada, aunque conocía el contenido de memoria. El número principal para esa emergencia era el del Home Office, y el superintendente informó lo poco que sabía al funcionario civil que atendió el teléfono, agregando que estaba en vías de conseguir más información y volvería a reportarse.

El edificio central del Home Office, próximo al Palacio de Buckingham, alojaba a los burócratas encargados de supervisar casi todos los aspectos de la vida en las islas británicas. Eso incluía la aplicación de la ley, y en ese edificio también había una carpeta de procedimientos que fue retirada de su estante. En ésta figuraban una nueva página y un nuevo número.

—Cuatro-dos-doble-tres —dijo Alice Foorgate al atender el teléfono. Era la línea exclusiva de tráfico vocal privilegiado.

—El señor Clark, por favor.

—Sí. Un momento, por favor.

—Señor Clark, tiene una llamada en doble-tres —anunció por intercom.

—Habla John Clark —dijo Rainbow Six levantando el receptor.

—Soy Frederick Callaway del Home Office. Tenemos una situación de emergencia —anunció.

—OK, ¿dónde?

—Muy cerca de donde están ustedes, en el hospital de Hereford.

El que llamó se identificó como Patrick Casey. Es el nombre codificado que el PIRA utiliza para designar sus operaciones.

—¿En el hospital de Hereford? —preguntó John, sintiendo que se le congelaba la mano sobre el teléfono.

—Correcto.

—Espere un segundo. Quiero que hablemos con otra persona —tapó la bocina con la mano—. ¡Alice! ¡Que Alistair atienda ya mismo!

—¿Sí, John?

—Señor Callaway, le presento a Alistair Stanley, mi mano derecha. Por favor repita lo que acaba de decirme.

Callaway lo hizo, y agregó:

—El terrorista identificó a dos rehenes: la enfermera Clark y la doctora Chávez.

—Oh, mierda —resopló John.

—Enviaré al comando de Peter, John —dijo Stanley.

—De acuerdo. ¿Algo más, señor Callaway?

—Es todo lo que sabemos por ahora. El superintendente de policía local está intentando conseguir más información,

—OK, gracias. Llámeme a este número si me necesita —Clark colgó el teléfono—. Carajo —dijo en voz muy baja.

Se le había disparado la mente. Los que habían investigado al Rainbow tenían una razón, y los dos nombres mencionados no eran pura casualidad. Era un desafío directo a él y a sus hombres... y estaban usando a su propia hija y a su esposa como carnada. Pensó que debería entregarle el mando a Al Stanley, y pensó que su esposa y su hija corrían peligro de muerte... y él no podía hacer nada para ayudarlas.

—Santo Dios —murmuró el mayor Peter Covington—. Sí, señor. Estamos en marcha —Se paró y les dijo a sus soldados—: Atención, tenemos trabajo. Muévanse ya.

Los miembros del Comando 1 fueron directo a sus *lockers*. Mike Chin fue el primero en estar listo. Se acercó a su jefe, que se estaba poniendo el chaleco antibalas.

—¿Qué pasa?

—PIRA, hospital local, tienen como rehenes a las esposas de Clark y Ding.

—¿Cómo es eso? —preguntó Chin, parpadeando incrédulo.

—Ya me oíste, Mike.

—Oh, mierda. OK —Volvió con el resto de los hombres—. Apúrense, muchachos, no es parte del entrenamiento.

Malloy acababa de subir a su Night Hawk. El sargento Nance ya estaba allí, retirando las banderas rojas de seguridad.

—Adelante, teniente —dijo Malloy.

—Encendiendo el uno —confirmó Harrison. El sargento Nance abordó el helicóptero y ajustó su cinturón de seguridad.

—Rotor de cola despejado, coronel —anunció, mirando hacia atrás. Malloy activó el radio.

—Comando, aquí Mr. Oso, estamos listos. ¿Qué quieren que hagamos? Cambio.

—Mr. Oso, aquí Five —Malloy escuchó sorprendido la voz de Stanley—. Despeguen y orbiten el hospital local. Tenemos un atentado allí.

—Repita, Five, cambio.

—Mr. Oso, tenemos sujetos en el hospital local. Los rehenes son las señoras Clark y Chávez. Las identificaron a ambas. Sus órdenes son despegar y sobrevolar el hospital.

—Entendido, copio. Mr. Oso despega en este momento —Accionó los controles con la mano izquierda y el Sikorsky ascendió al cielo.

—¿Escuché bien, coronel? —preguntó Harrison.

—Supongo que sí. Carajo —farfulló el *marine*. Alguien estaba agarrando al tigre de las bolas. Miró abajo y vio un par de camiones que abandonaban la base a toda velocidad en la misma dirección que él. Covington y el Comando 1, pensó. Ascendió a cuatro mil pies y llamó al centro de control de tráfico aéreo para anunciar su maniobra.

Había cuatro patrulleros bloqueando el acceso a las playas de estacionamiento del hospital pero nada más. Popov bajó los binoculares. Los policías se limitaban a mirar el edificio; dos de ellos tenían revólveres... apuntados al suelo.

Covington transmitió la información en uno de los camiones; Chin hizo lo propio en el otro. Los soldados quedaron perplejos: siempre se habían considerado a sí mismos y a sus familias inmunes *ipso facto* a esta clase de cosas... porque nadie había cometido hasta el momento la *estupidez* de atacarlos. Uno podía acercarse a la jaula del león y molestarlo con un palo, pero no si faltaban las rejas. Y uno jamás se metía con los cachorros del león, ¿no? No si quería seguir vivo cuando se pusiera el sol. Esto era una cuestión de familia para todos ellos. Atacar a la esposa del comandante de Rainbow era una cachetada en el rostro de todos sus subordinados, un acto de incomprensible arrogancia... y la mujer de Chávez estaba embarazada. Ella representaba dos vidas inocentes, y ambas le pertenecían a uno de los hombres que se entrenaba con ellos todas las mañanas y bebía con ellos en el bar, un compañero soldado, uno del equipo. Revisaron sus radios y quedaron inmóviles, con las armas en la mano, dejando vagar sus pensamientos... pero no muy lejos.

—Al, tendrás que hacerte cargo de esta operación —dijo John. Estaba parado junto a su escritorio, preparándose para partir. El Dr. Bellow estaba con ellos, y también Bill Tawney.

—Entiendo, John. Sabes lo buenos que son Peter y sus hombres.

Largo suspiro.

—Sí —No había mucho que decir.

Stanley miró a los demás.

—¿Bill?

—Usaron el código correcto. “Patrick Casey” jamás cayó en manos de la prensa. Es el nombre que utilizan para hacernos saber que la operación es auténtica... generalmente lo usan para amenazas de bombas y cosas por el estilo. ¿Paul?

—El hecho de identificar a su esposa y su hija implica un desafío directo a Rainbow. Nos están diciendo que conocen la existencia de Rainbow, que saben quiénes somos y, por supuesto, quién es *usted*, John. Están proclamando su pericia y su decisión de llegar hasta las últimas consecuencias —El psiquiatra sacudió la cabeza—. Pero si realmente son del PIRA, eso significa que son católicos. Tal vez pueda hacer algo. Vamos allá. Quiero comunicarme ya mismo con ellos.

Tim Noonan ya estaba en su auto, con el equipo táctico cargado en el baúl. Por lo menos sería fácil para él. Había dos nodos de teléfonos celulares en el área de Hereford y justamente los había usado para probar su nuevo *software*. Se dirigió al más lejano de los dos. Era la instalación típica: la usual torre candelabro emplazada en un espacio cercado con un trailer. Había un automóvil estacionado afuera. Noonan frenó y saltó del auto. No se molestó en cerrarlo. Diez segundos después, abrió la puerta del trailer.

—¿Qué es esto? —preguntó el técnico.

—Soy de Hereford. Necesitamos intervenir esta línea celular ahora mismo.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo! —Noonan se dio vuelta para que el tipo viera la pistola en su cadera—. Llame a su jefe. Sabe quién soy y a qué me dedico —Sin más explicaciones, se acercó al panel de energía e interrumpió las transmisiones desde la torre. Luego se sentó frente al sistema de control de la computadora e insertó el disquete que había llevado en el bolsillo de la camisa. Dos *clicks* del mouse y cuarenta segundos más tarde el sistema había sido modificado. A partir de ese momento sólo aceptaría números precedidos por el prefijo 777.

El técnico no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, pero tuvo el buen tino de no intentar discutirlo con un hombre armado.

—¿Hay alguien en el otro... al otro lado de la ciudad? —le preguntó Noonan.

—No, si hubiera algún problema yo tendría que resolverlo... pero no, no hay nadie.

—Las llaves —Noonan extendió la mano.

—No puedo hacer lo que me pide. Quiero decir, no estoy autorizado a...

—Llame a su jefe ahora mismo —sugirió el agente del FBI, pasándole el teléfono.

Covington saltó del camión cerca de unos camiones estacionados. La policía había marcado un perímetro para impedir el acceso a los curiosos. Trotó hasta el que parecía ser el oficial de mayor rango *in situ*.

—Aquí están —le dijo Grady por teléfono a Timmy O’Neil—. Seguro, y respondieron rápido. Tienen un aspecto formidable como de costumbre —agregó—. ¿Cómo andan las cosas adentro?

—Demasiada gente, Sean. No podemos controlarla adecuadamente. Tengo a los mellizos en el lobby principal, a Jimmy aquí conmigo, y a Daniel patrullando los pisos superiores.

—¿Y nuestros rehenes?

—¿Te refieres a las dos mujeres? Están sentadas en el suelo. A la joven le falta poco para dar a luz, Sean. Podría parir hoy.

—Trata de evitarlo, muchacho —aconsejó Grady con una sonrisa. Las cosas marchaban de acuerdo al plan y el tiempo estaba corriendo. Los malditos soldados habían estacionado sus camiones al lado de los suyos. Mejor, imposible.

El nombre de Houston no era Sam —su madre lo había bautizado Mortimer en homenaje a un tío dilecto—, pero lo llamaban así desde sus épocas en Fort Jackson, Carolina del Sur (once años atrás) y jamás se había quejado. Todavía tenía el rifle en la caja y estaba buscando un buen puesto de mira. Pensándolo bien, estaba parado en un buen lugar. Estaba preparado para cualquier cosa. Su rifle era gemelo del de su amigo Homer Johnston y su puntería era igualmente perfecta... (aunque, si alguien se lo preguntaba, respondería en el acto que era un poco mejor). Lo mismo podía decirse del Rifle Uno-Dos, sargento Fred Franklin, ex instructor de tiro en Fort Benning y letal a más de una milla de distancia con su rifle de acción rápida MacMillan .50.

—¿Qué opinas, Sam?

—Me quedaré aquí, Freddy. ¿Qué te parece si vas a aquella loma, pasando el helipuerto?

—Me parece bien. Hasta luego —Franklin cargó la caja sobre el hombro y avanzó en la dirección indicada.

—Esos tipos me asustan —admitió Roddy Sands por teléfono.

—Ya lo sé, pero uno de ellos está lo suficientemente cerca para ser eliminado en seguida, Roddy. Tú te encargarás de él.

—Claro, Sean —obedeció Sands. Estaba en el sector de carga del enorme camión Volvo.

Con las llaves del otro trailer en su poder, Noonan volvió a su auto. Tardaría veinte minutos en llegar... no, más. La ruta estaba superpoblada, y aunque portaba una pistola e incluso identificación policial, su vehículo no tenía sirena... (administrículo que se le había pasado por alto, para su repentino y justificado enojo). ¿Cómo carajo se había olvidado de la sirena? *Era* policía, ¿no? Subió a la banquina, encendió las luces de emergencia y clavó el puño en la bocina mientras pasaba a toda velocidad junto a los autos detenidos.

Chávez apenas reaccionó. En vez de mostrar furia o miedo, se replegó sobre sí mismo. Su cuerpo pequeño pareció reducirse todavía más ante los ojos de Clark.

—OK —dijo por fin. Tenía la boca seca—. ¿Qué vamos a hacer?

—El Comando 1 ya debe estar allí. Al está a cargo de la operación. Nosotros somos espectadores.

—¿Vamos para allá?

Clark titubeó, algo inusual en él. Una parte de su ser le aconsejaba quedarse sentado en su oficina y esperar... No tenía sentido torturarse sabiendo que no podía hacer nada. Su decisión de delegar el mando a Stanley había sido correcta. No podía permitir que lo afectaran sus emociones personales. Había otras vidas en juego, no sólo las de su esposa e hija, y Stanley era un profesional que haría lo correcto sin necesidad de que le dijera nada. Por otra parte, quedarse allí escuchando informes telefónicos o radiales era mucho peor. Fue hasta su escritorio, abrió un cajón y sacó su Beretta .45 automática. La enganchó del cinturón sobre su cadera derecha. Vio que Chávez también llevaba su arma.

—Vamos.

—Espere —Chávez levantó el teléfono del escritorio de Clark y llamó al edificio del Comando 2.

—Sargento mayor Price —respondió una voz.

—Eddie, soy Ding. John y yo nos dirigimos al teatro de operaciones. Quedas al mando del Comando 2.

—Sí, señor, entendido. El mayor Covington y sus muchachos son tan buenos como nosotros, y el Comando 1 está en perfectas condiciones de emprender la misión.

—OK. Llevo mi radio.

—Buena suerte, señor.

—Gracias, Eddie —Colgó—. Vamos, John.

Tuvieron el mismo problema que Noonan con el tránsito, y adop-

taron la misma solución (luces de emergencias y bocina a pleno). Lo que debió haber sido un viaje de diez minutos se duplicó en tiempo.

—¿Quién habla?

—El superintendente Fergus Macleash —respondió el policía desde el otro extremo del circuito telefónico—. ¿Y usted quién es?

—Patrick Casey, por ahora —contestó Grady—. ¿Ya habló con la gente del Home Office?

—Sí, señor Casey, hablé —Macleash miró a Stanley y Bellow. Los tres estaban en su puesto de comando, a media milla del hospital.

—¿Cuándo liberarán a los presos tal como exigimos?

—Señor Casey, la mayoría de los funcionarios están almorzando en este momento. La gente con la que hablé en Londres está tratando de encontrarlos y hacerlos volver a sus puestos. Todavía no pude hablar con ningún funcionario jerárquico, ya ve.

—Sugiero que les diga a los de Londres que los encuentren pronto. No soy por naturaleza un hombre paciente.

—Necesito que me confirme que nadie resultó herido —intentó Macleash.

—Salvo uno de sus agentes, no, nadie resultó herido... todavía. Pero la situación cambiará radicalmente si nos atacan, y también si usted y sus amigos de Londres nos hacen esperar demasiado. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí, señor, entiendo perfectamente lo que acaba de decir.

—Tienen dos horas. Después, empezaremos a eliminar rehenes. Tenemos una buena reserva, sabe.

—Como usted comprenderá, si lastiman a un rehén la situación cambiará fundamentalmente, señor Casey. Mis posibilidades de negociar en su favor se reducirán drásticamente si traspasa ese límite.

—Es problema suyo, no mío —fue la helada respuesta—. Tengo más de cien personas aquí, entre ellas la esposa y la hija del jefe del comando antiterrorista. Serán las primeras en sufrir las consecuencias de su inoperancia. Ahora la quedan una hora y cincuenta y ocho minutos para iniciar la liberación de todos los presos políticos de las cárceles de Albany y Parkhurst. Sugiero que empiece a moverse ya mismo. Adiós —línea muerta.

—Habla en serio —comentó Bellow—. Parece una voz madura, de unos cuarenta años, y confirmó que sabe quiénes son las señoras Clark y Chávez. Estamos frente a un profesional que cuenta con excelente información de inteligencia. ¿Cómo la habrá conseguido?

Bill Tawney clavó la vista en el piso.

—No lo sé, doctor. Teníamos indicios de que alguien nos estaba indagando, pero esto es excesivamente perturbador.

—OK. La próxima vez que llame hablaré con él —dijo Bellow—. Veré si puedo tranquilizarlo un poco.

—Peter, aquí Stanley —dijo Rainbow Five por radio táctica.

—Aquí Covington.

—¿En qué andan?

—Los dos rifleros están en posición, para vigilancia y reunión de inteligencia. Los demás están conmigo. Van a traerme un diagrama del edificio. Todavía no tenemos una estimación fehaciente de la cantidad de sujetos y/o rehenes —Vaciló antes de proseguir—. Recomiendo que consideremos la posibilidad de convocar al Comando 2. El edificio es demasiado grande para cubrirlo con ocho hombres, en caso de que debamos entrar.

Stanley asintió.

—Muy bien, Peter. Los llamaré.

—¿Cómo andamos de combustible? —preguntó Malloy. Estaban sobrevolando en círculos el hospital.

—Tenemos suficiente para más de tres horas y media, coronel —respondió el teniente Harrison.

Malloy observó el sector de carga del Night Hawk. El sargento Nance estaba preparando las sogas de descenso. Una vez concluida esa tarea ocupó el asiento de salto (entre y detrás de los asientos del piloto y el copiloto), con la pistola claramente visible en su sobaquera.

—Bien, vamos a quedarnos aquí un buen rato —dijo el *marine*.

—¿Señor, qué opina de...?

—Opino que no me gusta en lo más mínimo, teniente. Aparte de eso, conviene que no pensemos demasiado en el asunto —Era una respuesta mentirosa, y todos lo sabían. Decirles que dejaran de pensar era como decirle al mundo que dejara de dar vueltas. Malloy observaba el área del hospital, buscando ángulos de aproximación para descensos con soga larga o en línea recta. No parecía difícil de hacer, en caso de que fuera necesario.

La vista panorámica desde el helicóptero era sumamente útil. Malloy podía verlo todo. Había automóviles estacionados por todas partes y varios camiones cerca del hospital. Los patrulleros policiales se distinguían por las luces azules parpadeantes. Habían detenido el tránsito... todas las rutas estaban taponadas, por lo menos las que conducían al hospital. Como de costumbre, las rutas de salida estaban despejadas. Como por arte de magia, un camión estacionó a media milla del hospital, sobre la loma donde ya había varios autos estacionados. Probablemente con la sola intención de curiosar, pensó el *marine*. Siempre pasaba lo mismo, eran como buitres acechando un futuro esqueleto. Sumamente desagradable, y muy humano.

Popov se dio vuelta al escuchar la frenada del camión blanco de la televisión, a menos de diez metros del baúl de su Jaguar alquilado. Tenía una fuente satelital en el techo. Tres hombres saltaron del vehículo todavía en marcha. Uno trepó la escalera lateral y elevó la fuente

angular. Otro cargó al hombro su Minicam y un tercero, evidentemente periodista, se ajustó el nudo de la corbata. Habló brevemente con uno de los otros dos y luego se dio vuelta y miró hacia el hospital. Popov los ignoró.

Por fin, masculló Noonan al llegar a la segunda estación celular. Estacionó el auto, bajó y buscó las llaves que le había dado el técnico. Tres minutos después cargaba el *software* en la computadora.

—Noonan a Stanley, cambio —llamó por radio táctica.

—Aquí Stanley.

—OK, Al, acabo de interceptar la otra célula. A partir de ahora, ningún teléfono celular debería funcionar en el área.

—Muy bien, Tim. Reúnete con nosotros.

—Entendido, voy para allá —Se ajustó el casco, colocando el micrófono exactamente frente a sus labios y sosteniendo el auricular en su sitio. Subió a su automóvil y enfiló hacia el hospital. *OK, bastardos, pensó, traten de usar sus malditos celulares, a ver si pueden.*

Como solía ocurrir en las situaciones de emergencia, pensó Popov, era imposible saber qué estaba ocurriendo. Había por lo menos quince vehículos policiales a la vista, más los dos camiones del ejército de la base Hereford. Los binoculares no le permitían reconocer a nadie, pero sólo había visto a uno de cerca: al jefe de la unidad. Probablemente estaría en un puesto de comando, no a cielo abierto. Suponiendo que estuviera presente en el teatro de operaciones....

Dos hombres con cajas largas (rifleros, probablemente) se habían alejado de los camiones camuflados. Ahora era imposible verlos, aunque... sí, ahí estaba uno de ellos. Apenas una mancha verde en el paisaje. Muy inteligente de su parte. Estaría usando su mira telescópica para mirar por las ventanas y reunir información que transmitiría por radio a su comandante. Sabía que el otro andaba rondando por ahí, pero no podía verlo.

—Rifle Uno-Dos a Comando —llamó Fred Franklin.

—Uno-Dos, aquí Comando —respondió Covington.

—En posición, señor, pero no veo nada en las ventanas de planta baja. Movimiento de cortinas en el tercer piso, como si alguien estuviera espionando, pero nada más.

—Entendido, gracias. Prosiga la vigilancia.

—Entendido. Rifle Uno-Dos, fuera —Varios segundos después, Houston reportó noticias similares.

—Por fin —dijo Covington. Acababa de llegar un patrullero con el

diagrama del hospital. La gratitud de Peter se evaporó apenas miró las primeras dos páginas. Había montones de cuartos, la mayoría en los pisos superiores, y en cualquiera de ellos podía haber un hombre armado... peor aún, todos estarían ocupados por personas, en su mayoría enfermas, que no tolerarían el impacto de las bengalas explosivas. Ahora que sabía a qué atenerse, lo único que jugaba a su favor era reconocer la dificultad de la misión.

—¿Sean?

Grady se dio vuelta.

—¿Sí, Roddy?

—Están allá —señaló a lo lejos. Los soldados de uniformes negros estaban parados detrás de sus camiones militares, a pocos metros de los camiones de los propios irlandeses.

—Sólo cuento seis, muchacho —dijo Grady—. Esperábamos diez o más.

—Mal momento para ponerte codicioso, Sean.

Grady lo pensó un segundo, luego miró su reloj. Le había destinado entre cuarenta y cinco a sesenta minutos a la misión. A su entender, otorgarle más tiempo sería un grave error táctico ya que permitiría una mejor organización del enemigo. Faltaban diez minutos para el plazo más corto. Hasta el momento las cosas marchaban de acuerdo con lo planeado. Los caminos de ingreso al hospital estarían bloqueados, no así los de salida. Tenía sus tres camiones grandes, la camioneta y dos autos comunes, todos a cincuenta metros a la redonda. La parte crucial del trabajo aún no había empezado, pero todos sus hombres sabían perfectamente qué hacer. Roddy tenía razón. Era hora de abrir el juego. Le hizo señas a su subordinado y llamó a Timothy O'Neil por teléfono celular.

Pero no pudo comunicarse. Sólo se escuchaba un tono insistente que indicaba que el llamado no había llegado a destino. Molesto, apretó las teclas END y REDIAL... y obtuvo idéntico resultado.

—¿Qué es esto...? —dijo, intentándolo por tercera vez—. Roddy, dame tu teléfono.

Sands obedeció. Todos eran idénticos por fuera y habían sido idénticamente programados. Pulsó la misma tecla de discado rápido... y nuevamente obtuvo el tono insistente por respuesta. Más confundido que enojado, sintió un vacío repentino en el estómago. Había planeado opciones para muchas cosas, pero no para ésta. Necesitaba coordinar a los tres grupos para que la misión funcionara. Todos sabían lo que debían hacer, pero no cuándo. Y no harían nada hasta que él no les diera la orden.

—Carajo... —masculló en voz muy baja, para sorpresa de Roddy Sands. Luego intentó llamar al operador de celulares, pero sin resultado—. Los malditos teléfonos dejaron de funcionar.

—Hace tiempo que no tenemos noticias —observó Bellow.

—Todavía no nos dio ningún número de teléfono.

—Prueben éstos —Tawney les pasó una lista manuscrita de números del hospital. Bellow marcó el de la Sala de Emergencias en su celular, precedido por el prefijo 777. Sonó medio minuto hasta que alguien atendió.

—¿Sí? —Era una voz con acento irlandés, pero diferente de la que habían escuchado antes.

—Quiero hablar con el señor Casey —dijo el psiquiatra, activando el *speaker*.

—En este momento no se encuentra aquí —fue la parca respuesta.

—¿Podría llamarlo, por favor? Tengo que decirle algo.

—Espere —respondió la voz.

Bellow anuló el micrófono del celular.

—La voz es diferente. No es el mismo tipo. ¿Dónde está Casey?

—En algún otro lugar del hospital, supongo —sugirió Stanley.

Su respuesta resultó desacertada. Pasaron varios minutos y nadie respondió el llamado.

Noonan tuvo que demostrar su identidad en dos puestos de guardia policial, pero finalmente vio el hospital a lo lejos. Le avisó por radio a Covington que estaba a cinco minutos de distancia y se enteró de que nada había cambiado.

Clark y Chávez bajaron de su vehículo a cincuenta yardas de los camiones verdes en los que se había trasladado el Comando 1. El Comando 2 estaba en camino, también en un camión del ejército británico pintado de verde (con escolta policial para acelerar el trámite). Chávez tenía una colección de fotos de terroristas del PIRA. Las había encontrado en un escritorio de inteligencia. Lo más difícil era evitar que le temblaran las manos (no sabía si de ira o de miedo). Apeló a todo su entrenamiento profesional para concentrarse en lo que debía y dejar de preocuparse por su esposa, su suegra... y su futuro hijo. Sólo lo conseguía mirando las fotos, no el pasto, porque las fotos eran rostros que podía detectar y matar, mientras que el césped verde que rodeaba el hospital era un mero paisaje vacío, el fatal territorio del miedo. En momentos como ése lo esencial era tragarse las emociones y fingir que uno controlaba la situación, pero Chávez estaba comprobando en carne propia que, si bien era fácil mostrar arrojo y valentía cuando se trataba de uno mismo, saber que alguien que uno amaba corría peligro era devastador, y en ese caso el coraje importaba un reverendo bledo y lo único que uno podía hacer era... nada. Uno era un simple espectador, nada más: observaba una competencia brutal donde corrían grave peligro las vidas de los que amaba... pero sin poder participar en ella. Lo

único que podía hacer era observar y confiar en el profesionalismo del Comando 1 de Peter Covington. Una parte de él sabía que Peter y sus muchachos eran tan buenos como él mismo y su grupo, y que si el rescate era posible, ellos lo ejecutarían a la perfección... pero no era lo mismo que estar ahí en persona, y hacerse cargo, y hacer que ocurriera lo que debía ocurrir. Ese mismo día, más tarde, volvería a tener a su amada esposa en sus brazos... o ella y su hijo aún no nacido les serían arrebatados para siempre. Sus manos aferraron las fotos generadas por computadora con tanta fuerza que se les doblaron los bordes. Su único consuelo era el peso de la pistola que llevaba metida en el cinturón. Era una sensación familiar, aunque por el momento inútil.

—Y bien, ¿cómo debo llamarlo? —preguntó Bellow cuando la línea telefónica entró nuevamente en actividad.

—Puede llamarme Timothy.

—Está bien —dijo Bellow con tono amistoso—. Me llamo Paul.

—Usted es estadounidense —comentó O'Neil.

—Así es. Igual que sus rehenes, la doctora Chávez y la señora Clark.

—¿Y?

—Y... bien, yo creía que sus enemigos eran los británicos, no nosotros los estadounidenses. ¿Usted sabe que esas dos mujeres son madre e hija, verdad? —Tenía que saberlo, por eso podía mencionarlo sin arriesgarse a filtrar información importante.

—Sí —replicó el irlandés.

—¿Sabía que ambas son católicas, como usted?

—No.

—Bien, lo son —aseguró Bellow—. Pregúnteselos. De hecho, el apellido de soltera de la Sra. Clark es O'Toole. Es una ciudadana estadounidense de origen católico irlandés. ¿Por qué la considera su enemiga, Timothy?

—Ella es... su marido es... quiero decir...

—Él también es un estadounidense de origen católico irlandés, y hasta donde yo sé jamás realizó ninguna acción contra ustedes ni contra la gente que compone su organización. Por eso me resulta difícil entender el por qué de esta amenaza.

—Su marido es el jefe del grupo Rainbow, y ellos matan gente por orden del gobierno británico.

—No, a decir verdad no es así. Rainbow es una creación de la OTAN. La última vez que salimos en misión tuvimos que rescatar treinta niños. Yo también estuve allí. Los terroristas asesinaron a uno de sus pequeños rehenes, una niña holandesa llamada Anna. Ella estaba desahuciada, Timothy. Tenía cáncer, pero los terroristas no tuvieron paciencia. Uno de ellos le disparó por la espalda y la mató. Probablemente lo habrá visto por televisión. Es algo que una persona religiosa no haría jamás... mucho menos un católico. Un católico no podría asesinar a una

niña de ese modo, ni de ningún otro. Y la Dra. Chávez está embarazada. Estoy seguro de que se dio cuenta. Si le hacen daño a ella, ¿qué pasará con el bebé? No sería un simple asesinato, Timothy. También estarían abortando su futuro hijo. Sé lo que piensa la Iglesia Católica al respecto. Y usted también lo sabe. Y el gobierno de la República de Irlanda también lo sabe. Por favor, Timothy, ¿me hará el favor de pensar seriamente en lo que piensa hacer? Son personas de carne y hueso, no abstracciones, y el bebé en el vientre de la Dra. Chávez también es una persona de carne y hueso. Como sea, tengo algo que decirle al señor Casey. ¿Todavía no lo encontraron? —preguntó el psiquiatra.

—Yo... no, no, no puede hablar por teléfono ahora.

—Bueno, tengo que irme. Si vuelvo a llamar a este número, ¿usted me atenderá?

—Sí.

—Bien. Llamaré en cuanto tenga noticias para ustedes —Bellow cortó la comunicación—. Buenas noticias. Hablé con otro individuo, más joven, no tan seguro de sí mismo. Tengo un arma psicológica contra él. *Es verdaderamente católico, o al menos cree serlo. Eso significa conciencia y reglas estrictas. Puedo trabajarle la conciencia —concluyó sobriamente pero con confianza.*

—¿Pero dónde está el otro? —preguntó Stanley—. A menos que...

—¿Eh? —preguntó Tawney.

—A menos que no esté allí.

—¿Eh? —preguntó Bellow.

—A menos que no esté en el hospital. Nos llamó, pero hace rato que no sabemos nada de él. ¿No tendría que habernos llamado?

Bellow asintió.

—Hubiera creído que sí, claro.

—Pero Noonan anuló los teléfonos celulares —señaló Stanley. Encendió su radio táctica—. Aquí Comando. Busquen a un sujeto que intente utilizar un teléfono celular. Podríamos tener dos grupos de sujetos *in situ*. Cambio.

—Comando, aquí Covington. Entendido.

—¡Carajo! —bramó Malloy en el helicóptero.

—¿Quiere que aterricemos en algún lugar? —preguntó Harrison. El *marine* negó con la cabeza.

—No, mientras estemos arriba no podrán vernos. Permanezcamos cubiertos un poco más.

—¿Qué diablos...? —comentó Chávez, mirando a su suegro.

—¿Adentro/Afuera? —especuló Clark.

Grady estaba a punto de perder los estribos. Había intentado siete

veces seguidas hacer una llamada con su celular... sólo para encontrar el mismo sonido desquiciante. Contaba con una situación táctica virtualmente perfecta, pero carecía de la posibilidad de coordinar a sus equipos. Ahí estaban esos tipos de Rainbow, a menos de cien metros de los dos camiones Volvo. Pero no duraría demasiado. La policía local pronto comenzaría a rodear el área. Podía ver entre ciento cincuenta y doscientas personas en grupos pequeños a trescientos metros del hospital. La hora era certera. Los blancos estaban allí.

Noonan subió la pendiente y se dirigió adonde estaba el comando, preguntándose qué diablos podría hacer. Interferir el edificio (su tarea habitual) implicaba acercarse. Pero estaban a plena luz del día y acercarse sería difícil... más que difícil, imposible hasta que cayera la noche. Bueno, por lo menos había cumplido su deber esencial: impedir que el enemigo usara teléfonos celulares (si es que se les ocurría hacerlo, cosa que desconocía por completo). Disminuyó la velocidad al acercarse y vio a Peter Covington hablando con sus tiradores de uniformes negros.

Chávez y Clark estaban haciendo lo mismo, de pie, inmóviles, a pocas yardas del automóvil oficial de Rainbow Six.

—Tienen que asegurar el perímetro —dijo Ding. ¿De dónde habían salido todos esos vehículos? Probablemente estaban en el área cuando se oyeron los primeros disparos. Como siempre, la maldita camioneta de TV con su fuente satelital desplegada y “una cosa” (aparentemente un periodista) que hablaba sin parar frente a una Minicam a tracción humana. Entonces, pensó Chávez, su familia en peligro satisfacía el espíritu deportivo de los malditos telespectadores.

Grady debía tomar una decisión, ya mismo. Debía hacerlo ahora mismo... si quería alcanzar su objetivo y luego escapar. Su paquete de armas estaba en el suelo, cerca del auto alquilado. Se lo dejó a Roddy Sands y caminó hasta el camión Volvo más distante.

—Sean —dijo una voz desde el sector de carga—, los jodidos teléfonos no funcionan.

—Ya sé. Empezamos en cinco minutos. Cubre a los demás y luego sigue las instrucciones del plan.

—OK, Sean —replicó la voz. Gary oyó el tumulto de las armas en el interior del camión. Se acercó al otro y transmitió el mismo mensaje. Luego al tercero. Había tres hombres en cada camión. Las lonas que cubrían los sectores de carga estaban agujereadas (como las almenas de un castillo), y permitían a los terroristas espiar a los soldados a menos de cien metros de distancia. Grady volvió a su Jaguar. Confirmó la hora al subir. Miró a Roddy Sands y asintió.

El camión del Comando 2 bajaba la pendiente rumbo al hospital, precedido por el automóvil de Noonan.

Popov observaba el área con sus binoculares. Vio aparecer un tercer camión militar. Vio más hombres sentados atrás, probablemente refuerzos para las tropas que ya estaban en el lugar. Miró el sector de los soldados. ¿Ese no era... John Clark? se preguntó. Apartado de los demás. Bueno, si su esposa era uno de los rehenes tenía lógica permitir que otro —debía tener una mano derecha en la organización— comandara el operativo. De modo que debería limitarse a mirar, tenso y tal vez desesperado.

—Perdón —Popov se dio vuelta y vio al periodista y su camarógrafo. Cerró los ojos, maldiciéndolos en silencio.

—¿Sí?

—¿Podría darnos su impresión de lo que está ocurriendo aquí? En primer lugar, queremos saber su nombre y el motivo de su presencia en este lugar.

—Bien, yo... mi nombre es... me llamo Jack Smith —dijo Popov con su mejor acento londinense—. Estaba aquí, en el campo... observo pájaros, sabe. Quería disfrutar de la naturaleza, es un lindo día, ya ve, y...

—¿Tiene idea de lo que está pasando allá abajo, señor Smith?

—No, no, en realidad no —respondió sin quitarse los binoculares. No quería que le vieran la cara. *Nichevo!* Allá estaba Sean Grady, parado junto a Roddy Sands. De haber creído en Dios, hubiera invocado su nombre en ese momento... al ver lo que estaban haciendo. Sabía exactamente lo que estaban pensando en ese efímero instante.

Grady se agachó, abrió el paquete y sacó su rifle de asalto AKMS. Luego introdujo el cargador, desplegó el arma y, con solo un movimiento suave se irguió y la apoyó sobre su hombro. Un segundo después apuntó y disparó contra el grupo de soldados de uniforme negro. Un segundo después, los hombres escondidos en los camiones hicieron lo mismo.

No hubo ninguna clase de advertencia. Las balas se incrustaron en el costado del camión que les servía de trinchera, pero, antes de que los hombres del Comando 1 pudieran reaccionar, se incrustaron también en sus cuerpos. En los primeros dos segundos cayeron cuatro soldados. Los demás lograron arrojar al suelo. Desde allí intentaron identificar el origen de los disparos.

Noonan los vio caer y tardó un segundo en comprender lo que estaba ocurriendo. Luego anunció por radio táctica:

—¡Advertencia, advertencia, el Comando 1 está siendo atacado desde atrás!

Mientras hablaba, sus ojos intentaban localizar el origen de los disparos. Tenían que estar cerca, seguramente en el camión grande. Pisó el acelerador y avanzó en esa dirección, aferrando la pistola con su mano derecha.

Mike Chin había recibido un balazo en cada muslo. El efecto sorpresa sólo contribuyó a aumentar el dolor. No estaba preparado para esa clase de ataque y el dolor lo paralizó durante varios segundos. Finalmente logró arrastrarse a lugar seguro.

—Chin herido, Chin herido —musitó por radio. Se dio vuelta con dificultad y vio a otro miembro del Comando 1 tirado en el suelo. Del costado de su cabeza manaba un hilo de sangre oscura.

El sargento Houston alejó la mira de su rifle y giró la cabeza hacia la derecha, en dirección a la súbita e inesperada ráfaga. *¿Qué carajo...?* Vio el cañón de un rifle asomar por el costado de uno de los camiones y apuntó hacia la derecha, al posible blanco.

Roddy Sands vio el movimiento. Sabía dónde estaba el rifle, pero el camuflaje le impedía detectarlo. El movimiento resolvió el enigma: el blanco estaba a sólo ciento cincuenta metros. Apuntó hacia abajo y a la izquierda y apretó el gatillo. Avanzó disparando ráfagas continuas contra la sombra oculta en la pendiente.

Houston alcanzó a disparar una ráfaga, pero una bala se le incrustó en el hombro derecho (el protector corporal podía rechazar balas de pistola, pero no de rifle de repetición). Ni el coraje ni la fuerza física curaban los huesos rotos. El impacto lo hizo caer al suelo y, un segundo después, tuvo que admitir que su brazo derecho no volvería a moverse. Por puro instinto giró a la izquierda e intentó desenfundar su pistola con la mano que le quedaba sana mientras anunciaba por radio que él también estaba herido.

Para Fred Franklin fue más fácil. Estaba demasiado lejos y bien oculto bajo el camuflaje para ser blanco fácil de los terroristas. Tardó

unos segundos en comprender lo que estaba pasando, pero los gritos y gruñidos que escuchó por el auricular bastaron para enterarlo de que algunos miembros del comando estaban malheridos. Barrió el área con la mira y vio el cañón de un rifle asomando de un camión. Retiró el seguro, apuntó y disparó su primera ráfaga calibre .50. Sus disparos retumbaron en el silencio. El rifle MacMillan utilizaba el mismo cargador calibre .50 que una ametralladora pesada y disparaba balas de 2 onzas a 2.700 pies por segundo. Dadas sus características, cubrió la distancia en menos de un tercio de segundo y abrió un orificio de media pulgada en el costado del camión. Pero era imposible saber si había dado en el blanco humano. Giró el rifle a la izquierda en busca de un nuevo blanco. Vio otro camión grande, con agujeros en la lona, pero sin nadie adentro. Más a la izquierda... allí, vio un tipo disparando su rifle... contra Sam. El sargento Fred Franklin apuntó y disparó su segunda ráfaga del día.

Roddy Sands estaba seguro de haber herido a su blanco... y ahora pretendía matarlo. A su izquierda, Sean ya había regresado al auto y se preparaba para la fuga que emprenderían en menos de dos segundos.

Grady encendió el motor y se dio vuelta para mirar a su subordinado más confiable. Justo en ese momento, la bala se incrustó en la nuca de Sands. El enorme proyectil calibre .50 le hizo explotar la cabeza como si fuera una lata de sopa. En su larga trayectoria terrorista Grady jamás había visto algo así. Sólo quedaba la mandíbula en su lugar. El cuerpo cayó al suelo, desarticulado, y el Comando 1 se anotó su primer muerto del día.

Noonan frenó a menos de un metro del tercer camión. Bajó cautelosamente y escuchó el característico sonido de las armas tipo Kalashnikov. Eran enemigos... y debían estar cerca. Sosteniendo su Beretta con las dos manos, observó la parte de atrás del camión y se preguntó cómo... ¡sí! Había una escalera de mano en la puerta trasera. Deslizó el pie sobre el primer escalón y trepó. Encontró una lona enorme desplegada en el extremo. Guardó la pistola en el cinturón y sacó su cuchillo de combate K-Bar. Cortó una de las cuerdas que sujetaban la lona y levantó uno de los extremos con la mano izquierda. Debajo había tres hombres disparando hacia la izquierda con sus armas automáticas. OK. No se le pasó por la cabeza decirles ni gritarles nada. Siempre sosteniendo la lona con la mano izquierda, apuntó con la derecha. La primera ráfaga era doble acción: su dedo apretó lentamente el gatillo y la cabeza más cercana voló en pedazos, separándose del cuerpo (que cayó sin ruido). Los otros dos estaban demasiado distraídos por el ruido de sus armas y no escucharon la pistola. Noonan volvió a apuntar y disparó una segunda ráfaga contra la siguiente cabeza. El tercer hombre sintió el peso del cuerpo de su compañero y se dio vuelta para mi-

rar. Abrió muy grandes sus ojos pardos. Saltó al costado del camión y levantó su rifle, pero no con la velocidad necesaria. Noonan le disparó dos balas en el pecho, recargó su pistola, y le plantó un último disparo en el centro de la nariz. La bala salió por el cerebro, pero el hombre ya estaba muerto. Miró a los tres blancos y, una vez seguro de que estaban muertos, saltó del camión y se dirigió al próximo. Se detuvo a recargar su pistola. (Una parte de su mente reconocía vagamente que Timothy Noonan estaba funcionando con piloto automático, casi sin pensar).

Grady arrancó a toda velocidad y empezó a tocar bocina. Ésa era la señal para que los demás despejaran el terreno, incluidos los que estaban en el hospital (a quienes no podía alertar por teléfono celular).

—¡Cristo Santo! —farfulló O'Neil al escuchar los primeros disparos—. ¿Por qué carajo no...?

—Demasiado tarde para preocuparse por eso, Timmy —le dijo Sam Barry, haciéndole señas a su hermano y enfilando hacia la puerta. Jimmy Carr ya estaba allí y el último miembro del equipo interno se les unió diez segundos después.

—Es hora de partir, muchachos —anunció O'Neil. Miró a las dos rehenes principales y pensó en llevarlas con ellos, pero la embarazada no podría seguirles el paso y había que recorrer treinta metros para llegar a la camioneta. El plan había fracasado, aunque no sabía por qué, y era hora de escapar de allí.

El tercer camión militar se detuvo a pocas yardas del auto de Noonan. Eddie Price fue el primero en bajar de un salto, con su MP-10 en la mano. Inmediatamente se agachó e intentó identificar los ruidos. Fuera lo que fuese, estaba sucediendo demasiado rápido... y no tenía ningún plan. Se había entrenado para esta clase de situación en la infantería, pero habían pasado veinte años de aquello. Ahora era soldado de operaciones especiales y supuestamente debía conocer cada paso antes de darlo. Mike Pierce se detuvo junto a él.

—¿Qué mierda está pasando, Eddie?

En ese preciso instante vieron saltar a Noonan del camión Volvo, quien también los vio y les hizo señas de acercarse.

—Supongo que lo seguimos a él —dijo Price. Louis Loiselle apareció al lado de Pierce y ambos salieron corriendo. Paddy Connolly se sumó al grupo, buscando en su mochila una bengala explosiva.

O'Neil y sus cuatro hombres salieron corriendo por la entrada de emergencia y llegaron a su camioneta sin ser detectados ni derribados. Había dejado las llaves puestas y el vehículo arrancó antes de que los otros tuvieran tiempo de cerrar las puertas.

—Advertencia, advertencia —llamó Franklin por radio—. Los malos abandonan el hospital en una camioneta marrón, aparentemente son cuatro —Luego apuntó su rifle y disparó contra el neumático izquierdo delantero.

La pesada bala atravesó el neumático como si fuera una hoja de papel de diario y se incrustó en el motor de seis cilindros. Penetró uno de los cilindros y destruyó el pistón, provocando la inmediata detención del motor. La camioneta estuvo a punto de volcar debido a la súbita pérdida de energía, pero se estrelló contra una pared y se enderezó con el golpe.

O'Neil lanzó una maldición y trató de encender nuevamente el motor... sin resultado. No sabía por qué, pero su vehículo estaba completamente muerto... y él corría peligro de caer en manos del enemigo.

Franklin contempló el resultado de su disparo con cierta satisfacción... y se preparó para disparar por segunda vez. En esta oportunidad a la cabeza del conductor. Centró la retícula de la mira y apuntó, pero la cabeza se movió un poco y erró el disparo. Jamás le había pasado antes. Se quedó azorado un momento y volvió a recargar el arma.

O'Neil sufrió varios cortes en la cara (por los fragmentos del parabrisas). La bala casi lo había rozado y, presa del terror, saltó al área de carga de la camioneta. Allí se quedó, inmóvil, sin saber qué hacer.

Homer Johnston y Dieter Weber todavía tenían los rifles en las cajas y, dado que aparentemente no tendrían grandes oportunidades de utilizarlos, se abocaron a sus pistolas. Desde la retaguardia del grupo vieron a Eddie Price abrir un boquete en la lona del segundo camión Volvo. Acto seguido, Paddy Connolly arrojó adentro una bengala explosiva. Dos segundos después, la explosión de la carga pirotécnica hizo volar por el aire la lona. Pierce y Loiselle subieron de un salto al camión con las armas apuntadas... pero los tres sujetos que lo ocupaban estaban casi inconcientes por la explosión. Pierce los desarmó en el acto, arrojó lejos sus armas y se arrodilló junto a ellos.

En cada uno de los camiones Volvo, uno de los hombres armados cumplía también funciones de chofer. El del primero se llamaba Paul Murphy, y desde el principio había dividido su tiempo entre disparar contra el enemigo y vigilar el Jaguar de Sean Grady. Al ver que el auto

arrancaba, arrojó su arma y encendió el motor diesel. Levantó la vista y vio lo que debía ser el cuerpo de Roddy Sands... aparentemente decapitado. ¿Qué demonios había pasado? Sean sacó el brazo derecho por la ventanilla, indicándole que lo siguiera. Murphy arrancó inmediatamente. Al girar a la derecha vio la camioneta de Tim O'Neil detenida en la playa de estacionamiento del hospital. Su primer instinto fue ir a rescatar a sus camaradas, pero sería bastante difícil y Sean no dejaba de hacerle señas. Siguió al líder. En la parte de atrás, uno de sus tiradores levantó la lona y se asomó con el rifle AKMS en las manos. Quería ver qué pasaba con los otros camiones. Ninguno se movía, y estaban rodeados por hombres de uniforme negro...

...Uno de ellos era el sargento Scotty McTyler, quien levantó su MP-10 y apuntó. Disparó tres ráfagas contra el rostro lejano y tuvo la satisfacción de ver una mancha rojiza antes de que desapareciera de su vista.

—Comando, McTyler, ¡un camión abandona el área con sujetos a bordo! —Disparó varias veces, sin efecto visible, y se dio vuelta. Tenía que hacer algo, ya.

Popov jamás había visto antes una batalla... y eso era, precisamente, lo que estaba viendo. Parecía caótica, la gente corría de un lado a otro sin propósito evidente. Los de negro... bueno, tres habían caído con los disparos iniciales, pero los demás se seguían moviendo, aparentemente detrás del Jaguar (virtualmente idéntico al suyo) y del camión que abandonaban el estacionamiento. A menos de tres metros de distancia, el periodista de TV hablaba a toda velocidad por su micrófono mientras el camarógrafo enfocaba lo que sucedía abajo. Popov estaba seguro de que sería muy excitante para los que estaban sentados en los livings de sus casas. También estaba seguro de que había llegado el momento de marcharse.

Subió a su auto, encendió el motor y arrancó, levantando una estela de polvo que cubrió unos segundos al periodista.

—Los tengo, Mr. Oso los tiene —informó Malloy, descendiendo a dos mil pies y clavando sus ojos de aviador en los dos vehículos—. ¿Alguien está al mando de este desastre? —preguntó inmediatamente.

—¿MR. C.? —preguntó Ding.

—Mr. Oso, aquí Six. Yo estoy al mando —Clark y Chávez subieron de un salto al automóvil oficial del primero y el chofer inició la persecución. Era cabo de la policía militar del ejército británico y no formaba

parte del comando Rainbow (cosa que lo resentía bastante). Pero no era momento de ventilar viejos rencores.

No era un gran desafío. El Volvo era poderoso, pero no podía competir con el Jaguar V-8 que lo precedía como un rayo.

Paul Murphy miró por el espejo retrovisor y sufrió un ataque de confusión. Por el camino se acercaba un Jaguar idéntico al de... miró mejor, sí, Sean estaba allí, delante de él. ¿Entonces quién era el que venía atrás? Se dio vuelta para gritarles a los del fondo, pero comprobó que uno de ellos estaba muerto... y el otro agazapado.

—Aquí Price. ¿Dónde están todos? ¿Dónde están los sujetos?

—Price, aquí Rifle Uno-Dos. Creo que tenemos uno o más sujetos en la camioneta marrón, cerca del hospital. Le destruí el motor con mi rifle. No irán a ninguna parte, Eddie.

—OK —Price miró a su alrededor. La situación local parecía estar bajo control. Se sentía como si lo hubiera despertado un tornado y estuviera contemplando los restos de su granja, buscándole una explicación a lo inexplicable. Respiró hondo y asumió la responsabilidad del mando—. Connolly y Lincoln vayan por la derecha. Tomlinson y Vega bajen la pendiente por la izquierda. Patterson vendrá conmigo. McTyler y Pierce vigilen a los prisioneros. Weber y Johnston, reúnanse con el Comando 1. ¡Muévanse! —concluyó.

—Price, aquí Chávez —anunció la radio.

—Sí, Ding.

—¿Cuál es la situación?

—Tenemos dos o tres prisioneros, una camioneta con una cantidad no identificada de sujetos adentro, y Dios sabe qué más. Ahora mismo voy a averiguarlo. Fuera —Así concluyó la brevísima conversación.

—Cara de poker, Domingo —dijo Clark desde el asiento delantero del Jaguar.

—¡Ya lo escuché, John! —ladró Chávez.

—Cabo... ¿Mole, verdad?

—Sí, señor —dijo el chofer, sin mover los ojos ni un milímetro.

—De acuerdo, cabo. Acérquese por la derecha. Vamos a dispararle a la goma delantera derecha. Trate de no tragarse el camión cuando lo hagamos.

—Muy bien, señor —fue la serena respuesta—. Allá vamos.

El Jaguar saltó hacia adelante y en veinte segundos se puso a la par del Volvo. Clark y Chávez bajaron los vidrios de sus ventanillas. Iban a setenta millas por hora.

Cien metros más adelante, Sean Grady era presa de la ira y el impacto emocional. ¿Qué demonios había fallado? La primera ráfaga disparada por sus hombres había eliminado a varios enemigos de uniforme negro, pero después... ¿qué? Había pensado un buen plan y su gente lo había ejecutado bien al principio... ¡pero esos malditos teléfonos! ¿Qué mierda les habría pasado? Lo habían arruinado todo. Pero, aparentemente, las cosas estaban bajo control. Estaba a diez minutos del área comercial donde estacionaría y abandonaría el auto, desaparecería entre la multitud, caminaría hasta otro estacionamiento, subiría a otro auto alquilado y conduciría rumbo a Liverpool para tomar el ferry de regreso a su casa. Saldría con vida de ésta, igual que los muchachos del camión... Miró por el espejo retrovisor. ¿Qué carajo estaba pasando?

El cabo Mole maniobró a la izquierda del camión, luego aminoró la velocidad y se tiró a la izquierda, tomado al conductor por sorpresa.

Chávez le vio la cara desde el asiento de atrás. Piel muy clara y cabello pelirrojo. Un verdadero irlandés, pensó Domingo, apuntando a la rueda delantera derecha con su pistola.

—¡Ahora! —gritó John desde el asiento delantero. En ese instante, el chofer se tiró a la izquierda.

Paul Murphy vio el Jaguar que se acercaba e instintivamente aceleró para esquivarlo. Entonces oyó los disparos.

Clark y Chávez dispararon varias veces cada uno, a muy corta distancia de los neumáticos negros. Las balas dieron en el blanco y los orificios de casi media pulgada desinflaron la goma en el acto. El Jaguar no había acabado de pasar cuando el camión viró a la derecha. El conductor trató de frenar y detenerse, pero su reacción instintiva sólo sirvió para empeorar las cosas (para él). El Volvo se deslizó a la derecha y el rigor de la frenada hizo que la rueda delantera se clavara en el pavimento. El camión se detuvo en seco, la parte de atrás se desprendió, aterrizó sobre el costado derecho y siguió desliziéndose por el camino a más de sesenta millas por hora. Por muy resistente que fuera, no había sido diseñada para eso y empezó a romperse en pedazos.

El cabo Mole miró por el espejo retrovisor las piezas esparcidas por el camino. Afortunadamente, los restos del camión no lograron alcanzarlos. Disminuyó un poco la velocidad sin dejar de observar la destrucción paulatina del enorme Volvo.

—¡Jesusito santo! —resopló Ding, dándose vuelta para mirar. Vio salir volando un cuerpo humano que se estrelló de plano contra el pavimento.

—¡Detenga el auto! —ordenó Clark.

Mole frenó y retrocedió marcha atrás hasta quedar a pocos metros del camión destrozado. Chávez bajó de un salto, pistola en mano, y avanzó en dirección al vehículo.

—Mr. Oso, aquí Chávez, ¿está ahí?

—Mr. Oso copia.

—Trate de alcanzar al auto, ¿sí? Este camión ya es historia, viejo.

—Entendido, Mr. Oso inicia la persecución.

—¿Coronel? —dijo el sargento Nance por intercom.

—¿Sí?

—¿Vio cómo lo hicieron?

—Sí... ¿crees poder hacer lo mismo? —preguntó Malloy.

—Tengo mi pistola, señor.

—Bueno, entonces será aire-a-tierra, muchachos —Descendió a cien pies sobre la ruta y se colocó detrás del auto que estaba persiguiendo. A menos que el bastardo se asomara por el techo, no tendría manera de detectar la presencia del helicóptero.

—¡Cartel de salida! —anunció Harrison.

—OK, Harrison, te encargarás del camino. Yo del auto. Dale duro si es necesario, hijo.

—Entendido, coronel.

—OK, sargento Nance, allá vamos —Malloy chequeó el indicador de velocidad. Ocho-cinco. El tipo del Jaguar pisaba fuerte el acelerador, pero el Night Hawk era mucho más poderoso. No era muy diferente de volar en formación con otros helicópteros, pero Malloy jamás lo había hecho con un automóvil. Lo encerró a aproximadamente cien pies de altura—. A la derecha, sargento.

—Sí, señor —Nance deslizó la puerta y se arrodilló en el piso de aluminio, empuñando su Beretta 9 mm con ambas manos—. Listo, coronel. ¡Adelante!

—Listos para atacar —dijo Malloy, mirando por última vez el camino. Maldición, era como atrapar la manguera de reabastecimiento de un Pájaro Herky, pero más despacio y casi al ras de la tierra...

Grady se mordió el labio al ver que el camión había desaparecido. Pero el camino estaba vacío a sus espaldas, y también al frente por el momento. Le faltaban apenas cinco minutos para estar a salvo. Resopló relajado, flexionó los dedos sobre el volante y bendijo a los obreros que habían fabricado un vehículo tan veloz para él. En ese preciso instante percibió algo negro a su izquierda. Giró apenas la cabeza para mirar... qué diablos...

—¡Lo tengo! —dijo Nance. Acababa de ver al conductor por el espejo retrovisor del acompañante y lo estaba apuntando con su pistola. Esperó que el coronel Malloy descendiera un poco más y...

... apoyando el brazo izquierdo sobre la rodilla, Nance apretó el

gatillo y disparó. El arma pegó un salto en su mano. La dominó sin retirar el dedo del gatillo. La pistola saltaba como loca a pesar de todos sus esfuerzos, pero la cuarta bala dio en el blanco.

Los vidrios se hacían trizas a su alrededor. Grady no reaccionó bien. Podría haber clavado los frenos impidiendo el accionar del helicóptero, pero la situación lo superó. Quiso acelerar, pero el Jaguar había llegado al límite de sus capacidades. Su hombro izquierdo explotó en una llamarada. Se dobló en dos por el dolor. Su mano derecha bajó automáticamente haciendo virar el vehículo en esa dirección... directamente hacia la valla de acero.

Malloy accionó la palanca de comando, satisfecho. En segundos, el Night Hawk ascendió a trescientos pies de altura. El *marine* giró a la derecha y miró hacia abajo. Sólo quedaba un auto detenido y humeante en medio del camino.

—¿Bajamos a buscarlo? —preguntó el copiloto.

—Puedes apostar tu sabroso culito a que sí, hijo mío —respondió Malloy. Metió la mano en su bolso de viaje. Su Beretta estaba allí. Harrison se encargó del aterrizaje y detuvo el Sikorsky a cincuenta pies del Jaguar. Malloy desabrochó su cinturón de seguridad y se dirigió a la puerta. Nance fue el primero en saltar. Avanzó en cuclillas bajo el rotor en movimiento hasta el auto detenido. Malloy avanzó dos segundos después.

—¡Cuidado, sargento! —gritó Malloy, deteniéndose en seco. La ventanilla había volado en pedazos y pudo ver la cara del sujeto. Todavía respiraba, pero nada más. La ventanilla de atrás también había desaparecido. Nance metió la mano por el hueco y abrió la puerta del auto. El conductor no se había puesto el cinturón de seguridad. El cuerpo salió con facilidad. Malloy vio un rifle de fabricación rusa en el asiento trasero. Lo recogió, le puso el seguro y dio la vuelta al auto.

—Mierda —dijo Nance bastante sorprendido—. ¡Todavía está vivo!
—¿Cómo se las había ingeniado para no matar al miserable a doce pies de distancia?

En el hospital, Timothy O'Neil seguía preguntándose qué hacer. Creía saber qué le había pasado al motor. Había un orificio de tres cuartos de pulgada en la ventanilla de la puerta izquierda. No entendía por qué la bala no le había perforado la cabeza. Comprobó que uno de los camiones Volvo y el Jaguar alquilado de Sean Grady habían desaparecido de la vista. ¿Acaso Sean los habría abandonado? Todo había pasado tan rápido... ¿Por qué demonios Sean no lo había llamado para avisarle lo que haría? ¿Por qué había fallado el plan? Pero las respuestas a esas preguntas importaban mucho menos que el hecho de estar en una

camioneta estacionada, rodeado de enemigos. Esa situación tendría que cambiar.

—*Lieber Gott!* —musitó Weber al ver las heridas. Uno de los muchachos del Comando 1 estaba decididamente muerto. Había recibido un disparo en la cabeza. Había otros cuatro heridos, tres de ellos en el pecho. Weber conocía las técnicas de primeros auxilios, pero no se necesitaba saber mucho de medicina para darse cuenta de que dos de los heridos necesitaban atención urgente de manos expertas. Uno de ellos era Alistair Stanley.

—Aquí Weber. ¡Necesitamos un médico ya mismo! —pidió por radio táctica—. ¡Rainbow Five está herido!

—Oh, mierda —murmuró Homer Johnston, acercándose—. No estás bromeando, viejo. Comando, aquí Rifle Dos-Uno, ¡necesitamos médicos en el acto, carajo!

Price los escuchó. Estaba a treinta yardas de la camioneta, intentando avanzar sin ser visto, acompañado por el sargento Hank Patterson. A su izquierda veía el imponente volumen de Julio Vega, acompañado por Tomlinson. A la derecha alcanzaba a ver la cara de Steve Lincoln. Paddy Connolly debía estar junto a él.

—Comando 2, aquí Price. Tenemos sujetos en la camioneta. No sé si queda alguno dentro del edificio. Vega y Tomlinson, entren a verificar... ¡y háganlo con suma cautela!

—Aquí Vega. Entendido, Eddie. Allá vamos.

Oso cambió de dirección y enfiló hacia la entrada principal cubierto por Tomlinson, mientras los otros cuatro no le quitaban los ojos de encima a la maldita camioneta. Los dos sargentos se acercaron lentamente a la puerta delantera y espionaron por la ventanilla. Sólo alcanzaron a ver un confuso amontonamiento de gente. El sargento primero Vega apoyó el índice en su pecho y luego señaló el interior del edificio. Tomlinson asintió. Vega avanzó rápidamente. Entró al *lobby* central y barrió el área de un vistazo. Dos personas gritaron al ver aparecer otro hombre armado, a pesar de la diferencia de aspecto. Vega levantó la mano izquierda.

—Tranquilos, muchachos, soy uno de los buenos. ¿Alguien sabe dónde están los malos? —la respuesta a su pregunta fue una serie de murmullos y señas confusos, pero dos personas indicaron el fondo del edificio, en dirección a la sala de emergencias.... Tenía lógica. Vega avanzó hacia la puerta doble y anunció por radio—: *Lobby* despejado. Adelante, George —y luego—: Comando, aquí Vega.

—Vega, aquí Price.

—El *lobby* del hospital está despejado, Eddie. Tenemos veinte civiles aquí. Alguien tiene que hacerse cargo de ellos, ¿OK?

—No puedo mandarte a nadie, Oso. Estamos muy ocupados

aquí afuera. Weber reportó que tenemos varios heridos graves.

—Aquí Franklin. Copio. Puedo entrar si me necesitan.

—Franklin, Price, entre por el oeste. Repito, entre por el oeste.

—Franklin entra por el oeste —replicó el riflero—. Allá voy.

—Su lamentable carrera ha terminado —dijo Nance, cargando el cuerpo en el Night Hawk.

—Indudablemente, si es zurdo. Volvemos al hospital, supongo —Malloy subió al helicóptero y tomó los controles. Un minuto después volaban rumbo al hospital. Nance ató fuertemente al prisionero en la parte de atrás de la nave.

Era un verdadero desastre. Chávez vio que el conductor estaba muerto, había quedado aplastado entre el enorme volante y el respaldo de su asiento cuando el camión se estrelló contra la valla de acero. Tenía los ojos y la boca abiertos, y de ésta última manaba un grueso hilo de sangre. El de atrás también estaba muerto: dos orificios de bala en plena cara. Sólo quedaba uno con vida. Tenía las dos piernas rotas y horribles quemaduras en el rostro. Estaba inconsciente, por eso no aullaba de dolor.

—Mr. Oso, aquí Six —dijo Clark.

—Mr. Oso copia.

—¿Puedes recogerlos? Tenemos un sujeto herido y quiero volver y ver qué demonios está pasando.

—En un minuto estaré allí. También tengo un sujeto herido a bordo.

—Entendido, Mr. Oso —Clark miró hacia el oeste. Vio al Night Hawk alterar su rumbo y avanzar en dirección a ellos.

Chávez y Mole arrastraron el cuerpo al camino. Las piernas estaban horriblemente desarticuladas... pero era un terrorista. No tenían por qué ser solícitos con él.

—¿De vuelta al hospital? —le preguntó uno de los terroristas a O'Neil.

—¡Pero entonces quedaremos atrapados! —protestó Sam Barry.

—¡Aquí es donde estamos atrapados! —señaló Jimmy Carr—. Tenemos que movernos. ¡Ahora!

O'Neil pensó que tenía lógica.

—OK, OK. Yo empujo la puerta y ustedes corren a la entrada.

¿Listos? —Todos asintieron, aferrando sus armas—. ¡Ahora! —gritó, abriendo la puerta de un empujón.

—¡Mierda! —observó Price desde una cancha de fútbol vecina—. Los sujetos están volviendo al hospital. Conté cinco.

—Confirmado, son cinco —acotó otra voz por el circuito radial.

Vega y Tomlinson estaban muy cerca de la sala de emergencias, lo suficiente para ver a la gente pero no las puertas de vidrio dobles que daban afuera. Oyeron más gritos. Vega se quitó su casco Kevlar y espizó por la esquina. Oh, carajo, pensó al ver a un sujeto con un AKMS. El tipo miraba hacia adentro del edificio... y a sus espaldas se veía medio cuerpo de alguien que miraba hacia afuera. Oso casi se salió de su propia piel al sentir una mano sobre el hombro. Se dio vuelta en el acto. Era Franklin. No portaba su rifle monstruo, sólo una pistola Beretta.

—Acabo de enterarme, ¿hay cinco chicos malos adentro?

—Eso dijo alguien —confirmó Vega. Le hizo señas al sargento Tomlinson al otro lado del pasillo—. Ven conmigo, Fred.

—Entendido, Oso. ¿Te gustaría tener tu M-60 ahora?

—Qué te parece, viejo —Por muy bueno que fuera el MP-10 alemán, era como un juguete en sus manos.

Volvió a mirar. Vio a la esposa de Ding, parada. Estaba mirando a los malos, embarazada hasta la locura y con su guardapolvo blanco puesto. Chávez y el Oso se conocían desde hacía diez años. No podía permitir que le ocurriera nada a esa mujer. Se pegó a la pared y le hizo señas.

Patsy Clark Chávez vio movimiento por el rabillo del ojo y giró la cabeza. Un soldado de uniforme negro le estaba haciendo señas. Asintiendo apenas con la cabeza, empezó a moverse, muy lentamente, hacia su derecha.

—¡Usted, quieta! —gritó enfurecido Jimmy Carr. Empezó a caminar hacia ella. Invisible a su izquierda, el sargento George Tomlinson asomó la cara y el caño de su arma por la esquina. Vega seguía haciendo señas, cada vez más frenéticas, y Patsy seguía moviéndose en dirección a él. Carr dio un paso más, levantó su rifle, y ...

... apenas apareció en su línea visual, Tomlinson apuntó y, viendo el arma apuntada contra la esposa de Ding, apretó suavemente el gatillo.

El silencio que siguió fue en cierto sentido peor que el ruido más estrepitoso. Patsy se dio vuelta para mirar al sujeto del arma justo cuando la ráfaga de Tomlinson le voló la cabeza... sin hacer ruido, excepto por el suave sonido del arma silenciada y la estridencia húmeda y farragosa del cráneo destruido. El cuerpo —la cara había volado en pedazos y la nuca había vomitado nubes de sangre— cayó redondo. El

sonido más fuerte fue el que produjo el rifle contra el piso, abandonado por las manos muertas.

—¡Venga aquí! —gritó Vega. Patsy obedeció. Corrió hacia él, tambaleante.

El Oso la aferró del brazo y la levantó en el aire como a una muñeca. El sargento Franklin la recibió en sus brazos y empezó a correr por el pasillo. Encontró al guardia de seguridad del hospital en el *lobby* principal, dejó a Patsy con él y volvió corriendo a la sala de emergencias.

—Franklin a Comando. La Dra. Chávez está a salvo. La tenemos en el *lobby* principal. Manden a alguien, por favor. Debemos evacuar a los civiles lo más rápido posible, ¿entendido?

—Price a Comando 2. ¿Dónde están todos? ¿Dónde están los sujetos?

—Price, aquí Vega, tenemos a cuatro sujetos. George acaba de eliminar a uno. Están en la sala de emergencias. Probablemente la señora Clark sigue allí. Escuchamos ruido, hay civiles adentro. Les cerramos la vía de escape. Tengo a Tomlinson y Franklin conmigo. Fred sólo tiene una pistola. Cantidad desconocida de rehenes, pero cuatro sujetos con seguridad. Cambio.

—Tengo que ir —dijo el Dr. Bellow. Estaba muy conmovido. Habían herido a varias personas cerca de él. Alistair Stanley tenía una herida grave en el pecho y por lo menos un soldado Rainbow había muerto. Además, había otros tres heridos, uno de ellos de gravedad.

—Por allá —Price señaló el frente del hospital. Un miembro del Comando 1 se ofreció a acompañar a Bellow. Era Geoff Bates, un tirador del SAS armado hasta los dientes, aunque ese día no había disparado una sola bala. Ambos salieron corriendo hacia el hospital.

Carr había muerto sin que nadie se diera cuenta. O'Neil se dio vuelta y lo vio: su cuerpo parecía el tallo de una enorme flor roja de sangre sobre el pegajoso piso de mosaico. La cosa iba de mal en peor. Tenía cuatro hombres armados pero no sabía qué estaba pasando a la vuelta de la esquina. Seguramente habría montones de soldados del SAS armados hasta los dientes. No podría escapar. Le quedaban ocho personas que podrían servirle de rehenes, tal vez, pero el peligro del juego era dramáticamente obvio. *Sin salida*, decía su mente... pero sus emociones decían otra cosa. Tenía armas, y sus enemigos estaban cerca, y supuestamente debía matarlos, y si tenía que morir, moriría por la Causa, por la idea a la que había consagrado su vida (idea por la que se había jurado mil veces estar dispuesto a morir). Bueno, allí estaba ahora, y la muerte estaba cerca. Y no era algo en qué pensar mientras intentaba conciliar el sueño acostado en su cama o bebía cerveza en el pub recordando a los camaradas muertos. Esta muerte, la verdadera,

no se dejaba seducir por bravatas. Todo se reducía a esto. El peligro se había hecho presente, y era hora de descubrir si su bravura era puro palabrerío o tenía sustancia, y sus emociones querían mostrarle al maldito mundo que él era un hombre de palabra y fiel a sus creencias... pero una parte de sí (nada desdeñable) quería huir de regreso a Irlanda... no morir ese mismo día en un hospital inglés.

Sandy Clark lo estaba observando a pocos metros de distancia. Era un hombre apuesto, y probablemente valiente... aunque criminal, agregó inmediatamente. Recordó que John siempre decía que la valentía era mucho más común que la cobardía... por una cuestión de vergüenza. La gente no iba sola al peligro, sino con sus amigos, y no quería mostrarse débil ante ellos. Y así, del miedo a la cobardía nacían los actos más insanos (y, entre estos, los exitosos eran posteriormente celebrados como hechos de gran heroísmo). Sandy siempre había creído que esa opinión era una horrible manifestación del peor cinismo por parte de John... pero su marido no era un hombre cínico. ¿Acaso le habría dicho una verdad?

En este caso era un hombre de treinta y pocos años, que sostenía un arma en las manos y parecía no tener un solo amigo en el mundo... pero su instinto maternal le decía que su hija estaba a salvo... Su hija y también su nieto. El muerto le había apuntado con su arma, pero ahora era una masa informe sobre el piso del hospital... así que, probablemente, Patsy habría logrado escapar. Eso era lo mejor que había pasado en el día. Cerró los ojos para rezar una plegaria de agradecimiento.

—Hola, doc —saludó Vega.

—¿Dónde están?

—A la vuelta de la esquina —señaló el militar—. Creemos que son cuatro. George eliminó a uno.

—¿Ya hablaron con ellos?

El Oso negó con la cabeza.

—No —dijo.

—OK —respiró hondo—. Soy Paul —gritó—. ¿Timothy está allí?

—Sí.

—¿Se encuentra bien? Quiero saber si está herido —preguntó el psiquiatra.

O'Neil se limpió la sangre de la cara (los pedazos de vidrio le habían provocado cortes menores).

—Nosotros estamos bien. ¿Quién es usted?

—Soy médico. Me llamo Paul Bellow. ¿Y usted?

—Timothy, por ahora.

—OK, bueno. Timothy, eh, creo que debe pensar un poco en su situación, ¿no le parece?

—Sé perfectamente cuál es —respondió O'Neil con voz cortante.

Afuera, las cosas empezaban a organizarse. Habían llegado varias ambulancias y personal paramédico del ejército británico. Estaban retirando a los heridos, que serían trasladados al hospital de la base en Hereford para ser intervenidos quirúrgicamente. Treinta soldados del SAS estaban en camino para reforzar al comando Rainbow. No lejos de allí, el helicóptero del coronel Malloy descendió en el helipuerto de la base y los dos prisioneros fueron llevados al hospital militar.

—Tim, no podrá salir de aquí. Creo que ya lo sabe —observó Bellow con el tono más amable que pudo lograr.

—Puedo matar a los rehenes si no me dejan salir —contraatacó O'Neil.

—Sí, podría hacerlo... y en ese caso entraríamos a impedirselo. De todos modos, usted no podría escapar. ¿Pero qué gana asesinando gente, Tim?

—¡La libertad de mi país!

—Eso ya está en marcha, ¿no le parece? —preguntó Bellow—. Hay acuerdos de paz, Tim. Y dígame, ¿qué clase de país se funda en el asesinato de personas inocentes? ¿Qué pensarán sus compatriotas si asesina a los rehenes?

—¡Luchamos por la libertad!

—OK, sí, son soldados revolucionarios —admitió Bellow—. Pero los soldados, los verdaderos soldados, no asesinan gente. Está bien, en el día de hoy usted y sus soldados se batieron con nuestros soldados. Eso no es asesinato. Pero matar a gente desarmada es asesinato, Tim. Creo que usted lo sabe. Esas personas que están con usted, ¿alguna de ellas tiene un arma? ¿Alguna de ellas viste uniforme?

—¿Y qué? ¡Son enemigos de mi país!

—¿Qué los hace enemigos de su país, Tim? ¿El lugar donde nacieron? ¿Alguno de ellos intentó lastimarlo? ¿Alguno de ellos lastimó a su país? ¿Por qué no les pregunta? —sugirió.

O'Neil sacudió la cabeza. El médico quería persuadirlo a rendirse. Lo sabía. Miró a sus camaradas. Apenas podían mirarse a los ojos. Estaban atrapados, y todos lo sabían. Su resistencia era más una cosa de la mente que de las armas, y todos albergaban dudas que aún no habían expresado... pero existían, y todos conocían su existencia.

—¡Queremos un ómnibus que nos lleve!

—¿Que los lleve dónde?

—¡Limítese a conseguir el maldito ómnibus! —bramó O'Neil.

—OK, puedo hacerlo. Pero antes tendría que saber a dónde piensan ir... para que la policía despeje los caminos —observó Bellow razonablemente. Sólo era cuestión de tiempo. Tim (habría sido útil saber si

ése era su verdadero nombre, aunque Bellow confiaba en que lo era) no había hablado de matar; de hecho, no había amenazado con hacerlo ni tampoco dado un ultimátum ni arrojado el primer cadáver. No era un asesino. Se consideraba un soldado, diferente de un criminal, diferencia muy importante para los terroristas. No temía a la muerte, pero sí al fracaso... casi tanto como temía ser recordado como un asesino de inocentes. Matar soldados era una cosa. Asesinar mujeres y niños era otra. Era la historia de siempre con los terroristas. La parte más vulnerable de las personas es, indefectiblemente, la imagen que tienen de sí mismas. Había posibilidades de trabajar con aquellos a quienes les importaba lo que los demás pensaban de ellos, con los que se miraban al espejo al afeitarse. Era cuestión de tiempo. Estos irlandeses no eran fanáticos. Se podía hablar con ellos—. ¿Tim?

—¿Sí?

—¿Podría hacerme un favor?

—¿Cuál?

—¿Podría asegurarme de que los rehenes están bien? Tengo que tranquilizar a mi jefe. ¿Puedo entrar a verlos?

O'Neil titubeó.

—Vamos, Tim, ¿sí? Usted tiene que hacer sus cosas y yo las mías, ¿no? Soy médico. No porto armas. No tiene nada que temer —decirles que no tenían nada que temer (sugiriéndoles veladamente que abrigan temores innecesarios) era generalmente una buena carta. El terrorista vacilaba, confirmando que tenía miedo... eso significaba que era racional. Buenas noticias para el psiquiatra del Rainbow.

—¡No, Tim, no! —intervino Barry—. No les des nada.

—¿Pero cómo saldremos de aquí, cómo conseguiremos el ómnibus, si no cooperamos un poco? —Miró a los otros tres. Sam Barry asintió. Dan McCorley también.

—Está bien —dijo O'Neil—. Venga.

—Gracias —respondió Bellow. Miró a Vega, el militar de más alto rango *in situ*.

—Cuídese, doc —sugirió el Oso. A su entender, acudir desarmado a la guarida de delincuentes armados no era una idea muy brillante. Jamás hubiera pensado que el psiquiatra fuera capaz de hacerlo.

—Siempre —aseguró Paul Bellow. Respiró hondo y caminó los pocos metros que lo separaban de la esquina. Dobló, y desapareció de la vista de los miembros del Rainbow.

Siempre le había resultado extraño, casi cómico, que la diferencia entre estar a salvo o en peligro fuera una distancia de pocos metros. No obstante, experimentaba un genuino interés. Jamás había conocido a

un criminal en semejantes circunstancias. Era mejor que ellos estuvieran armados y él no. Necesitarían cierta reconfortante sensación de poder para equilibrar el hecho de que, armados o no, estaban atrapados en una jaula sin puertas.

—Está herido —dijo al ver la cara de Timothy.

—No es nada, sólo un par de raspones.

—¿Por qué no hace que alguien lo cure?

—No es nada —repitió O'Neil.

—OK, la cara es suya —dijo Bellow. Contó cuatro terroristas, todos armados con la misma clase de arma. AKMS, si la memoria no le fallaba. Después contó a los rehenes. Reconoció a Sandy Clark. Había siete más, todos muy asustados a juzgar por su aspecto. Era de esperar—. Y bien, ¿qué quieren exactamente?

—Queremos un ómnibus, y lo queremos ya —replicó O'Neil.

—OK, puedo conseguirlo, pero llevará tiempo organizar las cosas... y necesitaremos algo a cambio.

—¿Qué?

—La liberación de algunos rehenes —respondió el psiquiatra.

—No, sólo tenemos ocho.

—Mire, Tim, cuando hable con la gente con la que tendré que hablar para... para conseguir el ómnibus que ustedes me piden... tendré que ofrecerle algo a cambio. De lo contrario, ¿por qué habrían de darme algo para ustedes? Así se juega este juego, Tim. Tiene sus reglas. Vamos, usted las conoce. Uno suele cambiar parte de lo que tiene por parte de lo que quiere.

—¿Y?

—Y, en señal de buena fe, tendrá que darme un par de rehenes... mujeres y niños, como de costumbre. Es lo que queda mejor —Bellow volvió a mirar a los rehenes. Cuatro mujeres, cuatro hombres. Sería bueno liberar a Sandy Clark.

—¿Y luego?

—Y luego les diré a mis superiores que ustedes quieren un ómnibus y han dado muestra de buena fe. Tendré que representarlos ante ellos, ¿verdad?

—Ah, ¿y usted está de nuestro lado? —preguntó otro de los sujetos. Bellow vio que era mellizo de otro, parado muy cerca. Terroristas mellizos. Qué curioso.

—No, yo no diría eso. Mire, no quiero insultar su inteligencia. Ustedes saben en qué están metidos. Pero si quieren conseguir cosas tendrán que negociar. Ésa es la regla, regla que yo no inventé. Yo vengo a ser el mediador. Eso quiere decir que los represento a ustedes ante mis jefes, y a mis jefes ante ustedes. Si necesitan tiempo para pensarlo, está bien. Estaré cerca, pero cuanto más rápido se decidan, más rápido podré moverme. Les pido que lo piensen, ¿de acuerdo?

—Consiga el ómnibus —dijo Timothy.

—¿A cambio de qué? —preguntó Bellow.

—Dos mujeres —O'Neil se dio vuelta para señalarlas—. Ésa y aquélla.

—¿Pueden venir conmigo? —Timothy había señalado a Sandy Clark. El chico estaba superado por las circunstancias, y eso sería beneficioso probablemente.

—Sí, ¡pero consiga ese maldito ómnibus!

—Haré lo posible —prometió Bellow. Les indicó a las dos mujeres que lo siguieran.

—Bienvenido a casa, doc —dijo Vega tranquilamente—. ¡Eh, qué grande! —agregó al ver a las dos mujeres—. Encantado, señora Clark. Soy Julio Vega.

—¡Mamá! —Patsy Chávez corrió a abrazar a su madre. Un par de soldados del SAS se llevaron a las tres mujeres.

—Vega a Comando —llamó el Oso.

—Price a Vega.

—Díle a Six que su esposa y su hija están a salvo.

En el hospital, Vega le pasó sus auriculares a Bellow.

—¿John? Soy Paul.

—Sí, doc, ¿qué está pasando ahora?

—Dame un par de horas y serán tuyos, John. Saben que están atrapados. Es cuestión de seguir hablando. Son cuatro en total, treintañeros, todos armados. Ahora les quedan seis rehenes. Pero hablé con el líder y puedo trabajar con él, John.

—OK, doc, llegaremos en diez minutos. ¿Qué es lo que piden?

—Lo de siempre —respondió Bellow—. Quieren un ómnibus para ir a algún lugar.

John se quedó pensando. Tal vez conviniera hacerlos salir y dejar que sus rifleros resolvieran el problema. Cuatro disparos, un juego de niños.

—¿Se lo mandamos?

—Todavía no. Los haremos esperar un poco.

—OK, doc, como usted diga. Hablaremos luego. Nos vemos. Fuera.

—OK —Bellow le devolvió la radio al sargento primero Vega, quien tenía un diagrama de la planta baja pegado en la pared.

—Los rehenes están aquí —dijo el psiquiatra—. Los sujetos aquí y aquí. A propósito, dos de ellos son mellizos. Todos caucásicos en la treintena, armados con la versión plegable del AK-47.

Vega asintió.

—OK. Si tenemos que atacarlos...

—No tendrán necesidad de hacerlo, no creo. El líder no es un asesino, bueno... no quiere serlo.

—Si usted lo dice, doc —comentó Vega, dubitativo. Pero lo bueno

era que podrían arrojar un manajo de bengalas explosivas desde la esquina, entrar inmediatamente después y eliminar a los cuatro miserables... pero a riesgo de perder un rehén, opción que convenía evitar dentro de lo posible. El Oso jamás había pensado que ese médico fuera tan cojonudo... Había entrado a hablar (desarmado) con los cuatro terroristas... y había liberado a la señora Clark. Así de simple. Carajo. Miró a los seis SAS recién llegados, vestidos de negro como sus hombres y dispuestos a entrar en acción cuando fuera necesario. Paddy Connolly estaba afuera, con su bolsa de pirotecnia. La posición estaba aislada y la situación, bajo control. O casi. Por primera vez en una hora, el sargento primero Vega se permitió relajarse un poco.

—Bueno. Hola, Sean —dijo Bill Tawney. Acababa de reconocerlo en el hospital de la base, en Hereford—. Tenemos un día difícil, ¿no?

El hombro de Grady estaba inmovilizado y necesitaba cirugía. Tenía un par de balas de 9 mm adentro y una de ellas le había hecho pedazos el húmero izquierdo. Era una herida muy dolorosa a pesar de la medicación que le habían administrado diez minutos antes. Giró la cabeza y vio a un inglés de traje y corbata. Naturalmente, lo tomó por un policía... y guardó silencio.

—Hoy eligieron el lugar equivocado, muchachos —prosiguió Tawney—. Por si no lo sabe, está internado en el hospital de la base militar en Hereford. Hablaremos más tarde, Sean —por el momento, el cirujano ortopédico tendría que reparar el brazo estropeado. Un enfermero militar comenzó a medicarlo para la intervención.

Tawney fue a otra habitación para hablar con el que había sido rescatado de los restos del camión.

Iba a ser un “día de gloria” para todos los involucrados, pensó el Six. La autopista estaba cerrada a consecuencia de los dos choques y los agentes de policía oscurecían el paisaje con sus uniformes. (Eso sin contar a los hombres de Rainbow y el SAS.) Pronto se les sumarían sendos grupos de individuos “Five” y “Six” en camino desde Londres (todos reclamarían jurisdicción sobre el atentado, lo cual sería un verdadero desastre, puesto que había un acuerdo escrito entre los gobiernos del Reino Unido y EE.UU. relativo al *status* del Rainbow, que si bien no había sido redactado pensando en situaciones como ésta, garantizaba que el director de la CIA en Londres se haría cargo.) Tawney supuso que le tocaría el papel de domador en ese peculiarísimo circo... y que tal vez necesitaría látigo, silla y pistola.

Su buen humor decayó al enterarse de que dos comandos Rainbow habían muerto y cuatro estaban siendo atendidos en ese mismo hospital. Hombres que conocía vagamente, cuyos rostros le eran familiares (dos de los cuales no volvería a ver jamás). Pero habían atrapado a Sean Grady, uno de los miembros más extremistas del PIRA, quien a partir de ahora iniciaría una nueva vida, perpetuamente custodiado por el

gobierno de Su Majestad. Sería una rica fuente de información que Tawney debería explorar atentamente.

—¿Dónde está ese maldito ómnibus?

—Tim, hablé con mis superiores y lo están pensando.

—¿Qué carajo tienen que pensar? —exigió O'Neil.

—Usted conoce la respuesta a esa pregunta, Tim. Estamos tratando con burócratas del gobierno, y ellos jamás actúan sin cubrirse primero.

—Paul, tengo seis rehenes aquí y puedo...

—Sí, puede... pero en realidad no puede, ¿verdad? Timothy, si hace *eso* los soldados se abalanzarán sobre el edificio y pondrán fin a esta situación... y usted será eternamente recordado como un asesino de inocentes. Un asesino. ¿Es eso lo que quiere, Tim? ¿Realmente es eso lo que quiere? —Hizo una pausa—. ¿Y su familia? ¿Y la percepción pública de su movimiento político? Será difícil justificar el asesinato de inocentes, ¿no le parece? Ustedes no son extremistas musulmanes, ¿verdad? Ustedes son cristianos, ¿recuerda? Los cristianos no hacen ciertas cosas. De todos modos, su amenaza es útil como amenaza, pero no como herramienta. Usted no puede hacer eso, Tim. El único resultado sería su propia muerte y la condena política de su movimiento. Ah, a propósito, tenemos a Sean Grady —agregó Bellow en el momento preciso.

—¿Qué? —La noticia conmovió a Timothy.

—Fue capturado cuando intentaba escapar. Resultó herido, pero sobrevivirá. En este momento lo están operando.

Fue como pinchar un globo enorme. Acababa de sacarle el aire a su antagonista. Así se hacían las cosas, de a poco. El apuro solía provocar reacciones violentas, pero si uno los desgastaba lentamente ganaba la partida. Bellow había escrito un libro completo sobre el tema. Primero había que establecer contacto físico, lo que equivalía a contención. Luego había que controlar la información. Luego era menester transmitirla, poco a poco, como si de un tesoro se tratase. Así y sólo así se ganaba la partida.

—Tienen que entregarnos a Sean. ¡Vendrá con nosotros en el ómnibus!

—Timothy, en este momento está en la sala de operaciones... y seguirá allí varias horas. Si intentaran moverlo, los resultados podrían ser fatales... podría morir, Tim. Entonces, por mucho que usted lo quiera, no es posible. No puede pasar. Lo lamento, pero nadie puede modificar el destino.

¿Su líder estaba preso? pensó O'Neil. ¿Sean, capturado? Curiosamente, le parecía peor que su propia situación. Si él estuviera preso Sean encontraría la manera de liberarlo, pero con Sean en la Isla de Wight... todo estaba perdido, ¿no? Pero...

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Tim... en una situación como ésta es imposible mentir. Podría

meter la pata. Es muy difícil mentir bien, y si usted me pescara en una no volvería a creermelo, y en ese caso dejaría de serles útil a mis jefes y también a usted, ¿no le parece? —Nuevamente, la voz de la razón.

—¿Dijo que era médico?

—Sí —asintió Bellow.

—¿Dónde ejerce?

—Principalmente aquí, pero hice mi residencia en Harvard. Ejercí en cuatro lugares diferentes y también enseñé un poco.

—Entonces, ¿su trabajo es lograr que tipos como yo se rindan? —finalmente, enojo ante lo obvio.

Bellow negó con la cabeza.

—No, creo que mi trabajo es hacer que la gente siga con vida. Soy médico, Tim. No puedo matar ni ayudar a otros a hacerlo. Hace mucho tiempo juré solemnemente respetar la vida humana. Usted tiene armas. Los soldados que están afuera tienen armas. Yo no quiero que muera nadie más. Ya murieron muchos hoy, ¿no le parece? ¿A usted le gusta matar gente, Tim?

—Bueno... no, por supuesto que no, ¿a quién podría gustarle?

—Bien, a algunos les gusta —respondió Bellow, decidido a estimularle el ego—. Los denominamos personalidades sociópatas, pero usted no es uno de ellos. Usted es un soldado. Pelea por algo en lo que cree. Lo mismo que ellos —Señaló en dirección a los hombres del Rainbow—. Ellos lo respetan, y espero que usted los respete. Los soldados no asesinan gente. Los criminales sí, pero un soldado no es un criminal —además de ser cierto, era una idea importante para comunicarle a su interlocutor. Tanto más porque los terroristas eran también unos románticos, y ser considerados vulgares criminales les resultaba muy hiriente a nivel psicológico. Bellow intentaba estimular su vanidad para evitar que cometieran actos irreparables. Eran soldados, no criminales, y por lo tanto debían actuar como soldados, no como criminales.

—¡Dr. Bellow! —llamó una voz desde afuera—. Tiene un llamado telefónico, señor.

—¿Puedo ir a atender, Tim? —Siempre había que pedirles permiso. Darles la ilusión de estar al mando de la situación.

—Sí —O'Neil hizo una seña. Bellow se reunió con los soldados.

John Clark estaba allí. Caminaron unos metros para poder hablar a solas.

—Gracias por liberar a mi esposa y a mi chiquita, Paul.

Bellow se encogió de hombros.

—Fue cuestión de suerte. El sujeto está superado por la situación y no puede pensar bien. Quieren un ómnibus.

—Ya me lo dijo —le recordó Clark—. ¿Se lo damos?

—No tendríamos que hacerlo. Estoy jugando al poker, John, y tengo escalera real. A menos que algo salga muy, pero muy mal, lo tenemos bajo control.

—Noonan está afuera y puso un micrófono en la ventana. Escuché la última parte. Excelente, doctor.

—Gracias —Bellow se pasó la mano por la cara. Estaba atravesando momentos de gran tensión, pero sólo allí podía demostrarlo. Frente a Timothy debía mostrarse frío como el hielo, como un profesor amable y respetado—. ¿Y los otros prisioneros?

—Todo sigue igual. Grady está en la sala de operaciones... y no saldrá hasta dentro de varias horas, según dicen. El otro sigue inconsciente y no conocemos su identidad.

—¿Grady es el líder?

—Eso creemos, basándonos en inteligencia.

—Entonces podrá contarnos muchas cosas. Me gustaría estar cuando salga de cirugía —dijo Bellow.

—Primero debemos terminar con esto.

—Ya lo sé. Debo volver a entrar —Clark le palmeó el hombro y Bellow volvió con los terroristas.

—¿Y bien? —preguntó Timothy.

—Y bien... todavía no decidieron el tema del ómnibus. Lo lamento —agregó en voz baja—. Pensé que los había convencido, pero no logran decidirse.

—Díales que si no se deciden pronto vamos a...

—No, no van a hacer nada, Tim. Usted lo sabe perfectamente bien. Yo también lo sé. Y *ellos* lo saben.

—¿Entonces por qué enviarían el ómnibus? —preguntó O'Neil, a punto de perder los estribos.

—Porque *yo* les dije que hablan en serio, y que deben tomar en serio la amenaza. Aunque no lo crean posible deben tener en cuenta que podrían hacerlo... y si llegan a hacerlo, ellos quedarán muy mal ante sus jefes —Timothy sacudió la cabeza ante la complicada lógica. Parecía más confundido que furioso—. Confíe en mí —prosiguió Bellow—. Ya lo hice antes, y sé cómo funciona. Es más fácil negociar con soldados como ustedes que con esos malditos burócratas. Los tipos como ustedes pueden tomar decisiones. Los burócratas huyen a los saltos ante la sola idea de hacerlo. No les importa que muera gente. Lo único que les importa es no verse mal en los diarios.

En ese instante ocurrió algo positivo. Tim metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos. Señal segura de estrés e intento de controlarlo.

—Es peligroso para la salud, muchacho —comentó Clark, mirando la imagen por TV. El plan de asalto estaba listo. Connolly había colocado cargas explosivas en las ventanas (destinadas a abrirles paso y a distraer a los terroristas). Vega, Tomlinson y Bates arrojarían bengalas explosivas al mismo tiempo y entrarían a la sala para eliminar a los sujetos. El único peligro, como siempre, era que uno de ellos disparara a quemarropa contra los rehenes en su último acto consciente, o incluso por accidente. Aparentemente, Bellow estaba haciendo bien las cosas. Si los sujetos tenían neuronas sabrían que era hora de rendirse,

pero recordó que hasta el momento no habían contemplado la posibilidad de terminar sus días en la cárcel. Seguramente no era un proyecto divertido. Los hombres del SAS se habían puesto a su disposición, aunque su coronel se había allegado a husmear el *lobby* principal del hospital.

—Es un día difícil para todos, ¿no, Tim? —preguntó Bellow.

—Podría haber sido mejor —admitió O’Neil.

—Y usted sabe cómo terminará, ¿no? —tanteó Bellow.

—Sí, doctor, lo sé —Hizo una pausa—. Hoy no disparé mi rifle. No maté a nadie. Jimmy sí —prosiguió, señalando el cadáver yacente—, pero ninguno de nosotros mató a nadie.

¡Bingo! pensó Bellow.

—Eso es muy importante, Tim. Es importantísimo, de hecho. La guerra terminará pronto, sabe. Finalmente van a hacer la paz, y cuando eso sucede, bien, hay amnistía para la mayor parte de los combatientes. De modo que pueden tener esperanzas. Todos ustedes —les dijo a los otros tres, quienes observaban y escuchaban... y vacilaban como Tim. Debían saber que todo estaba perdido. Rodeados, capturado su líder, la situación podía terminar de dos maneras para ellos: muerte o cárcel. La huida no era una posibilidad y sabían que el intento de trasladar a los rehenes a un ómnibus sólo serviría para exponerlos a una muerte segura.

—¿Tim?

—¿Sí? —respondió, mirándolo a través de una cortina de humo.

—Si dejan las armas sobre el piso, les doy mi palabra de que no resultarán lastimados.

—¿E iremos a la cárcel? —desafío y enojo en la respuesta.

—Timothy, algún día saldrán de la cárcel. Pero es imposible salir de la *muerte*. Por favor, piénselo. Por el amor de Dios, soy médico —le recordó Bellow—. No me gusta ver morir a la gente.

Timothy O’Neil miró a sus camaradas. Todos bajaron los ojos. Ni siquiera los mellizos Barry adoptaron una actitud desafiante.

—Muchachos, si en el día de hoy no hirieron a nadie, entonces... sí, irán a la cárcel, pero tendrán la posibilidad de salir cuando se promulgue la amnistía. De otro modo, morirán por nada. No por su país. Sus compatriotas no respetan como héroes a los asesinos de civiles inocentes —repitió Bellow por enésima vez. La repetición era importante. La insistencia. La gota que horada la piedra—. Matar soldados... sí, eso hacen los soldados, pero asesinar gente inocente... jamás. Ya saben: morirán por nada... o vivirán y algún día volverán a ser libres. Ustedes deciden, muchachos. Ustedes tienen las armas. Pero el ómnibus no vendrá. No escaparán y, sí, pueden matar a estas seis personas... ¿pero qué conseguirán con eso? ¿Un pasaje al infierno, tal vez? Piénselo, Timothy —concluyó, preguntándose si alguna monja católica le habría hablado así en la escuela.

No era tan fácil para Tim O'Neil. La idea de estar metido en una jaula con delincuentes comunes y que su familia fuera a visitarlo como a un animal del zoológico le producía escalofríos... pero desde siempre había sido una posibilidad. Y aunque prefería la imagen mental de la muerte heroica —su ametralladora escupiendo fuego contra los enemigos de su país—, ese médico estadounidense había dicho la verdad. No era heroico asesinar a seis civiles ingleses. No se cantarían loas a su hazaña, no se beberían cervezas en su honor en los pubs del Ulster... Lo esperaba una muerte deshonrosa, desdichada... Y la vida, en prisión o no, era preferible a esa clase de muerte.

Timothy Dennis O'Neil miró a sus camaradas del PIRA y vio la misma expresión en sus rostros. Todos asintieron, sin decir palabra. O'Neil dejó su rifle en el piso. Los demás hicieron lo mismo.

Bellow se acercó a darles la mano.

—Six a Vega, ¡entren ya mismo! —ordenó Clark, contemplando la imagen en el pequeño monitor blanco y negro.

El Oso Vega dio rápidamente la vuelta a la esquina con su MP-10 en alto. Allí estaban, parados junto a Bellow. Tomlinson y Bates los empujaron (sin excesiva rudeza) contra la pared. Bates los palpó de armas. Segundos después entraron dos policías uniformados y, ante el asombro de los soldados, los esposaron y les leyeron sus derechos. Y así, fácilmente, serenamente, terminó otro día de combate.

CAPÍTULO 29

RECUPERACIÓN

El día no había terminado para el doctor Bellow. Luego de beber un vaso de agua para refrescarse la garganta saltó al camión verde del ejército británico y emprendió el regreso a Hereford. Tampoco había terminado para los que quedaron atrás.

—Hola, nena —dijo Ding. Finalmente había encontrado a su esposa fuera del hospital, rodeada por un grupo de SAS.

Patsy corrió hacia él y lo abrazó con toda la fuerza que le permitía su enorme vientre.

—¿Estás bien?

La joven asintió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y tú? —musitó.

—Estoy bien. Fue un poco difícil al comienzo... y perdimos algunos hombres, pero ahora todo está bajo control.

—Uno de ellos... alguien lo mató y...

—Lo sé. Te estaba apuntando con un arma. Por eso murió —Chávez recordó que le debía una cerveza al sargento Tomlinson por el disparo... de hecho, le debía mucho más que una cerveza, pero así se pagaban las deudas en la comunidad de los guerreros. Por ahora, sólo le importaba tener a Patsy en sus brazos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para ahuyentarlas. El llanto no condecía con su imagen machista. Se preguntó cuánto daño le habría hecho a su esposa lo ocurrido ese día. Patsy se había consagrado a curar, no a matar, y había visto por lo menos una muerte violenta. ¡Esos miserables del IRA! Habían invadido su vida, atacado a no combatientes y asesinado a algunos de sus compañeros. Alguien les había informado cómo hacerlo. Por algún lugar se estaba filtrando información... Era un agujero grande, y su primera prioridad sería encontrarlo.

—¿Cómo está mi muchachito? —le preguntó a su esposa.

—Bien, Ding. De verdad. Estoy bien —le aseguró Patsy.

—OK, nena, tengo que ir a hacer unas cuantas cosas. Tú volverás a casa —le hizo señas a un soldado del SAS—. Llévela de regreso a la base, por favor.

—Sí, señor —replicó el sargento. Fueron caminando hasta la playa de estacionamiento. Sandy y John ya estaban allí, abrazados. Lo

mejor sería trasladar a ambas mujeres a lo de John. Un oficial del SAS se ofreció a acompañarlas, y también un sargento. Como de costumbre, cerraban y vigilaban la puerta del establo cuando el caballo ya había escapado. Pero tal era la tendencia humana universal y un minuto después las dos mujeres se retiraban del hospital, escoltadas (por si fuera poco) por un patrullero policial.

—¿A dónde vamos, Mr. C.? —preguntó Chávez.

—Nuestros amigos fueron trasladados al hospital de la base. Paul ya está allí. Quiere entrevistar a Grady —el líder— cuando salga de cirugía. Creo que nos convendría presenciar la entrevista.

—Entendido, John. Vamos.

Popov ya estaba cerca de Londres, escuchando la radio de su auto alquilado. Quienquiera que fuese el que informaba a los medios, sabía y hablaba demasiado. Cuando supo que el líder de los terroristas del IRA había sido capturado la sangre se le congeló en las venas. Si tenían a Grady, tenían al hombre que sabía quién era él, que conocía su nombre secreto, que sabía todo sobre la transferencia de los fondos, que sabía demasiado. No era momento de entrar en pánico sino de actuar con celeridad.

Miró su reloj. Los bancos todavía estaban abiertos. Activó su teléfono celular y llamó a Berna. Un minuto después daba la orden de transferir los fondos a otra cuenta. El empleado del banco no se mostró desilusionado por perder un depósito tan importante. Después de todo el banco tenía muchísimos depósitos, ¿no? A partir de ahora el ruso tenía una ventaja —cinco millones de dólares más en su cuenta— y una desventaja —el enemigo pronto conocería su nombre secreto y su descripción física. Tenía que abandonar el país. Tomó la salida a Heathrow y llegó a la Terminal 4. Diez minutos después compraba un boleto de primera clase a Chicago. Tuvo que apurarse para llegar al avión, pero finalmente logró abordarlo. Una bella azafata lo acompañó hasta su asiento y el 747 cerró sus puertas.

—Fue un verdadero desastre —comentó John Brightling, bajando el volumen del televisor de su oficina. El episodio de Hereford encabezaba todos los noticieros del mundo.

—Tuvieron mala suerte —replicó Henriksen—. Pero esos comandos son muy buenos, y si uno les da una mínima ventaja la aprovechan. Qué diablos, perdieron cuatro o cinco hombres. No es tan fácil eliminar a tipos como éstos.

Brightling sabía que el corazón de Henriksen estaba dividido. Por un lado, debía sentir cierta simpatía por la gente que había ordenado atacar.

—¿Fue un fracaso?

—Bueno, si tienen al líder vivo intentarán exprimirlo. Pero esos

tipos del IRA no cantan como pajaritos. Quiero decir, *nunca* cantan. La única línea que podrían tener hacia nosotros es Dimitri, y el ruso es un profesional. En este momento debe estar haciéndose humo, probablemente habrá abordado algún avión hacia un lugar recóndito e impensable. Tiene un arsenal de pasaportes, tarjetas de crédito y documentos de identidad falsos. Así que probablemente estará a salvo. La KGB sabía entrenar a sus hombres, John, confía en mí.

—Si lo atrapan, ¿hablará? —insistió Brightling.

—Es un riesgo. Sí, podría vomitar las entrañas —tuvo que admitir Henriksen—. Si vuelve con nosotros le comunicaré todos los riesgos implícitos y...

—¿No sería mejor... eh... eliminarlo?

La pregunta avergonzaba a Brightling. Henriksen preparó una respuesta cautelosa y sincera.

—Estrictamente hablando, sí... pero sería peligroso hacerlo, John. Popov es un profesional. Probablemente tiene una casilla de correo en alguna parte —Viendo la confusión de Brightling, prosiguió—: Uno se protege de ser eliminado escribiendo todo lo que sabe y guardándolo en lugar seguro. Si uno no accede a la información al menos una vez por mes, ésta es distribuída según un plan preestablecido. Generalmente hay un abogado detrás. Eso es un grave riesgo para nosotros, ¿no? Vivo o muerto, puede quemarnos. Y en este caso sería mucho peor si estuviera muerto —Hizo una pausa—. No, lo necesitamos vivo... y bajo control, John.

—OK, encárgate tú, Bill —Brightling se recostó en su silla y cerró los ojos. Estaban demasiado cerca de correr riesgos innecesarios. OK, controlarían al ruso, lo envolverían bien. Incluso le salvarían la vida... demonios, claro que le salvarían la vida. Esperaba que el ruso apreciara el gesto. Pero Brightling también debía apreciar sus logros. Ese comando Rainbow había quedado baldado, o al menos malherido. Popov había cumplido dos misiones: despertar la conciencia mundial respecto al terrorismo (logrando que Global Security firmara contrato con las Olimpiadas de Sydney) y baldar a ese nuevo comando antiterrorista (tal vez al punto de eliminarlo del juego). La operación ya no sufriría contratiempos y sólo había que esperar el momento adecuado para iniciarla.

Estamos tan cerca, pensó Brightling. Probablemente fuera normal tener miedo en momentos como ése. La confianza tenía que ver con la distancia. Cuanto más lejos estaba uno, más fácil era creerse invencible... pero cuando uno se acercaba, la proximidad aumentaba proporcionalmente los peligros. Pero eso no cambiaba nada, ¿verdad? No, claro que no. El plan *era* perfecto. Sólo tenían que ejecutarlo.

Sean Grady salió de cirugía a las ocho de la noche, luego de pasar tres hora y media en la mesa de operaciones. Bellow comprobó que lo había operado un cirujano de primera línea. El húmero fue colocado en

su lugar con una placa permanente de acero-cobalto (lo suficientemente grande para que, en el improbable caso de que Grady entrara a un aeropuerto internacional en el lejanísimo futuro, los detectores de metales comenzaran a sonar aunque estuviera completamente desnudo.) Afortunadamente para él, el plexo braquial no había sido dañado por las dos balas que ingresaron a su cuerpo (por lo que no perdería el uso del brazo). Las heridas del pecho eran menores. Se recuperaría del todo, en opinión del cirujano del ejército, y disfrutaría de buena salud física durante el período de prisión perpetua que seguramente le esperaba.

Lo habían operado con anestesia general, por supuesto. Bellow se sentó junto a la cama del terrorista, observando los monitores y esperando que despertara. El proceso sería lento, probablemente.

La sala de recuperación estaba llena de policías, uniformados y de civil. Clark y Chávez también estaban allí, de pie, observando al hombre que se había atrevido a sus hombres... y a sus mujeres. Los ojos de Chávez parecían dardos —duros, oscuros y fríos—, pero su rostro estaba sereno. Bellow creía conocer bien a la gente del Rainbow. Eran profesionales, y en el caso de Clark y Chávez, habían vivido en negro y hecho algunas cosas muy negras, en su mayoría felizmente ignoradas por él. Pero sabía que ambos eran hombres del orden, como los oficiales de policía, protectores de las leyes. Tal vez las violaran de vez en cuando, pero sólo para defenderlas. Eran románticos, igual que los terroristas, pero la diferencia radicaba en la causa elegida. El objetivo de Clark y Chávez era proteger. El de Grady, perturbar. Y en la diferencia de las misiones yacía la diferencia entre los hombres. Así de simple. Ahora, por muy furiosos que estuvieran con el hombre anestesiado, no le causarían daño físico. Dejarían que lo castigara la sociedad que el propio Grady había atacado tan maliciosamente (y cuyas leyes ellos habían jurado proteger, aunque no siempre respetar al pie de la letra).

—Despertará en cualquier momento —dijo Bellow. Grady empezaba a mostrar signos vitales. Movié un poco el cuerpo apenas el cerebro empezó a recuperar la conciencia. Algunas partes no responderían como debían hacerlo, pero el dolor no se manifestaría aún. La cabeza del terrorista inició un movimiento lento hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y luego...

Entreabrió los ojos, lentamente. Bellow consultó la lista de terroristas, anhelando que la policía británica y los muchachos del Five le hubieran proporcionado buena información.

—¿Sean? —dijo—. ¿Estás despierto, Sean?

—¿Quién...?

—Soy yo, Jimmy Carr, Sean. ¿Estás de vuelta con nosotros, Sean?

—¿Dónde... es... toy? —musitó con un hilo de voz.

—En el Hospital de la Universidad. En Dublín, Sean. El doctor McCaskey acaba de arreglarte el hombro. Estás en la sala de recuperación. Vas a reponerte, Sean. Pero, por Dios, traerte aquí fue muy difícil. ¿Te duele el hombro, Sean?

—No, ahora no duele, Jimmy. ¿Cuántos...

—¿Cuántos de nosotros? Diez, diez lograron escapar. Ahora están en las casas seguras, viejo.

—Bien —Abrió los ojos y vio a un individuo con barbijo y gorra quirúrgicos, pero no podía focalizar bien y la imagen estaba borrosa. El cuarto... sí... era un hospital... el cielo raso, las planchas regulares sostenidas por la estructura metálica... las luces, fluorescentes. Tenía la garganta seca y un poco dolorida por la intubación, pero no le importaba. Era parte de un sueño y nada de eso estaba pasando en realidad. Flotaba en una nube blanca, extraña... pero al menos Jimmy Carr estaba allí.

—Roddy, ¿dónde está Roddy?

—Roddy está muerto, Sean —respondió Bellow—. Lo lamento, no pudo escapar.

—Oh, maldición... —resopló Grady—. Roddy no, no...

—Sean, necesitamos cierta información, y rápido.

—¿Cuál... información?

—El tipo que nos consiguió la información, tenemos que contactarlo... pero no sabemos cómo encontrarlo.

—¿Te refieres a Iosef?

Bingo, pensó Paul Bellow.

—Sí, Sean —prosiguió—, Iosef. Tenemos que entrar en contacto con él...

—¿El dinero? Lo tengo en la billetera, viejo.

Ah, pensó Clark, dándose vuelta. Bill Tawney tenía todas las posesiones personales de Grady sobre una mesa portátil. En la billetera había sólo doscientas diez libras británicas, ciento setenta libras irlandesas y varios pedazos de papel. En uno de color amarillo había dos números, de seis dígitos cada uno, sin explicación. ¿Pertencerían a una cuenta suiza numerada? se preguntó el agente secreto.

—¿Cómo accedemos al dinero, Sean? Necesitamos acceder ya, amigo.

—El Banco Comercial Suizo en Berna... llama... número de cuenta y número de control en... en mi billetera.

—Bueno, gracias, Sean... y Iosef, ¿cómo era el apellido... cómo nos comunicamos con él, Sean? Por favor, necesitamos comunicarnos ahora mismo, Sean —El falso acento irlandés de Bellow no habría engañado a un borracho, pero Grady se encontraba en un estado más alienado que el que produce el alcohol.

—No... sé. Él se comunica con nosotros, ¿te acuerdas? Iosef Andréyevich me contacta a través de Robert... a través de la red... nunca me dio una manera de contactarlo.

—Su apellido, Sean, nunca me dijiste cuál era.

—Serov, Iosef Andréyevich Serov... ruso... de la KGB... Valle del Bekaa... hace años.

—Bueno, nos dio buena información sobre esos tipos del Rainbow, ¿no te parece, Sean?

—¿Cuántos... cuántos...?

—Diez, Sean, liquidamos a diez y logramos escapar, pero a ti te hirieron en tu Jaguar, ¿recuerdas? Pero los herimos, Sean, los herimos de gravedad —le aseguró Bellow.

—Bueno... qué bueno... herirlos... matarlos... matarlos a todos —susurró Grady.

—No del todo, infeliz —farfulló Chávez en voz muy baja.

—¿Matamos a las dos mujeres?... Jimmy, ¿las matamos?

—Oh, sí, Sean, yo mismo las maté. Ahora, Sean, volvamos al ruso.

Necesito saber más sobre él.

—¿Josef? Es... un buen tipo, KGB, nos consiguió el dinero y las drogas. Muchísimo dinero... seis millones... seis... y la cocaína —agregó Grady para el registro de la Minicam colocada en un trípode junto a la cama—. Nos llevó todo a Shannon, ¿recuerdas? Voló en el jet privado, trajo el dinero y las drogas de Estados Unidos... bueno, creo que de Estados Unidos... casi seguro... viste cómo habla ahora, tiene acento estadounidense, como la televisión, es gracioso para un ruso, Jimmy....

—¿Josef Andréyevich Serov?

Grady trató de asentir.

—Así son los nombres rusos, Jimmy. José, hijo de Andrés.

—¿Qué aspecto tiene, Sean?

—Alto como yo... cabello cobrizo, ojos... pardos, cara redonda, habla muchos idiomas... en el Valle del Bekaa... 1986... buen tipo, nos ayudó mucho...

—¿Cómo vamos, Bill? —le preguntó Clark a Tawney.

—Bueno, no podremos usar nada de esto en una corte, pero...

—¡Al carajo con las cortes, Bill! ¿Esto sirve para algo? ¿Los datos encajan?

—El apellido Serov no me dice nada, pero verificaré con los archivos. Podemos ingresar estos números en la computadora y descubrir ciertas pistas, pero... —miró su reloj— tendremos que esperar hasta mañana.

Clark asintió.

—Vaya método de interrogatorio.

—Nunca vi algo parecido. Es genial.

Grady abrió más los ojos. Vio a los demás y quedó perplejo.

—¿Quién es usted? —preguntó, abotagado. Acababa de descubrir un rostro extraño en su sueño.

—Me llamo Clark, John Clark, Sean.

Grady abrió los ojos como platos un breve instante.

—Pero usted es...

—Así es, camarada. Ése soy yo. Y gracias por cantar como un pajarito. Los atrapamos a todos, Sean. A los quince, muertos o capturados. Espero que te guste Inglaterra, muchacho. Vas a pasar aquí un largo, larguísimo período. ¿Por qué no duermes otro poco, chiquilín? —preguntó con fingida cortesía. *He matado hombres mucho mejores que tú, novato*, pensó. Su máscara supuestamente impasible proclamaba sus verdaderos sentimientos.

El Dr. Bellow guardó la grabación y sus anotaciones. Casi nunca fallaba. El estado semiconsciente post-anestesia hacía que la mente humana fuera vulnerable a la sugestión. Por eso la gente que tenía acceso a información de seguridad jamás iba sola al hospital. En este caso había tenido diez minutos para sumergirse en la mente del terrorista y emerger con una buena dosis de información. La información no podría ser presentada ante un tribunal, pero Rainbow no era una organización de policías.

—Malloy lo atrapó, ¿no? —preguntó Clark camino a la puerta.

—En realidad fue el sargento Nance —respondió Chávez.

—Tendremos que hacerle un buen regalo —comentó Rainbow Six—. Se lo debemos. Ahora tenemos un nombre, Domingo. Un nombre ruso.

—Pero no sirve. Por fuerza tiene que ser falso.

—¿Ah, sí?

—Sí, John, ¿acaso no se da cuenta? Serov, ex director de la KGB en la década del '60, creo, despedido hace tiempo por meter la pata.

Clark asintió. Aunque no fuera el nombre del pasaporte verdadero del tipo, seguía siendo un nombre... y los nombres podían rastrearse. Salieron del hospital a la fría noche británica. El auto de John los estaba esperando. El cabo Mole parecía contento consigo mismo. Obtendría una bonita condecoración por el trabajo de ese día y probablemente una hermosa carta de su pseudo general estadounidense. John y Ding subieron al auto y se dirigieron a la cárcel de la base. Allí estaba el resto de los terroristas, ya que las cárceles locales no eran lo suficientemente seguras. Apenas llegaron, los condujeron a la sala de interrogatorio. Timothy O'Neil los estaba esperando, esposado a una silla.

—Hola —dijo John—. Mi nombre es Clark. Él es Domingo Chávez.

El prisionero se limitó a mirarlos.

—Ustedes vinieron aquí a matar a nuestras esposas —prosiguió John. El terrorista ni siquiera parpadeó—. Pero fracasaron rotundamente. Eran quince. Ahora sólo quedan seis. Los demás no volverán a hacer daño. Sabe, la gente como ustedes me hace avergonzar de ser irlandés. Dios santo, nene, ni siquiera son delincuentes eficaces. A propósito, Clark es el nombre que uso para trabajar. Antes era John Kelly, y el apellido de soltera de mi esposa es O'Toole. ¿Así que ustedes, imbéciles del IRA, se están dedicando a matar estadounidenses de origen católico irlandés, eh? No van a quedar bien en los diarios, infeliz.

—Por no mencionar la venta de cocaína, toda esa cocaína que les trajo el ruso —agregó Chávez.

—¿Drogas? Nosotros no...

—Claro que sí. Sean Grady vomitó todo, cantó como un maldito canario. Tenemos el número de la cuenta bancaria en Suiza, y ese ruso...

—Serov —acotó Chávez—, Iosef Andréyevich Serov, el amiguito de Sean en el Valle del Bekaa.

—No tengo nada que decir —Eso ya era más de lo que había planeado decir. Sean Grady había hablado. ¿Sean? Imposible... ¿pero de

qué otro modo podrían haber obtenido la información? ¿Acaso el mundo se había vuelto loco?

—Hermano —prosiguió Ding—, quisiste matar a *mi* esposa, y ella tiene a *mi* hijo en el vientre. ¿Crees que vas a seguir con vida mucho tiempo? John, ¿este tipo saldrá alguna vez de la cárcel?

—No creo, Domingo.

—Bueno, Timmy, déjame decirte algo. Donde yo nací, si te metes con la esposa de alguien tienes que pagar un precio. Y no es bajo. Y donde yo nací, *jamás, nunca* hay que meterse con los hijos de un hombre. El precio que se paga por eso es todavía más alto, pequeño cojedor. ¿Cojedor? —se preguntó Chávez—. No, creo que podremos resolverlo, John. Puedo hacer que este miserable no vuelva a cojer jamás—. Extrajo un cuchillo de combate K-Bar tipo *marine* de su cinturón. La hoja era negra, excepto por el reluciente filo de un cuarto de pulgada.

—No creo que sea buena idea, Ding —objetó débilmente Rainbow Six.

—¿Por qué no? A mí me parece una idea excelente, viejo —Se levantó de la silla y caminó hasta donde estaba O'Neil. Bajó la mano del cuchillo—. No será difícil cortártela, viejo, sólo hay que deslizar el cuchillo y... *zap*... cambiarte el sexo. No soy médico, como te darás cuenta, pero conozco la primera parte de la intervención, ¿sabes? —Se inclinó y apoyó su nariz contra la del terrorista—. ¡Viejo, uno *nunca, JAMÁS* se mete con la mujer de un latino! ¿Entiendes lo que digo?

Timothy O'Neil había tenido un día lo suficientemente malo hasta el momento. Miró los ojos hispanos, identificó el acento y supo que no estaba frente a un inglés, ni siquiera uno de los estadounidenses que tan bien creía conocer.

—Ya lo hice antes, viejo. Principalmente mato con armas de fuego, pero una o dos veces eliminé a un par de miserables a punta de cuchillo. Es divertido verlos desangrarse... pero a ti no voy a matarte, muchacho. Sólo voy a transformarte en mujer —Apretó el cuchillo contra la entrepierna del hombre esposado a la silla.

—¡Basta, Domingo! —ordenó Clark.

—¡Váyase al carajo, John! Este delincuente quiso lastimar a *mi* esposa. Bueno, haré que este pequeño cojedor no vuelva a meterse con ninguna mujer, manito —Miró nuevamente al prisionero—. Voy a mirarte a los ojos mientras te la corto, Timmy. Quiero ver qué cara pondrás cuando empieces a convertirte en mujer.

O'Neil parpadeó. Miró hondamente los ojos oscuros, hispanos. Vio ira en ellos, ardiente y apasionada... pero por muy malo que eso fuera para él, tenía sobradas razones para sentirla. Sus compañeros y él habían planeado raptar y tal vez matar a una mujer embarazada. Era una vergüenza, un crimen, y por eso había justicia en la furia desatada ante sus ojos.

—¡No fue así! —jadeó—. Nosotros no... no...

—¿No tuvieron ocasión de violarla, eh? Bueno, ¿no te parece una verdadera lástima, cabrón? —lo interrumpió Chávez.

—No, no, violarla no... nunca, ninguno de nosotros violó jamás a nadie, en la unidad no...

—Eres una mierda cojedora, Timmy... pero pronto sólo serás una mierda, porque no veo más cojidas en tu futuro —Movié apenas el cu-chillo—. Será divertido, John. Como el tipo que liquidamos en Libia hace dos años, ¿recuerda?

—Dios santo, Ding, todavía tengo pesadillas con él —admitió Clark. Desvió la vista—. Te digo que no lo hagas, Ding.

—Al carajo, John —Con la mano libre aflojó el cinturón de O'Neil y le desabrochó el primer botón de la bragueta. Luego encontró lo que buscaba—. Bueno, carajo, no hay mucho que cortar. Este miserable casi no tiene pija.

—O'Neil, si tiene algo para decirnos será mejor que lo diga ya. No puedo controlar a este muchacho. Ya lo he visto así antes y...

—Habla demasiado, John. Mierda, Grady ya vomitó todo lo que sabía. ¿Qué puede saber éste? Voy a cortarle la pija y luego voy a arrojársele a los perros de la base. Les gusta la carne fresca.

—Domingo, somos hombres civilizados y no...

—¿Civilizados? Las pelotas, John. ¡Este tipo quiso matar a mi esposa y mi bebé!

O'Neil abrió mucho los ojos.

—No, no, nunca quisimos...

—Claro, imbécil —se burló Chávez—. Le apuntaron con fusiles porque querían conquistar su mente y su corazón, ¿no? Asesino de mujeres, asesino de bebés —escupió.

—Yo no maté a nadie, ni siquiera disparé mi rifle. Yo...

—Grandioso, encima eres incompetente. ¿Crees tener derecho a una pija sólo porque eres incompetente?

—¿Quién es el ruso? —preguntó Clark.

—Un amigo de Sean. Serov, Iosef Serov. Él consiguió el dinero y las drogas...

—¿Drogas? Carajo, John. ¡Encima son drogadictos!

—¿Dónde está el dinero?

—En un banco suizo, en una cuenta numerada. Iosef lo depositó, seis millones de dólares... y... y Sean le pidió que nos trajera diez kilos de cocaína para vender. Necesitábamos más dinero para continuar con nuestras operaciones.

—¿Dónde está la droga, Tim? —preguntó Clark.

—En la gran... en la granja —O'Neil les indicó cómo llegar.

—Este tipo Serov, ¿qué aspecto tiene? —El terrorista lo describió escuetamente.

Chávez retrocedió, más sereno. Luego sonrió.

—OK, John, vamos a hablar con los otros. Gracias, Timmy. Puedes conservar tu pija diminuta, manito.

Estaba atardeciendo sobre la provincia de Quebec, en Canadá. El

sol se reflejaba en los incontables lagos, algunos todavía cubiertos por una capa de hielo. Popov no había podido dormir durante el vuelo, obteniendo el dudoso honor de ser el único pasajero despierto en primera clase. Su mente volvía, incansable, a la misma idea. Si los británicos habían capturado a Grady, ya tendrían su nombre secreto (el que figuraba en su pasaporte). Bueno, se desharía de él ese mismo día. También tendrían su descripción física, pero por suerte carecía de rasgos destacables. Grady tenía el número de la cuenta bancaria que había abierto en Suiza, pero Popov ya había transferido los fondos a otra cuenta (imposible de rastrear hasta él). Teóricamente era posible que la oposición investigara los datos proporcionados por Grady —Popov no se hacía ilusiones al respecto— y tal vez consiguiera un conjunto de huellas digitales de... no, eso era bastante improbable, y ningún servicio de inteligencia occidental tendría con qué compararlas. Ningún servicio de inteligencia occidental sabía nada acerca de él... de lo contrario lo habrían arrestado hacía años.

Entonces, ¿qué les quedaba? Un nombre que pronto se evaporaría, una descripción física semejante a la de millones de hombres, y el número de una cuenta bancaria difunta. Muy poco, en suma. No obstante, todavía debía verificar (muy rápidamente) los procedimientos de transferencia de fondos de los bancos suizos, y sobre todo averiguar si el proceso en cuestión estaba protegido por las mismas leyes de anonimato que protegían las cuentas propiamente dichas. En el peor de los casos... los suizos no eran paradigmas de integridad, ¿verdad? No, seguramente habría un arreglo entre los bancos y la policía. Tenía que haberlo, aunque más no fuera para que la policía suiza pudiera mentir eficazmente a las demás fuerzas policiales del mundo. Pero la segunda cuenta era en realidad una cuenta fantasma. La había abierto a través de un abogado que no podría traicionarlo (ya que sólo se conocían por teléfono). Por lo tanto, no había nada que vinculara la información proporcionada por Grady con su situación actual. Eso sí que era bueno. Tendría que pensarlo muy bien *en el caso de acceder* a los 5.7 millones de dólares de la segunda cuenta, pero encontraría la manera de hacerlo. A través de otro abogado, tal vez, ¿en Liechtenstein, donde las leyes de secreto bancario eran aún más estrictas que en Suiza? Tendría que pensarlo. Un abogado estadounidense podría guiarlo convenientemente, también bajo el anonimato más absoluto.

Estás a salvo, Dimitri Andréyevich, se dijo Popov. A salvo y rico, pero había llegado el momento de dejar de correr riesgos. No iniciaría más operativos para John Brightling. Apenas llegara a O'Hare tomaría el próximo vuelo a Nueva York, iría a su departamento, se reportaría con Brightling y buscaría una ruta de escape elegante. ¿Pero Brightling lo dejaría ir sin más?

Tendría que dejarlo, pensó Popov. Henriksen y él eran los únicos hombres en todo el planeta que podían vincularlo a los asesinatos masivos. Podría pensar en matar a Popov, pero Henriksen le aconsejaría no hacerlo. Henriksen también era un profesional y conocía las reglas del

juego. Popov había escrito un diario (guardado en lugar seguro, en la bóveda de un estudio jurídico neoyorquino) con instrucciones específicas. De modo que... no, no corría peligro de ser asesinado, siempre y cuando sus “amigos” conocieran las reglas... y, llegado el caso, Popov no tendría inconveniente en refrescárselas.

Entonces, ¿para qué volver a Nueva York? ¿Por qué no desaparecer del mapa? Era una posibilidad tentadora... pero no. Tendría que decirles a Brightling y Henriksen que no volvieran a buscarlo y explicarles por qué les convenía seguir su consejo. Además, Brightling tenía una conexión singularmente importante en el gobierno estadounidense y Popov podía utilizar la información proporcionada por esa persona para protegerse. Uno nunca estaba lo suficientemente protegido.

Una vez decididos los pasos a seguir, finalmente pudo relajarse. Faltaban noventa minutos para llegar a Chicago. A sus pies yacía un mundo inmenso, con infinitos lugares donde desaparecer. Ahora tenía el dinero necesario para hacerlo. Había valido la pena.

—OK, ¿qué tenemos? —les preguntó John a sus ejecutivos jerárquicos.

—El nombre Iosef Serov no figura en nuestras computadoras en Londres —dijo Cyril Holt, del Servicio de Seguridad—. ¿Y la CIA?

Clark negó con la cabeza.

—Tenemos dos tipos de apellido Serov en los libros. Uno está muerto. El otro tiene casi setenta años y está retirado en Moscú. ¿Y la descripción física?

—Bueno, encaja con este tipo —Holt pasó una foto.

—Lo he visto antes.

—Es el tipo que se encontró con Ivan Kirilenko hace unas semanas en Londres. Es la pieza que faltaba en el rompecabezas, John. Creemos que estuvo involucrado en la filtración de información acerca de su organización. Podría estar en contacto con Grady... bueno, todo encaja a la perfección, a decir verdad.

—¿Tenemos alguna manera de confirmarlo?

—*Podemos* acudir al RVS... tanto la CIA como nosotros tenemos buenas relaciones con Sergey Golovko, y tal vez puedan ayudarnos. Presionaré hasta el límite para lograrlo —prometió Holt.

—¿Qué más?

—Estos números —prosiguió Bill Tawney—. Probablemente uno sea el número de identificación de una cuenta bancaria, y el otro el del código de control y activación. La policía se encargará de averiguarlo. Así sabremos algunas cosas, siempre y cuando el dinero no haya sido lavado y la cuenta siga activa.

—Las armas —acotó un policía presente—. A juzgar por el número de serie son de origen soviético, de la fábrica ubicada en Kazan. Son muy viejas, tienen por lo menos diez años, pero ninguna de ellas había sido disparada hasta el día de hoy. En cuanto a las drogas, remití la

información a Dennis Maguire... el jefe de la Garda. Mañana saldrá por televisión. Encontraron e incautaron diez kilos de cocaína pura... cuando digo “pura” aludo a calidad medicinal, casi como si la hubieran comprado en una empresa farmacéutica. El precio de venta al público es muy alto. Millones —les dijo el superintendente—. La encontraron en una granja semi abandonada en la costa oeste de Irlanda.

—Hemos identificado a tres de los seis prisioneros. Uno de ellos todavía no pudo hablar con nosotros a raíz de sus heridas. Ah, utilizaban teléfonos celulares para comunicarse, como *walkie-talkies*. Noonan hizo un gran trabajo. Sólo Dios sabe cuántas vidas salvó —les dijo Holt.

En la otra punta de la mesa, Chávez asintió pensando en lo que podría haber pasado. Si esos miserables hubieran podido coordinar sus acciones... Dios santo. No habría sido un buen día para los muchachos buenos. Por otra parte, ya había sido bastante malo. Habría funerales. La gente tendría que vestir sus uniformes Clase A y formar fila y disparar sus armas... y luego tendrían que reemplazar a los muertos. No muy lejos de allí, Mike Chin estaba en una cama de hospital con la pierna rota. El Comando 1 estaría fuera de acción por lo menos un mes, pero se había defendido bien. Noonan había estado grandioso (había matado a tres con su pistola), lo mismo que Franklin, quien luego de decapitar a uno con su gran MacMillan .50 había usado su rifle monstruo para destruir la camioneta marrón, impidiendo la huida a cinco terroristas. Chávez tenía los ojos clavados en la mesa de conferencias cuando sonó su beeper. Vio que llamaban de su casa. Se levantó de un salto y llamó desde el teléfono de la pared.

—¿Sí querida?

—Ding, quiero que vengas en seguida. Ya empezó —dijo Patsy serenamente. La respuesta de Ding fue el repentino aumento del ritmo cardíaco.

—Ya voy, nena —Colgó—. John, tengo que volver a casa. Patsy dice que ya empezó.

—OK, Domingo —Clark esbozó una sonrisa—. Dale un beso de mi parte.

—Entendido, Mr. C. —Chávez salió corriendo.

—El *timing* de estas cosas nunca es propicio, ¿no? —comentó Tawney.

—Bueno, por lo menos pasará algo bueno en el día de hoy —John se restregó los ojos. Incluso aceptaba la idea de ser abuelo. Todavía no era del todo consciente de la gente que había perdido. Sus hombres. Dos de ellos, muertos. Varios heridos. Sus hombres.

—OK —prosiguió—. ¿Y la filtración de información? Fuimos delatados y atacados, muchachos. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Hola, Ed. Habla Carol.

—Hola, Dra. Brightling. ¿En qué puedo servirla?

—¿Qué demonios ocurrió hoy en Inglaterra? ¿Fue nuestra gente... nuestro comando Rainbow, quiero decir?

—Sí, Carol, fueron ellos.

—¿Cómo les fue? La televisión no dice mucho y...

—Dos muertos, cuatro o más heridos —respondió Foley—. Nueve terroristas muertos, seis capturados, el líder incluido.

—Las radios que les conseguimos, ¿funcionaron bien?

—No estoy seguro. Todavía no vi los informes, pero sé que es lo más importante que querrán averiguar.

—¿Y qué es, Ed?

—Quién filtró información. Los terroristas conocían los nombres, identidades y lugares de trabajo de John, su esposa y su hija. Tenían buena inteligencia y John no se siente muy feliz al respecto.

—¿Los familiares están bien?

—Sí, no hubo civiles heridos, gracias a Dios. Diablos, Carol, *conozco* a Sandy y a Patricia. Va a haber problemas serios a raíz de esto.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No sé, pero lo tendré en cuenta.

—Sí, bueno, quiero saber si esos aparatos funcionaron. Les pedí a los de E-Systems que los sacaran pronto, porque nuestros muchachos son muy importantes. Caramba, espero que hayan servido para algo.

—Pronto lo sabremos, Carol —prometió Foley.

—Está bien, ya sabe dónde encontrarme.

—OK, gracias por llamar.

CAPÍTULO 30

VISTAS

Fue todo lo que había esperado —sin saber qué esperar— y mucho más. Finalmente, Domingo Chávez levantó a su hijo con ambas manos.

—Bien —dijo, mirando la nueva vida que debería proteger, educar y, a su debido tiempo, ofrecer al mundo. Después de un segundo que pareció durar semanas, le entregó el recién nacido a su esposa.

Patsy tenía la cara bañada en sudor y agotada por las cinco horas de trabajo de parto, pero el dolor ya había pasado. Había llegado a la meta: tenía a su hijo en los brazos. Era un bebé rosado, pelado y ruidoso, esta última característica rápidamente calmada por la proximidad del pecho izquierdo de Patsy. John Conor Chávez empezó a saborear su primera comida. Pero Patsy estaba exhausta y, a su debido tiempo, una enfermera se llevó al bebé a la *nursery*. Ding besó a su esposa y caminó junto a la camilla mientras la trasladaban a su habitación. Ya estaba dormida cuando llegaron. Volvió a besarla y salió. Volvió a la base de Hereford y fue directamente a la residencia oficial de Rainbow Six.

—¿Y? —preguntó John al abrir la puerta.

Chávez le ofreció un cigarro.

—John Conor Chávez, siete libras once onzas. Patsy está muy bien, abuelito —dijo con una sonrisa emocionada. Después de todo, a su mujercita le había tocado lo más difícil.

Hay momentos en que hasta los hombres más fuertes lloran, y éste fue uno de ellos. Ambos se fundieron en un abrazo.

—Bueno —dijo John, buscando un pañuelo para secarse los ojos—. ¿A quién se parece?

—A Winston Churchill —replicó Domingo con una risotada—. Diablos, John, nunca pude decidir a quién se parecen los bebés, pero John Conor Chávez es un nombre bastante bizarro, ¿no le parece? El pequeño malandra tiene una gran herencia sobre los hombros. Le enseñaré karate y manejo de armas desde los cinco años... tal vez desde los seis —especuló Ding.

—Sería mejor que aprendiera golf y béisbol, pero es tu hijo, Domingo. Pasa por favor.

—¿Y bien? —preguntó Sandy, y Chávez repitió la noticia mientras mascaba su cigarro cubano. Despreciaba el hábito de fumar y Sandy, como buena enfermera, no aprobaba el vicio... pero ambos cedieron en homenaje a la ocasión. La Sra. Clark abrazó a su yerno—. ¿John Conor?

—¿Lo sabías? —preguntó John Terrence Clark.

Sandy asintió.

—Patsy me lo dijo la semana pasada.

—Se suponía que era un secreto —objetó el reciente padre.

—¡Soy su *madre*, Ding! —explicó Sandy—. ¿Quieren desayunar?

Los hombres miraron sus relojes. Eran poco más de las cuatro de la mañana. Perfecto.

—Sabe, John, esto es muy profundo —dijo Chávez. Su suegro notó que cambiaba de acento según la naturaleza de la conversación. El día anterior, interrogando a los prisioneros del PIRA, había hablado como un típico pandillero de Los Ángeles, emitiendo un discurso cargado de eufemismos callejeros y acento español. Pero en sus momentos reflexivos adoptaba su identidad de graduado universitario, carente de acento por completo—. Soy papá. Tengo un hijo —sonrisa satisfecha, lenta y un poco asustada—. Caramba.

—La gran aventura, Domingo —dijo John, sirviendo café en las tazas mientras su esposa cocinaba el tocino.

—¿Eh?

—Edificar una persona íntegra. Ésa es la gran aventura, hijo mío, y si no lo haces bien, ¿qué clase de hombres eres?

—Bueno, ustedes lo hicieron muy bien.

—Gracias, Domingo —dijo Sandy desde la cocina—. Nos esmeramos mucho.

—Ella más que yo —admitió John—. Estuve lejos mucho tiempo, jugando al agente secreto. Me perdí tres Navidades, maldita sea. Uno jamás se perdona esas cosas —explicó—. Es la mañana mágica, y se supone que uno debe estar ahí.

—¿Haciendo qué?

—Dos veces en Rusia, una en Irán... en misiones secretas. Dos funcionaron, pero una se vino abajo. Yo perdí, y mi contacto no logró escapar. Los rusos no perdonan la traición al Estado. Cuatro meses después lo hicieron polvo, pobre tipo. No fue una buena Navidad —concluyó Clark. Recordó lo horrible que había sido ver a la KGB atrapar al tipo a menos de cincuenta metros de donde él estaba parado, ver que el tipo lo miraba, desesperado, no tener más remedio que iniciar la huida... sabiendo que no podía hacer nada y, no obstante, sintiéndose una basura. Luego, finalmente, había tenido que explicarle a Ed Foley lo ocurrido... sólo para enterarse de que el agente había sido delatado —“vendido” rezaba el eufemismo— por un infiltrado de la KGB en el edificio de la CIA. Y ese condenado miserable seguía vivo en una prisión oficial con televisión por cable y calefacción central.

—Eso es historia, John —dijo Chávez. Comprendía lo que le pasaba. Ellos habían realizado misiones semejantes, pero el dúo Clark-Chávez no había fallado jamás, aunque algunas veces habían rozado extremos inenarrables—. ¿Sabe qué es lo más gracioso de todo esto?

—¿Qué? —preguntó John, preguntándose si sentiría lo mismo que él había sentido.

—Ahora sé que voy a morir. Algún día, quiero decir. El bebé va a sobrevivirme. Si no lo hace, habré fallado. No puedo permitirme fallar, ¿verdad? JC es mi responsabilidad. Él crecerá, yo envejeceré, y cuando tenga mi edad, diablos, yo andaré por los sesenta. Dios santo, envejecer no figuraba en mis planes, ¿sabía?

Clark hizo una mueca.

—Sí, tampoco en los míos. Relájate, muchacho. Ahora soy un maldito abuelo. Eso tampoco estaba en mis planes.

—No es tan malo, John —comentó Sandy, cascando los huevos—. Podemos consentirlo y luego devolverlo a sus padres. Y lo haremos.

No había sido así con sus propios hijos, al menos por parte de la familia de John. Su madre había muerto hacía mucho de cáncer, y su padre de un ataque al corazón mientras rescataba a unos niños de un incendio en Indianapolis. John se preguntó si sabrían que su hijo había crecido, envejecido, y que ahora era abuelo. Imposible saberlo, ¿verdad? Supuso que era natural pensar en la mortalidad humana en momentos como ése. La gran continuidad de la vida. ¿En qué se convertiría John Conor Chávez? ¿Rico, pobre, mendigo, ladrón, médico, abogado, jefe indio? Eso quedaría en manos de Patsy y Ding y debía confiar en que hicieran bien su trabajo. Probablemente así sería. Conocía a su hija y también a Domingo. Desde la primera vez que lo vio en las montañas de Colorado supo que tenía algo especial. Y el jovencito había crecido, floreciendo como un clavel en un jardín particularmente áspere. Domingo Chávez era la versión joven de sí mismo, un hombre de honor y de coraje, y por consiguiente sería un padre digno, tal como había demostrado ser un marido digno. La gran continuidad de la vida, pensó nuevamente, sorbiendo su café y chupando su cigarro. Y si era una piedra más en el largo camino hacia la muerte... bueno. Que así fuera. Había tenido una vida interesante, una vida útil a los demás, lo mismo que Domingo, y lo mismo esperaba para John Conor. Y qué diablos, pensó John, su vida todavía no había terminado, ¿verdad?

Conseguir pasaje a Nueva York resultó más difícil de lo que esperaba. Todos los vuelos estaban llenos, pero finalmente pudo conseguir un asiento en la parte de atrás de un viejo United 727. No le gustó la ubicación, pero por suerte el viaje fue corto. Al llegar a La Guardia se deshizo de los documentos que le habían permitido cruzar el Atlántico. Le habían sido muy útiles, pero debía desprenderse de ellos. Los arrojó subrepticamente en un tacho de basura y se dirigió a la parada de taxis. Estaba agotado. Su día había empezado después de medianoche y no había podido dormir casi nada en el vuelo transatlántico. Su cuerpo estaba exhausto.

Treinta minutos después, cuando Popov ya estaba a pocas cuerdas de su departamento, el personal de mantenimiento ingresó a la terminal de United Airlines para cambiar las bolsas de basura. La rutina laboral era mecánica y bastante agotadora para los trabajadores, en

su mayoría portorriqueños. Una por una, retiraban las tapas de los tachos y sacaban las enormes bolsas llenas de basura, que luego arrojaban en contenedores que posteriormente eran trasladados en camiones a Staten Island. La rutina era un buen ejercicio para el torso y la mayoría de los hombres llevaban radios portátiles para paliar el aburrimiento.

Uno de los tachos, a cincuenta metros de la parada de taxis, no encajaba perfectamente en el soporte. Cuando el empleado de mantenimiento levantó la bolsa, ésta se enganchó en un borde metálico y se rompió, volcando su contenido en el piso de concreto. El empleado maldijo en silencio. Ahora tendría que agacharse y recoger toda esa basura con sus manos enguantadas. Ya había recogido casi la mitad cuando se topó con la tapa roja de un pasaporte británico. La gente no tiraba pasaportes a la basura, ¿no? Lo abrió y encontró dos tarjetas de crédito adentro, con el mismo nombre del pasaporte. Serov, un nombre bastante raro. Guardó todos los documentos en el bolsillo de su mameluco. Los dejaría en “objetos perdidos”. No era la primera vez que encontraba cosas de valor en la basura. ¡Una vez había encontrado una pistola de 9 mm con el cargador lleno!

Popov ya había llegado a su departamento. Demasiado cansado para desarmar sus valijas, se desvistió y cayó sobre la cama sin beber siquiera un vodka para conciliar el sueño. Por puro reflejo encendió el televisor y vio un nuevo informe sobre el atentado en Hereford. La TV estaba... *gouno*, mierda, pensó. Ahí estaban el camión y el periodista que había querido entrevistarlo. No habían utilizado ese fragmento, pero ahí estaba él, claramente, de perfil, mientras el periodista comentaba el atentado. Razón de más para desaparecer, pensó, a punto de dormirse. Ni siquiera tuvo fuerzas para apagar el televisor. Se durmió con el aparato prendido, cosa que le produjo pesadillas durante toda la noche.

El pasaporte, las tarjetas de crédito y otros objetos de valor llegaron a la oficina de la empresa en Staten Island —un trailer estacionado *in situ*— al finalizar la jornada de trabajo. El recolector de basura los dejó sobre un escritorio y marcó tarjeta antes de regresar a Queens y a su habitual cena tardía.

Tom Sullivan había trabajado hasta tarde y se encontraba en el bar que frecuentaban los agentes del FBI, a una cuadra del edificio Jacob Javist en el bajo Manhattan. Su compañero Frank Chatham también estaba allí, compartiendo una cerveza con Sam Adams.

—¿Alguna novedad en lo tuyo? —preguntó Sullivan. Había pasado todo el día en la corte esperando para declarar en un caso de frau-

de... pero jamás había llegado al banquillo debido a las demoras en los procedimientos.

—Hoy hablé con dos chicas. Ambas dicen conocer a Kirk Maclean, pero ninguna salió con él —replicó Chatham—. Parece otro pozo seco. Quiero decir, él cooperó con nosotros, ¿no?

—¿Algún otro nombre asociado con las chicas desaparecidas?
Chatham negó con la cabeza.

—No. Ambas dijeron que lo vieron hablando con una de ellas, y que en una oportunidad acompañó a la otra, tal como él mismo nos dijo. La escena de siempre en los bares. No hay nada que contradiga lo que él nos dijo. A ninguna de las dos le agrada Maclean. Dicen que aborda a las chicas, les hace unas cuantas preguntas y después se va.

—¿Qué clase de preguntas?

—Lo de siempre: nombre, dirección, trabajo, familia. Lo mismo que preguntamos nosotros, Tom.

—Las dos chicas con las que hablaste hoy —preguntó Sullivan—. ¿De dónde son?

—Una nació aquí, la otra es de Jersey.

—Bannister y Pretloe no son de Nueva York o sus proximidades —señaló Sullivan.

—Sí, ya sé. ¿Y?

—Y, si eres un asesino serial, es más fácil atacar víctimas cuya familia está lejos, ¿no te parece?

—¿Parte del proceso de selección? Me parece demasiado abarcativo, Tom.

—Tal vez, ¿pero qué otra cosa tenemos? —casi nada. Los volantes repartidos por el NYPD habían atraído a quince personas que dijeron reconocer las caras pero no proveyeron información útil—. Estoy de acuerdo, Maclean cooperó, pero si interroga a las chicas y desecha a las que nacieron aquí o tienen familia cerca, y *luego* acompaña a nuestra víctima a su casa, diablos, es más de lo que tenemos sobre cualquier otro.

—¿Volvemos a hablar con él?
Sullivan asintió.

—Sí —era el procedimiento de rutina. Kirk Maclean no les había parecido un asesino serial en potencia.... pero esa clase de criminales eran como camaleones, tal como habían aprendido en la academia del FBI en Quantico, Virginia. También sabían que el aburrido y rutinario trabajo de investigación resolvía más casos que los milagros pregondados en las novelas de misterio. El trabajo policial era un proceso repetitivo y agotador para la mente, y los que lograban superar el aburrimiento ganaban la partida. Casi siempre.

Fue una mañana extraña en Hereford. Por una parte, el Comando 2 estaba conmovido por los sucesos del día anterior. La pérdida de camaradas era un hueso duro de roer para cualquier unidad. Pero por

otra parte, su jefe había sido padre y eso era lo mejor que podía ocurrirle a un hombre. Camino al PT matutino, el abotagado y dichoso líder del Comando 2 (que no había pegado un ojo en toda la noche) recibió el apretón de manos de todos sus subordinados (invariablemente acompañado por una palabra de felicitación y una sonrisa cómplice, ya que todos eran padres, incluso los más jóvenes). El entrenamiento fue más corto teniendo en cuenta su estado físico y, cuando terminaron las tres millas, Eddie Price le sugirió que volviera a su casa a dormir un poco, dado que no sería muy útil en ese estado. Chávez siguió el consejo y durmió hasta pasado el mediodía. Pero despertó de su sueño reparador con un terrible dolor de cabeza.

Igual que Dimitri Popov. Cosa que le parecía injusta, ya que casi no había bebido la noche anterior. Supuso que su cuerpo se estaba vengando por el abuso de los viajes reiterados y la agitación del día anterior en Londres. El televisor de su cuarto seguía encendido, sintonizado en la CNN. Popov se levantó y fue al baño para sus abluciones matinales. Luego se dirigió a la cocina para preparar un café. Dos horas después, duchado y vestido, desarmó sus valijas y colgó los trajes que había llevado a Europa. Las arrugas desaparecerían en un par de días, pensó. Era hora de tomar un taxi hacia cierto lugar.

En Staten Island, la encargada de “objetos perdidos” era una secretaria que detestaba la tarea (obviamente, se la habían impuesto como ocupación adicional). Las cosas que le dejaban sobre el escritorio generalmente apestaban, a veces al punto tal de producirle náuseas. Las de ese día no eran una excepción y la obligaron a preguntarse por enésima vez por qué la gente arrojaba objetos tan nocivos a la basura en lugar de... ¿qué? No sabía. ¿Acaso guardarlos en los bolsillos? El pasaporte rojo tampoco era una excepción a la regla. Joseph A. Serov. La foto pertenecía a un hombre de unos cincuenta años, tan llamativo como una hamburguesa de McDonald's. Pero *era* un pasaporte con dos tarjetas de crédito y le pertenecía a alguien. Buscó la guía telefónica, llamó al consulado británico en Manhattan, le dijo a la recepcionista de qué se trataba, y ésta la comunicó con el control de pasaportes. La secretaria no sabía que la oficina de control de pasaportes era el lugar donde trabajaban los agentes secretos del Servicio de Inteligencia. Luego de una breve conversación, un camión de la empresa recolectora dejó un sobre en el consulado, donde el guardia llamó a la oficina correspondiente y un secretario bajó a recogerlo. El joven dejó el sobre sobre el escritorio de su jefe, Peter Williams.

Williams era en realidad un agente secreto, un hombre joven que realizaba su primera misión de campo fuera de su país. El suyo era un trabajo seguro, cómodo, en una ciudad importante de un país aliado. Dirigía a varios agentes, todos ellos diplomáticos en las Naciones Uni-

das. A través de ellos buscaba y a veces obtenía inteligencia diplomática de bajo nivel, que posteriormente remitía a Whitehall... donde era examinada y considerada por burócratas de nivel igualmente bajo en el ministerio del Exterior.

Ese pasaporte maloliente salía fuera de lo común. Pero bueno, su trabajo implicaba ocuparse de cosas como ésa (de hecho, muchas veces conseguía pasaportes duplicados para los ciudadanos británicos que perdían los suyos en Nueva York, cosa bastante frecuente aunque invariablemente molesta para quienes necesitaban el duplicado). Williams debía transmitir por fax a Londres el número del pasaporte extraviado para identificar al propietario, y luego llamarlo a su casa con la esperanza de que algún miembro de la familia supiera dónde estaba el dueño del pasaporte.

Pero en este caso recibió un llamado de Whitehall treinta minutos después de haber enviado la información.

—¿Peter?

—¿Sí, Burt?

—Este pasaporte, Joseph Serov... acaba de ocurrir algo extraño.

—¿Qué?

—La dirección que tenemos pertenece a un empresa fúnebre, igual que el número telefónico. Jamás escucharon hablar de Joseph Serov, vivo o muerto.

—¿Oh? ¿Un pasaporte falso? —Williams lo levantó de su escritorio. Si era falso, era buenísimo. ¿Por fin tendrían algo interesante entre manos?

—No, la computadora tiene registrados el nombre del tipo y el número del pasaporte, pero Serov no vive donde dice vivir. Creo que los documentos son falsos. Según nuestros registros, es un sujeto naturalizado. ¿Quieres que investiguemos un poco?

Williams se quedó pensando. Había visto documentos falsos con anterioridad y había aprendido a conseguirlos durante su entrenamiento en la academia SIS. Bueno, ¿por qué no? Tal vez descubrieran a un espía.

—Sí, Burt, ¿podrías hacerme ese favor?

—Te llamo mañana —prometió el funcionario del ministerio del Exterior.

Por su parte, Peter Williams encendió su computadora y envió un e-mail a Londres. Un día más de rutina para un joven e inexperto oficial de inteligencia en su primer destino extranjero. Nueva York se parecía mucho a Londres: era cara, impersonal y desbordaba cultura, pero lamentablemente carecía de los buenos modales de su ciudad natal.

Serov, pensó. Un apellido ruso, pero los había por todas partes. Había muchos en Londres. Incluso más en Nueva York, donde la mayoría de los taxistas bajaban del barco o del avión y salían a las calles directamente de la Madre Rusia sin conocer el idioma inglés ni el mapa de la ciudad. Pasaporte británico perdido, apellido ruso.

A tres mil cuatrocientas millas de distancia, el apellido Serov había sido ingresado en las computadoras del SIS. Hasta el momento no habían encontrado nada importante, pero el programa ejecutivo tenía muchos nombres y frases que consultar. Cuando llegó el e-mail de Nueva York, la computadora inició una nueva búsqueda. Sabiendo que Iosef era la versión rusa de Joseph, y dado que la edad del pasaporte favorecía la hipótesis, el operador remitió el e-mail a la persona que había iniciado una investigación sobre Serov, Iosef Andréyevich.

A su debido tiempo, el e-mail ingresó en la computadora de Bill Tawney. Qué cosa útil la computadora, pensó Tawney mientras imprimía el mensaje. Nueva York. Qué interesante. Marcó el número del consulado y pidió hablar con Peter Williams.

—¿Puede decirme algo sobre ese pasaporte a nombre de Serov? —preguntó, luego de las presentaciones de rigor.

—Bueno, sí, adentro había dos tarjetas de crédito, Master Card y Visa, ambas platino —no le pareció necesario agregar que ambas otorgaban generosos créditos.

—Muy bien. Quiero que me envíe la foto y los números de las tarjetas de crédito inmediatamente por línea segura —dijo Tawney, proporcionándole los números y claves necesarios.

—Sí, señor, lo haré en seguida —replicó Williams, preguntándose qué demonios estaba pasando. ¿Y quién diablos era William Tawney? Fuera quien fuese, estaba trabajando horas extra. En Inglaterra era cinco horas más tarde que en Nueva York, y él ya se estaba preguntando qué cenaría esa noche.

—¿John?

—¿Sí, Bill? —replicó John con cansancio, preguntándose si llegaría a ver a su nieto esa noche.

—Acaba de aparecer nuestro amigo Serov —dijo el SIS. Clark entrecerró los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En Nueva York. Encontraron un pasaporte británico en un tacho de basura en el aeropuerto de La Guardia, junto con dos tarjetas de crédito. Bueno, todo estaba a nombre de un tal Joseph A. Serov.

—Debemos averiguar si...

—Llamé al agregado jurídico de la embajada estadounidense en Londres para verificar las tarjetas de crédito, sí. Dentro de una hora tendremos más información. Podría ser una pista importante para nosotros, John —agregó Tawney con voz esperanzada.

—¿Quién maneja la cosa en Estados Unidos?

—Gus Werner, subdirector de la División Terrorismo. ¿Lo conoces?

Clark negó con la cabeza.

—No, sólo de nombre.

—Yo lo conozco. Es un gran tipo.

El FBI mantenía relaciones cordiales con toda clase de empresas. Visa y Mastercard no eran la excepción a la regla. Un agente del FBI llamó a las centrales de ambas compañías desde su escritorio en el Hoover Building y transmitió los números de las tarjetas a sus respectivos jefes de seguridad. Ambos eran ex agentes del FBI —el FBI envía a sus agentes retirados a ocupar esa clase de puestos, creando una eficaz y amplísima red de ex compañeros— y ambos interrogaron a sus computadoras y obtuvieron la información necesaria: nombre, dirección, historia crediticia y, lo más importante de todo, movimientos recientes. El vuelo de British Airways desde Heathrow a O'Hare apareció en el fax remitido al FBI.

—¿Sí? —dijo Gus Werner cuando el joven agente entró en su oficina.

—Tomó un vuelo de Londres a Chicago ayer tarde, y luego un vuelo de Chicago a Nueva York, el último del día. Debe haber tirado el pasaporte al llegar. Aquí tiene —le entregó los registros de movimientos y la información de los vuelos. Werner leyó rápidamente las páginas.

—No es poca cosa —comentó en voz baja el ex jefe del Comando de Rescate de Rehenes—. Tenemos a un pez gordo, Jimmy.

—Sí, señor —replicó el joven agente, recién salido de la división de campo de Oklahoma City—. Pero nos falta saber algo... cómo llegó a Europa. Todo lo demás está documentado, y hay un vuelo de Dublín a Londres, pero nada desde aquí a Irlanda —dijo James Washington.

—Tal vez tenga una American Express. Averígualo —le ordenó Werner.

—Lo haré —prometió Washington.

—¿Con quién tengo que hablar por esto?

—Debe llamar a este número, señor —Washington le indicó un número en la primera página.

—Oh, bueno, lo conozco. Gracias, Jimmy —Werner levantó el teléfono y marcó el número internacional—. El señor Tawney, por favor —le dijo a la operadora—. Habla Gus Werner, de la central del FBI en Washington.

—Hola, Gus. Te moviste muy rápido —dijo Tawney, con el impermeable a medio poner y muchas ganas de irse a su casa.

—Son las maravillas de la era computarizada, Bill. Es probable que tengamos a ese Serov. Voló de Heathrow a Chicago ayer. El vuelo despegó tres horas después del episodio en Hereford. Tengo un auto alquilado, una cuenta de hotel y un vuelo de Chicago a Nueva York.

—¿Dirección?

—No tuvimos tanta suerte. Casilla de correo en el bajo Manhattan —dijo Werner—. ¿Esto es muy importante, Bill?

—Importantísimo, Gus. Sean Grady nos dio el nombre y uno de los otros prisioneros lo confirmó. Este Serov depositó una enorme suma de dinero y les entregó diez libras de cocaína poco antes del atentado. Estamos trabajando con los suizos para rastrear el dinero. Y ahora me dices que el tipo está en Estados Unidos. Muy interesante.

—Ni que lo digas. Lo haremos salir de su madriguera si podemos —pensó Werner en voz alta. La jurisdicción de la investigación que se proponía abrir era amplísima. Las leyes estadounidenses sobre terrorismo abarcaban el mundo entero e imponían penas draconianas. Lo mismo que las leyes sobre drogas.

—¿Lo intentarás? —preguntó Tawney.

—Puedes apostar tus pelotas a que lo haré, Bill —replicó Werner con decisión—. Yo mismo abriré el archivo del caso. La cacería del señor Serov.

—Excelente. Gracias, Gus.

Werner consultó su computadora por una palabra clave. El caso sería importante y clasificado y la palabra clave del archivo sería... no, esa no. Le pidió que eligiera otra. Sí, PREFECTO, palabra que recordaba perfectamente a raíz de haber sido educado en un colegio jesuita en Saint Louis.

—¿Señor Werner? —llamó su secretario—. Tiene al señor Henrikssen por línea tres.

—Hola, Bill —dijo Gus, atendiendo el teléfono.

—Es precioso el hombrecito, ¿no? —preguntó Chávez.

John Conor Chávez estaba en su cunita de plástico, durmiendo apaciblemente. La tarjeta adherida a uno de los extremos establecía su identidad, ayudada en cierto modo por los dos policías armados en la puerta de la *nursery*. También había policías en el piso de la maternidad y un grupo de tres SAS recorriendo permanentemente el hospital (estos últimos bastante difíciles de identificar debido al largo de su cabello.) Nuevamente se imponía la mentalidad “cierro el establo cuando ya escapó el caballo”, pero a Chávez no le molestaba que hubieran destinado gente a la protección de su esposa y su hijo.

—Casi todos lo son —acotó John Clark, recordando a Patsy y Maggie bebés... como si hubiera sido ayer. Como la mayoría de los hombres, John seguía pensando que sus hijas eran pequeñas y era incapaz de olvidar la primera vez que las había tenido en brazos. Ahora, nuevamente experimentaba esa reconfortante sensación, y sabía exactamente cómo se sentía Ding, orgulloso y un poco intimidado por las responsabilidades de la paternidad. Bueno, así eran las cosas. *Sale a su madre*, pensó luego, lo cual significaba que salía a su familia... Mejor. Pero inmediatamente se preguntó, con una sonrisa irónica, si el hombrecito estaría soñando en español. Y si aprendía español desde chiquito, bue-

no, ¿qué tenía de malo ser bilingüe? En ese momento sonó su beeper. Gruñó al sacarlo del cinturón. El número de Bill Tawney. Sacó el teléfono celular del bolsillo del pantalón y marcó el número indicado. Los sistemas de encriptado demoraron cinco segundos en sincronizarse.

—¿Qué pasa, Bill?

—Buenas noticias, John, los del FBI están rastreando a Serov. Hace media hora hablé con Gus Werner. Saben que ayer tomó un avión de Heathrow a Chicago, y luego otro a Nueva York. Ésa es la dirección que figura en las tarjetas de crédito. Los del FBI se están moviendo muy rápido.

El siguiente paso fue buscar un registro de conductor. No lo encontraron. Por consiguiente, no consiguieron la foto actualizada. Los agentes del FBI en Albany quedaron un poco desilusionados, pero para nada sorprendidos. El próximo paso sería entrevistar a los empleados del correo al día siguiente.

—Entonces, Dimitri, vino prácticamente corriendo —observó Brightling.

—Me pareció buena idea —replicó Popov—. La misión fue un error. Los soldados del Rainbow son demasiado buenos. La gente de Sean actuó correctamente. El plan que tenían era excelente, pero el enemigo los superó. La capacidad de ese comando es notable, como ya hemos visto.

—Bueno, el atentado debe haberlos perturbado un poco —acotó su empleador.

—Tal vez —admitió Popov. En ese momento entró Henriksen.

—Malas noticias —anunció.

—¿Qué pasa?

—Le quedaron algunos cabos sueltos, Dimitri.

—¿Ah, sí? ¿Cómo pudo pasarme algo así? —preguntó el ruso, no sin un dejo de ironía en la voz.

—No sé, pero saben que hay un ruso involucrado en el ataque al comando Rainbow y el FBI está trabajando en el caso. Tal vez sepan que está aquí, en Nueva York.

—No es posible —objetó Popov—. Bueno... sí, tienen a Grady, y tal vez habló... sí, él sabía que yo venía de Estados Unidos, o pudo haberlo adivinado, y conoce mi nombre secreto. Pero esa identidad fue convenientemente destruida.

—Tal vez, pero acabo de hablar con Gus Werner. Le pregunté por el episodio de Hereford. Me dijo que abrieron el caso buscando un nombre ruso, que tenían razones para creer que un ruso, probablemente basado en Estados Unidos, había entrado en contacto con el PIRA. Eso significa que conocen el nombre, Dimitri, y también significa que están

chequeando todas las listas de pasajeros. No subestime al FBI, compañero —advirtió Henriksen.

—No lo subestimo —replicó Popov, ahora ligeramente preocupado, pero sólo ligeramente. No les resultaría tan fácil chequear todos los vuelos transatlánticos, ni siquiera en la era de las computadoras. Decidió que sus próximos documentos falsos estarían a nombre de Jones, Smith, Brown o Johnson, no al de un deshonorado director de la KGB durante la década del '50. La elección del apellido Serov había sido una broma de mal gusto de su parte. Joseph Andrew Brown, así se llamaría a partir de ahora.

—¿Corremos peligro? —preguntó Brightling.

—Sí, si llegan a encontrarlo aquí —replicó Henriksen.

Brightling asintió y pensó a la velocidad del rayo:

—¿Alguna vez estuvo en Kansas, Dimitri?

—Hola, señor Maclean —dijo Tom Sullivan.

—Ah, hola. ¿Quieren hablar conmigo?

—Sí, si no le molesta —dijo Frank Chatham.

—Para nada. Pasen —dijo Maclean. Abrió la puerta de par en par, regresó a su living y decidió mantener la calma. Se sentó en el sofá y bajó el volumen del televisor—. Y bien, ¿qué quieren saber?

—¿Recuerda a alguien que pueda haber conocido a Mary Bannister? —Maclean frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Nadie que yo conozca. Quiero decir, ya saben, es un bar para solteros, de levante, y la gente se encuentra y habla y se hace amiga y etcétera. No sé si me explico —Lo pensó un segundo—. Tal vez haya un tipo, pero no sé cómo se llama... un tipo alto, de mi edad, cabello color arena, fornido, como si trabajara los músculos en el gimnasio... pero no conozco su nombre, lo lamento. Mary bailó con él y bebió unos tragos con él, creo, pero fuera de eso... caramba, el bar es muy oscuro y siempre está lleno de gente.

—¿Y usted la acompañó a su casa una sola vez...

—Me temo que sí. Hablamos y bromeamos un poco, pero nunca tuvimos nada que ver. Fue una cosa casual. Yo jamás, eh, me le insinué. No sé si me explico. Nunca llegamos tan lejos. Sí, claro, la acompañé a su casa, pero ni siquiera entré al edificio, no la besé, simplemente nos dimos la mano para despedirnos —Vio que Chatham tomaba nota de sus palabras. ¿Les habría dicho lo mismo la vez anterior? Creía que sí, pero era difícil estar seguro con dos policías federales metidos en su living. Lo peor era que casi no recordaba a la chica. La había elegido, la había cargado en el camión, pero eso fue todo. No tenía la menor idea de dónde estaba ahora, aunque suponía que estaba muerta. Sabía de qué se trataba esa parte del proyecto, y eso lo convertía en secuestrador y participe en un asesinato, dos cosas que no pensaba revelarles a esos tipos del FBI. Nueva York había impuesto la pena de muerte, lo mismo que el gobierno federal. Inconscientemente, se humedeció los labios y

se limpió las manos en los pantalones. Luego se paró y fue hacia la cocina—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—No, gracias, pero siga con lo suyo —dijo Sullivan. Acababa de notar algo que no había advertido en la primera entrevista. Tensión. ¿Era lo de siempre cuando alguien hablaba con un agente del FBI... o ese tipo intentaba ocultarles algo? Maclean se sirvió un trago y volvió al sofá.

—¿Cómo describiría a Mary Bannister? —preguntó Sullivan.

—Linda, pero no un bombazo. Agradable, personal... quiero decir, amable, con sentido del humor, capaz de burlarse de sí misma. Una chica de provincias en su primera temporada en la gran ciudad... quiero decir, es sólo una chica, ¿saben?

—¿Pero no tenía a nadie cercano?

—No que yo sepa, pero no la conocía tanto. ¿Qué dicen los demás?

—Bueno, la gente del bar dice que usted se mostraba muy amistoso con ella...

—Bueno, tal vez, pero no *tan* amistoso. Quiero decir, no llegamos a nada. Nunca la besé —Se estaba repitiendo. No dejaba de beber su bourbon rebajado con agua—. Deseaba besarla, pero no lo hice —agregó.

—¿Con quién está vinculado en el bar? —preguntó Chatham.

—Epa, eso pertenece a mi vida privada, ¿no? —objetó Kirk.

—Bueno, usted sabe cómo son estas cosas. Estamos tratando de conocer el lugar, de saber cómo funciona...

—Bueno, no soy de los que besan a una chica y lo pregonan. No es mi estilo.

—No puedo culparlo por eso —observó Sullivan con una sonrisa—, pero es un poco inusual entre los que concurren a un bar de solteros.

—Ah, claro, hay tipos que marcan sus conquistas en la culata del revólver, pero no es mi estilo.

—Entonces, ¿Mary Bannister desapareció y usted no se dio cuenta?

—Tal vez me di cuenta, pero no lo pensé. Es una comunidad transitoria, ¿saben? Me refiero al bar. La gente va y viene, y algunos no vuelven jamás. Sencillamente desaparecen. Se borran.

—¿Alguna vez la llamó?

Maclean frunció el ceño.

—No, no recuerdo que me haya dado su número. Supongo que estaba en la guía, pero no, nunca la llamé.

—¿Y sólo esa vez la acompañó a su casa?

—Correcto, sólo esa vez —confirmó Maclean. Bebió otro trago y deseó ardientemente que esos dos inquisidores salieran de su casa. ¿Acaso... sabrían algo? ¿Por qué habían vuelto? Bueno, en su departamento no había nada que confirmara que conocía a ninguna mujer del Turtle Inn. Bueno, tal vez un par de números telefónicos, pero ni siquiera una media huérfana de las mujeres que ocasionalmente llevaba a su casa—. Quiero decir, ya estuvieron aquí y revisaron mis cosas —agregó.

—No fue nada excepcional. Siempre pedimos permiso para hacerlo. Pura rutina —le informó Sullivan al sospechoso—. Bien, tenemos otra cita dentro de unos minutos. Gracias por permitirnos hablar con usted. ¿Todavía tiene mi tarjeta?

—Sí, en la cocina, pegada en la heladera.

—OK. Mire, este caso se nos está poniendo difícil. Por favor, intente recordar y si descubre algo... lo que sea, por favor llámeme.

—Lo haré —Maclean se levantó y los acompañó a la puerta. Luego bebió un largo trago de bourbon con agua.

—Está nervioso —dijo Chatham apenas pisaron la calle.

—Indudablemente. ¿Tenemos lo necesario para empezar a investigar?

—Sí.

—Mañana por la mañana, entonces —dijo Sullivan.

Era su segundo viaje a Teterboro, New Jersey, pero esta vez en un avión diferente, con las palabras HORIZON CORP. pintadas en la cola. Dimitri había aceptado las reglas del juego, convencido de que podría escapar de cualquier lugar de Estados Unidos y seguro de que Henriksen impediría a Brightling tomar medidas drásticas. Estaba un poco ansioso, pero la ansiedad no superaba a la curiosidad. Se acomodó en su asiento y esperó que el avión despegara. Incluso había una azafata, bastante bonita, que le sirvió un vaso de vodka Finlandia. Popov empezó a beber cuando el Gulfstream V comenzó a carretear. Kansas, pensó, el estado de los triguales y los tornados, a menos de tres horas de distancia.

—¿Señor Henriksen?

—Sí, ¿quién habla?

—Kirk Maclean.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Henriksen, alertado por el tono de su voz.

CAPÍTULO 31

MOVIMIENTO

La oscuridad ocultaba el paisaje. Popov bajó del avión y encontró un automóvil grande, tipo militar, esperándolo. Luego advirtió las franjas pintadas en el pavimento y se preguntó si habría aterrizado en la pista de un aeropuerto o en medio de una carretera. Pero no, a lo lejos se veía un edificio enorme, parcialmente iluminado. Más curioso que nunca, Popov subió al vehículo y se dirigió hacia él. Sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. La tierra que lo rodeaba parecía muy llana, con algunas pendientes levísimas. Vio que un camión tanque se había acercado al avión, que probablemente, una vez reabastecido de combustible, regresaría New Jersey. Bueno, ese avión era un lujo, e indudablemente Brightling y su gente querrían tenerlo a mano para poder usarlo. Popov no sabía que Horizon Corporation era dueña de muchos aviones como ése (acababan de comprar otros tres en la fábrica de Savannah, Georgia). Entró al edificio, todavía agotado por el vuelo. Un guardia de seguridad uniformado lo acompañó al ascensor y luego a su habitación en el cuarto piso (semejante a un cuarto de hotel de tres estrellas, con cocina y heladera). Había televisor y VCR y todos los videos apilados en la videoteca eran... acerca de la naturaleza. Leones, osos, focas, salmones. Ni una sola película. Las revistas de la mesa de luz tenían la misma temática. Qué raro. Pero también había un bar muy bien provisto, vodka Absolut incluido (casi tan bueno como su predilecto ruso). Se sirvió una copa, encendió el televisor y sintonizó la CNN.

Henriksen estaba siendo excesivamente cauteloso, pensó Dimitri. ¿Qué podían saber los del FBI? ¿Un nombre? Y a partir del nombre podrían investigar... ¿qué? Tarjetas de crédito, si tenían mucha suerte, y a partir de allí las fechas de sus viajes... datos sin valor de evidencia para cualquier tribunal. No, a menos que Sean Grady lo identificara positivamente como proveedor de información y fondos estaba totalmente a salvo. Popov estaba convencido de que Grady no cooperaría con los británicos. Los odiaba demasiado para cooperar con ellos. Todo era cuestión de volver arrastrándose a su guarida y tapar la entrada con una piedra. El dinero que había transferido a la segunda cuenta podía ser descubierto, pero había maneras de resolver la situación.... Con el correr de los años había aprendido que los abogados eran tan

útiles como una institución. Operar a través de ellos era mejor que contar con todas las ventajas de la KGB juntas.

No, si corría algún peligro era a través de su empleador, que tal vez no conociera las reglas del juego... pero si él no las conocía, Henriksen sí. Dimitri se relajó y bebió un sorbo de vodka. Mañana exploraría el lugar y, según cómo lo trataran, sabría...

... no, había una manera todavía más fácil de averiguarlo. Levantó el teléfono, marcó el 9 para conseguir línea externa y llamó a su departamento en Nueva York. El teléfono sonó cuatro veces antes de que atendiera el contestador automático. Bueno, tenía acceso telefónico al exterior. Eso significaba que estaba a salvo. No obstante, seguía sin comprender lo que estaba pasando allí. En cierto sentido estaba en la misma situación que cuando había conocido a Brightling en París. Ahora estaba en Kansas, EE.UU., bebiendo vodka y mirando televisión, y tenía más de seis millones de dólares estadounidenses en dos cuentas numeradas en Suiza. Había llegado a una meta. Pronto definiría la próxima. ¿De qué diablos se trataba esa aventura? ¿Acaso lo descubriría estando allí? Ojalá.

Los aviones estaban atestados de pasajeros, todos con destino al aeropuerto internacional Kingsford Smith en las afueras de Sydney. Muchos de ellos aterrizaban en la pista que entraba como un dedo en Bahía Botany, famosa como lugar de desembarco de criminales y diversas escorias inglesas enviadas a fundar un nuevo país a medio mundo de distancia, cosa que, para asombro de quienes los enviaron, hicieron bastante bien. Muchos de los pasajeros eran jóvenes atletas, gloria y orgullo de los países que los habían enviado, cuya vestimenta uniformada delataba sus respectivas nacionalidades. La mayoría eran turistas que habían adquirido sus pasajes y estadías en costosas agencias de viaje o los habían recibido de manos de los políticos en sus países de origen. Muchos llevaban banderas en miniatura. Los pocos pasajeros comunes habían escuchado toda clase de predicciones entusiastas sobre los Juegos Olímpicos que comenzarían dentro de unos días.

Al llegar a Australia, los atletas eran tratados como miembros de la realeza y trasladados en ómnibus por la Autopista 64 a la ciudad, y desde allí a la Villa Olímpica (construida especialmente por el gobierno australiano para alojarlos). Desde la Villa se veía el magnífico estadio. Los atletas lo contemplaban y se preguntaban si acaso alcanzarían allí la gloria.

—Y bien, coronel, ¿qué opina?

—Es una locura de estadio, es un hecho —replicó el coronel retirado Wilson Gearing—. Pero seguramente el verano es un infierno aquí.

—Todo por culpa de El Niño. Las corrientes oceánicas de Sudamérica volvieron a cambiar, y eso produce temperaturas inusualmente al-

tas en esta parte del planeta. Supongo que tendremos una temperatura promedio de treinta y cinco grados durante todas las Olimpíadas.

—Bueno, espero que el sistema de refrigeración por niebla funcione, porque de lo contrario tendrán numerosos casos de golpe de calor.

—Funciona —le aseguró el policía australiano—. Ya lo probamos.

—¿Puedo echarle un vistazo ahora mismo? Bill Henriksen me pidió que verificara si puede ser utilizado como vehículo de agentes químicos.

—Claro. Venga por aquí —Llegaron en cinco minutos. El tanque de agua estaba en un compartimento cerrado y exclusivo. El policía tenía la llave.

—Ah, ¿es aquí donde cloran el agua? —preguntó Gearing, un tanto sorprendido. El agua provenía del sistema de provisión de Sydney, ¿verdad?

—Sí, no queremos transmitir ninguna clase de germen a nuestros invitados.

—Claro que no —dijo el coronel Gearing, mirando el contenedor plástico de cloro que pendía sobre el canal de distribución. El agua era filtrada antes de ingresar a los rociadores de niebla instalados en todos los campos y rampas del estadio. Tendrían que rociar el sistema con agua no clorada antes de distribuir el virus, pero sería fácil hacerlo (y el contenedor falso que tenía en la habitación del hotel era idéntico al verdadero). Incluso los contenidos eran similares en aspecto (aunque las cápsulas disueltas en el falso contenían algo llamado Shiva). Gearing pensó en su misión con mirada vacua. Había sido experto en armas químicas durante toda su vida profesional y trabajado en Edgewood Arsenal en Maryland y Dugway Proving Ground en Utah... pero bueno, esto no era realmente una cuestión de armas químicas. Era guerra biológica, una ciencia hermana de la que había estudiado durante más de veinte años de profesión uniformada—. ¿La puerta está protegida? —preguntó.

—No, pero tiene alarma, y el sistema no es tan fácil de penetrar. La alarma suena en el centro de comando y además tenemos una voluminosa fuerza represora.

—¿Cuán voluminosa?

—Veinte miembros del SAS y veinte oficiales de policía de guardia permanente, más diez SAS circulando en parejas por el estadio. Los del centro de comando tienen armas automáticas. Los que patrullan, pistolas y radios. También tenemos una fuerza suplementaria a un kilómetro de aquí, con vehículos acorazados livianos y armas pesadas, fuerza pelotón. Además, contamos con un batallón de infantería a veinte kilómetros de distancia, con helicópteros y todo tipo de armas.

—Me parece bien —dijo el coronel Gearing—. ¿Podría darme el código de alarma de esta dependencia?

El australiano no lo dudó un segundo. Gearing era un ex oficial del ejército y actual consultor de seguridad de los Juegos Olímpicos.

—Uno-Uno-Tres-Tres-Seis-Seis.

Gearing anotó el código e ingresó los números en el tablero, que armó y desarmó el sistema. Podría cambiar el contenedor de cloro con suma rapidez. El sistema tenía un excelente diseño. Funcionaría bien, tal como el modelo que habían instalado en Kansas para practicar. Habían llegado a efectuar el cambio en menos de catorce segundos. Si lo grababan hacerlo en menos de veinte nadie se daría cuenta de nada, porque la presión residual mantendría el funcionamiento del sistema.

Vio por primera vez el lugar donde llevaría a cabo su misión y sintió un ligero escalofrío. Una cosa era planearlo. Ver dónde sucedería era otra muy distinta. Ése sería el lugar. Allí iniciaría una plaga global que arrasaría incontables vidas humanas y a la que sólo sobrevivirían los elegidos. Salvaría al planeta... a un costo espeluznante, sin duda, pero se había consagrado a esa misión muchos años atrás. Había visto el daño que era capaz de hacer el hombre. Era un joven teniente en Dugway Proving Grounds cuando sucedió el tan publicitado accidente con el GB, un agente nervioso persistente que había devastado a centenares de ovejas... y la muerte por neurotoxinas no era agradable, ni siquiera para una oveja. Los noticieros ni siquiera se habían molestado en mencionar a la fauna salvaje que había sufrido la misma, horrible muerte, desde los insectos a los antílopes. Gearing se sintió perturbado porque su propia organización, el ejército de EE.UU., había sido capaz de cometer un error tan grave y perjudicial para otra especie. Después, vio cosas mucho peores. Por ejemplo, los agentes binarios en los que había trabajado durante años, en un esfuerzo destinado a manufacturar venenos "seguros" para ser utilizados en combate... lo más terrible era que todo había empezado con una investigación sobre insecticidas en Alemania en las décadas del '20 y el '30. La mayoría de los químicos utilizados para matar insectos eran agentes nerviosos simples que atacaban y destruían el sistema nervioso rudimentario de escarabajos y hormigas, pero esos científicos alemanes habían tropezado con algunos de los compuestos químicos más letales conocidos por la humanidad. Gearing había pasado la mayor parte de su carrera con la comunidad de inteligencia, evaluando información sobre posibles fábricas de armas químicas en países poco confiables.

Pero el problema de las armas químicas siempre había sido la distribución: cómo propagarlas en el campo de batalla para perjudicar a los soldados enemigos. El hecho de que esos mismos químicos mataran a civiles inocentes era el sucio secreto que las organizaciones y los gobiernos que las regían siempre habían pretendido ignorar. Tampoco habían considerado el exterminio masivo de la vida salvaje.... ni, peor aún, el daño genético producido por esos agentes (porque las dosis marginales de gas nervioso invadían el ADN de la víctima provocando mutaciones que duraban generaciones). Gearing había pasado la vida sabiendo esas cosas y suponía que eso lo haría insensible a la eliminación de vidas humanas en gran cantidad.

Esto no era exactamente lo mismo. No propagaría venenos químicos sino minúsculas partículas virósicas. Y la gente que pasara junto a

los rociadores de niebla las respiraría y su química corporal disolvería las cápsulas, permitiendo que las cepas de Shiva comenzaran a trabajar... lentamente, por supuesto... y volverían a sus casas y propagarían el Shiva, y entre cuatro y seis semanas después de las Olimpiadas de Sydney la plaga se desataría en el mundo entero y habría pánico global. Entonces la Horizon Corporation anunciaría su vacuna A experimental, probada exitosamente en animales y primates y lista para su fabricación masiva. La vacuna se fabricaría y distribuiría a nivel mundial y, entre cuatro y seis semanas después de su inoculación, los vacunados también manifestarían los síntomas del Shiva. Con un poco de suerte, la población mundial disminuiría estrepitosamente. Habría toda clase de desórdenes que eliminarían a muchos de los favorecidos por sistemas inmunológicos altamente eficaces, y luego de seis meses sólo quedarían unos pocos humanos, bien organizados y bien equipados, a salvo en Kansas y Brasil, herederos de un mundo que retornaría a su estado natural. No sería como Dugway, un accidente sin propósito. Sería un acto pensado por un hombre que había sido testigo de asesinatos masivos durante toda su vida profesional, y que sólo había ayudado a matar animales inocentes... Se dio vuelta y miró a sus anfitriones.

—¿Qué dice el pronóstico meteorológico?

—Seco y caluroso, viejo. Espero que los atletas estén en forma. Será duro para ellos.

—Bueno, el sistema de aspersión de niebla oficiará como salvavidas —observó Gearing—. Siempre y cuando nadie haga una locura. Con su permiso, destinaré parte de mi personal a vigilarlo.

—Bueno —dijo el policía. El estadounidense estaba obsesionado con el sistema... pero bueno, había trabajado con armas químicas, tal vez eso explicara su obsesión.

Popov no había cerrado las cortinas la noche anterior y el alba lo despertó un tanto abruptamente. Abrió los ojos... y tuvo que cerrarlos inmediatamente mientras el sol ascendía sobre las llanuras de Kansas. Encontró Tylenol y aspirinas en el botiquín del baño y café en grano en la cocina, pero nada digno de nota en la heladera. Se duchó, tomó un café y salió a buscar comida. Encontró una cafetería —inmensa— casi vacía. Vio algunas personas cerca de las mesas de comida. Se acercó a una, se sirvió un suculento desayuno y se sentó solo. Los demás tenían entre treinta y cuarenta y pocos años, aspecto profesional, algunos con guardapolvos blancos.

—¿Sr. Popov?

—¿Sí?

—Soy David Dawson, jefe de seguridad. Debo entregarle esta identificación —le pinchó un escudo de plástico blanco en la camisa— y mostrarle las instalaciones. Bienvenido a Kansas.

—Gracias —Popov se acomodó el escudo. Incluso tenía su foto.

—Tendrá que llevarlo puesto todo el tiempo para que la gente sepa que es uno de los nuestros —explicó Dawson.

—Sí, comprendo —De modo que el acceso estaba controlado y había un jefe de seguridad in situ. Muy interesante.

—¿Qué tal el vuelo de anoche?

—Agradable y sin complicaciones —replicó Popov, bebiendo su segundo café de la mañana—. ¿Qué es este lugar?

—Bueno, Horizon lo considera una dependencia para investigaciones. Usted sabe cuáles son las actividades de la compañía, ¿verdad?

—Sí —asintió Popov—. Líder mundial en medicamentos e investigaciones biológicas.

—Bueno, ésta es otra dependencia destinada a investigación y desarrollo. Fue construida hace poco. Recién está empezando a llegar la gente. Pronto será la sede principal de la compañía.

—¿Por qué aquí, en el medio de la nada? —preguntó Popov, observando la cafetería casi vacía.

—Bueno, para empezar, está en el centro del país. Uno puede llegar a cualquier punto de nuestra nación en menos de tres horas. Y no hay gente cerca que pueda molestarnos. También es un lugar seguro. El trabajo de Horizon necesita estar protegido, sabe.

—¿Espionaje industrial?

Dawson asintió.

—Precisamente. Eso nos preocupa muchísimo.

—¿Podría recorrer un poco?

—Yo lo acompañaré. El señor Henriksen me pidió que le diera la bienvenida a esta nueva dependencia. Adelante, termine su desayuno. Tengo un par de cosas que hacer. Volveré dentro de quince minutos.

—Bueno, gracias —dijo Popov. Dawson salió de la cafetería. El lugar tenía una cualidad extraña, institucional, casi como una dependencia gubernamental... como una dependencia gubernamental rusa, precisó Popov. No parecía tener alma, carácter o dimensión humana que él pudiera identificar. Incluso la KGB hubiera colgado una foto de Lenin de las altas paredes blancas para otorgarle escala humana. Había una pared de vidrio polarizado que permitía ver los trigales y un camino, pero nada más. Era como estar en un barco en alta mar, diferente a todo lo que había experimentado hasta el momento. Terminó su desayuno y avivó sus instintos. Estaba decidido a saber más, y lo más rápido posible.

—Domingo, necesito que te hagas cargo de esto —dijo John.

—Es muy lejos, John, y acabo de ser papá —objetó Chávez.

—Lo siento, muchacho, pero Covington está fuera de carrera. Igual que Chin. Voy a enviarte con cuatro hombres más. Es un trabajo fácil, Ding. Los Australianos conocen su trabajo pero nos pidieron que fuéramos a echar un vistazo... basándose en la pericia con que manejaste tus misiones de rescate, ¿OK?

—¿Cuándo salimos?
—Esta noche, vuelo 747, Heathrow —Clark le entregó el pasaje.
—Grandioso —gruñó Chávez.
—Eh, por lo menos estuviste presente durante el parto, papá.
—Supongo. ¿Y si pasa algo mientras estamos lejos? —tentó Chávez.
—Podemos armar un comando, ¿pero realmente crees que alguien querrá meterse con nosotros? ¿Después de lo que les hicimos a los del IRA? No creo —concluyó Clark.
—¿Y el ruso, Serov?
—El FBI lo está buscando en Nueva York. Asignaron varios agentes al caso.

Uno de ellos era Tom Sullivan. Desde hacía unos días montaba guardia en el correo. La casilla 1453 pertenecía al misterioso señor Serov. Tenía varias cartas y una cuenta de Visa, pero hacía nueve días que nadie la abría a juzgar por las fechas de los sobres. Por otra parte, ninguno de los empleados recordaba el aspecto del propietario de la casilla 1453, aunque uno creía que no pasaba muy a menudo por allí. Había dado una dirección para adquirir la caja, dirección que resultó pertenecer a una panadería italiana localizada a pocas cuadras de allí. El teléfono también era falso, probablemente inventado para la ocasión.

—Este tipo es un agente secreto —pensó Sullivan en voz alta, preguntándose por qué el servicio de Contrainteligencia Exterior no había tomado el caso.

—Se comporta como tal —acotó Chatham. La función de ambos terminó exactamente allí. No tenían evidencia criminal contra el sujeto y tampoco suficientes hombres para vigilar la casilla las veinticuatro horas del día.

La seguridad era buena, pensaba Popov mientras recorría el complejo en otro de los vehículos tipo militar que Dawson llamaba Hummer. Lo primero en seguridad era tener profundidad defensiva. Tenían. Había por lo menos diez kilómetros hasta la primera cerca que delimitaba otra propiedad.

—Aquí había muchas granjas grandes, pero Horizon las compró todas hace unos años y comenzó a construir el laboratorio de investigación. Llevó su tiempo, pero ya está terminado.

—¿Todavía siguen cultivando trigo?

—Sí, el complejo propiamente dicho sólo ocupa parte del terreno y decidimos conservar el resto tal como era. Diablos, cosechamos trigo suficiente para alimentar a todo el personal del laboratorio, y tenemos nuestros propios elevadores en aquella zona —Señaló al norte.

Popov vio las macizas estructuras de concreto a cierta distancia. Era asombroso lo grande que era Estados Unidos, pensó, y esa zona parecía tan llana, bastante parecida a las estepas rusas. El terreno pre-

sentaba algunas lomas y pendientes que sólo servían para hacer notar la ausencia de una verdadera colina. El Hummer enfiló hacia el norte y eventualmente cruzó una vía de ferrocarril que evidentemente llevaba a los silos.... ¿Dawson los había llamado elevadores? ¿Elevadores? ¿Por qué esa palabra? Más al norte se divisaba una autopista.

—Ese es el límite norte —explicó Dawson cuando entraron a territorio no cultivado.

—¿Qué es eso?

—Ah. Nuestra pequeña manada de antílopes mochos —Giró el volante para acercarse un poco más a ellos. El Hummer rebotaba sobre los pastos altos.

—Lindos animales.

—Lindos, y muy veloces. Los llamamos cabras veloces. En realidad no son verdaderos antílopes, genéticamente están más cerca de los chivos. Los bebés pueden correr cuarenta millas por hora, durante más de una hora. También poseen una vista soberbia.

—Supongo que serán muy difíciles de cazar. ¿Usted caza?

—Lo son. Y no, no cazo. Soy vegetariano.

—¿Qué?

—Vegetariano. No como carne ni otros productos animales —dijo orgullosamente Dawson. Incluso llevaba cinturón de tela, no de cuero.

—¿Por qué, David? —preguntó Popov. Era la primera vez que se cruzaba con uno.

—Oh, por elección. No apruebo que se maten animales para comer ni por ninguna otra razón —lo miró fijo—. No todos están de acuerdo conmigo, ni siquiera aquí en el proyecto, pero no soy el único que piensa de este modo. Hay que respetar a la naturaleza, no explotarla.

—Entonces, jamás le comprará a su esposa un tapado de visión —dijo Popov con una sonrisa. Había oído hablar de esos fanáticos.

—¡Imposible! —Dawson soltó una carcajada.

—Jamás he cazado —dijo Popov, preguntándose qué respuesta recibiría—. Nunca le vi sentido y en Rusia han exterminado a la mayoría de las especies.

—Comprendo. Es muy triste, pero algún día volverán —anunció Dawson.

—¿Cómo, si todos los cazadores estatales se consagran a matarlos? —Ni siquiera la caída del comunismo había acabado con esa institución.

La cara de Dawson adquirió una expresión extraña, vista muchas veces por Popov en la KGB. Ese hombre sabía algo que no estaba dispuesto a revelar, algo importante.

—Ah, siempre hay maneras, amigo. Hay maneras.

El recorrido duró una hora y media, y Popov quedó notablemente impresionado por las dimensiones del complejo. La ruta de entrada al sector de los edificios era un aeropuerto, con instrumentos electrónicos para guiar a los aviones y semáforos para impedir el tránsito terrestre

cuando se acercaba un avión. No obstante, interrogó a Dawson al respecto.

—Sí, es bastante obvio, ¿no? Un G puede entrar y salir de aquí sin mayores dificultades. También dicen que podríamos utilizar aviones comerciales, de tamaño mediano, pero hasta el momento no lo han hecho.

—El Dr. Brightling gastó muchísimo dinero en la construcción de este complejo.

—Sí —acotó Dawson—. Pero vale la pena, créame —Frenó frente al laboratorio—. Venga conmigo.

Popov lo siguió sin preguntar por qué. Jamás había apreciado el poder de una corporación estadounidense de gran envergadura. Ésa podría y tendría que haber sido una dependencia gubernamental, con todo ese terreno y ese enorme complejo edilicio. El edificio-hotel donde había pasado la noche probablemente alojaba miles de personas... ¿y por qué habrían construido allí un edificio como ese? ¿Acaso Brightling pensaba mudar a toda su corporación, con todos sus empleados? Lejos de las grandes ciudades, de los aeropuertos, de todo lo que ofrecía la civilización. ¿Por qué allí? Por razones de seguridad, tal vez. También estaba lejos de las agencias policiales y de los medios de comunicación y sus malditos periodistas. En cuanto a seguridad, era como estar en la Luna.

En opinión de Popov, el edificio del laboratorio también era más grande de lo necesario, pero a diferencia de los otros parecía estar funcionando. Al entrar se toparon con un escritorio y un recepcionista que conocía a David Dawson. Subieron tranquilamente al cuarto piso y fueron directamente a una oficina.

—Hola, doc —dijo Dawson—. Le presento a Dimitri. El Dr. Brightling nos lo mandó anoche. Va a pasar un tiempo con nosotros —agregó.

—Recibí el fax —El médico se levantó y le tendió la mano a Popov—. Soy John Killgore. Acompañeme, por favor —Entraron por una puerta lateral al consultorio. Dawson se quedó esperando afuera. Killgore le pidió a Popov que se desnudara (calzoncillos incluidos) y procedió a hacerle una revisión médica completa. Le tomó la presión, le revisó los ojos y los oídos, verificó sus reflejos, le palpó el abdomen para asegurarse de que el hígado no sobresaliera, y finalmente le extrajo cuatro muestras de sangre para analizar. Popov se sometió al examen sin plantear objeciones, un poco azorado y otro poco intimidado por el médico (como solía pasarle a la mayoría de la gente). Finalmente, Killgore sacó una ampolla y una jeringa descartable del botiquín.

—¿Qué es eso? —preguntó Dimitri.

—Un refuerzo —explicó Killgore, apoyando la ampolla vacía sobre la mesa.

Popov la recogió y leyó la etiqueta: “B-2100 11-21-00”. Nada más. Entrecerró los ojos cuando la aguja se clavó en su brazo izquierdo. Nunca le había gustado recibir inyecciones.

—Bueno, ya está —dijo Killgore—. Mañana le comentaré el resul-

tado de los análisis —Una vez hecho esto, le indicó el gancho de donde colgaban sus ropas. Era una pena que el paciente no supiera que le había salvado la vida, pensó el médico.

—Bien podría no existir —le dijo el agente Sullivan a su jefe—. Tal vez alguien suela ir a retirar su correspondencia, pero no en los últimos nueve o diez días.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

—Si le parece, podemos poner una cámara y un sensor de movimientos en el interior de la caja, como hacen los muchachos del FCI. Podemos hacerlo, pero requiere dinero y hombres disponibles, ya que necesitaríamos un par de agentes en la zona por si se dispara la alarma. ¿El caso lo merece?

—Sí, lo merece —le dijo el ASAC de la división de campo de Nueva York a su subordinado—. Gus Werner abrió el caso y verifica personalmente los movimientos del archivo. Así que hable con los tipos del FCI y pídale que lo ayuden a cubrir la casilla postal.

Sullivan asintió, intentando ocultar su sorpresa.

—OK, así lo haremos.

—Bueno, ¿qué pasa con el caso Bannister?

—Por el momento estamos en punto muerto. Lo más cercano a una pista que tenemos es la segunda entrevista con Kirk Maclean. Estuvo bastante ansioso. Tal vez fueran los nervios, tal vez otra cosa... no tenemos nada sobre él y la víctima desaparecida, excepto que compartieron unas copas y charlaron un rato en ese bar. Investigamos sus antecedentes. Nada notable. Gana un buen sueldo en Horizon Corporation, es bioquímico de profesión, recibido en la Universidad de Delaware, tiene un master y quiere obtener el doctorado en Columbia. Pertenece a varios grupos conservacionistas, entre ellos Earth First y el Sierra Club, recibe los periódicos de ambas organizaciones. Su *hobby* principal es salir de excursión con su mochila a cuestas. Tiene veintidós mil dólares en el banco y paga las cuentas en término. Sus vecinos dicen que es tranquilo y reservado, no tiene muchos amigos en el edificio. No se le conocen novias. Dice haber conocido poco a Mary Bannister y haberla acompañado a su casa una sola vez. Nada sexual entre ambos. Y eso es todo, según él.

—¿Algo más?

—Los volantes que repartió el NYPD todavía no dieron ningún resultado. Llegado a este punto, no puedo decir que tenga esperanzas.

—¿Qué haremos entonces?

Sullivan se encogió de hombros.

—Dentro de pocos días volveremos a entrevistar a Maclean. Como dije, parecía un poco perturbado, pero no lo suficiente para justificar un seguimiento.

—Hablé con el teniente D'Allessandro. Él piensa que puede haber un asesino serial suelto en ese sector de la ciudad.

—Tal vez. Hay otra chica desaparecida, Anne Pretloe, pero tampoco se sabe nada de ella. No tenemos pistas. Seguiremos buscando —prometió Sullivan—. Si hay uno de esos tipos allá afuera, tarde o temprano cometerá un error —pero hasta que lo hiciera, más mujeres jóvenes seguirían desapareciendo por ese agujero negro, y las fuerzas combinadas del NYPD y el FBI podrían hacer muy poco para impedirlo—. Nunca trabajé en un caso como éste.

—Yo sí —dijo el ASAC—. El asesino de Green River, en Seattle. Pusimos una tonelada de recursos para atrapararlo, pero no lo conseguimos. Misteriosamente, cesaron los asesinatos. Tal vez lo capturaron robando un supermercado y está sentado en la prisión estatal de Washington esperando salir bajo palabra para seguir exterminando prostitutas. Tenemos su perfil psicológico y sabemos cómo funciona su cerebro, pero eso es todo. No obstante, los perfiles y los cerebros no siempre encajan. Estos casos son verdaderamente imposibles.

Kirk Maclean estaba almorzando en uno de los centenares de delicatessens de Nueva York. El menú: ensalada de repollo y refresco de crema.

—¿Y bien? —preguntó Henriksen.

—Y bien. Volvieron a interrogarme, repitieron varias veces las mismas jodidas preguntas, como si esperaran que modificara mi relato.

—¿Lo hizo?

—No. Sólo tengo una versión para contar, la que preparé anticipadamente. ¿Cómo sabía que me acosarían de este modo?

—Fui agente del FBI. Trabajé en varios casos y sé cómo opera la institución. Es muy fácil subestimarlos, pero luego aparecen... no, luego usted aparece en la mira, y ellos empiezan a observarlo, y no dejan de observar hasta que por fin encuentran algo —dijo Henriksen, como dándole un último consejo a su discípulo.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Maclean—. Me refiero a las chicas.

—No tiene necesidad de saberlo, Kirk. No lo olvide. No tiene necesidad de saber.

—OK —Maclean asintió, sumiso—. ¿Y ahora qué?

—Vendrán a verlo nuevamente. Probablemente lo habrán investigado y...

—¿Qué significa eso?

—Habrán hablado con sus vecinos, sus compañeros de trabajo, chequeado sus créditos, su auto, sus viajes al exterior, verificado si tiene condenas criminales, en fin, cualquier cosa que indique que usted es un chico malo —explicó Henriksen.

—No habrán encontrado nada —dijo Kirk.

—Lo sé —Henriksen ya lo había verificado. No tenía sentido tener

a un individuo con antecedentes criminales violando la ley en nombre del proyecto. El único antecedente negativo de Maclean era su pertenencia a Earth First, una organización que el FBI consideraba casi terrorista (bueno, extremista). Pero el único vínculo de su empleado con esos locos era la lectura de su periódico mensual. Tenían ideas buenas y en el proyecto habían considerado la posibilidad de inocularles la vacuna B a algunos de ellos, pero tenían demasiados miembros cuyas ideas de protección del planeta se limitaban a meter clavos en los árboles para que se rompieran las sierras con que iban a talarlos. Esa clase de cosas perjudicaba a los obreros de los aserraderos y despertaba la ira del público ignorante sin dejar ninguna enseñanza útil. Ése era el problema de los terroristas, Henriksen lo sabía desde hacía años. Sus actos jamás igualaban a sus aspiraciones. Bueno, no eran lo bastante inteligentes como para desarrollar los recursos que necesitaban para ser eficaces. Uno debía vivir dentro de la eco-estructura económica para lograrlo, y ellos simplemente no podían competir en ese campo de batalla. La ideología no alcanzaba. También había que tener cerebro y saber adaptarse. Uno debía ser digno de ser un elegido. Kirk Maclean no era digno, pero formaba parte del equipo. Y ahora el FBI lo tenía en la mira. Lo único que debía hacer era atenerse a su versión de los hechos. Pero estaba conmovido, y eso significaba que no era confiable. Por lo tanto, tendrían que hacer algo al respecto.

—Empaque sus cosas. Esta misma noche lo trasladaremos al proyecto —Qué demonios, de todos modos empezaría pronto. Muy pronto, a decir verdad.

—Bueno —respondió Maclean, terminando su ensalada de repollo. Vio que Henriksen había pedido pastrami. No era vegetariano. Bueno, tal vez algún día.

Obras de arte. Por fin veía algo en las paredes hasta entonces desnudas. Entonces, pensó Popov, el complejo no carecía por completo de alma. Pinturas de la naturaleza: montañas, bosques y animales. Algunas muy buenas, pero la mayoría vulgares, la clase de cosa que uno suele encontrar en los moteles baratos. Qué raro, pensó el ruso, que con todo el dinero que gastaron en la construcción de ese monstruoso complejo en el medio de la nada hubieran escogido pinturas de segunda. Bueno, todo era cuestión de gusto, y Brightling era un tecnócrata (indudablemente desconocedor de los aspectos más elevados de la vida). En otra época hubiera sido un druida, pensó Dimitri, un hombre barbado vestido con una larga túnica blanca capaz de venerar árboles y animales y sacrificar vírgenes en los altares de piedra de su religión pagana. Había mejores cosas que hacer con las vírgenes. Lo viejo y lo nuevo se mezclaban de manera tan bizarra en ese hombre... y en su gente. El director de seguridad era un “vegetariano” ¿que jamás comía carne? ¡Pura basura! La Horizon Corporation era líder mundial en diversas áreas tecnológicas pero estaba atestada de locos que sostenían creen-

cias primitivas y extrañas. Lo atribuyó a la típica afectación estadounidense. En un país tan grande lo genial coexistía con lo insano. Brightling era un genio, pero había contratado a Popov para instigar atentados terroristas...

... y luego lo había llevado allí. No podía dejar de pensar en eso mientras masticaba su cena. *¿Por qué allí?* ¿Qué tenía de especial ese lugar insulso?

Ahora entendía por qué Brightling se había encogido de hombros ante la suma requerida por los terroristas. Horizon Corporation había gastado más pavimentando una de las rutas de acceso que todo el dinero que Popov había depositado en su cuenta. Pero ese lugar era importante. Uno lo notaba en todos los detalles, desde las puertas giratorias que mantenían el aire adentro... todas las puertas parecían herméticas, como de nave espacial. No habían ahorrado un solo dólar para lograr el complejo perfecto. ¿Pero perfecto para qué?

Popov sacudió la cabeza y bebió un sorbo de té. La comida era de excelente calidad. Todo era de excelente calidad, excepto las pinturas absurdamente pedestres. Por consiguiente, no habían cometido un solo error. Brightling no era un tipo condescendiente, ¿no? Por lo tanto, todo allí era deliberado y encajaba en un molde... a partir del cual podría comprender el propósito del edificio y al hombre que lo había construido. Recordó el recorrido por las instalaciones... ¿y la revisión médica? ¿Qué diablos estaba pasando? El médico le había dado una inyección. "Es un refuerzo" había dicho. ¿Pero para qué? ¿Contra qué?

En torno al altar tecnológico había vulgares tierras de cultivo y, más allá, animales salvajes (que su anfitrión de ese día aparentemente veneraba).

Druidas, pensó. Cuando era oficial de campo en Inglaterra se había tomado el trabajo de leer libros y aprender ciertas cosas sobre la cultura de los ingleses. Había jugado al turista e incluso viajado a Stonehenge y otros lugares similares con la esperanza de comprender mejor a ese pueblo. Pero había descubierto que la historia era historia, y, aunque muy interesante, no por eso más lógica allí que en la Unión Soviética... donde la historia había sido esencialmente un compendio de mentiras destinado a sustentar el modelo ideológico del marxismo-leninismo.

Los druidas habían sido paganos cuya cultura se basaba en los dioses que supuestamente moraban en árboles y rocas, y a los cuales ofrecían sacrificios humanos. Indudablemente se trataba de una medida tomada por el sacerdocio druida para mantener bajo control a los campesinos... y también a la nobleza (tal como tendían a hacerlo todas las religiones). A cambio de ofrecer cierta esperanza y certeza respecto de los grandes misterios de la vida —qué pasaba después de la muerte, por qué llovía cuando llovía, cuál era el origen del mundo— adquirirían un inmenso poder terrenal: el poder de decirles a los demás cómo debían vivir. Probablemente había sido la mejor manera de obtener poder para los hombres de talento pero sin estirpe. Pero siempre había sido, y

sería, una cuestión de poder. De poder terrenal. Y, como los miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética, los sacerdotes druidas probablemente habrían creído en lo que decían e imponían porque... porque tenían que creerlo. Ésa era la fuente de su poder, y debían creer en ella.

Pero estos tipos no eran primitivos, ¿verdad? En su mayoría eran científicos, algunos de ellos líderes mundiales en sus especialidades. Horizon Corporation era un conjunto de genios, ¿no? ¿Cómo, si no, hubiera acumulado Brightling una fortuna semejante?

Popov frunció el ceño. Apiló los platos en la bandeja y fue a depositarlos en la mesa de recolección. Ese lugar se parecía a la cafetería de la KGB en el número 2 de Plaza Dzerzhinsky. Buena comida y anonimato. Volvió a su cuarto, todavía sin saber qué demonios había pasado en su vida durante los últimos meses. ¿Druidas? ¿Cómo era posible que un científico se asemejara a un druida? ¿Vegetarianos? ¿Cómo era posible que una persona con sentido común se negara a comer carne? ¿Qué tenían de especial los antílopes gris parduzco que vivían en los límites de la propiedad? Y ese hombre, el director de seguridad, supuestamente debía estar muy calificado para el puesto. Un maldito vegetariano en una tierra que producía toneladas de carne, en cantidades que el resto del mundo ni siquiera se atrevía a soñar.

¿Qué diablos le habían inyectado? ¿Un refuerzo? ¿Contra qué? ¿Por qué carajo lo habían revisado? Cuanto más profundizaba, cuanta más información tenía, más complicado se volvía el rompecabezas.

Popov tuvo que admitir, una vez más, que no tenía la menor idea. Si hubiera reportado su aventura a sus superiores de la KGB, ellos habrían pensado que estaba un poco loco pero le hubieran ordenado proseguir el caso hasta llegar a alguna conclusión razonable. Y, como se había entrenado en la KGB, no podía abandonar el caso tal como no podía dejar de respirar.

Por lo menos los asientos de primera clase eran cómodos, pensó Chávez. El vuelo sería largo (uno de los más largos posibles, dado que el destino final estaba a 10.500 millas de distancia y la circunferencia del planeta medía apenas 24.000 millas). El vuelo 9 de British Airways despegaría a las 22:15 hs., tardaría once horas cuarenta y cinco minutos en llegar a Bangkok, haría una escala de una hora y media, y luego demoraría ocho horas cincuenta minutos en llegar a Sydney. Para ese entonces, pensaba Ding, estaría tan hartado que tendría ganas de desenfundar su pistola y dispararle a quemarropa a la tripulación. Eso sin contar que había debido separarse de su esposa y su hijito, sólo porque los malditos australianos querían que les sostuviera las manos para no tener miedo. Llegaría a las 5:20 de la mañana, dos días más tarde gracias al ecuador y el meridiano internacional, con el cuerpo probablemente más revuelto que los huevos que había comido en el desayuno.

Pero no podía hacer nada al respecto, y por lo menos BA había prohibido el cigarrillo en sus vuelos... los pobres fumadores se volverían locos en un viaje tan largo, pero no era problema suyo. Tenía cuatro libros y seis revistas para pasar el tiempo, más una pantalla personal de cine. Decidió sacar provecho de tantas comodidades. Las azafatas cerraron las puertas, y el capitán encendió los motores y les dio la bienvenida a bordo. Muy amablemente dijo que el avión sería el hogar de los pasajeros durante todo un día... o dos días, según cómo se mirara la cosa.

CAPÍTULO 32

TRABAJO PESADO

—¿Te parece buena idea? —preguntó Brightling.

—Creo que sí. De todos modos, Kirk estaba en la lista de viajeros. Haremos que sus colegas digan que tuvo que salir de la ciudad por cuestiones de trabajo... si es que alguien va a preguntarles —dijo Henriksen.

—¿Y si los agentes del FBI vuelven a buscarlo?

—Él no estará en la ciudad y tendrán que esperar —replicó Henriksen—. Las investigaciones de este tipo duran meses. Pero en este caso no habrá meses disponibles, ¿no te parece?

Brightling asintió.

—Supongo que no. ¿Qué tal anda Dimitri en Kansas?

—Dave Dawson dice que muy bien. Hace un montón de preguntas turísticas, pero nada más. Johnny Killgore le practicó un examen médico y le inyectó la vacuna B.

—Espero que le guste estar vivo. Por lo que dijo, podría resultar uno de los nuestros, ¿sabes?

—No estoy tan seguro, pero por suerte no sospecha nada, y cuando se entere será demasiado tarde. Will Gearing está en Australia y dice que todo marcha de acuerdo con el plan, John. Tres semanas más y lo habremos logrado. Ha llegado el momento de iniciar el traslado a Kansas.

—Qué lástima. El proyecto de longevidad está en su mejor momento.

—¿Ah, sí?

—Bueno, los progresos son difíciles de predecir, pero todas las vías de investigación parecen muy fructíferas por el momento, Bill.

—¿Entonces podríamos haber vivido eternamente...? —preguntó Henriksen con una sonrisa amarga. A pesar de su prolongado vínculo con Brightling y Horizon Corporation le resultaba difícil creer en ese tipo de predicciones. La compañía había producido algunos milagros auténticos, pero eso era demasiado.

—Puedo pensar en cosas peores. Voy a asegurarme de que todo el grupo reciba la vacuna B —dijo Brightling.

—Bueno, tendrán mucho que hacer en Kansas —dijo Bill—. ¿Qué pasará con el resto de la compañía?

A Brightling no le gustó la pregunta. Tampoco le agradaba el hecho de que más de la mitad de los empleados de Horizon fueran trata-

dos como el resto de la humanidad: abandonados a morir en el mejor de los casos, asesinados por la vacuna A en el peor. Todavía le quedaba un resto de moral, y una parte de su ser era leal a la gente que trabajaba para él (por eso mismo Dimitri Popov estaba en Kansas con los anticuerpos clase B dentro de su sistema). Entonces, ni siquiera el Gran Jefe se sentía absolutamente cómodo con lo que estaba haciendo. Henriksen se dio cuenta. Bueno, así era la conciencia humana. Shakespeare había escrito bastante acerca del fenómeno.

—Ya está decidido —dijo Brightling después de unos incómodos segundos. Salvaría a los que eran parte del proyecto y a aquellos cuyos conocimientos científicos fueran útiles para el anhelado futuro. Contadores, abogados y secretarios no serían salvados. Ya era bastante con salvar aproximadamente cinco mil personas (tantas como podían albergar los complejos de Kansas y Brasil), sobre todo teniendo en cuenta que sólo muy pocos sabían de qué se trataba el proyecto. De haber sido marxista, Brightling hubiera pensado o incluso dicho en voz alta que el mundo necesitaba una elite intelectual capaz de crear el Nuevo Mundo, pero en verdad no pensaba en esos términos. Sinceramente creía estar salvando el planeta, y aunque el precio era salvajemente alto, la suya era una meta digna de ser perseguida. No obstante, una parte de su ser esperaba que pudiera sobrevivir al período de transición sin suicidarse por el factor culpa que seguramente lo asaltaría.

Para Henriksen era más fácil. Lo que la humanidad le estaba haciendo al mundo era un crimen. Los que lo cometían, apoyaban o no hacían nada para impedirlo eran criminales. Su tarea era detenerlos. Era la única manera. Y al final los inocentes serían salvados, y la naturaleza, también. En todo caso, los hombres y los instrumentos del proyecto ya estaban *in situ*. Wil Gearing confiaba en llevar a cabo su misión (gracias a la inserción de Global Security en el ámbito de las Olimpiadas, con la inestimable ayuda de Popov y sus atentados europeos). El proyecto avanzaría raudo y dentro de un año el planeta se habría transformado. La única preocupación de Henriksen era saber cuántos sobrevivirían a la plaga. Los científicos del proyecto lo habían discutido hasta el cansancio. La mayoría moriría de hambre y otros factores, y muy pocos tendrían la capacidad necesaria para organizarse y averiguar por qué habían sobrevivido los miembros del proyecto... y luego atacarlos. La mayoría de los sobrevivientes naturales serían invitados a contar con la protección de los elegidos, y los más inteligentes aceptarían esa protección. Los otros... ¿a quién le importaban? Henriksen también había instalado los sistemas de seguridad en el complejo de Kansas. Había suficiente cantidad de armas pesadas como para devastar a millones de granjeros rebeldes con síntomas de Shiva. Estaba seguro.

El resultado más probable de la plaga sería el rápido quebrantamiento de la sociedad. Hasta los militares se separarían, pero el complejo de Kansas estaba a una interesante distancia de la base militar más próxima y los soldados de Fort Riley serían enviados a mantener el orden en las ciudades hasta que ellos, también, manifestaran los pri-

meros síntomas. Entonces serían atendidos por los médicos militares —inútilmente— y, cuando la cohesión de las unidades se disolviera, ni siquiera los soldados podrían emprender una acción organizada. Sería un período difícil, pero pasaría pronto, y siempre que la gente de Kansas conservara la calma, sería improbable que sufrieran un ataque directo. Diablos, lo único que debían hacer era hacerle creer al mundo que allí también estaban muriendo, tal vez cavar unas cuantas tumbas y arrojar bolsas portacadáveres para las cámaras —mejor aún, incinerarlas a cielo abierto—, de modo tal que nadie quisiera acercarse al centro emisor de la plaga. No, lo habían pensado durante años. El proyecto triunfaría. Tenía que triunfar. De lo contrario, ¿quién salvaría al planeta?

Al día siguiente, el menú de la cafetería era italiano y Popov se sintió particularmente complacido al comprobar que los cocineros no eran vegetarianos. La lasagna tenía carne en el relleno. Al avanzar en busca de una mesa con su bandeja y su copa de Chianti detectó al Dr. Killgore comiendo solo y decidió cenar con él.

—Ah, hola, señor Popov.

—Buen día, doctor. ¿Cómo salieron mis análisis de sangre?

—Bien. Tiene el colesterol un poco alto y el HDL/LDL un poco bajo, pero no creo que sea para preocuparse. Bastará con un poco de ejercicio físico para resolverlo. Su APS es bueno...

—¿Qué es eso?

—Anticuerpo Prostático Específico, un examen para detectar un posible cáncer de próstata. Todos los hombres mayores de cincuenta años deberían realizarlo. El suyo está bien. Tendría que habérselo dicho ayer, pero estaba tapado de trabajo. Lo lamento... pero por suerte no tenía nada importante que decirle. En este caso, la falta de noticias equivale a buenas noticias, señor Popov.

—Me llamo Dimitri —dijo el ruso, tendiéndole la mano.

—John —replicó el médico, estrechándola—. Iván para ustedes, creo.

—Veo que no es vegetariano —acotó Dimitri, señalando el plato de Killgore.

—¿Oh? ¿Qué? ¿Yo? No, Dimitri, no soy uno de esos. El Homo Sapiens es omnívoro. No tenemos dientes de vegetarianos. El esmalte no es lo suficientemente grueso. Los vegetarianos son una suerte de movimiento político. Algunos ni siquiera aceptan usar zapatos de cuero porque el cuero es un producto animal —Killgore devoró media albón-diga de carne para ilustrar fehacientemente sus ideas al respecto—. Incluso me gusta cazar.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está el coto de caza?

—No tenemos coto de caza dentro del territorio del proyecto. Tenemos reglas al respecto, pero a su debido tiempo podré cazar ciervos, venados, búfalos, pájaros, todo lo que se me antoje —dijo Killgore, mirando entusiasmado las enormes ventanas.

—¿Búfalos? Creía que se habían extinguido —dijo Popov, recordando que lo había leído u oído decir.

—No del todo. Estuvieron a punto de extinguirse hace unos años, pero algunos sobrevivieron y se reprodujeron en Yellowstone y en otras reservas privadas. Alguna gente los cruza con ganado doméstico y obtiene una carne muy buena. Se llama carne de búfalo y se consigue en algunos mercados de la zona.

—¿Un búfalo puede aparearse con una vaca?

—Claro. Son animales muy semejantes genéticamente hablando, y la cruza es fácil de llevar a cabo. Lo más difícil —prosiguió con una sonrisa— es que la vaca bisonte intimida al toro doméstico y éste tiene dificultades para cumplir con su deber de macho. No sé si soy claro. No obstante, lo solucionan criándolos juntos desde la infancia, de modo que el toro ya se haya acostumbrado a la vaca cuando llegue el momento de servirla.

—¿Y los caballos? Hubiera creído que este lugar estaría lleno de caballos.

—Oh, tenemos caballos, principalmente percherones y algunos Appaloosas. El establo se encuentra en el sector sudoeste de la propiedad. ¿Le gusta cabalgar, Dimitri?

—No, pero he visto muchas películas del Lejano Oeste. Cuando Dawson me llevó a recorrer las instalaciones esperaba ver vaqueros arreando ganado con sus pistolas Colt metidas en la cintura.

Killgore lanzó una carcajada.

—Veo que es un típico muchacho de ciudad. Bueno, yo también lo fui... pero he llegado a amar estos parajes, especialmente a caballo. ¿Le gustaría salir a cabalgar?

—Jamás monté a caballo —admitió Popov, intrigado por la invitación. Ese médico era un hombre abierto, tal vez confiado. Podría sacarle una buena tajada de información, pensó el ruso.

—Bueno, tenemos una yegua percherona bastante dócil... Buttermilk —Hizo una pausa—. Es hermoso estar aquí, carajo.

—¿Usted llegó hace poco?

—La semana pasada. Solía trabajar en el laboratorio de Binghamton, al noroeste de Nueva York —explicó.

—¿Qué clase de trabajo hace?

—Soy médico... epidemiólogo para más datos. Supuestamente me especializo en descubrir cómo se propagan las enfermedades entre la población humana. Pero también hago clínica y soy médico de familia. Como en los viejos tiempos. Sé un poco de todo, pero no soy experto en ningún campo... salvo la epidemiología, que se parece más a ser contador que médico.

—Tengo una hermana médica —tentó Popov.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En Moscú. Es pediatra. Se graduó en la Universidad Estatal de Moscú en la década de 1970. Se llama Maria Arkadeyevna. Yo soy Dimitri Arkadeyevich. Nuestro padre se llamaba Arkady, ya ve.

—¿También era médico? —preguntó Killgore.

Popov negó con la cabeza.

—No, era como yo, espía... oficial de inteligencia de Seguridad Estatal —hizo una pausa para esperar la reacción de Killgore. Suponía que no debía guardar más el secreto... y además, podía serle útil. Si uno quería obtener algo, debía dar algo a cambio y...

—¿Usted pertenecía a la KGB? ¿No está bromeando? —preguntó el médico, impresionado.

—Sí, estuve en la KGB, pero debido a los cambios ocurridos en mi país la KGB se achicó y fui... ¿cómo dicen ustedes? ¿Pateado del tablero?

—¿Qué hacía en la KGB? ¿Puede decirlo?

Era como si acabara de conocer a una estrella del deporte, pensó Popov.

—Era oficial de inteligencia. Reunía información y establecía contacto con gente que podía interesarle a la KGB.

—¿Qué significa eso?

—Oh, me reunía con determinadas personas y grupos para discutir... asuntos de interés mutuo —replicó astutamente.

—¿Cómo quiénes?

—Supuestamente no debería decirlo. El Dr. Brightling sabe. De hecho, por eso me contrató.

—Pero usted es parte del proyecto, ¿no?

—No sé qué es el proyecto... John me envió aquí, pero no me dijo por qué lo hacía.

—Ah, ya veo. Bueno, pasará una temporada con nosotros, Dimitri

—la diferencia había quedado clara en el fax enviado por Nueva York. Ese Popov ya era parte del proyecto, lo quisiera o no. Después de todo, ya le había inoculado su vacuna B.

El ruso intentó recuperar el control de la conversación.

—Varias veces escuché hablar del proyecto... ¿qué proyecto? ¿Exactamente qué están haciendo aquí?

Killgore se puso incómodo por primera vez.

—Bueno, John lo pondrá al tanto cuando llegue, Dimitri. ¿Y? ¿Qué le pareció la cena?

—La comida es buena... por tratarse de comida institucional —replicó Popov, preguntándose qué mina acababa de pisar. Había estado cerca de descubrir algo importante. Lo sabía por instinto, por olfato de espía. Había preguntado algo que supuestamente debía saber, y su falta de conocimiento específico había tomado por sorpresa a Killgore.

—Sí, tenemos buen personal en el rubro alimenticio —Killgore terminó su pan—. Entonces, ¿quiere salir a cabalgar?

—Sí, me gustaría mucho.

—Encontrémonos aquí mismo, mañana por la mañana, digamos a las siete. Lo disfrutará mucho —Killgore se alejó caminando lentamente, preguntándose para qué estaría allí el ruso. Bueno, si John Brightling lo había reclutado personalmente debía ser importante para el proyec-

to... pero si así fuera, ¿por qué diablos no sabía de qué se trataba el proyecto? ¿Tendría que preguntárselo a alguien? En ese caso, ¿a quién?

Golpearon a la puerta, pero no hubo respuesta. Sullivan y Chatham esperaron unos minutos —el tipo podía estar en la ducha o en el baño—, nuevamente sin respuesta. Bajaron por el ascensor, buscaron al portero y se identificaron.

—¿Sabe dónde puede estar el señor Maclean?

—Se fue hoy temprano. Llevaba varias valijas, como si viajara a alguna parte, pero no sé adónde.

—¿Tomó un taxi al aeropuerto? —preguntó Chatham.

El portero negó con la cabeza.

—No, un auto lo pasó a buscar y se fueron hacia el oeste —señaló en esa dirección, en caso de que los detectives no supieran dónde estaba el mencionado punto cardinal.

—¿Le dijo algo respecto a su correspondencia?

Otro gesto negativo.

—No.

—Bueno, gracias —dijo Sullivan, y empezó a caminar hacia el auto—. ¿Viaje de negocios? ¿Vacaciones?

—Mañana llamaremos a su oficina para averiguarlo. No es un verdadero sospechoso, ¿no?

—Supongo que no —respondió Sullivan—. Vayamos al bar. Les mostraremos las fotos a otras personas.

—Bueno —accedió Chatham de mala gana. Este caso le estaba impidiendo relajarse frente al televisor, lo cual era bastante malo para sus nervios. Y por el momento estaba estancado, lo cual era mucho peor para todos.

Clark se despertó con el ruido y tardó unos segundos en recordar que Patsy se había mudado con ellos para no estar sola y tener la invaluable ayuda de su madre con JC (así habían decidido llamarlo). Decidió levantarse a pesar de que era muy temprano todavía. Sandy ya estaba en pie, su instinto maternal activado por el llanto del recién nacido. John llegó a tiempo para ver a su esposa entregar a su recién cambiado nieto a su hija, quien estaba sentada, apenas despierta, en una mecedora especialmente comprada para ella, con la bata abierta y los pechos al descubierto. John apartó la vista un tanto avergonzado y miró a su esposa, quien, también apenas cubierta por la bata, sonreía benévola ante el cuadro maternal que se ofrecía a sus ojos.

Era un precioso muchachito, pensó Clark. Espió un poco la escena. La boca de JC atrapó el pezón ofrecido y comenzó a succionar... tal vez el único instinto con el que nacían los bebés humanos, el vínculo madre-hijo que los hombres simplemente no podían imitar ni compensar en esa etapa de la vida del niño. Qué preciosa era la vida humana.

Pocos días atrás John Conor Chávez era un feto, una *cosa* viva en el vientre de su madre... y el hecho de que viviera o no dependía de lo que uno pensara del aborto, un tema sumamente controvertido para John Clark. Él había matado en su vida, no demasiadas veces, pero tampoco tan pocas como hubiera deseado. En aquellos momentos había pensado que la gente cuya vida seguía merecía su destino, ya fuera por sus propios actos o por sus vínculos. Como actuaba en defensa de los intereses de su país había podido, en cierto modo, deshacerse de la culpa. Pero ahora, viendo a JC, se vio obligado a recordar que todas las vidas que había eliminado habían empezado como ésa: indefensas, totalmente dependientes de los cuidados de una madre... Pero luego se habían hecho hombres determinados por sus propias acciones y la influencia de otros, convirtiéndose recién entonces en agentes del bien o el mal. ¿Cómo pasaba eso? ¿Qué era lo que empujaba a una persona al mal? ¿Una decisión? ¿El destino? ¿La suerte, buena o mala? ¿Qué era lo que había empujado su propia vida al bien...? ¿Y su vida estaba verdaderamente al servicio del bien? Tonterías, tonterías que se le metían a uno en la cabeza a esa hora oscura de la madrugada. Bueno, lo que sí sabía era que jamás había lastimado a un bebé en toda su vida, por muy violenta que hubiera sido. Y jamás lo haría. No, sólo había perjudicado a aquellos que antes habían perjudicado a otros, o amenazado con hacerlo. Y los había detenido porque era necesario proteger a los inocentes, porque los inocentes también tenían derechos y su deber era protegerlos del mal y del peligro.

Avanzó un paso y acarició los piecitos del bebé. Ninguna reacción. JC tenía claras sus prioridades. Alimento. Y los anticuerpos que proporcionaba la leche materna, que lo mantendrían sano. Con el tiempo, sus ojos reconocerían las caras adultas y su carita inocente sonreiría. Luego aprendería a sentarse, a gatear, a caminar y finalmente a hablar... y así comenzaría a integrarse al mundo de los hombres. Ding sería un buen padre y un buen modelo a emular, Clark estaba seguro, especialmente si Patsy reprimía sabiamente sus tendencias adversas. Sonriendo, volvió a la cama. Trató de recordar exactamente dónde estaba en ese momento Chávez el Viejo y decidió dejar las tareas femeninas en manos de las mujeres de la casa.

Horas más tarde, el alba despertó a Popov en su cuarto tipo motel. Había adoptado rápidamente una rutina: primero encendía la máquina de café, luego se duchaba y afeitaba, y diez minutos después sintonizaba el televisor en CNN. La noticia central eran las Olimpiadas. El mundo se había puesto tan aburrido... Recordó su primera misión en Londres. En aquella época los noticieros comentaban las aparentemente insalvables diferencias entre Oriente y Occidente, los movimientos de los ejércitos y el aumento de las sospechas entre los grupos políticos que habían definido el mundo de su juventud. Especialmente recordaba los temas estratégicos tantas veces mal comunicados por los perio-

distas, tanto por vía impresa como electrónica: MIRV, misiles y sistemas ABM que supuestamente habían amenazado el equilibrio de poder. Todo eso pertenecía al pasado, se dijo Popov. Para él, era como si hubiera desaparecido una cadena montañosa. La forma del mundo había cambiado de la noche a la mañana, y las cosas que creía inmutables habían mutado en algo que jamás hubiera creído posible. La tan temida guerra global, junto con su agencia y su nación, ya no eran el terrible meteorito que acabaría con todo.

Era hora de conseguir más información. Se vistió y fue a la cafetería, donde encontró al Dr. Killgore desayunando tal como lo había prometido la noche anterior.

—Buen día, John —dijo el ruso, sentándose a la mesa del epidemiólogo.

—Buen día, Dimitri. ¿Listo para la cabalgata?

—Sí, creo que sí. ¿Dice que el caballo es dócil?

—Es una yegua cuarto de ocho años. Sí, por eso la bautizaron Buttermilk. No le hará daño.

—¿Yegua cuarto? ¿Qué significa eso?

—significa que sólo puede correr un cuarto de milla, pero, ya sabe, una de las carreras de caballos más importantes de Texas abarca precisamente esa distancia. No recuerdo el nombre de la competencia, pero los premios son importantes. Bueno, otra institución que pronto dejaremos de ver —prosiguió Killgore, untando manteca en su tostada.

—¿Cómo dice? —preguntó Popov.

—¿Mmm? Ah, nada importante, Dimitri —Y no lo era. La mayor parte de los caballos sobrevivirían y volverían a la vida salvaje. Ojalá pudieran adaptarse luego de tantos siglos de dominación y cuidados humanos. Suponía que los instintos, codificados genéticamente en el ADN, salvarían a la mayoría de los animales. Y algún día los miembros del proyecto y/o sus descendientes volverían a capturarlos, domarlos y montarlos para disfrutar ampliamente de la naturaleza y sus dones. Los caballos de trabajo, percherones y Appaloosas, se adaptarían bien. Tenía más reserva respecto a los de carrera, ya que estaban superadaptados a hacer una sola cosa: correr en círculo a la mayor velocidad que les permitiera su fisiología. Bueno, tal había sido su suerte. Las leyes darwinianas eran duras, aunque justas a su manera. Terminó su desayuno y se puso de pie—. ¿Vamos?

—Sí, John —Popov lo siguió a corta distancia. Subieron al Hummer de Killgore y enfilaron hacia el oeste en la mañana clara y brillante. Diez minutos después estaban en las caballerizas. Killgore eligió una montura y caminó hasta la puerta que decía BUTTERMILK. La abrió y entró. Rápidamente le colocó la montura a la yegua y le entregó las riendas a Popov.

—Llévela afuera caminando. No muerde ni pateo. Es muy dócil, Dimitri.

—Si usted lo dice, John —observó el ruso, dubitativo. Llevaba puestas zapatillas en lugar de botas y se preguntó si el detalle tendría

alguna importancia. La yegua lo miró con sus enormes ojos pardos, sin revelar lo que pensaba (si es que pensaba algo) del humano que sostenía sus riendas. Dimitri la llevó hasta la puerta de la caballeriza y la yegua lo siguió tranquilamente al despejado aire de la mañana. Killgore apareció pocos minutos después montado en su caballo, aparentemente castrado.

—¿Sabe montar? —le preguntó.

Popov había visto demasiados westerns. Metió el pie izquierdo en el estribo y trepó, balanceando la pierna derecha sobre el lomo del animal hasta encontrar el estribo derecho.

—Muy bien. Ahora sostenga las riendas como yo y chasquee la lengua. Así —Killgore hizo la demostración. Popov lo imitó y la yegua, que hasta el momento parecía sorda, empezó a trotar. Seguramente por instinto, pensó el ruso. Estaba haciendo cosas —aparentemente correctas— sin saber. ¿Acaso no era notable?

—Allá vamos, Dimitri —dijo Killgore con tono de aprobación—. Así se monta, hombre. Es una hermosa mañana, tiene un caballo entre las piernas y enormes distancias que recorrer.

—Pero no tengo pistola —comentó Popov con una sonrisa.

Killgore también sonrió.

—Bueno, aquí no hay indios ni bandoleros que matar, compañero. Vamos —azuzó al caballo con las piernas y éste empezó a trotar más rápido. Buttermilk hizo lo mismo. Popov adaptó el ritmo de su cuerpo al de la yegua y se puso a la par de Killgore.

Era magnífico, pensó Dimitri Arkadeyevich. Ahora comprendía el ethos de todas las películas malas que había visto. *Había* algo fundamental y viril en montar a caballo, aunque careciera del sombrero adecuado y el revólver de seis balas. Se puso sus anteojos de sol, miró a su alrededor y se sintió parte de la llanura agreste.

—Quiero agradecerle, John. Nunca había hecho esto. Es maravilloso —dijo sinceramente.

—Es la naturaleza, hombre. Así deben ser las cosas. Así lo fueron. Vamos, Mystic —le dijo a su caballo, que aumentó un poco la velocidad. Se dio vuelta para ver si Popov lograba incitar a su yegua.

No era fácil sincronizar los movimientos de su cuerpo con el ritmo del animal, pero poco a poco lo logró y volvió a ponerse a la par de Killgore.

—Entonces, ¿fue así como los estadounidenses conquistaron el Oeste?

Killgore asintió.

—Sí. En el pasado esta llanura estaba tapizada de búfalos, tres o cuatro manadas inmensas, hasta donde llegaba la vista...

—Los cazadores los exterminaron, los liquidaron en menos de diez años, utilizando principalmente rifles Sharp. Los mataron para hacer mantas con las pieles, por la carne... a veces sólo por las lenguas. Los masacraron, tal como hizo Hitler con los judíos —Killgore negó con la cabeza—. Fue uno de los peores crímenes que cometió Estados Unidos,

Dimitri. Los asesinaron simplemente porque estaban allí. Pero volverán a cubrir estas planicies —predijo, preguntándose cuánto tiempo tardaría en producirse el milagro. Cincuenta años... tal vez llegaría a verlo con sus propios ojos. ¿Tal vez cien? También regresarían los lobos y los osos grises, pero los predadores eran animales de ritmos más lentos. No se reproducían tan rápido como sus presas. Quería ver esa llanura tal como había sido en el glorioso pasado. Lo mismo querían otros miembros del proyecto... y algunos incluso pensaban vivir en carpas, como los indios. Pero eso le parecía un tanto excesivo... A decir verdad, Killgore no toleraba que las ideas políticas desplazaran al sentido común.

—¡Hola, John! —gritó alguien a sus espaldas. Ambos se dieron vuelta y vieron una silueta que galopaba hacia ellos. Un minuto después Killgore reconoció al tercer jinete.

—¡Kirk! ¿Cuándo llegaste?

—Anoche —respondió Maclean. Frenó su caballo para darle la mano a Killgore—. ¿Y tú?

—La semana pasada, con la gente de Binghamton. Cerramos la operación y decidimos que era hora de levantar las apuestas.

—¿Todos? —preguntó Maclean. A Popov le llamó la atención el tono de su voz. ¿Todos quiénes?

—Sí —Killgore asintió discretamente.

—¿Todo fue tal como estaba previsto? —preguntó Maclean, dejando de lado toda perturbación sentimental.

—Casi a la perfección según las proyecciones. Eh, bueno... ayudamos un poco a los últimos.

—Ah —Maclean bajó la vista un segundo. Evidentemente se sentía mal por las mujeres que había reclutado. Pero no tanto—. ¿Entonces la cosa avanza?

—Sí, Kirk. Avanza. Las Olimpiadas comienzan pasado mañana y...

—Sí. Entonces sí que empezará.

—Hola —interrumpió Popov. Killgore parecía haber olvidado que estaba presente.

—Oh, lo siento, Dimitri. Kirk Maclean, te presento a Dimitri Popov. John nos lo mandó hace un par de días.

—Encantado, Dimitri —Apretones de manos—. ¿Ruso? —preguntó Maclean.

—Sí —Gesto afirmativo—. Trabajo directamente para el Dr. Brightling. ¿Y usted?

—Soy una pequeña pieza del proyecto —admitió Maclean.

—Kirk es bioquímico e ingeniero medioambientalista —explicó Killgore—. Y por ser tan buen mozo tuvo que hacer un par de cositas extra para nosotros —bromeó—. Pero eso ya pasó. Entonces, ¿por qué viniste tan rápido, Kirk?

—¿Recuerdas a Mary Bannister?

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—El FBI me preguntó si la conocía. Lo consulté con Henriksen y decidí mandarme aquí un poco antes de lo esperado. Entiendo que ella...

Killgore asintió.

—Sí, la semana pasada.

—¿Entonces la A funciona?

—Sí, funciona. La B también.

—Qué bueno. Ya me inocularon la B.

Popov recordó que Killgore le había puesto una inyección. La etiqueta de la ampolla tenía una B mayúscula, ¿verdad? ¿Y qué era eso del FBI? Killgore y Maclean hablaban a boca de jarro, pero era como si hablaran en otro idioma... No, no era otro idioma, era el discurso de los conocedores: utilizaban palabras y frases claves como todos los médicos e ingenieros... bueno, los oficiales de inteligencia también lo hacían. Popov estaba entrenado para recordar todo lo que se decía frente a él por más que no lo entendiera. De modo que grabó cada palabra en su mente, a pesar de su expresión ignara.

Killgore hizo andar a su caballo.

—¿Es la primera vez que sales, Kirk?

—Es la primera vez que monto a caballo en meses. Tenía un trato con un tipo de Nueva York, pero nunca tuve tiempo de hacerlo. Mañana me arderán las piernas y el culo, John —rió el ingeniero biológico.

—Sí, pero es un ardor sano —Killgore soltó una carcajada. Había tenido un caballo en Binghamton y esperaba que la familia que lo cuidaba lo dejara en libertad cuando llegara la hora... y que Stormy pudiera alimentarse por las suyas.... Pero Stormy estaba castrado y por consiguiente era irrelevante para el mundo, excepto como consumidor de pasto. Qué lástima, pensó el médico. Había sido un buen caballo.

Maclean se paró en los estribos para mirar el paisaje que lo rodeaba. Si miraba atrás veía los edificios del proyecto... pero si miraba al frente o a los costados sólo veía una ondulante pradera. Interminable. Algún día quemarían todas las casas y graneros. Sólo servían para interrumpir lo infinito del paisaje.

—Cuidado, John —dijo, señalando unos agujeros.

—¿Qué es eso? —preguntó Popov.

—Perros de la pradera —dijo Killgore, disminuyendo la marcha de su montura—. Son roedores salvajes, cavan pozos y hacen ciudades subterráneas. Les dicen “pueblos de perros de la pradera”. Si un caballo mete la pata en el agujero... bueno, es malo para el caballo. Pero si andamos despacio pueden evitar los agujeros.

—¿Roedores? ¿Por qué no los exterminan? ¿A balazos, con veneno? Si pueden lastimar a un caballo, entonces...

—Son parte de la naturaleza, Dimitri. ¿Comprende? Pertencen a este lugar, incluso más que nosotros mismos —explicó Maclean.

—Pero un caballo es... —*Caro*, pensó Dimitri. El médico lo interrumpió con un gesto.

—En realidad no son parte de la naturaleza —prosiguió Killgore—.

Yo también los amo, pero en rigor de verdad tampoco pertenecen a este lugar.

—Los halcones y otros predadores volverán y controlarán a los perros de la pradera —dijo Maclean—. Los criadores de pollos de granja ya no volverán a molestarlos. Adoro verlos trabajar, hermano.

—Yo también. Son la bomba inteligente de la naturaleza —acotó Killgore—. Ése era el deporte de los reyes, entrenar a un halcón para que les llevara la presa al puño. Dentro de unos años podré hacer lo mismo. Siempre me gustó el gerifalte.

—El que es completamente blanco. Sí, es un ave de porte noble —comentó Maclean.

Creen que esta región cambiará esencialmente en pocos años, pensó Popov. ¿Pero cómo podría pasar algo así?

—Díganme —preguntó el ruso—. ¿Qué aspecto tendrá este lugar dentro de cinco años?

—Un aspecto mucho mejor —respondió Killgore—. Ya habrán vuelto los búfalos. Incluso tendremos que evitar que nos coman el trigo.

—¿Los arrearemos con los Hummers? —preguntó Maclean.

—Con helicópteros, tal vez —especuló Killgore—. Tendremos unos cuantos para medir las poblaciones. Mark Holtz está hablando de capturar algunos en Yellowstone y traerlos aquí para acelerar el proceso reproductivo. ¿Conoces a Mark?

Maclean negó con la cabeza.

—No, nunca lo vi.

—Es un pensador muy abarcativo en el aspecto ecológico, pero se opone radicalmente a interferir con la naturaleza. Sólo está dispuesto a ayudarla un poco. Nada más.

—¿Qué vamos a hacer con los perros? —preguntó Kirk. Aludía a las mascotas domésticas que se volverían fieras asesinas al ser repentinamente arrojadas al medio natural.

—Veremos —dijo Killgore—. La mayoría no serán lo suficientemente grandes como para matar animales maduros y muchos estarán castrados, de modo que no se aparearán. Tal vez debamos matar a unos cuantos. Ojalá no debamos eliminarlos a todos.

—A algunos no les gustará. Ya sabes cómo es la cosa: se supone que no debemos hacer otra cosa que observar. Yo no me trago esa píldora. Si hicimos mierda el ecosistema tendríamos que poder componer las partes que destruimos. Por lo menos algunas.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero, tendremos que hacer una votación. Diablos, yo quiero cazar... y ellos también tendrán que votar acerca de eso —anunció Killgore con una mueca desagradable.

—¿No bromeas? ¿Y Jim Bridger? Excepto atrapar castores, ¿qué hizo de malo el pobre tipo?

—Los vegetarianos son extremistas, Kirk. Quieren hacer las cosas a su manera o nada, ¿sabes?

—Oh, que se vayan al carajo. Diles que no estamos diseñados para

ser herbívoros, por el amor de Dios. Es ciencia pura —el perro de la pradera era pequeño. Lo vieron excavando el último de sus agujeros.

—¿Y qué pensarán sus vecinos de todo esto? —preguntó Popov con una sonrisa bonachona. ¿De qué carajo estaban hablando esos tipos?

—¿Qué vecinos? —preguntó Killgore.

¿Qué *vecinos*? No fue eso lo que le molestó a Popov, sino que la respuesta fuera retórica por naturaleza. Pero el médico cambió de tema.

—Es una hermosa mañana para andar a caballo.

¿Qué *vecinos*? pensó Popov. Se veían techos de graneros y casas a menos de diez kilómetros de distancia, iluminados por el sol de la mañana. ¿Qué *habían querido decir con esa pregunta*? ¿Cómo *qué vecinos*? Hablaban de un futuro radiante con animales salvajes por todas partes, pero sin gente. ¿Acaso planeaban comprar todas las granjas vecinas? Ni siquiera Horizon Corporation tenía tanto dinero, ¿no? Estaban en una región establecida, civilizada. Las granjas cercanas eran prósperas, y sus propietarios vivían bien. ¿A dónde irían si las vendían? ¿Y por qué querrían abandonar sus tierras? Una vez más, la misma pregunta le atenazó el cerebro.

¿Qué *diablos es todo esto*?

EMPIEZAN LOS JUEGOS

Chávez hizo lo posible por no tropezar en el avión, un tanto sorprendido por la frescura y lozanía de los tripulantes. Bueno, tenían práctica, y tal vez estaban más adaptados que él a los malestares del vuelo. Como todos los demás civiles, se lamió los labios para eliminar el sabor amargo, entrecerró los ojos y avanzó hacia la puerta con la prisa de un hombre recién liberado de una cárcel de máxima seguridad. Tal vez recorrer grandes distancias en barco no fuera tan malo después de todo.

—¿Mayor Chávez? —preguntó una voz con acento australiano.

—¿Sí? —farfulló el susodicho, clavando sus ojos soñolientos en un tipo vestido de civil.

—Buen día, soy el teniente coronel Frank Wilkerson, del Servicio Aéreo Especial australiano.

—Encantado —Chávez se las ingenió para darle la mano sin caerse—. Le presento a mis hombres, los sargentos Johnston, Pierce y Tomlinson y el agente especial Tim Noonan, del FBI... es nuestro mago técnico —Más apretones de manos.

—Bienvenidos a Australia, caballeros. Acompañenme, por favor.

Demoraron quince minutos en recoger sus equipos (que incluían media docena de recipientes plásticos que fueron cargados en un minibus). Diez minutos después salían del aeropuerto rumbo a la Autopista 64 que los llevaría a Sydney.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó el coronel Wilkinson, dándose vuelta para mirarlos.

—Largo —respondió Chávez. Miró a su alrededor. Estaba saliendo el sol (eran poco más de las 6 de la mañana), aunque para el reloj corporal de los Rainbow debería estar poniéndose. Esperaban que una ducha y una buena taza de café los ayudaran a recuperarse.

—Es un vuelo espantoso. Londres queda muy lejos —dijo el coronel.

—Así es —admitió Chávez en nombre de todos.

—¿Cuándo empiezan los juegos? —preguntó Mike Pierce.

—Mañana —replicó Wilkerson—. Ya tenemos instalados a la mayoría de los atletas y los comandos de seguridad están operando al máximo. Esperamos que no haya dificultades. Según inteligencia, no hay peligro a la vista. Nuestros vigilantes en el aeropuerto no han visto nada raro hasta el momento y tenemos fotos y descripciones de todos

los terroristas internacionales conocidos. Ya no son tantos como antes, en gran parte gracias a ustedes —agregó el coronel del SAS con una sonrisa amistosa y estrictamente profesional.

—Sí, bueno, tratamos de cumplir nuestra misión, coronel —observó George Tomlinson restregándose los ojos.

—Los tipos que los atacaron directamente... ¿eran del IRA como dijeron los medios?

—Sí —respondió Chávez—. Una de las facciones. Tenían buena inteligencia. De primera, a decir verdad. Habían identificado a sus blancos civiles por nombre y ocupación... entre ellos mi esposa y mi suegra, y...

—No lo sabía —dijo el australiano, abriendo los ojos como platos.

—Bueno, no fue nada divertido. Y perdimos dos hombres, más cuatro heridos, uno de ellos Peter Covington. Es el líder del Comando 1 —explicó Ding—. Como dije, no fue divertido. Tim fue el que sacó las papas del fuego —señaló a Noonan.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Wilkerson al avergonzado agente del FBI.

—Tengo un sistema que anula las comunicaciones por teléfono celular. Los chicos malos pensaban coordinar sus movimientos por celular —explicó Noonan—. Les impedimos hacerlo e interferimos con sus planes. Después, Ding y los muchachos terminaron de aplastarlos. Tuvimos mucha pero mucha suerte, coronel.

—Así que pertenece al FBI. Supongo que conoce a Gus Werner.

—Oh, sí. Nos conocemos desde hace tiempo. Es el director de la División Terrorismo... una nueva división del FBI. Supongo que habrá estado en Quantico.

—Hace unos meses me estuve entrenando con el Comando de Rescate de Rehenes y el grupo Delta del coronel Byron. Buenos muchachos, todos ellos —El chofer salió de la autopista y entró directamente al centro de Sydney. El tráfico era liviano. Todavía era demasiado temprano y había poca gente en actividad, con la consabida excepción de los repartidores de leche y diarios. El minibus se detuvo frente a un hotel de primera categoría, cuyo conserje estaba despierto a pesar de lo intempestivo de la hora.

—Tenemos un convenio con este hotel —explicó Wilkerson—. La gente de Global Security también se aloja aquí.

—¿Quiénes? —preguntó Ding.

—Global Security, la empresa consultora de seguridad. Es probable que usted conozca a su director, señor Noonan. Bill Henriksen.

—¿Bill el “abrazar árboles”? —Noonan no pudo reprimir una carcajada—. Oh, sí, claro que lo conozco.

—¿“Abrazar árboles”?

—Coronel, hasta hace unos años Bill era un agente de alto rango en el CRR. Es un tipo competente, pero se dejó llevar por su locura medioambientalista. Ahora abraza árboles y besa conejitos. Se preocupa por la capa de ozono y toda esa mierda —le explicó Noonan.

—No lo sabía. Nosotros también nos preocupamos por la capa de ozono, ¿sabe? Tenemos que usar filtro solar cuando vamos a la playa, etcétera. Tal vez la cosa empeore dentro de unos años, al menos eso dicen los que saben.

—Tal vez —admitió Tim con un bostezo—. No soy surfista.

El conserje abrió la puerta del hotel y los soldados entraron en desordenada hilera. El coronel Wilkerson debía haber llamado para anunciar su llegada, pensó Ding. Inmediatamente los acompañaron a sus habitaciones —cómodas y bonitas—, donde pudieron ducharse y desayunar abundantemente y beber *litros* de café. Por muy horrible que fuera el malestar producido por el vuelo, la mejor manera de contrarrestarlo era aguantar sobriamente la rutina del primer día, dormir decentemente al llegar la noche, y adaptarse a la nueva situación con la menor cantidad de sobresaltos. Por lo menos así era en teoría, pensó Ding, secándose frente al espejo del baño y comprobando que parecía tan exhausto como en verdad se sentía. Poco después, vestido con ropa cómoda, se presentó en la cafetería del hotel.

—Sabe, coronel? Si alguien fabricara un narcótico para paliar el malestar de los vuelos se haría rico de la noche a la mañana.

—Indudablemente. Sé lo que es eso, mayor.

—Llámeme Ding. Mi nombre de pila es Domingo, pero prefiero que me digan Ding.

—¿Cuál es su formación? —preguntó Wilkerson.

—Empecé en la infantería, pasé a la CIA, y ahora estoy en Rainbow. No sé por qué me otorgaron rango falso de mayor. Soy el comandante del Comando 2 del Rainbow y supongo que ésa es mi jerarquía actual.

—Tuvieron mucho trabajo últimamente.

—Es un hecho, coronel —coincidió Ding, aceptando el café que le ofrecía el mozo. Se preguntó si en algún lugar servirían café como en el ejército (es decir, un café que triplicara la cantidad normal de cafeína). Le hubiera venido muy bien en ese momento. El café y una buena práctica física matinal. Además de la fatiga, su cuerpo se estaba rebelando contra el día entero de confinamiento en el 747. El maldito avión era lo suficientemente grande para estirar un poco las piernas, pero los diseñadores se habían olvidado de que transportaban seres humanos. Se sintió ligeramente culpable por los pobres tipos que viajaban en clase turista. Ellos sí que debían sufrir, estaba seguro. Bueno, por lo menos había pasado rápido. En barco habrían tardado un mes.... de confort palaciego, ejercicios físicos diversos y buena comida. La vida estaba llena de contradicciones, ¿no?

—¿Estuvieron en el Parque Mundial?

—Sí —asintió Ding—. Mi comando tomó el castillo. Yo estaba a unos metros cuando ese miserable asesinó a la niña. No fue nada divertido, coronel.

—Frank.

—Gracias. Sí, Frank, fue horrible. Pero liquidamos al hijo de puta... es decir, Homer Johnston lo hizo polvo. Es uno de mis rifles largos.

—De acuerdo con lo que vimos por TV, no fue un disparo particularmente eficaz.

—Homer quiso dejar en claro su opinión —explicó Chávez. Enarcó una ceja—. No volverá a hacerlo.

Wilkerson entendió la sutileza.

—Ah, sí, claro. ¿Tiene hijos, Ding?

—Fui padre hace unos días. Un varón.

—Felicitaciones. Beberemos una cerveza para festejarlo, probablemente hoy a la noche.

—Frank, si llego a beber una sola copa tendrán que sacarme a la rastra —Ding bostezó, un poco avergonzado por su deficiente estado físico—. Como sea, ¿por qué nos quieren tener aquí? Todo el mundo dice que ustedes son muy buenos en lo que hacen.

—Nunca está de más tener una segunda opinión, Ding. Mis muchachos están bien entrenados, pero no tenemos demasiada experiencia práctica. Y necesitamos renovar la tecnología. Las nuevas radios de E-Systems que nos consiguió Global Security son fabulosas. ¿Ustedes tienen alguna otra herramienta mágica?

—Noonan tiene algo que lo dejará atónito, Frank. Yo mismo no puedo creerlo, pero supongo que no lo necesitaremos. Hay demasiada gente. Pero le resultará interesante. Palabra de honor.

—¿Y qué es esa maravilla?

—Tim lo llama Tricorder... como el aparato que usaba el señor Spock en *Star Trek*. Encuentra gente así como los radares encuentran aviones.

—¿Cómo lo hace?

—Él le explicará. Tiene que ver con el campo eléctrico que rodea al corazón humano.

—Jamás escuché algo así.

—Es nuevo —aclaró Chávez—. Lo fabrica una pequeña empresa estadounidense llamada DKI, creo. Es un aparatito mágico. Little Willie de Fort Bragg está loco por él.

—¿Se refiere al coronel Byron?

—Precisamente. ¿Trabajó con él últimamente?

—Oh, sí, es un tipo espléndido.

Chávez hizo una mueca.

—Pero Rainbow no le cae muy bien. Le robamos a sus mejores hombres, ¿sabe?

—Y les encomendaron tareas de índole práctica.

—Así es —admitió Chávez, bebiendo su café. En ese momento llegaron los demás, vestidos con ropa cómoda semi militar igual que su comandante. Apenas vieron a Chávez y Wilkerson, fueron a reunirse con ellos.

Eran las cuatro de la tarde en Kansas. La cabalgata matinal le había dejado doloridas algunas partes del cuerpo. Especialmente las

caderas y los muslos. No obstante, conservaba un recuerdo agradable y casi heroico.

No tenía nada que hacer allí. No le habían asignado ninguna tarea y, hacia el mediodía, ya se habían agotado sus posibilidades de explorar. Le quedaba la televisión para entretenerse, pero no era una de sus diversiones favoritas. Popov era un hombre brillante que se aburría con facilidad, y odiaba estar aburrido. La CNN repetía constantemente las noticias de las Olimpiadas... pero la competencia todavía no había comenzado. Salió a recorrer los pasillos del hotel y se detuvo a contemplar la inmensa llanura desde un ventanal. Al día siguiente saldría a cabalgar... así, por lo menos, cambiaría de lugar. Siguió vagabundeando durante una hora y finalmente llegó a la cafetería.

—Ah, hola, Dimitri —dijo Kirk Maclean, que lo precedía en la cola. Tampoco era vegetariano: tenía una enorme feta de jamón en el plato. Popov lo tuvo muy en cuenta.

—Como dije esta mañana, no fuimos diseñados para ser vegetarianos —señaló Maclean con una sonrisa burlona.

—¿Cómo lo sabe?

—Por los dientes —replicó Maclean—. Los hervíboros mastican pasto y esas cosas, y hay mucha tierra y suciedad en esa clase de alimentos, y los dientes se les gastan como si mordieran constantemente papel de lija. Por eso el esmalte de sus dientes es muy grueso, para que les duren varios años. El esmalte del diente humano es muchísimo más fino que el del diente de vaca. Entonces, o nos adaptamos a lavar nuestros alimentos antes de consumirlos... o estamos diseñados para comer carne. No creo que nos hayamos adaptado tan rápido a dejar correr el agua en la cocina, ¿no le parece? —preguntó Kirk sin abandonar su sonrisa burlona. Caminaron juntos hacia la misma mesa—. ¿Qué hace para John? —le preguntó apenas se sentaron.

—¿Se refiere al Dr. Brightling?

—Sí, ayer dijo que trabajaba directamente para él.

—Yo fui parte de la KGB —Valía la pena arrojar el anzuelo.

—Ah, ¿entonces espía para nosotros? —preguntó Maclean, cortando la feta de jamón.

Popov negó con la cabeza.

—No exactamente. Establecí contacto con personas en las que el Dr. Brightling estaba interesado y les pedí que hicieran ciertas cosas que él deseaba que hicieran.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—No estoy seguro de poder decírselo.

—¿Material secreto, eh? Bueno, hay muchos secretos en este lugar, sabe. ¿Ya le dijeron de qué se trata el proyecto?

—No exactamente. Tal vez formo parte de él, pero por el momento no me han explicado de qué se trata. ¿Usted lo sabe?

—Oh, claro. Estuve desde el principio. Es algo muy importante,

viejo. Tiene algunas cosas verdaderamente desagradables, pero —agregó con mirada gélida— es imposible hacer un omelette sin romper varios huevos, ¿no?

Lenin lo dijo primero, recordó Popov. En la década del veinte, cuando lo interpellaron por la violencia destructiva llevada a cabo en nombre de la revolución soviética. El comentario se había hecho famoso, especialmente dentro de la KGB, cuando alguien objetaba misiones particularmente crueles... como las de Popov con los terroristas, individuos que generalmente actuaban de manera inhumana y... que últimamente habían vuelto a la luz gracias a sus “buenos oficios.” ¿Pero qué clase de omelette estaba ayudando a preparar el hombre que estaba sentado frente a él?

—Vamos a cambiar el mundo, Dimitri —dijo Maclean.

—¿De qué manera, Kirk?

—Ya lo verá. ¿Recuerda la cabalgata de esta mañana?

—Sí, fue muy agradable.

—Imagine si el mundo entero fuera igual —Maclean no estaba dispuesto a revelar más.

—¿Pero cómo podría serlo... a dónde irían todos los agricultores? —preguntó Popov, sinceramente confundido.

—Piense que son huevos. Simplemente —respondió Maclean con una sonrisa. A Dimitri se le heló la sangre en las venas, aunque no sabía por qué. Su mente no podía dar el salto, por mucho que lo deseaba. Se sentía nuevamente como un agente secreto tratando de discernir las intenciones del enemigo. Conocía parte de la información necesaria (tal vez mucha), pero no lo suficiente para pintar el cuadro completo. Lo aterrador era que esa gente del proyecto hablaba de la vida humana como los fascistas del pasado. *Pero son sólo judíos*. Escuchó un ruido, levantó la vista y vio aterrizar otro avión en la ruta de ingreso. Había varios automóviles detenidos a lo lejos, esperando para entrar al complejo. También había más gente en la cafetería, casi el doble que el día anterior. Horizon Corporation estaba trasladando a su gente a Kansas. ¿Por qué? ¿Eso sería parte del proyecto? ¿Sería la manera de activar ese costoso complejo de investigación? Tenía todas las piezas del rompecabezas ante los ojos, pero la resolución del enigma seguía siendo un misterio.

—¡Hola, Dimitri! —dijo Killgore, y se sentó con ellos—. ¿Un poco dolorido, tal vez?

—Un poco —admitió Popov—, pero no me quejo. ¿Podríamos volver a hacerlo?

—Claro. Es parte de mi rutina matinal cuando estoy aquí. ¿Quiere seguirme el ritmo?

—Sí, gracias, es muy amable de su parte.

—A las 7 en punto, aquí mismo, compañero —respondió Killgore con una sonrisa—. ¿Tú también vienes, Kirk?

—Claro. Mañana iré a comprar un par de botas nuevas. ¿Hay alguna tienda buena en los alrededores?

—A media hora de aquí, la de Caballería de EE.UU. La segunda salida al este por la interestatal.

—Grandioso. Quiero comprarlas antes de que los recién llegados vacíen los negocios.

—Tiene lógica —opinó Killgore—. Y bien, Dimitri, ¿cómo es ser espía? —le preguntó a Popov.

—Suele ser muy frustrante —respondió sinceramente el ruso.

—Caramba, esto sí que es un estadio olímpico —comentó Ding. El estadio tenía capacidad para cien mil personas sentadas. Pero haría calor, muchísimo calor... Sería casi como estar dentro de un enorme wok de concreto. Bueno, había montones de concesionarios en las instalaciones y seguramente habría vendedores ambulantes de Coca-Cola y otras gaseosas. Y a la salida del estadio había toda clase de pubs para aquellos que preferían la cerveza. El reluciente césped del estadio estaba casi vacío por el momento; sólo había algunos empleados acicalando algunos sectores. La mayoría de las competencias se realizarían aquí. La pista oval estaba marcada para las distintas carreras de velocidad y de vallas, y había hoyos para las competencias de salto. En el extremo más apartado del estadio había un monstruoso tanteador y un Jumbotron, de modo que los espectadores pudieran ver la repetición instantánea de los eventos más importantes. Ding comenzaba a entusiasmarse. Jamás había asistido a una competencia olímpica y se sentía lo suficientemente atleta como para apreciar el grado de dedicación y capacidad que requerían esa clase de cosas. Lo más loco era que por muy eficientes que fueran sus hombres, no igualaban a los atletas —la mayoría niños, en opinión de Ding— que marcharían sobre ese campo al día siguiente. Ni siquiera sus tiradores ganarían los torneos de rifle o pistola. Sus hombres eran profesionales abarcativos y estaban entrenados para hacer muchas cosas. Los atletas olímpicos, en cambio, eran especialistas extremos, entrenados para hacer una sola cosa absolutamente bien. Las Olimpiadas tenían tanta relevancia para la vida real como un partido de béisbol profesional, pero sería hermoso asistir.

—Sí, invertimos muchísimo dinero para que lo fuera —acotó Frank Wilkerson.

—¿Dónde se ubicará la fuerza de contraataque? —preguntó Chávez. Su anfitrión dio media vuelta y le indicó:

—Por aquí.

—Eh, es una sensación agradable —dijo Chávez al pasar bajo la finísima niebla refrescante.

—Sí, lo es. Reduce la sensación térmica aproximadamente quince grados. Espero que sean muchos los que pasen a refrescarse por aquí durante la competencia. Como ve, tenemos televisores para que puedan seguir los juegos.

—Me parece perfecto, Frank. ¿Y los atletas?

—Tenemos el mismo sistema en los túneles de acceso y también

en el túnel principal que usarán para entrar. Pero, una vez en el campo, tendrán que sudar.

—Que Dios ayude a los maratonistas —comentó Chávez.

—Ojalá —coincidió Wilkerson—. Tendremos personal médico en diversos sectores del estadio. El pronóstico meteorológico anuncia clima caluroso y despejado, lamentablemente. Pero tenemos numerosos puestos de primeros auxilios por todas partes. El velódromo será uno de los lugares más difíciles, creo yo.

—Gatorade —dijo Chávez automáticamente.

—¿Qué?

—Una bebida para deportistas. Agua y cantidades de electrolitos para evitar el golpe de calor.

—Ah, sí, aquí tenemos una bebida similar. También habrá pastillas de sal. Baldes llenos.

Pocos minutos después llegaron al área de seguridad. Chávez vio a los SAS australianos cómodamente sentados en su salón especial, también lleno de televisores que transmitirían los juegos... y ciertos puntos neurálgicos de vigilancia. Wilkerson hizo las presentaciones del caso, y la mayoría de los soldados australianos se acercaron a saludar a los Rainbow con el estilo amistoso y abierto propio del país. Los sargentos se pusieron a conversar con sus equivalentes australianos y pronto empezó a imperar el respeto mutuo. Cada profesional se veía reflejado en el otro y su fraternidad internacional tenía características de elite.

El complejo se estaba llenando rápidamente. El primer día había estado solo en el cuarto piso, reflexionó Popov. Pero ya no. Había por lo menos otros seis cuartos ocupados y al mirar por la ventana vio que la playa de estacionamiento estaba colmada de autos particulares llegados ese mismo día. Suponía que el trayecto entre Nueva York y Kansas implicaba entre dos y tres días de viaje, de modo que la orden de trasladar a la gente había sido dada recientemente... ¿pero dónde estaban los camiones de mudanza? ¿Acaso la gente pensaba quedarse a vivir allí indefinidamente? El hotel era cómodo... por tratarse de un hotel, pero no tenía las mismas comodidades que una residencia permanente. Los que tenían niños pequeños se volverían locos teniéndolos tan cerca todo el tiempo. Escuchó al pasar la conversación de una pareja joven recién llegada. Evidentemente estaban muy entusiasmados por la presencia de animales salvajes. Sí, los ciervos y otros hervíboros eran agradables de contemplar, pensó Popov en mudo acuerdo, pero no merecían que se les dedicara una charla tan animada. ¿Acaso pertenecerían al equipo científico de Horizon Corporation? Hablaban como Jóvenes Pioneros salidos de Moscú por primera vez, atónitos ante las maravillas de una granja estatal. Era mucho mejor ver los grandes teatros líricos de Viena o París, pensaba el ex oficial de la KGB. Entró a su cuarto. Entonces pensó otra cosa. Todos los que estaban allí eran amantes de la naturaleza. Tal vez tendría que estudiar un poco el tema. ¿Acaso no tenía los

videos en el cuarto...? Sí. Eligió uno al azar, lo metió en la VCR, apretó la tecla PLAY y encendió el televisor.

Ah, la capa de ozono, algo que parecía preocupar mucho a los occidentales. Pensó que él empezaría a preocuparse recién cuando los pingüinos antárticos que vivían bajo el agujero de ozono empezaran a morir por quemaduras solares. De todos modos, miró y escuchó. El video había sido producido por un grupo llamado Earth First, y pronto comprobó que su contenido era mucho más polémico que cualquier cosa que hubieran producido las empresas cinematográficas del Estado soviético. Esa gente evidentemente conocía el tema y pedía la eliminación de varias sustancias químicas industriales... ¿pero cómo funcionarían los acondicionadores de aire sin ellas? ¿Dejar de tener aire acondicionado para salvar a los pingüinos de un exceso de radiación ultravioleta? ¿Qué era toda esa mierda?

El video duró cincuenta y dos minutos por reloj. Escogió otro, producido por el mismo grupo, dedicado a las represas. Comenzaba castigando a los “delincuentes medioambientalistas” que habían diseñado y construido la represa del río Colorado. Pero era una represa *hidroeléctrica*, ¿no? ¿Acaso la gente no necesitaba electricidad? ¿Y la electricidad generada por represas no era acaso la más limpia que había? ¿Acaso ese video no había sido producido en Hollywood utilizando la electricidad que producía la mencionada (y denostada) represa? ¿Quiénes eran esos tipos... y por qué estaban esos videos en su habitación? ¿Druidas? La palabra le volvió a la mente. Inmoladores de vírgenes, adoradores de árboles... Si así fuera, habían elegido un lugar bastante raro. Había muy pocos árboles en las planicies cubiertas de triguales del oeste de Kansas.

¿Druidas? ¿Adoradores de la naturaleza? Rebobinó la cinta y echó un vistazo a los periódicos. Algunos pertenecían al grupo Earth First.

¿Qué clase de nombre era ese? Earth First... Primero la Tierra... ¿primero que qué? Los artículos destilaban ira contra varios insultos inferidos al planeta. Bueno, tenía que admitir que excavar minas era algo espantoso. Se suponía que el planeta debía ser bello y justamente apreciado. Popov disfrutaba contemplando los verdes bosques igual que cualquier hijo de vecino, y lo mismo podía decir de la roca púrpura de las montañas carentes de vegetación. Si Dios existía, era un gran artista... ¿pero qué era todo esto?

La humanidad, rezaba el segundo artículo, era una especie parásita sobre la superficie del planeta, cuya esencia era destruir antes que nutrir. La gente había exterminado numerosas especies y variedades de animales y plantas y, al hacerlo, había anulado su derecho a habitar el planeta... Un concepto sumamente polémico, pensó Popov.

Pura basura, decidió en seguida. ¿Acaso la gacela que huía del león llamaba a la policía o a un abogado para defender su derecho a la vida? ¿Acaso el salmón que nadaba corriente arriba para desovar protestaba contra las mandíbulas del oso que lo arrancaban del agua y luego lo desmenuzaban para satisfacer sus propias necesidades (las del

úrsido, se entiende)? ¿Acaso la vaca era igual al hombre? ¿A los ojos de quién?

En la ex Unión Soviética creían (con fe casi religiosa) que por muy formidables y ricos que fueran los estadounidenses, también eran un pueblo loco, inculto e impredecible. Eran codiciosos, robaban las riquezas ajenas y explotaban a los desposeídos en beneficio propio. Popov había comprobado la falsedad de esa propaganda negativa durante su primera misión secreta en el extranjero, pero también había comprobado que los europeos occidentales estaban convencidos de que los estadounidenses eran un poco locos... y si ese grupo Earth First representaba a Estados Unidos, entonces... indudablemente tenían razón. Pero muchos británicos pintaban con aerosol a las mujeres que usaban abrigos de piel. El visón también tenía derecho a vivir según ellos. ¿Un visón? Un roedor peludo, una rata tubular de pelaje suntuoso. ¿Ese *roedor* tenía derecho a la vida? ¿Bajo qué ley?

Esa misma mañana habían protestado ante la sugerencia de matar a los... ¿cómo se llamaban? Perros de la pradera. Sí, otras ratas tubulares cuyos pozos podían mancar a los caballos que ellos mismos montaban... ¿pero qué habían dicho? Sí, habían dicho que *pertenecían* al lugar, ¿pero acaso los caballos y la gente no? ¿A qué se debía tanta solicitud hacia una *rata*? Los animales nobles, los halcones, los osos, los ciervos, incluso esos extraños antílopes eran bellos... ¿pero *ratas*? Había mantenido conversaciones similares con Brightling y Henriksen, quienes también parecían amar excesivamente a todas las cosas que vivían y se arrastraban por el suelo. Se preguntó qué sentirían por los mosquitos y las hormigas.

¿Acaso esa basura druídica sería la respuesta a la gran pregunta?

Lo pensó un poco y decidió que necesitaba averiguar más datos, aunque sólo fuera para asegurarse de que no estaba sirviendo a un loco... Loco no... ¿tal vez asesino masivo? La idea no le resultó particularmente reconfortante.

—¿Qué tal el vuelo?

—Esperable, todo un maldito día atrapado en un 747 —se quejó Ding por teléfono.

—Bueno, por lo menos viajaste en primera clase —comentó Clark.

—Fabuloso. La próxima vez dejaré ese placer en sus manos, John.

¿Cómo están Patsy y JC? —preguntó Chávez, pasando a los temas importantes.

—Muy bien. No es tan malo ser abuelo —podría haberle dicho que hasta el momento no había cambiado un solo pañal. Sandy se había hecho cargo de las tareas de higiene con manifiesta dedicación y sólo le permitía tener al bebé en los brazos de vez en cuando. Clark suponía que ciertos instintos eran más fuertes en las mujeres y no quería interferir con las decisiones de la naturaleza—. Es un precioso hombrecito, Ding. Te felicito, muchacho.

—Gracias, papá —fue la irónica respuesta—. ¿Y Patsy?

—Está muy bien, pero casi no puede dormir. JC sólo duerme tres horas seguidas por el momento. Pero eso ya habrá cambiado cuando regreses. ¿Quieres hablar con ella?

—¿A usted qué le parece, Mr. C.?

—OK, espera un momento. ¡Patsy! —llamó—. Es Domingo.

—Hola, nena —dijo Chávez desde su cuarto de hotel.

—¿Cómo estás, Ding? ¿Qué tal el vuelo?

—Largo, pero todo bien —mintió. En opinión de Domingo Chávez, un hombre jamás debía mostrarse débil ante su esposa—. Nos tratan muy bien, pero hace mucho calor. Había olvidado lo que era el calor.

—¿Te quedarás para la apertura?

—Oh, sí, Pats, todos tenemos pases de seguridad. Cortesía de los australianos. ¿Cómo está JC?

—Maravilloso —fue la inevitable respuesta—. Es tan hermoso. No llora demasiado. Es maravilloso tenerlo, ¿sabes?

—¿Duermes poco, nena?

—Bueno, duermo varias horas, pero de a ratos. No tiene importancia. Era mucho peor ser residente.

—Bueno, deja que tu madre te ayude un poco, ¿OK?

—Claro que me ayuda —aseguró Patsy.

—OK, tengo que volver a hablar con tu padre... cuestiones de negocios. Te amo, nena.

—Yo también te amo, Ding.

—Domingo, creo que finalmente voy a aprobarte como yerno —dijo Clark tres segundos después—. Jamás vi sonreír tanto a Patricia... y supongo que es obra tuya.

—Sí. Gracias, papi —se burló Chávez. Miró su reloj con hora británica. Eran las siete de la mañana en Hereford. En Sydney, en cambio, eran las cuatro de una calurosa tarde.

—Bueno, ¿cómo andan las cosas por ahí? —preguntó Clark.

—Bien —replicó Chávez—. Nuestro contacto es un coronel petiso llamado Frank Wilkerson. Es un tipo sólido. Sus hombres son muy buenos, están bien entrenados, son confiados, agradables y serenos. Tienen una excelente relación con la policía. El plan de seguridad me parece bueno... Para hacerla corta: no nos necesitan aquí tal como no necesitan más canguros en el *outback* que sobrevolé esta mañana, John.

—Bueno. Entonces, disfruta de los juegos —Por mucho que se quejara, Chávez y sus hombres tendrían vacaciones gratis... y eso no era exactamente una condena a la cárcel.

—Estamos perdiendo el tiempo, John —insistió Chávez.

—Sí, bueno, uno nunca sabe... ¿no te parece, Domingo?

—Supongo que no —tuvo que admitir Chávez. Habían pasado varios meses demostrándolo.

—¿Tu gente está bien?

—Sí, nos tratan muy bien aquí. Buenos cuartos de hotel, próximos al estadio. Podríamos ir caminando pero tenemos coches oficiales. Así que supongo que somos turistas a sueldo, ¿no?

—Sí. Tal como dije, Ding, disfruten los juegos.

—¿Cómo está Peter?

—Mejor, pero no podrá reintegrarse a las actividades hasta dentro de un mes, probablemente seis semanas. Los médicos son buenos. Las piernas de Chin me preocupan más. Le quedan dos meses y medio de arnés.

—Debe estar enloquecido.

—Lo está.

—¿Y nuestros prisioneros?

—La policía los está interrogando —respondió Clark—. Tuvimos más noticias del muchacho ruso, pero nada útil todavía. Los policías irlandeses están tratando de identificar al fabricante de la cocaína... es de uso medicinal. Diez libras de coca pura cuyo valor de venta permitiría comprar un avión. La Garda teme que esto marque el comienzo de una tendencia y que los grupos del IRA se dediquen a traficar drogas. Pero no es problema nuestro.

—Ese ruso... Serov, ¿no?... ¿Él fue quien les dio inteligencia sobre nosotros?

—Afirmativo, Domingo. Pero no sabemos de dónde la sacó y nuestros amigos irlandeses no nos están dando nada más que lo que ya tenemos... probablemente es todo lo que saben. Grady se niega a hablar. Y su abogado se queja porque lo interrogamos al salir de cirugía.

—¿No es un pedazo de mierda el tipo ese?

—Te escucho, Ding —se burló Clark. No obstante, podrían utilizar la información en un tribunal. Incluso había una filmación de la BBC que mostraba a Grady saliendo de la escena del crimen. Sean Grady estaría preso durante un período definido por “el deseo de la reina”, lo cual significaba cadena perpetua (a menos que el tratado de la Unión Europea interfiriera con la voluntad real). Timothy O’Neil y los que se habían rendido con él *podrían* salir en libertad a los sesenta años, según le había dicho Bill Tawney el día anterior—. ¿Algo más?

—No, todo anda bien por aquí, John. Mañana me reportaré a esta misma hora.

—Entendido, Domingo.

—Dele un beso a Patsy de mi parte.

—Si quieres puedo abrazarla también.

—Sí, gracias, abuelito —respondió Ding con una sonrisa.

—Hasta mañana —dijo Clark, y colgó.

—No es mal momento para estar lejos de casa, jefe —comentó Mike Pierce—. Las primeras dos semanas son francamente espantosas. De este modo, cuando vuelvas a casa el muchachito ya dormirá entre cuatro y cinco horas seguidas. Tal vez más si tienes suerte —predijo el padre de tres varones.

—¿Ves algún problema aquí, Mike?

—Como le dijiste a Six, los australianos tienen todo bajo control. Parecen buena gente, viejo. Estamos perdiendo el tiempo, pero diablos... al menos veremos las Olimpíadas.

—Supongo. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué armas llevaremos?

—Pistolas solamente, y ropa casual. Circularemos de a dos: tú conmigo y George con Homer. También llevaremos las radios tácticas, pero nada más.

—Sí, señor. Me parece bien. ¿Qué tal el malestar del vuelo?

—¿Y el tuyo, Mike?

—Como si me hubieran metido en una bolsa y apaleado con un bate de béisbol —se quejó Price—. Pero mañana estaré mejor. Mierda, no me gustaría pensar que soportar el día de hoy no mejorará mi estado mañana. Eh, a propósito. Mañana por la mañana podríamos entrenarnos un poco con los australianos, correr por la pista olímpica. Suena interesante, ¿no?

—Me gusta la idea.

—Sí, será bueno cruzarse con esos nenitos atletas y ver si corren tan rápido con armas y chaleco antibalas —En su mejor estado, Pierce podía correr una milla en cuatro minutos treinta segundos... pero jamás había bajado de los cuatro minutos, ni siquiera en short y zapatillas. Louis Loiselle proclamaba haberlo hecho una vez, y Chávez le creía. El diminuto francés tenía el tamaño perfecto para ser corredor de larga distancia. Pierce era demasiado alto y ancho de hombros. Más un gran danés que un lebel.

—Tranquilo, Mike. tenemos que protegerlos de los muchachos malos. En eso somos los mejores —lo animó Chávez.

—Entendido, señor —Price se prometió no olvidarlo.

Popov se despertó de golpe, sin saber por qué.... Pero claro, acababa de aterrizar otro Gulfstream. Supuso que los miembros importantes del proyecto llegaban de esa manera. Los menos jerárquicos, o los que tenían familia, llegaban por tierra o en vuelos comerciales. El Gulfstream abrió sus puertas y bajaron varias personas que inmediatamente subieron a los autos que las trasladarían al edificio del hotel. Popov se preguntó quiénes serían, pero estaba demasiado lejos para reconocer las caras. Probablemente los vería en la cafetería a la mañana siguiente. Se sirvió un vaso de agua en el baño y volvió a la cama. El complejo se estaba llenando rápidamente, y todavía no sabía por qué.

El coronel Wilson Gearing estaba en su cuarto de hotel, unos pisos más arriba que los soldados del Rainbow. Había guardado sus valijas en el ropero y colgado su ropa. Las mucamas y el personal de servicio no habían tocado nada. Se habían limitado a revisar el ropero, hacer las camas y limpiar el cuarto de baño. No habían revisado las valijas

(Gearing tenía un sistema personal para comprobarlo). Dentro de una de ellas había un recipiente plástico cuya etiqueta decía “Cloro”. Exteriormente era idéntico al que estaba en el sistema de niebla refrigerante del estadio olímpico. De hecho, había sido comprado a la misma compañía que había instalado el sistema y posteriormente limpiado y vuelto a llenar con las invisibles y livianas nanocápsulas. También tenía las herramientas necesarias para hacer el cambio, acto que había ensayado en Kansas con una instalación idéntica. Podía hacerlo con los ojos cerrados, una y otra vez, reduciendo el tiempo al mínimo para no afectar el sistema. Pensó en el contenido del recipiente. Era la primera vez que un recipiente tan pequeño contenía tanta muerte en potencia. Mucho más que un elemento de orden nuclear, porque a diferencia de estos, el peligro que contenían las nanocápsulas podía reproducirse muchas veces en lugar de detonar una única vez. Debido al funcionamiento mismo del sistema, las nanocápsulas tardarían aproximadamente treinta minutos en ingresar en él. Los modelos de computadora y las pruebas mecánicas habían demostrado que las cápsulas podían atravesar los conductos y salir por los rociadores de niebla sin ser vistas. Todos los que pasaran por los túneles que conducían al estadio y las pistas las respirarían, a un promedio de doscientas nanocápsulas en cuatro minutos de respiración (lo cual superaba ampliamente la dosis letal calculada). Las cápsulas entrarían a través de los pulmones, pasarían a la corriente sanguínea y allí se disolverían, liberando a Shiva. Las cepas del virus (sabiamente manipuladas por la ingeniería genética) viajarían por la corriente sanguínea de espectadores y atletas hasta toparse con el hígado y los riñones (órganos de su absoluta predilección), donde iniciarían un lento proceso de multiplicación. Todo esto había sido establecido en el laboratorio de Binghamton a partir de los sujetos de experimentación “normales”. Por lo tanto, en pocas semanas el Shiva se habría multiplicado en cantidad suficiente para comenzar su trabajo. En el interín, los portadores lo habrían propagado por contacto sexual besos, toses y roces carnales (o no tanto) varios. Esto también había sido demostrado en el laboratorio de Binghamton. Aproximadamente dentro de cuatro semanas la gente empezaría a sentirse ligeramente enferma. Algunos visitarían a sus médicos de cabecera y (tras un inútil y superficial examen que los señalaría como víctimas de una gripe pasajera) comenzarían a tomar aspirinas y beber mucho líquido reposando frente al televisor. Lo harían, y se sentirían mejor (porque la gente solía sentirse mejor luego de ver al médico) durante un par de días. Pero no habrían mejorado. Ni mucho menos. Tarde o temprano padecerían las hemorragias internas (producto final de Shiva) y entonces, aproximadamente cinco semanas después de la liberación de las nanocápsulas, algún médico ordenaría un análisis de anticuerpos y comprobaría azorado que algo parecido a la célebre y temida fiebre de Ébola volvía a asolar a la humanidad. Un buen programa epidemiológico podría identificar a las Olimpiadas de Sydney como foco de propagación de la epidemia. Obviamente, era el lugar perfecto para distribuir el

virus y los miembros jerárquicos del proyecto lo habían decidido años atrás... incluso antes de la plaga lanzada por Irán contra EE.UU. (que probablemente había fracasado porque no habían usado el virus correcto y por el carácter azaroso del método de propagación). No, este plan era la perfección misma. Todas las naciones de la Tierra enviaban atletas y jurados a los Juegos Olímpicos, y todos ellos caminarían bajo la niebla refrescante en ese estadio caluroso. Se amontonarían bajo los rociadores para eliminar el exceso de calor corporal, respirarían hondo e intentarían relajarse. Luego regresarían a sus hogares, desde Estados Unidos a Argentina, desde Rusia a Ruanda, donde propagarían el Shiva y provocarían el pánico inicial.

Luego vendría la Fase Dos. Horizon Corporation fabricaría y distribuiría la vacuna A, que llegaría por vuelos expresos a todos los países del mundo. Una vez allí, los médicos y enfermeras de los hospitales públicos inocularían a todos los ciudadanos que se cruzaran con sus jeringas. La Fase Dos concluiría la tarea iniciada por el pánico global que seguramente produciría la Fase Uno. De cuatro a seis semanas después de haber sido vacunados, los receptores de la A comenzarían a sentirse enfermos. Entonces, pensó Gearing, tres semanas a partir de hoy, más otras seis semanas, más dos semanas, más otras seis, más dos. Punto final. Diecinueve semanas en total, ni siquiera medio año, y más del noventa y nueve por ciento de la población mundial habría muerto. Y el planeta se habría salvado. Ya no habría más masacres de ovejas por libreación de armas químicas. No más extinción de especies por culpa de la crueldad humana. La capa de ozono se recuperaría, pronto. La naturaleza volvería a florecer. Y él estaría allí para verlo, para disfrutarlo y apreciarlo junto con sus amigos y colegas del proyecto. Salvarían el planeta y enseñarían a sus hijos a respetarlo, amarlo y protegerlo. El mundo volvería a ser verde y bello.

No obstante, sus sentimientos no carecían de cierta ambigüedad. Al mirar por la ventana y ver a la gente caminando por las calles de Sydney, su corazón sufría de sólo pensar lo que iba a ocurrirles. Pero había visto demasiado sufrimiento inocente. Las ovejas en Dugway. Los monos, cerdos y otros animales de experimentación en Edgewood Arsenal. Ellos también sufrían. Y mucho. Ellos también tenían derecho a la vida, y el ser humano había despreciado sus padeceres y sus inalienables derechos. La gente que pasaba por la calle no usaba champú que no hubiera sido probado previamente en los ojos de los conejos de laboratorio, amontonados en jaulas cruelmente reducidas donde sufrían sin decir palabra, sin expresión para la mayoría de la gente... que no entendía a los animales y cuyo destino les importaba tan poco como la cocción de las hamburguesas que devoraban en el McDonald's local. Con su indiferencia estaban ayudando a destruir el planeta. Debido a su indiferencia ni siquiera intentaban ver qué era lo importante, y como no apreciaban lo verdaderamente importante... tendrían que morir. Ellos mismos se habían puesto en peligro de extinción como especie y serían atrapados por el remolino de su propia, egoísta ignorancia. No eran como él,

pensó Gearing. Estaban ciegos. Y bajo las crueles pero justas leyes de Charles Darwin, su incapacidad de ver los ponía en desventaja. Y así, tal como un animal reemplazaba a otro, él y los suyos reemplazarían a los ignorantes, los ciegos voluntarios. Después de todo, sólo era un instrumento del proceso de selección natural.

El malestar provocado por el vuelo había desaparecido casi del todo, pensó Chávez. El entrenamiento matutino había sido delicioso, especialmente la carrera por la pista olímpica. Mike Pierce y Chávez habían corrido cuerpo a cuerpo, sin tomar el tiempo pero esforzándose al máximo, y mientras corrían habían contemplado las tribunas vacías e imaginado los aplausos que habrían recibido de haber sido atletas profesionales. Luego se habían duchado y bromeado al respecto. Una vez vestidos con ropa cómoda, colocaron las pistolas entre el cinturón y la camisa, las radios tácticas en los bolsillos y se colgaron del cuello los pases de seguridad.

Más tarde sonaron las trompetas y el equipo de la primera nación del desfile, Grecia, salió del túnel e inició la marcha por el estadio bajo el atronador aplauso de los espectadores. Habían comenzado los Juegos Olímpicos. Chávez se dijo que como oficial de seguridad debía vigilar a la multitud... pero descubrió que no podía hacerlo. Los jóvenes y orgullosos atletas marchaban con gallardía militar, escoltando a sus jurados y sus banderas nacionales por la pista oval. Debían sentirse muy orgullosos de representar a su tierra natal ante todas las naciones del mundo, pensó Ding. Cada uno de ellos se habría entrenado durante meses para obtener ese honor, aceptar los aplausos y creerse digno del momento. Bueno, no era lo mismo que ser agente secreto de la CIA ni comandante del Comando 2 del Rainbow. Esto era deporte puro, pura competencia... y si no se aplicaba al mundo real ¿en qué podía perjudicarlo? Cada evento sería una forma de actividad llevada a su esencia... y la mayoría eran de naturaleza militar. Correr: la capacidad marcial más importante era correr hacia la batalla o huir de ella. La jabalina: una lanza arrojada contra el enemigo. El lanzamiento de disco: un arma misilística. Salto con garrocha: saltar una pared y entrar en territorio enemigo. Salto en largo: superar el pozo que el enemigo cavó en el campo de batalla. Todas estas eran actividades marciales de la antigüedad y, por si fuera poco, los Juegos modernos incluían competencias de tiro con rifle y pistola. El moderno pentatlón se basaba en las cualidades que debía reunir un correo militar a fines del siglo XIX: cabalgar, correr y llegar a destino, decirle a su comandante lo que necesitaba saber para mover sus tropas con eficacia.

Esos hombres y mujeres eran una especie de guerreros, decididos a obtener la gloria para sí mismos y sus banderas, a batir al enemigo sin derramar sangre, a conseguir una victoria pura en el más puro campo de honor. Y eso era, en opinión de Chávez, una meta digna para cualquiera... pero él era demasiado viejo y no estaba en condiciones de

competir. ¿Que no estaba en condiciones? Bueno, dada su edad estaba en mejores condiciones que la mayoría de la gente que atestaba el estadio, pero no lo suficiente para ganar una sola competencia. Sintió su pistola Beretta bajo la camisa. Eso, y su habilidad de usarla, lo hacían perfecto para defender a esos chicos de cualquiera que quisiera hacerles daño. Y eso, decidió, tendría que bastarle.

—Esto es fabuloso, jefe —comentó Price, mirando desfilas a los griegos.

—Sí, Mike. Es fabuloso.

CAPÍTULO 34

LOS JUEGOS CONTINÚAN

Como sucede con todos los aspectos de la vida, las cosas entraron en una rutina propia. Chávez y sus hombres pasaban la mayor parte del tiempo con la gente del coronel Wilkerson, casi siempre sentados en el centro de vigilancia mirando los juegos por televisión, pero también recorriendo las instalaciones (supuestamente para vigilar de cerca, pero en realidad para “ver” de cerca las diversas competencias). Sus pases de seguridad les permitían entrar a todas partes. Ding comprobó que los australianos eran feroces fanáticos del deporte, maravillosamente hospitalarios. En su día franco eligió un pub vecino para pasar el rato. La cerveza era buena y la atmósfera amistosa. Al enterarse de que era estadounidense, sus nuevos “amigos” lo invitaron a beber cerveza y le hicieron toda clase de preguntas mientras miraban los eventos deportivos en los enormes televisores empotrados en las paredes. Lo único que no le gustaba era el humo del cigarrillo (la cultura australiana todavía no había condenado por completo el deplorable vicio), pero bueno... el lugar perfecto no existía.

Todas las mañanas, Ding y sus hombres se entrenaban con el coronel Wilkerson y los suyos, en una suerte de competencia olímpica que no logró establecer diferencias sustanciales entre estadounidenses y australianos. Una mañana fueron al polígono de tiro olímpico, tomaron prestadas las armas olímpicas (automáticas calibre 22 que parecían juguetes comparadas con las .45 que solían portar los muchachos del Rainbow), y comprobaron que los sistemas de blancos y aciertos eran realmente muy difíciles al no estar relacionados con disparos de combate en el mundo real. A pesar de toda su práctica y experiencia, Chávez decidió que (con mucha suerte) podría derrotar al equipo de Mali. Indudablemente no tendría nada que hacer con los estadounidenses o los rusos, tiradores suprahumanos que ostentaban la habilidad de abrir agujeros en los blancos de papel a la velocidad del rayo. Pero esos blancos de papel no devolvían los disparos, pensó el chicano, y eso marcaba una diferencia. Además, el éxito de un disparo equivalía (en su caso) a la muerte de una persona. Eso también marcaba una diferencia, pensaron Ding y Pierce en voz alta, opinión compartida por sus colegas australianos. Lo que ellos hacían jamás podría ser un deporte olímpico, a menos que alguien decidiera revivir a los gladiadores romanos (cosa bastante improbable). Además, lo que hacían para ganarse la vida no

era precisamente un deporte, ¿verdad? Tampoco era una forma de entretenimiento masivo propia del más amable y más gentil mundo moderno. A Chávez le habría gustado ver los juegos en el anfiteatro de los Flavios en la Roma clásica, pero no era algo que se pudiera decir en voz alta (los demás lo habrían considerado un bárbaro salvaje). *¡Ave, César! ¡Los que vamos a morir te saludamos!* No se parecía en nada a la Copa del Mundo, ¿no? Y así, el “mayor” Domingo Chávez, los sargentos Mike Pierce, Homer Johnston y George Tomlinson, y el agente especial Tim Noonan se dedicaron a mirar los juegos sin pagar un centavo, a veces con chaquetas “oficiales” para adquirir cierta pátina de anonimato.

Lo mismo podía decirse de Dimitri Popov, quien, en la otra punta del mundo, miraba las Olimpíadas por televisión. Los juegos lo distraían un poco de las preguntas que atenazaban su cerebro. El equipo ruso (su favorito, naturalmente) estaba andando bien, aunque los australianos se destacaban en su carácter de locales (especialmente en natación, que parecía ser la pasión nacional). El problema eran, como de costumbre, los husos horarios. Ver los eventos en vivo implicaba sentarse frente al televisor a horas estrafalarias... lo cual atentaba en cierto modo contra sus cabalgatas matinales en compañía de Maclean y Killgore (la gran diversión del día en Kansas).

Esa mañana era como las diez anteriores: brisa fresca del oeste y naranjado sol naciente arrojando una luz extraña pero encantadora sobre los ondulantes campos cubiertos de hierba y trigo. Buttermilk ya lo reconocía y recompensaba con evidentes señales de afecto, que él recompensaba a su vez con terrones de azúcar o, como hoy, con una manzana robada en el desayuno que la yegua devoraba alegremente de su mano. Había aprendido a ponerle la montura, cosa que hizo rápidamente. Luego la llevó afuera y se reunió con los demás en el corral.

—Buen día, Dimitri —dijo Maclean.

—Buen día, Kirk —replicó el ruso, complacido. Pocos minutos después cabalgaban hacia el sur, rumbo a uno de los trigales. Trotaban más rápido que la primera vez.

—¿Y? ¿Cómo es ser agente de inteligencia? —preguntó Killgore cuando estaban a media milla de la caballeriza.

—En realidad nos llaman oficiales de inteligencia —dijo Popov, decidido a corregir el primer error conceptual generado por Hollywood—. Sinceramente, es un trabajo muy aburrido. Pasamos la mayor parte del tiempo esperando una reunión, o llenando formularios para enviar a las centrales. Se corre cierto peligro... no de morir, sino de ser arrestado. Se ha transformado en un negocio civilizado. Los oficiales de inteligencia capturados se intercambian, generalmente luego de un breve período de cárcel. Jamás me ocurrió, por supuesto. Estaba bien entrenado —y tuve suerte, omitió agregar.

—Entonces, ¿nada de James Bond? ¿Usted jamás mató a nadie ni nada por el estilo? —preguntó Maclean.

—Santo cielo, no —replicó Popov soltando una carcajada—. De eso se encargan otros si es necesario. Y casi nunca lo es.

—¿Cómo casi nunca?

—¿Hoy en día? Yo diría que nunca. Nuestro trabajo en la KGB era conseguir información y transmitirla a nuestro gobierno... como si fuéramos periodistas, como los de Associated Press. Y gran parte de la información obtenida provenía de fuentes públicas, diarios, revistas, televisión. La CNN es probablemente la mejor fuente de información del mundo, y la más usada.

—¿Pero qué clase de información conseguía?

—Principalmente inteligencia diplomática o política, trataba de discernir intenciones. Otros conseguían inteligencia técnica —a qué velocidad vuela un avión o cuán lejos dispara un cañón— pero esa no era mi especialidad, ya ven. Yo tenía lo que ustedes llaman “don de gentes”. Me reunía con distintas personas y transmitía mensajes y cosas por el estilo. Luego, llevaba las respuestas a mi central.

—¿Qué clase de personas?

Popov titubeó un instante y decidió decir la verdad.

—Terroristas. Así los llaman ustedes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuales?

—Principalmente europeos, pero también algunos de Oriente Medio. Hablo varios idiomas y eso me permite comunicarme fácilmente con gente de distintos países.

—¿Era difícil? —preguntó Killgore.

—No. Teníamos creencias políticas similares y mi país les proporcionaba armas, entrenamiento y acceso a facilidades del bloque socialista. Casi siempre actué como agente de viajes y ocasionalmente sugerí algunos blancos a atacar... en pago a la ayuda que les habíamos brindado, ya ve.

—¿Les daban dinero?

—Sí, pero no demasiado. La Unión Soviética tenía reservas monetarias limitadas y jamás les pagamos mucho a nuestros agentes. Por lo menos yo no lo hice —admitió Popov.

—Entonces, ¿usted mandaba a los terroristas a matar gente? —preguntó Killgore.

Popov asintió.

—Sí. Solía hacerlo. Y por esa razón —agregó— me contrató el Dr. Brightling.

—¿En serio? —preguntó Maclean.

Dimitri se preguntó hasta dónde llegar en su tarea divulgadora.

—Sí, me pidió que hiciera algo similar para Horizon Corporation.

—¿Usted es el que armó el alboroto en Europa?

—Contacté a varias personas e hice sugerencias que ellos llevaron a cabo, sí. Y por lo tanto, sí, tengo un poco de sangre en las manos, supongo. Pero uno no puede tomarse las cosas demasiado en serio, ¿no les parece? Negocios son negocios.

—Bueno, lo felicito, Dimitri. Por eso está aquí —dijo Maclean—.

John es muy leal a su gente. Usted debe haberlo hecho muy bien.

Popov se encogió de hombros.

—Tal vez. Nunca me dijo por qué quería que lo hiciera, pero supongo que fue para ayudar a su amigo Henriksen a conseguir el contrato de seguridad para las Olimpiadas de Sydney que estoy viendo por televisión.

—Así es —confirmó Killgore—. Eso era muy importante para nosotros —*Míralas bien, pensó, porque serán las últimas.*

—¿Pero por qué?

Vacilaron ante la pregunta directa. Intercambiaron una mirada rápida. Killgore respondió.

—¿Qué piensa del medio ambiente, Dimitri?

—¿A qué se refiere? ¿A lo de afuera? Es bello. Estas cabalgatas matinales me han enseñado mucho, amigos míos —replicó el ruso eligiendo cuidadosamente las palabras—. El cielo y el aire, y los hermosos campos cubiertos de pasto y trigales. Nunca había apreciado la belleza del mundo. Supongo que se debe a que me crié en Moscú —que había sido una ciudad espantosamente sucia, pero ellos no lo sabían.

—Sí, bueno. Pero no todo el mundo es así.

—Ya lo sé, John. En Rusia... bueno, el Estado no se preocupa tanto como ustedes en Estados Unidos. Mataron casi todo lo que vivía en el mar Caspio —de allí viene el caviar— por envenenamiento químico. Y hay un lugar al este de los Urales donde nuestras investigaciones atómicas dejaron la tierra yerma. No lo he visto, pero escuché hablar de él. Los carteles de la autopista indican pasar a alta velocidad para salir lo más pronto posible de la zona de radiación.

—Sí, bueno, si no tenemos cuidado acabaremos con el planeta —observó Maclean.

—Eso sería un crimen, como el de los hitlerianos —acotó Popov—. Nosotros lo llamamos *nekulturny*, obra de bárbaros no civilizados. Los videos y revistas que tengo en mi cuarto son muy explícitos al respecto.

—¿Qué opina de matar gente, Dimitri? —preguntó Killgore.

—Depende de a quién se mate. Hay mucha gente que merece morir por una u otra razón. Pero la cultura occidental sostiene la bizarra idea de que matar casi siempre está mal... Ustedes los estadounidenses ni siquiera pueden matar a los criminales, a los asesinos... Eso me resulta muy curioso.

—¿Y los crímenes contra la Naturaleza? —preguntó Killgore, mirando a lo lejos.

—No entiendo.

—Bueno, las cosas que perjudican al planeta, la eliminación de especies completas, la contaminación de la tierra y el mar. ¿Qué opina de eso?

—Eso también es un acto bárbaro, Kirk, y debería ser castigado severamente. ¿Pero cómo se hace para identificar a los criminales? ¿La culpa es del industrial que da la orden y saca provecho? ¿O es del obrero que cobra un sueldo para hacer lo que le ordenan?

—¿Qué dijeron en Nuremberg al respecto? —preguntó Killgore.

—¿En el juicio a los criminales de guerra? Se decidió que obedecer órdenes no exime de culpa —No era precisamente un concepto que hubiera aprendido en la Academia de la KGB, donde le habían enseñado que el Estado Siempre Tiene Razón.

—Correcto —dijo el epidemiólogo—. Pero, como bien sabe, nadie persiguió a Harry Truman por haber bombardeado Hiroshima.

Porque ganó, idiota, omitió responder Popov.

—¿Me está preguntando si eso fue un crimen? —prosiguió Popov—. No, creo que no, porque puso fin a un mal mayor y el sacrificio de esa gente fue necesario para restaurar la paz.

—¿Y la salvación del planeta?

—No comprendo.

—Si el planeta estuviera muriendo, ¿qué tendríamos que hacer para... qué sería *correcto* hacer para salvarlo?

La discusión tenía la pureza ideológica y filosófica de un debate sobre dialéctica marxista en la Universidad Estatal de Moscú... y aproximadamente la misma relevancia en el mundo real. ¿Matar al planeta? Imposible. Sí, probablemente una explosión nuclear total tendría ese efecto, pero ya no era posible. El mundo había cambiado, y Estados Unidos había provocado el cambio. ¿Acaso esos dos druidas no veían lo maravilloso del cambio? Más de una vez el mundo había estado *a punto* de liberar sus mortíferas armas nucleares, pero eso estaba enterrado en el salvaje pasado.

—Jamás me hice esa pregunta, amigos míos.

—Nosotros sí —respondió Maclean—. Dimitri, actualmente hay fuerzas y personas que podrían matar todo lo que existe. Alguien tiene que impedirselos, ¿pero cómo?

—No se refiere a una simple acción política, ¿verdad? —observó el ruso.

—No, es demasiado tarde para eso... y de todos modos, muy poca gente escucharía —Killgore dobló hacia la izquierda, seguido por los otros dos—. Lamentablemente habrá que tomar medidas drásticas.

—¿Cuáles? ¿Matar a toda la población mundial? —bromeó Popov. Pero la respuesta a su pregunta retórica fue una mirada idéntica en dos pares de ojos. La mirada no le heló la sangre, pero hizo que su cerebro se moviera en una dirección nueva e inesperada. Eran *fascisti*. Peor aún, *fascisti* que creían en un ethos. ¿Pero estaban dispuestos a actuar de acuerdo con sus creencias? ¿Existía alguien capaz de hacer algo semejante? Ni siquiera el peor de los stalinistas... no, los stalinistas no eran locos sino románticos políticos.

El ruido de un avión perturbó el silencio de la mañana. Era uno de los Gulfstream de Horizon. Despegó del complejo, ascendió y giró a la derecha, rumbo al este... hacia Nueva York, probablemente. ¿Iría a buscar más gente del "proyecto"? Probablemente. El complejo estaba un 80 por ciento lleno, reflexionó Popov. El promedio de llegadas había dismi-

nuido, pero seguía arribando gente (casi siempre por tierra). La cafetería casi siempre estaba colmada a la hora del almuerzo o la cena, y las luces seguían encendidas hasta tarde en los laboratorios. ¿Pero qué estaban haciendo?

Horizon Corporation, recordó Popov, era una compañía de tecnología biológica especializada en medicamentos y tratamientos médicos. Killgore era médico y Maclean ingeniero especialista en cuestiones de medio ambiente. Ambos eran druidas, adoradores de la naturaleza, la nueva clase de paganismo que florecía en Occidente. John Brightling también lo era, a juzgar por la conversación que habían mantenido en Nueva York. Entonces, ése era el ethos de esos hombres y de la empresa. Dimitri recordó las revistas que tenía en el cuarto. Los humanos eran una especie *parásita* que hacía más mal que bien en la Tierra. Y esos dos acababan de decir que convenía sentenciar a muerte a la perjudicial raza humana.... Estaba claro que para ellos *todo el mundo* era dañino. ¿Qué se proponían hacer, matar a todos los hombres? Qué basura. La puerta que llevaba a la respuesta definitiva se había entreabierto. Su cerebro corría más rápido que Buttermilk... pero no lo suficiente.

Cabalaron en silencio unos minutos. Luego, una sombra cruzó el suelo y Popov levantó la vista.

—¿Qué es eso?

—Un halcón de cola roja —respondió Maclean—. Está buscando algo para desayunar.

Mientras lo observaban, el predador subió a quinientos pies de altura y desplegó las alas para dejarse llevar por el viento. Bajó la cabeza y escrutó la superficie terrestre en busca de un roedor desprevenido. Los tres hombres detuvieron la marcha para mirarlo. Tardó varios minutos, y fue algo a la vez bello y horrible de contemplar. El halcón plegó las alas y descendió a pico, velozmente, luego se detuvo, aceleró como una bala emplumada, volvió a desplegar las alas, levantó la cabeza y abrió sus garras amarillas...

—¡Sí! —festejó Maclean.

Como el niño que aplasta un hormiguero, el halcón usó sus talones para matar a su presa, retorciéndola y desgarrándola. Luego, aferrando el cadáver tubular con sus poderosas garras, levantó vuelo y se perdió en el horizonte. El perro de la pradera que había matado no tuvo opción de escapar, pensó Popov, pero así era la naturaleza. Igual que la gente. Ningún soldado le daba ocasión de escapar al enemigo. No era seguro ni inteligente hacerlo. Uno golpeaba con furia absoluta y sin advertencia. Ésa era la mejor manera de matar rápido y fácil —y sin correr peligro—, y si el enemigo no había tenido la astucia de protegerse, bueno, eso era problema suyo. En cuanto al halcón, había evitado que el sol proyectara su sombra, de modo tal que el perro de la pradera asomado al agujero que era su hogar no pudiera verlo. Y luego lo había matado sin piedad. El halcón tenía que comer, claro. Tal vez tenía hijos que alimentar, o tal vez cazaba sólo para sí mismo. Como fuera, el perro

de la pradera colgaba muerto de sus garras, como un calcetín marrón vacío, y pronto sería devorado por su matador.

—Maldición, me encanta ver estas cosas —dijo Maclean.

—Es cruel, pero bello —acotó Popov.

—Así es la Madre Naturaleza, compañero. Cruel pero bella

—Killgore observó al halcón perderse en la distancia—. Digno de verse.

—Tengo que capturar uno y entrenarlo —anunció Maclean—. Quiero entrenarlo para que me traiga la presa muerta al puño.

—¿Los perros de la pradera corren peligro de extinción?

—No, para nada —respondió Killgore—. Los predadores controlan la cantidad de presas, pero jamás las exterminan. La naturaleza mantiene su equilibrio.

—¿Y qué lugar ocupa el hombre dentro de ese equilibrio? —preguntó Popov.

—Ninguno —replicó Maclean—. El hombre destruyó todo lo que pudo porque es demasiado torpe para distinguir entre el bien y el mal. Y es indiferente al daño que causa. Ése es el problema.

—¿Y cuál es la solución? —preguntó el ruso. Killgore se dio vuelta y lo miró directo a los ojos.

—Nosotros.

—Ed, debe haber usado el mismo nombre secreto durante muchos años —insistió Clark—. Los tipos del IRA no lo veían desde hacía tiempo, pero lo conocían por ese nombre.

—Tiene lógica —tuvo que admitir Ed Foley por teléfono—. Entonces, ¿realmente quieres hablar con él, eh?

—Bueno, en realidad no es para tanto, Ed. Simplemente ordenó matar a mi esposa, mi hija y mi nieto, ¿sabes? Y sus esbirros mataron a *dos* de *mis* hombres. Ahora bien, ¿tengo permiso para contactarme con él o no? —exigió Rainbow Six desde su escritorio.

En su oficina del séptimo piso en la central de la CIA, el director Ed Foley vaciló desusadamente. Si le permitía hacerlo (y si Clark obtenía lo que deseaba) funcionarían las reglas de reciprocidad. Sergey Nikolayevich llamaría algún día a la CIA y pediría información delicada, y él, Ed Foley, tendría que brindársela. De lo contrario, el débil lazo de amistad entre las agencias de inteligencia internacional se cortarían definitivamente. Pero Foley no podía predecir lo que le pediría el ruso, y ambos bandos se seguían espionando, de modo tal que las reglas amistosas de la vida moderna se aplicaban y no se aplicaban al mundillo de los agentes secretos. Uno fingía que sí, pero actuaba como si no. Mantener contacto con el ex enemigo era excepcional, y Golovko los había ayudado dos veces en operaciones importantes. Y jamás había pedido nada a cambio, tal vez porque las operaciones habían beneficiado directa o indirectamente a su país. Pero Sergey no era de los que olvidan deudas o favores otorgados y...

—Sé lo que estás pensando, Ed, pero he perdido dos hombres por

culpa de este tipo y quiero saber quién carajo es... y Sergey puede ayudarnos a identificarlo.

—¿Y si todavía está adentro? —tentó Foley.

—¿De verdad lo crees posible? —se burló Clark.

—Bueno, no.

—Yo tampoco, Ed. Entonces, si es un amigo, hagámosle una pregunta de amigos. Tal vez obtengamos una respuesta de amigo. El *quid pro quo* podría ser que los rusos de operaciones especiales se entrenaran unas semanas con nosotros. Es el precio que estoy dispuesto a pagar.

Era inútil discutir con John, ex entrenador de Foley y su esposa Mary Pat (actualmente subdirectora de Operaciones).

—OK, John, aprobado. ¿Quién hará el contacto?

—Tengo su número —dijo Clark.

—Entonces llámalo, John. Aprobado —concluyó el DCI, bastante molesto—. ¿Algo más?

—No, señor, y gracias. ¿Cómo están Mary Pat y los niños?

—Bien. ¿Y tu nieto?

—Muy bien. Patsy se está recuperando y Sandy se ha hecho cargo de JC.

—¿JC?

—John Conor Chávez —aclaró Clark.

Nombre difícil de llevar, pensó Foley. Pero no lo dijo.

—Bueno, OK. Adelante, John. Nos vemos.

—Gracias, Ed. Hasta pronto —Clark apretó otra tecla—. Bill, nos aprobaron.

—Excelente —replicó Tawney—. ¿Cuándo llamarás?

—¿Qué te parece mañana?

—Paso a paso, Clark —aconsejó Tawney.

—No te preocupes —mató esa línea y apretó otra tecla para activar un grabador a casete. Luego apretó otra y llamó a Moscú.

—Seis-Seis-Cero —respondió una voz femenina en ruso.

—Necesito hablar personalmente con Sergey Nikolayevich. Dígame que lo llama Ivan Timofeyevich, por favor —dijo Clark en su ruso más erudito.

—*Da* —replicó la secretaria, preguntándose cómo habría conseguido esa persona el teléfono directo del Director.

—¡Clark! —tronó una voz masculina—. ¿Se encuentra bien en Inglaterra? —Y otra vez, la cosa había empezado. El director del reconfigurado servicio de inteligencia exterior ruso quería hacerle saber que sabía dónde estaba y lo que estaba haciendo. No tenía sentido preguntarle cómo lo había averiguado.

—El clima me resulta agradable, director Golovko.

—Esa nueva unidad que dirige estuvo muy atareada últimamente. Ese atentado contra su esposa y su hija... ¿están bien ahora?

—Fue muy desagradable, pero sí, gracias, están muy bien —Hablaban en ruso, idioma que Clark dominaba como un nativo de

Leningrado... perdón, San Petersburgo, se autocorrigió mentalmente. Ciertos viejos hábitos no se borraban fácilmente—. Y ya soy abuelo.

—¿En serio, Vanya? ¡Felicitaciones! Es una noticia fabulosa. No me gustó enterarme de ese atentado contra ustedes —comentó Golovko con sinceridad. Los rusos eran un pueblo muy sentimental, especialmente en lo que concernía a los niños.

—A mí tampoco —retrucó Clark—. Pero dio sus frutos, como decimos por aquí. Yo mismo capturé a uno de esos miserables.

—No lo sabía, Vanya —prosiguió el ruso. Clark no sabía si creerle o no—. Y bien, ¿a qué debo el honor de su llamada?

—Necesito que me ayude con un nombre.

—¿Y qué nombre es ése?

—Una identidad encubierta: Serov, Iosef Andréyevich. El oficial en cuestión —ex oficial, creo— trabaja con elementos progresistas en Occidente. Tenemos razones para creer que instigó operaciones en las que murió mucha gente, incluyendo el atentado de Hereford.

—Nosotros no tuvimos nada que ver con eso, Vanya —se apresuró a decir Golovko, repentinamente serio.

—No tengo razones para pensar que estén involucrados, Sergey, pero un hombre llamado Serov, de nacionalidad rusa, entregó dinero y drogas a los terroristas irlandeses. Los irlandeses lo conocían de experiencias anteriores, incluido el valle del Bekaa. Por lo tanto creo que perteneció a la KGB. También tengo su descripción física —acotó, y procedió a dársela.

—Dijo “Serov”. Es un apellido raro porque...

—Sí. Ya lo sé.

—¿Esto es importante para usted?

—Sergey, además de matar a dos de mis hombres, esta operación amenazó directamente a mi esposa, hija y nieto. Sí, amigo mío, es muy importante para mí.

Golovko se quedó pensando. Conocía a Clark, se habían visto hacía dieciocho meses. Oficial de campo de talento inusual y suerte asombrosa, John Clark había sido un enemigo peligroso, la quintaesencia del profesional de inteligencia. Igual que su joven colega, Domingo Estebanovich Chávez, si mal no recordaba. Y Golovko sabía que la hija de Clark estaba casada con ese chico Chávez... de hecho, acababa de enterarse. Alguien se lo había dicho a Kirilenko en Londres, pero no recordaba quién.

Pero si era un ruso (un ex *chekist*, nada menos) el que estaba agitando el avispero terrorista... malas noticias para su país. ¿Acaso debía cooperar? ¿Cuáles eran las ventajas y desventajas de hacerlo? Si aceptaba ahora tendría que llegar hasta el fin. De lo contrario, la CIA y otros servicios occidentales se negarían a cooperar con él. ¿Cooperar estaba en los intereses de su país? ¿En los de su institución?

—Veré qué puedo hacer, Vanya, pero no le prometo nada —fue la concisa respuesta. Bravo, pensó Clark, eso significa que al menos lo pensará.

—Lo consideraría un favor personal, Sergey Nikolayevich.

—Comprendo. Permítame ver qué puedo averiguar.

—Muy bien. Buen día, amigo mío.

—*Dosvidaniya*.

Clark retiró el casete y lo guardó en el cajón de su escritorio.

—OK, compañero. Veamos qué puedes hacer por mí.

El sistema de computadoras del servicio de inteligencia ruso no era tan avanzado como sus equivalentes occidentales, pero las diferencias técnicas eran ampliamente superadas por las deficiencias humanas, ya que los cerebros de los operadores se movían más despacio que la más lenta de las computadoras. Golovko había aprendido a manejarlo porque no siempre le agradaba que otros hicieran las cosas por él. Un minuto después tenía una pantalla llena de datos obtenidos a partir del apellido encubierto.

POPOV, DIMITRI ARKADEYEVICH, decía la pantalla. Y adjuntaba número de servicio, fecha de nacimiento y tiempo de empleo. Se había retirado como coronel hacia el final del primer gran RIF que había reducido a la ex KGB en casi un tercio. Buen concepto de sus superiores, observó Golovko, pero se había especializado en un campo que ya no le interesaba a la agencia. Casi todos los miembros de ese subdepartamento habían sido despedidos y recibían una pensión miserable, inexistente. Bueno, no podía hacer nada al respecto. Ya era bastante difícil que la Duma destinara fondos a su reducida agencia, a pesar de que su menguada nación necesitaba más que nunca sus servicios.... Y ese Clark había llevado a cabo dos misiones que habían beneficiado a su nación, recordó Golovko.... además, por supuesto, de acciones previas que habían perjudicado considerablemente a la Unión Soviética. Pero bueno, precisamente esas acciones lo habían ayudado a alcanzar la dirección de su agencia.

Sí, tenía que ayudarlo. Haría un buen negocio con los estadounidenses. Además, Clark había tratado honorablemente con él y en cierto modo le molestaba que un ex oficial de la KGB se hubiera metido con su familia: los ataques a no combatientes estaban prohibidos en el negocio de inteligencia. Oh, de vez en cuando habían molestado un poco a la esposa de algún oficial de la CIA en los lejanos días de la Guerra Fría, ¿pero daño verdadero? Jamás. Además de ser *nekulturny* hubiera iniciado una serie de *vendettas* que hubieran interferido con lo que de verdad importaba: conseguir información. Desde la década del '50 en adelante el negocio de inteligencia se había transformado en una actividad civilizada, predecible. La calidad de predecible era lo que siempre habían querido los rusos de Occidente, y viceversa. Clark era predecible.

Una vez tomada su decisión, Golovko imprimió la información que acababa de leer en pantalla.

—¿Y? —le preguntó Clark a Bill Tawney.

—Los suizos fueron un poco lentos. Resulta que el número de cuenta que nos dio Grady era auténtico...

—¿Era? —lo interrumpió John, seguro de poder tolerar otra mala noticia.

—Bueno, la cuenta no está en actividad. La abrieron con un depósito de casi seis millones de dólares, luego retiraron varios miles... y luego, el mismo día del atentado al hospital, retiraron todo el dinero, excepto mil dólares, y lo depositaron en otra cuenta, en otro banco.

—¿Dónde?

—Dicen que no pueden decirnos.

—Ah, bueno, entonces dígale a su jodido ministro de Justicia ¡que la próxima vez que necesite nuestra ayuda dejaremos que los jodidos terroristas hagan mierda a sus prolijos ciudadanos! —bramó Clark.

—Tienen leyes, John —señaló Tawney—. ¿Y si la transferencia la hizo un abogado? En ese caso se aplicarían los privilegios abogado/cliente y ningún país puede traspasar esa barrera. Los suizos tienen leyes que protegen fondos de supuesto origen criminal, pero no tenemos manera de probarlo, ¿no te parece? Supongo que podríamos inventar algo para pasarle por encima a la ley, pero llevará tiempo, viejo.

—Carajo —farfulló Clark. Luego lo pensó un segundo—. ¿El ruso? Tawney asintió sabiamente.

—Sí, tiene lógica, ¿no? Les abrió una cuenta numerada y cuando ustedes los atraparon él seguía teniendo el número.

—Carajo, entonces fue y los esquilmo.

—Completamente —observó Tawney—. Grady dijo seis millones de dólares en el hospital y los suizos confirmaron la cifra. Usó varios miles para comprar los camiones y el resto de los vehículos —tenemos los registros de la investigación policial al respecto— y dejó el resto en la cuenta. Pero el rusito decidió que ya no necesitarían los fondos. Bueno, ¿por qué no? Los rusos son tipos notoriamente codiciosos, ya sabes.

—Rusia lo da, y Rusia lo quita. Él también les dio inteligencia sobre nosotros.

—No me atrevería a contradecirte, John.

—OK, repasemos un poco —propuso John, metiéndose los nervios en el bolsillo—. Aparece el ruso, les da información de inteligencia sobre nosotros y fondos para la operación conseguidos quién sabe dónde. No en Rusia, es obvio. Primero porque no tienen motivos para llevar a cabo semejante operativo y segundo porque no tienen tanto dinero para desperdiciar. Primer pregunta: ¿de dónde salió el dinero...?

—Y la droga, John. No te olvides de la droga.

—OK, y la droga. ¿De dónde carajo salieron?

—Probablemente será fácil rastrear el tema droga. La Garda dice que la cocaína es de uso médico, lo cual significa que proviene de una droguería. Todos los países del mundo controlan la producción de cocaína. Diez libras es mucho, suficiente para llenar una valija grande.... No olvides que la cocaína es tan densa como el tabaco. Por lo tanto, el bulto

equivaldría a diez libras de cigarrillos. Digamos una valija grande. Es una enorme cantidad de droga, John, y habrá dejado un hueco en la droguería.

—¿Estás pensando que vino de Estados Unidos?

—En principio, sí. Las droguerías más grandes del mundo están allí y en Gran Bretaña. Puedo hacer que la policía investigue falta de cocaína en Distillers Limited y las demás empresas. Espero que la DEA estadounidense pueda hacer otro tanto.

—Llamaré al FBI —dijo Clark en el acto—. Entonces, Bill, ¿qué sabemos?

—Supondremos que Grady y O'Neil dijeron la verdad acerca del ruso Serov. Tenemos un ex (presumiblemente) oficial de la KGB que instigó el atentado contra Hereford. A decir verdad los contrató para llevarlo a cabo, como si fueran mercenarios, y les pagó con droga y efectivo. Cuando el atentado fracasó, el ruso confiscó el dinero, supongo que en beneficio propio. Por otra parte, el ruso no podía tener tanto dinero... bueno, tal vez la mafia rusa, los ex KGB que acaban de descubrir la libre empresa... pero no veo por qué habrían de atacarnos. El Rainbow no significa una amenaza para ellos, ¿no te parece?

—No —coincidió Clark.

—Entonces, tenemos una gran cantidad de droga y seis millones de dólares entregados por un ruso. Por el momento supongo que la operación se originó en Estados Unidos, teniendo en cuenta el tema droga y la cantidad de dinero.

—¿Por qué?

—No puedo justificarlo, John. Tal vez sea cuestión de olfato.

—¿Cómo llegó a Irlanda? —preguntó Clark, dispuesto a confiar en el olfato de Tawney.

—No sabemos. Debe haber volado a Dublín... sí, ya sé, no es prudente hacerlo con semejante cantidad de droga encima. Tendremos que consultar a nuestros amigos.

—Díle a la policía que es muy importante. A partir de eso podríamos conseguir el número del vuelo y el punto de origen.

—Absolutamente —Tawney tomó nota.

—¿Qué más nos falta?

—Haré que mis compañeros de "Six" verifiquen los nombres de oficiales de la KGB que hayan trabajado con grupos terroristas. Tenemos una descripción física que puede sernos útil. Relativamente útil, bah. Creo que nuestra mayor esperanza son las diez libras de droga.

Clark asintió.

—OK, llamaré ya mismo al FBI.

—¿Diez libras, dijiste?

—Sí, Dan, y pura. Es un montón de coca, viejo, y tendría que haber un hueco grande en algún depósito.

—Llamaré a la DEA y les pediré que echen un rápido vistazo —prometió el director del FBI—. ¿Alguna otra novedad?

—Estamos pateando el árbol para que largue los frutos, Dan —replicó John—. Por el momento suponemos que la operación se originó en Estados Unidos —procedió a explicarle a Murray los motivos de la suposición.

—Ese ruso, Serov, dijiste que era ex KGB y que tenía vínculo con terroristas. No había tantos de esos y tenemos información sobre su especialidad.

—Bill también les pidió a los “Six” que averiguaran, y yo hablé con Ed Foley. Y también con Sergej Golovko.

—¿Realmente piensas que te ayudará? —preguntó Murray.

—Lo peor que puede decir es no, Dan, y el no es lo único que tenemos por ahora —señaló Rainbow Six.

—Es cierto —admitió Dan—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Si se me ocurre algo te lo haré saber, compañero.

—OK, John. ¿Estuviste viendo las Olimpiadas?

—Sí, de hecho tengo parte de un comando allí.

—¿Cómo?

—Sí, Ding Chávez y algunos hombres. Los australianos nos pidieron que observáramos el operativo de seguridad. Ding dice que son muy buenos.

—Un viaje gratis a las Olimpiadas... suena bastante bien —comentó Murray.

—Supongo que sí, Dan. De todos modos, llámanos en cuanto tengas algo, ¿sí?

—Claro, John. Nos vemos, compañero.

—Sí. Adiós, Dan.

Colgó el teléfono seguro y se respaldó en su silla, preguntándose qué estaría pasando por alto. Estaba verificando todo lo que se le ocurría, todos los cabos sueltos, con la esperanza de que alguien, en algún lugar, se apareciera con factor aparentemente inocente que los llevara a develar el enigma. Nunca había apreciado debidamente lo difícil que era ser policía e investigar un crimen importante. El color del auto de los malos podía ser importante, y uno debía acordarse de preguntarlo. Pero él no estaba entrenado para eso y debía confiar en que los policías hicieran bien su trabajo.

Lo estaban haciendo. En Londres, la policía había trasladado a Timothy O’Neil a la acostumbrada sala de interrogatorios. Le habían ofrecido té, y él había aceptado.

No era fácil para O’Neil. Él no quería decir nada, pero el impacto de la información que le había tirado la policía (y que sólo podía haberles suministrado Grady) había minado su fe y su resolución. A resultas de ello *había dicho un par de cosas...* y una vez que el proceso se iniciaba no había vuelta atrás.

—El ruso, Serov —comenzó el detective inspector—. ¿Voló a Irlanda?

—El charco es muy grande, compañero —se burló O'Neil.

—Sí, y difícil de atravesar a nado —admitió el inspector—. ¿En qué voló?

Silencio por toda respuesta. Desalentador, pero no inesperado.

—Puedo decirte algo que no sabes, Tim —ofreció el inspector para acelerar un poco la cosa.

—¿Y qué podría ser?

—Ese tipo Serov les abrió una cuenta numerada en un banco suizo y depositó el dinero allí. Bueno, los suizos acaban de informarnos que retiró el dinero.

—¿Qué?

—El día del atentado alguien llamó al banco y retiró casi todo el dinero. De modo que tu amigo ruso les dio con una mano y les quitó con la otra. Aquí tienes —el inspector le pasó una hoja de papel—. Ése es el número de cuenta y éste el número de activación de transferencias. Seis millones de dólares, menos lo que gastaron en camiones y demás. Transfirió todo lo que quedaba, me atrevería a sugerir que a su cuenta personal. Se equivocaron de cómplice, Tim.

—¡Ladrón de mierda! —Definitivamente, O'Neil había perdido la calma.

—Sí, Tim. Ya lo sé. Ustedes nunca fueron ladrones. Pero este tipo Serov lo es, y eso es un hecho, muchacho.

O'Neil lanzó una maldición naturalmente contraria a su fe católica. Había reconocido el número de cuenta, sabía que Sean lo había escrito y estaba razonablemente seguro de que el policía no le estaba mintiendo.

—Voló a Shannon en un jet privado. No sé desde dónde.

—¿En serio?

—Probablemente por las drogas que traía. No suelen revisar a los plutócratas, ¿verdad? Actúan como si fueran malditos nobles.

—¿Sabes qué clase de avión?

O'Neil negó con la cabeza.

—Tenía dos motores y la cola en forma de T, pero no, no sé qué avión era.

—¿Y cómo llegó al lugar del encuentro?

—Mandamos un coche a buscarlo.

—¿Quién conducía el coche?

—No le daré nombres. Ya se lo dije.

—Perdóname, Tim, pero debo preguntar. Sabes cómo es esto —se disculpó el policía. Se había esforzado mucho para ganar la confianza del terrorista—. Sean confiaba en este Serov. Evidentemente cometió un error. Los fondos fueron transferidos dos horas después de iniciada la operación. Sospechamos que estaba cerca, observando, y que cuando vio cómo andaban las cosas decidió robarles el dinero. Los rusos son unos bandoleros codiciosos —proclamó el policía. Sus ojos no demostra-

ron el placer que le producía la reciente información. La sala estaba llena de micrófonos, por supuesto, y la policía de la metrópolis ya estaría telefoneando a Irlanda.

La fuerza policial irlandesa, llamada Garda, casi siempre cooperaba con su equivalente británica. Esta vez no fue la excepción. El Garda local de más alto rango se dirigió inmediatamente a Shannon para verificar los registros de vuelos... en lo que a él concernía, lo único que quería saber era cómo habían ingresado a su país diez libras de droga ilegal. El error táctico cometido por el IRA había enfurecido a los policías locales (muchos de ellos tenían una simpatía tribal por el movimiento revolucionario del norte). Pero la simpatía se evaporó rápidamente cuando saltó el tema del tráfico de droga. Los Garda, como la mayoría de los policías del mundo, lo consideraban el más sucio de los crímenes.

La oficina de operaciones de vuelo en Shannon tenía registrados por escrito todos los vuelos que despegaban o aterrizaban en el complejo. Con ayuda de la fecha, el subgerente de operaciones encontró la hoja indicada en menos de tres minutos. Sí, un Gulfstream había llegado a la mañana temprano, recargado combustible y partido poco después. Los documentos indicaban el número de cola y los nombres de los tripulantes. Más puntualmente, mostraban que el avión estaba registrado en una compañía de charters estadounidense. El Garda irlandés se dirigió inmediatamente al control de inmigración y aduana, donde descubrió que un tal Joseph Serov había pasado por la aduana esa misma mañana. Fotocopió todos los documentos importantes y volvió a su estación. Desde allí los envió por fax a la central de la Garda en Dublín, y desde allí a Londres, y desde allí a Washington DC.

—Maldición —farfulló Dan Murray en su escritorio—. *Empezó aquí, efectivamente.*

—Así parece —dijo Chuck Baker, subdirector a cargo de la división criminal.

—Quiero que sigas esta pista, Chuck.

—Ya mismo, Dan. La cosa se está poniendo oscura.

Treinta minutos después, un par de agentes del FBI llegaron a la oficina de la empresa de charters en el aeropuerto de Teterboro, New Jersey. Inmediatamente comprobaron que el avión había sido alquilado por un tal Joseph Serov, que había pagado con un cheque a su nombre perteneciente a una cuenta del Citibank. No, no tenían la foto del cliente. La tripulación del vuelo estaba de viaje en ese momento pero apenas regresara cooperaría con el FBI, desde luego.

Desde allí se dirigieron (con un montón de fotocopias) a la sucur-

sal bancaria donde Serov tenía su cuenta... y se enteraron de que nadie lo había visto jamás. Su dirección era la misma maldita casilla de correo donde había terminado (en punto muerto) la investigación sobre sus tarjetas de crédito.

Llegado ese momento, el FBI tenía una copia de la foto del pasaporte de Serov... pero esa clase de fotos generalmente servían para identificar a las víctimas de accidentes aéreos antes que a personas vivas, en opinión de Dan Murray.

Pero el archivo del caso estaba creciendo, y por primera vez se sentía optimista. Poco a poco iban reuniendo información sobre el sujeto y tarde o temprano sabrían dónde se había metido, porque (profesional de la KGB o no) cuando uno aparecía en el radar colectivo del FBI nueve mil detectives empezaban a buscarlo, y no dejaban de hacerlo hasta recibir nuevas órdenes. Foto, cuenta bancaria, resúmenes de tarjetas de crédito... el próximo paso sería descubrir cómo había llegado el dinero a la cuenta. Necesariamente debía tener un empleador y/o patrocinador, y esa persona o entidad sería interrogada para obtener más información. Sólo era cuestión de tiempo, y Murray creía tener todo el tiempo necesario para hacer salir al topo de su guarida. No solían enfrentarse con agentes secretos profesionales. Eran las presas más elusivas y, por esa misma razón, los del FBI disfrutaban horrores cuando podían colgar sus cabezas sobre la estufa a leña. Terrorismo y narcotráfico. Sería un caso jugosísimo para cualquier procurador de los Estados Unidos.

—Hola —dijo Popov.

—Encantado —replicó el hombre—. Usted no es de aquí.

—Dimitri Popov —dijo el ruso, tendiéndole la mano.

—Foster Hunnicutt —dijo el estadounidense, estrechándola—.

¿Qué está haciendo aquí?

Popov esbozó una débil sonrisa.

—Aquí... absolutamente nada, aunque aprendí a montar a caballo. Trabajo directamente para el Dr. Brightling.

—¿Quién... ah, para el gran jefe del lugar?

—Sí, así es. ¿Y usted?

—Soy cazador y guía —respondió el hombre de Montana.

—Qué bien. ¿Y no es vegetariano?

—No exactamente. Me gusta la carne roja como a cualquier hijo de vecino. Pero prefiero la carne de alce a estos cortes misteriosos —prosiguió, mirando con cierto disgusto lo que tenía en el plato.

—¿Alce?

—El ciervo más grande que verá en toda su vida. Un buen alce produce entre cuatrocientas y quinientas libras de excelente carne. Buena percha, también.

—¿Percha?

—Las astas, los cuernos de la cabeza. También me gusta la carne de oso.

—Supongo que eso les caerá pésimo a muchos de los que están aquí —comentó el Dr. Killgore, devorando un bocado de ensalada.

—Mire, hombre, cazar es la primera forma de conservación. Si alguien no cuidara de los bichos, no habría nada que cazar. Ya sabe, como Teddy Roosevelt y el Parque Nacional Yellowstone. Si uno quiere entender a las presas, hablo de entenderlas *de verdad*, es mejor que se haga cazador.

—No tengo nada que objetar —dijo el epidemiólogo.

—Tal vez yo no sea un “abraza conejitos”. Tal vez mate animales, sí, pero, maldita sea, como lo que cazo. No mato a los bichos sólo para verlos morir... bueno —agregó—, tampoco mato animales en peligro. Pero no me molestaría liquidar a unos cuantos humanos ignorantes.

—Para eso estamos aquí, ¿no? —preguntó Maclean con una sonrisa.

—Claro. Hay demasiada gente en el mundo jodiendo con sus cepillos de dientes eléctricos, sus autos y sus casas más feas que un culo peludo.

—Yo traje a Foster al proyecto —acotó Mark Waterstone. Conocía a Maclean desde hacía años.

—¿Sabe de qué se trata? —preguntó Killgore.

—Sí, señor, y para mí está muy bien. ¿Sabe? Siempre me pregunté cómo sería estar en la piel de Jim Bridger o Jedediah Smith. Tal vez ahora pueda averiguarlo, de aquí a unos años.

—Cinco, aproximadamente —dijo Maclean—. Claro, según las proyecciones de nuestras computadoras.

—¿Bridger? ¿Smith? —preguntó Popov.

—Eran montañeses —explicó Hunnicutt—. Fueron los primeros hombres blancos que vieron el Oeste. Fueron legionarios, exploradores, cazadores, pelearon contra los indios.

—Sí, es una lástima lo que pasó con los indios.

—Tal vez —concedió Hunnicutt.

—¿Cuándo llegaron? —le preguntó Maclean a Waterhouse.

—Hoy, en auto —replicó Mark—. El lugar está casi lleno, ¿no? —no le agradaban las multitudes.

—Así es —confirmó Killgore. A él tampoco le agradaban—. Pero afuera sigue siendo bello. ¿Le gusta montar, señor Hunnicutt?

—¿Cómo cazan los hombres en el Oeste si no es a caballo? No me gusta usar esa mierda de SUV, señor.

—¿Así que es guía y cazador?

—Sí —Hunnicutt asintió complacido—. Fui geólogo en varias empresas petroleras, pero dejé hace tiempo. Me cansé de ayudar a destruir el planeta, ¿sabe?

Otro druida adorador de árboles, pensó Popov. No era particularmente sorprendente, aunque éste parecía excesivamente verborrágico y petardista.

—Pero luego —prosiguió el cazador—, bueno, descubrí lo que era importante —habló unos cuantos (soporíferos) minutos acerca de la Mancha Marrón—. Así que agarré mi dinero y colgué los botines, como dicen los futbolistas. Siempre me gustó cazar, así que me construí una cabaña en las montañas —compré un viejo rancho ganadero— y me dediqué exclusivamente a la caza *full-time*.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo hace? Me refiero a cazar todo el tiempo. Está prohibido ¿no? —preguntó Killgore.

—Depende. A un policía se le ocurrió meterse conmigo y... bueno, finalmente dejó de molestarme.

Popov vio que Waterhouse le guiñaba el ojo a Killgore y supo en el acto que ese primitivo Hunnicutt había matado a un policía y salido indemne. ¿Qué clase de gente reclutaban en ese “proyecto”?

—Como sea, salimos a cabalgar todas las mañanas. ¿Quiere venir con nosotros?

—¡Claro, viejo! Jamás rechazó una invitación a montar.

—Yo he aprendido a disfrutarlo —acotó Popov.

—Usted debe tener sangre cosaca, Dimitri —Killgore lanzó una carcajada—. De todos modos, Foster, baje a desayunar poco antes de las siete y saldremos juntos.

—Trato hecho —confirmó el cazador.

Popov se puso de pie.

—Con su permiso, la competencia ecuestre olímpica empieza dentro de diez minutos.

—Ni sueñe con empezar a saltar vallas, Dimitri. ¡Todavía no es tan bueno! —se burló Maclean.

—Pero puedo mirar a quienes las saltan, ¿no? —replicó el ruso, marchándose.

—¿Qué hace este tipo? —preguntó Hunnicutt apenas Popov se alejó.

—Como bien dijo, nada. Pero colaboró con el éxito del proyecto.

—¿Ah, sí? —preguntó el cazador—. ¿Y cómo?

—¿Recuerda la seguidilla de atentados terroristas en Europa?

—Sí, los grupos antiterroristas les dieron su merecido a esos miserables. Hubo algunos disparos espectaculares, carajo. ¿Dimitri tuvo parte en eso?

—El inició los atentados, todos —dijo Maclean.

—Caramba —observó Waterhouse—. ¿Entonces ayudó a que Bill consiguiera el contrato de las Olimpíadas?

—Sí. Y sin ese contrato, ¿cómo diablos propagaríamos el Shiva?

—Buen tipo —decidió Waterhouse, bebiendo un trago de Chardonnay de California. Extrañaría ese vino cuando se activara el proyecto. Bueno, había cualquier cantidad de bodegas en todo el país. El stock no se agotaría, de eso estaba seguro.

CAPÍTULO 35

MARATÓN

Lo disfrutaba tanto que se levantaba antes del alba... para poder disfrutarlo aún más. Esa mañana, Popov despertó con la primera luz del día y admiró el resplandor naranja rosado sobre el horizonte. El presagio del amanecer, pensó. Jamás había montado a caballo antes de llegar a Kansas, y había descubierto que montar implicaba algo fundamentalmente placentero y viril. Era grandioso tener un animal grande y poderoso entre las piernas y dominarlo con un leve tirón de las riendas de cuero... o incluso chasqueando la lengua. Cabalgar ofrecía una perspectiva mucho mejor que caminar, y le resultaba sumamente... agradable a un nivel sub-intelectual.

Bajó temprano a la cafetería y eligió su desayuno —más una manzana roja fresca para Buttermilk— apenas llegó el personal de cocina. Todo auguraba un día claro y agradable. Los agricultores vecinos seguramente estarían tan contentos con el clima como él. Las cosechas habían recibido agua y sol por partes iguales. Los trigales estadounidenses debían ser los más productivos de todo el mundo, pensó Popov. No era para sorprenderse, ya que contaban con una tierra tan buena y unas maquinarias increíbles. Levantó la bandeja y caminó hasta la mesa de siempre. Estaba por terminar sus huevos revueltos cuando llegaron Killgore y el nuevo, Hunnicutt.

—Buen día, Dimitri —lo saludó el alto cazador.

Popov tragó antes de responder.

—Buen día, Foster.

—¿Qué le pareció la competencia de anoche?

—El inglés que ganó la medalla de oro era maravilloso... pero su caballo era mejor todavía.

—Eligen los mejores —comentó Hunnicutt—. ¿Así que era espía, eh?

—oficial de inteligencia. Sí, ese era mi trabajo en la Unión Soviética.

—Trabajaba con terroristas, según dice John.

—También es cierto. Me asignaban misiones que, por supuesto, debía llevar a cabo.

—Yo no tengo ningún problema con eso, Dimitri. Esos tipos jamás me molestaron... ni a mí ni a ningún conocido mío. Diablos, una vez trabajé en Libia para la Royal Dutch Shell. Les encontré un bonito ya-

cimiento y los libios que trabajaban conmigo eran buena gente —igual que Popov, Hunnicutt había pedido huevos revueltos y tocino. Necesitaba mucha comida para mantener semejante complexión, pensó Dimitri—. Y bien, ¿qué le parece Kansas?

—Me recuerda a Rusia. Los horizontes anchos, las granjas enormes... aunque los agricultores estadounidenses son mucho más eficientes. Muy poca gente para cultivar tanto cereal.

—Sí, contamos con eso para tener pan —admitió Hunnicutt resregándose la cara—. Tenemos suficiente tierra aquí para cultivar lo que se nos antoje, y también las maquinarias necesarias. Tal vez me haga granjero.

—¿En serio?

—Sí, bueno, todo el mundo tendrá que trabajar para el proyecto. Tiene lógica, cada uno deberá aportar su granito de arena al principio. Pero en realidad tengo ganas de conseguirme unos búfalos. Incluso me compré un rifle especial para cazarlos.

—¿De qué habla?

—Hay una compañía en Montana, Shiloh Arms, que fabrica réplicas de los auténticos rifles para cazar búfalos. Me compré uno hace un mes —Sharps .40-90— y dispara como un hijo de puta —concluyó el cazador.

—Muchos no lo aprobarán —dijo Popov. Pensaba en los vegetarianos, evidentemente los elementos druidas más extremos.

—Sí, bueno, esa gente... si creen poder vivir en armonía con la naturaleza y sin armas, les convendría leer a Lewis y Clark. El oso gris no entiende nada de esa fraternidad entre las especies. Sólo sabe qué es lo que puede matar para comer, y qué es lo que no puede. A veces hay que recordarle lo que no puede hacer. Lo mismo pasa con los lobos.

—Oh, vamos, Foster —dijo Killgore, uniéndose a sus amigos en la mesa—. *Jamás* se confirmó un solo caso de un lobo asesino de personas en Estados Unidos.

Hunnicutt pensó que decía pavadas.

—¿Ah, no? Bueno, es bastante difícil contar algo si un lobo se lo come a uno. Los muertos no cuentan cuentos, doc. ¿Y en Rusia, Dimitri? ¿Qué hacen los lobos rusos?

—Los agricultores los odian, siempre los odiaron, pero los cazadores estatales los persiguen con helicópteros y ametralladoras. No es precisamente deportivo, como dicen ustedes, ¿no les parece?

—Para nada —coincidió Hunnicutt—. Hay que tratar a la presa con sumo respeto. El territorio es de ellos, no nuestro, y hay que moverse de acuerdo con las reglas imperantes. Así se aprende de los animales, cómo viven, cómo piensan. Para eso tenemos los reglamentos de caza mayor de Boone y Crockett. Por eso voy a cazar montado a caballo y cargo las presas sobre la grupa de mi montura. Hay que jugar limpio con las bestias. Pero no así con la gente, por supuesto —agregó con un guiño cómplice.

—Nuestros amigos vegetarianos no entienden nada de caza —dijo

Killgore con tristeza—. Supongo que creen que podrán alimentarse a base de pasto y dedicarse a sacar fotos de las formas vitales.

—Eso es una pelotudez —pregonó Hunnicutt—. La muerte es parte del proceso de la vida, y nosotros somos los principales predadores y los animales lo saben. Además, no hay nada más sabroso que el alce cocinado a cielo abierto, muchachos. No estoy dispuesto a perderme ese sabor y maldita sea mi suerte si alguna vez lo pierdo. Si esos extremistas quieren comer alimento para conejos, bueno, que lo hagan... Pero si alguno se atreve a decirme que no puedo comer carne, bueno, supe conocer a un policía ecologista que intentó decirme cuándo podía cazar y cuándo no —Sonrió cruelmente—. Bueno, ya no molestará a nadie más. Maldita sea, yo sé cómo funciona el mundo.

¿*Mataste a un policía por esa estupidez?* no pudo preguntar Popov. *Nekulturny bárbaro*. Podría haber comprado la carne en el supermercado. Un druida con revólver, ésa sí que era una especie peligrosa. Terminó su desayuno y salió. Pronto se le unieron los demás. Hunnicutt sacó un cigarro de la alforja que cargaba sobre el hombro y lo encendió mientras caminaban hacia el Hummer de Killgore.

—¿Tienes necesidad de fumar dentro del auto? —se quejó el médico apenas olió el humo.

—Lo sacaré por la maldita ventanilla, John. Dios santo, ¿también eres un nazi antitabaquismo de segunda? —preguntó el cazador. Luego se adaptó a la lógica del momento y bajó la ventanilla para sacar el cigarro durante todo el viaje a la caballeriza. No fue largo. Popov le puso la montura a la afable Buttermilk, le dio la manzana robada en la cafetería y la llevó afuera. Montado en la yegua observó el mar verde ámbar que rodeaba el complejo. Hunnicutt salió montando un caballo que Dimitri jamás había visto, un padrillo Appaloosa que, supuso, pertenecería al cazador. Miró mejor y...

—¿Lleva pistola? —preguntó azorado.

—Es un Colt M-1873 del ejército —replicó Foster, sacándolo de la cartuchera Threepersons (igualmente auténtica)—. El revólver que conquistó el Lejano Oeste. Jamás salgo a cabalgar sin mi viejo amigo, Dimitri —dijo con una sonrisa autosatisfecha.

—¿Cuarenta y cinco? —preguntó el ruso. Las había visto en el cine, pero nunca en la vida real.

—No, es un .44-40. Calibre cuarenta y cuatro, con cuarenta granos de pólvora negra. Cien años atrás usaban el mismo cargador para los revólveres y los rifles. Era más barato —explicó—. Y las balas mataban cualquier cosa que uno quisiera matar. Tal vez no pudieran matar un búfalo —concedió—, pero sí un ciervo...

—¿O un hombre?

—Claro. Éstas son las balas más mortíferas que se han fabricado, Dimitri —Hunnicutt guardó el revólver en la cartuchera de cuero—. Bueno, esta cartuchera no es auténtica en realidad. La llaman Threepersons... en homenaje a Billy Threepersons, supongo. Fue un marshal estadounidense de aquellos tiempos... era un nativo estado-

unidense, un tipo de ley, al menos eso dice la historia. Como sea, inventó la cartuchera o pistolera a fines del siglo XIX. Es más fácil desenfundar así, ¿ve? —hizo la pertinente demostración. A Popov le impresionó ver en la vida real lo que tantas veces había admirado en el cine. El cazador estadounidense incluso llevaba puesto un sombrero de vaquero de ala ancha. Ese hombre le simpatizaba... a pesar de sus alardes y su primitivismo.

—Arre, Jeremiah —dijo Hunnicutt, abriendo la marcha hacia el horizonte.

—¿Es suyo el caballo? —preguntó Popov.

—Ah, sí, se lo compré a un amigo indio. Tiene ocho años, la edad perfecta para mí —Foster sonrió cuando traspasaron la tranquera seguidos por los otros dos. El hombre estaba feliz en su elemento, pensó Popov.

Las cabalgatas se habían puesto un tanto repetitivas. Por todas partes había un vasto territorio que recorrer y examinar, pero el placer de hacerlo no había cambiado en lo más mínimo. Esa mañana se dirigieron al norte. Cruzaron lentamente la ciudad de los perros de la pradera y se acercaron a la interestatal atestada de vehículos.

—¿Dónde está el pueblo más cercano? —preguntó Popov.

—Por allí —señaló Killgore—, a unas cinco millas. No es gran cosa.

—¿Tiene aeropuerto?

—Uno pequeño, sólo para aviones particulares —replicó el médico—. Veinte millas más al este hay otro pueblo con aeropuerto regional. Desde allí se puede volar a Kansas City, y desde allí a cualquier parte.

—Pero nosotros seguiremos nuestra propia pista para los Gulfstream, ¿verdad?

—Sí —confirmó Killgore—. Los nuevos podrán ir directo a Johannesburgo desde aquí.

—¿No estás bromeando? —preguntó Hunnicutt—. ¿Quiere decir que podremos ir a cazar a África si se nos antoja?

—Sí, Foster, pero trasladar al elefante a lomo de mula será un poco engorroso, creo yo —se burló el epidemiólogo.

—Bueno, tal vez me quede con el marfil —replicó el cazador, soltando una carcajada—. Estaba pensando en leopardos y leones, John.

—A los africanos les gusta comer testículos de león. Ya ves, el león es el más viril de todos los animales —dijo Killgore.

—¿Cómo es eso?

—En cierta ocasión, unos tipos que filmaban videos sobre la naturaleza observaron a una hembra en celo servida por dos machos. Se la estuvieron montando una vez cada diez minutos durante un día y medio. Entre los dos, por supuesto. Por lo tanto, cada macho sirve a la hembra tres veces por hora, durante treinta y seis horas seguidas. Son mucho más viriles que yo —otra risotada, en este caso compartida por todos—. Como sea, algunas tribus africanas siguen creyendo que si uno come cierta parte del cuerpo del animal que mató, hereda automática-

mente los atributos de esa parte. Por eso les gusta comer las bolas del león.

—¿Sirve para algo? —preguntó Maclean.

A Killgore le gustó la pregunta.

—Si sirviera, ya no habría leones en el mundo, Kirk.

—¡Tienes razón John! —risotada general y prolongada.

El intercambio de opiniones no divertía a Popov tanto como a sus compañeros. Miró la autopista y vio pasar un Greyhound a setenta millas por hora aproximadamente... pero luego disminuyó la velocidad y se detuvo frente a una extraña construcción cuadrada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una parada de ómnibus interurbanos —replicó Mark Waterhouse—. Hay muchas por estos lados. Uno se sienta a esperar y luego le hace señas al ómnibus para que frene, como se hacía antes con los trenes.

—Ah —musitó Dimitri, enfilando hacia el este. El halcón que vivía en los alrededores había vuelto a salir de caza, en busca de un sabroso roedor tubular para el desayuno. Observó atentamente, pero el halcón no encontró nada. Cabalgaron una hora más y emprendieron el regreso. Popov terminó cerca de Hunnicutt.

—¿Hace cuánto que cabalga?

—Poco más de una semana —respondió Dimitri.

—Lo hace muy bien por ser novato —lo animó Foster.

—Me gustaría hacerlo más seguido, aprender a andar más rápido.

—Bueno, ¿qué le parece esta tardecita, antes de que caiga el sol?

—Gracias, Foster. Sí, me gustaría. ¿Digamos después de cenar?

—Seguro. Nos encontraremos a las seis treinta en el corral.

—Gracias. Nos vemos —prometió Popov. Una cabalgata nocturna bajo las estrellas... eso sí que sería agradable.

—Tengo una idea —dijo Chatham apenas llegó al Javits Building.

—¿Cuál?

—Ese ruso, Serov. Tenemos la foto del pasaporte, ¿no?

—Sí —dijo Sullivan.

—Probemos otra vez con los volantes. Probablemente su banco estará muy cerca de su departamento, ¿no crees?

—Sí. Me gusta la idea —dijo el agente especial Tom Sullivan de notando cierto entusiasmo—. Veamos si podemos hacerlo rápido.

—Hola, Chuck —dijo una voz por teléfono.

—Buen día... buenas tardes para usted, supongo.

—Sí, recién terminé de almorzar —dijo Clark—. ¿Tuvimos suerte con la investigación sobre Serov?

—Todavía nada —respondió Baker—. Estas cosas no aparecen de

la noche a la mañana, pero aparecen. Toda la división de campo de Nueva York está buscando a ese tipo. Si está aquí, lo encontraremos —prometió el subdirector de la división criminal—. Nos llevará un tiempo, pero lo haremos.

—Temprano es mejor que tarde —señaló Rainbow Six.

—Lo sé. Siempre es así, pero estas cosas no se solucionan por arte de magia —Baker sabía que lo estaban presionando para que priorizara esa investigación. Tenían miedo de que la dejaran de lado. Eso jamás sucedería, pero ese tipo Clark era de la CIA y no tenía la menor idea de lo que era ser policía—. Encontraremos a ese rufián, John. Es decir, si está aquí. ¿La policía británica también lo está buscando?

—Oh, sí. Lo cierto es que no sabemos cuántas identidades puede tener.

—¿Cuántas tendría usted en su lugar?

—Tres o cuatro probablemente, y similares, para poder recordarlas sin dificultad. El tipo es un agente secreto profesional. Probablemente tendrá una buena cantidad de “leyendas” que podrá cambiar con la misma celeridad con que se cambia la camisa.

—Lo sé, John. Ya trabajé en Contrainteligencia Exterior. Son presas elusivas, pero sabemos cómo cazarlas. ¿Les sacó más información a los terroristas?

—No hablan demasiado —replicó Clark—. Los policías británicos no pueden hacer interrogatorios eficaces.

¿Qué? ¿Se supone que deberíamos asarlos a fuego lento? omitió preguntar Baker. El FBI operaba de acuerdo con reglas establecidas por la constitución de Estados Unidos. Supuso que la CIA no respetaba esas reglas y, como a la mayoría de los funcionarios del FBI, esa diferencia de actitud no le agradó. Jamás había visto a Clark, sólo lo conocía por reputación. El director Murray lo respetaba pero tenía sus reservas. Según él, Clark había torturado a varios sujetos... y eso era inadmisibles para la gente del FBI (por muy eficaz que fuera como medida). La constitución pronunciaba un “no” rotundo al respecto, y por lo tanto no se podía torturar a nadie... ni siquiera a los que raptaban niños (criminales que, a ojos de todos los agentes del FBI, merecían el peor de los castigos).

—Confíe en los policías británicos. Son excelentes, John, y tienen muchísima experiencia con la gente del IRA. Saben cómo hablarles.

—Si usted lo dice, Chuck —respondió la voz dubitativamente—. OK, en cuanto sepamos algo me comunicaré con usted.

—Bueno. Lo mismo digo, John.

—Perfecto, hasta luego.

Baker se preguntó si no debería ir a lavarse las manos al baño luego de esa conversación. Conocía la existencia del comando Rainbow y sus recientes actividades, y aunque admiraba la manera de hacer las cosas de los militares —como la mayoría de los agentes del FBI había sido *marine*, reclutado por la agencia en la base de Quantico—, ésta se diferenciaba en varias áreas importantes de la manera de hacer las

cosas del FBI... Por ejemplo, en no violar la ley. Ese John Clark era un condenado hijo de mil putas, un ex agente de la CIA que había hecho varias cosas raras. Eso le había dicho Dan Murray con una mezcla de admiración y reprobación. Pero qué diablos, estaban del mismo lado... y ese sujeto ruso probablemente había instigado un atentado contra la familia de Clark. Eso le sumaba un elemento personal al caso, elemento que Baker debía respetar.

Chávez volvió a su cuarto después de otro largo día de ver correr y sudar a los atletas. Habían sido dos semanas interesantes, y aunque extrañaba muchísimo a Patsy y JC (a quien apenas había podido ver), no podía negar que se estaba divirtiendo. Pero se terminaría pronto. Los periodistas deportivos estaban haciendo el recuento de medallas (Estados Unidos había estado muy bien y los Australianos habían sido espectaculares, especialmente en las competencias de natación) para anticiparse al anuncio de la nación “ganadora” de los Juegos. Dentro de tres días correrían la maratón (tradicionalmente el último evento olímpico), seguida por las ceremonias de cierre y la extinción de la antorcha. Los corredores ya estaban caminando y/o corriendo por la pista para reconocer las pendientes y las curvas. No querían perderse, aunque sería prácticamente imposible (ya que la ruta estaría atestada de fanáticos aullantes a cada paso). Y ya se estaban entrenando (corrían en el área de práctica de la Villa Olímpica), no tanto como para cansarse, pero sí lo suficiente para mantener el estado de sus músculos y pulmones (que deberían soportar la más agotadora de las carreras pedestres). Chávez se sentía en forma, pero jamás había corrido semejante distancia. Los militares debían saber correr, pero no tan lejos. Además, correr semejante distancia sobre caminos pavimentados sería fatal para los pies y los tobillos (a pesar de las suelas amortiguadas de las zapatillas de última generación). Sí, esos bastardos tenían que estar en forma, pensó Ding acostado muellemente en su cama.

Desde las ceremonias de apertura (cuando habían encendido la antorcha olímpica) hasta ese día los Juegos habían encendido la perfección, como si el alma y la fuerza de Australia se hubieran consagrado a una única tarea (tal como Estados Unidos con el viaje a la Luna). La organización era soberbia... una prueba más de que su presencia allí era una absoluta pérdida de tiempo. No había problemas de seguridad. Los policías Australianos eran amistosos, competentes y numerosos, y el SAS australiano que los respaldaba era casi tan bueno como el Rainbow. Además, contaban con el apoyo y los sabios consejos de la gente de Global Security (que les habían conseguido las mismas radios tácticas que usaba Rainbow). Parecía una empresa seria. Pensó recomendarle a John una consulta con sus directivos. Nunca estaba de más tener una opinión de afuera.

Lo único malo era el tiempo, horriblemente caluroso durante toda la Olimpiada. Debido a eso, los médicos no habían parado de trabajar

un segundo en los puestos de primeros auxilios. Todavía no había muerto nadie, pero habían internado por lo menos a cien personas y los paramédicos del cuartel de bomberos y el ejército australiano habían atendido a otras trescientas mil. Eso sin contar a la gente que se sentaba a refrescarse sin recibir atención médica de ninguna clase. A él no le molestaba tanto el calor —nunca había temido transpirar en forma— pero también se sentía aplacado y, como todos los presentes en el estadio olímpico, agradecía al cielo por el sistema de niebla refrigerante. Incluso habían contado la historia por televisión (buena propaganda para la empresa estadounidense que lo había diseñado e instalado). Estaban hablando de instalar un sistema semejante en los campos de golf de Texas y otros lugares, también extremadamente calurosos. Pasar de los noventa grados Fahrenheit a una sensación térmica de ochenta era verdaderamente agradable, casi como una buena ducha, y los pasillos solían estar colmados de gente que escapaba del sol feroz y cegador.

Su último pensamiento de la noche fue que no le hubiera molestado tener la concesión para la venta de filtros solares. Por todas partes había carteles que prevenían a la gente contra el agujero en la capa de ozono, y Chávez sabía que el melanoma de origen solar no era una forma grata de morir (¿acaso había alguna?). Por lo tanto, Chávez y sus hombres se ponían protector solar todas las mañanas como cualquier hijo de vecino. Bueno, dentro de pocos días estarían de regreso en Gran Bretaña, donde sus relucientes bronceados se destacarían contra la proverbial palidez de los ingleses y los días serían frescos como agua. Los británicos no toleraban el calor. Una temperatura superior a los setenta y cinco grados Fahrenheit los haría caer muertos en plena calle... Ding no pudo evitar preguntarse de qué hablaba entonces la vieja canción que decía “sólo los perros locos y los ingleses salen bajo el sol del mediodía.” En aquel entonces debían ser más resistentes, decidió Chávez. Y se quedó dormido.

Popov le puso la montura a Buttermilk aproximadamente a las seis de la tarde. El sol aún no se había puesto, pero faltaba poco, y su yegua (que había descansado y comido todo el día) no se mostró reacia a sus atenciones. Además, le había traído otra manzana que el animal parecía disfrutar como un hombre disfruta su primera cerveza de la noche luego de un largo día de trabajo.

Jeremiah, el caballo de Hunnicutt, era más pequeño que Buttermilk pero parecía más poderoso. Tenía un aspecto bizarro: su pelaje grisáceo estaba cubierto desde el pescuezo a las ancas por una mancha cuadrada en forma de manta (casi perfecta) color carbón. De allí el nombre “Appaloosa manta” supuso el ruso. Foster Hunnicutt llegó con su enorme montura estilo Lejano Oeste al hombro y, luego de arrojarla pesadamente sobre la “manta”, se agachó para sujetar las cinchas. Su última acción de a pie fue guardar la pistola Colt en la cartuchera. Luego des-

lizó la bota izquierda en el estribo izquierdo y montó a caballo. Al padrillo Jeremiah debía gustarle que lo montaran; era como si se transformara con ese nuevo peso en el lomo. Alzó la cabeza orgullosamente y giró las orejas, esperando la orden de su jinete. Hunnicutt chasqueó la lengua y el padrillo avanzó hacia el corral y se detuvo junto a Popov y Buttermilk.

—Buen caballo, Foster.

—Es el mejor que he tenido —dijo el cazador—. Los Appaloosa son fabulosos para andar por todas partes. Vienen de la tribu de los Nez Percé. Los indios domaron a los auténticos caballos salvajes del Oeste... descendientes de los que se les escaparon a los conquistadores españoles. Bueno, los Nez Percé se las ingeniaron para recuperar las raíces árabes de la cepa hispana y el resultado fue el Appaloosa —palmeó el pescuezo del caballo con recio afecto. Al animal pareció gustarle la caricia—. Es el mejor caballo que hay, si quiere saber mi opinión. Inteligente, sereno, saludable, no bobo como los árabes, y absolutamente hermoso, creo yo. No se destacan especialmente en nada, pero son buenos en todo. Son una gran montura para todo terreno. Este Jeremiah es un gran caballo de caza y de tiro. Pasamos mucho tiempo cazando alces en terrenos altos. Incluso encontró oro, así como lo ve.

—¿Perdón? ¿Oro?

Hunnicutt lanzó una carcajada.

—En mi propiedad de Montana. Formaban parte de un rancho ganadero, pero las montañas son demasiado empinadas para las vacas. Como sea, hay un arroyo que baja de la montaña. Una tarde Jeremiah estaba bebiendo y vi algo brillante, ¿sabe? Era oro, una enorme masa de oro y cuarzo... la mejor formación geológica para el oro, Dimitri. Bueno, supongo que tengo un yacimiento bastante grande en mi propiedad. ¿Cuán grande? Imposible saberlo, y de todos modos no tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia? —Popov se dio vuelta en la montura para mirar a su compañero—. Foster, los hombres se han venido matando unos a otros desde hace diez mil años por conseguir oro.

—Ya no, Dimitri. Eso va a terminar... para siempre, probablemente.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? —preguntó Popov.

—¿Acaso no sabe lo del proyecto?

—Sé algo, pero no lo suficiente para comprender lo que acaba de decirme.

Qué diablos, pensó el cazador.

—Dimitri, la vida humana se detendrá en el planeta, ¿entiende?

—Pero...

—¿No se lo dijeron?

—No, Foster, no del todo. ¿Podría decírmelo usted?

Qué diablos, volvió a pensar Hunnicutt. Las Olimpiadas casi habían terminado. ¿Por qué no? Ese rusito comprendía la naturaleza, sabía cabalgar, y seguramente trabajaba para John Brightling en un área sumamente comprometida.

—Se llama Shiva —empezó. Tardó varios minutos en contarle todo lo que sabía.

Popov puso su mejor cara de indiferencia para neutralizar sus emociones. Incluso esbozó una sonrisa para disimular el horror que empezaba a sentir.

—¿Pero cómo lo propagan?

—Bueno, verá, John tiene una empresa que también trabaja para él. Global Security... el dueño es un tipo llamado Henriksen.

—Ah, sí, lo conozco. Era del FBI.

—¿Ah, sí? Sabía que era policía, pero no federal. Bueno, como sea. La consultora consiguió el contrato con los australianos para las Olimpiadas y uno de los hombres de Bill propagará el Shiva. Según me dijeron, a través del sistema acondicionador de aire del estadio. Van a soltarlo el último día, durante las ceremonias de clausura. Al día siguiente todo el mundo volverá a su casa y bueno... miles de personas portarán el virus a todos los rincones de la Tierra.

—¿Cómo nos protegeremos nosotros?

—Le dieron una inyección al llegar aquí, ¿no?

—Sí, Killgore dijo que era una especie de refuerzo.

—Oh, claro que lo es, Dimitri. Es un refuerzo precisamente. Es la vacuna que lo protegerá de Shiva. A mí también me la dieron. Es la vacuna B, compañero. Según dicen hay otra, la A, pero no creo que le convenga recibirla —Hunnicuttt procedió a explicarle las notorias desventajas de la aborrecible vacuna A.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Popov.

—Bueno, verá. Soy uno de los que instaló el sistema de seguridad perimetral en este complejo. Por si alguien se da cuenta de lo que hicimos, sabe. Tuvieron que decirme por qué *necesitamos* seguridad perimetral. Es una cosa muy seria, viejo. Si alguien descubre lo que hicimos, diablos, podrían venir a liquidarnos, ¿no le parece? —acotó Foster con una sonrisa irónica—. No todo el mundo entiende lo que significa salvar el planeta. Quiero decir... o hacemos esto ahora, o dentro de veinte años *todo* habrá muerto. No sólo la gente. También los animales. No podemos permitir que eso suceda, ¿no?

—Veo adonde apunta. Sí, tiene lógica —admitió Dimitri Arkadeyevich. Tenía ganas de vomitar.

Hunnicuttt asintió con cierta satisfacción.

—Sabía que usted comprendería, viejo. Por eso los atentados terroristas que instigó fueron tan importantes. Si la gente no se hubiera enloquecido y preocupado por el resurgimiento del terrorismo internacional, Bill Henriksen tal vez no habría conseguido el contrato. Entonces —prosiguió, buscando un cigarro en el bolsillo—, gracias, Dimitri. Usted fue una parte muy importante de este Proyecto.

—Gracias, Foster —respondió Popov. *¿Es posible esto?* se preguntó aterrado—. ¿Y están seguros de que funcionará?

—Tiene que funcionar. Yo también hice esa pregunta. Me dejaron ver parte del plan porque soy científico... fui un excelente geólogo, créa-

me. Sé mucho sobre el tema. La enfermedad es una verdadera madre. La clave está en las modificaciones de ingeniería genética sobre el virus Ébola original. Diablos, ¿recuerda lo espantoso que fue hace un año y medio?

Popov asintió.

—Oh, sí, yo estaba en Rusia por ese entonces. Fue aterrador —Pero la respuesta del presidente estadounidense fue más aterradora todavía, recordó Popov.

—Bueno, ellos, los científicos del proyecto, aprendieron muchísimo de ese episodio. La clave de la cosa está en la vacuna A. La epidemia inicial matará varios millones de personas, pero eso es esencialmente psicológico. La vacuna que Horizon comercializará tiene el virus vivo, como la vacuna Sabin contra la polio. Pero digamos que está vivo y coleando en este caso. No detiene a Shiva, viejo. *Lo propaga*. Los síntomas tardan entre un mes y seis semanas en aparecer. Lo probaron en el laboratorio.

—¿Cómo?

—Bueno, Kirk tuvo parte en eso. Raptó a varias chicas en la calle y los científicos experimentaron el Shiva y las vacunas en ellos. Todo funcionó, incluso la primera fase del sistema de propagación que van a emplear en Sydney.

—Es algo grande... digo, esto de cambiarle la cara al mundo —pensó Popov en voz alta. Miró al norte, en dirección a la autopista.

—Hay que hacerlo, viejo. Si no lo hacemos... bueno, empiece a despedirse de todo lo que ve, Dimitri. Yo no puedo permitir que tanta belleza desaparezca.

—Lo que piensan hacer es terrible, pero tiene lógica. Brightling es un genio, evidentemente. Ve lo que pasa, encuentra la manera de resolver el problema y tiene el coraje de hacerlo —esperaba que su voz no sonara demasiado paternalista, pero Hunnicutt era un tecnócrata, no un experto en el alma humana.

—Sí —dijo el cazador. Mordió la punta de su cigarro y lo encendió con un fósforo de cocina. Apagó la llama de un soplido y esperó que la madera se enfriara antes de arrojarlo al pasto. Lo que menos quería era provocar un incendio en la llanura—. Es un científico brillante, y sabe de qué se trata la cosa. No sé si me explico. Gracias a Dios tiene los recursos necesarios para poner esto en marcha. Este complejo debe haber costado cerca de mil millones de dólares... diablos, eso sin contar el de Brasil.

—¿Brasil?

—Una versión más pequeña del complejo al oeste de Manaos, creo. Nunca estuve. La selva tropical no me interesa demasiado. Soy un tipo de llanura —explicó Hunnicutt—. Ahora bien, las planicies africanas, eso sí que es fabuloso. Bueno, supongo que podré verlas... y cazar en ellas.

—Sí, también me gustaría verlas... contemplar la vida salvaje, ver

cómo prospera bajo la luz del sol —dijo Popov. Acababa de tomar una decisión.

—Sí. Pienso cargarme un par de leones con mi H&H .375 —Hunnicutt chasqueó la lengua y Jeremiah empezó a trotar más rápido. Popov intentó ponérsele a la par inmediatamente. Ya había trotado antes, pero por alguna extraña razón le resultaba difícil sincronizar los movimientos de Buttermilk. Estaba desconcentrado. No era para menos. Finalmente lo consiguió.

—Entonces... transformarán al país en un inmenso Lejano Oeste ¿eh? —La interestatal estaba a dos millas de distancia. Los camiones pasaban a toda velocidad con sus fugaces luces ambarinas. Popov esperaba que también pasaran vehículos interurbanos.

—Sí, es una de las tantas cosas que haremos.

—¿Y piensa llevar su pistola a todas partes?

—Es un revólver, Dimitri —lo corrigió Foster—. Pero claro. Seré como los tipos que tanto admiro, viviré en armonía con la naturaleza. Tal vez encuentre una mujer que piense como yo, tal vez me construya una bonita cabaña en las montañas como hizo Jeremiah Johnson... sólo que no habrá indios crow para molestarme —agregó con una mueca.

—¿Foster?

El cazador se dio vuelta.

—¿Sí?

—¿Me presta su pistola? —preguntó el ruso, rogando recibir la respuesta que esperaba.

Plegaria atendida.

—Claro —Hunnicutt se la entregó. Tenía el seguro puesto.

Popov sintió el peso y el equilibrio.

—¿Está cargada?

—No hay nada más inútil que un arma descargada. Demonios, ¿quiere disparar? Retire el percusor y luego suéltelo... pero antes sujete bien las riendas de la yegua, ¿entendido? Jeremiah está acostumbrado al ruido. Esa yegua tal vez no lo esté.

—Ya veo —Popov tomó las riendas con la mano izquierda para controlar a Buttermilk. Luego extendió el brazo derecho y retiró el percusor del Colt. Oyó el característico triple clic del arma, apuntó a una estaca y apretó el gatillo. La estaca se partió en dos.

Buttermilk corcoveó ligeramente debido al ruido (demasiado próximo a sus sensibles orejas), pero no reaccionó tan mal. Y la bala había destrozado la estaca, observó Popov. Bueno, todavía sabía disparar.

—Bonito, ¿no? —le preguntó Hunnicutt—. Si quiere saber mi opinión, ese revólver es el arma manual mejor balanceada que se ha fabricado jamás.

—Sí —coincidió Popov—, es muy buena.

Popov se dio vuelta. Foster Hunnicutt estaba sentado sobre su padrillo, Jeremiah, a menos de tres metros de distancia. Sería fácil. Volvió a retirar el percusor y apuntó directo al corazón del cazador. Apretó el gatillo antes de que su víctima pudiera sorprenderse.

Hunnicutt abrió mucho los ojos (ya fuera porque no creía lo que estaba sucediendo o por el impacto de la pesada bala... pero eso no tenía la menor importancia). La bala le atravesó el corazón. Su cuerpo se irguió en la montura unos segundos —todavía tenía los ojos muy abiertos— y luego cayó de espaldas sobre el pasto.

Dimitri desmontó y se acercó al cazador para comprobar su muerte. Luego le quitó la montura a Jeremiah. El animal aceptó flemáticamente la muerte de su dueño. Popov le quitó las riendas, un tanto sorprendido de que no lo mordiera por lo que acababa de hacer... pero bueno, un caballo no era un perro. Palmeó al padrillo en el anca. Éste se alejó trotando unos cincuenta metros, pero luego se detuvo y empezó a ramonear la hierba.

Popov montó nuevamente a Buttermilk y le ordenó trotar hacia el norte. Miró atrás, vio las ventanas iluminadas del edificio del proyecto y se preguntó si alguien los echaría de menos. Probablemente no, decidió. La autopista interestatal estaba cada vez más cerca. Supuestamente había un pueblito al oeste, pero Popov decidió ir a la parada de ómnibus... o hacer dedo en el peor de los casos. Todavía no sabía qué haría después, pero sí sabía que debía salir de ese lugar lo más rápido y lo más lejos posible. Popov no creía en Dios. Su educación y su crianza no lo habían orientado en esa dirección... pero había aprendido algo importante. Tal vez jamás sabría si Dios existía o no, pero indudablemente existían los diablos... y él había trabajado para ellos, y el horror que eso le provocaba superaba todo lo que había experimentado cuando era un joven coronel de la KGB.

VUELOS DE NECESIDAD

El miedo era tan malo como el horror. Popov jamás había sentido miedo en sus épocas de oficial de inteligencia. Había pasado momentos de tensión, especialmente al comienzo de su carrera, pero poco a poco había adquirido confianza en sus capacidades... que se transformaron para él en una suerte de manta protectora, cuyos cálidos pliegues eran cifra y consuelo de su alma. Pero ya no.

Ahora estaba en un lugar extraño. No sólo en tierra extranjera, aunque él era un bicho de ciudad. Sabía hacerse humo en las ciudades, evaporarse a tal punto que ninguna policía del mundo había podido encontrarlo jamás. Pero esto no era una ciudad. Desmontó a cien metros de la parada de ómnibus y le quitó la montura y las riendas a Buttermilk. Un caballo con montura y sin jinete llamaría la atención seguramente, pero un caballo pastando solitario no, no allí precisamente, donde tanta gente tenía caballos por placer. Saltó el alambrado de púas y caminó hasta el refugio. Estaba vacío. No había ningún horario adherido a las paredes pintadas de blanco. Era la más simple de las estructuras, aparentemente de concreto, con techo grueso para soportar el peso de las nevadas invernales... y acaso sobrevivir a los tornados de los que tanto había escuchado hablar. El banco también era de concreto. Decidió sentarse un momento para ver si dejaba de temblar. Jamás se había sentido así en toda su vida. Tenía miedo... Si esos tipos estaban dispuestos a matar millones (miles de millones) de gente, seguramente no tendrían el menor reparo en acabar con su vida solitaria. Tenía que huir.

Diez minutos después de llegar al refugio miró su reloj y se preguntó si pasarían ómnibus a esa hora. Si no, bueno, había autos y camiones, y tal vez...

Caminó hasta la banquina y levantó la mano. Los autos pasaban a más de ciento treinta kilómetros por hora. La velocidad les impediría a sus conductores ver a Popov en la oscuridad... Ni pensar en frenar de golpe. Pero quince minutos después, una camioneta Ford color crema frenó al costado de la ruta.

—¿A dónde vas, hermano? —preguntó el conductor. Parecía un granjero. Tendría unos sesenta años... Su rostro y su cuello ostentaban surcos profundos. Demasiadas tardes al sol, pensó Popov.

—Al aeropuerto más cercano. ¿Puedes llevarme? —dijo Dimitri, y

subió a la camioneta. El conductor no tenía puesto el cinturón de seguridad, lo cual iba probablemente contra la ley, pero bueno... lo mismo podía decirse del asesinato a sangre fría. Razón de más para salir corriendo de ese lugar endemoniado.

—Claro, justo tengo que tomar esa salida. ¿Cómo te llamas?

—Joe... Joseph —dijo Popov.

—Bueno, yo soy Pete. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Soy inglés —respondió Dimitri, marcando el acento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te trae por estos lados?

—Negocios.

—¿De qué tipo?

—Soy consultor, una especie de intermediario.

—¿Y cómo fue que llegaste al medio del campo, Joe?

¿Qué carajo le pasaba a ese tipo? ¿Acaso era policía? Hacía preguntas como un miembro del Segundo Directorato.

—Mi, eh, amigo... tuvo una emergencia familiar... y no tuvo más remedio que dejarme en la parada de ómnibus.

—Ah —eso le cerró la boca. Popov bendijo su más reciente mentira. *Acabo de asesinar a alguien que quería matarte a ti y a toda la gente que conoces...* Era uno de esos momentos en que la verdad no ayudaba a nadie. Se le había disparado la mente. Por cierto, iba mucho más rápido que esa maldita camioneta. El granjero no parecía dispuesto a pisar a fondo el acelerador, a pesar de que todos los vehículos pasaban junto a él como centellas. Era un hombre viejo y evidentemente tenía paciencia de sobra. De haber estado Popov al volante, inmediatamente hubiera averiguado la máxima velocidad del maldito vehículo.. A pesar de todo, tardaron sólo diez minutos en llegar al cartel verde de salida. Trató de no clavar el puño en el apoyabrazos cuando el granjero tomó lentamente la salida y dobló en dirección a lo que parecía un pequeño aeropuerto regional. Un minuto después, Pete lo dejaba frente a la puerta de US Air Express.

—Gracias, señor —dijo Popov.

—Que tengas un buen viaje, Joe —dijo el granjero con una amistosa sonrisa de Kansas.

Popov entró rápidamente a la minúscula terminal y fue directo al mostrador.

—Tengo que viajar a Nueva York —dijo—. En primera clase, si fuera posible.

—Bueno, tenemos un vuelo dentro de quince minutos a Kansas City, y desde allí puede tomar un vuelo de US Airways al aeropuerto de La Guardia, ¿señor...?

—Demetrius —replicó Popov, recordando el apellido de la única tarjeta de crédito que le quedaba—. Joseph Demetrius —dijo. Sacó la tarjeta de su billetera y se la entregó al empleado. Tenía un pasaporte con el mismo nombre en una caja de seguridad en Nueva York y la tarjeta de crédito era bastante decente (tenía un alto límite de gastos y no la había usado en los últimos tres meses). El empleado debía creer

que cumplía con celeridad sus funciones, pero Popov necesitaba ir al baño. Hizo lo imposible por no demostrar su urgencia física. Recién en ese momento se dio cuenta de que tenía un revólver cargado en la montura. Debía deshacerse de *eso* inmediatamente.

—OK, señor Demetrius, aquí tiene su primer pasaje, Puerta 1, y éste es el del vuelo de Kansas City. Saldrá de la puerta A-34 y tiene un asiento en primera clase, pasillo 2C. ¿Alguna pregunta, señor?

—No, no, gracias. —Popov recibió los pasajes y los guardó en el bolsillo. Luego se dirigió a la sala de espera, se detuvo junto a un tacho de basura y, luego de mirar atentamente a su alrededor, sacó la monstruosa pistola de la alforja, la limpió, y la tiró a la basura. Volvió a mirar en torno. No, nadie lo había visto. Revisó las alforjas por si quedaba algún objeto incriminatorio. Pero no, estaban completamente vacías. Satisfecho, se dirigió al control de seguridad, cuyo magnetómetro afortunadamente no sonó. Recogió las alforjas de cuero, buscó y encontró el baño de hombres, entró, y un minuto después salió sintiéndose más aliviado.

El aeropuerto regional tenía sólo dos puertas, pero también tenía bar. Popov tenía cincuenta dólares en efectivo en la billetera y gastó cinco en un vodka doble, que bebió de un solo trago antes de dirigirse a la puerta de embarque. Una vez allí, le entregó el pasaje al asistente y abordó el avión. Para su sorpresa, vio que el avión tenía hélices. Hacía años que no viajaba en uno de esos. Cinco minutos después, las hélices del Saab 340B empezaron a girar y Popov empezó a relajarse. 35 minutos hasta Kansas City, cuarenta y cinco minutos de espera, y luego a Nueva York en un 737... En primera clase, donde las bebidas alcohólicas eran gratuitas. Lo mejor de todo era que viajaba solo en el lado izquierdo del avión, sin que nadie lo molestara con conversaciones aburridas. Necesitaba pensar, mucho, y rápido... Pero no demasiado.

Cerró los ojos cuando el avión empezó a carretear. El ruido de los motores anulaba todos los demás ruidos. *OK, pensó, ¿qué sabes, y qué debes hacer con lo que sabes?* Dos preguntas simples, tal vez, pero debía organizar la respuesta a la primera antes de conocer la respuesta a la segunda. Estuvo a punto de rezarle a un Dios en cuya existencia no creía, pero se quedó mirando por la ventana la tierra oscura mientras su mente cavilaba en una oscuridad propia.

Clark se despertó de golpe. Eran las tres de la mañana en Hereford y había tenido un sueño cuya sustancia se había evaporado de su conciencia como una nube de humo, informe e imposible de asir. Sabía que había sido un sueño desagradable, y sólo podía estimar la medida del desagrado por el hecho de que lo había despertado, cosa que ocurría muy raramente, incluso cuando enfrentaba misiones peligrosas. Le temblaban las manos... y no sabía por qué. Intentó despejarse, se dio vuelta y cerró los ojos para seguir durmiendo. Ese día tenía una reunión clave y aburrida: la lacra de su existencia como comandante del Rainbow, el

triste papel de contador. Tal vez fuera ésa la sustancia de su sueño, pensó con la cabeza en la almohada. Atrapado para siempre en un mar de contadores, dedicado a discutir de dónde venía el dinero y en qué sería gastado...

El aterrizaje en Kansas City fue suave. El Saab carreteó hasta la terminal y las hélices dejaron de girar. Un empleado ató una sog a la punta de la hélice para impedir que siguiera girando mientras desembarcaban los pasajeros. Popov miró su reloj. Había llegado unos minutos antes de lo esperado. Entró a la terminal. Allí, a tres puertas de la A-34, encontró otro bar. Incluso permitían fumar, cosa bastante inusual en un aeropuerto estadounidense. Olió el humo de segunda mano y recordó su juventud, cuando fumaba cigarrillos Trud, y estuvo a punto de pedirle un cigarrillo a alguien. Pero decidió no hacerlo y bebió otro vodka doble en una mesa del rincón, de cara a la pared, ya que no quería que nadie lo recordara. Treinta minutos después, anunciaron su vuelo. Dejó diez dólares sobre la mesa y salió cargando las alforjas vacías. Hubiera preferido tirarlas, pero no era conveniente que subiera al avión con las manos vacías. Las conservó y luego las guardó en el compartimento correspondiente. Afortunadamente el asiento 2-D no estaba ocupado. Decidió sentarse allí y mirar todo el tiempo por la ventana para que la azafata no le viera la cara. El Boeing 737 recorrió velozmente la pista y despegó en la oscuridad. Popov rechazó la bebida que le ofrecieron. Ya había bebido bastante, y aunque un poco de alcohol lo ayudaba a organizar sus pensamientos, el exceso los enturbiaba. Ya tenía suficiente alcohol en el cuerpo como para relajarse, y eso era todo lo que necesitaba.

¿Exactamente de qué se había enterado ese día? ¿Cómo se relacionaba eso con todo lo que había averiguado en el complejo de Kansas? La respuesta a la segunda pregunta era más fácil que la primera: todo lo que había averiguado últimamente no contradecía *en nada* la naturaleza, localización o el decorado del proyecto. No contradecía las revistas en su mesa de luz ni los videos, tampoco las conversaciones que había escuchado en los pasillos y en la cafetería. Esos locos planeaban destruir el mundo en nombre de sus creencias paganas... ¿pero cómo carajo podría convencer a alguien de que así era? ¿Y exactamente qué información tenía para transmitir... y a quién podría transmitírsela? Tenía que ser alguien que creyera en él y que pudiera hacer algo. ¿Pero quién? Además, tenía el problema adicional de haber asesinado a Foster Hunnicutt... no tenía opción al respecto, tenía que alejarse del proyecto, y la única forma de hacerlo era subrepticamente. Pero tenían todo el derecho de acusarlo de asesinato, lo cual significaba que la policía intentaría arrestarlo... ¿y entonces cómo haría para impedir que esos lunáticos druidas hicieran lo que se proponían hacer? Ningún policía en el mundo creería su historia. Era demasiado grotesca para ser comprendida por una mente normal... Y seguramente la gente del proyecto

tenía los recursos suficientes para evitar cualquier clase de interrogatorio oficial. Ésa era la medida de seguridad más rudimentaria, y Henriksen seguramente se había encargado de cumplimentarla en persona.

Carol Brightling estaba en su oficina. Acababa de imprimir una carta dirigida al jefe del equipo donde le anunciaba que tomaría licencia para trabajar en un proyecto científico especial. Había discutido el tema con Arnie van Damm temprano ese día y él no había puesto objeciones graves a su partida. No la extrañarían, había quedado claro. *Bueno*, pensó mirando fríamente la pantalla de la computadora, *tampoco lo extrañarían a él* cuando llegara el momento.

Guardó la carta en un sobre, lo cerró, y lo dejó sobre el escritorio de su secretario para que lo enviara a la Casa Blanca al día siguiente. Había hecho su trabajo para el proyecto y para el planeta, y ya era hora de partir. Hacía tanto, tanto tiempo que John no la abrazaba. El divorcio había tenido mucha publicidad. Tuvo que tenerla. Jamás hubiera conseguido ese puesto en la Casa Blanca de haber seguido casada con uno de los hombres más ricos del país. Y así había abjurado de él, y él había condenado públicamente el movimiento, las creencias que ambos habían sostenido diez años atrás cuando formularon la idea del proyecto. Pero él jamás había dejado de creer, y ella tampoco. Así había logrado meterse en el gobierno y obtenido un pase de seguridad que le daba acceso literalmente a todo, incluso a inteligencia operativa, y había transmitido a John toda la información que necesitaba. Más específicamente había accedido a información sobre armas biológicas. Gracias a eso sabían lo que USAMRIID y otros habían hecho para proteger a Estados Unidos, y también sabían cómo modificar a Shiva de manera tal que burlara todas las vacunas posibles, excepto las fabricadas por Horizon Corporation.

Pero el precio había sido alto. John se había paseado en público con toda clase de jovencitas... e indudablemente había intimado con muchas de ellas dado que era un hombre apasionado. No lo habían discutido antes del divorcio, y por esa razón le había resultado sumamente desagradable verlo en los acontecimientos sociales a los que ambos debían asistir, siempre con una bella jovencita colgada del brazo... Siempre con una diferente, eso sí, ya que su única relación seria había sido (y sería) con ella. Carol Brightling pensó que era una buena señal, dado que significaba que *ella* era la única mujer en la vida de John, y que esas molestas jovencitas eran sólo una manera de disipar sus hormonas masculinas... Pero no le había resultado fácil de ver, y mucho menos de aceptar, sola en su casa, con Jiggs por toda compañía, casi siempre llorando su soledad.

Pero las mezquinas consideraciones personales no eran nada comparadas con el proyecto. Su trabajo en la Casa Blanca sólo había servido para fortalecer sus creencias. Lo había visto todo, desde las especifi-

caciones para nuevas armas nucleares hasta los informes sobre guerra biológica. El intento iraní de propagar una plaga a nivel nacional (que había precedido a su nombramiento) la había asustado y estimulado. Asustado, porque había sido una amenaza real contra su país que podría haber iniciado un esfuerzo masivo para contrarrestar un futuro ataque. Estimulado, porque había comprendido que una defensa eficaz contra esa clase de cosas era difícil, dado que las vacunas siempre correspondían a virus específicos. Y, si lo pensaba mejor, la plaga iraní había despertado la conciencia pública respecto a la guerra biológica, y eso facilitaría la distribución y venta al público de la vacuna A... Y además los burócratas del gobierno, allí y en todas partes del mundo, se lanzarían sobre la curación milagrosa. Incluso regresaría a su oficina en el OEOB en el momento adecuado para exigir la aprobación de esa medida esencial para la salud pública... y confiarían en ella.

Salió de su oficina, dobló a la izquierda por el pasillo, luego nuevamente a la izquierda, y bajó la escalera hasta su auto estacionado. Veinte minutos después cerró su auto y entró a su departamento, donde fue recibida por el fiel Jiggs, que saltó a sus brazos y restregó su peluda cabeza contra sus pechos, como de costumbre. Sus diez años de miseria habían terminado, y aunque el sacrificio había sido duro de soportar, la recompensa sería un planeta nuevamente verde, y una naturaleza devuelta a su merecida gloria.

Era bueno estar de regreso en Nueva York. Aunque no se atrevía a volver a su departamento, por lo menos estaba en una ciudad y podría desaparecer con tanta facilidad como una rata por un tirante. Le pidió al taxista que lo llevara a Essex House, un hotel de categoría en Central Park South, donde se registró con el nombre de Joseph Demetrius. Como era de esperar, había un minibar en la habitación, y mezcló un poco de agua con dos botellitas de vodka estadounidense. Estaba demasiado ansioso para molestarse por la calidad inferior de la bebida. Luego, una vez tomada su decisión, llamó a la aerolínea para confirmar la información del vuelo, miró su reloj, llamó a la recepción y le pidió al conserje que lo despertara a las 3.30 de la madrugada. Se derrumbó en la cama sin desvestirse. Tendría que hacer algunas compras rápidas en la mañana y también pasar por el banco a retirar su pasaporte de la caja de seguridad. Luego retiraría quinientos dólares de un cajero ATN, cortesía de su Mastercard Demetrius, y estaría a salvo... Bueno, si no del todo a salvo, al menos más de lo que estaba ahora, lo suficiente para abrigar cierta confianza en sí mismo y en su futuro. Sólo tendría futuro si el proyecto era abortado. Si no, pensó cerrando los ojos, por lo menos sabría qué cosas evitar para seguir con vida. Probablemente.

Clark se despertó a la hora de siempre. JC estaba durmiendo mejor ahora, a sus dos semanas de vida, y esa mañana se había sincronizado

con el amo del hogar. John pudo comprobarlo al emerger de su afeitada matinal y escuchar los chillidos de su nieto en el dormitorio que compartía con Patsy. El ruido despertó a Sandy, quien, aunque se las ingeniaba para ignorar el despertador de John, respondía obviamente a sus instintos maternos. Fue a la cocina, encendió la máquina de café y abrió la puerta del frente para recoger la edición matutina del *Times*, el *Daily Telegraph* y el *Manchester Guardian*. La calidad de la escritura de los diarios británicos era mejor que la de la mayoría de los diarios estadounidenses, y los artículos eran mucho más concisos.

El hombrecito estaba creciendo, pensó John cuando Patsy entró en la cocina con JC prendido al pecho izquierdo y Sandy detrás. Pero su hija no tomaba café últimamente, evidentemente temía que la cafeína perjudicara la leche materna. En cambio, ella también tomaba leche. John Conor Chávez estaba totalmente dedicado a su desayuno y, diez minutos después, su abuelo hacía lo propio mientras escuchaba el informativo radial de la BBC. La radio y los diarios confirmaban que el mundo estaba esencialmente en paz. La noticia más importante eran los Juegos Olímpicos, que Ding les comentaba cada noche (cada mañana para él, dados los husos horarios que los separaban). Los comentarios solían terminar con el teléfono apoyado sobre la carita de JC para que su orgulloso padre pudiera escuchar los gorgoritos que ocasionalmente emitía (casi nunca cuando los adultos más lo deseaban).

A las 6:30 John salió de su casa y, a diferencia de otras mañanas, se dirigió al campo atlético para ejercitarse un poco. Los hombres del Comando 1 ya estaban allí y, aunque faltaban varios debido a los últimos acontecimientos, se los veía orgullosos y recios como de costumbre. El sargento Fred Franklin lideraba la práctica esa mañana y Clark intentó seguir sus instrucciones, sin la capacidad de los hombres jóvenes pero con enérgica voluntad... ganándose varias miradas de respeto, aunque también algunos comentarios despectivos dirigidos al viejo pedorro que creía ser lo que no era. El también menguado Comando 2 estaba en el otro extremo del campo, liderado por el sargento mayor Eddie Price. Media hora después, John volvió a ducharse... hacerlo dos veces en noventa minutos casi todos los días siempre le había parecido raro, pero la ducha del despertar era parte fundamental de su vida y no podía desecharla y, luego de ejercitarse y transpirar con las tropas, siempre necesitaba otra. Una vez duchado, vestido con su "traje de jefe", entró en el edificio central, chequeó la máquina de fax, como siempre, y encontró un mensaje del FBI donde le informaban que no había novedades en el caso Serov. Un segundo fax decía que le enviarían un paquete desde Whitehall esa mañana temprano, pero no especificaba qué clase de paquete. Bueno, pensó John yendo hacia la máquina de café, ya lo descubriría a su debido tiempo.

Al Stanley llegó poco antes de las ocho, todavía afectado por las heridas recibidas... pero recuperándose bastante bien por tratarse de un hombre de su edad. Bill Tawney llegó dos minutos después. Acababa de comenzar un nuevo día de trabajo para el comando Rainbow.

El teléfono lo despertó de golpe. Popov buscó el tubo en la oscuridad, erró, volvió a intentarlo.

—Hola —masculló.

—Son las tres treinta, señor Demetrius —dijo el conserje.

—Sí, gracias —replicó Dimitri Arkadeyevich. Encendió la luz y deslizó los pies sobre la alfombra. Junto al teléfono había una nota con el número que debía marcar: nueve... cero-uno-uno-cuatro-cuatro...

Alice Foorgate llegó unos minutos más temprano. Guardó su cartera en el cajón del escritorio, se sentó, y empezó a revisar sus notas sobre lo que, supuestamente, debía suceder durante el día. Ah, tendrían reunión de presupuesto. El señor Clark estaría malhumorado hasta después de almorzar. En ese momento sonó el teléfono.

—Necesito hablar con el señor John Clark —dijo una voz.

—¿Podría decirme quién lo llama?

—No —dijo la voz—. No puedo.

La secretaria parpadeó, confundida. Estuvo a punto de responder que no podía pasar una llamada en esas condiciones, pero no lo hizo. Era demasiado temprano para mostrarse desagradable. Dejó la llamada en espera y apretó otro botón.

—Tiene un llamado por línea uno, señor.

—¿Quién es? —preguntó Clark.

—No quiso decirme, señor.

—OK —gruñó John. Cambió de botones y dijo—: Habla John Clark.

—Buen día, señor Clark —lo saludó la voz anónima.

—¿Quién habla?

—Tenemos un conocido en común. Su nombre es Sean Grady.

—¿Sí? —Clark aferró el tubo con fuerza y apretó la tecla RECORD del grabador anexo al teléfono.

—Por consiguiente, es probable que me conozca como Iosef Andréyevich Serov. Tendríamos que encontrarnos, señor Clark.

—Sí —replicó John casualmente—, me gustaría. ¿Cómo hacemos?

—Hoy mismo, en Nueva York. Tome el vuelo 1 del Concorde de British Airways al aeropuerto JFK. Nos encontraremos a la una de la tarde en la entrada del Central Park Zoo. El edificio de ladrillo rojo que parece un castillo. Estaré allí exactamente a las once en punto. ¿Alguna pregunta?

—Supongo que no. OK, a las once en punto en Nueva York.

—Gracias. Adiós —Línea muerta. Clark volvió a cambiar de botones.

—Alice, ¿podría llamar a Bill y Alistair, por favor?

Ambos llegaron en menos de tres minutos.

—Escuchen esto, muchachos —dijo John, y pulsó la tecla PLAY del grabador.

—Demonios —murmuró Bill Tawney un segundo antes de que Al Stanley hiciera lo propio—. ¿Quiere encontrarse contigo? Me pregunto por qué.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Tengo que tomar el Concorde a Nueva York. Al, ¿podemos despertar a Malloy para que me lleve a Heathrow?

—¿Vas a ir? —preguntó Stanley. La respuesta era obvia.

—¿Por qué no? Diablos —sonrió John—, tendré que faltar a la jodida reunión de presupuesto.

—No sé. Podrías correr peligro.

—Haré que el FBI envíe algunos hombres para protegerme, y llevaré a un viejo amigo —acotó Clark, aludiendo a su Beretta .45—. Estamos tratando con un agente secreto profesional. Él corre más peligro que yo, a menos que tenga una operación muy elaborada en marcha. Como sea, tendremos que averiguarlo. Quiere encontrarse conmigo. Es un profesional, y eso significa que quiere decirme algo... o tal vez preguntarme algo. Pero me inclino por la primera opción, ¿qué les parece?

—No me queda otro remedio que estar de acuerdo —dijo Tawney.

—¿Alguna objeción? —Clark quería conocer la opinión de sus subordinados jerárquicos. No plantearon objeciones. Estaban tan intrigados como él, pero querían mucha seguridad en Nueva York. Eso no sería un problema, John estaba seguro.

Miró su reloj.

—Son casi las cuatro de la mañana en Nueva York... y quiere que nos encontremos hoy. Está bastante apurado. ¿A qué podrá deberse tanta prisa? ¿Alguna sugerencia?

—Tal vez quiera decirte que no tuvo vinculación alguna con el atentado al hospital. ¿Aparte de eso...? —Tawney se limitó a sacudir la cabeza.

—El *timing* es un problema. El vuelo sale a las diez treinta, John —señaló Stanley—. Ahora son las tres treinta en la costa este de Estados Unidos. Nadie trabaja a esa hora.

—Entonces tendremos que despertarlos —Clark miró el teléfono y marcó el número de la central del FBI.

—FBI —respondió otra voz anónima.

—Necesito hablar con el subdirector Chuck Baker.

—No creo que el señor Baker esté en la dependencia.

—Ya lo sé. Llámelo a su casa. Dígale que lo llama John Clark —casi pudo escuchar el *carajo* al otro extremo de la línea... pero una voz importante había dado una orden, y sería cumplida.

—Hola —dijo otra voz, un tanto soñolienta, un minuto después.

—Chuck, habla John Clark. Apareció algo en el caso Serov.

—¿Qué? —¿Y por qué carajo no puede esperar cuatro horas? omitió decir.

John le dio las explicaciones del caso... y lo escuchó despertar de golpe.

—OK —dijo Baker—. Varios muchachos de Nueva York irán a buscarte a la terminal, John.

—Gracias, Chuck. Lamento haberte despertado tan temprano.

—Sí, John. Hasta luego.

El resto fue fácil. Malloy llegó a la oficina luego del entrenamiento matinal y ordenó que le prepararan el helicóptero. No tardó mucho. El único dolor de cabeza fue tener que filtrarse entre el denso tráfico aéreo, pero el helicóptero finalmente aterrizó en la terminal de aviación general y un vehículo de seguridad del aeropuerto trasladó a John a la terminal apropiada veinte minutos antes del vuelo. Pasó por alto los controles de seguridad, ahorrándose la vergüenza de tener que explicar por qué llevaba una pistola (algo que en el Reino Unido equivalía a anunciar que uno padecía lepra contagiosa). El servicio era sumamente británico y tuvo que rechazar una copa de champagne antes de abordar el avión. Finalmente anunciaron el vuelo y Clark abordó el avión más veloz del mundo hacia el aeropuerto JFK en Nueva York. El capitán les dio la habitual bienvenida y un tractor arrastró al enorme Concorde hacia la pista. En menos de cuatro horas estaría de vuelta en su país, pensó John. ¿No era una maravilla el transporte aéreo? Pero lo mejor de todo era que tenía sobre las rodillas el paquete que acababan de enviarle. Eran los datos personales de un tal Popov, Dimitri Arkadeyevich. Habían editado la información, estaba seguro, pero sería una lectura interesante para el viaje. *Gracias, Sergey Nikolayevich*, pensó John mientras empezaba a hojear las páginas. Debía ser el auténtico archivo de la KGB. Algunas de las páginas fotocopiadas tenían agujeros en el extremo superior izquierdo, lo cual indicaba que databan de la época en que la KGB usaba alfileres para sujetar las páginas en lugar de ganchos (cosa que habían copiado del MI-6 británico en la década del veinte). Era una trivialidad que sólo los que estaban en el ajo conocían.

Clark estaba a medio camino sobre el Atlántico cuando Popov volvió a despertarse a las siete quince sin necesidad de que lo llamaran. Pidió que le llevaran el desayuno al cuarto y comenzó a acicalarse para el largo día que lo esperaba. A las ocho quince salió del hotel y buscó una tienda de ropa para hombres. La búsqueda resultó frustrante (la mayoría estaban cerradas), pero finalmente encontró una que abría sus puertas a las nueve. Treinta minutos después compró un traje gris, caro pero mal cortado, y varias camisas y corbatas. Volvió a cambiarse a su hotel. Era hora de ir al Central Park.

El edificio que protegía el Central Park Zoo era extraño. Estaba hecho de ladrillo y tenía alcázares en el techo, como para defender el área de un ataque armado. Pero las paredes también tenían ventanas y el edificio estaba emplazado sobre una depresión, no en lo alto de una

loma como debía estarlo un castillo. Bueno, los arquitectos estadounidenses tenían ideas propias. Popov recorrió el área, decidido a detectar a los agentes del FBI (¿o tal vez oficiales de la CIA?) que seguramente cubrirían el encuentro... ¿y acaso intentarían arrestarlo? Bueno, no podía hacer nada al respecto. Por fin sabría si ese John Clark era un verdadero oficial de inteligencia. El negocio tenía sus reglas y Clark las respetaría por una cuestión de cortesía profesional. Popov estaba apostando fuerte y Clark lo respetaría precisamente por eso, pero no podía estar seguro. Bueno, en este mundo uno no podía estar seguro de nada.

El Dr. Killgore llegó a la cafetería a la hora de siempre y se sorprendió al no encontrar al ruso ni a Foster Hunnicutt. Bueno, tal vez se habían acostado tarde. Esperó veinte minutos y finalmente se dirigió a la caballerizas. Allí se encontró con otra sorpresa. Buttermilk y Jeremiah estaban en el corral, sin montura y sin riendas. No podía saber que ambos caballos habían regresado solos al corral la noche anterior. Los llevó de vuelta a la caballeriza antes de montar. Esperó otros quince minutos en el corral, preguntándose si sus amigos aparecerían. Como no aparecieron, Kirk Maclean y Killgore se marcharon cabalgando hacia el oeste.

El costado secreto de la actividad podía ser divertido, pensó Sullivan. Allí estaba, conduciendo lo que parecía ser una camioneta Consolidated Edison y vistiendo el overol azul queregonaba el mismo empleo. La vestimenta era lo suficientemente amplia como para llevar una docena de armas adentro, pero su mejor característica era que lo tornaba invisible. Había tantos uniformes iguales a ése en las calles de Nueva York que nadie les prestaba atención. La discreta misión de vigilancia había sido organizada a los apurones: no menos de ocho agentes en el lugar de la cita, todos con la foto del pasaporte del sujeto Serov. No tenían el peso ni la altura estimados, y eso significaba que estaban buscando un HBC (hombre blanco común), de los que la ciudad de Nueva York tenía por lo menos tres millones para ofrecer.

Dentro de la terminal, su compañero Frank Chatham (prudentemente vestido con traje y corbata) esperaba en la rampa de salida del Vuelo 1 de British Airways. Su correspondiente overol estaba en la camioneta Con Ed que Sullivan había estacionado afuera de la terminal. Ni siquiera conocían a ese tal Clark que habían ido a buscar, pero el subdirector Baker les había dicho que era un tipo muy importante.

El vuelo llegó puntual. Clark, sentado en el 1-C, fue el primero en levantarse y bajar del avión. Detectó inmediatamente a su escolta del FBI.

—¿Me está esperando?

—¿Cómo se llama, señor?

—John Clark. Chuck Baker seguramente...

—Lo hizo. Acompáñeme, por favor —Chatham lo llevó por la vía rápida. Pasaron por alto aduana y migraciones, y una vez más el pasaporte de John no fue sellado para celebrar su entrada a un país soberano. Identificó en el acto la camioneta Con Ed. Sin que nadie le dijera nada, Clark fue hacia ella y subió de un salto.

—Hola, soy John Clark —le dijo al chofer.

—Tom Sullivan. Ya conoce a Frank.

—En marcha, señor Sullivan —dijo John.

—Sí, señor —La camioneta arrancó en el acto. En la parte de atrás, Chatham empezó a desnudarse: debía cambiar su traje por un overol azul igual al de Sullivan.

—Está bien, señor. ¿Qué está pasando aquí?

—Voy a encontrarme con un tipo.

—¿Serov? —preguntó Sullivan. Acababan de entrar en la autopista.

—Sí, pero su verdadero nombre es Popov. Dimitri Arkadeyevich Popov. Fue coronel en la vieja KGB. Tengo su archivo personal, lo leí durante el viaje. Es especialista en terrorismo, y probablemente tiene más contactos que la compañía telefónica.

—Ese individuo puso en marcha el atentado que...

—Sí —John asintió con un dejo de furia—. El atentado contra mi esposa y mi hija. Ellas fueron los blancos primarios.

—¡Carajo! —comentó Chatham, subiéndole el cierre del mameluco. No sabían *eso*—. ¿Y todavía quiere encontrarse con ese topo miserable?

—Negocios son negocios, muchachos —acotó John, preguntándose si de verdad creía lo que estaba diciendo.

—¿Y usted quién es?

—CIA.

—¿Cómo conoce al señor Baker?

—Ahora tengo un trabajo ligeramente distinto y mantengo relaciones con el FBI. Principalmente con Gus Werner, pero últimamente estuve hablando también con Baker.

—¿Usted forma parte del comando que liquidó a los terroristas que atentaron contra el hospital en Inglaterra?

—Soy el jefe —dijo Clark—. Pero no lo anden desparramando por ahí, ¿de acuerdo?

—No se preocupe —replicó Sullivan.

—¿Trabajan en el caso Serov?

—Es uno de los temas que tenemos sobre el escritorio, sí.

—¿Qué tienen sobre él?

—La foto del pasaporte... supongo que usted también la tiene.

—Mejor aún, tengo su foto oficial de la KGB. Es mejor que la del pasaporte, frente y perfil, pero tiene diez años de antigüedad. ¿Qué más tienen?

—Cuentas bancarias, resúmenes de tarjetas de crédito, casilla postal. Sin dirección por el momento. Estamos trabajando en eso.

—¿Por qué lo buscan? —preguntó John.

—Principalmente por conspiración —respondió Sullivan—. Conspiración e incitación de actos terroristas, conspiración y tráfico de drogas ilegales. Los estatutos son muy amplios, y los usamos cuando no tenemos pistas concretas sobre lo que pasa en realidad.

—¿Pueden arrestarlo?

—Claro. *In situ* —dijo Chatham desde atrás—. ¿Quiere que lo arrestemos?

—No estoy seguro —Clark se respaldó en el incómodo asiento y contempló la silueta de Nueva York. No podía dejar de preguntarse qué demonios estaba pasando. Pronto lo averiguaría, aunque nunca sería lo suficientemente pronto para conocer al hijo de puta que había instigado a un grupo de hombres armados contra su esposa y su hija. Frunció el ceño, pero los agentes del FBI no se dieron cuenta.

Popov creía haber detectado a dos del FBI, por no mencionar a un par de policías uniformados que podían (o no) ser parte de la vigilancia que indefectiblemente se estaría reuniendo en el lugar. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. Tenía que encontrarse con ese tipo Clark, y el encuentro debía ser en un lugar público. De lo contrario habría tenido que meterse en la boca del león, cosa que no podía resolverse a hacer. Allí al menos tendría la oportunidad de ir caminando hasta la estación del subterráneo y bajar corriendo a tomar el tren. Eso los confundiría bastante y le daría opciones. Tirar el saco del traje al demonio y cambiar de aspecto, ponerse el sombrero que llevaba en el bolsillo del pantalón. Suponía que incluso tendría la chance de evadir el contacto si era necesario. Sería casi imposible que le dispararan en el corazón de la ciudad más grande de Estados Unidos. Pero su mejor opción era hablar con Clark. Si era tan profesional como creía Popov, podrían hacer negocios. Tendrían que hacerlos. Ninguno de los dos tendría otra alternativa, reflexionó Dimitri.

La camioneta cruzó el East River y enfiló hacia el oeste por las calles atestadas. John miró su reloj.

—No se preocupe, señor. Llegaremos diez minutos antes —le dijo Sullivan.

—Bueno —replicó John. Estaba tenso. Se acercaba el momento y debía controlar al máximo sus emociones. Siendo un hombre apasionado, John Terence Clark las había manifestado más de una vez en su trabajo, pero ahora no podría permitírselo. Quienquiera que fuese ese ruso, lo había invitado a encontrarse con él... y eso significaba algo, seguramente. Todavía no sabía qué, pero tenía que ser algo verdaderamente fuera de lo común. Por lo tanto, debía dejar de lado el recuerdo de los peligros corridos por su amada familia. Debía mantener la cabeza fría durante el encuentro. Respiró hondo y se relajó, y poco a poco se fue enfriando. Luego, la curiosidad se apoderó de él. El ruso debía saber

que Clark sabía lo que había hecho, y no obstante le había pedido que se encontraran, y rápido. Eso tenía que significar algo, pensó Clark cuando por fin entraron en la Quinta Avenida. Volvió a mirar el reloj. Faltaban catorce minutos para la hora de la cita. La camioneta se detuvo sobre la derecha. Clark bajó y caminó hacia el sur por la vereda colmada de gente. A sus espaldas, los agentes del FBI arrancaron nuevamente la camioneta, estacionaron cerca del edificio de la cita y bajaron. Llevaban demasiados papeles y el disfraz de empleados de Con Ed era demasiado obvio, pensó Clark. Dobló a la derecha, bajó las escaleras y contempló el edificio de ladrillo rojo que alguien había pensado como castillo cien años atrás. No pasó mucho tiempo solo.

—Buen día, John Clark —dijo una voz masculina a sus espaldas.

—Buen día, Dimitri Arkadeyevich —replicó John sin darse vuelta.

—Muy bien —dijo la voz con tono aprobador—. Lo felicito por conocer uno de mis nombres.

—Tenemos buena base de inteligencia —prosiguió John, siempre de espaldas.

—¿Tuvo un vuelo agradable?

—Rápido, diría yo. Nunca había volado en el Concorde. No fue desagradable. Y bien, Dimitri, ¿qué puedo hacer por usted?

—Ante todo deseo pedirle disculpas por mis contactos con Grady y sus hombres.

—¿Y las otras operaciones? —preguntó Clark. Tenía ganas de empezar las apuestas fuertes.

—No le conciernen a usted personalmente, y sólo murió una persona.

—Pero esa persona era una niña enferma —observó Clark. Inmediatamente lo lamentó; se había apresurado.

—No, yo no tuve nada que ver con el Parque Mundial. Sí con el banco en Berna y el magnate en las afueras de Viena. Esas fueron mis misiones, pero no tuve nada que ver con ese parque de diversiones.

—Por lo tanto está implicado en tres operaciones terroristas. Eso va contra la ley, y usted lo sabe.

—Sí, lo tengo muy presente —replicó secamente el ruso.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —volvió a preguntar Clark.

—Se trata de lo que yo puedo hacer por usted, señor Clark.

—¿Y qué es? —Seguía sin darse vuelta. Pero debía haber por lo menos media docena de agentes del FBI vigilando, incluso alguno con micrófono grabando la conversación. Con la prisa, Clark no había podido adherir un buen sistema de grabación a su traje.

—Clark, puedo darle el motivo de las misiones y el nombre del individuo que las instigó... es monstruoso. Recién ayer descubrí, todavía no hace veinticuatro horas, el propósito que se esconde detrás de todo esto.

—Y bien, ¿cuál es el objetivo? —preguntó John.

—Matar a casi todos los seres humanos del planeta —replicó Popov.

Clark se detuvo en seco y lo miró por primera vez. La foto de la KGB era muy buena, comprobó satisfecho.

—¿Me está contando el guión de una película? —preguntó fríamente.

—Clark, ayer estaba en Kansas. Allí me enteré del plan de este “proyecto”. Maté a la persona que me contó todo para poder escapar. El hombre que maté se llamaba Foster Hunnicutt, era un guía y cazador de Montana. Le disparé en el pecho con su propia Colt calibre cuarenta y cuatro. Fui a la autopista más cercana y conseguí que me llevaran al aeropuerto regional más próximo, y desde allí a Kansas City, y desde allí a Nueva York. Lo llamé desde mi hotel hace menos de ocho horas. Sí, Clark, sé que puede arrestarme. Debe haber personal de seguridad vigilándonos en este preciso instante, presumiblemente del FBI —dijo cuando llegaban al sector de los animales enjaulados—. Sólo tiene que levantar la mano y me arrestarán, y acabo de decirle el nombre de un tipo al que maté y el lugar donde lo hice. Además me tiene por incitar atentados terroristas, y supongo que también por tráfico de drogas. Lo sé, y sin embargo le pedí que nos encontráramos. ¿Supone que le estoy haciendo una broma pesada, John Clark?

—Tal vez no —respondió Rainbow Six, mirándolo fijamente a los ojos.

—Muy bien. En ese caso le propongo que vayamos a la central del FBI o a algún otro lugar seguro. Quiero darle toda la información necesaria bajo circunstancias controladas. Sólo pido que me dé su palabra y me garantice que no será detenido ni arrestado.

—¿Me creería si le diera mi palabra?

—Sí. Usted es agente de la CIA y conoce las reglas del juego, ¿verdad?

Clark asintió.

—OK, le doy mi palabra... siempre y cuando me esté diciendo la verdad.

—Ojalá estuviera mintiendo, John Clark —dijo Popov—. Ojalá estuviera mintiendo, *tovarich*...

John lo miró fijamente a los ojos y vio miedo en ellos... no, algo más profundo que el miedo. Ese hombre acababa de llamarlo *camarada*. Eso significaba algo, particularmente en esa circunstancia.

—Vamos —dijo John, y enfiló hacia la Quinta Avenida.

—Ése es el sujeto, muchachos —dijo una agente por circuito radial—. El sujeto Serov avanza envuelto con moño de regalo como un juguete de F.A.O. Schwarz. Esperen. Modifican el rumbo. Se dirigen al este, a la Quinta Avenida.

—¿Bromeas? —preguntó Frank Chatham. Justo en ese momento los vio avanzar a paso rápido hacia la camioneta.

—¿Tienen un lugar seguro cerca de aquí? —preguntó Clark.

—Bueno, sí, tenemos, pero...

—¡Llévennos inmediatamente! —ordenó—. Y pueden dar por terminada la operación de vigilancia. Suba, Dimitri —dijo luego, y abrió la puerta deslizante.

La casa segura estaba a sólo diez cuadras de distancia. Sullivan estacionó la camioneta y entraron los cuatro.

LLAMA AGONIZANTE

La casa segura era un edificio de piedra marrón de cuatro pisos donado al gobierno federal varias décadas atrás por un empresario agradecido cuyo hijo secuestrado había sido rescatado con vida por el célebre FBI. Principalmente se la utilizaba para entrevistar a diplomáticos de las Naciones Unidas que trabajaban (de una u otra manera) para el gobierno de Estados Unidos, y había sido uno de los lugares preferidos de Arkady Schevchenko (el desertor e informante soviético de más alto rango de todos los tiempos). De fachada nada destacable, la casa contaba con un elaborado sistema de seguridad y tres habitaciones con sistemas ocultos de grabación y espejos dobles, además de mesas y sillas (estas últimas notablemente cómodas). Estaba vigilada las veinticuatro horas, generalmente por un agente de la división de campo de Nueva York que oficiaba de portero.

Chatham los llevó a la sala de entrevistas del último piso, y les indicó que se sentaran en el cubículo sin ventanas. El micrófono estaba encendido y la cinta del grabador corría a pleno. Detrás de uno de los espejos había una cámara de TV con su correspondiente VCR.

—OK —dijo Clark, y anunció la fecha, la hora y el lugar—. Me acompaña el coronel Dimitri Arkadeyevich Popov, retirado, de la ex KGB soviética. El tema de la entrevista es la actividad terrorista internacional. Mi nombre es John Clark, y soy oficial de inteligencia de la CIA. También nos acompañan...

—Agente especial Tom Sullivan...

—Y...

—Agente especial Frank Chatham...

—De la oficina del FBI en Nueva York. Puede comenzar, Dimitri —le dijo a Popov.

El ruso estaba sumamente intimidado por lo que iba a hacer, tal como lo demostró en los primeros minutos del relato. Los dos agentes del FBI mantuvieron una expresión de incredulidad absoluta durante la primera media hora... hasta que Popov comenzó a narrar sus cabalgatas matinales en Kansas.

—¿Maclean? ¿Nombre de pila?

—Kirk, creo, tal vez Kurt, pero creo que terminaba con K —replicó Popov—. Hunnicutt me dijo que había raptado gente en Nueva York

para usarla como conejillos de Indias en los experimentos con el virus Shiva.

—Carajo —resopló Chatham—. ¿Cómo es físicamente?

Popov lo describió detalladamente, desde el largo del cabello hasta el color de ojos.

—Conocemos a ese tipo, señor Clark. Lo entrevistamos por la desaparición de una joven, Mary Bannister. Y otra mujer, Anne Pretloe, también desapareció en circunstancias similares. Carajo. ¿Nos está diciendo que fueron asesinadas?

—No, les estoy diciendo que murieron como sujetos de experimentación de la enfermedad Shiva que planean propagar en Sydney.

—Horizon Corporation. Allí es donde trabaja ese Maclean. En este momento no está en la ciudad, según nos dijeron sus compañeros.

—Claro, porque está en Kansas —repitió Popov.

—¿Ustedes saben lo *grande* que es Horizon Corporation? —preguntó Sullivan.

—Muy grande. OK, Dimitri —dijo Clark—. Volviendo al tema, ¿cómo piensan propagar el virus según usted?

—Foster me dijo que lo harían a través del sistema de refrigeración del estadio. Es todo lo que sé.

John pensó en las Olimpiadas. Ese día correrían la maratón, el último evento, seguido por las ceremonias de clausura esa misma noche. No tenía mucho tiempo para pensar. Se dio vuelta, levantó el teléfono y llamó a Inglaterra.

—Páseme a Stanley —le dijo a la señora Foorgate.

—Alistair Stanley —respondió una voz.

—Al, habla John. Comunícate con Ding y dile que me llame inmediatamente —Le dio el número de teléfono—. Ahora mismo... ya. ¿Entiendes, Al?

—Entendido, John.

Clark esperó cuatro minutos y medio por reloj hasta que sonó el teléfono.

—Tienen suerte de haberme encontrado, John. Me estaba vistiendo para ir a ver la mara...

—Cierra ese maldito pico y escucha lo que voy a decirte, Domingo —dijo Clark. No estaba de humor para bromas.

—Sí, John, adelante —respondió Chávez. Sacó una libreta para tomar nota—. ¿Habla en serio? —preguntó unos segundos después.

—Creemos que sí, Ding.

—Parece el argumento de una película mala —¿Tendría algo que ver con SPECTRE? se preguntó Chávez. ¿Qué esperaban ganar con esto?

—Ding, el hombre que me dio la información se llama Serov, Iosef Andréyevich. Está aquí conmigo.

—OK, entiendo, Mr. C. ¿Cuándo comenzará la operación?

—Durante las ceremonias de clausura, supuestamente. ¿Hay alguna otra competencia aparte de la maratón?

—No, la maratón es el último evento importante y no deberíamos tener mucho trabajo hasta que termine. Esperamos que el estadio empiece a llenarse a eso de las cinco de la tarde. Luego se harán las ceremonias de clausura y todo el mundo se irá a su casa —Yo *incluido*, omitió agregar Chávez.

—Bueno, ése es el plan, Ding.

—Y usted quiere que lo impidamos.

—Correcto. Muévete. Conserva este número. Estaré aquí todo el día en el STU-4. A partir de ahora todas las comunicaciones se harán por vía segura. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Empiezo a moverme, John.

—Muévete —dijo Clark—. Adiós.

Chávez colgó, preguntándose cómo diablos haría lo que Clark le había ordenado. Primero reuniría a sus hombres. Todos estaban alojados en el mismo piso. Salió al pasillo, golpeó todas las puertas y les pidió que fueran inmediatamente a su suite.

—OK, muchachos, tenemos un trabajito para hoy. Éste es el trato —empezó. Tardó cinco minutos en contar el cuento.

—Santo Dios —musitó Tomlinson en nombre de todos los presentes. El relato era absolutamente increíble, pero estaban acostumbrados a escuchar información bizarra y a actuar en consecuencia.

—Tenemos que encontrar la sala de control del sistema de niebla refrigerante. Cuando la encontremos, pondremos gente adentro. Rotaremos la guardia. George y Homer tomarán el primer turno, y luego los reemplazaremos Mike y yo. Haremos turnos de dos horas. Las radios estarán encendidas todo el tiempo. Autorizo el uso de fuerza letal, muchachos.

Noonan también estaba presente.

—Ding, esta historia suena bastante improbable...

—Lo sé, Tim, pero vamos a actuar como si fuera cierta.

—Si tú lo dices, viejo.

—En marcha, muchachos —ordenó Ding, levantándose.

—Hoy es el día, Carol —le dijo John Brightling a su ex esposa—. El proyecto comenzará en menos de diez horas.

Carol dejó a Jiggs en el suelo y corrió a abrazarlo.

—¡Oh, John!

—Ya sé —dijo él, acariciándole el cabello—. Pasó demasiado tiempo. No podría haberlo hecho sin ti.

Henriksen estaba con ellos.

—Bueno, hablé con Wil Gearing hace veinte minutos. Colocará el

distribuidor de Shiva antes de que empiecen las ceremonias de clausura. El clima trabaja a nuestro favor. Será un día muy caluroso en Sydney, la temperatura supuestamente alcanzará los noventa y siete grados Fahrenheit. Por lo tanto... la gente acampará bajo los rociadores de niebla.

—Y respirará hondo —confirmó el Dr. John Brightling. Era otro de los métodos corporales para eliminar el exceso de calor.

Chávez ya estaba en el estadio, sudando copiosamente y preguntándose si alguno de los maratonistas caería muerto durante la carrera. La gente de Global Security también estaba recorriendo las instalaciones. Se preguntó si recordaría todas las caras que había visto en las dos breves conferencias que habían compartido, pero por ahora lo más importante era encontrar al coronel Wilkerson. Se topó con él cinco minutos más tarde, en el puesto de seguridad.

—Buen día, mayor Chávez.

—Hola, Frank. Quiero preguntarle algo.

—Adelante, Ding.

—El sistema de niebla refrigerante. ¿De dónde viene?

—La sala de distribución está en el Sector Cinco, justo a la izquierda de la rampa.

—¿Cómo hago para entrar?

—Yo puedo darle una llave de la puerta y el código de la alarma. ¿Por qué, muchacho?

—Oh, por nada. Simplemente quiero ver cómo es.

—¿Hay algún problema, Ding? —preguntó Wilkerson.

—Tal vez. Estuve pensando —prosiguió Chávez, intentando una mentira convincente para salvar el momento—. ¿Qué pasaría si alguien quisiera propagar un agente químico, eh? Y pensé que podía...

—¿Revisar el sistema? La gente de Global ya se encargó de hacerlo, muchacho. El coronel Gearing para más datos. Revisó toda la instalación. Tuvo el mismo temor que usted, sólo que un poco antes.

—Bueno, ¿podría revisarlo también yo?

—¿Por qué?

—Por paranoia, si quiere —replicó Chávez.

—Supongo que sí —Wilkerson se levantó de la silla y sacó una llave del tablero de la pared—. El código de la alarma es uno-uno-tres-tres-seis-seis.

Once treinta y tres sesenta y seis, memorizó Ding.

—Bueno. Gracias, coronel.

—De nada, mayor —replicó el teniente coronel del SAS australiano.

Chávez salió del puesto de seguridad, se reunió con sus hombres y todos volvieron rápidamente al estadio.

—¿Les contaste lo que pasaba? —preguntó Noonan.

Chávez negó con la cabeza.

—No estoy autorizado a hacerlo. John espera que podamos manejarlo solos.

—¿Y si nuestros amigos están armados?

—Bueno, Tim, *estamos autorizados* a utilizar toda la fuerza necesaria, ¿no?

—Podría ser un desastre —advirtió el agente del FBI, preocupado como siempre por las leyes y jurisdicciones locales.

—Sí, supongo que sí. Usemos la cabeza, ¿sí? También sabemos cómo hacerlo.

La tarea de Kirk Maclean dentro del proyecto era vigilar los sistemas medioambientales, principalmente los acondicionadores de aire y el sistema de sobrepresurización (aunque realmente no entendía para qué los habían instalado). Después de todo, todos habían recibido la vacuna B y, aunque Shiva lograra ingresar en el complejo, supuestamente no correrían peligro. Imaginó que John Brightling no quería dejar ningún cabo suelto. Mejor para él. Una vez concluida su fácil tarea diaria —principalmente consistía en chequear diales y sistemas de grabación— decidió salir a cabalgar. Fue a la oficina de transporte, retiró las llaves de uno de los Hummer del proyecto, y se dirigió a las caballerizas. Veinte minutos después, ya a caballo, puso rumbo al norte. Cruzó los pastos altos, los surcos de los trigales abiertos por máquinas agrícolas, atravesó lentamente una de las ciudades subterráneas de los perros de la pradera en dirección a la autopista interestatal que conformaba el límite norte del terreno del proyecto. A los cuarenta minutos de cabalgata vio algo inusual.

Como todas las tierras rurales del Oeste norteamericano, ésta tenía su población de buitres residentes. Aquí, como en la mayoría de los lugares, se los llamaba buitres pavo (sin tener en cuenta su verdadero origen). Eran enormes aves de rapiña que se alimentaban de carroña y se distinguían por su tamaño y su fealdad: plumaje negro y calvas cabezas rojizas con picos largos y poderosos destinados a arrancar la carne putrefacta de los esqueletos de los animales muertos. Eran los recolectores de residuos de la naturaleza —o, según algunos, los empleados fúnebres de la Madre Tierra—, parte importante del ecosistema, aunque desagradables para muchos. Vio seis buitres volando en círculo sobre los pastos altos del noreste. Seis ya eran muchos... pero luego vio que había más. Divisó sus negras siluetas angulares sobre el pasto a dos millas de distancia. Evidentemente había muerto algo voluminoso y se habían acercado a limpiar. Es decir, a devorar carroña. Los buitres eran aves conservadoras, escrupulosas. Sus prolongados vuelos en círculo les servían para comprobar si lo que estaban viendo y oliendo ya había muerto. De lo contrario, el agonizante podría atacarlos cuando bajaran a alimentarse de sus despojos... y a esos pájaros no les gustaban los malentendidos. Las aves eran las más delicadas entre las cria-

turas de la naturaleza: estaban hechas para el aire y necesitaban estar en perfectas condiciones para volar y sobrevivir.

¿*Qué estarán comiendo?* se preguntó Maclean. Avanzó a paso lento en dirección a ellos. No quería molestar a las laboriosas aves y temía que se asustaran del jinete y el caballo. Probablemente no, decidió, pero pronto lo sabría.

Fuera lo que fuese, evidentemente les gustaba. Era un proceso feo de completar, pensó Maclean, pero no más feo que cuando él mismo devoraba una hamburguesa (al menos, en lo que a la vaca concernía). Así era la naturaleza. Los buitres comían carroña y procesaban las proteínas, que luego excretaban devolviendo los nutrientes al suelo para que la cadena de la vida prosiguiera su círculo infinito de vida-muerte-vida. Ni siquiera a cien yardas pudo distinguir lo que comían: había demasiados buitres en el banquete. Probablemente un ciervo o un antílope mocho, pensó, por la cantidad de pájaros y por la manera en que subían y bajaban sus cabezas calvas y rojizas, consumiendo la criatura que la Madre Naturaleza había reclamado para sí. ¿De qué morían los antílopes? se preguntó Kirk. ¿De un ataque cardíaco? ¿De un derrame cerebral? ¿De cáncer? Sería interesante averiguarlo dentro de unos años, tal vez convendría que un médico del proyecto le practicara una autopsia a alguno... si lograba llegar antes que los buitres. Porque esos carroñeros, pensó con una sonrisa, eran especialistas en devorar evidencia. A las cincuenta yardas se detuvo en seco. Lo que estaban comiendo tenía puesta una camisa a cuadros. Azuzó a su caballo. A las diez yardas los buitres advirtieron su presencia: primero giraron ofuscados sus odiosas cabezas rojizas y sus crueles ojos negros, luego se alejaron dando saltitos, luego, finalmente, alzaron vuelo.

—Oh, mierda —musitó Maclean cuando logró acercarse. Le habían desgarrado el cuello, dejando parcialmente expuesta la columna vertebral, y en algunos sectores habían destrozado la camisa con sus picos poderosos. La cara también estaba destrozada, faltaban los ojos y la mayor parte de la carne y la piel, pero el cabello estaba intacto y...

—Dios mío... ¿Foster? ¿Qué te pasó, hermano? —tuvo que acercarse más para ver el pequeño orificio rojo en el centro de la camisa oscura. No desmontó. El hombre estaba muerto y, aparentemente, lo habían matado de un disparo. Miró a su alrededor y vio las huellas de uno o dos caballos... probablemente dos, decidió. Retrocedió un poco y decidió volver al galope al edificio del proyecto. Tardó quince minutos. La cabalgata dejó rendido al corcel y tembloroso al jinete. Desmontó de un salto, subió al Hummer y fue a buscar a John Killgore.

La sala era esencialmente indescriptible a ojos de Chávez. Un montón de cañerías, de acero y de plástico, y una bomba en funcionamiento. El sistema de niebla refrigerante se había puesto en marcha hacía unos minutos, y lo primero que pensó Chávez fue: *¿y si el virus ya*

está en el sistema... yo acabo de pasar bajo los rociadores, y si ya respiré la maldita cosa?

Pero allí estaba, y si ése fuera el caso... pero no, John le había dicho que el envenenamiento tendría lugar mucho más tarde, y se suponía que el ruso sabía lo que estaba pasando allí. Uno debía confiar en sus fuentes de inteligencia. Simplemente tenía que hacerlo. La información de inteligencia equivalía a la vida o la muerte en este negocio.

Noonan se agachó a mirar el recipiente de cloro que pendía sobre las cañerías.

—Parece un producto de fábrica, Ding —dijo convencido—. Ya veo cómo lo colocan. Apagan este motor —lo señaló—, cierran esta válvula, retiran el recipiente con una llave como la que está en la pared, colocan el nuevo, reabren la válvula y encienden el motor de la bomba. Se puede hacer en treinta segundos, tal vez menos. Bum, bum, bum... y listo.

—¿Y si ya lo hubieran hecho? —preguntó Chávez.

—En ese caso estamos fritos —replicó Noonan—. Espero que tu inteligencia sea óptima, socio.

La niebla tenía un ligero olor a cloro, pensó Chávez esperanzado, como el agua de las ciudades norteamericanas, y el cloro se usaba para matar gérmenes. Era el único elemento, además del oxígeno, que soportaba la combustión ¿verdad? Lo había leído en alguna parte.

—¿Qué opinas, Tim?

—Opino que la idea tiene lógica, pero es una operación *infernalmente grande* para cualquiera, y además... ¿quién carajo querría hacer algo semejante, Ding? ¿Y *por qué*, por el amor de Dios?

—Supongo que tendremos que averiguarlo. Pero por ahora nos dedicaremos a vigilar esta cosa como si fuera el aparato más valioso de este jodido mundo. OK —Ding miró a sus hombres—. George y Homer se quedarán aquí. Si quieren mear, abren tranquilamente sus braguetas y mean en el suelo —Había una rejilla, afortunadamente—. Mike y yo estaremos afuera. Tú también andarás cerca, Tim. Nos comunicaremos por radio. Dos horas adentro, dos horas afuera, pero jamás nos alejaremos más de cincuenta yardas de este lugar. ¿Preguntas?

—No —dijo el sargento Tomlinson en nombre de todos—. ¿Si alguien entra y pretende meter mano en esto...?

—Ustedes se lo impiden, como sea. Y piden ayuda por radio.

—Entendido, jefe —dijo George. Homer asintió.

Chávez y los otros dos salieron. El estadio se había llenado, la gente quería ver el comienzo de la maratón... ¿y luego qué? se preguntó Ding. ¿Se quedarían allí sentados y esperarían tres horas? No, dos horas y media. Las maratones solían durar eso, ¿no? Veintiseis millas. Cuarenta y cuatro kilómetros aproximadamente. Un largo camino para recorrer, una distancia aterradora incluso para él, admitió Chávez para sus adentros. Una distancia más adecuada para un helicóptero o un camión que para un hombre... o una mujer, por qué no. Caminaron hasta una de las rampas y se quedaron mirando la televisión.

Los corredores ya estaban en la línea de partida. Los periodistas

nombraban a los favoritos, e incluso ofrecían la biografía sucinta de algunos. El comentarista australiano discutía la importancia del evento, destacaba a los favoritos y dirimía las apuestas. Aparentemente el elegido era un keniano, aunque un estadounidense había batido el récord de maratón de Boston por medio minuto el año anterior —evidentemente un margen importante en ese tipo de carrera—. También había un holandés de treinta años entre los favoritos. Treinta años y competía en las Olimpiadas, pensó Chávez. Bravo por él.

—Comando a Tomlinson —dijo por radio.

—Aquí estoy, Comando. Sin novedad en el frente, excepto el ruido de esta maldita bomba. Te llamaré en cuanto pase algo, cambio.

—OK, Comando fuera.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Mike Pierce.

—Esperar. Merodear y esperar.

—Si usted lo dice, jefecito —respondió Pierce. Todos sabían esperar, aunque a ninguno le gustaba.

—Dios santo —farfulló Killgore—. ¿Estás seguro?

—¿Quieres ir a ver? —preguntó acaloradamente Maclean. Luego comprendió que de todos modos tendrían que ir a recoger el cuerpo para enterrarlo como correspondía. Ahora comprendía las costumbres funerarias occidentales. Era horrible ver a los buitres despedazar un cadáver de ciervo. Pero verlos devorar el cuerpo de un ser humano que uno conocía era intolerable, por mucho amor que uno sintiera por la naturaleza y sus emisarios.

—¿Dices que le dispararon?

—Así parece.

—Grandioso —Killgore levantó el teléfono—. Bill, soy John Killgore. Encontrémonos en el *lobby* principal ahora mismo. Tenemos un problema. ¿OK? Bueno —colgó el teléfono y se levantó—. Vamos —le dijo a Maclean.

Henriksen llegó al *lobby* de la residencia dos minutos después que ellos, y los tres juntos fueron en un Hummer a buscar el cadáver. Nuevamente hubo que espantar a los buitres. Henriksen, ex agente del FBI, se acercó a mirar lo que quedaba de Hunnicutt. Era lo más desagradable que había visto en su vida, a pesar de su carrera detectivesca.

—Le dispararon en el pecho, sí —dijo en primer lugar—. Una bala grande, directo al corazón —la herida habría sorprendido a Hunnicutt, pensó, aunque casi no le quedaba cara para demostrarlo. El cuerpo estaba lleno de hormigas. Maldición, pensó Henriksen, dependía de ese tipo para la seguridad perimetral del proyecto. Alguien había asesinado a un miembro importante del proyecto. ¿Pero quién?

—¿Quién más solía andar con Foster? —preguntó.

—El ruso, Popov. Salíamos a cabalgar los cuatro juntos —respondió Maclean.

—Eh —dijo Killgore—. Los dos caballos estaban afuera esta ma-

ñana, Jeremiah y Buttermilk estaban en el corral. Sin montura y...

—Aquí están la montura y las riendas —dijo Henriksen. Se había alejado unos metros del cadáver—. OK, alguien mató a Hunnicutt y luego le sacó los aperos al caballo... OK, para que nadie viera un caballo con montura y sin jinete. Hay un asesino entre nosotros, muchachos. Vayamos a buscar a Popov ahora mismo. Tengo que hablar con él. ¿Alguien lo vio últimamente?

—Esta mañana no bajó a desayunar como todos los días —reveló Killgore—. Desde hace una semana desayunamos juntos y luego salimos a cabalgar. Le gusta.

—Sí —confirmó Maclean—. Salíamos los cuatro juntos. ¿Cree que él...?

—Todavía no creo nada. OK, carguemos el cuerpo en el Hummer y regresemos. ¿Me das una mano con esto, John?

Esto era una manera más bien fría de aludir a un colega muerto, pensó Killgore. Pero asintió.

—Claro, no creo que pese demasiado.

—OK, encárgate de los pies —dijo Bill. Se agachó y trató de evitar los sectores devorados por los buitres. Veinte minutos después estaban de vuelta en el complejo. Henriksen subió al cuarto de Popov en el cuarto piso y utilizó su llave maestra para entrar. Nada. La cama estaba intacta. Tenía un sospechoso. Popov había matado a Hunnicutt, probablemente. ¿Pero por qué? ¿Y dónde diablos se había metido ese ruso miserable?

Tardaron media hora en revisar todo el complejo. El ruso se había evaporado de la faz de la Tierra. Tenía lógica, ya que el Dr. Killgore había encontrado su caballo suelto esa misma mañana. OK, pensó el ex agente del FBI. Popov había asesinado a Hunnicutt y escapado. ¿Pero a dónde? Probablemente habría cabalgado hasta la interestatal y pedido que lo llevaran, o tal vez habría caminado hasta la parada de ómnibus. Estaban a sólo veinte millas del aeropuerto regional, y desde allí el miserable podría haber viajado a Australia por ejemplo. Henriksen estaba descorazonado. ¿Qué motivos habrían impulsado a Popov a hacerlo?

—¿John? —le preguntó a Killgore—. ¿Qué sabía Popov?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué sabía sobre el proyecto?

—No mucho. Brightling no lo informó demasiado, ¿verdad?

—No. OK. ¿Qué sabía Hunnicutt?

—Carajo, Bill. Foster lo sabía todo.

—OK, entonces pensamos que Popov y Hunnicutt salieron a cabalgar anoche. Hunnicutt aparece muerto y Popov desaparece. Ahora bien, ¿Hunnicutt podría haberle dicho a Popov de qué se trata el proyecto?

—Supongo que sí —confirmó Killgore.

—Entonces, Popov se entera, le quita el revólver a Foster, lo mata, y escapa.

—¡Dios santo! ¿Crees que podría...?

—Sí, podría. Carajo, hermano, cualquiera *podría*.

—Pero le inoculamos la vacuna B. ¡Yo mismo se la inyecté!

—Ah, bueno —comentó Bill Henriksen. *Oh, mierda*, pensó. *¡Wil Gearing iniciará hoy la Fase Uno!* Como si pudiera olvidarlo. Tendría que hablar inmediatamente con Brightling.

Ambos doctores Brightling se encontraban en el penthouse, en el último piso de la residencia, observando la pista que ya alojaba cuatro Gulfstreams V. La noticia que les transmitió Henriksen no les agradó a ninguno de los dos.

—¿Es peligroso esto? —preguntó John.

—Potencialmente es muy peligroso —tuvo que admitir Bill.

—¿Cuánto falta para...?

—Cuatro horas, tal vez menos —replicó Henriksen.

—¿Él lo sabe?

—Es posible, pero no estamos seguros.

—¿Dónde pudo haber ido? —preguntó Carol Brightling.

—Carajo, no lo sé... a la CIA, al FBI. No sé. Popov es un agente secreto profesional. En su lugar, yo iría a la embajada rusa en Washington y hablaría con el *resident*. Ellos le creerían, pero los husos horarios y la burocracia trabajan a nuestro favor. La KGB no puede hacer *nada* rápido, Carol. Pasarán horas tratando de asimilar lo que les diga Popov.

—OK. Entonces, ¿procedemos? —preguntó John Brightling.

Gesto afirmativo.

—Sí, creo que sí. Llamaré a Wil Gearing para confirmar la orden, ¿les parece bien?

—¿Podemos confiar en *él*? —preguntó John.

—Creo que sí, sí... diablos, por supuesto que sí. Hace años que está con nosotros. Es *parte* del proyecto. Si no pudiéramos confiar en él ya estaríamos en la cárcel. Conoce los protocolos de experimentación en Binghamton y nadie interfirió con eso, ¿recuerdan?

John Brightling se respaldó en su sillón.

—¿Dices que podemos relajarnos?

—Sí —dició Henriksen—. Mira, aunque todo fracasara estamos cubiertos, ¿no? Sacamos la vacuna B en lugar de la A y nos transformamos en salvadores de la asquerosa raza humana. Nadie podrá vincularnos con las personas desaparecidas a menos que alguien hable, y siempre habrá maneras de solucionarlo. No hay evidencia física de que hayamos hecho nada malo... por lo menos nada que no podamos destruir en cuestión de segundos, ¿verdad?

Esa parte había sido pensada cuidadosamente. Todos los recipientes del virus Shiva estaban a dos minutos a pie de los incineradores, tanto allí como en Binghamton. Los cuerpos de los sujetos de experimentación eran ceniza. *Había* personas que sabían lo que había pasado, pero si a alguno se le ocurría hablar con las autoridades quedaría vinculado automáticamente a un asesinato masivo... Además, tenían

ejércitos de abogados que los escudarían durante los interrogatorios. Sería un momento difícil para todos los involucrados, pero no insuperable.

—OK —John Brightling miró a su esposa. Habían trabajado demasiado duro y demasiado tiempo para echarse atrás. Ambos habían tolerado una dolorosa separación para servir al amor que sentían por la naturaleza, y habían invertido tiempo y enormes sumas de dinero en el proyecto. No, no podían echarse atrás. Y si ese ruso hablaba —no sabían con quién—, aun así, ¿alguien podría detener el proyecto a tiempo? Casi imposible. El marido-médico-científico intercambió una rápida mirada con su esposa-científica y luego ambos miraron a su director de Seguridad.

—Dile a Gearing que proceda, Bill.

—OK, John —Henriksen se puso de pie y fue a su oficina.

—Sí, Bill —dijo el coronel Gearing.

—No hay problema. Proceda tal como planeamos y llámeme para confirmar que la encomienda fue entregada de acuerdo con lo previsto.

—OK —replicó Gearing—. ¿Tengo que hacer algo más? Tengo mis propios planes, sabe.

—¿Por ejemplo? —preguntó Henriksen.

—Mañana volaré al norte, voy a pasar unos días buceando en los arrecifes de coral.

—¿Ah, sí? Bueno, tenga cuidado con los tiburones hambrientos.

—¡No lo dude! —fue la risueña respuesta. La línea quedó en punto muerto.

OK, pensó Bill Henriksen. *Está decidido*. Podía confiar en Gearing. Estaba seguro. Se había integrado al proyecto luego de pasarse la vida envenenando el planeta y también conocía las restantes actividades de la organización. Si hubiera querido hablar, jamás habrían llegado tan lejos. Pero ojalá que ese rusito chupapijas no hubiera desaparecido. ¿Qué podía hacer al respecto? Reportar el asesinato de Hunnicutt a la policía local y señalar a Popov/Serov como el probable asesino? ¿Valía la pena hacerlo? ¿Cuáles eran las posibles complicaciones? Bueno, Popov podía vomitar todo lo que sabía (mucho o poco), pero ellos podían decir que era un ex KGB que actuaba extrañamente, que había hecho algunos trabajos para Horizon Corporation, sí, pero Dios santo... ¿instigar atentados terroristas en Europa? ¡Por favor! Ese tipo es un asesino de imaginación exaltada que acaba de inventar una mentira para disimular un asesinato a sangre fría cometido aquí mismo, en Estados Unidos... ¿Funcionaría? Tal vez, decidió Henriksen. Podía funcionar, y de ese modo sacarían al bastardo del juego. Para siempre. Que dijera lo que se le antojara, ¿qué evidencia física tenía para probarlo? Ninguna. Absolutamente ninguna.

Popov se sirvió un vaso de Stolichnaya. El FBI había tenido la gentileza de comprarle una botella en la despensa de la esquina. Ya había bebido cuatro vasos. La bebida lo ayudaba a pensar mejor.

—Y bien, John Clark. Estamos esperando.

—Sí, estamos esperando —admitió Rainbow Six.

—¿Quiere preguntarme algo?

—¿Por qué me llamó a mí?

—Porque nos habíamos visto antes.

—¿Dónde?

—En su edificio, en Hereford. Estuve allí con el plomero.

—Me preguntaba cómo había hecho para reconocermelo —admitió Clark, bebiendo su cerveza—. Son muy pocos los que me conocen del otro lado de la Cortina de Hierro.

—¿Ya no quiere matarme?

—Lo pensé más de una vez —replicó Clark, mirándolo directo a los ojos—. Pero supongo que tiene escrúpulos después de todo, y si me está mintiendo... bueno, en ese caso usted mismo deseará estar muerto.

—¿Su esposa y su hija están bien?

—Sí, y también mi nieto.

—Qué bueno —proclamó el ruso—. Esa misión fue desagradable. ¿Usted tuvo misiones desagradables en su carrera, John Clark?

El estadounidense asintió.

—Sí, algunas.

—¿Entonces comprende?

No es lo que tú piensas, imbécil, pensó Rainbow Six. Pero eligió otra respuesta.

—Sí, supongo que comprendo, Dimitri Arkadeyevich.

—¿Cómo averiguó mi nombre? ¿Quién se lo dijo?

La respuesta le cayó como un balde de agua helada.

—Sergey Nikolayevich y yo somos viejos amigos.

—Ah —atinó a decir Popov, sin desmayarse. ¿Su propia agencia lo había traicionado? ¿Cómo era posible?

—Aquí tiene —dijo Clark, pasándole una pila de fotocopias. Parecía que le hubiera leído la mente—. Lo tienen en muy buen concepto.

—No lo suficiente —replicó Popov, sin poder recuperarse de la impresión de estar viendo un archivo que jamás había visto antes.

—Bueno, el mundo cambió ¿no le parece?

—No tanto como yo esperaba.

—Quiero preguntarle algo.

—¿Sí?

—El dinero que le entregó a Grady, ¿dónde está?

—En lugar seguro, John Clark. Todos los terroristas que conozco se han transformado en capitalistas en lo que respecta al dinero, pero gracias a sus hombres, los que contacté ya no tendrán necesidad de él, ¿no le parece? —preguntó el ruso retóricamente.

—Cerdo codicioso —comentó Clark con una semi sonrisa.

La carrera empezó puntualmente. Los espectadores aplaudieron a los maratonistas, quienes dieron la primera vuelta al estadio y luego desaparecieron por el túnel rumbo a las calles de Sydney, de las que regresarían dentro de dos horas y media aproximadamente. En el interín, sus progresos serían transmitidos por Jumbotron a todo el estadio y por televisión a las rampas y otras áreas. Los camiones de televisión avanzaban delante de los corredores. El keniano Jomo Nyreiry llevaba la delantera, seguido por el estadounidense Edward Fulmer y el holandés Willem terHoost. El espectacular trío superaba por diez metros al siguiente grupo de corredores.

Como la mayoría de la gente, Wil Gearing seguía la maratón por televisión mientras empacaba. Mañana alquilaría un buen equipo de buceo, pensó el ex coronel del ejército, y se dirigiría a la mejor zona de buceo del mundo... sabiendo que la polución oceánica que estaba destruyendo el más bello de los medioambientes pronto llegaría a su fin. Guardó prolijamente toda su ropa en dos valijas Tumi y las dejó junto a la puerta. Mientras él estuviera buceando, las víctimas ignorantes de la plaga volarían a sus casas en distintos lugares del mundo sin saber lo que estaban propagando. Se preguntó cuántos morirían en la Fase Uno del proyecto. Las proyecciones de la computadora indicaban de seis a treinta millones, pero Gearing consideraba esas cantidades sumamente conservadoras. Cuantos más murieran mejor, obviamente... porque en ese caso la gente suplicaría que le dieran la vacuna A, acelerando así su propia muerte. La clave de la cosa residía en que si los receptores desarrollaban anticuerpos Shiva, la vacuna podría explicarlo... ya que la A era una vacuna con virus vivo, como todos sabrían. Sólo que un poco más vivos de lo necesario. Pero cuando se dieran cuenta, sería demasiado tarde.

En Nueva York era diez horas más tarde. Clark, Popov, Sullivan y Chatham estaban mirando la cobertura televisiva de los Juegos Olímpicos, como millones de estadounidenses. No podían hacer otra cosa. Todos estaban bastante aburridos (no eran maratonistas) y los pasos de los corredores líderes eran siempre iguales, como eslabones de una cadena perfecta.

—Debe ser horrible correr con tanto calor —comentó Sullivan.

—No es divertido —coincidió Clark.

—¿Alguna vez corrió una carrera de esta clase?

—No —negó con la cabeza—. Pero he corrido mucho en mi vida, principalmente en Vietnam. Allí también hacía mucho calor.

—¿Estuvo en Vietnam? —se interesó Popov.

—Un año y medio. En el Tercer SOG... Grupo de Operaciones Especiales.

—¿Haciendo qué?

—Principalmente miraba e informaba. También participé en algunas operaciones serias... ataques aéreos, asesinatos, esas cosas. En fin, eliminar gente que no nos gustaba —habían pasado treinta años, pensó John. Treinta años. Había consagrado su juventud a un conflicto bélico, y sus mejores años a otro, y ahora, al acercarse a la vejez dorada, ¿qué diablos haría? ¿Sería posible lo que les había dicho Popov? Parecía tan irreal, pero el episodio del Ébola había sido más real que la mierda. Recordaba haber volado por el mundo por culpa de ese virus, y recordaba la noticia que había sacudido a su país hasta los cimientos... y recordaba la terrible venganza de Estados Unidos. Más que nada, recordaba haber estado con Ding Chávez en un techo de Teherán y haber dirigido dos bombas inteligentes contra el responsable de aquella desgracia, aplicando por primera vez la nueva doctrina del presidente. Pero si esto era real, si este “proyecto” que Popov les había contado era tal como él decía, ¿qué haría su país al respecto? ¿El tema podría resolverse por vía legal o no? ¿Esa gente podría ser juzgada? Si no, entonces... ¿qué? Las leyes no habían sido escritas para crímenes de semejante magnitud, y el juicio sería un circo horrendo que propagaría noticias que harían temblar al mundo hasta sus cimientos. Que una corporación tuviera el poder de hacer cosas como ésa...

Clark tuvo que admitir que su mente no se había expandido lo suficiente para abarcar la totalidad de la idea. Había actuado en respuesta a ella, pero en realidad no la había aceptado. Era un concepto demasiado monstruoso.

—Dimitri, ¿por qué dijo que estaban haciendo esto?

—Son druidas, John Clark, veneran la naturaleza como si fuera un dios. Dicen que los animales son dueños de los lugares, no así los humanos. Dicen que quieren restaurar la naturaleza... y para eso están dispuestos a matar a toda la humanidad. Es una locura, lo sé, pero es lo que me dijeron. En mi cuarto en Kansas encontré videos y revistas que proclaman esas creencias. No sabía que existía gente así. Dicen que la naturaleza nos odia, que el planeta nos odia por lo que nosotros (los hombres) hemos hecho. Pero el planeta no tiene mente y la naturaleza no tiene voz para hablar. No obstante, ellos creen que sí las tienen. Es asombroso —concluyó el ruso—. Es como si hubiera descubierto un nuevo movimiento religioso, demencial y fanático, cuyos dioses exigen nuestra muerte, el sacrificio humano o como demonios quiera llamarlo —agitó las manos, frustrado por su incapacidad de comprenderlo.

—¿Sabemos qué aspecto tiene este tipo Gearing? —preguntó Noonan.

—No —dijo Chávez—. Nadie me dijo cómo es. Supongo que el coronel Wilkerson lo conoce, pero no quiero preguntarle.

—Dios santo, Ding, ¿cómo puede ser *posible*?

—Supongo que lo sabremos en unas horas, viejo. Sé que algo parecido ocurrió una vez, y sé que John y yo eliminamos al bastardo respon-

sable. En cuanto al aspecto técnico, tendría que preguntarle a Patsy. No sé nada de biología. Ella sí.

—Dios —concluyó Noonan, mirando la entrada a la sala de la bomba. Los tres se acercaron a un concesionario y compraron vasos de medio litro de Coca-Cola. Luego se sentaron a vigilar la puerta pintada de azul. La gente pasaba todo el tiempo, pero nadie se acercaba.

—¿Tim?

—¿Sí, Ding?

—¿Podrías arrestar a este tipo?

Noonan asintió.

—Creo que sí. La conspiración para cometer el asesinato se originó en Estados Unidos y el sujeto es ciudadano estadounidense, de modo que sí, podría arrestarlo. Incluso podría ir un paso más allá. Si lo raptamos y lo llevamos a Estados Unidos... bueno, a las cortes les importa un bledo cómo llegan los acusados al banquillo. Lo importante es que lleguen a ser juzgados, sabes.

—¿Cómo diablos haremos para sacarlo del país? —se preguntó Chávez. Activó su teléfono celular.

Clark levantó el tubo del STU-4. El sistema encriptado de Ding tardó cinco segundos en entrar al suyo. Finalmente, la voz de la computadora anunció *Línea segura*, seguida por dos bips.

—¿Hola?

—John, soy Ding. Tengo una pregunta.

—Dispara.

—Si atrapamos a este tipo Gearing, ¿qué hacemos con él? ¿Cómo lo llevamos de regreso a Estados Unidos?

—Buena pregunta. Déjame pensarlo.

—Bueno —Línea muerta. Lo más lógico era llamar a Langley, pero, lamentablemente, el DCI no estaba en su oficina. La llamada fue desviada inmediatamente a su domicilio particular.

—¿Qué carajo está pasando allá, John? —preguntó Ed Foley desde la cama.

Clark le dijo todo lo que sabía. Tardó aproximadamente cinco minutos.

—Tengo a Ding vigilando el único lugar donde pueden hacerlo y...

—Dios santo, John, ¿la cosa va en serio? —preguntó Foley. Apenas podía respirar.

—Lo sabremos cuando ese tipo Gearing se aparezca con el recipiente del virus, supongo —replicó Clark—. Si lo hace, ¿cómo regresarán Ding, sus hombres y Gearing al país?

—Déjame pensarlo. ¿Cuál es tu número? —John se lo dijo y Foley lo anotó en un papel—. ¿Hace cuánto te enteraste de esta locura?

—Menos de dos horas. El ruso está aquí conmigo. Estamos en una casa segura del FBI en Nueva York.

—¿Carol Brightling está implicada en esto?

—No estoy seguro. Su ex marido está metido hasta las pelotas —respondió Clark.

Foley cerró los ojos y pensó.

—Sabes, hace poco me llamó y me preguntó por ustedes. Ella consiguió las nuevas radios de E-Systems. Habló conmigo como si estuviera absolutamente al tanto de la existencia del Rainbow.

—No está en mi lista, Ed —señaló Clark. Él había aprobado personalmente a todas las personas con acceso a Rainbow.

—Sí, veré de qué se trata. OK, déjame averiguar un par de cosas. Volveré a llamarte.

—Buena —Clark cortó la comunicación—. Tenemos un tipo del FBI con el equipo de Sydney —les dijo a los demás.

—¿Quién es? —preguntó Sullivan.

—Tim Noonan. ¿Lo conocen?

—¿Hacía apoyo técnico en el CRR?

Clark asintió.

—El mismo.

—Escuché hablar de él. Supuestamente es muy eficaz.

—Lo es. Nos salvó la vida en Hereford, probablemente salvó a mi esposa e hija también.

—Entonces... él podría arrestar a ese topo Gearing. Legalmente, quiero decir.

—Sabe, nunca me preocupó demasiado imponer la ley... generalmente impongo la política, pero no la ley.

—Supongo que las cosas son distintas en la CIA, ¿eh? —preguntó Sullivan con una sonrisa. El factor James Bond jamás desaparecía del todo, ni siquiera con la gente más avezada.

—Sí, un poco.

Gearing salió del hotel con una mochila al hombro (como la mayoría de la gente) y le hizo señas a un taxi. La maratón terminaría dentro de media hora. Se descubrió mirando (con mirada no exenta de piedad) a la gente que llenaba las aceras. Los australianos parecían un pueblo amistoso y lo que había visto del país era sumamente agradable. Se preguntó por los aborígenes, por lo que podría pasarles, y también por los bosquimanos del desierto de Kalahari y otras tribus del mundo, tan apartadas de la vida normal que no quedarían expuestas al virus Shiva bajo ningún concepto. Si el destino les sonreía, mejor. Esa clase de gente no dañaba la naturaleza per se. Además, eran demasiados pocos para causar daño aunque quisieran. Pero no querían, adoraban los árboles y el trueno tal como lo hacían los miembros del proyecto. ¿De ser más numerosos habrían presentado problemas? Probablemente no. Los bosquimanos podrían dispersarse, pero sus costumbres les impedirían modificar el carácter esencial de la tribu, y, aunque aumentarían en número, probablemente no resultarían peligrosos. Lo mismo pasaría con los aborígenes australianos. No quedaban muchos desde la llegada

de los europeos, después de todo, y habían tenido milenios para asolar el continente. Entonces... el proyecto perdonaría muchas vidas, ¿no? La idea de que Shiva sólo mataría a los enemigos de la naturaleza consoló vagamente al coronel retirado. Dejó de preocuparse por la gente que veía por la ventanilla del taxi.

El taxi frenó en la parada del estadio. Pagó la tarifa (más una generosa propina), bajó y se dirigió a la enorme estructura de concreto. Al llegar a la entrada mostró su pase de seguridad. Empezó a sentir escalofríos. Probaría su vacuna B de manera muy inmediata, primero al liberar el virus Shiva en el sistema de niebla refrigerante y luego al respirar las mismas nanocápsulas que los miles de turistas allí reunidos. Si la vacuna B no funcionaba, se estaría autocondenando a una muerte espantosa... pero siempre lo había sabido. Valía la pena correr el riesgo.

—Ese holandés es muy resistente —dijo Noonan. Willem terHoost llevaba la delantera marcando el ritmo. Probablemente batiría un nuevo récord a pesar de las condiciones climáticas. El calor había eliminado a muchos corredores. Muchos de ellos aminoraban la marcha para beber un refresco y algunos pasaban bajo las duchas para refrescarse, aunque los comentaristas decían que el agua endurecía los músculos de las piernas y por lo tanto era nociva para los maratonistas. No obstante, la mayoría buscaba un alivio momentáneo o aceptaba vasos de agua helada.

—Autoabuso —dijo Chávez. Miró el reloj y habló por radio—. Comando a Tomlinson.

—Aquí estoy, jefe —oyó Chávez.

—Vamos a relevarlos.

—Entendido, todo bien por aquí, jefe —replicó el sargento desde la sala cerrada.

—Vamos —Ding se levantó, seguido por Pierce y Noonan. Estaban a pocos metros de la puerta azul. Hizo girar el picaporte y entraron.

Tomlinson y Johnston se habían ocultado en las sombras, en el extremo opuesto. Recién salieron al reconocer a sus compañeros.

—OK, quédense cerca y manténgase alertas —les ordenó Chávez.

—Entendido —dijo Homer Johnston camino a la puerta. Estaba sediento y planeaba conseguir algo para beber... además de sacudir el ruido de la bomba de sus oídos.

El ruido era perturbador, Chávez pudo comprobarlo en los primeros minutos. No demasiado fuerte, pero sí constante, como un motor de automóvil. Penetraba hasta el límite de la conciencia y no se iba más. El ruido de una colmena, pensó después. Tal vez eso fuera lo más molesto.

—¿Por qué dejamos la luz prendida? —preguntó Noonan.

—Buena pregunta —Chávez apagó la luz. La sala quedó a oscuras, excepto por un hilo de luz que se filtraba bajo la puerta de acero. Fue hasta la pared opuesta y se apoyó contra su dura superficie mientras sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad.

Gearing llevaba puesto un pantalón corto, botas cortas y zócalos. Los locales habían adoptado esa vestimenta para defenderse del calor y a él le resultaba muy cómoda, igual que la mochila y el sombrero liviano. El estadio estaba atestado de fanáticos que anhelaban presenciar las ceremonias de clausura. Muchos de ellos se detenían bajo los rociadores de niebla para aliviarse del opresivo calor. Los meteorólogos locales habían explicado *ad nauseam* cómo la versión local del fenómeno El Niño había afectado el clima global e infligido temperaturas inusualmente altas a su país. Aparentemente, tenían necesidad de disculparse por los horrores climáticos. Gearing estuvo a punto de reírse. ¿Disculparse por un fenómeno natural? Qué ridículo. Avanzó en dirección a su objetivo y pasó junto a Homer Johnston, que bebía pacíficamente su Coca-Cola.

—¿Podría usar algún otro lugar? —preguntó Chávez en la oscuridad, súbitamente preocupado.

—No —replicó Noonan—. Verifiqué el panel al llegar. Todo el sistema de niebla refrigerante del estadio parte de esta sala. Si pasa, pasará aquí.

—Si pasa —repitió Chávez, esperando que no pasara. Si así fuera, buscarían al teniente coronel Wilkerson, averiguarían dónde se alojaba ese tal Gearing, lo llamarían y tendrían una charlita amistosa con él.

Gearing divisó la puerta azul y miró en torno. Los soldados del SAS eran fáciles de detectar si uno conocía su uniforme. Vio dos policías de Sydney caminando por los pasillos, pero ningún hombre de seguridad armado. Hizo una pausa a pocos metros de la puerta. Los nervios habituales de toda misión, pensó. Estaba a punto de hacer algo que no tenía punto de retorno. Se preguntó por milésima vez si realmente quería hacerlo. Estaba rodeado de seres humanos, hombres y mujeres iguales a él, con sueños, esperanzas y aspiraciones... Pero no, esa gente no pensaba lo mismo que él, ¿verdad? No entendían nada, no sabían qué era importante y qué no. No veían a la naturaleza como lo que era, y debido a eso llevaban vidas que sólo apuntaban a lastimarla o incluso a destruirla. Conducían autos que inyectaban hidrocarburos en la atmósfera, usaban químicos que contaminaban el agua, pesticidas que mataban pájaros o les impedían reproducirse, aerosoles que destruían la capa de ozono. Estaban *matando* a la naturaleza con casi todos los actos de sus vidas. No les importaba. Ni siquiera intentaban compren-

der las consecuencias de lo que estaban haciendo, y por lo tanto, no, no tenían derecho a vivir. Su trabajo era proteger a la naturaleza, eliminar la escoria del planeta, restaurar y salvar. Debía hacerlo. Decidido, Wil Gearing avanzó hacia la puerta azul, buscó la llave en su bolsillo y la introdujo en la cerradura.

—Comando, aquí Johnston, ¡tienen compañía! Hombre blanco, shorts kaki, camisa polo roja y mochila —anunció Homer por micrófono. A su lado, el sargento Tomlinson comenzó a caminar en esa dirección.

—Levanten la cabeza —dijo Chávez en la oscuridad. Se veían dos sombras en la rendija de luz. Luego se escuchó el sonido de la llave en la cerradura, y luego otro hilo de luz, esta vez vertical. La puerta se abrió dando paso a una silueta humana... y con la misma rapidez Chávez supo que lo que estaba pasando era real después de todo. Las luces revelarían acaso un monstruo inhumano, algo de otro planeta, o...

... solamente un hombre. Sí, un hombre como ellos. De aproximadamente cincuenta años, cabello entrecano. Un hombre que sabía lo que iba a hacer. Tomó la pinza que colgaba del tablero de la pared, se quitó la mochila, y aflojó las correas que la sujetaban. A Chávez le parecía estar viendo una película, algo separado de la realidad. El hombre apagó el motor de la bomba, poniendo fin al espantoso zumbido. Luego cerró la válvula y llevó la pinza hacia...

—Quieto, compañero —dijo Chávez, emergiendo de las sombras.

—¿Quién es usted? —preguntó sorprendido el hombre. Su cara era transparente. Estaba haciendo algo que no debía. Lo sabía, y ahora alguien más lo sabía.

—Podría hacerle la misma pregunta, salvo que yo sé quién es usted. Wil Gearing. ¿Qué se propone hacer, señor Gearing?

—Simplemente vine a reemplazar el recipiente de cloro del sistema de niebla refrigerante —replicó Gearing aterrado al ver que ese latino conocía su nombre. ¿Cómo era posible? ¿Sería parte del proyecto? ¿Y si no lo era? ¿Entonces qué? Era como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Le dolía todo el cuerpo.

—¿Ah, sí? Vamos a ver, señor Gearing. ¿Tim? —Chávez le indicó a Noonan que revisara la mochila. El sargento Pierce se quedó atrás, la mano apoyada sobre la pistola y los ojos clavados en el visitante.

—Parece normal —dijo Noonan. Si era una imitación, era perfecta. Tuvo la tentación de desenroscar la tapa, pero tenía buenas razones para no hacerlo. Chávez retiró el recipiente de cloro de la bomba.

—A mí me parece que está bastante lleno, compañero. Todavía no hay que reemplazarlo, mucho menos con algo llamado Shiva. Ten mucho cuidado con ese otro, Tim.

—Ni que lo digas —Noonan guardó el recipiente en la mochila de Gearing y ajustó las correas—. Lo haremos revisar. Está arrestado, señor Gearing. Tiene derecho a permanecer callado. Tiene derecho a que

haya un abogado presente durante el interrogatorio. Si no puede pagar un abogado, nosotros le pondremos uno. Todo lo que diga a partir de ahora podrá ser usado en su contra en el tribunal. ¿Conoce sus derechos, señor?

Gearing estaba temblando. Miró la puerta, preguntándose si podría...

... no, imposible. Tomlinson y Johnston eligieron precisamente ese momento para entrar.

—¿Lo tienen? —preguntó Homer.

—Sí —replicó Ding. Abrió su teléfono celular y llamó a Estados Unidos. Los sistemas encriptados nuevamente cumplieron el proceso de sincronización—. Lo tenemos— le dijo Chávez a Rainbow Six—. Y tenemos el recipiente, o como quieran llamarlo. ¿Como carajo volvemos a casa?

—Hay un C-17 de la Fuerza Aérea en Alice Springs. Los estaré esperando.

—OK, veré si podemos llegar. Hasta luego, John —. Chávez apretó la tecla END y miró a su prisionero—. OK, compañero, vendrás con nosotros. Si cometes una estupidez el sargento Pierce te meterá una bala en la cabeza. ¿No es cierto, Mike?

—Sí, señor, no le quepa duda que lo haré —respondió Pierce con una voz salida de la tumba.

Noonan reabrió la válvula y encendió el motor de la bomba. Luego volvieron al estadio y fueron hasta la parada de taxis. Tomaron dos vehículos hasta el aeropuerto. Allí tuvieron que esperar una hora y media para abordar el 737 que los llevaría a Alice Springs. El vuelo duraría aproximadamente dos horas.

Alice Springs se encuentra en el centro mismo de esa isla continental llamada Australia, cerca de la cadena montañosa Macdonnell. Ciertamente era un lugar bastante extraño para encontrar equipos tecnológicos de última generación, pero allí estaban las enormes antenas de los radares que recibían información de reconocimiento, inteligencia electrónica y satélites de comunicaciones militares. El complejo era operado por la Agencia de Seguridad Nacional, ASN, cuya central se encuentra en Fort Meade, Maryland, entre Baltimore y Washington.

El vuelo de Qantas estaba casi vacío, y al llegar al aeropuerto una camioneta los llevó directamente a la terminal de la USAF, que era sorprendentemente cómoda a pesar del calor.

—¿Usted es Chávez? —preguntó el sargento en el área VIP.

—Así es. ¿Cuándo sale el avión?

—Los están esperando, señor. Venga por aquí.

Subieron a otra camioneta que los llevó a la puerta del avión, donde un sargento uniformado los invitó a subir a bordo.

—¿Adónde vamos, sargento? —preguntó Chávez.

—Primero a Hickam, en Hawaii, señor. Luego a Travis, California.

—Me parece bien. Dígale al piloto que podemos despegar.

—Sí señor —. El jefe de la tripulación lanzó una carcajada, cerró la puerta y fue hacia la cabina de mando.

Ese monstruoso transporte aéreo parecía una caverna móvil, y aparentemente no había más pasajeros a bordo. Gearing no estaba esposado, para decepción de Ding, y se comportaba dócilmente, aunque vigilado de cerca por Noonan.

—Y bien, ¿Quiere que hablemos un poco, señor Gearing? —preguntó el agente del FBI.

—¿Qué tiene para ofrecerme?

Noonan supuso que Gearing tenía que hacer esa pregunta. No obstante, era una señal de debilidad. La respuesta fue fácil:

—Su propia vida, si tiene suerte.

CAPÍTULO 38

RESERVA NATURAL

Era demasiado para Wil Gearing. Nadie le había dicho qué hacer en un caso como ése. Jamás se le hubiera ocurrido que hubiera una falla en la seguridad del proyecto. Su vida estaba amenazada... ¿cómo era posible? Podía cooperar o no. El contenido del recipiente sería analizado de todos modos, probablemente en el USAMRIID de Fort Dietrik, Maryland, y el equipo médico necesitaría apenas unos segundos para averiguar qué era lo que había llevado al estadio olímpico. Y no había manera de explicarlo, ¿verdad? Su vida, sus planes para el futuro, le habían sido arrebatados. Su única opción era cooperar y esperar lo mejor.

Y así, mientras el C-17A Globemaster III ascendía a su altitud crucero, Gearing empezó a hablar. Noonan tenía un grabador en la mano y esperaba que el ruido del motor que invadía el sector de carga no anulara la grabación. Lo más difícil para él fue mantener una expresión neutra. Había escuchado hablar de grupos ecologistas extremistas, gente que pensaba que matar focas bebé en Canadá equivalía a los crímenes de Auschwitz y Treblinka, y sabía que el FBI había seguido algunas de sus acciones, por ejemplo liberar animales de laboratorio de las instituciones médicas o introducir clavos en los árboles para que las empresas madereras desistieran de llevarlos al aserradero, pero jamás había sabido que hicieran cosas más ofensivas que esas. El crimen que ahora tenía entre manos, no obstante, redefinía el sentido de lo “monstruoso”. Y el fervor religioso que lo sustentaba le resultaba completamente ajeno, y por lo tanto difícil de creer. Quería creer que el recipiente de cloro contenía solo cloro, pero sabía que no era así. El recipiente y la mochila estaban ahora en un envase plástico sellado y atado a un asiento, bajo la mirada vigilante del sargento Mike Pierce.

—Todavía no llamó —observó John Brightling luego de mirar su reloj. Las ceremonias de clausura habían comenzado. El director del Comité Olímpico Internacional estaba a punto de dar su discurso, convocando a la juventud del mundo a los próximos juegos. Luego tocaría la orquesta y se extinguiría la Antorcha Olímpica... tal como se extinguiría la mayor parte de la humanidad. Ambos acontecimientos presentaban la misma pátina de tristeza, pero también la misma inevitabi-

lidad. No habría próxima Olimpiada y la juventud del mundo no tendría vida para asistir a la convocatoria...

—Probablemente está mirando la clausura por televisión, John. Dale un poco de tiempo —aconsejó Bill Henriksen.

—Si tú lo dices —Brightling abrazó a su esposa y trató de relajarse. En ese mismo momento, la gente que caminaba por el estadio estaba absorbiendo las nanocápsulas portadoras del Shiva. Bill tenía razón. Nada podía haber fallado. Veía un nuevo paisaje en su mente. Calles y autopistas vacías, granjas ociosas, aeropuertos cerrados. Los árboles prosperían libres de sierras y hacheros. Los animales asomarían sus narices, preguntándose acaso dónde estarían los ruidos y las criaturas de dos patas. Las ratas y otros carroñeros estarían de fiesta. Perros y gatos recuperarían sus instintos primordiales y sobrevivirían o no, según dictaran las circunstancias. Herbívoros y predadores se verían aliviados de las presiones de la caza. Las trampas venenosas instaladas en la jungla seguirían matando, pero eventualmente se acabaría el veneno y dejarían de matar animales odiados por los granjeros y otros seres inferiores. Este año no habría asesinatos masivos de focas bebé para quitarles su adorable pelaje blanco. Este año renacería el mundo... y si eso requería un acto de extrema violencia, para aquellos que tenían cerebro y estética valía la pena pagar el precio. Era como una religión para Brightling y su gente. Seguramente tenía todos los componentes de una religión. Adoraban el gran sistema colectivo de vida denominado naturaleza. Luchaban por ella porque sabían que ella los amaba y nutría. Así de simple. La naturaleza era para ellos, si no una persona, una idea abarcativa que contenía y conformaba todo lo que amaban. No eran los primeros que consagraban sus vidas a una idea, ¿verdad?

—¿Cuánto falta para Hickam?

—Otras diez horas, según el jefe de tripulación —dijo Pierce mirando su reloj—. Es como estar de vuelta en el Ocho-Dos. Lo único que me falta es el paracaídas, Tim —le dijo a Noonan.

—¿Cómo?

—Destacamento Octogésimo-Segundo, Fort Bragg, mi primer amor. Allá vamos, nena —explicó Pierce. Extrañaba los saltos en paracaídas, algo que la gente de operaciones especiales no hacía. Bajar en helicóptero era más organizado e infinitamente más seguro, pero no producía remolinos en la sangre como saltar del avión con los compañeros—. ¿Qué opinas de lo que pensaba hacer este tipo? —preguntó Pierce, señalando a Gearing.

—Me resulta difícil de creer.

—Sí, ya sé —coincidió Pierce—. Me gustaría creer que nadie está tan loco. Es demasiado para mi pobre cerebro, viejo.

—Sí —replicó Noonan—. También para el mío.

Sintió el peso del mini grabador en el bolsillo de su camisa y se

preguntó por la información que contenía. ¿La confesión entraría dentro de los parámetros legales? Le había “leído sus derechos” al miserable y él había dicho conocerlos, pero cualquier abogado más o menos competente intentaría desbaratar su estrategia diciendo que, dado que estaban a bordo de un avión militar lleno de hombres armados, las circunstancias habían sido particularmente coercitivas... Y acaso el juez estaría de acuerdo. También podría estar de acuerdo con que el arresto había sido ilegal. Pero todo eso no tenía la menor importancia comparado con el resultado. Si Gearing había dicho la verdad, su arresto había salvado millones de vidas... Fue al compartimento de la radio, entró al sistema seguro y llamó a Nueva York.

Clark estaba dormido cuando sonó el teléfono. Aferró el tubo y gruñó:

—Hola —el sistema de seguridad todavía estaba operando. Finalmente anunció línea segura—. ¿Qué pasa, Ding?

—Soy Tim Noonan, John. Tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué piensas hacer cuando lleguemos allí? Tengo grabada la confesión de Gearing, completa, tal como le pediste a Ding hace unas horas. Palabra por palabra, John. ¿Qué hacemos ahora?

—Todavía no lo sé. Probablemente tendremos que hablar con el director Murray, y también con Ed Foley de la CIA. No sé si la ley prevé algo tan grande como esto. Tampoco sé si queremos darlo a publicidad en la corte, ¿sabes?

—Bueno, sí —admitió Noonan a medio mundo de distancia—. OK, sólo quería saber si lo estaban pensando.

—OK, sí, lo estamos pensando. ¿Algo más?

—Supongo que no.

—Bueno. Seguiré durmiendo, entonces —Clark cortó la comunicación y Noonan regresó al sector de carga. Chávez y Tomlinson no le sacaban los ojos de encima a Gearing. El resto de los hombres intentaban dormir un poco en los crujientes asientos del USAF. Cualquier cosa, con tal de pasar el tiempo en el más aburrido de los aviones. Excepto por los sueños, descubrió Noonan una hora después. No tenían nada de aburrido.

—Todavía no llamó —dijo Brightling cuando el noticiero comenzó a transmitir los momentos más destacados de las Olimpiadas.

—Ya sé —admitió Henriksen—. OK, permíteme hacer un llamado —Se levantó del sillón, sacó una tarjeta de su billetera y marcó el número del celular de un empleado de Global Security destinado en Sydney.

—¿Tony? Habla Bill Henriksen. Necesito que me hagas un favor. Ya. ¿OK...? Bueno. Busca a Wil Gearing y dile que me llame inmediatamente. Él tiene el número... Sí, es ése. Ya mismo, Tony... Sí. Gracias —cortó—. No tardará mucho. No tiene muchos lugares para estar, excepto camino al aeropuerto para volar a la costa. Relájate, John —le

aconsejó Henriksen. Todavía no había empezado a preocuparse. El celular de Gearing podía estar sin batería, podría haberse perdido entre la multitud sin poder conseguir un taxi para volver al hotel, tal vez no hubiera taxis... cualquiera de una vasta cantidad de excusas inocentes.

En Sydney, Tony Johnson cruzó la calle y entró en el hotel de Gearing. Ya conocía la habitación (se habían reunido allí varias veces) y tomó directamente el ascensor. Violar la cerradura sería un juego de niños. Todo era cuestión de meter una tarjeta de crédito entre el marco y la puerta, deslizarla convenientemente y... listo. Ya estaba adentro...

... lo mismo que las valijas de Gearing, apoyadas junto a la puerta espejo deslizante del ropero. Y sobre el escritorio había una carpeta con pasajes a la costa noroeste de Australia, un mapa y algunos folletos sobre los grandes arrecifes de coral. Qué raro. El vuelo de Wil —verificó los pasajes— salía dentro de veinte minutos. Ya debería estar en el avión... y todavía no había salido del hotel. Todo era muy raro. *¿Dónde estás, Wil?* se preguntó Johnson. Luego recordó por qué lo estaba buscando y levantó el teléfono.

—Sí, Tony. Y bien, ¿dónde está nuestro muchachito? —preguntó confiadamente Henriksen. La cara le cambió en el acto—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué más sabes? OK, si averiguas algo más, llámame inmediatamente. Adiós —Colgó el tubo y miró a los otros dos—. Wil Gearing desapareció. No está en su cuarto, pero dejó las valijas y los pasajes. Como si se hubiera caído del planeta.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó Carol Brightling.

—No estoy seguro. Diablos, tal vez lo atropelló un auto en la calle...

—O tal vez Popov vomitó todo lo que sabía y lo atraparon —sugirió John Brightling con nerviosismo creciente.

—Popov ni siquiera sabía su nombre... Hunnicutt no pudo habérselo dicho porque tampoco lo conocía —Pero luego pensó *Oh, mierda, Foster sabía cómo propagaríamos el Shiva, ¿verdad? Oh, no.*

—¿Qué pasa, Bill? —preguntó John, impresionado por la gravedad de su rostro.

—Tal vez tengamos problemas, John —anunció Henriksen.

—¿Qué problemas? —preguntó Carol. Henriksen se explicó y la situación cambió radicalmente—. ¿Estás diciendo que pueden saber...? Henriksen asintió.

—Es posible, sí —admitió.

—Dios mío —exclamó la asesora científica de la presidencia—. Si lo saben, entonces... entonces... entonces...

—Sí —Bill asintió—. Entonces estamos perdidos.

—¿Qué podemos hacer?

—Para empezar, destruir toda la evidencia. Todo el Shiva, todas las vacunas, todos los registros. Todo está en la computadora, así que podremos borrarlo. No tenemos casi nada en papel porque le dijimos a la gente que no imprimiera nada y que destruyera automáticamente todas sus anotaciones manuscritas. Podemos hacerlo desde aquí. Puedo acceder a las computadoras de la compañía desde mi oficina y borrar todos los documentos...

—Están encriptados, todos —señaló John Brightling.

—¿Quieres competir con los “viola códigos” de Fort Meade? Yo no —dijo Henriksen—. No, esos archivos deben desaparecer, John. Mira, la única manera de evitar la cárcel es negarle evidencia a los fiscales. Sin evidencia física no podrán perjudicarte.

—¿Y los testigos?

—Si hay algo que no sirve en este mundo son los testigos presenciales. Cualquier abogado con una pizca de cerebro puede pasarles por encima. No, cuando trabajaba para el FBI quería evidencias palpables, cosas que el jurado pudiera tocar y oler. El testimonio de los testigos oculares es inútil en la corte, a pesar de lo que se ve por TV. OK, voy a mi oficina a deshacerme de esos documentos —Henriksen salió corriendo. Los esposos Brightling quedaron solos.

—Dios mío, John —dijo Carol, alarmada—. Si se enteran, nadie comprenderá...

—¿Comprender que íbamos a matarlos, a ellos y a sus familias? No —admitió secamente su marido—. No creo que Joe Sixpack y Archie Bunker nos comprendan.

—¿Entonces qué haremos?

—Saldremos del país. Volaremos a Brasil con todos los que conozcan la índole del proyecto. Todavía tenemos acceso a nuestro dinero (tengo docenas de cuentas secretas a las que podemos acceder electrónicamente) y probablemente no podrán juzgarnos en la corte si Bill logra borrar todos los archivos de las computadoras. OK, tal vez hayan arrestado a Wil Gearing, pero es uno contra todos y no creo que puedan atraparnos legalmente, en un país extranjero, basándose en el testimonio de una sola persona. Sólo cincuenta personas saben realmente lo que está pasando (todo, quiero decir) y tenemos suficientes aviones para trasladarnos a Manaos.

En su oficina, Henriksen encendió su computadora personal y abrió un archivo encriptado. El archivo contenía los números telefónicos y códigos de acceso a todas las computadoras de Horizon Corporation, más los nombres de los archivos del proyecto. Accedió a ellos por modem, buscó los documentos que debía borrar y los trasladó con el mouse a las latas de basura que eliminaban por completo los archivos en lugar de anular simplemente sus códigos de acceso electrónico. Transpiró al hacerlo y tardó treinta y nueve minutos, pero estaba seguro de haberlos destruido por completo. Chequeó los nombres de los archivos en su lista

y su memoria y luego inició otra búsqueda global, pero no, los archivos habían desaparecido. Bravo.

OK, se preguntó, ¿qué otra cosa podían tener? Podían tener el recipiente de Shiva entregado por Gearing. Ése sería un hueso duro de roer, pero, ¿qué significaba en realidad? Significaría que Gearing estaba portando un arma biológica potencial. Gearing podía decirle al fiscal que provenía de Horizon Corporation, pero ninguno de los que trabajaban en ese sector del proyecto admitiría haberla creado, y por lo tanto, no, no habría evidencias que corroboraran su existencia.

OK, había cincuenta y tres empleados de Horizon y Global Security que conocían el proyecto de principio a fin. El trabajo sobre las vacunas A y B podría explicarse en términos de investigación médica. El virus Shiva y las reservas de vacunas serían quemados en cuestión de horas para borrar toda evidencia física.

Con eso bastaría... Bueno, hasta cierto punto. Todavía tenían a Gearing, y si Gearing hablaba —y hablaría, Henriksen estaba seguro, porque el FBI sabía cómo sacarle información a la gente— podría hacerle la vida muy difícil a Brightling y a un montón de gente, él mismo incluido. Probablemente evitarían la cárcel, pero la vergüenza del juicio público... y las cosas que las revelaciones podrían generar, comentarios casuales entre los miembros del proyecto... Y además estaba Popov, que podía vincularlos a él y a Brightling a atentados terroristas. Pero ellos podían acusar a Popov del asesinato de Foster Hunnicutt, anulando de ese modo su confesión... Pero, indudablemente, lo mejor que podían hacer era desaparecer del mapa. Es decir, viajar a Brasil, al complejo alternativo del proyecto en la jungla de Manaos. Se acuartelarían allí, protegidos por las maravillosamente protectoras leyes de extradición brasileñas y estudiarían la selva tropical... Sí, tenía lógica. Bueno, pensó, tenía la lista de los miembros que conocían la totalidad del proyecto, aquellos que, si el FBI los interrogaba, podrían echarlo todo a perder. Imprimió la lista de los Verdaderos Creyentes y guardó las páginas en el bolsillo de su camisa. Una vez analizadas todas las alternativas, Henriksen regresó al penthouse de los Brightling.

—Les dije a los aviadores que calienten los motores —anunció Brightling.

—Bravo —dijo Henriksen. —Brasil me parece un destino muy atractivo. En el peor de los casos, tendremos que informarles a todos cómo manejar esto, cómo actuar si alguien les hace preguntas. Podemos superar el mal trago, John, pero tendremos que ser muy astutos.

—¿Y el planeta? —preguntó tristemente Carol Brightling.

—Carol —replicó Bill —primero ocúpate de tí misma. No puedes salvar a la naturaleza desde la cárcel, pero si lo planeamos bien no conseguirán ninguna evidencia contra nosotros. Y si no la consiguen estaremos a salvo, muchachos. Ahora bien —sacó la lista del bolsillo—, éstas son las únicas personas que debemos proteger. Son cincuenta y tres en total, y tenemos cuatro Gulfstreams ahí afuera. Podemos trasladarnos todos a Brasil. ¿Alguna objeción?

John Brightling sacudió la cabeza.

—No, estoy de acuerdo contigo. ¿Esto nos mantendrá limpios legalmente?

Henriksen asintió decidido.

—Creo que sí. Popov será un problema, pero es un asesino. Antes de que nos vayamos, voy a reportar el asesinato de Hunnicutt a la policía local. Eso comprometerá su valor como testigo... parecerá que está inventando una historia para salvarse de la horca, o lo que sea que usen para ejecutar a los asesinos en Kansas. Haré que Maclean y Killgore graben declaraciones para entregar a la policía local. Tal vez no sea suficiente para condenarlo. Pero al menos, se sentirá muy incómodo. Así se hacen estas cosas, hay que quebrar la cadena de evidencias del otro y la credibilidad de sus testigos. Dentro de un año, dieciocho meses a lo sumo, nuestros abogados se sentarán a hablar con el fiscal de Estados Unidos y podremos volver al país. Hasta entonces acamparemos en Brasil y podrás dirigir la compañía vía Internet. ¿No te parece?

—Bueno, no es lo que habíamos planeado, pero...

—Sí —acotó Carol. Pero es mucho mejor que pasarse la vida en una prisión federal.

—En marcha, Bill —ordenó John.

—Y bien, ¿qué hacemos con esto? —preguntó Clark al despertar.

—Bueno —respondió Tom Sullivan —, primero acudiremos al subdirector a cargo de la Oficina de Nueva York y luego hablaremos con un procurador del Estado.

—No me parece —respondió Clark, restregándose los ojos y bebiendo un poco de café.

—No podemos ponerles la mano encima y romperles el cuello, sabe. Somos policías. No podemos violar la ley —señaló Chatham.

—Este asunto jamás podrá ver la luz en una corte. Además, ¿cómo saben que ganarán el caso? ¿No les parece bastante difícil de probar?

—No puedo evaluar eso. Tenemos dos chicas desaparecidas que ellos probablemente asesinaron —más, si nuestro amigo Popov dice la verdad— y eso es un crimen tanto federal como estatal. Y, Dios santo, esta otra conspiración... Para eso existen las leyes, señor Clark.

—Tal vez. Pero ¿cuánto cree que tardará en llegar a un lugar de Kansas cuya localización desconoce y arrestar a uno de los hombres más ricos de Estados Unidos?

—Llevará cierto tiempo —admitió Sullivan.

—Un par de semanas, por lo menos, lo necesario para reunir la información del caso —dijo Chatham—. Tendremos que hablar con los expertos, llevar a analizar ese recipiente de cloro... y mientras tanto los sujetos se encargarán de destruir todo rastro de evidencia física. No será fácil, pero eso es lo que hacemos en el FBI, ¿sabe?

—Supongo —dijo Clark, dubitativo—. Pero no habrá ningún ele-

mento sorpresa. Probablemente saben que tenemos a Gearing. A partir de allí, saben lo que podemos saber.

—Es cierto —admitió Sullivan.

—Tendríamos que intentar otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No estoy seguro —admitió Clark.

La filmación se hizo en el estudio de televisión del proyecto, donde habían esperando producir videos de la naturaleza para aquellos que sobrevivieran a la plaga. La finalización del proyecto como entidad operativa golpeó duramente a sus miembros. Kirk Maclean estaba particularmente desencantado, pero hizo muy bien su papel al explicar las cabalgatas matinales que había compartido con Serov, Hunnicutt y Killgore. Luego el doctor John Killgore contó cómo había encontrado los caballos, y después Maclean explicó cómo habían encontrado el cadáver. Por último Killgore describió la autopsia que él mismo había realizado y el hallazgo de la bala calibre 44 que había terminado con la vida de Foster Hunnicutt. Una vez concluida la filmación, Killgore y Maclean se reunieron con los demás en el *lobby* de la residencia y fueron trasladados en minibús al avión que los estaba esperando.

Al abordar el avión les informaron que tardarían aproximadamente ocho horas en llegar a Manaos. El avión principal estaba casi vacío. Sus únicos pasajeros eran los doctores Brightling, Bill Henriksen y Steve Berg, líder científico de la parte Shiva del proyecto. Los Gulfstream V despegaron a las nueve de la mañana, hora local. Próxima parada, el valle del Amazonas en Brasil.

Resultó que el FBI *sabía* dónde estaba el complejo en Kansas. Un automóvil y dos agentes de la agencia local llegaron justo a tiempo para ver despegar los aviones, hecho que reportaron inmediatamente a su estación, y desde allí a Washington. Estacionaron a un costado del camino, bebieron sus gaseosas, comieron sus hamburguesas MacDonalds, y vieron que nada raro sucedía en los edificios extrañamente ubicados en medio del país del trigo.

El C-17 cambió de tripulación en la base Hickam de la Fuerza Aérea en Hawaii, recargó combustible y despegó rumbo a Travis, California. Chávez y sus hombres no bajaron del avión, pero observaron llegar a la nueva tripulación con las cajas del almuerzo y las bebidas y se prepararon para las próximas seis horas de vuelo. Wilson Gearing estaba tratando de explicarse, hablaba de árboles, pájaros y peces. Ding lo escuchó. No era el mejor argumento para persuadir al padre de un recién nacido y al esposo de una médica, pero Gearing insistió. Noonan lo escuchó cortésmente y también grabó esa conversación.

El vuelo al sur fue tranquilo en todos los aviones. Los que no sabían lo que había pasado en Sydney sospechaban que algo andaba mal, pero no podían comunicarse con el avión líder sin ayuda de los tripulantes, y éstos desconocían los objetivos del proyecto. Como tantos empleados de Horizon Corporation, simplemente les pagaban por hacer lo que sabían. Ahora volaban hacia el sur, rumbo a un destino bajo la línea del ecuador. Ya habían hecho ese mismo viaje para construir el proyecto alternativo el año anterior. Este también tenía su propia pista de aterrizaje, pero sólo podía usarse durante el día. Si algo andaba mal, tendrían que dirigirse al aeropuerto de Manaus, noventa y ocho millas al este de su destino. En el proyecto alternativo había repuestos de avión y cada nave llevaba un mecánico profesional a bordo, pero preferían dejar las reparaciones importantes en manos de otros. Una hora después sobrevolaban el golfo de México y giraban al este para atravesar el corredor internacional sobre la isla de Cuba. El pronóstico meteorológico era favorable hasta Venezuela, donde tal vez tendrían que esquivar una tormenta eléctrica. Nada serio. Los pasajeros del avión líder suponían estar abandonando el país lo más rápido posible, desapareciendo de la faz del planeta que habían esperado salvar.

—¿Qué es eso —preguntó Sullivan. Se dio vuelta—. Cuatro aviones a la izquierda del complejo en Kansas, y todos se dirigen al sur.

—¿Hay alguna manera de rastrearlos?

Sullivan se encogió de hombros.

—La Fuerza Aérea, tal vez.

—¿Cómo carajo lo hacemos? —se preguntó Clark en voz alta. Luego llamó a Langley.

—Puedo intentarlo, John, pero hacer que la Fuerza Aérea se mueva tan rápido no será fácil.

—Por favor inténtalo, Ed. Cuatro jets Gulfstream se dirigen al sur desde Kansas central, destino desconocido.

—OK, llamaré al NMCC.

Cumplir esa promesa no fue difícil para el director de la CIA. El oficial jerárquico a cargo del Centro Nacional de Comando Militar era un dos estrellas de la Fuerza Aérea recientemente transferido a tareas de escritorio luego de haber comandado las fuerzas de combate de la USAF remanentes en la OTAN.

—Y bien, ¿qué se supone que debemos hacer, señor? —preguntó el general.

—Cuatro jets tipo Gulfstream despegaron de Kansas central hace aproximadamente media hora. Queremos que los rastreen.

—¿Con qué? Toda nuestra defensa aérea está sobre la frontera con Canadá. No servirá de nada llamarlos, nunca responden.

—¿Y un AWACS? —preguntó Foley.

—Pertenece al Comando de Combate Aéreo en Langley (el nuestro, no el suyo) y, bien, tal vez haya alguno destinado a vigilancia antidroga o para entrenamiento. Puedo verificarlo.

—Hágalo —dijo Ed Foley—. Esperaré.

El dos estrellas decidió hacer algo mejor: llamó al Comando Noroeste de Defensa Aeroespacial en los Montes Cheyenne, organización que tenía cobertura de radar sobre todo el país, y ordenó identificar los cuatro Gulfstreams. El proceso tardó menos de un minuto y la computadora envió la orden de chequear las planillas de vuelos internacionales a la Administración de Aeronavegación Federal. El NORAD también le informó al general que había *dos* E-3B AWACS disponibles en el momento, uno 300 millas al sur de New Orleans realizando operaciones antidroga, y el otro al sur de la Base Eglin de la Fuerza Aérea, conduciendo prácticas de rutina con algunos bombarderos. Con esa información en la mano, llamó a la Base Langley de la Fuerza Aérea en Virginia, pidió que lo comunicaran con Operaciones, y transmitió el pedido del DCI.

—¿Para qué es esto, señor? —le preguntó a Foley el general.

—No puedo decírselo, pero es muy importante.

El general transmitió la respuesta a Operaciones en Langley, aunque no hizo lo mismo con la subsiguiente respuesta a la CIA. La cosa debía pasar a manos del cuatro estrellas que dirigía el Comando de Combate Aéreo, quien, convenientemente, estaba en su oficina. El cuatro estrellas gruñó su aprobación, suponiendo que la CIA no pediría semejante favor si no tuviera sobradas razones para hacerlo.

—Tendrá lo que necesita. ¿Hasta dónde llegaremos?

—No sé. ¿Qué tan lejos puede llegar uno de esos Gulfstream?

—Demonios, señor, el nuevo, el G-V, puede volar hasta Japón en línea recta. Tal vez debamos enviar un abastecedor de combustible.

—OK, haga lo que tenga que hacer. ¿A quién debo llamar para informarme?

—NORAD —le pasó el número.

—OK, gracias, general. La CIA les debe una.

—No lo olvidaré, director Foley —prometió el general de la USAF.

—Estamos con suerte —escuchó Clark—. La Fuerza Aérea nos mandará un AWACS. Podremos seguirlos a donde sea —dijo Ed Foley, exagerando un poco. Evidentemente no había comprendido que el AWACS tendría que recargar combustible en mitad del vuelo.

El avión en cuestión, un E-3B Sentry de diez años de antigüedad, recibió la orden quince minutos después. El piloto transmitió la infor-

mación al oficial de control a bordo, un mayor, que a su vez llamó al NORAD para pedir más información y la obtuvo diez minutos después de que el G líder abandonara el espacio aéreo de Estados Unidos. Los Montes Cheyenne dificultaban la práctica de rastreo. Un avión tanque proveniente de Panamá los encontraría sobre el Caribe, y lo que había comenzado como un interesante ejercicio de defensa aérea se transformó en mortal aburrimiento. El E-3B Sentry, diseñado en base al venerable Boeing 7007-320B, volaba a la misma velocidad que los jets comerciales en Savannah. Sólo el reabastecimiento en vuelo interferiría un poco, aunque no demasiado. La señal del radar era Eagle Two-Niner y tenía capacidad radial para transmitir toda clase de información al NORAD en Colorado, fotos de radar incluidas. La mayoría de los asistentes del Eagle Two-Niner descansaban en sus cómodos asientos, algunos cabeceando mientras los tres controles se ocupaban de los cuatro Gulfstreams que supuestamente debían rastrear. Pronto se hizo evidente que se dirigían al mismo lugar, separados por cinco minutos o cuarenta y un millas de distancia. Volaban en línea recta para no derrochar combustible ni forzar demasiado los motores. Los aviones de vigilancia no tenían esas preocupaciones. Podían detectar una bolsa de basura flotando en el agua —cosa que hacían regularmente en los operativos antidroga ya que era uno de los métodos preferidos por los traficantes de cocaína— e incluso forzar el límite de velocidad sobre las autopistas interestatales (dado que los radares rastreaban automáticamente todo lo que viajaba a más de ochenta millas por hora hasta que el operador ordenaba ignorarlo). Pero ahora debían vigilar las entradas y salidas de los aviones comerciales y seguir a los cuatro Gulfstreams... que volaban de manera tan normal, directa y sosa que, como observó un control, hasta un *marine* podría detectarlos sin instrucciones previas.

Clark volaba rumbo al Aeropuerto Nacional Reagan en Washington. Aterrizó puntualmente y fue recibido por un empleado de la CIA que lo llevó directamente a Langley, al séptimo piso del viejo edificio central. Dimitri Popov jamás había soñado entrar en ese edificio, mucho menos con una placa de VISITANTE—ESCOLTA REQUERIDA. Clark hizo las presentaciones del caso.

—Bienvenido —dijo Foley en su mejor ruso—. Supongo que jamás estuvo aquí.

—Tal como usted nunca pisó el Número 2 de Plaza Dzerzhinsky.

—Él no, pero yo sí —acotó Clark—. Estuve en la oficina de Sergey Nikolayevich, por si no lo saben.

—Asombroso —respondió Popov, sentándose.

—OK, Ed, ¿dónde diablos están ahora?

—Sobrevolando Venezuela, rumbo al sur, probablemente hacia el centro de Brasil. La FAA nos informa que completaron el plan de vuelo

—es obligatorio por ley— con destino a Manaos. El país del caucho, creo. Allí se juntan un par de ríos.

—Me dijeron que tenían otro complejo en Manaos, igual al de Kansas, pero más pequeño —informó Popov.

—¿Destinarás un satélite al complejo? —preguntó Clark.

—Claro, en cuanto sepamos dónde está exactamente. El AWACS perdió un poco de terreno cuando tuvo que reabastecerse, pero ahora está a sólo ciento cincuenta millas atrás, y eso no es problema. Dicen que los cuatro aviones siguen una trayectoria normal, a altitud crucero.

—Una vez que sepamos a dónde se dirigen... ¿qué haremos?

—No sé —admitió Foley—. Todavía no lo pensé.

—No creo que convenga llevarlos ante la justicia, Ed.

—¿No?

—No —insistió Clark—. Si son inteligentes, y debemos admitir que lo son, destruirán fácilmente toda evidencia física del crimen. Hay testigos, claro, ¿pero quiénes crees que van a bordo de esos cuatro Gulfstreams con destino a Brasil?

—Toda la gente que sabe lo que estaba pasando. Serán pocos, por razones de seguridad... Entonces, ¿piensas que se dirigen a Brasil para iniciar sus prácticas corales?

—¿Qué? —preguntó Popov.

—Tienen que decidir y aprender de memoria una misma versión de los hechos para contarle al FBI cuando comiencen los interrogatorios —explicó Foley—. Por lo tanto, todos deben aprender el mismo himno, y aprender a cantarlo de la misma manera cuantas veces sea necesario.

—¿Qué harías tú en su lugar, Ed? —preguntó Rainbow Six.

Foley asintió.

—Sí, haría lo mismo. OK, ¿qué haremos nosotros?

Clark lo miró fijo.

—¿Hacerles una visita de cortesía, tal vez?

—¿Autorizada por quién? —preguntó el director de la CIA.

—Mis cheques siguen siendo emitidos por esta agencia. Yo me reporto a tu oficina, Ed. ¿Lo has olvidado?

—Por el amor de Dios, John.

—¿Me das permiso para reunir a mis hombres en un accesible punto de partida?

—¿Dónde?

—Fort Bragg, supongo —propuso Clark. Foley tuvo que avenirse a la lógica del momento.

—Permiso otorgado.

Clark caminó hasta una mesa y llamó por línea segura a Hereford.

Alistair Stanley se había recuperado bien de sus heridas, lo suficiente para pasar todo el día en la oficina sin caer exhausto. El viaje de Clark a Estados Unidos lo había dejado a cargo de un comando Rainbow baldado y debiendo enfrentar problemas que Clark había pasado por

alto. Por ejemplo, el reemplazo de los dos militares muertos. La moral estaba un poco baja por el momento. Faltaban dos personas con quienes los sobrevivientes habían trabajado codo a codo, y eso siempre era difícil de tolerar, aunque todas las mañanas salían al campo atlético para su rutina diaria y todas las tardes disparaban sus armas para mantenerse en forma. Era improbable que debieran afrontar otra misión, aunque bien pensado (y en retrospectiva) ninguna de las misiones afrontadas por el comando Rainbow había sido probable. Sonó el teléfono seguro y Stanley se estiró para atenderlo.

—Hola, soy Alistair Stanley.

—Hola, Al, soy John. Estoy en Langley.

—¿Qué carajo está pasando, John? Chávez y sus hombres se hicieron humo y...

—Ding y sus hombres están a medio camino entre Hawaii y California, Al. Arrestaron a un conspirador mayor en Sydney.

—Muy bien, ¿qué carajo está pasando?

—¿Estás sentado, Al?

—Sí, John, claro que estoy sentado, y...

—Presta atención. Te contaré la versión abreviada —ordenó Clark, y siguió hablando diez minutos seguidos.

—Diablos —musitó Stanley cuando su jefe paró de hablar—. ¿Estás seguro?

—Completamente seguro, Al. Estamos rastreando los cuatro aviones de los conspiradores. Aparentemente se dirigen al centro de Brasil. OK, necesito que reúnas a todos los hombres y los envíes a Fort Bragg —Base Pope de la Fuerza Aérea, Carolina del Norte— con los equipos completos. Todo, Al. Tal vez debamos viajar a la jungla para... eh, para tratar de manera decisiva con esa gente.

—Entendido. Trataré de organizar las cosas. ¿Máxima velocidad?

—Correcto. Comunícale a los de British Airways que necesitamos un avión —prosiguió Clark.

—Muy bien, John. Empiezo a moverme.

En Langley, Clark se preguntó que sucedería después, pero antes de decidirlo tendría que reunir todas sus fuerzas. OK, Alistair intentaría lograr que British Airways les prestara un avión para volar directo a Pope, y desde allí... desde allí tendría que pensarlo un poco más. Y también tendría que conversarlo con el coronel Little Willie Byron, del Comando de Operaciones Especiales.

—Blanco Uno descendiendo —reportó el oficial de control por intercom. El control levantó la vista del libro que estaba leyendo, activó el alcance y confirmó la información. Acababa de violar las leyes internacionales. El Eagle Two-Niner no estaba autorizado a sobrevolar Brasil, pero los sistemas de control de tráfico aéreo lo capturaron como un

vuelo de carga civil y nadie se dio cuenta. Una vez confirmada la información, la reportó vía satélite al NORAD y, aunque no lo sabía, a la CIA. Cinco minutos después, el Blanco Dos hizo lo mismo. Ambos aviones aminoraron la velocidad, mejorando la performance del Eagle Two-Niner. El control le dijo a la tripulación del vuelo que continuara en la misma dirección y a la misma velocidad, preguntó por el estado del combustible y supo que les quedaba como para otras ocho horas de vuelo, lo suficiente para regresar a la Base Tinker de la Fuerza Aérea en las afueras de Oklahoma City.

En Inglaterra, British Airways recibió el pedido y diez minutos después asignó un 737-700 al comando Rainbow. El avión los esperaría en Luton, un pequeño aeropuerto comercial al norte de Londres. Tendrían que llegar allí en camiones, vehículos solícitamente proporcionados por la compañía de transporte del ejército británico en Hereford.

La capa superior del triple techo de la jungla parecía un mar verde, pensó John Brightling. Bajo el sol poniente pudo ver el hilo plateado de los ríos, pero casi nada de tierra propiamente dicha. Sobrevolaban el ecosistema más rico del planeta, aunque jamás lo había estudiado en detalle... Bueno, pensó, ahora le sobraría tiempo para hacerlo, probablemente más de un año. El proyecto alternativo era un complejo cómodo y robusto con seis personas de mantenimiento, usina propia, comunicación satelital y vastas reservas de comida. Se preguntó si habría buenos cocineros entre los viajeros. Tendrían que hacer la pertinente división del trabajo, así como del resto de las actividades del proyecto. Y él, por supuesto, sería el líder.

En Binghamton, Nueva York, el personal de mantenimiento estaba llevando una pila de recipientes de riesgo biológico al incinerador. El horno debía ser muy grande, pensó uno de los hombres —lo suficientemente grande para cremar un par de cadáveres al mismo tiempo—, y, a juzgar por el espesor de la capa aislante, muy poderoso. Cerró la puerta de tres pulgadas, la trabó, y apretó el botón de ignición. Escuchó el siseo del gas y el posterior encendido de las llamas, seguido por el acostumbrado *uuush*. No había nada raro en eso. Horizon Corporation siempre eliminaba material biológico de una u otra clase. Tal vez fueran virus vivos de SIDA, pensó. La compañía hacía muchas cosas en ese área, según había leído. Pero por el momento miró los papeles del tablero. Tres hojas de fax con órdenes explícitas enviadas desde Kansas. Todos los recipientes especificados se habían transformado en cenizas. Diablos, el incinerador destruía incluso las carcazas metálicas. Y así subió al cielo la única evidencia física del proyecto. Pero el empleado de mantenimiento no lo sabía. El recipiente G7-89-98-00A era sólo un reci-

piente de plástico para él. Ni siquiera sabía que existía la palabra Shiva. Tal como le habían ordenado, fue a la computadora de su escritorio —todo el mundo tenía computadora en Horizon Corporation— y tipió en orden los ítem que acababa de eliminar. La información fue directamente a la red interna de la corporación y, aunque él no lo sabía, a una pantalla en Kansas. Allí tenían instrucciones especiales al respecto, y el técnico transmitió por teléfono la información a otro empleado, quien a su vez la comunicó al número indicado en el mensaje electrónico.

—OK, gracias —replicó Bill Henriksen luego de escuchar la información. Colgó el teléfono en la cabina y se reunió con los Brightling.

—OK, acabo de hablar con Binghamton. Todo Shiva, todas las vacunas, todo, absolutamente todo fue incinerado. Ya no queda evidencia física de la existencia del proyecto.

—¿Se supone que debemos alegrarnos? —preguntó Carol de mal modo, mirando por la ventana la tierra cada vez más cercana.

—No, pero espero que la alegre no tener que enfrentar la perspectiva de pudrirse en la cárcel, doctora.

—Tiene razón, Carol —dijo John, embargado por la tristeza. Habían estado tan cerca. Tan cerca, carajo. Bueno, se consoló, todavía tenía recursos, y aún tenía un grupo de gente útil, y ese revés no implicaría el abandono de sus más caros ideales, ¿verdad? Ni por asomo. Allí abajo, bajo el mar verde de la jungla, había una gran diversidad de vida. Había justificado la construcción del proyecto alternativo precisamente por esa razón, para descubrir nuevos compuestos químicos en los árboles y plantas que sólo crecían allí... y tal vez encontrar una manera de curar el cáncer, ¿por qué no? Escuchó bajar los alerones y, poco después, los movimientos del tren de aterrizaje. Tres minutos después descendieron sobre la pista-carretera construida por Horizon Corporation junto con el laboratorio y los edificios residenciales. El Gulfstream carreteó a los tumbos por la pista y se detuvo lentamente.

—OK, Blanco Uno acaba de aterrizar —El control leyó la posición exacta y ajustó la imagen de la pantalla. ¿También había edificios? Bien, OK. Le ordenó a la computadora calcular la posición exacta, información inmediatamente transmitida a los Montes Cheyenne.

—Gracias —Foley tomó nota de la información—. John, tengo longitud y latitud exactas del paradero de los sujetos. Un satélite sacará fotos y nos las enviará. Las recibiremos dentro de, digamos, dos o tres horas. Depende de las condiciones climáticas.

—¿Tan rápido? —preguntó Popov, mirando por la ventana del séptimo piso la playa de estacionamiento VIP.

—Sólo se trata de darle una orden a la computadora —le explicó Clark—. Y los satélites siempre están allá arriba —a decir verdad, tres horas le parecían demasiada espera. Los satélites debían estar mal ubicados, para variar.

El Comando Rainbow salió de Luton poco después de la medianoche, hora británica. Sobrevolaron la planta automotriz vecina al aeropuerto y giraron al oeste, en dirección a Estados Unidos. British Airways había asignado tres azafatas al vuelo, quienes se ocuparon de alimentar y dar de beber a los soldados (cosa que aceptaron gustosos antes de acomodarse en sus asientos para dormir un poco antes de llegar a destino). No sabían por qué iban a Estados Unidos. Stanley todavía no los había informado. Lo que sí se habían preguntado era para qué llevaban *todos* sus equipos tácticos.

Afortunadamente, el cielo estaba despejado sobre la jungla central de Brasil. El primer KH-11D llegó a las nueve treinta de la noche, hora local. Sus cámaras infrarrojas tomaron un total de trescientas veinte fotos, más otras noventa y siete en el espectro visible. Las imágenes fueron transmitidas inmediatamente a un satélite de comunicaciones, y desde allí bajaron a la antena localizada en Fort Belvoir, Virginia, cerca de Washington. Desde allí fueron por vía terrestre al edificio de la Oficina Nacional de Reconocimiento cerca del aeropuerto Dulles, y desde allí, por fibra óptica, a la central de la CIA.

—Esto parece bastante anodino —les dijo el fotoanalista presente en la oficina de Foley. —Edificios aquí, aquí, aquí, y otro aquí. Cuatro aviones en tierra, parecen Gulfstreams V... el que tiene las alas más largas. Pista privada, tiene luces pero no ILS. Supongo que los tanques de combustible están ahí. Esto es una usina eléctrica. Probablemente tiene un generador diesel. Este edificio podría ser una residencia, a juzgar por el esquema de las ventanas. ¿Estamos investigando a alguien que construyó un *resort* natural? —preguntó el analista.

—Algo así —confirmó Clark —. ¿Qué más?

—Prácticamente nada en un radio de noventa millas. Yo diría que lo que se ve ahí fue una plantación de caucho, pero los edificios no están recalentados, así que diría que está inactiva. No hay mucha civilización que digamos. Fogatas por este lado —señaló —, probablemente encendidas por los indígenas. Es un lugar solitario, señor. Debe haber sido muy difícil construir este complejo en un lugar tan aislado.

—OK, envíenos también las imágenes Lacrosse, y en cuanto tengamos imágenes con buena luz visual también me gustaría verlas —dijo Foley.

—Colocaremos otro satélite aproximadamente a las cero-siete-vein-

te, hora de Lima —dijo el analista—. El pronóstico meteorológico es bueno. Tendríamos que conseguir buenas imágenes.

—¿La pista de aterrizaje es ancha? —preguntó Clark.

—Oh, aparentemente tiene siete mil pies de largo por trescientos de ancho, es un ancho estándar, y han talado los árboles cien metros más allá, a ambos lados. Eso quiere decir que podría aterrizar un avión grande, siempre que el concreto sea lo suficientemente grueso. Hay un muelle sobre el río, es el Río Negro, no el Amazonas, pero no se ven botes. Supongo que es algo que quedó de la construcción.

—No veo cables de teléfono o electricidad —dijo Clark mirando de cerca la foto.

—No señor, no los hay. Supongo que dependen de comunicaciones satelitales y radiales realizadas desde esta antena —hizo una pausa—. ¿Necesita algo más?

—No, y gracias —dijo Clark.

—De nada, señor —el analista salió y tomó el ascensor hacia su oficina en el subsuelo.

—¿Aprendiste algo? —preguntó Foley. Él no sabía nada de la jungla, pero Clark sí.

—Bueno, sabemos dónde están, y sabemos aproximadamente cuántos son.

—¿Qué estás planeando John?

—Todavía no estoy seguro, Ed —fue la sincera respuesta. Clark no estaba planeando nada, pero estaba empezando a pensar.

El C-17 aterrizó torpemente en la base Travis de la Fuerza Aérea en California. Chávez y sus compañeros estaban desorientados por el viaje, pero por lo menos se sintieron aliviados al respirar un poco de aire fresco. Chávez sacó su teléfono celular y llamó a Hereford, donde le informaron que John estaba en Langley. Tuvo que recordar el número de memoria, tarea bastante difícil en su estado actual, pero cuando lo logró, llamó.

—Oficina del director.

—Soy Domingo Chávez, quiero hablar con John Clark.

—Un momento, por favor.

—¿Dónde estás, Ding? —preguntó John.

—Base Travis de la Fuerza Aérea, al norte de San Francisco. ¿Dónde carajo se supone que vamos a ir?

—Tendría que haber un VC-20 de la Fuerza Aérea esperándolos en la terminal DV.

—OK, allá vamos. No tenemos ningún equipo, John. Salimos con lo puesto de Australia.

—Haré que alguien se ocupe de eso. Ustedes vuelvan ya mismo a Washington, ¿entendido?

—Sí, señor, Mr. C.

—Tu prisionero, ¿cómo se llama...? ¿Gearing?

—Correcto. Noonan estuvo hablando con él casi todo el viaje. Cantó como un jodido canario, John. Eso que planeaban hacer, quiero decir, si es real... Dios santo, jefe.

—Ya lo sé, Ding. A propósito, los hemos rastreado.

—¿Sabemos dónde están?

—Brasil. Sabemos exactamente dónde están. Al llevará al resto del comando a Fort Bragg. Ustedes vayan a Andrews y nos organizaremos.

—Entendido, John. Voy a buscar mi avión. Fuera —Chávez colgó y subió a una camioneta azul de la USAF que los trasladó al salón VIP. Allí los estaba esperando la tripulación del vuelo. Poco después abordaron el VC-20 (versión de la Fuerza Aérea del Gulfstream comercial), y una vez a bordo se enteraron de la hora gracias a la comida que les sirvió el sargento. El desayuno. Debía ser temprano en la mañana, decidió Chávez. Le preguntó la hora al sargento y puso su reloj en hora.

CAPÍTULO 39

ARMONÍA

A Noonan le parecía terriblemente extraño estar viajando en un avión con un presunto asesino de masas confeso, sin que el tipo estuviera esposado o con chaleco de fuerza o alguna otra medida restrictiva. Pero, a decir verdad, ¿qué podía hacer? ¿A dónde podía ir? Tal vez podría abrir la puerta y saltar, pero Gearing no daba el tipo suicida, y Noonan estaba completamente seguro de que no iba a desviar el avión a Cuba. Y así, sin despegar los ojos del prisionero, comenzó a pensar que lo había arrestado en otro continente, en otro huso horario y en otro hemisferio. Había participado en la operación Fuad Yunis en el Mediterráneo Oriental diez u once años atrás, pero suponía que el arresto de Gearing batiría todos los récords del FBI en operaciones a distancia. Casi doce mil millas. Maldición. El exceso de avión lo estaba dejando maltrecho, pero valía la pena pagar el precio. Puso en hora su reloj, preguntándose si el día sería el mismo... Claro, uno podía preguntarle la hora al sargento de la USAF, pero quedaría como un completo idiota si le preguntaba por el día de la semana. Tal vez pudiera averiguarlo mirando un ejemplar de *Usa Today* al llegar a Estados Unidos, decidió Noonan. Reclinó su asiento y clavó los ojos en la nuca de Wil Gearing. Recién entonces se dio cuenta: cuando llegaran a Washington tendría que entregar a su prisionero, ¿pero a quién, y bajo qué cargos?

—OK —dijo Clark—. Llegarán a Andréws dentro de dos horas, y luego nos trasladaremos a Pope y decidiremos qué hacer.

—Ya pensaste un plan, John —observó Ed Foley. Conocía lo suficiente a John como para reconocer cierto brillo especial en sus ojos.

—¿Es mi caso o no es mi caso, Ed? —preguntó Clark.

—Dentro de lo razonable, John. Tratemos de no iniciar una guerra nuclear o algo por el estilo, ¿puede ser?

—¿Esto podría llevarse a juicio, Ed? ¿Y si Brightling ordenó que destruyeran toda la evidencia? No es difícil hacerlo, ¿verdad? Demonios, ¿de qué estamos hablando? Unos cuantos baldes de mierda biológica y algunos archivos de computadora. Se venden programas que destruyen para siempre los documentos, ¿no es cierto?

—Es cierto, pero alguien podría tener material impreso, y una buena investigación...

—¿Y entonces qué tendríamos? Pánico global cuando la gente se dé cuenta de lo que puede hacer una empresa biotecnológica si se le da la gana. ¿Qué tendría de bueno eso?

—Eso sin contar que una asesora de la presidencia violó la seguridad del país. Dios santo, eso sería terrible para Jack, ¿no crees? —Foley hizo una pausa—. ¡Pero no podemos *asesinar* a esa gente, John! Son ciudadanos estadounidenses con *derechos*, ¿recuerdas?

—Ya lo sé, Ed. Pero tampoco podemos dejarlos ir, y probablemente no podamos juzgarlos, ¿verdad? ¿Qué nos queda? —Clark hizo una pausa—. Te propongo algo creativo.

—¿Qué?

John Clark explicó su idea.

—Si dan batalla, bueno, en ese caso nos facilitarán las cosas, ¿no?

—¿Veinte hombres contra cincuenta como mínimo?

—¿Mis veinte —a decir verdad, no llegan a quince— contra esos mercaderes de plumas? Por favor, Ed. Tal vez sea el equivalente moral de un asesinato, pero no el equivalente legal.

Foley frunció el ceño, preocupado por lo que sucedería si los medios llegaban a enterarse. Pero no tenían por qué enterarse. La comunidad de operaciones especiales mantenía toda clase de secretos, muchos de los cuales se verían muy mal por televisión.

—John —dijo por fin.

—¿Sí, Ed?

—Asegúrate de que no te atrapen.

—Hasta el momento nadie logró atraparme, Ed —le recordó Rainbow Six.

—Aprobado —dijo el director de la CIA, preguntándose cómo le explicaría el caso al presidente de Estados Unidos.

—OK, ¿puedo usar mi antigua oficina? —Tenía que hacer algunos llamados.

—Claro.

—¿Es *todo* lo que necesita? —preguntó el general Sam Wilson.

—Sí, general, con eso bastará.

—¿Puedo preguntarle para qué es?

—Para una operación encubierta —respondió Clark.

—¿Eso es todo lo que va a decirme?

—Lo siento, Sam. Puede hablar con Ed Foley para confirmarlo.

—Ya lo creo que hablaré con Foley —tronó el general.

—Me parece muy bien, señor —Clark esperaba que el “señor” aliviara en algo su orgullo herido.

No fue así, pero Wilson era un profesional y conocía las reglas.

—Bueno, déjeme hacer unos llamados telefónicos.

El primero fue a Fort Campbell, Kentucky, residencia del Regimiento de Aviación 160 de Operaciones Especiales cuyo comandante, un coronel, puso las objeciones esperadas, que fueron convenientemen-

te pasadas por alto. El mencionado coronel levantó el teléfono y ordenó que enviaran inmediatamente un helicóptero MH-60K Nighthawk a la Base Pope de la Fuerza Aérea, junto con tripulación de mantenimiento destinados a un lugar que desconocía. La siguiente llamada telefónica fue a un oficial de la Fuerza Aérea, quien tomó nota y dijo “sí, señor”, como buen aviador que era. Colocar cada pieza en su lugar era esencialmente un ejercicio electrónico: utilizar teléfonos encriptados y dar órdenes secretas a personas que, afortunadamente, estaban acostumbradas a esas cosas.

Chávez pensó que había cruzado tres cuartas partes del mundo en las últimas veintidós horas, y ahora estaba por aterrizar en una pista que sólo había pisado una vez en su vida. Volaba en el Uno de la Fuerza Aérea (la versión VC-25A del 747 conocido en todo el mundo) acompañado por alguien que había planeado matar a toda la gente que habitaba el planeta. Había aprendido años atrás a no reflexionar demasiado sobre las cosas que hacía por su país y los 82.450 dólares anuales que ganaba actualmente como empleado de la CIA. Tenía un master en Relaciones Internacionales, que humorísticamente definía como “un país que se coje a otro”... pero ahora no se trataba de un país, sino de una *corporación*. ¿Cuándo habían empezado a pensar que podían jugar en grande? se preguntó. Tal vez fuera ése el Nuevo Orden al que había aludido el presidente Bush. Si lo era, no tenía el menor sentido para él. Los gobiernos eran elegidos por los ciudadanos y debían responder a ellos. Las corporaciones respondían —si es que lo hacían— a sus accionistas. No había comparación posible entre ambas cosas. Las corporaciones supuestamente debían ser supervisadas por los gobiernos de los países donde se domiciliaban, pero todo estaba cambiando. Actualmente las corporaciones privadas desarrollaban y definían las herramientas que usaba la gente en todo el mundo. El cambiante mundo tecnológico había otorgado inmenso poder a organizaciones relativamente pequeñas. Empezaba a preguntarse si eso sería bueno o no. Bueno, si la gente dependiera de los gobiernos para progresar todavía estarían andando a caballo y viajando en vapores de un lugar de otro. Pero en este Nuevo Orden las cosas estaban fuera de control, y alguien tendría que pensarlo en algún momento, decidió Chávez cuando el avión se detuvo sobre la pista de Andréws. Otra camioneta azul anónima de la USAF los estaba esperando.

—¿Estás juntando muchas millas, Ding? —preguntó John desde la pista.

—Supongo. ¿Tendré que volver a usar las plumas? —preguntó Chávez, cansado.

—Una vez más, por ahora.

—¿Adónde?

—Bragg.

—Entonces vamos ya. No quiero acostumbrarme a estar en tierra si la felicidad será temporaria —necesitaba ducharse y afeitarse, pero eso también tendría que esperar. Inmediatamente abordaron otro avión de la Fuerza Aérea, rumbo al sudoeste. El viaje fue afortunadamente corto y concluyó en la Base Pope de la Fuerza Aérea, donde se alojan la División 82 de Infantería Aérea de Fort Bragg, Carolina del Norte, y la Fuerza Delta y otras unidades de operaciones especiales.

Por primera vez, comprobó Noonan, alguien había pensado qué hacer con Wil Gearing. Tres policías militares lo llevaron a la empalizada de base. El resto de los pasajeros terminó en la Residencia de Oficiales Solteros, coloquialmente conocida como “la Erre”.

Chávez se preguntó si la ropa que acababa de quitarse estaría en condiciones de ser vuelta a usar. Pero luego se duchó y encontró una afeitadora que le permitió liberarse de la pelusa oscura que ensombrecía su (según su justo juicio) viril rostro. Encontró un conjunto de ropa limpia al salir.

—La hice traer de la base.

—Gracias, John —Chávez se enfundó en los calzoncillos y la camiseta impecablemente blancos, eligió un BDU (uniforme de batalla) con diseño vegetal, y completó el atuendo con zócalos y botas.

—¿Fue largo el día?

—Carajo, John, tardamos un *mes* en volver de Australia —Se sentó en la cama, y luego se recostó por reflejo—. ¿Y ahora qué?

—Brasil.

—¿Por qué?

—Allá fueron todos. Los rastreamos, tengo fotos satelitales del lugar.

—Entonces, ¿iremos a visitarlos?

—Sí.

—¿Para qué, John?

—Para terminar con esto de una vez y para siempre, Domingo.

—Me parece bien, ¿pero es legal?

—¿Desde cuándo te preocupan esas cosas?

—Soy un hombre casado, John, y también padre ¿recuerda? Tengo responsabilidades, viejo.

—Es lo suficientemente legal, Ding —su suegro intentó tranquilizarlo.

—OK, si usted lo dice. ¿Qué haremos ahora?

—Dormirás una siesta. El resto del comando llegará dentro de media hora.

—¿El resto de qué comando?

—Todos los que estén en condiciones de moverse y disparar, hijo.

—Muy bien, jefe —dijo Chávez, y cerró los ojos.

El 737-700 de British Airways estuvo en tierra el menor tiempo

posible, lo necesario para recargar combustible y despegar nuevamente rumbo al Aeropuerto Internacional Dulles en las afueras de Washington, donde su presencia no provocaría demasiados comentarios. Los hombres del Rainbow fueron trasladados a lugar seguro, donde pudieron descansar un poco. Eso los preocupaba. El hecho de que les permitieran descansar implicaba que pronto lo necesitarían.

Clark y Alistair Stanley se reunieron en una sala del Comando Central de Operaciones Especiales, un edificio común y silvestre frente a una pequeña playa de estacionamiento.

—Y bien, ¿qué tenemos aquí? —preguntó el coronel William Byron. Apodado “Little Willie” por sus colegas uniformados, el coronel Byron ostentaba el sobrenombre más inadecuado del ejército de Estados Unidos. Con sus ciento quince kilos de carne fibrosa y dura, Byron era el hombre más corpulento de la sala. El apodo databa de West Point, donde había aumentado de peso y volumen tras cuatro años de ejercicios y comida abundante... y terminado como arquero del equipo de fútbol del Ejército que había destrozado por 10 a 0 al de la Armada en el clásico de otoño, jugado como de costumbre en el Estadio de Veteranos de Filadelfia. Byron conservaba su acento sureño de Georgia a pesar de su master en Dirección de Empresas de la Universidad de Harvard (una de las carreras favoritas entre los militares).

—Vamos a viajar aquí —le dijo Clark, pasándole los informes—. Necesitamos un helicóptero y un par de cosas más.

—¿Dónde diablos está este pozo de mierda?

—En Brasil, al oeste de Manaos, sobre el río Negro.

—Parece un complejo —observó Byron, poniéndose los anteojos de leer que tanto odiaba—. ¿Quién lo construyó, y quién lo está ocupando?

—La gente que quiso matar a toda la jodida población mundial —respondió Clark. En ese instante sonó su teléfono celular. Tuvo que esperar unos segundos por el sistema encriptado—. Habla Clark —dijo por fin.

—Habla Ed Foley, John. La muestra fue analizada en Fort Dietrick.

—¿Y?

—Y según dicen es una versión del virus Ébola, modificada por el agregado de genes cancerígenos aparentemente. Dicen que eso fortalece al maldito bastardo. Por si fuera poco, las cepas del virus estaban protegidas por una especie de minicápsulas que lo ayudarían a sobrevivir al aire libre. En otras palabras, John, lo que te dijo tu amigo ruso... está absolutamente confirmado.

—¿Qué hiciste con Dimitri? —preguntó Rainbow Six.

—Está en una casa segura en Winchester —replicó el DCI. Era el lugar donde la CIA acostumbraba alojar a los extranjeros que deseaba proteger—. Ah, el FBI me dice que la policía de Kansas lo está buscando por asesinato. Supuestamente mató a un tal Foster Hunnicutt residente en Montana. Al menos eso dicen.

—¿Por qué no les dices a los del FBI que le avisen a los de Kansas

que Dimitri no asesinó a nadie? Estuvo conmigo todo el tiempo —sugirió Clark. Tenían que ocuparse de ese hombre, ¿no? John ya había dado el salto conceptual y olvidado que Popov había instigado un ataque contra su esposa y su hija. En este caso (como en casi todos) negocios eran negocios, y no era la primera vez que un enemigo de la KGB se transformaba en un aliado valioso.

—OK, sí, puedo hacerlo —era una mentirita piadosa contra una horrible verdad. En su oficina de Langley, Virginia, Foley se preguntó por qué no le temblaban las manos. Esos lunáticos no sólo *querían* matar a la población mundial, también tenían la *capacidad* de hacerlo. Era una novedad que la CIA tendría que analizar detalladamente, un nuevo tipo de amenaza. E investigararlo no sería fácil ni divertido.

—OK, gracias, Ed —Clark cortó la comunicación y miró a los demás—. Acaban de confirmarme el contenido del recipiente de cloro. Crearon una forma modificada de Ébola y pensaban propagarla en Sydney.

—¿Qué? —preguntó el coronel Byron. Clark le ofreció una explicación de diez minutos—. ¿Habla en serio, no? —preguntó azorado Little Willie.

—Hablo en serio —replicó Clark secamente—. Contrataron a Dimitri Popov como intermediario con los terroristas que realizaron atentados en toda Europa. Lo hicieron para aumentar el miedo al terrorismo, de modo tal que Global Security consiguiera el contrato con los australianos y...

—¿Bill Henriksen? —preguntó el coronel Byron—. ¡Diablos, yo *conozco* a ese hombre!

—¿Ah, sí? Bueno, su gente debía propagar el virus a través del sistema de niebla refrigerante en el estadio olímpico de Sydney, Willie. Chávez estaba en la sala de control cuando un tal Wil Gearing apareció con el recipiente cuyo contenido fue analizado por los muchachos del USAMRIID en Fort Dietrick. Ya sabe, el FBI podría llevarlos a juicio por asesinato masivo. Podría. Pero no es seguro —agregó Clark.

—Entonces piensan ir allá para...

—Para hablar con ellos, Willie —Clark terminó la frase por él—. ¿Ya está listo el avión?

Byron miró su reloj.

—Debería estarlo —dijo.

—Entonces es hora de movernos, muchachos.

—OK. Tengo BDU para toda su gente, John. ¿Está seguro de que no necesita ayuda?

—No, Willie. Se lo agradezco, pero queremos mantener la más absoluta reserva, ¿comprende?

—Supongo que sí, John —Byron se levantó—. Síganme, muchachos. Ah, respecto a esos tipos que van a ver en Brasil...

—¿Sí? —preguntó Clark.

—Dénles un saludito especial de nuestra parte, ¿sí?

—Sí, señor —prometió John—. Será un placer hacerlo.

El avión más grande sobre la rampa de la Base Pope de la Fuerza Aérea era un transporte C-5B Galaxy de la USAF en el que la tripulación terrestre había estado trabajando durante varias horas. Habían borrado todos los íconos oficiales y pintado HORIZON CORPORATION sobre los redondeles de la USAF. Incluso habían eliminado el número de la cola. Las puertas ostra del sector de carga habían sido clausuradas. Clark y Stanley fueron los primeros en subir. El resto de los hombres llegaron en ómnibus (portando sus equipos personales) y treparon al compartimento de pasajeros. A partir de ese momento, todo fue cuestión de que los tripulantes (vestidos de civil) abordaran la nave e iniciaran los procedimientos de cualquier vuelo comercial. Un avión tanque KC-10 los interceptaría al sur de Jamaica para recargar combustible.

—OK, aparentemente eso fue lo que pasó —le dijo John Brightling a la gente reunida en el auditorio. Vio desilusión en las caras de los cincuenta y dos presentes, aunque también cierto alivio. Bien, hasta los verdaderos creyentes tenían conciencia, pensó. Qué pena.

—¿Qué hacemos aquí, John? —preguntó Steve Berg. Había sido uno de los principales científicos del proyecto, creador de las vacunas A y B y pieza fundamental en la gestación de Shiva. Era uno de los mejores hombres que había contratado Horizon Corporation.

—Estudiamos la selva tropical. Hemos destruido toda la evidencia. La reserva de Shiva desapareció. Lo mismo que las vacunas. Lo mismo que los archivos de las computadoras del laboratorio y todo lo demás. Lo único que queda del proyecto es lo que ustedes tienen en la cabeza. En otras palabras, si alguien trata de acusarnos tendrán que mantener la boca cerrada... y no habrá manera de juzgarnos. ¿Bill? —Brightling señaló a Henriksen, quien subió decididamente al podio.

—OK, ustedes saben que fui agente del FBI. Sé cómo hacen las cosas. Ponernos unos contra otros no les resultará fácil en el mejor de los casos. El FBI debe respetar las reglas, y las reglas son estrictas. Tendrán que leerles sus derechos, uno de los cuales es contar con la presencia de un abogado durante los interrogatorios. A lo que ustedes deben responder “Sí, quiero que mi abogado esté presente.” Si responden *eso*, ni siquiera podrán preguntarles la hora. Luego ustedes nos llamarán, nosotros enviaremos un abogado, el abogado les dirá (en la cara de los agentes del FBI) que traten de no decir nada, y luego les dirá a los federales que ustedes no hablarán, y que si intentan obligarlos a hacerlo estarán violando toda clase de estatutos y decisiones de la Corte Suprema. Eso significa que *ellos* pueden meterse en problemas y que cualquier cosa que ustedes digan no podrá ser usada en la corte ni en ninguna otra parte. Ésos son los derechos civiles.

—Luego —prosiguió Henriksen— nos dedicaremos a observar el

fecundo ecosistema que nos rodea y a inventar una nueva versión de los hechos. Eso nos llevará un tiempo y...

—Un momento, si podemos evitar que nos hagan preguntas, para qué...

—¿Para qué inventar una versión de los hechos? Muy fácil. Nuestros abogados tendrán que hablar un poco con los procuradores de la nación. Si generamos una versión convincente de los hechos, no nos molestarán más. Si los policías saben que no pueden ganar, no presentarán batalla. Una buena versión de los hechos será muy útil. OK, podemos decir que, sí, estábamos investigando el virus Ébola porque es una amenaza para la humanidad y el mundo necesita una vacuna. Luego, tal vez, algún empleado trastornado decidió matar a la población mundial... pero *nosotros* no tuvimos nada que ver con eso. ¿Por qué estamos aquí? Para investigar *in situ* la composición química de la flora y la fauna de la selva tropical. Es una opción legítima, ¿no les parece? —todos asintieron.

—OK —prosiguió Henriksen—, nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario para inventar una versión de los hechos convincente e inexpugnable. Luego la memorizaremos. De esa manera, cuando nuestros abogados nos permitan hablar con el FBI (de modo que podamos cooperar con la ley) les daremos exclusivamente información que no pueda perjudicarnos y que, de hecho, nos ayudará a evadir los cargos que pretendan adjudicarnos. Amigos, si permanecemos unidos y nos atenemos fielmente al guión, no podemos perder. Por favor tengan confianza en lo que les digo. Si usamos la cabeza *no podemos perder*. ¿Entendido?

—Y también podremos trabajar en el Proyecto Dos —dijo Brightling volviendo al podio—. Ustedes son las personas más inteligentes del mundo y quiero destacar que nuestro compromiso con la meta definitiva *no ha cambiado*. Pasaremos un año aquí, por lo menos. Es una invaluable oportunidad de estudiar la naturaleza y aprender cosas que necesitamos aprender. También nos permitirá encontrar una nueva manera de lograr aquello a lo que hemos consagrado nuestras vidas —prosiguió. Muchos asintieron. Probablemente podrían investigar ideas alternativas. Seguía siendo el director de la compañía biotecnológica más avanzada del mundo. Todavía tenía a su servicio a los mejores científicos, y los más brillantes. Todavía anhelaban salvar el planeta. Simplemente tendrían que encontrar otra manera de hacerlo, y tenían los recursos y el tiempo necesarios para encontrarla.

—OK —prosiguió Brightling esbozando una radiante sonrisa—. Ha sido un día muy largo. Es hora de ir a descansar. Mañana por la mañana saldré a la selva y contemplaré un ecosistema del que tenemos mucho que aprender.

El aplauso lo conmovió. Sí, todos ellos sentían lo mismo, compartían su dedicación... y, tal vez... sí, tal vez hubiera una manera de concretar el Proyecto Dos.

Bill Henriksen se acercó a Carol y John camino al dormitorio.

—Hay un problema potencial —les dijo.

—¿Cuál?

—¿Qué haremos si envían un comando paramilitar contra nosotros?

—¿Como si fuera un ejército? —preguntó Carol Brightling.

—Sí.

—Pelearemos contra ellos —respondió John—. Tenemos armas, ¿no?

Tenían. La armería del proyecto alternativo tenía no menos de cien rifles de asalto G-3 de fabricación alemana, los auténticos, completamente automáticos. Sólo que en el proyecto había muy pocas personas que supieran disparar.

—Sí. OK, el problema es que no pueden arrestarnos legalmente, pero si se las ingenian para atraparnos y llevarnos de regreso a Estados Unidos, a la corte le importará un bledo si el arresto fue ilegal. Es una característica de las leyes estadounidenses: una vez que uno está frente al juez, al juez no le importa cómo llegó ahí. Entonces, si se aparecen los paramilitares, convendría disuadirlos. Creo que...

—¡Creo que nuestra gente no necesitará que la estimulen para pelear contra los miserables que destruyeron el proyecto!

—Estoy de acuerdo, pero tendremos que ver qué sucede. Maldición, ojalá tuviéramos un radar.

—¿Para qué? —preguntó John.

—Si vienen, vendrán en helicóptero. Es demasiado lejos para venir caminando por la jungla, y los botes son demasiado lentos, y nuestros compatriotas suelen pensar en términos de helicópteros. Así les gusta hacer las cosas.

—¿Cómo harán para saber dónde estamos, Bill? Demonios, salimos del país muy rápido y...

—Y pueden preguntarle a las tripulaciones de los vuelos. Tuvieron que llenar los formularios del vuelo a Manaos, y eso achica un poco el panorama, ¿no?

—No hablarán. Les pago muy bien —objetó John—. ¿Cuánto tardarán en averiguar dónde estamos?

—Oh, un par de días en el peor de los casos. Creo que convendría que entrenáramos a nuestra gente en el arte de la defensa. Podríamos empezar mañana mismo —propuso Henriksen.

—Hecho —decidió John—. Y llamaré a casa para averiguar si alguien intentó hablar con nuestros pilotos.

La suite principal tenía su propia sala de comunicaciones. El proyecto alternativo era una obra de arte en muchos aspectos, desde los laboratorios médicos a las comunicaciones. La antena próxima a la usina eléctrica tenía su propio sistema telefónico satelital, que también accedía por correo electrónico y otras vías a la red interna computarizada de Horizon Corporation. Apenas llegó a la suite, John Brightling activó el sistema telefónico y llamó a Kansas. Dejó instrucciones para los tripulantes de los vuelos, diciendo que se comunicaran con el proyecto

alternativo si alguien los interrogaba respecto de sus viajes más recientes. Una vez hecho esto, le quedó muy poco por hacer. Se duchó y fue al dormitorio, donde lo esperaba su esposa.

—Es tan triste —comentó Carol en la oscuridad.

—Estoy hirviendo de furia —admitió John—. ¡Estábamos tan cerca!

—¿Qué fue lo que falló?

—No estoy seguro, pero creo que nuestro amigo Popov descubrió lo que estábamos por hacer, mató al tipo que se lo dijo y escapó. De algún modo les avisó que capturaran a Will Gearing en Sydney. ¡Maldición, faltaban unas horas para iniciar la Fase Uno! —bramó desconsolado.

—Bueno, la próxima vez seremos más cuidadosos —lo animó Carol acariciándole el brazo. Fracaso o no, era bueno estar en la cama con él—. ¿Qué pasará con Wil?

—Tendrá que correr el riesgo. Le conseguiré los mejores abogados que pueda encontrar —prometió John—. Y le ordenaré que mantenga la boca cerrada.

Gearing había dejado de hablar. Evidentemente la llegada a Estados Unidos había despertado en él la idea de los derechos civiles y los procedimientos penales, y desde que había pisado suelo patrio no hablaba con nadie. Estaba sentado en el C-5, mirando el perímetro circular que llevaba al inmenso sector vacío en la cola, mientras los soldados dormían. Sin embargo, dos de ellos estaban completamente despiertos y no le sacaban los ojos de encima. Tenían armas suficientes como para cazar cien osos, vio Gearing, montones de armas personales allí mismo y en el sector de carga. ¿Dónde estarían yendo? Nadie se lo había dicho.

Clark, Chávez y Stanley estaban en la cabina de mando del macizo transporte aéreo. Los tripulantes del vuelo pertenecían a la Fuerza Aérea —muchos de los cuales eran reservistas, mayormente pilotos de aerolínea en su vida civil— y mantenían distancia. Sus superiores les habían advertido lo que sucedía, advertencia posteriormente confirmada por el cambio en la pintura exterior del avión. ¿Eran civiles ahora? Estaban vestidos de civil, como si quisieran engañar a alguien. ¿Pero quién creería que un Lockheed Galaxy era de propiedad civil?

—Quedó muy bien —observó Chávez. Era interesante volver a la infantería, ser nuevamente un ninja, otra vez dueño de la noche... sólo que pensaban atacar a plena luz del día—. La pregunta es, ¿se resistirán?

—Si tenemos suerte —respondió Clark.

—¿Cuántos son?

—Viajaron en cuatro Gulfstreams, cada uno con dieciséis personas como máximo. Digamos que sesenta y cuatro, Domingo.

—¿Armas?

—¿Vivirías en la jungla sin armas? —preguntó Clark. Probablemente no, claro.

—¿Pero saben usarlas? —insistió Chávez.

—No creo. En su mayoría deben ser científicos, aunque algunos conocerán la selva y tal vez haya varios cazadores. Supongo que comprobaremos la eficacia de los nuevos juguetes de Noonan.

—Eso espero —admitió Chávez. Lo bueno era que sus hombres estaban entrenados y muy bien pertrechados. De día o de noche, sería una misión ninja—. ¿Supongo que usted está al mando?

—Puedes apostar tu bonito culo a que sí, Ding —replicó Rainbow Six. Dejaron de hablar. El avión se sacudió un poco al ingresar en la estela de turbulencia generada por el KC-10 de reabastecimiento aéreo. Clark no quería ni ver el procedimiento. Debía ser el acto más antinatural del mundo: dos aviones enormes apareándose en pleno vuelo.

Malloy estaba unos asientos atrás observando los informes satelitales con el teniente Harrison.

—Parece fácil —opinó el joven oficial.

—Sí, pura vainilla, a menos que nos disparen. En ese caso se pondrá más movidito —le prometió a su copiloto.

—La nave estará al borde del exceso de peso —advirtió Harrison.

—Para eso tiene dos motores, hijo —señaló el *marine*.

Afuera estaba oscuro. Los tripulantes del C-5 observaron la superficie llana y poco iluminada de la Tierra luego de recargar sus tanques. Para ellos, seguía siendo un vuelo corriente. El piloto automático sabía dónde estaba y a dónde se dirigía, y en el aeropuerto internacional de Manaus, Brasil, también sabían que un avión de carga estadounidense llegaría y se quedaría durante uno o dos días (la información había sido transmitida previamente por fax).

Todavía no había amanecido cuando divisaron las luces de la pista. El piloto, un joven mayor, se irguió en su asiento y disminuyó la velocidad de la nave mientras el copiloto, a su derecha, controlaba los instrumentos y transmitía las cifras de altitud y velocidad. Luego levantó la nariz y dejó que el C-5B se posara sobre la pista (con un pequeño salto, para que los pasajeros a bordo se enteraran de que ya no estaban en el aire). Tenía un diagrama del aeropuerto y, siguiéndolo, carreteó hasta el extremo de la rampa, frenó y le anunció a la gente de descarga que había llegado su turno de trabajar.

Tardaron unos minutos en organizar las cosas, pero finalmente abrieron las enormes puertas traseras. Como un valiente pájaro nocturno, el Night Hawk MH-60K asomó con las primeras luces del alba. El sargento Nance supervisó a los tres hombres del 160 SOAR que extendieron las hojas del rotor y luego trepó al fuselaje para asegurarse de que estuvieran bien colocadas. El Night Hawk tenía los tanques llenos. Nance instaló la ametralladora M-60 en su lugar (sobre la derecha) y le anunció al coronel Malloy que el helicóptero estaba listo. Malloy y Harrison revisaron la nave y decidieron que estaba en condiciones de partir. Inmediatamente transmitieron la información por radio a Clark.

Los últimos en bajar del C-5B fueron los hombres del Rainbow, vestidos de fajina BDU multicolor y con las caras pintadas de marrón y verde. Gearing bajó último. Le habían puesto una bolsa en la cabeza para que no pudiera ver nada.

Resultó que no cabían todos a bordo. Vega y otros cuatro quedaron en tierra, y vieron despegar el helicóptero con las primeras luces del alba. El Night Hawk ascendió al cielo y viró hacia el noroeste mientras los desplazados protestaban, inmersos en el aire caluroso y húmedo del trópico. Justo en ese momento llegó un automóvil con varios formularios que la tripulación del vuelo debió completar. Para sorpresa de todos, nadie pareció advertir el desusado tamaño del avión. El letrero recién pintado proclamaba que era un avión grande de propiedad privada y el personal del aeropuerto aceptó esa versión, dado que los papeles habían sido llenados adecuadamente.

Se parecía tanto a Vietnam, pensaba Clark mientras el helicóptero sobrevolaba el inmenso mar verde de la selva. Pero esta vez no volaba en un Huey y habían pasado casi treinta años de su primera exposición a operaciones de combate. No recordaba haber sentido miedo —tensión sí, pero no miedo—, cosa que le parecía notable desde su actual perspectiva. Aferraba entre las manos una MP-10 silenciada y, rumbo a la batalla en helicóptero, creía haber recuperado la juventud... hasta que se dio vuelta y vio a los demás hombres a bordo... Eran tan jóvenes. Pero luego recordó que casi todos superaban los treinta años de edad, y si ellos le parecían jóvenes era porque evidentemente él estaba muy viejo. Apartó ese nefasto pensamiento y miró por la puerta, más allá del sargento Nance y su ametralladora. El cielo estaba aclarando, había demasiada luz para los lentes de visión nocturna pero no la suficiente para ver bien. Se preguntó cómo sería el clima allí. Estaban sobre el ecuador y había jungla allá abajo. Probablemente sería caluroso y húmedo, y debajo de los árboles habría víboras, insectos y todas las otras criaturas que moraban en ese lugar agreste y dejado de la mano de Dios.... Que se quedaran con la selva, les dijo John sin palabras, él no pensaba interferir.

—¿Cómo vamos, Malloy? —preguntó por intercom.

—Tendríamos que avistarlo en cualquier momento... ¡allá está, hay luces más adelante!

—Llegamos —Clark les indicó a sus soldados que se alistaran—. Proceda como estipulamos, coronel Malloy.

—Entendido, Six —mantuvo el curso y la velocidad (dos-nueve-seis, setecientos pies AGL —sobre el nivel del suelo— y ciento veinte nudos respectivamente). Las luces en la distancia parecían absolutamente fuera de lugar, pero eran luces, tal como habían indicado el sistema de navegación y las fotos satelitales.

—OK, Gearing —decía Clark en el fondo—. Le permitiremos que vaya a hablar con su jefe.

—¿Ah, sí? —preguntó el prisionero a través de la bolsa negra que le cubría la cabeza.

—Sí —confirmó John—. Le llevará un mensaje. Si se rinde, nadie saldrá lastimado. Si no lo hace, la cosa se pondrá muy fea. Su única opción es la rendición incondicional. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí —asintió la cabeza dentro de la bolsa negra.

El Night Hawk levantó la nariz al acercarse al extremo oeste de la pista que alguna empresa constructora había talado en la selva. Malloy descendió rápidamente sin permitir que las ruedas tocaran la tierra... era el procedimiento estándar para evitar minas terrestres. Gearing fue empujado al suelo e inmediatamente el helicóptero volvió a ascender, revertiendo su curso hacia el extremo este de la pista.

Gearing se arrancó la bolsa de la cabeza e intentó orientarse. Divisó las luces del proyecto alternativo, complejo cuya existencia conocía pero que jamás había visitado, y se dirigió allí sin mirar atrás.

En el extremo este, el Night Hawk descendió a menos de un metro del suelo. Los comandos Rainbow saltaron a tierra y el helicóptero levantó vuelo para regresar a Manaos, siguiendo la estela del sol naciente. Malloy y Harrison se pusieron sus anteojos oscuros y mantuvieron el curso, chequeando repetidamente la cantidad de combustible. El Regimiento de Aviación 160 de Operaciones Especiales mantenía muy bien sus helicópteros, pensó el *marine*, flexionando sus manos enguantadas sobre los controles. Igual que los muchachos de la Fuerza Aérea en Inglaterra.

Noonan llevó la delantera. Todos los soldados corrieron inmediatamente a cubrirse, lejos del duro pavimento de la pista, y corrieron hacia el oeste preguntándose si Gearing habría advertido su llegada. Tardaron media hora en recorrer una distancia que, de haber corrido, hubieran cubierto en menos de diez minutos. A pesar de todo, Clark consideró que lo habían hecho bien... ahora recordaba la hormigueante sensación de estar en la jungla, donde el aire mismo parecía contener extrañas criaturas dispuestas a chuparle a uno la sangre y contagiarle enfermedades que lo harían morir lo más lenta y dolorosamente posible. ¿Cómo carajo había soportado diecinueve meses en Vietnam? Recién habían pasado diez minutos y ya tenía ganas de irse. A su alrededor los árboles macizos ascendían al cielo y formaban la verde techumbre que cubría ese lugar fétido. Pero había otros árboles más bajos, y otros todavía más pequeños rodeados de plantas y arbustos. Escuchaba el sonido de los movimientos... No sabía si eran sus hombres o los animales, pero sí sabía que ese medio ambiente contenía toda clase de vida (en su mayoría enemiga de la raza humana). Sus hombres se dispersaron hacia el norte. La mayoría cortaron ramas y las colocaron en las bandas elásticas de sus cascos Kevlar para camuflarse mejor.

La puerta principal del edificio no tenía llave, descubrió Gearing sorprendido. Entró en lo que parecía ser un edificio residencial, subió al ascensor, apretó el último botón y llegó al cuarto piso. Una vez allí, sólo era cuestión de abrir una de las puertas dobles del pasillo y encender la luz de la suite principal. Las puertas del dormitorio estaban abiertas. Gearing entró.

John Brightling entrecerró los ojos, por el haz de luz proveniente de la sala. Luego los abrió mucho y vio...

—¿Qué carajo estás haciendo acá, Wil?

—Me trajeron, John.

—¿*Quiénes* te trajeron?

—Los tipos que me arrestaron en Sydney —explicó Gearing.

—¿Qué? —era demasiado para esa hora de la mañana. Brightling se levantó y se puso la bata que tenía junto a la cama.

—¿Qué pasa John? —preguntó Carol, semidormida.

—Nada querida, relájate —John fue a la sala y cerró la puerta del dormitorio.

—¿Qué mierda está pasando Wil?

—Están aquí, John.

—¿*Quiénes* están aquí?

—El comando antiterrorista, los que fueron a Australia, los que me arrestaron. ¡Están *aquí*, John! —le dijo Gearing. Miró a su alrededor desorientado por el viaje y sin saber qué hacer.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En el edificio?

—No. Me largaron del helicóptero. Su jefe es un tipo llamado Clark. Me dijo que te dijera que debías rendirte... rendirte incondicionalmente, John.

—¿O si no qué?

—O si no, van a matarnos a todos.

—¿En serio? —esa no era manera de despertar. Brightling había gastado doscientos millones de dólares en construir ese lugar —la mano de obra era barata en Brasil— y consideraba que el proyecto alternativo era una fortaleza. Más aún, una fortaleza que tardarían meses en localizar. ¿Un grupo de hombres armados, allí y ahora, exigía su rendición? ¿Qué diablos era todo eso?

Bueno, pensó. Primero llamó a la habitación de Bill Henriksen y le dijo que subiera. Luego encendió su computadora. No había noticias de que nadie hubiera hablado con los tripulantes de sus vuelos. Por lo tanto, nadie les había dicho dónde estaban. Entonces, ¿cómo carajo los habían descubierto? ¿Y quién diablos estaba allí? ¿Y qué mierda quería? Enviar a alguien conocido a pedirle que se rindiera parecía el guión de una película mala.

—¿Qué pasa, John? —preguntó Henriksen. Luego vio a Gearing—
¿Wil, cómo llegaste aquí?

Brightling levantó una mano para impedir que hablaran y trató

de pensar. Apagó las luces de la sala, miró por los ventanales, y no vio nada.

—¿Cuántos son? —preguntó Bill.

—Diez o quince soldados —replicó Gearing—. ¿Van a hacer lo que... van a rendirse?

—¡Demonios, no! —bramó Brightling—. ¿Lo que están haciendo es legal, Bill?

—No, no lo es. Creo que no.

—OK, reúne a nuestra gente y busquen las armas.

—Bueno —dijo el jefe de seguridad, dubitativo. Fue directamente al *lobby* principal, desde cuyo escritorio se controlaba el sistema de direcciones del complejo.

—Eso es, nena, háblame —dijo Noonan. La versión más reciente del sistema DKL de búsqueda de personas estaba encendida y funcionando. Había colocado dos unidades receptoras a trescientas yardas. Cada una tenía un transmisor que se reportaba a una unidad receptora conectada a su computadora laptop.

El sistema DKL rastreaba el campo electromagnético generado por los latidos del corazón humano. Habían descubierto que el latido cardíaco era una señal única. Los primeros aparatos vendidos por la compañía meramente indicaban la dirección de la que provenían las señales, pero los nuevos tenían antenas parabólicas para aumentar su alcance a ciento cincuenta metros y, por triangulación, dar posiciones exactas... es decir, con un margen de error de entre dos y cuatro metros. Clark estaba observando la pantalla de la computadora. Los blips indicaban la presencia de personas en distintos lugares del edificio residencial.

—Muchacho, esto hubiera sido muy útil en el Cuerpo cuando yo eran joven —suspiró Clark. Cada comando Rainbow tenía un localizador GPS instalado en su radio personal, que a su vez se comunicaba con la computadora y permitía que Clark y Noonan conocieran la posición exacta de sus hombres.

—Sí, por eso me entusiasma tanto esta muñequita —dijo Noonan—. No puedo decirte en qué piso están, pero mira, han empezado a moverse. Supongo que alguien los despertó.

—Comando, aquí Mr. Oso —crujió la radio.

—Mr. Oso, aquí Comando. ¿Dónde está?

—Cinco minutos afuera. ¿Dónde quiere que vaya?

—Al mismo lugar que antes. Manténgase lejos de la línea de fuego. Dígale a Vega y a los demás que estamos en el extremo norte de la pista. Mi puesto de comando está cien metros al norte de la hilera de árboles. Los llamaremos desde allí.

—Entendido, Comando. Fuera.

—Esto debe ser un ascensor —dijo Noonan señalando la pantalla. Seis blips convergieron en un mismo punto, permanecieron juntos me-

dio minuto y luego se dispersaron. Una cantidad de blips se estaban reuniendo en un mismo lugar, probablemente un *lobby*. Luego se dirigieron al norte y volvieron a converger.

—Me gusta éste —dijo Dave Dawson, sopesando su rifle G3. El arma de fabricación alemana tenía buen equilibrio y excelentes visores. Dawson había sido jefe de seguridad en Kansas, otro verdadero creyente que no soportaba la idea de volver a Estados Unidos bajo custodia federal y pasar el resto de su vida en la cárcel de Leavenworth... un sector de Kansas por el que sentía poco aprecio—. ¿Qué haremos ahora, Bill?

—OK, nos dividiremos en pares. Todo el mundo tendrá una de éstas —Henriksen empezó a distribuir radios—. Piensen. No disparen hasta recibir la orden de hacerlo. Usen la cabeza.

—OK, Bill. Les mostraré a esos miserables lo que es capaz de hacer un cazador —observó Killgore. Le gustaba sentir el peso del rifle en las manos.

—Esto también —Henriksen abrió otra puerta y empezó a sacar pantalones y chaquetas de camuflaje.

—¿Cómo haremos para protegernos, Bill? —preguntó Steve Berg.

—¡Matando a los cretinos! —aulló Killgore—. No son policías, no vienen a arrestarnos, ¿verdad, Bill?

—Bueno, no, y no se identificaron, y la ley indica que... la ley no es muy clara en este punto, muchachos.

—Y de todos modos estamos en un país extranjero. Así que esos imbéciles están violando la ley al estar aquí, y si alguien nos ataca con armas tenemos derecho a defendernos, ¿no? —preguntó Ben Farmer.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le preguntó Berg.

—Soy un ex *marine*, muchachito. Armas livianas, formen fila... sí, sé lo que está pasando allá afuera —Farmer parecía confiado y estaba tan molesto como los demás por la modificación impuesta a sus planes.

—OK, amigos, yo estoy al mando, ¿entendido? —dijo Henriksen. Tenía treinta hombres armados. Sería suficiente—. Los haremos venir a nosotros. Si ven a alguien avanzando con un arma, lo liquidan. ¡Pero sean pacientes! Déjenlos acercarse. No desperdicien municiones. Veamos si logramos disuadirlos. No podrán quedarse mucho tiempo sin reservas y sólo tienen un helicóptero para...

—¡Miren! —gritó Maclean. El helicóptero negro acababa de aterrizar a una milla y media, en el extremo más lejano de la pista. Tres o cuatro hombres bajaron corriendo y se perdieron entre los árboles.

—OK, tengan cuidado, muchachos, y *piensen* antes de actuar.

—En marcha —dijo Killgore agresivamente, indicándole a Maclean que lo siguiera.

—Están dejando el edificio —dijo Noonan—. Aparentemente son

treinta —Levantó la vista para orientarse en el terreno—. Se dirigen a la selva... ¿pensarán tendernos una emboscada?

—Ya veremos. Comando 2, aquí Comando —dijo Clark por radio táctica.

—Comando 2 a Comando —replicó Chávez—. Veo gente saliendo del edificio. Aparentemente portan armas livianas.

—Entendido. OK, Ding, procederemos de acuerdo con el plan.

—Entendido, Comando. Voy a organizarme —El Comando 2 estaba intacto, salvo por la ausencia de Julio Vega que acababa de llegar en el segundo vuelo del helicóptero. Chávez se reunió con su gente y extendió su línea al norte, hacia la selva, permaneciendo en el extremo sur de la línea. Los hombres del Comando 1 actuarían como reserva bajo las órdenes directas de John Clark.

Noonan observó los movimientos de los tiradores del Comando 2. Cada blip amigo estaba identificado por una letra, de modo que pudiera reconocerlos.

—John —preguntó—, ¿cuándo tendremos libertad para disparar?

—Paciencia, Tim —replicó Six.

Noonan estaba arrodillado sobre el pasto húmedo y había apoyado su laptop sobre un árbol caído. La batería debía durar más de cinco horas, y tenía dos de repuesto en la mochila.

Pierce y Loiselle tomaron la delantera, medio kilómetro adentro de la jungla. No era la primera vez para ninguno de los dos. Mike Pierce había trabajado en Perú dos veces, y Loiselle había estado tres veces en África. Pero, familiaridad con las condiciones del medio ambiente no equivalía a confort. A los dos les preocupaban las serpientes tanto como a los demás, y estaban seguros de que la selva estaba repleta de ofidios, ya fuera venenosos o dispuestos a devorarlos enteros. La temperatura estaba subiendo y ambos soldados transpiraban copiosamente bajo el camuflaje. Diez minutos después encontraron un buen lugar, con un árbol alto y otro caído cerca.

—Tienen radios —reportó Noonan—. ¿Quieres que las anule?

Clark negó con la cabeza.

—Todavía no —dijo—. Primero escuchemos lo que dicen.

—Me parece bien —el agente del FBI conectó el escáner de la radio al *speaker*.

—Qué lugar —dijo una voz—. Mira esos árboles, amigo.

—Sí, son grandes, ¿no?

—¿Qué árboles son? —preguntó un tercero.

—¡La clase de árboles detrás de la que puede esconderse cualquiera para volarte los sesos! —dijo una voz más seria—. ¡Killgore y Maclean, avancen al norte media milla, encuentren un lugar y quédense allí!

—Sí, sí, OK, Bill. —dijo la tercera voz.

—Atención todo el mundo —dijo Bill—. No abusen de las radios,

¿entendido? Repórtense cuando los llame o cuando vean algo importante. ¡Por lo demás, no las usen!

—Sí.

—OK.

—Si tú lo dices, Bill.

—Entendido.

—No veo una mierda —dijo un quinto.

—¡Entonces, búscate un lugar donde puedas ver! —sugirió una voz animosa.

—Van por parejas y se mueven juntos —dijo Noonan mirando la pantalla—. Esta pareja va directo a Mike y Louis.

Clark miró la pantalla.

—Pierce y Loisel, aquí Comando. Tienen dos blancos acercándose desde el sur, distancia aproximada dos-cincuenta metros.

—Entendido Comando. Pierce copia.

El sargento Pierce se ubicó en su lugar, mirando al sur, y dejó vagar sus ojos en un arco de noventa grados. A seis metros de distancia Loisel hizo lo mismo. Estaba más relajado en lo que concernía al medio ambiente, pero la proximidad del enemigo lo tensionaba.

El doctor John Killgore conocía la selva y sabía cazar. Comenzó a moverse lenta y cautelosamente, mirando cada paso que daba para no hacer ruido, y luego escrutando el paisaje para detectar cualquier forma humana. Vendrían a buscarlos, estaba seguro. Maclean y él encontrarían buenos lugares para dispararles, como si estuvieran cazando ciervos. Escogerían un lugar en las sombras para esconderse y esperar la llegada de sus presas. Otras doscientas yardas, pensó. Ahí estaría bien.

A trescientos metros de distancia, Clark se valía de la computadora y las radios para ubicar a su gente en los mejores lugares. Esta nueva capacidad era increíble. Igual que un radar, podía detectar gente mucho antes de que él o cualquier otro pudiera verla o escucharla. Este nuevo juguete electrónico sería una asombrosa bendición para todos los soldados que pudieran usarlo...

—Allá vamos —dijo Noonan en voz muy baja, como un comentarista de golf. Tocó la pantalla.

—Pierce y Loisel, aquí Comando. Dos blancos se aproximan desde el sur, están a una distancia de doscientos metros.

—Entendido, Comando. ¿Podemos actuar? —preguntó Pierce. Loisel lo miraba desde su puesto en vez de mirar al frente.

—Afirmativo —replicó Clark. Luego ordenó—. Rainbow, aquí Six. Pueden usar sus armas. Repito, pueden usar sus armas con libertad.

—Entendido, copio, podemos usar las armas —dijo Pierce.

—Esperemos hasta tenerlos a ambos, Louis —susurró Pierce.

—*D'accord* —respondió el sargento Loiselle. Los dos miraron al sur, los ojos vigilantes y los oídos alertas a la primera rama que se quebrara.

No estaba tan mal, pensó Killgore. Había cazado en peores lugares, muchísimo más ruidosos. Aquí no había piñas que hicieran ruidos molestos y alertaran a los ciervos a kilómetros de distancia. Sólo muchísimas sombras, casi nada de luz directa. Si no fuera por los insectos, se hubiera sentido cómodo allí. Pero los insectos eran asesinos. La próxima vez que saliera se pondría repelente, decidió el médico, avanzando lentamente. Una rama de arbusto le interrumpió el paso. La apartó con la mano izquierda para no hacer ruido al pisarla.

Allí, vio Pierce. La rama de un arbusto acababa de moverse, y no era obra del viento.

—Louis —susurró. Cuando el francés se dio vuelta, Pierce levantó el dedo y señaló. Loiselle asintió y volvió a mirar adelante.

—Tengo un blanco visual —reportó Pierce por radio—. Un blanco, ciento cincuenta metros al sur.

Macleán se sentía menos a gusto a pie que a caballo. Hacía lo imposible por imitar los movimientos de John Killgore, aunque no hacer ruido y avanzar le parecían dos actividades incompatibles. Tropezó con una raíz y cayó haciendo ruido, pero maldijo en silencio antes de pararse.

—*Bonjour* —murmuró Loiselle para sus adentros. Fue como si el ruido hubiera disparado una montaña rusa. El sargento Loiselle vio una silueta humana moviéndose en las sombras, a unos ciento cincuenta metros de distancia—. ¿Mike? —susurró, y señaló el blanco.

—OK, Louis —respondió Pierce—. Deja que se acerquen, viejo.

—Sí.

Ambos cargaron sus MP-10 al hombro, aunque la distancia todavía era excesiva.

Si había algo más grande que un insecto moviéndose, pensó Killgore, él no podía escucharlo. Supuestamente había jaguares en esa jungla, felinos cazadores grandes como leopardos cuyas pieles harían una bonita alfombra, pensó, y las balas redondas de 7.62 mm que dispa-

raba su rifle eran más que adecuadas para ese propósito. No obstante, probablemente los jaguares serían predadores nocturnos, difíciles de detectar. Y las capibaras, las ratas más grandes del mundo, supuestamente constituían un buen alimento, a pesar de su familia biológica... esas sí que se alimentaban durante el día, ¿no? Había tanto para ver allí, tanto derroche visual, que sus ojos no lograban acostumbrarse. OK, buscaría un lugar donde quedarse quieto, de modo tal que sus ojos se adaptaran al nuevo esquema de luz y oscuridad y pudieran advertir los cambios. *Éste es un buen lugar*, pensó. Un árbol alto, y otro caído al lado...

—Vamos, bomboncito —susurró Pierce para sus adentros. Bastaría con que se acercara un poco más. Tenía que levantar un poco el arma, apuntar al mentón del blanco, de modo tal que la caída natural de la bala hiciera que los disparos acertaran en el corazón. Sería más lindo volarle la tapa de los sesos, pero estaba demasiado lejos para arriesgarse, y quería ser cauteloso.

Killgore silbó y le hizo señas a Maclean, indicando hacia adelante. Kirk asintió. Su entusiasmo inicial por la tarea se estaba evaporando rápidamente. La jungla no era lo que esperaba y el hecho de estar rodeado por gente que planeaba atacarlos no la volvía más atractiva. Curiosamente, se encontró pensando en el bar para solteros de Nueva York, en la oscuridad y la música ruidosa. En el ambiente extraño... y en las mujeres que había conocido allí. Realmente, lo que les había pasado era espantoso. Después de todo, eran —habían sido— personas. Pero lo peor de todo era que sus muertes no habían tenido sentido. Si al menos el proyecto hubiera continuado, el sacrificio de las chicas habría valido la pena, pero ahora... ahora era sólo un fracaso, y allí estaba él, en esa maldita jungla, con un rifle cargado, buscando a alguien que quería hacerle lo que él les había hecho...

—¿Louis, tienes tu blanco?

—¡Sí!

—OK, adelante —dijo Pierce con voz cascada. Sujetó con fuerza la MP-10, centró el blanco en el visor, y apretó suavemente el gatillo. El resultado inmediato fue el suave *puf puf puf* de los tres disparos, el sonido metálico del dispositivo de la ametralladora, y luego el impacto de las tres ráfagas sobre el blanco. Vio al hombre abrir la boca y luego caer. Sus oídos reportaron sonidos similares a su izquierda. Pierce abandonó su puesto y avanzó corriendo, cubierto por Loiselle.

La mente de Killgore no tuvo tiempo de analizar lo que le había ocurrido. Sólo alcanzó a sentir los impactos en el pecho, y ahora estaba mirando las copas de los árboles y los pequeños fragmentos de azul y

blanco del cielo lejano. Intentó decir algo, pero apenas podía respirar, y cuando giró la cabeza unos milímetros no vio a nadie. ¿Dónde estaba Kirk? se preguntó. Pero no podía moverse... ¿Acaso le habían disparado? El dolor era real pero extrañamente lejano, bajó la cabeza y vio su pecho ensangrentado y...

... ¿quién era el que estaba frente a él con la cara pintada de verde y marrón?

¿Y quién eres tú? se preguntó el sargento Pierce. Las tres ráfagas le habían atravesado el pecho, errándole al corazón pero desgarrándole los pulmones y las arterias más importantes. Los ojos todavía tenían vida y estaban clavados en él.

—Te equivocaste de cancha, socio —dijo suavemente Pierce. En ese instante, la vida abandonó los ojos del desconocido y el sargento se agachó a recoger su rifle. Era lindo. Pierce se lo colgó del hombro. Miró a su izquierda y vio a Loiselle sosteniendo un rifle idéntico en una mano y haciendo, con la otra mano sobre su cuello, el gesto de la decapitación. Su blanco también estaba muerto.

—Eh, incluso me avisa cuando los matan —dijo Noonan. Cuando los corazones dejaban de latir, lo mismo sucedía con las señales que rastreaba el aparato DKL. Bravo, pensó Timothy.

—Pierce y Loiselle, aquí Comando. Copiamos que eliminaron dos blancos.

—Afirmativo —respondió Pierce—. ¿Tenemos algún otro cerca?

—Pierce —replicó Noonan—, hay otros dos doscientos metros al sur de su posición actual. Este par avanza lentamente hacia el este, en dirección a McTyler y Patterson.

—Pierce, aquí Comando. Alerta —ordenó Clark.

—Entendido, Comando.

Pierce recogió el radio del sujeto. Como no tenía otra cosa que hacer, le metió la mano en los pantalones. Un minuto después se enteró de que había matado a John Killgore, de Binghamton, Nueva York. ¿Quién eras? hubiera querido preguntarle al cadáver. Pero el amigo Killgore ya no respondería más preguntas, y además ¿quién le garantizaba que las respuestas tendrían sentido?

—OK, muchachos, a reportarse todos —escuchó Noonan.

Henriksen estaba entre los árboles. Esperaba que su gente tuviera la sensatez necesaria para quedarse quieta en cuanto encontrara un buen lugar. Lo preocupaba la presencia de los militares, si es que lo eran. La gente del proyecto era demasiado animosa y también demasiado torpe. Su radio crujió y todas las voces acataron la orden que acababa de darles, excepto dos.

—Killgore y Maclean, repórtense —nada—. John, Kirk, ¿dónde carajo están?

—Ésa es la parejita que liquidamos —le informó Pierce al Comando—. ¿Quiere que le avise?

—Negativo, Pierce. ¡No diga estupideces, hombre! —gruñó Clark.

—Nuestro jefe no tiene sentido del humor —comentó Loiselle encogiéndose de hombros.

—¿Quién está más cerca de ellos? —preguntó una voz por radio.

—Dawson y yo —respondió otra voz.

—OK, Berg y Dawson, muévanse al norte, tómense su tiempo y vean qué pueden hacer.

—OK, Bill —dijo una tercera voz.

—Veo más blancos en nuestro camino, Louis —dijo Pierce.

—*Oui* —dijo Loiselle. Luego señaló—. Ese árbol, Mike —Debía tener tres metros de diámetro en la base, pensó Pierce. Se podría construir una cabaña con uno solo de éstos. O una casa grande.

—Pierce y Loiselle, Comando, dos blancos avanzan hacia ustedes, en dirección sur, están muy juntos.

Dave Dawson se había entrenado en el ejército de Estados Unidos diez años atrás y era lo suficientemente experto como para estar preocupado. Le dijo a Berg que le cubriera las espaldas y el científico obedeció.

—Comando, Patterson, tengo movimiento en el frente, a unos doscientos metros.

—Correcto —dijo Noonan—. Avanzan directamente hacia Mike y Louis.

—Patterson, Comando, déjelos seguir.

—Entendido —dijo Hank Patterson.

—Esto no es muy justo —comentó Noonan.

—Timothy, lo “justo” es que nosotros salgamos vivos de esta selva. A la mierda los demás —retrucó Clark.

—Si usted lo dice, jefe —admitió el agente del FBI. Observaron el avance de los blips enemigos hacia L y P. Cinco minutos después, los blips no identificados desaparecieron de la pantalla para no regresar jamás.

—Dos puntos más para los nuestros, John —anunció Noonan.

—Dios santo, esta cosa es mágica —dijo Clark, luego de que Pierce y Loiselle llamaran para confirmar lo que ya les había dicho el aparato.

—Chávez a Comando.
—OK, Ding, adelante —respondió Clark.
—¿Podemos usar ese instrumento para atacarlos?
—Creo que sí. Tim, ¿podemos hacer que los nuestros los sigan?
—Seguro. Puedo ver dónde están todos, sólo es cuestión de mantenernos alejados hasta que se junten y podamos echarles la zarpa encima.
—Domingo, Noonan dice que puede hacerlo, pero llevará tiempo y ustedes tendrán que usar la cabeza.
—Haré lo imposible, jefecito —retrucó Chávez.

Pasaron veinte minutos hasta que Henriksen intentó comunicarse con Dawson y Berg, sólo para descubrir que no respondían. Algo muy malo estaba pasando allá afuera, pero no sabía qué. Dawson era un ex militar, y Killgore un cazador experimentado... ¿y no obstante habían desaparecido sin dejar huella? ¿Qué diablos estaba pasando? Había soldados allá afuera, sí, pero *nadie* era tan bueno. No tenía más opción que dejar que las cosas siguieran su curso.

Patterson avanzó primero, seguido por Scotty McTyler, trescientos metros al noroeste y luego al sur, lenta y silenciosamente, bendiciendo el sorpresivamente liso suelo de la selva... evidentemente la falta de sol impedía que creciera el pasto. Steve Lincoln y George Tomlinson estaban siguiendo los blips de dos sujetos hacia el norte.

—Tenemos los blancos —reportó McTyler con su típico acento escocés. En la pantalla de Noonan se los veía a menos de cien metros de distancia, directamente a sus espaldas.

—Abátanlos —ordenó Clark.

Los dos estaban mirando al este, uno refugiado detrás de un árbol y el otro apretado contra el suelo.

El que estaba de pie era Mark Waterhouse. Patterson apuntó cuidadosamente y liberó su triple ráfaga mortífera. Los impactos lo arrojaron contra el árbol e hicieron caer sus rifle, que golpeó sonoramente la tierra. El ruido hizo que el otro se diera vuelta y aferrara su rifle en el instante mismo en que lo alcanzaron las balas. El muerto apretó el gatillo por acción refleja y disparó tres ráfagas automáticas a la selva.

—Oh, carajo —dijo Patterson por radio—. Ése era mío. Su rifle debe estar bailando el *rock'n'roll*, Comando.

—¿Qué fue eso, qué fue eso... quién disparó? —bramó Henriksen por radio.

Los gritos facilitaron la tarea de Tomlinson y Lincoln. Sus blancos pegaron un salto y miraron hacia la izquierda... sin advertir que habían quedado expuestos por completo. Ambos cayeron un segundo después. Unos minutos más tarde la voz del comando enemigo pidió a sus hombres que se reportaran. Faltaban ocho. Cada vez eran menos.

Llegado ese momento, el comando Rainbow estaba detrás de la gente de Henriksen, siempre guiado por la computadora de Noonan.

—¿Podemos entrar en el circuito radial del enemigo? —preguntó Clark.

—Muy fácil —replicó Noonan. Movi6 una perilla y conect6 un micrófono—. Ya est6.

—Hola, hola —dijo Clark por frecuencia CB—. Hemos eliminado a ocho de los suyos.

—¿Quién habla?

—¿Usted es Henriksen? —pregunt6 John.

—¿Quién carajo es usted? —bram6 la voz.

—Soy el tipo que est6 matando a sus hombres. Ya liquidamos a ocho. Aparentemente tiene veinte m6s afuera. ¿Quiere que los sigamos matando?

—¿Quién mierda es usted?

—Mi nombre es Clark, John Clark. ¿Quién es usted?

—¡William Henriksen! —aull6 la voz.

—Ah, bueno, usted es el ex FBI. Supongo que habr6 visto a Wil Gearing esta mañana. De todos modos —Hizo una pausa—, s6lo se lo dir6 una vez: suelten las armas, salgan a cielo abierto y ríndanse. Si hacen lo que le digo no morir6 nadie m6s. De lo contrario, los haremos polvo uno por uno, Bill.

Hubo un largo silencio. Clark se pregunt6 qu6 har6a Henriksen, pero un minuto despu6s hizo exactamente lo que esperaba.

—Escuchen, escuchen todos, por favor. ¡Vuelvan al edificio ahora mismo! ¡Todos al edificio, ya!

—Rainbow, aqu6 Six, esperamos que regresen al edificio en pocos segundos. Permiso de usar armas —agreg6 por radio encriptada.

El pánico es un sufrimiento contagioso. Inmediatamente escucharon corridas desesperadas entre los árboles, ruidos de arbustos quebrados. Evidentemente, en ciertos casos, la cabeza no estaba hecha para pensar.

No pudo ser m6s f6cil para Homer Johnston. Un hombre vestido de verde emergi6 de los árboles y corri6 hacia la pista de aterrizaje. El arma que portaba lo convert6a autom6ticamente en enemigo y Johnston dispar6 una r6faga que le acert6 entre las esc6pulas. El hombre dio un paso m6s y cay6 redondo.

—Rifle Dos-Uno, ¡elimin6 a uno al norte de la pista! —anunci6 el rifletero.

Todo fue más directo en el caso de Chávez. Ding estaba oculto detrás de un árbol enorme cuando escuchó voces enemigas. Eran dos. Hacía rato que los esperaba. Cuando supuso que estaban a cincuenta metros de distancia, dio la vuelta al tronco y vio que se dirigían en la dirección opuesta. Saltó a la izquierda y divisó al primero. Cargó la MP-10 sobre el hombro. El tipo lo vio e intentó apuntarle con el rifle. Incluso se las ingenió para disparar (pero al suelo) antes de recibir una ráfaga en plena cara y caer como una bolsa de porotos. El tipo que lo acompañaba frenó en seco y se quedó mirando a Chávez, impávido.

—¡Suelte ese maldito rifle! —bramó Ding, pero el hombre no lo escuchó o no le entendió. Intentó levantar el rifle pero, igual que su compañero, murió en el intento —. ¡Aquí Chávez! Acabo de suprimir a dos —La excitación del momento disimulaba la facilidad de la matanza. Eso era asesinato en estado puro.

Clark marcaba los tantos, como si se tratara de una horrible competencia de gladiadores. Los blips desconocidos iban desapareciendo poco a poco de la pantalla de Noonan, a medida que los corazones se detenían y, con ellos, las señales electrónicas que generaban. Unos minutos después comprobó que sólo quedaban cuatro de las treinta señales originales que había registrado... y las cuatro corrían de regreso al edificio.

—Dios santo, Bill, ¿qué está pasando afuera? —preguntó Brightling en la entrada principal.

—Nos masacraron como si fuéramos sucias ovejas, viejo. No sé qué pasó. No lo sé.

—Soy John Clark. Quiero hablar con William Henriksen —crujió la radio.

—¿Sí?

—OK, por última vez, ríndanse ya mismo o entraremos a buscarlos.

—*¡Vengan a buscarnos si se atreven!* —bramó Henriksen a manera de respuesta.

—Vega, empeece a romper ventanas —ordenó Clark con voz serena.

—Entendido, Comando —replicó el Oso. Levantó su ametralladora M-60 y empezó por el segundo piso. Abrió fuego de derecha a izquierda, destrozando vidrios y marcos.

—Pierce y Loiselle, usted y Connolly vayan por el noroeste al otro edificio. Háganlos pedazos.

—Entendido, Comando —replicó Pierce.

Los sobrevivientes de la selva intentaban devolver el fuego, pero sólo atinaban a disparar al aire y hacer ruido en el *lobby* del edificio. Carol Brightling no paraba de gritar. Los vidrios de las ventanas superiores cayeron como una cascada frente a ellos.

—¡Deténganlos! —bramaba Carol.

—Dame la radio —dijo Brightling. Henriksen obedeció.

—Cese el fuego. Soy John Brightling, dejen de disparar, todos. Eso también lo incluye a usted, Clark. ¿Entendido?

Pocos segundos después cesó el fuego. Cabe destacar que el mayor esfuerzo lo realizó la gente del proyecto, ya que el comando Rainbow tenía una sola arma activa y el Oso Vega dejó de disparar apenas recibió la orden de hacerlo.

—Brightling, soy Clark. ¿Puede oírme?

—Sí, Clark, lo escucho.

—Salgan todos, desarmados, ahora mismo —ordenó John—. Nadie saldrá lastimado. Salgan todos ahora mismo o empezaremos a darles duro.

—No aceptes —dijo Bill Henriksen. Sabía que resistir era inútil, pero más miedo le daba rendirse y prefería morir peleando.

—¿Entonces pueden matarnos aquí y ahora? —preguntó Carol—. ¿Qué otra opción tenemos?

—Ninguna —admitió su marido. Fue al escritorio de la recepción y convocó por intercom a todos los ocupantes del edificio a reunirse en el *lobby*. Luego levantó la radio portátil—. OK, OK, saldremos inmediatamente. Dénos tiempo para organizarnos.

—OK, esperaremos unos minutos —respondió Clark.

—Estás cometiendo un error, John —musitó Henriksen.

—Todo esto fue un lamentable error, Bill —observó Brightling, preguntándose en qué había fallado. El helicóptero negro reapareció y aterrizó en el centro de la pista. Evidentemente, el piloto no deseaba quedar en la mira de armas enemigas.

Paddy Connolly estaba en el depósito de combustible. Había un enorme tanque rotulado 2 Diesel, probablemente para la usina eléctrica. No existía nada más fácil de volar que un tanque de combustible y, bajo la atenta mirada de Pierce y Loiselle, le colocó diez libras de explosivo en un costado del tanque. Ochenta mil galones, pensó, suficiente para hacer andar la usina durante un buen tiempo.

—Comando, Connolly.

—Connolly, Comando —respondió Clark.

—Voy a necesitar más, todo lo que traje —reportó.

—Está en el helicóptero, Paddy. Espera.

—Entendido.

John había avanzado hasta el borde de la arboleda, a menos de trescientas yardas del edificio. A sus espaldas, Vega seguía apuntando su ametralladora pesada, y el resto de sus hombres también estaban cerca, excepto Connolly y los dos tiradores. El entusiasmo había desaparecido. Había sido un día sombrío. Se triunfara o no, no había dicha en arrebatarse vidas humanas, y la misión de ese día estaba más cerca del asesinato puro que nada que hubieran hecho antes.

—Están saliendo —dijo Chávez con los binoculares pegados a los ojos. Contó rápido—. Son veintiséis.

—Así parece —dijo Clark—. Dame —dijo luego, quitándole los binoculares a Domingo para ver si lograba reconocer a alguien. Sorprendentemente, la primera cara que identificó pertenecía a la única mujer que vio, Carol Brightling, asesora científica de la presidencia. El hombre que estaba junto a ella debía ser su ex marido, John Brightling. Salieron y caminaron hasta la rampa que los aviones utilizaban para girar—. Sigán saliendo del edificio —les ordenó por radio. Y, para su sorpresa, hicieron exactamente lo que les ordenaba.

—OK, Ding, reúne a tus hombres y revisen el edificio. Múevete, muchacho, pero con cuidado.

—Ni que lo diga, Mr. C. —Chávez salió corriendo, seguido por sus hombres.

Clark volvió a enfocar los binoculares. Nadie estaba armado. Decidió salir, escoltado por cinco hombres del Comando 1. La caminata le llevó aproximadamente cinco minutos y finalmente vio a John Brightling cara a cara.

—Supongo que éste era su reino, ¿no?

—Hasta que usted lo destruyó.

—Los muchachos de Fort Dietrick analizaron el recipiente que el señor Gearing planeaba usar en Sydney, Dr. Brightling. Si espera que le tenga compasión, debo decirle que se equivocó de número.

—Y bien, ¿qué se propone hacer? —Apenas concluyó la pregunta, el helicóptero despegó rumbo a la usina (para entregarle el resto de los explosivos a Connolly, supuso Clark).

—Lo he pensado mucho.

—¡Usted mató a nuestra gente! —chilló Carol Brightling, como si eso significara algo.

—Se refiere a los que portaban armas en zona de combate. Sí, los matamos, y supongo que ellos nos hubieran matado a nosotros de haber tenido la oportunidad... pero no nos gusta dar ventajas innecesarias.

—Eran buenas personas, gente que...

—Gente que estaba dispuesta a matar a sus congéneres... ¿y todo para qué? —preguntó John.

—¡Para salvar al mundo! —bramó Carol.

—Eso dice usted, señora, pero se les ocurrió una manera espantosa de hacerlo, ¿no le parece? —preguntó cortésmente. No tenía nada de malo ser cortés, pensó John; tal vez la cortesía los instigara a hablar, tal vez pudieran entender lo que buscaban.

—Usted jamás entenderá.

—Supongo que no soy lo suficientemente inteligente, ¿verdad?

—No —dijo ella—. No lo es.

—Está bien, pero déjeme decirle algo. ¿Usted estaba dispuesta a matar a la mayoría de los seres humanos por medio de armas biológicas para poder abrazar árboles a gusto?

—¡Para salvar al mundo! —repitió John Brightling en nombre de todos.

—OK —Clark se encogió de hombros—. Supongo que Hitler pensaba que matar a todos los judíos tenía lógica. Bueno, siéntense y quédense quietos —. Se alejó y activó su radio. No había manera de entenderlos, ¿verdad?

Connolly era rápido, pero no milagroso. Salió de la usina. Finalmente, resultó que lo más difícil era ocuparse del *freezer* del edificio principal. Para esto tomó prestado un Hummer —había un montón allí— y trasladó dos tambores de petróleo al edificio. No había tiempo para lindezas y Connolly atravesó las paredes de vidrio con el vehículo. Mientras tanto, Malloy y su helicóptero trasladaron a la mitad del Comando de regreso a Manaus y recargaron combustible antes de volver. En total, el procedimiento llevó casi tres horas, durante las cuales los prisioneros no dijeron nada, ni siquiera pidieron agua a pesar del terrible calor. A Clark no le importó... prefería no tener que reconocer la humanidad que había en ellos. Lo más raro de todo era que se trataba de personas educadas, personas a quienes él podría haber respetado fácilmente, en otras circunstancias. Al fin Connolly llegó cargando una caja electrónica en la mano. Clark asintió y activó su radio táctica.

—Mr. Oso, Comando.

—Mr. Oso copia.

—Adelante, Coronel.

—Entendido. Mr. Oso en marcha —el rotor del Night Hawk comenzó a girar a lo lejos y Clark volvió con los prisioneros.

—No vamos a matarlos, y tampoco vamos a llevarlos de vuelta a Estados Unidos —les dijo. La sorpresa de sus rostros fue digna de contemplarse.

—¿Y qué harán entonces?

—¿Ustedes creen que todos deberíamos vivir en armonía con la naturaleza, no?

—Sí, si queremos que sobreviva el planeta —dijo John Brightling. Los ojos de su esposa estaban llenos de odio y desafío, pero también de curiosidad.

—Muy bien —asintió Clark—. Levántense y desvístanse, todos ustedes. Dejen sus ropas exactamente aquí— señaló un rincón junto a la pista de aterrizaje.

—Pero...

—¡Ya! —les gritó Clark—. De lo contrario, tendré que matarlos aquí y ahora.

Lentamente, lo hicieron. Algunos se desvistieron rápido, otros

parecían incómodos, pero uno por uno fueron apilando sus ropas junto a la pista de aterrizaje. Curiosamente, Carol Brightling no parecía para nada molesta o avergonzada.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—OK, éste es el plan. Ustedes quieren vivir en armonía con la naturaleza, bueno, háganlo. Si no pueden soportarlo, la ciudad más próxima es Manaos, aproximadamente a noventa y ocho millas en aquella dirección —señaló. Se dio vuelta—. Dispara, Paddy.

Sin decir palabra, Connolly comenzó a mover las perillas de su caja. Lo primero en desaparecer fue el tanque de combustible. Las cargas gemelas le abrieron un par de agujeros en el costado. El combustible ardió inmediatamente y el tanque salió volando como un cohete de la NASA y se estrelló en la usina, a menos de cincuenta metros de distancia. Allí detuvo su loca carrera y estalló, derramando combustible 2 Diesel como lava en toda el área.

No vieron desaparecer el sector del *freezer* en el edificio principal, pero allí también el combustible ardió hasta destrozarse las paredes del *freezer* y derrumbar parte del edificio. Los otros edificios volaron a su turno, junto con las fuentes satelitales. El edificio central-residencial fue el último en desaparecer. Su poderosa estructura de concreto resistió parcialmente el daño provocado por las cargas explosivas pero, tras unos segundos de indecisión, colapsó a la altura de la planta baja y se derrumbó estrepitosamente. En menos de un minuto, todo lo que servía para vivir allí fue destruido.

—¿Nos está mandando a la jungla sin darnos siquiera un cuchillo? —preguntó Henriksen.

—Busque unas piedras filosas y fabríquese uno —sugirió Clark mientras el Night Hawk aterrizaba—. Los humanos aprendimos a hacerlo hace medio millón de años. Ustedes quieren vivir en armonía con la naturaleza. Vayan y armonicen —les dijo antes de subir a bordo. Unos segundos después estaba sentado detrás de los pilotos. El coronel Malloy ascendió directo al cielo.

Siempre pasaba lo mismo, Clark lo sabía desde sus épocas en el Tercer SOG. Estaban aquellos que bajaban del helicóptero y corrían a la selva, y estaban aquellos que miraban alejarse el helicóptero. Él siempre había sido de los primeros, porque sabía cuál era su misión en la vida. Los otros sólo se preocupaban por volver y no querían que el helicóptero los abandonara. Miró por última vez hacia abajo y vio que todos los ojos seguían el derrotero del Night Hawk hacia el este.

—¿Tal vez una semana, Mr. C.? —preguntó Ding leyéndole el pensamiento. Como graduado en la Escuela de Rangers del Ejército de Estados Unidos, ni siquiera *él* creía poder sobrevivir mucho tiempo en ese lugar.

—Si tienen suerte —replicó Rainbow Six.

EPÍLOGO

NOVEDADES

El *International Trib* aterrizó en el escritorio de Chávez luego de la acostumbrada rutina física matinal. Se recostó cómodamente a leerlo. La vida se había puesto aburrida en Hereford. Todavía se entrenaban y ejercitaban sus capacidades, pero nadie los había necesitado desde su regreso de Sudamérica seis meses atrás.

Mina de oro en Montana, decía un titular. Según el artículo, habían encontrado un importante depósito de oro en la propiedad de un ciudadano ruso en Montana. El lugar había sido adquirido por un tal Dimitri A. Popov, empresario independiente ruso, como inversión y posible lugar de vacaciones. Luego, por pura casualidad, se había producido el valioso hallazgo. Próximamente se iniciarían las tareas de minería. Los ecologistas locales habían objetado e intentado impedir el proceso en los tribunales, pero el juez del distrito federal había decidido por juicio sumario que las leyes del siglo XIX respecto a la exploración y explotación de minerales seguían vigentes.

—¿Ha visto? —le preguntó a Clark.

—Codicioso bastardo —replicó John, mirando las fotos más recientes de su nieto sobre el escritorio de Chávez—. Sí, lo leí. Gastó medio millón en comprarle ese lugar a los herederos de Foster Hunnicutt. Supongo que ese infeliz le contó más cosas, aparte de los planes de Brightling, ¿eh?

—Supongo —Chávez siguió leyendo. En la sección empresarial leyó que Horizon Corporation estaba recuperando su paquete accionario con el lanzamiento de nueva droga para enfermedades cardiovasculares, y, al mismo tiempo, recobrándose de la importante pérdida ocasionada por la desaparición de su director, el Dr. John Brightling, ocurrida varios meses atrás, un misterio que, según el periodista, clamaba ser resuelto. La nueva droga, Kardiklear, reducía en un 56 por ciento la posibilidad de un segundo ataque cardíaco según indicaban los estudios de la FDA. Horizon también estaba trabajando en longevidad humana y medicamentos contra el cáncer. Bien.

—John, ¿alguien volvió a Brasil para...?

—No que yo sepa. Los informes satelitales indican que nadie se dedica a cortar el pasto cerca de la pista de aterrizaje.

—¿Entonces cree que la jungla los mató?

—La naturaleza no tiene sentimientos, Domingo. No distingue entre amigos y enemigos.

—Supongo que no, Mr. C. —hasta los terroristas podían hacer esa distinción, pensó Chávez, pero no la jungla. Entonces, ¿cuál era el verdadero enemigo del hombre? El hombre mismo, decidió Ding. Dejó el diario sobre el escritorio y volvió a mirar la foto de John Conor Chávez, quien acababa de aprender a sentarse y sonreír. Su hijo crecería en un mundo nuevo y valiente, y como padre se ocuparía de que también fuera un mundo seguro... para él, y para todos los otros niños cuyo deber principal por el momento era aprender a hablar y a caminar.